CARTAS DE LOS MISIONEROS MARISTAS

DE

OCEANÍA

(1836- 1854)

Desde hace treinta años hemos sido los espectadores y los actores de una formidable mutación del panorama religioso mundial. A mediados del siglo XX, algo más de la mitad de los católicos vivía en Europa y América del Norte; la situación cambiará muy pronto en el muevo milenio: esa mitad pasará a ser una tercera parte, y se aproxima el tiempo de que en África haya tantos cristianos como en Europa occidental.

Esta situación es el fruto de la historia de los siglos pasados, y particularmente de la historia misionera de los siglos XIX y XX. En el paso de las colonizaciones a la independencia, nacieron fuera del Occidente, y no sin dolor, primero comunidades cristianas -católicas, protestantes- y después verdaderas Iglesias, que se han consolidado y testimonian de manera distinta el Evangelio de Cristo. Y hoy estudian sus orígenes y desean conocer sus fuentes.

La colección *Mémoire d`Églises* pretende situarse en esa perspectiva recurriendo a la aproximación histórica en unión con las otras ciencias sociales (antropología, sociología ...) Es necesario multiplicar las historias particulares para que al final sea posible llegar a las síntesis informadas, que aún faltan, sobre las Iglesias del Sur.

Esta colección se hace bajo la dirección del Paul Coulon, director honorario del Instituto de ciencia y teología de las religiones en el Instituto Católico de Paris, redactor jefe de la revista *Histoire & Missions Chrétiennes* editada por ediciones Karthala desde 2007.

KARTHALA en Internet: http.//www.karthala.com
Pago asegurado

Portada: Sourimahé, habitante de Arossi, distrito de la isla de San Cristóbal (islas Salomón). Acuarela del Padre Léopold Verguet (1817-1914), misionero marista en Oceanía (1844-1847). Archivos de los Padres Maristas, Roma.

© Ediciones KARTHALA, 2008
ISBN : 978-2-8111-0081-0

BAJO LA DIRECCIÓN

DE

Charles Girard, s.m.

Cartas de los misioneros Maristas de Oceanía

(1836 -1854)

Antología de la correspondencia recibida por Juan Claudio Colin, fundador de la Sociedad de María, durante los años de su generalato.

Prefacio de Claude Prudhomme

Introducción histórica de Claire Laux

Malgrat 2012

Organismos que han apoyado la publicación de esta obra

Sociedad francesa de las Obras pontificias misioneras, Lyon.

Centro de Investigación y Documentación sobre Oceanía, Marsella.

Fundación de los Maristas de Puylata, Lyon.

Presentación de los fondos de archivos

Excepto tres (doc. 303: archivos de la provincia marista de Francia; 982: archivos de las Hermanas de San Francisco de Asís, Montpellier; y 1298: archivos de *Propaganda Fide* de Roma) todos los textos de esta antología pertenecen a Fondos Oceanía de los Archivos de los Padres Maristas (APM). En dichos fondos están clasificadas todas las cartas de Oceanía que llegaron a la administración general de la Sociedad de María a partir del año 1836. Hasta el año 1925 era la Procura de Misiones, en Lyon, la que recogía las cartas y las agrupaba por zonas geográficas (Nueva Caledonia, Samoa...) y en cada zona geográfica quedaban clasificadas según el orden alfabético de los apellidos de los Misioneros.

Posteriormente pasaron a los archivos de la casa general, vía Alessandro Poerio 63, 00152 Roma, donde se conservan.

Comité patrocinador

HIS HIGHNESS TUI ATUA TUPUA TAMESESE TAISI TUPUOLA TUFUGA EFI	Jefe de Estado. Samoa
Dr. Frédéric ANGLEVIEL	Historiador de Oceanía, Numea Nueva Caledonia
P. Gerald ARBUCKLE, sm	Antropólogo, RPD Research, Sidney
Cardenal Philippe BARBARIN	Arzobispo de Lyon, Francia
Mons. Michel CALVET, sm	Arzobispo de Numea, N. Caledonia
Dr. Paul DE DECKKER	Profesor de antropología cultural, Universidad de Nª Caledonia.
Sra. DOUAIRE-MARSAUDON	Centro de Investigación y documentación sobre Oceanía, Marsella, Francia.
P. Jean Paul Durand, op	Decano honorario facultad Derecho Canónico Inst. Católico de Paris, Francia.
Dr. Adriano FAVOLE	Antropología política y etnológica de Oceanía, Turin, Italia.
Mons. Francesco FOLLO	Observador permanente de Santa Sede ante la UNESCO.
Dr. Sheridan W. GILLEY	Departamento de Teología, Universidad de Durham, Inglaterra
Sr. Gérard GOBRY	Director Instituto de formación para el estudio y enseñanza de religiones. Dijon, Francia
P. Stan Hosie, sm	Chair, Board of Directors, Counterpart International Inc, Santa Mónica CA Estados Unidos de América.
Mons. Henk KRONENBERG, sm	Obispo de Boungainville, Papouasie, Nueva Guinea

Dr. Mathijs LAMBERIGTS	Profesor Historia de la Iglesia, decano Facultad teología. Universidad católica de Lovaina, Bélgica
Dr. Hugh LARACY	Profesor historia, Universidad Auckland, Nueva Zelanda.
Dra. Claire LAUX	Institutriz de conferencias habilitada en Universidad de Burdeos III, encargada cursos de historia moderna en Inst. Ca-

tólico de Paris, Francia

Sr. Ewan MAIDMENT	Executive Officer oh the Pacific Manuscripts Bureau, Canberra, Australia.
Dr. Richard MOYLE	Director, Centre for Pacific Studies, and Director Archive of Maori and Pacific Music, Univ. of Auckland, Nª Zelanda.
Sr. John MOMIS	Embajador de Papua Nueva Guinea en China.
Sra. Jessie MUNRO	Escritora e historiadora de la historia francesa de Nueva Zelanda
Dr. Peter NISSEN	Profesor de Historia Iglesia, Radboud University, Nijmegen, Países Bajos.
Dra. Anna PAINI	Profesora psicología y antropología culturales, Universidad Verona, Italia.
Sr. Patrick POTIRON	Oficial mayor retirado, miembro del Instituto Pierre Renouvin, Sorbonne Panteón, antiguo encargado de misión en el Servicio histórico de la Defensa.
Dr. Claude PRUDHOMME	Profesor Historia Contemporánea, Universidad de Lumiére-Lyon II, Francia
Sr. Christian RAMAGE	Cónsul General adjunto de Consulado Francia en Hong Kong
Mons. Ghislain de RASILLY sm	Obispo de Wallis y Futuna
Mons. Adrian SMITH	Arzobispo de Honiara, Islas Salomón
Cardenal Jean-Louis TAURAN	Presidente del consejo pontificio para el diálogo interreligioso, Vaticano, Roma
P. Justin TAYLOR, sm	Profesor en Escuela Bíblica y Arqueológica Francesa de Jerusalén, Israel.

Dr. Peter TREMEWAN	Profesor de francés, Universidad de Canterbury, Christchurch, N$ Zelanda.
Dr. François TRUCY	Senador del Var, Francia.
Dr. Darrell TRYON	Profesor de lingüística, Research School of Pacific and Asian Studies, Canberra, Australia.
Dr. Morgan TUIMALEALI'IFANO	Profesor de Historia, Universidad de South Pacific, Suva, Fidji.
Dr. Frans WIJSEN gious Relations, Radboud	Chair of World Christianity and Interreli University Nijmegen, Paises Bajos

Siglas

APF *Annales de la Propagation de la Foi* (revista)

CS Gaston Lessard, *"Colín sup ", Documentos para el estudio del generalato de Juan Claudio Colín (1836-1854), Tomo l,* Desde la elección hasta el viaje a Roma (1836-1842), Roma 2006.

LMS *London Missionary Society.*

LRO *Lettres reçues d'Océanie*

OM *Origines Maristes,* 4 volúmenes, Roma 1960-1967, Jean Coste y Gaston Lessard.

Introducción

El volumen que tenemos ahora en nuestras manos nos ofrece una selección de textos sacados de las *Cartas recibidas' desde Oceanía (***L**ettres **R**eçues d'**O**céanie) por la administración general de los Padres Maristas durante el generalato de Juan Claudio Colin (1836-1854). Cuando la preparación de la edición de esas 1.365 cartas (diez volúmenes) está ya casi a punto, surge el proyecto de publicar una antología, destinada a un público mas amplio, para poner ante él la situación de la realidad de Oceanía tal cual la encontraron aquellos hombres enviados desde Francia. Así presenta el proyecto el P. Jan Hulshof, actual superior general de la Sociedad de María:

> En 1836, la jovencísima Sociedad de María recibe de la Santa Sede el encargo de evangelizar Oceanía. Juan Claudio Colin, recientemente elegido superior general, enviará a las islas 117 misioneros. Ellos van tomando nota de lo que ven, llevan su diario, cuentan cómo se los acoge, hablan de las dificultades que encuentran, apuntan los trabajos que emprenden... en una palabra, escriben.
>
> Lo que la Sociedad de María pretende al abrir sus archivos y presentar esta edición es hacer que fuentes de primera mano queden disponibles para todos. Historiador, etnólogo o no importa quién, sea de Oceanía, de Europa o de cualquier otro lugar, podrá encontrar en esta edición la luz que le ayude a captar mejor tanto el significado de la misión que animaba a esos hombres que se :trasladaron al otro lado del mundo cuanto las realidades que descubrieron. Y la edición logrará su cometido si facilita el progreso del diálogo de culturas y civilizaciones.

En la edición íntegra de los diez volúmenes, el investigador encontrará notas científicas y aparato crítico. La edición abre el acceso a los manuscritos que se hallan en los archivos de los Padres Maristas y se atiene a esas solas fuentes. Esto explica la limitación de estos textos, que no pretenden presentar la historia de esa época en toda su extensión. En esta antología o en la edición íntegra, el lector encontrará en gran parte los testimonios de misioneros católicos, aunque también de algunos nativos, y los relatos de

encuentros y experiencias contadas en las cartas que se escribieron entre 1836 y 1854. Es claro, pues, que el historiador deberá completar los relatos editados en ambas obras con la lectura de los escritos que nos dejaron los misioneros protestantes y los exploradores y comerciantes de Oceanía. Muy frecuentemente, quienes escribieron esas cartas son los únicos espectadores que pueden ofrecernos la narración de ciertos eventos, narrados claro está desde su punto de vista personal. Si hay detalles que no entran en los límites de la antología, los documentos y las notas más extensas de la edición íntegra podrán proporcionarlos. Como ocurre, por ejemplo, con el ataque a la misión de Balade en Nueva Caledonia a causa del hambre que castigaba a los aborígenes del entorno. Como sucede también con el tratado de Waitangi: las cartas no pueden relatar toda la historia, ampliamente documentada en otros lugares, aunque sí aparecen los ecos del deseo de imparcialidad de la misión católica y algunas indicaciones de la duda e incluso de la resistencia de algunos jefes maoríes.

Clarifiquemos cómo surgió la presente antología. Se determinó que cada volumen de la edición íntegra sería objeto de una doble lectura de acuerdo con los siguientes criterios: (1) selección temática con una repartición adecuada entre etnografia, geografia, aspectos políticos y diplomáticos y aspectos misioneros y religiosos; (2) reparto equitativo por territorios, lo que condujo a pensar en una selección por archipiélagos; (3) escalonamiento por años, respetando en lo posible la cronología; (4) existencia de la mayor cantidad posible de autores: padres y hermanos misioneros, gente nativa y otros protagonistas. En la selección de las cartas de hermanos, por la forma dada a las mismas se ha privilegiado por una parte la diferencia de nivel cultural entre el hermano con estudios y el hermano iletrado, y por otra parte la diversidad de su "día a día" y de su personalidad. Para seleccionar las cartas de los padres, mas cuantiosas, con más contenido, se han tenido que considerar distintas personalidades para evitar la creación de un retrato standard del misionero marista; se pretendía a la vez poder descubrir que sus claves de análisis e interpretación del mundo de Oceanía eran mucho menos convencionales de lo que se habla podido leer al respecto hasta entonces. Los misioneros no formaban un grupo uniforme sino que, muy al contrario, con sus reacciones tan diversas y con sus temas, ofrecían una visión múltiple de Oceanía. La selección de varios escritos de un mismo autor permite observar que existen la evolución personal y el esfuerzo constante de adaptación. De este modo se llegan a captar mejor los conocimientos que se iban alcanzando a fuerza de voluntad, de observación y de agudeza en la búsqueda de la comprensión de ese nuevo mundo.

La colección completa de las cartas será una edición crítica, con todo el aparato crítico que todo ello comporta; no es ése el caso del libro presente. Enseguida se vio la necesidad de que documentos de la primera mitad del siglo diecinueve pudieran ser leídos en el francés de hoy; y hubo que mo-

dernizar giros, escribir con todas sus letras las abreviaturas que suelen aparecer en el texto, traducir expresiones latinas. Las cartas conservan el número que tienen en la edición completa y su contenido es indicado mediante unos títulos. Los subtítulos que aparecen en el cuerpo de las cartas señalan los cambios de tema. Se recogen las notas de la edición completa indispensables para la comprensión de las cartas, pero en lugar de figurar a pie de página se incorporan en el texto original, aunque sin deformarlo. Sin un previo y buen conocimiento de la historia de Oceanía, a veces las cartas resultarían impermeables para el profano: no es fácil situar la isla de Rook (la actual Umboï) junto a la costa de la isla mayor de Nueva Guinea, advertir que el grupo de Hoom corresponde a Futuna, ubicar Opotiki en Nueva Zelanda; saber dónde está Pea respecto a Mua en las islas Tonga. Y aún más difícil resulta comprender las distintas alusiones a los sucesos de la época, ciertamente conocidos por los contemporáneos de los mismos pero no por la gente actual. Es evidente que se requerían unas notas explicativas para completar el relato de las cartas. Los elementos complementarios de información, como mapas y notas bien diferenciadas de las cartas, permitirán mejorar la comprensión, proporcionar explicaciones, aclarar las alusiones, las acomodaciones, los intentos de actualización, y dar coherencia al conjunto e intercambiar diversas fuentes.

Cuando los occidentales asediaron el mundo de Oceanía se crearon una serie de clichés. Hoy las idílicas estampas de playas de cálidas arenas, de surfistas tostados por el sol, de jugadores de rugby maoríes cantando el "hakaa", vienen a sustituir a aquellas algo más antiguas de las pruebas nucleares en el Pacífico o de la batalla de Iwo Jima que habían ocupado a su vez el puesto de la convencional imaginería tahitiana o el del canibalismo de siglo XIX. Y así, no estará de más un libro que habla de la historia de esa lejana parte del mundo si es que sirve para poner en cuestión todos esos estereotipos, incluida la caricaturesca imagen de unos misioneros llenos de prejuicios y destructores de civilizaciones tradicionales, y da la palabra a los que contribuyeron a construir esa historia. Si bien es cierto que la visión histórica está canalizada por el filtro de la percepción marista, los documentos originales de esta antología permiten al lector formarse una idea de los sucesos vividos por un grupo bien concreto en contacto con otros grupos y que él, a su vez, tratará de exponer. Corresponde al lector extraer de ahí una visión, con todos los matices necesarios.

En las cartas aquí presentadas se trata frecuentemente de los padres y hermanos maristas, y de su congregación religiosa, la Sociedad de María. No hay duda de que muchos de los lectores conocen ya a los Maristas, su espiritualidad y su historia. Otros estarán menos informados. Para situar mejor a los maristas en el contexto de sus orígenes, Lionel Roos Jourdan ofrece en un anexo del libro un excelente resumen del proyecto marista y de los pasos que condujeron a

la fundación de la Sociedad de María. Es bueno leerlo antes de leer las cartas.

Quiero expresar mi agradecimiento a todos los que han hecho posible la realización de esta obra. Y de manera especial al P. Jan Hulshof por haber tomado la iniciativa y apoyado el proyecto; a su asistente el P. Hubert Bonnet-Eymard, que hizo innumerables gestiones sin las que el libro no habría aparecido; al Sr. Lionel Roos Jourdan, profesor de Historia en el Externat Saint-Joseph de Toulon en Francia, y a sus compañeros de equipo Antoine Temple -antiguo profesor de historia y geografía de ese mismo centro- y Madame Corine Babeix del Servicio histórico de Defensa, que presidieron la elección de los textos y su presentación ayudados por el Sr. Marc-André Pey y los Padres Bernard Bourtot, Alois Greiler, Jacques Parent y Carlo María Schianchi. Carlo María coordinó la relectura de los textos con la valiosa ayuda del profesor Peter Tremewan Universidad de Canterbury, Christchurch, Nueva Zelanda- de los PP. Jacques Parent, Jan Snijders, Anton Verbraeken, Guy Wernert, el añorado John Collier, y de Madame Marie-Claire Rougon; le estoy igualmente agradecido por el acceso a las fuentes de los archivos maristas en Roma, por la innumerable información proporcionada y por las ilustraciones. Y finalmente, estoy particularmente agradecido al Sr. Claude Prudhomme, profesor de historia contemporánea en la Universidad de Lyon II, que en el prólogo nos ofrece una idea justa del material bruto que constituyen esas cartas, y a Madame Claire Laux, institutriz de conferencias habilitada en la Universidad de Burdeos III y encargada del curso de historia moderna en el Instituto Católico de París, quien, en la introducción histórica, nos permite captar el trasfondo de esta historia en toda su amplitud.

Charles GIRARD, sm

Prólogo

La publicación de esta antología, a la que seguirá una edición científica y sistemática de las Cartas *recibidas de* Oceanía por la administración general *de los Padres Maristas entre 1836 y 1854,* es todo un acontecimiento. Simboliza la mutación operada en el seno de las congregaciones religiosas durante los últimos decenios respecto a la relación con sus propios archivos y con los investigadores. Las cartas de los misioneros fueron desde el principio objeto de numerosas publicaciones pero eran consideradas como `base de datos para alimentar la publicidad a favor de las misiones, lo cual justificaba hacer recortes en las mismas u ofrecer trozos parciales con versiones reconfiguradas. Los archiveros de las congregaciones misioneras han comprendido progresivamente y han logrado que lo aceptaran los responsables de sus congregaciones- que era necesario abrir sus fondos, darlos a conocer y ponerlos al servicio de finalidades científicas. La desconfianza que, en la época de la descolonización, pudieron suscitar las críticas dé- los investigadores contra' la acción misionera ha desaparecido para dar lugar a una relación de paz. Los archiveros maristas, a los que hay que rendir un homenaje por su calidad y perseverancia, han jugado un papel de pioneros en el logro de esa transformación. Añádase la labor de algunos historiadores maristas, en particular el P. Patrick O'Reilly, persona bien conocida y unánimemente apreciada en el ámbito de los especialistas sobre Oceanía: Él ha sido una demostración viva de que la misión no tiene por qué temer a la ciencia. Las perseverancia de esos hombres nos permite en adelante dejar atrás el ciclo sin fin de una historia edificante que, antes o después, da paso a una contra historia, la cual origina a su vez una respuesta, y asi recíprocamente.

"Amigos de Robespierre, enemigos de Robespierre, os lo pedimos a gritos: por favor, decidnos simplemente quién fue Robespierre" Este celebre apóstrofe del gran historiador Marc Bloch en *Apologie pour l'histoire* podría encontrar fácilmente esta transposición: "Partidarios y adversarios de los misioneros, decidnos primero qué querían hacer los misioneros, lo que han hecho y cómo lo han hecho". Y entonces podremos formarnos una opinión.

Eso implica poner antes a disposición de la comunidad científica, y no sólo de algunos investigadores que puedan vivir en Roma, una documentación cuidadosamente comprobada, identificada, anotada, en una palabra, editada según unos criterios que la hacen materialmente incuestionable. Se comprobará sin sorpresa que esas cartas hablan mucho de regalos, conversiones, orientaciones misioneras, marina o protestantes. Pero se descubrirá también -algo que cae menos de su

peso- que se habla frecuentemente de lenguas, costumbres, muerte, matrimonio, y muy poco de martirio. La mirada a lo cuantitativo constituye una protección eficaz contra el constante peligro de casos particulares y hace resaltar lo que agrada o desagrada sin situarlo en las entrañas de un conjunto. Resulta fácil comprender la satisfacción experimentada por historiadores y antropólogos ante el cuidado puesto en la presentación de las fuentes publicadas.

Pero el interés de este proyecto tan ambicioso no se limita a la utilización del mismo que seguramente hará el pequeño mundo de los investigadores en ciencias humanas, especialistas del área del Pacífico o de las misiones. Poner a disposición de nuevos lectores una documentación así es también participar en la comprensión de eso que, a falta de una palabra mejor, llamamos globalización. Porque el misionero de Oceanía ha ocupado un puesto aparte en el proceso que ha hecho entrar a las sociedades insulares en las redes internacionales. Ha sido un agente central: al insertar la población en una religión universal, al difundir la cultura material e inmaterial de su país de origen, al abrir escuelas y fundar obras sanitarias y sociales. Pero, para tener éxito en su empeño, previamente el misionero ha tenido que aprender a conocer a los destinatarios de su mensaje. Mientras vive con y entre ellos -a veces en una promiscuidad que no deja de crearle problemaspone afán en observarlos. Con los medios de que dispone, , trata de comprender a sus anfitriones (no siempre tolerantes) para ganar su confianza antes de convencerlos. De manera espontánea o metódica, recoge y consigna en sus cuadernos y en sus cartas toda una información, de calidad desigual pero concreta e irremplazable. Esos primeros misioneros de los años 1836-1854 son los principales testigos de la vida de las sociedades de Oceanía de la primera mitad del siglo XIX, antes de que la colonización europea y americana impusiera sus maneras y su lógica.

Si bien es cierto que las cartas ofrecen relatos de experiencias personales, encierran un significado universal porque plantean ya la cuestión de la cohabitación en un mismo espacio de hombres y mujeres distintos por su historia, pensamientos e ideales y distintos también frente al dominio de la naturaleza. Son cartas que nos revelan de manera muy concreta la dificultad que, tanto hoy como ayer, tiene el extranjero para unirse a sociedades profundamente diferentes a la suya y para aceptar las diferencias. Dejan entrever la ambigüedad del primer contacto con el Otro, fuente de malentendidos, y sin embargo contacto productivo desde el punto de vista misionero puesto que desemboca en una cristianización masiva. Y si se lee entre líneas, permiten perci-

bir en las reacciones autóctonas las sendas por las que transcurre una apropiación del cristianismo que se le escapa al misionero.

El que las cartas estén dedicadas a Oceanía más que a otra cultura no es algo secundario. La relación de Europa con las islas del Pacífico, especialmente a partir de las circunnavegaciones del siglo XVIII, ha sido una experiencia fundadora, cuya importancia para nuestras propias sociedades nos cuesta. comprender hoy. Con todo, ha sido con los relatos de los viajes por el Pacífico como se ha construido buena parte del imaginario occidental, como el del salvaje bueno de Tahití y el del canibal antropófago de Papuasía. Pero ha sido también con el contacto personal como han demostrado los primeros misioneros, al menos algunos, la posibilidad de superar clichés y la necesidad de poner al día los elementos de las culturas tradicionales con los que esperan iniciar la cristianización.

La Oceanía de los años 1830-1850 pertenece a ese momento privilegiado en el que el peso de los prejuicios no es aún una prisión para el misionero que desembarca. La novedad absoluta del modo de vida y de pensamiento autóctonos le incitan a abrir los ojos, le obligan a escuchar lo que se dice y a mirar lo que se hace. La cristianización exige que se traduzcan las lenguas y se creen unos diccionarios, conduce a establecer una correlación entre el mundo del que procede el misionero y el que descubre, con el riesgo de confusiones y de "quid pro quo". No se debe a la casualidad el que Oceanía se convierta en la patria de la etnología académica, tanto para lo bueno como para lo engorroso. .Y da lugar también a los primeros trabajos científicos que demuestran la complejidad de las sociedades de Oceanía, con la categoría de primitivas, que las inmoviliza en el estatuto de pueblos sin historia.

Al leer las cartas se verificará que los misioneros están en primera línea en ese contacto y en la construcción de ese saber. A menudo se ven desconcertados, dudan entre valoración y desvaloración, se esfuerzan por hacer entrar a los pueblos con los que viven en sus categorías personales de pensamiento e interpretan sus mitos y creencias a través de su propia cultura cristiana. El lector apresurado será quizás sensible sobretodo a los límites de la mirada misionera. Pero si ese mismo lector acepta ponerse en situación, recordar el choque inaudito, que supuso ese contacto para las dos partes, no caer en el anacronismo de la connotación de ciertos términos (salvaje, nativo, indígenas...), descubrirá las muy diversas configuraciones que reviste ese contacto y los sutiles caminos explorados de una parte y de otra para establecer una comunicación real. Hombres de campo, los primeros misioneros no son, ni por sus orígenes ni por su formación

clerical, individuos programados, incapaces de ver la realidad. Reaccionan según su temperamento y sus capacidades, adaptan, inventan y a lo largo de los años terminan cambiando en la medida que se aceptan como vectores de cambio.

Son conocidas las controversias que rodean hoy la conservación en los museos de las obras aportadas por los viajeros, coleccionistas, misioneros, colonizadores. En esa controversia, la documentación escrita tiene una inmensa ventaja: se puede reproducir con exactitud por imprenta o por edición electrónica. Al ofrecer estas cartas, los Maristas dan un sentido suplementario a la conservación de los documentos antiguos. Contribuyen con ello a la reflexión sobre la identidad de las sociedades de Oceanía. Y con el acertado giro de las cosas restituyen a los pueblos de Oceanía una historia que les pertenece. Les dan unas piezas esenciales sobre un momento decisivo de su pasado, marcado a la vez por la violencia del enfrentamiento y la búsqueda de la negociación. Esta historia interesará de manera especial a las iglesias locales, fruto de la misión, que ven aquellos primeros misioneros como sus antepasados en la fe y a los que tienen una veneración, desconcertante para el occidental de paso. La lectura de unas fuentes sin retocar, mucho mejor que una versión edificante o edulcorada de las mismas, ayuda a comprender por qué aquel contacto inicial no fue marcado por la incomprensión y la hostilidad sino que constituyó un momento determinante e inició una relación perdurable.

¿Cómo no desear que esta iniciativa, a pesar de su costo, haga escuela en todas las congregaciones misioneras?

Claude PRUDHOMME
Profesor de historia contemporánea
Universidad de Lyon

INTRODUCCIÓN HISTÓRICA

Claire LAUX

Las *Cartas de Oceanía recibidas* por el P. Colin durante su generalato se presentan como un material riquísimo e importante. Alcanzan un número impresionante y nos alegra anunciar que próximamente aparecerá la publicación de todas ellas:

Nos parece que la explicación de tal abundancia es triple. La Sociedad de María, como todas las sociedades misioneras, pedía a sus enviados informes regulares y circunstanciados.

"Aprovechen todas las ocasiones para darnos noticias suyas"[1], recomienda a sus misioneros el P. Colin cuando van a Oceanía:

En segundo lugar, el enorme aislamiento de los misioneros en las islas del Pacífico les dejaba a menudo la escritura como única salida a la insostenible soledad. Hay en la escritura de las cartas un elemento psicológico que no debe ser perdido de vista al leerlas. Esos misioneros, especialmente los confinados en estaciones de misión tremendamente apartadas, tratan de mantener un lazo de unión lo menos tenue posible con su congregación. La carta es un medio de permanecer en contacto con el familiar y lejano mundo europeo, un mundo al que no están seguros de poder volver a ver, sino mas bien todo lo contrario. El deseo de dar y de recibir noticias se transparenta con toda nitidez en esta carta, escrita desde Wallis en 1847:

---

[1] 13 Oct. 1836, JC Colin a los misioneros que partían a Oceanía (CS vol. l, doc. *4,10) Colin Sup.: Documents pour l'étude du généralat de JC Colin (1836-1854),* edición presentada por Gaston Lessard, sm (Roma 2007).

Ouvea: Reverendo Padre:

Me ha proporcionado una gran alegría al enviarme noticias de nuestra Sociedad y de los progresos que está teniendo en Francia. Separados como estamos por una distancia tan grande, nos interesamos por el trabajo que hacen ustedes ahí, al igual que ustedes se interesan también por el nuestro [2].

Introducciones como ésa son frecuentes en las cartas de los misioneros. Por otra parte, la llegada de un barco todo un acontecimiento, hace que crezca la producción epistolar. Cuando se presenta un navío no esperado, los misioneros hallan la manera de paliar la falta de cartas enviando amplios extractos de sus diarios personales. El nexo entre la lejana Francia y sus misiones del Pacífico es también, hay que recordarlo, el consuelo que proporciona a los alejados de la patria la certeza de que en Francia no les olvidan sus hermanos y que rezan por ellos, como dice seguidamente la carta del P. Mathieu.

Y en tercer lugar porque, después de Bernardin de Saint-Pierre o Daniel Defoe, el exotismo insular conoce un éxito notable, que el siglo XIX no hace más que confirmar. El mito del salvaje bueno, las notas de viaje y los textos de los filósofos del Siglo de las Luces contribuyen a hacer del Pacífico el lugar privilegiado de ese exotismo, rico en contrastes y matices.

Por lo tanto, los primeros decenios de la evangelización marista de Oceanía hay que situarlos en un contexto doble: el contexto de Oceanía, islas muy alejadas de Europa, descubiertas tardíamente, perdidas en la inmensidad del océano; y el contexto europeo del despertar religioso y misionero que abarca al conjunto del mundo cristiano y que impulsa a que generosos apóstoles consagren sus vidas a la salvación de las almas de los paganos del confín de la tierra. Así pues, esos misioneros llegan a Oceanía con ciertos prejuicios, ideas recibidas, esperanzas, miedos y expectativas con las que han de hacer frente a la realidad de las islas, muy distinta a menudo de lo que imaginaban aunque no fuera más que porque el rostro del Pacífico había sido profundamente transformado por los primeros contactos con los occidentales.

El balance que se puede hacer de esos dos primeros decenios de la evangelización marista es complejo y rico en matices: la cristianización fue muchas veces espectacular, es cierto, pero esa rapidez ¿no le confiere cierta fragilidad? Sin embargo, la presencia marista no se limita a unas actividades, es también fuente; y éste es, claro está, el sentido de esta obra, de estos escritos. ¿Cuál es el valor de esos testimonios, cuáles son sus límites y cómo se debe apreciar cuál fue la contribución marista a la historia de Oceanía?

---

[2] 16 julio 1847, Charles Eugène Mathieu a Denis Maîtrepierre (LRO doc. 642, 1)

Las primicias de la aventura marista en Oceanía

Unas islas en el extremo del mundo...

En realidad y sea cual sea su obediencia, para los misioneros Oceanía no es un campo de apostolado como los otros. Ese concepto de "Oceanía" nos parece hoy un tanto anticuado. Desde el punto de vista económico y geopolítico, el clásico "quinto continente" de los antiguos manuales de geografía tiene un peso muy débil dentro del "área del Pacífico" tan prometedora. No hay duda de que en cuanto a superficie terrestre, y sobretodo marítima, Oceanía es importante pues ocupa 113 de la superficie de la biosfera (180 millones de km2). Su peso humano y económico es menos importante, algo menos de 30 millones de habitantes, es decir, el 1 % de la población mundial -apenas la mitad de Tailandia y repartidos entre Australia, Nueva Zelanda, Nueva Guinea y todas las islas y archipiélagos diseminados por la inmensidad del Pacífico. Más restringida que el término "Oceanía", la expresión "Pacífico Sur" (South Pacific) se hace eco del término "Mares del Sur", muy utilizado por los europeos después de su encuentro con esos nuevos mundos, durante toda la época moderna y en los comienzos del periodo contemporáneo. Cargado de poesía y rico en múltiples conocimientos, es un término que evoca. paisajes encantadores, playas blancas y esbeltos cocoteros.

Descontadas Australia y Nueva Zelanda, en realidad el Pacífico Sur abarca las islas de Melanesia (islas negras) más Nueva Guinea, los archipiélagos de Polinesia (islas numerosas) y las islas de la Micronesia (islas pequeñas), aunque esta última parte de las islas de los "Mares del Sur" se encuentre bastante al norte del Ecuador, como el mayor archipiélago "polinesio" de Hawai pero con sólo 16.750 km2.

La superficie marítima correspondiente a todo ese conjunto de islas continúa siendo muy vasta, pero las tierras que emergen de las aguas no llegan a los 600.000 kilómetros cuadrados33 y a siete millones de habitantes, menos que Bangkok o Lima. El total de habitantes de las islas de Polinesia, Melanesia y Micronesia juntas no llega siquiera al equivalente de la "gran Manila" o de la "gran Yakarta", 17 y 15 millones de habitantes respectivamente. Sin embargo, estas modestas poblaciones están repartidas sobre la tercera parte de la superficie terrestre.

---

[3] Aunque excluyendo por razones geopolíticas la parte occidental de Nª Guinea, la provincia de Irian (o Papúa occidental) de Indonesia; es decir 420.000 Km^2 y 2 millones de habitantes en el año 2000.

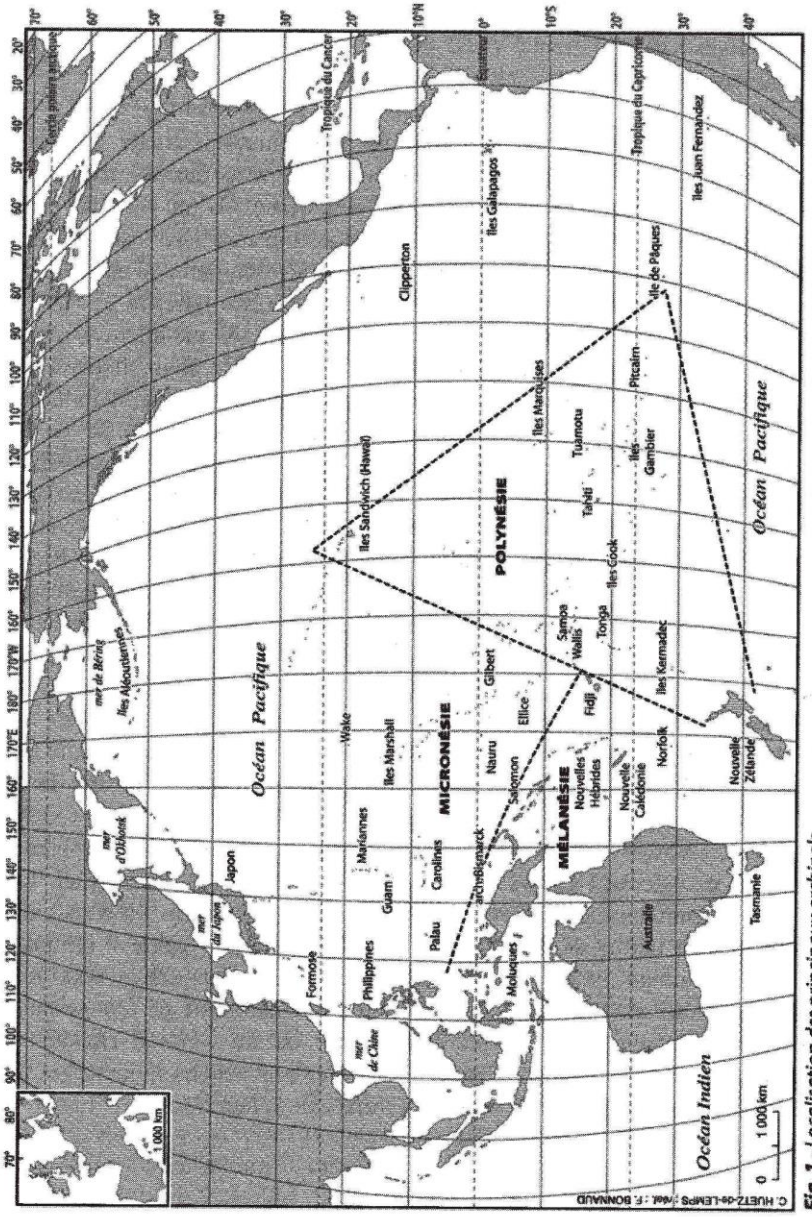


Fig. 1 - Localisation des principaux archipels

Evidentemente, la historia de las relaciones entre las islas del Pacífico y el resto del planeta -sean políticas, económicas o religiosas- está condicionada por esa dispersión, a la que se ha de añadir la distancia de los "otros mundos". Por ese motivo el "viaje" propiamente de los misioneros, su camino en barco desde Europa a Oceanía, es parte integrante de la aventura a la que esta colección tiene el mérito de otorgar su justo puesto. El término aventura no resulta nada excesivo si se considera, por ejemplo, el itinerario de Jean-Baptiste Pompallier, que embarca el año 1837 sin saber realmente a dónde va[4] como ocurre, por otra parte, a la mayoría de los misioneros de esta primera generación. Los misioneros -que no son marineros- antes incluso de encontrar a los habitantes de Oceanía, a los que quieren convertir, tienen que afrontar las dificultades más duras con que puedan toparse los marineros de la navegación a vela[5]. Prueba ésta que contribuye a infundirles el sentimiento de que su viaje es un viaje sin retorno.

Sin embargo, los trozos de tierra diseminados a lo ancho de este continente marítimo son muy distintos según se hable de islas-continente como Australia, Nueva Zelanda y Papúa Nueva Guinea o de la miríada de islas ("un archipiélago de archipiélagos"[6]) con más de un centenar de islas por ejemplo sólo en Nuevas Hébridas (actual Vanuatu) y con datos muy variados de una isla a otra.

Dispersión y distancia hacen que más allá de los polos, el Pacífico sea lógicamente el espacio que más tarde entró en la ecumene de los europeos. Son pues elementos determinantes para las condiciones de apostolado que encuentran los misioneros maristas. Tienen la sensación de acceder a uno de los fines del mundo, al "Extremo Occidente", algo así como la pendiente del "Extremo Oriente" que tanto fascinaba desde hacía siglos. Por otra parte, desde un punto de vista económico y geopolítico, la idea del "Extremo Occidente" parece asentarse hoy, puesto que se asiste al surgimiento de un "hemisferio esteasiático", centrado en Japón, las naciones del sudeste de Asia y, claro está, la China occidental, hemisferio en el que la "Australasia" (Filipinas, Indonesia, Papúa Nueva Guinea y Nueva Zelanda represen-

---

[4] 17 julio 1837, Jean-Baptiste Pompallier a su madre Françoise Solichon (LRO doc. 16,6)

[5] Como, por ej., el paso terrible del Atlántico al Pacifico por el Cabo de Hornos o el Estrecho de Magallanes: "Al doblar el cabo de Hornos parecía que todos los elementos se habían conspirado contra nosotros; nos asaltaban el granizo, la nieve, el hielo, un frío exagerado y tempestades casi constantes", escribía Pompallier a su madre (17 julio 1837, LRO, doc. 16, 4)

[6] Benoit Antheaume y Joel Bonnemaison, "Océanie" en *Géographie universelle. Asi du Sud Est. Océanie*, 1995, p. 242.

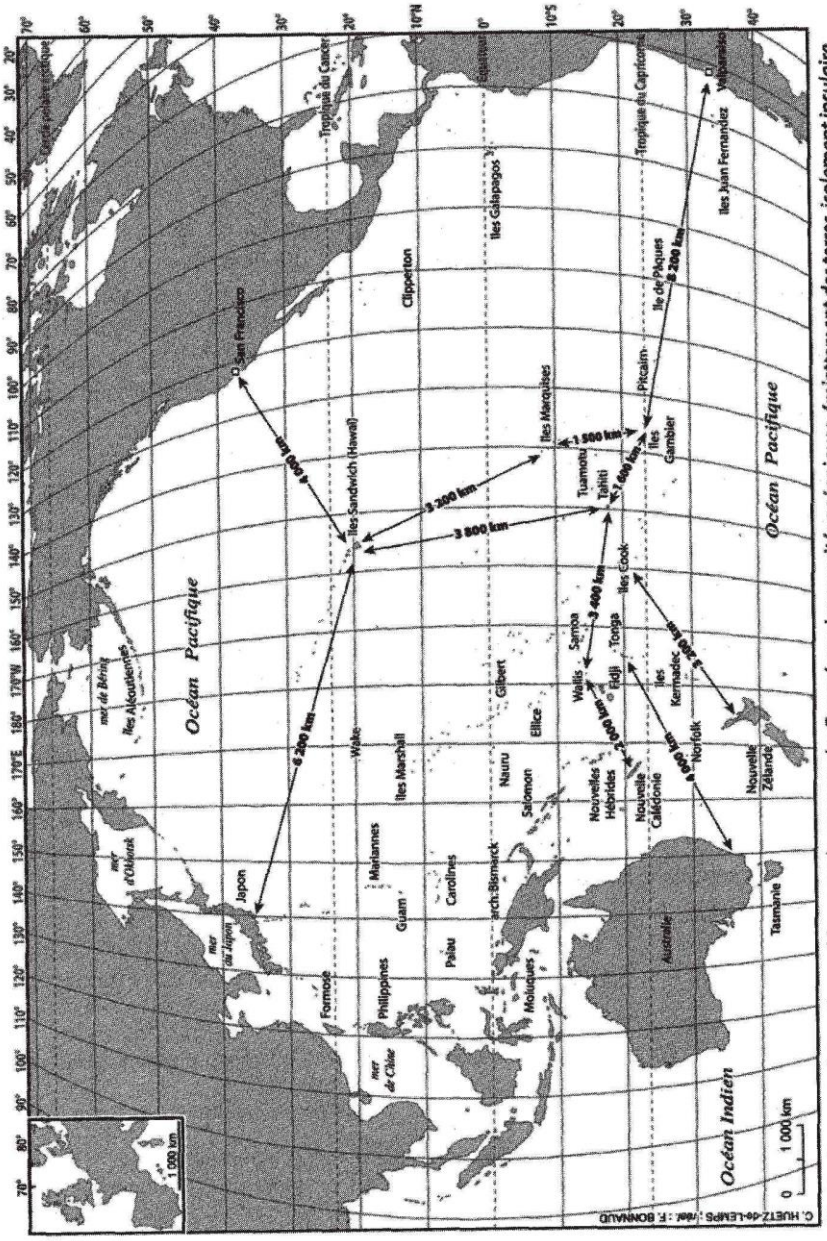


Fig. 2 - Des contraintes géographiques majeures pour les Européens : immensités océaniques, émiettement des terres, isolement insulaire

ta uno de los polos fundamentales[7]. Es una noción no menos esencial para comprender el contacto entre europeos y "antípodas"[8]. Desde 1828 se considera que una rara frontera terrestre, que atraviesa Nueva Guinea, separa el Extremo Oriente del Extremo Occidente[9].

A pesar de las distancias y dificultades que comportaba el viaje, la idea de ir a evangelizar el Pacífico y a la gente que allí estaba es muy antigua y llega pronto tras el descubrimiento del Gran Océano.

Islotes de cristiandad española nacidos en la época moderna

A comienzos del siglo XVII, Quirós, el último "Don Quijote espiritual" (J. Beagleholé recogido por J. Bonnemaison) de` la saga española, que con 200 hombres, 6 franciscanos y 4 Hermanos de San Juan de Dios marcha a conquistar el Pacifico Sur, tenía el claro propósito de fundar una "Nueva Jerusalén" -de ahí el nombre de Terra Australis del Espíritu Santo dado a la isla más grande, la actual Santo- y ofrecer a España y a su monarca la ocasión de realizar una colonización cristiana que se viera libre de las terribles brutalidades de la conquista y explotación del continente americano[10]. A Oceanía se le podría aplicar la fórmula de Montaigne en *Les Essais* de 1598 sobre América: "nuestro mundo ha descubierto otro". El Pacifico Sur se convierte en lugar de muchas utopías, particularmente cristianas. Fue Quirós el primero en calificar a las islas de los mares del Sur con la preciosa imagen de "paraíso terrestre". Llegaron importantes decepciones, tal cual se puede ver en la primera toponimia de las islas, por ejemplo en los dos grupos de islas cercanos a Pitcaim, bautizados por el mismo Quirós como "islas sin fondeaderos" e "islas sin interés". A menudo, los contactos primeros con las poblaciones locales son de una brutalidad tal que la interpretación de los mismos continúa siendo objeto de amplias controversias. Sin embargo son esas expediciones las que están en el origen del mito del "salvaje bueno" en su versión primera[11].

Con el final del Siglo de oro y el declive del poder hispánico, las islas de los mares del sur parecen caer en el olvido, y la España del Rey

---

[7] Ver Yves Lacoste, "Editorial: Australasie", en *Hérodote, pp. 3-14*

[8] Joel Bonnemaison en *La derniére ¡le* muestra cómo el limite último del Occidente se encuentra en los bosques y montañas de Melanesia.

[9] Bonnemaison y E. Waddell, "L'Extréme-Occident dans l'oeil du cyclone. Les nouvelles frontières économiques et politiques du Pacifique insulaire" en *Revue Tiers Monde.* t. XXX^{V}III, n° *149,* enero-marzo *1997, pp. 13-33.*

[10] Annie Baret, "Les remontrances de Quirós au roi d'Espagne", en la 16ª conferencia de *la Pacific History Association,* por aparecer

[11] Annie Baret, *Le paradis terrestre un mythe espagnol en Océanie. Les voyages de Mendaña et de Quiros* (1567-1606), Paris, *1999.*

muy católico carece ya de medios para sufragar costosas expediciones hacia aquellos mares:

En todo caso; seria excesivo afirmar que el Pacífico quedara fuera de las preocupaciones católicas hasta el año 1830. Eso significaría olvidar la conversión de la Micronesia lograda por los españoles con la fuerza de la evangelización de las Islas Filipinas. En efecto, a partir del año 1571, con la fundación de Manila por López de Legazpi, las islas Filipinas -integradas al imperio español hasta el año 1898- son un verdadero asiento católico en el Pacifico: la fundación de la Universidad de Manila en 1619 permite a España establecer su dominio religioso y constituirse en muralla contra los musulmanes en la misma frontera de la conquista islámica. Eso que Pierre Chanu llama "archipiélago de la misión" y "cruzada extremo-oriental" significa un asombroso éxito del cristianismo en Asia, tan reticente entonces a aceptarle e incluso ahora. La colonización y las misiones establecen las primeras rutas a través del Pacífico Norte: desde Acapulco a Manila, con 15.200 Km., empujadas por los alisios, los barcos españoles tenían que cruzar el 38% del globo terrestre[12] con poquísimas islas en la ruta, lo que explica la importancia de la isla Guam de las Mañanas[13] 13, evangelizada a partir de 1688. Los archipiélagos de la Micronesia son también evangelizados e integrados como modestas escalas en el recorrido de los galeones. De este modo la Micronesia es el primer bloque de Oceanía que entra en la ecumene de los europeos y en la esfera de influencia del catolicismo romano.

Reanudación de los grandes viajes de exploración

Aunque durante la época moderna el Pacifico aparezca como un "lago español", en realidad y sobretodo es un mar desconocido, en el que los europeos ubican muchas utopías, comenzando por la del famoso continente austral, heredada de la geografía griega, que hablaba de la existencia de una masa continental en el hemisferio sur, equivalente a la Eurasia, la cual permitiría mantener el globo en equilibrio. Las circunstancias cambian en los últimos decenios del Siglo de las Luces: como escribe Étienne Terraillon, a la era de las

[12] Pierre Chanu, "Le galion de Manille, grandeur et décadence d'une route de la soie" en *Annales* ESC, t. VI, n° 4, oct-dic. 1951, pp. 447-462.

[13] Se trataba de la ruta directa de Acapulco a Manila, empujados por los alisios. Para volver se tomaba la ruta de Urdaneta, así llamada por el nombre del fraile marino que la descubrió: subía hacia el Norte a lo largo del inhóspito Japón antes de alcanzar la costa americana y seguirla hasta alcanzar las posesiones españolas

aventuras, iniciada a comienzos del siglo XVI, le sigue la era de los sabios, en la que el hombre se hace cada vez más dueño de la naturaleza y de su suerte[14]. El espíritu de las expediciones de descubrimiento ya no es el mismo y se ha de reconocer que el proselitismo religioso no está a la orden del día. Los oficiales reciben instrucciones precisas sobre lugares que explorar, informaciones que recoger, misiones que cumplir... para lo cual les acompaña todo un estado mayor de sabios, astrónomos, botánicos, matemáticos, zoólogos, naturalistas... pero sin lugar a bordo ni para un solo misionero. Impregnadas del espíritu de la Ilustración, esas expediciones no siempre están exentas de un cierto anticlericalismo, piénsese en el ateo Bougainville, y muy a menudo, en los relatos de viajes los filósofos sólo prestan atención a aquello que les permite cargar las tintas contra la Europa cristiana. De hecho la mayoría piensa, como Denis Diderot, que "[el tahitiano] linda con el origen del mundo y el europeo con la vejez"[15]. De acuerdo con el ideal de "la Ilustración", esas exploraciones permiten "rellenar rápidamente lo blanco que quedaba aún en los mapas". A comienzos del régimen de la Restauración, Freycinet podía escribir: "ya no quedan más que fragmentos de archipiélagos por explorar o hielos polares que atravesar"[16]. Lo cual no evita que haya expediciones francesas por el Pacífico a los pocos días de la caída de Napoleón, a pesar de que el conde de Provenza y Talleyrand estén forzados por el armisticio del 23 de abril de 1814 a aceptar la liquidación de los fundamentos del poderío marítimo y colonial de Francia y de que los numerosos emigrados al entorno del futuro soberano parezcan decididos a llevar su país a que abandone el mar y ultramar. Los eventos nacionales descalifican muy pronto a los partidarios del repliegue. Y además de las necesarias intervenciones a favor de los súbditos franceses sorprendidos en los conflictos del Mediterráneo, la Francia de Luis XVIII opta por volver hacia el Pacífico y relanzar grandes expediciones, siguiendo la tradición de las de Bougainville, La Pérouse, Entrecasteaux.

Esos viajes y la publicación del relato de los mismos originan en la opinión pública un gran interés por los mundos descubiertos de nuevo. Los polinesios parecen ser la encarnación del mito del salvaje bueno de Rousseau, salvaje bueno a quien se ve además como salvaje hermoso; las opiniones sobre los melanesios, menos conformes a los cánones europeos sobre la belleza, son menos halagüeñas la mayoría de las veces. Al sueño del descubrimiento no le acompañan las am-

[14] E. Terraillon y Roselyne Doucet, *Le Grand livre du Pacifique, Paris 1976, p. 33*
[15] Dis Diderot, *Supplément au voyage de Bougainville, Paris 1776, p. 182*
[16] L. C. Freycinet, *Voyage autour du monde,* fait *par ordre du Roi, sur les corvettes* l l'Uranie *et la* Phisicienne. *Paris 1824-1844, t. 1, p. 3.*

biciones coloniales; en cambio puede ser portador de utopías civilizadoras. Y así, antes incluso de que desaparezca la invalidez del mito del continente austral, la élite francesa sueña con hacer que la idiosincrasia francesa irradie en Australia. A mediados del siglo XVIII, el presidente De Brosses ya pensaba que "los franceses ganarían dando a los australianos la civilización con la que se cubrieron de gloria los fenicios, los griegos y los latinos al educar a los salvajes de Europa"[17].

Se ve, pues, que los grandes viajes de exploración del Pacífico abren camino a las misiones, pero no las acompañan.

Nuevo impulso misionero

"La fe que no actúa, es una fe sincera?"
Juan Racine. Athalie.

El final del siglo XVIII -marcado por la disolución de la Compañía de Jesús (1773), por el irremediable ocaso de las dos grandes potencias coloniales (España y Portugal) y especialmente por la violenta descristianización que acarreó la revolución francesa- no podía dejar presentir la gran renovación religiosa y el notable impulso misionero que caracterizan al siglo XIX.

Dicho impulso toca de lleno primero al mundo protestante anglosajón, puesto que las monarquías católicas tradicionales de España y Portugal ya no tienen medios para hacer una política de expansión, y Francia, la hija primogénita de la Iglesia, desde hace más de un cuarto de siglo se encuentra acaparada primero por las revueltas de la Revolución y por las guerras del Imperio después. Inglaterra, vencedora en la Guerra de los Siete Años y después de Napoleón la mayor potencia marítima de la época, se convierte también en una gran potencia misionera. Las misiones católicas francesas almacenan un claro retraso respecto a sus rivales protestantes británicos, importante desfase cronológico en la historia de la cristianización del Pacífico insular.

En efecto, las misiones protestantes, muy marcadas por los relatos de viajes, otorgan un puesto privilegiado al Pacífico y, recibidas noticias en el mismo terreno sobre la expansión del cristianismo en u1tramar, buscan campos de apostolado que no estén ocupados aún

[17] Charles de Brosses, Histoire des navigations aux terres australes contenant ce que l'on sait des moeurs et des productions des contrées découvertes jusqu'à ce jour, et où il est traité de l'utilité d 'y faire de plus amples découvertes et des moyens d'y former un établissement, Paris, 1756, vol. l, p. 20.

por los sacerdotes católicos. Tahití ocupa un lugar esencial en la fe del doctor Thomas Hawaeis (1734-1820), fundador de la London Missionary Society. En 1793, el doctor pensó en ir a evangelizar Francia, apartada de Dios por el satanismo revolucionario. La elección de Tahití no era fortuita. En 1787, ocho años antes de crear la London Missionary Society, Hawaeis había pedido al Almirantazgo agregar misioneros al viaje de Bligh en el Bounty, pero su petición llegó demasiado tarde[18]. En 1791 reitera la petición para la expedición del Providence, segundo viaje de Bligh, pero antes de la salida se echa atrás por estar poco seguro de sus candidatos. William Carey, "el obrero inspirado", gran figura del metodismo, es también un lector apasionado de Wallis, de Cook y de Bligh. En 1797 la London Missionary Society, lógicamente eligió para sus misioneros como primer destino Tahití, que era también cabeza de puente de la influencia británica en la zona. La London Missionary Society es aceptada de inmediato por la Wesleyan Missionary Society y después por los misioneros puritanos de Boston, que desembarcaron en 1820 en Hawai, el mayor archipiélago de la Polinesia.

Los sobresaltos de la Revolución y las guerras del Imperio acarrearon, pues, un serio retraso para las misiones católicas francesas. Porque era la Cristiandad entera, y no sólo el mundo protestante, la que estaba tocada por ese llamado "Despertar" o "Resurgimiento", movimiento que presenta un carácter internacional y que incendia a toda Europa - también América del Norte- de la que se podía pensar que había pasado a la era de la secularización y del materialismo tras el choque de la Revolución Francesa[19]; se consideraba universal, como atestiguan en el mundo católico sus lazos con el ultramontanismo. Ligado al romanticismo, pasa por una rehabilitación de los sentimientos contra el racionalismo del siglo de las luces, como demuestra el éxito inmenso del Genio del cristianismo publicado en 1802 por François René de Chateaubriand.

Hubo que esperar al año 1815 y a la Restauración para que el catolicismo francés pudiera resurgir de sus cenizas, cuando los protestantes británicos habían puesto ya el pie en Tahití en 1797. Después de las persecuciones de la Revolución y de las indecisiones del tiempo del Consulado e Imperio, "la religión de la mayoría de los franceses", como decía el Concordato de 1801, tiene que volver a ser reconstruida. Tal como suele suceder, el contexto de crisis aguda le hace vol-

[18] Se puede preguntar uno cuál pudo ser la actitud de los pastores y de los hermanos cuando la sublevación de Fletcher Christian contra el muy autoritario Bligh

[19] Jacques Gadille y Jean-Marte Mayeur, "Introduction" en *Histoire du Christia*nisme, t. IX, París 1995, p. 5.

ver a encontrar sus fundamentos. La penuria y la falta de medios hacen que la Iglesia católica redescubra su vocación de servicio y le permita reflexionar sobre el encuadre pastoral de las iglesias. Y, lo más importante, Francia se convierte en el corazón de un nuevo fervor misionero católico. Las primeras que arrancan son las misiones internas, especialmente con la fundación en 1814 de la Sociedad de las Misiones en Francia, aunque también con la eclosión de sociedades regionales y de misiones diocesanas[20].

Tanto para Francia como para el mundo protestante anglosajón, la prolongación natural del despertar religioso se halla en el proselitismo fuera de los límites de la cristiandad y, por tanto, de la ecumene europea. -Misiones ad intra y misiones ad extra son las dos caras del mismo movimiento y proceden las unas de las otras. Sin embargo,. a diferencia de sus adversarios protestantes, los católicos pueden apoyarse en su antigua tradición misionera en ultramar. Si en la primera época de los descubrimientos, las misiones católicas dimanan del amparo español, y en menor medida del portugués, a partir de 1622 la armonización y coordinación de las mismas pasa por Roma a través de la Congregación de la Propagación de la Fe; pero también la afectan los desórdenes de la revolución, hasta que es restablecida en 1814 y reorganizada en 1817. Las antiguas congregaciones misioneras, como los jesuitas o los capuchinos, reinician el servicio misionero. Pero tras el revés en Tahití de los dos franciscanos españoles en el último tercio del siglo XVIII, el impulso misionero católico romano en el Pacífico ya no descansa en las antiguas congregaciones nacidas en la época moderna, sino en sociedades nuevas como la del Picpus y después la de los Maristas. En efecto, nacen nuevas congregaciones, cuya. originalidad es especializarse en las misiones extranjeras. Todas esas congregaciones, y particular-mente las recién creadas, tienen una crucial necesidad de fondos. La Obra de la propagación de la Fe; fundada. por Paulina Jaricot, trabaja para procurárselos.

A partir de 1822 se publican los "Anales de la Propagación de la Fe con el doble objetivo de revelar a los fieles los notables esfuerzos de los misioneros en muchos lugares exóticos, y de suscitar así vocaciones y generosidades de todo tipo. Y de ese modo el celo misionero queda sostenido por los fieles. Los pequeños donativos se multiplican, y las familias, niños incluidos, se acostumbran a imponerse pequeñas privaciones para colaborar en la salvación de las regiones paganas.

[20] Gérard Cholvy, Yves-Marie Hilaire, *Histoire religieuse de la France contemporaine, t.* l, Privat, Toulouse 1985, p. 54.

Ese soporte popular es uno de los rasgos fundamentales de las misiones contemporáneas, que las diferencia claramente de las de los siglos precedentes, llevadas principalmente por las grandes potencias y las grandes congregaciones. Tanto entre los católicos como entre los protestantes el impulso misionero proviene mucho más de los fieles que de las iglesias instituidas. Espontaneidad y apoyo popular se hallan, pues, en el corazón de la dinámica misionera e influyen y afectan profundamente a las congregaciones.

Pero la dinámica misionera católica no adquiere toda su amplitud hasta que se ve orquestada por un Papa excepcional, y no es casualidad como ya dijimos antes,' que en el mundo católico la renovación espiritual vaya pareja con la confirmación del ultramontanismo, que termina por vencer definitivamente en Francia al galicanismo. El 2 de febrero de 1831 es elegido Papa un austero monje camaldulense, Bartolomeo Alberto Cappellari, había sido Prefecto de Propaganda de 1826 a 1831 y se distinguió en el cargo por el notable afán puesto en impulsar la evangelización de los pueblos recién descubiertos en África y Oceanía. Eligió el nombre de Gregorio XVI en honor de San Gregorio Magno, patrono del convento camaldulense de Roma, de Gregorio VII, :célebre por la lucha contra el emperador germánico Enrique IV, y de Gregorio XV, fundador de la Congregación de Propaganda Fide[21]. El conocimiento perfecto de la misma y de su funcionamiento le llevó a encomendarla a prelados versados, como el cardenal Fransoni, que fue su Prefecto durante el periodo que aquí nos interesa, de 1836 a 1854. El pontificado de Gregorio XVI se caracterizó por la paradójica alianza de la rígida teología política del Antiguo Régimen -son conocidas las esperanzas y decepciones que causó entre los liberales- con la renovación del cristianismo tanto hacia dentro como hacia fuera.

"En la corriente universal que arrastra a sacerdotes seculares y religiosos hacia las misiones lejanas, Oceanía no podía dejar de captar la atención de esos generosos apóstoles[22], escribe el P. Bataillon. Pero no deja de ser menos cierto que, por las razones coyunturales ya evocadas, Oceanía queda fuera del campo de las misiones católicas hasta los años de 1830, exceptuando -eso sí- el vano intento de los misioneros franciscanos Narciso González y Jerónimo Clot, llegados a Tahití

[21] Philippe Boutry, "Grégoire XVI" en *Dictionaire de la Papauté,* Paris 1994, p. 769

[22] *Histoire du vicariat de l'Océanie centrale, c. 1, p. l.* Manuscrito escrito bajo la dirección de Mons. Bataillon, APM- Roma Bataillon.

en 1773 en el Aquila,y que abandonan el archipiélago en 1775 decepcionados por no haber obtenido ni una sola conversión[23].

Las fructíferas aventuras de evangelización de los Maristas y de los religiosos del Picpus estuvieron precedidas y en cierto modo preparadas por el proyecto un tanto desmesurado del cura Solages. Hijo de padre francés y madre inglesa, se siente movido por un entusiasmo sin límites cuando se trata de hacer frente a los protestantes. La congregación de los Sagrados Corazones de Jesús y María y de la Adoración Perpetua al Smo. Sacramento y al Altar -el Picpus- fundada en 1800 por el sacerdote Coudrin y aprobada por bula de Pío VII en 1817, vería ya en 1825 que el Prefecto de Propaganda le confiaba la prefectura apostólica de las islas Sandwich. En diciembre de ese mismo año 1825; Solages obtiene de Propaganda Fide la erección de otra inmensa prefectura apostólica en el Pacífico, prefectura que va del ecuador al trópico de Capricornio y de la isla de Pascua a Nueva Zelanda: Pero muy pronto aparece el carácter confuso e irreal de sus sueños, se encuentra solo y, además, el gobierno francés y el Papa le requieren que agregue a todo ello la isla de Bourbon, otra prefectura apostólica de la que ya es él el titular. No tuvo tiempo de poner en marcha sus grandiosos proyectos. Ya antes de que se anunciara su muerte en 1833, se confía a los Padres del Picpus toda la parte oriental de la prefectura apostólica. del Pacífico Sur, a la que se agrega todo el Pacífico Norte para que queden integradas las islas Hawai. Consagrado obispo de Nilopolís "en tierras de infieles", Étienne Rouchouze (1798-1843) se hace cargo de ese vicariato apostólico. En 1835 la segunda parte de la anterior- prefectura es convertida en vicariato apostólico encomendado a los Maristas y Mons. Pompallier, consagrado obispo de Maronea "en tierras de infieles".

La Sociedad de María y su proyecto misionero

A los Maristas se les confía la misión de Oceanía Occidental el 10 de enero de 1836. El 29 de abril del mismo año Gregorio XVI aprueba la Sociedad de María. El 24 de septiembre el P. Colin es elegido superior general, y 20 Padres, 6 de los cuales partirán como misioneros, emiten sus votos. El 24 de diciembre de 1836 sale para Oceanía el primer grupo de misioneros[24].

---

[23] Patrick *O'Reilly,* "Tentative d'évangélisation de Tahiti par les Franciscains espagnols" en *Revue d'Histoire des Missions,* septiembre 1933.

[24] Sobre esta cronología véase el excelente libro de Jean Coste, Cours *d'Histoire de la Société de Marie,* Roma, PP. Maristas, 1965. Véase también el anexo del libro presente, titulado *"Une congrégation nouvelle, la société de Marie" (infra,* p. 695)

Las misiones maristas no fueron, pues, las primeros en acudir al lejano Pacífico. Sin embargo, se implantaron con mucha rapidez y con una eficacia notable.

Leyendo la carta del P. Colin a los misioneros maristas que marchan al Gran Océano, llama la atención el tono de la misma, fundamentalmente espiritual y poco "práctico": "Sean hombres de rezo y oración; convertir un alma es más que resucitar a un muerto; ahora bien, eso sólo se puede hacer con la oración. Rueguen, pues, continuamente por la conversión de sus infieles"[25], escribe el P. Colin, que vuelve a hablar de la actitud frente a las persecuciones y privaciones, pero sin aportar en sus recomendaciones ni el menor toque específicamente "oceaniano". Al leer al P. Colin y sus consejos para soportar el hambre y la enfermedad, sacamos la impresión de que los Padres Maristas van a ejercer` el apostolado en unas regiones de condiciones naturales difíciles, lo que no es el caso de todas las islas del Pacífico y que, sobretodo, va en contra del estereotipo, tan extendido entonces, sobre "la generosidad" de la naturaleza en Oceanía.

Por ejemplo, podernos comparar esa carta con el texto difundido cuarenta años antes por el Dr. Hawaeis entre los pastores y hermanos de la *London Missionary Society.* La memoria, escrita en noviembre de 1795 sobre las dificultades que pueden encontrar los misioneros presenta al Pacífico como una región que se ha de privilegiar por razones muy concretas, ligadas en gran parte a clichés sacados de los relatos de viajes:

> ¿Dónde se encuentran menos dificultades? En los Mares del Sur.
>
> En primer lugar, por el clima; en segundo lugar, porque allí se obtiene fácilmente la alimentación. Los indígenas, sin el agobio del trabajo para obtener el alimento diario y sin el de la esclavitud, disponen de tiempo abundante para recibir la instrucción. Cualquier hombre sentado a la sombra de un arbusto o del árbol del pan , está cercano y accesible, y el simple sonido de un martillo, de una sierra, o de un fuelle de fragua reunirá fácilmente un auditorio.
>
> En tercer lugar, porque el gobierno parece monárquico pero de un carácter tan apacible que hemos de temer más ser acariciados y elogiados que insultados y oprimidos.
>
> En cuarto lugar, allí no existen prejuicios religiosos. Toda persona culpable siente necesidad de reparación, no importa de qué manera. Tienen sus sacrificios y sus dioses; es poco lo que de ello conocemos, pero lo poco que sabemos nos proporciona la prueba más irrefutable de que sus sacerdotes, si es que existen, no están investidos de un poder de persecución y de que no se podrá impedir a la gente el que nos escuche hablar sobre temas religiosos.

---

[25] 13 oct. 1836, J-C Colin a los misioneros que marchan (CS, vol l, doc. 4, 5).

En quinto lugar, es fácil hacerse con la lengua -un cabo de marinos me ha asegurado que después de estar tres meses en la isla la hablaba con fluidez- que, con algunas variaciones es comprendida en el inmenso espacio de esas islas dispersas[26].

El eje del texto de Hawaeis es lo específico de Oceanía, o más bien las ideas preconcebidas que se unen a esa especificidad. Ninguno de los argumentos que motivan su excesivo optimismo es recogido por el P. Colin: ni los de la suavidad del clima y la generosidad de la naturaleza en Oceanía, tan proclamados; ni el de la centralización y la estabilidad del poder político, tan ilusorio o en cualquier caso aplicable solamente a Polinesia; ni, por último, el de la facilidad para aprender la lengua. Tanto para el uno como para el otro, el Pacífico es un terreno de apostolado que se ha de privilegiar. Para. Hawaeis, pragmático él, porque la cristianización se puede hacer con bastante facilidad, sin excesivos sufrimientos y antagonismos, aunque, pensando en los repetidos fracasos del periodo 1797-1812, parece más bien una ilusión; para el Padre Colin porque en una situación de dificultad extrema, sus misioneros pueden alcanzar la santidad, o incluso el martirio. El P. Colin insiste principalmente en dos peligros que interesa subrayar: el de la lejanía y el de un temor específico a la Polinesia, unido probablemente a todas las tentaciones ligadas a la Polinesia en los relatos de viajes, aunque el P. Colín no sea muy explícito al respecto:

---

[26] "Where, then, are the fewest difficulties found? 1 the South Seas (1) because of the climate, (2) because food is these so easily obtained,
The natives, not harassed by labour for daily bread, or as slaves, have abundant time for instruction. Every man sitting under his coca or bread fruit tree is at hand, and very sound of a Hammer, a saw or a smith bellows will hardly ever fail to attract an audience. Two hundred thosands inhabitans are reckoned in Otaheite alone; all, ranged round its beautiful shores and accessible by thaousands canoes, with a facility that no other road can ever afford.
(3) because the government seems monarchical but of the mildest nature and where we have more to apprehend from being caressed and exalted than from being insulted and oppressed
(4) There are no religious prejudices.
Every guilty creature feels the necessity of atonement in some shape of forme, They have their victims and their Gods:;we are yet bur little acquainted with these; but the little that we do know affords the strongest evidence that their priests, if there are such, are not invested with any persecuting power, non car the people be averse to hear us on a religious subject t...1
(5) the language is easily acquired -l am assured a caporal of Marines, after three month's stay on the island, spoke it fluently- and it is understood, with little variation, over all the immense field of these scattered islands"
(Citado por Richard Lovett en su libro The History of the London Missionary Society, London, vol. l, pp. 120-121):

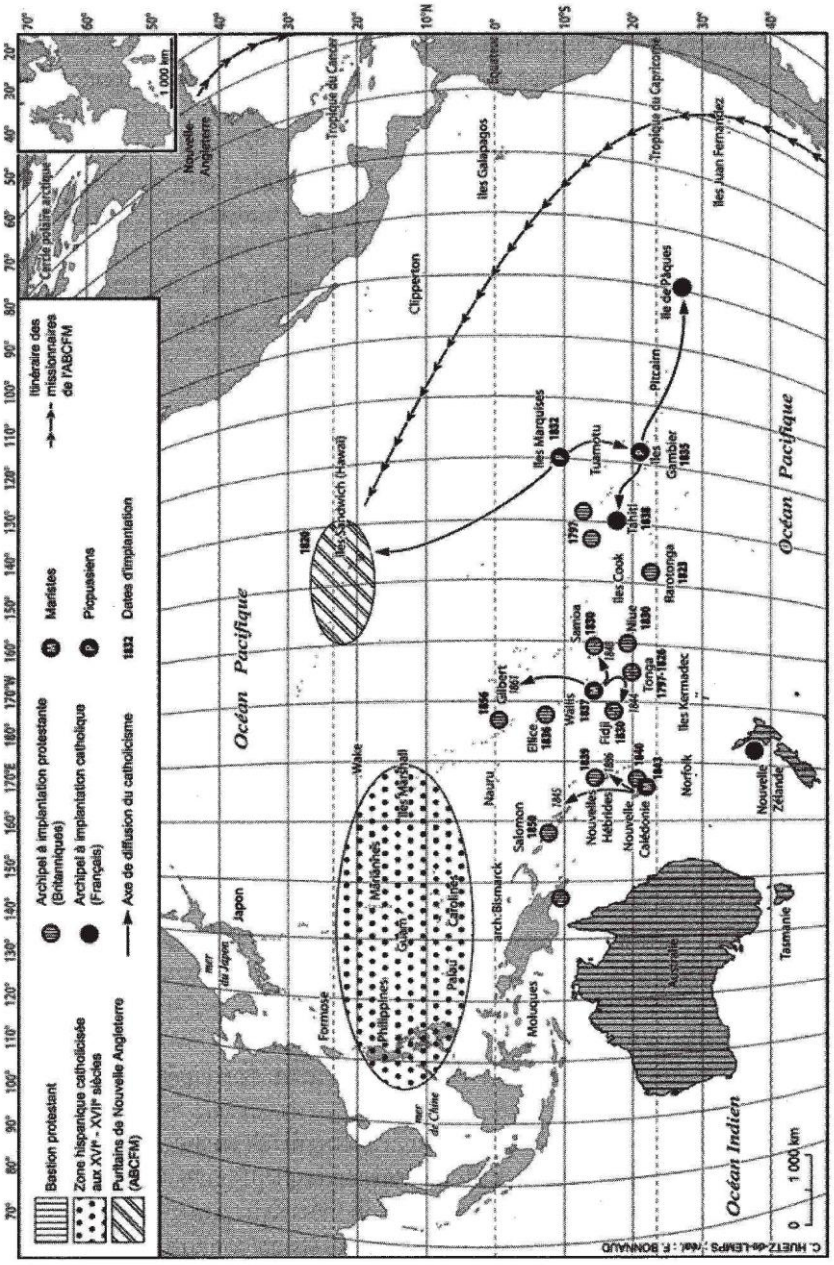


Fig. 3 - Installation des missions chrétiennes dans le Pacifique : la chronologie des rivalités

"*Vae soli* dijo el Espíritu Santo; y será sobretodo en Polinesia donde el aislamiento será peligroso, Por eso, solamente circunstancias inevitables pueden permitirles salir o quedar solos. En todos los demás casos deben llevar hasta el escrúpulo el cuidado de ser siempre al menos dos, aunque solamente sea para ir a pasear. Esa precaución les evitará muchos peligros"[27]

Así pues, el primer equipo de misioneros maristas -Mons. Pompallier como vicario apostólico de Oceanía Occidental, y los Padres Pierre Marie Bataillon, Pierre Chanel, Claude Bret, Catherin Servant, más los hermanos Michel (Antoine Colombon), Marie Nizier (Jean Marie Delorme) y Joseph Xavier (Jean Marie Luzy) - se embarca para emprender una aventura llena de incertidumbres.

De la Oceanía soñada a la Oceanía real

Si las recomendaciones del Padre Colin les preparaban más a resistir las debilidades y flaquezas humanas que a encontrarse con las gentes de Oceanía y sus civilizaciones, también los misioneros de la Sociedad de María -lo mismo que los de los Sagrados Corazones del Picpus- llegan al Pacífico con cierto número de prejuicios y esperanzas, sacadas de los relatos de los grandes circunnavegantes del final del Siglo de las Luces y de cómo los interpretaban los hombres de su época. El contraste entre la Oceanía imaginada y la Oceanía real les proporciona muchas sorpresas, que recogen en sus cartas. Y el primer dato con el que tienen que contar y que a veces les sorprende positiva y otras negativamente- es la grandísima importancia en esas sociedades del hoy conocido como "hecho religioso".

Sociedades tradicionales hondamente impregnadas de religiosidad

Los primeros europeos que llegaron a Oceanía -los españoles en el siglo XVI, posteriormente los holandeses y después británicos y franceses tras la guerra de los Siete Años - quedan asombrados por el alto grado de religiosidad de las sociedades del Pacífico insular. Frecuentemente se detienen en los aspectos más espectaculares, que suelen ser también los más violentos y no necesariamente los más importantes en el plano espiritual: sacrificios humanos (como al que asistió Cook en

Tahití el 15 de septiembre de 1777), infanticidios, ídolos, estatuas, entre las que sobresalen como más importantes las estatuas megalíticas de la isla de Pascua, etc... Lo religioso parece omnipresente en la vida de esos pueblos, cosa que extraña a los oficiales de marina del siglo de las luces y que también causa mella en los misioneros. La cristianización puede llegar, pues, como la sustitución un tanto "natural" del paganismo eliminado.

La división en tres esferas -política, social y religiosa- de Georges Dumézil para las civilizaciones indoeuropeas no sirve para el mundo polinesio por no existir una clara distinción entre el campo de lo sagrado y el campo de lo profano. El mejor ejemplo' de esa imbricación de esferas es el sistema tabú, observado ya por Cook, centro del interés de los misioneros después, y del que dijo el pastor William Ellis unos años antes de la llegada de los Padres Maristas:

"El tabú [...] era una de las instituciones más notables entre los habitantes de las islas de los Mares del Sur y, aunque exista en todas las islas del Pacífico con ligeras diferencias, no se encuentra en ninguna otra parte del mundo". Y Ellis señala a continuación que por medio del tabú es lo religioso, y por tanto los clérigos, los que presiden lo importante que ocurre en la vida pública polinesia. "Utilizado tanto para los fines profanos como para los religiosos, el tabú era una ceremonia completamente religiosa y sólo podía ser impuesta por los sacerdotes"

Sin embargo, la iniciativa y ejecución del tabú no provienen necesariamente de los sacerdotes; la imbricación entre las tres esferas política, religiosa y social es total:

"Siempre se invocaba un motivo religioso, aunque a menudo fuera impuesto a petición de alguna autoridad civil, y unas personas llamadas kiaimoku, vigilantes de la isla (algo así como agentes de policía) eran enviados por el rey para ver si el tabú era bien observado".

Después, Ellis habla de las múltiples aplicaciones del tabú, insistiendo en su gran diversidad, pues concierne tanto a personas como a lugares, cosas, alimentos, días o épocas del año, prácticas...; y subraya el rigor con que eran obedecidas todas sus prescripciones. Vuelve finalmente a hablar sobre el profundo conservadurismo social y político originado por ese sistema, cuyas víctimas eran, según él, los más débiles: "Una institución tan universal como inflexible contribuía enormemente a mantener a los indígenas en un estado de sujeción total. Sólo el rey, los jefes sagrados y los sacerdotes parecían ser las personas a las que la observancia del tabú no ponía problemas.

Por ejemplo el tabú prohibía que hombres y mujeres tuvieran juntos las comida.

Por tanto, la destrucción del paganismo pasa por la conculcación de los tabúes, demostración empírica de la impotencia de los dioses de Oceanía y de las mentiras de las religiones paganas[27].

"Se comieron sus tabúes (cosa prohibida por su religión) y quemaron lo que ellos llamaban dioses, ¡Ay, me decía una mujer a la que vi en nuestro antiguo pueblo, ni uno sólo dejó de comerse su tabú, ni siquiera esta niñita", me dijo señalándome a una niña de cuatro o cinco meses. "¿Pero cuál era el tabú?" le pregunté. "El feke", me contestó (una especie de reptil marino casi tan duro como un nervio de buey). "Yo misma se lo ha: masticado y se lo he hecho tragar después, añadió, para demostrar que ya no creemos en todas esas mentiras"[28], nos cuenta el P. Chevron.

Lo escrito por el P. Chevron pone en clara evidencia un hecho de mayor alcance, frecuentemente olvidado por la historiografía, a saber, la participación a menudo espontánea de la gente de Oceanía en el cuestionamiento de uno de los fundamentos de su civilización anterior.

El caso más asombroso fue, indudablemente, el de las islas Hawai pues, antes incluso de que llegaran unos misioneros puritanos de Boston, el joven rey Kamehameha lI hizo estallar en pedazos el paganismo transgrediendo uno de los tabúes fundamentales al sentarse en la mesa de las mujeres para tomar la comida. Queremos llamar la atención sobre este punto para que no se exagere la influencia de los misioneros en el hundimiento de las civilizaciones pre-cristianas. En muchos casos los misioneros tuvieron la "divina sorpresa" de encontrarse frente a paganismos ya muy desacreditados entre los mismos habitantes de los lugares de Oceanía.

La visión de los misioneros sobre el tabú en Melanesia es en general muy negativa: presentan el tabú como algo que está al servicio de las prácticas más bárbaras del paganismo:

---

[27] Sin embargo, los misioneros comprendieron muy pronto que era más fácil lograr que la gente admitiera la debilidad de sus dioses en el plano práctico que su inexistencia en el plano teórico. Ver Claire Laux, L'hénothéisme, transition essentielle dans l'évolution religieuse et *politique* des les de Polynésie, en el "Bulletin de la Société d'histoire du protestantisme français", t. CXLVII, abril-mayo-junio 2001, pp. 251-281.

[28] 9 mayo-11 julio 1842, Joseph Chevron a su familia (LRO, doc. 153, 16).

"Cuando, según mi costumbre, iba a Puebo a dar el catecismo, me estremecí al ver unos miembros humanos, que colgaban al aire, pendidos de unas picas como señal de tabú"[29], escribe el Padre Rougeyron desde Nueva Caledonia.

Esta noción, más específicamente polinesia según la etnología actual, generalmente no es aplicada por los misioneros a todas las clases de prohibiciones en la totalidad de las islas de Oceanía.

El politeísmo de Oceanía gira en torno al culto de numerosas divinidades, cuyo nombre puede variar de un archipiélago a otro y sobretodo de Polinesia a Melanesia. En Polinesia, ese panteón está relativamente jerarquizado: el dios más importante es Tangoloa, una divinidad original cuyo culto se extiende desde Raiatea hasta las islas de Sociedad, las Tuamotu, las Cook... Y en esas sociedades guerreras, el dios dominante pasa a ser después Oro, el dios de la guerra. Su culto, muy teatralizado, está muy extendido. Y con sus sacerdotes tienen que competir los primeros misioneros tanto católicos como protestantes. Así describe George Vancouver en 1792 los funerales de Mahou en Maré:

No hay duda de que nuestros viajeros tuvieron razones para persuadirse de que debían embalsamar el cuerpo de Mahou. Me han dicho que se realizó con el secreto más profundo y con religiosa superstición. Se retiran las entrañas, tenidas por los tahitianos como los órganos más inmediatos de los sentimientos, los que perciben las primeras impresiones y por los que se operan todas las actuaciones del espíritu. Resulta, pues, natural que esos isleños reverencien los intestinos por ser los que tienen la mayor afinidad con la parte inmortal del hombre. Al hablar con ellos sobre este tema, frecuentemente yo pretendía hacerles ver que todas las operaciones intelectuales se realizan en la cabeza. Y todos ellos me respondían, sonriendo, que muchas veces habían visto que gente con el cráneo fracturado o con otras partes de la cabeza muy dañadas habían vuelto ala vida; mientras que siempre que las entrañas fueron atacadas la muerte fue segura".

Las creencias y el comportamiento de los habitantes de Oceanía frente a la muerte contribuyen ampliamente al exotismo tan en boga en la época. La extrañeza es uno de los componentes esenciales de ese exotismo y participa del agrado que tienen los Europeos por él. Tras la descripción de Vancouver se halla, evidentemente, la idea de los indígenas antípodas, con unas costumbres diametralmente opuestas a las de la gente del Viejo Continente. En cualquier caso, todos los observadores resaltan el altísimo grado de espiritualidad de las prácticas y de los ritos ligados a la muerte entre los habitantes de Oceanía:

[29] 4 enero 1847, Pierre Rougeyron a J. C. Colín (LRO, doc. 590, 6)

El cuerpo de los jefes puede ser depositado en cuevas o en mausoleos. Los de los demás son arrojados al mar para comida de los tiburones, o bien quedan en una plataforma para que se descompongan.

Respecto al tabú ligado a los muertos que señalan todos los viajeros, se puede citar de nuevo a Vancouver, que evoca los lugares que se convierten en lugares sagrados por la presencia de reliquias:

"El plañidero principal, ataviado con una máscara de nácar coronada con largas plumas blancas, cumple sus funciones, que consisten en ahuyentar a los curiosos, mantener en la medida de lo posible un profundo silencio en un espacio cerrado que va recorriendo, precedido por un hombre casi desnudo, que lleva una especie de maza, con' dientes de tiburón incrustados, con la que debe golpear a cualquier temerario que se acerque".

Los tahitianos idearon unas técnicas de embalsamamiento para transformar los cadáveres de los jefes en momias, que quedaban expuestas durante un año, antes de ser enterradas en una sepultura. Sin embargo, en otras sociedades se entierra a los muertos en tumbas, sobre las cuales se levantan unas estructuras elaboradas, adornadas con decoraciones complejas que se cuidan durante largos periodos.

Como forman parte de los funerales, las manifestaciones de pesar unidas al fallecimiento están muy ritualizadas y frecuentemente son muy espectaculares. En Tahití, Samoa, las Carolinas y Nueva Zelanda tradicionalmente los parientes próximos de los fallecidos manifestaban su dolor dramáticamente con alaridos prolongados, se hacían quemaduras, incisiones, se mutilaban algún dedo de la mano o del pie, o se arrancaban todos los dientes... Y después los parientes del difunto lucían con orgullo esas permanentes marcas de duelo...

En algunos casos, los parientes destruían una parte de los bienes del difunto (casas, piraguas, remos, árboles...). Se trataba de efectos personales, considerados inalienables, y por tanto destinados a desaparecer con la muerte. A veces se llegaba a sacrificar sobre la tumba del jefe a sus esclavos, sus esposas, sus hijos, a semejanza del antiguo Egipto y de otros lugares. La muerte era un suceso social colectivo. Un personaje importante nunca desaparecía solo, se llevaba con él una parte del grupo social y los intereses económicos que él controlaba.

De modo menos doloroso y espectacular, en las islas Sándwich se rasuraban la barba y la cabeza. Los cantos fúnebres y las lamentaciones ceremoniales eran muy importantes en las sociedades de Oceanía y podían durar ininterrumpidamente varios días. Después llegaban anualmente y cada dos años las danzas y sacrificios para conmemorar

el aniversario de la muerte. Los funerales solían ser una ocasión para hacer grandes banquetes rituales con cerdos sacrificados, intercambio de objetos de valor como esteras...

En Melanesia, que siempre tuvo peor prensa que Polinesia en Occidente, el culto a los muertos aparece como el lugar de un pintoresco morbo. En Malaita, de las islas Salomón, la sepultura se hace en dos tiempos: se comienza por enterrar el cadáver en la arena durante un centenar de días; después se recupera la cabeza que, limpiada y colocada cuidadosamente en un recipiente, es depositada en una especie de mausoleo de reliquias. Después se deshacen del cuerpo arrojándole a un vertedero de restos de tabú, es decir, un vertedero sagrado y vetado a la vez. Cuando llega el momento de sepultar el cráneo de su propio padre, el sacerdote mayor del clan recuperará todos los que están a la espera de ser sepultados en el mausoleo y abrirá la fosa en la que, después de su padre, serán sepultados en el marco de un gran ritual. Lo que llama especialmente la atención de los occidentales en este tipo de funerales es su duración. Y también la correspondiente falta de higiene, pues, como ya dijimos antes, en muchos archipiélagos los cuerpos quedaban largo tiempo al aire en putrefacción.

Después de la muerte, las reliquias juegan un papel esencial. Como partes tangibles de un cuerpo que se ha hecho intangible, sirven de puente con el más allá, como ocurre en otras muchas culturas. Se conservan en lugares cargados de "*mana*" (carisma), como los santuarios o las casas de los hombres, aunque también se pueden llevar como talismanes o amuletos para cargarse de la "chispa" del difunto. Todos recordamos la imagen clásica de la viuda llevando como collar los huesos de su difunto marido.

Continúa ocurriendo que las civilizaciones de Oceanía viven en estrecha comunión con sus muertos. No existe una separación radical entre los vivos y los muertos: cuando los cuerpos no son arrojados al mar para alimento de los tiburones, los muertos suelen ser enterrados en el jardín o en medio del pueblo. Los ritos funerarios son siempre muy complicados y largos, prolongados a veces a decenas de años. El espíritu de los muertos mantiene la influencia en la vida de los vivos, y los fantasmas ocupan un lugar importante en la vida cotidiana de los habitantes de Oceanía.

Los paganismos de Oceanía, desestabilizados por el encuentro con los primeros viajeros, resistirán poco tiempo a los asaltos de los misioneros católicos y protestantes, aunque subsisten numerosos elementos bajo forma de sincretismos.

Pero aquel Pacífico que encontraron los misioneros ya no existe, y mucho menos el que descubrieron los grandes exploradores del final

de la Ilustraci'on.. Desde el simple punto de vista cuantitativo, los "fieles" a convertir perecen mucho menos numerosos de lo que pensaban los misioneros.

Choque de microbios y hundimiento demográfico

El encuentro de los occidentales con Oceanía tuvo, nada más iniciarse el contacto, el importantísimo efecto del choque de microbios y del hundimiento demográfico. Se trata de dos hechos mayores, también para la historia misionera, que se vio concernida de tres maneras por esos fenómenos de la disminución brutal de la población indígena.

Los misioneros, por lo menos algunos de ellos lectores de los relatos de viajes, al desembarcar esperaban encontrar las islas con una población relativamente densa. Una de sus primeras decepciones viene por tanto de la poca gente que había para convertir. Una rápida mirada a las población de las islas es suficiente para darse cuenta de que no tiene nada que ver con lo que nos decían los primeros viajeros. Solían exagerar mucho. Veamos un ejemplo: en 1767, en su primer viaje Wallis atribuye a Tahití una población de 100.000 habitantes. Cook, en su segundo viaje del año 1774, le da 204.000: Foster, 121.500; y Morrison, que permaneció en el archipiélago año y medio en 1790-1791, 30.000 habitantes. El ejemplo demuestra los límites metodológicos de sus apreciaciones. Los demógrafos actuales revisan a la baja esas cifras, yendo de los 35.000 habitantes de Mac Arthur[30] a los 60.000 de Rallu; Beaglehole habla de un maximum de 50.000[31] cuando llegaron los europeos. Por otra parte, Mac Arthur señala con gran acierto hasta qué punto la demografía histórica sobre el Pacífico eligió; ya desde el principio, aferrarse a las estimaciones más excesivas sobre la población anterior a la llegada de los europeos: por ejemplo, un año después de que Cook hablara de una población de 200.000 almas en Tahití, el español Máximo Rodríguez le asignaba solamente 15.000, cifra ala que no hacen alusión ni los contemporáneos, ni los viajeros de los decenios siguientes, ni los historiadores de la primera mitad del siglo XX. En dicha elección se puede observar, además del reconocimiento de la gran notoriedad de Cook, el deseo nostálgico de mostrar la vitalidad de los pueblos de Oceanía antes de que se produjera el "impacto fatal" del encuentro con la gente europea.

---

[30] N. Mac Arthur, *Island populations* of *the Pacific, Honolulu, 1968, p. 262.*

[31] *J. C. Beaglehole, "lntrocuction» Journal of Captain James Cook Cambbridge, 1955, p. CLXXVII.*

No es menos cierto que los primeros franceses y británicos que descubren la Polinesia tienen la impresión de desembarcar en islas densamente pobladas, impresión que se esfuma rápidamente en sus sucesores. El capitán Wilson, que acompaña a los misioneros de la *London Missionary Society,* en 1797 avanza la cifra de 16.000 almas, estimación que recoge Mac Arthur al señalar una horquilla de 14 a 18.000 habitantes a finales del siglo XVIII[32]. Sé rebaja, pues, entre un 30% y un 50% o en una treintena de años, es decir entre los contactos primeros y la llegada de los misioneros protestantes, descenso que no hace más que acentuarse después, si bien es desigual según las islas y su grado de aislamiento.

A ese enfriamiento demográfico hay que añadir el problema de la dispersión de los pueblos de Melanesia, que hace más difíciles y aleatorias las conversiones:

"Lo más funesto de todo es que los aborígenes están completamente diseminados"[33], escribe Guillaume Douarre desde Nueva Caledonia.

Apenas obtenida la conversión de esas poblaciones, una de las prioridades absolutas del apostolado misionero pasó a ser la lucha contra la anunciada desaparición de la población autóctona: Y se toman ciertas medidas, particularmente rigurosas en el campo moral, que no pueden ser analizadas independientemente del modo como ven los misioneros la evolución demográfica y la manera de interpretarla. La disminución de la población indígena se debe a los choques epidemiológicos con el consiguiente y tremendo aumento de la mortalidad, pero se debe también a una natalidad relativamente mediocre, contrariamente a lo que ocurre en otros países de la zona tropical que han pasado a estar, más o menos, bajo el control europeo. Después de estar cinco meses en Tahití, William Bligh escribe "si las mujeres fueran honestas, por poco que fuera, para decidir casarse, la isla seria un hormiguero de habitantes"[34], inscribiendo así el descenso demográfico en la lista de la amoralidad de la gente. Por su parte Malthus cita el caso de la isla de Pascua apoyándose en las conjeturas de La Pérousse[35] y, con una perspectiva muy moralista, pone la prostitución como la tercera gran causa de la regulación demográfica de los sociedades del Pacífico. Pero también en esto, la libertad de costumbres de las sociedades tradicionales no puede ser comparada con la prostitución a gran escala que caracterizó a las islas a partir del momento en que se intensificó el paso de barcos

---

[32] Mac Arthur, op. cit., p. 262

[33] 10 enero 1844, G. Douarre a JC Colin (LRO, doc. 304, 23)

[34] William Bligh A voyage to South Sea, undertaken by Command of His Majesty, Londres, 1937, pp. 78-79.

[35] T. R. Malthus, Essai sur *le príncipe de population,* París y Ginebra, 1823, vol. l, p.121.

occidentales, sobretodo de los balleneros. La sífilis hace que muchas mujeres sean estériles, lo que contribuye a mantener la natalidad en niveles mediocres. Los misioneros comparten ese análisis y ponen en la moralización de las sociedades oceanianas la única posibilidad de su supervivencia. Recordemos también las drásticas medidas tomadas contra los navíos. extranjeros y la relación que establecían con las mujeres de las islas, juzgada como letal por los misioneros.

Por fin, a partir de la cristianización, la evolución demográfica de las islas es ampliamente integrada por todos los observadores en el balance de los misioneros: algunos alaban el modo como supieron detener la caída, mientras que otros se la imputan a ellos. Por ejemplo, el famoso "vestido misionero" parece más adaptado a las exigencias del pudor que a las del clima de Oceanía. De hecho, las enfermedades pulmonares se suman a las grandes epidemias, llegadas de ultramar, para diezmar a los pueblos de Oceanía, y la brutal y espectacular transformación de la indumentaria no es ciertamente extraña a esos estragos, aunque no se debe aminorar el carácter espontáneo cíe la transformación: la gente de Oceanía, y en particular la elite, adoptan muy a gusto lo que creen que es la elegancia europea.

En cuanto al decaimiento de la natalidad, los observadores lo imputan tanto a la depravación -siguiendo en esto el análisis de los misioneros y de los primeros viajeros, según se ha visto ya- cuanto al excesivo rigor, que acompañó a la instauración del orden moral cristiano. Apartados, y a menudo con gran brutalidad, de sus referencias culturales y de un universo- tradicional que los misioneros presentan como de noche y tinieblas (*taem blong darkness),* algunos pueblos -como el de Vanuatu parecen perder de repente el gusto de vivir y de procrear[36]. Del mismo modo, en Polinesia es arrojado al lado de *po* (la noche) todo lo que depende de la cultura tradicional, mientras que la llegada de los europeos es considerada como la que hace entrar a las islas en *ao* (la luz), pero al hacerlo, los pueblos pierden la misma fuente de su vitalidad[37]. Y así, para muchos observadores, esa raza canaca que muere y que ya no tiene hijos está en fase de desaparición.

En cualquier caso, si los oceanianos son menos numerosos de lo que esperaban los misioneros, ya no están solos y, excepto en los archipiélagos muy aislados, en adelante se ha de contar con marinos de

[36] Joel Bonnemaison, "Espace géografique et identité culturelle en Van~ (exNuevas Hébridas" en Journat *de* la Société des Océanistes, n° 68, sept. 1980, p. 184.
[37] Christia Bausch "Po y Ao", Análisis of an ideological confllict in Polinesia" en Journal *de* la Société des Océanistes, n° 61, dic. 1968, pp. 169-186.

paso o con aventureros más o menos recomendables que han tenido descendencia en las islas.

La nueva cara del Pacífico

Si los misioneros, al menos en un primer momento, pueden hacer que su apostolado esté fuera de toda tutela colonial -con la libertad y la vulnerabilidad que ello implica- no por eso dejan de tener necesidad de entenderse con otros occidentales que se hallan en las islas. Del lado occidental, la tradición de asentamientos aventureros se remonta a épocas anteriores a la nuestra; ya en tiempos de Magallanes desertaron tres de sus marineros para establecerse en Guam. Y en los años siguientes a la llegada de los descubridores, unos cuantos franceses y británicos se instalaron en las islas; eran básicamente marineros, o desertores como en el caso de los amotinados del Bounty en Pitcairn, o gente despedida por sus jefes como los ingleses Isaac Davies y John Young, acogidos por Kamehameha en 1790, que pasan a ser muy pronto unos jefes importantes y los principales consejeros del rey. Young llega incluso a tener el honor de ser el padre de una reina de Hawai. Son personalidades notables de un grupo bastante heterogéneo que cuenta sobretodo con individuos poco brillantes. La mayoría de los europeos que están en el Pacífico son los que van a la caza de focas y ballenas, unidos muy pronto a una leyenda que a finales del siglo es perpetuada por Hermann Melville. Además de a cazadores de focas y ballenas, las islas del Pacífico acogen a un número creciente de beachcombers, raqueros en español, una especie de piratas o rateros de puertos y costas, peinadores de playas. Son ellos, franceses y británicos, los personajes más destacados del comercio en el Pacífico durante el periodo colonial. Una cuarta parte son presidiarios que escaparon de Australia, y otro buen número desertores de los navíos en el Pacífico. Los misioneros maristas de Samoa o de Wallis les llamaban "hermanos de la costa" y los equiparaban a los desertores, algo que corresponde a una visión parcial de la realidad.

Esos hombres, los primeros en instalarse en el Pacífico, tienen que estar animados o por una fe inflexible o por una audacia ilimitada. Y hay que decir que si se marchan de su patria suele ser porque no tienen nada que perder. Y se constituyen en intermediarios valiosos, pero no siempre fiables ni mucho menos, entre el Occidente y las gentes de Oceanía.

El aventurero Rives, de Burdeos, hace notar que conocer las sociedades del Pacífico es una tarea ardua que exige paciencia:

"Ese conocimiento es difícil de adquirir al tratarse de hombres salvajes, como en la costa noroeste, o de gente que apenas ha empezado su civilización, como la de las islas Sándwich y la de California [*notemos que en este pasaje y con la idea clásica de ver la civilización como un proceso, Rives pone a los habitantes de Sandwich por encima de los de la costa americana del N. O. y al mismo nivel que los de California*].Es además muy raro entre los americanos (al menos en la costa noroeste, donde se hace el comercio más lucrativo) porque sólo se puede alcanzar tras haber visitado frecuentemente a los nativos, haber tenido relación personal con ellos, con sus jefes y con sus principales traficantes y haberles inspirado confianza y amistad".

Rives hace alusión a sus excelentes relaciones con el rey Kamehameha II y al hecho de haber estado viviendo dieciocho años en Hawai, lo que hace de él un observador privilegiado. Y añade: "He observado con cuidado a los pueblos de diversos países; he estudiado la parte de su territorio que bordea el mar; he conocido sus necesidades y su productos, sus cualidades, sus vicios y sus disposiciones ante las naciones extranjeras"[38].

Algunos de esos aventureros, llegados a veces a las islas por puro azar, al ser conocedores de Oceanía y de sus civilizaciones pueden llegar a manifestarse como notables mediadores. Sin importar cual sea su posición social en las jerarquías francesa o inglesa, su simple condición de occidentales suele permitirles ganar rápidamente los favores de soberanos y jefes. Es el caso, por ejemplo, de William Mariner, marinero inglés a bordo del Port-au-Prince en 1806 cuando el capitán del barco, cediendo a las maniobras de seducción de los tonguianos, desembarcó en Haapai. De sesenta y dos que desembarcaron, treinta y seis fueron degollados. Mariner fue uno de los 26 "felizmente" perdonados; incluso fue "adoptado" por el jefe Finau. En 1810 es recogido por un barco, pero sube a bordo y se separa de Finau con lágrimas en los ojos. Los cuatro años de inmersión total en el corazón de un pueblo polinesio no convertido aún al cristianismo dan a su testimonio un valor incalculable y le convierten en fuente de primer orden para el historiador tonguiano. Sus escritos fueron publicados por primera vez en Londres en 1817[39]. Su impacto sobre la idea que se hicieron de los misioneros protestantes y católicos sobre los habitantes de las islas, bautizadas por Cook como "archipiélago de los Amigos", no es desdeñable.

Podemos evocar también el pintoresco destino del bordelés Joseph Kabris, náufrago de un ballenero inglés con el británico Robarts. Escaparon los dos de la muerte gracias a la intercesión de la hija del rey y se

---

[38] J. B. Rives, "Mémoire sur le commerce que la France peut faire avec les îles Sándwich, la Califomie, la côte Nord-Ouest américaine", en *Annales maritimes et coloniales, 2a* parte, t. *1, 1826.*

[39] E. N. Ferdon, *Early Tonga as the Explorers Saw in 1610.1810,* Tucson, *1987,*

convirtieron en *beachcombers* de las Marquesas. Rápidamente inculturado, según el esquema clásico, toma como esposa a la hija de un jefe, se hace un tatuaje por todo el cuerpo y por sus cualidades de guerrero se gana el respeto de la gente de las islas. Pero aunque había escapado dos veces de la muerte en compañía de Robarts, los dos se profesan un odio personal que presentan orgullosamente corno reflejo de la enemistad entre sus dos naciones. El capitán Krusenstern, afectado por los argumentos de Robarts, toma a Kabris en 1804 y se lo lleva a Rusia. El zar Alejandro I admira tanto sus tatuajes como sus cualidades de nadador y le nombra profesor de natación en la escuela naval de Cronstadt. Entra en Francia y, también allí, alcanza un gran éxito en la corte: "llegado a Paris, fui presentado al Señor Duque de Richelieu y a S. M el rey de Francia, al igual que a Su Augusta Familia. Su Majestad se dignó conversar conmigo sobre las particularidades de mi vida"[40]

Se hace también con los favores del rey de Prusia, pero no logra recoger la suma necesaria para realizar el sueño de volver a las Marquesas y reunirse con su mujer y sus hijos. Para poder ganar algo de dinero exhibe sus tatuajes en un pequeño teatro de Burdeos, el "Cabinet des illusions" y más tarde en diversas ferias. Muere el año 1822, en una gira por Valenciennes, y las autoridades tienen que tomar medidas para evitar que su cuerpo no sea exhumado, pues un amante de curiosidades había iniciado los pasos para hacerse con su cadáver y ordenar que lo disecaran.

Esos aventureros, con itinerarios a menudo originales, están ahí, en las islas, frente a los misioneros. Como estos últimos son los únicos en manejar las lenguas locales, a menudo suelen verse investidos de funciones representativas como la de cónsul. Los gobiernos consideran que son los primeros a quienes interesa defender los intereses nacionales y también los mejor informados sobre la situación de los lugares en que viven. En contrapartida, la idea que se forjan los europeos sobre las sociedades oceanianas se ven deformadas por el prisma de personas que están implicadas en ella.

Los traficantes, raqueros y balleneros proponen a la gente de Oceanía un modelo de occidentalización muy distinto del de los misioneros: disfrutar del alcohol y los placeres y frecuentar poco los oficios religiosos. Los británicos Davies y Young, a pesar de su influencia sobre el soberano de Hawai, son muy mal considerados por los misioneros puritanos. Por ejemplo, Jacques Izoulet expone muy bien el im-

[40] J. Kabris, *Précis historique et véritable du séjour de J. Kabris, natif de Bordeaux, dans les Iles de Mendoza,* Paris, s.d., en *Le voyage en Polynésie, anthologie des voyageurs occidentaux de Cook à Segalen,* Paris 1994, p. 727. Este folleto de 13 páginas, el librito autobiográfico que distribuía Kabris a los que iban a ver sus tatuajes, iba acompañado de un grabado de Kabris y de dos poemas sobre su odisea. ninguno de los dos documentos lleva fecha.

pacto de los problemas que causa el alcohol en la pequeña estación misionera de Ouvéa[41]. Tras la permanencia del *Duff* en Tahití, el capitán Wilson y el primer equipo misionero de la *London Missionary Society* comprendieron que, aunque los supervivientes del *Mathilde* pudieran ser muy buenos intérpretes, con su presencia iban a perder mucho más que ganar. Y por eso, al pasar por Huahine, Wilson acepta que el irlandés Connor suba a bordo para llevarlo a Inglaterra:

Nos encontrábamos a sotavento de la isla y vinieron unas piraguas que rodearon el barco. El irlandés Connor, uno de los marineros del *Mathilde,* se hallaba en una de ellas. Vimos con enorme sorpresa que casi había olvidado su lengua materna; sólo recordaba un pequeño número de palabras: si comenzaba una frase en inglés, se veía obligado a acabarla en la lengua del Gran Océano [...] Al ver que nosotros habíamos decidido no detenernos allí, pidió al capitán que le llevara a Inglaterra. Se le concedió inmediatamente pues el comportamiento de sus compañeros en Tahití permitía suponer que él sería un obstáculo para el progreso de la misión. [42]

Encantado de dejar a su esposa polinesia hecha un mar de lágrimas, pero no queriendo abandonar a su hijo, el *beachcomber* se queda definitivamente en las Islas de la Sociedad; en 1803 es matado en BoraBora. Su hija Nancy es confiada al pastor Henry; se casa con un jefecillo, y una de las hijas del matrimonio, Mary, nacida en 1814, se casa a su vez con Thomas Bainbridge, fundador de una familia de Tahití. Esa serie de uniones matrimoniales manifiesta con claridad las facilidades del mestizaje en las tierras polinesias[43].

Son también esos *beachcombers,* marineros y diversos traficantes de paso en las islas -por ejemplo en Nueva Caledonia- quienes dan a sus habitantes el nombre de "kanacs", una palabra de origen hawaiano que en principio significa simplemente "persona humana". Los primeros exploradores franceses y británicos hablaban sencillamente de *"nativos",* naturales, *"sauvages",* salvajes, a veces caníbales o indios... Y fueron los que mantenían contactos más regulares con esos pueblos quienes sintieron la necesidad de prestar a otros pueblos del Pacífico un término con el que designar a esos "isleños" con quienes deseaban establecer relación comercial[44]. Y esas decenas de inventores lingüísticos desconocidos hacen que el *kanaka-kanak,*

---

[41] J. Izoulet, *Ouvéa, Histoire d'une mission catholique dans le Pacifique sud au XIX siécle,* Paris, 2005, p. 118.

[42] J. Wilson, *Vayage des missionaires à Vocéan Pacifique,* en *Le voyage en Polynésie,* op. cit., pp. 707-708.

[43] Patrick O'Reilly y Raúl Teissier, Tahitiens, Répertoire bio-bibliografique de la Polynésie française, vol. 10 de Publications de la Société des Océanistes, 1962, pp. 26-27.

[44] Frédéric Angleviel, *Histoire de la Nouvelle.Calédonie, nouvelles approches, nouveaux objets,* Paris, 2005, p. 74.

que sólo designa a los melanesios, se deslice al genérico término de *canaco* aplicado a todos los oceanianos[45].

Todos esos hombres tuvieron unas condiciones de vida y de navegación muy duras. A semejanza de sus homólogos del Far West, solían ser de origen muy humilde y pobre. Como jamás han experimentado ni la menor compasión hacia sus personas, no están muy dispuestos a otorgársela a los demás. Reacios a la disciplina y a la moral, tenidas por ellos como prueba de debilidad, son capaces de soportar privaciones terribles, pero las compensan con el consumo inmoderado de alcohol y el abuso de placeres y de violencia si se presenta la ocasión[46]. Hacia 1850 hay unos 2000, aproximadamente, en el Pacífico insular. Por regla general, y dejando de lado Australia, son muy pocos los occidentales que se instalan al principio en las islas del Pacífico; y fuera de los misioneros -cuya presencia, evidentemente, queda justificada por la voluntad de propagar su fe- son los aventureros que viven de los primeros pequeños trapicheos quienes median entre los habitantes de las islas y los navíos que pasan por allí. Sus valores están en clara oposición a los transmitidos por los misioneros cristianos, y si en ocasiones puede establecerse alguna colaboración coyuntural, lo frecuente es que sus relaciones se hallen en la línea del enfrentamiento.

El enfrentamiento con los misioneros protestantes

El afán católico por ir a Oceanía estuvo motivado en parte, como ya dijimos, por el deseo de contrarrestar las aventuras protestantes, cuyo éxito gozaba de gran publicidad en toda Europa.

Con ocasión de la muerte, por sarampión, de la pareja real en Inglaterra (como tantos súbditos suyos en el mismo Hawai), en Châteaubriand se halla ya la idea de que la civilización será mortífera para los pueblos que no están preparados para ella. Refiriéndose al relato de viaje de Byron, escribe:

"Otaïti ha abandonado sus danzas, sus coros, sus voluptuosas costumbres. Las preciosas mujeres de la nueva Cythère, excesivamente ensalzadas quizás por Bougainville, sentadas bajo los árboles del pan, de elegantes palmeras, son ahora unas puritanas que acuden a la predicación, que leen las Escrituras con los misioneros metodistas, que hablan y conversan mañana y tarde, que expían tediosamente la exagerada alegría de sus madres. En Otalti se imprimen Biblias y obras ascéticas".

---

[45] Christian Huetz de Lemps, "Du mythe du continent austral au mythe du bon sauvage: l'entrée du Pacifique dans l'oekoumère des Européens au XVIII' siécle", dans *Les Européens et les espaces océaniques au XVIIIe siécle,* Paris, 1998, pp. 55-82.

[46] "Beachcombers", en 101 *mots pour comprendre la Polynésie française,* Numea, 2004.

Para las misiones maristas, la presencia protestante se constituye en aguijón y freno al mismo tiempo.

Al igual que los católicos, también los protestantes conocieron una especie de reparto de Oceanía entre la *London Missionary Society y* la *Wesleyan Missionary Society.* La partición se hace básicamente al modo empírico y es completada en 1834 por John Williams[47], que adjudica Tonga y Fidji a los metodistas y Samoa a la *London Missionary Society.* Las relaciones de los Maristas con los Wesleyanos son las más tirantes.

Una de las prioridades, particularmente en la lucha contra los protestantes, es la instalación de imprentas y con mayor razón al comprobar que la enseñanza de los misioneros da frutos muy pronto:

"Aquí lo más importante, lo más urgente, y sin lo cual no podríamos más que vegetar, es una buena impresora con caracteres apropiados a la lengua de Nueva Zelanda. Monseñor ha insistido de tal manera en ello que espero tener una en cuanto usted reciba esta carta. Si no nos la ha enviado aún, dése prisa en hacerlo, por favor; o más bien apresúrese en enviarnos dos buenas, de acuerdo con la intención expresa de Su Eminencia.[48]

[47] John Williams (1796-1839), conjuntamente con William Ellis, es en ese periodo la mayor figura misionera de la *London Missionary Society* en Oceanía. Su martirio en Nuevas Hébridas acabó por consagrar su leyenda. En 1818 va a Huahine y ese mismo año funda la misión de Raiatea, donde su autoridad y su habilidad manual obran milagros. Establece un código de leyes, funda una escuela, organiza el cultivo del tabaco y de la caña de azúcar. Pero, contrariamente a ciertos misioneros, como el P. Laval en las islas Gambier, su celo misionero no puede reducirse a crear una pequeña comunidad cristiana perfecta. Forma unos *teachers* nativos que convertirán Rurutu. En una de sus estancias en Sidney toma la iniciativa de comprar una goleta para la misión, el *Endeavour,* pues le parece vital que la expansión del cristianismo cuente con el apoyo de la posesión de un barco. En una carta que escribe a los directores de la *London Missionary Society,* reacios a dicha compra, resume así su idea: "Cristo nunca eligió al misionero para llevar una asamblea de cien o doscientos indígenas y asentarse, cuando hay millares que se devoran mutuamente en los alrededores... Por lo que a mí concierne, me resulta imposible sujetarme a los estrechos límites de un islote". En Rarotonga manda construir el *Messenger of Peace,* traduce un Evangelio que ordena imprimir y en 1837 publica a la vez las *Narrative of Missionary entreprises in the South Seas Islands,* auténtico best-seller para su época (38 ejemplares en cinco años), calificado por el arzobispo de Cantorbery como "nueva página de los Hechos de los Apóstoles". Estando en Inglaterra de 1834 a 1838, sus dotes de orador le permitieron alcanzar importantes donativos para la misión, además de un cierto número de vocaciones (muchas de los cuales quedaron decepcionadas por el contraste de la realidad hallada en Oceanía con las descripciones de Williams). En 1839 vuelve al Pacífico, pero es asesinado con su colega Harris en Erromango (Nuevas Hébridas), cuyos habitantes tuvieron que sufrir por sus primeros contactos con los blancos. Desaparece así trágicamente un misionero extraordinario e imnenso, un hombre culto y enérgico, un gran conocedor de las lenguas oceanianas.

[48] 21 febrero 1840, Maxime Petit a Victor Poupinel (LRO, doc. 49, 4).

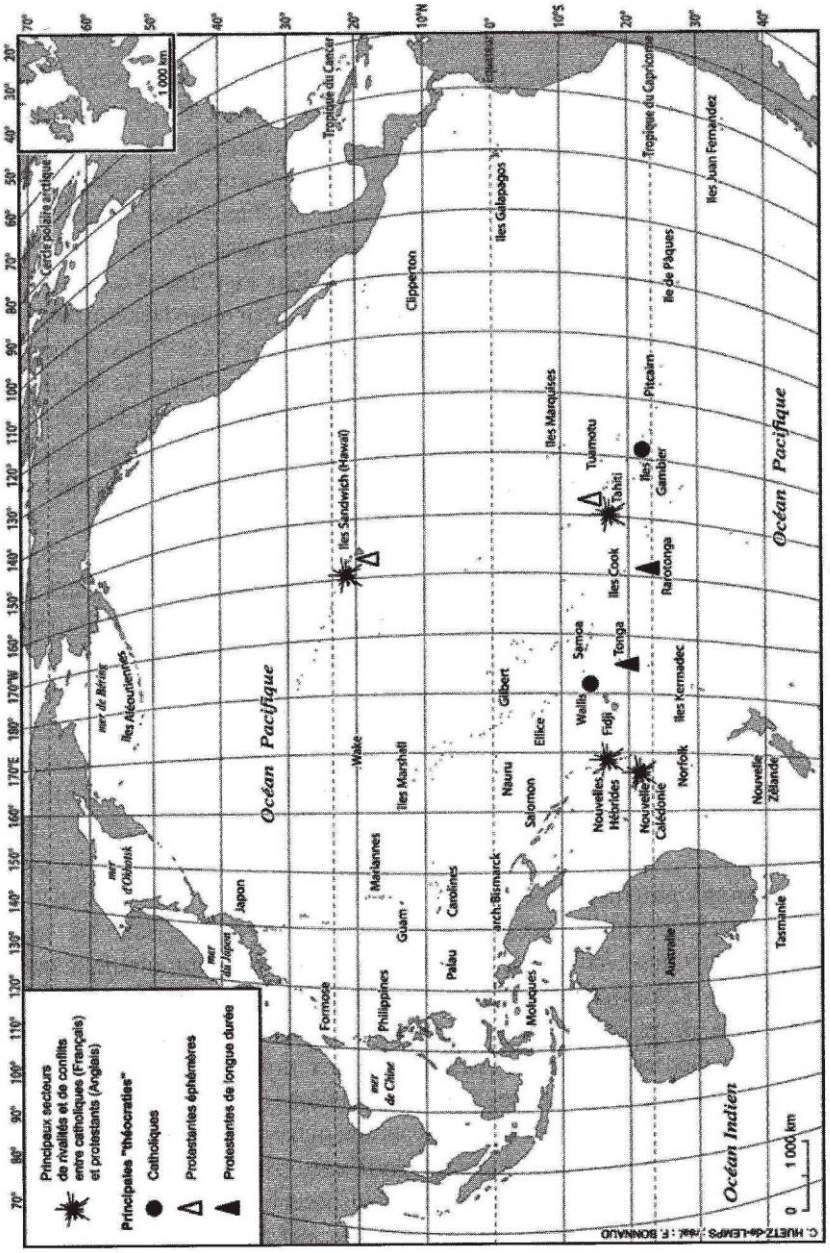


Fig. 4 - Conflits catholiques-protestants dans le Pacifique : les "points chauds"

El enfrentamiento con los protestantes suele ser el primer "choque cultural" experimentado por los misioneros maristas, más violento aún que el del encuentro con los habitantes de Oceanía. Así en Samoa:

> El 13 salimos de Wallis y llegamos a Falealupo el día 26. Allí pudimos experimentar que combatimos bajo la bandera de María, que es terrible para sus enemigos cual ejército en orden de batalla. Nosotros éramos solamente dos, el P. Roudaire y yo, y aunque los señores de la reforma fueran dieciséis, con gran número de catequistas, y estuvieran allí establecidos desde hacía siete años, todo se turbó ante nuestra llegada.
>
> Para nosotros es una gloria hacer profesión de afecto y unión inviolables a la santa sede apostólica; aquí estamos viendo el espanto que difunde la luz de este pilar de la verdad en el terreno de nuestros adversarios. Ponen todo su afán por hacer odioso al soberano pontífice y a las ovejas que escuchan su voz. Los señores de la reforma imprimen, y yo lo he leído, que nosotros tenemos al soberano pontífice como un Dios -así, con toda la fuerza de la palabra- de manera que, según esos señores y de acuerdo con el significado literal del término, nosotros somos auténticos idólatras en este punto[49].

No faltan en las cartas de los misioneros maristas palabras en las que se relatan las difíciles relaciones con los protestantes. Es una rivalidad que está lejos de ser puramente teórica y que afecta pesadamente a la cotidianeidad de los padres.

Lo específico de la evangelización de Oceanía por los Maristas

Independencia respecto a los colonizadores

La especificidad más importante es el desfase cronológico entre los comienzos de la evangelización y la colonización posterior, pasados ya varios años, e incluso decenios. Las misiones católicos obtienen con ello una real independencia respecto a los colonizadores. La historiografia ha ligado largo tiempo las misiones con la colonización.

Entonces, cantidad de misioneros maristas y del Picpus encuentran los acentos de un anticolonialismo tradicionalista con la clásica denuncia cristiana de las barbaridades de la colonización y de los crímenes cometidos en nombre de Cristo, denuncia que se encuentra ya en Chateaubriand en 1827:

---

[49] Finales del año 1845. Carta de Louis-Théodore Violette a Juan Claudio Colin (LRO, doc. 449,4).

"Los portugueses se establecieron en América y los españoles en las Indias; ingleses, franceses, daneses, y holandeses acudieron al reparto de la presa. Caían sin orden ni concierto en todas las riberas: se clavaba un poste, se enarbolaba una bandera: se tomaba posesión de un mar, de una isla, de un continente en nombre de un soberano de Europa y sin preguntarse si algún pueblo, unos reyes, unos hombres civilizados o salvajes eran o no los dueños legítimos de esos lugares. Los misioneros, con la idea de que Cristo, conquistador pacifico, debía someter todas las naciones al Evangelio, pensaban que el mundo pertenecía a la Cruz; en cambio los aventureros del siglo XV y XVI veían las cosas con una connotación más material; creían que santificaban su codicia desplegando el estandarte de la salvación en una tierra idólatra; el símbolo de una potencia de caridad y de paz pasaba a ser el de la persecución y de la discordia".

Aunque -contrariamente a lo ocurrido en otras regiones del mundo- los misioneros no llegan entre el bagaje de los colonizadores, las rivalidades misioneras interactúan con las rivalidades crecientes entre las potencias occidentales. Y así cuando los Maristas llegan a Samoa se encuentran frente a una London Missionary Society como una fuerza en el plan religioso, pero también en el plan político puesto que a partir del año 1845 el célebre pastor Georges Pritchard se halla exiliado en Apia después de sus calaveradas en Tahití como cónsul de Gran Bretaña. Inmediatamente entra en pugna con un cónsul americano y un cónsul alemán. Los tres originan rivalidades entre las tribus y los jefes, lo que crea una situación más explosiva, que recogen perfectamente las cartas de los padres maristas, afligidos por tener que hacer su apostolado en condiciones tan poco pacíficas.

"Es algo así como la época del Terror en nuestra gran revolución", escribe el P. Violette al P. Colin en 1845[50].

En el caso de Nueva Zelanda, pronto se complican las cosas para los Maristas con la firma del tratado de Waitangi en 1840. Aunque, a partir de la firma del tratado, Francia ya no interfiere en los asuntos neozelandeses, los ingleses continúan sospechando que los misioneros franceses presentes en la región mantienen la simpatía con sus adversarios. Algunos sucesos no hacen más que reforzar esa desconfianza, por ejemplo, cuando los rebeldes saquean Kororareka, los únicos edificios no saqueados son las iglesias y otros edificios católicos y anglicanos. Los consejos que da en aquella época el P. Garin a los maoríes son interesantes: para limitar ciertamente los pillajes, pero también para aislar a los ingleses, les invita a no desacreditarse ante los demás naciones occidentales:

[50] Finales de 1845, Carta de Louis-Théodore Violette a Juan Claudio Colin (LRO, doc. 449, 22)

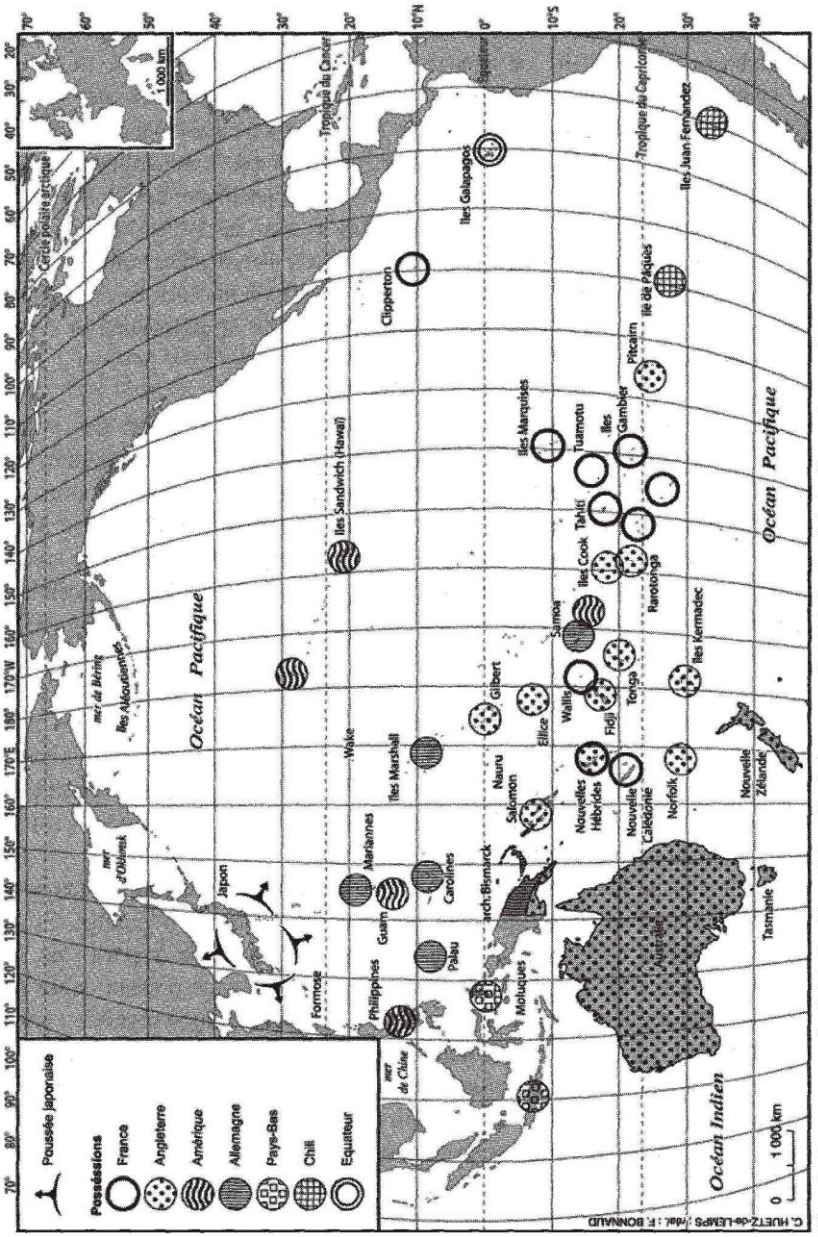


Fig. 5 - Le partage colonial du Pacifique à la veille de la guerre de 1914 : les Anglais, les Français ... et les autres

"[....] Yo les digo: tengan cuidado, porque vean lo que podrían hacer los europeos: si ven que los nativos saquean indistintamente, con derecho o sin él, podrían reunirse para hacerles a ustedes la guerra. Por ejemplo, en el caso de Heke los Americanos pueden decir: los nativos no han querido aceptar la bandera inglesa y por eso han hecho el asalto de Kararareka, ¡Y bien!, real o supuestamente, tenían derecho para hacerlo. Pero si los Americanos viesen que , sin razón alguna, a ellos se les va a saquear también, podrían unirse a los ingleses con otros pueblos y decir: los nativos hacen pillaje indistintamente, con razón o sin razón; pues bien, unámonos para hacerles la guerra..."[51].

A pesar de este análisis no carente de oportunidad en cuanto a los fundamentos de los compromisos americanos -anticolonialismo profundo, pero gran sensibilidad sobre el asunto de los súbditos y los intereses americanos-, la idea del pillaje legítimo puede resultar sorprendente en un eclesiástico. Dicho lo cual, hay que recordar que el pillaje ritual, el *utu,* según la tradición maorí sigue siempre a toda acción guerrera; y el P. Garin lo sabe. Y no deja de ser menos cierto que la noticia de los pillajes se extiende por doquier, y llega hasta Auckland donde cantidad de colonos, asustados, abandonan tierras, posesiones, y marchan del país.

Se acusa también a Mons. Pompallier de haber apoyado al jefe Heke, y por lo tanto de ser traidor a la corona británica. El mismo gobernador FitzRoy le echa en cara, y de manera desmedida, haber fomentado la rebelión. El obispo se defiende y afirma que él mantuvo siempre una postura de estricta neutralidad. La verdad se halla ciertamente entre los dos. En todo caso, y fuera cual fuera lo cierto, la reputación de "oponente" aumenta más el prestigio de Mons. Pompallier entre los maoríes, y aún hoy le vale el figurar en las genealogías neozelandesas[52].

Una cristianización espectacular

La cristianización de Oceanía se distingue en primer lugar por su rapidez ya sea en las islas trabajadas pastoralmente por los católicos o en las evangelizadas por los protestantes.

---

[51] Diario del P. Garin, 30 abril 1845, citado por Helen Serabian, en *Le Journal du P. Garin, une édition critique présentée avec commentaire, transcription et annotations,* tesis para el doctordo en Filosofía en francés, universidad de Canterbury (Nueva Zelanda), 2005.

[52] Véanse al respecto los trabajos de Yannick Essertel.

Los misioneros maristas testigos y protagonistas de la destrucción de las civilizaciones primitivas

Uno de los elementos más sorprendentes que ha de figurar en el activo de los misioneros es la empatía con los pueblos que evangelizan, de la que saben dar prueba algunos de ellos. Saben darse cuenta del gigantesco trastorno que ofrece el encuentro con la civilización occidental. Se trata, sin duda, de un choque de civilizaciones:

> Reverendo padre, seguramente usted comprende cómo han tenido que resultar extrañas a estas gentes las costumbres europeas[53].

Esta idea de la reciprocidad de la noción de extrañeza, que se halla ya en Montaigne con sus famosos caníbales, está aún poco extendida en aquella época en la que exotismo y desarraigo parecen existir ante todo para mayor deleite del hombre occidental.

La relación que mantuvieron los primeros misioneros con lo escrito de la historia de Oceanía ha sido objeto durante mucho tiempo de críticas muy vivas, pero desigualmente fundadas. Las apreciaciones que trazan los misioneros sobre las culturas de Oceanía son, de hecho, muy variables. A menudo matizadas, y en todo caso mucho más que las de los otros europeos de la época. Y nos parece que se gana mucho haciendo la lectura de las cartas de los misioneros maristas en paralelo con las de otros occidentales, de paso por aquellas tierras, que solían perseguir diferentes objetivos.

Junto a esas observaciones "sobre la marcha" realizadas por esos personajes, a menudo un poco marginales, Inglaterra y Francia, sobre todo ésta, continúan dando impulso o alentando grandes expediciones más "oficiales", con el objetivo de llegar a conocer con más precisión esas islas de las antípodas y a sus habitantes. A pesar de todo, los resultados de esas investigaciones científicas no llegan hasta el final de los mitos y de los prejuicios. No es cierto, ni mucho menos, que las conclusiones de esas expediciones sean más favorables a las gentes de Oceanía y a sus culturas que las cartas de los misioneros.

La manera de ver Oceanía que tienen los europeos se va haciendo cada vez más "científica", recordemos la fundación en 1821 de la Sociedad de Geografía de Paris, la primera del mundo. Dumont d'Urville se halla desde 1834 en el origen de la partición de Oceanía, ahora discutida, en tres grandes bloques: Micronesia (*islas pequeñas* diseminadas por el norte del ecuador), Polinesia (*muchas islas*) y Me-lanesia (*islas negras*). La división se basa en una de las apreciaciones psicológicas, de moda en aquel tiempo, sobre los caracteres más "negroi-

[53] 16 julio 1847, Charles-Eugène Mathieu a Denis Maitrepierre (LRO, doc. 642, 18)

des" en los melanesios que en los polinesios; y así, el frenólogo Pierre-Joseph Dumoutier, siguiendo el espíritu de la época, realiza diversos vaciados de cráneos. Varios padres maristas, y de manera notable Xavier Montrouzier, se sublevan contra los prejuicios hacia los melanesios, prejuicios ampliamente fundados en una mera apreciación física, según la cual los polinesios se conformaban más a los cánones de la belleza europea. Los misioneros, aunque no siempre están libres de las apreciaciones estéticas sobre los habitantes de las diferentes islas, al menos quieren superar el nivel de las apariencias y fijarse en las almas.

Adoptando el punto de vista, teñido de nostalgia, de un Paul Gauguin o de un Víctor Segalen, hasta una época reciente la historiografía, no ha dejado de presentar a los misioneros como los grandes enterradores de las culturas originales de Oceanía. Inevitablemente eran asociados a las destrucciones de ídolos y muchos les atribuían una voluntad de aniquilación sistemática y concertada de cuanto les había precedido, incluida la memoria de los pueblos del Gran Océano. Esa opinión sobre los misioneros se manifiesta particularmente exacta en lo tocante a los misioneros católicos franceses. En el contexto del anticle-ricalismo, característico de la Francia del siglo XIX, sus mismos con-temporáneos les atribuían, según la expresión de René Rémond, "to-dos los turbios designios del clericalismo". Pero ese juicio parece muy discutible. Cuanto escribieron los misioneros -que fue mucho- se veía atacado por una sospecha que muy a menudo sobrepasaba el legítimo espíritu crítico científico. Los escritos de los defensores del Evangelio eran considerados como obra de la demolición sistemática de las cul-turas de Oceanía. Al mismo tiempo se admitía que no se podía pres-cindir de esas fuentes al escribir la historia de las islas el Pacífico y que constituían un considerable caudal documental, tanto cuantitativa como cualitativamente. Sin pretender la rehabilitación sistemática de los escritos de los misioneros y el olvido de la crítica de mala fe de la hagiografía irracional, al menos se debe prestar a los escritos misione-ros la benévola atención que Henri Irénée Marrou recomendaba para todos los temas de la historia religiosa.

Como los demás viajeros, los misioneros ven el mundo de Oceanía a través de un prisma de referencias occidentales. Referencias que son, claro está, ampliamente históricas. Recogen el paralelismo clásico entre antigüedad y exotismo y van de lo conocido a lo desconocido, de lo antiguo a lo remoto. La aparente sencillez de las teogonías, las cosmogonías y las leyendas de Oceanía se ven así reforzadas. Los misioneros maristas no ofrecen una visión distinta a la de los Padres del

Picpus ni a la de sus rivales de la London Missionary Society o de la Wesleyan Methodist Missionary Society.

Es lo que ocurre, también entre los misioneros, al ver y describir el aspecto físico de la gente del Pacífico de acuerdo con los cánones de la belleza griega o romana. E igualmente con los episodios históricos. Al igual que otros observadores, el P. Alexis Bachelot compara con la historia de las Termópilas el episodio del *"pali",* en el que los enemigos de Kamehamelha I de Hawai se tiran, vencidos, por un acantilado. Muy a menudo ese tipo de analogías pasa de los misioneros a los viajeros, o de los viajeros a los misioneros. Por otra parte, los misioneros son de cultura clásica y parte de sus escritos está destinada a una amplia difusión a través de periódicos como *Les Missions catholiques o los Annales de la Propagation de la Foi. Y* saben que ese tipo de mediaciones con referencias a la historia y a la cultura occidental, aunque induzca a errores, puede ser esclarecedor.

Más propios de los defensores del cristianismo, existen, claro está, los paralelismos bíblicos. En términos generales, el origen de los habitantes de las islas del Gran Océano y los de las islas del Sol Naciente dan lugar a variadas interpretaciones: algunos ven en ello una de las diez tribus perdidas de Israel. El P. Montiton cree encontrar numerosos rasgos hebraicos en las tradiciones religiosas del antiguo Hawai[54]. Y muchos textos de misioneros ven ciertas analogías con el génesis en los mitos fundacionales de los archipiélagos de Oceanía.

En realidad, nada de específicamente misionero ni de específicamente oceaniano. Por el contrario nos encontramos de lleno ante la oposición intelectual, tan importante entonces, entre los monogenistas -que creían en la unidad de la raza humana- y los poligenistas. El cristianismo, con su adhesión a la idea del origen común de toda la humanidad, libera al menos a los misioneros de ciertos procedimientos en general erróneos: en esa misma época, algunos viajeros de lo que observan, deducen las teorías más variopintas y descabelladas; por ejemplo Pierre-Adolphe Lesson, presentando la idea, con prudencia es cierto, de que los maoríes pueden descender de la foca[55].

Si los misioneros, hay que reconocerlo, no caen en la "pirámide de las razas", tan querida por los científicos de la época, eso no quiere decir que sacerdotes y pastores escapen de una concepción evolucionista de las civilizaciones mediante el "modo platónico". De todos

---

[54] Paul Huetz de Lemps, *Les français acteurs et spectateurs de l'histoire de Hawai* (1837-1898), tesis para diploma de archivista paleógrafo, École nationale des Chartes, Paris 2001. 553 págs., pp. 489-490.

[55] P. A. Lesson, *Légende des les Hawai,* Niort, 1884, citado por Paul Huetz de Lemps, op. cit., p. 489.

modos, éste está mucho más interiorizado por los protestantes anglosajones que por los católicos franceses, para quienes la idea de un progreso lineal que vaya de las cristiandades medievales a las Luces racionalistas, es más que dudosa. Para muchos hombres del *American Board o* de la *London Missionary Society,* tanto en Oceanía como en todo lugar, se trata de

"hacer que los súbditos coloniales vuelvan a su personalidad innata, corrompida por el feudalismo de la sociedad oriental. En ese relato universalista, puesto ya a punto por los misioneros, el gobierno británico pasaba a ser la República ideal, a la que los indígenas debían aspirar de modo natural con la expresión espontánea de su auténtico yo y en la que las autoridades británicas desempeñaban la función de los guardias de Platón"[56].

Las relaciones caóticas y conflictivas de los misioneros católicos franceses con los regímenes políticos que fueron sucediéndose en su país en el siglo XIX les ahorró en cierto modo ese tipo de atajo.

Por otra parte, la inclinación de la época apenas estaba por la valorización de las culturas no occidentales. Quienes las defendían en oposición a los misioneros lo hacían básicamente por temor a la desaparición de un exotismo experimentado con satisfacción y gozo, sobretodo por el viajero.

Sin embargo, según sus detractores, los escritos de los misioneros no se contentan con estar teñidos de centrismo europeo, como gran parte de los de sus contemporáneos. Su razonamiento está animado también de una voluntad de simplificación que les lleva a tomar como propias algunas ideas sobre el Pacífico y su historia, que ellos habían recibido.

En realidad, a la literatura misionera le ocurre que se hace eco de clichés y de estereotipos más o menos fundados, y en ocasiones fielmente recogidos, sin un previo examen crítico, de los relatos de los primeros viajeros. La ligera experiencia de los primeros contactos les sirve para confirmar, y más excepcionalmente para invalidar, sus pareceres. Evidentemente, en el marco de un texto tan corto como éste no se trata de hacer un inventario de lo recién afirmado. Presentaremos algunos ejemplos a título de ilustración y para que el lector pueda comprender bien que, aunque los misioneros maristas no fueran necesariamente grandes admiradores del ateo Boungainville y de sus discípulos, no podían verse libres de estar marcados por las descripciones tan ampliamente difundidas en la opinión pública:

---

[56] Charles Trevelyan, uno de los apologistas de la desigualdad de las razoas, citado por Gauri Viswanathan, *The Masks of Conquest. Literary Studi and British Rule in India,* Nueva York, Columbia University Press, 1989, p. 132,

-La isla "extra temporal" y la historia insular "petrificada" hasta la llegada de los europeos:

"Los habitantes de Viti (= Fidji) no tienen historia, ni siquiera tradiciones. No saben absolutamente nada de sus antepasados [....] No tienen épocas e ignoran incluso su edad"[57]

o también:

"En una palabra, están sumergidos en la ignorancia más profunda [.....] Lo que sabe el padre es lo que sabe el hijo, y lo sabe de la misma manera que el padre: el progreso es algo desconocido para ellos"[58]

El interés del misionero por esa "a-temporalidad" de las islas no es sin embargo igual que el de un profano. Para el hombre de Iglesia, la isla no es el paraíso de la inmovilidad y de la lascivia, sino un mundo cerrado destinado a la evangelización:

"su aislamiento parecía prometer al apostolado una libertad de acción que no se encuentra en todas partes".[59]

- La atracción por el extranjero, de la que proceden todas las perturbaciones:

"Mi residencia se ha convertido en el punto de reunión de todos los curiosos, es decir, de todos los habitantes. Yo soy el "Papa", el extranjero al que se quiere conocer"[60], constata con humor y satisfacción el hermano Eyraud.

a - Las cualidades de los oceanianos para navegar y el tema de la pblacion de los archipiélagos más apartados de la Polinesia son cuestiones en las que los misioneros no pueden más que hacerse eco de los primeros viajeros:

"Samoa es el nombre del archipiélago al que Bougainville había llamado "Archipiélago de los Navegantes" a causa del gran número de piraguas que vio allí, de la habilidad de los isleños para manejarlas y de sus hábitos viajeros"[61]

o todavía:

---

[57] R. P. Montmajeur, *APF,* n° 41, 1869, p. 127.
[58] R. P. Montmajeur, *APF,* n° 41, 1869, p. 127.
[59] R. P. Pacóme Olivier, *APF,* n° 38, 1886
[60] *APF,* n° 38, 1866, p. 63.
[61] R. P. Violette, *APF,* n° 42, 1870, p. 71.

"[....] La patria de Dege, el primer habitante de Fidji y padre de toda la raza. Solamente diré de paso que los neo-caledonianos y algunas tribus del centro de África también llaman Dege a su primer padre. Y los habitantes de las islas Sandwich y los de Samoa le tienen por una divinidad de la que se dicen descendientes [...] Dege tuvo muchos hijos, que poblaron la gran isla de Viti-Levu y las demás islas circundantes. En aquellos tiempos primeros Vaicala vino del costado Nordeste, es decir, del costado de Java y de Asia. Se estableció no lejos de Dege y tuvo hijos, siete de los cuales formaron un pueblo -uno cada uno- y les dieron sus nombres, nombres que quedaron para el emplazamiento de esos siete pueblos. Son los siguientes: Samoa, Tonga, Futuna, Tokelau, Uvea, Rarotonga, Hawai. Poco a poco, la multiplicación de la descendencia de Vaicala originó desconfianza en los hijos de Dege. Y hubo una guerra general entre las dos razas. Dege resultó vencedor y la raza Vaicala se dispersó por los diversos grupos de Polinesia vecinos de Fidji. Los fugitivos dieron sus nombres a las islas a las que fueron a vivir. De ahí que los diferentes grupos de Oceanía lleven el nombre de los siete pueblos levantados por los siete hijos de Vaicala. Eso explica por qué, y a pesar de cierta mezcla de razas, el fidjiano conserva siempre su aire africano mientras que los demás grupos tienen una población más cobriza que africana. Dejo al jefe sus afirmaciones"[62]

- La exuberancia de la naturaleza en Oceanía y sus consecuencias respecto a la molicie de esas gentes tan bien provistas:

"Esa buena gente no tiene nada que hacer durante el año. Un día de trabajo les asegura una abundante recogida de patatas para todo el año. Los demás 364 días se pasean, duermen, se visitan"[63].

- Las frecuentes descripciones, no menos estereotipadas, del aspecto físico de los habitantes de Oceanía, muy seguidas por los lectores.

Por ejemplo, el P. Montmajeur, que se extasía ante la belleza de los fidjianos: "No tienen la frente aplastada ni la nariz achatada como la gente de Nueva Caledonia"[64]

Son descripciones asociadas, evidentemente, a las de las costumbres tradicionales (como la del H° Eyraud describiendo las cofias de gala de los canacos en los APF de 1866)[65] y ciertas "extravagancias" presentadas como características de las civilizaciones del Pacífico. Así, el P. Rougier detalla el proceso que se sigue en Fidji para tener unas orejas largas:

---

[62] Mons. Vidal, *Missions catholiques, 1890, p. 452.*
[63] Hermano Eyraud, *APF,* n° *38, 1866, p. 63.*
[64] *APF, 1869, p. 128.*
[65] *APF,* n° *38.*

" [....] se va alargando poco a poco el lóbulo de la oreja hasta que finalmente llega a caer sobre el hombro. Es entonces cuando se alcanza la perfección del género; según ellos, las orejas más hermosas son aquellas cuyo hueco está de tal manera agrandado que por él puede pasar el puño"[66].

La mención de los tatuajes es igualmente recurrente. Todo ello va unido claramente a un marco de la psicología de los "insulares" acentuado por lo que hoy se llamaría morfopsicología:

"Los samoanos son embusteros y su mirada falsa es la expresión de su interior", escribe el R. P. Violette[67].

La observación es a menudo expeditiva y los clichés y estereotipos van a buen paso. Lo que ofrecen los misioneros de pintoresco a los lectores nunca es radicalmente diferente de lo que aparece en la literatura de vulgarización del viaje a los antípodas, tan floreciente en aquella época. Sin embargo los misioneros dedican un puesto preferencial a las inclinaciones morales de las gentes con las que se relacionan. Algunos ven en los oceanianos una propensión a los siete pecados capitales y a otros menos corrientes. Por ejemplo, en una presentación global sobre Samoa, el P. Violette escribe para los lectores de *Missions Catholiques* un capítulo titulado *"Caractères"* en el que señala los defectos de los samoanos[68]: el orgullo ("se necesita poco tiempo para darse cuenta de las elevadas pretensiones de los samoanos, de su ridícula pedantería sobre la capacidad para saber maniobrar"), la mentira, la pereza ("todo el mundo conoce la holgazanería de los pueblos salvajes, y los samoanos no son una excepción a la regla"), el amoralismo ("como todos los habitantes de Oceanía, los samoanos eran de costumbres disolutas"). Extrañamente, en ese florilegio no aparece el robo, tan presente en cambio en la prosa de los viajeros. El R. P. Violette, en un afán de objetividad, presenta "el lado bueno del cuadro", aunque sea un lado bueno lleno de reservas: "se encuentran allí algunos trazos, aunque estén más esbozados que acabados": el valor (pero "menos valientes que los de Tonga"), la generosidad, la cortesía, la honestidad... Lo muy clásico, pues, de las cualidades "primitivas" de los indígenas, su buen natural ligado a la atestiguación de la falta de evolución en sus cualidades. Doce años más tarde y también para las *Missions Catholiques,* el R. P. Navarre traza un retrato casi idéntico de los habitantes de Micronesia y de Melanesia[69]. El rol de los misioneros en la difusión y perpetuación de

[66] *Missions Catholiques, 1890, p. 402.*
[67] *Missions Catholiques, 1870, pp. 155-156.*
[68] *Missions Catholiques, 1870, pp. 155-156.*
[69] *Missions Catholiques, 1883, pp. 205-208 y 1885, p. 110.*

unos cuantos clichés es pues innegable. En algunos se debe, sobretodo, a una cierta ingenuidad a falta de discernimiento e incluso a cierta precipitación al escribir. Presionados por su congregación para que mantuvieran una correspondencia frecuente y abundante para satisfacer a los lectores de los periódicos de misiones, a veces los apóstoles de Oceanía se contentan con recoger lo que han leído en los relatos de los viajeros e incluso de algunos compañeros suyos.

Bajo todas esas descripciones se encuentra la imagen más tradicional del niño-oceaniano, que tendría las cualidades y los defectos de la infancia y que, por lo tanto, necesitaría más que nadie de padres que le guíen. "Son realmente unos niños", dice de los neozelandeses el R. P. Sauzeau en Missions Catholiques[70]. Y los textos de los misioneros tienen que posicionarse -como diríamos hoy- sobre el mito del *Buen salvaje*, tan importante en Francia después de Rousseau y Diderot. Y son especialmente los obispos quienes se refieren a menudo a los textos "laicos" del siglo pasado, sobre todo a los relatos de viaje, como Mons. Elloy en una nota sobre los samoanos:

"Fue en la base de Tutuila, en la que había hecho una escala de diez días La Pérouse, donde fueron masacrados por los insulares el capitán Langle, el naturalista Lamanon y nueve marineros o soldados en diciembre de 1787. `Estoy muchísimo más enfadado -decía el infortunado navegante- contra los filósofos que elogiaban a los salvajes" que contra los mismos salvajes. El desventurado Lamanon, a quien ellos asesinaron, "todavía me decía el día antes de su muerte que los indios eran mejores que nosotros'[71]", y son muchos los textos de los misioneros que se encuentran a gusto recordando la decepción de ese navegante del Siglo de las Luces.

Como revancha, el lector aprehendía la literatura misionera más bien con el estereotipo del caníbal horrible de Melanesia.

"Como puede ver" aún no hemos sido comidos por los canacos. Los canacos no parecen tener ganas de probar al misionero; se contentan con mirarle, "escucharle y tratar de imitarle"[72]

Dibujado por la pluma de los sacerdotes, el cuadro es raramente inocente y, conscientemente o no, se hallan algunos trazos forzados con fines demostrativos. Evidentemente, la barbarie pasada de los oceanianos permite valorar las transformaciones operadas por la evangelización:

---

[70] *Missions Catholiques, 1883" p. 83.*
[71] *APF, n° 39" 1867" p. 134.*
[72] R. P. Navarre, *Missions Catholiques, 1883" p. 205.*

"Los habitantes de esta isla (Futuna) eran muy temidos entre todos por su cruel barbarie "[73], escribe el R. P. Poupinel.

Para los cristianos es claro que el interés de la actuación de los misioneros es proporcional a la oscuridad de la situación de partida. Mas si los protestantes anglosajones no se adhieren al mito del *Buen Salvaje* y generalmente ven en él -utilizando expresiones del pastor William Ellis- "unas bellas frases novelescas" y "especulaciones de una pobre y hueca filosofía", entre los católicos franceses las ideas no son tan claras y además varían según las épocas: añorantes de la cristiandad medieval, les suele resultar difícil ver en los comienzos de una Tercera República, tenida por masona y laicistoide, la quintaesencia del progreso y de la civilización. Para ellos, la Ciudad de Dios en la tierra es más el archipiélago de las islas Gambier del Padre Laval que la Francia materialista.

A la inversa, si los misioneros de una confesión se complacen en valorar a los indígenas evangelizados por los misioneros de la confesión rival, es porque ven en ello un medio de denigrar la acción de sus competidores. El ejemplo más palpable es el de las islas Hawai: los escritos de los misioneros católicos franceses rinden homenaje a las virtudes "naturales" de los hawaianos para poner de relieve lo ridículo del puritanismo de los señores del American Board.

En Oceanía, lo mismo que en África, el mito de las transformación del caníbal feroz en manso cordero es algo recurrente en los textos de los misioneros, aunque también en una cierta literatura popular. Esa transformación no sólo está en el núcleo de la empresa de la evangelización, sino que y especialmente a partir de los año 1870- pasa a ser la justificación moral e intelectual del imperialismo occidental.

Sin embargo, si sus contemporáneos acosan ante todo en los escritos misioneros las intenciones políticas e ideológicas, los historiadores de los decenios posteriores se quejan, también ellos, de la carencia de ese tipo de textos, a menudo de índole confusa, y de una cierta falta de rigor especialmente en la utilización de las fuentes.

Una historia sin método histórico

Si para el historiador es todo un gozo sumergirse en las cartas de los misioneros, sépase que estamos ante un tipo de fuente que ha de ser manejada con precaución: además de los límites de la formación de esos hombres y de las ideas de su tiempo, conviene subrayar la imprecisión en ellas, y no sólo entre los misioneros maristas. Frecuen-

[73] APF, n`32, 1860.

temente se hallan referencias a fuentes orales, pero sin precisar cuáles. Y tal imprecisión está lejos de ser específica de los misioneros católicos franceses: tras haber calificado las ediciones de *Polynesian Researches* de William Ellis[74] -publicadas en Francia con el título de *Á la recherche de la Polynesie d'autrefois*- como "fuentes únicas en la historia de la Polinesia", Colin Newbury, que escribió el prólogo y puso algunas notas en una de ellas, subrayaba las flaquezas características de este tipo de obras, la falta de precisión en las referencias: "como la mayor parte de los misioneros, él utiliza todas las observaciones que puede recoger, las considera como propias y se sirve de ellas para fines didácticos sin mencionarlas demasiado"[75].

Si los misioneros recogen la tradición oral y se apoyan en ella, raramente la utilizan con una objetividad "científica". De hecho, esa tradición oral permite a los misioneros, y a veces a los polinesios, construir *a posteriori* cantidad de leyendas que atribuyen a la cristianización el que se consiga la historia insular y la reconciliación de la tradición con la novedad. En 1927, Georges Goyau cuenta la anécdota tomada del P. Laval- de una adivina que, mucho antes de que las islas Gambier contactaran con Occidente, ejercía la profesión en su cabaña sagrada de Akamaru: "los dioses de Mangareva decaen para dar paso al Dios extranjero que llega desde la parte de la tierra que está debajo", y ponía en guardia a sus congéneres diciéndoles que tendrían que tener cuidado en no comunicarse con los primeros extranjeros que desembarcaran -que fueron los protestantes- pero que después llegarían unos hombres buenos, predicando una buena nueva que se enseña allá abajo en la tierra: la visita de los Padres del Picpus estaba pues prevista por los mangarevianos desde tiempos ignotos como el suceso más importante de su historia.

Tampoco esto es propio de los misioneros: Los testimonios de la época, también los propuestos como más objetivos, llevan el sello de ciertos *a priori.* En efecto, después del mito de la Antigüedad, el del "continente austral" y el del "buen salvaje" expandido en el siglo XVIII gracias a los escritos de Rousseau, las tierras perdidas del

---

[74] William Ellis (1794-1872) juega un papel de primer orden en la consolidación de la *LMS* en Tahití, donde llega en 1816, y de la *American Board* of *Comissioneers for Foreign Missions (ABCFM)en* las islas Hawai, donde gracias a sus cualidades de traductor e impresor aporta una ayuda decisiva a sus colegas de Boston. Después se ocupa de altas funciones en la *LSM* en Londres, y vuelve luego a las misiones, aunque ahora a Madagascar. Además de la participación directa en los eventos que marcan la cristianización de la Polinesia, aportó numerosas obras a la historia insular, entre las cuales sus *Polynesian Researches,* que se convirtieron en clásicas.

[75] C. W. Newbury, prólogo a W. Ellis, *Á la recherche de la Polinésye d'autrefois,* t. l. Paris, 1972, p. 18.

Océano Pacífico han servido siempre para localizar unos mundos imaginarios destinados a que Europa se sitúe frente a su propia imagen[76]. A partir de Polinesia, se elaboran unos razonamientos destinados a desvalorizar la civilización occidental o, al contrario y como reacción de repulsa, para alabar sus méritos.

Por otra parte, esos textos misioneros pecan a menudo de exceso de ambición; así el P. Laval, que recorre la historia de Mangareva desde los orígenes hasta su época con cuantas simplificaciones y reducciones puede presentar ese tipo de operaciones. Pero, haciendo condescendencias, matiza las cosas:

Su historia debe remontar como máximo a cuatrocientos o quinientos años puesto que en la lista de reyes sólo presenta treinta y cuatro, incluido José Gregorio 11 que acaba de morir (19 noviembre 1868) sin dejar ningún hijo que pueda reinar en ese pueblo, convertido al cristianismo y cuya conversión, hace ya más de treinta años, ha sido motivo de edificación para Europa.

Y Laval añade:

> "Antes de nada, debo advertir que la historia contenida en estas memorias aparecerá llena de maravillas, sobretodo en sus comienzos. Sin embargo, eso no será prueba -como sí lo seria en los pueblos grandes- de una muy remota antigüedad. Será simplemente la señal de que los pue-blos de Oceanía tienen una pronunciada inclinación a la superstición"[77].

Como se observa, el carácter globalizador de ese modo de proceder encierra ya en sí la mayor parte de los escollos anteriormente señalados.

Los primeros textos de los misioneros católicos franceses sobre el pasado de Oceanía no corresponden, ciertamente, a una concepción positivista de la redacción de la historia del Pacífico.

Unos cuantos, como Monseñor Bataillon o el P. Laval, desean consignar por escrito las historias de Oceanía porque tienen la sensación de estar asistiendo al crepúsculo de civilizaciones en vías de desaparición. Pero escriben también para responder a otros imperativos y distintas necesidades: deshacer el aislamiento insular, justificar su apostolado, suscitar donaciones, generar vocaciones...

Por otra parte, notemos que, probablemente por falta de medios, los misioneros católicos franceses no publican grandes compendios históricos comparables a las *Polynesian Researches* de William Ellis.

---

[76] Ch. Huetz de Lemps, "Du mythe du continent austral au mythe du bon sauvage: l'entrée du Pacifique dans l'oekoumène des Européens au XVIII' siècIe", en *Les Européens et les espaces océaniques au XVIIIe,* Paris, 1968, Prólogo.

[77] H. Laval, *Mémoires pour servir à l'histoire de Mongareva,* Paris 1968, prefacio.

Así pues, esos escritos de los misioneros son portadores de los defectos inherentes a su época, a su estado y a los objetivos que persiguen.

Pero no es menos cierto que, dada la duración de la estancia de los misioneros y su dominio de las lenguas de Oceanía, nada frecuente entre los occidentales, sus testimonios resultan irremplazables aunque sean heterogéneos. Conviene además no desdeñar los fenómenos de simpatía y de empatía que han podido experimentar los misioneros respecto a unas civilizaciones del Pacífico, que algunos desearon ciertamente aprender a conocer. Esos fenómenos de aculturación e inculturación, tan bien estudiados por ejemplo por Frédéric Angleviel, hacen que los primeros misioneros que escribieron sobre la historia de Oceanía no lo hicieran sólo como extranjeros y testigos sino más bien para que quedase fijada una memoria. En ese sentido, las cartas elegidas son un testimonio de enorme valor, y mucho más al tratarse de los primeros misioneros católicos que estuvieron en esas islas y de las primitivas civilizaciones oceanianas, que solían derrumbarse con suma rapidez. Estamos pues ante textos que arrojan mucha luz para conocer unos mundos en vías de desaparición y una evangelización cuyo ritmo y eficacia pueden sorprender. Tanto para los misioneros como para los observadores, surge de inmediato una pregunta esencial: ¿cómo valorar unas conversiones que, pasadas las angustias de los comienzos, parecen obtenidas con tal facilidad?

Una obra frágil: los primeros límites de la evangelización marista

Por su rapidez y el carácter espectacular de la misma, la cristianización suele ser objeto de una cierta desconfianza: ¿es profunda, es sincera, es duradera? Numerosos misioneros manifiestan sus dudas, como el P. Junillon que en 1852 escribe al P. Colin:

> Obtenido el triunfo sobre la idolatría, se debería esperar que cuando pasase el fervor primero de la conversión el infierno reaccionara lanzando de nuevo sus baterías para arrancar a Jesucristo un poder que durante muchos siglos ya le había puesto en peligro"[78].

Y los más sagaces subrayan que la segunda fase -la de la instalación del cristianismo- será mucho más peligrosa aún que la primera: "Pienso que los que vengan para consolidar y mantener en la fe a los pueblos ya cristianos tendrán un trabajo mucho más difícil, más im-

[78] 1852, Junillon a Colin, carta no recogida en la antología (LRO, doc. 1109, 3)

portante y más meritorio que los que les hicieron pasar del paganismo o de la herejía a la religión. Si para aquí bastan unos hombres normales, para la consolidación se necesitarán unos hombres santos"[79].

Sin embargo, conviene subrayar que los misioneros maristas no tuvieron que hacer frente a apariciones sincretistas tan virulentas como aquellas a las que tuvieron que enfrentarse sus rivales protestantes, en Tahití con la secta Mamaia y posteriormente en Vanuatu con el célebre movimiento John Frum.

Se plantean también ya la cuestión del relevo por los oceanianos en la cristianización.

"Quiera Dios enviarnos unos hombres lo bastante poderosos en obras como para hacer que germine aquí el clero indígena y para que insuflen el verdadero espíritu del sacerdocio de nuestro Señor; sólo entonces se podrá decir que Oceanía está convertida a la fe"[80]

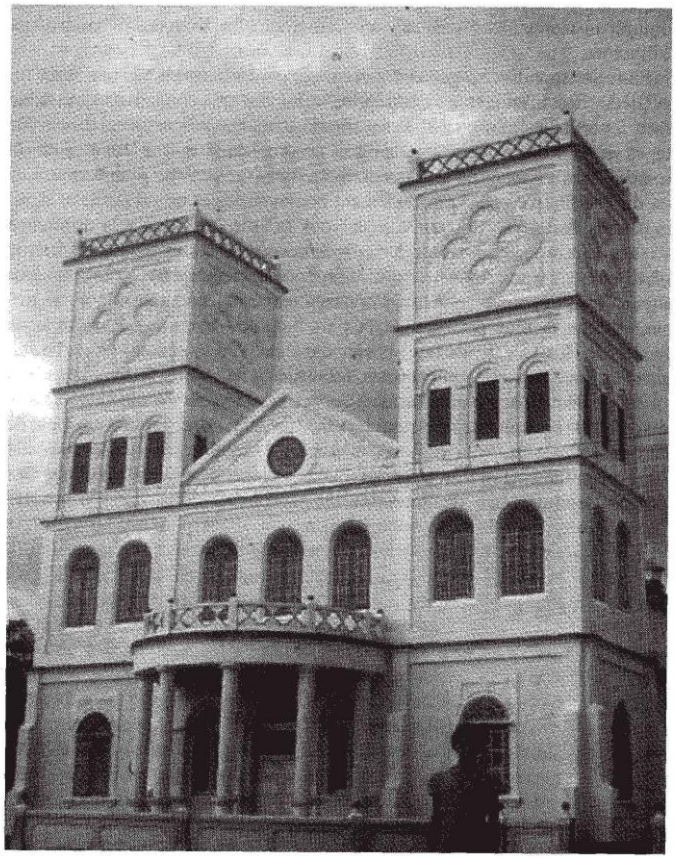
El carácter precoz de esa preocupación por formar iglesias indígenas llamadas más o menos a tener una cierta autonomía nos parece muy importante ya que ataca la falsedad de una historiografía que durante largo tiempo consideró las misiones como una especie de versión religiosa de la obra colonial. Ahora bien, la colonización no se mostró capaz de idear su propia mejora: el carácter conflictivo de las descolonizaciones, los problemas fronterizos y étnicos que llegaron tras la marcha de los colonizadores, las relaciones -muy a menudo difíciles- entre los antiguos colonizadores y colonizados... lo atestiguan.

Además, en realidad no trató hacerlo: al ser considerado como niño, el colonizado raramente se sintió llamado a crecer. Por el contrario la misión, si bien compartió a menudo esa visión del carácter infantil del oceaniano, no cayó en la tentación de "esencializar" a sus prosélitos. Quiso permitirles que accedieran a una tipo de madurez, aunque se centrara primero en la formación de catequistas y después en alcanzar un verdadero clero indígena. Y hoy en día, cuando -a excepción de Pitcairn para Gran Bretaña - ya no hay colonias en el Pacífico, las Iglesias locales permanecen, las misiones maristas de Oceanía no dependen de los misioneros extranjeros desde hace ya casi una treintena de años y los jóvenes maristas reciben su formación en el Pacífico. Aún cuando esta cuestión haya podido suscitar debates e interrogantes -de modo especial sobre el momento adecuado para la formación de sacerdotes y después de obispos autóctonos- las "hijas" extra europeas de las Iglesias cristianas están llamadas a ser autóctonas, es decir, ple-

[79] 16 julio 1847, Charles-Eugéne Mathieu a Denis Maîtrepierre (LRO, doc. 642, 20)
[80] 16 julio 1847, Charles-Eugéne Mathieu a Denis Maitrepierre (LRO, doc. 642, 21)

namente adultas. Actualmente, maristas de Oceanía se encuentran como misioneros en Brasil, Camerún, Nueva Zelanda, en las Islas Filipinas.

Entre los grandes viajes y los primeros contactos comerciales del final del Siglo de las Luces y la aventura colonial expandida sobretodo a partir de los años de 1870, las misiones maristas constituyeron una de las etapas y una de las ventanas de la presencia europea que, en vísperas de la gran guerra mundial, se manifiesta como masiva y multiforme a la vez. Las islas del Pacífico cambiaron profundamente, y en siglo y medio los paraísos de Wallis, Bougainville y Cook dejaron de serlo. Pero a diferencia de los demás europeos -aventureros, *beachcombers,* comerciantes y los mismos colonizadores- los misioneros supieron proponer una alternativa coherente a lo que se desplomaba ante sus ojos. Por eso, y con mucho, su influencia parece la más profunda y la más duradera. Cuando sus mundos se tambaleaban, las gentes de Oceanía pudieron ver en esos Padres, desprovistos de lo que hacía fuertes a sus compatriotas -las armas-, cubiertos de largas vestiduras, que asociaban la bondad y la firmeza a sus principios, pudieron ver en ellos, decimos, los únicos occidentales en los que depositar confianza y los únicos que les aportaban algo de estabilidad. La historia de la presencia marista en Oceanía es ante todo la de una empatía profunda con los habitantes de las islas, muy a menudo desorientados. Estas cartas son una preciosa ilustración de ello.



L'héritage des missions maristes et le poids social de la religion : la munificence des églises chrétiennes y compris dans les plus petits et plus reculés villages d'Océanie où elles sont souvent les seuls bâtiments « en dur ». Ici église de Lévi Falelatai, à l'ouest d'Upolu aux Samoa.

Photographie Christian Huetz de Lemps, années 1990.

PRIMERA PARTE

LA GRAN PARTIDA: 1836-1838

El envío

Breve *Omnium Gentium.* OM, doc. 384

Un breve es una carta papal sellada con el anillo del pescador, un acta oficial en la que el Sumo Pontífice reconoce a la Sociedad de María o Congregación de los Padres Maristas. El título de un breve corresponde siempre a las dos primeras palabras latinas del texto.

Gregorio XVI, Papa
Para perpetua memoria.

La salvación de todos los pueblos, cuya causa recibimos del Príncipe de los pastores y Obispo de todas las almas, Nos obliga a estar constantemente vigilantes para que no omitamos ninguna experiencia por la cual, desde Oriente hasta Occidente sea alabado el nombre del Señor y brille con vigor por doquier la Santísima Fe Católica, sin la cual es imposible agradar a Dios. Por lo cual, vemos con benevolencia singular de Nuestro corazón paternal a esos varones eclesiásticos que reunidos en Sociedad, recordando su estado y vocación, no dejan de exhortar a los pueblos en la sana doctrina con el anuncio de la palabra divina y con la dispensación de la multiforme gracia de Dios, y con sumo esmero y esfuerzo tratan de cosechar abundantes frutos de virtud y honradez en la viña del Señor.

No poco nos alegramos cuando supimos que nuestro querido hijo Claudio Colin y algunos sacerdotes de la diócesis de Belley en Francia, hace ya muchos años, pusieron los fundamentos de una nueva Sociedad de María. Dicha Sociedad tiene como fin principal aumentar la gloria de Dios y el honor de su Santísima Madre y que se propague la Iglesia Romana, tanto por la formación cristiana de los niños como por las misiones hasta los últimos confines de la tierra.

Y como dicha Sociedad, con el favor de Dios, ya se encuentra propagada, principalmente en las diócesis de Belley, de Lyon y de Grenoble; y como algunos sacerdotes de la misma Sociedad hayan sido enviados por la Congregación de Propaganda Fide a promover la Religión Católica en las islas australes de la India, los sacerdotes de esa Sociedad nos pidieron con humilde súplica que, para que florezca y se robustezca cada día más, tengamos a bien no sólo confirmarla con Nuestra Autoridad Apostólica, sino también que les concedamos elegir un Superior General y emitir los votos simples.

Así pues, Nos, para quien no hay nada mejor ni más deseable que acrecentar la gloria de Dios y promover el bien espiritual de todos los pueblos, habiendo recibido los testimonios fidedignos de nuestros Venerables Hermanos el Arzobispo Administrador de la Iglesia de Lyon y los Obispos de Belley y de Grenoble, por los cuales vemos que de esta Sociedad pueden redundar muchos bienes para el pueblo cristiano, con el consejo de nuestros Venerables Hermanos, los Eminentísimos Cardenales de negocios y consultas de Obispos y Regulares, con alegría determinamos asentir a dichas súplicas.

Por lo tanto, queriendo beneficiar a todos y cada uno de los favorecidos con este documento y, por tal motivo, absolviéndolos y declarándolos absueltos de cualquier excomunión, suspensión, entredicho y demás sentencias, censuras y penas eclesiásticas dadas por cualquier causa, si en ellas hubieren incurrido, aprobamos y confirmamos con Nuestra Autoridad Apostólica la Sociedad o Congregación de los Sacerdotes de la Sociedad mencionada, y con la misma Autoridad les concedemos la facultad de elegir un Moderador o Superior General y de emitir libre y lícitamente los votos simples. Concedemos al mismo Moderador supremo la facultad de dispensar de dichos votos a los Sacerdotes de esta Sociedad. Finalmente, reservamos a la Congregación de negocios y consultas de Obispos y Regulares el examen de las Reglas de dicha Sociedad.

Esto queremos, concedemos, estatuimos y mandamos; declarando que el presente documento es y será firme, válido y eficaz y obtiene sus efectos plenos e íntegros y favorece plenamente en el tiempo presente y futuro a todos y cada uno de aquellos a quienes se refiere

ahora o en el futuro que así debe juzgarse e interpretarse por cualesquiera jefes y delegados, aún por los Auditores del Palacio Apostólico y Sus Eminencias Reverendísimas los Cardenales, negada a ellos toda facultad de juzgarlo o interpretarlo de otra manera, y que será inválido y vano todo atentado contra todo esto, a sabiendas o por ignorancia, por cualquier persona de cualquier autoridad. No obstante las Constituciones y Ordenaciones generales o especiales que hayan sido dadas sobre esto por Nuestro Predecesor de feliz memoria, Benedicto XIV, y por otras personas Apostólicas, y en los Concilios universales, provinciales o sinodales, y cualquier otra cosa contraria.

Dado en Roma, en San Pedro, bajo el anillo del Pescador, el día 29 de abril de 1836, año sexto de Nuestro Pontificado.

Colin a sus misioneros que marchan a Oceanía

13 octubre 1836. -Juan Claudio Colin a los misioneros que salen hacia Oceanía. CS, vol. 1, doc. 4.

A mis queridos hermanos en Jesús y María,

Que la gracia y la paz de Nuestro Señor Jesucristo y la protección de María, nuestra madre, estén con ustedes y les acompañen por todo lugar.

[1] Me atrevo a confesarles que siento una especie de envidia secreta al verlos romper con tan santa valentía todos los lazos de la carne y la sangre para seguir la voz que les llama y llevar la antorcha de la fe a las gentes de Oceanía occidental; envidia por no poder participar de su felicidad y compartir sus penas y sus trabajos para tener después una parte en la recompensa que les promete el cielo. Pero, ¡ay!, mis pecados me hacen indigno de la gracia del apostolado y del martirio; permítanme al menos darles algunos consejos, que quizás podrán serles útiles y ofrecerles una nueva prueba de mi tierno afecto.

[2] No pongan jamás la confianza en ustedes mismos, ni en la prosperidad ni en la adversidad, sino solamente en Jesús y María; cuanto más llenos estén de esa desconfianza en ustedes mismos y de confianza en Dios más atraerán las luces y los dones del cielo sobre ustedes. El hombre de fe, que pone su confianza en solo Dios, es

inquebrantable aún en medio de los mayores peligros; no es ni temerario ni pusilánime y dice sin cesar *omnia possum in eo qui me confortat*. (*Todo lo puedo en aquel que me conforta*) Recuerden siempre que el éxito de su misión será la recompensa de su fe y de su confianza en solo Dios.

[3] No pierdan nunca de vista la presencia del Salvador del mundo; van en nombre suyo, es él quien los envía, *sicut misit me pater et ego mitto vos*, como el padre me ha enviado así os envío yo. Estará con ustedes en todo lugar como estaba antes con los apóstoles: cuando se desplazan, en los viajes, por tierra, por mar, en la calma y en la tempestad, en la salud y en la enfermedad. Si tienen hambre o sed, él tendrá hambre o sed con ustedes. Es Él quien será recibido cuando los reciban a ustedes, a quien perseguirán si les persiguen, a quien rechazarán si los rechazan. Véanle pues en todas partes, en todos los momentos, en todo suceso, alegre o enojoso, véanle siempre íntimamente unido a ustedes, compartiendo sus trabajos, sus sufrimientos, sus alegrías, sus consuelos; remítanle a él la gloria de todas sus obras, olvidándose de ustedes mismos y considerándose simples y pobres instrumentos: en el pensamiento continuo en este divino Salvador encontrarán la fuerza, la paz y las luces todas que necesitarán.

[4] En las persecuciones, peligros, privaciones, tentaciones, enfermedades, jamás razonen con ustedes mismos, no se encierren en su interior; de lo contrario las desolaciones, las lamentaciones, la tristeza se apoderarán de ustedes y sentirán cómo se debilitan en ustedes el ánimo y la virtud. Dirijan inmediatamente la mirada y los pensamientos a Jesús y María, piensen en el cielo, en los sufrimientos del Salvador, etc. Les recomiendo encarecidamente esta práctica; muy pronto notarán su importancia.

[5] Sean hombres de rezo y oración: convertir un alma es más que resucitar un muerto; ahora bien, eso sólo se puede lograr con la oración. Rueguen, pues, continuamente por la conversión de sus infieles: ofrezcan todos los días sus obras para ese fin, y un día a la semana - elegido libremente por cada cual- ofrezcan por esa misma intención y por sus necesidades particulares todas las obras buenas que se harán en cada rama de la Sociedad. Esta práctica les procurará grandes gracias.

[6] Aunque estén muy ocupados, no dejen pasar ningún día sin rezar por lo menos alguna decena del rosario. Pongan siempre bajo la protección de María toda isla a la que vayan a parar.

[7] Siempre que puedan y las circunstancias del lugar lo permitan sean sencillos, modestos, pobres aunque limpios en sus hábitos y en el porte exterior, y cuando puedan recurrir a monseñor Pompallier pídanse unos a otros los diversos permisos que necesiten.

[8] *Vae soli*, hay del hombre que está solo, dijo el Espíritu Santo; y será sobretodo en Polinesia donde el aislamiento será peligroso. Por eso, solamente circunstancias inevitables pueden permitirles salir o quedar solos. En todos los demás casos deben llevar hasta el escrúpulo el cuidado de ser siempre dos como mínimo, aunque sea solamente para ir a pasear. Esa precaución les evitará muchos peligros.

[9] Finalmente, estén unidos a Jesús y María; nada de disputas ni de discusiones entre ustedes, obedientes a monseñor Pompallier como obispo y superior de ustedes. Reitero la recomendación que les hice de dirigir solamente al Superior de la Sociedad las cartas que envíen a Europa.

[10] Acabo la carta como la empecé; les deseo la paz, el amor de Jesús y de María; sean valientes, no dejen que penetren el miedo y la melancolía en su alma; relean a menudo esta carta, tenga cada uno una copia de la misma. Les abrazo a todos con mi más tierno cariño y les prometo la ayuda de las oraciones de toda la Sociedad. Aprovechen todas las ocasiones para darnos noticias suyas.

[11] Soy y seré siempre su humilde y afectísimo servidor, Colin superior.

[12] Mi carta ha sido escrita con tanta prisa que les pido que vuelvan a escribirla en los momentos libres que tengan.

[13] Queridos hermanos, tengo el honor de ser con respeto y tierno afecto su humilde y obediente Colin superior.

Ya sé que no podrán observar más regla que la que les permitan las circunstancias; sin embargo, he pensado que les gustaría tener un extracto de las constituciones de la Sociedad; se lo envío. Pero recuerden

que es muy imperfecto; como no tenía tiempo para mandar hacer otra copia, os lo envio tal como está; no se lo enseñen a nadie; monseñor Pompallier, u otro que él os designará, hará de superior.

Adiós

A los señores Chanel, Bret, Servant y Bataillon, sacerdotes y misioneros de la Polinesia occidental, y a los hermanos que les acompañan.

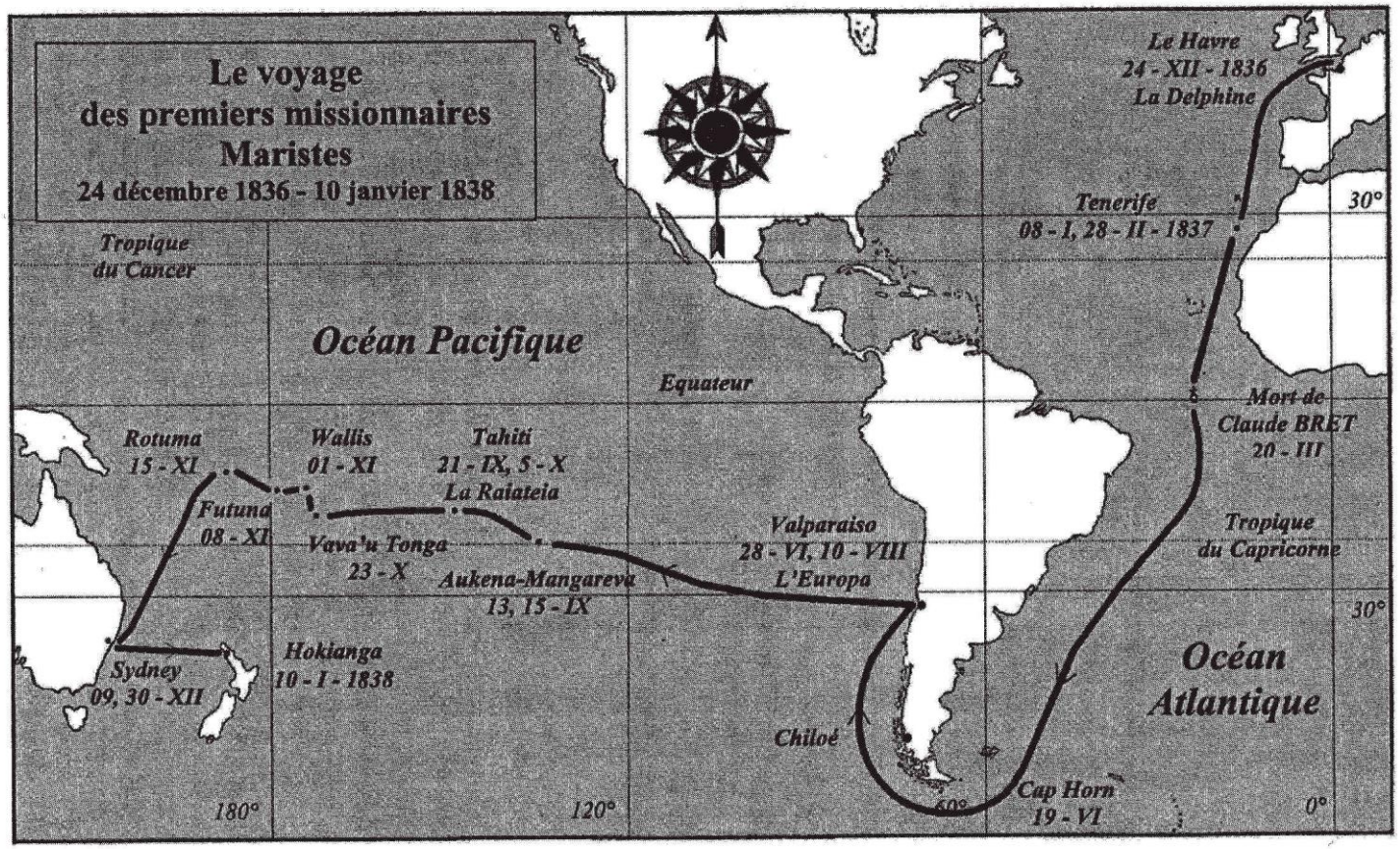
[14] Trascrito de mi mano. Bataillon misionero apostólico.
Havre 28 noviembre 1836.

Primera expedición

Tras varios aplazamientos en el puerto del Havre, el primer grupo de misioneros maristas se embarca camino de Oceanía. Son los siguientes: Monseñor Pompallier (no marista), vicario apostólico de Oceanía Occidental, y los Padres Pierre-Marie Bataillon, Pierre Chanel, Claude Bret y Catherin Servant.

Les acompañan tres Hermanos: Michel (Antoine Colombon), Marie Nizier (Jean-Marie Delorme) y Joseph-Xavier (Jean-Marie Luzy).

Tras una escala en Tenerife desde el 8 de enero al 28 de febrero de 1837, marchan hacia Valparaíso, donde llegan el 28 de junio de 1837.


Le voyage
des premiers missionnaires
Maristes
24 décembre 1836 - 10 janvier 1838
Le Havre
24 - XII - 1836
La Delphine
Tenerife
08 - I, 28 - II - 1837
30°
Tropique
du Cancer
Océan Pacifique
Equateur
Mort de
Claude BRET
20 - III
Rotuma
15 - XI
Wallis
01 - XI
Tahiti
21 - IX, 5 - X
La Raiateia
Futuna
08 - XI
Vava'u Tonga
23 - X
Valparaiso
28 - VI, 10 - VIII
L'Europa
Tropique
du Capricorne
Aukena-Mangareva
13, 15 - IX
30°
Hokianga
10 - I - 1838
Sydney
09, 30 - XII
Océan
Atlantique
Chiloé
Cap Horn
19 - VI
180°
120°
60°
0°

A la aventura

Al embarcar, Monseñor Pompallier no sabe bien.... a dónde va. De ahí los cálculos, los proyectos que irá afinando en función de las informaciones que vaya adquiriendo a lo largo del viaje y de los navíos que encuentre para continuar hacia un destino aún desconocido.

16: Escala en Tenerife

17 julio 1837. - Jean-Baptiste François Pompallier a su madre, la señora Françoise Solichon.

Querida madre,

[1] Cumplo con gozo la recomendación que me hizo al salir de Francia, que le diera noticias de vez en cuando. Hoy acabo de enterarme de que mañana ha de salir del puerto de esta ciudad hacia Burdeos un barco mercante; como estuve todo el día ocupado en los asuntos de la misión, alargaré la velada para aprovechar esta favorable ocasión de escribirle.

[2] Ya sabe, querida mamá, que embarqué en el Havre con todos mis misioneros y catequistas y que dejé Francia el 24 de diciembre, víspera de Navidad de 1836. Tras quince días de navegación nos vimos obligados a hacer escala cerca de las costas de África, en la bahía de Santa Cruz del archipiélago de las Canarias; una avería grave en el timón fue la causa de la escala. Primero se nos dijo que se necesitarían cuatro o cinco días para repararlo; pero los obreros de la ciudad, poco acostumbrados al trabajo que forzosamente se necesitaba para reparar la avería, nos forzaron con sus retrasos a prolongar la estancia, y como la bahía era peligrosa en la estación en que nos encontrábamos, me decidí a alquilar un apartamento en Santa Cruz para alojarme allí con

todos los míos y otros cuatro misioneros o catequistas, pasajeros del mismo barco.

Vivíamos juntos en la unidad de la caridad: dormíamos casi en el suelo, es cierto, pero eso nos daba más contento, podíamos solazarnos libremente en el estudio y en los ejercicios de piedad. Todos los días íbamos a celebrar la santa misa en una iglesia dedicada a María, nuestra poderosa protectora. ¡Cómo nos consolaba el dar gracias a esta augusta Virgen, nuestra madre, por habernos recogido en esta isla después de habernos liberado de los inminentes peligros que acabábamos de correr en medio de los mares!

La ciudad de Santa Cruz no tiene nada muy digno de ser señalado: el clima del archipiélago es suave, hay abundancia de todo y también en frutas de lo más deliciosas, aunque a primera vista las islas parecen áridas y se las ve llenas de rocas volcánicas. El país depende de España. Las autoridades eclesiásticas y civiles me han tratado con mucha consideración y benevolencia. Allí la guerra civil no campaba como en la madre patria. Uno de los obispos del archipiélago, el de Gran Canaria, me ha regalado su anillo y me ha entregado un donativo considerable para la misión.

Sin embargo estábamos impacientes por embarcar de nuevo para llegar a los lugares de trabajo que nos han confiado. Pero pasaron unos cincuenta días de paciente espera antes de que el timón quedara reparado y colocado de nuevo en el barco. Hacia el final de la estancia dos de mis sacerdotes y un hermano cayeron enfermos; con los cuidados prestados y la ayuda de Dios se logró restablecer su salud para el día del embarque. En este tiempo de tregua no la escribí: hacía solo unas semanas que lo había hecho en el Havre; además no quería darle a conocer la avería que sufrió el timón de nuestro barco durante los quince primeros días de navegación para no infundirle así temores para el resto del viaje hasta Valparaíso, que debía de tener una duración de unos cuatro meses.

Sin embargo, querida mamá, usted ha podido tener noticias nuestras pues he escrito desde Santa Cruz a varias personas de Francia, entre los cuales al señor administrador apostólico de la diócesis de Lyon y al señor Colin, superior general de los sacerdotes de la Sociedad de María.

Finalmente salimos de esta ciudad; el barco se hace a la vela el 28 de febrero; la alegría nos embarga; entramos en singladura con bastante rapidez. Como al salir del Havre, el mareo se apodera de algunos; yo soy uno de ellos, pero sin excesiva intensidad; unos días de malestar y después me encuentro mejor que nunca, tanto que puedo dedicarme a mis ocupaciones incluso cuando arrecian fuertes tempestades.

Muchas veces, yo me sentaba a escribir en el camarote de dentro mientras las olas caían furiosamente sobre el puente y el agua penetraba por las ranuras de la puerta superior y de la claraboya cerrada y llegaba hasta la mesa en la que trabajábamos. Los viajes marinos no son tan espantosos como se empeñan en decir. De ese modo se comprende lo que se ha de comprender en todo lugar: que la vida del hombre está en las manos de Dios, que nos la ha dado para amarle y servirle.

[3] ¡Dios mío! Entre las tribulaciones que ha querido enviarme este soberano padre, una de las más sensibles ha sido la enfermedad y la muerte del P. Bret, uno de mis misioneros. Tenía cuatro sacerdotes, ahora solo tengo tres; ¡cuán por encima del juicio del hombre está el juicio de Dios! ¡Pero también ellos [los hombres] son adorables y dignos de alabanza! Un misionero que perece en el camino no está perdido para la misión; es su protector desde el cielo, donde se le ha dado la corona del apostolado antes incluso de haber sobrellevado los trabajos de una carrera tan noble y saludable.

Siete días después de haber salido de Santa Cruz se manifestó que la enfermedad del P. Bret era seria; se trataba de una fiebre y estábamos en la zona tórrida. Diecinueve días después moría; yo le administré los últimos sacramentos y él puso su espíritu en las manos del Señor. ¡Qué felicidad vivir y morir para él! ¡No importa qué lugar recoja nuestros restos mortales!

Nos encontrábamos casi en la línea equinoccial cuando se debía proceder a la ceremonia de los funerales. Hacía tanto calor que se temía por la salubridad común, Dije la santa misa por el difunto, en la que comulgaron todos los sacerdotes y hermanos, se fue después al puente donde estaba expuesto el cuerpo; estaban presentes los oficiales, los marineros y todas las personas de a bordo. Dirigí algunas palabras de saludo a la asamblea, que pareció muy conmovida, y después de hacer las ceremonias acostumbradas se confió al mar un paquete sagrado, que entregará dócilmente el gran día del poder del Señor para la resurrección general. Querida mamá, que la fe nos consuele en la aflicciones de este mundo y que tengamos el placer de llevar esa divina antorcha a muchos idólatras.

[4] Después de haber atravesado esa zona terrible y sobretodo después de las islas llamadas Malvinas [las Falklands], el mar estuvo casi siempre muy agitado durante casi dos meses hasta llegar a la isla de Chiloé en la costa de América del sur. Al doblar el cabo de Hornos parecía que todos los elementos conspiraban contra nosotros: el granizo,

la nieve, el hielo, el frío excesivo, las tempestades casi continuas que nos acosaban.

¿Pero qué pueden las criaturas contra el creador? Nosotros estábamos tranquilos en medio de todo ese estrépito; a pesar de todo trabajábamos y de vez en cuando nos entreteníamos con algunos juegos para distraernos en el camarote interior. Desde Santa Cruz hasta Valparaíso tuve el consuelo de celebrar la santa misa casi todos los domingos y días festivos; los pasajeros sacerdotes o catequistas comulgaban en ella pues era imposible que celebraran cada uno personalmente; podíamos dar las gracias por poder decir una sola misa. Sin embargo, alguna vez ocurrió que el mar estuvo en una calma suficiente para poder decirla sucesivamente. Es lo que pasó para la fiesta del Sagrado Corazón.

[5] He quedado muy contento de la tripulación del navío; la mayoría de los marineros se confesaron y cumplieron la Pascua. Los que no estaban confirmados lo hicieron; estaban muy atentos a las observaciones que yo les hacía. Hombres alejados de los sacramentos desde hacía muchos años se acercaron a ellos con docilidad de niños. ¡Cuánto deseo que toda mi familia y cada uno de sus miembros cuiden su salvación en una patria en la que es tan fácil hacerlo, dados los numerosos y buenos sacerdotes que tiene!

¡Cuántas preguntas me suelo hacer, querida mama! Me pregunto ante el Señor en qué acabarán Francia, mi familia, mis conocidos, las almas que yo he dirigido por el camino de la salvación: cuántos deseos formulo interiormente por todos, y sobretodo por las personas a las que debo más afecto y agradecimiento, entre las que usted, madre, ocupa el primer puesto. ¿Le han entregado una copia del retrato de mi pobre persona que hicieron antes de que marchara? Pero eso tiene poca importancia. Lo esencial es que nos encomendemos a Dios en la oración durante la celebración de los santos oficios y frecuentando los sacramentos. Tengo la seguridad de contar con ello de su parte y es lo que deseo para todos a los que quiero o que me conocen. La salvación de las almas, la mía y la de los infieles de mi misión: ¡cuántos temas de oración y de celo! ¡Cuántos motivos para mantener el fervor!

¿Cómo se encuentra mi padrastro? ¿Cómo están mis hermanos, empezando por los Pompallier, mi hermana, su marido, mis tíos, mis tías? Muchos saludos llenos de afecto y desvelo a todos ellos.

Monseñor Pompallier encuentra en Valparaíso a los padres de los Sagrados Corazones, conocidos como "Padres del Picpus". Esta congregación está encargada de la evangelización del vicariato apostólico de Oceanía Oriental, regido desde 1836 por Monseñor Etienne Rouchouze, obispo de Nilopolis.

La congregación de los Sagrados Corazones de Jesús y María y de la Adoración es fundada en 1800 por Pierre Coudrin y Henriette Aymes de la Chevalerie. Transferida la casa madre a la calle Picpus de Paris, se les llamará muy a menudo "Padres y Hermanas del Picpus" o "Picpuciens". La congregación se extiende primero por Francia con apostolados variados (educación de la juventud, seminarios, misiones parroquiales); la adoración eucarística ocupa un puesto importante en la vida de las comunidades. Reconocida por la Santa Sede en 1817, crece y se incrementa y el P. Coudrin presenta la redacción definitiva de sus constituciones a la administración pontificia en 1825. Durante su estancia en Roma, escribe al prefecto de Propaganda Fide para solicitarle participación en las misiones. No habían pasado aun dos meses cuando la Santa Sede encomienda a los Padres del Picpus las islas de Hawai como campo de misión. Los primeros misioneros embarcan en Burdeos el año 1826. En 1833 la congregación ve cómo se le confian los archipiélagos de las islas Gambier, Marquesas, Tahití, las Islas de Sotavento, las Tuamotu (la actual Polinesia francesa) y también las Islas Cook y la isla de Pascua.

[6] Llegué a Valparaíso la víspera de la fiesta de los santos apóstoles Pedro y Pablo; me alojo con todos los míos en una comunidad de misioneros del Picpus, que nos han recibido con muchas atenciones. Allí he conocido noticias muy interesantes sobre la nueva cristiandad que, con la ayuda de Dios, ellos formaron en el archipiélago Gambier de Oceanía. Seguramente podrá encontrar esas noticias en los *Anales de la Propagacion de la Fe.*. En menos de tres años, esos celosos misioneros han visto de tal manera coronada su labor que desde el último nativo hasta el rey ya se habían bautizado.

Y estos nuevos cristianos, por la constancia en la fe y en la pureza de costumbres se asemejan a los de la iglesia primitiva. Antes de quince días embarcaremos de nuevo para llegar finalmente a las islas de nuestra misión. ¡Ya se ha alquilado el navío que tiene que llevarnos! Nos quedan aún tres mil leguas de navegación; en el trayecto tocaremos las islas Gambier, Tahití y Sandwich; después nos dirigiremos a una isla cuyo nombre no es el que le dan los geógrafos en los mapas de geografía; es una isla que parece central para la misión, se halla en la Micronesia y aquí es llamada isla de la Ascensión.

Su población es de unas diez mil almas. Yo habría deseado realmente ir a Nueva Zelanda, donde además hay algunos europeos. que nos desean; pero en este momento en Valparaíso no hay navíos para esa región. Habría que esperar unas ocasiones remotas e inciertas. Parece que, al no ofrecerme varios navíos a elegir para partir, la misma divina providencia señala el lugar por donde debo abordar las numerosas islas que han sido confiadas a mi debilidad.

Solamente hay uno que nos llevará hasta Sandwich [Hawai], donde existe una bahía frecuentada por buques que se dirigen a las islas donde debo trabajar con los míos. Me habría detenido gustosamente en Tahití en vez de hacerlo en Sandwich, pero en este momento no es posible debido no a los nativos sino a los metodistas que prohíben la entrada en Tahití a los misioneros católicos.

El Señor, que está siempre con su iglesia verdadera hasta el final de los siglos, sabrá hacer que desaparezcan los obstáculos. Apoyados en su palabra, trabajaremos siempre con confianza en medio de los mayores peligros. Para un cristiano, y sobretodo para los misioneros, querida mamá, la muerte es nacer a la más feliz de las vidas; nos devuelve al Dios infinitamente bueno que nos ha creado y redimido. En estas palabras estoy dejando de lado su ternura porque conozco su fe y sé que este lenguaje está lejos de resultar extraño para usted. La vida, por larga que pueda ser en la tierra, es siempre muy corta; si no podemos volver a vernos acá abajo, nos veremos en el cielo. Pensemos solamente en dar gracias a Dios con profunda humildad por todos los favores que nos ha concedido, y seámosle fieles hasta que circule por nosotros la última gota de sangre.

Desde que salí del Havre no he recibido ninguna carta de Europa. Si había alguna en correos cuando embarqué, no hay duda de que sería remitida al navío que saliera el primero. Más tarde, para que me conteste, le daré una dirección distinta de la que debí dejarle en Francia: "En Oceanía, por Valparaíso en América del Sur, confiada a los padres franceses de la casa de retiros". Utilice aún ésta.

Mis saludos más afectuosos al señor cura Querbes [...]

Su queridísimo hijo,
François, obispo de Maronée
Y vicario apostólico de Oceanía Occidental.

20: Valparaíso

9 agosto 1837. - Jean-Baptiste François Pompallier a Claude de Campe de Rosamel, [ministro de marina y de las colonias de Louis-Philippe], después Valparaíso.

Señor,

[1] No puedo olvidar los favores del rey y su benevolencia. Le doy algunas noticias de mis viajes de misión con el resultado alcanzado mediante la carta de recomendación ante el señor comandante de las fuerzas navales francesas, de gira por los mares del sur.

[2] Salí del Havre en el navío *Delphine* el 24 de diciembre de 1836. Me acompañaban cuatro sacerdotes misioneros y tres catequistas, todos ellos franceses, para compartir las tareas de la lejana misión que me confió la Santa Sede.

[3] Quizás Su Excelencia se enteró de la escala que tuvimos que hacer el 8 de enero de 1837 en la isla de Tenerife a causa de una avería grave en el timón de nuestro navío. No pudimos hacernos de nuevo a la vela hasta el 28 de febrero. La travesía desde esta isla a Valparaíso fue un poco larga y bastante difícil sobretodo en las islas Malvinas, en el cabo de Hornos y en Chiloé; pero no hubo jamás peligros inminentes.

Pero ¡ay!, según sus adorables designios el Señor quiso llevarse de este mundo al señor Bret, uno de mis sacerdotes misioneros, que pereció por una clase de fiebre y una hemorragia después de haber estado diecinueve días enfermo. Nos hallábamos entonces en 0,44 latitud norte. He deplorado mucho la pérdida de este querido colaborador; pero la fe que llevo a unos pueblos desconocidos e idólatras alivia mi aflicción; los que viven y mueren para el Señor están muy lejos de estar perdidos para nosotros; su muerte es el nacimiento a la más feliz de las vidas en el cielo, donde el crédito que tienen ante Dios es intercesión en favor nuestro.

[4] Fondeamos en Valparaíso el 28 de junio: al llegar no encontré al señor de Villeneuve, comandante de la estación francesa; no había vuelto aún de su viaje a América del Norte. Como para nosotros se trataba de partir lo antes posible para las islas de Oceanía Occidental, no tardé en presentar su carta de recomendación (fechada el 21 sep-

tiembre 1836) al señor del Haut-Cilly, capitán de navío y comandante interino de dicha estación; tomó nota de la carta, que fue presentada también al señor de Villeneuve cuando volvió hacia finales de julio.

Tengo la satisfacción, señor, de dar fe a Su Excelencia de las atenciones llenas de consideración y de amabilidad con que me han honrado el señor comandante de la estación y el señor del Haut-Cilly; lamentaron no disponer de un barco para llevarnos a las islas de Ponapé, a donde vamos a dirigirnos ahora con el navío Europa, que hará escalas en Gambier, Tahití y Sandwich. En todos los lugares donde me encuentro con mandos franceses siento la magnanimidad del rey y la protección de Francia; esta amada patria pone de manifiesto que los misioneros católicos que la dejan para ir a tierras extranjeras no son para ella personas extrañas e indiferentes. Señor ministro, presente mi humilde testimonio de agradecimiento especialmente al señor de Saint-Hilaire, consejero de estado; hágalo, por favor.

[5] Permítame que le presente varias reflexiones que podrían merecer la atención del rey y justificar ante Su Majestad una petición que deseo hacerle por medio de Su Excelencia. Una de las grandes dificultades para las misiones de Oceanía son los gastos considerables que ocasionan los viajes por mar para llegar a esos países y para viajar de un archipiélago a otro cuando ya se está allí. Para ello se necesitarían fondos enormes. Si los misioneros católicos los tuvieran en abundancia, podrían dar curso libre a su celo, pues para ellos el oro no es nada y los corazones lo son todo. Pero, lamentablemente, los fondos a penas son suficientes ni para los viajes más indispensables. ¡Qué servicios tan importantes les prestaría la marina francesa si de vez en cuando pudiera facilitarles el pasaje en sus barcos!

[6] Otra dificultad para los misioneros de Oceanía son las prevenciones que tienen en muchas islas los nativos contra cualquier extranjero y las crueldades que hacen a veces con ellos. Sin una protección especial de lo alto, serían sus víctimas como los otros. ¡Pero para mí esas pobres gentes son más dignas de compasión que de castigo! Porque se encuentran en la ignorancia más profunda; jamás fueron iluminados por las auténticas luces, es decir, las del Señor, autor de toda sabiduría y también de la inteligencia de los hombres.

Además, según varios relatos, esas gentes han sido víctimas de su primitiva sencillez: demasiado frecuentemente los extranjeros han acabado con la buena acogida que recibían al atentar contra sus costumbres, sus bienes, su libertad y su propia vida.

¿Es, pues, sorprendente que los insulares, esclavos todavía de las inclinaciones naturales, tengan ahora resentimiento y se tomen represalias? Dejemos que actúe la religión: sólo ella puede cicatrizar bien y cerrar del todo las ulcerosas llagas morales. No me cabe la menor duda de que las naciones que la protejan en esa gran obra serán bendecidas por el divino autor de la sociedad.

[7] Un tercer obstáculo que se puede encontrar en varias islas importantes son los ministros no católicos de infinidad de sectas que procuran por todos los medios paralizar los trabajos de los verdaderos y legítimos misioneros. Ahora bien, este tercer obstáculo sería bien débil si esos señores sólo presentaran una resistencia de razones y de obligaciones: los misioneros católicos no podrían temer los combates espirituales contra la doctrina de la verdadera religión. El simple hecho de su misión y del resultado de sus trabajos, comparados con los de los ministros no católicos, exime de toda discusión a los pueblos, que no necesitan ser muy clarividentes para ver de qué lado está la impronta de la divinidad.

[8] Por una parte, los nativos ven la abnegación de los misioneros católicos, que dejaron su patria por ellos, sin tener ninguna finalidad comercial, política o de búsqueda de felicidad para la vida presente: observan también la unidad de doctrina en los que enseñan y en los neófitos que siguen allí su fe; ellos mismos son testigos del cambio real que se opera en quienes abandonan unos hábitos de corrupción y de crueldad para practicar las virtudes de la pureza y la dulzura; ven por último que la paz y la unión de espíritu reinan allí donde antes la discordia, la división y la antropofagia producían estragos crueles. Esos son algunos de los logros que obtienen los misioneros católicos.

[9] ¿Y qué pueden ver los nativos de parte de las sectas separadas de la iglesia? Unos ministros que van a sus islas con mujeres e hijos, que practican comercios lucrativos, que no alcanzan ninguno o casi ningún cambio real en las gentes, que muy a menudo les venden unas biblias con las que, según sus principios, cada cual puede alcanzar la luz y conformar su fe.

Y por lo tanto, ninguna unidad de doctrina ni en los que enseñan ni en los que escuchan; las almas no encuentran ahí la impronta de la divinidad; suspiran por una mejor doctrina espiritual, que no está en la letra de la divina escritura sino en el verdadero sentido a ella ligado; y eso sólo existe en la iglesia católica, donde la autoridad de los santos libros se encuentra con una autoridad hablante que los explica infaliblemente, defiende su autenticidad y conserva su integridad. Muchas

veces me entero con gozo de que los salvajes saben hacer por si mismos, en su sencillez, reflexiones de ese tipo y que manifiestan en grupo el deseo de tener misioneros católicos para que les enseñen -lo dicen ellos- la palabra verdadera.

[10] Hasta ahora he creído provocar el interés en Su Excelencia con la exposición de cosas que afectan casi tan sólo a cuestiones religiosas; pero antes de acabar le ruego que detenga su atención en una cuestión de justicia.

[11] La mayor parte de los ministros no católicos han venido de naciones en las que está en vigor la libertad civil y religiosa. Y ellos mismos declaran que los habitantes de los archipiélagos de Oceanía donde ellos se han instalado conservan una independencia nacional total. Entonces ¿cómo explicar que en Sandwich, donde hay misioneros franceses que tienen éxitos satisfactorios en sus trabajos, sean proscritos del país a causa de la instigación de aquellos cuyos neófitos se han visto oprimidos y se ven aún oprimidos- en sus bienes y su libertad? ¿Cómo se explica que los viajeros católicos, sobretodo si son eclesiásticos, tengan tantísimas dificultades para pisar el suelo de la isla para dirigirse a otros lugares?

¡Cómo es que últimamente en Tahití unos sacerdotes franceses, que se encuentran allí desde hace poco, han sido agraviados incluso estando en la casa del cónsul americano que les había dado asilo? La gente de esta isla había manifestado deseos ardientes y sincera satisfacción de tener misioneros católicos. Pero desgraciadamente sus deseos no han sido satisfechos. Los ministros de las sectas sobornan a algunos jefes de esos nativos degradando a Francia ante ellos, inspirándoles recelos contra la nación de la que han venido, con toda clase de intrigas se inventan unas órdenes que persiguen a los misioneros católicos, y les cierran por completo la entrada en el país. ¿No hay ahí una contradicción en sí misma, no es una injusticia? Estoy convencido de que las naciones a las que pertenecen esos ministros de sectas deben estar muy lejos de aprobarlos por su conducta.

[12] Sin embargo, señor ministro, no permita Dios que quiera yo concitar la ira de las naciones civilizadas contra la persona de los susodichos ministros. ¡No, ni mucho menos! Dejo esta causa en manos del Señor, que juzgará a todos los hombre y también su justicia personal. Lo que yo deseo para la misión de Oceanía Occidental, de la que estoy encargado, es que se deje libertad a los misioneros católicos para enseñar y a las gentes libres para escuchar.

¡Nada hay que temer de la moral católica si es bien comprendida y practicada!. ¿Hay algo más adecuado para establecer el orden, la paz y la felicidad entre los pueblos, incluso entre aquellos que hallaran la mezcla de distintas religiones? ¿No prohíbe todo tipo de males y ordena o aconseja toda clase de bienes la doctrina que nosotros predicamos? Y la misma experiencia demuestra que los católicos verdaderos son siempre, cualquiera sea el estado en que estén, personas de conciencia, de probidad y de desvelo por el bien público.

[13] El rey de los franceses -lo sé- está persuadido de esas verdades; cuando Su Majestad me hizo el honor de recibirme en audiencia privada cuando pasé por Paris, me colmó de muestras de su protección y benevolencia; por medio del señor Molé, ministro de asuntos exteriores y ministro de marina, se me expidieron cartas de recomendación. ¡Cuán grande es mi agradecimiento! Esas cartas han hecho que yo experimentara en Santa Cruz de Tenerife y en Valparaíso la integridad y los buenos oficios de parte de los señores cónsules y comandantes de la marina francesa.

[14] Naturalmente, la estación que se halla en los mares del sur está al corriente de lo que pasa en Oceanía. Si de ahora en adelante fuera posible que, en virtud de las disposiciones previas del gobierno del rey, ese puesto favoreciera a las misiones de Oceanía formadas por el clero francés, estaría cooperando en unas empresas muy dignas de Francia, es decir, estaría cooperando a la verdadera felicidad y a la mejora de las civilizaciones de un pueblo numeroso. Y para ello sería suficiente con que un barco de dicha estación dejara las costas de América para ir cada año a visitar pacíficamente los lugares donde los misioneros franceses ejercen sus penosos trabajos y en los que son raros los contactos con Francia; de ese modo los obreros apostólicos podrían ser trasportados de un archipiélago a otro sin verse obligados a realizar gastos enormes. Le ruego, pues, señor ministro, que exponga al rey mis reflexiones y mis deseos a la vez que le presenta mi profundo respeto y el sentido agradecimiento que me inspira Su Majestad por los favores que, de común acuerdo con su familia, ha concedido a mi misión.

[15] La señora princesa Adelaida me manifestó en Paris el deseo de recibir noticias de esta misión: ¿sería una indiscreción rogarle que; por la presente, las comunicara a su alteza real?

[16] Tengo el honor de ser.... Monseñor Pompallier.

En Valparaíso, embarcaron dos padres de los Sagrados Corazones con monseñor Pompallier**.**

Después de 1834, los Padres del Picpus convierten el archipiélago de Gambier, y después Mangareva. Pero los protestantes, haciendo uso de un derecho de anterioridad, se establecen por la fuerza en las islas Hawai y en Tahití y ponen obstáculos a los misioneros católicos negándoles el derecho de permanencia. Monseñor Rouchouze envió a las islas Hawai a los Padres Laval y Caret y al irlandés James Murphy, hermano Colomban. Pero chocaron contra la hostilidad del rey Kamehameha, convertido al protestantismo

Idéntico escenario en Tahití. El obispo intenta introducir allí a los Padres Laval y Caret, pero la reina Pomaré Vahiné IV, influenciada por George Pritchard, pastor protestante que había llegado a Tahití en diciembre de 1824, deniega a los Padres del Picpus el derecho de permanencia a pesar del apoyo del cónsul de Estados Unidos, Moerenhout, y el 12 de diciembre de 1836 los expulsa violentamente.

Monseñor Rouchouze decide llevar sus quejas al consulado francés de Valparaíso y envía allí a los Padres Caret y Mairet con el hermano Colomban. Obtuvieron salirse con la suya puesto que Francia enviaba el 29 de agosto de 1837 el navío *Venus,* comandado por Du Petit-Thouars, que exigiría a la reina Pomaré una convención asegurando la protección de los franceses en Tahití. La confirmación de esa decisión se le daría a Dumont d'Urville, comandante del *Astrolabe y* la *Zélée* cuando fondeaba allí el 9 de noviembre de 1838.

Así que el paso de los Maristas por Valparaíso es la ocasión para que los Padres Caret y Laval y el hermano Colomban vuelvan a su base de Mangareva antes de volver a ir a Hawai, y para dar clases de inglés a los maristas y ponerles al corriente de los obstáculos que les esperan.

Primeras semillas

21 : Primeros contactos con la Polinesia

2 octubre 1837. -Jean-Baptiste François Pompallier a Jean Claude-Colin.

Tahití, señor y querido superior,

Llegada en las islas Gambier a Mangareva.

[1] Pensaba escribirle solamente desde las islas de mi jurisdicción. Pero es importante que lo haga antes. Vayan primero noticias de nosotros. Salimos del puerto de Valparaíso el 10 de agosto y lanzamos el ancla en el archipiélago Gambier el 13 de septiembre. Como puede ver, este trayecto de nuestro viaje se hizo con bastante rapidez y bonanza. La mayoría de nosotros no se vio afectada por los mareos; solo el P. Chanel y el H° Joseph se sintieron un poco mareados durante sietsiete u ocho primeros días. Excepto los hermanos, que no lo necesitan tanto como nosotros, nos hemos dedicado con insistencia a estudiar la lengua inglesa. Es una lengua indispensable para los misioneros de Oceanía ya sea para viajar, ya sea para ejercer la labor ministerial; ingleses y americanos son prácticamente los únicos navegantes por estos parajes; se los encuentra en todas las islas y muchos isleños entienden el inglés. Hemos avanzado algo en esta lengua, especialmente difícil en la pronunciación. El señor Murphy o H° Colomban, que ha viajado con nosotros desde Valparaíso hasta Tahití, nos ha ayudado mucho en el estudio al ser el inglés su lengua nativa.

[2] Llegados a Gambier, qué placer el mío al visitar a monseñor Rouchouze, obispo de Nilopolis, a sus celosos misioneros y a sus fer-

vientes neófitos. Su Eminencia había enviado una embarcación hasta nuestro barco, que había echado el ancla a unas tres leguas de la isla de Aukena, donde reside el señor obispo. Sabía ya que otro obispo, vicario apostólico para la Oceanía Occidental, debería llegar pronto a esos parajes. Me esperaba, pues, con algunos de sus misioneros que debían salir de Valparaíso.

En cuanto se echó el ancla, llegó su embarcación a informarse de los recién llegados, y los que la conducían tenían la orden de ofrecérmela para ir directamente a Aukena.

La acepté agradecido y después de tres horas de navegación a golpe de remos puse pie'en tierra en la isla. Iba acompañado del P. Désiré, su provicario, del P. Chanel, del señor Murphy y del hermano Michel. Eran las once y media de la noche, pero lucía un hermoso claro de luna. Los nativos se despiertan en cuanto llegamos; nos rodean con gozo y nos presentan sus saludos muy atentos.

Yo me dirigí en seguida hacia la modesta vivienda de monseñor de Nilopolis, que venía a nuestro encuentro, enterado antes de quienes éramos nosotros. Su Eminencia nos acogió con suma bondad y nos obligó a comer pronto algo para poder celebrar la santa misa al día siguiente, fiesta de la exaltación de la Santa Cruz. Ya no pensamos en descansar, tal era el contento que nos empujaba a conversar. Casi toda la isla estaba en pie; multitud de neófitos rodeaban la residencia episcopal; rezaban oraciones en voz alta, o hablaban, o cantaban juntos canciones con una finura tal que, sin comprender su significado, yo estaba encantado. Y qué alegría al saber que casi todos los habitantes del archipiélago Gambier estaban bautizados. Finalmente, muy avanzada ya la noche, se decidió que descansáramos un poco; se despidió a la numerosa compañía y enseguida reinó en la isla un profundo silencio.

[3] Por la mañana, monseñor de Nilopolis me hizo celebrar la santa misa en lugar suyo en la iglesia catedral, construida con cañas y cubierta con hojas. Acepté con placer esa suerte. Los misioneros de las otras islas del archipiélago, que durante la noche habían recibido ya la orden de acudir donde su obispo en esta circunstancia, estaban allí con todos los míos y numerosos neófitos. Yo dije la santa misa, y los neófitos rezaban en ella las oraciones en voz alta y cantaban juntos con un sentimiento de piedad tal que me conmovieron hasta hacer que se me saltaran las lágrimas.

¡Y cuál fue aún mi consuelo al darles solemnemente la bendición pontificia! Durante la acción de gracias se cantó el Te Deum, después, uno de los misioneros, encargado por monseñor de Nilopolis, dirigió a

los fieles una piadosa exhortación. Después de la misa y de desayunar en casa del obispo, fui conducido por su Eminencia a la isla principal, llamada Mangareva, que se halla como a una legua de Aukena.

En Mangareva es donde habita Maputeoa, rey de todo el archipiélago de Gambier. La mayor parte de los misioneros y catequistas de nuestras dos compañías iban en otra embarcación. Apenas nos adentramos en la mar vimos venir a nuestro encuentro al rey de Mangareva, que avanzaba en otra embarcación en la que flameaba una bandera azul y blanca, con cinco estrellas: era la bandera escogida hacía poco para su pequeño reino de Gambier. Enterado de la llegada de un nuevo obispo, al que se esperaba en sus islas, él mismo se dirigía a Aukena, donde quería prevenirle de su visita.

Después de saludarnos unos y otros desde nuestras embarcaciones, le hicimos señales de que íbamos a abordar su isla, puso enseguida su embarcación detrás de la de ambos obispos y nos acompañó con demostraciones extraordinarias de alegría. En ese momento yo lamentaba no poder expresar abiertamente todo mi contento; ya de mañana, el Señor me había regalado un fuerte dolor de cabeza. Pero yo disimulaba lo mejor que podía mi dolor y avanzamos hacia Mangareva. Según íbamos acercándonos, vimos cómo iba aglomerándose en la playa una multitud de nativos bien vestidos.

El Sr. Obispo de Nilopolis y yo lucíamos la vestimenta episcopal. El pueblo vio dos obispos con sus misioneros; sonaron aclamaciones de alegría; al acercarnos, la multitud se puso de rodillas para recibir la bendición que monseñor me invitó y me pidió que diera en su lugar. Yo veía ojos humedecidos y llenos de alegría. ¡Qué inefables sentimientos al pensar en el dichoso cambio de esos pueblos, que hacía poco eran caníbales! ¡Qué grande el poder de la gracia en los corazones que cooperan a su acción! ¡Cuántas felicitaciones di por ello a su digno obispo y a sus celosos colaboradores! Echado el pie a tierra, apenas si podíamos pasar: ¡eran las salutaciones, los deseos dictados por el espíritu de fe!

El rey Maputeoa [bautizado con el nombre de Gregorio en honor de Gregorio XVI] vino a darme la mano con religioso respeto, y fui conducido a la iglesia, que no estaba lejos de allí. Toda la multitud nos seguía y preguntaban sobre nuestros nombres, nuestras personas, nuestro país; y las madres de familia decían de nosotros con sorpresa ¿cómo vienen de tan lejos?. ¿Y sus madres y parientes no han muerto de pena al verse separados de por vida? ¡Cuán hondamente sienten estas gentes los sacrificios que manda hacer Dios por su salvación y para gloria suya! ¡Y qué unidos en el agradecimiento a su obispo y a sus misioneros!

[4] Después de haber estado recogidos en silencio en la iglesia con la multitud que había acudido, se pidió a un misionero que dirigiera a los fieles una exhortación adaptada a la circunstancia; después yo di solemnemente una vez más la bendición episcopal. Por fin nos retiramos a la casa rectoral, fabricada también con cañas como la iglesia. No lejos de allí hay dos templos de dioses falsos, uno de los cuales se ha convertido en capilla rural, el otro está en ruinas.

Numerosos obreros están tallando piedras y preparando otros materiales para construir una iglesia en lugar de la actual. Según el plano que me han enseñado, será una iglesia que podría competir con las parroquias ricas y piadosas de Francia. En Aukena se está construyendo también otra. ¡Cuántas buenas obras les hace hacer la fe a estos isleños! Durante mi estancia en la isla el pueblo no trabajaba: el rey les invitaba al regocijo. Por doquier se veían miles de personas reunidas en grupos, o sentadas bajo las plantaciones de cocoteros o de árboles de pan. Hablaban, recitaban de memoria las enseñanzas sobre las verdades de la fe, se entonaban canciones. Dios mío, qué espectáculo el que ofrece una cristiandad fervorosa. No habría un misionero que no entregara su vida mil veces para contribuir a un bien tan grande.

[5] Por la tarde de ese mismo día me hacen una ceremonia que provoca en mí alegría y agradecimiento. La ceremonia se llama "tapena"; se hace -me decían- en circunstancias memorables. Cuando iba a comenzar, monseñor de Nilopolis me coloca junto a la multitud, en unas piedras elevadas. Estábamos rodeados de todos nuestros misioneros y catequistas. De pronto el rey hace una señal y toda la multitud se dispersa en una abrir y cerrar de ojos; de todas partes se corre hacia las viviendas; se va en busca de los obsequios preparados de antemano. Se vuelve con la misma rapidez. Un ministro mayor de barba gris, el tío del rey, mandaba hacer todo con orden en nombre del rey. A toda prisa, cada uno va colocando ante nosotros frutos de todo tipo y alimentos preparados a su modo. En unos momentos, se eleva ante nosotros un enorme montón de cocos, bananas y frutos de pan.

Al final de la ceremonia hubo también presentes para el obispo local, para cada misionero y catequista, a quienes los isleños llamaban ya por sus nombres, tal era la prisa que se habían dado en aprenderlos para no olvidarlos ya. Cuando la ofrenda de los presentes hubo terminado, yo rogué a monseñor de Nilopolis, que domina la lengua del país, que dirigiera a la multitud unas palabras para expresar mi agradecimiento y mis deseos de salvación para todos esos nuevos cristianos. Le mandé que les dijera además que antes de embarcar al día siguiente dejaría a su disposición el montón de presentes que había

aceptado con gusto. Sin embargo, enviaron a nuestro barco cantidad de esos frutos.

Pero acabada la alocución, la fiesta continúa aún: la gente se arranca con aclamaciones de alegría repetidas veces. El ministro mayor era quien mandaba siempre, dando ejemplo de cuanto se hacía. Su actitud era imponente; de pie y con su talla gigantesca, pregonaba las órdenes llevando las insignias de la autoridad real: una guirnalda de plumas de pájaro enrollada en el cuello y cuyos extremos de gruesos flecos pendían por delante en forma de estola sacerdotal. Llevaba también en la mano un largo bastón puntiagudo que sobrepasaba su altura: una especie de lanza de madera muy dura y negra como el ébano.

Y sucede que ese ministro da una nueva orden; se forman dos campos, se corre, se simula una lucha, se dan saltos de cabriola a la manera del país y se termina la simulación con unos gritos tres veces repetidos. Después se ordenan por grupos como antes; nosotros nos paseamos, nos siguen, nos hablan, nos saludan hasta la saciedad; y en vano mando que se les diga que ya basta. Muchos niños sabían saludar en francés y añadían a la vez la respuesta, lo que nos divertía y nos provocaba la risa.

[6] Al día siguiente de aquella jornada de festejos, yo dije la santa misa en Mangareva; después monseñor de Nilopolis nos llevó a comer con él en Aukena, desde donde volvimos al navío Europe para continuar nuestro viaje. Su Eminencia nos acompañó con sus misioneros y subió a bordo para estar allí con nosotros unos momentos. Finalmente nos separamos con el abrazo de la caridad cristiana; se levó ancla y empezamos a navegar en dirección Tahití.

Nuestra escala duró, pues, solamente dos días. Sin embargo me alegro de haber conocido a monseñor de Nilopolis y a los suyos. Pude conversar con Su Eminencia de varias cosas capitales que interesan a las misiones de Oceanía: Nos dimos uno al otro recíprocamente poderes que pueden ser útiles para las ocasiones de persecución o en otras ocasiones de grandes dificultades. Su provicario y uno de sus catequistas continuaron con nosotros el viaje de Valparaíso a Sandwich, que es a donde les manda. Durante el viaje de Gambier a Tahití no paramos de hablar sobre la feliz cristiandad que acabábamos de visitar.

¡Qué maravillosos son los efectos que produce la religión en los pueblos dóciles a su voz! Los habitantes del archipiélago de Gambier, algo más de dos mil, eran esclavos de todo tipo de pasiones, fruto de la división y de las guerras frecuentes entre isla e isla y no raramente dentro de la misma isla. Existía la práctica horrible de la antropofagia;

ahora son dulces, buenos, de costumbres limpias, huyen de la ociosidad, se acostumbran al trabajo.

He tenido el placer de visitar varios de sus talleres de cañas. Pero no he visto que hubiera militares en el país, ni fortificaciones de guerra, ni siquiera policías. Este pueblo tiene solamente una autoridad cristiana que les gobierna paternalmente por medio de su rey y de sus jefes diversos. Su piadoso rey ha puesto ya sus pequeños estados bajo la protección de la Santísima Virgen, y lo hizo de una manera solemne el pasado día de la Asunción. En ese pueblo son pocas aún las leyes civiles que existen, y sin embargo dominan de manera admirable la equidad, la honradez, el orden, la justicia, la paz y la unión.

[7] ¡Que los sabios del siglo busquen los sistemas y las novedades que quieran para hacer felices a los pueblos! El antiguo librito del Evangelio de tiempos pasados contiene una sabiduría que la razón humana jamás podrá superar. Esa sabiduría basta: enseña a la criatura inteligente a conocer, amar y servir a su creador y por tanto a recibir del mismo toda clase de bienes. ¡Cuánto desearía que la interesante juventud de nuestro país comprendiera bien esas cosas! No estaría en vías de perdición con su apasionada admiración por las ideas nuevas.

En Tahití, el misionero de la *London Missionary Society,* Georges Pritchard, hace cuanto puede por echar a perder ante la reina Pomaré Vahiné IV la presencia francesa, una reina cada vez más sometida a la influencia de Pritchard y con menos autonomía ante los jefes locales. A pesar de los testimonios de simpatía de los tahitianos, queda prohibida cualquier manifestación católica en la isla.

La anarquía así originada llevará finalmente a Du Petit-Thouars, el oficial que representaba a Francia, a imponer a Pomaré Vahiné IV un tratado de protectorado, ratificado por Luis Felipe el 25 de marzo de 1843.

Liderando un partido pro-inglés, Pritchard provoca la guerra contra Francia; arrestado, es enviado a Inglaterra en 1844. Vista la clamorosa indignación originada por su expulsión, Luis Felipe manda, hábilmente, que se le indemnice; vuelve a Oceanía, pero ahora a Samoa como cónsul de Inglaterra.

A pesar de todo, Tahití conocerá un año de disturbios, Pomaré terminará aceptando el protectorado francés y será restablecida como soberana del país el 9 de enero de 1847.

[8] Llegamos a Tahití el 21 de septiembre tras cinco días y medio de navegación. A causa de los ministros de las sectas, que trabajan para prohibir la entrada de los misioneros católicos, no creíamos que pudiéramos echar pie a tierra. Pero gracias al divino maestro de los espíritus y de los corazones, la reina Pomaré Vahiné IV nos da autorización para quedar libremente en ese lugar hasta el final de la escala

que hace allí el barco por asuntos comerciales. El señor Moerenhout, cónsul de América, que pidió dicha autorización, nos ha prestado una benévola y sincera protección.

Nos hemos dejado ver en la isla, por la que íbamos a pasearnos casi todos los días. La gente nos veía con placer; nos saludaban por todas partes y manifestaban el deseo de tener verdaderos misioneros. Pero lamentablemente la coyuntura no es aún favorable para esos pobres isleños. Ayer dije la santa misa en dependencias del señor cónsul de América; las autoridades del país no se dieron cuenta. Además, no podían quejarse de ello; era un simple acto de culto doméstico [en el navío *Raiatea,* propiedad particular de Moerenhout]

[9] Ayer por la noche el señor provicario de monseñor de Nilopolis me presentó un niño, nacido en Nueva Zelanda, para que lo bautizara. Su padre es el tercer oficial de nuestro navío, el *Europe.* Es viudo, se declara católico y promete educar al niño (de unos seis años) según la doctrina de la iglesia. Se lo había confiado a unas personas de Tahití, pero se lo va a llevar consigo por los mares.

Así que bauticé solemnemente a ese corderito en mi camarote del barco, frente a una especie de altar marino donde digo la santa misa. Le di también la confirmación; se comportó como un ángel en las augustas ceremonias hechas por mí. Estuvieron en la ceremonia todos los sacerdotes y catequistas. El padre del niño lloraba emocionado.

Tengo confianza en que recibirá un cuidado muy especial. Respecto a mi persona, imagine cuál fue mi consuelo: ese niño cristiano es la primicia de la iglesia de Nueva Zelanda. ¡Parece haberse adelantado a las gracias que gozosamente llevamos a esos pueblos lejanos! Su padre quiso darle el nombre de Juan, y yo le pedí al padrino que le añadiera el de María; así que mi primer neófito en la misión se llama Juan María. ¡Que en su día tenga un buen lugar en el cielo!

Cambio de objetivos... y de rumbo...

[10] Ahora se trata de partir directamente hacia las islas de mi jurisdicción. No estamos demasiado lejos de ellas. ¡Qué alegría!. "Pero yo os digo: alzad vuestros ojos y ved los campos, que blanquean ya para la siega". Aquí me entero de unas circunstancias muy ventajosas de la misión para las islas de los Amigos, de Fidji y de Nueva Zelanda, de modo que abandono el navío *Europe* que nos llevaba a Sandwich donde teníamos que esperar una nueva ocasión para penetrar en la Micronesia.

En Tahití alquilo una goleta, la Raiatea, que precisamente pertenece al señor Moerenhout, el cónsul de América, muy magnánimo con nosotros. La alquilo por cuatrocientas piastras al mes durante un tiempo ilimitado y con licencia para hacer escala en las islas que yo indique al atravesar los archipiélagos de los Amigos [Tonga], Navegantes [Samoa], Fidji y Ponapé [otro nombre de la isla de la Ascensión en las Carolinas]. Nuestro capitán es un excelente marinero que ha viajado mucho por Oceanía y que ya residió en la isla de Ponapé, donde es conocido y está bien considerado.

Es muy probable que vaya a Sidney, para tratar de entrar en Nueva Zelanda con un sacerdote y uno o dos hermanos. De modo que, como puede ver, es muy posible que divida en dos a mi pequeña y querida compañía. Sin embargo, no tengo intención de ir a Nueva Zelanda sin haber estado en Ponapé y haber examinado bien las disposiciones de ese lugar del que tengo informes satisfactorios. Tenga la bondad, por favor, de comunicar todas estas noticias al consejo de la Propagación de la Fe. Personas, personas, reverendo padre, y ayuda también de la asociación bienhechora. Mil saludos a los fervientes y respetables administradores; espero escribirles pronto, cuando haya empezado nuestra labor.

[11] Según las nuevas y venturosas circunstancias para la misión que acabo de exponerle, parece prudente detener la fundación de una casa de procura en California o en México, tal cual le había pedido yo en las cartas que le envié desde Valparaíso. Si, como ahora vislumbro, podemos abrir pronto una misión en Nueva Zelanda y en los archipiélagos de los Amigos y de Fidji, sería mejor que esa casa estuviera en Sidney, en la costa de Nueva Holanda, donde hay civilización, John Polding es vicario apostólico y existe una cristiandad protegida por Inglaterra.

Las ocasiones para viajar desde Sidney a Europa y a nuestras islas son fáciles y frecuentes. Desde Inglaterra hasta esta nueva colonia se viene de un tirón. No hay que atravesar un espacio de tierra, como en México, para pasar del mar de las Antillas al océano Pacífico. Y usted sabe que para los misioneros los viajes más cortos son los que se hacen cuanto antes aunque sean de hecho más largos.

Le ruego, pues, que espere un nuevo aviso mío para fundar la susodicha casa. De momento basta con enviar personal y fondos si es que es posible. Mi caja estará muy pronto completamente agotada. Y sin medios pecuniarios en la misiones de Oceanía no se puede viajar, el resultado de la labor apostólica se reduce, la herejía se apodera de los archipiélagos por donde no aparecemos y muchas almas se pierden en

provecho de la idolatría y del error. ¡Ay, Dios mío, quién nos diera alas a todos para poder trasladarnos con rapidez y multiplicarnos en todo lugar!

[12] Si los misioneros que me enviará usted,, y que ya deseamos, pasan por México, podrían ir directamente a Tahití, junto al señor Moerenhout (pronúnciese Mornot), cónsul de América, que favorece en todo a las misiones católicas de Oceanía. Si la reina de la isla no permitiera bajar a tierra para alojarse, el cónsul tiene en la bahía un barco que no sale y que está destinado a depósito de mercancías.

Puede alojar además a muchas personas y es un lugar inviolable. El señor Moerenhout les dará todos los informes deseables sobre nuestras personas y sobre los lugares en que estaremos; pues la goleta que llevo para nuestro viaje es suya y cuando vuelva a la bahía, llevará noticias de nosotros tras habernos dejado en las islas que Dios estableció en sus designios adorables.

[13] También puede enviarnos las cartas que nos escriba vía señor cónsul Moerenhout: en los servicios que nos promete celosa y cordialmente lo único que le interesa es que no le impidan dedicarse a lo suyo, pues es padre de familia y negociante en su consulado. Cerrando las cartas e introduciéndolas en un sobre que lleve la dirección del respetable cónsul, ciertamente llegarán hasta nosotros.

[14] Si los misioneros fueran a Sidney en Nueva Holanda, doblando el Cabo de Buena Esperanza, no hay duda de que monseñor Polding, vicario apostólico de esta parte de Oceanía, tendría el placer de darles las indicaciones sobre nosotros que él supiera.

El 15 de septiembre, con gran secreto y con el padre Maigret como único testigo, es ordenado sacerdote de la congregación de los Sagrados Sacerdotes en Tahití el hermano Colomban. Monseñor Rouchouze espera que ese irlandés de nacionalidad británica le permita penetrar en Honolulu, donde sólo se admite que residan los ingleses.

Al no poder dejar al padre Maigret en Hawai, le envía a Ponapé con el padre Bachelot -que también acaba de ser expulsado- para intentar fundar allí una misión; el padre Bachelot murió en Ponapé el 5 de diciembre de 1837. Más tarde fue necesaria la intervención de Francia para obtener que se respetase la libertad religiosa.

La presencia de los Padres del Picpus y el hecho de que Ponapé careciese de interés estratégico hicieron que monseñor Pompallier cambiase de destino, aunque continuara sin saber realmente dónde ir para establecerse.

[15] Pero le aconsejo encarecidamente que les recomiende que no vayan a hacer escala en Sandwich porque después de nuestra salida de Valparaíso, desde donde le dije lo contrario, aquí mismo en Tahití nos hemos enterado de que se prohibió completamente la entrada a los misioneros franceses que fueron enviados allí. Muy recientemente el señor Bachelot, prefecto apostólico de este lugar y que se había refugiado en California, iba a venir a intentar entrar de nuevo en el archipiélago que le había proscrito hacía unos años; pero se vería obligado a permanecer con otro padre de su misión en el navío que les había trasportado.

En esta ocasión debieron darse unos procedimientos odiosos de parte de los metodistas que actúan por si mismos o por medio de las autoridades locales. Sin embargo, los cónsules de las potencias civilizadas que allí están debieron intervenir a favor de la causa del justo. Ahora se espera el desenlace de la escena que ahora tiene lugar, aunque esperando que sea favorable a los oprimidos por el nombre de Jesucristo. ¡Fíat! ¡Fíat! Que María triunfe en esos lugares. Todos los míos, que no dejan de ser suyos como yo, le envían un abrazo con respeto y sumisión. Muchos saludos a todos aquellos y aquellas que tienen el gozo de pertenecer a la Sociedad de María; y yo, con el afecto más servicial en el Señor, tengo el honor de ser,

Reverendo padre,

su muy humilde y obediente servidor
Jean-Baptiste François, obispo de Maronée.

22: De Tahití a Sidney

Después de Tahití, los misioneros pasan por la isla de Vava'u, en el archipiélago de Tonga, donde la influencia de los protestantes en los jefes locales se traduce en una nueva prohibición de estancia.

Monseñor Pompallier cambia de rumbo y llega a Wallis el primero de diciembre de 1837. No hay protestantes, lo que le da la oportunidad (que se comprobará como excelente) de dejar allí al Padre Bataillon y al Hermano JosephXavier; y el día 8 el Padre Chanel y el Hermano Marie-Nizier desembarcan en Futuna.

Después de una escala inútil en Rotuma durante los días 16 y 17 de noviembre, monseñor Pompallier, el Padre Catherin y el Hermano Michel (Antoine Colombon) llegan a Sidney el 9 de diciembre, tras prácticamente un año de viaje.

23 diciembre 1837. - Jean-Baptiste François Pompallier a Juan Claudio Colin

Sidney. Reverendo padre,

[1] Me apresuro a comunicarle cosas muy importantes para la misión. Ya le daré noticias más detalladas cuando esté en Nueva Zelanda, donde espero haber llegado dentro de una veintena de días. Desde ese mismo lugar escribiré a los señores administradores de la Propagación de la Fe.

[2] Seguramente habrá recibido mi carta escrita en Tahití el 1 de octubre y en la que le decía que era conveniente suspender el establecimiento de una casa de procura en México o en California. ¡Cuánto me alegro de esa advertencia! Porque después de salir de Tahití el día 5 y durante la navegación por las islas de mi jurisdicción se han presentado nuevas circunstancias que me han hecho tomar determinaciones distintas a las que había concebido lejos de allí, estando en Valparaíso.

La misión de las islas de Ponapé queda aplazada hasta un próximo envío de misioneros. La casa de la procura estará mejor emplazada en Sidney, donde llegan frecuentemente numerosos navíos de Europa, especialmente de Inglaterra, y desde donde parten a menudo para las principales islas de Oceanía. Realmente Sidney parece ser la puerta de nuestra misión y el lugar que ofrece mejores medios de comunicación.

[3] En el viaje que acaba de hacerse desde Tahití, hemos corrido varios y serios peligros, pero Dios nos ha librado siempre de ellos y la Sma. Virgen se ha mostrado siempre como nuestra madre. Ordené que nuestra pequeña goleta hiciera escala en las islas de Vava'u (archipiélago de Tonga), en Wallis, Futuna, Rotuma y en Sidney, desde donde le escribo. ¡Cuántas cosas interesantes que decir! Lamento que los preparativos de la misión de Nueva Zelanda y de la próxima salida absorban todo mi tiempo. Le cuento lo principal: ¡sean dadas gracias a Jesús y María! En la ruta he podido establecer dos misiones: ha sido en las islas de Wallis y de Futuna.

Escala en Wallis

En Vava'u Pompallier embarcó a Thomas Boag, que deseaba entrar de nuevo en Futuna. Les servirá de valiosísimo intérprete en los primeros contactos con los jefes de Wallis. Charles Simonet, un antiguo marinero del *Astrolabe,* casado con

una mujer de Oceanía, pide la bendición de su matrimonio a monseñor Pompallier, lo que le lleva a ser expulsado por las autoridades tonguianas. Entonces se pone al servicio de los Maristas y será su piloto titular.

[4] Wallis tiene alrededor de dos mil salvajes y comprende varias islas: es un pequeño archipiélago. El día de Todos los Santos echábamos anclas en sus costas. Acompañado del Padre Bataillon y de mi capitán de navío con un marinero inglés llamado Boag, que sabía la lengua del país, acudí a visitar al rey Vaimua Lavelua y a los principales jefes insulares. En esas circunstancias sólo pude hacerme comprender con la lengua inglesa puesto que mi capitán y el intérprete marinero no comprendían más que esa lengua de su patria y un poco la de Wallis. Me alegré de haber aprendido suficiente inglés, igual que el P. Bataillon, para poder expresarnos ante nuestros dos intérpretes.

Entablé una especie de amistad con el rey y con otro insular, uno de los jefes principales, Tuugahala. Después de haber examinado bien personalmente todas las circunstancias, confié al padre Bataillon la misión de ese pequeño archipiélago, y le di el hermano Joseph para ayudarle. A pesar de cierta oposición por parte de algunos de sus consejeros, el rey recibió bien a los dos en su casa, a la espera de una choza que mandó construir para los dos, cerca de la suya y en el mismo lugar de su recinto real. Vea pues la primera misión comenzada, la separación de facto en mi querida compañía, aunque no existe una separación verdadera para los misioneros que deben trabajar siempre en Dios y para Dios, centro de los corazones.

Y en Futuna

[5] Tras siete días de escala en Wallis, mandé desplegar velas hacia la isla de Futuna, donde llegamos el día 8 de diciembre navegando un corto día. Esta vez yo no pensaba establecer los trabajos de la misión en ese lugar. Tenía puestas las miras en Rotuma y Ponapé. Pero los habitantes de Futuna me parecieron tan bien dispuestos que no pude menos de dejarles algunos de mi compañía.

Son el padre Chanel y el hermano Marie-Nizier a quienes he escogido para esta isla, que se encuentra a solo cuarenta leguas de Wallis. En Futuna hay un navío que hace el servicio de las islas circundantes en un círculo de cien leguas a la redonda. Por lo tanto nuestros misioneros podrán visitarse fácilmente. Me apresuré a ocupar esas dos islas porque sabía que la herejía tenía el proyecto de apoderarse de ellas de inmediato. Me alegro de haber podido adelantarme a ellos.

Desgraciadamente, la herejía ya ha tomado los archipiélagos de los Amigos, de los Navegantes y de Fidji. Esta vez yo he tratado solamente de detener su marcha, esperando que hayamos aprendido la lengua de esos archipiélagos para poder combatirla ante los pueblos y trasmitirles la luz con la ayuda del Señor.

Futuna solo tiene unas mil almas, con dos islas separadas por un estrecho muy corto. También he trabado amistad con el rey de Tua, Niuliki, que ha recibido bien al padre y al hermano que le ofrecí; ha mandado construirles una choza cercana a la suya, como hizo el de Wallis para el padre Bataillon y el hermano Joseph. En ambas partes sus personas son "tabú", es decir, inviolables.

En las dos misiones se han encontrado dos jefes que comprendían el inglés; he tenido el consuelo de explicarles la unidad de Dios y el origen del hombre y del mundo. Ellos desean recibir más instrucción y nos manifiestan su afecto y confianza. Tengo motivos para esperar buenos resultados de la labor de nuestros misioneros y catequistas. ¡Que el Señor esté con ellos! ¡Si hubiera tenido más sujetos conmigo! ¡Habría podido colocarlos también en Rotuma y en Ponapé!

Pero como Nueva Zelanda es una isla mucho más considerable, de la que tengo datos muy ventajosos, la he elegido como lugar de mis labores personales si es que Dios quiere permitirme la entrada, pues allí hay grandes dificultades que superar. Y ha sido precisamente para tratar de que desaparezcan en parte por lo que he mandado hacer escala en Sidney, donde estoy alcanzando de las autoridades inglesas una protección, que es para mi como indispensable.

Llevo conmigo a Nueva Zelanda al padre Servant y al hermano Michel. Con otro envío de personal, que espero ya con prisas, se podrá abrir la misión en Rotuma y en Ponapé, y en otros lugares distintos si es que hay obreros y si tenemos bastantes fondos para transportarlos y visitarlos. Vea lo que como mínimo yo desearía: un sacerdote para acompañar al padre Chanel; otro para el padre Bataillon; otros cuatro y dos hermanos para enviarlos a Rotuma y a Ponapé; y finalmente cuatro más con dos hermanos para Nueva Zelanda. "Rogad pues al dueño de la mies que envíe obreros a su mies" [según san Lucas]. ¡Cuánta mies se nos ha ofrecido y presta ya para ser recogida!

En Sidney

[6] En Sidney, fue para mi un gran consuelo el conocer a monseñor Polding, vicario apostólico de Nueva Holanda. Pudimos conversar sobre cosas muy útiles para nuestras misiones de Oceanía. ¡Cuántas e

interesantes cosas que decir sobre la cristiandad! Espero que en otra carta tenga más tiempo disponible. Su Eminencia tuvo toda clase de atenciones conmigo y con los de mi compañía. En su nuevo seminario pude dejar parte de los enseres de la misión que la prudencia y la experiencia no permiten llevar al mismo tiempo a nuestras islas en cuanto comienzan allí las labores, El digno y caritativo obispo nos facilitará también la correspondencia en tanto que yo pueda establecer una casa para la procura.

También es bueno advertir aquí que los efectos de Francia solamente son recibidos en Sidney si han sido trasportados por navíos ingleses, y si lo fueron en navíos franceses con tal de que no hayan hecho escala durante el viaje por motivos comerciales. Mis enseres, trasladados por la goleta tahitiana Raiatea, han podido ser bajados a tierra merced a un permiso especial del señor gobernador de Sidney. No cabe la menor duda de que de ahora en adelante será mucho e incomparablemente mejor embarcar en Inglaterra para ir a la misión; y venir directamente doblando el Cabo de Buena Esperanza y por Nueva Holanda. El viaje será más rápido y notablemente menos costoso que el que hemos realizado nosotros por el Cabo de Hornos.

Desde Sidney los sujetos podrán ir a donde yo esté, y mediante una carta suya, reverendo padre, monseñor Polding les dará toda la información. Por ahora uno de sus sacerdotes me ha ofrecido sus servicios para cuidar los enseres que dejo aquí; se llama reverendo John Mc Encroe y habita en la casa episcopal. Será a ese sacerdote al que habrá que recomendar las cartas y los efectos que me envíe usted. Después, como en Sidney hay muchas ocasiones para ir a las islas principales de Oceanía y sobretodo a Nueva Zelanda, nos llegará todo con seguridad y con bastante prontitud. ¡Bendito sea Dios!. Ahí tiene unas vías de comunicación más favorables que las que tenemos hasta el momento.

[7] En cuanto llegue a Nueva Zelanda me voy a encontrar en una situación muy difícil: todos nuestros fondos quedarán agotados. Y sin embargo las misiones establecidas en Wallis y Futuna exigen que vaya a visitarles antes de cinco meses. Nuestros pobres misioneros y catequistas sólo tienen unos pocos enseres, con lo cual no darán pábulo a las inclinaciones de los nativos al robo. Por otra parte, como en el viaje fue imposible bendecir los santos óleos, tuve que repartir entre el padre Bataillon y el padre Chanel la reducida provisión que yo tenía; de modo que muy pronto ya no les quedará nada.

Aunque las islas en que están sean muy hermosas y sean fecundas en frutas y alimentos, no por eso son visitadas con frecuencia por los navíos. Probablemente me veré obligado a alquilar alguna goleta o

alguna barca rápida para ir hasta allí. Creo que ese viaje me costaría cuatro o cinco mil francos. Pero si faltan fondos no puedo hacerlo y ahí queda nuestra misión, toda desmembrada desde el comienzo. Por otra parte, es imposible hacer misiones entre los salvajes sin tener una casa para la procura en el lugar civilizado más cercano y sobretodo más apropiado para facilitar las comunicaciones; pero para una casa de ese tipo se necesitarían alrededor de veinte mil francos.

Así que ya puede imaginar cómo estoy esperando las cantidades que haya podido asignarme la Propagación de la Fe para poder atender las necesidades surgentes. Olvidaba decirle que nos harían falta por lo menos dos hermanos capaces de dirigir la casa de la procura; allí se ocuparían de ejercer algún oficio para contribuir a su propio mantenimiento y para utilidad de la misión. He dicho por lo menos dos hermanos, pues sería muy oportuno que hubiera también un padre con ellos. Pero la estancia prolongada de algunos sacerdotes franceses en Sidney podría acarrear inconvenientes en más de un aspecto, aunque es cierto que la misión está muy necesitada de sacerdotes. ¡Cómo deseo recibir respuesta a todas las cartas que he enviado a Francia!

[8] Bueno, saldremos hacia Nueva Zelanda en cuanto pasen las fiestas de Navidad. ¡Qué querida me es esa tierra y cuán impaciente estoy por verla perteneciendo al Señor! Nuestra salud continúa bien, aunque llegaron algunas indisposiciones de vez en cuando a unos u otros. Se han superado ya muchas dificultades, pero aún queda mucho por allanar. "El reino de los cielos se gana con violencia, y son los violentos quienes lo conquistan".

Cuanto más avanzo más me confirmo en el sentimiento de que para las misiones extranjeras, y sobretodo para las nuestras, se necesitan personas de talento y con experiencia más que mediana, hombres sin enfermedades de importancia, de buen carácter pero enérgicos, de juicio sensato. La piedad (ciertamente indispensable) no es suficiente ni mucho menos en el trabajo que realizamos; se necesita también energía, actividad serena, sin turbulencias. Examinemos bien las vocaciones, reverendo padre, para contribuir sólidamente al establecimiento del reino de Jesucristo y de la gloria de María.

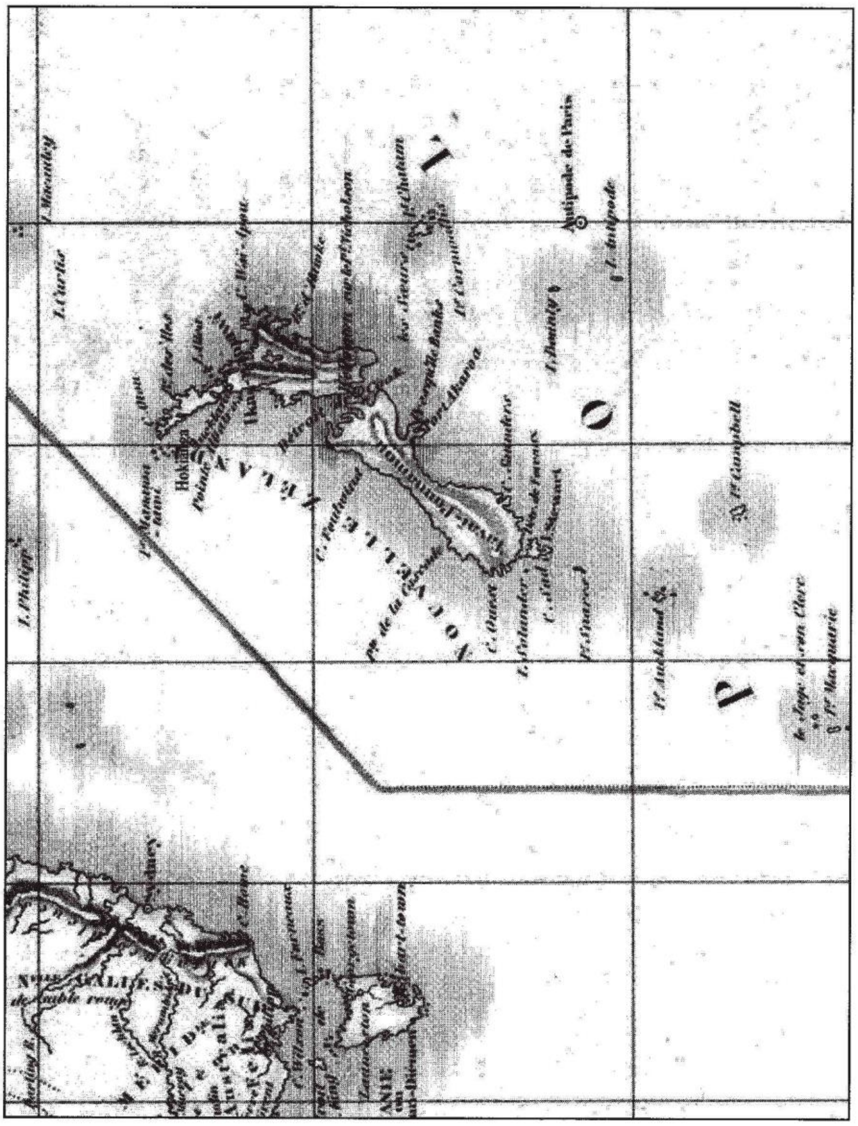
Su muy humilde y obediente servidor,
Jean-Baptiste François, obispo de Maronée.

SEGUNDA PARTE

NUEVA ZELANDA

Nouvelle-Zélande

(d'après la carte générale de l'Océanie)



Source : L. Dussieux, *Atlas général de Géographie physique, politique et historique*, Paris, Jacques Lecoffre et comp., Librairies, n° 157.

Aunque descubierta por Abel Tasman en 1642, Nueva Zelanda no fue realmente conocida hasta 1749 gracias a la cartografía de sus dos islas hecha por James Cook, que tomó posesión de la misma en nombre de Inglaterra.

En 1772 los maoríes mataban allí al francés Marion du Fresne y el oficial segundo tomaba posesión de las islas en nombre de... Francia. Ninguno de esos hechos será ratificado pues ninguno de los dos gobiernos veía en ello un interés particular.

El Pacífico Sur era frecuentado entonces por los balleneros, mayoritariamente americanos al verse privados de base a causa de la guerra de la Independencia, aunque también ingleses y algunos franceses. Los contactos entre maoríes y occidentales eran más bien violentos sobre todo cuando los maoríes descubrieron la importancia ... de los mosquetes.

Sin embargo los misioneros protestantes comenzaron a interesarse por los nativos. Después del nacimiento de Australia, el pastor Samuel Marsden acogía a los maoríes empleados en los balleneros. La *Church Missionary Society* le dio en 1809 tres misioneros, que en 1814 se asentaron en la Bahía de las Islas, en Nueva Zelanda. En una isla donde se vivían las guerras tribales necesitaron siete años para obtener el acuerdo de los jefes maoríes.

A partir del año 1807 el jefe Hongi Hika se apoya en los comerciantes ingleses para asentar su autoridad. La introducción de las herramientas de hierro, del trigo, el maíz, la patata... y de los mosquetes, con el apoyo a los ministros protestantes que lograron su conversión, le transforman en un conquistador que modifica profundamente la repartición de la población de las islas. Las matanzas de prisioneros o de esclavos, a los que se tatuaba para vender sus cabezas a cambio de armas de fuego, causan estragos enormes. Inglaterra terminó por prohibir en 1833 ese siniestro comercio Las guerras fueron incesantes y duraron hasta la muerte de Hongi en 1828.

Será tan sólo a partir del retorno a una cierta estabilidad cuando los anglicanos podrán desarrollar su acción misionera, especialmente con los hermanos Williams y merced a la creación de una imprenta en 1834 por William Colenso, es decir cuatro años antes de la llegada de los misioneros católicos. La Church Missionary Society contaba entonces con unos treinta y cinco mil adeptos y la Wesleyan Missionary Society tres mil, con la ventaja que les daba a ambas el apoyarse en una Biblia en lengua maorí.

El 30 de diciembre de 1837, Mons. Pompallier, el P. Servant y el H° Michel abandonaban Sidney. El obispo celebraba su primera misa

en Nueva Zelanda el 13 de enero de 1838. Comenzaban a ejercer su ministerio entre los irlandeses y los Maoríes.

En ese mismo tiempo el comandante de un ballenero francés, Jean François Langlois, desembarca en Akaroa, en la isla del Sur, donde pasa el invierno, y piensa establecer en la península de Banks una base francesa permanente. El 2 de agosto de 1838 echa sus cimientos comprando un importante territorio, que vende a continuación -mayo de 1839- a la Compañía Nanto-Bordelesea.Y ésta obtiene de Luis Felipe el derecho de crear allí una colonia francesa.

Pero los colonos británicos ya están establecidos en la isla del Norte y obligan al gobierno inglés a que asegure la protección de los intereses ingleses. Por el tratado de Waitangi, firmado el 5 de febrero de 1840, Inglaterra decreta su soberanía sobre Nueva Zelanda. Sin haber recibido esa noticia, los colonos franceses marchan hacia Akaroa, en la isla del Sur, el mes siguiente. Y llegan allí algunos días después de que los ingleses hubieran plantado su bandera.

Misionero 1837 -1841

25 : Primeras impresiones

22 mayo 1838. - Catherin Servant a sus padres

Hokianga de Nueva Zelanda.

Queridos padres,

[1] Después de un viaje de más de un año, la providencia ha querido que su querido hijo llegara a Nueva Zelanda; gracias a Dios, ahora se encuentra con fuerza y bien de salud; el clima de este país me sienta bien, no nieva, excepto en los lugares más próximos al sur. El régimen que aquí hemos de observar, aunque es menos abundante y más severo que en Francia, es suficiente y contribuye al bien de la salud. Los salvajes con los que estoy llevan un régimen mucho más austero. Casi siempre toman lo mismo: patatas, kumara, pescado y algunas frutas; los cerdos se los venden a los europeos que se encuentran en la isla.

[2] Sin embargo si vieran ustedes a esos salvajes, quedarían admirados: son robustos y no temen cansarse. Desde la casa en que vivo, en tiempos de lluvia los veo pasar con la cabeza descubierta y los vestidos totalmente calados, conduciendo sus embarcaciones como si no lloviera.

[3] Estos salvajes generalmente aprecian mucho a los ministros católicos; son muchos los que acuden a veces de bien lejos para verlos. Como saludo ordinario se tocan la mano, y algunas veces rozan la nariz del uno con la nariz del otro pero sólo entre personas que se tienen mucho afecto.

[4] Tienen unas costumbres que le hacen a uno reír: juegos, danzas curiosas, lamentaciones totalmente ridículas. Hace muy poco tiempo fui testigo de una escena de ese tipo: dos ancianos estaban juntos con la nariz del uno apoyada en la del otro, y en esa situación permanecieron más de una hora expresando sus sentimientos. Cantaban y lloraban a la vez. Es así como actúan con ocasión de la muerte de alguno de sus padres, ocasiones en las que además se desgarran y hieren la cara con conchas de mar.

[5] Las gentes de la isla parecen inclinadas a la alegría, se las apañan bastante bien para ridiculizar los modos de los extranjeros y sus acciones. Por otra parte me parece gente de carácter bueno y decidido; pienso que ustedes no podrían creer lo que les gusta fumar: hombres, mujeres y niños aparecen con la pipa en la boca, de tal modo que el tabaco para fumar es la moneda corriente del país. [...]

[9] Vuestro afectísimo hijo en el corazón de Jesús y María,

Servant.

En septiembre de 1838 salía de Burdeos un segundo grupo, formado por los padres Claude-André Baty, Jean-Baptiste Epalle y Louis-Maxime Petit, más los hermanos Marie-Augustin (Joseph Devret), Florentin (Jean-Baptiste Françon) y Elie-Régis (Etienne Marin), todos ellos destinados a Nueva Zelanda. Eran recibidos en Kororareka de Bahía de las islas por monseñor Pompallier y el hermano Michel el 14 de junio de 1839, el mismo día precisamente en que se hacia a la mar en Londres el tercer grupo.

Los Padres Joseph André Chevron, Jean-Baptiste Comte, Jean-Baptiste PetitJean, Philippe Viard y el hermano Attale (Jean-Baptiste Grimaud) tocan tierra en Bahía de las Islas el 10 de diciembre. Los Padres Epalle y Petit-Jean marchan el 4 de enero de 1840 a establecer la misión en Whangaroa, mientras que el día 7 el Padre Comte emprende camino hacia Whirinaki, el Padre Chevron y el hermano Attale son enviados "a las islas de trópico" y el P. Viard se queda en la Bahía de las Islas junto a monseñor Pompallier hasta el mes de mayo.

49 : Enormes necesidades materiales

21 febrero 1840. - Maxime Petit a Víctor Poupinel.

Kororareka, Bahía de las Islas

Querido hermano en religión,

[1] Encargado por Su Excelencia de las cosas temporales de la extensa y pobre misión de Oceanía occidental, me entero con singular placer de que nuestro reverendo padre superior le ha encomendado a usted la función de atendernos en nuestras inmensas necesidades. Enterados del celo que pone en el cumplimiento de esa importante misión, tenemos la esperanza no de dejar de ser pobres -Dios no lo quiera...- sino de recibir de manos de la providencia todo cuanto necesitaremos para ayudar útilmente a la salvación de innumerables almas de la misión. El nombramiento de un procurador que vele por nuestra misión en la ciudad de las buenas obras y especialmente de todas las que están en relación con nuestras misiones, es ciertamente de feliz augurio para la nuestra.

[2] Su Excelencia lamenta mucho que no hayamos traído los comentarios sobre la sagrada escritura y desea que nos los envíe en la primera ocasión, y especialmente la Santa Biblia parafraseada por Carrière y comentada por Ménochius, 15 volúmenes in 8°. Su intención es que haya un ejemplar en cada misión, formada por dos padres. Tampoco tenemos nada de Historia de la Iglesia.

En ninguna parte es tan importante tener ornamentos preciosos para el culto como en los países de estos salvajes, que sólo juzgan de las cosas por su exterior. Quedan vivamente impresionados cuando ven a monseñor oficiar de pontifical. Aquí un altar bien adornado es un argumento mayor a favor de la misa. El altar pontifical de monseñor es conocido en casi toda Nueva Zelanda. Vienen de lejos para verlo. Un Cristo algo grande y expresivo junto con algunas explicaciones sobre el sufrimiento y el amor de Jesucristo hacia nosotros, produce hondas y vivas impresiones en el corazón de los neozelandeses.

Lo cual nos dice que retrasar el envío de objetos que pudieran ofrecer para la misión algunas almas caritativas, por miedo a que los nativos nos las pudieran robar, sería retrasar el progreso de la misión. Los objetos de culto, por muy preciosos que sean, no son para ellos objeto de codicia sino de veneración. Los padres Petit-Jean y Viard, lamentan también no haberse traído los objetos de culto más bonitos que tenían y desean que aproveche usted la primera ocasión para enmendar su omisión.

Así que envíenos, querido hermano, todo lo más bonito que pueda tener. Nosotros queremos aquí todo lo que es hermoso; pero le confieso que, por mi parte, yo tengo una predilección especial por lo que deje intacta la bolsa. Se necesita mucho dinero para tener poco. En Francia se hace tanto e incluso más con 5 francos que aquí con una libra esterlina -25 francos. Últimamente he mandado arreglar una sotana; el sastre tan sólo ha agregado un forro malo y ha hecho el cosido y todo eso por sesenta y dos francos con cincuenta céntimos. Así que Su Excelencia desea que se nos envíen las vestiduras confeccionadas ya del todo. Los padres de la primera, segunda y tercera expedición necesitarían dos sotanas cada uno; se necesitarían también cuatro a cinco pares de zapatos para cada padre y hermano y una indumentaria civil completa para cada hermano.

[3] Nos faltan campanas para los establecimientos de misión y para las diversas tribus donde se hace la oración de la mañana y de la noche. Necesitaríamos que en la primera ocasión se nos enviaran cinco de cien libras de peso y cincuenta de tres libras. Para el tabaco de picadura, si se adquiere una cierta cantidad en las manufacturas reales para la exportación, se obtiene un descuento del 30%.

Como aquí las casas se hacen de madera, necesitaríamos una cierta provisión de clavos, unas cien libras, cuyas tres cuartas partes serían entre las dieciocho líneas [1] y tres pulgadas. Una cantidad similar de puntas de Paris entre las quince líneas y tres pulgadas. Un pequeño juego de herramientas de carpintero, y especialmente algunas azuelas, picos o palas para la tierra, garlopas un poco más anchas para las islas de los trópicos.

Necesitamos también botones y tira de cinta carmesí para las sotanas moradas de Su Excelencia. Necesitaríamos seis botellas de la tinta para copias de cartas, y papel especial también para eso. Tenga en cuenta que no es tinta de litografía, sino una tinta especial para hacer copias en prensa; las que usa monseñor están fabricadas por el químico Arnold en Londres.

[4] Lo más importante y urgente y sin lo cual aquí no podremos más que vegetar es una buena imprenta con los caracteres apropiados para la lengua de Nueva Zelanda. Monseñor ha insistido tanto en esto que espero tenerla en cuanto haya recibido usted esta carta. Si no la ha enviado aún, por favor apresúrese en hacerlo. O mejor, apresúrese en enviarnos dos que sean buenas, de acuerdo con la intención expresa de

[1] Línea: antiguamente una duodécima parte de una pulgada

Su Excelencia. Respecto a los caracteres, deberían ser un poco gruesos ya que a los nativos les cuesta leer los libros de caracteres pequeños. La puntuación es igual que la del francés. [...]

Las regletas interlineales han de ser para la impresión in 8°. Monseñor le recomienda que preste una escrupulosa atención a cuanto se refiere a la impresión: que todas las letras, al igual que la puntuación, se hallen en la proporción arriba señalada, que venga todo de tal modo dispuesto que la imprenta se pueda poner a trabajar en cuanto la recibamos, que uno o varios hermanos estén suficientemente formados en imprenta y encuadernación para rivalizar con nuestros adversarios, que en esto están muy bien montados; que al menos un padre entienda lo suficiente de esto como para poder dirigir a los hermanos.

En una palabra, que ya se trate de lo principal ya de lo accesorio, todo sea de la mayor perfección; que se envíe gran cantidad de papel, lo suficiente para hacer uno in 8° de doscientas o trescientas páginas en veinte mil ejemplares, y todo en proporción. Su Excelencia desea también que esté ya preparado todo lo necesario para la encuadernación de esos libros, de modo que aquí quede el menos trabajo posible.

[5] Respecto a los vestidos que personas caritativas tengan la bondad de enviar para los nativos, envíennos los más que puedan. No puede imaginarse la impresión que producen esos donativos en estas pobres gentes, que antes de conocer la religión cristiana no habían tenido ocasiones frecuentes de ver los efectos de la caridad cristiana. Le ruego que diga a esas buenas personas que, generalmente, los vestidos para las personas adultas quedan un poco cortos y que los nativos prefieren más los de color que los de algodón en color crudo.

Si se encontraran algunas personas que quisiesen hacer algunos mantos para algunos grandes jefes, sepan que les gustan mucho esas prendas sobretodo si aparece el rojo en el forro. A veces, con un donativo a un jefe se conquista su afecto, después llega su conversión y tras ella la de toda la tribu.

[6] El tiempo no me permite darle destalles sobre la misión. Lo siento, pero tengo que ponerme a escribir a nuestro reverendísimo padre superior. Le ruego que tenga la bondad de presentarle mis saludos respetuosos al igual que al señor director de todos nuestros hermanos de Lyon y de Belley. Tenga la bondad de decir al padre Bourdin que el buen padre Chanel le enviaba unas conchas de mar. Yo me había encargado encantado de hacer que le llegaran pero un fuerte golpe de mar las arrancó de la popa del navío en el que tuvimos que dejarlas a causa del mal olor que despedían en la habitación.

[7] Me encomiendo a sus oraciones, le saludo respetuosamente en los corazones de Jesús y de María y me declaro su afectísimo servidor en Jesucristo,

Maxime Petit, misionero apostólico.

52: El tratado de Waitangi

Mediante el tratado de Waitangi, la New Zealand Company acaba obteniendo la protección que tan insistentemente había pedido.

5 marzo 1840. - Catherin Servant a Juan Claudio Colin

Bahía de las Islas

Reverendísimo superior y querido padre en Jesucristo,

[14] Era el 3 de febrero y en Bahía de las Islas apareció un gobernador para Nueva Zelanda, que venía directamente de Inglaterra. El 5 de ese mismo mes el gobernador convocó una asamblea general de blancos y nativos. Monseñor, apercibido ya de la buena voluntad del gobernador, se rindió ante las solicitudes de su excelencia y se hizo presente en la asamblea. Yo tuve el honor de acompañar a Su Excelencia, contentísimo de poder escuchar lo que dirían los nativos respecto al cambio político que habría que efectuar para Nueva Zelanda.

[15] El gobernador propone a los jefes nativos que reconozcan su autoridad haciéndoles comprender que se hacía eso por el buen orden y el bien particular de ellos, y advirtiéndoles a la vez que continuarían siendo jefes de sus tribus y dueños de sus posesiones. Dicho eso, un buen número de jefes va tomando la palabra por turno y despliegan toda su elocuencia; la mayoría de los oradores no quiere que el gobernador extienda su autoridad sobre los nativos, sino exclusivamente sobre los europeos; otros no quieren ni que el gobernador permanezca en Nueva Zelanda.

Entre estos últimos se hace notar un anciano que, todo enfurecido, repitió infinidad de veces: *no, no, nada de gobernador. Vete, gobernador, vete, vuelve a tu país. No queremos autoridad alguna extranjera; la tememos.* Otro -era un jefe herético- decía que los extranjeros habían venido para adueñarse de sus tierras, para desvalorizar sus nombres reduciéndoles a la servidumbre, para robarles y engañarlos,

que les habían dado una biblia pero que la devolverían a gusto puesto que se les quitaba lo demás. Muchos se quejaban de que los ministros heréticos habían adquirido tierras inmensas.

[16] Por último, al final de la sesión se presentaron unos jefes conciliadores que hablaron largamente para hacer que se reconociera la autoridad del gobernador. Pronto se llegó a lograr la firma de un escrito, en el que los jefes se comprometían a reconocer la autoridad inglesa. Me han contado que en la Reunión celebrada en Hokianga un jefe había dicho al gobernador: la reina de Inglaterra quiere reinar en Nueva Zelanda, pero si va a Inglaterra un jefe de aquí ¿podría tener el derecho a hacerse rey?

[17] Nosotros dejamos de lado la política, con la que no tenemos absolutamente nada que ver. Ocupémonos del reino de Jesucristo; el bien de las almas, ése ha de ser el objeto de nuestros anhelos. ¡Que podamos trabajar en llevar a cabo la salvación de los nativos y que la afluencia de extranjeros no pueda serles nociva!

[18] Reverendísimo superior, no puedo terminar sin mencionarle de nuevo la necesidad acuciante que hay aquí de obreros evangélicos abundantes. Miles de nativos están pidiendo a gritos sacerdotes. La tribu de Ahipara, que acabo de visitar, no puede tener aún a nadie de los nuestros. Kaipara, que se halla a treinta leguas de Hokianga en la costa noroeste de esta parte de Nueva Zelanda, hace quizás dieciocho meses que está esperando sacerdotes. Waikato, donde algunos nativos de Hokianga tienen personas conocidas, sería un lugar muy propicio para una misión católica. Sin hablar de un buen número de tribus más alejadas, que esperan el ministerio católico. Para ceder a las acuciantes solicitudes de algunas de ellas, monseñor acaba de embarcar a bordo de una pequeña goleta. [...]

[22] Tengo el honor de ser, en los santos corazones de Jesús y de María....

Catherin Servant

60 : Balance al cabo de tres años

14 mayo 1840. - Resumen de la carta de Jean-Baptiste François Pompallier a Juan Claudio Colin, realizado por Denis Maîitrepierre.

[1] I : Vías de comunicación

[2] 1° por Valparaíso, doblando el cabo de Hornos -muy largo. Contactos entre América del Sur y las islas de Australia muy escasos.

[3] 2° De Londres, o Liverpool, por Sidney a Bahía de las Islas-sur, rápido.

[4] 3° En barcos del Estado o en barcos balleneros que salen de los puertos del Havre, o de Nantes o de Lorient y van directamente, o casi directamente, a la Bahía de las Islas - frecuente y seguro.

[5] 4º Sus cartas y las comisiones pueden ser enviadas directamente a Mons. Polding, obispo de Sidney; casi todas las semanas hay ocasiones para salir desde allí a la Bahía de las Islas; para Su Excelencia será un placer aprovecharlas para prestar un servicio a la misión de Nueva Zelanda. Que sus cartas no aparezcan como escritas por un francés: precaución ante la política inglesa.

[6] El señor Hemptonstall, residente en Londres y corresponsal de Mons. Polding, o el tesorero de la Propagación de la Fe en Londres podrían ser más útiles aún para la correspondencia.

[7] 5° Enviar misioneros cada seis meses, aunque fueran solo dos padres y dos hermanos, sería un medio más seguro aún para la correspondencia.

[8] 6º No hay que inquietarse respecto a los navíos; si en los puertos franceses no hay ninguno, siempre se encontrarán en Londres o en Liverpool; y sin preocuparse por la elección del navío, con tal que sea un velero de tres palos ya es suficiente.

[9] 7º Los misioneros deben quedar el menor tiempo posible en los lugares de escala o de cambio de navío, para lo cual ellos mismos han de moverse para conocer qué navío partirá antes, y no dejarlo en ma-

nos de quienes tendrían interés en retenerlos en el lugar: el padre Petit-Jean quedó seis o siete semanas en Sidney.

[10] 8º El señor Joubert, francés, negociante, casado y establecido en Sidney, joven y bien educado, muy experto en negocios, es un corresponsal de monseñor Pompallier, amable y complaciente. Los misioneros tendrán cuidado en ir a visitarle, consultarle sobre lo que han de dar respecto al navío y las compras de tuvieran que hacer; tendrá el gusto de complacerlos.

[11] 9° A medida que los ingleses se van multiplicando en aquellas regiones, el conocimiento de la lengua inglesa es cada vez más necesario - por lo tanto necesidad de que los sacerdotes que partan la estudien con entusiasmo antes de partir.

[12] 10° Los bancos de Inglaterra y de Sidney ofrecen el medio más seguro, rápido y ventajoso para el envío de dinero: no está expuesto a perecer en los naufragios y la banca de Sidney paga el 10% por los fondos en ella depositados. Así que se puede dejar a los misioneros sólo lo necesario para lo que precisen comprar y para la travesía, poner el resto en manos del señor Wright, banquero de Londres, y enviar una carta a monseñor Pompallier comunicándole las cantidades depositadas.

[13] 11° Decir a los señores del consejo de la Propagación de la Fe que hasta el envío de misioneros en diciembre de 1839 el señor obispo de Maronée recibió todas las cartas y los fondos que se le mandaron.

[14] El señor obispo declara en la primera página que últimamente le habían llegado las primeras cartas que le fueron enviadas después de la salida del Havre; con dichas cartas recibió la mitad de ocho mil francos y que la otra mitad la había recibido después de un año.

[15] 12° El año pasado se celebró el servicio religioso solicitado por los difuntos de la Propagación de la Fe, y se celebrará este año y siempre.

[16] II :Observaciones sobre la misión

[17] 1° Desde hace algunos meses, el señor obispo está preparando una larga carta para el consejo de la Propagación de la Fe; en ella dará detalles edificantes y curiosos sobre los países y las gentes que los habitan.

[18] 2° Las cartas escritas desde la misión y publicadas por la Propagación de la Fe son traducidas y enviadas a Sidney y Nueva Zelanda. Por lo tanto, gran prudencia por parte de quienes las envían, las reciben y mandan imprimirlas. Callar los proyectos de trabajo que se quieren emprender, misiones que fundar, evitar muy cuidadosamen-te las expresiones duras y humillantes sobre los herejes, que la caridad preceda, acompañe y siga siempre a la verdad, que no se ha de mantener oculta por exceso de prudencia - descubramos las artimañas, la malicia y las calumnias pero por necesidad y con bondadosa caridad.

[19] 3° Bajo el pretexto de proteger a los ingleses que se extendían en gran número por Nueva Zelanda, la reina de Inglaterra envió en enero pasado a la Bahía de las Islas un lugarteniente del gobernador general de Sidney; en realidad iba con la finalidad cierta de tomar posesión del país en nombre de Inglaterra. Ha recorrido o mandado recorrer las principales tribus y les ha propuesto firmar un tratado por el que se comprometían a estar sometidos a la reina de Inglaterra para gozar de la ventaja de su protección siendo súbditos suyos.

Los nativos no fueron todos de la misma opinión: unos se negaron a firmar, otros se dejaron conquistar con donativos, la mayor parte firmó, pero muy pocos conocían las consecuencias de sus decisiones. Negarse a estar sometidos a la reina de Inglaterra era inútil; la toma de posesión estaba decidida, y antes ya de la propuesta se había izado la bandera inglesa que había sido saludada con veintiún cañonazos.

[20] Aquí se piensa que las grandes potencias no permitirán tan fácilmente el que Nueva Zelanda deje de ser un país neutral e independiente. La realidad es que las fragatas francesas y americanas no han reconocido el acto del gobernador inglés.

[21] En aquella ocasión el vicario apostólico se encontraba en una situación muy delicada; los nativos iban a preguntarle si había o no había que firmar. Su Excelencia les informaba sobre el paso que iban a dar y les dejaba libres, diciéndoles que él estaba allí con ellos para trabajar por la salvación de los que firmasen y de los que no firmasen; mismo comportamiento cuando le consultaban sobre la venta de sus tierras.

[22] Las nuevas autoridades inglesas parecen imparciales; el lugarteniente del gobernador, los capitanes y los oficiales de la marina inglesa tienen atenciones particulares con el vicario apostólico. El lugarteniente ha mandado que se dijera a los nativos que podrían continuar haciendo que los instruyeran los católicos y ha prometido a monseñor

que protegería a los católicos igual que a los anglicanos. Va a dar orden de que el navío que está al servicio de la misión posea el derecho a no pagar tasas por el arribo a puerto y por los efectos destinados a la misión.

[23] Los ministros protestantes han contribuido con todo su poder a esa toma de posesión, de la que esperaban grandes ventajas. - Son mayores las ventajas para los católicos. - Los nativos dicen: los ministros repetían sin cesar: no os fiéis, lo que los católicos quieren es vuestro país y es su reina la que se adueña de él - lo que desean del país son vuestras tierras, con las que ellos mismos se enriquecen. Por eso son generalmente menospreciados e incluso aborrecidos en varios lugares: una crítica mordaz los persigue en la conversación y en los diarios, también de parte de los protestantes.

[24] III : Observaciones sobre las misiones

[25] 1° Las virtudes que se desean en los misioneros son el sentimiento muy católico, la prudencia sensata, el desinterés, la ciencia, orden y limpieza, buenas maneras, noble cortesía. Los ingleses son delicados en este punto de la urbanidad. Así que es necesario que brille en los padres para ganarse la confianza de la gente y sus corazones a la fe y demás virtudes.

[26] 2º Varios padres carecen de la cortesía clerical. Algunos han hecho sufrir a su obispo por el deseo demasiado pronunciado de seguir la regla de la Sociedad; sus modos carecían de prudencia, probidad y respeto. - Monseñor ha ocultado su pena en lo profundo del corazón y ha tomado unas medidas sensatas que causaron chispas de inquietud, pero actualmente todo va bastante bien.

[27] 3° Monseñor siempre ha visitado y preparado los lugares donde tenía que enviar a sus sacerdotes. En medio de las penas, la soledad y las contradicciones, goza de una felicidad que nunca había saboreado hasta entonces. Es el Señor, que recompensa a los que se dan por completo a él.

[28] 4º El padre Servant tiene facilidad para el inglés; siempre está dispuesto para decir en inglés buenas cosas a los fieles; trabaja en extractos de doctrina y en cantos para los catecúmenos y los neófitos. - El canto de las letanías de la Santísima Virgen ya está haciendo que salten dulces lágrimas. - Dentro de poco será enviado a recorrer las tribus.

[29] 5° El padre Epalle se encargará del establecimiento de la misión, de la procura y de la observancia de la regla por todos los religiosos. Eso requiere imagen, limpieza, orden y sobretodo buenas maneras con la gente distinguida. - Se necesita también infundir respeto en las instrucciones. El padre Petit carece de las cualidades para ello, por lo que, siguiendo sus deseos, será enviado a Kaipara a trabajar por la salvación de los nativos.

[30] IV : Sentimientos de monseñor

[31] Su Excelencia habla de la necesidad de respetar a la autoridad en un siglo que parece no apreciarla. Hay que seguir la autoridad de la Santa Sede, la autoridad episcopal, la autoridad religiosa, pero la autoridad religiosa tiene que ceder en todo; la vida religiosa es inferior al sacerdocio; es un medio eficaz de santificar el sacerdocio. La regla de San Francisco de Asís le parecía preferible a la de los Jesuitas.[...]

[32] Entre los rectores de las cinco estaciones será elegido un prefecto apostólico para Nueva Zelanda, y monseñor va a establecer otra prefectura apostólica en otro archipiélago.

[33] Envío del señor Chevron y del hermano Attale al padre Chanel, llamamiento del padre Bataillon y del hermano Marie-Nizier. Reflexión de Su Excelencia sobre la confianza que se ha de tener al enviar misioneros al extranjero; no todos perecerán, el Señor no se lleva al cielo tan pronto a todos los viñadores, y si perecieran todos en poco tiempo, la Sociedad sería feliz; ella solo existe para ofrecer a Dios las víctimas y los elegidos para el cielo. Menos prudencia, pues, y más confianza.

[34] Al llegar a Nueva Zelanda, los misioneros se encontrarán con un centenar de metodistas, ricos en bienes y palabras, difundiendo calumnias y sublevando a la gente contra los católicos. Los primeros dos años el vicario apostólico trabajó casi solo en el desarrollo de la misión; ahora, conociendo ya suficientemente las lenguas, todos trabajan en una superficie de ciento cuarenta leguas de largo por treinta de ancho, es decir, desde Mongonui al norte hasta Opotiki al sur y desde la costa este hasta la costa oeste.

[35] La región comprendida en esos límites cuenta con ciento cincuenta tribus, entre veinticinco y veintisiete mil almas inclinadas hacia la fe católica, ávidas de la santa palabra, sin nadie que les parta

ese pan duro y con la herejía que les nutre con veneno. Se necesitarán más de veinte años para poder formar sacerdotes indígenas.

[36] No tema, reverendo padre -escribe el obispo de Maronée- que la mezcla de sacerdotes no maristas con sacerdotes maristas sea nociva para la unidad de administración; los religiosos tienen una regla para la perfección interior, pero sin diferencia en el apostolado ministerial y en las relaciones con el obispo. Búsqueme y mande que me busquen todos los sacerdotes y laicos entregados, con buena voluntad, con vocación al apostolado o a la participación en el apostolado. Necesitaría dos sacerdotes ingleses.

[37] Trate de poner como procurador de este misión en Francia a un sacerdote de María santo, experimentado e inteligente. Se necesitan veteranos en los puestos principales de las misiones.

[38] Para cosechar como es debido necesitaría poder disponer de un sacerdote y de un hermano, casi cada semana.

[39] Constructores, carpinteros, arquitectos, sastres, zapateros, agricultores, maestros... he ahí los hombres que se piden, pero sobretodo constructores y carpinteros; se necesitaría también un tejedor y un fabricante de telas. Que se envíen al menos dos hermanos para un sacerdote.

[40] Queridos padres de la Sociedad de María, tengan piedad de mí y de mi grey; ¿les son a ustedes tan extraños como a mí? Aunque desde lejos, recojan para la iglesia conmigo muchos hijos, y para María nuevos sservidores (palabras de monseñor). Nueva Zelanda no tiene aún más que doscientos bautizados. - La presencia de un padre durante un mes en cada tribu bastará para que una gran cantidad de catecúmenos estén dispuestos a recibir el bautismo.

[41] V : Gastos de la misión

[42] La misión no cuenta con recursos ni de parte de los europeos, que son protestantes casi todos en este país, ni de parte de los nativos, pobres todos ellos y semi desnudos. Los misioneros tendrán que abastecerse; pero ¿cómo podrán hacerlo si ellos mismos son pobres? Si dentro de dos o tres meses no reciben ayuda se verán en la ruinosa necesidad de vender unas tierras, del todo necesarias para los establecimientos que existen.

[43] Una de las causas de las inmensas penurias de la misión es la necesidad de procurarle buen número de sujetos y medios para ejercer su ministerio. Nueva Zelanda es una isla en la que no hay que entrometerse, o que hay que conquistar de una vez, o al menos rápidamente. Si faltan el personal y los medios para esa rápida y casi simultánea invasión, la herejía corre con la rapidez del torrente y en poco tiempo destruye el fruto de los trabajos apostólicos. [...]

[47] Se pedirían unos hermanos de más orden, limpieza, cortesía, y de más perfección en los oficios que conocen. [...]

[49] Los nativos se construyen en sus tribus unas pequeñas capillas de cañas; ya hay treinta.

[50] Monseñor Pompallier pide varias veces perdón al reverendo padre superior general por la libertad que se toma para abrirle el corazón, para decirle todo lo que piensa; teme haberlo hecho con demasiada ligereza...; pide también perdón por otras cartas en las que ciertos pasajes dejaban entrever un pesar que semejaba ser algo de broma.

[51] El ardor de su caridad le hace repetir a menudo: ¡tenga piedad de mí y de mi pobre grey!

El *Aube* salía de Brest el día 10 de febrero de 1840; en el navío marchaba hacia Nueva Zelanda la cuarta expedición de misioneros: los padres Jean Pezant y Jean-André Tripe y los hermanos Amon (Claude Duperron) y Claude-Marie (Jean-Claude Bertrand). Comienzan la penetración en el interior de la Isla Norte y establecen una estación en la Isla Sur, en Akaroa, colonia francesa que acaba de ponerse bajo la autoridad del comandante Lavaud.

85 : Abogar por una goleta

26 enero 1841. - Jean-Baptiste Epalle a Juan Claudio Colin.

Bahía de las Islas, Kororareka, Nueva Zelanda.

Reverendísimo y querido padre,

[1] Es cierto, sí, la misión sufre porque usted no recibe noticias de ella; sufre terriblemente por ello, y sufre más, cien veces más, mil veces más de lo que usted piensa, de tal manera que está decayendo, en el sentido de que los que desde hace tanto tiempo esperan ser acogidos, terminan por caer en manos de quienes les dan la instrucción sin importar de donde venga. Porque estamos en un momento en el que Nueva Zelanda ya no puede esperar más tiempo la instrucción, tiene que recibirla.

Algunos, con poca esperanza de recibir lo que se les promete, es decir, sacerdotes, se van hacia los otros. Sepa, reverendísimo padre, que usted no arriesga nada enviando un enjambre de obreros a Oceanía aunque no reciba noticias de ella: ¡desde un polo al otro: qué vasto es este campo! Y está maduro, todo él blanquea.

Por muy grande que fuera nuestro número, hay trabajo para todos. Si en algún lugar se nos persigue, escucharemos la voz del divino maestro: hay motivos para huir de allí. ¡Además, pasó el tiempo en el que las persecuciones obligaban a la huida de los misioneros franceses!

Tenga la seguridad, reverendo padre, de que le transmito los deseos de monseñor. Envíe personas y fondos, porque esta misión es espantosamente dispendiosa. Y para convencerse de ello no hay más que consultar el mapa y la situación de estas gentes

[2] ¡Ay Dios mío, su carta del 22 de abril de 1840 me ha dejado aplastado! ¡No hay fondos! Cuántas veces habíamos dicho que la octava de la Concepción de 1840 no pasaría sin traernos algo, ni el 25 de enero, fiesta del apóstol de las gentes. Estoy temiendo el momento en que monseñor vea esta carta cuando vuelva: muy recientemente me escribía desde Port Nicholson, pues aún no volvió del viaje del que le hablaba en mis cartas de octubre y noviembre. Hablando de economía, dispongo de 10 chelines, 8 peniques y un cuarto que me quedan de las 10 libras esterlinas que pedí prestadas el otro día, y tengo que dar inmediatamente dos chelines.

Cuando llegue monseñor estaremos bien contentos si podemos pagar todas las deudas. Esto no es Francia. Todo está caro y nuestros estómagos no lo tienen en cuenta al menos en cuanto a la cantidad. Y es ese barco, indispensable, el que nos hace estar así. Monseñor dice que a la vuelta espera hallar nuevos colaboradores. Cuántas promesas habrá hecho a esos pueblos impacientes.

[3] Hoy me encontraba solo en la Bahía de las Islas; estoy seguro de que usted se habría escandalizado al ver la manera como tuve que tratar a los pobres nativos que venían de muy lejos para pedirme que, ya que no podíamos ir a enseñarles, al menos les copiara algunas oraciones. Aturdido por las peticiones que me hacían sin atender a razones, me enfadé con ellos y me metí en casa para escribir otras cosas más urgentes. Se han puesto junto a la ventana y allí han quedado buena parte del día pidiendo siempre lo mismo. Acabé enviándoles a freír espárragos.

[4] Padre superior, estoy sucumbiendo pero no a causa del sueño sino de cansancio. La mano se me cae, son las tres de la mañana y sin perder ni un minuto he escrito al vicario general, al secretario colonial de Sidney, más este borrador que ni siquiera puedo revisar. Tengo noticias bastante recientes de todos.

Epalle, misionero apostólico.

El P. Epalle, desconocedor en ese momento del esfuerzo realizado por el P. Juan Claudio Colin para reforzar la comunidad marista, recibe la sorpresa de ver cómo llega un nutrido grupo, que había salido de Londres el 8 de diciembre de 1840 en el *Mary Grey*.

El 15 de junio de 1841 desembarcan en la Bahía de las Islas doce misioneros, entre los cuales se halla el laico Jean-François Yvert. Y el 13 de septiembre de ese mismo año llega otro laico, el arquitecto Louis Perret.

Tras esa llegada, monseñor Pompallier modificará la repartición del personal en función de los intereses de su misión.

En 1842 y en 1843 llegarían más misioneros a Nueva Zelanda.

102: Comienzo de misión

8 julio 1841. - Antoine Séon a Juan Claudio Colin

Bahía de las Islas. Kororareka

Reverendísimo Padre,

[1] Ya estamos aquí los doce, junto a monseñor Pompallier. Bien de salud todos, llenos de ánimo y de buena voluntad. Las distintas profesiones de los hermanos han encontrado dónde ser ejercidas. Monseñor ha tomado al hermano Pierre Marie como ayuda de cámara e intendente personal. El hermano Justin trabaja en la cocina; está un poco a disgusto porque su salud no puede soportar los calores fuertes; posiblemente sea por poco tiempo, creo que se le descargará. Parece que el estar en tierra ha hecho olvidar todas las molestias e incomodidades de abordo.

Hoy nos dan nuestras ocho cajas de embalaje, de modo que cuando marchemos, cada cual podrá llevar consigo las cosas que le sean asignadas. Así todos quedan satisfechos, y Rozet más que ninguno, pues él no tenía casi nada. Monseñor se ha dado algo cuenta de que no estaba tan preparado como podría, pero ha sido cosa de poco tiempo y ya está totalmente dispuesto a partir. Roulleaux está contento. Se encuentra bien. En una semana monseñor le ofreció el sacerdocio, que recibió el día 2 de julio, fiesta de la Visitación. Tiene que quedar en Kororareka para repasar su teología, aprender el ritual, etc.

Como puede imaginar, monseñor había estado informado de toda nuestra travesía, pero apoyado en el testimonio de usted, en el del obispo del joven, y teniendo en cuenta las circunstancias propias de la estancia en el mar, creyó que podía ordenarle enseguida. La ordenación le da a monseñor un sacerdote más . Con la necesidad que tiene de obreros apostólicos, ya puede figurarse su alegría al recibirnos después de tanto tiempo esperándonos y que le traíamos medios parar cumplir las promesas hechas a tantas tribus de darles sacerdotes.

Abiertas y examinadas todas las cajas, se ha visto que han sufrido pocas averías y que han sido pocos los objetos echados a perder. Algunas de esas pérdidas ocurridas, de poco valor, podrían haber sido evitadas si se hubiera tenido algo más de cuidado. De una vez por todas, no hay que temer emplear cajas para ciertos objetos frágiles: una flauta de treinta francos en parte estropeada, una trompa echada a perder, varias vasijas de farmacia rotas, metidas entre libros y ropa en la caja. Todas esas pérdidas y algunas otras semejantes se habrían podido evitar. A mí me han faltado varios libros, que yo mismo había es-

cogido y que ahora echo de menos; pero no habían sido puestos en los baúles. He encontrado fuera de su caja, y sin estar envueltas en papel, algunas piezas de instrumentos de dibujo lineal; algunas tuercas se han perdido.

Después de haber vaciado las cajas, todos los Padres nos hemos puesto a estudiar el maorí; copiamos también las instrucciones de monseñor: cincuenta páginas de un cuaderno, un gran catecismo en maorí; eso nos tiene ocupados todo el día. Monseñor nos tiene agarrados con sus conversaciones en el comedor; versan todas sobre la misión, cuyo espíritu parece poseer a fondo así como la manera de llevarla. Las explicaciones de sus enseñanzas nos dan confianza; su manera de tratar con los nativos parece muy adecuada: le ha hecho ganarse el afecto de muchas tribus. En las que ha visitado hay varios jefes que quieren la fe católica y tener sacerdotes, *ariki*. El apelativo "misionero" o "ministro" es para los protestantes; en muchas tribus esos nombres causan horror a causa de los protestantes, que los han deshonrado con su comportamiento y con sus calumnias sus y mentiras contra los católicos. Parece que los sacerdotes estarán aún solos unos dos días, aunque a poca distancia unos de otros.

Después de ponerse de acuerdo con los PP. Epalle y Viard, monseñor decía que si usted estuviera en su lugar se habría visto obligado a tomar esa medida. La cantidad de estaciones protestantes y de predicadores, el carácter de los neozelandeses que difícilmente se retractan de una decisión tomada son los motivos que hacen que monseñor obre de esa manera. Desde que nosotros llegamos, el P. Viard se halla en Kororareka; ha estado un año solo. Ahora en su lugar está el P. Pezant. No parece que los padres estén descontentos con monseñor, que exista desavenencia; no he percibido nada que pueda hacerme sospechar algo así.

Tan sólo y como usted ya sabe, dos hermanos abandonaron el estandarte de la Sma. Virgen, el hermano Michel y el hermano Amon. Este último nos manifestó a todos con su comportamiento que si se abandona a la Sma. Virgen sólo se puede esperar que llegue el mal. El mismo día que embarcábamos en Londres, el 8 de diciembre, fiesta de la Inmaculada Concepción, ese desgraciado estaba de caza con un francés a quien servía. En un momento en que estaban descansando, dejó el brazo y la mano apoyados sobre el cañón del fusil. Saltó un disparo que le hirió los dos miembros. La cantidad de sangre perdida ocasionó su muerte treinta y seis horas más tarde. Tuvo el gozo de reconocer su error antes de presentarse ante el Señor.

[2] Vamos a partir dentro de unos días. El *Sancta Maria* nos dejará a cada cual en el lugar en que se nos espera. Monseñor me envía con el padre Comte a la península de Bank en medio de colonos franceses; el señor Tripe, a quien voy a remplazar, irá a otro lugar. Me ha dicho que el padre Comte tenía un carácter algo recio, que no había podido ser formado adecuadamente y que unidos trabajaremos en nuestra santificación, la de los colonos y la de los indígenas. Es la única cosa para nosotros sacerdotes, aunque sea un tanto desfavorable.

Me encomiendo cada vez más a las oraciones de la Sociedad; preferiría estar a las órdenes de otro y trabajar bajo su dirección más que ir al lugar a donde voy; pero espero que la providencia no me abandonará. Mi única preferencia seria estar entre los indígenas; pero ateniéndome estrictamente a los consejos de monseñor, a mis reglas, a la oración, el Señor no me abandonará. Para que fuera completa aquí nuestra felicidad sólo necesitaríamos los dos compañeros detenidos en El Cabo; aún no han llegado. En cuanto estén aquí, estaremos todos contentos. Dirigidos por el señor Yvert, los hermanos preparan el emplazamiento para una nueva casa y una iglesia nueva que construirá el señor Perret.

[3] El señor Rozet le ruega, padre, que mande reservarle los últimos volúmenes del gran curso de sagrada escritura. Cree que va por el volumen 24; recibió el primero sobre San Pablo, le faltan los otros.

[4] Monseñor me recomienda que conserve lo que sé de griego; así que necesitaría la gramática griega de Burnouf que tenía yo y que está en la biblioteca de los maristas de Belley, con un evangelio según san Lucas y otros. Si se pudieran agregar algunas obras griegas del seminario, hay algunas traducciones antiguas que se van dejando y que aquí nos serían muy útiles; un diccionario griego. [...]

Procure enviarnos algunos ejemplares de un libro de comparaciones para enseñar a la gente del campo, compuesto por Mons. Devie, obispo de Belley; ése es el tipo de enseñanza que mejor va para los salvajes.

En el puesto que ocupo necesitaría, según el consejo de monseñor, los fundamentos de la fe por Aymé y varias obras de ese tipo. Si he metido esta lista no es para usted, reverendo padre, pues ya sé qué sus ocupaciones no le dejan tiempo para pensar en esto, sino porque creo que no tendré tiempo de escribir a Belley antes de que llegue a la península, y allí las ocasiones no son frecuentes. Si le parece oportuno, encárgueselo al P. Poupinel o al P. Millot. Esperaré con impaciencia las cosas pedidas y sobre todo noticias de usted.

[5] Me es imposible escribir a las personas a las que había prometido hacerlo. No tengo tiempo. Más tarde podrá serme más fácil.

Le ruego, reverendo padre, que acepte mis saludos respetuosos y que nos encomiende cada vez más a las oraciones de la Sociedad; que el Señor acompañe, dirija y sostenga a los misioneros. Parece que hay mucho cansancio corporal a causa de los viajes nada fáciles por el país. Es la gloria del misionero. Aquí estamos muy contentos, y eso nos ayuda a soportar la fatiga. Repetimos la frase del padre Petit: después dé haber comido dieciocho veces cerdo o patatas, se sabe que es domingo.

[6] Uno de sus afectos y obedientes hijos en Jesús y María.

Antoine Séon, sacerdote marista.

Vida en común 1841-1848

Con varias experiencias del nuevo mundo ya vividas, los Padres expresan con más claridad la percepción que tienen de las personas que les rodean: maoríes, colonos ingleses y misioneros protestantes.

118 : Los neocelandeses

11 diciembre 1841.- Jean Baptiste Petit-Jean a Juan Claudio Colin.

Bahía de las Islas, Kororareka.

Reverendo Padre, […]

[5] Mientras los nuevos habitantes de Nueva Zelanda no se juntan casi nunca más que para relaciones comerciales, los hijos de María están unidos mutuamente por el vínculo de la caridad que los lazos de la pobreza, castidad y obediencia hacen indisoluble. A cuantos estén dispuestos a cruzar los mares para seguirnos les diré: además de las privaciones y las múltiples dificultades propias de estos lugares, hay otro tipo más penoso de pruebas, tales como la dureza y la ingratitud que se encuentra entre los que son evangelizados.

Y eso no es raro en este país, empezando por los neozelandeses que, marcados en su modo de ser por una grandeza mal entendida, son ambiciosos y con un apetito desmesurado de los bienes de este mundo. Se han amoldado hábilmente a las costumbres de los europeos y generalmente siguen escrupulosamente el principio de no hacer nada sin cobrar. Así que si se quiere obtener que presten un servicio temporal hay que tener con qué pagarles. Y la razón es muy sencilla: que son perezosos y pobres, pero convencidos a la vez de que todas las riquezas están en poder de los europeos.

Para Monseñor y los sacerdotes apenas si hay excepciones. Hasta ahora, los ministros de la religión católica, y sobre todo Monseñor, eran tenidos por ellos como jefes poderosos y ricos. A los nativos les cuesta comprender que no sea así tratándose de la autoridad espiritual. Y he de confesar que a mí, al no disponer de una recompensa considerable, me ha resultado difícil encontrar remeros para recorrer las tribus.

En una ocasión, estando ya en viaje, perdí un remero que se marchó a su tierra. Me puse a buscar otro para volver al puesto central de mi estación misionera. Las peticiones que realicé en una tribu, que por otra parte se decía católica, fueron inútiles. Me fui a un lugar retirado para llorar; pero entonces vi que no era más que un pobre principiante en la carrera del apostolado, un joven recluta afrontando el primer combate. Ahora, ya más aguerrido, no me desconcierto tan fácilmente.

[6] No nos detengamos a considerar las malas disposiciones de los neozelandeses, que sólo desaparecerán con el paso del tiempo, sino más bien a admirar los rápidos cambios que la gracia y la cooperación de la civilización han obrado en ellos. Aunque hay frutos que sólo se deben atribuir a la misericordia de Dios, a la docilidad de las gentes. No hay que olvidar que hace tan sólo diez años todos eran caníbales. Casi todos los adolescentes de catorce o quince años se han visto obsequiados por sus padres con carne humana.

No hace mucho que la cabaña de Rewa, el gran jefe de Kororareka, estaba rodeada de postes coronados por cabezas humanas. Me parece que algunos europeos no tienen bastante indulgencia con los maoríes; los menosprecian por su fiereza, y no superan los sentimientos naturales al juzgarlos.

[7] Los neozelandeses se estiman mucho entre si, y no se puede esperar que tengan el mismo afecto a los blancos ya que, en general, los blancos raramente les manifiestan unos sentimientos semejantes. Por otra parte, los neozelandeses, con sus creencias supersticiosas, no creen en origen alguno que no sea el suyo. Nosotros, en cambio, sabemos que su padre es el mismo que el nuestro –Adán– que tienen el mismo creador –Dios– y el mismo salvador –Jesucristo.

[8] Ahora bien, ¿nos sentimos empujados a amarlos a pesar de esa convicción interior? Si los observamos únicamente con los ojos carnales ¿no nos sentimos más bien inclinados a menospreciarlos, a pisotearlos? ¿Por tanto, para qué exigir a esos pobres indígenas, que a penas sobrepasan el estado más salvaje que uno pueda imaginar, unas

disposiciones más perfectas incluso que las que nosotros tenemos en relación con ellos.

Lo sé: la filosofía soberbia que tanto habla de filantropía, cuando carece de testigos demuestra que no le importa demasiado la vida de estos isleños y de sus semejantes. Yo he visto cómo unos hombres blancos se acercaban a nativos sentados y los tocaban con un palo como tocarían un objeto, o una lombriz o unos corderos.

Otros me han asegurado que, ante el menor gesto de hostilidad de algunos pocos, degollarían a todos sin excepción; y yo, en contra de la filosofía, digo que sólo de la religión es propio el hacer suyos con desvelo los intereses de estas gentes, que sólo la religión es la que enseña cuáles son los verdaderos derechos del hombre a favor del mismo hombre salvaje.

Por lo demás, el neozelandés es valiente y no comprende para nada el lenguaje del desprecio. Perdóneme, Padre, si es que el amor que profeso a mis gentes me hace exagerar.

Yo preguntaría a esos filósofos ¿y qué ejemplo les dan ustedes para hacerlos mejores? Ustedes deshonran a sus hijas, casi se las quitan, y no les quedarán mujeres para perpetuarse. Así, puede ser que ese pueblo des-aparezca muy pronto de la lista de los pueblos y quede suprimido de la familia de las naciones.

En la historia del descubrimiento de nuevos pueblos y del asentamiento en ellos de los europeos, se puede ver que los conquistados, antes de que la filosofía moderna naciera y progresara, se mantuvieron porque, a pesar de las atrocidades en ellos cometidas, había un principio religioso que presidía la conservación de esos pueblos.

Se ha visto también cómo conquistadores y conquistados se aliaban y se fundían entre sí hasta el punto de llegar a la fusión de las dos razas. En cambio, con los nuevos descubrimientos, en los asentamientos donde la verdadera religión, auténtica madre de los hombres, no ha amparado desde el principio a los isleños con su protección, éstos perecen y hasta pueden llegar a desaparecer por completo. Perdóneme, reverendo padre, esta digresión. Me he dejado arrastrar por el cariño y ternura que profeso a mis queridos neozelandeses.

[9] Unas palabras más. Hace ya tiempo que vinieron unos pastores a visitar a los neozelandeses, pero no eran verdaderos pastores sino lobos disfrazados de ovejas. Tenían aspecto de querer hacer bien a las ovejas pero, en realidad, era su leche, su lana y hasta su piel lo que querían.

Hoy, a esos pastores que se precian de ser pastores de Cristo, se los ve espléndidamente adornados con lo despojado a sus ovejas; y ni uno

solo de sus misioneros se avergüenza de reclamar a su gobierno hasta once mil acres de tierra, adquiridas al miserable precio de un par de tijeras, un hacha, un peine o algunas otras bagatelas que los nativos puedan guardar y transmitir después en heredad a sus hijos.

Así se usan las piadosas limosnas del protestantismo a sus celosos misioneros, con las cuales todos se ceban bien. Así se concibe que esos presuntos misioneros, esos vendedores de Biblias que anuncian el evangelio de una manera tan mezquina, se irriten al ver el desinterés del legítimo ministro y usen de su descaro para calumniarlo ante esos pueblos infantiles que creen primero en las fábulas.

[41] Con profundo respeto de su ……. Jean Baptiste Petit-Jean, misionero.

En 1840 fueron publicados por Colenso dos folletos violentamente anticatólicos

121 : Los misioneros

20 diciembre 1841. –Catherin Servant a Juan Claudio Colin

Hokianga, Nueva Zelanda, Reverendísimo padre superior,

[1] Voy a darle los detalles que desea conocer. Primero le diré que estoy muy contento en misiones; el tiempo no se me hace largo: ¡mis ocupaciones son tan variadas! Desde hace varios meses llevo una vida sosegada en nuestra estación. La razón es ésta: los nativos están desperdigados por todas partes en los trabajos de laboreo; hasta ahora me ha resultado difícil conseguir nativos para remar en nuestra embarcación, pues tan grande era nuestra pobreza que no he tenido con qué alimentarlos ni con qué pagarles

Este año no tenemos casi ninguna ayuda de la Bahía de las Islas. Nuestras tribus de Hokianga han podido sufrir de falta de visitas; sin embargo, las que van bien han venido de vez en cuando para llevarme, pero en general los nativos no quieren llevarme gratuitamente a una tribu que no sea la suya. Los nativos de las tribus que vienen a buscarme no son precisamente los que habría que visitar más a menudo.

Además de atender a los nativos, hasta el momento hay que ganarse la vida con el sudor de la propia frente. Posiblemente recordará, Padre, que fui presentado a la misión como alguien que no sabía hacer

nada de tipo manual. Pero la necesidad es la madre de las artes. A menudo me he visto obligado a hacer de sastre, de carpintero, de constructor, labrador, marinero, etc. El buen Hº Claude-Marie, aunque piadoso y bien dispuesto, no es ni fuerte ni hábil

[2] Tengo como compañero al P. Roulleaux, pero sólo se ocupa de teología. Así que estoy sólo para pelear en la misión de Hokianga a pesar de estos tres grandes rivales: la herejía, el escándalo de unos cuantos blancos y la infidelidad. Aquí, el bien se hace sin ruido y bastante lentamente. La herejía quedó humillada en una disputa pública; el resultado de la misma fue provechoso, sobretodo para los naturales de Hokianga, que han tenido razones para verse confirmados en la fe.

Hemos disputado públicamente con los líderes anglicanos; habría que hacerlo con los metodistas que abundan en Hokianga, pero no parecen ser de los más atrevidos. A pesar de todo, creo que los nativos pronto los obligarán a comparecer ante una junta. Si aceptan la junta, los nativos acudirán por millares y los europeos por centenas. ¡Ojalá que María, nuestra madre, destruya esta herejía que tanto mal hace a la iglesia!

[3] Reverendo Padre, cómo olvidar hablarle de nuestro buen mártir. Me alegro por adelantado pensando en el consuelo que le proporcionará esta noticia. No hay duda de que el P. Chanel ha muerto por la causa de la fe; confiamos en que muchos otros compartirán su felicidad.

[4] Para acabar, unas palabras sobre el reglamento: aquí se cumple razonablemente bien; la campana nos llama para los ejercicios como en las casas de Francia. Lo que podría corregir usted en mí es la facilidad que tengo para dejar el reglamento cuando correteo por las tribus. Nuestro provincial, el buen P. Garin, no deja de decirnos: “tú eres este hombre”.

[5] Concédame, por favor, un buen espacio en sus sacrificios. En los sagrados corazones de Jesús y María, seré siempre con respeto, obediencia y entrega,

Su muy humilde servidor, Servant, Misionero apostólico.

160: Métodos de evangelización

18 mayo 1842. –Jean Baptiste Petit-Jean a Claude Girard
Bahía de las Islas

Reverendo padre,

[1] Permítame contarle ahora con toda sencillez diversos casos curiosos relacionados con la ley de los *tapu* de los que he sido testigo en Nueva Zelanda. En Mongonui vi a un indígena, con un grupo numeroso, que llevaba una antorcha en la mano y amenazaba con incendiar la vivienda de un europeo. A los ojos de los maoríes éste era culpable por haber ido varias veces a buscar madera junto a la tumba de un niño. Me llamaron para serenar los ánimos; los indígenas insistían en que le diera unos vestidos en reparación de la injuria recibida, lo que fue aceptado por el europeo.

[2] Y mire lo que me ocurrió en mi propia casa, en Wangaroa. Fui demasiado atrevido al llevarla junto a un lugar en el que habían sido sepultados algo antes unos muertos. Entonces sólo quedaban las fosas entreabiertas. Había elegido ese lugar por ser el más cómodo. Los nativos lo vieron con pena. A mi se me ocurrió colocar nuestro hogar a unos diez pasos de distancia de esas fosas a las que nadie se acercaría sino temblando.

En esta ocasión la alarma originada entre los indígenas fue grande: no me había servido aún la cena cuando oí gritar que mi fuego era *tapu,* que mi comida era *tapu*, y particularmente todas mis marmitas. "*Kua tapu nga kohue katoa*, todas las marmitas son ahora *tapu*". Era el *tapu* arrojado a todas nuestras marmitas el que más me asustaba. El jefe de la tribu subió a mi casa diligentemente con toda su gente y pronunció una arenga ardorosa.

No piense que yo perdiera algo de compostura. En primer lugar defendí mi causa presentando todas las razones que podían convencerles. Comencé por manifestar que ninguna iglesia exige un respeto tan grande hacia los muertos como la iglesia católica y que yo, como ministro de esa iglesia, profesaba el mismo respeto; pero les rogaba que tuviesen en cuenta que ellos habían sacado sus muertos y que las fosas estaban vacías. Insistieron en que podía quedar algún pelo y la tierra estar impregnada de algo de la sustancia de los muertos.

Les repliqué que el fuego de la casa estaba a una distancia suficiente, que me dijeran ellos mismos los límites de aquella tierra *tapu*, hasta dónde se debía ensanchar ese temible *tapu* y como, según ellos, no

había más razones para limitarlo a diez pasos que a veinte o a treinta resultaba que el *tapu* abarcaba de manera indefinida toda la tierra de su entorno. Como los maoríes no comprendían esa lógica o no querían aceptarla, querían hacerse con mis marmitas para "*tapuarlas*" y amenazaban además con matar a un joven maorí que me preparaba la comida…; entonces yo me puse bravo y les arengué al estilo de los neozelandeses. Tocadme, les dije, tocad a alguien de los míos y –estoy seguro– alguna fragata francesa nos vengará: yo no la llamaré, ni tampoco el obispo, pero vendrá empujada por el amor que tiene Francia a todos sus súbditos.

Yo lancé sobre mis marmitas un *tapu* distinto del suyo, prohibiendo que se las llevaran. Su ira cesó, quedaron suaves como corderos y salieron unos tras otros. Me puse a cenar y algunos maoríes, que estaban a mi servicio, vinieron a escondidas a tomar la cena, que les supo a gloria. Mi victoria fue completa, tanto que, después, todos estos maoríes han comido de la comida cocida en este temible lugar y en vez de morir se han encontrado a gusto.

[3] Estando un día de visita en una tribu, me enteré de que había allí un niño gravemente enfermo, pero ¿dónde encontrarlo? Su padre, ahogado por la tristeza y convencido de que un dios devoraba a su hijo se ocultó en los bosques lejanos. Yo sali a buscarlo, acompañado de un guía. Estuve llamándole mucho tiempo y viéndose a punto de ser descubierto, apareció. Para no dejar que yo me acercara, él mismo vino ante mí. Tras los saludos de costumbre, le dije que no tenía que estar triste, que su hijo sólo estaba aquejado de una ligera indisposición; era lo que yo pensaba de un niño que acompañaba a su padre. Pero no era él el verdadero enfermo.

De repente oigo unos gritos que subían del fondo del valle donde yacía el pobre chico. Pido que bajemos. Y él me enseña cómo llegar hasta el niño. Su hijo se hallaba bajo la ley del más terrible *tapu*. Mis guías se quedaron en lo alto de la montaña, sometidos a un horror semejante al temblor del que no pueden liberarse los paganos cuando dicen que se aproximan a la cavernas del infierno.

Deposito el paquete a una cierta distancia y evito el situarme demasiado cerca. ¡Qué precauciones debía tomar! ¡Cuántas artimañas necesitaba para arrebatar la presa a Satanás! Después de haber presentado un poco por encima el tema del bautismo, le propongo que me deje bautizar a su hijo. Y la única respuesta que me da es que su hijo, una vez bautizado, morirá ese mismo día; mientras tanto yo observaba a una vieja sacerdotisa maorí envolviendo al niño, auténtica imagen de Satanás abrazando la presa con sus zarpas.

Entonces quise mostrar que también yo era temible para el mismo Satanás, y entrando, por así decirlo, en santa cólera, era como un hombre que pronunciaba anatemas contra Satán, algo parecido a los mismos maoríes cuando maldicen a sus dioses. La estratagema tuvo un éxito pasable.

Por lo demás , ésa era la pura verdad; ¿quién puede ser más poderoso frente a Satanás que un sacerdote, representante de Jesucristo? El padre accedió al bautismo, pero lo único que se me permitió fue derramar el agua con una hoja. Ni tocar siquiera al niño. Finalmente tuve el consuelo de verter el agua regeneradora sobre la frente del niño enfermo. Satanás fue expulsado de su fortaleza. Tres semanas más tarde el niño estaba en el cielo con los ángeles. Pobre Nicolás -es el nombre que le puse, ofrece tus oraciones por mi y por la Sociedad de María.

[4] Ya que acabo de nombrar a esta buena madre, repetiré aquí lo que me parece haber escrito ya: que el nombre de nuestra madre escrito en francés –Marie– es como una palabra maorí que significa paz y clemencia. Feliz coincidencia en lo que parece ser puro resultado de la casualidad.

¿No es el nombre de María emblema y signo de paz? "Reina de la paz, ruega por nosotros". El paralelismo que acabo de realizar es algo que acude a mi espíritu de modo natural; las personas que aman hacen semejantes a muchas otras, que no tienen tanta verdad y a las que se perdona de buen grado en honor de la amistad.

[5] He tenido el consuelo de ayudar a morir a dos marineros franceses a bordo del *Aube.* Un pesado bromista me dio, sin querer, la noticia de su enfermedad. Dentro de pocos días –me dijo– los peces van a estar de fiesta. Cuando subí a bordo, el teniente de navío, poco simpático con los enfermos, me dijo que mi presencia podría asustarles. Me contenté con decirle que si el cañón enemigo no les asustaba, la aparición del sacerdote era mucho menos terrible. Todo transcurrió bien, y entre los marineros encontré gente que respondía perfectamente a las oraciones en latín. ¿Cuántos franceses mueren a bordo de los navíos del Estado sin los auxilios de la religión, sobretodo en las largas expediciones? ¿Cuándo llegará el momento en el que la patria, verdaderamente agradecida, se preocupe de procurar tranquilidad a la conciencia de nuestros marineros que no querrían morir sin el auxilio de un sacerdote? […]

[7] Con profundo respeto…

Jean Baptiste Petit-Jean. Padre marista, misionero apostólico.

175: Misionero en Nueva Zelanda

5 junio 1842. – Michel Borjon a Claude Raccurt

Desde Maketu

Querido amigo,

[1] El día 1 de junio, recibí su carta del mes de octubre de 1841. Me manda cosas que me consuelan sobremanera. Le felicito por haber visto la ciudad santa y al Vicario de Cristo en la tierra. Aparte los pequeños inconvenientes que usted me señala, me parece que, si tuviera la ocasión de volver a Europa después de haber visto el otro lado del mundo, para mi sería un gozo enorme el ser bendecido por la mano del soberano pontífice. Pero cúmplase siempre la santa voluntad de Dios; en la tierra nada es comparable a la sumisión completa al divino maestro. El doce del presente hará un año que estoy en Nueva Zelanda, y después de diez meses en Maketu entre los salvajes, a pesar de las contrariedades y de las dificultades apostólicas no creo haberme sentido menos feliz que en el tranquilo retiro de Belley.

Sí, amigo, cumplamos bien el trabajo que se nos ha encomendado y nos verá felices y contentos, aunque tengamos que combatir contra todos los hombres y los demonios. Ahora le daré pocos detalles, puede verlos en la carta al P. Lagnier; como me invita a que lo haga, le hablaré como amigo sobre lo que podríamos llamar 'lo espiritual de la misión'. Puesto que aumenta en usted el celo por las misiones extranjeras, es necesario secundarlo, y me sentiré feliz de haber podido contribuir con mis pobres palabras y oraciones, aunque sea poco, a una vocación apostólica, fuente de tantos bienes para las almas, de tanta gloria para Dios y de tantos méritos para uno mismo.

[2] Usted desea conocer lo que yo pienso y siento sobre las misiones. Usted mismo sabe perfectamente lo que atesora de hermoso a los ojos de la fe el título de misionero apostólico. Participa de la gloria de los apóstoles; comparte sus ocupaciones, trabajos y sufrimientos, y si sabe responder a la grandeza de su vocación con la santidad de su vida, participará de los méritos y de la gloria de los apóstoles.

[3] Mis pensamientos y mis sentimientos. Si tuviera que cruzar de nuevo un océano de cinco mil millas, me parece que lo haría con igual alegría; el martirio continúa siendo hermoso a mis ojos sobre todo después que ha hecho ilustre al humilde misionero de María en la persona del P. Chanel; el alma del salvaje, oculta bajo una corteza dura y bárbara, está teñida también por la sangre de Cristo, y el abandono y falta de ayuda que la rodea tiene que estimular el celo del sacerdote.

[4] Lo que yo pienso y siento. Pienso que las misiones se han de buscar para glorificar a Dios, edificar al prójimo y aumentar méritos, de lo contrario uno quedará decepcionado en más de una dificultad.

Amigo mío, aquí y más o menos en todas las misiones, las dificultades, las contradicciones, las persecuciones más o menos claras, ponen a prueba el valor del misionero: son el crisol en el que el misionero espera ver que la virtud se purifica. En el hombre inculto, como en el civilizado, hay pasiones y frecuentemente indiferencia y frialdad que se han de vencer. En las comarcas inundadas por protestantes hay que luchar sin cesar contra los ministros y contra los nativos para que triunfe la causa de la verdadera iglesia, para arrancar de cuajo del corazón de los católicos el espíritu del protestantismo.

Se ha de levantar constantemente el ánimo de un pobre pueblo de gentes que se dejan abatir y descorazonar fácilmente por las calumnias y las invectivas de los enemigos de la iglesia. Agregue a todo eso las continuas correrías para visitar a las tribus apartadas y dispersas, atravesando mares, bosques, montañas, ríos, dormir en el suelo en los viajes, comer muy a menudo unas simples patatas hervidas o acompañadas de algún pescado… y tendrá una idea de nuestras penas.

Pero si hay penas grandes, hay también grandesa consuelos, como el de servir a Dios -que es el principal-, aunque sea en detrimento de la salud, del propio honor, de salvar las almas viviendo pobre, a la espera de una eternidad de recompensas. Querido amigo, en ninguna parte se siente uno tan bien como aquí.

[5] ¿Verdades de fe y de espíritu religioso? Siempre es Dios quien proporciona los consuelos en los sacrificios. Si no hubiera más alegría que ésa, sin éxito alguno, y el misionero sirve a Dios cuanto puede con la fe, eso le basta. Pero su apostolado no es infecundo; ¿cuántas almas inocentes lavadas en las aguas regeneradoras del santo bautismo? ¿Cuántas liberadas de las trampas del demonio de la herejía? Las verdades de la iglesia protegen del error humillado; ¿y quién conoce los secretos designios de la inefable misericordia de Dios, y el poder de la intercesión de aquella a quien jamás se invoca en vano?

Normalmente, los sufrimientos, las penas, las humillaciones son semilla fecunda de frutos para la eternidad. Es un pensamiento que me hace esperar muchas cosas para nuestra misión y creer que un día será de las más provechosas para las almas; porque la experiencia nos dice que las obras de Dios pasan por muchas oposiciones y pruebas.

Las pruebas actuales me llenan de confianza y esperanza a pesar de los miedos que la naturaleza, los empeños de la herejía… podrían

infundir. Dios se sirve de lo no existente para cambiar lo existente. Cada vez que pienso en vuestra casa de Belley, donde tanto sufrió la Sociedad al nacer, me gusta pensar que vuestras casas y vuestras misiones también pasaron por pruebas antes de dar frutos sólidos y abundantes.

[6] En cuanto a daños corporales, de parte de los nativos son poco probables, al menos en las circunstancias y lugares en que me encuentro; de momento no parece que tengamos que correr aquí la bella carrera del martirio. En cuanto a peligros espirituales, ninguno extraordinario que yo sepa; o estamos juntos dos padres, o si uno está solo tiene algún compañero cerca, y no lo está por mucho tiempo.

Se van a tomar pronto medidas para reunir a padres que están solos. Y a más de las abundantes gracias del apostolado, como religiosos tenemos prácticamente los mismos medios exteriores que ustedes. Un padre provincial, encargado únicamente de lo espiritual, dirige a todos los sacerdotes mediante cartas de dirección espiritual y consejo: tenemos todos un reglamento de religiosos; en la medida de lo posible, se hacen los ejercicios de piedad tanto en casa como estando de viaje. Yo no recuerdo haberme visto obligado aún a omitir el oficio, la meditación, el examen o el rosario. La misa es la que no se puede decir normalmente en las tribus. El nudismo de los nativos, que según pasan los días va siendo cada vez menos frecuente, es mucho menos peligroso de lo que se puede imaginar desde lejos.

[7] La misión ofrece actualmente puestos diferentes. Aquí estamos con los irlandeses, y es sedentaria; allá, con los autóctonos y hay que correr por tierra y por mar. Tenemos regiones cálidas en los trópicos y de temperaturas más frías en el sur y el norte de la isla, de modo que también la gente con salud normal puede ser útil; se da más a quien puede más y menos a quien puede menos. Así que nada que temer por motivo de su salud. Por otra parte, si continúa siendo un buen andariego como antes, eso es excelente para nuestras misiones.

[8] El amor a la oración, el sentirse con ánimos para el sufrimiento, el celo por Dios y por las almas y un conocimiento normal pueden hacer un buen misionero. Sin embargo le aseguro que aquí –entre protestantes– la sabiduría, los idiomas, la dialéctica y el conocimiento de las sagradas escrituras son muy útiles. El inglés es muy conveniente; puede estudiar por lo menos la gramática y el significado de las palabras, y así entenderá lo que lea en esa lengua. En cuanto a la pronunciación no siga ningún método o sistema; mejor dicho, procure no hablarlo sin seguimiento de profesor; espere hasta que esté con ingleses

porque, una vez que la pronunciación haya sido viciada, difícilmente podrá corregirla.

Estudie bien los temas de la Iglesia, lo que corresponde al protestantismo y a la historia eclesiástica.

[9] Querido amigo, no tema, porque los medios de salvación y de perfección son abundantes, y si no siempre se puede vivir exteriormente como en una comunidad, ¡cuántas ocasiones de realizar actos heroicos de valentía y de virtud, de apilar montones de gloria! Porque, ya lo sabe, las ocasiones suelen hacer grandes hombres pero también grandes santos. Sin combates, sin peligros, no hay guerreros ilustres; sin sufrimientos, sin trabajos, sin luchas, no hay héroes en virtud.

Querido amigo, tengo que manifestarle hasta el fondo mi pensamiento. Aquí, en el otro extremo del mundo, para ser feliz y para agradar a Dios sólo hay que buscar dos cosas: el amor al sufrimiento y a las humillaciones. ¡Qué tesoros incomparables!, aunque solo los hubiera adquirido cruzando los mares, facilitando con ello mi carrera apostólica, ya me creería feliz y suficientemente resarcido de todas las penalidades. Construyamos, levantemos el edificio de nuestra santidad sobre esas dos sólidas rocas; no se caerá aunque lleguen tempestades y torrentes de agua para derribarlo.

Ayúdeme con su oración a adquirir esas dos perlas incomparables, por cuya adquisición daría cuanto poseo en el mundo. Con ello me sería fácil ser perfecto y cumplir la santísima voluntad de Dios.

[10] Querido amigo, siempre me gusta recordar aquellas santas amistades que formamos en el seminario mayor, que siguieron en Belley y que espero nos acompañen hasta el cielo. Los felices jueves de Brou, dulce santuario de la piedad, las suntuosas solemnidades, las conmovedoras ordenaciones, las conversaciones edificantes, los hermosos ejemplos de regularidad, de obediencia, de piedad… Procure dar recuerdos míos a nuestros antiguos amigos: Breton, Jacques, Dufour, Dupuis; antes todos tenían espíritu marista y casi misionero. ¿Han conservado aquellos grandes pensamientos? ¿No han olvidado las promesa de ayudarnos mutuamente para llegar al cielo?

Dígales que su amigo, que se desterró voluntariamente a una playa lejana, no los ha olvidado, que el recordarlos le anima aún en la virtud, que disfruta viéndolos en los corazones de Jesús y María, su punto común de encuentro, que les promete tenerlos presentes en la oración y que espera que ellos hagan lo mismo. Me gusta también recordar este pensamiento: tienes amigos en Francia, amigos religiosos; recorren a pasos gigantes el camino de la santidad. Sigamos con paso emulador

esa carrera de la santidad para lograr llegar todos al cielo, cargados de méritos y de gloria. Allá arriba nuestra amistad será más divina y más pura. Tendremos tiempo para contarnos nuestras penas y nuestros trabajos en el ámbito de felicidad eterna que habremos adquirido.

[11] Mi agradecimiento al P. Eymard y al P. Mayet por su recuerdo. Los dos tienen un amor ardiente a María; que recen por mí […]

[12] Adiós, querido amigo; me despido en los sagrados corazones de Jesús y María.

Con todo el afecto de su amigo. Michel François Borjon,
misionero apostólico.

205: Perdidos en el mar

7 octubre 1842. – Jean Forest a Juan Claudio Colin

Auckland

Reverendísimo Padre,

[1] Acabo de enterarme de que hay un barco que saldrá para Londres esta tarde. Aprovecho rápidamente la ocasión para darle las noticias que tengo sobre la misión. Desde hace tres meses, estoy aquí en Auckland entre los católicos irlandeses. Las posibilidades económicas de la misión no me permiten aún viajar y visitar a mis queridos compañeros. Pero espero que el P. Petit-Jean, que viene de Sydney donde ha conseguido algo, me traiga lo suficiente para poder ir a visitar a algunos hermanos; tiene que llegar enseguida para remplazarme.

[2] Mons. Pompallier ha vuelto de las islas del trópico. Nos ha traído noticias que no pueden ser más boyantes. Vea lo que me escribe al respecto el P. Garin, el provincial que reside en la Bahía de las Islas. Monseñor llegó a las islas el 25 de agosto de 1842. Terminó felizmente el viaje. Nos ha dado noticias muy buenas sobre las islas. Toda la isla de Wallis se ha convertido, bautizado y confirmado y un gran número de gente recibe los sacramentos de la penitencia y eucaristía. La isla da tantos consuelos cuantas tribulaciones ocasionó. En la isla están los PP. Viard y Bataillon con el hermano Joseph.

Futura, que martirizó a su sacerdote, tiene ahora un rey de los más cristianos [el rey Keletaona]. Toda la isla se ha convertido y muchos han recibido el bautismo y la confirmación. Todo el resto que carece aún de la suficiente instrucción suspira por recibir el bautismo. En esta isla están los padres Servant y Rouleaux con el Hº Marie-Nizier.

[3] Tongatapu se convirtió rápidamente. Se ocupan de esta estación el P. Chevron con el Hº Attale; el P. Grange debe ir en seguida a reunirse con ellos. El señor Lampiña es diácono; muy pronto recibirá el sacerdocio. Los PP Baty y Garin están en Kororareka con Monseñor. Ignoro cuál será el destino del P. Baty. El P. Petit está ahora solo en Hokianga, lo mismo que el señor Rozet en Wangaroa, pero sus estaciones están muy cerca de la Bahía de las Islas. Los PP. Séon y Pezant están en Tauranga. Los PP. Comye y Regnier en Opotiki, lugares estos que se hallan en Nueva Zelanda.

[4] El P. Borjon y el Hº Déodat salieron de aquí para Port-Nicholson la noche del 31 julio al 1º agosto en un pequeño navío llamado *Speculator* [llamado también *Eléonore*] En la gaceta de Auckland del 3 de octubre leí una nota, relacionada con el navío, que me inquietó mucho. Decía así: "El *Speculator*, que salió de Auckland en julio pasado hacia Nicholson, lugar de su destino, no ha llegado aún a este lugar". Existen ciertos temores al respecto.

[5] Reverendo Padre, es cierto, estoy muy inquieto. Para hacer ese trayecto bastan seis días y hace ya más de dos meses que salieron. El capitán del puerto de Auckland, a quien hablé de este asunto, apenas me ha tranquilizado; me ha dicho que el navío era muy malo, el capitán siempre ebrio… Cuando tenga alguna noticia más consoladora al respecto, le escribiré.

[6] El padre Tripe continúa en el sur con la colonia francesa; está solo. No he recibido aún ninguna noticia de allí. Estoy muy intranquilo. Es lastimoso que un sacerdote esté solo. Yo estoy solo aquí desde hace dos meses, pero le confieso que si no me esforzase continuamente por trabajar estudiando o bien el inglés o bien la sagrada escritura, tendría mil ocasiones, mil ocasiones, de dejarme arrastrar por el mal. Aquí, en Nueva Zelanda, los peligros son muy grandes. ¡Cuánta necesidad tenemos de oraciones! Por eso le suplico que ponga siempre mucho, mucho empeño en que haya siempre dos sacerdotes juntos.

[7] Nueva Zelanda ofrece muy pocos consuelos. En primer lugar, los europeos son mayoritariamente protestantes.

Aquí en Auckland hay más de dos mil europeos; es una pequeña ciudad en la que el lujo y el desenfreno son superiores ciertamente a los de nuestros peores lugares de Francia. La embriaguez y la lujuria son los dos vicios que se han apoderado por completo de esta pobre localidad. Las mujeres beben como los hombres, quizás más. Los ricos son todos protestantes; unos cuatrocientos católicos pertenecientes a la clase más pobre están con nosotros. Si al menos fuesen buenos católicos; pero, ¡ay!, de católicos no tienen más que el nombre; son pocos los que vienen a los oficios el domingo, quizás unos cuarenta.

Desde que estoy aquí no he convertido a nadie. Todo se opone a la conversión de estas pobres gentes. Menosprecian de manera singular a los católicos a causa de su pobreza. Yo mismo me encuentro en situación de suma pobreza; apenas si tenemos unos pequeños trozos de pan para comer con un trocito de cerdo. Mientras que los ricachones protestantes, que aquí hay muchos, tienen mesas, casas espléndidas como nuestra gente principal de Paris. Por otra parte, al no conocer suficientemente la lengua, no he buscado el ganármelos. Reverendo padre, con esto no pretendo lamentarme; me encuentro muy bien. Me quedaría aquí siempre si ésa fuera la voluntad de Dios. Lo que digo es para darle una idea del lugar.

Los pobres maoríes que acuden a esta Babilonia procedentes de todas partes se hallan inmediatamente perdidos. Todos los días veo pandillas de jóvenes maoríes que llegan a la caída de la tarde. Ya puede comprender para qué: los pobres maoríes reciben vestidos, dinero, etc.… y después resulta imposible hacer algo bueno. Son como niños, que no piensan y buscan su placer.

En las zonas del interior, una multitud de pastores protestantes metodistas revientan todos los éxitos de nuestros pobres misioneros. Esos pastores son muy ricos; tienen para su servicio un buen número de maoríes bien vestidos y alimentados. Regalan o venden – es lo más frecuente – libros, dan remedios a los enfermos, mientras a nosotros la pobreza no nos permite hacer nada. El pobre barquichuelo, que para nosotros es una sangría, continúa marchando. Si se pudieran hacer en la Sociedad algunas oraciones para obtener el liberarnos del barco, se haría un gran servicio a la misión. Con ese barco estaremos siempre en la miseria. […]

[11] Tenga la bondad de presentar mis respetos…

Nacida en el seno de una familia cristiana de clase acomodada, Paulina Jaricot, aunque permanece siendo laica, promete aportar su contribución a las misiones católicas, en pleno desarrollo en aquellos tiempos. Para lograrlo forma grupos de diez personas, que ayudan a los misioneros con su oración y sus dones. El número de grupos se multiplica con tal rapidez que permite aportar un importante apoyo espiritual y financiero a las misiones católicas en el mundo entero. Esa corriente conduce a crear en 1822 la Obra de la Propagación de la Fe. En 1825 sale a la luz una revista con el título de *Anales de la Propagación de la Fe*. Las relaciones de los misioneros maristas con la Propagación de la Fe son muy estrechas. En efecto, Propagación financia las misiones maristas de Oceanía, y los vicarios apostólicos rinden cuentas de los fondos recibidos y dan relación de las necesidades y de los progresos de la misión al Consejo central de la Obra. Parte de las cartas de los misioneros son recogidas y publicadas en los Anales

217: Informe de Monseñor Pompallier

6 noviembre 1842. – Jean Baptiste François Pompallier al señor presidente y a los señores miembros del consejo central de la Asociación de la Propagación de la Fe en Lyon.

Misión de la Asunción de María, Nueva Zelanda, Bahía de las Islas.

Señores,

[1] Desde el 23 de julio de 1841 hasta el 26 de agosto de 1842 he estado constantemente de viaje visitando las misiones. Durante ese tiempo mi labor la he ejercido en casi todas las bahías de la costa Este de Nueva Zelanda y, debajo de la zona tropical, en las islas de Vava'u, de Wallis, de Futuna, Oneata de Fidji, Lakeba, y Tongatapu.

¡Cuántas cosas interesantes podría decirles, señores, si el tiempo lo permitiera! Mi corazón se ha visto inundado de consuelo al ver los torrentes de gracia que el Señor ha derramado en el ministerio que acabo de ejercer; ¡cuántos pueblos han experimentado la salvación de Dios y participado de los dones de la fe! ¡Gloria al Padre de las luces! ¡Un millar de acción de gracias a su santo nombre! ¡Gracias también, señores, por sus fervientes oraciones y por todas las de la asociación apostólica que ustedes presiden! ¡Gracias por la caridad que inspira la Iglesia, nuestra santa madre! ¡Muchas almas, infieles en otro tiempo, alaban ahora a su divino esposo y le aman con María su reina!

[8] ¡Qué grande habría sido mi pena si la carta que les escribí el 16 noviembre 1841 desde la bahía de Akaroa no les hubiera llegado con dos grandes paquetes de notas detalladas sobre esta misión desde que se inició hasta cuando yo les escribí! Se lo confié todo al Sr Lavaud, comandante en jefe de la estación de las fuerzas navales francesas en Nueva Zelanda, y él tuvo la bondad de salvaguardar todas mis cartas con el sello de la Marina enviándolas él mismo al Ministerio de Marina en Francia, que me concede una protección especial y que debió enviar a su destino cuanto le confié. Me atrevo a pedirles esto, señores, para ganar tiempo aquí y, en consecuencia, almas. Imagínense que ahora más que nunca somos como una tropa en tarea de combate.

[9] Esta vez, a causa de mis trece meses de viajes y misiones, no puedo hacerles bien la relación de 1842. Cuando volví todavía no estaban todas las notas de mis misioneros y a día de hoy aún no han llegado. Nueva Zelanda es un país casi tan grande como Francia. Las estaciones de la misión se encuentran a lo largo de toda la superficie del país. A veces necesito un año para hacer que circulen mis comunicaciones, sobre todo ahora que he enviado la goleta de la misión para venderla en algún puerto de América del Sur, en Valparaíso o en Lima.

La goleta era de fabricación americana y por eso casi no tenía valor en estos lugares de Nueva Zelanda, que ha pasado a ser una especie de colonia o propiedad inglesa. Todos los barcos de construcción no inglesa tienen prohibido comerciar aquí.

Si yo podía utilizar un barco de ese tipo y tenía la protección de las autoridades inglesas y francesas para el barco, era porque había prometido que no sería empleado para hacer comercio, sino solamente para la finalidad espiritual y moral de mi misión y de la civilización. ¡Qué pena! La falta de fondos para sufragar los gastos del navío y sobre todo la incertidumbre de que pueda recibir otro dentro de algún tiempo me ha obligado a deshacerme de un medio sin el cual no es posible ir a estas misiones, teniendo en consideración las circunstancias de estos lugares, bien enjuiciadas.

[10] Vean algunas: 1º desde hace más de quince meses, la colonia inglesa se encuentra en un estado de total languidez; y los navíos mercantes, en los que se podía tener algún pasaje cuando había necesidad de ir a las bahías de Nueva Zelanda, no circulan muy frecuentemente.

[11] 2º Generalmente sólo son las goletas pequeñas y los barcos de cabotaje, nombre que se les da en la marina, los que hacen viajes; pero

da pena ver a un sacerdote en un barquichuelo así, rodeado de suciedad y entre los escándalos de los marineros, obligado a comer y a dormir con ellos. El tipo de vida que allí se lleva repugna a los mismos neozelandeses.

[12] 3º La misión anglicana dispone de una goleta preciosa, la misión wesleyana tiene también la suya, y las dos viajan por todas partes; llevan a todos los sitios enjambres de misioneros del error. ¡Ay! Y se pasean con tanta más audacia y orgullo cuanto que yo ya no tengo la mía y que es importante para su causa el llevar con rapidez y a lo lejos la triste noticia de que yo me he visto obligado a vender el barco que tanto me sirvió para hacer que triunfase la Iglesia católica en aquellos parajes.

[13] 4º La herejía tiene en Nueva Zelanda más de veinticinco estaciones de misión, y yo no tengo más que ocho; pero el barco de mi misión era una estación ambulante que exponía por todos los lugares la luz de la fe, era más bien como una fragata contra el error. Pero ¡ay!, su preciosa bandera católica ya no flota en estos mares y la visión de su llegada no lleva ya la alegría al corazón de nuestros numerosos catecúmenos y neófitos.

[14] 5º Hace más de cuatro meses que las sociedades bíblicas de Inglaterra enviaron al obispo de la iglesia anglicana George Selwyn. Cuando llegó sabía la lengua de los neozelandeses pues en su patria tuvo buenos maestros que se la enseñaron. Ahora está recorriendo toda Nueva Zelanda mientras yo estoy aquí prisionero en la Bahía de las Islas, sin barco y sin fondos para viajar y defender a mi grey. Lo que puedo yo es precaver mediante la correspondencia los golpes que les dan y dentro de poco con unos folletos que hago imprimir en la prensa de la misión. Pero sé muy bien que en este momento mi presencia es necesaria en todos los lugares. ¡Mas nadie está obligado a lo imposible! ¡Espero que Dios lo supla con el poder de su gracia!

[15] 6º Cuando es posible obtener pasaje en un barco mercante, raramente puede uno quedarse, en los lugares a los que va, el tiempo necesario para hacer su trabajo: o hay que embarcar demasiado pronto, o si te quedas y dejas que el barco marche, no se sabe cuántos meses, y a veces en algunos lugares, cuántos años pasarán sin que se presente la ocasión de poder volver al lugar de tu administración. Ahora bien, un vicario apostólico que sucesiva y regularmente ha de ser en esta misión apóstol, marinero y administrador no puede exponerse a la irregularidad, incertidumbre y falta de ocasiones de navíos. Necesita tener uno, so pena de ver cómo la herejía triunfa en su terreno.

Se puede decir ¡es fácil alquilarlo cuando se quiere visitar una misión! Sí, pero también cuesta contar con uno cuando se quiera alquilar.

Pues aquí las visitas a las misiones son y deben ser durante varios años más frecuentes que residir en la casa de la administración. Además, no se alquilan barcos cuando uno quiere; ocurre a menudo que de un día para otro un imprevisto obliga a realizar rápidamente una salida; una semana después ya es tarde aunque hubiera tres ocasiones de alquilar lo que se buscaba antes.

[16] Ahí tienen, señores, variedad de razones para mostrar lo útil y necesario que es el que yo tenga un barco de misión en estas islas. Pero aún hay más. El señor Epalle, uno de mis pro-vicarios, ha ido a Francia para buscar ayuda para esta misión. Creo que el Señor le habrá protegido y que estará ahí. Había pensado ir allá yo mismo, y también a Roma, después de haber atendido lo mejor posible a las estaciones de Nueva Zelanda y de los trópicos, pero el señor Epalle estuvo allí en mi lugar después de haber comprobado en la gestión de mi administración los efectos de una miseria que paraliza todo. Está pues en condiciones de ponerles al corriente ampliamente de esta tan querida e interesante misión, tan atacada por el enemigo de la salvación y tan custodiada por nuestros afanes y por la asistencia de Dios.

Lo único que lamento es que el P. Epalle, a quien había designado para ir a Francia si no podía ir yo, se viera obligado a salir tres meses antes de que yo volviera de los trópicos. Le habría entregado los escritos necesarios y algunos pequeños trabajos que pueden interesar a la Asociación. Lo supliré un tanto enviándoles, divididos en partes, mis diarios de misión, que estoy mandando copiar. Pienso que el señor Epalle no olvidará ofrecerles objetos de estas tierras, objetos curiosos para los países de Europa, como humilde recuerdo de nuestro perpetuo reconocimiento a usted, señores, y a la benefactora Asociación de la Propagación de la Fe.

Yo había preparado con esos objetos una especie de museo. He traído algunos otros de las islas de los trópicos y los enviaré cuando viaje a Europa alguien que los pueda llevar. Pero lo que más deseo ofrecerles, y ya le escribí sobre ello a S. E. el cardenal Fransoni, es un objeto más saludable que los de nuestros salvajes: el hacha que coronó a mi provicario mártir con la corona de los santos en el cielo. Para el envío de estas cosas espero algún barco del Estado u otra ocasión bien segura.

[17] Les suplico que acepten hoy la primera hoja de un escrito doctrinal que he redactado en neozelandés, que en estos momentos está en imprenta. Dentro de quince días o de tres semanas ya estarán impresas

cuarenta y ocho páginas *in octavo*. Es una parte de la obra entera, que tendrá unas trescientas páginas; pero como las gentes me acosan voy a encuadernar en rústica las cuarenta y ocho primeras para hacer que tengan paciencia.

En el separata figura el prefacio del libro, que contiene una extensa carta que dirijo a los neozelandeses y en la que, como cogiéndole por la mano, se va conduciendo al lector a buscar y conocer la verdadera Iglesia. Viene a continuación un artículo sobre la palabra de Dios, en el que se hace ver que la Sagrada Escritura es un libro bueno y santo, que el estilo de aquí es "papel mudo", mientras que la enseñanza de la Iglesia y de la tradición es libro "vivo y hablante".

Sigue después un catecismo de quince páginas para aprender de memoria, las oraciones de la mañana y de la noche, algunas canciones, oraciones por los enfermos y para los entierros, que es lo que piden muchos de nuestros neófitos y catecúmenos.

Se editarán dos mil ejemplares de la separata. La imprenta se compró en Francia en 1840 y los impresores son tres miembros de la Sociedad de María. Antes de entregar mis escritos a la imprenta, se los doy, para que los examine, a uno de mis misioneros, a quien ayudan dos nativos inteligentes, neófitos nuestros, a los que recomiendo que sean severos en la revisión del lenguaje para que, si encuentran alguna cosa que no sea gramaticalmente correcta o inteligible, me lo hagan saber. El sacerdote a quien he encomendado el trabajo, si es que hay alguna, toma nota de las observaciones de los nativos y suyas, después se examina todo conmigo y después lo entrego a la imprenta.

[18] Al volver de los trópicos en el mes de agosto y saber que el señor Epalle había partido para Francia, ya no sueño con hacer el viaje que tenía pensado. Ahora solo pienso en apoyar y, con el auxilio de Dios y la intercesión de María, dar firmeza al vasto rebaño que tanto consuelo me ha dado al llevarlos al verdadero redil de la Iglesia. Se dirá quizás que en ello ha habido mucha labor de tala. Sí, es cierto, pero Dios lo ha querido así. Si en estas cosas tuviéramos que razonar del mismo modo que en las cosas naturales, podríamos equivocarnos. Eso es obra de la gracia. Hay más de lo que yo mismo hubiera querido; y sin embargo el Señor se ha servido de mi débil brazo para destrozar las puertas de Satanás y abrir la entrada al reino de Dios y al ministerio de la Iglesia en lugares tan lejanos.

De todos modos, aquí, en estos lugares, al conocer bien las circunstancias y los caracteres, se veía que había que actuar con rapidez y extender pronto los trabajos para tener todo lo que hay o no tener na-

da. Ha habido que aceptar la mayoría de las poblaciones de Nueva Zelanda so pena de vegetar y perder el tiempo. Pero, cosa sorprendente, no soy yo quien pide siempre la conversión de las tribus, son ellas las que me acosan para que vaya a verlas y las reciba.

[20] Hace varios años, cuando estando yo en Hokianga, un incendio redujo a cenizas la casa de John Hobbs, el jefe de los misioneros wesleyanos de aquel lugar. Muebles, libros, mobiliario, todo cuanto poseía fue presa de las llamas; sólo pudo salvar a su mujer y a sus hijos. Inmediatamente se hizo circular la noticia por la iglesia de los metodistas, por las colonias vecinas, por Inglaterra y por los demás países donde existe la secta; no había pasado aún año y medio cuando el tal jefe de misión de la herejía tenía otra casa mucho más hermosa, muebles más bonitos… En una palabra, todo se halla mejor que antes; se encuentra en mejor situación que antes y bien podría hablar del incendio exclamando: ¡feliz desgracia!

Mientras que yo, cuando llega una bancarrota a Londres, a más de 6000 leguas de aquí, pierdo sin culpa los fondos de la misión que allí se creían seguros; en señal de consuelo y animación recibo casi enseguida unas cartas de varias personas de Europa que me comunican que se desconfía de mi administración; más tarde, que no debo contar con los fondos de la Asociación, más inseguros que las olas del océano que me separa de Europa; y más tarde que obro sin reflexionar, que han tenido que llegar las desgracias que experimento para volver a entrar en razón.

¡Oh Señor! vos contempláis desde lo alto de los cielos a vuestros servidores luchando por vos. ¡Bendecid mis tribulaciones y mi cruz! A ustedes, señores, que con su fe y caridad juzgan las cosas de distinta manera, les digo que para mí eso no será gran cosa puesto que los juicios humanos deben afectar poco al corazón de los hombres llamados por Dios al apostolado. Pero es la miseria extrema la que hace languidecer las labores del apostolado realizado en las circunstancias de esta misión frente a la opulencia, o al menos la holgura, a la intolerancia y a los miles de enredos de la herejía.

He de decir que hasta me siento feliz por haber tenido que dejar sólo una misión después del 29 julio 1841 por falta de medios para mantenerla: la de Maketu, entre Tauranga y Opotiki en la bahía de Plenty (Abundancia). Como mis sacerdotes no podían viajar con facilidad ni podían obtener aborígenes para que los llevaran en sus embarcaciones y como nuestra extremada miseria se notaba por doquier, muchos nativos, un número demasiado grande que no sabría precisar, se sintieron desilusionados y escandalizados de nosotros, se fueron a la herejía, o

volvieron a sus costumbres anteriores, o se han quedado sin saber qué hacer tras dejar la práctica de las oraciones católicas.

¡El árbol nuevo de esta Iglesia sacudido por la tempestad de la tribulación y agotado por una sequedad lamentable ha visto algunas de sus ramas quebradas y casi todas marchitas. ¡Pero aún está en pie, lo que no deja de ser todo un prodigio! Por lo demás, vean una serie de circunstancias que mostrarán la causa de nuestros males y los resultados lógicos de los mismos.

[21] En julio de 1840, con dos sacerdotes y dos hermanos que me traían las asignaciones de la Propagación de la Fe, recibí una suma de 25.000 fr.; después el capitán francés de un barco ballenero, anclado en Bahía de las Islas, que tenía 10.000 fr. para cambiar por papel en Francia me propuso que los aceptase con esa condición, y lo hice. Como, en respuesta a una carta mía anterior recibía una suya en la que me decían que estaban de acuerdo en que comprase una goleta para el servicio de la misión, como tenía fondos para hacerlo, me apresuré a comprar la goleta *Atlas*, a la que yo llamé *Santa María*.

Era de ciento treinta y cinco toneladas y fondo americano; costó algo más de 23.000 fr. (925 libras esterlinas) pero no tenía cobre ni mobiliario para uso del personal; faltaba también un recambio de velas y de cierta cantidad de cuerdas y otros objetos necesarios para echarse a la mar durante varios meses consecutivos.

La totalidad de reparaciones me costó 10.000 fr. pero yo sabía que las asignaciones de 1839 estaban poco gastadas y que las de 1840 no lo estaban. Además, como había comunicado por correspondencia que los gastos de mantenimiento del navío me supondrían entre 18 y 19 mil fr. al año, yo contaba con ayuda para esta nueva carga y la consecuente actividad regular.

Pero pasaron once meses sin ver nada. ¡No permita Dios que pretenda yo reprochar aquí nada a nadie! Son adorables para mí los designios insondables del Señor, tan convencido como estoy de la benevolencia de los protectores y bienhechores de nuestros trabajos.

[22] En junio 1841 ya tenía muchas deudas, unos 20.000 fr. al menos. Tan sólo el mantenimiento del barco durante más de once meses ascendió a más de 7000 fr. En esa época, junio 1841, tuve la inmensa alegría de recibir doce nuevos miembros de la Sociedad de María y dos buenas prensas para la imprenta; pero a la vez, como una puñalada, me atravesó el corazón la noticia de que los 35.000 mil francos de los asignados a esta misión que debían haberme traído los nuevos misioneros habían desaparecido en Londres con la quiebra de Wright.

Yo no expresé mi aflicción delante de la gente para no desanimarlos. Sólo yo y dos pro-vicarios míos conocíamos la situación de nuestros asuntos: contábamos únicamente con unos 7000 fr. Por suerte, en una carta enviada a la misión se me decía que, a pesar de la quiebra, podría contar con Lyon para la compra del barco del que les había hablado anteriormente y del que no conocían aún la compra que yo mismo había realizado ya.

Yo aproveché de esta latitud y de la facilidad para salir del apuro; pero, siendo un país tan nuevo en capitales, había dificultad para obtener en él un préstamo. La providencia vino en mi ayuda. Aquí cuento con la confianza y la estima no solo de las familias católicas, pobres en general, sino también de acomodados comerciantes protestantes. Los directores de la banca de Kororareka, protestantes todos ellos pero apegados y afectos a mi persona, me libraron letras por unos treinta y cinco mil francos.

Así se remedió el fracaso de mi economía en la misión y todas las nefastas consecuencias que de ahí derivarían para la religión. Aún podría administrar durante cinco o seis meses. De todos modos, si no hubiera sabido por mis misioneros, recientemente llegados, que cada tres meses se me enviarían fondos desde Lyon para remediar el golpe que acababa de sufrir nuestra economía, yo habría vendido sin demora – unos pocos meses a lo sumo – el barco de la misión, con una carga tan pesada para mí.

[23] En esa época, aún tenía cerca del lugar de mi residencia tres jefes de tribu, con algunas gentes, que estaban esperando desde hacía varias semanas que se hiciera realidad la esperanza que yo les había infundido de que contarían muy pronto con alguno de mis sacerdotes para enseñar en sus tribus. Eran jefes de tribu en bahías que se hallaban al sudeste de la isla del norte y a 80, 100 y 150 leguas de la Bahía de las Islas. Las tribus estaban desalentadas porque, aunque lo deseaban, no se las atendía en la enseñanza. Así que yo no pensaba más que en preparar pronto una breve expedición para mantenerlas en el catecumenado de la Iglesia católica. Al cabo de un mes, como mis sacerdotes habían aprendido ya las nociones gramaticales de la lengua neozelandesa y las nomenclaturas de palabras con unos manuscritos de doctrina, los pueblos de las tribus me forzaron a que se los diera, diciéndome que ellos se encargarían de enseñarles su lengua.

[24] Ordené que se armara el *Santa María* y que se izara la bandera católica. Embarqué en ella con los cuatro padres nuevos, con otros dos de los que ya estaban allí y con los jefes de tribu y la gente que habían venido de tan lejos para pedirme sacerdotes de la Iglesia "tronco", de la Iglesia madre. Durante el viaje hice escala 1º en la bahía de Marion,

2º en la bahía de Waitemata o de Auckland, donde dejé un sacerdote y un catequista (sexta estación), 3º en Coromandel Harbour donde visité las tribus del lugar, que estaban siendo catequizadas desde hacía más de un año, 4º en Tauranga, desde donde envié a Matamata, al lado de Waikato en el interior, un sacerdote y un catequista (séptima estación), (desde Auckland a Matamata sólo hay un día de camino y desde Matamata a Tauranga lo mismo); 5º en Maketu (octava estación), donde dejé un sacerdote y un catequista; desde Tauranga (donde tengo una estación) hasta Maketu sólo hay ocho horas de camino; 6º en Wakatane, desde donde fui a fundar la estación de Opotiki (novena estación) para la que dejé un sacerdote y un catequista; 7º en Temaia o Terakako (décima estación, abandonada en 1842 por falta de personal y de fondos); 8º en Akaroa, donde hay dos sacerdotes y un catequista y donde se está formando una colonia francesa.

[25] Aquí recibí una carta de Francia en la que, en vez de anunciarme que llegaban unos fondos, como yo esperaba después de lo que me comunicaron mis misioneros en la Bahía de las Islas, se me decía que se desconfiaba de mi administración. Vi entonces que, de parte de la ayuda que necesitaba, la salvación de mi misión estaba en peligro serio; y como Nueva Zelanda estaba provista de estaciones un poco en conformidad con las necesidades del país, pensaba enviar mi goleta a la Bahía de las Islas para ir seguidamente a los trópicos con uno de mis sacerdotes a visitar nuestras misiones y llevarles la ayuda de objetos que nos han llegado de Europa. Yo, pensando en el bien de todas mis misiones, pensaba prepararme para viajar a Francia y a Roma: buscar personal y ayuda abundantes y hacer que se conozcan todas las cosas de las misiones de mi vicariato apostólico.

[26] Disponía de una ocasión excelente para ese viaje: el Sr. Lavaud, comandante de la estación de las fuerzas navales francesas en Akaroa, ofrecía pasaje gratuito en un navío del estado para mí, para uno de mis sacerdotes y para dos jóvenes neocelandeses si es que deseaba llevarlos al Colegio Urbano de Roma para ser formados en las ciencias de la Iglesia "tronco", como dicen aquí los neófitos.

[27] Estaba ya todo arreglado cuando la providencia permitió que me llegara una carta sobre mis misiones de los trópicos y anunciando la muerte del reverendo padre Chanel, el hundimiento de su misión, el peligro serio de la de Wallis y, en consecuencia, de toda la misión de las islas tropicales que verían peligrar su éxito durante mucho tiempo si yo no iba allí lo antes posible. Así que me di prisa en cambiar la decisión de viajar. Comuniqué todas mis aflicciones y dificultades al comandante que ya me había admitido para viajar el *Aube* y que había mandado que se me preparara un camarote para el viaje a Francia.

Compartió mis aflicciones; sin embargo me pidió que fuera alguien a los trópicos en mi lugar e insistía en que yo le acompañara. Le animaba la intención – que yo ignoraba – de hacerme aceptar un obispado en mi patria. Me comunicó sus pensamientos, pero tras convencerle de que mi vocación me demandaba ser apóstol en esta misión y pedirle, en nombre de la protección real, que me dejara una de las tres corvetas, ancladas en la bahía, para ayudarme así a mí y a los misioneros de los trópicos, accedió a mis peticiones. Quedaron a mi disposición la corveta *Allier* y su comandante y algunos días después partí para Wallis y Futura.

[28] La grandeza y la majestad de Francia quedaron patentes a la vista de los nativos de estas islas; la goleta y el obispo aparecieron a la vez. Las gentes recibieron una feliz y saludable impresión; me despedí de la corveta profundamente agradecido y yo me quedé en Wallis, haciendo caso a las insistentes peticiones de mis sacerdotes, que pensaban que, si yo no permanecía tres o cuatro meses en la isla, ellos no conseguirían mucho éxito en la salvación de la población.

Durante ese tiempo, la corveta se fue a Futuna; yo había conseguido del señor comandante que no se hiciera correr la sangre en señal de expiación por el martirio de mi provicario, y todo transcurrió bien. El rey asesino y su ministro ya habían sido golpeados por la mano de Dios; cuando llegó la corbeta *Allier* ya habían muerto. La justicia de Francia se vio así desarmada por la de Dios, que había realizado su obra en lugar de los hombres.

[29] Al comienzo de la carta ya les decía dónde están actualmente las misiones de los trópicos. Están bien establecidas con misioneros hábiles y fervientes catequistas de la Sociedad de María. El buen y distinguido capitán Bouzet quería persuadirme también de que no me quedara en los trópicos; aún quería llevarme a Akaroa para que partiese para Francia. Pero las obligaciones de la vida apostólica tenían que hacerme preferir los combates del Señor.

[30] Después de siete meses de labor en las islas tropicales, volvía a la Bahía de las Islas, donde pensaba encontrarme o bien con la misión entera por tierra o con la ayuda de Europa llegada ya; y deseaba alimentarme con pensamientos de esta última hipótesis. Mi goleta *Santa María* entraba en la Bahía con la bandera al vuelo el día 26 y fondeaba en Kororareka delante de la casa de la misión católica donde yo resido. Grande fue mi alegría al volver a ver a mis sacerdotes y catequistas de la casa.

Pero ¡ay!, inmediatamente me entero de que la miseria más deplorable ha reinado constantemente en las estaciones católicas de Nueva Zelanda. Se perdieron el crédito y la confianza para mis clérigos; mis

sacerdotes no encontraban manera de eliminar las deudas contraídas para mantener la administración de la misión durante los trece meses de mi ausencia; el señor Épalle, que se había hecho remplazar por otro de mis misioneros, había viajado a Francia; al cabo de dos meses, éste se fue a Sydney para tratar de lograr un préstamo, cosa imposible de alcanzar para la misión en la Bahía de las Islas; durante su ausencia, el padre provincial, destinado para atender únicamente la vida espiritual de los religiosos de la misión, quedó al frente de todo el vicariato apostólico, encargado por el padre que había ido a Sydney; la malevolencia había hecho correr el rumor de que yo había huido; pero hete aquí que, para alegría de los míos, sorpresa de la gente y disgusto de los enemigos de la Iglesia, yo vuelvo. Todas las tribus estaban descorazonadas y veían cada día que muchos catecúmenos se desligaban del catecumenado.

[31] Inmediatamente volví a tomar las riendas de la administración; varios jefes de tribus vinieron a verme con sus gentes, yo los tranquilizaba y los animaba, y después me servía de ellos para que fueran a devolver el ánimo a las tribus que conocían. Escribo a varios jefes más; y la noticia de mi vuelta se extiende por todos los sitios. Hago que se rece mucho en casa, que tiene la caja vacía, poniendo a María como protectora.

Sin embargo, para mi y para la misión ha sido una suerte el que no se haya perdido la consideración a mi persona entre la gente del país. En la visita de cortesía que me hicieron a la vuelta del viaje a los trópicos, unos atentos hombres protestantes que conocían el mal estado de los asuntos temporales de mi misión, por iniciativa personal me comunicaron su pesar y su disposición a ayudarme.

Varios de ellos eran directores del comité de la banca de este país. Me ofrecieron ayuda para amortizar mis deudas y el monto de los intereses que iban corriendo; se haría mediante letras de pago a cargo de Lyon, es decir, sobre las prestaciones ya asignadas o por asignar para esta misión. Yo, después de todo lo ocurrido en mi ausencia, apenas me habría atrevido a hacer esa propuesta. No dudé en aceptar su oferta y borré todas mis deudas consiguiendo además unos cinco mil francos para seguir la administración del vicariato apostólico durante algún tiempo, hasta que recibiéramos algunas ayudas nuevas de las asociaciones benefactoras.

[32] A decir verdad, en mayo habían llegado aquí tres sacerdotes y tres hermanos con la cantidad de unos diecisiete mil francos, que sumados a los otros siete mil de los que hemos hablado anteriormente en junio de 1841, dan una suma total de veinticinco mil francos. He ahí todo lo que ha llegado a mis manos de las ayudas asignadas desde el

mes de julio de 1840 hasta el día de hoy, en noviembre de 1842, es decir en veintiocho meses.

Ahora bien, el barco de la misión, según lo ya anunciado, ha gastado dieciocho mil francos anuales, y le tuve desde el 26 de julio de 1840 hasta el 4 de octubre de 1842, que le envié a Valparaíso con orden de hacer escala en Tongatapu, donde llevó al P. Grange para unirse al señor Chevron, rector de la estación de la isla, y después en Wallis, donde dejará al hermano Marie-Augustin, que remplazará al hermano Joseph afectado por una enfermedad que se le pasará con el clima de Nueva Zelanda.

Antes de que se consiga vender el barco de la misión, correrán aún al menos tres meses de gastos desde el día de su salida (4 octubre 1842), lo que supondrá que, sumando ese tiempo, el barco esté a mi cargo unos dos años y medio y los gastos de mantenimiento alcancen una suma total de unos 45.000 fr. sin contar el costo necesarios para la subsistencia de todos los misioneros y catequistas y para la erección de cinco estaciones más en la misión. […]

[38] Se necesitarían además unos diez mil francos para levantar un colegio en Nueva Zelanda, más un mínimo de seis o siete mil francos anuales para su mantenimiento. […]

[40] Para toda mi misión actual una goleta de sesenta toneladas; precio de 25 a 28.000 francos; mantenimiento anual: 12 o 15 mil francos. Con una buena administración y un poco de apuro, el mantenimiento, pero no la compra, podría quedar comprendida en las sumas anuales que he mencionado anteriormente. Espero que el precio del *Sancta Maria* que ha de venderse proporcione casi todo el dinero necesario para comprar otra goleta de 60 toneladas si es que ustedes me autorizan hacerlo con su respuesta formal favorable, que espero me den lo antes posible.

[41] Las misiones católicas y sobre todo la mía se ven atacadas por la mentira, el engaño y la calumnia aquí en lugares en los que, sin embargo, puedo hablar y defenderme. ¿Qué ocurrirá con las intrigas que realicen contra mí los enemigos de la Iglesia en Europa, donde yo no puedo decir nada? Cuán importante es no añadir inocentemente nada a lo que se pueda decir contra esta misión y su administración tocante a los malos rendimientos.

[45] En este momento habría que fundar dos interesantes vicariatos apostólicos en el área de mi jurisdicción actual; 1º en el archipiélago de Fidji, donde hay que aprender casi una sola lengua y del que los europeos conocedores de esos lugares me han dicho que hay cuatro mi-

llones de habitantes según unos, y un millón según otros; 2º en Ascensión o Ponapé –en la zona tórrida norte y para todo el archipiélago de las Carolinas. Que se informe bien de esto al Cardenal Monseñor Fransoni.

[46] ¡Que las numerosas almas que el santo padre el Papa ha confiado en su nombre a mi atención pastoral, que todas esas almas, puedan ver la salvación, entrar en el redil de Jesucristo! ¡Que María, con su intercesión, les logre alcanzar el seno de la Iglesia! ¡Que el Hijo y la Madre puedan derramar sobre ustedes, señores, y sobre todos los asociados, por los que rezamos todos los días, miles y miles de gracias y bendiciones!

[47] Con sentimientos de respeto y agradecimiento, tengo el honor de ser, señores,

su humilde y muy obediente servidor
Jean-Baptiste François, obispo de Maronée,…

287 : El bautismo y el jabón

25 noviembre 1843. – Jean-Bapiste Comte a Juan Claudio Colin

Bahía de las Islas

Reverendísimo padre,

[1] Unas palabritas sobre lo que hacemos. El P. Chouvet ha venido a remplazar al P. Reignier, que estaba conmigo. El P. Reignier ha ido más lejos, a un lugar del interior llamado Rotorua, a cuatro días de Opotiki. Acaban de traerme a Bahía de las Islas para estar unos meses; me ocuparé de los nativos de esta estación hasta que vuelva el P. Baty, que ha ido a Sydney, desde donde seguramente le escribirá.

Aquí están los reverendos padres Forest y Bernard con los hermanos habituales. El P. Garin se encuentra por unos meses en Kaipara; el P. Moreau se halla en Hokianga, también por algunos meses, con el gran P. Petit. El P. Petit-Jean permanece en Auckland. Su escuela va bien. Tiene ochenta niños. El P. Pezant ha pasado dos meses en Bahía

de las Islas; acaba de marchar a la estación de Tauranga. El P. Rozet está en Wangaroa, cerca de Bahía de las Islas. Todos estamos muy bien, aunque el reumatismo comienza a dejarse notar en algunos. Y todos muy contentos. El contento y la alegría se alimentan en nuestra unión. Nuestra buena madre es el centro.

[2] Ayer dije la misa de las nueve para los nativos; les di una breve charla sobre el santo bautismo. Si me permite expresar en francés lo que les dije a ellos en su lengua, le ofreceré posibilidad de descansar de su trabajo agobiante y podrá reír un poco.

Niños, les decía, cuando muere el hombre, su cuerpo queda tendido para pudrirse, su alma va ante Dios y Dios le pregunta: ¿de dónde vienes? –Vengo de tal lugar. –¿Rezabas? – Sí –¿Creías? – Sí - ¿Obrabas el bien? – Sí – ¿Estás bautizado? – No, nunca he querido estar bautizado. – Pues bien, no quiero recibirte en mi preciosa tierra, en mi cielo de luz y de gloria; vete con Satanás.

Entonces Satanás coge esa alma, la arrastra hasta un fuego eterno que la consume sin dejar que muera. En cambio, cuando un hombre bautizado muere, Dios dice a su alma: ¿has sido bautizada? –Sí. –¿Has obrado el bien? –Sí. –Entra en la gloria de mi reino. No digáis, niños, que el bautismo es cosa inútil. Si lo hubiera instituido un hombre, podríais decir que es una cosa indiferente, "*he me noa*".

Pero es el mismo Jesucristo quien ha instituido el bautismo, quien dijo a sus apóstoles: id, enseñad a todas las naciones, bautizadlas en nombre del padre y del hijo y del Espíritu santo. Niños, ¿deseáis ver cómo bautizaban los apóstoles? Cuando el Espíritu santo descendió sobre ellos, salieron de casa, y como Pedro era el jefe de ellos, predicó el primero. Gran número de personas creyeron y dijeron a Pedro: ¿qué hemos de hacer?. Arrepentíos, les dijo, y bautizaos en el nombre de Jesucristo para la remisión de todos vuestros pecados; y recibieron el bautismo tres mil. "El bautismo, una cosa buena muy extraordinaria, *he mes pai whakaharahara te iriiringa*". Es el jabón del alma.

Cuando compráis una manta, está preciosa; si la dejáis caer en el barro, se pone sucia y fea. Si la laváis en agua con jabón, el barro desaparece y vuelve a parecer bonita. También en vuestras almas hay barro: los robos, los asesinatos, las querellas, las fornicaciones y otras cosas más.. El bautismo es el jabón que quita esos barros lavando el alma; y ésta se hace agradable a Dios.

[3] Cinco nativos han hecho la comunión en mi misa. Anteriormente se sentaban encima de los cadáveres para devorarlos; hoy vienen a sentarse en la mesa de los ángeles con una piedad y modestia edificantes. Pobres neocelandeses, ¡cuánto los queremos!

[4] El reverendo Padre Forest acaba de decirme que nos reuniremos pronto en retiro. "*Tiempos de guerra, tiempos de paz*". ¡Cuánta necesidad de replegarme un poco en mi mismo! De bajar al fondo de mi alma, de dejar que trabajen la hoz y el pico no sólo para cortar las superficialidades, sino para cotar las raíces de las malas hierbas que devoran la sustancia que alimenta la fe, la caridad, el celo, y que hacen que el misionero se debilite y marchite. Espero el retiro con impaciencia y espero que me sea provechoso.

No tengo nada muy especial que decirle sobre mi persona. No echo de menos a Europa ni añoro a mis padres ni a mis amigos. El Cielo es más hermoso que Francia. Jesús es el mejor de los padres. María la mejor de las madres; mis compañeros, mis mejores amigos; la Sociedad, mis delicias más queridas. Sin embargo, reverendo padre, le suplico que me tenga presente de una manera totalmente particular, a mí, el más imperfecto de sus hijos, el más débil, el más enfermizo, el más lánguido en el camino de la virtud.

[5] Reverendo padre, con mi más sentido respeto tengo el honor de ser su muy humilde y obediente servidor,

Comte, M. S.

303 : Celo y comportamiento

Enero 1844. – Antoine Séon a Benoît Lagniet

Estación de los Santos Ángeles, Matamata

Querido y reverendo padre,

[7] Querido amigo, voy a hablarle ahora de lo que he podido recoger y que puede interesar a usted, a todos nuestros buenos compañeros y a todos sus jóvenes, que continúan siendo suyos aunque ya no esté con ellos. Aquí la juventud es interesante; al formarse en casas de educación y ser educada por la religión, dará consuelos. Los niños son bastante abiertos; una vez iniciados en las nuevas ideas que se les predican, las captan y hacen suyas rápidamente.

Son muchos los jóvenes y hombres maduros que han aprendido ayudándose mutuamente a leer y a escribir. Están ávidos de conocimientos. Estudiaban, copiaban los libros manuscritos de oraciones que caían en sus manos y los escribían después en hojas de "phormium"[2]

[2] Planta liliácea; el phormium tenax es llamado también *lino de Nueva Zelanda*.

en caracteres trazados con madera. Igual que los alumnos de usted, también ellos dejan sus nombres por los caminos y en las empalizadas de los cercados, escritos con carbón. Se sienten orgullosos de entender algo de cálculo y tienen deseos de emular.

Lo difícil es reunirlos y contar con ellos asiduamente. Dos jóvenes de unos quince años, al llegar demasiado tarde a la oración y encontrar la puerta de la capilla cerrada, se sentaron encima de sus talones (no tenían aún la costumbre de arrodillarse) e hicieron su oración en voz alta.

[8] Otro más joven, preguntado por qué había querido Jesucristo nacer en un establo, entre los animales, mientras que los hijos de príncipes tienen palacios magníficos, ropas preciosas y lechos suntuosos, me respondió: porque Dios es lo único bueno que existe.

[9] Una joven de la catequesis, dada en matrimonio a un joven que quería que la instruyeran los protestantes, acabó por obedecerle dejando de venir a la capilla católica; sin embargo resistió a todas las tentaciones que atacaban su fe. Durante un año tuvo que aguantar reiterados ataques. Yo la veía solamente de vez en cuando, y sin saber nada la aconsejaba que se mantuviera firme. Fue tras la obtención del consentimiento de su marido para bautizarla cuando me enteré de todo. Ahora es una buena católica. Vea ahora algunos hechos de otro tipo.

[10] Hay una cantidad de mujeres que demuestran tener carácter. En contra del prejuicio y del ejemplo nacional, ella se han mantenido siempre esposas. Una de ellas, que sorprendió a su marido engañándola con su esclava, rompió un grueso palo a golpes sobre su cuerpo, y mantuvo a la esclava atada a un árbol durante dos días dándola de comida tan sólo unas patatas. Ante una recaída de su marido, ella se tiró desde lo alto de un árbol, y su marido –sin duda para no parecer menos valiente– se colgó poco después. Felizmente, ni uno ni otro murieron.

[11] Otra mujer, al sorprender a su marido en falta, le arrastró hasta afuera agarrándolo del pelo y amenazó con estrangularse. Ése habría sido el segundo intento. Felizmente este vez tomaba una decisión más suave. La primera vez ya tenía una punta del cordón fatal anudada al cuello y el otro extremo al pie; con sólo soltar la pierna se habría estrangulado al modo de los maoríes. Así se llaman los neozelandeses.

[12] Los habitantes de Nueva Zelanda tienen generalmente buen tipo. Cuando quieren aumentar su belleza natural, se hacen un tatuaje, que a los ojos de los europeos los desfigura. Para ellos es un tesoro; el

vestido, el dinero, el cabello… son el tesoro del extranjero; para ellos es el *moko*, el tatuaje. Cuando muere un jefe no se le cubre el cuerpo; su *moko* hace de mortaja. Para ese adorno sacrifican la barba, que es arrancada. Las mujeres también participan en el adorno, pero sólo se marcan algunos trazos bajo el labio inferior y en el mentón.

Son varios los procedimientos de los maoríes para esta operación. El que yo he visto utilizar es éste: pintan primero los las lineas con una tinta hecha con carbón de *kauri* [abeto]; después se sacan la sangre con un clavo puntiagudo – antes lo hacían con una espina de pescado. Ese instrumento deja en el rostro unos surcos muy feos, pero el prejuicio nacional ve en ellos rasgos de belleza que los jefes han de lucir, y todo el mundo quiere parecer hermoso.

[13] Su carácter es completamente asiático, plagado de ostentación. Sumamente orgullosos de su *rangatirature,* según dicen, son siempre jefes grandísimos, tienen muchísimas mujeres y su familia y sus esclavos son innumerables. En las ocasiones en que han de mostrarse, lo hacen de palabra y de acción. Desgraciadamente la providencia no les ha concedido mucho que mostrar, pero al menos no olvidan nada. Si ofrecen un regalo o hacen una fiesta, son magnánimos.

Monseñor los encuentra algo más abiertos que a otros pueblos de Oceanía. Encargados de aplicar ellos mismos la justicia ante las injurias sufridas por ellos o por sus inferiores, jamás las infracciones de los otros serán menores que la ofensa; la venganza que se toman es siempre mayor que la ofensa.

Cuando se lanza una imprecación contra la cabeza sagrada de un jefe, se desvalijará la casa del que la profirió u ocasionará una guerra. En los discursos son elocuentes, ardorosos y gesticulantes, y las imágenes y figuras que utilizan son abundantes. Cuando caminan con un hacha o un arma maorí en la mano, van perorando. Sus movimientos a veces son graves, y otras de tal manera precipitados, que pueden ser tomados por energúmenos.

Dentro de la casa, en familia, son sencillos. El jefe, como *tapu*, tiene un lugar a parte, come solo y jamás se abaja a realizar una función reservada a los esclavos, como preparar la comida. Trabajar la tierra es honroso y él se dedica a ello al frente de su familia. La mujer del jefe comparte alguno de sus privilegios. La previsión para vivir no sobrepasa el año; y contentos si se llega hasta el final. Suele ocurrir que al final de temporada se vean obligados a comer las raíces de helecho o de la hierba del campo a la espera de que lleguen las patatas nuevas.

[14] Los maoríes mantienen entre ellos visitas frecuentes. Algunas están ordenadas por el ceremonial, las más por las ganas de corretear.

Cuando enferma un pariente, nunca dejan de ir a visitarlo, y si sufre mucho, le consuelan con prolongados *tangi*, lloros, que les demuestran cómo comparten ellos su dolor. Si muere, los parientes que viven lejos vienen a llorar al difunto. Una hija, de vuelta a la casa paterna, al ver dos mantos que habían servido a su padre, no pudo contener el llanto y regó con sus lágrimas y su sangre aquellos restos preciosos. Un dolor tanto más sincero cuanto que esta persona creía que no había testigos.

Aquí, como en todas partes, la costumbre y el ceremonial son a menudo el único principio de esas demostraciones de amistad, pero en muchas ocasiones la naturaleza es tan veraz y tan conmovedora que las lágrimas que caen de sus ojos hacen que también caigan de los vuestros. Dos meses después de que muriera un niño que yo había bautizado, su tío volvió a verme; el hacha de trabajo se le cayó de las manos, sujetó su cabeza con las dos manos y se puso a llorar. Y lloramos los dos.

[15] Tienen dos modos de saludarse en las visitas. Uno de sus saludos, que hacen a coro y en voz alta y que terminan con un grito universal, es éste: ven, ave de paso que mi hijo fue a buscar al otro extremo del cielo, ¡Ven! Agitan los brazos con el faldón del manto o de de la manta. Y después comienzan el *tangi*, los lloros. Manifiestan así su afecto y nos acusan a nosotros de que no nos amamos los unos a los otros porque no lloramos.

El *tangi* se realiza sentados en tierra y dura más o menos, según sea la intensidad de la amistad. A veces se añade la sangre y va acompañado siempre de palabras tiernas. Si los visitantes no son parientes, se contentan con invitarles con estas palabras: *Haere mai*, bienvenidos… *tautimai,* bienvenidos… *haere mai,* venid aquí…

También el *hongi* es saludo maorí: nariz contra nariz. Después los invitan a comer. Es una señal de amistad que dan a veces a los viajeros que pasan; hay que corresponder, de lo contrario se les ofende. Cuando se visitan, los jefes se hacen normalmente algunos regalos. Son siempre bien tratados. Lo que se les sirve pasa a ser de su propiedad. Si es preciso lo consumen, o bien se lo llevan.

[16] Hay varios modos de declararse la guerra que no conozco bien. Normalmente va un correo a advertir a los jefes que estén sobre aviso. Pasa un largo tiempo antes de que aparezca el enemigo. Quiere sorprender. El *pa*, ciudad o pueblo, en el que me encuentro yo, recibió el aviso de que una tribu enemiga le amenazaba con un ataque próximo. El nuevo motivo de hostilidad era que cuatro hombres que pasaban caminando habían comido patatas pertenecientes a su tribu.

Tras el aviso, la alarma entra en el *pa* y todo se dispone para la guerra. Divididos en dos grupos, la gente del *pa* se reúne en un lugar espacioso. El jefe se sienta en tierra, unos y otros avanzan lanzando gritos, cruzan sus lanzas por encima de las cabezas y se separan. Es como un juramento de que todos combatirán por la causa común.

Al caer la tarde se comienza a hacer la guardia en el *pa* y fuera del *pa*. Se quiere advertir al enemigo que, si se acerca, están preparados para recibirlo. De vez en cuando lanzan también disparos de fusil-

Durante la noche, se oyen canciones de guerra desde distintos lugares del *pa*; el tono elevado de las mismas y su final quejumbroso mantienen despiertos a los guerreros del *pa* y avisan que se está vigilando.

Mi gente había pedido a las tribus que vivían en la montaña vecina que encendiesen un gran fuego en caso de que vieran a los enemigos subir por el río que fluye por abajo de sus viviendas. El fuego aparece. Se redobla la vigilancia. En ese momento en Matamata somos dos sacerdotes. Nos piden que nos quedemos los dos y busquemos la paz si es que surge modo de entenderse.

Lo hicimos encantados, pero los enemigos no pensaban tan pronto en la guerra; venían a llorar a algunos de sus muertos, enterrados en una parte más alta del río. Las piraguas volvieron a bajar tranquilamente. En varias ocasiones he visto la danza guerrera, he oído los gritos que dan antes del combate. Nada más salvaje y tremendo. La utilización del fusil ha hecho que sus guerras sean menos sangrientas.

[17] Sus armas antiguas eran la lanza, *titaha*, de madera con punta por ambas partes. La agarraban por el medio, detenían con ella los golpes del enemigo y llevaba la muerte consigo. El *tewhatewha*, pesado en un extremo y puntiagudo en el otro, servía para golpear y perforar. Con el *talla*, afilado por los dos lados en la tercera parte de su longitud, rompían la cabeza de sus enemigos. La temible *méré* que pendía de la muñeca es una piedra ovalada y afilada con empuñadura; la agarraban cuando el enemigo estaba de espaldas, y de un golpe le rompían el cráneo y le levantaban la tapa de los sesos.

Lanzaban también flechas impulsadas por la fuerza del brazo. Otros fijaban la flecha en el suelo y mediante una cuerda atada a un palo en forma de látigo liaban la flecha y con las dos manos la lanzaban a los enemigos que estaban lejos. Temían mucho esa arma; con el fusil es distinto, no disparan más que tumbados en tierra.

Los jefes muertos eran llevados al *angi*: un cuenco ancho, lleno de piedras enrojecidas al fuego, donde ponen a cocer la comida para una gran cantidad de personas. Los hombres descansaban de las fatigas del combate comiendo a sus enemigos. Hace poco más de un año que estas escenas se volvieron a repetir en la tribu que tenía que venir a ata-

carnos. Pero acaba de concordarse la paz definitiva y en señal de amistad el jefe ha regalado alimentos: peces secados y cuanto se puede aprovechar al borde del mar. Era una cantidad considerable. Esa tribu correspondió, pero como este año no había suficientes anguilas, han regalado raíces de helecho, un alimento muy aceptable entre los maoríes.

[18] Cuando muere uno de sus parientes demuestran gran dolor. Una madre hizo un *tangi* de dos días junto al cuerpo de su hijo: le regaba con sus lágrimas y su sangre. Tan pronto reposaba sobre sus rodillas como sentada en el suelo, la cabeza adornada con plumas. En la entrada de la cabaña, colgaba un poco de comida para el espíritu del fallecido; en el ataúd ponen también pipas, tabaco y cosas preciosas.

[19] Cuando murió la mujer de un gran jefe, antes de que sus miembros quedasen rígidos por el frío de la muerte, colocaron el cuerpo como si estuviera viva, en cuclillas sobre los talones, con las manos cruzadas encima del pecho. Vestida con sus piezas más bellas y unas preciosas plumas adornando su frente. La mujer quedó expuesta durante varios días bajo un toldo, con la cara vuelta hacia el oriente para dirigir así bien sus pasos hacia la región de los espíritus. Todos sus parientes vinieron a llorar. El *tangi* se hace de pie, profundamente inclinados y con los brazos tendidos hacia el ser querido. El cuerpo fue depositado en un lugar secreto a la espera de la rehabilitación de los huesos.

[20] Esta ceremonia tiene lugar cada tres o cuatro años. Después de las oraciones acostumbradas, las personas designadas toman las cabezas de sus muertos al son de descargas de fusil y las llevan a un lugar preparado. En una ceremonia de ese tipo vista por mí, había dos lugares *tapu* fuera del *pa* para dos tribus diferentes. En una había ocho cabezas, en la otra catorce. Reposaban sobre harapos extraños; algunas estaban cubiertas de gorras.

A sus muertos no les privan de nada. Por eso unos maoríes, al ver cómo sepultaban a un inglés con un simple paño de algodón, se disgustaron y acusaron a los parientes de no tener afecto alguno a su pariente difunto. Fueron varios días de lloros y gemidos. Las personas que velan a su *tapu* no pueden probar la comida. Por eso, cerca de allí se les prepara un comedor. Se acercan a él con un vestido que no es *tapu*, las manos detrás de la espalda, y toman con los labios la comida que se les ha preparado. Se pone una pipa bien llena sujeta a un palo y se utiliza de la misma manera.

[21] Con ocasión de esta ceremonia, los maoríes ofrecen grandes obsequios de comida a los invitados. Ciento treinta y cinco cerdos fueron sacrificados, cocinados y distribuidos, con patatas y kumara en cantidad proporcionada. En otros lugares, y con ocasión de la misma ceremonia, he visto el cerdo cortado en trozos pequeños, cocidos y nadando en grasa. Todo ello en grandes recipientes hechos con corteza de árbol y en forma de cesto.

[22] La distribución de la comida se hace con orden. Un jefe, con una vara en la mano, designa cada parte y dice el nombre de la persona; al pronunciar el nombre suele añadir algunas palabras agradables. A menudo la ofrece a personas ausentes. El que acepta, o se la lleva o se la ofrece él mismo a un amigo presente.

[23] En los viajes, cuando se encuentran dos grupos, normalmente dan una parte de lo mejor que tienen, Rechazarlo o no corresponder generosamente los ofende. El clima invita a viajar, no puede ser más agradable. Sin embargo, sobre todo en invierno, las lluvias son muy frecuentes, los ríos crecen y llenan las marismass. El frío de junio y julio cubre los árboles de una fuerte escarcha blanca y las aguas estancadas de una ligera capa de hielo. El sol de las diez hace desaparecer todo. Durante todo el año la madrugada y el atardecer son muy frescos; antes del verano y una vez acabado, las madrugadas heladas hacen mucho daño a los productos de la tierra, las patatas, los *kumara* dejan de crecer.

[24] Como curiosidades de la naturaleza diré que, cerca de aquí, no conozco más que una fuente de agua caliente; que en otra parte de la estación hay pequeños lagos con parajes preciosos y muchas anguilas.

[25] Desde que estamos aquí, hemos vivido dos temblores de tierra bastante suaves, y el 5 de marzo de 1842 vimos un cometa en la dirección de poniente. Es el más grande que he visto hasta ahora; tenía una cola flameante que asombró a los nativos y asustó a los europeos. Su visibilidad duró todo el mes, disminuyendo progresivamente.

[26] Dios, que condenó al hombre al trabajo, ha querido también que la necesidad le recuerde esa obligación y le forzó a cumplirla. Empujados por la necesidad, los maoríes comienzan sus trabajos hacia finales del mes de agosto. Todos sus instrumentos de agricultura consistían en una pala de madera dura, plana y cortante. Ahora tienen el mismo instrumento, pero de hierro. Sentados en cuclillas, cortan las hierbas malas, remueven la tierra a cuatro u ocho pulgadas de hondura y van haciendo pequeños montones de tierra en los que siembran las

patatas y los *kumara.* Este último tubérculo es un fruto largo y dulce pero muy ligero. En sus antiguas costumbres tienen unos rigurosos *tapu* que han de observar al trabajar este producto alimenticio. Lo guardan en casas hechas con sumo cuidado.

[27] Las patatas las colocan en cuencos, cuidadosamente tapados. Para tener a mano la leña necesaria para cocer su comida, los maoríes optan por poner sus casas cerca del bosque o incluso dentro del mismo, pero habiendo clareado previamente el espacio con el fuego, y cuando abandonan el emplazamiento, el helecho remplaza a los hermosos árboles que sombreaban aquellos lugares. Cada año hacen plantaciones sucesivamente en varios lugares, y a menudo a distancias considerables. Pienso que sus guerras frecuentes les habían obligado a hacerlo así, para que si el enemigo destruía algunos de sus graneros, ellos tuviesen un recurso contra el hambre.

[28] Además de las patatas, los europeos les han llevado el maíz. Para comerlo, lo ponen a fermentar en agua, después lo trituran con un mazo y con ello hacen una sopa que despide un olor fétido. Pero ellos se lo comen con gusto. La calabaza con forma de botella que cultivan, tierna y cocida, les proporciona también una alimentación más bien muy refrescante. Aquellas que dejan crecer hasta alcanzar su tamaño natural, las destinan para guardar el agua y también los líquidos que desean conservar; asimismo hacen una especie de tinas, en madera vaciada, que les son muy útiles. Juntamente con la marmita en la que cuecen el maíz, esos son sus utensilios de cocina.

[29] La manera de preparar la comida que tienen las mujeres llama la atención del extranjero que lo ve por primera vez. Con una concha van quitando hábilmente la piel de las patatas; mientras tanto, unas piedras puestas al fuego se van poniendo incandescentes. Entonces se las mete en un hueco redondo y profundo, se las cubre con una capa de hierbas mojadas y se colocan encima patatas, *kumara*, cerdo, pescado… todo aquello que se quiera cocinar. Durante la cocción de los alimentos, las mujeres trenzan pequeñas canastas, que llenan y llevan sobre la mano derecha a la altura de la cintura.

[30] Una persona que no tenía marmita preparó delante de mi un caldo de hierbas para un enfermo. Lo hizo en un vaso de madera con piedras candentes; despedía un olor tan bueno como si hubiera sido preparado en la vasija más preciosa.

[31] Ése es prácticamente el único remedio que emplean para sus enfermedades, y no le emplean demasiado a menudo. Padecen fre-

cuentes indisposiciones, fruto de su despreocupación al echarse por tierra a descansar en lugares húmedos. Las enfermedades de la piel vienen de la suciedad, tan extendidas como los lamparones o escrófulas en el cuello. Los reumas son innumerables y se llevan cantidad enorme de nativos. A esas enfermedades, los europeos han añadido otras que los diezman y, ademas, cubren de vergüenza a esos pobres, víctimas de sus pasiones o de los indignos expatriados que trafican con ellos.

[32] Antes de que los europeos llegaran al país, la vestimenta de los maoríes se limitaba al *weruweru* o *tatara.* El *weruwera* era el manto del jefe. Tenía forma de un cuadrado largo, tejido con *phormium tenax* y orlado todo su entorno con franjas negras, que adornan también la superficie interior y exterior del manto. Las mujeres que lo realizan tardan unas tres semanas en hacerlo. El *tatara* es también un manto, muy semejante al anterior pero con un tejido más largo para defenderse de la lluvia. Los colores y adornos que ponen las mujeres en su obra le hacen agradable.

[33] Los maoríes emplean el tinte negro. Lo obtienen de la corteza de varios árboles. La machacan y la dejan largo tiempo en agua.

[34] El *kokowai* es un color rojo que les gusta de modo especial. Para obtenerlo, sacan de algunas zanjas un limo rojo y fangoso, que endurecen al fuego. Cuando está cocido, lo reducen a polvo y lo diluyen en aceite o en agua. Se lo aplican al cuerpo, al cabello. Y entonces presentan un aspecto repelente. Tiñen de rojo sus casas, sus tumbas, *waka*, sus piraguas. Creo que ese color entra en sus *tapu*.

[35] Los nativos de Nueva Zelanda, normalmente ponían sus *pa*, sus pueblos, en las alturas, como medio de defensa. Los numerosos emplazamientos que se encuentran en el camino tienen aspecto de una especie de pan de azúcar aplastado. Están rodeados de fuertes empalizadas a la espera del enemigo.

Desde que tienen armas de fuego, no tienen dificultad en colocarse en la llanura, pero entonces levantan una doble empalizada. En la empalizada exterior, y a una altura de un pie y medio de la tierra, preparan unos espacios para el cañón del fusil. Detrás de la empalizada interior cavan una fosas, en las que se ocultan los tiradores. Cada cierta distancia, las empalizadas tienen unos salientes, en los que se sitúan los soldados para defender las cercanías del *pa.*

Estas ciudades o aldeas tenían hasta mil personas, e incluso más.

[36] Por dentro están divididas en varios compartimentos, cada uno de ellos dependiendo de un jefe que asume la protección de todos los que se reúnen en ese recinto. La casa suya es para toda la familia; el edificio tiene la forma de un cuadrado más o menos amplio, de acuerdo con el uso o el número de los que se acogen en él. Las paredes tienen una altura entre dos y cinco pies, el tejado va cayendo sobre los lados desde la altura más elevada que presenta en el medio. Todas las casas tienen un especie de voladizo, en un lado del cual se abre una pequeña ventana oblonga, y en otro una puerta pequeñita por la que sólo se puede pasar a rastras. Por la noche, esos dos únicos tragaluces quedan cerrados casi herméticamente con planchas correderas, y todos, grandes y pequeños, personas, perros, gatos, cerditos… duermen allí, como en un baño turco, su profundo sueño.

[37] Normalmente, los jefes siempre tienen una estera limpia que ofrecer al extranjero que les visita. Sobre ella toma él su descanso. La estera y algunos fusiles son los únicos objetos que se hacen notar en las casas de los maoríes. Sin embargo, desde que los europeos se establecieron allí, se procuran cajas con cerradura, que tanto ansían poseer.

[38] Para construir las casas, a distancias fijas levantan unas planchas fuertes, que anteriormente labraban con el hacha de piedra y ahora con la azuela. Sobre cada una de ellas reposa un travesaño. Algunas veces son esculpidos, lo mismo que la pieza del medio que los sostiene. Todo ello pintado de rojo, pero sólo en el acabado. El marco de la puerta suele ser trabajado de una manera muy agradable. Después, sobre ese primer maderamen se fijan una tablas delgadas.

Sobre todo ello se sujeta una primera capa de *kakaho*, una especie de junco largo y amarillo que, cuidadosamente utilizado, es una labor muy limpia. Seguidamente se colocan otras capas más de *raupo*, una planta larga y pantanosa, para mantener el calor en la vivienda. Algunas hierbas largas facilitan que las aguas de la lluvia se deslicen.

Según sean lo lugares y la situación, los materiales empleados para la construcción variarán, pero el estilo y el gusto son iguales en todo lugar. Una vez terminada, la casa subsiste mientras puede. Es *tapu*, los espíritus toman su tejado como morada y la abandonan cuando es destruida. A ciertos pasos de distancia, se extiende una ancha pértiga que determina el término del *tapu* y el lugar donde se debe tomar la alimentación, incluso en tiempo de lluvia. Cerca de allí hay un especie de granero, montado sobre cuatro estacas, en el que se guarda los ali-

mentos, las provisiones. Las mazorcas de maíz se colocan a treinta o cuarenta pies de altura, colgadas en árboles muertos y sin corteza.

[39] Después de que la oración se ha asentado entre ellos, algunos *pa* protestantes construyen por todo lo alto casas para la reunión.

Cerca de donde vivo yo hay una que tiene una longitud de ochenta pies ingleses, cuarenta de anchura y treinta de altura; mucho trabajo y mucho atrevimiento.

[40] Otra obra del trabajo maorí son sus sepulcros. En ellos muestran su gusto, su paciencia y la indecencia más indignante (¿escandalosa?). En mi estación hay dos semejantes, con una altura de unos diez pies, siete u ocho de anchura y dos de profundidad. La fachada está repartida en tres o cuatro compartimentos en los que se ha esculpido una cabeza, un vientre enorme y dos muslos.

El diseño es de una ridiculez sin par. La parte superior está coronada por una cornisa, mantenida por dos columnas pequeñas y todo ello esculpido. Ese tipo de sepulcros están vacíos en el interior; se construyen en memoria de un gran jefe, cuyos restos reposan en un lugar desconocido. Las empalizadas de los *pa* antiguos están ornamentadas con figuras grotescas que recuerdan a los jefes muertos.

[41] A sus embarcaciones les rinden el mismo honor y les son más útiles que sus sepulcros. Escogen en el bosque el árbol más adecuado; una vez derribado y limpio para ser trabajado, lo vacían y tallan en forma de pez. Los hay de treinta, de cuarenta e incluso de sesenta pies de largos.

Hay embarcaciones más sencillas, como las piraguas, sin ornamentación y de una sola pieza. No suele ser agradable verse sorprendido por el mal tiempo en una embarcación de ésas; son bastantes los casos en que los maoríes pierden asi la vida; algunas veces, cuando tienen la suerte de escapar, se los ve llegar a tierra montados a caballo sobre sus piraguas volcadas.

[42] Ahí tiene, querido y reverendo padre, algunas de las cosas que quería decirle sobre los pueblos y las gentes con los que viven nuestros hermanos religiosos. Visitarlos es el modo de conocerlos y de enseñarles a que nos conozcan a nosotros y a conocer a Dios. Cuesta un poco: los caminos son malos, las zonas pantanosas muchas y más o menos profundas; algunas no se secan hasta finales de febrero o de marzo, una vez pasado el verano; el resto del año hay que caminar sobre el agua como los patos.

Normalmente nos acompañan uno o dos maoríes: uno lleva las mantas para la noche y alguna ropa para cambiarse, el otro algún medicamento y los utensilios sagrados para la administración del bautismo. Las provisiones se consumen al llegar al primer *pa*, se comparten sus patatas, *kumara*, anguilas y cerdo cuando hay.

A los maoríes les encanta que se viva con ellos y como ellos, que se duerma en sus casas, que se charle con ellos hasta bien entrada la noche. En esas tertulias se hace el catecismo y se habla de todo lo que puede ser útil para ellos. A menudo esos viajes duran un mes u cuarenta días.

Adiós, reverendo padre, reciba mi respeto y mi recuerdo; no olvide en el altar a quien será siempre su afectuoso hermano,
Antoine Joseph Séon.

311 : Controversia

En 1823, el jefe de la misión anglicana Samuel Marsden manda a Henry Williams a Bahía de las Islas. Se le une su hermano William Williams. Los dos hermanos participan en una controversia: William contra el P. Baty y Henry contra el P. Petit-Jean.

28 enero 1844. – Claude-André Baty a Juan Claudio Colin

Sydney.

Reverendísimo Padre,

[2] Empezaré siguiendo mi diario. Lo primero que veo en él y que merece la pena comunicarle es la entrevista que mantuve , hace ya varios meses, con un catequista protestante en una tribu de la Bahía de las Islas. Le diré primero que esos catequistas, formados en la escuela de su maestros, saben muchas cosas que les explican, contrarias a la iglesia católica, que es casi lo único que conocen con el nuevo testamento y las otras partes de la sagrada escritura traducidas a su lengua. Reconozco que un buen número de esos catequistas conocen bien la letra del nuevo testamento; ojalá hubieran aprendido también en sus escuelas el significado y el espíritu del mismo. No es fácil controvertir con gentes así porque –hablo en general– su argumento es siempre el mismo: nos lo han dicho, luego es verdad.

Bueno, vuelvo a lo de la entrevista. Yo había ido a visitar una tribu de la Bahía de las Islas, llamada *Waikare*. Llegado a la tribu, no había pasado aún mucho tiempo de estar hablando a los católicos nativos, que son los más numerosos, cuando vi venir hacia mi a un altivo indígena, perfectamente vestido a la europea, con unos libros bajo el brazo

(esto no lo había escrito en mi diario, pero es así como hacen ordinariamente) que se sentaba cerca de mí en las esteras de un cobertizo, donde estaba yo sentado al estilo maorí. Quizás sea oportuno aclarar que el vocablo maorí no encierra nada de injurioso; es el apelativo que se dan a si mismos los nativos para distinguirse de los blancos.

Casi de inmediato comenzó a atacarme; me habló de fe, de libros, de *wakapakoko*, ídolos –su constante campo de batalla– de Nabucodonosor, etc. Parece ser que les dicen que nosotros no tenemos fe puesto que en diversas ocasiones les he oído preguntarme ¿tienes tú fe? ¿Crees en Dios? etc. Como el nativo no hacía más que saltar de un tema a otro, le paré y le dije: las palabras que prohíben hacer estatuas para adorarlas son el antiguo testamento; nuestro Señor Jesucristo y San Pablo, al relatarnos los mandamientos, en el nuevo testamento, no hablan de la prohibición de hacer estatuas.

Entonces el nativo, por casualidad, me dice: Estás en lo cierto. Cuando nuestros maestros nos dicen que hay que tener una sola mujer y nosotros les decimos que Lamec tenía dos, ellos nos dicen que eso era en el antiguo testamento. Yo quedé gratamente sorprendido al oírle emplear ese lenguaje.

Como toda la gente estaba muy atenta y agradaba a todos demostrar sus conocimientos, uno de los nativos que estaban conmigo (Carlos, ahijado del comandante Lavaud) recordó las palabras del Éxodo que prohíben hacer estatuas para adorarlas y dijo que la iglesia católica no acostumbraba hacer representaciones de las cosas del cielo, ni de la tierra, ni del mar para prosternarse ante ellas.

Seguí adelante sin más respuestas y volví a Nabucodonosor. Cogí una rama de árbol y esbocé un cuadro cronológico, poniendo la creación en la parte de abajo, y después fui emplazando las principales épocas del mundo. Entonces, mostrando que Nabucodonosor estaba mucho antes que Jesucristo y mucho más lejos aún de Lutero y de Enrique VIII, le dije: ¿cómo puedes pretender que sea él quien arrojara al horno de fuego a tres protestantes si había muerto mucho antes que Jesucristo y que los católicos y muchísimo antes de que se hubiera oído la palabra protestante en esta tierra?

No insistió y me dijo que él creía que Nabucodonosor era católico y los tres jóvenes hebreos protestantes. Yo subrayé que había que desconfiar de quienes les enseñaban, que no les decían la verdad, etc. No necesité dar más ejemplos para demostrárselo. Karora –el Carlos arriba mencionado– fue deshilando la madeja de mentiras propaladas por nuestros adversarios antes y después de la llegada de Mons. Pompallier a Nueva Zelanda.

Como el catequista quería negar varias cosas, entre otras que ellos habían dicho que los misioneros católicos venían para hacerse con las tierras de los maoríes y que para atenderles era preciso que se las vendiéramos a ellos, como decía también que eran ellos, los maoríes, quienes habían pedido a los misioneros protestantes que compraran sus tierras (subterfugio que éstos utilizan ante los maoríes para disculparse), el gran jefe del lugar, aunque protestante de nombre, tomó la palabra y lanzó una invectiva virulenta contra el acaparamiento de tierras por los susodichos; afirmó que la religión católica era la buena, puesto que desde hace tres años que conoce a Mons. Pompallier en la Bahía de las Islas y siempre le había visto con un *kainga*, vivienda…

Otro jefe me preguntó si yo era de la misma nación que Marion. Le dije que sí; entonces me dijo que Nueva Zelanda nos pertenecía porque Marion había sido el primero en ir a Nueva Zelanda, le mataron allí, su muerte fue pagada más tarde con la masacre de los maoríes de la bahía donde le habían matado, después un maorí fue a Francia, de donde volvió colmado de favores y con grandes ideas sobre la grandeza de la nación *oui oui.* Parece ser que ese jefe no tenía rencor alguno contra Marion, del que acaba de decirme que había introducido en Nueva Zelanda las pulgas al desembarcar unas toneladas de tierra.

Por fin, esos jefes, pasando de las generalidades a lo particular, manifestaron ingenuamente lo poco querido que era aquel a quien veían como su maestro. El jefe viejo, enseñando los harapos que cubrían parte de su cuerpo, me dijo: mire, mire mis *karukaru* (trapos, pedazos es el término auténtico); él tiene mis tierras y cuando voy a pedirle ropa, me dice: ¿*Kei hea te utu*? ¿Dónde está el dinero para pagar? El que se dice misionero, de común acuerdo con uno de sus camaradas, ha procurado hacerse con las pocas tierras buenas que poseía esta tribu; lo que queda ahora en posesión de la tribu son las montañas, algunos terrenos pequeños desperdigados y el *pa*, pero solamente el *pa* encerrado entre el río y las empalizadas del mismo.

[3] Me estoy alargando, reverendo padre; pero no puedo quedarme en camino, estoy siempre conferenciando. La conversación vino a caer sobre los lugares de la escritura en los que se recomienda la pobreza, se prohíbe la ira, etc. El catequista me confesó que sus maestros estaban en contradicción con esos textos.

Entonces yo volví al tema de las mentiras y le dije que un misionero protestante me aseguró, y lo sostuvo públicamente, que ellos no vendían sus libros, algo como decir a todo el mundo que no hay sol, que postrarse con la cara en tierra no era uso de ellos europeos sino un *poka noa* (un acto sin motivo o ilegal) de los maoríes o algo introducido ilegalmente. Como tales mentiras eran de dominio público, el ca-

tequista no quiso negarlas, y yo saqué la consecuencia: pues del mismo modo también pueden decir mentiras, y las dicen de hecho, relacionadas con la oración.

El catequista, probablemente avergonzado al verse solo en su bando, reconoció todo y dijo que sus maestros se encolerizaban, que cuando se los llamaba por la mañana si no se levantaban al primer toque, se airaban contra ellos, que en lo sucesivo no quería hacer caso más que a su libro y que ya no necesitaba a esos maestros.

Eso fue lo que proporcionó esta conversación, porque la conversión la da la gracia y la gracia pide cooperación; además, la conversación fue interrumpida por el predicador del lugar que se presentó allí, y sin decir nada se fue casi de inmediato llevándoselos consigo con su persuasión.

Un poco antes de que yo llegara a esta tribu, el tal predicador había lanzado una severísima reprimenda, invocando la cólera de los dioses maoríes contra un católico que, por diversión, había disparado varias veces el fusil un domingo.

Decía que se necesita cooperar con la gracia para la conversión, ahora bien a menudo la bondad de Dios tiene medios distintos de las disputas para facilitar la cooperación. He visto muchos nativos que se hacían católicos siendo protestantes. He visto también varios de sus catequistas, movidos casi siempre por razones distintas a la convicción, para quienes sin embargo las disputas son el mejor y único medio para que conozcan la verdad; las disputas les disponen y cuando llega alguna razón nueva, eso es suficiente.

[4] A propósito de lo arriba mencionado añado una particularidad ocurrida en otra reunión como la anterior. Como en aquélla, cuando el asunto giraba en torno al alto precio de los libros que vendían nuestros adversarios, alguien interrumpió y dijo: en el sur, un nuevo testamento se vende por un cerdo *niho puta,* es decir "con los colmillos fuera", y lo expresaba con un gesto de los dedos, sobre los vestidos que nosotros damos como señal de fecto y que él interpretaba como un cebo para llevar al infierno.

Un jefe confesó: yo me he pasado al obispo 1º porque los sacerdotes no tienen mujer, 2º porque compran poca tierra, 3º porque dan cosas por amor y no van diciendo siempre qué me pagarás por ello. Me abstengo de comentarlo excepto el número 1º. El tema del celibato tiene suficiente fuerza ante los nativos como para fijar su atención en el sacerdocio católico y, de ese modo, en la fe; por otra parte es costumbre, o más bien era costumbre, que quien se formaba para ser sa-

cerdote se abstuviera del otro sexo durante la formación, que debía ocupar un largo periodo puesto que había que aprender de memoria oraciones, filas de nombres, etc., cantidad de cosas sin fin.

Debo contarle al respecto una hermosa reflexión de un nativo; quizás ya se lo hayan escrito, poco importa. Un día oí lo que le decía un jefe a monseñor Pompallier o a otro jefe, no me acuerdo bien: entre nosotros, los maoríes, las mujeres son una gran riqueza; los misioneros protestantes han venido con sus mujeres, así que no han abandonado sus riquezas para venir a predicarnos. En cambio los misioneros católicos no tienen mujer, desdeñan lo que nosotros consideramos tesoros; así que deben querer a los maoríes y amar su doctrina como algo importante. Lo que quise copiar al oir la reflexión fue el fondo de la misma.

Nuestros antagonistas conocen bien nuestra ventaja y ponen pleno afán en destruirla; es raro que un Padre tenga una discusión o una conversación con un maorí protestante sin que éste ponga sobre el tapete el tema del celibato. Saben muy bien que Dios dijo: "*Sed fecundos y multiplicaos*", "*no es bueno que el hombre esté solo*", etc. Y el "*cómo has venido tú al mundo*" es una de las frases de importancia capital que he oído resonar en todo lugar por mí visitado, o esta otra: "*hay tres Dioses*". Pienso que con eso se puede conjeturar por dónde giran las instrucciones de esos que se llaman a si mismos apóstoles del cielo, y digo apóstoles del cielo porque no quieren decir de quién tienen su misión en la tierra. Un día que pregunté a uno en una charla pública en qué país estaban sus antepasados haciendo la oración protestante: en el cielo, me dijo. ¡Desventurado pueblo, que ha caído en tales manos!

[5] Un pequeño detalle más. Un día fui a visitar una tribu; en aquel momento existía entre los nativos una extraordinaria movida debido al dinero que, por orden del obispo protestante, tenía que dar cada maorí cuando recibiera la Cena. Esa orden, que jamás contó con entusiastas entre los maoríes, hacía que los nativos católicos tuvieran miedo de que nuestro obispo hiciera lo mismo; antes de bautizarse querían estar bien seguros de que no se verían obligados más tarde – utilizo su misma expresión – a comprar el sacramento con unos chelines, seis peniques, repollos, cebollas, madera para calentarse, todas esas cosas que ellos dicen que tienen los otros, aunque no puedan garantizarlo.

Querían tener una respuesta positiva. Yo les dije que entre los europeos había unas costumbres que monseñor no introduciría para ellos porque eran pobres, y que además entre nosotros no se daba dinero por el sacramento de la eucaristía, etc.

Como me extendía mucho hablando de ello, dos protestantes nativos que estaban escuchando me dijeron que esa práctica existía en el nuevo testamento. Pienso que se les había hablado de las colectas realizadas por San Pablo pero el buen maorí lo había olvidado. Le dije que me enseñara el lugar de su libro donde se dijera que había que dar dinero para recibir la Cena, y me mostró el texto en el que se habla de las treinta monedas de plata que dieron a Judas los sumos sacerdotes por entregar el Señor. Eso ocasionó una breve risa y sirvió para que les dirigiera una breve enseñanza sobre este tema.

Otro, esperando probablemente tener más éxito, me presentó el texto de Santiago: "La religión pura y sin tacha a los ojos de Dios Padre es ésta: mirar por los huérfanos y las viudas en sus apuros y no dejarse contaminar por el mundo", otro tema de enseñanza, etc. Lo aproveché también para decirles con dulzura y bondad que no entendían su libro, ni tampoco su religión. Ese fue todo el fruto; no obstante, después de eso creció mucho el número de católicos en aquel lugar, cosa que hace pensar que la providencia se sirvió de esas pequeñas siembras para ganarse el corazón de ellos y de muchos otros. […]

Reciba los sentimientos de mi más profundo respeto…

P. Baty, S. M.

635 : El tatuaje

4 junio 1847. – Léopold Verguet a sus padres

Desde Kororareka

Queridos padres,

[1] Llegué a Nueva Zelanda el día veinte del mes pasado tras doce días de buena travesía, con viento favorable y buen tiempo. El mareo que sufrí esta vez, más fuerte que nunca sin duda a causa de mi debilidad, ha sido un excelente remedio para mi. Tras la llegada, ha mejorado tanto mi salud que ahora me encuentro casi tan bien como cuando salí de Francia.

Monseñor Collomb goza también de buena salud. Fue consagrado obispo el domingo 23 de mayo, fiesta de Pentecostés. Ahora estamos esperando un barco que fue a Auckland, ciudad que está a unas cuarenta de leguas de Kororoka, para que nos transporte a Nueva Caledonia. Allí habrá otro navío a disposición de monseñor.

[2] Desde que llegué a Nueva Zelanda me ocupo de dibujar las curiosidades del país. Estoy pintando los nativos con sus tatuajes, las embarcaciones, las casas, las tumbas, etc.

[3] El tatuaje da a los neozelandeses un aire de ferocidad; consiste en pintarse la piel , normalmente morena, trazando sobre el color amarillo unas líneas azules indelebles que siguen la dirección pedidas por la costumbre. Suelen ser casi iguales en todas las figuras. Aparecen siempre cuatro franjas anchas de color azul que suben como grandes pliegues por encima de las cejas; las demás, anchas también, parten de las fosas nasales y descienden hasta el mentón. El resto de su cara está más o menos cubierto de festones circulares según sea la paciencia y el deseo de agradar y de hacerse notar. Para que la barba no oculte la belleza de su rostro, se esmeran en cortarla según va creciendo.

[4] El tatuaje es muy doloroso, pues los neozelandeses utilizan para hacérselo un trozo de hierro puntiagudo, al que golpean con martillo de madera para hundirlo en la piel. Así van punteando las rayas o franjas que desean marcar, cuidando bañar de vez en cuando el hierro puntiagudo en la savia de un árbol que tiene la propiedad de colorear en azul. Van dibujando sobre su cuerpo sin haber marcado nada antes, pero observando una simetría perfecta. Durante la operación corre sangre en abundancia y el que es tatuado no hace ni un movimiento. Al día siguiente y los días posteriores las heridas recibidas se inflaman y la piel que ha soportado el tatuaje se hincha considerablemente. He visto recién tatuado un labio monstruoso. Para soportar mejor esos dolores los neocelandeses realizan el tatuaje en varias veces […]

[5] Aquí el tatuaje se hace de un modo muy diferente a Salomón. Allí se rasgan la piel con un trozo de bambú sin añadir nada para colorarla, un tatuaje poco vistoso en el que resalta un poco el rojo sobre la negra piel de los melanesios. Por ejemplo los cristovalenses eligen la línea quebrada y su tatuaje no es más que una serie de zigzagueos que van desde la nariz a la oreja; de vez en cuando los separan con líneas rectas y así llenan toda su figura. Las líneas quebradas que pasan por encima de las fosas nasales van bajando por encima de los labios y del mentón. En medio de la frente trazan una figura que tiene un cierto parecido con la cruz.

¿Qué significa la línea quebrada de los cristovalenses que se inscribe encima de los sepulcros, de las casas, de las piraguas y que cubren la cara? Pienso que las trazan para imitar las sinuosidades de la ser-

piente y que ellos se tatúan de ese modo en su honor: he observado en varios dibujos que la serpiente es para ellos una divinidad.

[6] Un día que fui a catequizar un pueblo de mi distrito les dije que adoraran a Jehová, que así llamamos nosotros a Dios, y que le rezasen. Les dije que se pusieran de rodillas y repitieran tras de mi un acto de amor: Jehová, yo te amo. Uno, a quien no le agradaba esta oración, me dijo que Jehová era para nosotros y no para ellos, que sus oraciones consistían en hacer lo que iba a ver: cogió un plato de madera en el que había leche de coco y lo elevó ante una estatua sucísima y tosca.

¿Es que careces de inteligencia, le dije, para dirigir ese tipo de oraciones a un trozo de madera? ¿Qué puede hacer por ti esa madera, que no tiene vida? Esa madera no tiene vida, es cierto, me contestó, pero ven a ver otra que sí tiene vida. Me enseñó una tabla recortada en línea quebrada y que terminaba en triángulo. Yo no entendí ese tosco trazado. Se había querido representar una serpiente cuya cabeza quería ser el triángulo. No veo más que madera, le dije de nuevo, y ésta madera no tiene más vida que la otra.

Cierto, no tiene vida, ¿pero no están animadas las serpientes que se deslizan sobre la tierra? En honor de la serpiente hicieron, pues, esa escultura y allí le ofrecen su incienso. En otra tribu observé que ofrecían grasa a los perros. ¡Pobre gente! Adoran al demonio bajo la forma que escogió para seducir a vuestros primeros padres y tienen su imagen por doquier, incluso en su propio cuerpo.

[7] Los maoríes lucen el tatuaje no sólo en la cara sino que les cubre también la espalda, los muslos y las piernas; para ver esos tatuajes basta con observar sus ídolos. La espalda está cubierta de grandes franjas azules trazadas circularmente bajo los riñones, sobre la columna vertebral, y tatuadas con dibujos distintos. Creo que son repetición de los tatuajes que ocupan la parte central de la frente. El tatuaje es algo así como el nombre y el título del individuo que lo lleva. Cuando un neocelandés quiere dar a conocer su nobleza, se descubre y enseña el tatuaje.

[8] Mangaroa. El hijo de un pastor protestante se hace el tatuaje por la espalda y también él se quita la ropa para mostrar su filiación. El tatuaje de los muslos sigue la misma dirección. Son largas líneas que acaban encorvándose hacia el medio del muslo, dándole una vuelta más, y sigue con una línea recta que baja hasta las rodillas. El espacio entre esas líneas va cubierto de un tatuaje liso de color azul. Desde las

piernas sale el mismo tatuaje que desde los muslos. Los grandes jefes son los únicos que tienen el privilegio de engalanarse así.

[9] Me han dicho que en la zona sur de la isla se ponen tatuajes de lagartos en las piernas. En los ídolos los tatuajes de los brazos y de los cuerpos son los mismos que los de los muslos; sólo en los cuerpos tienen un trazado distinto. Se hacen en dirección transversal.

[10] Si los neocelandeses quisieran completar sus tatuajes sólo les quedaría una parte de la piel sin colorear. Tendrían que tatuarse la lengua, pues las de sus ídolos lo están. Las mujeres sólo están tatuadas en parte. […] El color lívido de la boca, resultado del tatuaje, les gusta a los neocelandeses. En Europa produciría asco.

[11] Los neocelandeses que se hacen cristianos no se hacen tatuajes; los que se habían tatuado antes de recibir el bautismo mantienen sus marcas imborrables , pero es lo único que mantienen de salvaje. Tenemos una cristiana cuyas delicias son las adoraciones al santísimo sacramento. A menudo llora cuando está al pie del altar. Si se le pregunta por qué llora, responde ingenuamente que por amor.

[30] Un fuerte abrazo de vuestro querido hijo Louis Verguet.

El 11 de marzo de 1845, la tribu de Nga Puhi –que desde hacía tres años estaba reivindicando las tierras expoliadas antes de 1842– se apodera por asalto de la guarnición inglesa enviada a Kororareka. Los colonos huyen mientras que las iglesias anglicanas y católicas son tratadas con indulgencia. Los maoríes terminarán siendo vencidos y ya no volverán a recuperar sus tierras a pesar de la lucha mantenida durante años.

De norte a sur : dos obispados 1843 – 1853

El 4 de junio de 1848, se erigen las diócesis de Auckland y Wellington (Port Nicholson), administradas provisionalmente por monseñor Pompallier y monseñor Virad con el título de vicarios apostólicos.

917 : Primeros pasos en Wellington

15 agosto 1850. – Jean Baptiste Petit-Jean a su cuñado Auguste Paillasson.

Querido hermano,

[1] Después de la división de Nueva Zelanda en dos vicariatos apostólicos, la parte septentrional quedó para Mons. Pompallier y Mons. Viard se trasladó a Wellington, la ciudad más importante de su nueva jurisdicción, en el estrecho de Cook. Al marchar con él, hubo que decir adiós a los fieles de quienes nos habíamos ocupado hasta entonces, pero su corazón supo testimoniarnos una generosidad filial que suavizó la separación y que nos permitió degustar parte del céntuplo prometido a los que dejan todo.

[2] Al entrar en el estrecho de Cook, notamos que nos adentrábamos en la región de las tempestades. Pero nuestro barco, más afortunado que otros, que de vez en cuando perecen en esa temible travesía, nos dejó el 1 de mayo en el puerto que buscábamos.

[3] Actualmente, tras cuatro meses de estancia aquí, ya anidamos esperanzas para nuestra santa religión. Antes de la llegada del obispo, los católicos europeos sintieron conmovidos; los de Wellington, apenas unos doscientos, recogieron con sus suscripciones y también con las de sus hermanos errantes, unos quince mil francos para la cons-

trucción de otra iglesia; resultaba indispensable para atender a toda la población diseminada a lo largo de toda la ciudad naciente.

La providencia se ocupó de enviar aquí previamente varias familias de Irlanda y de Inglaterra, distinguidas tanto por su fe como por la nobleza de su rango: concilian la estima pública con el catolicismo.

Lo que distingue a nuestros hermanos ingleses e irlandeses es sugenerosidad con toda institución piadosa: ese espíritu de entrega y de caridad se perfeccionó durante los siglos de persecución, durante los cuales tuvieron que sufrir no sólo las necesidades de sus iglesia despojada de todos sus recursos, sino también los impuestos cargados por la rapacidad de un gobierno enemigo.

[4] Con la ayuda de esos donativos, nuestros edificios se levantan con una rapidez que asombra a todo el mundo. El 1 de septiembre cuatro religiosas tomarán posesión de un convento y abrirán una escuela. En varios distritos se están preparando muchas más obras. En Hutt, a varias leguas de Wellington, un misionero está poniendo los fundamentos de una iglesia y de una escuela. Idéntica labor, y ciertamente el mismo éxito, en Nelson y en Akaroa de la península de Banks.

No puedo dejar de mencionar una pequeña aldea de doscientos neocelandeses, que va a tener el aspecto de un pueblo cristiano: con su capilla, su sacerdote, su escuela. Uno de nuestros Padres ha enseñado la labranza a sus indígenas; se ha comenzado con una considerable planicie y ya hay un molino esperando ya la próxima cosecha. ¡Qué felicidad poder proporcionar un cierto bienestar a estos isleños!

Otras partes de la tribu, que habitan a varias leguas de la ciudad, han abrazado nuestra santa fe. Todos los días, por parentesco o por interés, llegan nuevos convertidos del Norte, que hacen de apóstoles entre sus compatriotas.

[5] Es verdad que el protestantismo nos ha precedido sembrando en nuestro ruta los prejuicios de la calumnia; pero no han logrado verdaderas conversiones ; y aunque llegados a la hora tercia, nosotros hemos comenzado a disputarles el imperio de las almas.

Además, los ministros del error se han empleado más en hacer fortuna que en cumplir su misión. Últimamente, para gran escándalo de las sociedades cristianas, la compañía de los misioneros anglicanos ha expulsado de la compañía a uno de sus misioneros, por su obsesiva inclinación a la posesión de terrenos inmensos: dos mil quinientos acres de tierra eran insuficientes para su avidez.

Así, la iglesia recibe de sus enemigos el rendimiento de un contraste más elocuente que todas las palabras. Hace poco que un sectario le rindió una especie de veneración no menos conmovedora: estoy ha-

blando de un criminal, condenado a muerte, que antes de subir al cadalso quiso rendir homenaje a la verdadera fe. Hereje, estaba manchado con un crimen; católico, se ha reconciliado con la iglesia y en la sangre de Jesucristo se ha purificado de la sangre inocente que había derramado.

[6] Estos son, querido amigo, los primeros pasos y conquistas de nuestra religión. Hay que darse prisa; la colonización avanza rápidamente movida por el gigantesco impulso de Inglaterra. Donde hace diez años no había más que algunos aventureros, se han levantado ya ciudades con sus suburbios. Aquí todo invita a implantar la industria: las minas de cobre y de carbón sin explotar, las estaciones de pesca, los fértiles valles y las planicies que se van llenando de ganado.

Pero llamada y pagada por el gobierno británico, la herejía también se da prisa. Mientras los presbiterianos fundan un establecimiento cerca de Otango, con la ayuda de capitalistas, elegidos únicamente de la comunión anglicana, brota de la tierra una ciudad inmensa que lleva el nombre de New-Cantorbery. En circunstancias de ese tipo, y rodeada de rivalidades que quieren excluirla, es donde tiene que echar raíz y justificar sus derechos nuestra iglesia católica.

Tu querido hermano, Petit-Jean.

954 : Los años del Padre Pezant

29 octubre 1850. – Extractos de una carta del Jean Pezant al cura Riberolles, párroco de Saint-Amant-Tallende.

New Plymouth, , Taranaki, Isla sur de Nueva Zelanda.

Señor cura y querido padre en nuestro Señor,

[1] Recibí su amable respuesta a la cata que le escribí en enero de 1841 tras la llegada a Nueva Zelanda a bordo del *Aube*. No podría expresar con palabras cuánto alegría me dio. Le remito aquí todo mi agradecimiento. Si no le he escrito después es porque no quería escribirle, y de tan lejos, unas simples tarjetas. Esperaba encontrar tiempo para darle detalles sobre el país, los habitantes y la misión. El constan-

te torbellino de viajes y de peticiones de todo tipo en una misión nueva me han impedido hacerlo.

[2] Le hablaré hoy un poco de nuestros neocelandeses, pero después de contarle brevemente mi historia aquí durante estos diez años. Al llegar de Europa, monseñor Pompallier me envió, con el P. Comte, a Akaroa, en la península de Banks. Allí estuve encargado de los colonos. Como eran pocos, durante el poco tiempo que permanecí encargado de ellos no hice ningún otro bien más que preparar a un niño para la primera comunión y dar clase a algunos otros. No teníamos ni casa ni capilla. Monseñor vino a visitarnos dos meses después, y al ver que yo era joven y mi salud buena y que, por tanto, podía trabajar más, me llevó consigo y dejó al P. Tripe en mi lugar.

[3] Acompañé a Su Excelencia durante la visita a la costa este de esta isla y seguidamente a la del norte. La visita duró varios meses, con frecuentes vientos contrarios durante la travesía; sufrí unos mareos terribles, a los que no me he podido acostumbrar. Finalmente, el 19 de marzo de 1841 llegamos a Bahía de las Islas, sede principal de la misión y lugar normal de residencia del señor vicario apostólico. La semana santa y las fiestas de Pascua las pasé allí con el P. Baty, actual pro-vicario apostólico, y con el P. Épalle antes pro-vicario y después monseñor de Sion, asesinado en las islas Salomón.

[4] Tres semanas después de Pascua, monseñor me envió a Tauranga, en la bahía de la Abundancia, estación fundada hacía solo unos meses y atendida hasta entonces por el P. Viard, actualmente obispo de Wellington y ordinario mío. A Tauranga llegué el 21 mayo 1841 y quedé allí hasta el 17 marzo 1844.

Durante los tres años pasados en esa estación no tuve grandes éxitos ya que la misión de Nueva Zelanda acababa de empezar y el espíritu de sus gentes estaba lleno de ideas supersticiosas o de prejuicios inspirados por la herejía. No disponíamos de medios humanos y la herejía no carecía de nada. Los medios sobrenaturales necesitaban tiempo para operar. Los primeros dieciocho meses se emplearon en combatir la herejía.

[5] Tres meses después de mi llegada, el señor Vicario Apostólico vino a visitar la estación. Llevaba los misioneros recién llegados de Europa y fundó dos nuevas estaciones, con lo cual yo estaba entre dos compañeros. Nos reunimos para hacer frente al error con más ventaja. Tuvimos varias discusiones públicas ante los nativos con diferentes ministros protestantes. Dios bendice nuestros pasos, y esos ministros de la herejía se vieron completamente reducidos al silencio entre nues-

tro vecindario. Liberado de esas preocupaciones, durante los dieciocho últimos meses pude ocuparme más seriamente del apostolado entre mis católicos, seguros ya y dispuestos a escucharme.

[6] Por desgracia, uno de nuestros hermanos de al lado, el excelente P. Borjon, un joven sacerdote de virtud eminente y talento notable, cuando iba a Port-Nicholson a fundar una misión se ahogó durante la travesía. Éramos pocos, el P. Borjon no había sido remplazado aún en su puesto anterior, y su muerte redujo más nuestro número. Yo, permaneciendo encargado de Tauranga –una estación que habría necesitado dos Padres– me vi obligado a atender provisionalmente Rotorua, estación del P. Borjon, para llegar a la cual se necesitan dos días de nueve horas de camino a través de un gran bosque, en una región llena de bosques y de grandes lagos muy profundos y peligrosos.

Como los habitantes de Tauranga y de Rotorua eran entonces enemigos mortales, ningún nativo de ambos lugares quería venir conmigo. Tuve que llevarme al buen Hermano Euloge du Forez para que me acompañara y nos repartiéramos el peso de los víveres y la capilla que teníamos que llevar.

[7] La primera vez que fuimos, tardamos un tiempo excesivo en atravesar el bosque y nos faltó poco para ahogarnos al atravesar un torrente con gran corriente, que había crecido con las lluvias. Se necesitaban al menos tres semanas para visitar todas las tribus de los lagos de Rotorua, aunque nosotros no estuviésemos más que un día y una noche en la mayor parte de los sitios. Excepto dos tribus, que eran buenas, orantes y algo civilizadas, las demás eran salvajes, insolentes y groseras.

Se mofaban continuamente de nosotros y de nuestra oración, nos recibían mal, nos robaban, perforaban nuestros sacos, nos negaban sus piraguas para cruzar los lagos, etc., etc. Además de todo eso, no disponíamos de más alojamientos que sus casas hediondas, bajas, donde hacía un calor excesivo, especialmente por la noche. Eso es lo que más hace sufrir a los europeos recién llegados a Nueva Zelanda.

Incluso hay algunos que jamás pueden acostumbrarse a dormir en esas cabañas, en las que uno se ve asfixiado por el humo y empapado de sudor, y se encuentra con el horrible espectáculo de ver a los nativos mezclados, hombres y mujeres, semidesnudos todos a causa del calor, acostados sobre hierba extendida en el suelo. A menudo suelen admitir que se acuesten dentro de las casas y en la misma estancia los perros y los cerditos, verdaderos amigos de los neozelandeses.

Para comer sólo teníamos patatas hervidas, o bien y como mucho, unos pescaditos y unos cangrejos. Todo eso hacía que nuestras salidas a Rotorua fueran bastante pesadas y el resultado de nuestra labor poco apreciable.

[8] Encargado yo solo de los dos distritos de Rotorua y Tauranga y a la espera de que llegaran refuerzos, lo más que podía aspirar era a impedir que se hicieran protestantes, catequizarlos de corrida , como decían ellos mismos, bautizar a los enfermos y a los sanos que querían estar bautizados. Con excesiva frecuencia tuve el sufrimiento de encontrar enfermos que se obstinaban en morir sin sacramentos, después de haber hecho nosotros un largo viaje para dárselo.

[9] El único bien digno de ser citado que pude hacer en Tauranga fue la primera comunión de veintidós adultos, bautizados por mi predecesor o por mi. Eso fue el santo día de Pascua, 16 de abril de 1843, uno de los días más hermosos de mi vida. Pasé toda la cuaresma preparándoles. Era la primera vez que se les hablaba de confesión y de comunión. Tuve que traducir los términos. La idea de proponerles la confesión me asustaba; pero les gustó mucho y a todos les gusta aún mucho.

¡Yo quedé edificado de su fe y de su sencillez! Algunos franceses adornaron magníficamente el altar: la humilde capilla estaba toda ella cubierta de telas de algodón y follaje aromático. La primera comunión fue edificante. Lo repito, uno de los días hermosos de mi vida.

Ese pequeño núcleo se mantuvo e incluso aumentó algo conmigo y sobre todo con mi sucesor en los años siguientes, de modo que casi todos los nativos de Tauranga están bautizados, y actualmente es una de las mejores estaciones de Nueva Zelanda.

[10] Diez meses después de esa primera comunión del día de Pascua de 1843, me enviaron a Matamata donde el puesto no era terrible. Siguiendo los consejos y las indicaciones de mi predecesor, pedí y obtuve el permiso de dejar Matamata, cuyos habitantes estaban dispersos, y establecer la residencia en las tierras de Rangiaowhia, cuyas tribus mostraban mejores disposiciones para la fe y más esperanzas de estabilidad en la región.

[11 En marzo de 1844 llegaba a Rangiaowhia y en agosto del mismo año recibía la visita de monseñor Pompallier. Monseñor pudo hacer muchos bautismos, confirmaciones y primeras comuniones de personas bautizados anteriormente por el P. Séon. Todos los enfermos

se dejaban bautizar. Monseñor fijó el lugar y trazó los planos de una capilla. Cuando él marchó, yo me dediqué a construirla procurando que costase lo menos posible a la misión; siguiendo las órdenes de monseñor, empleaba aborígenes para el trabajo sin darles salario; me costó mucho trabajo y necesité mucho tiempo para implicar en la faena a un pueblo tan nuevo en la fe. La capilla, cuyos armazón, paredes y tejado son de madera, atractivo y encanto del país, no quedó terminada hasta el mes de junio de 1845.

[12] Hasta entonces, al no tener local para el culto, casi no pude hacer más que recibir a mis cristianos en los sacramentos; cuando ya dispuse de capilla, preparaba los bautizados para la comunión, y el día de Navidad de este año (1845), en la misa del gallo – la primera que se celebraba en este país – tuve quinientas comuniones. Al final de ese año aún bauticé a mucha gente.

Esta pobre gente quedó encantada con la fiesta de Navidad, con la mesa de medianoche, las imágenes, los follajes que adornaban la capilla, el recogimiento y la cantidad de comulgantes. El espectáculo se repitió después en todas las fiestas. Los aborígenes iban deseando poco a poco el bautismo para participar en esas preciosas ceremonias.

[13] En 1846 y 1847 bauticé muchos adultos, aunque menos que este último año debido quizás a haber sido un año de pruebas y de hundimiento para algunos, o a que yo esperaba pronto la visita episcopal de monseñor Viard, coadjutor entonces de monseñor Pompallier y que había marchado a Europa, y a que yo reservaba el bautismo de los adultos a Su Excelencia.

Los últimos seis meses de ese año fueron para mí tiempos de sufrimiento. Tuve que trabajar mucho para prevenir y desarraigar las prácticas supersticiosas venidas de las islas Marquesas. Pero, con la ayuda de Dios, conseguí exterminar esa cizaña del campo del Señor en Waikato, donde se halla Rangiaowhia. Hay que decir que la mayor parte de los aborígenes habían perseverado en la fe, y la visita episcopal de 1848 reparó incluso superabundantemente las caídas de los transgresores. Durante los tres meses que tuve la suerte de tener a monseñor (mayo, junio, julio) se realizaron todos los bautizos y confirmaciones en toda la estación. El día de la Asunción de ese mismo año tuve la dicha de que hicieran la primera comunión todos los nuevos bautizados de la capital del departamento. Se hizo todo con gran edificación, pero nada llegó a igualar la fiesta de la siguiente Navidad. Fue también uno de los días más hermosos de mi vida.

[14] Lo confieso, señor cura, se experimenta un cierto gozo al derramar el agua regeneradora sobre la frente de aquellos tatuados, al oír en el santo tribunal el lenguaje de esos nuevos hijos de la iglesia, tan distinto del nuestro y que servía anteriormente para expresar tantos horrores; al alimentar con el pan de los ángeles a los antiguos devoradores de hombres, suavizados ahora por la fe, dulces como corderos, piadosos como los cristianos de la antigua Europa: al escuchar los cantos sencillos e infantiles, pero llenos de entusiasmo religioso, de este pueblo tan curioso de Nueva Zelanda; al ver cómo te despiertan los hombres, las mujeres, los niños, los ancianos, muy de mañana los días de fiesta solemne para que les demos la alegría de prepararlos para comulgar; al verse – incluso fuera de allí – continuamente rodeado, perseguido, importunado; ni paz, ni tregua; día y noche te buscan y te encuentran en cualquier lugar; no hay modo de evitarles. Quieren confesarse, hablarte, ser catequizados, obtener remedios; en pocas palabras, tienen la curiosidad, la sencillez, la impaciencia, las prisas y la perspicacia de los niños.

Pero la gente de Waikato se distingue entre todas las demás por su valor, su inteligencia, su bondad, su sencillez… y además mis católicos se distinguían de los del resto de las estaciones por su piedad porque los de tierra adentro son más sencillos y tienen menos ocasiones malas.

[15] La estación iba creciendo de año en año; nuevas tribus me pedían que fuera a visitarlas. Pero estando solo no había que abarcar demasiado. Además, tenía muchas preocupaciones. Cada dos meses tenía que ir a ver a mi hermano marista de Tauranga; el viaje exigía al menos ocho días.

[16] Al haberme establecido, en principio, provisionalmente, tuve que erigir seguidamente un residencia más sólida. En 1846 y 1847 levanté un hermoso presbiterio de madera. En 1849 y 1850 hice que se cortaran veinticinco mil pies de bosque para una preciosa capilla. Todo eso me tuvo muy ocupado. Además de vez en cuando di cursos sobre el evangelio de diez a quince días, de tres semanas, de un mes o más en las tribus lejanas. Esas fueron mis ocupaciones hasta mayo de 1850, que tuve que dejar la estación obedeciendo a mi obispo.

[16] Cuando la santa sede dividió la misión en dos diócesis, yo tuve que ir a la diócesis de Wellington, Port Nicholson. Llegado a Auckland, capital de la diócesis del norte, tuve que esperar tres meses para que un barco me condujera a Wellington. Se había presentado uno, pero el capitán –empecinado protestante– no quiso admitir a bordo ni a mi compañero ni a mi porque éramos sacerdotes católicos.

Durante esos tres meses, monseñor Pompallier, obispo de la diócesis del norte, nos ofreció una excelente hospitalidad. Por nuestra parte, nosotros tratamos de prestarle a él y a su nuevo clero todos los servicios que dependieran de nosotros.

[17] Finalmente el 8 de agosto y a bordo del *Fairy Queen* viajábamos para Wellington donde, con mareos horribles, llegamos el día de la Asunción, coincidencia que nosotros interpretamos como un gran favor de la Sma. Virgen. Al abrazar al P. Comte, le recordé que diez años antes llegábamos ese mismo día al puerto de Akaroa a bordo del *Aube.* Monseñor Viard, que es nuestro obispo, nos acogió con su bondad habitual.

[18] Un mes más tarde me envió aquí para administrar a un enfermo y para ver, a la vez, si se podría levantar aquí un establecimiento. Como, después de examinarlo todo, me parece que vale más diferirlo, volveré para dar cuenta al obispo de la misión encomendada y para ponerme a su disposición. Señor cura, ahí tiene cuál fue mi historia desde que llegué a Nueva Zelanda… Paso ahora a hablar de lo que le decía al comienzo. Seré breve: la falta de papel me obliga a ello.

[19] En varios libros se ha escrito que los neocelandeses no tenían Dios y que en eso diferían del consenso general de los pueblos. Craso error; muy al contrario, deberían dejar constancia de esta prueba de la existencia de Dios: no tenían templos, es cierto, pero muy lejos de carecer de dioses lo que hacían era caer en el exceso señalado por Bossuet cuando decía: todo era Dios, excepto el mismo Dios.

Además el dios *Io,* que parece corresponder al Júpiter de los antiguos, es un verdadero dios, creador del universo, aunque parece que no le rendían culto al estilo de los antiguos paganos; ellos mantenían el culto de los espíritus, de los dioses propios de cada provincia. El de aquí era *Maru,* el de Waikato *Uenuku*, el de Taupo *Rangomai…* Un lagarto, una araña, un insecto desconocido, un torbellino de viento, una enfermedad epidémica que hiciera morir a mucha gente, cuanto fuera malo, funesto o terrible… todo eso eran dioses.

Para ellos no había más causas de las enfermedades internas que el maleficio o la mordedura de un dios que les roe. El primer barco y los primeros europeos vistos por ellos eran *atua*, dios, ser sobrenatural, espíritu. Sobre la divinidad sólo tenían ideas de maldad, de ira, de malevolencia. Contaban también con numerosas oraciones para apaciguar o prevenir la ira de sus dioses. Oraciones para la pesca, la caza, el cultivo, la recolección, la guerra, el nacimiento, la enfermedad, la muerte, los entierros, el matrimonio, para obtener la fecundidad de las

mujeres, la abundancia de peces en el mar, etc., los ayunos, incluso muy dolorosos, etc.

[20] Suponiendo que ellos mismos lo entendieran, sólo los sacerdotes comprendían el sentido de las oraciones, aunque se dijeran en lenguaje vulgar. Se las enseñaban a sus hijos en secreto, en una casa *tapu*, y se las transmitían a sus sucesores. Se les llamaba para que acudieran junto a los enfermos y trataran de curarlos con sus oraciones. Los honorarios que percibían por sus oraciones eran considerables.

Yo he oído esas oraciones, pero no entendí nada o casi nada. Parecían fórmulas extrañas, triviales y carentes de sentido. Cuando las pronuncian se suele oír un silbido muy largo como entubado, que baja de lo alto del techo de la casa, el lugar más sagrado que conocen los neocelandeses. Dicen que es quien silba así. Pero en realidad es el sacerdote o la sacerdotisa entremezclado con las otras personas.

Cuando hablan, lo hacen con un acento y un tono especial para parecer inspirados; dicen que el dios mora en sus labios y que es él quien habla desde allí con ese acento extraordinario. El tono es salvaje, las palabras mal articuladas, y el espíritu del sacerdote el de un loco. Suele presentar seres vivos a los que, según dice, ha visto escaparse y que los demás no veían, por ejemplo un lagarto, un insecto, etc.

Evidentemente, es puro malabarismo y muchas veces hemos podido comprobarlo con claridad. Había sacerdotes con reputación de ser afortunados en sus oraciones y otros no tanto, siendo consecuentemente más o menos solicitados. La sanción del *tapu* era siempre el enfado de los dioses. Se comprende, pues, por qué era tan respetado…

[21] He dicho que los neocelandeses no tienen templos. Pero en algunas ocasiones hacen una tosca estatua de su dios y el sacerdote *tapu* y en ayunas, con ciertas ceremonias y oraciones lleva la estatua al interior del bosque y la coloca en una gruta natural, al amparo de miradas profanas, y tapona la entrada. Me han dicho que cuando alguna persona corriente pasaba por ese lugar, el dios lanzaba una especie de gruñido desde el fondo de la cueva.

[22] En ciertas ceremonias religiosas extraordinarias anunciadas previamente, no relacionadas con un día determinado o corriente, pero que el sacerdote ha ordenado que se hagan para una finalidad particular como la guerra, las recolecciones…, el sacerdote, en ayunas y completamente desnudo para que sus vestidos no se hagan *tapu*, en presencia de todo el pueblo –también en ayunas– y de los bebés a los que no se les da de mamar hasta después de la ceremonia, planta va-

rias filas de arbolitos que, según creo, representan a los dioses y las almas de los antepasados, los padres, los guerreros fallecidos, los asperja y pronuncia largas oraciones mientras el pueblo mira y escucha sin entender nada.

[23] Había también una especie de sacrificio humano, al que llaman *whakapono*, una palabra que ahora significa fe. Cuando los guerreros neocelandeses iban caminando –o corriendo más bien– a través de un bosque, en ayuno absoluto y sin hacer ruido, para sorprender a una tribu enemiga, les solía preceder un sacerdote con el *aitua* (bastón sagrado) en la mano; si se conseguía matar a alguno de la tribu enemiga, se le arrancaba el corazón sangrante y el sacerdote lo colocaba en una estaca de la empalizada como ofrenda a su dios, que estaba excusado de comérselo allí aunque a la larga podía hacerlo. Todo ello para aplacar a dios y para obtener el éxito de la guerra.

[24] Con tantos dioses maléficos cuya maligna o cruel influencia se dejaba sentir continuamente en la vida, tal cual pensaba la gente, se veían rodeados de tremendas angustias y frecuentes miedos de muerte… A parte del inefable consuelo que ofrece el cristianismo en este mundo y las esperanzas de inmortalidad en la vida eterna, el hecho de liberarles de esas innumerables supersticiones, con sus continuos y consiguientes espantos constantemente experimentados, sería un acto de caridad digno de inflamar el celo de los ministros de la iglesia y de que vengan de ultramar, digan lo que digan nuestros incrédulos filósofos de Europa. […]

Dígnese aceptar […] Pezant.

985 : Necesidades del Sur

24 enero 1851. – Carta de Jean Forest a Víctor Poupinel

Wellington

Reverendo y querido padre,

[1] Recibí su carta, con una hermosa lista de los miembros de nuestra Sociedad. ¡Cómo la ha bendecido Dios desde que nosotros vinimos aquí, cuántas almas preciosas han ido a cobijarse bajo la segura

y gran protección de tan buena y tierna madre! Nos alegramos al ver que tiene una familia tan hermosa y nos congratulamos al ver tantos compañeros y hermanos. Yo sólo conozco a algunos, pero espero que el Señor me conceda muy pronto la gracia de conocer a muchos de ellos en el cielo.

[2] Nos han interesado mucho las noticias sobre cosas más importantes sucedidas después de nuestra marcha. Desearía que, si es posible, me enviase alguna prensa para hacer copias de las noticias que llegan de Francia; yo se las enviaría a las otras estaciones. Nosotros cotizaríamos encantados una cantidad para pagar dicha prensa.

[3] En este momento Monseñor Viard está construyendo una preciosa iglesia en Wellington. Tendrá cuarenta y cuatro pies de ancha, unos cincuenta y cuatro o más de larga y veinticuatro de alta sin contar el tejado. Tendrá tres naves. En el pequeño paraíso terrestre *River Hutt*, a tres leguas y media de Wellington, donde resido yo desde hace algunos meses, también estamos construyendo una iglesia pequeñita, proporcionada al número de católicos del lugar; tendrá solamente dieciocho pies de larga y doce de alta. Será construida en madera. Vistos los constantes y más o menos fuertes temblores de tierra que nos acompañan siempre, nadie piensa construir en piedra.

[4] Padre, necesitamos que nos ayude para poder adecentarla un poco por dentro. No tenemos absolutamente nada. Los pobres candelabros que utilizamos aquí los domingos y días festivos no servirían ni para el altar más humilde de Francia. Dejamos en Auckland casi todo lo mejor; me daba lástima la pobreza de los sacerdotes de Monseñor de Maronea. Espero que el Señor, según había prometido, recompensará también en este mundo nuestra caridad y que lo hará por mediación de usted. Le envío una lista de lo más necesario.

[5] Reverendo padre, tenga en cuenta que esta humilde iglesia está particularmente destinada a ser la iglesia de la Sociedad. En ella será donde nos reunamos para nuestros retiros, etc. Y estará bajo la protección especial de nuestra buena Madre.

[6] Objetos absolutamente necesarios para la iglesia:
1º necesitaríamos seis candelabros y una cruz,
2º una hornacina para la exposición,
3º una custodia o viril para la bendición del Santísimo,
4º una naveta para el incienso. Tenemos un incensario muy malo,

5º velas – unas veinte libras, – cirios – unas cuarenta libras,
6º manteles de altar - con ribetes…
7º algunos juegos de altar, vasos sagrados, flores, etc…
8º un vía crucis nos agradaría mucho si se nos regala
9º necesitaríamos un órgano pequeño. Aquí todas las sectas heréticas tienen música en sus templos, y así atraen a mucha gente. Si pudiera encontrar algunos órganos de ocasión, con teclado o también de manubrio, estaríamos encantados.

[7] Objetos personales: querido padre, posiblemente haya olvidado que, cuando salí de Francia, tenía un cauterizador [hierro que en estado candente sirve para tratar las úlceras]. Ese pobre cauterizador me ha servido en todas partes hasta ahora y me servirá probablemente hasta que me muera. Hay que alimentarlo, mantenerlo, y aquí no hay nada con qué hacerlo. Los ingleses no saben lo que es un cauterizador. Necesitaría una buena cantidad de bolas de iris, una cantidad elevada de papel para cauterizador… y un número inferior de papel suave para cambiarlo.

[8] No tengo ni sombrero ni medias. Unas buenas y fuertes medias de lana. Algo muy necesario en este país. Algunos pares de medias de lino para el verano. No olvide que mis pies son extremadamente grandes, como los de monseñor Pompallier.

[9] Necesitaría también una buena cantidad de estampas – del bautismo, de la primera comunión – y también otras estampas diferentes, de tamaño pequeño y grande, pero que sean todas bonitas – porque los ingleses, que eliminaron en otro tiempo las estampas, las tienen de baja calidad.

[10] Un buen número de rosarios, terminados o sin hacer. Pilas pequeñas de agua, para que tengan agua bendita en las casas. Son dos objetos que no se encuentran ni en las colonias ni en Inglaterra. Para todos esos objetos separaremos el dinero necesario, intereses incluidos. Sería fácil vender aquí un buen número de crucifijos bonitos. Las familias católicas no tienen y nos los piden frecuentemente.

[11] Aquí trataremos de pagarle todas aquellas cosas que usted no pueda obtener gratuitamente. Envíenos el coste de las mismas. Todo cuanto le estoy pidiendo lo pido para mí y para mi parroquia.

[12] Recuerde, querido padre, que en una de sus últimas cartas me prometía ayudarme todo lo que pudiera. Confío en su palabra como palabra de un buen marista. Yo, por mi parte, trataré de enviarle algunos de los pequeños objetos que fabrican aquí los aborígenes.

[13] No olvide dar recuerdos míos a lo padres Cholleton, Colin senior, Maîtrepierre, Girard, Séon, Chartignier y a todos los demás padres antiguos que yo conocí, y encomendarme a sus oraciones. Me encomiendo también a las de usted. Padre, tengo el honor de ser su afectísimo y seguro servidor,

Jean Forest

1040 : "los pasos de la civilización"

4 agosto 1851. – Antoine Garin a Numa Garin

Nelson

Querida Numa,

[4] Para que veas cómo marcha la civilización entre los nativos tras su relación con los europeos, te diré que asumen fácilmente –con excesiva facilidad – las maneras europeas en lo tocante al mal y no tanto en lo referente al bien. Pasan todo el tiempo en hacer cálculos sobre el modo de vender sus cerdos, sus patatas, sus grandes tierras del interior, el trigo, etc. Tras intercambiar opiniones entre ellos día y noche y fijar el precio de venta de sus mercancías, acudirán al mercado con la firme resolución de no vender por debajo del precio fijado, pero sí tratando de ver si pueden hacerlo por un precio doble o triple. Ahí los tienes, pues, preparándose a abandonar el *kainga.*

[5]El día anterior, el rey o jefe de la tribu, al que ellos llaman *Rangatira*, ya comienza a dar órdenes: id a buscar los cerdos, introducidlos en la *waka* (piragua), llevad los cestos de patatas, no olvidéis la marmita para cocer la comida y madera para el fuego, preparad las velas, que piensen todos en coger sus remos, he ahí las principales órdenes dadas ya la víspera.

Saben muy bien que a la una de la noche debe haber marea alta. Así que van a acostarse más temprano. De repente, en medio de la noche y una o dos horas antes del tiempo señalado, el jefe comenzará a

llamar a los nativos. "*Emarama, Emarama, e ara kua tutuki te tai*: amigos, amigos míos, levantaos, la marea está en su nivel más alto.

Como los aborígenes son exagerados en todo, siempre se toman las cosas descomedidamente; y así, para conseguir que se levanten a las tres de la mañana, el jefe despertará a sus criados a la una o a las dos, pues sabe que no se levantarán ni a la primera, ni a la segunda y frecuentemente ni a la tercera vez que se los llame; y después de haber repetido una y otra vez "*i ara e Tuke,… E Piko e ara*" "vamos Tuke, levántate, vamos Piko, arriba", "*Tena maranga,* vamos despertad"… los saca de la cama, ellos comienzan a frotarse el cuerpo con ambas manos para entrar en calor o bien se espabilan y empiezan a su vez a llamar a los más jóvenes, que no se mueven aún.

Cuando están ya en movimiento y los de más edad empiezan a fumar la pipa, los más jóvenes se despiertan con el ruido de la conversación y de las órdenes dadas por el jefe de familia, por los más ancianos o en de algún modo por todos: Vete a ver las *waka*, la altura de la marea, enciende el fuego, si no tiene nada dentro echa la *waka* al agua, y si fue cargada la víspera mira a ver si flota. Otro: venga, daos prisa, daos prisa, la marea ha bajado, dirá aunque esté aún subiendo, pero lo hace para que se den prisa porque como suelen estar junto a un río saben que tienen que embarcar cuando se retira la marea para que resulte más fácil descender con la corriente de la marea.

Puke, tráeme un brazado de helechos para sentarme; vamos Ka, llama a los perros que irán a la *waka* y coge los anzuelos; tú, Wui, coge el hacha para partir leña para el fuego y no olvides traer la calabaza llena de agua; Ruku, coge tu pedernal y vete a buscar mi pipa y mi peine que se encuentran en la bolsa junto a mi cabecera; ¿llevas tú tabaco? Sí, un poco… *Ka pai*, muy bien. Venga, daos prisa, que remamos, la marea está baja del todo aunque haya comenzado hace un instante a descender; os vamos a dejar en tierra y no llegáis.

Esas y muchas más son las órdenes que da cada cual a su manera corriendo, cantando, saltando, a grito pelado; es más expresión de gozo que un asunto serio; una vez a bordo, en el remo está quien mejor charla, canta, rema y se calienta, porque el maorí va vestido siempre tan a la ligera que continuamente se queja del frío. Se les oirá decir: "*Kanui te makariri*, hace mucho frío", venga, a remar con fuerza para calentarse; tu manta va a rastras por el agua, dirá uno; y otro: el agua penetra por una rendija de la *waka*; Tiki, ponte a la izquierda, la *waka* se inclina demasiado hacia la derecha, vamos a volcar.

De pronto uno de ellos entona una canción maorí para que remen más acompasadamente y con mayor energía. "*Tena, ... tena ... hoe, hoe, vamos, vamos remad, remad".* ¡Vaya, dice alguien, he olvidado mi cuchillo! Pero si contase todas las curiosidades del viaje no acabaría.

[6] Olvidaba que quería hablar sobre el aborigen avanzando y retrocediendo en civilización. Ya han llegado a las cercanías de la ciudad y los europeos, que han notado por los cantos de los remeros la llegada de los nativos, van al río a esperarles para saber qué traen al mercado y conocer los precios. Los nativos comienzan por poner un precio muy alto para no vender a ciegas y ganar tiempo para saber si los europeos tienen o no gran necesidad. Si están muy necesitados, pedirán unos precios enormes.

Cuando los europeos se han ido ya, los aborígenes van a llevar la mercancía a la ciudad. Una mujer nativa recorre toda la ciudad con una canasta de 60 o 100 libras de patatas, apoyada en la cadera, para saber el precio que le ofrecen. Para tantear también el terreno, un nativo hace lo mismo con un precioso cerdo, al que sujeta con una cuerda atada a la pata. Finalmente yo encontré a uno; al preguntarle por el precio del cerdo él me pidió 5 libras, es decir 100 francos, y yo le ofrecí 2, es decir 40 francos. No quiso dármelo; más tarde me enteré de que lo vendió por 2 libras y 10 chelines, es decir 50 francos.

[7] Al ver que los traficantes europeos a veces rebajan los precios, es decir, que el precio primero era una o dos libras más alto o incluso cinco o seis, ellos les imitan pero pidiendo el doble o el triple . Su idea sobre la justicia es totalmente imperfecta; los nativos, tanto si son protestantes como católicos, generalmente tienen una idea falsa de la justicia, y eso debido al ejemplo de los europeos. Se imaginan que no hay nada de malo en pedir un precio cualquiera si pueden vender a ese precio.

Hábiles como son para colocar en la canasta las patatas buenas encima y en el fondo de la cesta las pequeñas, si alguien les reprocha esa injusticia le responden: esto lo hemos aprendido de vosotros. Los europeos les han engañado indignamente. El sentido comercial sería muy bueno para civilizarles si los europeos no les enseñaran a perder el amor de la religión con palabras obscenas, maldiciones, juramentos, querellas, modales duros y espantosos, si cantidad de europeos no les rechazaran como se rechaza no a un perro pues no suelen tienen pe-

rros, sino a un cerdo, si su conducta no fuera escandalosa, como la borrachera y la deshonestidad. Por eso estos pobres aborígenes que viven en las ciudades son en general unos pobres epicúreos.

[8] El viernes pasado encontré a uno. Tienes un sacerdote contigo, me dijo. Sí, le contesté; ven a verle. "Tengo hambre" fue su primera frase; quería saber si le daría de comer. Un poco más lejos encontré a otros. ¿Tienes libros? me dijeron – es una de sus estratagemas para ir a pedir de comer. Sí, tenemos, respondí; después querían hablar. Como estábamos en medio de una calle y su atención se fijaba siempre o bien en los transeúntes o bien en los caballos, les dije: éste no es un lugar adecuado para hablar de temas religiosos; venid a mi casa y hablaremos tranquilamente, ¿Nos darás de comer si vamos a tu casa?; tenemos hambre.

Les dije que fueran a comer antes y que después vinieran; entonces, uno de ellos – eran protestantes – me citó un pasaje de la escritura para demostrarme que debía darle de comer. Yo le pregunté si los apóstoles, cuando salían a predicar, llevaban la comida a los que iban a enseñar; y añadí: vete primero donde los comerciantes europeos que venden comida para el cuerpo, ven después a encontrarme y yo te daré comida para tu alma. Pero parecía que no comprendían.

Tal es el espíritu de los aborígenes protestantes que viven a nuestro alrededor en Nelson. Siempre que he tenido que hablar con ellos acaban del mismo modo: "¿pero me darás vestidos … etc.?"; y no es que sean pobres. Viven a gusto y bien; pobres son aquellos que viven más al interior, alejados del comercio de los europeos. Los aborígenes mejores son los de las islas que no han tenido relación comercial con los europeos y que han conocido al verdadero Dios mediante el apostolado de los ministros de la religión católica.

[9] Lo que hace que te escriba hoy tan extensamente es que la lluvia me tiene aquí retenido, a cuatro leguas de mi estación, en la casa de un católico. Llegué aquí el sábado para celebrar la misa; el resto de la gente irá a la misa del P. Moreau en Nelson. Al visitar a los católicos tengo también la ocasión de ver a los protestantes.

[10] Hace más o menos un menos un mes que una mujer protestante cayó gravemente enferma; cuando su marido, protestante también, fue a visitar a uno de sus amigos católicos, la mujer de éste le preguntó si no había ningún ministro protestante que fuera a verla. Él le dijo que no. Entonces esta señora le dijo: "¿no es una lástima dejar

que tu mujer muera sin los auxilios de la religión? ¿Crees que tu mujer pondría reparos a recibir la visita de un sacerdote católico? Creo que no, la contestó, pero el sacerdote no querría ir. Estaba helando, a punto de caer la noche y la enferma se encontraba a unas seis leguas de mi estación.

El católico le dijo: mira, estoy segurísimo de que si mandas que le llamen, él irá. Bueno, si es así – le respondió – me gustaría que lo hiciera. El católico me escribió una nota en la que me decía que esa mujer estaba en peligro de muerte y que a su marido le gustaría que fuera a verla. El hijo del católico me llevó la nota siendo ya de noche. Muy bien, le dije, me tomo un te y nos vamos juntos.

Salimos a las siete de la noche y llegamos a la casa de la enferma a las dos de la madrugada. Tras mantener con ella una breve conversación, veo con consuelo que desea recibir el bautismo como los católicos y abandonar la religión protestante. En varias charlas, que duran hasta el amanecer, la preparo para la recepción de esta gracia.

Después de desayunar le digo que voy a ver a un católico que vive a cierta distancia y que cuando vuelva la bautizaré después de comer. No había salido aún cuando llega un ministro protestante; llama a la puerta, se presenta el marido; he oído decir – le dice el ministro – que tu mujer está muy mal. Es cierto, responde el marido. Pues por ese motivo – añade el ministro – vengo a verla. No le conozco; "yo no le he mandado venir". Yo soy el ministro baptista, recién llegado de Sydney. Y el marido le responde: El señor Garin ha venido a verla esta mañana; así que no puedo permitirle a usted que la vea. El ministro se retiró sin decir nada. Cuando volví yo a su casa, el marido me contó lo sucedido y yo quedé admirado de la firmeza con que salvó a esta oveja de las fauces del lobo.

[11] Esa misma noche, al volver a Nelson, yo pasé delante de la puerta del templo en el que ese ministro tenía una reunión; en ella excomulgó al ministro que le había precedido porque -decía- no bautizaba como es debido: el primero sumergía en el río a los discípulos dos veces, mientras que el segundo pretendía que había que hacerlo sólo una vez. Eso es lo que me han contado. El modo de bautizar de esos ministros es el siguiente: Los dos, el que bautiza y el que ha de ser bautizado están dentro del río; cogiendo al bautizando con su brazo por el pecho, el ministro le inclina y le tumba sobre el agua sumergiéndole en ella, después el bautizado se levanta. El bautismo le hacen a cincuenta pasos de mi jardín.

[12] Los ministros protestantes de la iglesia anglicana y los wesleyanos, etc. asisten, predican y cantan. Los curiosos acuden en tropel.

Pienso que, cuando hayan predicado todos ellos, yo predicaré también a mi vez, pero para hacerles volver al camino que habían abandonado.

[13] Cuando hace algunos días fui a la oficina de correos a ver si había alguna carta para mí, vi una de mis cartas junto al fuego; era para los sacerdotes de Wellington y el barco que las llevaba era el *Mary*, en el que había venido el Padre Moreau como maestro de escuela de Wellington. Al dejar Nelson, el barco tuvo peor suerte que al venir: un huracán provocó su naufragio y que se hundiera bajo las aguas, pero no se perdió el equipaje. Mi carta, junto a otras muchas más, quedó toda mojada; las trajeron de nuevo a Nelson en un bote.

[14] Si a veces hay misioneros que perecen, hay una providencia que les protege. Ese mismo huracán estrelló contra las rocas de Kaipara un barco de guerra francés, que quedó deshecho. Dos marineros perecieron ahogados. El mismo huracán hizo naufragar a otros cuatro o cinco navíos, entre los que se encontraba el llamado *Maria*, que iba de Akaroa a Wellington. Nuestro actual maestro de escuela había estado en él durante varios años como segundo en mando, es decir, tras el capitán, pero lo había dejado y se vino a Nelson.

Los Padres Séon y Bernard con los Hnos. Euloge y Luc, expropiados por una compañía de protestantes llamada *Canterbury Settlement*, querían tomar ese navío para dejar Akaroa y volver a Wellington; habían reservado el pasaje y sólo les quedaba preparar sus cosas para partir, pero el navío levó anclas antes de que ellos estuvieran listos; tomaron rápidamente un bote, remaban fuerte para alcanzarle, llamaban a gritos al capitán… pero en vano; no pudieron darle alcance.

Tuvieron que volver. ¡La Providencia les salvó de la muerte! En plena noche y cerca ya de Wellington, el buque se estrelló contra las rocas y se partió; de 31 personas, 29 perecieron arrastradas por olas tremendas. También yo tengo que bendecir a la Providencia; si hubiera estado en Akaroa en el lugar del P. Séon, como lo había pensado al principio Monseñor, quizás yo habría tomado mejor las medidas para asegurar mi plaza en el navío y hubiera llegado mi muerte en las rocas de Wellington. Pero no fue así. Aún no era ésa la voluntad divina.

[15] Ayer, antes de decir la misa, he sabido que un hombre, al querer hacer saltar una mina, salió despedido medio muerto porque no había tenido tiempo de ponerse a salvo.

[16] Marché rápidamente en un caballo que me prestaron; llegué, pero por desgracia ya no vivía. Era un católico que jamás venía a la misa y que se emborrachaba a menudo ; el domingo anterior había dicho que al domingo siguiente iría a misa y a confesarse pero, oh justicia divina, él hizo explotar su última mina el día de las Ascensión, y con esa última mina, su último conocimiento. ¡El día de la Ascensión, que es un día de salvación para muchos, fue para él un día de juicios de Dios!

[17] Mi amor sincero a nuestra buena madre, a mis amistades y a tus hijos. Rezad por mi. Las misas que se me pidió ofrecer por Angélica quedarán cumplidas muy pronto. Espero que un día, cuando tú y tus hijos conozcáis mi muerte, no olvidaréis hacer por mí lo que a mí me gusta hacer por ti. Tu querido hermano, Antoine Garin, misionero apostólico.

1207 : No dudes en hacerte misionero

21 diciembre 1852, - Jean Pezant a Jerôme-Basile Grange

Petre, Whanganui

Señor cura y muy querido compañero,

[3] Sobre lo que me dices de la perplejidad que tienes sobre tu vocación, te diré: nada de reflexiones sobre si debes partir o no; comienza por resolverla prácticamente partiendo; cuando estés lejos, en ese momento deliberarás. Destierra de ti generosamente los abrazos, las lágrimas; mejor agarrar el corazón con las manos y evitar todo eso. Pasa por encima y vete sin toques de tambores, flautas y trompetas.

Sufrirás después, pero entonces, lejos, ya habrás ganado tu causa. ¿Qué haces ahí, sacerdote y sin plaza? Y las misiones extranjeras te tienden las manos. ¡Pobres almas que te llaman! Parte ahora que eres joven; es el momento. ¡Ánimo!

El mar es penoso,pero una vez llegado al lugar, los afectos naturales y humanos no aparecen más que de lejos. Uno se entrega al apostolado; hacer cristianos, bautizar, catequizar, más tarde confesar, dar la comunión… una parroquia en toda regla.

¡Qué años más hermosos aquellos 1845, 1846, 1847, 1848 y 1849 en los que, acompañado de dos o tres buenos catequistas y a ve-

ces de un buen número de aborígenes, atravesando bosques, ríos, zonas pantanosas, montañas, yo visitaba a esta pobre gente, sencilla e inocente, que me esperaba impacientemente, me recibía con cordialidad y me despedía con adioses repetidos. ¡Y yo catequizaba, bautizaba, confesaba, daba la comunión!

Si. Ven, pues, a las misiones. ¡Vente cuanto antes! ¡Ven mientras eres joven! ¡No pierdas un tiempo precioso! ¡Decídete, vamos marcha! ¡Marcha!. Pero no vengas con esas ideas falsas que nosotros hemos traído de Francia.

[4] Nosotros creíamos que los infieles nos deseaban, que ardían de ganas por abrazar la fe, que colmarían de bondad, respeto y atención a sus misioneros. ¡Qué insensatos éramos! ¿Dejaría de ser aquí, como en todo lugar, expresión de la naturaleza el proverbio de que no se desea aquello que no se conoce? No, sabedlo todos en Europa; al comienzo no nos desean; están embrutecidos por el vicio y la infidelidad o pervertidos por la herejía.

Os harán todo tipo de perrerías, os robarán, insultarán, hablarán mal, a veces os echarán fuera, os molestarán continuamente pidiéndoos tabaco, pipas, vestidos, comida, etc. etc., no querrán recoger un trozo de tierra sin recibir nada, mientras tú te consumes por ellos.

Tu apostolado será estéril durante un tiempo más o menos largo; se negarán a dejarte bautizar a sus hijos y ellos mismos te pedirán que les pagues por permitírtelo, por hacer tu oración, etc., etc., etc. Te vendrán tentaciones de desánimo, de volver a Europa, de irte a otras islas; pero llénate de paciencia.

No te sorprendas: los infieles son seres degradados, al menos estos polinesios; además son verdaderos niños que no han visto jamás nada y que consecuentemente tienen una falsa idea de nuestro ministerio, de nosotros, de la religión, etc. Poco a poco se logra introducirse entre ellos con habilidad, ganárselos, sobre todo mediante la práctica de la caridad con los enfermos, etc., …..

[5] Después vienen y vienen, se dejan enseñar, bautizar; se confiesan, comulgan, primero un poco mecánicamente, como niños, sin darse cuenta real del alcance de lo que hacen, aunque sepan todo lo que hay que saber; poco a poco lo hacen mejor, y entonces van siendo hombres distintos, respetuosos, honrados, justos, civilizados.

Su exterior llega a ser más limpio, más dulce, más honesto, hasta piadoso; su corazón se forma y se hacen más sensibles; se encariñan con nosotros. Fíjate en un niño sin educación, ¿es respetuoso, agradecido, afectuoso, sensible? No: es la educación y sobre todo la educa-

ción religiosa la que le hace hombre. Así son los salvajes. Ten, pues, ideas justas sobre las misiones y se bueno con esta pobre gente: la bondad conquista los corazones en todos los lugares. El corazón humano es igual en todas partes. ¡La bondad! ¡La bondad! La caridad y la oración. La paciencia también. Se necesitan mucho. Porque al comienzo son muy desagradables.

[6] En cuanto a las lenguas y la dificultad de aprenderlas, no te preocupe solamente tal pensamiento; en realidad no es nada. El inglés es igual, el inglés imposible de aprender… pues yo lo aprendí, yo, sin saber cómo. Ahora no lo hablo demasiado mal y si desde que me encuentro en Nueva Zelanda hubiera estado siempre entre los ingleses creo que lo hablaría muy bien. Con mayor razón las lenguas salvajes, fáciles de pronunciar.

[7] Para obtener algunas cantidades pequeñas de dinero, hay que discutir y casi hasta pelearse. He hecho cuanto he podido para lograr un cambio en la manera de actuar y no he conseguido nada. Estoy desesperado. Nuestro obispo ha obtenido últimamente unas cuantas cartas de Roma y todas en favor suyo porque él había escrito como quería. Si en lugar de escribir de cualquier modo a Roma contra su clero, hubiera admitido las justas peticiones de sus sacerdotes, habría actuado mucho mejor; entonces, en los puestos todo el mundo habría estado contento y la paz sería completa. Pero no; ninguna condescendencia. Ha conseguido que le abandone la Sociedad que acaba de declarárselo, y pronto será abandonado por los sacerdotes de la Sociedad que ya tiene. Varios le han escrito para decírselo. Yo tenía que partir en su barco; desgraciadamente no había plaza porque, para atender las últimas respuestas de monseñor, pedí demasiado tarde plaza a bordo. Pero espero partir dentro de dos meses en otro de sus viajes.

[14] Ya no tengo ni espacio ni tiempo. Mi saludo para tus padres y los míos.

Tu afectísimo…. Baptiste Pezant, sacerdote Societatis Mariae, misionero apostólico.

La ambición desmedida de monseñor Pompallier que se niega a admitir que faltan hombres y medios materiales en un territorio demasiado inmenso, va acompañada del gusto exagerado por el fasto, las ceremonias dispendiosas, enmascarando una evangelización apresurada. Si exige a los Padres una obediencia que menosprecia demasiado sus compromisos maristas, él mismo está en conflicto de autoridad con Colin.

1340 : El primer barco a vapor

26 abril. 10 y 19 mayo 1854. – Carta de Antoine Garin a Numa Garin

A bordo del *Nelson*, barco a vapor. 26 abril 1854

Querida Numa,

[1] Casi siempre empiezo a escribir cuando estoy a bordo en un barco; también hay ocurre lo mismo, pero esta vez lo hago no en un barco ordinario sino en un barco a vapor. Se llama *Nelson* porque, al hacerlo, sus dueños tenían la intención de venderlo a los habitantes de Nelson, que tienen muchas minas de carbón, aunque tienen dificultades para extraerlo por falta de obreros.

A borde de este barco no puedo escribir tan fácilmente como en otro navío porque el movimiento de la hélice o "propulsor" da unas sacudidas que además de marearte ye impiden escribir tan bien como en los otros. Fue el viernes, 21 de abril, cuando salimos de Auckland para trasladarnos a Nelson rodeando el cabo del Norte

[2] Hasta ese día, un barco a vapor navegando por las costas de Nueva Zelanda era algo desconocido; el viejo Boreo (el dios griego del viento del norte), que hasta entonces había visto cómo todo se doblegaba ante el soplo que salía de su boca, ante esta novedad acudió también a las cercanías de Auckland para ver a ese forastero que iba a visitar sus reinos; al comienzo no encontró nada extraordinario en su aparato exterior; excepto una diferencia poco notable, decía; es como uno de esos que visitan frecuentemente nuestros dominios. Pero en cuanto el famoso *Nelson* comenzó a marcar su paso por unos torbellinos de agua tan negros como la entrada en Tártaro, el Viejo Boreo reculó lleno de espanto, aunque tratando de detenerle con el poder de su soplo y la oscuridad de una negra nube cargada de agua con la que le envolvió.

Pero, orgulloso de su fuerza, el nuevo barco va avanzando y Boreo, que hasta entonces había visto como todo se doblegaba ante él, se vio obligado a recular ante su enemigo, a quien sin embargo trató de repeler azotándole de frente. Teniendo que recular hasta el cabo del Norte, cedió el paso a su cuñado Auster (dios del viento sur)

Éste, aunque soplando de frente al *Nelson*, se vio obligado como Boreo a recular ante el nuevo Lucifer; menos paciente que Boreo, Auster apoya sus húmedos puños en las caderas. Buscando en sus ijares al más fuerte de los hijos que nunca engendró, trabajó sin descanso durante dos días y dos noches.

El viejo Neptuno, despertado por el ruido que hace ese extranjero al pasar por sus dominios, se eleva sobre la superficie húmeda para ver mejor y más a gusto lo que pasa en nuestro barco, apoya su mano derecha en la cadera y, satisfecha ya su curiosidad, sacude con desdén su cabellera, blanqueada por la espuma del elemento natural en que mora, apaga la pipa del joven marinero y desaparece, cubriéndose con su manto de color azul con franjas plateadas.

[3] Nuestro héroe, enfurecido, endereza su bigote a la espera quizás de que el dios Auster, asustado, cese de ofrecer resistencia frontal, pero éste no soltaba su presa si bien parecía ponerse a veces de lado para ver lo que iba a suceder. El vapor *Nelson* había recurrido ya a Plutón; Vulcano había acudido en su ayuda. Finalmente, tras veinte horas de intervalo, *Nelson* volvió a encender su pipa, lanzó algunas bocanadas de humo y con actitud de confianza absoluta metió de nuevo el terror en el corazón de su enemigo, que dejó ya de hacerle una guerra abierta.

[4] Para decírtelo más claramente, querida Numa, te diré que como estaba a punto de dejar Auckland para volver a Wellington, me encantó saber que un barco de vapor, el *Nelson*, partiría unos días después. Se había presentado ya el momento de partir cuando se levantó el viento contrario y nos envolvió una lluvia que nos impedía ver las montañas circundantes.

No parecía que al capitán le gustara ese tiempo para salir de un puerto rodeado de islas pequeñas; teníamos que pasar por el norte para trasladarnos a Nelson y después a Wellington. Tuvimos viento contrario hasta la punta norte y cuando dimos la vuelta a esa punta, el viento sur comenzó a darnos de frente; sin embargo, el vapor avanzaba ya fuera el viento contrario o favorable. Pero llegó a ser tan fuerte el viento que la marcha del vapor se vio considerablemente aminorada y el barco daba bandazos bastante desagradables, como suele ocurrir a veces cuando los barcos zozobran, es decir, cuando batidos por las olas se sumergen bajo las aguas como el hombre cuando bucea.

Durante el día yo había visto que nuestro barco hacía ese movimiento de los que desaparecen por completo al zambullirse en el agua; por la noche el tal movimiento de zambullida llegaba a veces a inquietarme y a recordarme que siempre es bueno estar preparado para la muerte, mas de repente, cuando estoy imaginando el accidente, el barco surge de las aguas y se zambulle. Oigo el ruido del agua corriendo no sólo por el puente inferior sino también por el puente de arriba sin que el barco parezca querer volver a ponerse a flote. En ese momento

creí que descendíamos al abismo; de la boca de varios pasajeros salió un grito de alarma; por fin el barco se elevó para continuar su marcha.

Pero los tubos de la máquina de vapor, a los que los ingleses llaman "pipes", estaban aparentemente obturados por la carbonilla que pudo introducir en ellos el agua que caía en el horno, de modo que hubo que parar la máquina. Veinte horas más tarde ya estaba reparado el mal y pudimos continuar nuestra ruta con mayor velocidad. Posteriormente supe que la parada de la maquinaria había sido ocasionada por tres clavijas de hierro, del grosor de una pulgada, que se habían roto cuando el barco se inclinó tanto y las olas le cayeron encima.

Es cierto que se habían desplegado unas velas, pero en casos así las velas sirven de poco. Hoy, cuando estamos acercándonos a Nelson, tenemos un tiempo magnífico. Espero que esta noche dormiré en mi estación, que abandonaré cuatro o cinco días después para seguir en el mismo barco hasta Wellington, ya que tengo que ir a entregar a Monseñor Viard el informe de la misión que me encomendó al encargarme el viaje a Auckland.

[5] El mundo progresa, es cierto; durante mi estancia en Auckland encontré un barómetro portátil. Es verdad que había oído hablar a menudo de las propiedades de ese instrumento, que se utiliza tanto de día como de noche, que no hay que olvidar llevar consigo cuando uno va de un lugar a otro, etc., pero jamás había deseado demasiado tenerlo. Quiero hablar ahora de los dolores reumáticos.

[…] Pero ahora, cuando ha llegado el tiempo de los cuarenta, ¡cómo se desea ir al encuentro de la señora franela! ¡Y qué bien recibido es el señor bastón! ¡Y si, ahora que se le tiende la mano, el abrigo pesado se negase a salir del reducto oscuro que se le asignó como alojamiento, no sería disculpable! ¡Cómo se apresura uno a reconciliarse con sus enemigos, los señores espaldas secas y pies calientes! Pero, incluso reconciliándose así con los antiguos enemigos, uno no disputará de manera escandalosa con aquellos que hasta entonces sólo nos habían prodigado amistad.

En realidad, cómo podría uno decidirse a mostrar buenos modales a esos arroyos, a esos ríos que, bajo el velo de un frescor delicioso, le ofrecían paso libre a sus aguas profundas y traidoras. Cómo querer, en adelante, prestarse a los oscuros engaños de ese pérfido rocío que, bajo un cielo limpio y sereno, parece invitarte a recibir su dulce e insinuante protección. Y la zona pantanosa no se creerá ofendida cuando, después de haber sufrido pacientemente verse pisada y repisada, se vea ahora menospreciada hasta el punto de que se prefiera caminar varias millas de más, incluso para evitar hacerle

una visita de reconocimiento.

¿Qué ojo verá cómo se cierra la puerta nasal al aire y no murmurará cuando se le diga que dé la vuelta a la casa en vez de ir por el camino más corto? ¡Mas podría ser que, pasados los primeros momentos de ese humor repentino, se reconcilie de nuevo con sus encarnizados enemigos! ¡Podría ser también que despechadamente envíe a los antípodas a sus caritativos huéspedes, el señor bastón, la señora franela y el útil abrigo, convertido ahora en incómoda prenda! ¡Desventurado! No habrán llegado aún al ecuador cuando tú te arrepentirás de haberlos enviado tan lejos y te apresures a acordarte de ellos. ¡Dichoso tú si aún es el momento de que vengan a estar contigo!

[6] Mantenlos, mejor, junto a ti, ahora que has pedido su ayuda. Trátalos con dignidad, hazlos amigos íntimos tuyos, mantenlos en tu compañía, para que cuando tengas necesidad de ellos no estén demasiado alejados de ti y tú no perezcas por faltarte su ayuda.

[7] Wellington, 10 mayo 1854

[8] En el comienzo de mi carta has visto los esfuerzos que hicieron el Viejo Boreo y su pariente Auster para arrojar de sus dominios al extranjero con boca de fuego, el vapor *Nelson.* Te enteraste de cómo Neptuno acudió a apagar la pipa del joven marinero y de cómo esos señores de los mares se felicitaban por haber logrado contrariar al extranjero y forzarle a volver a su país.

Pero Vulcano había reparado las pérdidas del *Nelson*, de manera que las espirales de humo señalaron ya su triunfo en el cielo y en el mar. Los dioses del imperio húmedo, viendo que habían fracasado, ensayan un medio nuevo. Tratan de obtener con el silencio y las tinieblas lo que no pudieron lograr con el ruido y la luz. Guardemos un profundo silencio, se decían; la noche se aproxima. Que ni siquiera se oiga el ruido de nuestra respiración, cubramos de negras nubes el horizonte, atravesemos las nubes con relámpagos continuados. Si bramamos, si rugimos, que sea desde la lejanía: el espanto que pueda sobrevenir por la aprensión de un mal futuro tendrá más efecto que un obstáculo actual y momentáneo.

Nuestro joven héroe querría navegar con la cabeza levantada, pero ya no ve hacia donde orientar el timón; se introduce en los dominios de Boreo, o en los de Auster, y creyendo que navega por los de Neptuno resulta que ya no se encuentra dentro de sus límites… ¿Qué dios será lo suficientemente poderoso para resolver la cuestión y a qué oráculo acudirá para conocer la verdad? ¿Lanzará una flecha, tratará de leer las entrañas?

Bueno, dice *Nelson*, consultemos en las entrañas del elemento y que una flecha con peso de plomo penetre hasta el corazón. La flecha ya ha sido lanzada, las entrañas están abiertas, el corazón tocado… y la respuesta dice que nos encontramos en los límites de dos dominios, el de Neptuno y el de Maui, dios de Nueva Zelanda.

Los dos se hallan en silencio e inactivos. Tienen las armas escondidas para sorprendernos mejor. Pues escondamos nosotros también las nuestras – dice el marinero – quedemos en silencio y esperemos que la luz del día descubra a nuestros enemigos. Sabio procedimiento que terminó por desconcertar cada vez más a los enemigos de este inofensivo extranjero, y le atrajo la amistad de Auster, que le ayudó a efectuar la llegada tanto cuanto más obstinadamente se había opuesto antes a su travesía.

[9] En otras palabras, la máquina de vapor había sido reparada. De nuevo estábamos navegando; pero muy pronto encontramos otro problema: dos días antes de llegar a Nelson, cerca ya de la caída de la noche, se nos echó encima una calma enorme, el horizonte se cubrió de nubes negrísimas y los relámpagos surcaban por todos los costados el firmamento.

Esperábamos que llegase la tormenta. El capitán ordenó que se sondease la hondura de las aguas para saber si estábamos cerca de la costa: sesenta brazadas de profundidad. Gracias a Dios aún estábamos muy lejos de tierra. Como no sabíamos dónde estábamos, se paró el vapor por miedo a chocar contra las rocas.

Al día siguiente por la mañana vimos la costa; habíamos sido llevados hacia atrás: el viento que hasta entonces habíamos tenido en contra después nos fue favorable puesto que tuvimos que volver sobre nuestros pasos. Por fin, el 28 de abril pisábamos felizmente tierra en Nelson. Algunos días después, el 4 de mayo, embarcaba de nuevo para ir a Wellington e informar a monseñor Viard de la misión que se me había encomendado en Auckland. Llegué al día siguiente, 5 y ya me dispongo para volver dentro de unos días a Nelson con el mismo vapor y quedarme allí. Entonces acabaré esta carta si es que llego salvo.

[10] Cuando me escribas, no pongas en la dirección *vía inglesa* ni *del otro lado del estrecho de Cook*. A Nelson se viene por el este y por el oeste. Basta con la dirección que pongo yo en mi carta; no es necesario poner en ella “Garin sacerdote”, porque hay personas de otra religión que a veces hacen desaparecer las cartas dirigidas a sacerdotes o escritas por sacerdotes.

[11] Por fin, estoy ya de vuelta en Nelson. Salí de Wellington el 15 de mayo con el mismo barco a vapor que me trajo de Auckland. Llegué a Nelson el 16 tras diecinueve horas de navegación. Ha sido un viaje bastante rápido, aunque si no hubiera habido una mar tan gruesa habríamos podido llegar en quince horas.

Al llegar a Nelson encontré una carta tuya, que ya me estaba esperando. Fechada en Goyzat el día 15 de agosto pero, según tu costumbre, sin indicación del año. Felizmente, en el sello del puesto de correos figuraba el año 1853 pues de lo contrario habría dudado cuándo fue escrita; ya sabes que recibí una carta tuya tres años después de su fecha. ¡Si me enviases al menos algunas estampas como las que se entregan a los niños cuando se saben bien la lección…!

[12] En la carta encontrarás mi dirección. Cuando me escribas ponla igual en francés y en inglés. Creo que podrás ver en el mapa la ruta que he seguido en el viaje que acabo de hacer. Ahora me ocupo en reparar de nuevo los desperfectos que han sufrido nuestras escuelas durante mi ausencia; visito también a mis feligreses que se hallan bastante dispersos en esta parte de la isla.

Saludos cordiales a la señora Camille y a los queridos Ernest y Marguerite. La carta sale de aquí en un barco a vapor; ojalá pueda encontrar otro para llegar hasta ti, pues así la recibirías pronto. Tú escríbeme la misma semana que recibas la mía, así sabré el adelanto en la rapidez de las comunicaciones; me parece que tu respuesta podrá estar en mi poder siete meses después de la fecha en que yo termino la mía, 19 de mayo de 1854. Tu respuesta debería llegarme en diciembre. No olvides poner la fecha y el año.

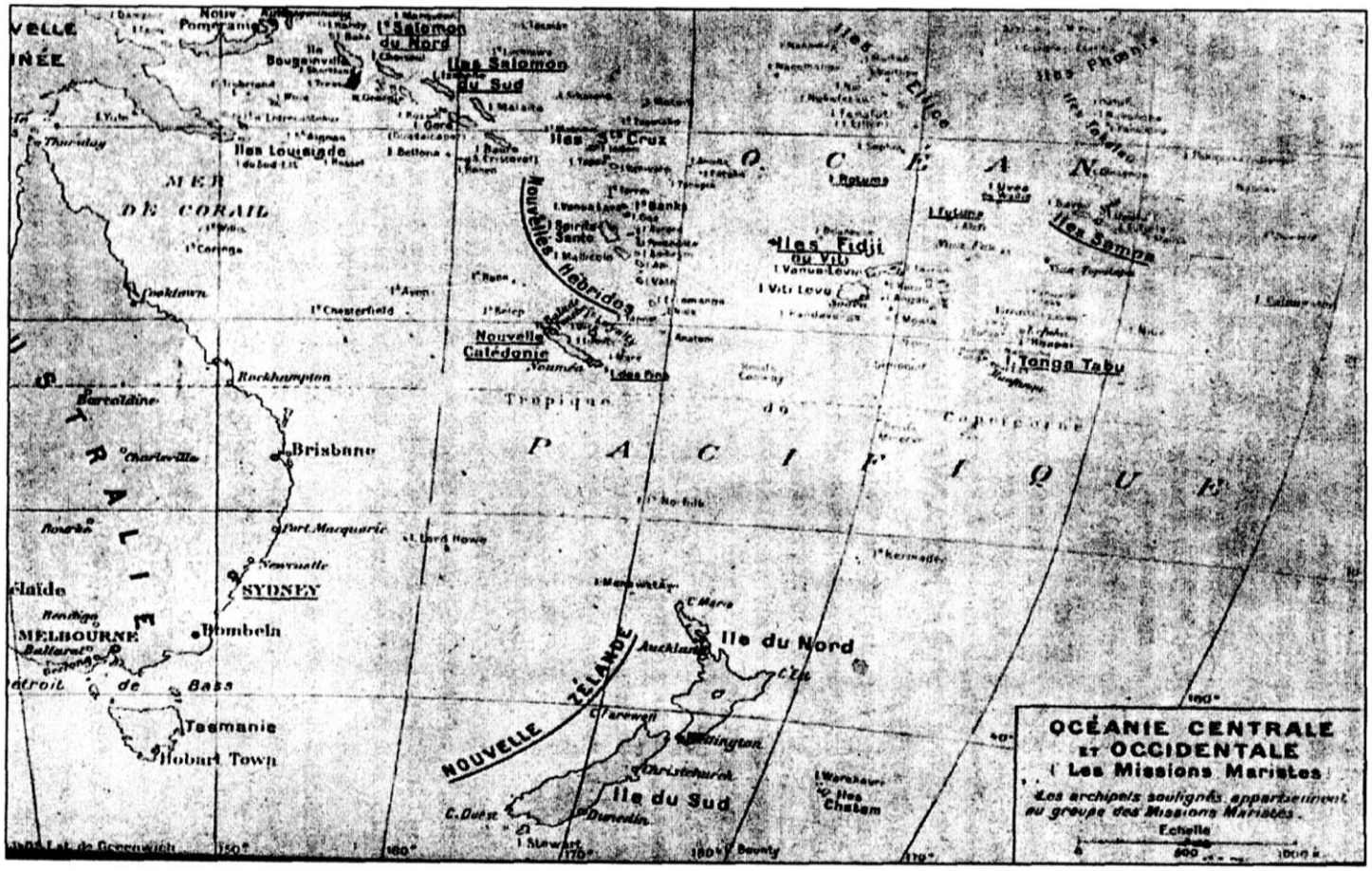
Tu hermano, Antoine M. Garin, misionero apostólico

Con el vapor se inaugura una nueva época. Las líneas marítimas regulares ven cómo crece cada vez más el número de británicos y americanos por las islas. La avalancha de gente para la búsqueda de oro en Australia, el desarrollo masivo de la ganadería en Nueva Zelanda dan curso libre a la colonización.

Las estadísticas ponen en clara evidencia que Nueva Zelanda ha pasado a ser inglesa: en 1840 contaba con 114.000 maoríes y 2.000 colonos; en 1868 eran 250.000 los colonos y 43.000 los maoríes.

TERCERA PARTE

LA OCEANÍA CENTRAL


Nouv. Pomerania
Iles Salomon du Nord
Iles Salomon du Sud
Iles Ste Cruz
Iles Louisiade
MER DE CORAIL
Nouvelles Hébrides
Iles Fidji ou Viti
Iles Samoa
Nouvelle Calédonie
Tonga Tabu
Rockhampton
Brisbane
Port Macquarie
Newcastle
SYDNEY
Bombeln
MELBOURNE
Tasmanie
Hobart Town
Détroit de Bass
Auckland
Ile du Nord
Wellington
Christchurch
Ile du Sud
Dunedin
Iles Chatam
Trop. du Capricorne
OCÉANIE CENTRALE ET OCCIDENTALE
Les Missions Maristes
Les archipels soulignés appartiennent au groupe des Missions Maristes.
Echelle

Para conocer mejor Oceanía hay que tener en cuenta las exploraciones científicas a las que dio origen la curiosidad del siglo de las luces. A los sabios marineros Cook, Bouganville, La Pérouse, D'Entrecasteaux, les seguirán otros como Dumont d'Urville, que harán prospecciones, describirán y estudiarán el gran Océano.

Aventureros, comerciantes, marineros y misioneros protestantes siguen sus pasos y se van instalando. Así, la *London Missionary Society*, creada en 1795, envía 4 pastores el año siguiente. Dos desembarcan en Tahití en marzo de 1797, otros dos en abril en las Marquesas, y doce misioneros laicos en Tonga.

Las rivalidades tribales llevan a Pomaré I a conquistar la isla de Tahití con la ayuda de mercenarios. Muere en 1803 y su sucesor, Pomaré II, es exiliado a Mooréa en 1808. Convertido por los misioneros y ayudado por ellos, Pomaré II emprende la reconquista de la isla. Ordena la destrucción de los templos paganos y pide el protectorado británico.

Desde ese momento el protestantismo adquiere esplendor. En 1817 se traduce la biblia a la lengua tahitiana y al año siguiente se crea una sociedad misionera para la evangelización de las Islas de Sotavento.

En 1819, John Williams de la *London Missionary Society* comienza a formar catequistas polinesios, que serán enviados a Samoa y a otras islas.

En Tonga, la misión queda desbaratada a partir de 1800 pero es relanzada en 1822 mediante el envío de catequistas tahitianos, que son retenidos de inmediato por los jefes del lugar y reducidos al rango de criados. Para liberarlos de esa servidumbre, en 1826 el metodista Rvdo. John Thomas interviene y emprende la evangelización de Tonga.

El protestantismo penetra en Fidji por los tongianos.

El 24 octubre 1825, bajo el pontificado de León XII, se crea la prefectura apostólica de las islas Hawai, encomendada a los misioneros del P. Coudrin, fundador de los misioneros del los Sagrados Corazones de Jesús y María, que llegan allí en julio 1827.

El 17 agosto 1829 el P. Solages es nombrado prefecto apostólico de la isla de Bourbon (La Reunión), se agrega Madagascar. En enero 1830 se le confía la nueva prefectura apostólica del sur del Pacífico.

Después de la expulsión del P. Bachelot, prefecto apostólico de Hawai, y del P. Short, Coudrin pide a la Santa Sede que Oceanía Oriental sea encomendada a su congregación. Roma duda si atribuirle unos archipiélagos que en principio se hallan bajo la jurisdicción del P. Solages.

La muerte de Solages en 1832 en Madagascar permite erigir en septiembre 1833 el vicariato apostólico de Oceanía Oriental, cuyo vicario apostólico es el P. Étienne Rouchouze, del Picpus.

Los Padres del Picpus emprenden en 1834 la evangelización de las islas Gambier, y de Tahití y las Marquesas en 1836 en dura confrontación con los protestantes.

En enero 1836, el Papa Gregorio XVI crea el nuevo vicariato apostólico de Oceanía Occidental, que confía a los Padres Maristas. Mons. Pompallier (no marista) es su vicario apostólico.

Los Maristas se implantan en Nueva Zelanda, en Wallis y en Futuna.

La inmensidad del territorio que se ha de evangelizar pide que se divida Oceanía Occidental en dos vicariatos independientes. El de Nueza Zelanda queda bajo la jurisdicción de Mons. Pompallier. El de Oceanía central es confiado a Mons. Bataillon. Su vicariato abarca, con las islas de Wallis y Futuna, los archipiélagos de Nueva Caledonia, Nuevas Hébridas (Vanuatu), Fidji, Tonga y Samoa.

Wallis y Futuna

Wallis, descubierta por el capitán Wallis en 1767, y vuelta a visitar por el español Morelo, conoce las primeras influencias europeas en 1821. Muy pronto surgen los conflictos.

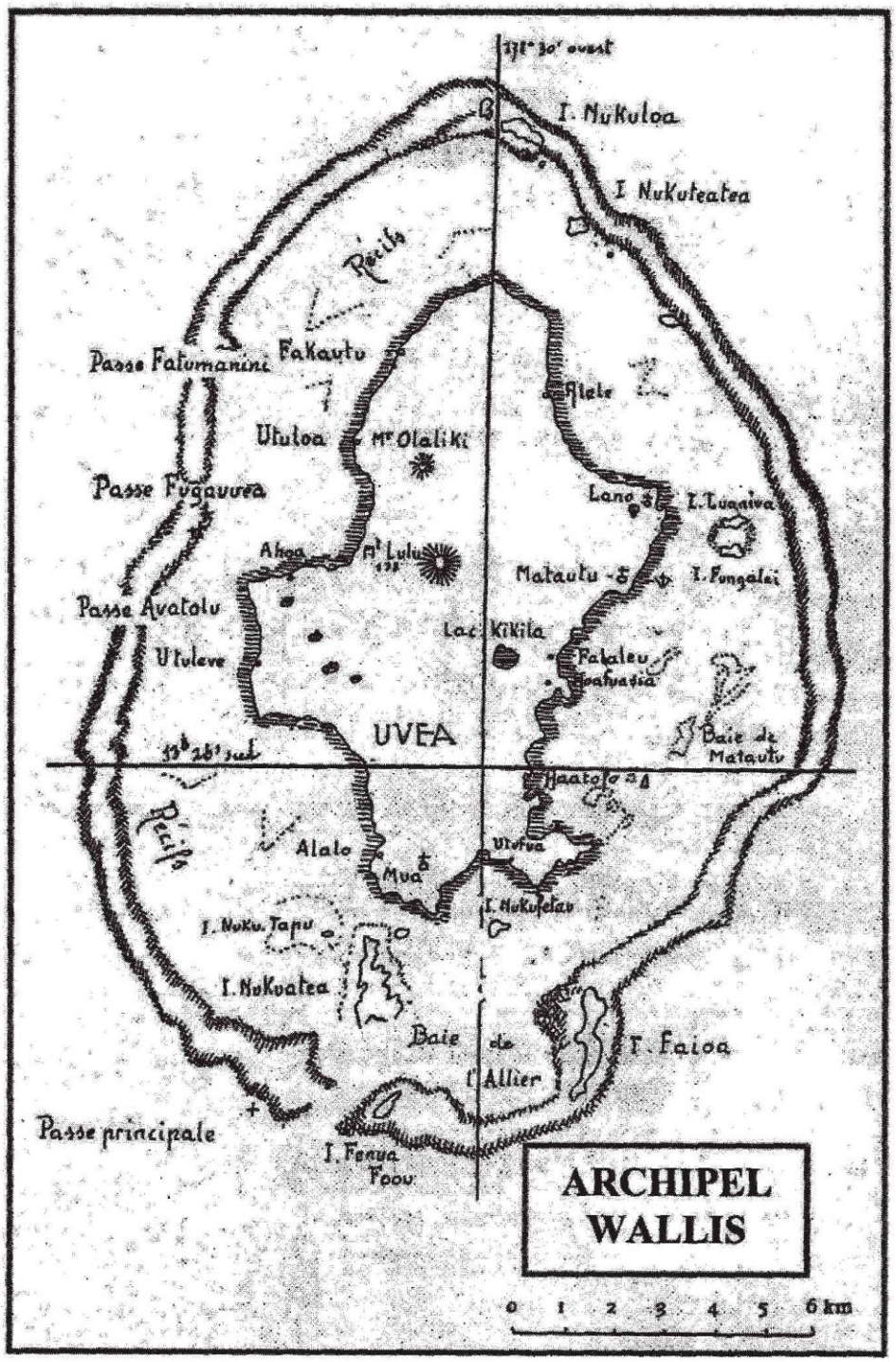
Siaosi Manini, un hispano-hawaiano, va allí a comerciar con "palas de mar". Se casa con la hija del jefe Takala y en 1830 organiza un complot para derribar al rey Vaimua Lavelua ayudado por su suegro. Éste se proclama rey y Manini obliga a hacer trabajos forzados a los walisianos, lo que origina una revuelta general. Takala es exiliado al norte de Wallis, vuelve Vaimua y Manini es asesinado.

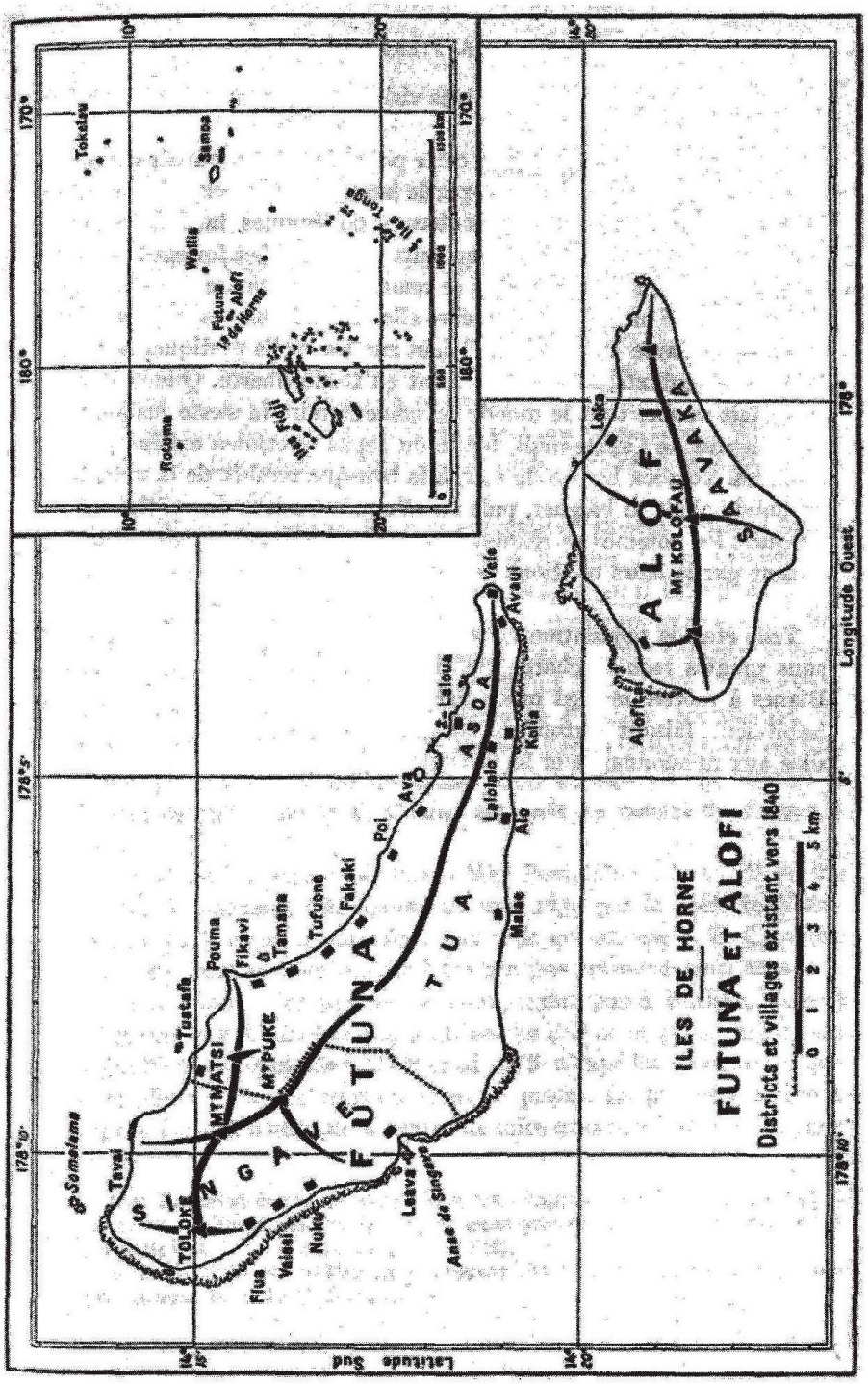
Dos años más tarde unos marineros del barco de pesca inglés *Oldham* desembarcan en el norte de Wallis, roban enseres, matan a un hombre y flagelan a los walisianos. En represalia, gran parte de la tripulación es degollada por Takala y Lavelua Palekuaola, sobrino del rey. El barco de guerra inglés *Zebra* acude a restablecer el orden. En la batalla que se desata muere Takala, pero Vaimua y el comandante restablecen la paz.

En 1834, unos tongianos metodistas consiguen algunas conversiones y se van, para volver después con el reverendo David Arbil y unos catequistas de Vava'u. El rechazo de estos metodistas conduce a la matanza general de los tongianos en 1836.

Se ha escrito que la destinación de Wallis le había sido sugerida a Mons. Pompallier por el futuro rey de Tonga Georges Tupou, y por su mentor el reverendo Thomas, que no podían ignorar esos sucesos. Pero lo cierto es que los misioneros maristas no sabían nada de la situación política de Wallis.

El día 1 de noviembre, Monseñor Pompallier deja en Wallis al P. Bataillon y al Hº Joseph-Xavier, y el 8 de noviembre al P. Chanel y el Hº Marie Nizier en Futuna.


I. Nukuloa
I. Nukuteatea
Récifs
Passe Fatumanini
Fakavtu
Ututoa
Mt Olaliki
Passe Fugavvea
Ahoa
Mt Lulu
Passe Avatolu
Utulevo
UVEA
13° 26' sud
Récifs
Alato
Mua
I. Nukuatea
Baie de l'Allier
Passe principale
I. Fenua Foou
Lano
I. Luaniva
Matautu
I. Fungalei
Lac Kikila
Fataleu
Baie de Matautu
Haatofo
I. Nukufetau
I. Faioa
ARCHIPEL WALLIS
0 1 2 3 4 5 6 km



Source : Rozier Claude, *Écrits de S. Pierre Chanel*, Rome, Éditions des Pères maristes, 1960.

Martirio y conversiones 1838-1843

28 : Primeras impresiones sobre los walisianos

Julio 1838, mayo 1839.- Nota sobre la misión de Wallis dirigida a Juan Claudio Colin por Pierre Bataillon.

Wallis

Reverendísimo Padre Superior,

[2] Por las cartas de monseñor de Maronea o por las de nuestros hermanos conoce ya todo lo que podía interesarle de nuestro largo viaje desde que salimos de Francia hasta que llegamos a la misión. Yo le comunicaré ahora detalles que pueden interesarle referentes a la isla en la que me ha dejado monseñor con el Hº Joseph para iniciar su roturación. Pienso que le gustará poder colocar el enclave de mi querida misión y conocer por lo menos alguna cosa sobre el temperamento, creencias, hábitos y diversas costumbres de esta pobre gente, que de cierta manera son sus hijos. Después le hablaré sobre la misión y los misioneros.

[3] La isla Uvea, llamada por los geógrafos Wallis o Morelo, es el campo que me ha confiado monseñor. Está situada entre los 13º30' de latitud sur y los 176º de longitud oeste, casi en el centro de los principales archipiélagos de Oceanía: el de los Amigos (Tonga), el de Fidji o Viti y el de los Navegantes (Samoa). Creo que los geógrafos ingleses la adjuntan al archipiélago de los Amigos. Está formada por una isla principal de apenas diez leguas de perímetro y doce o quince islotes más o menos grandes, todos ellos con algunos pocos habitantes. Es algo montañosa; el interior cubierto de bosques.

Calculo su población en un máximo de tres mil almas. Los hombres son en general altos y hermosos, fuertes y robustos. Con rasgos casi casi europeos, pero un color de tez un tanto cobrizo.

En general son de poca barba, con cabello negro y rizado; tanto hombres como mujeres los llevan cortos y bien cuidados. Los niños y la gente joven de ambos sexos llevan la cabeza rasada, con tan solo uno o dos mechones de pelo que caen sobre una o sobre las dos orejas. Tiñen los mechones de amarillo quemándolos con cal, que fabrican con coral, y lucen así un aire un tanto salvaje.

Todos los hombres sin excepción van tatuados desde las rodillas hasta la cintura. La operación del tatuaje se la hacen a los dieciocho o veinte años, y a veces para algunos resulta mortal. Para ellos es algo importante y celebran el evento con grandes fiestas, sobre todo cuando los jóvenes pertenecen a familias nobles. Excepto los niños hasta los seis o siete años, todos los demás llevan alguna cosa para cubrir su desnudez, por lo menos un cinturón de hojas; sólo lo llevan para ir a bañarse, o a pescar, o cuando trabajan en el bosque. En cualquier otra parte se envuelven decentemente el cuerpo con paños finos y bien trabajados, y con más frecuencia aún con lo que ellos llaman sus *gantu* o *tapa.*

Es un vestido hecho con corteza de un arbusto que se cultiva, bastante parecido a una gruesa planta de cáñamo bien unida y bien recta; baten por separado la corteza de cada arbusto para hacerla más o menos de la extensión de un pañuelo; después entretejen todas esas piezas hasta lograr una muy grande, que a veces llega a tener sesenta anas[3] de longitud por unas tres de anchura; la pintan después con colores rojos y regulares y queda una pieza que se parece bastante a un gran papel de tapicería ligeramente engomado. Este trabajo es casi la única ocupación de las mujeres; han de procurar tener abasto sufieciente para proporcionar a la familia si se presenta alguna fiesta. En la isla resuena constantemente el ruido que hacen las mujeres al batir las cortezas. Doble y precioso atractivo para la isla.

[4] Esta gente tiene una industria natural de mucho mérito. Las mujeres la practican en el tejido de las esteras de diversa clase y en la confección de sus *tapa*, los hombres, en el trabajo de las lanzas, de los rompecabezas, de sus inmensas redes, en la construcción de sus piraguas y casas, en el cultivo de las plantas de alimentación. Desde que los barcos frecuentan sus archipiélagos disponen de más medios para hacer sus trabajos -hachas, especie de picos, cuchillos, navajas, tijeras- , pero no se entiende cómo, con piedras afiladas o conchas de peces podían antes cortar árboles y

[3] *Ana*: medida de longitud equivalente poco más o menos a un metro (Nota del traductor)

trabajar la madera para construir sus casas y sus piraguas, que no carecen de solidez, de comodidad y hasta de elegancia; porque tienen piraguas dobles que pueden llevar más de cien personas y con las que pueden navegar de archipiélago en archipiélago.

Sus casas, sobre todo las comunes y en las que se celebran las fiestas, pueden resistir los vientos más fuertes y acoger a unas trescientas personas. Además de las casas de danza, en cada pueblo hay una casita destinada para la divinidad del pueblo cuando ésta, al acercarse la noche, desea descansar un poco del día. Los criminales tienen allí seguridad. Cada año se recubren los tejados y para eso hay tantas fiestas como casas.

Cada pueblo tiene una casa para enterrar a los muertos; están situadas en tierras o bien tapiadas -la mayoría- o bien rodeadas de setos para que ningún animal pueda entrar. Las mantienen limpísimas. Las mujeres, además de ocuparse del cuidado de sus casas, se encargan de todo lo referente a los vestidos incluido el cultivo y cuidado de las plantas que sirven para su fabricación.

Los hombres se cuidan de lo referente a la alimentación. Por tanto, se encargan de la pesca y del cultivo de las plantas que alimentan el país. Los víveres son abundantes y se puede decir que de buena calidad. Además de los cerdos, las gallinas, que siempre han tenido, pero mejoradas ahora por las razas europeas, los gatos y palomas introducidos por los europeos y peces de toda clase, tienen también el ñame que es una patata grande y larga, de calidad superior; el "*tarot*", una raíz deliciosa; el fruto del árbol del pan, que en la estación buena y si está bien cocido tiene un auténtico sabor de bollo; la banana, que no deja nada que desear a la pera azucarada de Europa; el coco, que da alimento y bebida, proporciona aceite y sirve para multitud de cosas; por fin muchos otros frutos silvestres a los que saben sacar buen partido.

Con todo eso hacen una variedad de platos estupendos que saben cocer muy bien en hornos subterráneos. Su cultura consiste en quemar la leña de los bosques, hacer después unos hoyos donde meten los ñames y las bananas; luego cuidan arrancar de vez en cuando la hierba, pero en modo alguno remueven la tierra; de hacerlo, la vegetación no dejaría que ya fuera vigorosa. No hay ni una octava parte de la isla que esté cultivada al mismo tiempo. Cuando un terreno lo ha sido una o dos veces, se dejan diez, quince o veinte años para que rebrote

No son regulares para las comidas; a veces hacen dos o tres comidas al día, otras solo una. Los días en que trabajan es cuando menos comen.

Creo que lo que más les mantiene es el uso frecuente del *kava*. Se trata de una bebida hecha con la raíz de la planta de ese nombre, cultivada aquí con tanto esmero como la viña en Europa. Todas las mañanas y varias veces al día se reúnen en algún lugar para mascar esa raíz. Uno queda admirado al ver la solemnidad e importancia que dan a esa actividad. La raíz es presentada primero al más noble de la asamblea.

Éste, tras saludar a quien le hace el obsequio y después de darle las gracias, por honor y amistad hace que se la lleven a algún otro noble de la compañía, que después de haberla considerado un instante y de haber tenido las mismas cortesías con el donante, hace que la lleven al presidente, que se la entrega entonces a los que están sentados frente a él; éstos se la reparten entre sí, la cogen con cuidado, y después de haberla mascado hasta convertirla en una especie de masa, la recogen en un gran barreño de madera, donde la amasan y la diluyen en una gran cantidad de agua. Después de haber recogido las partículas que han triturado, distribuyen el licor a toda la asamblea, sirviendo primero al presidente, después a los que están sentados a sus lados y luego a todos los asistentes, siguiendo el orden y el rango que indique uno de ellos, a quien llaman *tufa*, el distribuidor.

Acabada la operación, se comienza una segunda, después una tercera, una cuarta y a veces hasta una quinta y una sexta ronda. Yo los he visto pasar hasta cinco y seis horas, sentados siempre con las piernas cruzadas para mascar y beber el *kava*. Esta planta es el móvil principal, yo diría que casi el único necesario, de estas gentes. Con el *kava* honran a sus dioses, con él les apaciguan, logran sus favores; con el kava se reconcilian con sus enemigos, cuidan y mantienen la benevolencia de su rey Vaimua Lavelua y de sus jefes; por el *kava* los culpables obtienen su perdón y su vida, hacen sus alianzas, obtienen la curación de sus enfermos, encuentran las cosas perdidas. Sólo él puede hacer que desciendan los dioses de su estancia nocturna para conversar con los mortales.

No hay asamblea, gestión religiosa o civil, pública o personal por pequeña que sea, ni visitas de importancia, en que el *kava* no tenga que presidir y ser ofrecido en señal de amistad mutua. Si se toma con moderación, este licor espiritoso es bueno, pero si se toma con exceso, se sube a la cabeza, adormece y enerva. Al principio a los extranjeros les repugna, pero pronto se acostumbran y después lo beben con placer. Por experiencia puedo decir que cura muy bien de las fatigas, a menudo extremas, que ocasiona el trabajo unido al calor asfixiante de la zona tórrida. Hasta en las ex-

tremidades de la tierra es justo decir que Dios es admirable en sus obras.

[5] La principal enfermedad de estos pueblos es para los niños la *tossa*; unos granos grandes y duros que se extienden por todo el cuerpo y que no se puede hacerlos desparecer más que arañando hasta sangrar; es la viruela del país, de la que nadie se libra. No perdona ni a los blancos cuando han pasado algún tiempo en el país. Dura seis u ocho meses e incluso más. No es mortal. Entre los adultos se ven muchos que tienen las piernas y los brazos muy gruesos, y otros que tienen largas y numerosas llagas que duran mucho tiempo y acaban desfigurándoles.

Yo no conozco más que dos ciegos en la isla y no he visto aún que falte ni un solo diente ni a los más ancianos. El cabello se vuelve cano muy pronto, pero no se ven cabezas calvas. Hay muchos males de riñón, algunos reumas, pleuresías, pulmonías, fiebres malignas, etc.

Todas las enfermedades les son enviadas por algún dios irritado; por eso enseguida ofrecen *kava* al dios que les "come" de esa manera -así se expresan- o bien se la llevan a algunos jefes como si tuvieran mayor autoridad ante los dioses; esos jefes se contentan con verter aceite o leche de coco sobre su cabeza, después les tocan la cabeza o los brazos mientras pronuncian algunas palabras seguramente de oración; sea cual sea la parte del mal, es en la cabeza donde aplican el remedio.

[6] Hablando de su religión, hay que decir primero que no se ve ningún indicio de idolatría. Entre ellos, todas sus divinidades son puros espíritus, que animaron antes unos cuerpos, a excepción de los dioses principales que, así lo dicen ellos, nunca estuvieron en el hombre, pero cuyo origen no conocen. Todos esos espíritus residen en las nubes encima de su isla o vienen de una tierra extranjera, que ellos llaman *porotu*, noche de oración, pero el nombre genérico de su estancia es la Noche, *te poouri.*

En las mansiones de los dioses hay una jerarquía semejante a la que reina en su isla, es decir, uno es constituido rey y los demás aceptan los empleos que les distribuye. Unos se encargan de una isla, otros de otra. Uno está para que se observe tal *tapu*, otros tal otro. Éste para enviar una enfermedad, aquél otra. Hay también algunos propuestos para decidir sobre la guerra, para regir el mar, dominar el trueno, regular los vientos, vigilar el mantenimiento y la conservación de tal o cual árbol, de tal o cual fruto, etc., etc.

Hay otros, y son los más, que sólo forman la corte del gran espíritu y nunca van a la tierra de los mortales, o si descienden lo hacen solo a modo de "paseo" o para echar un trago de *kava*. Los hombres y mujeres a cuyo cuerpo descienden estos espíritus son llamados *Taura-Atua,* sacerdote o sacerdotisa de los dioses. Hay más de 60 en la isla, pero sólo se presta atención y respeto a los constituidos sacerdotes de los grandes espíritus, de los que llevan la alta administración de la isla, de los elevados a alguna alta dignidad en el reino de la noche, o de los encargados de infligir tal enfermedad, o de los propuestos para cada pueblo.

A los que no tienen misión alguna no les temen, y si los respetan un poco es para que no les denuncien a los que están constituidos en dignidad; siempre se teme a los que han sido reyes aquí abajo. Unos vuelven a tierra varios años después de su muerte, otros sólo unos días después.

Yo he conocido un gran jefe que murió poco después de mi llegada a la isla; unos dos meses después de la muerte volvió a tierra y vea cómo: uno de sus parientes próximos, anciano y sacerdote ya de uno o varios *Atua*, en una fase del *kava*, agitado por un gran temblor, fue dios de repente y articuló algunas sílabas que se reconoció no ser las de sus Atua acostumbrados. En cambio se creyó reconocer la voz del jefe muerto hacía poco.

De inmediato había que buscar *kava*, llevárselo al anciano, besarle respetuosamente la punta de los pies y escuchar en silencio las palabras que saldrían de su boca. Entonces el nuevo espíritu declaró positivamente que era él, consoló a sus parientes diciéndoles que había sido constituido en dignidad en el reino de la noche y que era tenido en gran consideración. Bebió después el kava y volvió a la noche. Después volvió otras veces más, y hele aquí establecido en nombre de los Atua del país.

Esa es más o menos la historia de los dioses de la isla. Tan sólo alguno tiene una manera particular de manifestar su llegada y su presencia en el cuerpo de su sacerdote o sacerdotisa. Algunos de esos bribones lanzan un grito, otros tienen la habilidad de mover el pecho con los nervios de los brazos, otros agitan un dedo, o se arrancan los cabellos, o hacen alguna otra contorsión. Respecto a sus palabras, unos no dicen más que tonterías, sandeces o bufonadas que sonrojan; otros más pacíficos sermonean a la gente de manera ridícula, les piden que dejen de reírse de ellos, de profanar los *tapu*, que se esmeren en mascar el *kava* del rey…

Hay quien no hace más que cantar o reír y quien solo abre la boca para pedir *kava;* pero sea cual sea su discurso, los asistentes

siempre dicen, ¡bravo! ¡bravo!. Y cuando dicen que han de marchar, les ruegan que esperen un poco para echar aún un trago de *kava*; al final se despiden de la asamblea, dicen adiós a los mortales y vuelven a la noche.

Entonces el sacerdote o la sacerdotisa hace contorsiones espantosas, se golpea la cabeza, el pecho, los pies, escupe y escupe, y termina escupiendo a su *Atua*. Entonces a esa persona ya solo se la ve como un simple individuo; a veces tiene la astucia de desaprobar lo que su *Atua* acaba de decir por su boca y de murmurar contra él con la multitud. ¿Quiere eso decir que no hay más que engaño en todas las personas? Me resultaría difícil afirmarlo. Es posible que algunos sean de buena fe y crean realmente poseer un espíritu en su cuerpo. La duración de las sesiones en las partes del *kava*, el silencio tétrico que se guarda en ellas normalmente y sobre todo la fuerza de ese licor pueden influenciar en sus nervios y engañar su imaginación; pero es una pura conjetura. En todo caso, jamás he sido testigo de esas lamentables imposturas sin sentir una gran compasión hacia esos pobres ciegos que no tienen el gozo de conocer al único Dios, creador del cielo y de la tierra.

¿Y cuál es el culto que rinden a sus dioses? Se reduce a muy poco. Respecto al culto interior, excepto quizás algunas personas de cierta edad, que tienen creencia real en ese tipo de dioses, la multitud por lo menos duda, y no pocos están convencidos de que eso es una impostura, de donde resulta que dentro de ellos sienten menosprecio hacia los dioses y que, si se trata de rendirles algún culto exterior, hacen como los demás pero más que nada por miedo al rey y a algunos jefes. Ese culto consiste en pagarles *kava*, sobre todo cuando envían alguna dolencia o enfermedad. Entonces, la presunta víctima de su cólera es llevada a casa de sus sumos sacerdotes, Allí se le invita todos los días a bajar donde ellos y se le presenta mucho *kava* para aplacar su cólera. Fuera del caso de las enfermedades, ofrecen a menudo la raíz del *kava* a *Kakau*, hija de *Mahé* y *Finao*, del rango de los dioses ancestrales de Uvea, que son las dos divinidades plenipotenciarias de la isla […]

Además de eso, todos los años se celebra una fiesta, a la que acude en masa toda la isla, para mascar el *kava* de los grandes dioses de la tierra y para hacerles ofrenda de algunas plantas con sus frutos. Como en algunas otras fiestas particulares, una persona les dirige en voz alta una oración más o menos en esta dirección: cesad de ser tan malos con nosotros, nosotros les dejamos nuestra tierra para que la gobiernen y la hagan buena; no les rechazamos, como hacen en otras islas, y sin embargo ustedes siempre nos ha-

cen morir y no cesan de mentir al rey y de engañarle. ¿Cuándo dejarán de comportarse así? etc., etc. Como se puede ver, atribuyen la muerte a la cólera de sus dioses. He encontrado varias personas que deseaban abrazar mi religión por eso motivo, me decían que sus dioses eran demasiado mentirosos e irritables, que nadie se escapa de su cólera, mientras que el Dios de los blancos parecía más dulce, que había más posibilidades de no irritarle y, por lo tanto, ¡de vivir siempre!

[7] La conducta de estas gentes, con muchos defectos, claro está, es digna de elogio. Ningún otro más que el rey y algunos jefes tiene hasta tres o cinco mujeres; la colectividad sólo tiene una, y en general se guardan gran fidelidad. Si alguno de los esposos fuera sorprendido en falta, su vida correría peligro o al menos todo su pueblo estaría expuesto al pillaje y al destrozo por parte de los parientes ofendidos, si es que se ven más fuertes porque tienen la censurable costumbre de vengar la falta de uno solo castigando a todo su pueblo. Ocurre a veces que una mujer, cuyo marido le haya sido infiel, vaya sencillamente a morder y cortar la nariz de su rival si es que ella es de nobleza inferior; siempre se encuentran algunas que han pasado por una prueba parecida.

Para casarse no tienen en cuenta el parentesco por afinidad; suele suceder incluso que uno se case con la viuda de su hermano. Pero está prohibida la unión entre parientes consanguíneos sea cual sea el grado. Les está prohibido también salir juntos sin llevar un largo *vala*, taparrabos o vestido; y si por descuido u otro motivo ocurriese que por ejemplo un primo dijese palabras inconvenientes estando en compañía de alguna de sus primas, ésta se marcharía de vergüenza. Sin embargo se tendría la conversación.

Si hacemos abstracción de su costumbre a mentir o disimular y de su inclinación al robo, se encontrarán en ellos muchas otras cualidades dignas de señalar. Son serviciales unos con otros y su generosidad, sobre todo con los extranjeros, es digna de resaltar. Sin tener en cuenta sus necesidades comparten sus víveres, y hasta se privan de ellos para ofrecérselos a sus vecinos y a quienes les visitan. Llegan incluso, por una amabilidad que les parece correcta, a quitarse el trozo de la boca para ofrecérselo a otros. Los hijos no faltan en el respeto a sus padres, y los súbditos a su rey y a sus jefes.

Hay tres familias principales que ostentan todo el poder, las del rey y de dos grandes jefes o ministros, cuya autoridad es hereditaria como la del rey. Uno tiene un grado de nobleza e influencia

correspondiente a la proximidad de descendencia de esos tres jefes. El grado y rango de nobleza está exactamente marcado y reconocido por todos, y diversas familias tienen a bien unirse y cruzarse y siempre saben quiénes tienen un grado de nobleza superior o inferior; y si se encuentran dos en no importa qué lugar de la isla, saben bien quién debe mandar u obedecer, presidir o servir. En esto las mujeres gozan del mismo derecho que los hombres, excepto si se trata del grado supremo de la realeza, caso en el que sólo les queda esperar que no haya un vástago varón. Esta derivación de la autoridad descendiendo de grado en grado, desde el jefe hasta el más pequeño de los súbditos, es el único medio de conservar un poco de orden en medio de una tribu medio salvaje, que no tiene ni ley ni tribunal.

Y volviendo al comportamiento con sus superiores, hay que decir que es verdaderamente notable. Sus órdenes las reciben siempre sentados y en silencio, y si tienen algo que decirles, sólo lo hacen valiéndose del nombre de alguno de sus vecinos. Si los encuentran en el camino o los ven que pasan un tanto alejados, se sientan en tierra hasta que les hayan sobrepasado. Para con el rey, a las manifestaciones de reverencia añaden algunas expresiones selectas y consagradas como la de majestad y otras más de una cortesía verdaderamente delicada. Son las mismas que emplean para hablar a los dioses. Entre ellos también son corteses, cumplidos y tienen sus maneras de saludarse. Lo que no dejan de decirse mutuamente son palabras de ánimo, de agradecimiento por la buena salud de que gozan o por al trabajo que están realizando. Su abrazo de saludo es frotar nariz contra nariz con toda seriedad y gravedad.

[8] Para mejor presentar otras costumbres de esta gente lo haré yendo desde la infancia hasta la muerte. Cuando nace un niño, alguno de sus padres u otra persona que lo desee le da un nombre, siempre distinto al del padre. A veces el de un pez o de otro animal, pero más frecuentemente una palabra de su lengua que signifique algo. Generalmente, el niño pertenece al que le da el nombre antes que a sus padres. Si se trata de un primogénito, a la madre y al niño se les pinta de rojo y se celebra una gran fiesta, que dura hasta tres o cuatro días. Mire en qué consiste: los padres de la persona objeto de la fiesta llevan a la casa comunal del pueblo, donde se reúne la multitud, hasta dos, tres o cuatrocientos cestos de víveres, de largas piezas de *tapa*, de esteras, de collares… todo ello, siguiendo la costumbre, precedido de una gruesa raíz de *kava,* lle-

vada por dos hombres. Todo ello es ofrecido al rey, o en su ausencia, a quien tenga el derecho de presidir.

Después de haber bebido el *kava*, el jefe manda distribuir los víveres y lo demás a los principales de la asamblea, sentados a sus lados, que a su vez los distribuyen a otros o hacen que lo lleven a sus casas. Terminado el reparto, los cantores se sientan en medio de la asamblea, colocada en círculo, y se ponen a batir cadenciosamente sobre piezas de bambú o gruesas esteras echadas sobre el suelo mientras otros acompañan con palmas cada cadencia o golpean el suelo con otro bambú que mantienen en posición vertical, y acompañan con voz sonora esa especie de música instrumental.

Uno o varios danzantes se levantan, y gritan, silban y brincan alrededor de los cantores para animar a los demás a bailar. Enseguida la gente sale al ruedo, saltando, palmeando y gesticulando con pies, brazos, cabeza y cuerpo entero, contorneándose acompañados de movimientos vivos y agitados pero siempre uniformes y acordes con la música. El resto de la gente grita ¡bravo! ¡bravo! ¡bis! ¡bis!, animándoles con sus palabras. Los músicos, y más los cantores, se animan y la escena se prolonga durante toda la noche. La mujeres raramente salen al ruedo y se divierten entre ellas con una decencia, una gravedad y una modestia dignas de señalar.

En circunstancias como esas todos se engalanan con lo mejor: el cuerpo brillando de aceite, la cabeza con coronas de hojas, el cabello sembrado de flores, los brazos y el cuello adornados con conchas, collares y guirnaldas, todo para que el espectáculo sea para ellos más curioso y para nosotros mas divertido. Más o menos así son todas las fiestas aquí. Cuando se trata de la fiesta de cada año en honor de sus dioses, lo mismo que cuando se entierran los grandes jefes, los danzantes usan paletas o lanzas que hacen girar con habilidad en todos los sentidos de una manera muy regular. Es en éstas fiestas en las que el rey y los jefes dirigen reprimendas al pueblo, les dan leyes o les hacen las observaciones que juzgan oportunas, y si no tienen nada serio que decir cuentan una historia o dicen unas palabras para divertir a la gente.

[9] En cuanto los niños saben andar van con los demás al mar para bañarse y aprender a nadar y si a esa edad lo hacen mezclados cuando van creciendo no tardan en hacer suya la loable costumbre de separarse, y niños y niñas se bañan a gran distancia unos de otros y con más modestia de la que se podría imaginar. Todo lo que enseñan los padres a sus hijos es el respeto a los *tabu*

o *tapu* y el temor a los dioses, sobre todo a *Ana Mouri*, uno de los dioses inferiores que envía las plagas y la piernas gruesas.

Los *tapu* estables y comunes en toda la isla son tocar lo que ha tocado el rey o algunos otros jefes, entrar en las casas donde se hace el *tapa*, para las mujeres y los niños comer con su padre, etc., etc. Las manos de los que tocan sangre, los muertos, etc., son también *tapu* hasta que no se las hayan lavado, cosa que cuando se trata de muertos no hacen hasta semanas después. Durante ese tiempo no pueden utilizar las manos ni para comer ni para beber. Se lo dan otros. Algunos peces y casi todos los pájaros son *tabu* para toda la isla, otros lo son sólo para un pueblo o una persona.

También se pone *tabu* en los cocoteros, en un campo de *kava*, o en alguna otra planta a la que se quiere hacer respetar; se hace clavando en la tierra una vara, en cuya punta se cuelga una hoja del árbol o planta que se declara *tabu* y la marca del dios al cual se encomienda la venganza sobre quien infrinja ese *tapu*. En general se observan bien esos diferentes *tabu* por miedo a irritar a los dioses y morir ya que, según su creencia, la muerte viene por la infracción de los *tapu* o por algún robo cometido y que no se quiere confesar. Últimamente visité a un hidrópico que me dijo que la inflamación de su vientre venía de haber comido cosas prohibidas.

[10] Cuando los niños llegan a la pubertad se les pinta de rojo durante varias semanas, A los chicos se los somete a una especie de circuncisión, y para ellos y ellas se celebran grandes fiestas. A veces se casan entonces, y las jóvenes que no lo hacen dejan que les crezca el pelo en señal de integridad -real o presunta- hasta que sean pedidas en matrimonio. La alianza la hacen de esta manera: el joven envía a aquella con la que se quiere casar una raíz de *kava* y víveres; si son aceptados, el matrimonio está realizado, si no, el joven está obligado a dirigirse a otras. Aunque su intención es la de unirse para toda la vida, sin embargo se ven algunos divorcios, y si es la muerte la que los separa creo que, de ordinario, no se casan de nuevo.

[11] Los juegos y diversiones de estas gentes, sobre todo de los jóvenes, giran en torno a la danza y la música de las que no pueden ser más amigos. Además de las danzas regulares de los días de fiesta, no es raro verlos reunirse en cada pueblo para pasar parte de la noche cantando y danzando. Tienen también peleas de gallos, como en España, y ejercicios públicos de navegación o para aprender a utilizar la lanza. En las fiestas de los grandes jefes di-

funtos se ejercitan en batirse con mazas hasta que sale la sangre, y uno queda espantado al ver los golpes que se dan sin que se vea el menor gesto de dolor.

[12] Cuando alguien cae gravemente enfermo, es llevado al templo del dios que se cree es el autor de su enfermedad. Normalmente es el del pueblo. Tratan de calmar su cólera ofreciéndole cantidad de *kava* y de collares de flores. Si el enfermo es un personaje importante y estimado, a veces se les corta el dedo meñique a varios niños y se los ofrece a la despiadada divinidad para aplacar su irritación. Es cierto que, si no se obtiene, aumenta el temor hacia ella, pero por detrás dicen cantidad de palabras injuriosas contra ella, prueba de que no esperan ser escuchados.

[13] Cuando muere alguien, los parientes y amigos ser reúnen en torno suyo; si es un jefe, hacen unos cuantos disparos de fusil para imitar lo que han oído decir de los blancos, y cogiendo una concha se arrascan las mejillas y la cabeza hasta ensangrentarse, y lanzan gritos que se parecen más a cantos fúnebres que a lloros, y que no continúan hasta después del entierro, que tiene lugar veinte horas más tarde. Untan de aceite todo el cadáver, le visten como para un día de fiesta y le envuelven después cuidadosamente en varias vueltas con unas *tapa* nuevas. Llegado el momento del entierro, se hace un gran *kava* que preside el muerto. Como no puede beber su copa, se riega la tierra de al lado con *kava* y, terminada la ceremonia, se lleva el cadáver al lugar de la sepultura. Varias personas se separan y van con cestas a buscar arena de la playa, en filas de a dos vuelven cantando al cementerio, donde cubren el cuerpo del difunto con la arena. Es entonces cuando se corta el dedo meñique a varios niños para enterrarlos con el muerto, cuando los gritos redoblan y la sangre corre con mayor abundancia.

Imposible soportar el espectáculo, sobre todo si se trata del entierro de un gran jefe. Ahí, en lugar de conchas, los hombres se golpean o se rajan la cabeza con mazas, lanzas o hachas; unos se muerden o se desuellan los brazos o el vientre; otros ponen sobre su cuerpo carbones al rojo vivo, otros se comen sus excrementos, todo ello para expresar su dolor. Hay quienes llegan a traspasarse los muslos con su lanza y se ha llegado a ver a quien se ha atravesado el cuello de parte a parte.

Los padres se afeitan después la cabeza y cada diez días celebran tres de fiesta grande en la que vuelven a llorar y a herirse. En

ocasiones llegan a hacerlo durante seis meses o más. La costumbre, el qué dirán, el deseo de pasar por valiente valen más que todas las penas, y lo prueba el que terminada la ceremonia, ya no se ve, en la mayoría al menos, ningún signo de dolor.

[14] Lo dicho sobre la isla de Wallis, la creencia, las costumbres y hábitos de sus habitantes, puede aplicarse en gran parte a todas las islas de alrededor, sobre todo a los archipiélagos de los Navegantes, de Fidji y más aún de Tongatapu de donde, según todas las apariencias, parecen descender los mismos habitantes de Wallis. He podido asegurarme de ello por el testimonio de varios blancos, que después de haber visitado esos archipiélagos han venido a vivir aquí, y sobretodo por el testimonio y el comportamiento de varios nativos de esas islas establecidos en Wallis.

Los Metodistas, que ocupan en parte esas islas, han impreso algunos fragmentos de la Biblia en la lengua de los nativos. Nosotros hemos podido hacernos con algunos y comparándolos he comprobado la casi identidad del idioma de esta isla con el de Tonga, lo que prueba que los habitantes son un pueblo que vino de ese archipiélago.

La isla fue descubierta en 1767 por el capitán inglés Wallis. Algunos nativos se acuerdan aún de los dioses del barco, y el más anciano de la isla, con el que me gusta hablar, me ha confesado que lo único que pensaron al verle es que era una tierra de los dioses, llegada de las nubes, y se lo confirmaba el hecho de que a los europeos les llamaran *Papalangi,* es decir tabla del cielo.

Según el relato de ese anciano, la isla tenía entonces las mismas producciones y costumbres que hoy; lo único es que estaba mucho más poblada. Lo que les había hecho disminuir eran las continuas guerras para matarse y comerse unos a otros, única circunstancia, según él, en la que se habían entregado a esa atrocidad, que detestan en los otros.

Entonces estas gentes eran como idólatras de los europeos; les tenían muchísimo temor y respeto. Hoy sus sentimientos han cambiado mucho y ésta es sin duda la razón: hace como doce años, un extranjero originario de España, aunque creo que nacido en las islas Sandwich, [Siaosi Manini] vino a estos archipiélagos en varias ocasiones para pescar ciertas ostras que después iba a vender en Japón.

En su último viaje se le antojó destronar al rey actual, que reinaba entonces, para sustituirle por otro y constituirse él mismo en soberano de todos. No tardó mucho en convertirse en víctima de su ambición, porque el pueblo, después de haber soportado su

yugo con miedo y temblor durante algunos meses, buscaron la manera de deshacerse de él; lo lograron matándole a él y a los suyos a traición.

Entonces empezaron a ver que los blancos no eran semejantes a los dioses y que se podía vencerlos. Hace apenas tres años que ancló aquí un barco inglés, el *Oldham*, para descansar un tiempo; como, según cuentan muchos, se portaron indignamente con los nativos, el barco fue apresado por traición y toda la tripulación fue horriblemente asesinada. Un barco de guerra americano que llegó casualmente dos días después según creo, examinó todas las circunstancias y no juzgó dignos de castigo a los indígenas dado lo mal que se habían comportado con ellos aquellos a los que habían matado. Esa es aún una lección capital, que ha contribuido de modo singular a enfriar la relación de esta gente con los europeos y que incluso les ha insuflado una especie de menosprecio hacia ellos, confirmándoles en la idea de que pueden vencerlos. Pero lo más deplorable es que esta gente ha concebido a la vez prejuicios contra la religión de los blancos, prejuicios que se han visto demasiado confirmados estos últimos años por lo que voy a decir:

[15] Hace unos diez años una secta de presuntos Reformados, metodistas wesleyanos, se estableció en los archipiélagos vecinos; empezaron por Tonga, donde sólo pudieron hacerse con un pueblo o dos. De ahí pasaron a las islas vecinas Hapai'i Vava'u y lograron bautizarlas a todas. Últimamente algunos fueron a las islas más al este de Fidji, y más recientemente otro destacamento de la *London Missionary Society*, venido de las islas de la Sociedad, se adueñó de la isla principal de los Navegantes. Se dice que su progreso en estos últimos archipiélagos no es rápido; mas no resulta nada extraño cuando se conoce cómo proceden con los pobres nativos que han ganado ya a la herejía.

Temo pecar de espíritu partidista si entro en todos los detalles, que son muy conocidos, de esas pretendidas misiones. Más tarde quedarán desveladas muchas cosas que, abstracción hecha de las diversas creencias, no son más que dignas de elogio y estima para las naciones europeas.

No obstante, todo el mundo sabe que si se adueñan de las islas es por el terror y que vienen para llevarlo a cabo. A la población la hacen temer la fuerza de su nación y cuando las tienen bajo su dominio buscan por todos los medios el afecto del rey y de los jefes y se unen a ellos para dominar a la multitud y dirigirla a fuerza de latigazos o de trabajos forzados o de grandes multas, muy en

uso en las islas de la Sociedad, que acaban siendo para provecho de quienes las ponen.

Ahí está también, hay que decirlo, la principal sanción de la amable ley del evangelio. A pesar de esas sabias precauciones, no pueden reprimir el libertinaje de la juventud y se ven forzados, ¡ay! a repartir cantidad de latigazos o, lo que es peor, de imponerles grandes multas enriqueciéndose así, a pesar suyo, en detrimento de esa frágil juventud. Lo más sorprendente es que, con todos esos medios de castigo no pueden conseguir de esas gentes ni siquiera las cosas menos costosas que quieren imponerles; y no es raro ver a varios hombres atados a un cocotero lamentando, mientras son azotados, la desdicha de haber fumado un poco de tabaco, de haber cogido un coco en domingo o de no cumplir algunas leyes similares que indudablemente acaban de ser descubiertas en la biblia […]

Esos presuntos misioneros no han venido nunca a la isla de Wallis pero se han fijado en Maatu, rey de una pequeña isla vecina, la isla Niuatoputapu, y le han enviado varias veces aquí, escoltado siempre por numerosos nativos, provistos todos de los poderes necesarios para establecer aquí el cristianismo.

Cuando llegué aquí, yo los encontré aún a todos y a otros más de las islas Vava'u, arrastrados a pesar suyo hasta aquí por la tempestad. Distaban mucho de ser modelo para los infieles. Yo mismo pude constatar que no conocían ni las verdades indispensables, aunque hubieran sido elevados a la dignidad de predicadores. Respecto a los fragmentos de la Biblia que tenían todos y cuyo precio conocían bien, algunos sabían leerlos pasablemente, pero la mayor parte sólo veían los colores blanco y negro; necesitaban un rayo iluminador especial de nueva invención para poder descubrir en la escritura la regla de su conducta y de su fe.

[16] Esta es, Rvdo. P Superior, la descripción de la pequeña isla de Uvea, Wallis, y el dibujo muy imperfecto de las diversas costumbres de sus habitantes, de su creencia, de sus conducta y disposiciones. Esta pequeña isla es la que, en la vasta misión del monseñor de Maronea, recibió las primicias de los favores del cielo al ser la primera en recibir a este digno prelado, el enviado de Roma, el embajador de nuestro Señor Jesucristo. Y es quizás la que, para desdicha suya, fue la heredera del último de vuestros hijos. "¡Qué grandes son tus obras e insondables tus designios!". Pero es ya el momento de hablar de lo que más le interesa: el estado de la misión en cuanto tal.

[17] El día de Los Santos de 1837, a los diez meses de embarcar en Francia, llegamos a Wallis. Monseñor que, como ya sabe por nuestras cartas desde Valparaíso, tenía la intención de ir con sus acompañantes al archipiélago de las Carolinas, se entristeció tanto al ver el progreso de la herejía en esos archipiélagos, que son los principales de la misión, que decidió dividir su pequeño grupo para coger al menos un puesto cerca de la herejía.

Wallis, situada casi en medio de los mencionados archipiélagos de Tonga, Fidji… le pareció adecuada para su propósito. Así que fue a ver al rey Vaimua Lavelua y le propuso dejar allí a dos de su grupo para aprender la lengua y prestarle los servicios que pudieran. En principio el rey aceptó la propuesta de monseñor, pero al pedir después el parecer a un anciano que era su *kivlu*, primer ministro, éste tomó la palabra delante de una multitud llegada para vernos y escucharnos, y trató en su largo discurso de inducir al rey a no aceptarnos porque probablemente, decía, son hombres que quieren cambiar la religión de la isla, y él, que había envejecido en la religión de sus padres, estaba muy lejos de echarla a perder.

Un joven jefe, Tuugahala, jefe de la isla de Nukuatea, a quien monseñor se había ganado antes, defendió ventajosamente nuestra causa, o para ser más fieles a la verdad, la Sma. Virgen se implicó en ello, y el rey, sin tomar en consideración los propósitos del anciano, dio orden formal de que se nos dejara en su isla y aceptó de nuevo aceptarnos en su mismo palacio, pero a condición de que no se hiciera el oficio de misionero porque, dijo, no me gustan los que tienen libros y escriben, y acompañó esto último con gestos de las manos.

Fue entonces cuando monseñor me comunicó su elección y me declaró su intención de dejarme a mi solo con el hermano Joseph en este centro, en cierto modo de la herejía y la infidelidad. Por temible que pareciera este puesto bajo muchos aspectos, obedecí a mi obispo y poniéndome de nuevo en manos de María, a quien confiaba la carga que me había impuesto, me sometí con total entrega a los planes de la providencia para mi persona, bien convencido de que las dificultades no son nada ante Dios y que tanta más gloria saca de sus obras cuanto más viles son los instrumentos que emplea. Así que, después de recoger algunos enseres para seis u ocho meses, tras los cuales vendría monseñor a visitarnos, recibimos los consejos y la bendición de Su Excelencia y nos despedimos de todos.

Ellos fueron a visitar las islas cercanas de Horn y Rotuma, donde monseñor quería fundar una misión e ir después a Sydney

solamente con el P. Servant y el Hº Michel, para depositar allí la mayor parte de nuestros enseres y por otras razones importantes para bien general de la misión. La primera ocupación de nosotros dos, fijos ya en nuestro nuevo puesto, fue la de fijarnos en las costumbres de estas gentes, para ajustarnos a ellas cuanto fuera posible, tratar de ganarnos el afecto de todo el mundo y en especial de los jefes mediante algún pequeño regalo u otros medios y principalmente estudiar su lengua. Encontramos un francés establecido en la isla desde hacía tres años, Paul David. Le pedimos que viniera a vivir con nosotros y al comienzo no nos fue inútil.

El rey debía construirnos una casita al estilo del país, pero una fastidiosa circunstancia se lo impidió, y lo único que hizo fue sernos favorable. Uno de los jefes de la isla, Lavelua Palekuaola primo del rey Vaimua Lavelua, perteneciente a una poderosa familia, justo al llegar nosotros cayó en una especie de locura furiosa o frenesí que le agitaba y le empujaba a destruir cuanto encontraba, a quemar casas, a perseguir y golpear a todos. Como pertenecía a una familia temible y además se le tomaba por un dios encolerizado, nadie se atrevía a hacerle frente. Se contentaban con huir al verle y esconderse en los bosques. Falaleu, pueblo del rey, fue el principal teatro de sus locuras.

Nosotros nos vimos obligados a hacer como los demás y apartarnos con Su Majestad de la vista de ese frenético. Al principio tuvimos la suerte de evitar los golpes que daba sin ton ni son cuando pasaba, pero al fin tuvimos que resignarnos; de repente nos halló en la casa del rey y se puso a perseguirnos como a los demás, y como su vestimenta no le impedía correr, no tardó en echarse encima de nosotros.

Yo iba el último por haberme parado a recoger el breviario que se me había caído en la huida. Al acercarse a mí tuve además la desgracia de tropezar y de caer a sus mismos pies. Levantó sobre mi cabeza una enorme vara que tenía en sus manos; yo le miraba para ver cuándo me llegaba el golpe pero vi sus brazos quedar en alto. Me levanté y continué la huida; él me persiguió de nuevo y entonces descargó la vara y la cascó sobre mis espaldas. Yo no cesaba de correr y él de perseguirme con los trozos de vara en la mano hasta que al tropezar en la maleza caí extenuado de cansancio y decidido a esperar lo que la providencia me reservara, pero tuvo la bondad de velar por mí.

El loco se paró y volvió sobre sus pasos dando gritos y profiriendo palabras que yo no entendía. Fue para mí una ocasión más de bendecir a nuestra común protectora a la vez que pude conocer,

por la diligencia que ponen en atenderme y por cómo lamentan mi suerte, el afecto que nos tenía ya esa gente.

Al día siguiente confié al rey y a nuestro intérprete el baúl que teníamos en ese pueblo y con el beneplácito de Su Majestad me fui con el Hº Joseph a un islote vecino a casa del joven jefe Tuugahala que había defendido nuestra causa y que guardaba el resto de nuestros enseres. Pasamos allí dos meses con gran tranquilidad, empleando todo nuestro tiempo en estudiar la lengua; el Hº Joseph lo utilizaba además en prestar pequeños servicios a los nativos.

Allí tuve la dicha de celebrar por primera vez en esta isla el santo sacrificio de la misa, en una choza que nos había destinado en lugar apartado. Era el día de S. Francisco Javier, un mes después de nuestra llegada. Volví a celebrar el día de la Inmaculada y luego pude gozar de la misma dicha durante un mes entero.

El santo día de Navidad tuve el consuelo de celebrar a medianoche las tres misas acostumbradas. Posiblemente, la santa humanidad de nuestro Señor no se había encontrado jamás en un lugar que se asemejara más al establo de Belén. Pero el rey, impaciente por vernos, envió al mencionado francés para ordenar que volviéramos junto a él al menos por un día o dos. Me apresuré en corresponder a su amistad y ese mismo día volvimos a la isla grande. Encontramos bien a Su Majestad, en el interior del bosque donde se había hecho una casita provisional para escapar de la vista del loco. Nos recibió con afecto y unas caricias paternales, y para retenernos junto a él hizo construir también para nosotros una choza pequeña, cercana a la suya, hasta que pudiéramos volver todos al palacio real a orillas del mar, cosa que no se pudo hacer hasta tres meses después. Allí empleamos ese tiempo en preparar la madera necesaria para construir más tarde una casa un poco diferente a las del país.

Además yo me dedicaba diligentemente al estudio de la lengua; al final del quinto mes ya podía balbucear lo suficiente para poder instruir en secreto a dos pobres enfermos abandonados que nos habían confiado para hacerles recuperar la salud y que, por una providencia muy particular, recibirían de nosotros un beneficio mucho más precioso, el del cristianismo. Los dos murieron tras ser los primeros en recibir los favores del cielo. Uno era de Tonga, el otro de esta isla.

[31] Con hondo respeto y unido a sus oraciones y santos sacrificios, tengo el honor de ser, reverendo padre superior, su humilde y obediente servidor, Pierre.

Bataillon, misionero apostólico. Carta terminada en Futuna el 12 de mayo de 1841.

De 1838 a 1842, el kivalu o primer ministro, violentamente anticristiano, se opuso en Wallis al rey Vaimua Lavelua, deseoso de mantener a los misioneros por interés personal, pero opuesto a toda conversión y al jefe Tuugahala, defensor al principio de los misioneros, y que ambiciona el trono de Wallis.

Es época de guerras de clanes, de treguas, de cambios de campo, de intercambio de partidarios entre Wallis y Futuna. El primo de Vaimua, Poof, huye con los suyos a Vava'u en las islas Tonga. El P. Bataillon debe tener mucha diplomacia, paciencia y firmeza para imponerse a pesar de todo.

En Futuna, el P. Chanel y el hermano Marie-Nizier tienen que asistir desde marzo a abril de 1838 a una guerra civil entre lo dos distritos de la isla, Alo (o Tua) y Sigave. La relación entre Wallis y Futuna se intensifica gracias al paso de la goleta del inglés Jones, que admira mucho a los Maristas. A petición suya, la goleta hace la travesía entre ambas islas, lo que permite a Chanel y Bataillon visitarse y hacerse servicios.

En Futuna, el rey Niuliki de Tua no es favorable a la conversión y no aprueba la de su hijo Meitala. El ciclón de 1839, el abandono de Pompallier, que deja aislados a sus misioneros durante tres años, el sentimiento de impunidad que eso origina en los jefes, llevan a Niuliki a mandar el asesinato del padre Chanel.

94 : Muerte del padre Chanel

28 mayo 1841.- Joseph Chevron a su familia y a Juan Claudio Colin

Wallis, José María y José,

[1] Queridos madre, hermanos y hermana. Aprovecho el barco que se va hacer a la vela para daros señales de vida, en un momen-

to en el que los diarios podrían crearos inquietud sobre mi persona. Estoy aquí desde el pasado diciembre; una pequeña goleta vino a recogerme para ir a ayudar al padre Bataillon, que veía cómo aumentaban cada día el número de su rebaño y los peligros.

Salí de Futuna con pesadumbre viendo al padre Chanel en plena persecución; sólo me consolaba el sacrificar una hermosa corona a la obediencia, sacrificio que es muy grande para un misionero; sin embargo me consolaba un poco pensando que aún me quedaban grandes posibilidades de alcanzarla en la isla de Wallis; hemos estado más o menos tranquilos; pero el buen padre Chanel se ha ido a recibir una preciosa corona en el cielo. Rezad por mí. Lo necesito; el sacrificio es muy grande.

[2] El P. Chanel acaba de lograr que Meitala, el hijo de Niuliki rey de Tua, en Alo, abrazara la religión. El 27 del pasado mes de abril, el rey fue a encontrarse con su hijo en el pueblo en que se hallaba con gran parte de la familia; trató en vano de que su hijo volviera a sus dioses, tuvo después una entrevista con su familia y se retiró. A eso de las siete del día siguiente, 28, un nativo se presentó en la casa del Padre y le pidió algo para curar una herida que acababan de hacerle.

Mientras el Padre se disponía a socorrer a ese pobre infeliz, éste le asestó un golpe en la frente con un rompecabezas; entonces ve la casa rodeada de indígenas armados; otro le golpea con un garrote, el padre se sienta en tierra y, leyendo, se seca la sangre que le sale de la frente; otro le clava una lanzaque penetra por la espalda y le sale bajo el brazo; él mismo se la saca sin proferir palabra.

La casa se llenó, todos se disputaban los objetos que allí había; entonces el que había aparecido el primero da orden de acabar "al blanco"; nadie le escucha, cada cual piensa en atrapar algo en el pillaje. Enfadado y nervioso, coge la azuela del Padre, que estaba allí, le golpea con ella y le levanta la parte superior de la cabeza. El rey no estaba lejos; se dice que le lavó él mismo, le tapó con un trozo de tejido del país y le enterró cerca de la casa.

[3] El Hº Marie-Nizier y el inglés Thomas Boag, que vivían con él, habían ido a ver a un enfermo de los vencidos, que los habían protegido hasta la llegada del barco que los trajo aquí hace diez días.

[4] Robaron todo: los objetos de culto y los que usaba el Padre.

[5] Me urgen; aquí estamos todos bien y bastante tranquilos. La isla está ya toda prácticamente convertida, excepto el rey. Los misioneros ingleses que llevan esta carta han venido aquí para dejar alguno de los suyos al rey; él los ha despedido. Nosotros estamos esperando todos los días a monseñor. Mis saludos a toda la familia. Ya había escrito algunas cosas sobre la isla de Futuna, creo que la más salvaje y bárbara que se pueda encontrar; sin embargo aún hay esperanza de ir a recoger la cosecha de la siembra de la sangre del buen P. Chanel. Os enviaré más detalles con monseñor; tengo poca confianza en estos misioneros protestantes. Siempre, lo que Dios quiera. Joseph Chevron, misionero.

Padre Superior,

[6] Le envío lo que he escrito a mis padres para tranquilizarlos respecto a mi persona. No añado nada a lo que les digo a ellos, no dispongo de tiempo. Decirle tan sólo que el retraso de la llegada de monseñor parece ser la causa, o al menos la ocasión, de la muerte del Padre Chanel. Si tarda aún mucho en venir, no sé lo que será de esta isla, aunque nosotros no nos dejamos llevar por el temor; estamos bajo la protección de la Sma. Virgen […] Pero esta pobre gente, a los que nos ha enviado el Señor para evangelizarles, nos dan lástima; y aunque existiera el deseo del martirio, en nuestro corazón es más fuerte el de la salvación de las almas.

Padre superior, tengo el honor de ser su afecto y obediente servidor, Joseph Chevron, misionero

Finalmente, Monseñor Pompallier va a visitar la misión para recuperar las reliquias del P. Chanel. Conjuntamente con el P. Bataillon se opone a las represalias que querían imponer los comandantes du Bouzet y Lavaud para vengar la muerte del P. Chanel.

La conversión de Futuna avanza rápidamente después de la muerte de Chanel y, como la de Wallis, se consolida durante la visita del obispo. Monseñor, después de una estancia de unos cinco meses en ambas islas, se va con Chevron y el Hº Attale a la isla Tongatapu, de Tonga, donde llegan el 1 de julio de 1842. Doce días más tarde, estos dos últimos establecen la misión católica en Pea; Mons. Pompallier desembarca en Nueva Zelanda el 26 de agosto.

135 : Recuperación del cuerpo del P. Chanel

Segunda mitad de febrero 1842.- Informe del marqués du Bouzet sobre la recuperación del cuerpo del P. Chanel

[1] La corveta *Allier* de Su Majestad, que había zarpado de Wallis, apareció ante Futuna el día seis después de haber luchado contra los vientos huracanados del noroeste que suelen reinar en esos mares en esa época. Un joven jefe de esta isla, llamado Sam Keletaona, lleno de honor, delicadeza y bondad y animado del vivo deseo de restablecer la paz y la unión en su isla introduciendo en ella la religión católica que él había abrazado, se había ofrecido en Wallis como intérprete y nos acompañó en la corbeta. Su familia y muchos otros de su isla, expatriados a causa de las discordias, habían adquirido pasaje en la goleta de la misión. Cuando la corveta se presentó en Sigave, pueblo habitado por la tribu amiga del P. Chanel y a la que el Hº Marie-Nizier debía su salvación, conocimos la muerte del rey Niuliki y de un jefe poderoso del otro partido que siempre se había mostrado opuesto a la misión.

El comandante de la corveta, previendo que la muerte del mayor culpable hacía más fácil la restitución de los restos del padre, envió enseguida un mensajero para pedir les restos a los jefes del partido de Niuliki, manifestándoles que su intención era mantener la paz y pidiéndoles que sopesaran las consecuencias que podrían haber sobrevenido para ellos de un asesinato tan censurable.

Pero aquellos pobres salvajes, al ver un barco tan potente como el *Allier*, con tantos hombres y tantos cañones, eran incapaces de comprender que tal moderación pudiera apoyarse en tantas fuerzas; el terror se había apoderado de ellos al ver la corveta y en el consejo se había decidido ya abandonar los pueblos y refugiarse en los bosques cuando llegó el mensajero. Éste les hizo ver hábilmente que obrar de ese modo les podría ser perjudicial y que en beneficio suyo estaría el acceder a las propuestas que se les hacía en nombre de quien podía exigirles todo.

Entonces manifestaron su deseo de entregar los restos mortales del P. Chanel, pero nadie se atrevía a encargarse de ir a llevarlos a la corveta por miedo a incurrir en la muerte. Mas uno de ellos, llamado Mapugi, antiguo primer ministro del rey Niuliki, que nunca había aprobado el asesinato del P. Chanel, previendo los

males que eso podría acarrear a la isla, se ofreció para cumplir esa misión y se encargó de desenterrar él mismo al P. Chanel y de llevarle al día siguiente. Todos querían hacerle cambiar su decisión haciéndole ver la muerte que le esperaba, pero él confiando en la palabra del mensajero y en la del *Alki*, el jefe francés, se mostró inflexible y marchó enseguida al pueblo de Pelenoa, donde estaba la tumba del padre.

[2] La corbeta se fue mar adentro durante la noche; la población de Futuna pasó la noche angustiada esperando el momento en que sería atacada. Las mujeres y los niños daban gritos de dolor al juzgar a los franceses según sus criterios: les era difícil comprender que un barco que podía destruirlo todo estuviera delante de su isla sólo para mostrarles la potencia de la nación a uno de cuyos miembros habían matado y que lo utilizaran asociándole al espíritu de paz y caridad que animaba a la misión, accediendo así a la petición de monseñor Pompallier de perdonar a los asesinos sin tomarse ninguna venganza por la muerte del P. Chanel.

[3] A las cuatro de la tarde del 19 de enero, el jefe Mapugi, fiel a su palabra, llevó a Sigave los restos mortales. Iban escoltados por treinta nativos, muchos de ellos antiguos catecúmenos del P. Chanel que le guardaban gran afecto y mucho respeto a su memoria, y por el jefe Matala, liberador del Hº Marie-Nizier. Sam Keletaona y todos los de la tribu se inclinaron respetuosamente ante los restos; estaban envueltos en telas de *tapa* a las que habían agregado bastantes piezas sin desdoblar de la misma tela en señal de honor según la costumbre del país. Los embarcaron en una lancha de la corveta, que esperaba, y al llegar a bordo, el jefe Mapugi, portador de una enorme raíz de *kava*, la presentó al comandante para pedir la paz para su isla. Éste la aceptó y le dio gracias por cuanto había hecho para borrar las huellas de un asesinato que había manchado su isla y por la confianza que había mostrado.

[4] Al embarcar el cuerpo del glorioso mártir, se le rindieron honores enarbolando la bandera nacional, acompañándolo con unos cañonazos. Por primera vez era desplegada ante los indígenas; sin recurrir a la fuerza, les inspiraba respeto y obtenía lo que exigía la dignidad de Francia, donde tantas almas religiosas se interesan por los éxitos de las misiones católicas, sin hacer nada que pueda comprometer su futuro, salvando lo que exija la justicia.

[5] El comandante hizo examinar los restos de P. Chanel por el médico de la corveta, doctor Rault. En el cráneo reconoció una fractura anormal que respondía a la del instrumento cortante que, según el relato del Hº Marie-Nizier, había causado la muerte. El estado de putrefacción del cuerpo, que empezaba a descomponerse, no permitió llevar el examen tan allá como él hubiera deseado. El mismo se encargó de preparar los restos de tal manera que se pudiera conservarlos sin temor a propagar la infección a bordo del barco, y se los entregaron al P. Viard, que se encontraba a borde de la goleta, para llevarlos a la Bahía de las Islas.

[6] El comandante, después de decirle al jefe Mapugi lo que había de horrible en el asesinato del P. Chanel a quien el rey Niuliki había dejado su isla, le encargó de recoger las cosas del P. Chanel que quedaban en Futuna, en especial los objetos sagrados del culto, y de que le enviara al día siguiente todos los jefes, a los que quería hablarles él mismo. Magupi prometió hacer cuanto dependiera de él para satisfacer sus deseos y abandonó la corveta muy contento de los regalos que había recibido, y convencido de la potencia de Francia.

[7] El 20 de enero por la mañana, los principales jefes del partido de Niuliki subieron a bordo; llevaban el cáliz, la sotana, un crucifijo y varias imágenes piadosas que habían recogido en la isla, manifestaron su pesar por que el rey hiciera perecer al P. Chanel; el comandante que conocía el motivo del rey para hacer que le mataran, les preguntó si había habido algo por qué quejarse, le dijeron que muy al contrario el padre sólo hizo bien a la isla y no pudo ser mejor con ellos, le pidieron que olvidara todo, le dieron gracias por haber conservado la paz, reconfirmaron su deseo de tratar siempre bien a los blancos que fueran a estar con ellos y de poner fin a los desórdenes que durante tanto tiempo habían ensangrentado su isla.

Los jefes de tribus tanto tiempo enemigas estaban allí y todas sus quejas parecían olvidadas y el mismo espíritu de concordia parecía animarles. Todos dieron una buena acogida al Hº Marie-Nizier y le rogaron que quedara con ellos. El joven catequista, tan abnegado por la religión, no habría pedido nada mejor pero, ¡ay!, su obispo no estaba allí, no podía haber momento más favorable para recomenzar los trabajos de la misión, pero todos los testigos de esta escena concuerdan en pensar que la presencia del joven Sam Keletaona y la aparición de la corveta *Allier* producirán los

efectos más gozosos en el futuro, la misión recogerá el fruto de todo ello y la sangre derramada por la religión servirá para el triunfo de su causa en esta isla y las islas vecinas.

El comandante de la corveta, una vez despedidos los jefes, dejó Futuna y emprendió la ruta hacia Nueva Zelanda con la goleta de la misión, contento del éxito obtenido pero lamentando que la ausencia de Mons. Pompallier no hubiera permitido a la misión recoger seguidamente las ventajas.

153 : Keleatona, rey de Futuna

9 mayo-11 julio 1842.- Joseph Chevron a su familia

Uvea. Wallis. Que la gracia de N. S. Jesucristo esté con vosotros.

[1] Querida madre, queridos hermano y hermana, con qué placer he recibido todas vuestras cartas.

[16] 1 de julio, ensenada de Tonga, archipiélago de los Amigos. Cuando os escribí desde Oneata tuve que interrumpir la carta para preparar a un catequista, mi querido Moïse Matanava,ï para una hermosa y gran misión; pero volvamos donde estábamos; monseñor en tierra, yo todo el día con los nativos o escribiendo; son las diez; espero aguantar aún algún tiempo despierto; no sé si tendré después algún momento para escribiros. Estábamos en Futuna. Parece que la muerte del P. Chanel había apenado mucho a la mayor parte de los futunianos; sin embargo, por miedo sólo se decía por lo bajo.

La muerte del rey y de uno de los principales motores del asesinato, expresión clara de la venganza de los dioses, acabó de golpear al pueblo. La corveta francesa, llegada ocho día después de la muerte del rey con el joven Keletaona de quien os he hablado, arregló el asunto. El catequista pudo misionar sin temor; la región de los vencidos, a la que pertenecía, siempre le había visto como su principal valedor incluso en la infidelidad. Uno de los principales pueblos de los “vencedores” se convirtió e incluso se unió con los vencidos, El resto de los vencedores, desengañados de sus supersticiones, quisieron que los instruyeran los catequistas que tenía el P. Chanel; eran aún muy ignorantes, pero con la ayuda de la gracia llegaron a enseñar la unidad de Dios, el conocimiento del cielo y del infierno y algunas oraciones como el pater, el ave, el credo, etc.

Comieron sus tabús, cosa que prohibía su religión, y quemaron lo que llamaban sus dioses. ¡Uy! Me decía una mujer a la que vi en nuestro antiguo pueblo, ni una ha dejado de comer su tabú, incluso este bebé, me dijo señalando a una niña de cuatro o cinco meses; *y cuál era su tabú*, le pregunté. *El feke*, me contestó, una especie de reptil de mar casi tan duro como un nervio de toro. *Lo he mascado yo misma y se lo di a comer*, añadió para demostrar que no creen en todas esas mentiras. Los vencidos, el pueblo vencedor que se unió a ellos y algunos de los principales ancianos del resto de vencedores eligieron como rey al joven catequista Keletaona. Este joven jefe, a un excelente carácter unia una valentía más que ordinaria y una experiencia adquirida viajando a bordo de varios barcos; en todos estos archipiélagos es indiscutiblemente uno de los hombres más capaces de hacer feliz a un pueblo.

Algunos jóvenes de los vencedores eligieron como rey por su parte al famoso Musumusu, el asesino del P. Chanel; pero todos vivían en paz, esperando –decían- la llegada del gran misionero, que decidiría -añadían- quién debía ser rey. Monseñor les hace ver que la isla es muy pequeña para tener dos reyes, que eso ocasionaría guerras, que harían bien juntándose todos para elegir un rey. Todos los sufragios fueron para Keletaona.

> Mons. Pompallier impuso a Keletaona (Petelo en el bautismo) como rey único de Futuna, Su gestión es rechazada por los jefes del distrito de Tua: en 1843 se restablece la independencia de los dos distritos. Keletaona ya no reina más que en el distrito de Sigave hasta su deposición definitiva en 1851.

[17] El día siguiente de nuestra llegada yo fui a visitar a los neófitos de Uvea que estaban en la otra parte de la isla. Por la tarde fui a ver nuestra antigua vivienda en Poi. Vi el emplazamiento de la casa con algunos pilares aún en pie. Reconocí el lugar donde solía sentarme junto al buen P. Chanel, y volví a ver el lugar donde había recibido la corona. La gente del pueblo, reunida junto a mí, contaba los relatos que habían oído y los hechos que ellos mismos habían presenciado.

En el lugar donde nos dijeron que reposaba la cabeza del P. Chanel vimos manchas de sangre en las piedras o trocitos de coral que formaba el tapiz de la casa. Los nativos nos decían que siempre habían visto esas manchas, que durante largo tiempo eran de un rojo precioso, que luego la lluvia las fue lavando poco a poco y que sólo quedaba lo que veíamos; nos dicen que nadie se atrevió

jamás a tocar allí. Algunos días después monseñor, que había ido a decir la misa en el mismo lugar donde el P. Chanel había sido asesinado, manda cavar, y en el lugar donde reposaba la cabeza del P. Chanel después de recibir el golpe de azuela la tierra está aún roja de sangre, y la tierra de alrededor con su color natural.

Nos pusimos a contar de nuevo todos los detalles del asesinato. Yo estaba con el Hº Marie-Nizier, que vivía en Futuna con el padre Chanel; más tarde tuve también dos catequistas de Uvea. Poco más o menos eso os lo había contado ya. Pero parece ser que el padre, al querer detener el golpe del rompecabezas que le había herido, recibió tal golpe en el brazo que quedó con el brazo roto, dicen los nativos. Todos los presentes nos han asegurado que, en el momento en que moría el P. Chanel, oyeron el ruido del golpe, como si fuera el de un cañonazo por encima de la casa.

[18] Nos llevaron a donde estaba emplazada nuestra antigua casa de los víveres y del *kava*. Hubo una cosa que me emocionó: cuando estábamos mirando nuestra antigua vivienda, vi un perro que me acariciaba, que iba donde el Hº Marie-Nizier y volvía a mi brincando y jugueteando; yo le contemplaba, era el perrito que teníamos en casa. El pobre animalito nos había reconocido.

Visitamos las plantaciones que no estaban, ni mucho menos, como las había dejado el P. Chanel. Volví a dar una catequesis a los neófitos de Uvea, reunidos aún en el pueblo donde se tramó la muerte del padre. Pasé allí la noche visitando y fortaleciendo a toda aquella pobre gente. Visité también al asesino. Me dijo que rogara a monseñor que tuviera piedad de él y de todo el pueblo y que dejara un sacerdote para instruirlos. Me dio testimonio de estar hondamente arrepentido de su crimen, y que lo había hecho a disgusto y por obedecer al rey. Al día siguiente me fui con monseñor.

[19] En mayo el rey Keletaona, su mujer y su hija fueron bautizados y confirmados. El pueblo pidió llorando que también a él le concedieran el bautismo; se decidió que los catequistas de Uvea los prepararan e instruyeran; yo, recordando algo del idioma futuniano que aprendí en cinco días, pude darles algunas catequesis.

Monseñor fue a visitar nuestra antigua vivienda y me encargó que les examinara yo; diez días después de nuestra llegada bautizó y confirmó a ciento catorce. Mayor fue el número de comuniones entre los neófitos de Uvea. La misa se dijo en la casa del rey. Después supe que antes era la casa del rey del que os hablé y al

que llegaron a dar para comer hasta 14 hombres asados. Tenía buena necesidad de purificación y santificación. Partimos el 9 de junio dejando en Futuna a los PP Servant y Roulleaux y al Hº Marie.

Siempre a vuestra disposición, vuestro pobre hermano Joseph Chevron, misionero apostólico.

189 : Los frutos del martirio

19 agosto 1842, Catherin Servant a Jean-Antoine Bissardon, superior de los sacerdotes de Sain Irénée (Chartreux) misioneros de Lyon

Futuna. Sr. Superior,

[1] .Este trocito de tierra ha sido regado con la sangre de un mártir

[2] El Rvdo. P. Chanel había bautizado antes de morir a unos cincuenta, que fueron al cielo antes que él. Estaba a punto de conquistar la isla mediante la conversión del hijo del rey; despreciando los objetos de su culto supersticioso, se habían inscrito ya como catecúmenos unos cuantos jóvenes; pero en aquel tiempo de tantos obstáculos para la predicación del evangelio, la semilla del cristianismo no caía insensiblemente y sin ruido. Los niños la recibían a veces con un valor extraordinario: me han contado que un niño de diez años, para escapar de la persecución de sus padres y de otros infieles, se iba todos los días a los bosques para rezar con Dios y escondía la medalla que le había dado el P. Chanel y que él guardaba como un tesoro.

[3] Así estaba la misión de Futuna cuando el rey urdió la horrible conspiración para matar al Rvdo. P Chanel. No le hablaré aquí de las circunstancias de su gloriosa muerte, porque supongo que las conoce.

[4] Parecer ser que ese rey era muy desleal; no sólo había abandonado al Rvdo. P. Chanel y dejado de alimentarle, sino que además había ordenado a su pueblo que cogieran los frutos que al padre tanto le costaba cultivar. Y ese crimen no fue el único, porque, cosa jamás leída en los anales de la crueldad humana, ese rey había llegado a comerse a su propia madre. Me han dicho que, según la orden del rey había que asesinar no solamente al reverendo

padre Chanel, sino también a los que habían abrazado la fe; el hijo del rey, a quien no habían hecho vacilar ni la seducción ni el miedo a los castigos, se encontraba entre los condenados a muerte, pero fue indultado.

[5] En esto, un joven muy unido al reverendo padre Chanel, corrió al lugar de la ejecución para morir con él; él ya no podía vivir -decía- pues el padre estaba muerto. Los asesinos dijeron al joven que se adelantara, pero sus parientes y amigos le impidieron avanzar.

[6] La muerte del reverendo padre Chanel dio al rey y a los infieles la euforia del triunfo, pero no fue un triunfo muy largo; unos días después, la muerte cayó sobre uno de los consejeros del rey de mayor influencia, que había contribuido a la muerte del padre; y el rey murió también tras una larga enfermedad. Los nativos vieron esas muertes como resultado de la venganza de Dios. Pero lo que más contribuyó a la conversión de Futuna fue el empeño apostólico de un jefe llamado Sam, adornado de cualidades extraordinarias que le hacían ser apreciado por todos los que le conocían; pero antes de ir más allá, es preciso remontarse a tiempos anteriores.

[7] Hacía tiempo que había dos bandos en Futuna, el de los vencedores y el de los vencidos. De vez en cuando se ponían en guerra; en los dos años anteriores hubo una guerra sangrienta. Sam, el jefe de los vencidos, tuvo que mantener la guerra contra los vencedores. En la lucha mostró un valor heroico; sin darse cuenta de que los suyos habían huido, él solo se enfrentó durante dos horas al choque de trescientos guerreros, esquivando los golpes de las lanzas y luchando como un león; al darse cuenta después de que estaba sólo en el campo de batalla, corrió a refugiarse en lo alto de una montaña. El padre Chanel fue a visitarle.

En la primera visita el padre lloró, le abrazó, le hizo ver que debía la vida a la Virgen, cuya medalla llevaba durante el combate y le recomendó que se embarcase cuanto antes para escapar de la animosidad de los vencedores, pues seguramente lo matarían ya que los vencedores le odiaban por su desprecio a las supersticiones de Futuna, por la fuerza prodigiosa que le había dado la providencia y por la confianza que en el tenían los marineros de los barcos que paraban frente a sus playas.

Sam siguió el consejo del padre y marchó a Wallis donde tuvo la dicha de recibir el beneficio de la instrucción. Algún tiempo

después volvió a Futuna a bordo de la corbeta *Allier*; pero su padre ya no vivía; lloró su muerte durante tres días. Cuando echó pie a tierra, fue con su mujer a la casa que el padre Chanel había levantado con sus propias manos para hacer allí la oración de la noche. Encontró a dos niños, uno de diez años y otro de doce; les propuso creer en Dios y hacer juntos la oración, renunciar a las supersticiones de Futuna, quemar sus *tapu* y no abandonar jamás la fe a pesar de las supersticiones; los niños no sólo aceptaron todo eso sino que además reclutaron a sus padres para abrazar la religión; les tiraban de la mano para ir a la oración; a sus amigos, diciéndoles que ellos sentían una luz interior que les hacía ver que estaban en la verdad, les persuadieron para ir a reconocer al verdadero Dios. Desde ese momento toda la isla se vio sacudida.

Sam corría día y noche por pueblos diversos para instruirlos; no faltaban obstáculos que superar; gente aferrada a la infidelidad y sobre todo sacerdotes y ancianos le amenazaban con la ira de los dioses diciéndole que le comerían; pero él les respondía: que vengan a comerme esta noche; pero si mañana estoy vivo, vosotros creeréis en el gran Dios. No tardaron en ver que la historia de los dioses de Futuna era un tejido de mentiras y a una sola voz pedían romper y quemar los objetos del culto supersticioso y comer los alimentos prohibidos por la rigurosa ley del *tapu*.

[8] Esas eran las disposiciones de los nativos cuando llegamos a Futuna. Monseñor recogió las primicias de la cosecha; el 9 de junio 1842 nos dejó aquí para que P. Roulleaux y yo recogiéramos el resto. Sam fue elegido rey con los votos favorables de todos los ancianos de uno y otro partido. ¡Qué felicidad para Futuna!

[9] Nosotros comenzamos nuestro ministerio por el bautismo de los niños; en mi primera visita a las dos islas bauticé a todos los niños que pude encontrar. Entre esas criaturitas estaban los hijos del rey asesino y de los verdugos del P. Chanel. Qué consuelo para nosotros ver que nadie murió sin bautismo.

Los enfermos también entraban en nuestra solicitud; por medio del Hº Marie-Nizier hemos podido instruirlos y bautizarlos. Entre los enfermos estaba la mujer del rey asesino, a la que se acusa de haber contribuido mucho a la muerte del padre Chanel por el odio que le tenía y los malos consejos que daba a su marido; pero, misericordia de Dios, en su última enfermedad mandó que me llamaran para instruirla y bautizarla, y moría pocos días después tras haber obtenido la gracia. Ese viaje me otorgó el honor de enterrar

lo que quedaba de idolatría en Futuna: en medio de una plaza pública se levantaba aún una piedra sagrada en la que residía de modo especial la divinidad según suponían los nativos. Dos jóvenes que pasaban casualmente por allí, uno neófito y el otro catecúmeno, fueron utilizados para quitar y deshacer esa piedra sagrada acompañados por las carcajadas de los espectadores.

[10] Cuando veía los lugares en los que había estado el padre Chanel mi corazón se oprimía. ¡Cuántos sentimientos!: aquí, para vivir, tuvo que trabajar con sus propias manos; allí, por motivos económicos, caminaba con los pies descalzos por esos caminos llenos de piedras punzantes; en ese lugar construía su casa con cañas de bambú; en éste se paseaba y descansaba… Aún tengo el bastón de madera que utilizaba en sus viajes, su fiel compañero el perrito al que acariciaba y que parecía reconocer a su amo incluso por su vestimenta, la sotana ensangrentada que llevaba el mismo día de su glorioso martirio.

[11] Querido superior, qué gran consuelo sentimos al pensar que el mártir intercede por nosotros en el cielo. Nosotros recogemos lo que él sembró con dolor y sufrimiento. El 17 de julio pudimos bautizar a treinta adultos, entre los que estaba el ministro del rey. El rey fue su padrino. Un americano que vive aquí también tuvo esa dicha: en varios libros que le habíamos prestado había encontrado la verdadera iglesia de Jesucristo. Pero la ceremonia que más nos ha consolado hasta ahora es la del bautismo de sesenta catecúmenos el día de la Asunción. En la misa yo les dí una instrucción conforme a las circunstancia; los nativos escucharon con gozo el relato de las maravillas de aquella a la que ellos llaman “madre buena”, *Cinana Malie*.

Después procedí a la ceremonia del bautismo; el rey era también padrino; uno de sus parientes estaba entre los que debían ser bautizados. Los sesenta catecúmenos, colocados en orden, daban un bello ejemplo de modestia y de recogimiento.

Cuando ya habían respondido todos en una sola voz que renunciaban a Satanás, a sus pompas y a sus obras, yo les hablé de la dicha de renunciar al padre de las mentiras, y de la obligación que contraían de ser fieles a Dios para siempre.

Les expliqué también que el paño blanco impuesto en su cabeza era el símbolo de la inocencia en la que debían perseverar y que el cirio bendito representaba la caridad que debía arder siempre en sus corazones.

Esta conmovedora ceremonia hizo que muchos de nuestros queridos nativos derramaran lágrimas de alegría.

Espero que dentro de algunos meses, cuando los habitantes de Futuna estén suficientemente instruidos, reciban todos la gracia del bautismo.

[12] Termino, señor superior, rogándole que me encomiende a nuestro divino maestro y a María, nuestra buena madre. Su… etc. Servant, misionero apostólico.

> En Wallis, antiguos rumores provocan la venida del barco *Embuscade* del comandante Mallet para asegurar la protección de la misión apostólica.

214 : Protección francesa

4 noviembre 1842.- Pierre Bataillon a Jean-Claude Colin

Isla de Wallis, reverendo padre,

[1] Me alegro de tener otra ocasión para escribirle. Fue monseñor quien llevó mis últimas cartas en las que le decía que las islas de Uvea y Wallis eran ya cristianas, y es una corbeta francesa la que se encargará de ésta. Ha sido enviada aquí expresamente para visitar nuestra misión. El almirante francés, que gobierna la estaciones de los mares del sur y que reside en las islas Marquesas, tomadas en posesión por Francia en mayo pasado, al llegarle antiguos rumores de que en la misión estábamos inquietos, nos envió enseguida la *Embuscade*, una corbeta con 34 cañones y 230 hombres, para socorrernos.

Al encontrar las islas Wallis en excelentes disposiciones, sólo se quedaría aquí unos pocos días, pero al entrar en puerto tuvo la desgracia de encallar y se vio obligada a pasar cerca de seis semanas con nosotros para la reparación. Ya está a punto de partir. El comandante de la corbeta es el señor Mallet, un hombre que parece interesarse mucho por nuestras misiones; nos ha ofrecido sus servicios y se ha puesto totalmente a nuestra disposición; parece que el almirante y todos los comandantes franceses de estos mares tienen buenas disposiciones respecto a nosotros.

Conocen la importancia del trabajo de los misioneros franceses y quieren apoyarlo. Dios sea bendito; todo redunda en su gloria. Ahora que hay una estación permanente en las islas Marquesas, nos dan la esperanza de ser visitados a menudo por cualquier barco francés. Todo redundará en gloria de Dios.

Temíamos que la larga estancia de la corbeta francesa perjudicara a nuestra joven cristiandad, pero habíamos tomado precauciones. El comandante y gran parte de sus oficiales, animados de buenas intenciones, vigilaron de cerca a la tripulación, los domingos la llevaron a los oficios, les ofrecieron todos los medios para acercarse a los sacramentos y el último domingo tuvimos cuarenta marineros en misa, doce de los cuales comulgaron por primera vez. Eso edificó mucho a los neófitos. Nosotros aprovechamos la presencia de la corbeta para bautizar a dos jefes que no lo estaban aún. La ceremonia se hizo el último domingo en la iglesia de San Juan Bautista, la principal de la misión. El comandante había ordenado engalanarla con banderas. Había ochenta hombres armados. Él con su lugarteniente fueron los padrinos de dos jefes, y otros diez marineros los de diez catecúmenos que se bautizaban a la vez. Con esa ceremonia se clausuraron los bautismos.

Ya no queda ninguno, a no ser algunos protestantes venidos de las islas vecinas, pero que pertenecen a èsta y que aún no han querido convertirse al catolicismo. Con el tiempo esperamos ganárnoslos y los encomendamos a sus oraciones y santos sacrificios. Después de todo, los franceses se han mostrado muy buenos y afables con los insulares. Los han colmado de generosidades. El comandante ha dado toda clase de buenos consejos a nuestro rey, ha confirmado los que le damos nosotros para bien de su pueblo y prosperidad de sus islas. Le ha regalado una bandera para hacer con ella un reino independiente y ha hecho con él un trato de alianza en nombre de Francia; Su Majestad -Vaimua Lavelua que pasa a llamarse Soane Petita -Juan Bautista- acaba de enviar una carta y unos presentes a Su Majestad Luis Felipe en señal de alianza. Tenemos razones para creer que todo eso producirá más tarde buenos resultados.

No podemos más que alegrarnos del paso de la *Embuscade*. Dos médicos de a bordo, señores Pouplin y Le Calennce, han prestado grandes servicios a la humanidad sufriente, sobre todo a los pacientes de hidrocele, muy numerosos en estas islas, y los han curado a todos radicalmente. Nosotros hemos aprovechado la ocasión para hacer que se operara el Hº Joseph, aquejado de la

misma enfermedad; sin eso tendríamos que haberlo enviado a Nueva Zelanda para ser tratado allí de la enfermedad.

Esos doctores examinaron las necesidades de la isla en cuanto a medicinas y han hecho una lista de los medicamentos, instrumentos y libros de medicina que deberían componer la farmacia de Wallis. El P. Viard debe enviársela. Parece que sería fácil encontrar en Lyon alguna persona que se encargue de lograrlo sin que la Sociedad haga ese gasto.

[2] La goleta de la misión acaba de venir de Nueva Zelanda. Nos trae al Hº Marie-Augustin para trabajar el algodón y algunas otras cositas. El capitán tiene que llevarla a Valparaíso; también ha llevado al P. Grange a Tonga a estar con el P. Chevron. Yo no he recibido aún algunas maletas que dicen haberme enviado de Francia y en las que hay algunos regalos para nuestro rey. Antes de que partiera la goleta, en Bahía de las Islas se las confiaron a un barco ballenero que no siempre llega puntual.

[3] Monseñor ha dejado aquí en el lugar del P. Chevron al pro vicario, el P. Viard. Nuestro ministerio es muy difícil pero lleno de consuelos. La nueva cristiandad se mantiene e incluso va progresando. Todos los domingos ordinarios tenemos entre trescientas y quinientas comuniones. El último día de la Asunción tuvimos hasta setecientas y creo que podríamos haber tenido todos si hubiésemos podido atender´los a todos.

Ahora todo está en marcha en nuestra cristiandad. Se hace todo, y todo está establecido como en las viejas cristiandades. Sólo hay que atenderla. Tenga la bondad de rezar siempre por nosotros y la Sma. Virgen nos protegerá. Ahora vamos a dirigir más nuestros esfuerzos a lo referente al bienestar temporal de nuestros neófitos, enseñarles a cultivar el algodón, a hacer el hilo, a tejer, a construir unas casas más sanas y más cómodas, a leer y a escribir, a criar ganado, a cultivar las plantas europeas, etc. etc. Esas son las intenciones de monseñor, buscar siempre los beneficios de la religión y de la civilización. La creación de un pequeño mundo nuevo.

[4] Reverendo padre, no tengo nada más de particular que comunicarle; el más pequeño de sus hijos es quien le escribe y quien, por esa razón, se encomienda muy particularmente a sus oraciones y santos sacrificios. El último de sus hijos y humilde y respetuoso servidor, Bataillon, misionero apostólico.

La estancia de la *Embuscade* produce varios efectos: por un lado, el inglés Jones, que había iniciado la construcción de una goleta nueva para su comercio y que se hirió en el taller, se la regala al P. Bataillon antes de morir. Fue terminada por los carpinteros navales de la *Embuscade*. Desde ese momento, gracias a la *Stella Maris*, la estrella del mar, monseñor Bataillon puede pensar en otras misiones en su vicariato de Oceanía central.

Por otro lado, Vaimua Lavelua aceptó convertirse. Tuugahala, viendo contrariada sus ambiciones, pasa a ser hostil a los misioneros complicando a su gusto la situación existente en el plano religioso, marcada sin embargo por el avance de conversiones.

Finalmente se estabilizó la situación política. Vaimua Lavelua con todos los jefes piden oficialmente al comandante Mallet el 4 de noviembre de 1842 que comunique al almirante Bruat que desean el protectorado francés.

224 : Testimonios walisianos

10 noviembre 1842.- Susanne Pukega y Romaine Tui a los fieles de Lyon.

[1] Les damos las gracias por la fortuna de contar con la caridad de habernos proporcionado un obispo y unos sacerdotes que nos han salvado sacándonos del horrible estado en que nos encontrábamos sumergidos. Estamos todos bautizados y confirmados y todos hemos recibido los sacramentos que podemos recibir. Por eso, queridos hermanos, les damos muchas gracias por la fortuna que nos viene de su caridad, ya que son sus oraciones las que nos la han obtenido. ¡Que felicidad la suya por haber conocido al verdadero Dios desde tanto tiempo ha!. Nosotros estábamos sumergidos en la desgracia. Por eso agradecemos profundamente ahora su caridad, que nos ha hecho conocer al verdadero Dios y nos ha hecho felices.

Lo que nos apena es que nuestros padres han ido a la condenación y que solamente a ustedes les ha llegado el conocimiento del verdadero Dios en estos últimos tiempos. Gracias al Dios todopoderoso por su bondad y a ustedes por el interés que nos han mostrado enviándonos los rosarios, que para nosotros son como armas de defensa, y vestidos para nuestro perecedero cuerpo.

Han tenido compasión de nuestra pobreza; mientras que su caridad se ha manifestado proporcionándonos nuestro obispo y sus

sacerdotes, que son nuestra gran riqueza. Los queremos ardientemente porque nos liberan del mal y se cuidan de nosotros todos los días. Gracias a ellos somos felices y por ellos hemos entrado en la invencible fortaleza de Jesucristo. Por todo ello, una vez más, les damos las gracias; sí, gracias por su caridad.

[2] El señor obispo ha permanecido mucho tiempo con nosotros, se marchó después y ahora suspiramos por su vuelta. Les rogamos que nos envíen otros obispos y sacerdotes, porque todavía son pocos y aún son muchos en esta parte del mundo los padres sumergidos en la infidelidad. Envíennos aún rosarios; muchos de nosotros no los tienen aún. Nos atrevemos también a rogarles que nos envíen vestidos para cubrirnos cuando comulgamos. Querríamos acercarnos al altar con la decencia conveniente ¿pero cómo hacerlo con nuestra desnudez? Es cierto que somos ricos en follajes de árboles, pero no son lo adecuado.

Ya nos han llegado las pruebas de su caridad y les hacemos una nueva petición: que, si nos aman, nos envíen algunas mujeres piadosas, unas hermanas, para instruir a las mujeres de Uvea. Conocemos la palabra de Dios, es cierto; el sacerdote nos la ha dado a conocer; por él conocemos cuál es la voluntad de nuestro padre verdadero, y precisamente por eso no nos cansamos de pedirles unas mujeres para enseñarnos, porque estamos afectadas por las dificultades que tienen nuestros sagrados padres, los sacerdotes. Son capaces de superarlas, pero no dejamos de suspirar por unas hermanas, para que nos enseñen diferentes conocimientos útiles.

Firmas de Susanne Pukega, Romaine Tui.

[3] Es una carta de dos neófitas, escrita en nombre de todas sus compañeras. –Ha sido escrita personalmente por Susanne, una mujer casada y con tres hijos. –Varias neófitas más saben escribir pero no han tenido tiempo de firmarla. Son muchas más las que saben leer.

Philippe Joseph Viard y Pierre Bataillon.

La lectura de esta carta mueve a Françoise Perroton a marchar a Oceanía para dedicarse a la educación de las mujeres. Las Hermanas Misioneras de la Sociedad de María ven en ella a la “primera pionera”.

El 24 de abril en el *Phaéton* y el 4 de mayo de 1843 en el *Uranie*, salen de Toulon unos nuevos contingentes de misioneros conducidos por monseñor Douarre, que continua con el P. Rougeyron y el P. Jean Taragnat hasta Nueva Caledonia, pero la mayor parte quedan con monseñor Bataillon en Oceanía central, El P. Bataillon acaba de ser nombrado vicario apostólico. Guillaume Douarre, su coadjutor para Nueva Caledonia, es el encargado de su consagración episcopal.

Antes de la llegada, el reverendo Thomas intentó implantar en Wallis una misión metodista en junio de 1843. Es obligado a abandonar la isla, que queda tocada por un brote de tensiones.

De momento, la guerra civil es evitada por los pelos gracias al perdón general pronunciado por Bataillon en noviembre. Ocasión para que se convierta Kivalu que, bautizado como Honolio, será en adelante un cristiano fiel. En cambio Pooi, que se hace católico entonces, no tardará mucho en apostatar. Sus partidarios llevan a los walisianos convertidos a la iglesia metodista durante la estancia en Vava'u de 1840 a 1842, como ocurrió con dos grupos de tongianos que llegaron en 1843 el primero y en 1844 el segundo. Reunidos en el pueblo de Falaleu por orden de Pooi, los protestantes inician en agosto de 1844 la persecución contra los católicos de los alrededores y provocan una verdadera guerra civil cuando mancillan una iglesia católica arrojando basura; los católicos responden con el incendio de varias casas de sus adversarios. La guerra explota; pero, bajo pretexto religioso, se trata esencialmente de una lucha civil entre los dos jefes, Pooi y Tuugahala.

291 : Ordenación episcopal del padre Bataillon

Monseñor Douarre pasa por Tonga antes de ir a Wallis

29 noviembre y 8 diciembre 1843.- Charles Mathieu a J. C. Colin

A bordo del *Bucéphale*

Reverendo padre,

[1] Por Mons. de Amata ya conoce los detalles de nuestra navegación desde las Marquesas hasta Tonga. Permítame que le escriba también algunas reflexiones que me he hecho sobre el estado de la misión y sobre las medidas para asegurar el éxito.

Tuvimos motivos, querido padre, para quedar muy edificados al ver a los dos misioneros de Tonga. No se puede imaginar un espí-

ritu de pobreza, humildad, desprendimiento y caridad mayor que el que hemos constatado al ver a esos dos buenos padres y al Hº Attale. Imposible que el Señor no bendiga la obra de tan santos sacerdotes. Vista su pobreza, han hecho más de lo que se podía esperar. La misión promete mucho y, haciendo caer muchos prejuicios, la visita que hemos hecho contribuirá a acelerar la obra de Dios; pero me ha dado pena el estado de debilidad en que he encontrado a los PP. Grange y Chevron y al pobre Hº Attale.

Dios ha conservado su vida como por milagro, pero su debilidad es tal que, humanamente hablando, se puede temer que su vida sea breve o que se vean incapacitados para cumplir sus funciones. La debilidad proviene de la falta de alimentación; al no tener nada para procurársela han tenido que abandonarse a los nativos, que apenas piensan en sus propias necesidades. ¿Pero qué sería de la misión sin los misioneros? ¿Qué harían los recién llegados sin los antiguos para enseñarles la lengua y dirigirlos? Creo que, ya desde el principio, esta obra no fue establecida como se debería haber hecho.

Me parece que lo primero que hay que hacer al dejar los misioneros en una isla es ubicarlos en un lugar, darles un terreno adecuado para el cultivo y las provisiones necesarias hasta que puedan mantenerse con su trabajo. En estos parajes el dinero no es nada, pero con palas, azadones, picos y otros instrumentos se puede obtener lo que se desea; la tierra es fértil y el ganado y las aves se multiplican bien. Los misioneros que estén con ellos y sean independientes no serían menos respetados y no tendrían menos ocasiones de prestar servicios a los nativos, de enseñarles y formarlos. Habría que preguntarse confiadamente sobre el refuerzo de Europa si habría con qué subvenir las necesidades de los misioneros, y se podrían fundar y construir los establecimientos.

Así piensa también Mons. de Amata. Y creo que también usted. Al parecer Mons. Pompallier no vio las cosas del mismo modo, puesto que el padre Chevron no ha hecho más que seguir sus instrucciones al pie de la letra viviendo de esa manera. Le corresponde a usted juzgarlo, mi querido padre, y dar a sus hijos las órdenes y consejos. Ya sabe que están dispuestos a todo y que no se agarran en manera alguna a sus ideas. Aún no sé lo que piensa el padre Bataillon. Trataré de charlar con él y ya le informaré.

[2] Una palabra sobre los envíos. El vino en cajas de doce o quince botellas para facilitar la distribución, barriles de harina bien acondicionados, frascos de semillas colocados en pequeñas

cajas adecuadas para que cada cual pueda hacer sus ensayos. Unos botiquines que contengan sobre todo remedios contra las enfermedades venéreas y las llagas: calomel y algunas notas de un buen médico sobre la manera de aplicarlo, piedra azul para los ojos, opio para los cólicos, etc.

Sería muy útil que cada misionero tuviera un pequeño botiquín o al menos que hubiera uno en cada misión. Los nativos están muy satisfechos del cuidado que se presta a su salud, y cuando no se tiene éxito nunca lo atribuyen a un error del médico. Ajuares de misionero, sotanas sin escotar, pantalones de tela ligera como la lana suave de merino. Calcetines de hilo y zapatos, botines que aquí se usan mucho. Sería deseable que los envíos se hiciesen con orden y que los objetos destinados a un misionero estuvieran en una caja separada dirigida a él. Si no se hace así, el lío será enorme al hacer la selección. Y se necesitaría que el capitán y los marineros tuvieran paciencia de santo para no tener dificultad con ellos. Y lío también para los misioneros que no saben dónde vivirán y cómo llevarse lo que se les da.

Me dicen que tenemos Wallis a la vista. Permítame ir a ver esa tierra de nuestros deseos. Trataré de ocuparme de la carta dentro de unos días.

[3] 8 diciembre, Wallis. Mons. Bataillon fue consagrado el 3 de diciembre. Me retiene a quedar con él. He visto que su modo de ver las cosas es el mismo que le he expuesto a usted. Me siento feliz por estar con un prelado bueno y santo, aunque echo mucho de menos a Mons. de Amata, que tenía hacia mi un afecto paternal.

La misión de Wallis va bien. Tan sólo el joven jefe Tuugahala le da preocupaciones a monseñor porque encuentra que la religión se acomoda mal a sus pasiones. Le ruego que rece y haga rezar por su conversión. No está bautizado aún aunque ama la religión y hasta ahora la ha favorecido pero con celo mal regulado. Dentro de cierto tiempo espero enviarle detalles sobre la vida del P. Chanel en las misiones.

He insistido mucho a monseñor Bataillon para que escriba lo que él conoce. Creo que lo hará. Desgraciadamente no tenemos sus santas reliquias. Se las llevaron todas a Nueva Zelanda. En Futuna se ha construido una iglesia donde estaba emplazada su choza, lugar en el que fue martirizado. Perdone, reverendo padre, mi precipitación. He tenido que ayudar a monseñor en su correspondencia y ocuparme de la desinstalación y de la instalación. ¡Muchas cosas que hacer en tan poco tiempo! Padre, rece por mí;

el Señor no ha juzgado digno que fuera enviado a una misión tan peligrosa, pero trabajaré de todo corazón para gloria suya y de la Sma. Virgen dondequiera que a El le plazca.

[4] Reverendo padre, con profundo respeto de su obediente y querido hijo en nuestro Señor. Mathieu, misionero apostólico.

292 : Nuevos misioneros

1 diciembre 1843.- Gilbert Roudaire a Jean Cholleton

Viendo Wallis a bordo del *Bucéphale* el 1 diciembre 1843.

Querido padre,

[1] Desde hace dos días estamos junto a Wallis y sin poder entrar en la bahía a causa del viento contrario. Monseñor de Amata con todos nuestros hermanos han bajado a tierra en una lancha del barco; yo me he quedado aquí, para poner en orden mis asuntos y aprovecho unas horas de descanso para escribir algunas de las circunstancias de nuestra larga travesía que le pueden interesar. Acepte, padre, estas líneas que le estoy escribiendo de prisa como expresión de mi reconocimiento y profundo respeto.

[2] Fue el 4 de agosto cuando subimos a bordo de la hermosa fragata *Uranie*, bendecida por monseñor de Amata el día anterior en presencia del estado mayor. En el momento de nuestro embarque habría unas tres mil personas en el muelle. Querían ver de nuevo a ese joven obispo al que habían rodeado de tantos honores y tanto afecto durante su estancia en Toulon. El prelado llegó acompañado por todo el clero de la ciudad, y cuando subió al bote toda aquella piadosa multitud cayó de rodillas y recibió llorando la bendición del obispo misionero. También nosotros dejamos correr las lágrimas y, sintiendo nuestros corazones oprimidos por el dolor, saludamos por última vez a la generosa ciudad de Toulon, a los numerosos amigos que allí teníamos y a la bella Francia que abandonábamos en pro de la propagación del evangelio.

[3] No le hablaré de las islas Baleares ni de Gibraltar que divisamos. En Santa Cruz de Tenerife tuvimos la dicha de encontrar al obispo de las islas Canarias, que nos acogió con una bondad sin-

gular. Nos invitó a compartir con él un modesto almuerzo; vivía pobremente porque el regente español Espartero (1841-1843) le había expropiado sus bienes; el valiente prelado no tuvo miedo a resistir ante sus impíos y tiránicos decretos. Esperaba que el día menos pensado sería exiliado y nos resultaba fácil comprender lo contento que estaba por sufrir por la santa fe. Hemos venerado en él al valiente confesor de Jesucristo, y él se dignó implorar con su bendición la gracia del cielo para nuestros trabajos.

[4] Pronto fondeamos en Gorea donde fuimos acogidos con entusiasmo por Moussa, un sacerdote mulato que cursó sus estudios en Paris, a quien sin duda conoce por su reputación; es distinguido también por su talento y piedad; con la ayuda de algunas Hermanas de la Caridad alcanza grandes frutos de salvación entre sus compatriotas, que son en mayoría mahometanos. El día de la Ascensión Mons. Douarre ofició pontificalmente en presencia del Sr. Gobernador de nuestras posesiones del Senegal, del Sr. Bruat, Gobernador de los Establecimientos franceses de Oceanía y de un brillante Estado Mayor.

[5] Curioso el corto conocimiento de esta tierra de África donde hemos fondeado. Hicimos una corta excursión al pequeño reino de Dakar, como a una legua de Gorea. Lo primero era visitar al rey. Acostumbrado a nuestras ideas europeas y al lujo que rodea a nuestros príncipes, me sentí algo tembloroso ante la proximidad del palacio. Dios mío, quién no admiraría su extraña simplicidad. Lo que vi no era un palacio sino una miserable cabaña, parecida a las de los pastores de nuestras montañas; en vez de un trono, unas tablas con el monarca sentado en cuclillas. Un hombre guapo, pero hablando con crudeza, un hombre sin pantalones: un cinturón rodeando su cintura, un turbante en la cabeza, he ahí su aderezo, su manto y su diadema.

Mantuvimos con él una larga e interesante conversación. Entre otras cosas le preguntamos si quería a los franceses y nos dijo que sí porque su rey le daba 1.200 francos cada año para obtener el permiso de venir a hacer aguada en su reino. A la pregunta sobre si creía que nuestra religión era buena nos respondió afirmativamente, pero que no valía como la suya, la mahometana. Sin tratar de demostrarle la falsedad del Corán, le hicimos un gran elogio de la religión cristiana y le acuciamos para que la abrazase. No puedo, no puedo, nos respondió; tendría que dejar mis mujeres. Dijo que tenía seis reconocidas públicamente, pero que sus hijos eran

tantos que no podía contarlos. Nos prometió que, si reconocía después la verdad del cristianismo, lo abrazaría. Le ofrecimos una medalla de la Virgen que aceptó voluntariamente y colgó un instante de su cuello. ¡Dios quiera que María pueda sacarle de sus errores!

[6] Al salir de la cabaña del rey vimos una treintena de morabitos o sacerdotes mahometanos, sentados delante de una mezquita y deliberando con mucha seriedad sobre el castigo que había que imponer a una mujer que había cometido un robo. Ignoro la sentencia del tribunal, pero mientras ellos se ocupaban de ese asunto, nosotros entramos en la mezquita sin prever el peligro; felizmente no fuimos descubiertos porque el puñal debe vengarse del infiel temerario que se atreve a franquear el suelo sagrado. Allí donde el demonio recibe tantos homenajes, nosotros, para alabar a Dios, cantamos algunas estrofas de nuestros cantos piadosos delante de los morabitos, y a ellos les resultaron muy bonitos. Tengo que decirle que a cualquier hora del día se veían hombres y mujeres que se postraban en las calles, se volvían a poner de pie y se echaban después en tierra rezando y golpeándose el pecho.

[7] Aún tuvimos un agradable descanso en Río de Janeiro, donde nos acogió paternalmente el internuncio. El 9 de julio, fiesta de Nª Sra. de la Paz, monseñor de Amata ofició en la capilla que atiende un padre del Picpus; toda la asistencia era francesa, nuestros compatriotas festejándonos y nosotros creyéndonos por un momento en la patria. Los días pasados en ese clima delicioso nos restablecieron de las fatigas. Vueltos a la mar, sufrimos algunos peligros. Pero María, querida estrella del viajante misionero, nos guió hasta el puerto. El 24 de agosto atracábamos en Valparaíso. Como puede ver, padre, fue un viaje rápido y feliz.

[8] En Valparaíso nos quedamos tres semanas. Decir cómo fue la acogida de los padres del Picpus es cosa imposible Nunca olvidaré su generosidad ni benevolencia. Tuvieron con nosotros toda la caridad que San Pablo pedía a los corintios para Timoteo. Tienen en la ciudad un colegio muy floreciente, que hará un inmenso bien a este país. Se han ganado la confianza de todo lo bueno que hay en la provincia; confiesan y adoctrinan sin descanso en su pequeña capilla, que está siempre llena de fieles.

[9] Nuestra estancia en Valparaíso se vio marcada por pequeños y consoladores eventos. El día de Sta. Rosa de Lima, patrona

de la ciudad, Mons. Douarre dijo la misa en la catedral, única iglesia en esta ciudad de más de treinta mil almas. Administró el sacramento de la confirmación a más de 5.000 mil personas, y lo que nos llenó de alegría fue el bautismo que dio a un joven indígena de las islas Marquesas. Eran las primicias de su apostolado; el señor Bruat y su mujer quisieron ser padrino y madrina.

[10] Una conmovedora escena nos hizo llorar. Un venerable obispo, coronado de canas, fue a quedarse en Valparaíso a causa de los disturbios políticos de las repúblicas americanas, que le obligaron a abandonar su sede. Fue a ver a monseñor de Amata y, elevando su cruz pectoral, le dijo a su joven colega: monseñor, dígnese aceptar esta cruz que le ofrezco. Vos sois digno de llevarla, vos que no teméis afrontar tan grandes peligros para extender el reino de Jesucristo. Yo no he hecho nada por la iglesia; soy un siervo inútil. Al menos le acompañaré con mis deseos; no cesaré de rezar por el éxito de sus trabajos. Vais a hacer que el Sol de Justicia ilumine esos pueblos, vais a hacer que nazca una nueva iglesia de Jesucristo. Vaya, monseñor, y que el ángel del Señor acompañe todos sus pasos.

[11] Por fin dejamos Valparaíso con el corazón algo agitado porque allí nos había interesado todo, la bondad de los padres del Picpus, la fe y la pobreza religiosa de esa pobre gente. Tras treinta y dos días de navegación, un sábado por la tarde llegamos ante las Marquesas, donde Francia tiene dos establecimientos. Recalamos delante del de Tahuata y el día siguiente, domingo 15 de octubre, Mons. Douarre celebró la misa pontifical a la orilla del mar, debajo de un árbol grande y frondoso que le sirvió de catedral. Allí donde posiblemente se ofrecieron muchos sacrificios humanos, se preparó un modesto altar para el santo sacrificio.

Desde los cocoteros y los árboles del pan, los indígenas contemplaban admirados esta ceremonia, que resultaba enormemente imponente por la presencia del gobernador, de su estado mayor, de la guarnición y de la tripulación del *Uranie* y, unido a todo ello, la música y las salvas de artillería. Terminada la ceremonia, el señor Bruat se presentó al gobernador.

Encontramos allí, con dos padres del Picpus, una treintena de canacos de una isla vecina; perseguidos por sus padres a causa de la religión que habían abrazado, antes que abandonar a Jesucristo prefirieron exiliarse. Se acercaron a nosotros y nos saludaron con todo afecto: *kaoa e te Mataua*, buenos días, padre. Cada vez había que responder *kaoa*; todo un graneado fuego de saludos. Una po-

bre niña de ocho o nueve años fue a besarnos la mano a todos mientras nos decía que éramos buenos.

[12] Le digo, padre, que veo poca diferencia entre los europeos y los nativos de las Marquesas. Están todos bien hechos en todos los aspectos. Sólo hay una cosa que llama la atención y que todo el mundo advierte: la diferencia de expresión existente entre los indígenas bautizados y los que no lo están. Estos últimos tienen algo de salvaje en la mirada y los rasgos; en los otros la mirada es de cordero; se diría que en su semblante queda visiblemente marcado un tinte de cristianismo. He notado lo mismo en Tonga y me aseguran que lo notaría en todos los lugares.

[13] El lunes 16 fuimos a la isla grande, Nuku Hiva, donde se encuentra el primer establecimiento. El almirante del Petit-Thouars estaba allí con cinco buques a sus órdenes,. Al instante puso el *Bucéphale* a disposición de monseñor de Amata, y el 1 de noviembre partimos hacia Tongatapu pues el almirante acababa de saber que allí nuestros compañeros eran molestados por los ministros protestantes.

Circunstancias imperiosas nos obligaron a partir antes de la llegada de nuestros cinco compañeros que venían en el *Phaëton*, pero el almirante nos prometió poner otro navío para conducirlos a su destino. Fue allí donde dejamos a nuestros compañeros del *Uranie*; y durante una travesía tan larga sólo podemos alabar la bondad y consideraciones de los oficiales para con nosotros. A quien debemos un agradecimiento muy particular es al Sr. Gobernador. Ese digno oficial nos quería; no pudo separarse de monseñor de Amata sin derramar lágrimas.

[17] Y aquí estamos, en Wallis, la tierra deseada. Tengo que quedar aquí para montar nuestra primera imprenta, que nos será muy útil. El tiempo me urge; en otra ocasión le daré más detalles sobre nuestra queridas misiones. Pasado mañana será consagrado monseñor Bataillon.

[18] Dígnese aceptar… Roudaire, misionero apostólico

Según las instrucciones de Jean-Claude Colin, Roudaire debía ir a Nueva Caledonia con el material de imprenta. Mons. Bataillon decide que se quede con él.

En 1844 el *Adolphe* del comandante Morvan trae el acuerdo de Luis Felipe al protectorado sobre Wallis y Futuna. Y trae los regalos para

Vaimua Lavelua: un fusil de doble descarga y un caballo, que siembra terror cuando aparece.

Ambiciones teocráticas y realidades 1843-1849

397 : Arrepentimiento de los cristianos de Futuna

27 agosto 1845.- Carta de los cristianos de Futuna a sus hermanos católicos de Europa.

Muy queridos parientes,

[1] Vean lo que les escribimos a ustedes, nuestros queridos hermanos de Europa. La carta será un testimonio de nuestra amistad, un acto de agradecimiento a ustedes. Fueron los primeros en conocer al Dios verdadero; les felicitamos por ello. Gracias al amor de Jesucristo a los hombres y a la caridad que ha puesto en sus corazones y también en los de sus hijos en Futuna, las sombras han dado paso a la luz, la mentira a la verdad. Somos católicos, lo seremos siempre, es cierto. Antes de conocer el bautismo éramos bien desdichados.

Teníamos siempre miedo de ser tenidos por los más fuertes, como el pez al que el pescador lanzó su anzuelo en el mar. Ahora somos felices, nos amamos y sólo pensamos en hacer bien a los otros. Son ustedes quienes nos han hecho felices enviándonos sus hijos, sacerdotes del Dios verdadero. Dios los bendiga, queridos hermanos, es justo.

Nos parece bien que nos tengan un gran amor; nosotros les amamos a ustedes como ustedes nos aman. Nuestro corazón es todo amor; es su nueva vida. Esa es la voluntad del Dios vivo que nos hace vivir también a nosotros. Ustedes son su pueblo amado,

piensen pues en nosotros. Decimos a menudo: ¿cuándo podremos ver a nuestros hermanos de Europa, tan buenos con nosotros? Pero ustedes están en Europa y nosotros en Futuna. Al menos nos veremos en el cielo. Todos los días le pedimos a Dios por ustedes y por nosotros. Nuestra oración está fijada: la haremos todos los días, sí, todos los días. Dios es bueno y escuchará; seguro.

[2] Queremos que sepan el dolor y la confusión que experimentamos por nuestro comportamiento con Pierre, el padre Chanel, a quien mataron por odio a la fe. El vino el primero a nosotros con los mandamientos del verdadero Dios. Nuestro corazón fue malvado, nuestras manos crueles, nuestro espíritu embustero.

Le hicimos sufrir mucho. Algunos jóvenes le querían; era justo. Era tan dulce, tan bueno. No se enfadaba por nada, les decimos la verdad y grande es nuestra vergüenza. Maltratábamos a los jóvenes que le llevaban comida; queríamos hacerle morir de hambre. El no se quejaba. Éramos como hombres ciegos que no ven nada. ¡Cuán grandes eran nuestros desórdenes! Pierre lo sentía y rezaba por nosotros. Hemos derramado su sangre, lo saben bien. Nuestra deshonra es grande y nuestro dolor profundo.

[3] Pierre nos amaba; en el cielo ha intercedido por nosotros y somos cristianos. Gracias a Jesucristo y a Pierre. Pierre es nuestro padre en la fe y ha pedido perdón para nosotros, éramos sus verdugos. Nuestro arrepentimiento es grande, se lo aseguramos.

[4] Tenemos que comunicarles también nuestro amor y agradecimiento al padre común de los fieles que nos ha enviado sacerdotes y obispos. El corazón de sus nuevos hijos de Oceanía es todo amor hacia él. Querríamos verle, nos postraríamos a sus pies, besaríamos las huellas de sus pasos; es el vicario de Jesucristo en la tierra. Querríamos también ver al santo sacerdote que piensa siempre en nosotros.

El vicario de Jesucristo nos lo ha dado; está en Europa para enviarnos sus sacerdotes. Díganle que le amamos y que amamos mucho a los que nos envía. Nuestra fe les hace felices y les consuela. No quieren otras cosas. Realmente son los enviados del Dios verdadero; sufren a causa de nuestras fatigas y privaciones y están siempre contentos y llenos de caridad. Les decimos a ustedes lo que nosotros vemos cada día.

[5] Nuestra tierra es tan pobre que no podemos enviarles nada valioso. Les enviamos nuestro agradecimiento y nuestro amor; só-

lo tenemos eso. En nuestro entorno aún hay islas donde no ha aparecido aún el sol de la verdad. Dirigimos nuestra voz a nuestra madre la bienaventurada virgen María, madre de Jesucristo, hijo de Dios, que en su seno tomó un cuerpo semejante al nuestro por obra del Espíritu Santo, para que tenga piedad de tantos desdichados que se perderán con Lucifer.

Ella es buena, es poderosa, los sacerdotes nos lo dicen. Pierre nos lo dijo y vemos que es verdad. Hablémosla y nos enviará sacerdotes, y todos amarán a su divino Hijo, en Europa y Oceanía.

[6] Aún no sabemos rezar bien, no sabemos amar bien al Dios bueno y verdadero. Le pedimos un corazón recto y que jamás seamos débiles ante el error y Lucifer. Y les seguiremos a ustedes hasta el cielo; es nuestro único deseo, nuestra única esperanza.

En nombre de todos los cristianos de Futuna, Lusio, Taavino, Antonino, Lufino, Apalaamo, Lovalio, Fololito y Denisio.

En 1845 la situación religiosa vuelve al enfrentamiento bélico. Poof, regresado a la herejía y ayudado por los tongianos, y Tuugahala, utilizando un catolicismo sectario, intentan arrebatar el poder a Vaimua Lavelua. Declarada la guerra, Bataillon se ve obligado a decir al almirante Bruat que envie el *Rhin* para imponer una tregua hasta diciembre de 1846. La situación se arregla cuando Tuugahala se convierte con el nombre de Emanuel y se casa con la hija de Vaimua Lavelua, Naukovi, bautizada Malia Aseposio: María Asunción.

En las islas aún se producen algunas escaramuzas hasta el año 1853, pero más bien sin importancia. Poof, aislado, se exilia definitivamente a Vava'u y Tuugahala, abandonando sus pretensiones, se retira a Mataautu en 1852.

458 : La contraofensiva pagana

6 enero 1846. – Carta de Charles-Eugène Mathieu a su hermano.

Uvea, querido hermano,

[1] El mes de julio pasado te envié una carta por la corbeta *Rhin*. Pienso que te llegaría pronto, vía Sidney donde tenía que ir a repararse después de haber pasado por las Malgraves y Nueva Caledonia. La que va hoy a Sidney con un misionero es la corbeta de la misión. Esta ocasión será posiblemente más rápida aún. La aprovecho para ponerte al corriente de lo que hace el Señor entre nosotros en esta extremidad del mundo. Que esta carta te proporcione algunos instantes de consuelo y te anime a rezar siempre y cada vez más por nosotros.

[2] Después de la partida del *Rhin* se trabajó ardorosamente para terminar el aparejo de la pequeña goleta de que te hablé en la última carta. A comienzos de agosto ya estaba a punto y monseñor la bendijo solemnemente en presencia de Su Majestad Lavelua, que la dio su bandera y el nombre de *Étoile du Matin*. Dos días antes de la Asunción los padres Roudaire y Violette navegaron con ella a las islas Samoa o de los Navegantes. La travesía fue bastante penosa. La misma noche de la Asunción se levantó un viento tan fuerte que llegó a llevarse parte del tejado de mi iglesia de San José; pero la Sma. Virgen velaba por ellos y tras doce días llegaron sin avería alguna. No te contaré las dificultades que tuvieron para establecerse en esas islas y los increíbles esfuerzos de los protestantes para cerrarles el camino. Nos han escrito unas cartas interesantes sobre todo ello, creo que dignas de aparecer un día en los *Annales*. Creo que en ellas verán claramente todas las maniobras que los ministros del error utilizan aquí contra nosotros.

[3] No hemos recibido aún noticias suyas desde que la corbeta *Heroïne* vino a visitarnos. Dos días antes había estado a la vista de las islas de los Navegantes; pero engañada por la falsa información de unos emisarios de los ministros protestantes, que les aseguraron que no había sacerdotes franceses en esas islas, vino directamente a Wallis. El capitán y los oficiales del barco nos manifestaron gran interés y amistad. Después de la misa del domingo, a la que asistió toda la tripulación vestida de uniforme, el capitán ordenó que se hicieran ejercicios de tiro en el fuerte San José y ejercicios de sable y de esgrima, que interesaron sobremanera a nuestros pobres neófitos.

Pero los nativos quisieron ofrecer también su exhibición y pidieron al capitán que asistieran dos días después a un simulacro de combate al estilo de su tierra. Realizaron el ejercicio con todo su salvaje aparato y con una precisión inimaginable.

El estado mayor y la tripulación entera quedaron maravillados. Creo que, de verdad, no habrán visto muchas cosas más curiosas durante la travesía. Esta visita ha tenido buen resultado: las relaciones recíprocas de amistad entre los franceses y los habitantes de Wallis contribuyen a desmentir las calumnias que los protestantes hacen correr contra nuestra nación; y ése es un punto realmente esencial para el éxito de la misión.

[4] Estando aún anclado el barco de guerra llegó la *Étoile du Matin* con noticias de los PP. Roudaire y Violette. Los obreros del *Heroïne* se ocuparon de reparar las averías que había tenido, y monseñor me dijo que me preparase a partir para visitar las misiones y prestar ayuda a los misioneros. El 21 de octubre embarqué en la *Étoile du Matin*. En ese pequeño navío, apenas del tamaño de la chalupa de un barco de guerra, íbamos ocho personas. Cinco hombres de tripulación, tres franceses y dos angloparlantes, un hombre de Tonga llamado Dominique y un niño de Wallis.

[5] El 22 divisamos Alofi y Futuna, dos hermosas islas a una legua de distancia una de otra. A mediodía echábamos el ancla en la pequeña bahía Leava de Futuna [la bahía de Segave] El fondeadero es poco seguro para los barcos grandes pero muy cómodo para los pequeños. Fuimos recibidos con todas las muestras de amistad y respeto que se pueden esperar de un pueblo recién convertido a la fe. Después de que Futuna fuera regada con la sangre del P. Chanel, la bendición de Dios descendió sobre ella.

Hace aún pocos años que toda la población era salvaje y caníbal y hoy es el modelo de toda la misión. La gracia del bautismo ha cambiado todo: todos viven en paz y se esfuerzan por cumplir las obligaciones de la vida cristiana, guiados por los dos misioneros y unos jefes animados de buen espíritu. Pasé allí siete días. Los neófitos me ofrecieron un banquete de honor, en el que se sirvieron cuarenta cerdos asados y cestos de ñames, taros…[…] A mí me sirvieron diez cerdos. Y no hablo de las piezas de tela, de *tapa* y raíces de *kava*, con lo que llené la goleta. Me esforcé en exhortar a esa buena gente a que fueran perseverantes.

[6] Durante la estancia recorrí toda la isla y tuve la dicha de visitar la tumba y el lugar del martirio del P. Chanel. Donde estaba emplazada su choza se ha levantado una iglesia dedicada a Nª Sra. de los Mártires. Una pequeña cruz de madera situada en el interior del santuario indica el lugar en el que el Padre recibió el golpe de

muerte. Su tumba está a unos pasos de distancia fuera de la iglesia; la circunda una valla de madera en cuyas cuatro esquinas se levanta un arbusto del país.

Todos los asesinos del Padre, excepto uno que tiene todo el cuerpo cubierto de llagas, han muerto ya. Ése es Musumusu, el que asestó al Padre el último golpe. Hace cierto tiempo, sintiéndose morir, llamó al rey Meitala, le aseguró estar arrepentido del crimen, del que Dios se estaba vengando ahora, y le aconsejó que respetara siempre a los misioneros y fuera dócil a sus consejos. Después llamó al P. Servant y le pidió la confesión para prepararse a ir ante Dios. En una de mis salidas fui a ver a ese pobre hombre, al que había conocido en Wallis. Me sorprendió el cambio operado en su fisonomía; había perdido el aire feroz y salvaje de cuando le conocí. Creo que el P. Chanel alcanzó para él misericordia y que pronto estarán juntos los dos.

En Nª Sra. de los Mártires se conservan aún la lanza y el rompecabezas con que golpearon al padre y la sotana, con sangre aún, con la que tuve la dicha de decir la misa el día de mi llegada. Esos objetos son ahora objetos de recuerdos preciosos y de devoción. Es admirable el esfuerzo de los ancianos de Futuna para aprender y poder acceder a los sacramentos. Pasan meses enteros repitiendo los puntos principales de la doctrina cristiana para grabarlos en su memoria. Se les puede ver todas las tardes con unos jóvenes que les enseñan el catecismo.

[7] Esta pequeña cristiandad ha azuzado la envidia del enemigo de la salvación, que al no tener dentro el instrumento de persecuciones, encontró el medio de traerlo de fuera. Maatu, rey de Niutoputapu, del que te hablé en mi última carta, después de haber provocado la guerra en Wallis y haber escapado en el momento de peligro, se fue a Futuna. Los jefes de la isla le ofrecieron cuantos víveres y provisiones necesitaba pero, por miedo a que algunos de los suyos tratara de introducir el desconcierto entre la gente, le rogaron que continuara su ruta. A pesar de todo, Maatu permaneció en la isla como un mes y no cesó de propalar todas la mentiras y calumnias posibles. Entre otras cosas aseguraba que todo Wallis, cansado de la religión católica, había vuelto al protestantismo. Dijo tanta cosa que toda la gente le intimó a que marchara.

Se fue a Alofi. El P. Favier, preocupado por la corta población de la isla, fue a visitarla para confirmarla en la fe. Estaba en una cabaña con unos neófitos cuando Maatu llegó con toda su gente en armas y ordenó a los neófitos que se retiraran y le dejaran matar a

su padre. Éstos tomaron sus hachas y las armas que encontraron y, rodeando al padre, dijeron a Maatu que si ponía su mano sobre el padre, ni él ni los suyos se salvarían. No eran más de doce, pero los futunianos tienen fama de bravos. Maatu cogió miedo, huyó haciéndose a la vela en su piragua. Y Futuna quedó en paz.

[8] Después de despedirme de la gente y de los padres, me embarqué el día 27. El rey Pedro Kaletaona, jefe de una parte de la isla llamada Lava ("los vencidos" conocida antes como reino de Sigave) quiso acompañarme y vino comigo. Es un joven con cualidades y excelentes disposiciones, habla inglés y nos tiene mucho afecto. Estuvimos navegando durante cinco días a contraviento y con mal tiempo. Yo iba a Fidji a encontrarme con los padres Roulleaux y Bréhéret, dejados allí por monseñor el año anterior […]

512 : La "Nueva Futuna"

24 mayo 1846.– Marie-Nizier (Jean Marie Delorme) a Jean Claude Colin.

Isla Futuna. Reverendísimo Padre,

[1] Siento gran alegría y gozo al cumplir el dulce deber de escribirle. Sin embargo he de hacer frente a una cierta timidez que sólo me atrevo a vencer por la certeza de que recibirá con bondad paternal mis garabatos.

[2] No sé cómo comenzar a hablarle de la "Nueva Futuna"; me tomo la libertad de llamarla así: ¡la he visto tanto tiempo en la vejez del paganismo... con sus ridículas e insensatas prácticas religiosas!... Cuánto se enternece mi corazón al ver el cambio total hacia el bien, el comportamiento de muchísimos de estos felices nuevos cristianos, que no hace mucho desconocían, se burlaban y despreciaban esta religión que ahora practican y les llena de felicidad.

Me gusta oír cómo hablan a veces de las prácticas y costumbres a las que les sometían sus innumerables supersticiones, y se indignan contra los yerros en que los hundían, y contra ellos mismos por haber estado tanto tiempo sometidos a todo eso habiendo podido abjurar de todo bastante antes.

Traduzco casi literalmente solamente algunas palabras que lo prueban muy bien y que personalmente he oído decir. Véalas aquí: "Querría esconderme y sumergirme en la tierra de tanta vergüenza como siento al recordar las locuras y embustes por los que nos hemos regido anteriormente en el paganismo". Y eso no es todo, al aborrecer esas necedades, aprecian la felicidad que sienten al ser cristianos y manifiestan el agradecimiento que les invade por el gran beneficio que les ha aportado la religión católica. Añado algunas citas más en apoyo de esto, citas que podría multiplicar:

> "Si hubiera nacido en los tiempos remotos y hubiese muerto infiel, ahora estaría en el fuego del infierno … Si al menos mi padre y mi madre hubieran sido bautizados … Murieron cuando ustedes estaban a punto de llegar a Futuna con el padre Chanel; murieron al comienzo de la estancia de ustedes en la isla e ignorándolo ustedes, porque nosotros éramos del todo ignorantes…"

[3] ¿Ha quedado sepultada bajo las ruinas del paganismo la memoria del Rvdo. P. Chanel? Ah, no. Es inmortal en el recuerdo de estos buenos neófitos. Lo demuestran con sus palabras, con los cantos por ellos compuestos y cantados a coro, principalmente por las mujeres y sobre todo en las reuniones para hacer el *kava*; cantos que recuerdan, uno las enseñanzas del padre sobre la unidad de Dios y otros puntos de la religión; otro, uno de los pasos dados para la conversión del hijo del rey; otro el relato casi completo de su martirio, en el que se reconoce que había derramado su sangre para interceder por Futuna, en el que se admira el gozo de estar en el cielo y de ver a María…

Si quisiera contar todo no acabaría. No hay nadie, ni siquiera los niños, que no conserve el recuerdo de esa venerada memoria. Cuando se estableció de nuevo la misión, acompañando a los padres por diversos lugares oí decir a sus hijos al volver a ver una sotana: "Mirad a Petelo, mirad a Petelo", el P. Chanel. No recordaban los rasgos de su cara y seguramente sólo se acordaban de su sotana.

[4] Puestos a recordar, no puedo dejar de mencionar los sentimientos de afecto y agradecimiento hacia usted, reverendísimo padre, que anidan en el corazón de estos nuevos hijos de Dios. Les inunda una tierna emoción cuando se les hace saber que, para que sean felices ellos y los habitantes de las islas vecinas, en Lyon se encuentra un sacerdote que es superior de otros sacerdotes y los

envía a estas islas para aportarles la dicha de la religión a costa incluso de su propia vida. Esta última expresión no resulta en modo alguno exagerada para ellos, pues el heroico ejemplo del que han sido testigos oculares está ahí presente para demostrarles indiscutiblemente esa verdad.

Ellos detestan y odian la mala conducta de su antiguo rey Niuliki, que causó la muerte de su primer apóstol. Esa gloriosa muerte no es solamente sujeto de admiración para ellos, sino que además los llena de ternura hacia usted al pensar cuánto tuvo que afligirse su corazón paternal al recibir la noticia de la muerte del padre Chanel aunque se llenara a la vez de alegría y consuelo porque este buen padre había muerto mártir… ¿No se embarcará nunca ese "sacerdote superior" para venir a vernos? preguntan a veces con ingenuidad: "¡cuánto nos gustaría verle!"....

[5] No le contaré aquí los detalles concretos de cada una de mis ocupaciones porque no acabaría. El vasto resumen que le presenté en otra carta es suficiente sin duda para que se forme una idea. Así que le hablaré de pocas cosas. Aparte de mis ocupaciones que atañen directamente a los dos establecimientos de la misión, lo que contribuye más particularmente a llenar y a formar las pequeñas lagunas que se encuentran allí son los pobres nativos que, en la condición de indigencia en que viven, están indispuestos o enfermos, vienen o envían a alguien al presbiterio, no importa a qué hora del día o de la noche, con la seguridad, basada en la experiencia, de que no serán despedidos y que no se les dejará de dar lo que se pueda para aliviarlos; generalmente yo soy farmacéutico y a veces médico.

Uno se queja de que el cólico le hace sufrir; otro de reumatismo; otro de la vista; otro de los oídos; otro tiene herpes, una quemadura, un corte, etc., etc. etc.; otros enfermedades muy graves. Tienen confianza en que lo que se les dará en la casa de los padres les aliviará. Pero, desgraciadamente, estamos en extrema carestía de medicamentos, lo que es muy doloroso cuando se ve sufrir a esta pobre gente.

[6] Sin embargo, esa carestía ha sido marcada por una bendición especial de la providencia divina, pues hemos obtenido unos resultados inesperados en ciertas enfermedades peligrosas. Y a quién se le puede atribuir sino a quien podía abrir los ojos a los ciegos y daba al barro la virtud de devolverles la vista. Sin duda es él quien se ha dignado bendecir también nuestros pequeños re-

medios. He aquí un hecho que, en mi opinión, parece demostrarlo. Hay un pez en Futuna, llamado *sué*, cuyos huevos y piel son tremendamente venenosos. Un bocado de huevos ingerido por un joven robusto y en la flor de la edad fue suficiente para llevarle a la tumba el mismo día. Eso ocurrió unos meses antes de la muerte del padre Chanel; otro hombre le había precedido poco antes de llegar nosotros a la isla.

Este es el hecho que quiero contar: un hombre de unos treinta años, por pura valentonada y a pesar de la oposición de sus compañeros, comió hace poco cinco bocados de huevos de ese pez; pronto sintió los efectos de su imprudencia: sus ojos rojos como la escarlata, su cuerpo entumecido de tal manera que no podía tenerse en pie y un dolor que le producía contorsiones horrorosas.

Un niño me avisó que alguien se había envenenado por la mañana comiendo huevos de *sué*. Como yo había oído hablar de lo violento de ese veneno, fui rápidamente donde el enfermo con un remanente de vomitivo; el P. Favier estaba en el confesionario de la parroquia que atiende él. Le pedí al señor que tragase lo que yo le presentaba, lo hizo, poco después vomitó pero sólo lo que yo le había dado a beber, sin veneno; le doy otra dosis y el mismo efecto. Voy a comunicar al padre el estado del enfermo; deja las confesiones, va a ver al pobre paciente y juzga prudente administrarle la santa unción.

Al ver que el vomitivo no producía efecto, ideé darle una infusión de hojas de naranjo mezclada con *jalap* para que produjera el efecto de un purgante. Los nativos ya habían utilizado inútilmente cuanto creían que le haría vomitar. Tuve que insistir de nuevo ante el enfermo para que tragara la poción de la infusión que le presentaba. Le hice beber tres tazas en varios tragos.

Todo el mundo esperaba verle morir en cualquier momento, como había ocurrido antes con quienes se envenenaron del mismo modo. Pero qué asombro general cuando había pasado ya quizás un cuarto de hora después de la tercera taza. Yo había dejado transcurrir al menos una hora entre la segunda y la tercera; podían ser las tres de la tarde cuando él dijo: “estoy curado, se me aclara la vista”, etc., etc. Y contó cómo después de beber la infusión de cada taza, que estaba muy caliente, sentía que le volvían las fuerzas. ¡No se podía creer lo que se veía! Es bastante sorprendente que no arrojara por ninguna vía el veneno que había tragado.

[7] Los dos ensayos que hice para dos enfermedades diferentes se vieron coronados con éxito. Ya he hablado del primero. Vea

ahora algunos detalles con la segunda enfermedad. Seré lo más breve posible. La persona afectada por la enfermedad de la que voy a hablar es hija de uno de los principales jefes de Futuna, con una edad de entre veinte y veinticinco años. Pasados más de cuatro meses se vio aquejada de una úlcera de garganta que crecía todos los días y le iba comiendo considerablemente día a día el interior de la boca; los nativos cuentan que han visto ejemplos funestos de esa enfermedad, para la que no hay remedios.

A petición suya le apliqué un remedio que no produjo efecto. La debilidad, el dolor y la delgadez aumentaban de día en día pues no podía tragar casi nada; incluso perdió voz. "Sufro cruelmente y tengo una debilidad extrema", me dijo un día.

Entonces le hablé de la resignación y que pensara en el cielo… ¡Ay, si el Dios bondadoso me llamara pronto al cielo, me dijo ella, qué feliz sería!" Al no obtener efecto con el primer remedio para esa enfermedad, me vino la idea de aplicarle un cauterio en el brazo pensando que a la larga podría procurarle quizás algún alivio.

Era tal la pobreza de nuestra farmacia que no teníamos ni siquiera un emplasto para preparar la vía del cauterio. Improvisé uno con mostaza y dio resultado, si no muy bueno al menos pasable. Mandé después que le sujetaran fuertemente algunas fundas y así comenzó la cura de esta enfermedad, tras la ineficacia del primer remedio. Hacía casi dos meses que se había aplicado el cauterio y la curación no llegaba.

Los padres de la enferma, seguramente menos resignados que ella a la voluntad de Dios, viendo que ese remedio tardaba demasiado en producir efecto, querían probar un tratamiento nuevo. A pesar de la oposición y el rechazo formal de la enferma que, tras su resignación a la voluntad de Dios, no quería utilizar más remedios que los que vinieran del presbiterio, ellos llamaron a un marinero americano, escapado de un barco ballenero, que tras pasar varios meses dedicado a adquirir la reputación de médico, pensaba que lo mejor para lograrlo era desprestigiar por doquier lo que yo daba a los nativos.

Hubiera sido fácil para mí confundirle y cerrarle la boca, pues él mismo venía a pedirme medicamentos para su mujer, decía, y después supimos que los utilizaba para los nativos. Pero poco más tarde me vería vengado, y por boca de mi adversario.

Cuando llegó ante la enferma, que le vio entrar como un ser siniestro, sin más preámbulos la preguntó si estaba enferma de la garganta. "Sí" le respondió fríamente y sin mirarle. Disgustado quizás con la respuesta, descargó contra mí censurando lo que yo

había hecho a esa persona. La invitó y la pidió que fuera con su padre al valle donde vivía él para, le dijo, tratarla más fácilmente. La enferma, manteniéndose firme en la resolución tomada y de la que hablé más arriba, le respondió que no podía ir allí porque estaba muy convencida de que lo que quería él, con el pretexto de que su enfermedad no iría a más, era impedirle asistir a la misa del domingo, pues aunque estuviera muy débil aún podía caminar y ella no quería cometer un pecado.

Entonces, para convencerla más eficazmente el presunto doctor empleó todas sus armas: no es pecado, le dijo, faltar a misa cuando se está enfermo. "Ya lo sé, pero no estoy tan enferma como para faltar a misa"."Tienes una enfermedad grave, morirás a causa de ella." Para terminar con una conversación que la disgustaba, pero para no oponerse completamente a las intenciones de su padre que había llamado al marinero, la enferma le dijo: "Yo no quiero ir a ese valle, y si tantas ganas tiene de hacerme tomar algunos remedios, prepárelos; me los trae aquí y los tomaré".

Había llegado el momento de que ese desgraciado se sintiera del todo avergonzado. Era la copa de humillación que se le había presentado inocentemente con esa propuesta; se vio obligado a beberla. Imagínese la situación de ese pobre desgraciado al oír una propuesta tan sensata y justa, especialmente cuando se vio obligado a decir: "No tengo nada, no tengo remedio alguno que darte para aliviar tu enfermedad" – "Entonces ¿qué voy a buscar en ese valle?" le dijo la enferma.

Después de la visita, el anciano padre de la enferma repetía sin cesar "mi hija se va a morir". Unos días después cayó en un estado de debilidad y de dolor tan intenso que hizo pensar seriamente en el final de sus días. En la primera noche los dolores aumentaron aún más y se le administró la extremaunción; las crisis se repitieron con frecuencia durante esa misma noche; y cada vez venían a llamarnos para decirnos: se va a morir.

Sus parientes acudían de todos los costados de la isla para asistir a sus funerales; se esperaba que en cualquier instante llegaría el momento de entregar su alma a Dios. Sin embargo, al día siguiente recibió el santo viático con gran piedad, fervor y edificación.

Durante la acción de gracias sufrió la más violenta de las crisis que hasta entonces le habían llegado; fueron a llamarme a toda prisa, el padre Favier estaba confesando, yo iba quizás a hacer la recomendación del alma. Encontré a la enferma inmóvil con los ojos extraviados, a sus parientes y amigos desolados y sollozando.

Ese fue el espectáculo que me encontré. Pero un instante después volvió en si. Fue su última crisis.

A partir de ese día, siguiendo los consejos del padre, empezaron unos cuidados algo más particulares que yo le apliqué durante algún tiempo. Tenía orden también de recordarle de vez en cuando pensamientos piadosos de ánimo en el sufrimiento… No tuve necesidad de buscar rodeos para hablarla de la muerte, para animarla a aceptarla en caso de que fuera ésa la voluntad de Dios; la deseaba y el cielo era el más ardiente de sus anhelos.

¡Cómo agradecía esas pequeñas exhortaciones! Pero su hora última no había llegado aún. Dios quiso bendecir y hacer eficaces los remedios y los cuidados que se le daban. El cauterio, así lo creo, hizo que cicatrizara la úlcera de la garganta y los otros cuidados pudieron contribuir también a restablecer sus fuerzas; pero sólo Dios le devolvió la salud de la que goza perfectamente […]

[8] Reverendísimo padre, temo haber sido demasiado difuso en mi relato. Sin embargo he suprimido muchas cosas que quizás hubieran podido interesar. […]

[9] Alguna vez me han encargado enseñar a los neófitos melodías y cánticos nuevos; los alumnos de canto de ambos sexos me dan el consuelo de ver cómo me obedecen en clase sin decir nada; si ocurre que por descuido se olvidan de esto último, normalmente basta una mirada para hacer callar a los charlatanes; o bien interrumpo el canto y, durante unos segundos miro seriamente y sin decir nada hacia el lugar de donde viene el ruido; es una estratagema que me basta para restablecer el silencio más profundo y sin pronunciar ni una sola palabra.

Existe cierta competitividad entre ellos; los cantores no quieren ser menos que las cantoras y ellas a su vez no quieren quedar detrás de ellos; a pesar de todo, hay canciones con las que hay que pasar al menos dos semanas, con alrededor de una hora de clase diaria, para poder lograr que las canten pasablemente bien en la iglesia por primera vez.

Para enseñárselas empiezo leyendo varias veces en alta voz la misma estrofa, después la canto yo solo, seguidamente hago que me acompañen los que tienen más aptitudes, y finalmente cantan todos juntos. Lo que asisten a las clases son de todas las edades, desde los siete años hasta los treinta por lo menos. He estado encargado también en parte de formar niños de coro para las dos parroquias

[10] Cerraré la carta, bastante larga ya, con otro pequeño relato; sin ser muy interesante, no deja de parecerme sujeto de admiración y de gran satisfacción. Vea de qué se trata: la situación actual, al ser el único hermano en Futuna, me hace residir tanto en una parroquia como en otra; pero lo cierto es que el tiempo que puedo ausentarme de una parroquia para estar en la otra es normalmente de dos meses,

Hay neófitos que no dejan pasar ni un día sin rezar un rosario por mí hasta que vuelva. Lo que me admira es no saber de dónde les puede venir ese cariño hacia mí; el objeto de satisfacción es muy fácil de descubrir: el valor que deben tener ante Dios esas fervientes oraciones que le dirigen sus queridos niños por un pobre miserable como ése por el que se dignan interesarse.

[11] Dígnese aceptar mis saludos más respetuosos. Reverendísimo padre, recuerde ante Jesús y María a aquel que tiene el honor de ser en los Sagrados Corazones su humilde aunque indigno hijo en Jesús y María,
Hermano Marie-Nizier, catequista.

[12] Post Scriptum. Me avergüenzo al pensar en los detalles que acabo de darle; si no tuviera a la vista la carta en la que nos pide pequeños detalles sobre nuestros trabajos, etc., etc., no me atrevería a enviársela […]

[13] Felizmente el P. Servant no envió el cuaderno con la reseña sobre las antiguas costumbres, creencias, divinidades… de Futuna de que le hablé, pues tenía inexactitudes. Aunque no le dije las observaciones que le hice a usted, cuando se presentó la ocasión sí le hablé de que había errores en las notas que habíamos tomado anteriormente sobre esas cosas; desde entonces hemos tomado nuevas informaciones y hemos refundido y reformado lo que era inexacto.

[14] Es posible que recuerde más tarde algunos rasgos de la vida del reverendo padre Chanel; aquí tiene otros dos que me parece se me escaparon al escribir la pequeña memoria que le envié. Cuando trabajaba la tierra, indudablemente para estar menos incómodo con el calor que hace siempre en Futuna, se quitaba la sotana; aunque le movería seguramente otro motivo, la economía, pues no le quedaba más que una sotana en estado aceptable pues las otras estaban ya medio deshechas con tantos remiendos,

El segundo rasgo hace referencia a un día de tempestad, con un mar agitado que había sobrepasado sus límites y amenazaba nuestra vivienda. Los insulares vecinos nuestros se habían escapado de sus chozas; nosotros fuimos al lugar donde con mayor fuerza golpeaban las olas: "pon una medalla de la Virgen –me dijo un instante después– en un cocotero"; me atrevo a decirle que la puse con cierta indiferencia y en un cocotero que la ola había sobrepasado ya. "Ponla, me dijo el reverendo padre Chanel, en un cocotero donde no haya llegado aún el mar".

Dios atendió la fe del santo misionero; esa misma noche el viento cambió de dirección, las olas fueron en sentido contrario y nosotros pudimos quedar pacíficamente en nuestra casa, respecto a la cual, sin desalojarla, habíamos tomado ya las medidas oportunas. Aunque el cocotero en el que puse la medalla se encontraba muy cerca del otro en el que la coloqué primero, el mar apenas le bañó un poco.

[15] La última ropa que me han enviado no me la puedo poner y por dos razones. La primera porque es demasiado estrecha, especialmente los pantalones. La segunda se refiere a los hábitos: son también demasiado estrechos sobre todo en la parte de los sobacos; además sólo los puedo abrochar más abajo del pecho; un padre me ha dicho que los neófitos están como escandalizados y que los encuentran como inmodestos, así que no los uso.

Están bien doblados en un baúl de donde quizás salgan para ser devueltos. Reverendo padre, sin pretender criticar sus intenciones en este punto, se me podrían enviar levitas en lugar de hábitos pues las podría llevar sin inconveniente. Se lo digo para evitar los gastos de compra en hábitos nuevos de ese género de confección.

586 : Necesidad de una imprenta

Enero 1847. – Gilbert Roudaire a F. de Maydat, canónigo y secretario del señor Obispo de Clermont.

Apia, en la isla Upolu (archipiélago de los Navegantes). Querido compañero,

Elaboración

[7] […] Mons. Bataillon aprovechó para dar una vuelta por las islas vecinas; el viaje duró dos meses, durante los cuales yo quedé encargado de construir una casa para la imprenta; a la vuelta de Su Excelencia ya estaba concluida. Los mismos nativos fabricaron las planchas y los suelos. El trabajo fue largo y penoso, pero no les costaba nada a esta pobre gente, que tiene unas ganas enormes de tener libros para no quedar sin respuesta ante los protestantes que se jactan de tener libros y que constantemente les echan en cara el tener una religión ignorante que no sabe formarlos.

Varias semanas después, todos los materiales estaban preparados. Como cada pueblo tenía que fabricar su contingente de planchas, se quedaban en el bosque hasta completar su número. Su modo de obtenerlas consiste en abatir un árbol, partirle en dos longitudinalmente y tallar las dos partes por ambos costados para fabricar dos planchas solamente. Imagine la cantidad de árboles y los hachazos que tuvieron que dar.

A pesar de todo, el día convenido se los veía llegar cantando, como hacen para todos sus trabajos, llevando cada cual las planchas y las otras maderas necesarias. Al amanecer del día siguiente, se juntaron casi doscientos hombres para montar la casa (así lo hacen aquí) mediante columnas clavadas en tierra para sostener el tejado y todo el armazón.

El rey presidía la labor, que avanzaba con tal rapidez que sin clavos, sierras y martillos la casa quedó montada y cubierta antes de que fuera de noche. Se terminó todo con una comida, según la costumbre para este tipo de ocasiones. A todos los obreros se les distribuyó el *kava*, un trozo de pescado y dos enormes tortugas, resultado de una pesca especial realizada para esa circunstancia.

[8] En cuanto la casa quedó acabada, nos pusimos a preparar todos los utensilios de la imprenta; nos ayudaban cuatro o cinco jóvenes walisianos con los que contábamos para que fueran más tarde impresores, y nuestras esperanzas quedaron cumplidas. Al cabo de cinco o seis semanas había tres mil ejemplares del primer abecedario en la lengua de Uvea. Enseguida se formaron escuelas en todos los pueblos. Seis meses después salían publicados un libro de oraciones y un vía crucis; unas mil personas, mayores y pequeños, sabían leer la lengua.

[9] Mons. Bataillon pidió unos exámenes públicos. Cuánto habrías gozado, amigo, viendo aquella hermosa competencia entre las personas de un pueblo ignorante y bárbaro hasta poco antes; habrías admirado a esas pobres niñas que leían tan normalmente como un europeo ya ejercitado y disputaban así la victoria a sus compañeras. El precio del ganador era una preciosa blusa llegada de Europa y un libro con hermosas tapas. Si al salir de esa lucha pacífica, tan nueva en la isla, hubieras dirigido tus pasos a la iglesia, habrías visto diez, veinte, treinta personas, a ves más, con un libro en la mano siguiendo todas las estaciones del vía crucis.

[10] Los viernes de cuaresma y otros días del año, se celebra el vía crucis más solemnemente. Encabezando la procesión va monseñor con su clero, siguen los niños del coro vestidos de alba llevando la cruz y las antorchas; sigue el pueblo que responde al unísono a las oraciones de cada estación, que acaba con la estrofa del *stabat Mater*, cantada con la melodía del *Suivons sur la montagne sainte*, cuya traducción en la lengua del lugar es la siguiente:

Malia kau kolé oita [atu]	María, te dirijo una oración.
Keke tohi i sioku loto	Dígnate escribir en mi corazón
Si mamelu o tou alo	los sufrimientos de tu Hijo
Ke nofo (bis) *mau mo au*	para que queden siempre en mí.

Es ciertamente un espectáculo muy emocionante para quienquiera lo contemple; pero Wallis presenta ya el aspecto de una parroquia europea, donde el fervor rivaliza con la asiduidad. [...]

El *kava*

[17] Todas las mañanas, al salir de misa te esperan en una sala del presbiterio para ofrecerte una raíz de *kava*; uno no sabría como excusarse para no acudir. Tan pronto es el rey u otro jefe menos importante, como una de las mujeres de mayor dignidad por su procedencia familiar, quien viene a visitarte. Presentan primero una raíz de *kava*, que se distribuye seguidamente en trozos pequeños a la asamblea, que tiene que mascarlo en nuestra presencia; de su boca sale como una bolita redonda del grosor de un huevo.

Cada uno deposita lo masticado en una pequeña hoja de plátano para echarlo enseguida en un gran plato de madera, en el que se deshace con la mano en una cantidad de agua proporcionada a la cantidad de kava y de asistentes. Esa agua saturada de esa manera

es purificada después mediante un pequeño paquete de cáñamo del país, que sirve de colador para apartar el residuo y de esponja para verterlo en las copas. Se sirve el licor llamando a cada uno por su nombre, empezando siempre por el más digno, y se continúa así bajando gradualmente de rango hasta que se haya agotado todo el *kava*.

La antigua teogonía de los walisianos

[22] Hasta el presente aún no se ha podido obtener nada muy preciso sobre su teogonía, sobre cómo conciben ellos la creación del hombre y del mundo ni sobre la manera como fue poblada su isla. Sus ideas al respecto son muy confusas y el modo de contarlo es tan diferente que resulta imposible formar un sistema ordenado y comprensible. Sin embargo existe una tradición general, extendida y contada igual en todas las islas de la Polinesia, que parece aproximarse al Génesis, en la que se habla de la separación por la que Dios hace salir la tierra de las aguas.

Cuentan que, estando de pesca, el dios Vokahu notó que su anzuelo se había agarrado a algo muy pesado, pensó que era algún pez gordo y se puso a tirar con todas sus fuerzas. La resistencia era grande, pero el dios no soltaba la presa y quedó gratamente sorprendido al ver aparecer sobre las aguas una hermosa tierra que se cubría sucesivamente de cocoteros, de árboles del pan y de todos los demás árboles. Encantado de tal golpe y a la vista de una tierra que deleitaba a sus ojos, el dios, que tenía ganas de ser el dueño de un gran imperio, se puso a tirar con más fuerza, pero la suerte quiso que se rompiera la cuerda, con lo cual la tierra en lugar de ser un vasto continente se quedó en una pequeña isla.

[23] Después del dios Vokahu, que es el primero, admiten también otros espíritus maléficos, que se dan el maligno placer de atormentar a los hombres. Son ellos los que hacen llegar las enfermedades, el hambre, los huracanes. Que alguien cae enfermo en una familia, la del rey por ejemplo, pues es porque el dios está furioso y se trata de apaciguarle regalándole *kava*, víveres o esteras que se depositan en una casita aislada donde él tiene su residencia. Si la muerte se lleva al enfermo, la cólera del dios era grande; la familia entera y a veces también la nación estaba amenazada.

Comportamientos religiosos

[24] La declaración era de los y las malabaristas, a cuya palabra la credulidad pública le atribuía la facultad de estar inspirada

por un dios. Estos malabaristas (verdaderos bribones Robert-Macaire) sabían explotar todo muy bien en provecho propio. Los dioses están irritados porque se los olvida: no lleváis *kava*, ni esteras, ni víveres, es el final del país y del pueblo.

Ante esas palabras, el pánico se apoderaba de todos y se acudía a actos de reparación y de súplica capaces de ablandar corazones menos sensibles que el de los dioses de Wallis. A la señal de un jefe, la gente se armaba de cuchillos, piedras o cañas cortantes con los que se cortaban el dedo meñique, que se ofrecía al dios irritado rogándole que se apaciguara y no les pidiera más.

Nadie estaba exento de esa bárbara operación. La sufrían hasta los niños de pecho. Le dejo imaginar el espectáculo que debía presentar ese pueblo en los momentos de duelo, unos golpeándose en la cara con gruesas piedras, otros rasgándose el pecho y los brazos con conchas cortantes, cuyo corte dejaba una ancha herida en la piel. Había quien se quemaba diversas partes del cuerpo con ascuas ardiendo; toda una multitud cubierta de sangre, lanzando gritos y aullidos espantosos … hasta que el hechicero o la sibila decía que el dios debía encontrarse satisfecho.

En ese momento cesaban las ejecuciones, pero durante varios días iban de todos los pueblos, por turno y regularmente, a llevar víveres para el dios y para la familia del muerto. Si vinieras a Wallis, verías que casi todas las personas mayores tienen cortado el dedo meñique de las dos manos; a veces me he entretenido en preguntar sobre ello a los que tienen dedo meñique. Me han respondido avergonzados: el diablo es el causante de esa costumbre; los pocos que tienen aún sus manos completas te dirían: también a mí me quisieron cortar los dedos pero como tenía miedo me escapé a esconderme en el bosque.

[25] Esas y muchas otras son las locuras de las que les ha liberado la religión; la muerte del hombre no la atribuyen ya a la maldad de los espíritus malignos sino a la del hombre, que ha caído en pecado, por el que sufre castigo junto a otras miserias de la vida presente. Pero ahora la muerte, dicen, ya no es muerte sino más bien una vida mejor que ésta. Te edificaría ver con qué calma y sangre fría la esperan y cómo hablan de ella en todo momento. Sienten un gran respeto por los muertos, sobre todo desde que conocen por la fe el futuro destino de nuestros restos mortales.

En cuanto un enfermo ha dado el último suspiro, parientes y amigos se reúnen en su casa, no para golpearse la cara y lastimarse el cuerpo, sino para rezar el rosario y cantar canciones piadosas

durante toda la noche. Se viste al difunto con la ropa más elegante, pero su cara queda descubierta hasta que el sacerdote hace el levantamiento del cadáver. Entonces, cuando todo el mundo le ha besado, se cubre con finos tejidos y telas nuevas que destinan gozosamente, como un deber, para este fin. Van a la iglesia para celebrar el oficio y desde allí al cementerio. La ceremonia termina con algunos disparos de fusil en su honor.

[206] Si la carta es demasiado larga, atribúyelo al deseo que tenía de satisfacer todas las curiosidades del amigo, por las que tantas veces y justamente se me ha reprochado. Soy y seré siempre tu afectísimo amigo en el Señor. Roudaire, misionero apostólico.

611 : Señorita Perroton

Nacida en 1796 e hija de un modesto peluquero de Lyon, Françoise es en 1820 responsable de un grupo de diez personas de la Propagación de la Fe.

En 1843 la carta de las mujeres de Uvea, la consagración de Mons. Guillaume Douarre en Lyon por el cardenal de Bonald y la marcha de seis religiosas a la India motivan su decisión: en 1844 se pone en contacto con los Maristas y seguidamente con el capitán de barco Marceau, que acaba por aceptarla como sirvienta a bordo del *Arche d'Aliance* y ella desembarca en Wallis el 25 de octubre. Mons. Bataillon tiene muchas reservas respecto a ella pero el rey la toma bajo su protección y la declara tabú.

Queda en Wallis hasta agosto de 1854. Bataillon, que apreció muy pronto su valía, la envía a fundar en Matautu el primer centro de educación para las chicas de Oceanía

Después va a instalarse en Futuna. Allí vive sola hasta el año 1858, cuando se reúne con tres laicas piadosas; a los sesenta y dos años de edad empieza el noviciado que la hace religiosa. Muere en Futuna el año 1873.

8 marzo 1847. – Jean Georges Collomb a Jean Claude Colin

Sidney. Reverendísimo padre,

[…] [7] La señorita Perroton, embarcada en el Havre como nosotros, está en Uvea. El rey le ha dado una pequeña cabaña junto a la iglesia. La misión la envía todos los días algo para comer: algu-

nas jóvenes van a hacerla compañía; ella les enseña a coser a la espera de que pueda enseñarles otras cosas; estoy convencido de que merecerá una preciosa corona: es piadosa, equilibrada, valiente, bastante prudente; si alguna mujer podía venir a Oceanía, ciertamente era ella. Será útil pero me parece que aún no había necesidad de una maestra europea, tampoco en Uvea. En otras partes, por lo menos donde hay protestantes, la presencia de una mujer extranjera que venga con los misioneros podría ser peligrosa y más o menos perjudicial.

Con motivo de esta señorita, han querido bromear con nosotros en Tahití e incluso a bordo, aunque, gracias a Dios, nuestro comportamiento ha sido bastante respetable; tan sólo habríamos deseado a veces menos ternura de parte del P. Vachon, quien por lo demás no dio ni sombra de escándalo y del que a lo sumo se puede decir que es demasiado bueno y que aún no conoce suficientemente la malicia del mundo. […]

[26] Reverendísimo padre, con profundo respeto, agradecimiento, afecto y confianza soy su humilde, obediente y servicial hijo,
Jean-Georges Collomb, nombrado obispo de las Antiphelles.

642 : Para una sociedad ideal

16 julio 1847. – Charles-Eugène Mathieu a Denis Maîtrepierre

Uvea. Reverendo padre,

[11] Entretanto, las artes, las artes y los oficios, sólo podrán introducirse aquí mediante comunidades religiosas, que podrían establecerse fácilmente aquí si hubiera gente y que pienso que reclutarían muy bien. Divididas en diferentes compañías de agricultores y de artesanos y ayudándose mutuamente, ofrecerían el modelo de una pequeña sociedad cristiana bien organizada y enseñarían al pueblo con el ejemplo lo que es muy difícil enseñar con palabras. Reflexionando, a veces pienso que estos pueblos necesitarían ser instruidos y llevados a la religión de ese modo, como hicieron antaño con los pueblos bárbaros del norte de Europa las diferentes colonias de los monasterios de Inglaterra y Francia.

Me parece también que sería así como habría que comenzar una nueva misión, incluso antes de pensar en convertir a las masas. Pero para ello sería necesario que la Sociedad hiciera de una vez

grandes envíos de personal para formar una verdadera comunidad y que eligiera gente capaz de formar en el espíritu religioso a los nativos que vinieran a agregarse a su pequeña tropa. Pero yo no estoy llamado a emitir un juicio en semejante asunto.

[12] Yo decía hace un momento "suponiendo que las artes sean un bien para esos pueblos". Ese es el bien que se imaginan en realidad en Francia, donde piensan que esos pueblos son pobres, desprovistos y necesitados de todo por carecer de lo que nos proporcionan la industria y las artes. Pero considerando las cosas desde un punto de vista más real ¿qué necesidades tienen estos pueblos sino las de la fe y del saber? Aquí no se conoce la pobreza porque son casi iguales en cuanto a bienes temporales.

Todos pueden cultivar la tierra donde y como quieren; es suficientemente espaciosa para cubrir las necesidades de todo el mundo. Aunque las tierras estén repartidas por familia, se puede ir a plantar en las tierras del vecino; lo único que hay que hacer es avisar, ya sea antes o después, porque jamás se deniega el hacerlo. ¿Qué un hombre es perezoso o está enfermo, que no tiene qué comer? Se va sencillamente a comer con su vecino y con su padre.

En cuanto a la vivienda, es muy sencillo; nadie carece de ella; todas las casas están abiertas y todos pueden ir a alojarse donde les parezca bien sin tener que pagar la posada. Las mujeres se encargan de lo referente a la vestimenta; trabajan todos los días en ello, o en el cultivo del *tutu,* o en el batán, o zurciendo en forma de tejido, o tejiendo esteras para tapizar la casa o para arropar a la familia. Este tipo de vestidura es del todo suficiente en estos climas cálidos; la manera como visten no es del todo indecente.

[13] Cuando uno está acostumbrado a ver a estos pueblos, se los encuentra mucho mejor vestidos al estilo del país que con la ropa europea que se les da. ¿De qué pueden tener necesidad, pues? Se dice: a esa gente hay que acostumbrarla a trabajar. ¿Pero por qué imaginarse que son holgazanes? Trabajan según lo van necesitando. No se apuran, es cierto, pero todos los días hacen alguna cosa, o para la construcción de las casas o de las piraguas, o para cultivar los campos, o para la confección de los vestidos.

Si a veces se acuestan en vez de ir a trabajar, hay que tener en cuenta también el excesivo calor del clima, la alimentación poco sustancial que toman para mantenerse y las frecuentes indisposiciones a que están sujetos.

Creo que la mayoría de los europeos no harían mucho más que ellos si no dispusieran de más alimentación que la suya para man-

tenerse y si estuvieran bajo un cielo tan ardiente. Por lo demás, les basta con lo que se procuran ellos mismos y no ambicionan el fruto del trabajo de los otros. ¿No es mejor, reverendo padre, que estas gentes sean tal cual son que no ser como esos pobres obreros de Europa, que trabajan de la mañana a la noche y no disponen ni de un instante para pensar en su salvación? El trabajo es buena cosa, pero moderado.

En Wallis el trabajo acaba después de la comida y el baño, es decir, hacia las cuatro. El resto del día se puede emplear en visitar el santísimo sacramento, leer el catecismo, hablar con los amigos, recrearse. De ese modo el alma puede ejercitarse y aprovechar el día tan bien como el cuerpo.

[14] Aquí no se conoce la pobreza; la única pobreza es la pérdida de los hijos, de la familia, de los amigos. El hombre que pierde un amigo, un bienhechor, un hijo, alguien cuya compañía les es grata, dice "ahora soy pobre". Es la única pobreza de la que se queja. A menudo viene gente a traer su ofrenda de *kava* y pedirnos que tengamos piedad de su pobreza. Y no les preguntamos cuál es esa pobreza. Ya sabemos que desean tener hijos y vienen a pedir oraciones para obtenerlos de Dios. Esa es la riqueza que desean. La palabra necesidad no existe en su lengua, señal de que la providencia los ha proveído en esa pobre tierra de cuanto necesitan.

[15] Entre los objetos del comercio, sólo veo una cosa que les sea de gran utilidad: los instrumentos de hierro, como hachas y cuchillos. Ahora, que están acostumbrados a utilizarlos desde hace mucho tiempo, creo que privarles de ellos les sería muy duro. Sin embargo siempre saldrían hacia delante aunque esos instrumentos llegaran a faltarles, porque anteriormente lo hacían y son muy ingeniosos para sacar todo el partido posible de lo que la providencia ha puesto en sus manos.

[16] Que Dios nos libre, pues, de introducir el comercio en estas islas. Si somos misioneros auténticos, preferiremos mucho más vivir al estilo del país que comprar artículos más cómodos y conformes a nuestras antiguas costumbres a precio semejante. ¿Por qué quitar a esos pueblos esa sencillez, tan favorable para el desarrollo de la fe? ¿Por qué crearles miserias introduciendo necesidades? ¿Por qué arrojarlos en el lodo de codiciar los anhelos terrestres en que está sumergida Europa? Por eso le dije al capitán Marceau que yo veía la fundación de la Sociedad Francesa de Oceanía

como un mal, pero un mal que previene otro mayor si busca alejar a otros negociantes mal intencionados o más codiciosos. Sería bueno que esta sociedad lo entendiera y no tuviera otra finalidad en estas islas, casi intactas todavía.

[17] Se ha acusado a estos pueblos de ingratitud. No pretendo excusarles del todo pero en sus modos hay algo bastante singular y cuya explicación puede interesarle. La palabra ingratitud no existe en su lengua; sí las palabras generosidad y no-generosidad. Esa generosidad consiste en dar parte de lo que se tiene al prójimo y utilizarlo en común con ellos; es un deber, se hace y no parece que el que lo recibe tenga necesidad de pagar algo o de agradecerlo. Puedes encontrar en el camino a alguien que lleve víveres cocidos, unos peces o cocos; él debe poner en tierra su cesta y ofrecerte de lo que tiene, y tú no tienes más que coger lo que quieras y desearle un buen viaje.

Si entras en una casa donde se bebe el *kava* o se come, tú tendrás tu parte con los demás en la distribución, y si no aceptas ofenderás a la familia. Y no tienes que expresar agradecimiento alguno. Y tú tienes que hacer lo mismo con los otros. Aceptar lo que se te ofrece es honrarte, es portarse contigo como amigo. Sólo hay una cosa que nunca hay que dejar de agradecer: la ofrenda del *kava* cuando te es presentada. Ni el rey deja jamás de hacerlo; siempre da las gracias al que le presenta el *kava*, aunque no sea más que una pequeña raíz.

[18] Ahora puede comprender, reverendo padre, qué extrañas han debido ser las costumbres europeas para esta gente que no conocía aún el principio *do ut des*. Y cuántos razonamientos y reflexiones han necesitado para convencerse de que comemos solos y no les damos parte de lo que tenemos. Sin embargo no es que no fuéramos generosos con ellos. Aún no sé si los ancianos comprenden algo de nuestra manera de actuar. El respeto que tienen a nuestro comportamiento lo suple; nos ven como una tribu aparte a la que todos deben respeto y obediencia, y por ello soportan que obremos de modo distinto a los demás.

Los regalos que la Propagación de la fe nos ha enviado para dárselos a ellos, a veces han servido también para persuadirles de que sí que teníamos generosidad para con ellos. En Francia piensan a veces que tendrían que ser más agradecidos con nosotros por los sacrificios que hemos hecho para venir a enseñarles; ¿pero qué

saben ellos de eso? ¿Cómo pueden apreciarlo? Cuando se han hecho cristianos y comprenden sobre la religión, para ellos mismos es un placer y un honor el marchar a otras islas para anunciar el evangelio.

[19] Miremos el *Arche de l'Alliance* que viene a ofrecerles ventajas considerables para su comercio; las han aceptado, ¿pero estarán muy agradecidos por ello? No lo sé, pero es posible que ellos mismos digan que por ese barco son menos engañados que por los otros. Eso es todo. Porque ellos no comprenden absolutamente nada del comercio y no saben apreciar el valor relativo de las mercancías. Muchos de ellos piensan incluso que los barcos vienen a buscar aceite para alimentar su lámpara durante el viaje. Y se extrañan de que necesiten tanto.

[20] No se sorprenda, reverendo padre, de las distintas apreciaciones sobre estos pueblos que vaya oyendo, sobre todo aquellas que le hayan llegado recientemente. Cada uno los juzga según la impresión que recibe al llegar. Sólo después del paso del tiempo e identificándose con ellos se llega a conocerlos un poco.

Un misionero ganará su aprecio por un comportamiento amistoso, serio, condescendiente, respetando y amando lo que hay de inocente en sus costumbres y acomodándose a ellas cuanto le permita su carácter, sin condenar precipitadamente lo que hacen sin haber valorado y examinado antes lo que tienen de reprensible.

En una palabra, al llegar aquí hay que despojarse de las ideas propias y salir de esa atmósfera de civilización europea en la que hemos sido educados y hemos crecido; y procurar identificarse con estos pueblos. Es el único medio para obtener fruto con ellos y para que olviden que somos extranjeros, lo cual es un defecto capital para ellos.

A la larga se acabará convenciéndoles de que se los ama y así se conseguirá ser queridos. Le hablo, reverendo padre, de largo tiempo. Escribo en el papel cuanto me viene a la mente, sin tomarme la pena de analizarlo debidamente; pero usted me lo perdonará.

Sé que usted aprovechará lo que pueda serle útil para instruir a los futuros misioneros cuyo cuidado le es confiado. No es necesario que hagan por adelantado demasiados planes y proyectos por miedo a ser obligados a rebajarlos; basta con que se armen de un gran bagaje de caridad y de paciencia. Los que vengan para consolidar y mantener en la fe a los pueblos ya cristianos, me parece que tendrán un trabajo mucho más difícil, importante y meritorio

que el de aquellos que les han hecho pasar del paganismo y de la herejía a la religión. Si para comenzar basta contar con hombres ordinarios, para consolidar se necesitan hombres santos.

[21] Que Dios tenga a bien enviarnos aquí hombres bastante poderosos en obras para hacer que nazca un clero indígena que respire el verdadero espíritu del sacerdocio de nuestro Señor; sólo entonces se podrá decir que Oceanía se ha convertido a la fe.

[25] Con profundo respeto de su querido hijo en el Señor,
Mathieu, misionero.

Consolidaciones 1849 - 1854

800 : Hermano Sauver, impresor

8 mayo 1849.- Hº Sauver [André Conil] a Jean Claude Colin

Desde el seminario Inmaculada Concepción en Wallis.
Reverendísimo padre superior general.

[1] En esta ocasión mis ocupaciones no me permiten escribirle una larga carta; casi casi es tácita. No le escribo ningún relato particular sino solamente decirle que ahora mis deseos están colmados. No sabría qué más desear excepto el cielo. A menudo, metido en mis labores. que resultan bastante molestas a causa del calor, me digo: ahora encuentro lo que pedía, incluso más.

[2] El trabajo de imprenta es mucho para una sola persona, que carga con toda las preocupaciones: trabajar o hacer que se trabaje si tiene a alguien con él, tener todo en orden dentro, hacer alguna otra función ajena a la imprenta a la que se encuentra de vez en cuando mezclado. La labor no va tan rápida como yo desearía y convendría para las necesidades de toda la misión. Necesitaría un hermano Fleury para ayudarme.

Los chicos que trabajaban anteriormente en la imprenta se encuentran ahora ocupados en el estudio del latín y se encuentran pocos capaces; normalmente trabajan poco tiempo según la cos-

tumbre del país; si tuvieran la asiduidad de los europeos, medios no les faltan y van rápidos cuando hacen algo que les gusta.

Ya está acabada la gramática latina y el catecismo de Futuna también, terminado antes. Pronto imprimiremos el diccionario latino fakaueva. Creo que no será una tarea muy complicada. El reverendo padre Mériais, encargado de la educación de los chicos del colegio, tiene cierta habilidad para la imprenta; desearía que hubiera alguien que se ocupara de componer y que yo me encargara solamente de la impresión. Nosotros mismos hemos descubierto el método de hacer el canto llano; nos costó mucho, pero finalmente lo logramos gracias a Dios.

El Hº Joseph se ha merecido una medalla ejecutando la fundición de las distintas piezas, de las que les enviaremos la muestra y más tarde un ejemplar. Nuestra imprenta no está tan bien montada como la del señor Firmin Didot en Paris y los trabajos que en ella se hacen lo atestiguan. Estaría muy contento si lo antes posible me enviasen un conjunto de viñetas pequeñas y grandes; también lo desea el P. Mériais.

Vuestro afectísimo servidor e hijo en Jesús, María y José,
Conil Sauveur.

802 : Antes padres que hermanos

10 mayo 1849.- Pierre Bataillon a Víctor Poupinel

Desde Wallis. Reverendo padre,

[1] Una primera palabra. Hace varios años que le escribimos y que no recibimos respuesta, pero creo que nos llegarán en masa cuando llegue el señor obispo de Amata a quien esperamos de un momento a otro. Gracias anticipadas por todas las molestias que habrá tenido al prepararnos todas las prendas que, según nos dicen, nos llegarán pronto para los obreros del centro. Nadie se encontraba en extrema necesidad.

[2] En nuestras misiones todo va siguiendo su marcha. No faltan cruces, pero son ellas las que nos hacen vivir. Lo que me con-

suela de manera especial es la unión que existe entre nosotros. Bendigo incesantemente al Señor por la buena elección de personas que ha hecho el reverendo padre superior para su misión del centro. Los personas que han llegado no desdicen en nada de los anteriores. Que el espíritu marista les anime siempre.

[3] Por aquí se dice que hemos escrito a Francia que no envíen más hermanos. No es exactamente así. Se trata de que envíen unos pocos, pero no ninguno. Lo que pensaba antes y pienso aún ahora es que, como con los hermanos se gasta tanto como con los padres y no pueden realizar el doble servicio de lo espiritual y lo temporal, parece más ventajoso que en el número de personas que nuestros recursos nos permiten mantener haya los más sacerdotes posibles; pero siempre se necesitan hermanos y si se disminuyera su número habría que aumentar en proporción el de sacerdotes, y sobre todo de sacerdotes bien capacitados.

Por ejemplo, al fundar una misión, preferiría poner en ella dos sacerdotes, uno de los cuales fuera hábilidoso y pudiera ocuparse de lo temporal, mejor que un sacerdote y un hermano; en ambos casos los gastos serían iguales, pero el primer caso tendría las ventajas de ajustarse a la regla, poder confesarse mutuamente, ser más útiles para los nativos y algunos otros consuelos.

¿Pero dispondrán de tiempo para ocuparse de los trabajos manuales? Durante los dos o tres primeros años, en los que no tienen ministerio, no sólo tendrán tiempo sino también necesidad de trabajar manualmente para no aburrirse, huir de la ociosidad y de los peligros. Más tarde, cuando tengan ministerio, siempre encontrarán algún nativo que haga al menos las tareas de la cocina.

Le doy esos detalles para explicar bien mi pensamiento. Insisto sobre todo en decir que, si se nos disminuye el número de hermanos, hay que aumentar el de los padres; pero siempre necesitamos algunos hermanos, sobre todo ahora que hemos perdido cuatro, tres que han muerto y uno que se ha retirado. Creo que cuando se llenen esos vacíos, se podría establecer la norma de enviar un hermano por cada tres padres. Por favor, comunique estas ideas al reverendísimo padre superior, a quien temo molestar con cartas demasiado largas. Excluyo de esa regla los hermanos con oficio, que se han de enviar además, siguiendo las peticiones hechas.

[4] No veo que haya que hacer cambios en las quince primeras disposiciones que se le comunicaron en nuestras primeras cartas. Hasta ahora todo va bien; no hay mas que continuar.

[5] Por favor, dirija la carta adjunta al señor Marceau y pídale que venga lo antes posible a encontrarse con nosotros en Oceanía.

[6] Muchos saludos a todos los padres de la Sociedad. Me encomiendo con mis colaboradores a las oraciones de todos.

[7] Tengo prisa, lo reconocerá por mi escritura. Cuando pase el señor obispo de Amata trataré de escribirle más extensamente.

[8] Unidos en la oración y el santo sacrificio, su humilde y afectísimo servidor, Pierre obispo de Enos, vicario de Oceanía Central.

806 : Cuidado de los enfermos

Junio 1849. – François Palazy a Jean Claude Colin

Futuna, parroquia San José. Reverendísimo padre,

[1] Ya hace un año que estoy en Futuna, donde me dejó Su Excelencia Mons. Bataillon para remplazar al P. Villien, que fue a Rotuma, donde sufre un poco de hambre en medio de una población muy inclinada al desenfreno, al robo y a la holgazanería. Lo que les sirve de alimento es la raíz amarga de una planta llamada *pulaka*, una especie de tarot salvaje que usan habitualmente como alimento. Todo eso lo debe notar mucho más, pues el padre estaba acostumbrado a los alimentos de Futuna rodeado de una gente acogedora, laboriosa y modesta en sus costumbres.

[2] Pues bien, reverendo padre, en medio de esa gente es donde me ha colocado la divina providencia; pero no me ha dejado sin cruces. Me ha enviado un dolor de pies que me ha hecho sufrir durante casi un año y que según parece está lejos de desaparecer, Antes los caminos para ir de un lado a otro de la isla eran muy malos y en país muy montañoso.

Yo he buscado los lugares que me parecían más favorables para trazar un camino más practicable, pero al principio tuve una violenta contusión en el pie que me obligó a ir con muletas más de dos meses. Sin embargo, gracias a la benevolencia y al trabajo de nuestros futunianos, se ha abierto un camino desde la tumba del P.

Chanel hasta el nuevo colegio que acaba de fundar Mons. Bataillon al norte de la isla en un lugar llamado Kolopelu, al que ha dado el nombre de Nuestra Señora del Desierto pues tiene intención de hacer allí un lugar de retiro para los padres o hermanos enfermos de su vicariato. ¿Seré yo acaso la primera piedra de ese Hospital de Inválidos? Que se haga la voluntad de Dios.

Quedaba aún por hacer, y por lugares muy difíciles, un camino para ir del puerto al nuevo colegio, unas dos leguas. Yo tuve que trazar la ruta por bosques espesos, barrancos y arroyos profundos.

Una vez planeado, el camino quedó terminado al cabo de quince días; ahora ya no será necesario tomar la embarcación o esperar a que baje la marea para ir al nuevo centro, andando a menudo por el agua o sobre las agudas puntas del coral. Parecía que el Señor me había concedido un momento de descanso para dejarme acabar el camino, pues bien, terminado el trazado se me reabrió la herida y me hizo sufrir como antes, hasta las proximidades de la semana santa cuando se multiplican las ocupaciones y el trabajo. El mal disminuyó para comenzar más tarde.

[3] La isla de Futuna parece ser un país privilegiado para sufrir de los pies. Empezó el P. Chanel, los padres Chevron y Roulleaux caminaron con muletas y el padre Servant tuvo los pies hechos papilla durante dos años; sin embargo, cada vez que las funciones del santo ministerio le reclamaban en alguna parte, su mal le daba tregua para dejarle caminar. Sólo el hermano Marie, el padre Favier y el sacerdote Grézel quedaron exentos de ese mal.

[4] No es raro ver a los nativos con llagas en brazos o piernas y el cuello cubierto de escrófulas. Se ven algunos sin úlceras en las piernas, pero de un grosor monstruoso, como si fueran patas de elefante. Creo que es una especie de hidropesía de las piernas, con muy graves accesos cada uno o dos meses, que en ocasiones hacen morir al enfermo, como si fuera un ataque de apoplejía. Otra enfermedad muy común, sobre todo entre los niños, es la *tona* en lengua futuniana: unas úlceras o grietas más o menos considerables que salen ordinariamente en los brazos y en las manos y sobre todo en los pies; tras un período más o menos largo la enfermedad desaparece por sí misma. Se la trata con jugo de limón mezclado con orín de hierro[4] que se aplica a la herida.

[4] Herrumbre, óxido rojizo de hierro que se forma en la superficie del hierro por la acción del aire húmedo-

He oído decir que aquí y en toda Oceanía son frecuentes el herpes y otras enfermedades cutáneas. Apenas hay quien resista a la acción enérgica del protocloruro de mercurio aplicado durante cierto tiempo dentro de un régimen indispensable y siempre que la persona no sea de temperamento demasiado débil ni esté debilitado. Con ese medicamento se alcanzan a veces curaciones prodigiosas e inesperadas, incluso en poco tiempo. Pero para tomar ese medicamento es casi indispensable tener unas purgas de jalapa, de sal de magnesio, sulfato de magnesio o sulfato sódico.

[5] A los afectados por mal de pecho les hacemos beber agua de hulla. Para las disenterías y mal de vientre el remedio más cómodo que poseemos es agua de tarot asado "a oscuras", o tisana de pencas, conocida como pata de oso o cactus. El acetato de plomo o agua blanca nos sería muy útil, pero no tenemos. Contra las escrófulas utilizamos el azufre tomado en píldoras o disuelto en agua, o bien pólvora de caza si es que no hay azufre.

Aquí no es raro ver niños, y también personas mayores, con el cuello hinchado, rodeado de un collar de úlceras amarillentas que los comen vivos. Al final los dolores aumentan, el enfermo va debilitándose poco a poco y acaba muriendo tras mucho sufrir. Es una enfermedad horrible, al igual que la sífilis, que si se tarda mucho tiempo en tratarla deja los miembros afectados totalmente deformes y tullidos.

[6] Al pensar en esas horribles enfermedades más de una vez sentí repugnancia al beber el *kava* que habían masticado los nativos; pero me veía custodiado por el Señor y bebía. Sin embargo, cuando es para nosotros hemos establecido la costumbre de rallar el *kava* en lugar de mascarlo; dicen que así no es tan bueno; pero yo no encuentro gran diferencia y al menos no siento repugnancia.

Y aquí estoy, declarado doctor médico por el señor obispo de Enos; el buen hermano Marie-Nizier me ha puesto un poco al corriente de su corta práctica. Cuando me siento confuso para saber cuál es la enfermedad o el remedio o bien porque me falta el remedio, les doy algo que si no les hace bien al menos no pueda hacerles mal. Cuando vienen a consultarme sobre algo sin importancia –un pequeño resfriado, un dolor de cabeza…– recurro a un poco de té, o un poco de agua con una gota de vinagre con cierto sabor a alcanfor, y la gente se va tranquila

Esta es la realidad, hay que hacer un poco de curandero para contentar a estas pobres gentes, para quienes es suficiente haber-

nos dicho que están enfermos, sin decir cuál es la enfermedad que tienen, para que les demos un remedio conveniente. Por lo demás, no les originamos ningún mal al obrar así puesto que el único precio del remedio es la molestia de llevarlo.

[7] Aquí, un médico, o una persona con fama de médico, es persona muy considerada y muy importante. Y cómo no ocuparse de la medicina, o más bien de la higiene, cuando los marineros que han desertado y también algunos nativos hacen de médicos y aplican frecuentemente sus medicinas, sean las que sean, a todas las enfermedades.

[8] Su Excelencia me ha hecho no sólo médico sino también jardinero. Me ha dado un terreno para roturar y cultivar ayudado por cinco o seis personas muy serviciales con la misión. Con su ayuda planto piñas, bananos, patatas dulces, cebollinos, berzas…

Pero los nativos nunca tuvieron fama de trabajadores. Cuando cogen cariño por algo y les gusta, no les cuesta trabajar y harían lo imposible; pero el trabajo no ha de prolongarse demasiado, hay que dejarles que lo hagan libremente.

Si se les manda algo que no sea de su agrado o capricho, conforme a su manera de actuar o que vaya contra sus costumbres y hábitos, normalmente se hacen los remolones, hacen las cosas a medias en silencio taciturno y dicen *leai se mafai*, "es imposible", esto no se puede hacer.

Cuando hacen algo con ganas, en el trabajo suelen cantar o gritar para animarse y estimularse; pero cuando trabajan de mala gana no dicen casi nada y se agarran al menor pretexto para dejar la tarea. Entonces hay que tratar de alegrarles yendo a trabajar con ellos para ponerlos en marcha. En general se saca más provecho proponiéndoles el trabajo como algo libre para ellos que mandándoselo de manera absoluta; hay que tener paciencia, disimular bien las cosas y se termina viendo que "se logra más con la dulzura que con la violencia".

[9] No creo equivocarme si digo que los nativos se cuidan poco de nuestros asuntos, herramientas, utensilios, ropa, muebles; si no se tiene cuidado, dejan todo donde sea, no economizan nada, nos destrozan muchos objetos y nos pierden otros sin tomarse la molestia de encontrarlos. La razón de todo ello es muy sencilla; no están acostumbrados a nuestra manera de obrar; la mayor parte de nuestros objetos les son extraños, no saben manejarlos ni cuidar-

los, Y como su mobiliario se reduce a muy poca cosa, no conocen nuestro cuidado del orden. Y eso que aquí, en Futuna, tenemos un pueblo con fama de laborioso y trabajador entre los otros pueblos de Oceanía. Creo que como conjunto es el mejor que hay en esta quinta parte del mundo.

[10] Para terminar, el año 1848 las dos partes de la isla se han ofrecido mutuamente unas fiestas en las que han efectuado el mayor derroche en víveres, cerdos, raíces de *kava* y alfombras y telas que se entregaban mutuamente como regalo. Toda una matanza tremenda de cerdos. La población total de la isla es de mil cien almas; pues bien, se han visto valles sencillos que asaron más de cien cerdos en un día, los taros y los ñames iban en proporción. Se hincó en tierra al descampado un árbol al que cortaron las hojas y cuyas ramas fueron adornadas con alfombras colgadas para dar sombra a los dos reyes de la isla.

Cuando se asa el cerdo al horno, se le sacan los intestinos por un agujero que se le hace en el vientre, se rellena después de hojas verdes y de piedras al rojo vivo, se entierra seguidamente en un hoyo u horno con ascuas ardientes. En las fiestas, al trinchar los cerdos, asados de ese modo, vieron que en vez de estar rellenos de piedras estaban rellenos de gallinas cocidas. También nosotros tuvimos una buena parte en la distribución de los víveres. Aprovechamos para tener una buena provisión de grasa; la carne la distribuimos entre los vecinos y bienhechores de la misión. […]

[18] Dígnese aceptar los sentimientos de profundo respeto con los que tengo el honor de ser, reverendísimo padre, su humilde y afectísimo servidor e hijo en Jesús y María

François Palazy, misionero apostólico.

811 : Comportamientos futunianos

3 junio 1849. – Catherin Servant a Jean Claude Colin

Nuestra Señora de los Mártires, Futuna. Reverendísimo y querido superior,

[1] Nuestra misión de Futuna está siempre floreciente; los insulares continúan acercándose a los sacramentos todos los meses. Esto es lo que hago desde hace un año: Paso tres domingos unas veces en la parroquia de Nuestra Señora de los Mártires, otras en

la de San José para dar por turnos a los neófitos tiempo para confesarse. Ordinariamente cada sábado doy una catequesis más desarrollada a los jóvenes más instruidos.

El lunes por la mañana los parroquianos van a la oración y a la misa rezada; asisten todos excepto los enfermos y sus cuidadores. A mediodía se reza el rosario, se canta una canción y se da la catequesis a los niños. Al caer el día, gran parte de los futunianos se reúnen para la oración de la noche. Se canta una canción y les doy una instrucción; más tarde remplazaremos ese ejercicio por el canto de vísperas.

[2] Vea el orden que se observa en la iglesia. El domingo pasado observé que había dos mujeres diciéndose algo en voz baja durante la oración. Más tarde encargué a alguien que pusiera por escrito lo que pudiese ver como reprensible durante la celebración de los santos misterios. Vi los nombres de una panda feliz que llegó después de la oración, el nombre de las dos mujeres que se decían algo al comienzo en voz muy baja; en la misa hubo recogimiento y atención. Para ejercer influencia en estas gentes para las labores de una iglesia y los preparativos de una solemnidad, se necesita alguien que se exprese claramente y sea oído y comprendido por todo el mundo. Para poner en marcha esta máquina hay que mover todo a la vez. Cada pueblo debe participar en la tarea.

[3] He de decirle también, reverendo padre, que después de que monseñor pasara por aquí ha habido un gran cambio en la alimentación en Notre-Dame; antes, los habitantes de Notre-Dame eran generosos, y más que los de San José; en cada matrimonio, bautismo o entierro me daban un cerdo vivo o cocido; me daban gallinas en abundancia, frecuentemente me llevaban peces y mariscos de toda especie.

Pero después del paso de monseñor ya no tienen esa generosidad; sólo hay una familia que me da alimentos; en los bautismos sólo recibo una raíz de kava, en los entierros me regalan un cerdito cocido. No sé de dónde viene tal cambio; a pesar de todo no tengo que pasar hambre y estoy contento porque no dependo de nadie. Si muriese el individuo que me nutre, otro tomaría su lugar según la costumbre futuniana. Pero dejemos esas bagatelas y pasemos a cosas serias.

[4] Para juzgar correctamente la conversión de un pueblo oceaniano hay que contemplarla bajo el aspecto de la fe y la moralidad. La fe de los futunianos parece demostrarse en que, después

de mucho tiempo, nadie dice nada contra la religión y sus sacerdotes y en que todo el mundo practica sus deberes religiosos. Y, en mi opinión, la moralidad cristiana es practicada al menos por una gran mayoría. Los ancianos aman la religión "que les da la vida del cuerpo y del alma" aunque son aficionados, sobre todo las ancianas, a ciertas costumbres anteriores que, felizmente, no son intrínsecamente malas.

Los hombres casados van normalmente bien; es raro que haya que desconfiar de ellos; se enfadan rápidamente cuando son regañados por sus mujeres y raramente tienen la culpa. Cuando discuten, raramente se insultan; son muy moderados; solo llegan a las manos cuando no hay nadie para retenerlos y están muy airados, pero pronto se les pasa la ira y se reconcilian fácilmente.

[5] Los jóvenes son generalmente buenos y abiertos; los de Notre Dame son atrevidos y poco corteses. Al verlos, se diría que son poco religiosos, pero es lo contrario; no tienen maneras afectadas y pretenciosas, pero son conscientes y sencillos. Dos de ellos, como no pueden encontrar con quién casarse, están desanimados y pierden el gusto por los ejercicios religiosos. Generalmente los jóvenes de la parroquia de Saint Joseph son muy educados; algunos de ellos tienen que luchar mucho contra las tentaciones porque las jóvenes tardan mucho en casarse; algunos son más libres que los de Notre Dame.

Estos últimos son los que ordinariamente marcan el tono de la juventud de Futuna; últimamente esos mismos individuos volvieron a poner en boga embadurnarse, que para los futunianos es algo así como para los europeos pintarse. Yo he hecho desaparecer esa costumbre que sólo permitimos para los recién nacidos y algunos enfermos. Quisieron restablecer el antiguo ornato del paganismo, pero yo le dí un golpe mortal poniéndolo en ridículo. En Futuna nadie es hostil a la religión.

[6] Vea ahora algunos ejemplos de la vanidad de algunos jóvenes que componen la panda jaranera: quieren llevar una cabellera frondosa y larga. Cuando caminan, al entrar en una casa o cuando están en una asamblea les encanta agitar la cabeza hacia atrás y de lado para balancear graciosamente su cabellera. A veces se pintan una raya negra o roja en la cara o se prenden flores en los cabellos.

En general esos jóvenes son más modestos y más reservados en el arte de agradar que las mujeres trabajadas por la vanidad.

Últimamente dos jóvenes de Tua fueron atados por dos o tres elementos, que con frecuencia me han ocasionado muchas molestias desde el comienzo de la misión; ahora se esfuerzan sinceramente por volver a Dios, al que tienen un vivo temor.

[7] En general, las mujeres de Futuna tienen una moral notable; cuando hay alguien que comienza a tropezar con algún defecto, fácilmente le reprenden. En las discusiones son menos moderadas que los hombres e insultan más fácilmente; hablan con una volubilidad increíble y todas a la vez. Entre ellas hay quienes – y quiero creer que son pocas – conservan aún el espíritu disimulado del tiempo anterior; para sacar partido de ello hay que utilizar con ellas la habilidad, el miramiento y la caridad; la severidad las haría fácilmente hipócritas.

[8] Por lo general, las jóvenes tienen un corazón abierto; se distinguen fácilmente por su apego a la religión y a los sacerdotes; además tratan de agradar más o menos según sea su devoción. He aquí algunas de sus debilidades: vestirse elegantemente, simular que están cojas para llamar la atención, esconder en su vestimenta el fruto odorífero del koli o las flores del *mosoki,* adornarse con un hermoso cinturón de hojas o flores para darse el placer de que algún joven les ruegue que les regalen alguna flor, dejar al descubierto un poco de su seno de tal manera que se crea que ha sido por descuido; pero se tapan en cuanto se las mira y bajan la vista.

Ahora es raro que se peinen para agradar. Agradar utilizando los ojos consiste en mirar de refilón a los que quieren gustar, mirar con ojos brillantes; actualmente son bastante moderadas en todo eso. Algunas piden tabaco a los jóvenes y fuman con ellos. Si esos jóvenes están casados, sus mujeres se alborotan mucho.

Los padres de esas atolondradas se enfadan con ellas, las tratan de *laukau*, es decir de buscar agradar. Hasta ahí se puede decir que no hay nada grave, pero si van a peinarse con los jóvenes, o a untarles con óleo perfumado, si los jóvenes manosean su cabello, o las acarician la cara, o juguetean con sus manos, entonces ponen el grito en el cielo. El enamoramiento vuelve a los chicos y a las chicas como locos; sus ojos se turban y su cuerpo se agita.

Felizmente, en Futuna existe total separación entre ambos sexos y por tanto los enredos son muy raros; pero las tentaciones no son menos vivas; esas estatuas vivas seducen más de lejos que de cerca. Por lo que debemos deducir que nuestros jóvenes, al menos unos cuantos, tienen que sostener duros combates.

Si algún joven tuviera la debilidad de entrar en una casa durante la noche, las chicas le afrentarían con sus gritos, y si el joven fuese reconocido no dejaría de ser abucheado y avergonzado. Los desórdenes, cuando los hay, son casi siempre públicos porque el futuniano espía y observa mucho. No hablo de esos súbitos cambios de comportamiento que se dan tanto entre blancos como entre negros. ¿Dónde no se encuentran ejemplos de fragilidad? Pero lo que hay de consolador en este pacto es que los futunianos, de un temperamento vivo, se corrigen muy pronto.

[9] En cuanto a la justicia, es muy observada; generalmente los robos son de poca monta y a menudo no hay que restituir porque la costumbre autoriza a poner en común ciertos frutos y algunos productos, como los cocos cuando no hay prohibición expresa, y todo lo que crece en la tierra si no es trabajada por una persona humana. Lo normal es que los miembros de una familia tengan en común los vegetales y lo otros productos.

Es raro que los extraños roben a sus vecinos; si en alguna ocasión se llevan cosas comestibles, suelen decírselo al dueño, que cede fácilmente sus derechos. Si se trata de un daño notable, como matar un cerdo, normalmente se restituye, a no ser que el dueño rehúse el pago o que el cerdo hubiera producido un gran daño en el campo del que lo mató. Si hay un cerdo que devasta un campo, se dice al dueño que lo remedie, y si se niega a hacerlo se le mata un cerdo; pero si el dueño es un hombre temible se tiene paciencia.

[10] En cuanto a los matrimonios es muy difícil concertarlos porque los padres no se ponen de acuerdo y porque, por otro lado, los chicos y las chicas tienen dificultad para fijar la fecha.

[11] Con los futunianos es bueno saber lo que pasa exteriormente y desconfiar de las relaciones que establecen, porque son hábiles para el disimulo, la justificación, la insinuación y la exageración. Si te tienen miedo, serán reservados y medirán sus palabras. Si saben que tienes tu manera de pensar, no te contrariarán, te hablarán en ese mismo sentido, y sacrificarán su manera de ver las cosas a la tuya al menos externamente. En general los hombres saben comportarse, con ideas sólidas, algo astutos y sin pretensiones. Si los escucháis en los consejos, quedaréis asombrados de sus deliberaciones; nada escapa a su observación, sopesan todo con ponderación; a pesar de la diversidad de sentimientos, todos to-

man una determinación plausiblemente fundamentada en la razón y se sujetan a ella firmemente.

[12] Las mujeres de Futuna suelen ser tan firmes como los hombres, pero entre los oceanianos se distinguen por su reserva sobre todo en la relación con los hombres; generalmente entre ellas hay menos respeto humano; reprenden, censuran, critican sin incomodarse sobre todo cuando lo hacen con las mujeres de su valle. En general son buenas y abiertas; pero las que se entregan al mal, las cegadas por la pasión son extremadamente falsas; preparan con destreza una mentira y te mienten a sangre fría; si no las conoces, te será imposible quitarles la razón. Por suerte, ese tipo de víboras no abunda.

[13] Para estar con los futunianos, la sotanilla no es suficientemente decente; el sacerdote debe llevar una ropa adecuada que no les incomode por el mal olor. Les gusta hablar con el misionero; le perdonan sus bromas picantes, sus chanzas; les encanta su dulzura, su alegría; en cambio no les gusta la ira, la taciturnidad.

Reverendísimo padre, reciba la ofrenda del profundo respeto y sincera entrega de su humilde, obediente y fiel servidor,

Servant, misionero apostólico.

887 : Kolopelu

29 y 30 abril 1850. – Charles-Eugène Mathieu a Benoît Lagniet

Futuna. Reverendo padre,

[1] Estoy en Futuna desde diciembre de 1849. Mons. Bataillon me envió para ocuparme de esta misión y más especialmente de un centro que fundó en 1848 en un lugar de la isla llamado Kolopelu. Y es en este centro donde resido. El reverendo padre Servant continúa ocupándose del ministerio en la zona norte de la isla atendiendo la iglesia construida sobre la tumba del padre Chanel,

y el sacerdote Grézel administra la parroquia de San José, situada en la parte oeste. Como sus parroquias no tienen muchos feligreses, raramente tienen necesidad de mí, y casi nunca me ausento.

[2] Kolopelu se encuentra a unas dos leguas de distancia de cada parroquia, a las que se llega por unos caminos muy difíciles a causa de la montañas escarpadas que nos separan. Esos caminos, antes medio impracticables, fueron mejorados hace poco por los padres Servant y Palazy y ahora se puede pasar con borricos. Y Kolopelu es el lugar para reunirnos cada ocho o quince días.

[3] Probablemente sería más agradable y más conforme a sus deseos que estuviéramos reunidos en este punto central y que fuéramos desde allí a servir las parroquias. Ciertamente esa medida se tomará después en las islas grandes donde empieza la misión. Aquí la creo impracticable, primero por el peligro al que quedaría expuesta la misión: estas pequeñas poblaciones recién nacidas a la fe necesitan la presencia del sacerdote para actuar cristianamente como necesita el niño la de su padre para actuar de manera razonable; quíteseles la presencia y el cuidado constante del sacerdote y muy pronto quedará todo relajado y deteriorado. La autoridad del sacerdote es la única que se respeta en la isla.

Los reyes y jefes, excepto en casos muy extraordinarios, son considerados como uno más; no tienen poder alguno ejecutivo o represivo. Por eso, no hay más que la presencia y la palabra del sacerdote, y si fuera desobedecida formalmente correrían el peligro de exponerse a la indignación pública y de ser señalados y ridiculizados, que para estos pueblos es peor que cualquier castigo.

Eso quiere decir que alejar al sacerdote de esas pequeñas poblaciones es como abrir la llave al ladrón: no hay vigilancia, el enemigo de la salvación se desliza como el pez en el agua sin que se note, las costumbres se corrompen, la autoridad del sacerdote no puede ya ser ejercida sensata y convenientemente porque no sabe lo que pasa, se pierde su autoridad y con ella la fe y la religión, y el salvajismo vuelve con toda la fuerza de las antiguas costumbres, largo tiempo reprimidas.

[4] Lo dicho aquí es aplicable a la población de Futuna, muy restringida, y no hay por qué concluir que eso mismo debe hacerse en las otras islas, más grandes y pobladas, sobre todo si desde el comienzo se da otro recorte a la misión en una población numerosa. Siempre hay un número elevado de almas firmes en la fe para

mantener una cristiandad sin la presencia del misionero, sobre todo si desde el principio se les acostumbra a ello.

En segundo lugar, si por un lado se pierde, por otro se gana; las diferentes localidades se mantienen con la emulación, y el grupo de los buenos es siempre suficientemente numeroso para no tener nada que temer por la fe.

En tercer lugar, en una población numerosa siempre hay un gobierno mejor establecido y tanto si persigue como si favorece siempre es útil para la propagación de la fe, pues si persigue nos concilia con los que se le oponen políticamente, y si favorece, sostiene con su autoridad las nuevas instituciones que queremos introducir.

[5] De ese modo, una casa central donde estén juntos los misioneros para ir desde allí a las diversas estaciones me parece no sólo posible sino muy oportuna en las grandes islas, como las que hay en los archipiélagos de los Navegantes y de Fidji; y no dudo que ahora se establecen de esa manera, después de que los primeros misioneros enviados como exploradores han preparado el camino y de que usted mismo se ha ocupado de enviar gente ad hoc.

Pero aquí no se podrían cambiar las cosas sin exponer la misión a un gran peligro, al menos por ahora. Además no se obtendría el objetivo que se propone: como ahora es imposible acostumbrar a esta población a ver a su sacerdote una sola vez cada dos o tres meses, algo que sería bueno hacer en las grandes misiones, y no se puede dejar las iglesias sin misa los domingos, el misionero estaría casi todo el tiempo fuera de la residencia principal y perdería casi todo su tiempo en recorridos penosos.

Los viernes para ir, los sábados para confesar, los domingos para catequizar y predicar, los lunes para volver. Respecto a los tres días restantes se puede apostar que sería llamado para asistir a algún enfermo; las gentes de aquí tienen pavor a morir sin sacramentos y como son incapaces de valorar la gravedad de una enfermedad y el peligro en que se halla el enfermo, es frecuente que con la mejor intención del mundo obliguen al sacerdote a recorrer dos o tres leguas durante la noche y con mal tiempo para casos muy muy livianos.

¿Qué servicio podría prestar a la casa central estando siempre en alerta continua y qué bien podría obtener para sí mismo que no pueda obtener igualmente yendo y viniendo de hacer una visita cada ocho días? Los dos padres que están aquí no sólo piensan

como yo sobre este punto sino que, estoy persuadido, no tienen la menor duda de que las cosas no pueden ir de otra manera.

[6] La única cosa que se hubiera podido hacer habría sido colocar aquí en Kolopelu la iglesia del padre Servant, teniendo en cuenta que la población de esta parroquia se extiende por este lado.

Pero eso habría supuesto abandonar el lugar del martirio y de la sepultura del padre Chanel, cosa que no podemos hacer aunque sea un lugar de la isla muy incómodo para habitar en él. En segundo lugar, eso habría significado poblar los accesos a Kolopelu y privar a este lugar de la ventaja principal para lo que en él se busca: el aislamiento y la soledad.

[7] He dejado en la parroquia de San José a Grézel y al Hº Marie Nizier. Es un hermano muy bueno que tiene el espíritu religioso y que con cantidad de buenas cualidades compensa su incapacidad para los trabajos manuales. Además de tener mucha experiencia del idioma y del carácter de la población, de tener más capacidad que nadie para saber lo que allí pasa, tiene el excelente espíritu de no utilizar ese conocimiento para beneficio propio sino para ayudar al misionero en el ejercicio de sus funciones.

Es una cualidad rara y que valoro; creo que un hermano de ese temple será siempre más útil que otro con gran capacidad para los trabajos manuales, pero con el mal espíritu de crearse un grupo al margen del sacerdote e inmiscuirse en la dirección de la misión.

[8] He ofrecido al P. Servant el Hº Joseph-Xavier, porque Augustin, que está aquí, puede bastar para los trabajos. Padre, le cuento todo esto para, en la medida de lo posible, darle pleno conocimiento de la localidad en que me encuentro y prevenir tanto como sea posible las objeciones de quienes, antes de ser informados, se entretienen en criticar y trazar planes, porque lo que más temo es que el enemigo de la salvación trate de perjudicar en Francia a nuestra misión para agotar el bien en su misma fuente.

[9] Vamos ahora a visitar Kolopelu. Al llegar a Futuna en la bahía de Leava, costa sudoeste de la isla en el reino de Sigave, único lugar en que un barco puede echar el ancla con cierta seguridad, hay que andar dos leguas por montañas escarpadas, valles profundos y rocas que bordean la orilla del mar para llegar a Kolopelu.

Es una hermosa altiplanicie a unos cien pies por encima del nivel del mar, casi cortada a pique por todo alrededor como un baluarte. Por delante es bañado por el mar; por detrás queda unido a la montaña por una estrecha lengua de tierra. Por sus costados y por valles profundos bajan dos arroyos, uno a la derecha y otro a la izquierda, y riegan las plantaciones de taro.

Cuando monseñor Bataillon vino a este lugar tuvo que trepar agarrándose a los matorrales y a las rocas con los pies y las manos. Hoy se puede subir a pie por un camino sinuoso, abierto con dificultades y que aún deja que desear. Sin embargo el P. Servant, que se ha convertido en un excelente jinete, sube y baja montado en su borrico.

Llegado a la altiplanicie se tiene una vista magnífica. La extensión del mar, las altas montañas de Alofi allá en la lejanía. Al costado y detrás las riberas de Futuna, sus rocas escarpadas, sus ricas plantaciones de cocoteros y taros. Por detrás montañas de variado aspecto y todas adornadas de una bella vegetación.

Añádale el aire puro que se respira, las flores que embellecen los alrededores de la casa. Allí uno se resarce de las fatigas del viaje. Cuando monseñor roturó la altiplanicie plantó naranjos, árboles del pan y cocoteros, todo bien ordenado. Los naranjos forman el cuadrado o patio del medio, rodeado de varios cuadrados de árboles del pan, y rematado todo por unas filas de cocoteros.

Según las costumbres del país, esas plantaciones son una señal de propiedad del terreno, equivalente a lo que sería en Francia un acta notarial, bien registrada, es decir, que se necesitaría nada menos que una revolución para desposeérnosla. La propiedad abarca toda la altiplanicie y abajo los dos valles entre los dos arroyos y por detrás toda la montaña hasta el otro lado de la isla.

Si aún se hubiera querido más terreno se habría hecho, pero monseñor pensó que esa extensión ya era suficiente. Los asuntos de terreno, que tanta importancia tienen en Europa, aquí donde los países están proporcionalmente menos poblados y cada cual se contenta con lo necesario no ocurre lo mismo. En los lugares donde se ha establecido la religión, la cuestión del terreno es muy poca cosa. Se puede obtener fácilmente cuanto se necesite.

La propiedad de esos terrenos será tan sólida como el establecimiento de la religión. Por eso cuando en Francia pregunten ¿dónde están sus establecimientos en las misiones, qué han fundado ustedes, con qué recursos las han creado? puede responder diciendo “es la religión”. Si la religión está establecida en un lugar, el misionero tiene el terreno y cuanto pueda producir el país en la

medida que lo necesite. Como en todo país del mundo, sólo está expuesto a sufrir las consecuencias de las catástrofes políticas o atmosféricas que en ciertas épocas causan destrozos.

[10] En medio de esos diversos recintos hay dos edificios, uno que sirve de morada y otro de iglesia. Fueron levantados en algunos días y no son muy brillantes. Son de madera no trabajada, con un vallado de cañas trenzadas todo alrededor y un tejado de hojas de pándano. La vivienda está en los bajos dividida en tres piezas. La del medio sirve de clase y de comedor; tiene dos mesas. Una sala sirve para el trabajo del Hº Joseph y la tercera para visitas y recreación. Encima hay un desván hecho con palos a modo de tablas. Yo ocupo una parte pequeña cerrada por una mampara de *tapa* con una escalera por fuera para bajar. El resto sirve de dormitorio para los niños. Mandé construir por separado una especie de taller para Augustin, que duerme arriba y hace sus trabajos de carpintería abajo

[11] El otro edificio, que sirve de iglesia, es más pequeño que el primero y menos sólido. Como el terreno pedregoso en el que se levanta no permitía ahondar mucho para meter los postes de madera sobre los que descansa el tejado, se inclina hacia un lado o hacia el otro según sople el viento cuando es fuerte.

Con los fortísimos vientos de este país, si no estuviera allí algún ángel protector habría caído mil veces; está rodeada como la otra por un vallado de cañas trenzadas. Pobremente construida, por dentro está bellamente adornada. En un pequeño espacio de la entrada, donde se coloca la gente de fuera cuando viene a misa, hay un confesionario de madera, después una verja de cañas para separar el espacio con bancos donde se ponen los hermanos y los niños y seguidamente el banco de comunión que separa el santuario donde se halla un bonito altar y una bella imagen de la Virgen, que trajo el P. Dubruel, situada en una peana de madera junto al altar. La verja del interior de la capilla está tapizada con *tapa* del país, igual que el fondo por encima del altar. Cañas pequeñas de la planta de algodón adornan las ventanas.

A lo largo de las paredes cuelga un vía crucis de cartón del tamaño de una mano. Encima del altar hay tres cuadros, uno grande y hermoso representando la resurrección de Nuestro Señor. Ese cuadro llegó de Roma dirigido al padre Colin, que lo envió sin abrir a Mons. Bataillon.

Lamento no conocer la dirección de los pintores que hicieron una obra tan buena para darles las gracias. Si los conoce usted

anímelos, como a los que enviaron un magnífico cuadro de la Virgen, que respira una santidad y sencillez tan grandes.

Este debía ser enviado a Tui Tonga para su iglesia. Los otros dos son pinturas en color y de buen gusto, enmarcadas en cuadros dorados, regalo, creo del Sr. Marceau para monseñor. Una representa a Nuestro Señor lavando los pies a los apóstoles y la otra al niño Jesús enseñando en el templo.

[12] Aquí es bueno que los buenos cuadros sean enseñanza y prueba a la vez de la religión porque estas gentes no tiene pruebas fuera de nosotros. No pueden leer los libros extranjeros y no ven ni escuchan a más blancos que los que no tienen religión o los que no practican la que tienen. Hace cierto tiempo un niño me contaba ingenuamente a cuántos franceses, de los muchos que habían venido a la isla, había visto practicar sinceramente la religión. Sólo tres o cuatro.

Un buen cuadro es algo valioso para ellos: una enseñanza que les llega ya hecha sin que nosotros tengamos que traducirla a su lengua. Además es un tipo de prueba que no viene de nosotros. Pero si los buenos cuadros hacen bien, los malos producen un efecto contrario.¡Cuántas malas pinturas hemos tenido que destruir! Jamás nos envíen cuadros de Francia, donde no hay fe ni piedad. Si en Francia es algo pasable, aquí es perjudicial porque hablan de una religión apagada y profanada. Envíennos más bien algunos cuadros de Italia o de Roma, donde hay hermosos Cristos en la cruz, la Anunciación, el nacimiento, la adoración de los magos… algún milagro o misterio de Nuestro Señor, presentado todo con decencia, fe y piedad, o algunos temas del antiguo testamento.

¿Por qué no podría enviarnos la santa iglesia romana alguno de los objetos de piedad en que tanto abunda, para ayudarnos y consolarnos, a nosotros hijos suyos y por ella enviados?

[13] Hablemos ahora del personal de Kolopelu. Hay dos hermanos, Joseph-Xavier y Augustin, y veintitrés personas entre hombres, jóvenes y niños de diversos lugares, la mayor parte de Wallis y Futuna y uno de Tonga, de Samoa y de Fidji. Viven con nosotros por el afecto que nos tienen y para ayudarnos y trabajar su salvación. No hay compromiso alguno por ambas partes. Algunos tienen vocación para ser más tarde sacerdotes o hermanos pero aún no lo sé. El futuro decidirá.

[14] He aquí nuestro reglamento. Por las mañanas, cuando empieza a amanecer, se dan unos toques de campana y el que preside

en el dormitorio entona el *Benedicamus Domino* y el *Ave Maria*. Media hora después se va a la iglesia para hacer la oración de la mañana y celebrar la misa. Después cada cual va a cumplir sus labores de la semana, como pueden ser sacar agua, cuidarse de los animales, ir a las plantaciones de taros para ver si están suficientemente regados, cuidarse de la cocina, etc.

A las ocho se toca para ir a clase. No van todos; solamente los que tienen capacidad para aprender. Los otros van libremente para aprender a leer y escribir, y casi todos saben hacerlo más o menos bien. Si no van, trabajan con Augustin o van a trabajar el campo. Sólo hay una docena de escolares asiduos, de los cuales seis se dedican especialmente al latín; los otros seis son niños que estudian la lección de catecismo y se ejercitan en la escritura. Entre los latinistas, sólo hay dos que empiezan a comprender algo. Hago que expliquen el Génesis y que después lo escriban traducido a su lengua.

[15] Es muy difícil que estas gentes se amolden al saber, pues al carecer de experiencia de las cosas de este mundo, sus ideas y su vocabulario son pobres. A pesar de todo no es imposible y personalmente pienso que si se pudiera hacer que algunos jóvenes se dedicaran exclusivamente al estudio sin que tuvieran que preocuparse de la alimentación, de la vivienda y el vestido, aún se lograría que alcanzasen el saber necesario para recibir las órdenes, es decir, saber entender las sagradas escrituras y las enseñanzas principales de la iglesia y de la teología en latín.

Yo creo que monseñor llegará a hacer que algunos dejen el trabajo material cuando vea en ellos unas disposiciones notables; pero ésa es una operación delicada que él solo puede hacer y en la que habrá que machacar muchas ideas oceanianas. Lo espero.

[16] Hasta ahora los escolares de Kolopelu sólo tienen dos horas de clase; y esas dos pobres horas se ven a veces interrumpidas por algún incidente imprevisto o por algunos trabajos que piden una jornada entera y la colaboración de todos. Súmese a todo ello los días libres de sábados y domingos.

A las diez toca el almuerzo y el aula se transforma en comedor. Nosotros comemos con los hermanos, al mismo tiempo y en el mismo sitio pero en mesa separada de la de los nativos. En la comida hay cosas europeas y oceanianas. Hay platos, tenedores y cucharas, pero no todos saben o piensan utilizarlos. Pero es algo

que me parece poco importante. A veces se lee el catecismo durante la comida. Hasta ahora es el único libro escrito en su lengua.

Después del almuerzo unos se toman un tiempo de recreo, otros vuelven enseguida a sus trabajos de modo que hacia el mediodía todos están en su labor.

Al mediodía de cada día nosotros vamos con los hermanos a la capilla y allí hacemos una clase espiritual sobre los deberes religiosos y el examen particular. Después reanudamos el trabajo hasta la caída del sol. Entonces se toca para el rosario, al que asisten todos, seguido de la oración de la noche y un cántico a María.

A continuación la cena y después yo doy una clase de canto. Los pequeños van pronto a acostarse. Los demás charlan, hacen *kava* o fuman la pipa. Hacia las nueve vamos con los hermanos a la capilla donde leemos el tema de nuestra meditación y después a descansar.

El sábado es día libre. No hay clases; unos se van de pesca, otros preparan los alimentos para el domingo y otros se divierten o cosen sus vestidos. Los domingos por la mañana cantamos la misa mayor, a las nueve teenmos la catequesis hasta las diez y después comemos.

A mediodía rezo del rosario, después del cual los niños van a recrearse al valle, cerca de la casa del rey de Alo, Meitala –Felipe de nombre bautismal– que juega con ellos. Su juego consiste en lanzar lo más lejos posible un palo. Aquí se divierten con ese juego como en Francia con el juego de pelota. Al atardecer se tiene la oración de la noche y luego algunas instrucciones.

Los días de fiesta solemne sólo tenemos la bendición de Smo. Sacramento; aún no somos suficientemente expertos para cantar las vísperas y además carecemos de libros. Ese es más o menos el reglamento que seguimos desde que estoy aquí. Mi método, si es que lo tengo, es ser tolerante, no acusar ni obligar, evitar las reprimendas excepto en casos especiales y cuando sea necesario. Creo que algo de eso es lo que se necesita con estas gentes y en este clima. Vendrá otro después de mí o a estar conmigo y las cosas irán mucho mejor, estoy convencido de ello.

[18] Hablaré ahora de nuestros trabajos Son de dos tipos, los quehaceres corrientes y la vivienda. Respecto a lo primero, como son propios del país no tenemos que ocuparnos mucho de ellos. Los chicos saben cómo trabajar el taro, el ñame, el plátano, etc. La tierra es buena. Se pueden obtener los alimentos sin demasiado

trabajo. Además algunos padres de los niños nos traen de vez en cuando algo.

Gracias a Dios hasta ahora no nos han faltado alimentos en Kolopelu. Si hubiera un hermano que pudiera ocuparse de la agricultura del país y con buen temperamento para tratar a los chicos, tendríamos víveres en abundancia. No tendría que enseñar a los niños a trabajar pues yo lo saben, pero les enseñaría a tener orden en el trabajo. Hasta el momento la misión ha podido proporcionar a estos chicos telas con que cubrirse. Casi todos ellos saben coser y se hacen las camisas y pantalones en momentos libres. Además cultivan campos de *tutu* que dan después a la mujeres de la vecindad para hacer la tapa. Si la misión careciera de recursos, habría que cultivar un poco más de *tutu*.

[19] Pero los trabajos de que le he hablado no son nada comparados con aquellos en los que estamos embarcados para alojarnos. Al enviarme aquí, monseñor me encargó, si era posible, construir una sólida casa de piedra al estilo de Europa, algo que pudiera ser presentable y duradero.

En realidad la casa lo necesita. Hace largo tiempo que nos alojamos en cabañas de caña. Hay que hacer una prueba, dar un ejemplo al país y transmitir algo a nuestros sucesores.

[20] La he comenzado con ganas y la terminaré si Dios me da fuerza y continúa siendo ésa la voluntad del superior. Pero le digo que es más difícil de lo imaginable hacer alguna cosa más allá de lo que un país hace bien, y estando además en una montaña cortada a pique, sin tener a mano ni piedra ni cal ni arena ni agua ni madera. Hubo que hacer primero un camino para ir a la montaña y sacar madera. Se emplearon tres semanas para cavar la tierra, arrancar los árboles y cortar las rocas.

En segundo lugar, hacer un carretón para arrastrar piezas gruesas pues somos muy pocos para arrastrar sin eso piedras grandes. Augustin cortó los árboles con los chicos. Se hicieron dos carretones, uno para la madera el otro para las piedras.

En tercer lugar hubo que hacer cal. Un joven de las islas de los Navegantes que está aquí fue nuestro maestro. Él dirigió el trabajo e hizo cal sin horno de cal, como se hace en su isla. Creo que es lo mejor que se puede hacer aquí.

En cuarto lugar, hubo que subirla a la altiplanicie porque la cal sólo se puede hacer a orillas del mar donde se encuentra el coral, y lo mismo con la arena. Subir a espaldas esos materiales era imposible ya que todos caeríamos enfermos a los pocos días con una

pendiente tan empinada que nos haría llegar agotados y sin aliento. Subirla a lomos del burro, porque tenemos uno, habría exigido ensanchar el sendero que llega hasta aquí y para ello romper las durísimas rocas por las que sube el camino. Habría exigido sacrificio y un tiempo infinito.

[21] Inventamos una maquinaria: instalar en una roca enorme, que sobresale al exterior de nuestro baluarte, un largo madero acabado en polea; después pasar por la polea una cuerda que pudiera llegar hasta abajo mediante otra atada en su extremo. Entonces hicimos unas cuerdas con cáñamo del lugar, porque aquí no se encuentra nada hecho.

Pedí a varios balleneros que me vendieran unas cuerdas, pero nadie quiso: las necesitamos nosotros, me decían.

Una vez instalada la maquinaria nos pusimos a hacerlo funcionar con un molinete. Lento y enojoso. Entonces se nos ocurrió la idea de hacer un collar para el asno y atar en él la cuerda de arriba. Fue todo un éxito. Sin apenas trabajo alguno teníamos arriba lo que queríamos. Probablemente el invento hará época en Futuna, como el de la pólvora de cañón en Europa, porque en cuanto apareció fue proclamada por todas las gacetas masculinas y femeninas de la isla como una maravilla sin par en la historia.

Para comprender ese mecanismo tan complicado sabed que el asno, yendo recto delante de él, tira de una cuerda, que pasa por una polea puesta en la punta de un madero que se asoma al borde escarpado del baluarte y hace subir una cuba de cal etc. Cuando el asno ha recorrido cien y pico pies, la cuba ya está arriba. Se coge, se vacía y el asno vuelve hacia atrás para recomenzar un nuevo viaje. Eso es todo.

Con todos esos inventos, la construcción está ya hoy a un pie de altura sobre el suelo y una buena parte del armazón ya está terminado, porque los meses malos y las lluvias continuas desde que estoy aquí han destrozado casi los trabajos.

[22] Además el Señor nos prueba con enfermedades casi continuas que alteran todas nuestra obras. Desde hace tan sólo cuatro meses que estoy aquí es ya la segunda epidemia que castiga a la casa. Normalmente son reumas muy fastidiosos y acompañados de fiebre. Últimamente hemos perdido uno de nuestros mejores muchachos, que tenía todas las cualidades y disposiciones para ser un buen hermano. Murió de una enfermedad de pecho que le vino a consecuencia de sus trabajos al comienzo del establecimiento, sumada a todos esos reumas epidémicos.

Ahora tengo otro gravemente enfermo y que me tiene muy preocupado; es indudablemente el mejor sujeto de la casa por sus conocimientos, buena conducta y entrega a la misión. Si llegamos a perderle, no sé cómo podremos quedar ante la opinión pública y la confianza de sus padres.

Aquí estas pruebas son mucho más grandes de lo que imaginan en Europa, porque estas pobres gentes que no están aún firmes en la fe no pueden comprender cómo aflige Dios a los que ama, y están llevados a sacar una conclusión del todo opuesta aunque se les diga.

Desde que estoy en la misión sólo he visto pruebas de ese género y si algo particular ha hecho la providencia a favor nuestro ha sido habitualmente una serie de pruebas terribles para la fe de los neófitos y, consiguientemente, una serie de cruces para nosotros. Pero Dios con una mano te golpea y con la otra te sostiene porque de lo contrario no se puede explicar cómo se mantiene todo aún.

Yo creo que, en el fondo y en gran parte, Dios hace todo eso a causa de nosotros porque no estamos a la altura de nuestra vocación, no somos despegados ni suficientemente indiferentes ante el buen o mal éxito de nuestro trabajo y siempre buscamos alguna satisfacción en el mundo ajeno a Dios.

[23] Y ustedes guárdense de jactarse en Francia de las misiones de la Sociedad porque nosotros lo pagaremos muy caro aquí y a ustedes no les faltarán un día mistificaciones crueles. No abandonemos jamás ni la menor parcela de la verdad, de la gracia o de la buena conducta por alguna ventaja temporal. El Señor puede hacer igualmente su obra "*in paucis vel in multis*". En efecto, que seamos muchos o no, "nada impide que el señor dé la victoria".

Bueno, nosotros construimos ahora una casa. No sabemos si el Señor nos la echará abajo con algún terremoto para que volvamos a nuestras chocitas de cañas. Si eso ocurre, hágase su voluntad. Entonces podremos cantar *nisi Dominus*... "Si el Señor no construye la casa en vano se cansan los albañiles".

[24] ¿Qué decirle ahora de nuestro pequeño grupo, del espíritu que reina en él? ¿De su futuro, de los servicios que podrá prestar un día? Yo no puedo más que alabar el comportamiento de los jóvenes que están aquí, dejando de lado algunas negligencias yciertas costumbres del país que aún quedan y que en sí mismas no son condenables pero que molestan en comunidad. Los chicos son

buenos, apegados a nosotros, buenos trabajadores especialmente cuando trabajamos con ellos, respetuosos a las palabras del sacerdote y observantes en los ejercicios de religión.

Nunca he visto querellas y disensiones entre ellos. Nunca me piden salir ni ir donde sus padres. Sin embargo no puedo decir que exista una esperanza, un lazo, una conjunción, un objetivo únicos. Hay algunos elementos de conjunción; si Dios quiere crear un cuerpo vivo y una verdadera comunidad hay que alentarlo.

Si eso no entra en los planes de Dios y al menos continúa considerando bueno que permanezcamos ahí, eso será como una especie de granja en la que siempre será más fácil alcanzar su salvación que en el mundo y donde se enseñará el latín a algunos chicos, es decir, quedará en su statu quo con algunas mejoras temporales. Si penetra la discordia, el desánimo, el tedio o se introduce algún diablo, se acabará todo y se dispersarán de un lado y de otro sin mucho esfuerzo y sin escándalo. […]

[28] Finalmente, lo que nos haría falta para ponernos a flote. Se necesitarían dos o tres maristas entendidos en marina y capaces de dirigir un pequeño barco, no tanto para ir lejos a buscarnos refuerzos cuanto para costear de isla en isla por todo el vicariato. ¿Por qué resultan ruinosos los barcos? Solamente porque son los extranjeros quienes los dirigen y sirven. Ocurriría lo mismo con sus casas de Francia si el administrador y los sirvientes fueran laicos sin religión, sin educación, con total facilidad para engañaros.

¿Cómo no admirar que la providencia nos haya ayudado tanto después de cuatro o cinco años con un barco a nuestra disposición y sin haber tenido bancarrota y estando aún perfectamente al corriente en nuestros asuntos?. Sin embargo la situación es precaria y solamente seremos algo cuando estemos en situación de tener nuestro barco propio.

La idea de una Sociedad de Oceanía "*comercial, marítima, fundada para servir a la misiones católicas, para establecer colonizaciones cristianas y para el desarrollo del comercio europeo con los países de ultramar*" surgió de los anhelos de Mons. Douarre, de su encuentro en el Havre con el armador cristiano Marziou, del deseo de Jean Claude Colin por asegurar un servicio regular de transporte católico, de la acción del P. Epalle durante su estancia en Europa y de la acción de un idealista oficial de marina, Auguste Marceau. El 20 junio 1845 se creaba la Sociedad Francesa de Oceanía. Estaba dotada de un velero de tres palos, *Arche de l'Alliance*, bendecido en Nantes el 1 agosto 1845, que partió para un periplo de cuatro años.

[31] Como le he dicho, aquí necesitamos un mercante apostólico y todo irá bien. Pequeñas comunidades maristas flotantes. En el mundo entero no se ha encontrado un marinero consagrado y apóstol. ¿Por qué, en vez de embarcarse en una sociedad comercial, no viene aquí el señor Marceau para que le nombren almirante de la misión? No, no dividan sino al contrario traten de unir para que los antiguos sirvan a los nuevos. No hagan tantos planes y combinaciones, y que el que se sienta llamado por Dios a entregarse, se entregue sin más y no venga con la cabeza llena de planes a criticar la conducta de una presunta administración que hace lo que puede y les sugiere después a ustedes las inquietudes y desconfianzas.

[32] He escrito demasiado; hay que acabar esta carta enorme. Escribo al obispo de Amata que envíe aquí los nativos que quiera. Yo trataré de instalarlos y ambientar lo mejor que pueda. Le digo incluso que si quiere disponer de la isla de Alofi, que tiene ocho leguas de perímetro y toca con Futuna, no habrá dificultad alguna de parte de los habitantes, una treintena, y que estarán encantados de tener la misa en su isla.

[33]Acuérdese, padre, de Kolopelu y dígnese rezar mucho por este pequeño centro. Si puede procurarnos un reloj grande de comunidad que sea bueno, un libro de coro, cánticos romanos y alguna biblia latina para nuestros escolares, nos haría un gran servicio. No es un encargo el que le hago porque no es ésa mi misión. Lo más esencial es orar mucho por nosotros, por nuestras misiones y para que el Señor suscite vocaciones entre los jóvenes que están en contacto con nosotros.

Con el más profundo respeto, reverendo padre, saludos de su humilde y obediente servidor,

Mathieu, misionero.

[34] Post scriptum. Escribo al padre Rocher en Sydney, para que diga a los padres de las otras misiones que están cerca de él que la casa de Kolopelu está abierta para ellos, que es un centro llamado por monseñor Bataillon "*la casa de los Maristas de Oceania"*. Que pueden venir con total seguridad y sin estar obligados a nada. Que si quieren encontrarán empleo en el vicariato central o, si no, que esperen su nombramiento en Francia si creen que deben tomar esa decisión. No estoy preocupado, pues puedo ofrecerles todos los víveres del país que necesiten.

El padre Rougeyron va a volver a Caledonia para buscar todos los jefes que quieran venir. Como algunos de los caledonianos llegados últimamente hablan pasablemente el francés, nos servirán de intérpretes al padre Gagnière y a mí en el cuidado de la pequeña colonia naciente.

893 : Tradiciones que se mantienen

1 de mayo de 1850, - Catherin Servant a Jean Claude Colin

Ntra. Sra. de los Mártires Futuna. Reverendísimo y querido padre,

[1] Ya que usted desea saber detalles sobre nuestra misión, trataré de satisfacer sus deseos recogiendo, después de enviarle las últimas cartas, aquello que pueda interesarle.

[2] El 15 julio 1849 los habitantes del distrito donde vivo me presionaron para que asistiera a un *kavausu* siguiendo la costumbre de Wallis. El *kavausu* consiste en ir de casa en casa para beber el *kava*; un grupo de jóvenes va en la marcha cantando; cuando se llega a una casa y el dueño de la misma aplaude el canto, hay que pararse. Si no aplaude, hay que seguir; para hacer más ruidosa la fiesta se hacen descargas con armas de fuego. Pero la suerte de las cosas humanas es que tras la alegría llega la tristeza y a la adversidad le sigue la prosperidad.

[3] La víspera del *kavausu* me encontraba helado de frío, después me agarró una fiebre tremenda. El P. Grézel corrió a verme y los hermanos con los jóvenes del centro vinieron a darme algunos remedios. Algunas mujeres se lamentaban por no poder entrar en mi habitación; al sacarme de la casa rectoral una mujer anciana me preguntó dónde quería ser enterrado después de morir y dónde podrían oír la misa de precepto los habitantes de Notre Dame. Mi respuesta fue una sonrisa. Muy pronto pude ir al Ermitage. Allí nos enteramos de que la parroquia de San José estaba revuelta.

[4] Nos comunicaron que los habitantes de tres distritos iban a pelearse con los de otro distrito cuyo jefe era culpable de una falta grave. La noticia me hizo marchar rápido a San José. Al llegar oí los disparos de armas de fuego realizados por algunos jóvenes que se divertían. Me adelanté y encontré a todos los ancianos troceando los cerdos asados del culpable, lo que era señal de paz. Algu-

nos días después, el culpable vino a verme con una raíz de *kava* bajo el brazo y yo le corregí en privado.

[5] En Futuna hay una antigua castigo que es como la sanción de las leyes futunianas, que pone freno a las pasiones. Hace respetar a la autoridad, la *saufono.* Se llama *saufono* a la asamblea de toda la población reunida delante de la casa del culpable. El culpable está obligado a matar sus cerdos y entregar los productos de las plantas de tubérculo para festejar a sus numerosos comensales; si se resiste, cosa tan rara que ni un ejemplo se puede citar, se quemaría su casa, se devastarían sus campos, se matarían sus cerdos y a él se le golpearía hasta herirlo y hacerle sangrar, pero sin llegar a matarlo.

Es una penalización terrible para un futuniano que en un instante vea desaparecer el producto de todos sus trabajos. Así que los parientes del culpable tienen que prestarse a preparar el copioso festín del *saufono.* Una penalización que basta para mantener el orden; pero es la única que se emplea en semejantes circunstancias; desde que se estableció la religión en Futuna ya no se había aplicado. Han comenzado a utilizarla de nuevo este año.

[6] Volvamos a nuestro tema. En aquel tiempo los futunianos pasaron una dura prueba; una prolongada sequía agostó sus campos y hablaron mucho de ese desastre. El 15 de agosto, el hermoso día de la Asunción, les prediqué de una manera ajustada a la circunstancia y les dí unas instrucciones sobre cómo rezar para obtener la lluvia; al día siguiente, gracias a la protección de María, vino la lluvia y puso fin a las ansiedades de los insulares.

[7] Pocos días después, el 20 de agosto, el punto culminante de Futuna: a unos doscientos metros sobre el nivel del mar había entre 26 y 27 grados de temperatura, pero a las cuatro de la tarde sólo había 24 grados. Entonces los habitantes de un pueblo fueron testigos de un suceso que les asustó muchísimo. Vieron las olas convertidas en fuego durante varias horas de la noche; el fuego ocupaba un área de varios arpendes[5]; lo primero en que pensaron fue en un aviso del cielo, nosotros no les dijimos que sí, pensando que podía ser un fenómeno puramente natural.

[8] En ese mismo tiempo la juventud de Notre Dame estaba divirtiéndose honestamente. Los jóvenes y las mujeres competían en

[5] Medida agraria francesa entre 42 y 51 áreas.

el arte del canto. Yo mismo les había incitado a hacerlo y se originó en ambas partes un afán grande por prepararse bien. Las mujeres se equivocaron y llegaron las risas a su costa. La caza de gaviotas era también objeto de diversión. Los jóvenes de un pueblo se afanaban por cazar gaviotas, corrían tras ellas por la orilla del mar y no pudieron matar ninguna. Se rieron mucho de su caza.

[9] Llegamos a un suceso muy serio. Un incendio. Corriendo de un lado a otro, algunos niños se dan cuenta de que el santuario de la iglesia de San José está ardiendo. Comienzan a gritar, gente corriendo para apagarlo, pero son sólo niños, mujeres y algún joven para ayudar al hermano Marie. Los hombres estaban lejos en sus tareas. A pesar de los esfuerzos no se consigue apagar el fuego. La gente corre a salvar los objetos de culto; un niño se mete dentro del fuego para sacar dos cuadros; yo me lanzo al armario de los ornamentos con un anciano y unas mujeres y logramos salvarlos; después voy a ayudar a sacar fuera el confesionario, pero mientras lo hacemos una mujer se da cuenta de que la techumbre cruje; inmediatamente me empuja para que salga rápidamente de la iglesia y yo corro con algunas mujeres que me ayudaban a arrastrar el confesionario; los crujidos de la techumbre nos acompañan, llegados a la galería yo me echo a un lado mientras la techumbre de la delantera de la iglesia se desploma. Dos mujeres aturdidas que seguían la dirección del techado quedaron cubiertas durante mucho tiempo, pero por suerte no fueron heridas de muerte.

Ya no hay remedio contra el fuego devorador. ¿Qué hacer? Solamente llorar, sollozar y lamentarse. Las llamas son apagadas por el techado que cae, viene después un humo negro y espeso que se levanta por los aires en remolino y de repente, tras un fuerte torbellino de viento, surge la llama que se eleva a una altura prodigiosa; el chasquido simultáneo del bambú que hacía de empalizada ofrece un espectáculo horroroso.

Dos de nuestras casas, que se encuentran a unos pasos de la iglesia y sobre las que se arremolinan a veces las llamas, son vaciadas en un instante de nuestros enseres por algunas mujeres y, por intervención de la providencia, cuando las llamas eran más intensas, el viento las envía fuera de nuestras casas y las salva del incendio, pero las pone sobre tres casas vecinas, que son consumidas en un instante; una de ellas pertenecía a una mujer que, por salvar los objetos de culto, había abandonado sus propios enseres, que fueron pasto de las llamas.

Ésa ha sido la suerte de la primera iglesia construida en Futuna. Se habló mucho tiempo del nefasto accidente. La juventud de San

José no tardó en componer bastantes canciones sobre este tema. Entre otras, estas palabras son dignas de señalar: el cielo lo ha decidido, sin duda para castigar nuestros pecados.

[10] El domingo siguiente, terminada la misa se reunieron en consejo todos los ancianos de San José pidiéndome que estuviera yo con ellos para deliberar sobre el modo de construir otra iglesia y qué medios habría que emplear para lograrlo. Se me pidió demoler la capilla de Tuatafa y emplear los restos en la nueva construcción. Accedí encantado. Poco después se hicieron los preparativos para la construcción de una nueva iglesia.

[11] El 16 noviembre 1849 los habitantes de San José comenzaron la construcción de su iglesia. Reunidos en torno a la primera columna, hicieron todos la señal de la cruz antes de hincarla en tierra. En esto se supo que en la parroquia de Notre Dame decían que la gente de San José había cortado unas columnas demasiado pesadas del *poutea* –árbol del que sacaban los futunianos las columnas de sus casas– y que sin su ayuda no podrían levantarlas. Esas palabras picaron a los habitantes de San José y primero quisieron hacer los trabajos pesados, después invitaron a la gente de Notre Dame al festín adecuado a tales circunstancias.

[12] El 12 de diciembre tuvimos la bendición de la nueva iglesia seguida de un tiroteo de fusiles como expresión de regocijo. Tuvimos también la ceremonia de la instalación del vía crucis y acabada la ceremonia no fue menor nuestra alegría y sorpresa al encontrar a los padres Mathieu provicario y Dubreuil visitador.

[13] El 21 diciembre leva anclas la goleta *Étoile du matin* y se lleva a los PP. Dubreuil y Palazy; el P. Mathieu se queda en Futuna para dirigir provisionalmente el Ermitage, y el P. Grézel se encarga de la parroquia San José; yo, que desde hacía dos años estuve obligado a ocuparme de las dos parroquias de Futuna, me quedé en Notre Dame, un lugar querido por haber sido regado con la sangre del reverendo padre Chanel.

[14] Y henos aquí, en el precioso día de Navidad. Estamos edificados por el ardor que manifiestan nuestros neófitos acercándose a los sacramentos; en la parroquia de Notre Dame hay unas doscientas comuniones, y en la de San José también es grande la afluencia a las comuniones. La iluminación de la noche y la felicitación del día siguiente fue algo bello para nuestros futunianos.

[15] Poco después tuvimos una ceremonia conmovedora: veinticuatro niños se acercaron por primera vez a la sagrada mesa. Y algún tiempo después quisieron quedarse para acabar la instrucción que habían comenzado.

[17] Pocos días después tuvimos por primera vez una conferencia eclesiástica, instrucción importantísima que contribuye de modo singular al mantenimiento de la ciencia eclesiástica.

[18] El día después de la conferencia, un joven de Wallis que había tenido siempre un comportamiento edificante se encontró en los brazos de la muerte. Fue la muerte de un justo; era uno de los primeros miembros de esta comunidad naciente, y era también el primer difunto enterrado en la montaña del Ermitage. Las exequias se celebraron con toda la solemnidad posible; varios de sus compañeros envidiaban su paso de la temporalidad a la eternidad.

Pero a esa muerte le siguió otra que originó un sentimiento de horror y que asustó a los insulares: un joven del partido vencedor había salido hacía tiempo de su pueblo para quedarse en la parte occidental de Futuna, habitada por el partido vencido, donde algunos jóvenes habían comenzado a relajarse

Ese joven en concreto era una ocasión de escándalo: sus compañeros de diversión eran más reservados que él; de vez en cuando le corregían pero él no hacía ningún caso; al revés, muy a menudo y sobre todo la víspera de su muerte se volvió más desvergonzado. Se dice que estando en un lugar apartado, a orillas del mar, varios de sus amigos le propusieron hacer con ellos la oración de la mañana; y no hizo mas que burlarse de ello.

En estas, coge su red y se va a echarla entre los arrecifes, en un lugar de mar serena y sin olas. Pero, cosa extraña, al ir hacia la red se encuentra con las dos piernas agarradas por un pez y con la corriente que le arrastra por el mar.

La noticia corre pronto por toda Futuna. Sólo se habla de ese triste suceso; se despiertan las antiguas rivalidades; algunos del partido vencedor sospechan que el otro partido es culpable del homicidio. Pero la mayor parte piensa que hay que esperar a tener más información de las circunstancias de la muerte.

Finalmente, tras muchas deliberaciones, quedan convencidos de que esa muerte ha sido un puro accidente. Gracias a Dios, dicha muerte inspiró un saludable temor en algunos jóvenes que habían comenzado a relajarse respecto a la práctica de las obligaciones

del cristianismo; se dieron prisa para acudir al tribunal de la penitencia. En una entrevista que mantuve con ellos me comunicaron sus disposiciones, el pavor que habían sentido y la decisión que habían tomado de ser fieles, a partir de ese momento, a la práctica de sus obligaciones.

[19] Poco después de ese accidente, otro suceso serio. El 7 de abril, un joven que se había resistido a la gracia de la salvación, fue reconocido culpable de haber seducido a una joven. Los ancianos deciden que los pueblos de los culpables sean los encargados de corregir. Se hace así con la intención de prevenir el tumulto que podría ocasionar la reunión de toda la gente de la parroquia de Notre Dame. Pero los jóvenes de un pueblecito, mal dirigidos por uno o dos ancianos, irritados por el ultraje hecho a una joven del pueblo, cogen las armas; prenden fuego a la casa del padre de la joven y después van a hacer lo mismo con la casa del culpable.

El hermano de la joven deshonrada se precipita sobre el tejado de la casa para prender fuego con la carga de su fusil a las hojas de pándano que lo cubren; pero una mujer que quiere impedir el incendio coge el fusil y sin saberlo apunta hacia el lado en que estaban agrupadas algunas personas; la descarga roza ligeramente el brazo de un joven y golpea la cabeza de una joven pariente del culpable; la chica había ido a decir a los jóvenes que habían llegado armados: ¿así interpretáis la religión? Contentaos con quemar la casa.

La joven se desploma pero conserva el conocimiento durante unos diez minutos. Le preguntan si piensa en Dios y en la muerte y hace un gesto afirmativo; le preguntan también si quiere que me llamen, y vuelve a responder con un gesto afirmativo, pero cuando llegué la encontré muerta.

Esta muerte provoca la ira de sus parientes; cogen las armas; me avisan. Yo corro para detener tanto a los que querían pelearse con el pueblo que había sido el causante involuntaria del homicidio como a los que querían atacar al culpable; ya habían incendiado cuatro casas del pueblo del joven, autor involuntario del homicidio, y habían devastado sus campos de plátanos. Los habitantes del pueblo, viendo que eran menos que los asaltantes, emprendieron la huida a las montañas; pero durante la noche, con el poder del refuerzo de otros dos pueblos, esperaron firmes al enemigo.

Se creía que la paz ya se restablecería, pero el momento no había llegado. Al día siguiente se quemó la casa del culpable; su hermano encontró a la pescadora que se había ocultado en el bos-

que, y para vengar la muerte de su pariente le dio varios golpes en la cabeza con una pala. La joven cayó en tierra; él la creyó muerta, aunque no lo estaba; fue a presentarse ante la asamblea de los ancianos y declaró lo que acababa de hacer.

Y ahí está de nuevo todo el partido vencedor; los ánimos se calientan; un anciano totalmente original propone la guerra; se rechaza su propuesta menospreciándola; los jóvenes concuerdan en decir que si se llega a la guerra, para ellos la religión queda comprometida al igual que su vida. El rey Philippe y los ancianos defienden la paz y se contentan con que se maten algunos cerdos pertenecientes a los culpables y uno o dos ancianos que no detuvieron a algunos jóvenes que crearon el disturbio.

Poco después se hizo la reconciliación conforme al antiguo ceremonial futuniano. La gente del pueblo que había causado involuntariamente el homicidio enviaron al padre de la difunta muchos presentes: siapo, *tapas* de papiro, alfombras; le enviaron también unos corderos asados y víveres cocidos. Finalmente se presentaron ellos mismos delante de la casa del padre de la difunta con actitud suplicante, es decir, en cuclillas, con la cabeza inclinada hacia el suelo y en silencio.

Esta manera de pedir perdón recibe el nombre de *Papini*. Los de la casa les invitaron a entrar y a beber con ellos el *kava*; así que entraron y declararon que la muerte de la joven había llegado por accidente. Pocos días después vi sucesivamente a los dos pecadores y les exhorté a cambiar de conducta; ellos me lo prometieron.

[20] Reverendísimo padre superior, al hablar de algunos rasgos de debilidad, mi intención no es la de comprometer a la masa del pueblo futuniano; los diversos y pocos abusos que presento se deben solamente a un pequeño número de individuos. No hay que extrañarse de que un pueblo que sale del paganismo deje escapar alguna señal de sus antiguas costumbres; hay que extrañarse más bien de que no se den más abusos y de que el pueblo haya experimentado un cambio tan notable en tan poco tiempo. Quiera el cielo bendecirlo cada vez más y mantenerlo siempre en la fe y en la práctica de las obligaciones cristianas.

[25] Reverendísimo padre, soy y seré siempre su humilde, obediente y afecto servidor en los sagrados corazones de Jesús y de María.

Aloysius Catherin Servant, misionero apostólico.

967 :Un poco de tabaco, por favor

En francés se mantiene la ortografía original de la carta.

8 diciembre 1850. – Hº Joseph Muraour a Jean Claude Colin.

Wallis, reverendo padre.

[1] Respondo a la carta que se dignó escribirme con la del reverendo padre Eimart. Le doy las gracias delante de la Sma. Virgen María nuestra madre. No tengo nada particular que escribirle. Le escribo por ser fiel a la promesa que le hice antes de salir de Francia. Y de paso me obligo a enviarle algunas palabras.

[2] Continúo estando con el P. Junillon a quien estimo mucho. No se disguste si le ha escrito que algunas veces le he hecho enfadar; usted sabe que mi corazón está lejos de molestar a nadie. Tengo mis pequeños defectos que no querría tener. Tengo que soportarlos hasta el fin. Lo pido todos los días a Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo y la intercesión de la Sma. Virgen María, nuestra madre.

[3] En este momento estamos haciendo una plantación en un bosque que lleva quizás cincuenta años sin ser roturado. Lo he hecho con unos nativos que me ayudan a plantar esta vasta extensión de terreno, que tiene doscientos pasos de longitud y ciento cincuenta de anchura. En un país tropical y con el sol cayendo sobre nuestra cabezas tengo que quemar todo eso. Le aseguro que tengo mucho calor. Estoy siempre bebiendo coco y sobre todo *kava* en gran cantidad porque si no es imposible hacer nada. Muy a menudo, para que marche bien me falta tabaco de fumar, que ha remplazado al tabaco rapé. No puedo privarme de fumar para no perder la cabeza por las contrariedades o las migrañas tan frecuentes.

[4] Cuando se presente la ocasión de la partida de misioneros, tenga la bondad de enviarme tabaco francés para fumar. Déme esa complacencia, por favor.

[5] Le comunico que monseñor ha estado muy enfermo. Se trata de la *tonne* del país, la viruela de estas islas. Hace sufrir más que la de Francia.

[6] Yo me encuentro bastante bien en este país. Estoy contento aquí, sobre todo cuando tengo hierro y carbón para hacer resonar por toda la isla el sonido del yunque, tan grato a mis oídos.

[6] Acabo la carta diciéndole, reverendo padre, que desearía verlo.

[7] Un abrazo cordial en los Sagrados Corazones de Jesús, María y José, de su humilde servidor, Muraour, Jean Joseph, hermano inútil.

990 : La barba del señor obispo

24 febrero 1851. Jean Louis Rocher a Víctor Poupinel

Sydney, Reverendo padre.

[5] Las cartas que he recibido de Wallis y Futuna no me dan ninguna noticia, sólo las listas de las comisiones. En las nuevas noticias que me han llegado he leído que Mons. Bataillon estaba ya libre de la *tonne*, una enfermedad de las islas muy parecida a la viruela leve. Como su cara estaba llena de granos, Su Excelencia no pudo afeitarse durante casi un año. Una larga barba le cubría el pecho. Al pasar un día delante de un espejo quedó tan sorprendido de lo bien que le caía que pensó no cortársela ya.

Sin embargo, como en cuestiones de belleza personal es fácil caer en la ilusión, monseñor quiso consultarlo. La respuesta completamente a favor de la barba consolidó la decisión, que ya había tomado antes, de llevarla. No tardó en extenderse la moda y todos los misioneros, deseosos de dejar de lado las cuchillas que les desollaban la cara, imitaron enseguida a monseñor. Ahora todos llevan barba como los capuchinos.

[13] Adiós, reverendo padre; recuérdeme siempre en sus santos sacrificios.

Su muy humilde y obediente servidor,
Rocher, sacerdote marista.

1030 : Músicas celestiales

30 junio 1851. – Joseph Mériais a Jean Claude Colin

Reverendísimo padre.

[1] El señor obispo de Enos acaba de dejar Wallis el pasado día 27 para realizar la visita de las misiones de su vicariato y establecerse definitivamente en Fidji o en Samoa. Es un grito de socorro el que le dirijo en cuanto he tenido libertad. Creo que será escuchado. Su Excelencia no hace caso alguno a las reclamaciones que hemos estado haciéndole unos y otros de común acuerdo; nos ha colmado de promesas pero no sabemos si juzgará oportuno cumplirlas.

El padre Mondon le ha pedido por favor un compañero, se lo ha negado; yo le he pedido dos colaboradores sin los cuales, antes o después, habrá que abandonar el colegio; me ha dicho que la petición era razonable y que por consiguiente me invitaba a unirme a él para manifestarle a usted la necesidad de dos personas más en su vicariato.

Desde hace dieciocho meses no tenemos ningún alimento europeo, carecemos de medios de cambio, y con sólo dos mil francos que acaba de dejarnos para atender indefinidamente nuestras necesidades. Nuestras casas necesitan ser reconstruidas, no tenemos una iglesia digna de la divina majestad que la habita día y noche. Querría decirle todo, pero no hay tiempo para ello. Pídale a María poder leer en nuestro corazón y allí verá la amargura, diría incluso el fastidio, causado por el dolor de haber sido engañado.

Pero no es del todo cierto; llevamos cruces pesadas, pero prometimos a María cargar con ellas, a no ser que alguien nos ayude a llevarlas, y ahora tengo una que me aplasta. El P. Mondon no la conoce aún.

El reverendo padre Junillon acaba de caer gravemente enfermo en la noche del 29 al 30 y cuando le escribo ya está administrado.

Postrados a los pies de María le pedimos todos su curación; tengo mucha esperanza. No sé cómo anunciarle esta noticia, no tengo tiempo para decirle lo que sería importante que conociera. Dentro de unas horas parte un pequeño velero de cabotaje que está hoy en nuestra rada. Apenas si hay tiempo para que mi carta sea llevada con rapidez al puerto, y después quedaremos mucho tiempo como anteriormente, sin ver un barco.

[2] Envíenos un hombre importante de la Sociedad para visitarnos y organizarnos, ése es el grito de mi alma; de lo contrario tenga el temor de saber pronto noticias fastidiosas. Si ese hombre deseado viene, hágalo provisto de todos los poderes. Póngase también de acuerdo con Roma que pide superiores eclesiásticos para los archipiélagos de Fidji, Tonga y Samoa. Las necesidades del pueblo y de los misioneros lo exigen.

[3] En cuanto al centro del Inmaculado Corazón del que estoy encargado le puedo decir que marcharía si se quisiera. De momento tenemos veintisiete niños que te tienden la mano y te piden pan, "y los niños piden pan pero nadie lo ofrece"; precisa de dos sacerdotes más y seiscientos francos de comida extranjera para que la casa pueda darle grandes esperanzas. Pero si usted no se hace cargo de que marche la cosa, se puede temer que yo no pueda soportar mucho tiempo un peso que me agobia. Actualmente la casa goza de buena reputación en la isla.

El rey y el jefe Emmanuel Tuugahala han llevado allí sus hijos. Ahora tienen buen espíritu. Son piadosos y la buena señorita Perroton me decía hoy que sus buenos modales en la procesión del Smo. Sacramento le habían hecho derramar lágrimas. Teniendo en cuenta el poco tiempo que dedican a la enseñanza, hacen progresos. Se puede decir que casi toda la jornada está consagrada a buscar nuestros medios de subsistencia. Me encuentro inquieto por no haber recibido respuesta a la primera carta que le escribimos todos y a las peticiones que le hacíamos. Pobre escuela la que hace todos los días un mal maestro sin libros, sin tinta, sin papel, sin plumas, etc. Que Dios me ayude a tener paciencia. Esperamos de un día a otro nuestra goleta, que puede ser nos traiga lo que estamos esperando desde hace largo tiempo, a saber los ánimos venidos de su boca.

[4] Me pongo a sus pies, reverendísimo padre, rogándole que me dé su bendición y me considere siempre como un hijo entregado a la Sociedad de María. Joseph Mériais, Societatis Mariae.

[5] Post scriptum. El P. Mondon le escribe. Los hermanos van pasablemente. Sería beneficioso devolver a la señorita Perroton, si es que no se puede adjuntarle algunas personas. Nos presta grandes servicios pero se cansa de estar sola. Soy testigo de sus penas y admiro su valor.

1042 : Carta de Motesito y Tavino

16 agosto 1851. – Motesito y Tavino a Jean Claude Colin

Los niños del colegio de Kolopelu (Futuna) al Rvdmo. P. Colin.

[1] Esta es la carta de agradecimiento que te escriben a ti, padre Colin, todos los niños del colegio de Futuna; nuestro amor a ti, padre Colin, es grande, al igual que nuestro agradecimiento porque piensas en nosotros, pobres niños que no tienen nada; y nosotros te decimos que nos ha llegado la prueba de tu amistad y que no tenemos nada para agradecer tu amor hacia nosotros, porque nuestro país es pobre. Todo lo que podemos hacer para testimoniarte nuestro agradecimiento es rezar por ti el rosario.

Te damos también muchas gracias por habernos enviado unos sacerdotes que nos han dado a conocer el amor de Dios a nosotros; eso nos llena de alegría y nos inspira el más profundo agradecimiento hacia ti, muy querido padre Colin. Pero aún tenemos que hacerte una súplica, padre Colin: envíanos aún algunos sacerdotes, porque no tenemos aún suficientes misioneros; te pedimos también que nos envíes algunos libros latinos, graduales y de vísperas, y algunas gramáticas y algún diccionario francés, y cruces y rosarios y medallas e imágenes de María.

[2] Ahí están todo el agradecimiento y todas las peticiones que te dirigimos, y reza por nosotros y por los trabajos que nos hacen alcanzar la felicidad.

Día 16 agosto 1851 – Kolopelu Futuna, Modeste y Davin. Jesús, María y José.

[3] Ko te tohi ofa eni Amadou Tamaliki fuape o Futuna mai te kolesio, kia te koe père Colin, siomatou o famamahi atu kia te koe aloa, mo siamatou fake-

fetai atu kia te koe i siau manatu mai kia matou, ko sii kau tamaliki masiva, pea e matou tala atu kua tatae mai siou ofa kia matou pea e moke hina mea e totogi aki aty sioy ofa, he ko siomatou atu Genua-nei e maliva; kako siomatou ofape e fai atu, ko tamotou laupe nai Losolio moou hufaki, pea e matou fakafetai lahi kia te koe i tau tukaki mai te kau Plepitelo, kua matou iloi ai te ofa ote Atua, pia kua matou fiafia ai, mo fakaketai lahi kia te koa aloa Père Colin: pea ko siamotou kole atu aloa Père Colin keke toe fakamomoli mai Loki moni Pelipitelo kia matou, he kei matou masiva mo Matua-tapu; peaematou kole atu Loki, he au mai ni tohi fakalatina, te graduel mote vesperal mote gramaire mote Distionere françai, moni koluse moui Losalio moni Malia, kote Matape ia o siomatou kole e fai atu, pea ke hafaki mai matou mosiamatou guae he manuia

Aho 16 aukusito 1851. Kolopelu, Futuna, Motesito, Tavino.

1317 : Soledad y tentación

18 diciembre 1853. – Hippolyte Mondon a Jean Claude Colin

Wallis, reverendísimo padre.

[1] Aprovecho una goleta de Tahití que nos trae al reverendo padre Bernard, y no precisamente para darle noticias de Wallis pues escribí a su paternidad hace más de un mes aprovechando un barco que iba a California, sino para hablarle de mi situación y de las penas que sufro por estar siempre solo. En mi última carta le decía, reverendo padre, que esperaba una respuesta de monseñor y que si Su Excelencia no cumplía las promesas que me había hecho en su última visita, se lo diría a usted porque tengo necesidad, necesidad absoluta de no quedar solo.

[2] Llega el reverendo padre Bernard pero no para quedar conmigo. Va a estar con el bueno y excelente padre Junillon, cuya salud está muy alterada en este momento. Es muy justo que venga primero en ayuda de los que están mal. Pero eso no impide que yo me encuentre a dos largas leguas de la residencia del padre y solo como un ermitaño.

[3] No me esperaba esto al entrar en la Sociedad, pues yo la había escogido porque me aseguraba que jamás estaría solo en las misiones. Y en cambio aquí estoy, en el séptimo año ya, siempre

solo y en el mismo lugar. Le aseguro reverendo padre que esta situación, que yo no he ocasionado para nada, comienza a cansarme de manera singular, y tengo que decirle que solamente la obediencia y el amor inmenso que, así lo creo, profeso a nuestra muy querida Sociedad pueden mantenerme en el puesto tan difícil en que se me ha colocado.

[4] Me veo asaltado día y noche por tentaciones horribles; están originadas en gran parte por la desnudez casi total de los walisianos, desnudez que mantienen a pesar de las enseñanzas que sobre este punto se les han dado y se les dan siempre. No quiero decir con ello que hayan venido a atacarme. Por supuesto que no. Pero usted conoce mejor que yo la pobreza del corazón humano.

Otra causa de mi tormento es la atención médica que presto, muy a pesar mío ciertamente pues no tengo conocimiento alguno. Querría verme liberado de ello pero estas gentes, aunque no tengan gran confianza en nuestros remedios, son tan impertinentes que no sé cómo librarme. Si añade a todo eso las dificultades que se experimentan en el ministerio con estas gentes a las que no se les puede decir una palabra sin que se repita por toda la isla, podrá formarse una pequeña idea de las penas que sufro.

[5] Reverendísimo padre, no he sentido algo de alivio hasta que tomé la resolución firme de levantarme siempre muy de mañana para hacer mis ejercicios de piedad, rezar todos los días el rosario completo y hacer el vía crucis mañana y tarde. Desde el Viernes Santo creo que no he fallado más que tres o cuatro veces porque no pude hacerlo. Sólo he pedido y pido una cosa a nuestro divino maestro: que no permita que caiga en la desgracia del pecado y que me sostenga en todas las dificultades. Me parece que si tuviera un compañero habría muchas cosas sobre las que se podría hablar; sobre todo, lo relacionado con el modo de comportarse con los nativos, y así liberarse de muchas inquietudes.

[6] Qué hacer ahora, reverendo padre, para mantener la conciencia segura. Lo único que veo es que en Wallis vivamos en comunidad. Pero cómo apartarse, aunque sea un poco, de gente que por la más leve indisposición viene a buscarte de día o de noche. Reunirme con el padre Junillon es exponerme a pasar más de la mitad del tiempo en caminatas inútiles. Y además el padre no tiene una vivienda habitable. Eso solo se podría hacer cuando la casa que construye esté acabada. Reverendo padre, como no sé qué hacer recurro a su paternidad y le ruego que, teniendo en

cuenta la salvación del más pequeño de sus hijos, me diga algo al respecto. Me libraría de apuros y tendría la alegría de poder obedecerle en todo lo que me mandara.

[7] Me encomiendo, reverendo padre, a sus fervientes oraciones y le ruego acepte los afectuosos sentimientos del último pero más sumiso de sus hijos.

Hippolyte Mondon, misionero apostólico Societatis Mariae.

1365 : Sentimiento de abandono

Tomándose algunas libertades respecto a la decisión del Superior General a favor de la vida comunitaria, Mons. Bataillon no duda en dejar solos a algunos padres para poder crear un número mayor de estaciones. Entonces Jean Claude Colin deja de enviarle nuevos misioneros y opta por apoyar a la misión de Nueva Caledonia, confiada a Mons. Douarre.

28 noviembre 1854. – Laurent Dezest a Jean Claude Colin

Futuna, reverendísimo padre,

[1] Con el corazón afligido y con gran dolor me atrevo a escribirle esta carta, un dolor que es compartido por mis compañeros de Futuna, Wallis, etc. Continuamente nos estamos preguntando cuál es el tipo de relación que mantenemos con nuestra querida Sociedad de María. ¿Nos ha arrojado de su seno como miembros indignos, dañinos? Porque ¿qué significa el abandono en que nos deja? Sin cartas, sin comunicaciones, sin avisos de nuestros buenos superiores de Francia, sin una simple tarjeta de nuestros queridos compañeros, sin señal alguna de vida de esta Sociedad a la que nos hemos consagrado por completo en la profesión religiosa.

Relegados a estas islas lejanas, donde hemos desembarcado por celo de la gloria de Dios y por obediencia a nuestro reverendísimo padre superior general, somos presa de la horrible perplejidad de pensar que quizás somos objeto de tribulación y de peligro para nuestra querida Sociedad, que quizá se ve obligada a abandonarnos. ¡Cruel pensamiento. Morir en este país en medio de tantos peligros y quizá no morir como maristas!

Si solicité con tanta insistencia entrar en la Sociedad de María es porque deseaba asegurar más el tema de mi salvación y de mi perfección; y al aceptar el ministerio apostólico que usted se dignó confiarme conforme a mis ardientes deseos, tenía la convicción de que continuaría siendo marista, sometido a mis superiores en cuyas manos emití los votos religiosos. Si hubiera pensado que no sería así, le habría rogado que me dejara en Europa, porque mi mayor consuelo en este mundo es vivir según el espíritu de la Sociedad de María, que es lo que más amo en este mundo después de Dios.

[2] Así pues, reverendísimo padre, hoy vengo a pedirle, a conjurarle, en cierto modo a sermonearle, en nombre de esa misma Sociedad a la que se dignó agregarme, que me diga si soy o no su hijo, su religioso, aún estando en la Oceanía central, donde ignorándolo o contra mi voluntad he pasado de la autoridad de un superior general a otra que usted ha designado y elegido en nuestra Sociedad.

En el primer caso no tengo ninguna dificultad en permanecer en Oceanía e incluso morir aquí como vengo deseando desde hace tantos años. En el segundo, le pediría que me envíe a cualquier otro lugar donde pueda vivir y morir en la Sociedad de María a la que amo con toda la ternura de mi corazón.

[3] Cuando Mons. Bataillon vino a visitarnos le rogamos encarecidamente que nos explicara el silencio absoluto de nuestros superiores y compañeros de Europa. Su Excelencia creía encontrar la razón en ciertos decretos de Roma, que deben contrariarle de manera particular y que a nosotros nos dejan en la mayor perplejidad pues son opuestos en parte a las ideas que determinaron nuestra marcha gozosa a las misiones extranjeras, porque si yo hubiera conocido en Francia esos decretos y sobre todo el valor que se los da allí, jamás me habría decidido a alejarme de los lugares en los que la Sociedad vive ciertamente su espíritu y constituciones. Y no soy yo solo quien tiene este sentimiento.

[4] Hace cinco años que estoy en Oceanía y no he visto ni un Visitador en nombre de la Sociedad. ¿Quién es, pues, el que representa total o parcialmente la autoridad de nuestro reverendo padre superior general? El sacerdote Grézel, que desea morir en la Sociedad de María a la que está unido por el voto de obediencia, no sabe a quién dirigirse para pedir la profesión si es que se le juzga digno. Le ruega que le diga si usted le considera apto para

entrar en la Sociedad, y en tal caso a qué misionero delegaría usted para recibir sus votos.

[5] Reverendísimo padre, termino recordándole las palabras de ánimo que tuvo la bondad de escribirnos cuando estábamos a punto de abandonar Francia. No olviden, nos decía en la carta del 4 de julio de 1849, no olviden la Sociedad a la que pertenecen; por ella bendecirá el Señor sus trabajos como por ella les llama a la vida apostólica; mantengan su espíritu, sus prácticas; hónrenla en todo lugar con la modestia, la prudencia y el conjunto de su comportamiento. Ustedes se separan de sus compañeros de Europa para unirse en Oceanía a otros compañeros de la misma Sociedad, y esa Sociedad les atenderá siempre con su solicitud, la ternura de su caridad y con sus buenos deseos y oración.

[6] Hace mucho tiempo que nos preguntamos por qué unas palabras tan consoladoras no tienen efecto. Si somos nosotros la causa, díganoslo para que podamos corregirnos. Si no ha dejado de ser nuestro padre, apresúrese a sacarnos de nuestra gran aflicción. Sus sentimientos serán siempre los nuestros, nosotros nos alegraremos de ser sus hijos más fieles. Allí por donde ha pasado el señor obispo de Enos, por Samoa, Wallis, Futuna, sus misioneros le han pedido con insistencia que vaya a Francia a ponerse de acuerdo con la Sociedad y para que así Su Excelencia tenga la misma intención que usted.

[7] Estamos muy afligidos al ver el disentimiento existente y percibir que no están apenados hasta el fondo del alma por las consecuencias nefastas que pueden llegar más tarde a las misiones que nos están confiadas. Pobres oceanianos, ¡un día habría que dejaros expuestos al furor de los lobos que os arrebatarían muy pronto vuestra fe y vuestra salvación y os dejarían hundidos en los desmanes de la idolatría!

[8] Reverendísimo padre, dígnese aceptar la expresión de mis respetuosos sentimientos, con los que tengo el honor de ser su humilde y obediente servidor en los sagrados corazones de Jesús y María, Laurent Dezest, Societatis Mariae.

Wallis y Futuna son el gran bastión del catolicismo en Oceanía, sin competencia protestante. Monseñor Bataillon, que no es un hombre para

contentarse con eso, se propone establecer misiones en los archipiélagos de Tonga, Fidji y Samoa.

Los archipiélagos polinesios

Tonga : libertad de culto para los católicos

1843 – 1855

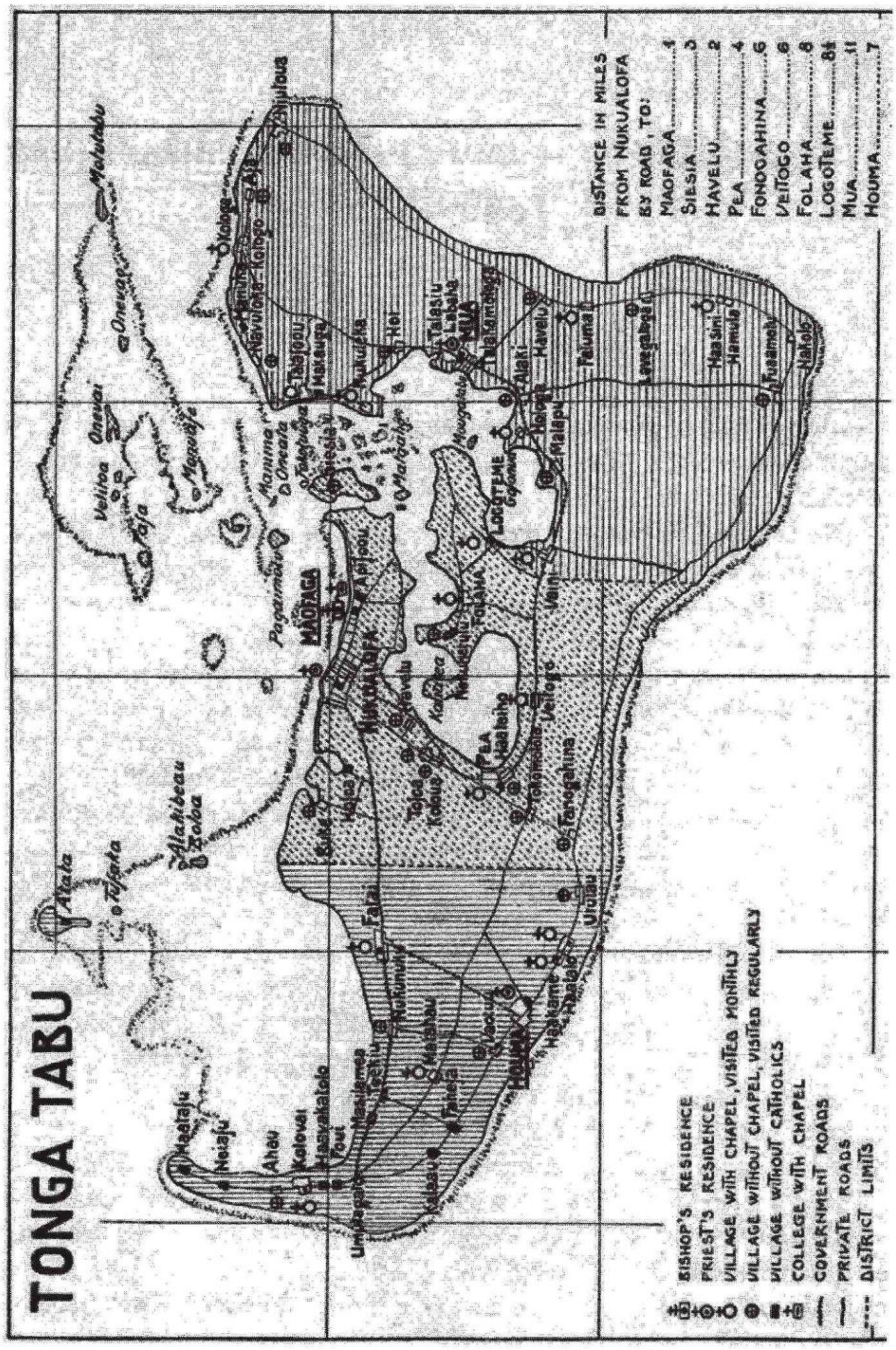
En 1797 llega a Tonga la *London Missionary Society*, pero su trabajo queda sin efecto. En 1826 unos catequistas tahitianos lo intentan de nuevo pero sin mucho éxito.

En 1822 toman el relevo los metodistas enviando de nuevo a Walter Lawry, pero sus esfuerzos son también estériles. Al fin, sus correligionarios Nathaniel Turner y William Cross, llegados en 1827, tienen algún éxito en Nuku'alofa, isla Tongatapu, bajo la protección de Aleamotu'a, el Tu'i (*señor*) de Kanokupolu, que fue bautizado en 1830 por Turner. Taufa'ahau, hijo de su sobrino, y señor de Ha'apai, admitió al misionero indígena Pita Vi y en 1830 a John Thomas; casi toda la gente de Ha'apai se hizo pronto cristiana de la iglesia metodista. En 1831 Finau 'Ulukalala Tuapasi, señor de Vava'u, abrazó la fe de los metodistas y los habitantes de Vava'u siguieron su ejemplo; antes de morir, dos años más tarde, nombró sucesor suyo a Taufa'ahau soberano de Vava'u.

Así pues en 1838 los metodistas triunfan en las islas del centro y del norte, mas en la isla Tongatapu unos jefes paganos resisten al poder político de Aleamotu'a y a la religión metodista. Al morir éste, es elegido sucesor suyo Taufa'ahau, que poco después se proclama rey de Tonga con el nombre de George Tubou I.

Apoyado por el metodista John Thomas, Taufa'ahau practica la "evangelización por las armas" para imponer su dominio político y religioso.

Se comprende así que monseñor Pompallier rechace en 1837 toda instalación de misioneros católicos. La vuelta al archipiélago de algunos tongianos convertidos al catolicismo en Wallis permite pensar en una nueva tentativa. Pompallier, Chevron y el hermano Attale entran en la rada de Tongatapu el 1 de julio; Chevron dice su primera misa en Tonga el día 2 y el 12 el padre Chevron y el hermano Attale quedan definitivamente en Pea.


TONGA TABU
BISHOP'S RESIDENCE
PRIEST'S RESIDENCE
VILLAGE WITH CHAPEL, VISITED MONTHLY
VILLAGE WITHOUT CHAPEL, VISITED REGULARLY
VILLAGE WITHOUT CATHOLICS
COLLEGE WITH CHAPEL
GOVERNMENT ROADS
PRIVATE ROADS
DISTRICT LIMITS
DISTANCE IN MILES FROM NUKUALOFA BY ROAD, TO:
MAOFAGA 1
SIESIA 3
HAVELU 2
PEA 4
FONOGAHINA 6
VEITOGO 6
FOLAHA 8
LOGOTEME 8½
MUA 11
HOUMA 7
NUKUALOFA
MAOFAGA
MUA
HOUMA
LOGOTEME
FOLAHA
PEA
Atata
Alakibeau
Velitoa
Onevai
Molutabu
Pagamotu
Haatafu
Ahau
Kolovai
Fatai
Nukunuku
Kolonga
Niutoua
Talasiu
Fuaamotu
Hakolo

261 : El archipiélago de Tonga

24-25 junio 1843. – Joseph Chevron a su familia

Tonga, a mi madre, hermanos y hermanas, parientes y amigos, saludos, bendición y felicidad.

[2] En Europa tienen unas ideas muy falsas de estos archipiélagos. Se imaginan que aquí todo es extraordinario. Los hombres de aquí sólo difieren de los europeos en el color. Y en varias islas, por ejemplo en Tonga, muchos nativos, sobre todo entre las mujeres, no tienen un color más cobrizo que los que trabajan habitualmente al sol en Francia; sus rasgos de cara son totalmente semejantes a los de los europeos. En general las mujeres tienen una gordura que parecería algo exagerada en Francia. Parece como si la providencia hubiera querido suplir así los vestidos y ocultar lo que tiene de desagradable a la vista un cuerpo flaco.

Generalmente los niños de bella figura lucen hasta los doce años una tonsura hecha a navaja o con un diente de tiburón. Es un triángulo que tiene su base encima de la frente y el vértice en la parte inferior de detrás de la cabeza. Por los lados cuelga un mechón bien rizado que les da un aire muy gracioso. Las mujeres y los hombres llevan el pelo cortado a lo Titus[6]. Los niños nacen tan blancos como en Europa. Los hombres van tatuados de la rodilla hasta el medio del vientre; ese tatuaje es para ellos la huella de una fiesta.

[3] Creo que estos pueblos no merecen el nombre de salvajes que se les da. Poseen una civilización mayor que la gente de Francia que no han recibido educación. Se encuentran y ofrecen su amistad: *tsi oto ofa*, mi amistad. Si llevan algo que puedan dar, como *kava* o frutos, el no ofrecerlos significaría una gran descortesía; si no tienen nada que ofrecer, piden mil excusas; los inferiores se echan en tierra para hablar con sus superiores.

Si vais a una casa, primero se os da el *tsi oto ofa*, después las gracias por la visita y felicitaciones por la salud; luego, al presentar el *kava*, se excusan por no tener nada que ofrecerle. Si no os quedáis el tiempo suficiente para que puedan prepararos víveres, os confunden con lamentos por no haber previsto vuestra llegada. Si os presentan víveres, continúan excusándose por no tener nada

[6] Como aparece en las estatuas antiguas del emperador Tito (*Nota del traductor)*

que ofreceros. En las visitas de ceremonia, además del *kava* de rigor, se hacen mutuamente regalos.

No saben decir no a lo que se les pide. En la relación personal que tenemos con ellos, en general nos muestran la misma cortesía; a pesar de todo, en nuestra salidas hacemos grandes ayunos por no poder estar con ellos todo el tiempo necesario para que cocinen los alimentos, normalmente dos o tres horas.

[4] En las reuniones, las relaciones con los blancos no son tan respetuosas; les tienen una especie de desprecio. Yo llegaría a creer que es un desprecio que albergan en el corazón y que, en general, las muestras de amistad particular hacia los blancos son interesadas. En cambio en las reuniones nosotros somos tratados pasablemente bien, excepto en algunas ocasiones que terminarán desapareciendo por completo. No necesito decirle que me duermo mientras escribo; seguramente ya lo percibe.

[5] Aquí tienen prácticamente las mismas costumbres que en Wallis; ya habrá leído algo en los cuadernos de la Propagación de la Fe: danzas, reuniones y fiestas para cualquier circunstancia. Los hombres y las mujeres danzan alternativamente, nunca juntos. Generalmente son danzas bastante inocentes, excepto las que llevaron a Samoa los Navegantes, que son malas: hombres y mujeres acaban quedando totalmente desnudos, pero esas danzas son raras aquí. Los entierros se hacen igual que en Wallis: se rasgan la cara para expresar un dolor que muy a menudo no existe.

[6] Sería difícil decir cuál es aquí el vicio dominante; orgullo, inmoralidad y pereza caminan a la par. Ningún pueblo en la tierra es digno de sentarse junto a ellos; si el rey de Francia viniera aquí le ofrecerían grandes muestras de respeto, aunque menos que al rey y a los jefes principales de aquí, pero aún con todo el último esclavo de Tonga se creería de origen más noble que él. Sobre la moralidad es mejor no hablar; aquí el vicio no tiene secreto alguno, incluso entre los niños. A pesar de todo puedo decir que se nos respeta y que se sienten muy incómodos si estamos nosotros.

[7] La pereza parece ser el vicio preferido; los nativos sólo hacen la labor imprescindible; excepto en las fiestas, comen muy poco. Con lo que se alimenta un hombre en Francia lo podrían hacer aquí tranquilamente diez. Sufren, pero para ellos es mejor pasar hambre que soportar el trabajo.

[8] Los viajeros alaban la limpieza de estos pueblos; sólo los han visto en las fiestas. Entonces su pulcritud es rebuscada; van tan bien engalanados como se lo puede permitir una pobreza semejante a la suya; saben sacar partido a lo que les proporcionan la naturaleza y su trabajo. Fuera de ahí, la suciedad es repulsiva.

En Wallis yo bebía el *kava* a gusto; aquí es un suplicio que hay que sufrir al menos tres o cuatro veces al día. Creo que, en Francia, un buen número de personas moriría antes de tomar ese *kava* y los alimentos que han preparado.

Nuestra alimentación es muy simple: algunas bananas cocidas en la marmita o un trozo de ñame que nos traen los nativos; a veces el hermano Attale lo cuece él mismo o lo calienta cuando se ha traído ya cocido; lo más frecuente es que, para hacer una especie de potaje, lo diluya en un poco de agua con sal y que le añada una cucharada de grasa de cerdo.

Raras veces comemos pollo. Si en casa de nuestros vecinos se come algún cerdo, siempre nos traen nuestra parte. Por el gusto, el ñame y la patata son comparables; cuando está frío, es duro y bastante malo […]

[10] Pienso que los nativos del archipiélago son por naturaleza bastante inteligentes, al menos como el común de los hombres franceses; nos sorprenden por la rapidez con que captan las difíciles explicaciones del catecismo; pero no son constantes.

Es un pueblo infantil, cambiante y caprichoso. Sobresalen en el trabajo de la construcción de casas y piraguas. La casas son igual que las de Wallis: un gran techado en forma elíptica para proteger de las lluvias, sostenido por columnas, y una estructura interior.

Las de aquí quedan cerradas por los dos extremos con un hermoso vallado de cañas. El techo, las columnas y la estructura interior están muy cuidados. No creo que un buen obrero europeo pudiera hacer una cosa tan fina como ellos con una simple hacha. Existe además una especie de elegancia, sobre todo en el modo como revisten la madera con trenzas (una especie de cuerda fina que les sirve para amarrarla y hacer que haga de enganche) con la que forman un tejido de diversos colores representando figuras diversas de una asombrosa regularidad.

Tenemos una iglesia de sesenta pies de longitud, veinticinco de anchura y treinta de altitud. Es uno de los más preciosos edificios del archipiélago. Seguramente sabrá que, gracias a la caridad de almas piadosas de Francia, hemos podido adornar bastante bien nuestra iglesia. Los domingos y días de fiesta adornamos el altar

con manteles rojos, amarillos… guarnecidos con bellos bordados y cintas de pasamanería en oro, que ya envidiarían muchas iglesias de Francia. Algo sencillo y apropiado.

Los nativos son lentos en el trabajo pero muy habilidosos. Una piragua cuidadosamente trabajada asombraría en Francia. En sus piraguas incrustan piezas de madera y dientes de ballena tan bien como lo haría un carpintero en Francia.

[11] Yo quedé sorprendido al visitar las tumbas de sus reyes; al lado de un fuerte hay unas cuarenta, y más en otros lugares. Las tumbas son vastos bancales de tierra acarreada, coronados con piedras enormes. Medí una y tenía 24 pies de longitud, 18 de altura y al menos 18 pulgadas de grosor. Las traen de unas islas pequeñas que rodean Tonga por el norte y el este. Una de esas tumbas fue hecha por gente de Wallis que transportó unos bloques enormes en unas piraguas inmensas. Realmente admirable.

[12] La isla de Tonga es totalmente llana y baja, sin una sola colina. Los productos más o menos los mismos de las islas de todos los archipiélagos: cocoteros, plátanos, ñames, árboles del pan… La caña de azúcar se da muy bien; he visto algunas con una altura de más de 25 pies. Nosotros tenemos un huerto junto a la casa, pero el terreno, normalmente muy húmedo, no es muy bueno para la horticultura. La semilla crece lenta y difícilmente, excepto los árboles resinosos de las montañas que hacen maravillas; muy pronto la isla quedará cubierta; las semillas de flor estaban dañadas. Hemos plantado ramas de higuera traídas de Nueva Zelanda y han agarrado magníficamente: a los siete meses ya comíamos higos. La viña crece rápidamente, pero es fácil que no dé fruto. Si tuviéramos semillas podríamos hacer pruebas en otros lugares.

[16] En una carta les hablé de la lengua de Wallis y Futuna. La de aquí es muy semejante, pero con muchas aspiraciones. La lengua de estos archipiélagos no se aprende tan fácilmente como dicen. La gran diferencia de la estructura de esta lengua con la de nuestras lenguas europeas, la dificultad de pronunciación en ciertas palabras más la costumbre que tienen los nativos de oír siempre su lengua correctamente o, si prefiere, uniformemente hablada, marcará siempre una enorme diferencia entre el misionero más hábil y los nativos.

Añadan a todo eso que el misionero ya no es joven al llegar aquí, que hará pronto un año que estoy aquí comprendiendo y haciéndome entender, con dificultad es cierto, utilizando lo poco que

aprendí en Uvea, y a pesar de todo en las conversaciones de los nativos se me escapan muchas cosas, y a menudo tengo que repetir dos y tres veces lo mismo para hacerme comprender, sobre todo por los no acostumbrados a escucharme. El P. Grange, llegado hace casi 8 meses y sabiendo ya algunas palabras del nuevo neocelandés, a penas si puede decir en la conversación alguna cosa que puedan entender los nativos. Sabemos pedir un producto, decir a dónde se va, de dónde se viene, si estás enfermo… pero muy lejos de mantener una conversación o dar una enseñanza.

[21] Como nos hemos ganado a los nativos es con el cuidado por acomodarnos a sus costumbres: vivimos como ellos, nos contentamos con lo que nos traen, les explicamos que si no estuviéramos muy seguros de la verdad de la religión que les anunciamos, seríamos los más locos de la humanidad, cuando vamos a verlos nos acostamos como ellos en el suelo, echados sobre una alfombra o en las tablas de cualquier embarcación, asistimos a sus fiestas, a sus tomas de *kava*.

Nos preocupamos de tener siempre algo que ofrecer a los jefes que vienen a visitarnos. Es raro que en casa no se haga cada día el *kava* al menos dos o tres veces y en alguna ocasión hasta diez. Nosotros no compramos ni vendemos nada. Si necesitan una aguja, hilo, clavos… les damos lo poco que tenemos; les prestamos algunas herramientas, palas, picos, hachas … a los que no los tienen. Pero lo que más valoran es la atención a los enfermos, que no es monopolio de los protestantes.

[22] Aquí el médico por excelencia soy yo. Llega un enfermo, le pregunto sobre su enfermedad con todas sus circunstancias, normalmente le prescribo una dieta o, si es necesario, la alimentación del país más conveniente y, después de tenerlos secos, beber el agua caliente de cocos cocidos; se añaden unas fricciones de óleo alcanforado realizadas por el hermano, una taza de tisana de hojas de naranjo o cualquier otro remedio inocente, y con eso y un poco de paciencia la enfermedad va siguiendo su curso. Si el enfermo se cura, los honores son para nosotros, si muere no se nos culpa de ello.

Pero también tenemos remedios más auténticos, como medicinas, agua azul de sulfato de cobre para los ojos, un remedio infalible para las numerosas inflamaciones; el calomel para las úlceras inveteradas de tantos nativos; el calomel de aceite de ricino para

los gusanos, un poco de opio para los frecuentes cólicos repentinos.

Estos tres últimos remedios obran aquí maravillas.

Lo que más efecto ha producido en el ánimo de los nativos es una especie de jeringuilla fabricada por el hermano con la vejiga del cerdo; ha curado a varios enfermos: El pobre hermano contribuye con sus múltiples servicios a ganarnos el afecto de los nativos, y no poco. Todas las tardes le distribuye una marmita de infusión de hojas de naranjo, el sábado afeita a muchos nativos y todos los días les distribuye los remedios prescritos por el médico.

En resumen, procuramos hacer bien a todos sin exigir nada a nadie y acoger con bondad a todos sin distinción alguna y también a los mismos protestantes. Y aprovechando las ocasiones favorables para introducir en las conversaciones algunas explicaciones sobre la religión, tratando de no cansarlos con nuestras instrucciones y hacernos insoportables en este tema como en tantos otros.

[23] Queremos que se nos vea en contraste con los misioneros protestantes y procuramos que ese contraste sea lo más llamativo posible. Gracias a Dios, creo que su dominio en estos países ha recibido un golpe mortal y que pronto estarán obligados a ceder su poderío a aquella en cuyo nombre hemos tomado posesión de esta isla y que ha vencido en el mundo entero a los enemigos de la Iglesia de su hijo: ¡María!

[24] Los misioneros que hay en la isla son tres; con su familia, claro. Uno de ellos era camarero en un barco ballenero, algo así como el mozo en Francia. Cansado de servir, se quedó en esta isla con gran disgusto de los misioneros porque corrompía a los adeptos. Ese comportamiento no les impidió cogerle como colaborador, con gran escándalo de los nativos que aún conservaban algún sentimiento de pudor. Por él podéis juzgar a los otros.

[25] A pesar de todo, esos señores no dejan de cortar por lo sano. Fuera de algunos fieles y adictos predicadores, no admiten a nadie junto a ellos. A menudo los pobres nativos, que van con sus ñames, pollos o cerdos a postrarse ante quienes no se avergüenzan de llamarse verdaderos predicadores del evangelio, para obtener algún remedio para sus enfermedades, son brutamente despedidos porque los pollos y los cerdos no están bastante gordos y los ñames no son hermosos, o porque van a una hora distinta de la asignada.

Van a algunos pueblos y quieren ser tratados como los grandes jefes y el rey. Y dichosos, me decía un nativo, si se contentan como él con una alfombra o dos; pero hay que reunir todas las alfombras del pueblo para que su lecho esté más blando.

Si no tienen ganas de caminar, se hacen llevar en litera, con su mujer por supuesto, alguna vez a una o dos leguas del lugar donde tienen que presentar a los nativos a Jesucristo como modelo. La carga, dicho sea de paso, no es nada ligera porque la gordura de esos señores y de sus mujeres justifica bien el reproche que les hacen los nativos de estar siempre al tanto de lo mejor que tienen.

[26] No les hablaré de las confesiones públicas que han introducido; ya le dije algo de ello en la última carta, como de las penitencias caritativas que ordenaban imponer a los pecadores. Se dice que nuestra presencia en las islas ha puesto fin a todas las crueldades que se ejercían en nombre de la religión. Los puñetazos en la cara, los azotes y los bastonazos ya han desaparecido tras unas semanas o algunos meses de incordio.

Aún vemos la marca de esas barbaridades: dientes rotos a puñetazos, ojos amoratados, numerosas cicatrices atestiguarán aquí durante mucho tiempo la benignidad de la moral de los protestantes. Y se nos acusa a nosotros de intolerancia y crueldad. ¿Quiénes? Los catequistas que, después de haber agotado su elocuencia para convertir a los nativos, acaban diciéndoles: No os olvidéis de Houlé, una pequeña fortaleza destruida por los protestantes a causa de su obstinación en la infidelidad y sin duda para ejecutar la orden de destruir a los filisteos que dio Dios a su pueblo. Sus 300 habitantes fueron matados por los jefes protestantes; recordando sin duda estas palabras, bienaventurados los que maten los niños contra la roca, ellos mataron despiadadamente incluso a los niños de pecho, que algunos nativos menos fanáticos querían salvar.

[27] En honor de los nativos hay que decir que, en general, ya han dejado esas ideas fanáticas, la isla está en paz, nosotros visitamos los pueblos protestantes como los demás, somos bien recibidos, y hemos visitado también a los misioneros que seguramente habrían creído que se abajaban visitándonos a nosotros. Los nativos protestantes vienen a pedir explicaciones, desconfían de sus misioneros.

Los mismos devotos y devotas dicen que se encuentran en una extraña perplejidad, tienen aún sus misioneros pero se sienten atraídos por nosotros. En nosotros encuentran explicación a sus

dudas y no se atreven a exponérselas a sus misioneros, que, dicen los despedirían porque no admiten junto a ellos más que a la élite de los catequistas. Los invitamos a rezar mucho; nunca discutimos, solamente damos explicaciones.

[28] Les llama mucho la atención que después de nuestra llegada la confusión ha desaparecido entre ellos; parece que les ha tocado la mano de Dios; ellos mismos se extrañan del desorden que reinaba antes. Es un cambio que sorprende y cuya causa buscan en vano. Ven también la mano de Dios en la muerte de cuatro misioneros suyos y de un niño de 10 años en este archipiélago y en el de Fidji en tan sólo unos meses.

[29] Los numerosos abandonos que han de lamentar no tendrían que extrañarles si reflexionran un poco sobre sus adeptos: algunos, poco numerosos, se ponen de nuestro lado, pero la mayoría recaen en la infidelidad o más bien, sin cambiar nada en su creencia no hacen más que seguir las prácticas. Pregunto un día a uno de ellos cuál es su nombre bautismal y me dice que no lo sabe; le pregunto cuántos dioses hay y me responde que tampoco lo sabe. Pero tú estás bautizado; sí, me contesta, pero a pesar mío, yo vivía en el fuerte occidental de Tonga.

Desde hacía tiempo utilizaban por turno el ruego y la amenaza para hacernos abrazar la religión, nosotros siempre nos negábamos; reunieron contra nosotros a Vava'u, Ha'apai y todos los protestantes de Tonga. (Cuando tomaron el fuerte yo estaba aquí, en viaje de la Bahía de las islas a Wallis) Nuestro fuerte fue vencido. Yo y un buen número de los nuestros fuimos llevados a Vava'u. A pesar nuestro, por las buenas o por las malas quisieron instruirnos y todos nos hicimos *lotou*, cristianos; pronto nos dejaron volver y de vuelta aquí yo abandoné la religión.

Así es como pretenden los protestantes convertir a los nativos. Se entiende que esa predicación al estilo mahometano esté en perfecta harmonía con la confusión y sobre todo con los puñetazos y codazos. Y se entiende también que la mayoría de esos nativos, libres ya, abandonaran enseguida una religión que abrazaron y mantuvieron de mala gana. Su manera de rezar es curiosa. Se ponen de rodillas y después se inclinan apoyándose en las dos manos y se quedan largo tiempo en esa posición tan ridícula como penosa; los catequistas están allí para despertar a bastonazos a los que duermen y se atreven a levantar los ojos. Y golpean fuerte.

[30] Nos ha costado lograr que comprendieran lo ridículo de esos procedimientos, así como lo ridículo del comportamiento de los misioneros que predican unos la indisolubilidad del matrimonio, otros la licitud del divorcio religioso y otras cosas así. Pero sea por la ceguera de algunos o por el miedo y el orgullo de muchos otros, pocos se convierten al catolicismo. Pero el Señor parece bendecir a los pocos que siguen nuestra enseñanza. Esta semana tendremos la primera celebración del bautismo; entre pequeños y mayores serán veintiocho o treinta personas que, unidas a los treinta y tantos neófitos venidos de Wallis formarán un pequeño núcleo. Esperamos que aumentará pronto con la próxima celebración que no tardará mucho. Estos últimos días ha venido un buen número de catecúmenos, aunque algo tarde, a pedir ser admitidos. Hemos bautizado a veinticinco personas en peligro de muerte. Y. entre otros, varios niños, con astucia.

[31] Aquí como en Europa el protestantismo da sus frutos aunque apenas den libertad a los catequistas para interpretar la Biblia. Uno de ellos ha ido a fundar una nueva religión en las islas de los Navegantes o *Samoa*. La ha llamado *Sio Vili*, señor de Urville, nombre de un comandante de un barco francés. Sólo admite un domingo al mes y creo que la inmensa mayoría son mujeres. Dice que tiene muchas revelaciones personales; tiene muchas adeptas.

[32] Estos últimos días he bautizado a un niño pequeño enfermo. Me lo trajeron varias veces para que lo viera, y como le vi en peligro y tenía motivos para temer que no se me permitiera bautizarle, hice que su padre le hiciera una fricción con agua de colonia y agua mientras yo me encargaba de la loción de la cabeza que fue el bautismo: el niño murió pocas horas después. He bautizado del mismo modo seis u ocho niños que, como pueden ver, se libraron de una buena. Nuestros nuevos neófitos harán la primera comunión el domingo próximo.

[33] Algunos son verdaderamente interesantes. Uno de ellos, padre de familia, a los dos meses de nuestra llegada dejó confuso a un misionero inglés que, en presencia de unos nativos, se burlaba del rosario que llevaba colgado del cuello. En su respuesta vi la gracia del Espíritu Santo; no creo que por sí solo fuera capaz de dar una respuesta tan justa. Habiéndole preguntado el misionero con un tono irónico sobre la utilidad del “collar diabólico” que llevaba, él se sentó en medio del círculo de los nativos delante del

misionero y le dijo:¿quieres saber lo que significa nuestro *losalio*? Pues te lo voy a decir; este rosario sirve para pautar un cierto número de oraciones y el orden en que acostumbramos decirlas; vea las oraciones que hacemos, y le recitó el creo en Dios.

Ya ves que esta oración no tiene nada de diabólica, al contrario; yo digo creo en Dios y no creo, como tú nos echas en cara, en ninguna otra cosa; creo directamente en Dios padre todopoderoso y en Jesucristo su único hijo…Y continuó diciendo el credo hasta que el misionero se levantó y entró en su casa; el catecúmeno se echó a reír y todos los nativos incluso los protestantes aplaudieron. Ese catecúmeno no había tenido más instrucciones que varias conversaciones con un catequista de Wallis que yo llevé conmigo. Otras veces ha dado respuestas admirables.

[34] Los neófitos venidos de Uvea, hablando y contando con sencillez lo que han visto y oído, hacen indudablemente más bien que el que pueda hacer yo con mis instrucciones. Nuestros catecúmenos hablan después con los protestantes y los infieles. Sus conversaciones se extienden por las islas vecinas de Ha'apai y Vava'u de donde vienen a menudo los nativos; el protestantismo ya se está tambaleando allí. Creo que ése es el medio del que Dios se sirve para atraer a esa pobre gente hacia la religión; yo no soy más que una pobre campanilla desafinada; que el Señor bendiga al misionero y los nativos y los lleve a todos un día al paraíso. Recen por nosotros.

[35] No lo olvido. Me estoy dando cuenta de que es tarde, hoy, domingo 25, no he podido escribir mucho y mañana por la mañana ha de salir esta carta. No tengo tiempo de volver a leerla pero, bendito sea Dios, ustedes tendrán la bondad de no tener en cuenta las faltas de ortografía y también de francés que seguramente encontrarán. Si vivo aún mucho tiempo, Dios no lo quiera, me parece que terminaré por no hablar ya el francés, ocupados únicamente como estamos en nuestra nueva lengua.

[36] […] En verdad, me cuesta terminar; adiós, o más bien hasta la vista. Sólo una cosa deseo en este mundo y moriría feliz, pero no me atrevo a esperarla. Pidan al Señor que me la conceda: recibir la corona del martirio tras largos años de ministerio. Pero en eso como en todo, hágase la voluntad de Dios.

Adiós, Joseph Chevron.

264 : Semblanza e índole de los tonguianos

1 julio 1843. –Jêrome Grange a Nicoud, cura de Saint Clair (Isère)

Tongatapu, querido señor cura párroco,

[8] Los nativos del archipiélago de Tonga no se diferencian de los europeos ni por la talla, ni por la forma, ni por el color. Son algo morenos y la causa puede estar en la elevadísima temperatura del clima. Es muy difícil tener la tez clara con 30º de temperatura (Reamur) como tenemos nosotros durante cuatro o cinco meses al año con el sol casi en nuestro cenit. Como en Francia, en clase encuentro gente alta, pero hay menos gente pequeña. Si no tienen una altura tan elevada como dicen en los relatos de viajes, tampoco su vigor es tan grande como el que se les atribuye. Pocos son los que no tienen llagas vivas o cicatrizadas y más de la mitad muere enferma del pecho. A la mala alimentación se suman otras razones que contribuyen al estado de debilidad, sin hablar de sus excesos.

[10] Sería difícil decir cuál es aquí el vicio dominante; orgullo, inmoralidad y pereza van a la par. En la relación con los blancos no son muy respetuosos; les tienen una especie de desprecio. Me inclinaría a pensar que ese menosprecio lo llevan en el corazón y que ordinariamente las muestras de amistad que les dan a veces, son interesadas. Ningún pueblo en la tierra es digno de sentarse junto a un canaco de Tonga. Sólo él sabe algo.

Como en otro tiempo el que no era griego o romano era considerado bárbaro, para nuestros isleños el que no es de la isla sagrada –significado de Tongatabu– es ignorante y esclavo. Si viniera aquí el rey de Francia, le ofrecerían ciertamente grandes muestras de respeto, pero menos que al rey y a los jefes importantes. En cambio, el último esclavo de Tonga se creería más noble que él.

Sobre la moralidad, mejor no hablar; el vicio no se mantiene aquí en secreto, incluso entre los niños. Con todo, digamos que se nos respeta y que se sienten muy incómodos en nuestra presencia. La pereza parece ser su vicio preferido. Sólo trabajan lo imprescindible; excepto en las fiestas, comen poco; con lo que se alimenta un hombre en Francia lo podrían hacer aquí al menos diez. Su-

fren, pero prefieren pasar hambre a soportar el trabajo. A nosotros nos ocurre que a veces tenemos que hacer ayunos forzosos.

[11] Los nativos de Tonga no son idólatras; sólo adoran a los espíritus y, como los paganos del mundo antiguo, relatan miles de historias absurdas al respecto. Su dios más grande es *Maoui*, que desde hace tiempos inmemoriales pescó Tonga en el océano. Aún se conserva, dicen, el anzuelo que sirvió para sacar la isla del fondo del mar. Pero quienes lo guardan ponen sumo cuidado en decir que el primero que lo vea morirá. Sólo puede guardarlo y verlo el rey, amado de *Maoui*.

[12] Cuando preguntamos sobre el origen de sus dioses, balbucean algunas palabras y terminan diciendo: no lo sabemos, hacemos lo mismo que nuestros padres. Sus dioses son espíritus malignos a los que temen pero no aman. Esos dioses van a habitar invisiblemente en los grandes jefes y en las mujeres ancianas. Los isleños son además esclavos de supersticiones: tocar un palo clavado en la entrada de una plantación de bananos o de cañas de azúcar es un crimen que los dioses castigan con la muerte.

Nadie, si no es gran jefe o amigo de los dioses, puede comer una tortuga o cualquier otra cosa estimada en el país. Pero estas ideas van yéndose y sobre todo los jóvenes las desprecian. Sólo los viejos se resisten; dicen: los dioses que nos anuncian los misioneros son buenos, pero los nuestros también lo son pues hacen crecer los ñames, los cocos y sobre todo el *kava*; resistamos, al menos la mitad de la isla debe ser fiel a nuestros dioses antiguos, de lo contrario se irritarán por haberlos abandonado y nos castigarán. Me apena, decía el más anciano de la isla, que la juventud se deje arrastrar por todas las novedades.

[13] Los habitantes de Tonga se vanaglorian de tener muchos hijos y los crían con mimo hasta los cuatro o cinco años de edad. Después los abandonan y ellos no mantienen el respeto a sus padres. A diferencia de los neozelandeses que dejan a la intemperie a sus enfermos y los abandonan, aquí recurren a todos los medios imaginables para lograr su curación; el enfermo está bien alojado y su alimentación preparada con cuidado; se hacen oraciones y promesas por su salud. Si un gran jefe está enfermo, cortan los dedos a varias personas y alguna vez se los inmola para apaciguar la cólera del "dios perverso que devora los enfermos aún vivos".

[14] Pero nada igual al cuidado que ponen en la sepultura de los muertos. Cuando el enfermo da el último suspiro, se dice a todos los vecinos, y todas las mujeres acuden a llorar junto a su cuerpo. Los hombres no lloran nunca. Lo tienen así uno o dos días, durante los cuales van levantando su tumba junto a la morada de sus padres. La casa sepulcral es hermosa, edificada en una altura, rodeada de una valla de bambú; el recinto tiene plantados todo tipo de arbustos odoríferos y de hoja perenne. La casa está cubierta por un tejado trabajado artísticamente.

Para las tumbas de los reyes o de los grandes jefes van a buscar piedras enormes en islas lejanas para coronar el sepulcro. Hay una que tiene veinticuatro pies de largo y al menos dieciocho pulgadas de grosor. Una de las tumbas fue hecha por gente de Wallis, que trajo unos bloques enormes en unas piraguas inmensas. Algo prodigioso para estos pueblos. Pero lo que da pena en las desgracias de estas gentes es ver a esas plañideras que, para expresar su dolor, se cortan los dedos y se rajan la nariz, las orejas y las mejillas. Y esas lágrimas no son más que ritos vanos y dolorosos, que no salen del corazón: las mujeres están muy contentas al verse libres de tal suplicio.

[15] Los isleños no tienen ningún tipo de justicia. La única y soberana ley es la bizarra voluntad del tirano, que sólo piensa en respetar el orden cuando el desorden le afecta a él personalmente. He visto hombres matar a otros sin que nadie sea inquietado por vengar el crimen. Con costumbres tan arbitrarias me admira que estos pueblos no hayan llegado a destruirse. Y no hay tirano más temido que el rey del país. Cuando da una orden todos se apresuran a obedecerle.

Si quiere que muera alguno de sus súbditos, basta con enviar a buscarlo. Seguro que aquel contra quien se dio la orden de comparecer no tratará de darse a la fuga aunque conozca el motivo de la llamada. Cuando se levanta, es a él a quien tendrá el honor de besarle los pies. ¿Abre la boca? todos escuchan con respetuosa atención, y aunque diga las mayores tonterías, todos asentirán *koe*, es verdad. Ese régimen de esclavitud será un gran obstáculo para la conversión de este pueblo, porque el rey y los grandes jefes suelen tener fuertes motivos para permanecer en la infidelidad; y sin embargo los sujetos son poco audaces para tomar la iniciativa. A pesar de todo tenemos esperanza porque Dios tiene en sus manos el corazón de los pueblos y de los reyes.

[16] En la cocina todo es común. Si alguien prepara un plato se informa a todo el barrio, y es de buena educación que quien lo ha preparado no saboree nada solo. Si te hacen el regalo de un cerdo u otro animal, te lo dan y lo matan para que lo comas, pero a ti te corresponde el honor de dar a tus vecinos. Le he dicho un poco antes que la urbanidad exige ofrecer los frutos que llevas a quien encuentres o veas en el camino.

El espíritu de hospitalidad y de comunidad de bienes, que a primera vista parece hermoso, no es nada útil. ¿Qué sucede? Cada cual cuenta con su vecino y no piensa en proveerse de lo que necesita. Y ocurre que los canacos viven en funesta ociosidad y mueren de hambre en una isla tan fértil que un solo día de trabajo bastaría a un padre de familia para abastecer a todos sus hijos.

[17] Nuestros isleños construyen con bastante elegancia; sus casas tienen forma elíptica, bien cubiertas y abiertas a todos los vientos, algo estupendo para los grandes calores. Presentan la forma más o menos de un paraguas. Son bastante altas y de ordinario de gran limpieza exterior. No creo que un buen obrero europeo hubiera podido trabajar con tanta destreza y elegancia como ellos la armadura y las columnas que sostienen las casas con una simple hacha. Destacan sobre todo por su habilidad para revestir las maderas con trenzas, con las que forman un tejido de diversos colores y representan figuras de una asombrosa regularidad. Esas trenzas son una especie de cuerda fina que les sirve para amarrar las maderas y para que sirvan de enganche.

Sus embarcaciones son de una belleza que asombraría a los mismos europeos. He visto una de ciento cincuenta pies de longitud; van adornadas de brillantes, conchas y plumas de los pájaros más bonitos del país; también saben confeccionar las velas y los cordajes. A bordo de esos pequeños navíos hacen a veces hasta trescientas leguas sin otra brújula más que los astros.

[18] En los últimos años, las diversas tribus de Tonga estuvieron divididas luchando unas contra otras en guerras de religión. Los adeptos a los ministros protestantes querían propagar con las armas la fe entre sus compatriotas rebeldes, a quienes denominaban partido del diablo. Ambos partidos construyeron unos fuertes para estar al abrigo de sorpresas y vivieron allí durante la guerra; cuando hay paz viven en los pueblos de los alrededores.

Tonga cuenta con cuatro fortificaciones principales. Pea, donde vivimos nosotros, es la mejor fortificada y con una reputación de

casi inexpugnable. Está rodeada de murallas de tierra de cuatro a ocho pies de altura rematadas por un sólido y hermoso vallado de cañas entrelazadas. Ese reducto está a su vez defendido por un foso de entre quince y veinte, a veces treinta, pies de anchura, siempre lleno de agua. En algunos lugares se han clavado a flor de agua unas estacas puntiagudas y bastante juntas para que sea imposible que un hombre ponga allí sus pies.

Las puertas están trabajadas ingeniosamente. Tras la puerta interior cerrada por una sólida barricada, viene una especie de corredor, protegido en ambos lados por excavaciones y el foso del recinto; al final hay una plaza redonda de unos treinta pies de diámetro, protegida también. Allí se encuentran las puertas exteriores. El corredor y esa pequeña plaza redonda están totalmente fuera del amurallado y así sirven para defender la cercanía. Pea tiene al menos una quincena de puertas de ese tipo. Todo el amurallado cuenta con saeteras hechas con troncos de cocotero ahuecados. Nuestra fortificación puede tener cerca de un kilómetro; hay otras dos más grandes. Unos europeos nos aseguran que en tiempo de guerra el fuerte tuvo hasta cinco mil personas; parece un poco exagerado, pero dos o tres mil personas sí que pueden habitar allí. Está dividida en compartimentos, con casas formando calles que se cruzan y dan al fuerte el aspecto de una ciudad pequeña.

[19] Pea fue sitiada hace tres años. Una tribu convertida al protestantismo, quiso –aunque en vano– que la tribu infiel en la que vivimos abrazara su fe. Se decidió que la tribu obstinada se convirtiera o pagara su infidelidad con la muerte. El pastor inglés que dirigía este asunto logró para su partido un comodoro de su patria, cuyo navío estaba en la rada. Fueron a sitiar la plaza; el partido del diablo se plantó en situación de defensa y salió victorioso.

Murieron el comodoro Croker, once de los suyos y muchos isleños; entre los infieles hubo muchos heridos, pero no pereció ninguno, y se adueñaron de tres cañones. El comodoro exigía con altivez, ofreciendo una recompensa a los vencedores y decía que se arrepentirían si no accedían a su petición.

Entonces uno de los jefes, tras pedir consejo a los otros, habló así al capitán: ustedes han venido a atacarnos cuando nosotros gozábamos de la paz más profunda; nosotros no hemos hecho más que defendernos aunque teníamos motivos para atacar. Los cañones que hemos tomado nos pertenecen según las leyes del país; por lo tanto podríamos guardárnoslos y utilizarlos contra ustedes. Pero para demostrar que no les tememos, se los devolvemos. No

queremos venderlos; los hemos tomado con peligro de nuestras vidas, de la vida de nuestras mujeres, de nuestros niños; no hay precio para pagarlos; tómenlos y váyanse.

[37] Dígnese aceptar… Jêrome Grange, misionero apostólico.

304 : La dureza de vida en la misión de Pea

10 enero 1844. – Guillaume Douarre a Jean Claude Colin

Douarre escribe una parte de esta carta en Tonga y otra en Wallis antes de llegar a su destino en Nueva Caledonia el 21 diciembre 1843.

Puerto Balade, Reverendo padre,

[1] Si hasta ahora mis cartas han sido casi algo indiferentes, no será lo mismo de ahora en adelante porque probablemente tendré muchas cosas que decirle, unas consoladoras y otras que probablemente le afectarán. El hijo tiene que abrirse a su padre y como tal le comunicaré todo lo que haya visto. Por la presente conocerá que dejé algunos de los nuestros. La providencia nos ayuda más de lo que merecemos, pues el navío que los llevará servirá para los diferentes cambios que hay que hacer y podrá transportar a la vez algunas provisiones, indispensables diría yo.

[2] La misión de Tongatapu promete mucho; pero sus misioneros necesitan una virtud casi sobrenatural, y la necesitarán mucho si no se toman medidas para conservarlos. El corazón sangra al ver su penuria; el excelente capitán Laferrière, al ver la extrema indigencia de sus hijos quedó dolorosamente afectado. Como pantalones tienen una especie de sacos que ellos mismos se han hecho con sus sábanas, carecen de zapatos, al padre Grange le queda un par de botas, el hermano Attale está sin sombrero y sin calzado, el padre Chevron está algo mejor surtido gracias a su familia.

Sepa que viven no como los salvajes, que tienen frutos en abundancia, sino mucho peor pues en cierto modo sólo tienen lo que no quieren los nativos o lo que dan a sus cerdos, como por ejemplo la papaya. Hacen algunas comidas con los canacos, pero son insuficientes y no pueden hacer otras. No les está permitido matar y tener algo de sebo pues cada nativo se atribuiría el derecho a coger lo que le conviniese y dejaría al misionero lo que no

le apetece. Es difícil salir de esa situación sin poner en peligro la misión.

Mons. Bataillon podría remediarlo; pero hizo lo mismo en Wallis, y cómo se corregiría de semejante hábito. Me parece que sería importante sacarles de ese lodazal y para ello sería preciso que fuera a pasar algunos meses en Tonga, tanto más que la misión ganaría mucho con su presencia y que sería además un medio para preparar los caminos, pues al ser Tonga el Paris de la Polinesia, una vez convertido el archipiélago se podría emprender el paso a los otros con menos dificultad pues hay aquí muchos individuos de islas diferentes, incluso de Nuevas Hébridas.

Pero para eso, una vez más, se necesitaría que la misión estuviera en otra situación y dudo que los padres Chevron y Grange puedan continuar así y no creo hayan de sufrir mucho tiempo. Su salud está totalmente deteriorada: si se hubiera puesto cuidado en tomar medidas, sería ahí donde podrían prestar los mejores servicios, con el padre Chevron hablando perfectamente la lengua de Tonga. El padre Chevron no es un hombre que se queje, querría que le conociera personalmente, y en la situación de las últimas circunstancias se ha visto obligado a hablar.

¿Y cómo cree usted que han podido establecerse, con qué recursos podían contar?. Disponían de 50 francos, que aún tienen, y ni un solo objeto de cambio. Cuando reclamó, se le contestó que si los habitantes no se encargaban de su alimentación, podían dejarlos. ¿Resultado? Ayuno de dos días, salvo algunos frutos que trataban de recoger arrastrándose. Su corazón, padre, estará sangrando, sin embargo la verdad fue más dura. No acabaré la carta porque tengo que hablarle aún de la ceremonia de consagración que espero tenga lugar dentro de unos diez días.

[…] Mons. Bataillon no es irreprochable en este asunto porque ignore que en nuestra misión los hermnos forman una unidad con los padres y son igualmente atendidos. El buen hermano Attale no podía continuar más en Wallis, con frecuencia duramente tratado, sin oír ni una sola palabra de ánimo o de felicitación. Son detalles más dolorosos para mí que lo que puedan ser para usted; mi función no debería ser la de acusador, pero importa que usted lo sepa todo. El P. Mathieu le escribirá y es presumible que le dé algunos detalles. Padre, usted puede y debe poner orden. El futuro de la misión depende de ello. Los gastos para el traslado de los misioneros es enorme y cuando podrían prestar servicio se los perderá por haberlos dejado morir.

[5] He decidido esperar a estar en Wallis para continuar la carta, pues temo que no pueda leerme, el balanceo me impide hacerlo como yo quisiera; pero no puedo resistir el deseo de hablarle largo tiempo, y después de haberle hablado de las miserias de sus hijos tengo que consolarle contándole todo lo que hacen.

[6] Están en un fuerte llamado Pea, un pueblo de dos o tres mil habitantes. Están alojados provisionalmente en la casa de un jefe, dispuesta de esta manera: un vestíbulo abierto como un cobertizo y a cada lado una pequeña habitación para cada misionero. Como mobiliario, una mesa y algunos carrizos en los que se acuestan; como puede ver, un colchón bastante duro. Al lado de la habitación tienen una pequeña cocina y de batería tres marmitas que les sirven para hacer tisana para los nativos.

Tienen además un jardincito al que vendrían muy bien unas legumbres y más la viña: tienen una, plantada hace dieciocho meses que les dará racimos dentro de dos o tres meses a lo sumo. Con brazos, una orden de su parte y algunas herramientas se podría asegurar la existencia de los misioneros, pero se teme que los protestantes se aprovechen, y ese temor exagerado destruirá todo, porque en Tonga se puede tener todo el terreno que se quiera, y dará dos o tres cosechas al año. El maíz es un producto perfecto. Con eso tendrían todas las aves de corral que quisieran, etc., etc.

[7] Le pareceré muy materialista. ¡Qué le vamos a hacer! Soy obispo y por lo tanto estoy obligado a ocuparme un poco de estas cosas: los repollos vienen muy bien, las cebollas, el apio, etc. y todo tipo de esquejes, las higueras se dan muy bien… de modo que sería fácil mejorar la situación de nuestros misioneros; pero, una vez más, se necesita que usted dé órdenes: de momento se piensa en ganar almas y se olvida lo principal: consolidar la obra.

[10] El gran rey me ha concedido recibir misioneros en su fuerte, que según él es ya viejo y necesita cambio, pero dejará que esos señores actúen y lo cuiden. El padre Chevron es querido por los católicos, protestantes e infieles; su nombre se ha propagado y es conocido en todas las islas del archipiélago de Tonga. Nuestros misioneros están aún lejos de contar con un número como el de los protestantes, unos cinco mil más o menos. Si Dios los conserva, no tardarán en tener ese número y, más aún, en que toda la población esté bajo el mismo estandarte. Soy enemigo de la exageración y no hago más que darle a conocer lo que yo he visto, le diré

además que el principal ministro protestante, si no es hombre de grandes medios, sí es un hombre honrado según el mundo

Continuaré la carta en Wallis, pero por miedo a olvidarlo le rogaré que no se la comunique al consejo de la Propagación de la Fe. Yo mismo escribiré a esos señores, y aunque les hable de las mismas cosas suprimiré lo que atañe a nuestros hermanos, al señor obispo de Enos y todo cuanto sólo debe saber usted. Había olvidado decirle que el Sr. Laferrière, cuando preguntó a un jefe qué quería que le dijera al rey de Francia, éste le respondió que se encargara se ofrecerle su amistad y que, para testimoniarle su agradecimiento, él cuidaría muy bien del padre Chevron y le pedía que le dejara con ellos. El jefe es todavía infiel.

Para no olvidar nada, tengo que decirle las cosas según me vienen a la mente. Le pediré una cierta provisión de vino embotellado de Burdeos. Es imposible que todos los misioneros puedan privarse de él. He dicho Burdeos porque se conserva mejor, y embotellado porque es muy valorado en el país. Con eso usted puede tener cerdos, gallinas, ñames y todo lo demás.

Tampoco busque economizar en las sotanas, de merino asargado sería lo más conveniente. Es necesario que los misioneros vayan decentes porque aunque no tengan visitas de ceremonia con los salvajes, van a bordo de navíos, y los pantalones por el estilo. Las sotanas escotadas son absolutamente incómodas, y las sotanillas no nos son muy útiles; se necesitan, pero poco; la sotana nos distingue más de los protestantes. […]

[34] Le ruego que encomiende mi misión a las oraciones de la comunidad, no olvide excusarme ante los padres sin exceptuar a nadie, y ante los hermanos igualmente, si es que olvidé algo en cuanto dije, y reciba con nueva seguridad el respetuoso afecto y el vivo agradecimiento que puede existir en el corazón del más tierno de los hijos; y en calidad de tal me atrevo a darle un abrazo.

Guillaume Douarre, obispo de Amata.

292 : La iglesia de Pea

1 diciembre 1843. – Gilbert Roudaire a Jean Chilleton

Reverendo padre, […]

[19] La iglesia de Pea es magnífica. Son los salvajes, neófitos e infieles quienes la han construido; con bambú, pero de una finura y elegancia extraordinarias. Desearía ser pintor para enviarle el modelo. El templo de los protestantes es de ese estilo, lo he visitado; sin embargo ni aproximación con la iglesia de Pea. El señor obispo de Amata ha oficiado en ella. El recogimiento y los cantos de esta buena gente salvaje le habrían hecho llorar. Nada tan emocionante como ese espectáculo.

[20] Hemos visitado a casi todos los jefes de la isla. El capitán del *Bucéphale*, señor Laferrière, les ha hecho unos regalos de parte del rey, y por su parte el señor obispo de Amata ha añadido alguna cosa más, así que todos han quedado encantados. También estaba el jefe del fuerte protestante. Han comido todos a bordo y, después de beber *kava* francés, que es un poco mejor que el de Tonga, el jefe protestante (que cuando le visitamos parecía encontrarse algo violento) se abrió. Decía a los jefes católicos que comieron con nosotros: no tenemos suficiente instrucción para saber en qué parte está la verdad; sería bueno disponer de algún medio para saberlo, que los misioneros y los ministros se reunieran. ¿Y de quién es la culpa? preguntaron los dos jefes católicos. Nuestros misioneros han visitado a vuestros ministros y ellos no han querido devolverles la visita, y cuando van a vuestros pueblos vuestros ministros procuran esconderse […]

[2] Durante nuestra estancia en Tonga estuvimos invitados en una fiesta, un simulacro de combate que confiamos sea destruido o al menos reformado por el cristianismo. Unos seis mil hombres reunidos en una inmensa llanura; reinaba un sombrío silencio cuando de repente se levantó un jefe y arengó al pueblo. Dos campeones saltaron inmediatamente a la arena, armados ambos con un garrote enorme, una especie de rompecabezas. Ambos combatientes daban golpes terribles a su antagonista si éste no era lo suficientemente hábil para evitarlos. Sucesivamente fue saltando a la arena un gran número, que se unía a los anteriores y no se disolvió la asamblea hasta que la victoria de un partido estuvo

asegurada. Felizmente ese día no hubo más que algún herido. Pobre pueblo, esclavizado por esas bárbaras costumbres. […]

370 : Las delicias del padre Grange

13 junio 1845. – Jerôme Grange a Nicaud, párroco de Saint Clair

Tongatapu, señor cura y amigo,

[1] Su carta es la primera que he recibido desde que salí de Francia. Imposible decirle la alegría que me dio. Dejo que lo adivine su corazón, que comprende muy bien al mío.

[2] Entre otras cosas me dice: quizás estés bien, quizás mal; puede ser que tengas consuelos o bien miserias. Siendo franco, podría decirle que las dos cosas; pero corramos la cortina de lo que aflige para hablar sólo de lo que consuela por miedo a perder el mérito ante el único que nos puede recompensar.

[3] Cuando el viajero atraviesa el desierto, cansado y sin aliento a causa del calor y la sed, y llega a un oasis donde descansar a la sombra y calmar la sed en el manantial, se olvida de todas las fatigas de la jornada. En Tonga hay algunos desiertos áridos y abrasadores, pero hay también oasis frescos y deliciosos. Si hay penas, el Señor sabe sazonarlas con consuelos que hacen olvidarlas pronto. De verdad, no sé de qué pasta soy, pero algunas cosas que a otros les parecerían pequeñas e indiferentes a mí me afectan sensiblemente e inundan mi alma de delicia.

[4] Un día fui a visitar una tribu pequeña al otro extremo de la isla. Tras caminar durante todo el día bajo un fuerte calor, llegué allá y oí una voz discordante procedente del mar, que me parecía cantaba nuestras canciones religiosas. Me acerqué con los oídos atentos y vi un hombre sentado en la playa que enseñaba un cántico a su mujer y que le enseñaba a rezar el rosario. Era el único cristiano que teníamos en esa tribu. No vea cómo se ha dignado Dios multiplicarlos.

[5] Otro día fui a visitar a todas las familias de esa misma tribu, y en todas se me dio una acogida muy fría porque los protestantes les habían dado unas impresiones infames sobre nosotros. Yo me encontraba agotado, el sol comenzaba a desaparecer en el horizonte y fui a sentarme en una roca pequeña, bañada por las olas del

mar. Todo un descanso para mí; además el mar favorecía la meditación. Había terminado las completas cuando de pronto se presentó ante mí una niña, cuyos largos cabellos negros, su aire alegre, su cara sonriente pero modesta la hacían muy interesante; iba mejor vestida que los niños de su edad. Si no hubiera pensado en mi indignidad, la habría tomado por un ángel

Llamándome por mi nombre, me pidió muy modestamente que fuera a casa de su padre, que me esperaba para tomar la comida que había preparado. Acepté encantado el ofrecimiento que me hacía; y nada más terminar la comida la niña pidió permiso a su padre para ir a hacer la oración conmigo y el primer convertido del que le hablé antes; es decir, quería abrazar la religión.

El padre consintió. En otro viaje la niña me llevó dos hermanas suyas, y ha sido ella quien nos ha ganado casi todos los niños de su tribu. Los padres siguen el ejemplo de sus hijos y de ese modo contamos ya con más de sesenta catecúmenos en esa tribu. El primer convertido de la tribu me dijo un día: *Helenimo* (Jerónimo en tongiano), ¿sabes cuál es lo que más contribuye a la conversión de los niños? Los rosarios; los rosarios son el anzuelo o el hilo con los que pesca la Sma. Virgen a los niños. Traiga muchos y bonitos y pronto "el diablo ya no tendrá ninguno aquí".

[6] Que otros busquen placeres donde quieran; los míos son estos y dudo mucho que se encuentren otros que den alegrías más verdaderas. Sí, cuando viajo en una piragua conducida por los nativos y oigo cánticos de alabanza a Jesús y María en boca de gentes que antes blasfemaban el nombre de Dios a quien no conocían, eso para mí es algo encantador…

Jerôme Grange, misionero apostólico.

El 25 de julio de 1844, monseñor Bataillon llegó a Tonga con el objetivo de establecer una estación en Mu'a, donde reside el Tu'i Tonga, que eclipsado por George, continuaba siendo influyente. Las malas disposiciones de los jefes y las intrigas de los protestantes frustraron los esfuerzos de Bataillon, que tuvo que replegarse en Pea, donde animó a los misioneros.

Antes de partir para Fidji, dejó al padre Caillon y al hermano Reynaud. Ante la hostilidad de los metodistas, los dos maristas se refugiaron en Pea junto a Chevron.

414 : Confesión de un hermano

En francés, este documento ha sido transcrito con su ortografía original.

13 octubre 1845. – Hermano Jean Reynaud a Jean Claude Colin.

Tonga, año 1844, reverendísimo padre,

[1] Le ruego me excuse por haber estado tanto tiempo sin darle noticias. Le diré que las ocasiones no son frecuentes. Me habría gustado escribirle mediante la corbeta *Rhin*, pero como ese navío no marchaba a Francia pronto y nosotros esperábamos padres de un día para otro, estaba contento esperando su llegada.

[2] Le hablaría, reverendo padre, de nuestra travesía de Tahití a Wallis; pero no puedo dejar de hablarle de nuestra llegada a Wallis para encontrar a sus hijos, hablo del pueblo de Wallis. Sí, los llamo sus hijos. Cuando descendimos a tierra, todo el pueblo nos esperaba en la orilla. No sé cómo expresarme para hacerle comprender con qué alegría nos recibieron. Son nuestros padres, decían. Quedé edificado al encontrar este pueblo. Tiene quinientos o seiscientos; eran bárbaros y ahora son dulces, virtuosos. Día y noche hablan de la Sma. Virgen, rezan su rosario, cantan cánticos y las letanías de la Virgen la mayor parte del tiempo. Verdaderamente, reverendo padre, la Virgen quiere que usted sepa de estos hijos que han llevado la fe a este pobre pueblo.

[3] Padre, no le hablaré de nuestro paso por Wallis. Y le diré que quiero la sotana que tenía el padre Chanel en el momento que fue martirizado. El padre la había expuesto para quien la quisiera, lo que produjo un efecto en nosotros, recién llegados.

[4] Reverendo padre, le hablaré de mi propia persona.

[5] Voto de castidad. Tengo a menudo tentaciones muy violentas y me ha sucedido muy a menudo que me costaba mantenerme.

[6] Obediencia. A menudo me resisto a hacer las cosas por el modo como me son mandadas. A menudo creo que mi sentimiento vale más que el de mis superiores.

[7] Pobreza. – Aún me siento apegado a algunas cosas. Si me examino y me digo a mí mismo si tal o tal cosa me atrae, encuentro que no tengo aún el espíritu de pobreza.

[8] Abnegación. Me falta aún el espíritu de mortificación. Si recibo alguna reprimenda, en lugar de sacar provecho, murmuro la mayoría de las veces. El orgullo no está desarraigado en mí.

[9] Ejercicios de piedad. No he dejado de hacerlos, pero con distracciones, sin fervor, con frialdad, con sequedad, sobre todo en la oración y el examen particular.

[10] Situación. No he experimentado aún desaliento en mi vocación. Pero, ay, no he conocido bien aún las obligaciones de la vida religiosa ya sea en la obediencia, o en la renuncia a mi propia voluntad, o en otras obligaciones; sin embargo me atrevo a esperar que con la ayuda de la gracia de Dios, la protección de la Virgen María y el apoyo de sus oraciones a las que me encomiendo para que pida por mí a la Sma. Virgen, seré un buen religioso. Acuérdese de mí en su meditación. Lo necesito.

[11] Reverendo padre, mi situación con el padre Calinon es un poco penosa. Me inclino a pensar que está descontento de mí por su manera de mandarme. No sé si lo aguantaré y si estaré obligado a pasar toda mi vida con él. Le diré que él me dificultaba ir con él. Siempre lo temí aunque no sabía que era un padre provisional. Lo que hace se debe quizá a que le falta caridad a mi persona.

[12] Le diré unas palabras sobre el padre Chevron. Elogio su dulzura, siempre alegre y lleno de fervor, de caridad con los hermanos, conmigo. Le comparaba con monseñor de Amata; reverendo padre, si la obediencia me pidiera ir a juntarme con él algún día…; pero que se cumpla la voluntad de Dios, no la mía.

[13] Vea, padre, cómo vivo con el hermano Attale. Nos levantamos todos al despuntar el día para hacer la oración y nuestra meditación. Cuando se acaba, el hermano Attale toca para la primera misa en la que hace de monaguillo, yo voy a calentar la sopa y después hago de monaguillo en la segunda misa. Cuando están juntos los tres padres, hay un chico de Wallis que hace de monaguillo en la tercera. Después desayunamos y seguidamente cada cual a su trabajo. La mayor parte del tiempo yo trabajo fuera. El

hermano va a visitar a los enfermos y alguna vez vamos juntos. Gracias a Dios nos encontramos bastante bien juntos.

[14] Padre, recuerdo lo que nos dijo usted la víspera de nuestra marcha, que había que decirle lo que plantamos. Vea los detalles.

[15] Tenemos repollos, cebollas, alubias, verduras, tubérculos amarillos, trigo de Turquía, patatas dulces. Todas esas cosas de que le hablo las sembramos todos los meses, lo que hace que todos los meses sembremos un poco y que tengamos siempre en cantidad. El año pasado hicimos también una plantación de ñame, una plantación de banana y una plantación de setecientas a ochocientas piñas tropicales. Podemos tener también melón del país durante todo el tiempo y en cantidad.

[16] Padre, tendría otras cosas que decirle, pero como puede ver no sé escribir. Reverendo padre, le hablaré de un joven de mi país que era íntimo amigo mío. Estaba en el servicio cuando partimos de casa con monseñor. Se encontraba en Saint Etienne. Ya le habíamos hablado.

Cuando embarcamos se encontraba en Toulon. Me pidió la dirección de usted. No pude dársela y embarcamos sin que lo supiera. Su tiempo de servicio debe haber acabado. Reverendo padre, me atrevo a pedirle que si se presentara ahí, le recibiera para el servicio de la buena madre de los maristas. Su nombre es Jean Marmoiton, el mismo apellido del hermano Blaise.

[17] Pensaba esperar la llegada de monseñor Epalle, pero como tarda mucho aprovecho la ocasión que se presenta; quiero hablar del viaje del padre Calinon.

[18] Acabo con un abrazo cordial; me atrevo a esperar que seré toda mi vida su hijo de la Sociedad de María.

Reynaud, todo por Jesús y María.

458 : La llegada del Rey George

6 enero 1846. – Charles Eugène Mathieu a su hermano

Mathieu era entonces visitador

Uvea, querido hermano,

[…] [15] El 11 de noviembre embarcaré de nuevo para ir a Tonga. Al levar el ancla corrimos algunos peligros. La corriente nos arrastró contra los arrecifes y el timón se salió de sus goznes. A pesar de todo pudimos salir sin averías y nos dirigimos a la isla de Oneata, donde hay un paso entre dos inmensos arrecifes para salir del archipiélago. Lo franqueamos bien durante la noche bordeando los arrecifes a la luz de la luna.

Por la mañana un espectáculo curioso: el mar en que nos encontrábamos agitado, y el otro mar en calma con un color diferente encerrado entre los arrecifes que se perdían de vista. La tierra quedaba, pues. fuera de vista. El viento y la corriente nos eran contrarios. Para ir a Tonga seguimos la ruta por el nordeste para agarrar la brisa favorable, pero fue en vano. El mal tiempo continuó hasta el 15 y degeneró en una tremenda ventolera.

Pensábamos estar en Wallis el 19 pero cuál fue nuestra contrariedad al percibir las islas de los Navegantes. Debido a una corriente procedente del este cometimos un error de 70 leguas. El viento cambió y volvimos a tomar la ruta hacia Tonga gobernando el barco según la corriente que habíamos conocido. El 22 estábamos en la latitud de Tonga.

[16] Vimos unas montañas y pensamos que era Eua; nos acercamos. Nueva contrariedad. No era ni Eua ni Tonga. Tampoco sabíamos dónde estábamos. Al día siguiente fuimos a explorar esa tierra y reconocimos estar en Ono-Hau, una isla entre Fidji y Tonga. La corriente había cambiado de dirección, como suele ocurrir en estos parajes, y nos apartó unas 70 leguas de nuestra ruta.

Ono-Hua está formada por un grupo de seis islotes, tan cercanos unos de otros que parecen una sola tierra; en las lenguas polinesias la palabra Ono significa seis, y rodeada por un cinturón de arrecifes sin paso alguno excepto para los botes pequeños. Allí es imposible fondear. El color de los habitantes es igual al de los de Tonga y Wallis y su lengua como la de Fidji. Parecen muy dulces.

La isla fue arrastrada a la herejía por catequistas metodistas de Tonga, pero con los metodistas ingleses se produjo un cisma e hicieron una secta aparte. Se puede imaginar lo que es eso.

Muchos habitantes subieron a bordo y entre ellos uno de los principales jefes que mantuvo con Dominique una larga conversación sobre religión

La conversación con Dominique cambió por completo a ese pobre hombre , que sólo nos conocía por los informes calumniosos de los metodistas. Se acercó a mí y me dijo que él había sido el principal causante de la introducción de la religión protestante en la isla pero que se arrepentía de ello, que él y todo el pueblo estaban cansados de los golpes, incordios y todo tipo de malos tratos que habían tenido que sufrir con esa religión, que se había enterado que la gente de Wallis y Futuna estaba encantada con nosotros y que nuestra religión era la verdadera, me pedía que quedáramos con él, que sería bien recibido y que todos estarían pronto con nosotros.

Le dije que sí deseaba quedarnos con él y hacer feliz a su isla, pero que antes debía cumplir el mensaje que me había encomendado mi obispo, a quien vería pronto a la vuelta, le hablaría de sus disposiciones y las de su pueblo y que le enviaría misioneros lo antes posible para ocuparse de la isla. Ojalá esa semilla produzca fruto algún día.

[17] Después nos alejamos de Ono-Hau y el 29 teníamos Tonga a la vista. Entrábamos en el paso hacia el anochecer; al esconderse, el sol dejaba en el mar un rastro de luz que nos impedía ver los arrecifes. Fuimos a encallar en el mismo lugar donde encalló Dumont d'Urville en su primer viaje, pero nosotros tuvimos la suerte de poder desatascarnos fácilmente. Era ya de noche cuando llegamos a la rada y el barco encalló otra vez envuelto en tinieblas.

Tuvimos la suerte de que tiraran del barco y pudimos echar el ancla a medianoche. Era la segunda vez que estaba en Tonga. El día siguiente fui a ver a los padres en el pueblo de Pea, donde los católicos nos acogieron con todo tipo de saludos.

La pequeña cristiandad de Tonga va progresando lenta pero continuamente. El ya convertido se mantiene muy bien y cada día se convierten otros nuevos. Ahora son cuatrocientos cincuenta, la mayor parte bautizados. Razones políticas y el afán de los protestantes obstaculizan la conversión completa de la isla, pero creo que no tardará mucho en llegar el momento de esa gracia.

[18] Durante mi estancia, el rey de Vava'u y de Ha'apai, Taufa'ahau, fue nombrado rey de Tonga con el nombre de George Tubou, en sucesión de su tío abuelo. Este evento está a punto de provocar la guerra. Podrá quizás ocasionar en la isla una conmoción favorable a la religión.

Taufa'ahau es el principal promotor del protestantismo en estos archipiélagos. Anteriormente hizo guerras y masacres en Tonga para propagar su secta; aún ahora es temible y temido en todas partes. No sabemos si volverá a su rol de perseguidor o si quedará indiferente.

En Tonga tiene cantidad de enemigos y muchos grandes jefes no han querido cooperar a su nombramiento. Los padres piensan que esa división podría conducir un día a la guerra.

Fui a visitarle en su morada de Nuku'alofa y le pregunté sobre si era cierto el rumor que corría de que llevaría la guerra a Wallis, a las islas de los Navegantes. Me aseguró que tales rumores eran falsos y que no tenía tal intención, que dos de sus piraguas iban a partir para las islas de los Navegantes, pero que tan sólo iban a llevar unos catecúmenos tongianos.

Maatu, rey de Nuatoputapu se trasladó de Futuna a Fidji, donde faltaba poco para asesinar a los padres por las calumnias atroces que él propaló contra ellos. Desde allí se fue después a Vava'u a pedir a Tuafa'hau que llevara la guerra a Wallis, pero como éste se disgustó, abandonó su tripulación en Vava'u y montó a bordo de un ballenero en Niuha diciendo que puesto que no le querían ayudar se haría papista. "Como el humo se dispersa así los dispersas tú; como la cera se funde en el fuego así perecen los infieles ante el Señor" […]

[21] Al llegar a Wallis encontré una goleta nueva que había comprado moseñor a un armador francés que la había construido en Tahiti y que se quedó con la nuestra. La que yo utilicé para hacer mi viaje no podía llevar convenientemente a un obispo; era demasiado pequeña y carecía de un camarote interior habitable.

Había que estar siempre en el puente, expuesto a la calma y al calor ardiente del sol, al mal tiempo, a la lluvia y al balanceo del mar. La *Étoile du Matin* es más grande y dispone de un camarote pequeño bastante decente; en este navío se embarcará el padre Junillon para Sidney. Yo me quedaré aquí hasta nueva orden atendiendo la parroquia de Saint Joseph y ayudando a monseñor en sus funciones.

Tu hermano, Eugène Mathieu, misionero.

Al pasar por Tonga, el padre Dubreuil, que había ido como visitador, se lleva a Sidney al padre Grange, en mal estado de salud. Una vez restablecido, el P. Grange irá a Balade en Nueva Caledonia.

497 : "Nada nuevo bajo el sol"

2 abril 1846. – Joseph Chevron a sus padres

Tonga, queridos padres,

[6] Nuestra misión sigue adelante aunque lentamente. Es raro que pase un domingo sin alguna conversión. Los infieles y los herejes parecen haberse desprendido de las apariencias de amistad y atención que nos testimoniaban al comienzo. El jefe del partido protestante, muerto hace algunos meses, ha sido remplazado por el rey de Ha'apai y Vava'u, del que he hablado varias veces, el rey George Tobou.

Ahora reside en Tonga y le veo de vez en cuando. Nos recibe muy bien, le gusta hablar de religión; es catequista protestante. Un día, estando él presente, tuve una discusión con el misionero protestante, en la que, cuidando unir a los razonamientos los buenos modales, hablé con la mayor calma posible bromeando agradablemente en la discusión, siempre con una expresión de amistad.

Ese modo de comportarme y de hablar contrastaba con el aire de apuro, temor y cólera del misionero. Creo que ante el jefe y el pueblo las formas pueden contribuir más que el peso de las razones a hacer que se rindan. Después de esta discusión, algunas palabras del jefe a favor nuestro, aunque continuaba como catequista, hicieron que el pueblo pareciera rendirnos simpatía por primera vez.

[7] Pero la simpatía no convertía a mucha gente. Bendito sea Dios. Aquí, como en Francia y en Europa, se imitan fácilmente los vicios de los grandes pero no sus virtudes. No pretendo igualar a los grandes de Europa con los de Tonga, sin embargo hay que decir que la influencia moral es igual en todas partes. También aquí hay capital y provincias, ciudades y pueblos rurales, nobles, plebeyos y montañeses. Hablo de la moral y de la influencia moral.

Es algo inconcebible ver qué marcadas están las diferentes clases. Los jefes tienen un aire de dignidad y de modales más nobles que los demás y ese grado de nobleza en sus modales está relacio-

nado con el nivel de su categoría. Los acompañantes de los jefes o, si no profano los términos, los cortesanos se sienten ofendidos con esos modales.

En cambio, los nativos que viven en plantaciones separadas o alejadas de los jefes tienen un aire rústico que se deja notar sobretodo cuando están en presencia de los jefes o de sus acompañantes. De acuerdo con la etiqueta, ocurre también que cuando alguien se presenta ante un jefe se rasque los hombros o los brazos, o los riñones, pasando la mano derecha sobre o debajo del brazo izquierdo para fingir un aire de confusión en su presencia. Se hace sobre todo cuando hay que pedirle algo.

[8] Tenemos también la clase de los dandis o elegantes; son jefes jóvenes y jóvenes que se juntan con ellos y suelen acompañarlos. Ponen todo su afán en cuidar su cabellera y en cortarse el pelo de acuerdo con la moda. El modo de andar, de hablar, de anudar sus *tapa* y su cinturón es para ellos todo un arte. Y ocurre lo mismo con las chicas.

Las chicas que viven en los fuertes principales se sentirían humilladas si se casaran con un joven *kaï fonua*, devorador de tierra[…] a no ser que se tratara de algún jefe muy por encima de ellas. Le diría de paso que en este momento mi mayor dificultad es lograr que se casen los jóvenes. Aquí las chicas hacen también de marisabidillas; creo que en este punto como en otros la religión regirá posteriormente su corazón. En Europa es el dinero el que cubre los defectos, aquí son la nobleza y la hermosura; en una palabra, aquí las mujeres son tan locas como en Europa.

[9] Al cambiar de hoja me doy cuenta que he incurrido en una digresión un tanto curiosa. Si Salomón dijo que no hay nada nuevo bajo el sol, eso quiere decir que lo que hoy existe es lo que ya antes existía. Se podría decir también: aquí ocurre lo mismo que en otros lugares; países más o menos grandes pero con pasiones iguales. Por doquier la misma fisionomía moral aunque a una escala más o menos grande.

[15] Como simple episodio les diré que en este momento envío a pasear a nuestros hermanos. Desde hace ocho días que llegó la goleta no creo haber tenido ni un cuarto de hora sin verme agarrado o por los asuntos de la casa o por los nativos; también ustedes pueden darse cuenta.

[16] Tengo que decirles una cosa. Ustedes han preguntado sobre monseñor de Amata, que me ha escrito por esta goleta y que

me encarga que les dé recuerdos. Parece que su misión va bien pero con mucho sufrimiento. Ustedes le habían pedido, digo, algunos objetos curiosos; me proponía recibir varios objetos que nos podrían regalar para enviárselos. Pero he sabido que los objetos enviados a Francia anteriormente desde diversas misiones han llegado completamente averiados. Eso me ha desanimado; además el coste de transporte ha sido inmenso; sin embargo me he aventurado a enviar al padre Dubreuil, que ha de volver a Francia, un cesto de conchas, dos peinetas del país, un trozo de *tapa* y un pequeño rompecabezas. Llegará un día en el que sea más fácil hacerles llegar todos esos objetos. Ah, olvidaba que les he enviado también un tejido que sirve de vestido; los de dormir son más fuertes y normalmente más gruesos.

[17] Termino con un abrazo. Pidan al Señor por mí. Joseph Chevron.

946 : Triste situación de la misión

8 octubre 1850. – Joseph Chevron a Jean Claude Colin

Tonga. Reverendísimo padre,

[1] Hace unos meses recibimos una carta de monseñor de Enos anunciándonos que como su goleta se había destrozado en los arrecifes de las Navegantes al marchar de aquí, mediante una corbeta francesa que viajaba a Sidney había ordenado fletar una goleta para la visita de las misiones. Como creemos que su visita no se retrasará mucho, voy a escribirle unas líneas sobre nuestra situación para que no me pille de improviso. Como seguramente sabrá, aquí somos cuatro padres. Los padres Calinon y Piéplu están en Pea y yo aquí con el P. Nivelleau.

Aunque los de Pea padecen el mismo mal, e. d., demasiado inamovibles de su fuerte, aún nos vemos de vez en cuando: en la conferencia teológica del primer martes de cada mes y alguna otra vez a lo largo del mes cuando alguna circunstancia lo pide. Sin embargo yo habría deseado fijar encuentros cada quince días.

Nuestros dos “inamovibles” han creído que no podían fijar no ya una regla sino ni siquiera una cuasi regla. El P. Calinon está sumergido en la medicina, tanto que creo sería recibido pronto en alguna facultad de Francia; nosotros estamos algo más holgados en Mu’a teniendo en cuenta, al menos yo, que necesito más ocu-

parme de mi alma que del cuerpo de los otros. Lo cual no impide que curemos igual de gente.

Agradezco a la providencia que me haya dado el P. Nivelleau, si bien el P. Piéplu hubiera sido para mí un tesoro. Me ayuda mucho con los ejemplos que me da a pesar suyo, y con sus consejos aunque a veces tengo que sorprenderle de sopetón. Ahora me encuentro mucho más tranquilo respecto a algunas cuestiones teológicas que anteriormente me inquietaban y que ahora tratamos de vez en cuando. Podemos equivocarnos en las decisiones, pero pensar que actuamos de común acuerdo y opinión, como hermanos que quieren el bien, te da al menos una seguridad tranquilizadora.

En este momento estamos hablando de la absolución sin condiciones, que nos parece haber quedado completa o excesivamente descuidada en Europa, sobre todo visto lo que dice San Ligorio. En una carta anterior le rogaba, padre, que nos diera algunos consejos y normas a tomar respecto a los matrimonios entre neófitos protestantes administrados por los pastores protestantes y frecuentemente divorciados. Existe hoy una confusión que no puede ser mayor; decisiones más comprensivas nos consolarían algo.

[2] El P. Nivelleau es de salud débil; pero veo que el régimen que seguimos aquí en Mu'a le será más favorable que el de cerdo salado que siguen los padres en Pea. Su salud como lo demás está en manos de la providencia. Nos turnamos para atender los domingos la estación de Hahake. Él hace instrucción y catecismo.

El P. Calinon pensaba últimamente que perdería casi la vista. Lo atribuimos a la falta del tabaco rapé. Pero va mejor. El P. Piéplu, aunque aparentemente tiene buena salud ha estado indispuesto varias veces y sobre todo estos últimos días, que ha tenido que guardar cama unos diez días.

Yo tuve últimamente una indisposición que me retuvo en cama dos días, y ocho sin salir de casa; fuera de eso no siento otros males, si bien es cierto que no soy capaz de soportar grandes cansancios. El Hº Jean Raynaud está bastante bien; también pagó tributo últimamente a la enfermedad. Creo que es todo sobre el personal.

[3] Hablarle de material sería algo inútil; en esto como en cualquier otra cosa "tantas cabezas, tantos sentimientos; tantos hombres, tantos pareceres". Personalmente creo que hay que ponerse en brazos de la providencia, dejar que los superiores actúen a su voluntad, excepto sufriendo por ello ni tampoco a veces murmurando; pero pensar que a fuerza de reflexiones, avisos, etc., se pueda llegar a algo bueno me parece un error, porque nosotros

pertenecemos a los hijos de la luz, que, según van las cosas, no parecen ser muy prudentes.

Sin embargo le diré de paso que admiro la sabiduría con la que está regulada la administración temporal de los misioneros protestantes. Creo que a veces yo he murmurado, pero con la gracia de Dios espero corregirme en el futuro. Hablando materialmente, querer que todo esté bien reglamentado me parece ir contra el texto evangélico al que he aludido antes; creo que ahora hay errores, y creo también que los hay furiosamente probados; pero creo que cada cual cree hacer lo mejor, estoy hablando de la administración temporal de la misión.

[4] Esperamos a nuestro visitador al que pedimos disculpas por agobiarle con tanto esquemas y descripciones; pero a él le corresponde aclararse con monseñor, siempre dentro de la caridad y de la obediencia. En cuanto al alojamiento, creo que nuestras estaciones están pasablemente bien para el país en que nos encontramos. Pero el misionero que quisiera dar a lo material de los establecimientos los cuidados que razonablemente debería darle, si tuviera tiempo tendría siempre la tarea encima; pero también tenemos la misión, de modo que al faltar el mantenimiento el estado de los materiales se deteriora muy pronto.

[5] La misión va siempre igual, es decir, progresando sin hacer ruido y en medio de las contradicciones de todo el mundo. Parece que los que pueden hacernos daño no lo olvidan, y los que podrían ayudar a la misión lo descuidan del todo si es que a veces no obran en contra. Hay que ver lo que hacen contra la misión los protestantes, y la indolencia de los nuestros que podrían ayudarnos, si es que a veces o por ignorancia o por mala voluntad no trabajan para hacernos mal. Uno estaría tentado a pensar que todo está perdido, y sin embargo uno ve después que se hacen grandes progresos.

Uno de los jefes más influyentes de Tonga, el joven Tugi, con quien pensábamos contar, pues de acuerdo con el Tui de Tonga me había solicitado, se hizo protestante en abril pasado. Ha desplegado un increíble ardor de proselitismo; el misionero protestante, los jefes, los catequistas, que son no menos de doscientos en Tonga, y el pueblo, todos ellos llenos de celo, recorrían las casas para lograr conversiones; el día que entró el jefe en el templo protestante iban con él más de cien antiguos conversos protestantes.

Después ha hecho aún esfuerzos increíbles; todo anunciaba que nosotros debíamos acabar pronto. Pues bien, después de todo aquí

estamos hoy con ciento catorce conversiones al catolicismo, de infieles o de protestantes, sin saber de dónde nos llegan. Hablo solamente de nuestro distrito de Mu'a y Hahake; no sé el número exacto de convertidos en la parroquia del P. Calinon. Los que se alinean con nosotros son generalmente nativos poco destacados.

Tenemos algunos grandes jefes, pero poco influyentes. De modo que ahora nos inquietamos menos pues sabemos que la providencia está ahí y que puede utilizar como quiera para el éxito de la misión incluso las cosas que le parezcan diametralmente opuestas.

[6] Hasta el momento tenemos en Mu'a y sus dependencias cuarenta y un bautismos. Desconozco el número de los de Pea. En la parroquia de Mu'a contamos con ochenta y siete comulgantes. Hasta el día de hoy se acercan a los sacramentos cada cinco semanas o dos meses.

[7] No nos privan de las calumnias más atroces y repelentes; hemos sido acusados nominalmente de crímenes hasta con todos sus detalles, a los que dan crédito -¡cómo no!- cierto número de protestantes. Yo no pretendí defenderme; simplemente me reí. Me parece que es la respuesta mejor. Al pasar por la iglesia, hablé de ello en presencia de cantidad de protestantes de Vava'u y Ha'apai que habían ido a oír la instrucción; cité las palabras de nuestro Señor "perdónalos; no saben lo que hacen" y otras semejantes. Y eso fue todo.

1081 : El hermano ideal… según el P. Calinon

8 y 11 noviembre 1851. – Philippe Calinon a Jean Claude Colin

Pea, Tongatapu. Reverendísimo padre,

[3] Reverendo padre, si no temiera rebasar los límites del respeto que le deben sus hijos e ir contra las reglas de la administración y usted supiera que lo necesitamos, le pediría un hermano para la estación de Pea ya que mi compañero el padre Piéplu está frecuentemente enfermo y el servicio de la casa necesita hombres robustos y especialmente sin la carga del servicio temporal.

Imagínese cómo marcha todo esto cuando además he de dedicar mi tiempo a cuidar un enfermo. […] Piense en ello, por favor,

desde su sensatez; si encontrara difícil conocer las cualidades del hermano que considerara oportuno enviarnos, tenga en cuenta las exigencias de la misión de Pea.

Si fuera posible, necesitaríamos un hombre de campo criado en la agricultura, sin excesiva agudeza ni ciencia mundana, sin demasiada labia ni demasiada confianza en sí mismo, sin demasiada elegancia en el porte, sencillo ante quienes debe obediencia, avaro de su tiempo, dedicado a sus quehaceres, amigo de Dios y sabiendo ordenar su trabajo sin perjuicio de los ejercicios de piedad, bueno y reservado con los nativos, sean paganos o neófitos.

Además tendrá los trabajos en el exterior que él quiera, excepto el de acompañar a veces a uno de nosotros en las salidas. Que sepa lavar la ropa, coser, cocinar y algunos otros detalles de labores. Así lo querría yo.

Pero si cree que puede atender la petición que le hago, procure que no nos lo arrebaten al pasar por los lugares en que deba abordar al venir hacia aquí. Insisto en lo de hombre de campo porque tengo miedo de los hombres de ciudad que han tenido empleos elegantes, que han viajado mucho, que tienen costumbres burguesas y que buscan exhibirse en el exterior.

El hermano Charles Aubert es un ejemplar de eso, y el hermano Paschase [Saint Martin] ha estado a punto de ser su segundo tomo. Un buen día nos llega de Fidji en una piragua de nativos. Se había escapado de los padres de Lakeba y viene a la espera de un navío para volver a Francia. Monseñor le ha dejado aquí y, a petición suya, hará que lo devuelvan a Fidji, pero ¿qué garantía ofrece para el futuro? Creo que poca.

[4] Por favor, padre, recuérdeme en sus santos sacrificios y téngame en los Sagrados Corazones de Jesús y María como querido y respetuoso hijo suyo. Calinon, padre marista.

[5] Post Scriptum. Del 11 de noviembre. Monseñor acaba de decirme que ha decidido dejar el Hº Paschase en Pea. Lo siento muchísimo dados su carácter y sus antecedentes; me espanta el que pueda perjudicar a la misión. Lo único que he obtenido de Su Excelencia es la promesa de sacarlo dentro de un año si aún estuviera aquí.

En abril 1852, el rey George, con cuatro mil tongianos de Ha'apai y de Vava'u, sitia el fuerte de Pea, donde hay quinientos paganos y católicos con los dos padres maristas.

Hace correr el rumor de que los franceses quieren enviar un barco de guerra para invadir y anexionarse Tonga y que los misioneros han almacenado armas y pólvora en Pea. Se trata de una guerra puramente política so capa religiosa.

1185 : El ataque a Pea

Octubre 1852. –Informe de Philippe Calinon a Théogène-François Page, gobernador de Tahiti, sobre la guerra en Tonga.

Excelencia,

[1] El jefe Toubou, conocido por los europeos como rey Georges, ha declarado la guerra a Lavaka, jefe de Pea. Las causas de la guerra estaban entonces vagamente expresadas. La opinión pública de los dos partidos no ha conocido más que el odio de Georges a la misión francesa y a Francia. Los capitanes Morvant (capitán del *Adolphe*), Maurice (capitán del *Courrier de Bordeaux* después del *Polinésien*) y Declos (capitán del ballenero del Havre *Gustave*) han experimentado en diversos momentos sus efectos.

[2] Los sacerdotes franceses residentes en Tonga han sufrido en silencio durante mucho tiempo. Largo tiempo hemos aguantado la opinión que nos señalaba como enemigos del rey Georges. Ahora los hechos hablan por sí mismos.

[3] Las hostilidades estallan. Georges nos envía la orden escrita de salir inmediatamente del fuerte de Pea. Le respondemos que, sin ser sus enemigos, el ministerio nos exige quedar con nuestros fieles. Pea está sitiado.

[4] De paso por Tonga, Mons. Bataillon escribe a Georges sobre la guerra; la carta provoca invectivas, queda sin respuesta y el portador de la misma es amenazado de muerte.

[5] Plantaciones destrozadas, comunicaciones con el exterior prohibidas, católicos del ejército de Georges tratados como casta aparte. Se vigila cuándo celebramos los oficios públicos para lanzar disparos de mosquetero más fuertes que de ordinario. Desde los campos del entorno de *Pea* llegan torrentes de sarcasmos y provocaciones contra nosotros y nuestra patria. Me ruborizaría re-

pitiendo aquí las injurias que un bárbaro se atrevió a lanzar contra mi país. Y así día y noche durante cerca de cinco meses.

[6] Llega a Tonga una corbeta inglesa, la *Calliope*, comandada por Everard Home. Georges ofrece la paz. Es aceptada y concluye. Entra en el fuerte de Pea como amigo, pero la careta desaparece; nuestra iglesia es saqueada y demolida, nos despojan de todo, con cabañas derribadas y suelos excavados. Georges se vanagloria de haber aplastado por fin a Francia y su religión. Ve a un católico de su ejército, lo amenaza, lo maltrata y le apunta para matarlo. Se interpone un subalterno y salva al infeliz.

[7] En nuestro establecimiento había dos misioneros. Los dos estaban enfermos. Días antes el P. Piéplu había sido herido gravemente por una bala y las privaciones del asedio habían causado al P. Nivelleau una fuerte disentería. Los dos vieron los rompecabezas sobre su cráneo y los fusiles apuntando a su pecho. Si no se hubieran interpuesto unos católicos del ejército enemigo habrían sido asesinados con ellos. Los salvaron unos protestantes, porque el pueblo nos quiere; es el miedo a Georges lo que los mantiene alejados de nosotros.

[8] Sin embargo la población de Pea huye, y cae en el cinturón del campo enemigo. Es retenida allí a la fuerza a la espera de lo que establezca Georges sobre su suerte. Los paganos quedan libres por hacerse protestantes. A los católicos se los amenaza y golpea para que apostaten. Algunos son débiles y su apostasía les alcanza la benevolencia del vencedor. Los que se mantienen firmes son exiliados a las islas en las que la religión de Francia está proscrita. Otros son repartidos como esclavos y son tantos los tormentos que cada día se ven nuevas defecciones, que no desaparecerán hasta que no quede ya ni un católico en Tonga.

[9] Se dice que, después de esa escena, Georges recibió algunas severas observaciones del comandante Everad Home sobre la violación de la paz y sobre su comportamiento con nosotros, comportamiento del que bien podría haber informado a Francia. Georges preguntó si le despojarían de sus estados y qué debería hacer en caso de ser atacado. Y le habría respondido que el tratado entre potencias les obliga a no tomar posesión de nuevas tierras en Oceanía, pero que si venían para enderezar entuertos no tenía más que resignarse y dejar hacer. El susodicho comandante partió sin dirigir a Georges los saludos acostumbrados.

[10] Cuando salí de Tonga, Georges estaba en las islas donde había enviado los católicos proscritos. Se decía que iba a volver para acabar de sacar partido de aquellos a los que llama sus esclavos rebeldes. Entretanto, tienen prohibido cualquier acto exterior de su culto. Todo emblema religioso es buscado con afán y destruido. Apenas si existe relación entre los misioneros y sus neófitos por miedo a ocasionar nuevas represiones.

[11] Eso es lo que pasaba en Tonga el primero de septiembre cuando yo salí de allí. Pero las violencias de Georges no se limitarán a ese archipiélago. Sus emisarios nos persiguen ya en las islas Fidji. El rumor público anuncia una próxima expedición a la isla de Wallis. Nuestro enemigo no se detendrá hasta que el catolicismo sea aniquilado, y consecuentemente toda simpatía hacia Francia, en la Oceanía central.

[12] Esos son los hechos, señor gobernador; a mí no me pertenece sacar las conclusiones.

[13] El misionero puede dejar que lo insulten. Si es necesario puede plegar su tienda con tanta fatalidad como el pastor. Una nación no es igualmente libre, tiene algunos compromisos con su honor. Si Francia no pudiera poner freno próximamente al furor de Georges, nosotros nos veríamos obligados a buscar una tierra más feliz, pero sería prudente prevenir inmediatamente a las obras que ondean nuestra bandera que para ellas es muy peligroso presentarse en Tonga y muy pronto en los archipiélagos vecinos.

[14] Sírvase etc.,… Calinon, sacerdote misionero.

1281 : Divergencia de pareceres

11 septiembre 1853. –Pierre Bataillon a Jean Claude Colin.

Apia, reverendísimo padre,

[14] Ya conoce toda la historia del padre Calinon. Tengo que hacerle una observación importante al respecto. Según las cartas y los informes que ha enviado a Francia y que él mismo me ha co-

municado, está persuadido -y trata de persuadir a todo el mundo- de que todas las misiones del centro serán destruidas necesariamente por el famoso rey Georges si Francia no acude a detenerle en su rápida carrera. Es preciso que sepa que solamente él piensa de ese modo. Yo jamás he sentido ni la mínima inquietud sobre este punto – y de hecho ya no se habla para nada de los viajes del rey George.

Está en Tonga tranquilo, haciéndose vigilar constantemente por miedo a ser sorprendido. Tiene bastante que hacer en su casa sin ir a la de los demás, y si por casualidad fuera a otros para hacerles abrazar su religión, posiblemente eso sería para ellos una razón para abrazar el catolicismo o bien el medio para quitárselo de encima. Si quiere confiar en mí, guárdese todos los informes del padre Calinon y no se los enseñe a nadie; a mi modo de ver, contribuirán más a perjudicar nuestras misiones que a ayudarlas. Según las últimas noticias de Tonga, parece que el rey Georges deja una perfecta libertad de conciencia.

[15] Según parece, el padre Calinon ha comunicado al obispo de Tahití todo lo tenebroso y exagerado de sus ideas, tanto que ha salido hacia Europa para reclamar una rápida ayuda. Si lo ve, vaya con suavidad y créale lentamente. Pierre, obispo de Enos.

El alarmismo del padre Calinon es en parte exagerado. En efecto, el rey George deja que continúe la misión de Mu'a por miedo a una intervención francesa.

El ministro de marina envía la corbeta *Moselle* del comandante Belland, que no cree útil intervenir. Sin embargo tiene que embarcar al padre Nivelleau, enfermo, que muere en la mar el 10 diciembre 1852.

El padre Calinon se presenta en Tahiti y luego en Lima para pedir ayuda al almirante du Bouzet. Bajo el mando del almirante se presentan en Tonga dos barcos. Du Bouzet obliga entonces al rey George a aceptar un tratado que garantiza a los católicos la libertad de culto.

Hay que esperar al año 1855 y a la intervención del comandante Laplace para que el acuerdo sea efectivamente respetado.

El padre Chevron queda toda su vida en Tonga y muere en 1884 a los setenta y seis años de edad.

El hermano Jean Raynaud muere allí también en 1903 con 83 años.

Fidji y Rotuma : dos misiones sin futuro 1844 – 1854

Tras la primera tentativa de evangelización en 1797, saldada con la matanza de misioneros protestantes, tres catequistas de la *London Missionary Society*, Taharae, Hatai y Faarua llegan a Tahití en 1826. Van a Tonga pero son arrestados y detenidos durante tres años por los jefes locales. En 1830 van a Lakeba y en 1832 a Oneata.

Los metodistas wesleyanos David Cargill y William Cross con un hombre de confianza del rey Georges de Tonga llegan a Lakeba en octubre de 1835: el reparto establecido con John Williams de *London Missionary Society* dejaba a los wesleyanos Tonga y Fidji, y Samoa a la LMS. El jeje Tui Nayau les ofrece instalación.

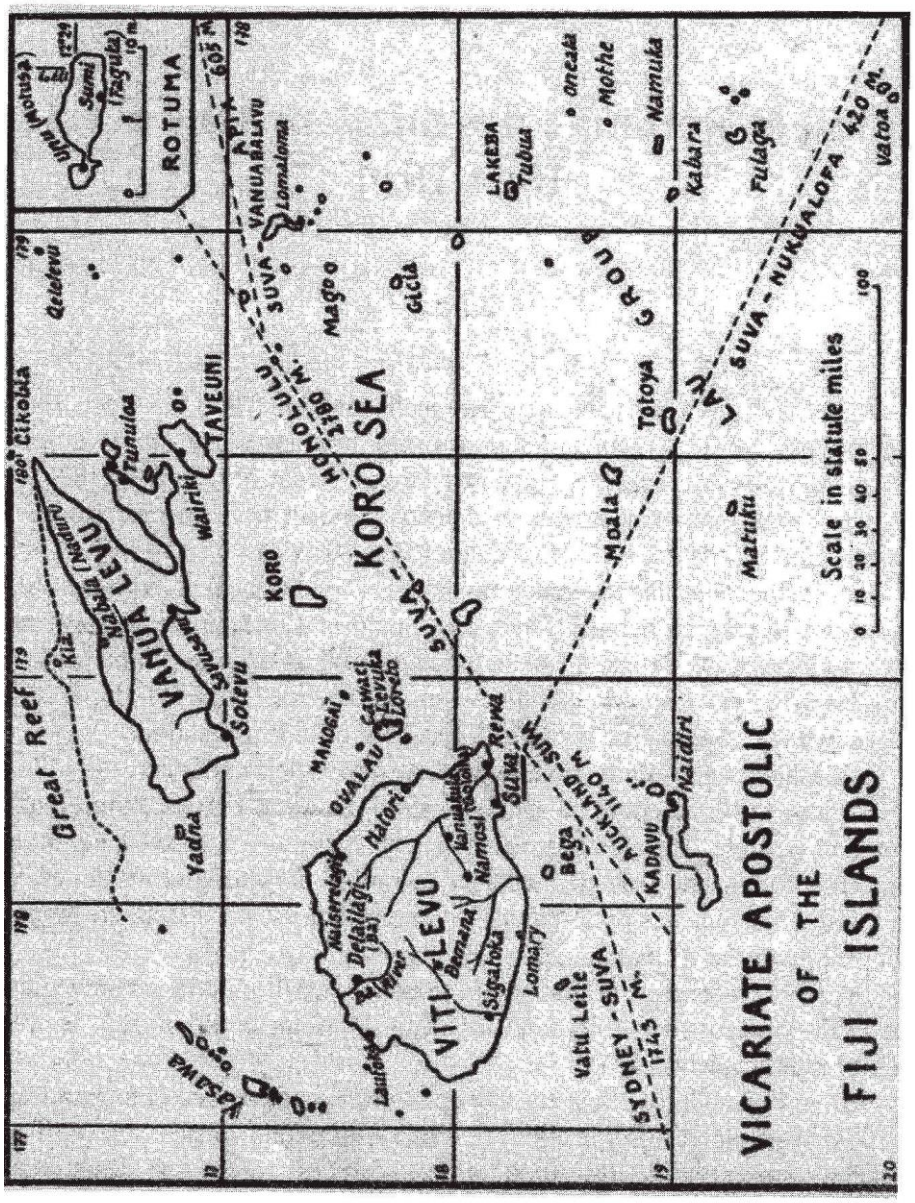
Una vez más, los maristas llegarán a un país ya conquistado.

En junio de 1842, en el viaje de vuelta de Futuna, monseñor Pompallier intenta crear una misión en Oneata y después en Lakeba, pero al final, a pesar de la favorable acogida de varios nativos tiene que retirarse a causa de la hostilidad de los protestantes. Pero deja en Lokeba a su catequista tongiano Moïse Matanavai.

Mons. Bataillon, reconociendo la importancia estratégica de Fidji, envía allí en 1844 en el navío *Adolphe* a los padres Bréhéret y Roulleaux, al hermano Annet y unos catequistas.

Llegado el 2 agosto, el piloto Simonet parte como agradecimiento y se entera de que el *Triton* ha ido a difundir la noticia de una “invasión papista”. Los jefes de Lakeba rechazan toda invitación y los Maristas tienen que retirarse a Namuka, donde los catequistas Paco y Antonio plantan valientemente una cruz de diez pies de altura.

Con ayuda de Moïse podrán crear difícilmente la estación de Lakeba. Las vejaciones son constantes, la indigencia terrible. La disentería está a punto de llevárselos pero dos pastores compasivos, los reverendos Calvert y Lith, los permitirán sobrevivir.


VICARIATE APOSTOLIC
OF THE
FIJI ISLANDS
Scale in statute miles
0 10 20 30 40 50 100
VANUA LEVU
VITI LEVU
KORO SEA
ROTUMA
Great Reef
Cikobia
Qelelevu
Kia
Nabila (Naduri)
Thuvuloa
Yadua
Solevu
Savusavu
Wairiki
TAVEUNI
KORO
Mbau
Nairai
Gau
Batiki
Ovalau
Kasavi
Levuka
Nakorotaba
Rewa
Suva
Bega
Kadavu
Naitasiri
Nakorotaba
Namosi
Sigatoka
Lomaiv
Vatu Lele
Nausori
Nandi
Lautoka
Ba
Rakiraki
Labasa
Nakasi
Nasinu
Nausori
Moala
Totoya
Matuku
Kabara
Fulaga
Lakeba
Tubua
Oneata
Mothe
Namuka
Vatoa
SUVA - NUKUALOFA 420 M.
SUVA - SYDNEY 1143 M.
SUVA - VANUABALAVU
VANUABALAVU - SUVA
MONOLUA - SUVA 180 M.
Lomaloma
Magoo
Gicia
Vanua Mbalavu
Qelelevu
Savusavu
Taveuni
Rotuma
Hofai (Motuta)
Solmi (Fagufau)

Otros, menos caritativos, cuentan que monseñor Bataillon se ha casado o que el Papa se ha convertido al metodismo.

El padre Mathieu irá a visitarlos.

458 : Una arriesgada navegación

6 enero 1846. –Charles-Eugène Mathieu a su hermano

Uvea, querido hermano,

… Iba a Fidji a buscar a los padres Roulleaux y Bréhéret que había dejado allí monseñor el año anterior. No teníamos ni un reloj de mar para conocer la ruta, ni mapa para orientarla. Sólo teníamos el primer mapa de Dumont d'Urville, muy incompleto e inexacto. Así que nuestra navegación se hacía muy difícil entre tantos archipiélagos sembrados de arrecifes y en unos mares surcados por corrientes fortísimas y cuya dirección varía sin cesar.

Pero la providencia quiso servirnos de guía. El día de Todos los Santos, hacia el anochecer, divisamos a lo lejos un inmenso arrecife sin tierra alguna alrededor. El día siguiente, ya más avanzados, percibimos una islita llana y avanzando un poco más apareció ante nosotros una multitud de islas. Habíamos entrado en las islas Fidji por un ancho paso en el noreste del archipiélago, desconocido creo por los navegantes. Durante el día y la noche fuimos bordeando todas esas tierras; nos vimos obligados a parar la ruta para no exponernos a chocar contra los arrecifes que llenan todas esas tierras. Ninguna piragua aparecía.

[9] Yo no sabía en qué lugar habían quedado los padres. Monseñor los había dejado en un islote llamado Namuka, pero no estábamos seguros de que permanecieran allí y tampoco sabíamos a qué lugar los habría trasladado la providencia. Así que yo iba a su encuentro como Telémaco al de su padre Ulises.

Fidji no es como los otros pueblos de Oceanía, que se apresuran a ir a bordo de los navíos.. Estas pobres gentes, sumergidos aún del todo en el salvajismo y el canibalismo, no imaginan que unos extranjeros vayan donde ellos si no es con la intención de perjudicarlos. Ven todos los navíos como enemigos y sólo esperan

la ocasión de poder detenerlos para matar y devorar a la tripulación.

[10] A pesar de todo, el 4 noviembre mandé acercar la goleta a una tierra llamada Cicia, del grupo de Lau. Mi intención era entrar en comunicación con los habitantes si se presentaban a bordo en pequeño número y sin armas, para obtener así información sobre la residencia de los padres y no andar inútilmente buscándolos.

Estábamos muy cerca de tierra; vimos a los habitantes corriendo en masa hacia la playa y afanándose por arrastrar hasta el mar grandes piraguas. Como había marea baja no podían lograrlo pero esperaban el momento en que chocáramos contra alguna roca para apoderarse de nosotros a nado y hacer de nosotros su cena. Supe después con certeza total que su intención era ésa. Esta isla era una de las más caníbales del archipiélago. Si hubiéramos chocado, seguramente esa noche no habríamos estado ante nuestro plato ordinario.

[11] Cambiamos la dirección y ordené dirigir el navío hacia Lakeba, donde sabía que residían algunos europeos y mucha gente de Tonga. Los pobres habitantes de Cicia hicieron pues el convite de Tántalo, que ofreció a sus invitados, los dioses del Olimpo, su propio hijo. Y además no dudan de que no hacían mal alguno amando de ese modo a su prójimo.

El sexto, un viejo marinero de la tripulación que había estado una vez en Lakeba, reconoció la isla. Nos acercamos y mediante un catalejo vimos a dos sacerdotes rezando su breviario a orillas del mar. La providencia nos había llevado justo frente a su casa.

El estrecho de Lakeba es la desesperación de los navegantes, tan difícil incluso con viento a favor que ningún barco se atreve a entrar por él, y nosotros teníamos el viento en contra. El capitán lo intentó dos veces y las dos fue repelido por el viento y la corriente. Yo, impaciente por encontrarme con los padres que parecían esperarme en la orilla, ordené lanzar al agua una lancha, y con Pierre y un marinero me fui a su encuentro. Nos costó mucho remontar la fuerte corriente que circula constantemente por ese estrecho. En el trayecto tuve que vaciar continuamente el agua que entraba a la lancha. Pero llegamos a buen puerto.

Mientras tanto, el capitán probó un nuevo intento y, con gran admiración de los nativos, lo logró. Después de zarandearse largo rato en el estrecho, a lo sumo cuatro veces mayor que la anchura de la goleta, logró vencer la corriente y fondear frente a la casa de

los padres. Es el primer navío que ha entrado en Lakeba con viento en contra. La hazaña nos valió la reputación de hábiles marineros ante los habitantes de Lakeba, lo que no deja de ser un gran mérito en su opinión.

Tongianos y fidjianos

[12] No voy a contarte todo lo que han tenido que sufrir nuestros misioneros en esta isla: el hambre, la enfermedad, la persecución. Tres veces en peligro de muerte, de la que los libró la providencia llevándose de este mundo a su más furibundo perseguidor. Probablemente podrás leer algún día en los *Annales* algunas cartas suyas, que serán muy edificantes, estoy seguro.

Lakeba está habitada no sólo por fidjianos, sino por mucha gente de Tonga que viene aquí para fabricar piraguas. He visto algunas de hasta dieciocho brazas de largo, que pueden llevar hasta tres o cuatrocientas personas. Fidjianos y tongianos son fácilmente distinguibles. El color y el idioma de los tongianos es casi el de la gente de Wallis mientras que los fidjianos son casi negros, con un aspecto plenamente salvaje y un idioma completamente diferente. Muchos de ellos tienen los ojos enfermos y empañados como si estuviesen cubiertos por una nube ligera, lo que puede ser atribuido, creo yo, al exceso de carne humana en algún tiempo.

Los hombres sólo llevan una simple cinta de *tapa* que apenas los cubre, y las mujeres un cinturón de follaje. Son ellas las que se ocupan de la pesca, de la cocina y hasta del cultivo. Tienen un aspecto plenamente horroroso. La poligamia es habitual aquí. Los jefes tienen hasta treinta o cuarenta mujeres, que son como criadas suyas. Cuando muere un jefe se estrangula a algunas para enterrarlas con él.

Están casi siempre en guerra. Después del combate se recogen los cuerpos que quedan en el campo de batalla. Van a ofrecerlos a los demonios en una casa o especie de templo a ellos consagrado. En gran parte son asados y después comidos. Se hace lo mismo con gran parte de los que desaparecen de muerte violenta, y suele ser gran parte de la población.

En Fidji hay también islas en las que se cazan unos a otros por los bosques con el único fin de comerse. Incluso en tiempos de paz, cuando un jefe encarga un festín en el que se haya de servir cierto número de cerdos asados, si no se pueden obtener fácilmente esos animales no tienen dificultad alguna en matar tantas mujeres cuantas se necesiten para completar el número deseado. Causa

pena ver cómo el imperio del demonio del homicidio domina aún a este pobre pueblo. ¡Cuándo llegará el día de su liberación! La Propagación de la Fe ha de intensificar la oración por él.

[13] Durante mi estancia en Lakeba fui a visitar solemnemente al rey de la isla. Es un individuo enorme ante el cual hasta el hombre más grueso de Francia parecería un niño. Se le podría dar el nombre de "el todopoderoso monarca". Se llama Tui Heao y reside en una gran y bella casa construida con toda la elegancia del país. Es lo más elegante y mejor de la arquitectura oceaniana que he visto hasta ahora. Fuimos con los dos padres, el rey de Futuna y el capitán de la goleta a presentarle nuestros respetos con las ceremonias acostumbradas, precedidas de una enorme raíz de *kava* que yo traje de Futuna. Nos recibió muy bien, me hizo sentar a su lado e hicimos el *kava* juntos.

Me preguntó sobre monseñor, sobre Wallis y Futuna y sobre la guerra de la que le había hablado Maatu, el mayor mentiroso. Traté de desmontarle el engaño de las calumnias que le habían contado, como la de que Francia se había apoderado de Wallis. Como prueba le presenté la bandera de Wallis que ondeaba en mi goleta y que demostraba el dominio de Lavelua, reconocido por Francia. Quedó contento y preguntó si también él podía esperar ese favor. Le dijimos que primero tenía que hacerse cristiano. Le recomendé que cuidase de los padres y favoreciera el establecimiento de la religión en la isla si es que la quería hacer feliz. Le regalé algunos dientes de ballena, que son el oro del país. Y quedamos como buenos amigos.

No es un rey malo, ve a los padres de vez en cuando y los aprecia pero no tiene mucha fuerza y poder. Está dominado por los tongianos que, como herejes, son enemigos y perseguidores de la religión. Tampoco quiere convertirse antes que los reyes de Bau y Somosomo (en la isla Teveuni), Viti Levu y Vanua Levu -que son los dos grandes reyes de Fidji- le den ejemplo o permiso. Si toma la iniciativa él, teme que se le echen encima esos dos reyes.

[14] La incipiente cristiandad de Lakeba es aún poco numerosa. Ha germinado en medio de la persecución y la miseria. Ha habido algunos bautismos y catecúmenos. Pero es aún muy poco como para hablar de ello. Los padres esperan mucho de la visita que les he hecho. Quiera Dios que así sea. Por lo menos he podido aliviarlos un poco en su pobreza dándoles harina, alimentos en conserva,

vino -habían consumido la última gota el domingo anterior a mi llegada- y algunos objetos para ganarse el afecto de los nativos.

Los objetos que más apreciaron fueron el *kava* que les proporcioné y un buen número de dientes de ballena. Tuve que bajarlos de la goleta durante la noche para que no los vieran los nativos. Sienten tal avidez por esas cosas que se habría corrido el peligro de invasión si los hubieran visto.

Los padres tienen una casita muy limpia que han construido ellos con dos nativos de Wallis. Está dividida en tres compartimentos. El del medio es la capilla; para los nativos es una gracia dejarles contemplar las imágenes que tanto avivan su curiosidad. Cuando desembarqué un cuadro que representaba a nuestro Señor en la cruz, la casa quedó enseguida rodeada de gente. No se cansan de contemplarlo, felices si comprenden su significado.

Mientras estuve allí establecí contacto con los principales de la isla, y entre ellos uno de los jefes de Somosomo, buen catecúmeno y muy amigo de los padres. Me encargó que pidiese de su parte a monseñor el envío de sacerdotes para establecerlos en Somosomo. Las palabras que me dirigió fueron muy conmovedoras. Vi también a otro anciano jefe de Bau, que deseaba lo mismo para su tierra. Dichosos los misioneros que tengan el gozo de ser los primeros en trabajar esas islas. […]

[22] Te ruego, querido hermano, que me encomiendes al recuerdo del señor obispo de Amiens, Jean Marie Mioland y que le presentes mis respetos, y también a los señores Maillard y Fornier, al señor cura de Saint Remi y a todos nuestros parientes y amigos. Encomiéndame a sus oraciones

Tu hermano, Eugène Mathieu, misionero

El jefe de Lakeba, Tui Nayau acaba dando un terreno a los padres. Sin embargo, en 1847 la comunidad sólo cuenta con cien catecúmenos.

Las conversiones no son muy numerosas en Fidji. No obstante, los misioneros, aunque mantienen la estación de la isla Lakeba, fundarán otras. En septiembre de 1851 fundan una en Somosomo -isla Taveuni- pero siguiendo las órdenes del padre Mathieu la abandonan el año siguiente para ir a Rewa en la isla Viti Levu y a la isla Ovalau.

729 : Dura misión

20 julio 1848. – Jean Baptiste Bréhéret a Jean Claude Colin

Jesús, María y José. Islas Fidji, Lakeba, Reverendísimo padre,

[1] Le escribo a toda prisa, en el tumulto de una visita, para darle a conocer mi situación actual. No he podido escribirle desde hace dos años. Mi salud se mantiene aunque mis fuerzas se debilitan. El Señor, que quiere purificarnos y hacernos verdaderos maristas, nos ha colmado de tribulaciones. No hablo del trabajo manual al que he tenido que entregarme casi continuamente; lo que me apena no es ese trabajo sino el no poder dedicarme a las labores eclesiásticas. La inacción en que nos hemos encontrado en relación al ministerio ha sido una prueba mucho mayor y más peligrosa. Se soportan bastante bien el menosprecio y las injurias; pero quedar en la inacción sin poder instruir a nadie, me parece que no es la vocación del misionero.

Poco a poco esa situación abate y debilita los ánimos; el celo se adormece y debilita por falta de su alimento natural. Es una prueba por la que se ha de haber pasado para conocerla; hay que reanimarse constantemente. El demonio se encuentra en su terreno, y usted sabe, reverendo padre, que no duerme cuando nosotros venimos a atacarle en sus últimos baluartes. Ya le había hablado algo del carácter de mi superior aquí. Creo, ante Dios, que le dije la verdad. Ha hecho grandes esfuerzos para corregirse de un defecto que no le impide ser un buen misionero, En esto no es el mismo. Desde que llegamos aquí ha sufrido mucho y con una valentía heroica.

[2] He releído rápidamente la carta del padre Grange, inserta en los *Annales*. Hay un pequeño apartado sobre el orgullo de los nativos que es cierto y en él dice mucho en pocas palabras. En lo demás, generalmente hace como las abejas: coger la miel donde la encuentra. Lo que dice es indudablemente verdad bajo el punto de vista que él presenta.

He recorrido también la carta del padre Calinon y, de acuerdo con mi superior que también la ha leído, digo que es verdad a juzgar por la gente de Tonga que nos llega aquí en cantidad y que viene en gran parte para que los alimenten los fidjianos, algo más trabajadores que ellos, según creo, pero menos hospitalarios aún.

[3] Después de la visita del padre Mathieu, pronto hará tres años, éste es poco más o menos nuestro régimen diario: por la mañana y por la noche una sopa de ñame con sal y agua; al mediodía ñame cocido al horno o hervido con un poco de tocino u otra cosa como algo de arroz, algunas legumbres, casualmente un poco de pescado, jamás dos platos. La poca grasa que hemos tenido la hemos guardado para el reverendo padre, que tenía más necesidad. Añada un coco para beber y tendrá todo nuestro régimen.

Las pocas excepciones habidas no merecen ser mencionadas. Con buen apetito y buen estómago se tira hacia delante; es el caso mío y del hermano. Con mal apetito y mal estómago se sufre mucho; es el caso del reverendo padre. A mí siempre me ha gustado este régimen, para el reverendo padre es insostenible. Parecido a la vida de un trapense, incluida la cama que no es menos dura.

[4] Monseñor, que se interesa siempre mucho por nosotros, nos ha establecido un nuevo sistema para que vivamos y mantengamos la salud para gloria de Dios. Pero yo espero que la Virgen sabrá conservarnos aún algunas cruces; son el pan cotidiano del marista; por ahora yo no deseo otra.

[5] Aquí habría que saber todos los oficios: sastre, lavandero, zapatero, carpintero, cocinero, jardinero, albañil y sobre todo médico.

[6] Hemos perdido al hermano Annet Pérol, que murió santamente el 17 de marzo de 1848 después de una enfermedad de treinta y cuatro días durante la cual sufrió mucho y con mucha resignación. Creo que su corona en el cielo es muy hermosa. Antes de morir manifestó el deseo de que la Sociedad pidiera a sus padre la suma de trescientos francos para decir unas misas por el descanso de su alma. El reverendo padre y yo hemos dicho más de treinta cada uno. Le hemos llorado; fuera de algunos defectos y de su educación y su manera de vivir antes de entrar en la Sociedad, creo que tenía gran virtud y piedad.

[9] Termino encomendándome a sus oraciones y a las de toda la Sociedad. Con profundo respeto de su indigno y caro hijo en Jesús, María y José,

Jean Baptiste Bréhéret, misionero apostólico.

730 : "¡No! Imposible. ¿Cree usted eso?"

20 julio 1848. –Jean Baptiste a Jean Chapel y Anthelme Buyat.

Fidji, Lakeba. Queridos compañeros,

[1] Me apresuro a salir del dilema en que me encuentro, y para demostrar que no estoy muerto os voy a decir que estoy vivo. Al oíros, se diría que para dar señal de vida hay que trazar unos garabatos en un papel, introducirlos en el buzón de la calle N. número 10 para que lleguen a su destino dos días después. ¡Qué bien! Pues sabed que en los antípodas no hay nada de eso.

En Fidji no hay oficinas de correo; cuando alguien viene a vernos, lo hace sin avisarnos, nos saluda con un buenos días al pasar, sin apenas tiempo de reconocerlo. Querría veros aquí a vosotros.

[2] ¿Y qué deciros? ¿que estoy vivo? Es de poca importancia bajo la bóveda del cielo; la vida pasará igual con más o menos rapidez. ¿Contaros alguna cosa curiosa del país? Por ejemplo que fulano de tal, en tal lugar, estranguló a su madre porque la quería; que después de morir tal jefe, estrangularon a dos de sus mujeres para que le acompañaran en el cortejo… Y vosotros me responderías que eso es poco edificante. – Lo sé muy bien. ¿Queréis otra cosa? La gaceta de N. relata que cierto N, cansado de alimentar a cierto pariente enfermo que comía mucho y no trabajaba nada, le ha cavado una fosa y lo ha enterrado. –¿Lo había matado antes? – Pues no, –¿Enterrado vivo? – Y bien vivo. – ¡Imposible! – Es la costumbre, ¿Os escandaliza?. Pues esto no es todo.

[3] La carne humana es buena; tan buena que los individuos están bien gordos – ¿La comen, pues? –Ciertamente –¿Mucho? Sí, por la parte del este. –¿Se desentierra a los muertos para comerlos? –A veces. –¿Y van a cazarlos cuando no hay caza? –En algunos lugares sí lo hacen los buenos cazadores. –¿Y cómo es que se cazan unos a otros? –¡¡¡La carne humana es buena, tan buena…!!! –¿La has comido tú? –No, claro que no, ¡¡¡pero si los oyerais hablar de ello, si vierais sus lenguas relamiéndose de gusto cuando recuerdan lo pasado, al igual que el tigre cuando se lame la barba después de haber devorado su presa…!!!

[4] ¿Pero cómo puede hacerse cristiana gente así? ¿Es posible? Sí, es posible. *Experientia constat*, la experiencia lo demuestra.

Nuestro primer neófito fidjiano, que por cierto es muy buen cristiano, enterró a dos estando vivos; otro, que murió bautizado y con buenos sentimientos, enterró a una persona viva cuando llegamos. No hablo de todos los neófitos y catecúmenos nuestros. Con mucha paciencia y oraciones fervientes se conseguirá plenamente. Paris no se hizo en un día y Fidji no se convertirá en una semana. Tendría muchas cosas que contaros, pero no hay que contar todo en un día.

[5] Ya es mucho haberos confirmado que no estoy muerto y también os digo que pienso y pensaré siempre mucho en vosotros. Vosotros rezad por mí, y mucho. Si alguna vez os disgustáis por mi silencio, recordad que el sol no debe ponerse estando vosotros airados. Cuando me remitís a los compañeros que os llegan para suplir lo que falta en vuestra carta, os mofáis del mundo.

¿Creéis que vivimos en la misma calle o en la misma casa? Hermosas calles de más de cien leguas de anchura. Desde enero del año anterior, excepto en Tonga hace un año, no hemos recibido ni una sola noticia. Imaginaos una rueda en cuyo centro estáis vosotros y en el extremo de los radios nosotros; o mejor, utilizando una comparación más brillante y más noble, cambiad la rueda por un sol espléndido y luminoso cuyos rayos sólo se tocan por el centro y comprenderéis lo que quiero deciros; para que lleguen hasta nosotros, las noticias han de pasar por vosotros.

Esto significa que no puedo deciros lo que ha pasado en la zona de Nueva Caledonia, ni los padres y hermanos que han sido comidos en las islas Salomón…Lo sabéis antes que yo os lo diga y probablemente antes que yo. En pocas palabras, consolaos mientras esperáis; cuando escriba una historia de nuestros borreguitos negros os enviaré un ejemplar.

[6] Para acabar os diré unas palabras sobre nuestro modo de vida. Para levantarnos nos guiamos por el canto del gallo y el trino de los pájaros, y para acostarnos por el resplandor de la luna y las estrellas. Terminaremos siendo astrónomos y quizás también lunáticos. Una vez levantados, rezamos hasta el desayuno; después atendemos nuestra ocupaciones: visitar o instruir enfermos, cavar un trozo del jardín para plantar berzas o sembrar guisantes, lavar la ropa, hacer sogas para hacer una cama (llamamos soga ramojos finos trenzados con los que se atan las casas, etc.; muy pronto habré hecho ya dos mil brazadas desde que estoy aquí), remendar los pantalones…

Viene después la comida y seguidamente todo igual. Y no disponemos de reloj para reglamentarlo; hay que caminar a la vista del compañero. Normalmente comemos a la una, a veces a las dos e incluso a las tres o a las cuatro como los señores. No comemos a mesa puesta, tampoco pagamos tan caro; un trozo de ñame asado, un coco y eso es todo. ¡Si supierais qué bien sabe cuando se tiene buen apetito!

Aunque no soy el superior me tomo la libertad de invitaros. No he hecho muchos rosarios porque no tengo con qué; sólo arreglo los que están rotos. Cuando vengáis, traedme las cuentas y también alambre; tengo dos buenas tijeritas. Mientras tanto, pedid a Dios por mí y por los fidjianos.

[7] El P. Germain me escribió una carta; no he respondido aún. Tengo muchas ganas de tomarle la palabra respecto a una petición que me hacía pero no tengo tiempo, le habría pillado. Deseaba una respuesta oceaniana. Dadle muchos recuerdos de mi parte.

[8] Ya os escribiré otra vez más seria y extensamente. Totalmente vuestro en Jesús, María y José, Jean-Baptiste Bréhéret, misionero apostólico Societatis Mariae.

961: Ofensivas protestantes

Diciembre 1850. – Joseph-François Roulleaux al Consejo de la Propagación de la Fe en Lyon.

Islas Viti, misión de Ntra Señora de los Dolores, Lakeba.

[1] Señores míos, habiéndome pedido monseñor Bataillon en su última visita que les escribiera, me apresuro gustoso a hacerlo y con gran satisfacción pues así tengo la ocasión de agradecerles a ustedes y a la santa asociación que ustedes dirigen, los sacrificios que hacen por nuestros pobres misioneros y nuestros salvajes, a cuya salvación contribuyen con tanta generosidad.

Les aseguro que nuestros corazones les están vivamente agradecidos y no dejan de manifestárselo al Señor en la oración diaria y el ofrecimiento frecuente del santo sacrificio para que se digne colmarles de bendiciones, protegerlos en el peligro y recompensar con la abundancia de su gracia las limosnas de su caridad.

No les hablaré de los comienzos de esta pequeña misión ni de la oposición que ha encontrado. En su tiempo se escribieron a nuestros superiores todos los detalles, que seguramente ya les habrán comunicado. Me extenderé solamente sobre su situación actual y sobre las esperanzas que parece ofrecer.

[2] Hasta ahora los progresos han sido lentos: desde que llegamos a Lakeba sólo contamos con 200 católicos pertenecientes a ambas razas. Sesenta ya han recibido la gracia del bautismo y la mayor parte han ido a rezar por sus bienhechores y sus compatriotas. Son las preciosas primicias de las islas Viti, fruto de vuestras oraciones y limosnas y la recompensa que el Señor se ha dignado otorgar a nuestros pobres trabajos de estos seis primeros meses.

Nuestro rebaño está compuesto por 50 tongianos que se disponen a volver a su isla y unos 60 de Viti, elegidos por la gracia en las diferentes islas del archipiélago, que esperan con impaciencia misioneros, y los piden con fuerza, para que les acompañen en sus tierras. Algunos ya se han adelantado para prepararles el camino. Están en Mbau, residencia del gran rey de Viti, en Taveuni, en Vanua Vatu, en Totoya, lugares todos ellos que se convertirán con el tiempo en las principales estaciones de la misión.

[3] Los éxitos con los de Viti vienen de un año para acá. Hasta entonces fueron sordos a la voz de la gracia. Sólo habíamos visto hipócritas y mentirosos, atraídos por lo que ellos llaman riqueza, es decir, las hachas, los cuchillos…, que venían a la religión para recoger esos regalos y cuya fe perdía sentido con la esperanza de recibirlos; o también gente descontenta porque la herejía no tenía suficientes criados, quemados con sus padres por una disputa, que sólo se reconciliaban para abandonarnos. De suerte que si los teníamos era para perderlos, y que en octubre de 1849 sólo teníamos un catecúmeno en todo el reino de Lakeba.

Pero entonces la providencia cambió la cara de la misión y se las arregló para que sucediera algo que, eso parecía, acabaría rematando la misión. El rey, que hasta entonces se había mantenido neutro, se hizo hereje para complacer a los tongianos, cuya ayuda en la guerra que le amenazaba quería asegurarse, e invitó a que los que permanecían paganos siguieran su ejemplo.

La mayor parte obedeció. Pero algunos, que alimentaban en su corazón el deseo de ser católicos y que si habían tardado en declararlo era porque esperaban que el rey tuviera los mismos senti-

mientos, viendo sus esperanzas truncadas, acudieron de inmediato a inscribirse como catecúmenos.

Los primeros en presentarse fueron los hijos del rey: sólo quedó uno, que había prometido hacerse católico con sus hermanos y a quien los jefes, irritados, le arrastraron casi a la fuerza hasta la predicación cuando él se disponía a hacer su entrada en la religión. Les siguieron el hermano mayor del rey, varios jefes inferiores y una cuadrilla de jóvenes y de niños. Habríamos doblado e incluso triplicado el número si los padres no hubiesen retenido a sus hijos a fuerza de amenazas.

[] La herejía, entonces triunfante y que creía cumplido el deseo que tantas veces había divulgado en su predicación de acabar con el papismo, quedó algo sorprendida de lo que pasaba. La conversión de los hijos del rey los llenó de despecho. Enseguida se obligó a quitárnoslos, y para ello recurrió a su política de siempre: mentiras, amenazas, calumnias. Se empeñó en alarmar a los jefes: Decía que la guerra era inevitable, que el hambre asolaría el país, que la muerte se apoderaría de los niños que se hicieran católicos, que nosotros nos apoderaríamos de la tierra, tomaríamos sus mujeres, esclavizaríamos a los hombres y los llevaríamos a Francia para cuidar animales, y no sé que más.

Por otra parte, los jefes tonguianos, a quienes habían aleccionado, amenazaban con abandonar el partido del rey si no obligaba pronto a sus hijos a renunciar. Utilizaron tantos resortes que llegamos a dudar de la perseverancia de los nuevos convertidos. De hecho, el rey no pudo soportar tantos ataques, y pidió a sus hijos que se reunieran con él hasta que pasaran los rumores de guerra. A nosotros nos daba un respiro para no dejarnos sin esperanza.

Pero la Sma. Virgen disipó esa tempestad atizada por el infierno y sus secuaces. Nosotros estábamos encomendados especialmente a su inmaculado corazón. Inmediatamente sentimos los efectos de su protección. De pronto se calmó la tempestad y no perdimos ningún catecúmeno.

[5] Y continuamos conquistando gente a la herejía. La más gloriosa fue la de un catequista de Oneata, hombre inteligente que había ganado para la secta a muchos paganos. Sintieron tanta pena los ministros que, para consolarse y vengarse a la vez, propagaron el rumor de que estaba loco. ¡Dichosa locura! ¡Ojalá se propagase entre sus discípulos!

Creo que esta conversión les puede interesar. Todo comienza

con el paso de Mons. Pompallier por Oneata hace más de ocho años. Ver al prelado, la conversación con los numerosos neófitos de Wallis que le acompañaban, la melodía de sus canciones y sus oraciones le impresionaron y le inspiraron el deseo de lograr que el padre Chevron, destinado por el obispo para Tonga, fuera a su isla. Obligado a continuar en su religión, se distinguió por su fervor, lo que le valió la misión de catequista cuya función ejerció en varias islas vecinas con un celo y éxito dignos de mención.

Expuso su vida varias veces, cuando todos los lugares estaban expuestos al furor de la guerra. Un día nos contó que yendo a un pueblo enemigo se vio rodeado de una panda de furiosos que armados de lanzas y rompecabezas se echaban sobre él para matarle. Los esperó tranquilo y vio sin espantarse las hachas encima de su cabeza. Su intrepidez les asombró, los desarmó; mejor dicho, el Señor que tenía para él designios de misericordia, encadenó su rabia y lo salvó milagrosamente de sus manos. La prueba de su salvación por una protección especial de la providencia está en el hecho de que unos días después otro catequista, que hacía el mismo viaje, fue despedazado por esos locos.

De vuelta de todas esas correrías, se encontró casualmente con uno de nuestros neófitos. No tardaron en hablar sobre la religión. Le pidió que le dejara su libro de oraciones, su catecismo y leyó unos pasajes que hablaban de la herejía de Wesley. Sus ojos parpadeaban, vio la verdad, pero no tuvo el valor de abrazarla francamente en el acto. Estuvo moviéndose algún tiempo entre dos aguas y después de largas luchas consigo mismo y varias conversaciones con nosotros se declaró católico.

Los de su isla no olvidaron nada para sacarle del error: oraciones, caricias, mirada a los grandes jefes y a sus antiguos compañeros catequistas…; intentaron todo para seducirle, pero en vano. A los mimos siguieron las amenazas, después la violencia, pero gradualmente: le quitaron primero el rosario y sus libros católicos, se le forzó después a separarse de su mujer y de sus hijos y finalmente se le expulsó de la isla donde sus charlas y su constancia habían conmovido ya a bastantes.

Este generoso proscrito se refugió en Lakeba junto a nosotros a la espera de que se le dejara entrar en su tierra. Pero los jefes no estaban por la labor. Se temía, y con razón, que su presencia fuera funesta para la herejía, que le quería conservar a todo precio. Las gestiones que hicimos nosotros para que volviera fueron inútiles. Sólo obtuvimos palabras vanas y promesas ilusorias.

[6] Convendría que nos visitara algún barco de guerra francés.

El miedo es algo saludable para estos pueblos; los mantiene en el deber, pero no se hace nada para inspirárselo. Llevamos aquí diez años sin ver buque alguno de nuestra nación mientras que los navíos ingleses surcan incesantemente sus mares. Poco a poco pierden el miedo a Francia y a las atenciones que nos garantiza. Dicen que estamos abandonados por nuestro país. Los ministros se cuidan de sustentar esa persuasión diciéndoles que no tienen por qué temer, que Francia es una potencia venida a menos, sin fuerzas, sin marina y que sólo tiene los buques desechados que Inglaterra le quiere ceder.

[7] Y así creen poder insultarnos impunemente, sin hablar de las injurias que oímos por doquier y a las que estamos ya acostumbrados. Nos tiran piedras en las visitas, nos es prohibida la entrada en las casas, nos echan de los pueblos, su osadía les lleva a meterse de noche en nuestros apartamentos por pasadizos cavados en la arena, para robarnos cajas y objetos con que hacerse regalos después mutuamente. Se nos mantiene, a pesar nuestro, en un lugar malsano, expuesto a los vientos marinos, a los miasmas de la playa y tan cerca de la marea que sus olas chocan a veces contra nuestra casa. Se niegan obstinadamente a reconocernos y hasta se nos discute el derecho a hacer prosélitos.

[8] El modo de comportarse con nuestros catecúmenos no se puede tolerar: raptan a sus mujeres, amenazan con expulsarlos de su pueblo, con encadenarlos si no renuncian a su fe; se ofenden al oír el canto de las oraciones, al ver los rosarios; se les impide batir el *lali* (el tambor indígena: una gran tronco de árbol con su interior vaciado) para llamar a las reuniones; si se embarcan en una piragua se les hace responsables del viento contrario, se les obliga a apostatar. En una palabra, aprovechan todas las ocasiones y emplean todos los medios para romper su paciencia y cansarlos de la religión.

[9] Sus enredos no son tanto el producto de su antipatía a la verdad cuanto un plan de semipersecución concertada entre los jefes para apartar de nosotros poco a poco a los católicos y congregarlos bajo el estandarte de la herejía, a la que se quiere someter este pequeño reino de manera exclusiva, Ese proyecto lo había ideado hacía tiempo uno de los mayores jefes, Wetasau, con ocasión de lo que ahora diré.

Cuando hace seis años pasó por aquí Ma'atu, rey de Niuatoputapu, famoso autor de los disturbios de Wallis, lanzó contra la religión todo lo odioso de la guerra que él había provocado y responsabilizó a monseñor de las desgracias de las que se quejaba y

quería prevenir. Y acompañaba su versión de unas calumnias tan repugnantes que nuestro jefe, excesivamente crédulo, se formó una idea de la verdad que aún perdura.

No tardó en abrazar la herejía y se propuso establecerla en todas las islas que dependían del rey de Lakeba. Aprovechó las circunstancias y los rumores que corrían de nuevo, y se sirvió de una razón aparente muy metida en las ideas de esos pueblos: si admitimos ambas religiones estaremos perdidos, nos encontraremos divididos y nuestro país se convertirá en el teatro de todas las calamidades que afligen actualmente a Uvea; permanezcamos unidos, si queremos ser fuertes sigamos todos la misma creencia.

Se aplaudían sus palabras, que corrían de boca en boca. Los ministros las tomaron como tema de sus predicaciones, los catequistas las vocearon por todos los sitios y la herejía, apoyada en ese razonamiento y sostenida por la autoridad de los tongianos que dominaban aquí todo, se fue extendiendo y acabó invadiendo todo. No es extraño que con tan poderosos auxilios haya prevalecido sobre la verdad, pero incluso privada de ella probablemente tendría aún lo mejor a causa de la extraña codicia de estos pueblos, a los que ofrecía el cebo de las riquezas.

[10] La pasión de poseer es aquí como una fiebre que atormenta todos los corazones. Lo normal era que los ministros, con baúles repletos de artículos, fueran superiores a nosotros que éramos pobres y sin la mayor parte de los objetos que desean los nativos. Nos dimos cuenta de esa desventaja y creímos que podíamos remediarlo con pequeños regalos, conforme a nuestros medios. Esperábamos ganarnos así esos codiciosos corazones. Pero la experiencia nos desengañó. Éramos unos hipócritas e ingratos.

El corazón de esas gentes no es como el nuestro, no creen en la amistad, en la bondad. Para ellos esas cosas son tretas o simpleza. No pudieron comprender nuestro desinterés. Supusieron que escondíamos alguna pieza, o algún interés oculto, que su conversión nos ofrecía ventajas y que no podían pagar un precio tan alto.

Los que venían a nosotros sólo se convertían aparentemente, creían tener derecho a pedir todo, y al ver los límites estrechos que poníamos a nuestra largueza se fueron para no volver más. Nos vimos forzados a abandonar ese sistema y sin más nos pusimos a vender y comprar siguiendo la máxima del “nada de balde”. Desde ese momento todo entró en orden, la misión tomó una marcha natural y verdadera; nuestro comportamiento dejó de ser un misterio para los nativos y las conversiones habidas fueron sinceras y sólidas.

[11] Ése es, señores, el estado actual de nuestra misión de Lakeba. No me atrevo a hacer conjeturas sobre su futuro, pero sí a decir que la maldad innata de esta gente, la profunda corrupción de sus corazones, el amor desmesurado a su cuerpo que tiene el alma como enterrada en la materia, nos hacen presumir que su conversión será lenta y difícil. Pero también es creíble que cuando la religión católica se haga con lo mejor de Tonga, nosotros sentiremos aquí consecuencias gozosas a causa de la gran influencia que ejercen los tongianos en esta parte del archipiélago Viti.

[12] De los jefes católicos que he nombrado, el hijo mayor del rey es el único que tiene verdaderamente importancia, pues sus hermanos aún son jóvenes sin autoridad y su tío, anciano y enfermo, no tiene descendencia por lo que carece de influencia en un país donde la nobleza se mide por el número de mujeres y de hijos. Nos consuela el que todos ellos parecen adictos a la religión, y al haber resistido con valentía todos los ataques que les han dirigido, se puede creer que perseverarán.

Su padre el rey es el primero en fortalecerlos y apoyarles. Últimamente, con ocasión de la debilidad de unos jóvenes de Mbau que renunciaron, les decía: "Hijos míos, vosotros no abandonéis vuestra religión, manteneos firmes en el partido que habéis abrazado; no os fijéis en mí". Este príncipe, lejos de actuar contra nosotros, rechazó siempre las propuestas de perseguirnos que le hicieron y condenó el modo intolerante de comportarse con nosotros de algunos jefes. Pero es débil y no goza de autoridad plena; la comparte con los jefes.

Sin embargo ya es bastante que se nos proteja e impida que se nos persiga tanto como querrían. Siempre pareció estar agradecido por la conversión de sus hijos y posiblemente les imitaría si ese paso pudiera conciliarse con su política, es decir, abrazar el catolicismo sin disgustar a los jefes tongianos y a los de su tierra.

[13] Actualmente la herejía, a la que nadie se opone, progresa bastante rápidamente en todo el archipiélago. Va ganando poco a poco y se extiende rápidamente en todos los sitios ayudada por una nube de catequistas diseminados por doquier. No creo exagerar al decir que el número de nativos que la han abrazado llega a los veinte mil. Si se tarda aún mucho tiempo en enviar obreros, invadirá toda la isla en poco tiempo.

¿Qué pueden hacer contra una tropa de ministros, con goletas y piraguas a su servicio, dos pobres misioneros sin medios de co-

municación y como perdidos en un rinconcito de este gran archipiélago? Vengan pues esos queridos y muy deseados compañeros, esperados desde hace tanto tiempo e incesantemente pedidos a Dios con suspiros y lágrimas; que vengan de prisa en ayuda de estas infelices almas rescatadas por la sangre del divino Salvador, a las que María, su madre misericordiosa, ha puesto bajo la protección de sus dolores y por cuya salvación ofrece constantemente sus lágrimas a Dios. Y ustedes, señores, tengan la bondad de mantener su oración y limosna y supliquen con fuerza al Señor que se digne derramar sobre estos corazones salvajes una abundante efusión de gracia que los zarandee, los convierta y los salve.

[14] Reciban la seguridad del profundo respeto y sincero agradecimiento con los que tengo el honor de ser su humilde y obediente servidor, Joseph François Roulleaux, misionero marista.

988 : Tonguianos y fidjianos

22 febrero 1851. –Jean Louis Dezest a Víctor Poupinel

Futuna, Reverendo padre.

[7] Acaba de establecerse en Fidji una sociedad comercial inglesa. El jefe de la misma es un escocés que está actualmente en Futuna con uno de sus principales agentes, que va a establecerse en Sidney. Parte de su objetivo es el aceite de coco. Sus barcos irán de Fidji a Sidney y también a Futuna si favorece su comercio. Irían incluso a Wallis e Islas de los Navegantes si Mons. Bataillon llegara a un arreglo con la sociedad para el traslado de misioneros, para el aprovisionamiento, etc. Pero el obispo de Enos posee ahora una bella goleta, que ha ido a ver en Sidney.

[8] Los dos barcos de esa sociedad nos han traído de Fidji unas cartas bastante interesantes. Los misioneros de Lakeba tienen que sufrir mucho a causa de los herejes, que son cuasi perseguidores; piden víveres y sobre todo padres para las otras islas, Al ver que no llegan nuevos misioneros, los fidjianos creen que han sido abandonados por sus compañeros. Sin embargo, parece que hacen algún progreso.

[9] El agente consular americano que está en Fidji se puso en contacto con los misioneros de Futuna; desearía misioneros católicos en la gran tierra de Fidji. Le enviamos una carta de información sobre lo que pedía y nos contestó con otra carta muy amable. Escribió a la vez a un fidjiano católico, llamado Jean, que fue anteriormente uno de los principales reyes de Fidji. El rey que sustituyó a Jean es uno de los mayores devoradores de hombres. Su mayor apoyo lo tiene en los tonguianos protestantes que lanzan contra los católicos las calumnias más groseras.

Dichos tonguianos son reclamados en su país por uno de sus jefes. Sin ese refuerzo, el rey fidjiano tiene que temer lo peor de parte de sus súbditos y sobre todo de las otras tribus, donde va a cazar hombres. Hace algunas semanas, el rey habló en secreto a un futuniano; le preguntó cuál era la religión verdadera, la de los misioneros católicos o la de los misioneros tonguianos.

El futuniano no dudó en decirle que la religión católica era la mejor; aconsejó al rey que no se dejara bautizar por los protestantes sino que esperara a los misioneros católicos. Al ver un rosario en su cuello, el rey se lo pidió; el otro se negaba a dárselo porque sólo tenía ése, pero en memoria del capitán de Courçon que le había llevado a Fidji, se decidió a dejar su rosario a ese gran devorador de hombres. El tal rey es el rey de Mbau, una de las partes más considerables de la gran tierra de Fidji.

En Sumusumusu, la otra parte también considerable, el hermano del rey, bautizado antes en Futuna, se ocupa activamente de hacer prosélitos. Y pide insistentemente misioneros. Nos hemos enterado también de que los nativos peores son los de la costa; los del interior tienen un buen concepto de los blancos. Ésas son las noticias que, por carta o verbalmente, acabamos de conocer sobre Fidji. Un barco que ha de llegar aquí dentro de cinco semanas llevará antes a los misioneros de Lakeba algunas raíces de *kava* y un poco de grasa que había pedido el padre Roulleaux.

Le ruego que no nos olvide en el santo sacrificio de la misa y encomiéndenos a las oraciones de las almas fervientes que usted conoce.

Adiós, padre. Su hermano y humilde servidor en Jesús y María.

Laurent Dezest, misionero apostólico Societatis Mariae.

Monseñor Bataillon lleva refuerzos el 26 agosto 1851: los padres Mathieu, Ducrettet y Michel y los hermanos Paschase Saint Martin, Sorlin Gentes y Augustin Devret.

Sin abandonar Lakeba, van a fundar tres estaciones: una en Somosomo de la isla Taveuni, otro en Levuka de la isla Ovalau en un terreno cedido por el gran jefe de Bau, Cakobau, al padre Mathieu que desde allí ira a visitar a sus hermanos religiosos, y la tercera en Rewa de la isla Viti Levu.

Pero las relaciones son hostiles: el padre Bréhéret es herido varias veces. Mueren dos hermanos y el padre Mathieu cae gravemente enfermo.

1180 : Viti Levu

5 septiembre 1852. – Charles Eugène Mathieu a Benoît Lagniet.

Viti, Rewa. Reverendo padre,

[1] Hace dos meses que estoy en Rewa, en la gran isla Viti Levu. Fui a petición del gran jefe de la parte más grande de la isla al que monseñor había prometido enviar un misionero. Voy a darle alguna información, aunque incompleta, de ese país en el que me parece no ha entrado aún ningún explorador francés.

[2] La isla de Viti Levu, con unas cuarenta leguas de longitud y anchura, está surcada por varios ríos que le dan un aspecto magnífico. El río de Rewa, con una anchura como la del Ródano y al borde del cual está construida mi choza, tiene infinidad de ramales y canales, casi todos navegables. Se puede remontar el río en piragua al menos una treintena de leguas hacia el interior. Es una tierra bien regada y muy fértil. El ñame y el taro crecen casi por sí solos. Todas las plantas tropicales se darían allí si se las plantase.

Casi todos los ríos de que le he hablado surcan unas tierras arcillosas que utilizan para la alfarería. Además tienen abundancia de peces. A cierta distancia río arriba se encuentran bloques de cristal en el fondo del río principal. Varias zonas de la isla son muy montañosas. Y sus montañas están cubiertas por hermosos árboles de construcción de variadas especies, entre los que aparece el pino, cuya resina con olor a incienso sirve para fabricar antorchas.

[3] La isla está toda ella muy poblada. Aquí los pueblos están tan próximos como en las regiones más pobladas de Francia. Están todos rodeados de una zanja y de una empalizada de cañas de bambú o de piedras. Las puertas para entrar son bajas y estrechas y se pueden cerrar fácilmente con trancas de madera puestas a través por dentro. Ofrecen un aspecto de campamento o fortaleza. Cuando están en llano, los fosos que los rodean están llenos de agua estancada, con bambú puntiagudo clavado en el fondo que impide vadearlos. El habitual estado de guerra de estos pueblos hace que esas fortificaciones sean necesarias.

[4] La parte interior de esas fortalezas está llena de casas bien ordenadas. No son ovaladas como las de Tonga y Wallis sino cuadrangulares, cubiertas con carrizo o con hojas de caña de azúcar y fabricadas con empalizadas de bambú o de caña. Los espacios de las puertas sirven también de ventana para dar claridad a la casa. Normalmente por la noche quedan tapadas con una especie de tela de carrizo o con esteras o paquetes de hojas colgados.

En el interior tienen un amplio fogón separado del resto por un cuadrado de madera En cada ángulo del cuadrado se eleva una columna de cinco o seis pies de altura que sirven para fijar un techo de carrizo por encima del fogón. En los fogones tienen siempre tres o cuatro marmitas enormes para cocer los alimentos.

[5] Además de las casas donde viven, cada pueblo tiene varios *buré*. Así es como llaman a las casas de los dioses. Tienen una forma diferente a la de las casas normales. Suelen ser cuadradas con un tejado muy espigado en forma de campanario. Son construidas con esmero por los carpinteros del país. Sus puertas son muy estrechas y de forma diferente a las de las otras casas. La techumbre está adornada con conchas. En el interior hay divisiones para camas o más bien espacios para acostarse, formados por tablas bien colocadas a lo largo de dos hendiduras cavadas en tierra. También se ve el *kava* del dios y su *tapa* colgada en la pared. Esos *buré* sirven de residencia al sacerdote del dios y también de alojamiento para los jóvenes y los viajeros. Normalmente las mujeres tienen prohibida la entrada.

[6] Los habitantes de Viti son generalmente altos, fuertes y bien proporcionados. Su vestido es un taparrabos que les pasa entra las piernas y que tras varias vueltas alrededor del cuerpo cae en banda por delante y por detrás. Los mujeres usan un cinturón

de ancho como una mano y con una franja de igual anchura. Los niños van completamente desnudos hasta la edad de la pubertad.

La gente de Viti cuida excesivamente su cabello. Le dan todo tipo de formas y colores según sea su capricho. Su aseo matinal consiste en sumergir la cabeza en un recipiente lleno de un líquido preparado para dar al pelo el color deseado. Comúnmente lo hacen metiendo la cabeza en un recipiente con un líquido negruzco hecho con ceniza de ciertas hierbas. Ponen cuidado en secarse la cara pero dejan que el líquido corra desde la frente hasta los ojos, las mejillas y el pecho. Eso les da una máscara muy singular.

Un grupo de chicas de alta condición entraron un día en la casa. Iban ataviadas de esa manera. En Francia habrían dado lástima, se habría pensado que les habían derramado un cubo de barro sobre la cabeza y que no habían tenido tiempo de lavarse. Pues no, creían que así estaban preciosas. Además de eso, los habitantes de Viti hacen una especie de pintura con la ceniza oscura o carbón molido, que colocan en un trozo de *tapa* fina con la que se espolvorean la cara.

Pero su mayor felicidad es tener el bermellón europeo. Lo compran a los blancos que trafican con ello y se pintan la cara y los ojos. A veces emplean los dos colores, y parte de su rostro va pintado de rojo y parte de negro. Se pintan así sobre todo los días de fiesta y de danza.

[7] Nunca van sin armas; siempre llevan el rompecabezas. Los rompecabezas tienen formas muy variadas. Los más comunes son garrotes de madera dura de un pie de largos terminados en bola, que se ponen en la cintura.

[8] La gente de Viti no es comunista como la de Tonga. Es muy propietaria y no da nada de balde. El mismo rey está obligado a pagar a su tropa y a enviar regalos a los jefes de los diferentes pueblos para que se decidan a ir al combate. Aquí más que en Europa las riquezas son el gran motor de la política. Como sus guerras provienen normalmente de una sarta de traiciones, las traiciones se logran siempre con regalos. Si quieres obtener el favor de un jefe o reconciliarte con él si le has ofendido, con regalos seguro que lo lograrás.

Aquí honor, justicia, deber, afecto son vocablos casi desconocidos. Mediante la riqueza obtendrás todo excepto la sinceridad. Las riquezas más comunes son los dientes de ballena; son la moneda de Viti, al igual que los colmillos largos y retorcidos del cer-

do salvaje, el *tapa* y sobre todo los fusiles, la pólvora, el plomo, las hachas, los cuchillos, las esteras… No podría describirle el carácter de los habitantes de Viti. No conozco lo suficiente su lengua y hace poco tiempo que estoy en el país. Temo equivocarme.

[9] Creo que tienen buen fondo e inteligencia, pero todo ello cubierto por una espesa corteza de superstición, de avidez y de falsedad, creada desde hace tiempo por el paganismo; los blancos, los primeros en visitar estas islas, añadieron aún la capa de indiferencia y menosprecio del bien, la verdad y la religión, con lo cual habrá que trabajar mucho para sacar algún partido de este pueblo. Esa es la tarea de Dios, Es todopoderoso y espero que tendremos ocasión de admirar el poder de su gracia.

[10] El dios principal de Viti es una serpiente llamada *Degei* [un jefe legendario deificado bajo la forma de espíritu de serpiente], que habita -dicen- en una caverna de la gran isla. Aún no conozco todas las historias que se cuentan sobre ello. Tienen además un número casi incontable de dioses inferiores: las almas de ciertos jefes que vuelven de vez en cuando y dan señal de su presencia mediante contorsiones y palabras entrecortadas delante de los sacerdotes. Cada pueblo tiene su o sus dioses. Se les consulta para la guerra, las enfermedades y las calamidades. Se trata de apaciguarlos por medio de regalos.

[11] Tienen también infinidad de *tapu*, *tapu* que son a veces muy incómodos. Por ejemplo: un día vi a un niño que ronchaba un ñame tendido en tierra. Estaba tumbado boca abajo, con las manos a la espalda y comía como un perro. Le pregunté por qué comía así, y me dijo que por ser criado de los hijos del rey tenía prohibido tocar su comida con las manos, que si la tocaba su vientre no tardaría en inflarse y que moriría infaliblemente por haber violado el *tapu.* El peluquero del rey tampoco puede coger su copa de *kava* con la mano mientras ejerza ese oficio. Se la tiene que dar a beber cualquier otra mano complaciente.

[12] Entre sus supersticiones hay ceremonias bastantes curiosas que parecen asemejarse a algunas ceremonias de la antigua alianza. Por ejemplo, consagran sus *buré* marcando el suelo de las puertas y las columnas con un color negruzco. En ciertas ofrendas hacen comulgar al pueblo que recibe en la boca de la mano del jefe un trozo de *taro.* Entregan las primicias de los ñame. Cada cual tiene su *buré* respectivo. Tienen la circuncisión o más bien la inci-

sión como los demás pueblos de Oceanía. No conozco bastante bien todo eso para darle todos los detalles, pero creo que más tarde se encontrarán cosas muy curiosas.

[13] Sus fiestas son muy solemnes y brillantes, y se centran en las danzas y las ofrendas. Los pueblos dan fiestas unos a otros; comienzan al inicio de la tarde y acaban hacia mediodía del día siguiente. Los que dan la fiesta llegan procesionalmente al lugar todo pintorreados y emperifollados con cantidad de *tapa*. La procesión se hace danzando. La primera danza es muy grave; la orquesta, situada en una esquina de la plaza pública, regula la danza; en algunas ocasiones la orquesta es muy numerosa. Los músicos cantan melodías muy cadenciosas. Unos las acompañan golpeando el tambor de bambú con unos palos, otros batiendo palmas, otros siguiendo el ritmo del bajo con golpes en las nalgas.

En otro rincón de la plaza se colocan las esteras y otros regalos difíciles de llevar. Todos los espectadores quedan situados en corro. Mientras tanto la danza va llegando lentamente al centro del cerco y los danzantes se agrupan apretujados armados todos con un rompecabezas. De pronto se ponen en actitud de guerra; la danza se asemeja a un ejército que se lanza sobre el enemigo y los espectadores simulan el miedo con sus gritos; toman después una postura de suplicantes y parecen estar rezando letanías a sus dioses. La orquesta les acompaña con gritos parecidos. Y los danzantes realizan esos movimientos con una armonía perfecta.

De pronto aparecen cuatro jóvenes pintadas de rojo, engalanadas con banderolas y van avanzando en fila con pasos imperceptibles y con una guirnalda en la mano. Llevan un pequeño cesto colgado del brazo izquierdo. El jefe que dirige la danza coge del corro de los danzantes un diente de ballena que ofrece a la primera de las jóvenes después de dirigirle unas palabras adecuadas.

Ésta coge el diente con la mano derecha, lo mira atentamente durante tres o cuatro minutos, extiende el brazo, se lo entrega a la siguiente que hace lo mismo levantándolo a la altura de los ojos, lo contempla, se vuelve despacio, alarga el brazo y se lo pasa a la tercera y ésta a la cuarta, que tras realizar la misma ceremonia lanza el diente a la plaza.

Todos los dientes de ballena se ofrecen siempre igual, pero hay algunos que se guardan las jóvenes metiéndolos en sus cestos. Esta ceremonia no interrumpe para nada la danza, que continúa hasta que las jóvenes han recorrido todos los rangos de los danzantes.

En ese momento se da una señal, los danzantes se agrupan apretadamente, se quitan la *tapa* y los adornos que llevan y se retiran dejando la plaza cubierta de todos sus atavíos. Esos regalos son distribuidos seguidamente por los jefes al entrar la noche. Comienzan de nuevo las danzas hasta el mediodía del día siguiente pero sin ser acompañadas ya por regalos. Esas danzas son muy variadas y en conjunto bastante curiosas. Generalmente son pausadas, con el espectáculo de un discurso muy apasionado y de la declamación teatral de una cincuentena o un centenar de actores colocados en fila. Cuando danzan los hombres, las mujeres, de pie ante ellos, tienen en alto las antorchas; si son las mujeres las que danzan, sostienen las antorchas los hombres. No he visto que esas danzas den lugar a desórdenes.

[14] Del gobierno político de la isla no tengo aún suficiente conocimiento como para hablarle de ello con seguridad, Hay muchos jefes independientes unos de otros. Algunos tienen vasallos. Creo que el más importante por nacimiento es aquel a cuyo lado vivo yo. Tiene media docena de títulos. Normalmente le llamamos *Bativuti* [uno de los ocho hijos del antiguo rey de Rewa].

Los ingleses le llaman "Long Fellow" porque en realidad es de talla alta. Una buena persona, nada malo, que se alegra mucho de tenerme a su lado por razones políticas que tardaría mucho en explicar. Es él quien me decidió a separarme por algún tiempo del padre Favier y a venir a vivir a Rewa, a mi parecer el punto más importante de la isla.

[15] Habla de convertirse cuando termine la guerra, aunque a mi me parece aún muy incierto. Lo cierto es que si este jefe se convirtiera de verdad, tendríamos en las islas Viti una gran cosecha. Recomiende estas islas de modo muy particular a la archicofradía. No se trata de una pequeña isla como Wallis y Futuna, sino de todo un pueblo.

[16] Aquí los reyes no duermen, pues están obligados a vigilar con *kava* toda la noche con una guardia numerosa por miedo a los asesinatos. Su poder es despótico. Pueden matar o mandar matar a quien les parezca sin necesidad de proceso alguno. Sin embargo sí que están obligados, en pro de su seguridad personal, a mantener la precaución y no ofender a gentes que le traicionarían vendiéndose a jefes rivales. Reciben tributos de diferentes pueblos. Tienen ayuda del campo y servidores para llevar sus odres.

Cada población tiene un jefe inferior y ministros para comunicarse con la capital o los pueblos y llevar adelante todos sus compromisos civiles o políticos con su ceremonial ya reglamentado: las ceremonias del *kava*, de la presentación del diente de ballena o de los regalos, las ceremonias para transmitir las órdenes y las noticias. Habría que escribir todo un volumen para describir todo eso. Y al no estar bastante familiarizado con esas costumbres, no podría hacerlo con precisión.

[17] Los fidjianos, aunque ceremoniosos, no poseen la dignidad y los buenos modales de los tongianos. No saben mantener las piernas cruzadas. Están o en cuclillas, o medio acostados, o medio tumbados boca abajo incluso delante del rey. Su saludo consiste en una especie de ladrido o de grito cuando se encuentran con un jefe. La gente de clase inferior se pone en cuclillas ante un jefe inferior y no le abordan más que arrastrándose a cuatro patas. El que habla al rey no debe mirarle sino golpearse los muslos o batir las manos cada vez que le dirige la palabra.

Los encargos y las noticias se anuncian con un cierto tono, algo así como las lecturas de maitines. Cuando se ha acabado le recitación, los asistentes se golpean el muslo gritando *"mana e dina*, es admirable".Sí, como cuando se responde a coro *Deo gratias*.

[18] Cuando nace un niño los chicos del pueblo se divierten golpeando con tallos de plátano a todas las mujeres y chicas que hay en la casa o que encuentran en el camino. Cuando muere un jefe, los jóvenes hacen pequeñas ballestas con trozos de bambú y se divierten lanzando bolitas de tierra o piedrecitas a todas las mujeres que encuentran y éstas los persiguen con palos. Esa diversión dura una decena de días, y después se llora y las mujeres se hacen intencionadamente quemaduras en la piel.

[19] Cuando un enfermo arrastra la enfermedad demasiado tiempo, los habitantes de Viti acostumbran a enterrarlo antes de morir. Lo llevan a la fosa, le atan una cuerda alrededor del cuello, lo estrangulan y lo entierran. Y sucede que, no teniendo paciencia para soportar los sufrimientos, los enfermos piden casi siempre ser enterrados de esa manera. En todos los lugares entierran en la casa o cerca de ella o en los *buré.* No he visto cementerios en ninguna parte. Colocan algunas varas con la *tapa* encima del lugar de la sepultura, después de lo cual todo queda olvidado.

[20] Otra costumbre salvaje es la de comer a los enemigos matados en la guerra. Hay lugares donde los jefes se comen a sus propios súbditos. El P. Bréhéret podrá darle detalles horribles sobre ello pues Somosomo, donde él vive, es uno de los lugares más conocido en las islas Fidji por ese tipo de crueldades. Donde vivo yo sólo comen a los enemigos matados en la guerra. El rey y los jefes no los comen, según dicen. Sienten algo de vergüenza al reconocerlo delante de nosotros. Un día encontré unas personas en un festín de ese género, y al decirles que estaba horrorizado uno de ellos me enseñó un dedo asado diciéndome que estaba muy bueno.

[21] Desde que tienen fusiles matan a pocos en las guerras porque no saben disparar y de mil disparos sólo aciertan uno. No son nada valientes cuando alguno es alcanzado; todos los demás se escapan aunque sean cien contra uno. Los europeos no tienen dificultad en hacer huir a cien o doscientos hombres de Viti. Todos los blancos que están aquí piensan que un ejército europeo de cien soldados valientes bien dirigido será suficiente para apoderarse de todas las islas Viti. Mire cómo se hacen aquí las guerras: cuando quieren apoderarse de un pueblo, tratan de conseguir alguna traición con regalos y promesas y después van a realizar el asedio.

Si el traidor es fiel a su palabra, prende fuego a una casa del pueblo y la confusión se apodera de los habitantes, que emprenden la huida. El enemigo entra en la plaza y mata a todos los que encuentra, hombres, mujeres y niños. Fuera de eso, sus guerras consisten en estar al acecho en el bosque para sorprender a algún enemigo solitario. Un barco americano tomó últimamente una plaza fuerte con un cohete. El cohete lanzado a la fortaleza cayó sobre una casa a la que prendió fuego. Los habitantes se dieron a la fuga y los americanos mataron a unos cuarenta hombres.

[25] Creo que la mayor dificultad de la misión de Fidji es una no pensada en Francia: la imposibilidad de dar a estos pueblos aislados alguna prueba de religión, adaptada a su inteligencia; al hablarles de los misterios de nuestra fe les parecemos cuasi *ludens loqui*, como bromistas. Nosotros tenemos nuestras historias y ellos las suyas y en todos los lugares hay blancos bastante ignorantes para decirles que todo es parecido, que son cosas iguales pues todo son cuentos.

Algo que acaba de sucederme en Rewa. Mostré al rey unos cuadros que representaban la muerte del justo y el pecador, el in-

fierno y la cruz. Quedó muy impresionado. Unos días después se encontró con un blanco, le habló de ello y le preguntó si todo era verdad. El blanco, con una sonrisa de lástima, le respondió que no eran más que trozos de papel y fábulas como las de Fidji, que cuando uno muere ya no hay nada. Unos tongianos que lo oyeron vinieron a contármelo y me preguntaron si quedaban aún muchos salvajes de ese tipo en Europa.

Pero esos blancos gozan de crédito ante los jefes pues les procuran regalos y riquezas y conocen bien su lengua y sus costumbres. Así, puede imaginar las dificultades que encontramos, desprovistos como estamos de testimonios a favor nuestro. Sólo he encontrado un blanco que hablaba algo bien de la religión.

Reverendo padre, se despide de usted con profundo respeto su afectísimo en el Señor

Mathieu, misionero.

1210 : En Viti “mueren pocos de muerte natural”

1853. – Charles-Eugène Mathieu a su hermano

Rewa, archipiélago de las islas Viti. Querido hermano,

[1] En una epidemia que llegó a estas tierras hace unos meses, al ver que nosotros quedamos exentos de la calamidad, los insulares imaginaron que éramos los causantes de la plaga e inventaron un cuento. Decían que yo tenía una caja mágica y que cuando la abría, se extendían las fiebres por el país. Y llegaron hasta tirarnos piedras; el rey se lo impidió. ¡Qué dirían si fuéramos a ver a sus hijos enfermos y murieran después de haber pasado por nuestras manos! Sólo iba a ver a los adultos enfermos si es que me lo pedían, porque yo tenía reputación de médico. He curado a varios, pero no he recibido de ellos ningún agradecimiento verdadero.

[2] Un día, estando en casa de un gran jefe en la montaña, sucedió que estaba a punto de ejecutar a un hombre; hice una súplica en su favor según la costumbre del país, con un diente de ballena, y obtuve su gracia. Sin mi presencia habría muerto de un golpe con el rompecabezas para ponerlo después a asar en el horno; unos días después volví al mismo lugar y no se dignó venir a verme; así es el habitante de Viti.

[3] ¡Qué lástima da ver a tanta gente degollarse para comerse después! No hay semana en la que no suene el tambor para anunciarnos algún festín antropófago aquí o en otro lugar. Están verdaderamente poseídos por el demonio del homicidio; para ellos no hay gozo y gloria comparable a la de matar y devorar a sus enemigos. Su codicia supera a su crueldad.

[4] No hacen un *kava*, ni dan una noticia, ni hacen una ceremonia sin pedir a su diablo que les dé algún enemigo para inmolar. Cuando sorprenden a algún individuo aislado, alguna pobre mujer o algún niño pescando, no sólo le matan sino que además, si son cincuenta van todos en fila a golpear el cadáver; es todo un deleite para ellos. Después lo llevan triunfalmente al templo de sus ídolos, cuyo sacerdote manifiesta su satisfacción dando golpes en el vientre de la víctima. Seguidamente lo asan. A veces los nativos mandan hervir algunos trozos de carne y se beben el caldo.

Si pueden sorprender a un pueblo, degüellan a todos los que encuentran, se comen algunos, parten en trozo a otros y los apilan y se van tras colgar a los niños en los palos de la piragua y, si al llegar a su lugar todavía queda vivo alguno de ellos, los matan sus propios hijos pequeños para que vayan ejercitándose en el asesinato.

[5] Si capturan vivo algún enemigo, acostumbran a hacerle sufrir suplicios inauditos antes de matarlo. Un día trajeron aquí tres enemigos, uno vivo y los otros dos muertos. El rey, que sospechaba lo que yo haría, me envió urgentemente un individuo para decirme que no intercediera por el vencido pues era demasiado culpable y yo no obtendría nada. En realidad ese hombre había degollado anteriormente por traición a muchas personas de Rewa, refugiadas en su pueblo.

A pesar de todo yo intervine y le rogué que le ahorrase los suplicios. Me lo prometió, y como era tarde me retiré. Pero las mujeres del fuerte se pusieron a atormentar durante la noche a ese miserable rasgándole la piel, quemándole con tizones ardientes… Por la mañana me enteré de la horrorosa escena que se estaba dando fuera del fuerte, me levanté rápidamente para ir a impedirlo, y oí el disparo del fusil que ponía fin a la vida de ese desventurado. Todos esos actos de canibalismo van acompañados de una alegría feroz, de danzas alocadas, de todas los signos que indican la presencia de quien ha sido homicida desde el comienzo.

[6] En Viti hay muy pocos que expiren de muerte natural. Si

están mucho tiempo enfermos, sus parientes los llevan a la fosa, los estrangulan y los entierran. Mientras le escribo esto se oyen unos gritos en el fuerte: acaba de morir un viejo jefe. Hace cierto tiempo me había pedido que tratase a una de sus criadas, con una horrible lepra que le roía la pierna, prometiéndome solemnemente que si la curaba se convertirían él y toda su familia. Lo hice y se curó. Le recordé después su promesa pero, como auténtico vitiano, eludió la cuestión y encontró pretextos para retrasarlo. Ahí lo tenemos ahora en la eternidad.

Según la costumbre, había que matar a su esposa para enterrarla con él; pero el cónsul vino a decirme que la mujer había considerado más cómodo escaparse. Es un caso raro; lo más frecuente es que las mismas mujeres pidan ser sepultadas con sus maridos. Es más bien cuestión de amor propio que de afecto. Cuando el que muere es un rey, son enterradas con él una docena de mujeres, y los más afectos a su persona marchan a quemar y degollar a todo un pueblo en su honor.

Mathieu, misionero apostólico.

1258 : Interés de Fidji por los occidentales.

27 junio 1853. –Informe de Charles-Eugène Mathieu al emperador Napoleón III.

Viti Levu, Rewa. Majestad,

[1] Creo que es mi deber agregar al informe del cónsul americano a Vuestra Majestad, aquí adjunto, alguna información sobre la isla de Viti Levu, donde resido desde hace casi dos años y que, pienso, es casi desconocida en Francia, pues soy el primer francés que ha habitado en ella y no ha sido visitada aún por ningún navío de nuestra nación desde que la vio de paso Dumont d'Urville.

La importancia que tendrán muy pronto estas islas para las comunicaciones, que comienzan a existir entre California y Sidney, me lleva a pensar que podría ser muy útil para el Gobierno francés poseer alguna información más sobre esta isla, una de las más importantes de los mares del sur. Movido por ese pensamiento y por el deseo de ser útil a mi país me he atrevido a dirigir esta carta a Vuestra Majestad.

[2] Hablaré de la calidad del terreno, de algunos fondeaderos que conozco, del comercio de estas islas, del carácter de los habitantes, de los obstáculos para la civilización, de los medios para propagarla y finalmente de los lugares en que se podrían crear centros para los intereses políticos o comerciales. […]

[3] En el archipiélago de Viti habitan también bastantes blancos, un cónsul americano, ministros metodistas ingleses y sacerdotes católicos franceses. La residencia principal de los blancos está en Levuka y Totogo, dos pueblos muy próximos en la costa este de Ovalau frente a un fondeadero. La mayor parte de los blancos son americanos o ingleses; hay algunos de Manila.

No hay ningún francés. Quedaron aquí o por naufragio o por deserción o por algún intento comercial o por antecedentes que desconozco. La mayoría sigue las costumbres vitianas exceptuando las supersticiones y la vestimenta; tienen ya bastantes hijos y comienzan a formar una pequeña colonia, no organizada aún y que probablemente será pronto presa de Inglaterra; generalmente trabajan en la construcción de pequeños navíos y recorren todo el archipiélago para explotar el comercio.

[12] El cónsul americano no tiene residencia fija. Actualmente vive en Rewa. Es un hombre con buena educación, que se encuentra aquí desde hace mucho tiempo y que conoce bien el país. Sus tentativas comerciales no han tenido éxito. Es dueño de varios terrenos preciosos en Ovalau y en la costa de Viti Levu, perfectamente situados para levantar en ellos establecimientos o colonias. Le he oído decir varias veces que, si se presentara la ocasión, estaría dispuesto a concederlos para ese fin y que sobre todo le gustaría ver allí establecimientos franceses.

[13] Los ministros metodistas están en el archipiélago desde hace unos veinte años; están establecidos en Viwa, Lakeba, Levuka y en la costa de Vanua Levu. Además envían una multitud de tonguianos de su secta a diferentes lugares. Su ocupación principal durante todo ese tiempo ha sido sembrar la calumnia y el odio contra Francia y contra la religión católica por todo el archipiélago. Han conquistado para su secta a doscientos o trescientos habitantes de Viwa, quinientos o seiscientos de Lakeba y algunos pueblos de la costa de Vanua Levu.

Los medios utilizados para triunfar son: los regalos, el interés del comercio, la violencia, la visita de los barcos de guerra mandados por hombres de su secta, el miedo, el odio y el menosprecio

hacia Francia y la religión católica. El jefe de Viwa, asesino del capitán Bureau y nombrado *Varani* por esa razón, fue movido a abrazar el metodismo por la seguridad que le habían dado de que en ello encontraría amparo contra Francia. Tal motivo es confeso y público; lo he visto escrito en una obra sobre Viti editada en inglés.

[14] Los sacerdotes católicos están actualmente en Lakeba, Ovalau y Rewa. La misión de Lakeba comenzó hace ocho años. Desde entonces no ha dejado de ser el blanco de todo tipo de persecuciones por parte de los metodistas. Los padres estuvieron a punto de perder la vida varias veces, un hermano fue atacado y a punto de ser asesinado. El reducido número de convertidos es continuamente vejado, amenazado, golpeado y perseguido. Una persecución más violenta que las otras acaba de reducir su número a unos treinta. A causa de la comunicación que existe entre ambas islas, esta misión va a remolque de la de Tonga.

Con el mayor respeto a Vuestra Majestad de su humilde y obediente servidor,

Mathieu, misionero marista.

1260 : Queja al cónsul de los Estados Unidos

La carta precedente hace alusión a un navío francés saqueado, el *Aimable Joséphine*, y pide que intervenga Francia mediante visitas del militar de la estación. Ante la carencia de cónsules franceses, el padre Mathieu se dirige al de Estados Unidos para que haga seguir su demanda.

30 junio 1853. –Charles Eugène Mathieu a Jean Claude Colin

Viti Levu, Rewa. Reverendísimo padre.

[1] Cuando San Pablo, cuya fiesta celebramos hoy, estuvo fuertemente acosado, hizo valer sus derechos de ciudadano y le salió bastante bien. Yo creí que debía hacer algo semejante y quejarme de los insultos que hemos recibido por ser franceses. Así que escribí al cónsul americano con ese fin. Él hizo su informe como debía al gobierno y yo redacté además un largo informe de explicaciones e informaciones sobre las islas Viti. Se lo envío todo para que lo juzgue antes de que llegue a su dirección o lo retenga si lo cree conveniente. Personalmente y con el parecer de mis com-

pañeros le ruego que envíe un ejemplar del mismo al gobernador de Tahití.

No creo que en todo lo escrito por mi haya algo que pueda comprometernos o que sea contrario al espíritu que debe animarnos. Si este informe no llega a su meta, al menos no será inútil para usted o para la sociedad que venga aquí a remplazarnos. En cambio, si usted lo ve bien hágalo pasar a Su Majestad Napoleón, que hará de él lo que quiera. He escrito también una carta al reverendo padre Poupinel respondiendo a otra que tuvo la bondad de dirigirme él. Le ruego que la lea también.

[2] Nuestra goleta no ha llegado aún. La espero pronto y confío en que me traerá alguna respuesta a las cartas que le dirigí en mis primeros tiempos de estancia en Viti. Lo deseo ardientemente pues aquí no tengo el consejo de nadie. Espero también a monseñor, que probablemente volverá este año.

[3] Tenga la bondad, reverendo padre, de ayudarnos y apoyarnos con sus consejos y oraciones. Nosotros haremos cuanto podamos para hacernos hijos dignos de la Sociedad de María.

Reciba, reverendísimo padre, el respeto más profundo de su humilde y obediente servidor, Mathieu, misionero.

[4] Post scriptum. Como el cónsul ha lacrado su carta, y la mía va incluida en ella, le envío la copia de la misma.

[5] Señor cónsul,

[6] Al no haber ningún agente de la nación francesa en este archipiélago, me tomo la libertad de dirigirme a usted para rogarle que tenga la bondad de dar a conocer oficialmente a mi gobierno la situación en que nos encontramos en estas islas en calidad de franceses.

[7] Nuestra bandera ha sido destrozada y pisoteada en Viwa y la embarcación del obispo Bataillon rechazada por la población reunida. Orden del jefe de Bau de rechazarnos en cualquiera de sus tierras a las que vayamos a presentarnos. Complot para no pilotar ningún navío que ondee nuestro pabellón, de modo que el barco genovés la *Rosa*, llegado últimamente, entró en esa proscripción a causa de la semejanza de su bandera con la nuestra.

[8] Mi embarcación, cargada con todas mis cosas y en la que ondeaba la bandera francesa, ha sido atacada por un grupo de nativos armados y se ha visto obligada a defenderse con la fuerza. Varias veces más y en otros lugares, la misma embarcación ha sido atravesada por las balas de los nativos.

[9] Usted ya sabe hasta qué punto ha sido envilecida y ridiculizada nuestra nación en estas islas, considerándola tanto como una potencia invasora a la que hay que alejar y con la que no hay que relacionarse, como una aparente potencia a la que se puede hacer de todo sin miedo alguno a la venganza.

[10] No digo nada de las injurias que nos hacen por ser misioneros católicos. Pero no es eso por lo que me quejo. Le ruego tan sólo que tenga a bien dar a conocer al gobernador francés cómo están las cosas actualmente en este archipiélago para que tome medidas eficaces tanto para el honor de nuestra bandera como para la seguridad de los navíos franceses que puedan abordar estos parajes.

Su….

[11] El informe del cónsul está en inglés. Apoya y amplía todo lo dicho por mí e insiste mucho en la necesidad de enviar aquí barcos de guerra. Si cree que mi informe es bueno, envíe todo junto al emperador y haga que lo lleve a Paris uno de los padres.

El padre Mathieu fue escuchado puesto que en 1855 y 1856 los barcos *Prévoyante* y *Bonze* se presentaron en el lugar.

1270 : Una cierta relajación

29 julio 1853. –Jean Victor Favier a Jean Claude Colin

Arhipiélago Viti. Reverendísimo padre,

[1] La guerra de Tonga ha sido la causa de que fuéramos visitados el año pasado. Por eso he tardado tanto en escribirle. Por aquí hay un presentimiento de que nuestras misiones no continuarán y de que la esterilidad de nuestros trabajos obligará a la Sociedad a que nos llamen de Francia. Si eso fuera así, pienso que se debería esperar aún varios años. Los intentos que hemos hecho hasta ahora no son suficientes para formar un juicio definitivo so-

bre estas misiones. De todos modos, de parte nuestra, sumisión absoluta a las decisiones de Roma y de la Sociedad. Lo esencial es que al escribir se haga con prudencia y se digan las cosas lisa y llanamente tal cual son o cómo se las ve ante el Señor.

[2] Es deber mío señalar aquí a su paternidad un punto importante y que merece toda su atención. Quiero hablarle del espíritu de la Sociedad, que se relaja entre sus hijos de Oceanía. En tal lugar hay un inferior susceptible al que no se le puede decir nada; en otro un superior aplasta con excesiva rigidez, inconveniente mayor que cierra la puerta a las simpatías y encoge los corazones. Éste actúa como si no tuviera el voto de pobreza, aquél olvida los deberes de la santa obediencia. Acá, espíritu de egoísmo, allá desconfianza mutua, modo de comportarse o defectos de los ausentes y en casi todos los sitios falta de esa cordial sencillez que se nota en nuestras casas de Francia. Alguien ha dicho en presencia mía que hay más caridad en el clero secular que entre los misioneros de Oceanía. Yo no me atrevería a apoyar lo contrario.

[3] Relajación también tocante al vestido. Hay quien lleva desabrochada la sotana de arriba abajo; otros no la llevan nunca. Conozco incluso a alguien que va todos los días a decir su breviario en la vía pública en mangas de camisa, descalzo y sin sombrero.

En cuanto a los ejercicios espirituales, creo que en todos los sitios se hace al menos lo importante; sin embargo, de la oración he oído decir que habría que hacer reformas.

Para obviar los inconvenientes de que he hablado, necesitaríamos un hombre de confianza, que residiera en el vicariato, dedicado exclusivamente al campo espiritual de los padres y hermanos. Cuando estuviera en un archipiélago no marcharía de él sin haber mandado hacer el retiro anual a los que allí están, ni sin tener un conocimiento exacto de lo fuerte y de lo débil de cada uno y sin haberle dado los consejos consiguientes. Cuando estuviera todo en regla, iría a otras islas donde haría lo mismo. La única dificultad que se presenta es el medio de comunicar con ese sujeto o si se entendería con el vicario apostólico.

No sería oportuno que el padre que viniera a darnos los retiros nos visitara a la vez que el vicario apostólico, porque entonces se tiene la cabeza llena de noticias. Lo temporal del establecimiento preocupa tanto que resulta casi imposible recogerse. Por otra parte, cuando se nos visita para traer nuestro enseres, se apresuran

demasiado a marchar otra vez, porque es necesario que la goleta visite todas las estaciones y que regrese a Sidney.

He oído decir que el padre Forest, que está en nueva Zelanda, cuadraría perfectamente para esto. No me cuesta creerlo porque además de ser uno de los más antiguos de la Sociedad, es un viejo misionero con mucha experiencia y con una calidad que le daría probablemente la llave para que se abrieran los corazones.

[4] Unas palabras ahora sobre mi miserable persona. Desde que estoy en Oceanía, las pruebas me han agriado el carácter de tal modo que me he vuelto muy susceptible. Cualquier cosilla me ofende a pesar de que hago esfuerzos continuos para superarlo.

Con excesiva frecuencia estoy preocupado por miedo a haber venido a este país contra la voluntad de Dios. Se lo he dicho a monseñor. Su Excelencia ve en ello una tentación y me ha animado a menospreciarlo. Bastante a menudo tengo inquietudes por mi salvación, pero me pongo siempre y totalmente en manos de la divina misericordia.

[5] Para terminar la carta le diré que en Oceanía hay que luchar mucho para conservar el corazón puro. Vivimos en un ambiente donde el poder de las tinieblas tiene un imperio increíble. ¡Cuánta necesidad tenemos de la que fue concebida sin pecado! Este año he hecho siete días de retiro anual sobre la tumba del hermano Annet. Creo que he puesto en él todo mi afán.

[6] Bendígame, padre, y acepte la expresión de mi veneración profunda y de mi total sumisión.

Jean-Victor Favier, misionero apostólico.

Las dificultades son grandes y a los católicos no se les reconoce la libertad de culto hasta después del paso de la embarcación *Bayonnaise*, enviada por el gobernador de Tahití en 1858.

Fidji pasa a ser prefectura apostólica en 1863; el Padre Bréhéret, llamado "Capitán Bréhéret" por sus cualidades de navegante, es el encargado de la prefectura.

Después de haber dejado al padre Chanel en Futuna, Monseñor Pompallier sale para Nueva Zelanda el 16 de noviembre de 1837. En el trayecto hace escala en Rotuma, donde recibe una buena aco-

gida por parte del rey, que deseaba "*matua*" -sacerdotes- mejor que ministros protestantes. Al no tener ya con él más que al padre Servant, no puede dárselos.

En 1842, dos nativos de Rotuma que se convirtieron en Wallis y vuelven a Rotuma, vuelven a hacer la misma petición; en 1845 van a Futuna y vuelven a insistir. Monseñor Bataillon, dispuesto siempre a crear un nuevo centro, embarca para allá el día 29 de noviembre de 1846 en el *Étoile du Matin* del comandante Lucien Roumieux a los padres Pierre Verne y Grégoire Villien conjuntamente con el hermano Lucien Manhaudier y algunos catequistas de Wallis, entre los que se encuentra el walisiano Philippe, un antiguo oficial de Marceu. Por desgracia, el rey acababa de morir, seis ministros protestantes de Tonga habían desembarcado allí con su familia y una guerra había enfrentado al jefe Konao de Fao con el jefe Tokanina de Oinafa, que salió vencedor.

Molesto con la llegada de los misioneros a la bahía de Fao, Konao se los remite a Tokanina, que recibe al padre Verne para decirle que abandonase Rotuma. El padre, de vuelta en Fao, al constatar que no había nadie en el fondeadero de Fao –Konao y los suyos habían marchado a una campaña de pesca– decide desembarcar, y para evitar el peligro de guerra los padres vuelven a Oinafa. Como las amenazas de muerte no produjeron efecto, Tokamina y su consejo aceptan que se queden pero solamente en… Oinafa. Así es como arranca la misión de Notre Dame de la Paix. Con la ayuda del hermano Lucien Manhaudier nace una pequeña comunidad, que acoge al padre Jean-Victor Favier, venido de Futuna a remplazar al padre Villien que va a unirse con Collomb en Woodlark.

En septiembre de 1850, Monseñor Bataillon envía a Rotuma al padre Sage pero en 1851 la isla se ve envuelta en las guerras tribales. Es el momento de llevarse con él al padre Jean-Victor Favier, a quien destina a Viti Levu, donde quedará durante 30 años.

Como la misión se muestra estéril, el comandante del *Bride* les lleva una carta del señor obispo en la que pregunta a los misioneros si creen oportuno continuar. El padre Verne lo desea. Pero en julio de 1853, al volver, el *Bride* termina por llevar a Apia a algunos catequistas y a los padres Verne y Sage con el hermano Lucien Manhaudier. En la isla sólo queda el viejo ciego Maïlangui.

En 1859, 1861, 1868 se emprenden nuevos intentos en Rutuma, donde siempre encuentran a Maïlangui, fiel a sus convicciones.

Los franceses terminarán siendo expulsados cuando la caída de Napoleón III.

687 : Improvisación en el mar

1 abril 1848. –Jean-Louis Rocher a un compañero marista

Sydney.

[1] Fue el 5 (o el 6) del mes pasado cuando llegamos a Sydney, después de una ausencia de nueve meses y medio. Esta segunda aparición del *Arche de l'Alliance* en medio de las islas de Oceanía produjo el mayor bien entre los nativos. Parecían menos salvajes y menos espantados al ver los *popes* que llegaban a visitarlos de nuevo. En Rotuma los nativos parecían comprender que los misioneros que estaban allí no eran hombres expulsados de su país ni llegados por azar a su tierra, sino que pertenecían a una nación que los amaba y que enviaba grandes navíos para visitarlos.

Fuimos con el padre Verne a visitar a los jefes principales de la isla para aconsejarles que no fueran hostiles con los misioneros ni con los que desearan hacerse católicos. El reverendo padre Verne espera de esta visita un resultado feliz para la misión, que comienza a ofrecer las esperanzas más hermosas.

Lo que acabo de decirle respecto al bien que produce el *Arche de l'Alliance* en Rotuma lo podría decir igualmente de las otras islas que hemos visitado. La mayor prueba que puedo dar es que el demonio no ha cesado de ponerle trabas y de hacerla pasar por durísimas pruebas, que más de una vez la dejaron a punto de desaparecer.

[2] Antes de salir de Sidney le decía, reverendo padre, la gran sorpresa que se llevó el señor Marceau cuando llegó a la ciudad y no encontró ni dinero ni cartas del señor Marziou. Le había pasado lo mismo al llegar a Tahití. Cuando llegamos a Upolu, el señor Marceau encontró su establecimiento quemado; en Tonga se evalúa la pérdida en treinta mil francos. Cuando estábamos comiendo con nuestros hermanos religiosos, nos enteramos de que el señor Marceau había tenido averías bastante considerables y que estaba en Sydney reparándolas.

En Wallis, el *Arche de l'Alliance* fue lanzado contra los arrecifes. Fue tan enorme la sacudida que el frontis del barco quedó gravemente dañado; y al salir de allí sin haber tenido tiempo de maniobrar el velamen, la corriente nos lanzó contra otro arrecife y el timón del barco se destrozó. Esos dos accidentes llegados a la vez prolongaron nuestra estancia de dos meses en Wallis. Sin em-

bargo, en medio de todas esas pruebas Dios nos dio una señal clara de su bondad paternal. Sin ese accidente quizás habríamos ignorado los desastres de Nueva Caledonia, a donde habríamos ido sin desconfianza alguna. Cuando íbamos a partir de Wallis, la goleta francesa *Sultane* procedente de Tahití, nos daba la terrible noticia.

[3] Después de tocar San Cristóbal, donde nos contaron el asesinato de nuestros queridos hermanos y la salida de monseñor Collomb y sus misioneros, tomamos la ruta de la isla Woodlark, donde debíamos encontrar a Su Excelencia. Pero apenas habíamos sobrepasado Nueva Georgia, a unas sesenta leguas de Woodlark, cuando un terrible viento del oeste nos embistió de frente. Habían pasado ya dos días sin que la tormenta diera muestras de disminuir. Recurrimos a una novena, pero Dios parecía hacer oídos sordos a nuestra oración; nueve días de tempestad continua.

El señor Marceau, sin esperanza de poder llegar a Woodlark y viendo a su tripulación agotada por la fatiga y sin víveres a bordo para más de dos meses, tomó la ruta de Sidney. Era el 10 de febrero, mas el cambio de ruta no hizo variar el tiempo, la tempestad apretaba con más fuerza que en días anteriores. El 12 por la tarde, se levantó de golpe un terrible viento que nos pilló con casi todas las velas desplegadas. La situación era peligrosísima; los seis hombres del timón no podían hacerse con el mando. El navío, exageradamente inclinado por la violencia del viento, amenazaba con hundirse en las aguas; finalmente, cuando la fuerza del timón se iba dejando sentir, el navío se fue enderezando y poco a poco obedecía a la dirección. La esperanza volvió a nuestros corazones, nuestra situación era algo más tranquilizadora.

Pero esa prueba parecía como la preparación para otra mucho más dura aún, que se nos había reservado para el día siguiente. En el mar, durante tanto tiempo agitado por los vientos, surgieron unas olas grandísimas que agitaban el barco con gran peligrosidad y que hacían extremadamente fatigoso el manejo del timón. El día 13 no fue menos desagradable aunque el viento no soplaba ya con la misma fuerza; pero hacia las siete de la tarde en el horizonte del lado oeste apareció una nube negra. Era el presagio de una nueva tempestad, que no tardó en estallar con mayor furor aún.

Nuestro pobre timón, que no pudo ser colocado con la misma solidez en Wallis, cedió esta vez a la fuerza de las olas y desapareció en las aguas. Henos ahí, en una noche tenebrosa, sin timón, a merced del mar furioso, un mar llamado Mar del Coral por los

numerosos escollos que se encuentran en él, y a cuatrocientas ochenta leguas de Sidney.

Si al menos hubiéramos podido saber nuestra posición geográfica; pero no; después de cinco días no se había podido encontrar el punto. El Sr. Marceau mantuvo en esta ocasión un comportamiento maravilloso. Tenía puesta en María toda su confianza. Mantuvo una sangre fría imperturbable, hablando a sus oficiales y marineros de una manera que dejaba entrever una esperanza casi cierta de sacarnos de ese mal paso.

[4] Pasó toda la noche improvisando un timón mediante un enorme cable enrollado con varias vueltas sobre sí mismo, que lanzó al agua a remolque en la parte trasera de la nave y del que, cuando era necesario, tiraban dos cuerdas, una hacia estribor y otra hacia babor. Los dos días siguientes el tiempo siguió poco más o menos igual que los días anteriores.

Sin embargo se veía que los vientos disminuían y que el mar estaba menos agitado. El día tercero después de ese accidente el sol brillaba sobre nuestras cabezas y nos presagiaba buen tiempo para algunos días. Como la brisa era favorable y el mar estaba en calma, retiró el cable del agua porque retardaba considerablemente la marcha del navío y le dejó ir en plena libertad.

Fue entonces cuando María nos dio una prueba patente de su protección. Sin timón improvisado, todas las velas desplegadas, el navío haciendo dos leguas a la hora y conservando siempre la dirección hacia Sidney como si hubiera un hombre en el timón para dirigirle, y así durante seis días consecutivos. He ahí, lo creo, una protección bien visible de la Sma. Virgen. Nuestros marineros no podían salir de su sorpresa; decían que cuando volvieran a Francia no les creerían cuando contaran esa navegación. Durante los seis días de buen tiempo se creyó que se debía hacer otro timón con los restos del primero y del segundo, que se acababa de romper. El intento salió de maravilla, y el segundo timón improvisado nos condujo perfectamente hasta Sidney.

Rocher, misionero apostólico.

1036 : Rotuma

25 julio 1851. – Joseph Sage a Jean-Claude Colin

Rotuma. Reverendísimo padre,

[1] Hace más de dos años que dejé Francia pero sólo diez meses que llegué a mi destino. Ya conocerá, sin duda, el de los padres y hermanos que hicieron la travesía conmigo. El padre Dezet esta en el colegio de Futuna, el padre Michel en el de Wallis, el señor Fonbonne y el hermano Charise han quedado con monseñor esperando allí una ocasión, probablemente para Fidji, y hemos dejado al hermano Sorlin en las islas de los Navegantes para reparar un poco los desastres de la tempestad.

[2] A lo largo de toda la travesía el señor Fonbonne se ha visto incomodado por los mareos; también nosotros un poco, pero llegados ya a Wallis hemos olvidado todo y cuando nos hemos separado gozábamos todos de una salud perfecta.

[3] En las islas de los Navegantes, en Wallis y en Futuna todo lo que he visto era edificante. Era poco más o menos la idea que me había formado.

[4] El 25 septiembre 1850 llegué a Rotuma. ¡El padre Verne creía que volvería el padre Villien!...

[5] No puedo decirle nada de Rotuma pues aún no la conozco. Mis compañeros han debido hacerlo con más exactitud de lo que yo sabría hacer.

[6] Me han hablado de un tercer centro como medio para minar el paganismo y oponerse a la invasión de los pagano-protestantes. (No sé otro modo de llamar a esos cinco tonguianos que dogmatizan en la isla desde hace catorce años). Lo cierto es que ellos no están bautizados ni bautizan con esta fórmula: “en el nombre del Padre, del Hijo y de Espíritu Santo”. Me aseguran que la petición de un tercer padre se debe únicamente a este motivo.

Se trataría (vea el plano de Rotuma en la carta a mis padres) de fundarlo en Tagaota u Oinafa, la Génova de Rotuma.

Esta propuesta me preocupa bastante: no he pensado preguntarle lo que habría que hacer en tales casos y en su carta no encuentro a nadie que me pueda responder. No tengo claro que la regla se

oponga a que yo esté a 35 minutos o una hora de los compañeros de Tagoata o de Oinafa, a los que podría ver todos los días. Sin embargo, como se trata de una cosa algo seria, les he respondido que no había que soñar en nada antes de que llegara la goleta que estamos esperando desde hace cuatro meses. Preguntaré al visitador, y a monseñor si viene, lo que he de hacer y me atendré a su decisión mientras espero la de usted.

[7] La misión parece anclada, pero en cuanto a lo material estamos bastante bien. Cosas que vistas de lejos me parecían fastidiosas ya no me lo parecen. Beber *kava* ya no me cuesta, es un placer para mí. Me acomodo bastante bien a la alimentación de los nativos. El calor es soportable, la desnudez no me impresiona. Hablándonos de Oceanía, el P. Favre nos decía en Belley: "no crean que la desnudez de aquellos lugares sea muy penosa; es cuestión de costumbre; en Francia no se tapa a la vacas y nadie se escandaliza". Me parece muy acertado.

[8] El cumplimiento de las obligaciones y de los ejercicios de piedad no es mucho más difícil que en Francia. Sin embargo no hago progresos en la vida espiritual; estoy siempre igual. Padre, si se diera el caso de que se pensara que debo aceptar un tercer puesto, rece y pida que recen para que siga adelante "hasta la resurrección de los muertos" y para que me esfuerce hasta la muerte en hacer el bien y en enriquecerme para el cielo.

Su humilde y sumiso hijo, Joseph Sage Societatis Mariae.

[9] Post scriptum: Su Excelencia, cuya llegada consideramos providencial a causa de las circunstancias, trae algún cambio para nuestra misión; retira al P. Favier para colocarle en Fidji. Desea que yo le remplace en Motusa porque piensa que lo exige el bien de la misión; pero me deja libre, asegurándome que puedo hacerlo con seguridad sin ir contra la regla.

En 1853 los Maristas tuvieron que salir de una misión muy difícil. Quedó abandonada hasta la llegada del padre Laurent Dezest que pasó 18 años en Futuna. Murió en 1872 con 50 años.

Los Padres de Milan (pertenecientes al *Istituto delle Missioni Estere*), a los que Roma había confiado el vicariato de la Melanesia y la Micronesia, también pensaron en entrar en Fidji, pero fueron disuadidos por Bataillon. Tuvieron que abandonar la Melanesia después de la masacre de varios misioneros de su *Instituto*.

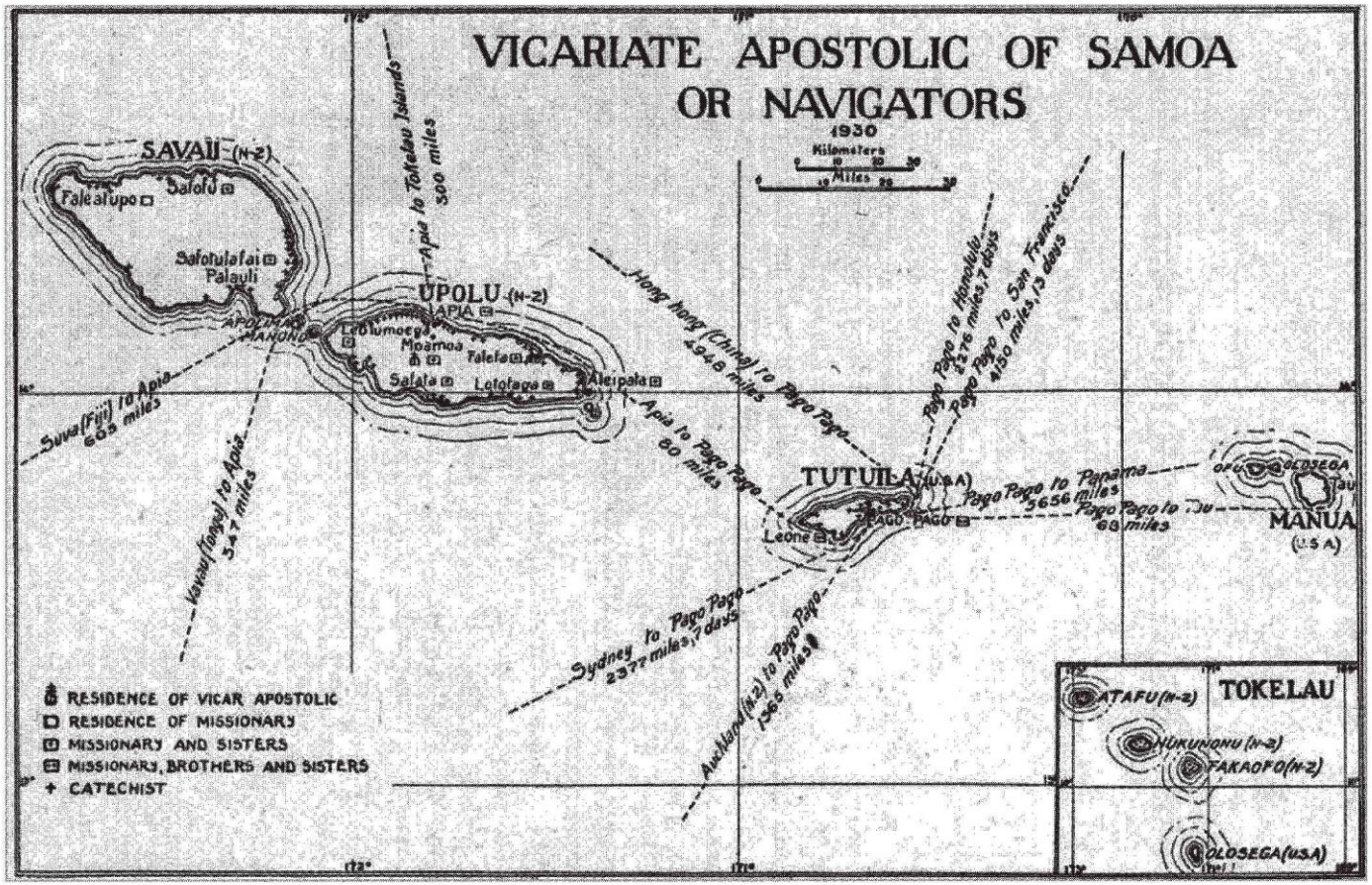
Samoa: difícil pero lograda implantación 1845-1852

La *London Missionary Society* considera a Samoa como su tierra predilecta y envía allí al misionero protestante John William. Al morir él, continúan la misión sus sucesores George Turner y Charles Hardi. En 1844 fundan un seminario protestante que formará pastores y catequistas autóctonos. Disponen de importantes medios, de barcos para desplazarse por todo el archipiélago y de una imprenta para difundir su enseñanza en el idioma local.

Para limitar la expansión del protestantismo, monseñor Bataillon, a pesar del poco personal con que contaba, decide fundar dos misiones en el archipiélago de Samoa: una en Sava'i y otra en Upolu.

Los primeros maristas que llegan en el *Étoile du Matin* en agosto de 1845 son solamente cuatro: el padre Louis Violette que queda en la isla Savaoi'i, primero en Lealatele y después en Safotulafai, el padre Gilbert Roudaire que queda cerca de Apia en la isla Upolu, y los hermanos Charles-Edouard Aubert, enfermero, y Jacques Peloux, albañil y carpintero. Les acompañan dos walisianos y dos parejas de casados samoanos, convertidos en Wallis.

Tras los difíciles primeros contactos. Los misioneros son aceptados en Salelavu por el jefe Moe, en Upolu por el jefe Mattafa de Mulinu'u, y en Vaïlele por el jefe Mana.


VICARIATE APOSTOLIC OF SAMOA
OR NAVIGATORS
1930
Kilometers
Miles
SAVAII (N-Z)
Falealupo
Safotu
Safotulafai
Palauli
UPOLU (N-Z)
APIA
Leulumoega
Moamoa
Falefa
Salata
Lotofaga
Aleipata
APOLIMA
MANONO
Apia to Tokelau Islands 300 miles
Hong Kong (China) to Pago Pago 2948 miles
Pago Pago to Honolulu 2276 miles, 7 days
Pago Pago to San Francisco 4350 miles, 13 days
Suva (Fiji) to Apia 605 miles
Kavawi (Tonga) to Apia 347 miles
Apia to Pago Pago 80 miles
TUTUILA (U.S.A)
PAGO PAGO
Leone
Pago Pago to Panama 3656 miles
Pago Pago to Ju 68 miles
OFU
OLOSEGA
MANUA
(U.S.A)
Sydney to Pago Pago 2377 miles, 7 days
Auckland (N.Z) to Pago Pago 1565 miles
RESIDENCE OF VICAR APOSTOLIC
RESIDENCE OF MISSIONARY
MISSIONARY AND SISTERS
MISSIONARY, BROTHERS AND SISTERS
+ CATECHIST
TOKELAU
ATAFU (N-Z)
NUKUNONU (N-Z)
FAKAOFO (N-Z)
OLOSEGA (U.S.A)

449 : Fundación en la hostilidad

Finales del año 1845. –Louis Théodore Violette a J. C. Colin

Archipiélago de Samoa. Reverendísimo padre,

[1] Espero que recibirá complacido algunas líneas sobre nuestra llegada a las islas Hamoa, *Samoa* en la lengua local. Salimos de Wallis el 13 de agosto y tuvimos una travesía larga y penosa. Como viajábamos en la pequeña goleta de monseñor Bataillon con viento contrario y mar gruesa, el puente pareció durante varios días una enfermería. Aunque el recorrido era de unas ochenta leguas marinas, llegamos a Falealupo al cabo de 13 días.

[2] El archipiélago está formado por dos grandes islas principales, Sava'i y Upolu (pronunciación italiana de la"u"). Sava'i puede tener sesenta leguas de circunferencia situada a 175,5º de longitud y 13,28º de latitud este; queda separada de Upolu por un estrecho de unas siete leguas, con una circunferencia de unas cincuenta leguas. Sigue después Tutuila con unas doce leguas de circunferencia, veinte leguas al este de Upolu. Manono y Apolima se hallan en el estrecho a una milla más o menos de las dos islas mayores. Hay además varios islotes pequeños menos importantes.

[3] Sava'i tiene un fondeadero bastante bueno en Matautu, y Upolu uno excelente en Apia; es frecuentado sobretodo por los balleneros ingleses y americanos. La autoridad descansa en los jefes que componen una especie de jerarquía; pero en general se reduce a poca cosa y, como se nos ha repetido, hay casi tantos jefes como cabezas. Le daré más detalles sobre este asunto

[4] Salimos de Wallis el 13 y llegamos a Falealupo el 26. Allí comprobamos que combatimos bajo el estandarte de María, que para sus enemigos es terrible como un ejército dispuesto para la batalla. Éramos dos, el P. Roudaire y yo, y aunque los señores de la Reforma eran dieciséis, tenían un gran número de catequistas y estaban establecidos allí desde hacía unos siete años, al acercarnos nosotros, todo quedó perturbado.

Es toda una gloria para nosotros hacer profesión de apego inviolable a la santa sede apostólica; ¡aquí comprobamos qué espanto infunde en el campo de nuestros adversarios la luz de esta co-

lumna de la verdad! Tratan por todos los medios de hacer odioso al soberano pontífice y a las ovejas que escuchan su voz. Los señores de la Reforma imprimen, y yo lo he leído, que miramos al soberano pontífice como Dios, así, con toda la fuerza del término, de modo que -de acuerdo con la exactitud del lenguaje- para esos señores somos en este punto auténticos idólatras.

Ustedes, los católicos de Francia, son también idólatras respecto a las imágenes; pero aquí esos señores imprimen en los libros que nosotros somos cristianos con ellos. Sin embargo no cesan de repetir y publicar que adoramos las imágenes; últimamente, un jefe, llegado de bastante lejos, miraba por todos los lugares de la casa que nos habían prestado unos ingleses a ver si veía esos ídolos, que no encontró.

[5] Misioneros y fieles católicos: vocablo siniestro, palabra terrorífica. A causa de todas las ideas que la calumnia le ha aplicado, parece una palabra mágica para inspirar el espanto; el *popé*, el papista, el católico, tienen para esa pobre gente engañada un no sé qué de siniestro y funesto. Desde que supieron que los *popés* tan temidos habían llegado, todo comenzó a agitarse.

Pero para que se cumpliera el designio misericordioso de quien es la Sabiduría soberana, un nativo de Wallis y jefe bastante importante en Falealupo, al que llevábamos una carta y un trozo de *kava*, subió a bordo. A pesar de ser nuestra primera visita, ya parecía un poco agitado e inquieto, pero se mostró cordial.

Después se hizo el *kava*. Había allí un hombre de Tonga, catequista de los señores de la Reforma, que parecía tener bastante influencia entre los nativos; tenía buena actitud y se mostraba educado. De pronto llegó el primer jefe; estaba como desconcertado. El capitán había notado que subió a bordo temblando. Apenas llegado al puente, comenzó ex abrupto a reprender agriamente a su gente y bajo pretexto de que el barco era demasiado pequeño y ellos importunos, volvió a tierra con parte de los suyos.

Comprendimos su espanto cuando poco después nos enteramos de que todos los jefes de Sava'i habían tenido un *fono* o asamblea en la que se decidió que harían la guerra al jefe que recibiera a los *popés*. Se ve que, no conociendo para nada a los popés, alguno que otro, más conocedor de lo que son, los empujase a tomar unas medidas tan severas. Desde ese momento las cartas y correos comenzaron a difundir en Sava'i la alarma, que atravesó el estrecho y pronto llegó a Upolu. Al principio, como máximo pudimos comprar pescado a cambio de tabaco, pero después nadie llevó

provisiones a bordo. Los hombres de este lugar nos parecen menos civilizados que los de otras bahías; son muy hábiles para hacer y manejar las piraguas.

[6] Al día siguiente levamos anclas y como, debido a los arrecifes que rodean las islas y a las rápidas corrientes que arrastran hacia las rocas, resulta difícil y peligrosa la navegación por estos lugares, el capitán puso rumbo a altamar.

Pero la *Étoile du Matin*, nombre de la goleta, en circunstancias desfavorables parecía más estrella fija que estrella fugaz; con el viento siempre en contra, estuvimos bamboleando ocho días en plena mar; colocamos la lona del palo, se tensó la tela, y después de tanto esfuerzo volvimos casi al mismo lugar. El mismo jefe originario de Wallis vino a rogarnos que fuéramos a un bosque próximo prometiéndonos que al día siguiente se juntaría a nosotros para volver a Wallis con la goleta. No le vimos en la bahía, pero más tarde volvió a encontrarnos en Apia.

[7] Fondeamos en Safunei; los nativos y los jefes vinieron enseguida a bordo. El primer jefe es amable y de excelente carácter; nos aseguró su interés a pesar de los rumores que corrían sobre nosotros; todo iba bien hasta que de pronto se presenta un hombre pequeño, de nacionalidad inglesa y que estando aún lejos ya había llamado la atención; tenía aire como de preocupado por algo serio, por un rol importante, como si fuera un espía.

Nos preguntó dónde íbamos y cuál era nuestra intención. ¿Vienen -nos dijo- a convertir nativos? Él estaba allí decidiendo los casos de conciencia de los nativos y de los jefes. El capitán había comprado al segundo jefe un cerdo que necesitaba, pero la embarcación ya había partido y no pudo transportarlo; y como eso no cuadraba con sus principios, actuó de tal modo que los jefes volvieron a tierra con bastante prontitud y el cerdo no apareció.

Animado quizás por ese éxito volvió al día siguiente, pero estaba menos contento porque zozobró dos veces cerca de la goleta. Como tenía un dedo del pie dañado, el padre Roudaire le aplicó un poco de ungüento; le volvimos a ver al cabo de varios días; su pie iba mejor, pero su conciencia no, pues aún venía a fatigarnos con sus preguntas y sus ofertas insidiosas.

[8] El día siguiente, domingo, descendimos a tierra. Al instante nos rodeó una multitud de nativos de todas las edades; en el rostro de varios se podía leer cuánto les había trabajado el espíritu el funesto pensamiento sobre los popés; pero pronto les cambió la ca-

ra. Entonces se les repetía, y se hace aún, que somos asesinos, espías del gobierno, que venimos para apoderarnos de la tierra, que después cazaremos a los nativos en las montañas, que tenemos calabozos oscuros para encerrar allí a las mujeres, que ocultamos y escondemos el fruto de nuestros comercios criminales.

Durante ese tiempo de esclavitud de los nativos, nosotros residiremos a orillas del mar, tocaremos una campana por la mañana y de lo alto de las montañas bajarán los nativos con el tributo de *talo*, un tubérculo; a mediodía sonará la campana y nos traerán otros frutos, por la noche peces, aves, etc. Dos veces a la semana tocaremos para mandar que vengan los cerdos. ¡Tiempos felices! y tan distintos del que estamos viviendo, en el que no quieren, o mejor dicho no se atreven a vendernos nada. Lo cual hace resaltar más la generosidad de algunas personas, a las que no pueden cerrar la boca ni la mano las calumnias y el terror.

[9] Un irlandés no prestó oídos a todos esos rumores y a cuanto pudiera temer de parte de nuestros adversarios. Como no podía darnos un cerdo vivo, nos dio un trozo de carne salada, huevos y talo. El capitán le hizo unos regalos. El día de nuestra partida vino un jefe joviliano -secta fundada por el samoano Sio Viti- pidiéndonos que nos acordáramos de él. Parecía que con ese paso se liberaba de un deber de conciencia; nos apretó la mano afectuosamente y nos habló con gran apertura de corazón, nos regaló unos cocos y nos volvió a recordar que no lo olvidáramos.

[10] De entrada, el celibato de los misioneros católicos les sorprende y les choca. Pero según se les explican las razones, sus pensamientos se elevan y toman un aire reflexivo y respetuoso.

[11] Al hacer la maniobra de salida se rompió la cadena del ancla, la cual quedó enganchada a una roca. A la cuarta inmersión en el agua, un nativo logró desengancharla, pero le salía sangre por boca y oídos. Al día siguiente ya estaba bien y como de ordinario.

[12] Así abandonamos Safunei, con el consuelo de haber consagrado a María la isla Sava'i. A la vista del pasaje de Matautu, único fondeadero válido de Sava'i, vimos venir hacia nosotros al práctico de nacionalidad inglesa; no podíamos sino alabar su conducta recta y generosa en medio de un pueblo lleno de temor y de distancia para con nosotros.

Nadie acudió excepto nuestro espía, al que volvimos a encontrar allí; como de costumbre nos cansó con sus preguntas y su pre-

sencia; pero el capitán necesitaba víveres y agua. Bajó a la orilla para cortar una vela nueva pues en el puente de la goleta no había espacio suficiente; la gente se dio a la huida. El ver el nombre de Francia odiado por la gente y no poder adquirir las provisiones necesarias le puso furioso.

[13] Yo tomaba el pelo al espía del pastor de la *London Missionary Society* en Matatu, Sr.Georges Pratt, respecto a ese nuevo tipo de caridad y de humanidad; y he aquí que al día siguiente el pastor envió al capitán un cerdo, *talos* y cocos. Se podía pensar que se daba cuenta de que había exagerado las cosas al impedir al capitán hacer aguada. Pero resulta que el día anterior, estando el espía a bordo, una delegación de Alatele -pueblo alejado de allí unas tres leguas- se presentó ante nosotros trayéndonos un cerdo bien cebado y otros alimentos; llegaron cantando al estilo del país. El espía se bajó a todo correr ,sin despedirse y con mala cara.

Provisto ya y sabiendo además que el abandono en que nos encontrábamos se debía al pastor protestante, el capitán rechazó educadamente su regalo. En cambio, el práctico inglés que había vuelto a bordo con un pato y unos huevos de regalo para el capitán, que como buen francés le correspondió con otro, se encargó de procurarnos agua. Y lo hizo.

[4] Uno de los jefes de *Alatele* no quiso bajar del barco hasta que nosotros no hubiéramos bajado a su tierra. No me atrevería a afirmar que se puedan aplicar a todos los ministros las quejas que oímos; pero en general sienten una pronunciada aversión contra las casas de piedra que les han obligado a construir; es comprensible, pues sin tener ropa adecuada ni calzado y con una piedras tan duras y puntiagudas, se ven obligados a transportarlas. Un hombre quedó aplastado haciéndolo.

Se nos preguntó casi como condición sine qua non si aceptaríamos eximirlos de las casas de piedra. Lo aceptamos encantados; estaban indignados de que esos señores se hicieran llevar a cuestas y que, para ello, eligieran incluso las espaldas de los jefes. Protestaban contra los trabajos individuales de Matautu; jóvenes de ambos sexos tenían que hacer cada día la limpieza de la vajilla; otras prestaciones eran: cuidar el ganado, llevar los niños, etc., etc. Decían estar cansados de tantaa tareas.

[15] Tratamos de salir de la bahía. El recio viento de la noche nos empujó mar adentro y en bastante buena dirección; pero por la

mañana se calmó algo y cambió, con lo cual, arrastrados por la corriente no lo logramos. Y decidimos volver a puerto e ir a Alatele.

Con viento y corriente a favor, llegamos pronto a la bahía y bajamos a tierra lo antes posible porque el sol descendía y nos quedaba un trayecto de casi tres leguas. Al pasar delante de la casa del jefe de un pueblo perteneciente a Matautu, nos mandó llamar, nos recibió y nos rogó que pidiéramos a Mons. Bataillon un sacerdote para él. Le enviará una carta cuando vuelva el capitán. Volvimos a verle después y mantiene las mismas disposiciones.

[16] Llegamos a Alatele hacia las 9 de la noche; nos recibió uno de los jefes principales y pasamos la noche en su gran casa de recepción. El día siguiente visitamos a otros dos jefes, uno de los cuales se declaró abiertamente por nosotros; el otro estaba incierto e indeciso, al menos exteriormente, pues en un tiempo de terror como ése introducir los *popés* es asumir una gran responsabilidad.

Creo que le arrastra la gente del lugar, sobre todo los de Sava'i y quizás también los de Upolu, pues tan sólo hemos visto una parte; él se distingue por un natural alegre, la reserva, el tacto y la afabilidad; si llega la gracia a estas almas, seguro que la iglesia encontrará consuelos en esta tierra, e incluso obreros evangélicos. La primera vez se han inscrito unos sesenta.

Sería difícil describir los esfuerzos realizados para apartarlos de su decisión; el más solicitado ha sido el jefe; se ha llegado a enviarle una comisión de mujeres, de padres de una residencia vecina. El día anterior a nuestra marcha estaba cansado y un tanto agitado por tantos asaltos. El día después de nuestra llegada, que era domingo, fue a Alatele el pastor en Matautu, Sr. Pratt; habló de nosotros en el púlpito y, entre otras cosas, dijo que por fuera parecíamos corderos pero por dentro éramos lobos (la expresión del país era más fuerte), y les advertía que algún día lo verían… Sin embargo, después de marcharnos de Alatele el jefe que nos había recibido, nos envió a *Salevalevu* un hombre a transmitirnos tranquilidad en su nombre: nos dijo que él se mantenía firme, que podíamos ir sin temor alguno a Apia, donde nos esperaban los asuntos de la misión, y que esperaba que volviésemos. Nos dijo también que varios jóvenes, indignados al ver el afán que se ponía en lograr que él cambiara de actitud, se habían puesto de su parte.

[17] De Alatele nos dirigimos hacia Safotulafai, país de un nativo que estuvo en Wallis y que volvía con nosotros a casa de sus padres. A lo largo de unas tres leguas tuvimos que atravesar una

ruta de piedras y rocas más o menos puntiagudas; fue algo muy penoso. En ruta se nos dijo que en Safotulafai se había tenido la víspera un *fono* en el que se decidió no recibirnos; a pesar de todo nosotros continuamos nuestro viaje.

Pasamos la noche en Amoa en casa de los padres de otro nativo, que volvía también de Wallis con nosotros. El día siguiente salimos hacia Safotulafai donde llegamos al atardecer; es como la capital de la isla Savai'i; nuestros adversarios nos esperaban allí, donde habían establecido además su cuartel general.

Días antes de nuestra llegada, desde una distancia de 10 leguas marinas nos enviaron al hermano del nativo que viajaba con nosotros; trabajó para convencerle de que no nos llevara a casa de sus padres y que se separara de nosotros; era catequista de los señores de la Reforma y elocuente, pero no lo logró. Ya habían dado órdenes. Nos recibieron fríamente; no quisieron aceptar nuestro *kava* y tampoco nos lo ofrecieron; continuaban agitando los ánimos.

Al enterarse de que pensábamos descargar nuestros enseres, a eso de las 9 de la noche se improvisó un nuevo *fono* frente a la casa donde estábamos. Yo me dormí durante la discusión y al despertarme me enteré que habían decidido que no desembarcáramos nuestras cosas. Empezamos a sentirnos confusos porque monseñor deseaba que tuviéramos allí un centro. Al día siguiente por la mañana, acudió un jefe joven, el principal de la isla Nioua, que había sido expulsado de su isla por un hombre rebelde que se apoderó del mando, porque no había querido hacerse protestante, y también vino a decirnos que quería que fuéramos a Salelavalu. El P. Roudaire fue allá ese mismo día por la tarde. Por la noche fueron los de Safotulafai para haceeles cambiar de parecer, y pusieron mucho empeño en ello.

[18] El día siguiente el capitán, con un fuerte viento en contra, marchó con la goleta hacia ese lugar lleno de rocas. Con la dificultad del lugar y un barco que no obedecía prontamente la orden del timón, arremetimos contra una roca; la sacudida fue fuerte y la quilla se rompió. Dos nativos se lanzaron al agua, lograron amarrarla y subirla al puente. Estuvimos pegados a la roca como un cuarto de hora; se logró finalmente retirar la goleta y llevarla a un lugar más seguro, donde el capitán echó el ancla.

Enseguida se inició el desembarque. Esos señores hicieron correr el rumor de que habíamos buscado el choque para vernos obligados a desembarcar. Le aseguro, reverendísimo padre, que ésas no son las emociones que uno desea. A pesar del mal tiempo,

el día del desembarco aún estaba allí la gente enviada desde Safotulafai; pero el jefe que nos había recibido se mantuvo firme y nada fue capaz de hacerle dudar.

Les dijo que si éramos tan malos como se decía, nos expulsaría, pero cuando tuviera constancia de ello. Se oían otros muchos propósitos desfavorables, y los que mostraban más afecto hacia nosotros no siempre estaban muy a gusto.

[19] El domingo 27 de septiembre subimos de mañana a bordo para ir a Apia; marea baja y poco agua en el paso; rozamos el coral y el timón se desarma. Situación difícil, pero lo monta un nativo que había bajado. En ese momento nos sentimos como contentos de no tener una falsa quilla, porque con ella no habría sido fácil salir del paso. Ya fuera, el capitán toma la decisión correcta de no entrar más en pasadizos semejantes fiándose de la palabra de los nativos. Por la tarde reina la calma y la corriente nos lleva hacia las rocas; instalamos los remos y remamos durante parte de la noche; se levanta un suave viento fresco que nos alivia un poco. Hacia las tres de la madrugada el viento nos había llevado lejos mar adentro, pero por primera vez nos llega un viento favorable y hasta llegar casi al fondeadero gozamos de una navegación agradable. Hacia las dos de la tarde anclamos en la rada de Apia.

[20] En seguida vino a visitarnos un amable capitán inglés que había estado en Wallis y conocía a Mons. Bataillon y al padre Mathieu. Ese mismo día nosotros visitamos al Sr Moluc, de nacionalidad francesa y armador de una goleta que está en el puerto. El día siguiente bajamos a tierra para remitir al cónsul americano John Chauner Williams la carta que Mons. Bataillon había encargado al padre Roudaire; al no encontrarle, volvimos después a su casa. Nos recibió muy cortésmente y nos presentó al Sr. Pritchard, llegado aquí unos tres meses antes en calidad de cónsul británico; entrevista bastante corta pero llena de emoción por parte del cónsul. Volvimos a bordo, contentos de la visita realizada.

[21] Aquí oímos todas las calumnias, repetidas, que conté al hablar de Savai'i; las adornan más o menos bien. Pero en general los nativos no las creen y las devuelven a los ministros. A veces se sonríen cuando han acabado de proponer esas imputaciones; se cuentan para asustar, dice, *tala faamatau.*

Últimamente nos pedían excusas, sus víveres estaban lejos y temían que tuviéramos hambre; sin embargo nos rogaban que les habláramos, estaban contentos de vernos porque antes no sabían

lo que eran los popés, si eran hombres o dioses. Como en Savai'i, aquí hacen *fonos* (asambleas) y se explotan los medios del terror. Tan pronto son quinientos franceses desembarcados en Savai'i como veinticinco barcos de guerra en la rada de Wallis; o un gran barco de guerra de cincuenta brazas de largo que estaba en Wallis.

Los jefes de Faleata, no bautizados aún y sin fe, se habían reunido para recibirnos; no paran de solicitarlos y de utilizar todos los medios del terror. Asi, el último día que los vimos parecían un poco alterados a pesar de la resolución que habían mostrado de querer convertirse todos juntos en una asamblea general.

Otro jefe de Mulini'u, cerca de Apia, prometió recibirnos; a penas se había extendido la noticia cuando vino un delegado a advertirnos que no podíamos depositar nuestros utensilios en su terreno sin correr peligro; y, no sé por qué motivo, añadió que sólo Inglaterra y América mandaban en Apia.

Le respondimos con un tono seguro y algo irónico, aunque de alegre ironía, que quedara tranquilo; y en cuanto al poder, que ni Inglaterra ni América gobernaban en Upolu, sino los jefes del país. Se trató después esa cuestión entre los jefes; tuvieron un fono y una vez terminado se vio cómo descendía la bandera inglesa que ondeaba antes en el puerto. Se supo que habíamos comprado una embarcación y hete ahí que atormentan al que la vendió tras haber acabado de construirla; éste nos pidió que no dijéramos que la habíamos comprado porque le atormentarían aún más.

[22] Hoy ha venido un padre de familia a pedir pasaje para Wallis a bordo de la goleta para evitar las persecuciones; en pequeño, se parece a la época del terror en nuestra gran revolución. Yo estoy a punto de volver a Alatele junto a nuestro pequeño rebaño; el P. Roudaire ha pedido un padre a monseñor; espero que pueda enviarnos pronto varios; sería una gran ventaja para la misión. La población de este archipiélago está entre setenta y ochenta mil almas; aún no se ha valorado con precisión.

Un número bastante elevado está aún sin religión porque se dan cuenta de que sus prácticas carecen de autoridad; son los "jovilianos", nombre que les viene de un nativo de Samoa, que vio al almirante Dumont d'Urville cuando pasó con el *Astrolabe* por las islas de Tonga; según me han dicho, del nombre Urville él tomó el de Jovilien. Ese hombre reconoce a Jesucristo; se mantenía, dicen, con la alimentación de un árbol, donde quedaba varios días, pretendiendo tener comunicaciones celestes y sacando ventajas de su pretendido ayuno; eso es poco más o menos lo que yo sé de mo-

mento. Como aún vive, espero poder dar detalles más amplios después. En general, los jovilianos están inclinados a hacerse popés, es decir, católicos; antes de nuestra llegada se los consideraba e incluso se los llamaba popés.

[23] Ayer vino a bordo, procedente de un pueblo a unas treinta millas de distancia, un francés que vive en la isla de Upolu desde hace dos años. Llevaba en su barco de vela una especie de tributo que no se conoce en Francia. Según el poder que Jesucristo concedió a San Pedro, nosotros tenemos el año jubilar; al conceder ese favor, el soberano pontífice sigue el mandato del Salvador: "Lo que habéis recibido gratis, dadlo gratis".

Entre los judíos, cuya ley rigurosa hacen revivir aquí los señores de la reforma pues los domingos les prohíben beber el *kava*, fumar, bañarse, coger cocos, cocinar…, el año de jubileo era un año santo, un año deseable porque en él cesaban todas las obligaciones onerosas; pero según el principio de autoridad privada, se puede introducir un jubileo especial.

Para nosotros y para los judíos, Dios cede en sus derechos, y aquí, esos señores que usurpan la autoridad de Dios sobre esta gente, no imitan su clemencia; hacen del jubileo un tiempo de nueva obligación, ganancias nuevas, nueva rama comercial. El francés traía al Sr. Milo ministro de Apia 500 galones de aceite de coco, poco más o menos la mitad del sueldo, y de un solo pueblo.

Hoy vemos cómo están llegando de Savai'i barcos balleneros y botes de vela cargados con bambúes y toneles de aceite. En Francia se nos acusa de cultivar la religión del dinero; pero hay que confesar que hasta ahora los ministros católicos aún no han sabido sacar provecho propio del jubileo y que en esto la religión del aceite vence a la religión del dinero.

[24] La mañana del sábado salimos de Apia y a la una del domingo fondeamos en Matautu. Al amanecer voy a Alatele con un nativo, pero el Sr. Pratt, pastor de Matautu, quiso hacer un nuevo esfuerzo y se nos adelantó: le encontramos en Alatele, en casa del jefe que nos había recibido, en medio de una asamblea imponente. Dijo al jefe que estaba apenado, disgustado, al ver que había abrazado una religión de sangre, cuyos barcos de guerra llegarían con sus cañones a apoderarse de la tierra, etc., etc.

El jefe le respondió que la religión de los ingleses era buena, se seguía, de lo contrario se les expulsaría; que si la de los popés era buena, la gente se apuntaría, pero si era mala se los expulsaría.

Seguramente para cambiar de tema, me habló en inglés y yo le dije que la asamblea no entendía el inglés; a pesar de todo continuó y yo le respondí como pude en la lengua del lugar y él tuvo que hablarla para que comprendiera la asamblea; se excusó y acusó mucho, pero la réplica del nativo que me acompañaba fue vigorosa. El Sr. Pratt no insistió; veía que su causa iba mal y se marchó rápidamente. Pero no se dio por vencido.

Recalentó los ánimos y el día siguiente llegaron de sesenta a ochenta nativos ante el jefe; repitieron las mismas calumnias con las que les habían asustado; sin embargo la mayoría me dio un apretón de manos al marchar. Pero se repiten sin cesar los rumores de terror: traeremos de Francia bestias crueles, etc. Pero parece que por fin se va reduciendo el miedo de la guerra.

Hoy lunes hay un fono en Safotulafai sobre esta importante cuestión: no se deja de alegar constantemente el ejemplo de Tahití Un número bastante grande está conmovido y Dios mueve a otros; se amenaza con incendiar la casa del jefe que nos recibió y con matarle a él y a mí; yo no lo creo para nada; ¡sin embargo esas amenazas me hacen desear tal fin! Los rumores de terror son prácticamente cotidianos. En Upolu ocurrió más o menos igual.

[25] Hoy se produce la reacción; nuestros adversarios están inquietos. Cuatro marchan de Samoa. Dudo mucho si vendrán otros a remplazarlos. Sus calumnias empiezan a ser evidentes en ciertos artículos y en todas partes se abren caminos a favor nuestro; ¡pero le repito, padre, que sólo somos dos para una misión tan grande! Cantamos cánticos. María, que no tiene ninguno entre nuestros adversarios, obtiene las primicias entre nosotros; y no dudo que ella continúa cumpliendo estas consoladoras palabras: “solo ella ha eliminado todas las herejías en el mundo entero”.

Tenemos un pueblo ávido de instrucción y yo no sé aún su lengua; tenemos muchos adversarios: el peligro de conversar con gentes cuyas costumbres han sido hasta el momento tan disolutas, los peligros de la soledad…

Recuerdo bien sus recomendaciones y entre otras ésta: “ay del que esté solo” Sufro cuando lo leo y no puedo conformarme a ello. Vea, padre, la necesidad que tenemos de las oraciones de los padres. Pero a sus servidores no les faltan ni Jesús ni María, de lo que estamos muy agradecidos. Me uno a todos mis hermanos religiosos de Francia para renovar, reverendísimo padre, la expresión de profundo respeto y afecto sincero de su obediente hijo,

Violette, misionero apostólico marista.

[26] Post Scriptum. El hermano Jacques, que se distingue por su piedad, celo y actividad, le presenta sus humildes respetos.

El 12 de diciembre de 1846, Bataillon vuelve a Upolu a bordo del *Arche de l'Alliance* con Mugniéry y Vachon y varios enseres; doce horas después recibe la visita de dos padres y dos hermanos del Picpus que se trasladaban de Tahití a Hawai. Al no poder encontrar la ruta, su capitán va a descansar a Upolu, donde queda más de un mes, tiempo en el cual uno de los hermanos del Picpus construye un hermoso altar y un bello tabernáculo para la misión marista. Bataillon pasa cuatro meses en Samoa, dos en Upolu y dos en Savai'i.

544 : Primera capilla

30 septiembre 1846. – Hº Jacques Peloux a Jean Claude Colin

Isla de Navegantes. Notre Dame de l'Assomption. Reverendísimo padre,

[1] Salí de Francia con la intención de trabajar el algodón en Wallis como en Surrey, pero la divina providencia lo ha dispuesto de otro modo. Sin embargo Mons. Bataillon me dijo que él no ha renunciado del todo y me hizo dejar en Wallis todos los utensilios que traje de Francia diciéndome que probablemente me llamaría a Wallis dentro de dos años.

Le aseguro, reverendísimo padre, que haré cuanto pueda para que vaya adelante ese proyecto, pero me parece algo difícil porque los nativos son un poco perezosos; y además en Wallis hay poco algodón; es cierto que si se cultivase habría un poco más. No creo, reverendísimo padre, que sea necesario enviar otros especialistas mientras no reciba otras noticias.

[2] Después de tres meses de estancia en Wallis, Mons. Bataillon me envió a las islas Samoa para ayudar a los reverendos padres Roudaire y Violette en los comienzos de su labor. Pienso que no es necesario darle detalles sobre los comienzos de esta misión, pues el padre Violette, que le ha escrito una larga carta, se los habrá dado mucho más amplios de lo que yo podría haber hecho. Yo

me ocupo de trabajar en la carpintería, y en atender un poco los asuntos que corresponden a la misión.

[3] Puedo asegurarle, reverendísimo padre, que desde que tengo la dicha de estar en las misiones de Oceanía me encuentro muy contento; lo único que lamento es no ser suficientemente fervoroso, pero con la gracia de Dios y la poderosa protección de María, nuestra madre común, espero ser más virtuoso y más fiel a las gracias que me envía el Señor.

[4] Me encomiendo encarecidamente a sus buenas oraciones y a las de toda su santa Sociedad. Yo rezo todos los días por usted y por todos nuestros hermanos, pero ahora espero hacerlo aún con mayor fervor en la capilla que hemos terminado hace cierto tiempo. Todos los nativos se prestaron a trabajar en ello con mucho ardor, sobre todo al comienzo, para llevar madera, iniciar su preparación, etc. Puede acoger unas quinientas personas. Es muy bonita.

Las paredes son de planchas de madera, bastante mal preparadas por los nativos y que hemos tenido que trabajar mucho después para pulirlas con la garlopa. Tiene cuatro puertas y ocho ventanas, altar, sagrario, mesa de comunión, credencia, sede presidencial y reclinatorio. Todo ello hecho por el padre Violette y por mí sin la ayuda de nadie. El día de la dedicación hubo una gran fiesta para los nativos. El día anterior habían matado ciento cuarenta y ocho o ciento cincuenta cerdos; los llevaron todos ante la gran cabaña del jefe, ofrecían una buena vista; a nosotros nos trajeron diez. Puede imaginar, padre, cuál fue nuestro consuelo al ver construida en las islas Samoa la primera capilla católica con el nombre de Notre Dame de l'Assomption.

Reciba el profundo respeto de su muy humilde y obediente servidor, Hermano Jacques Peloux.

583 : Hermano Charles, enfermero

15 diciembre 1846. – Hº Charles (Charles-Edouard Aubert) a Jean Claude Colin.

Islas Samoa. Al reverendísimo padre superior,

[1] Reverendísimo padre, me apresuro a satisfacer el deseo que me manifestó en su última carta de que le enviase detalles sobre mi situación en Oceanía y sobre los resultados obtenidos hasta ahora con la ayuda de mi oficio en los pobres insulares. No me detendré en darle la lista de todas las curaciones que ha querido el Señor que lograra yo desde que llegué a estas islas; me limitaré a hablarle solamente de algunas.

[2] En Wallis, donde permanecí diez meses, tuve la ocasión de tratar varios casos de úlceras leprosas, lepra occidental. El primero fue un joven de 18 años, ligado a la misión y que me fue recomendado de manera especial por monseñor; presentaba una de esas llagas que le carcomía la parte inferior de la pierna y le dejaba el hueso al aire.

[3] Traté la infección con productos mercúricos, azufre, purgativos repetidos con frecuencia, aplicaciones de exutorios como derivativo colocados encima de la úlcera y en seis semanas obtuve un resultado satisfactorio. Algunos otros, aquejados de la misma enfermedad, quedaron perfectamente restablecidos. Tuve ocasión también de tratar pleuresías, bronquitis, congestiones cerebrales, heridas graves, picaduras de peces venenosos y por fin a un niño con inicio de vientre hinchado; gracias a Dios curaron pronto.

Cuando marché de Wallis, dejé al cuidado del padre Mathieu un joven llamado Daniel en vías de curación, al que había comenzado a asistir de una lepra que le cubría toda la parte izquierda del cuerpo desde la espalda hasta los dedos del pie; por una carta del P. Mathieu al P. Roudaire que trajo aquí un barco, me enteré de que ese hombre había curado perfectamente.

[4] No sabría describirle, reverendísimo padre, mi asombro ante los resultados que he obtenido hasta ahora y decirle cuán bueno es Dios que ha querido servirse de mí como instrumento portador de alivio en las miserias de esta pobre gente. Siento mucho más que nunca que no debería dejar ni un instante de darle gracias, pero las ocupaciones, las distracciones y a veces la impaciencia – se lo confieso – me impiden quizás servirle como debería hacer. Pero, para mi consuelo, he recordado el buen y excelente consejo que nos dio usted antes de partir, que ofreciéramos a Dios el inicio de todas nuestras obras como oración continua. He puesto en práctica ese santo ejercicio y ahora me encuentro más feliz.

[5] Estoy en las islas de los Navegantes desde hace seis meses. Mi llegada a esta nueva tierra quedó marcada por una circunstancia que me proporcionó la felicidad de enviar al cielo a un angelito, que intercederá por mí ante el Señor para el éxito de mis nuevos trabajos.

[6] Cuando estaba desembarcando a tres leguas de la parroquia del padre Violette, donde me dirigía por mar con el padre Calinon, que me había cogido en Wallis, oí decir detrás de mí *alii famaii*, señor doctor; unos nativos católicos del padre Violette, que nos escoltaban, me dijeron que al enterarse la gente de que era yo me rogaban que fuera a ver a un niño que se moría.

Me trasladé hacia la cabaña y vi un bebé de diecisiete días a punto de morir. Pedí un poco de agua y me apresuré a darle el agua de socorro. El día siguiente me enteré de que había expirado poco después de salir yo de la cabaña. Varios meses más tarde ocurrió también otro hecho sobre el agua de socorro, pero más curioso. Una familia entera de herejes, compuesta por once personas, me llevó un niño de cierta edad, de 4 años me dijeron, también en muy mal estado.

Algunas mujeres, curiosas ellas, pero católicas, siguieron a la masa de gente que entraba en la casa; al oír que yo había hablado de que el pobre niño moriría, una de ellas propuso a la familia que dejaran bautizar al niño. Ellos se opusieron alegando que eso no se acostumbraba entre ellos.

Yo le dije a la madre que esperara un momento, que iba a prepararle un remedio. Me retiré a la sala de al lado y me puse a pensar en algún ardid para hacer lo que quería. Y se me ocurrió untar la parte superior del dedo con un poco de esencia de trementina.

Entré con una botellita de agua natural en la mano, y procedí a la operación; al terminarla hice que el padre, la madre y varios asistentes olieran el dedo *mangoni*, perfumado, y de la boca de todos brotó una exclamación: ¡ay, qué olor tan bueno!. Les encantan las cosas fuertes que exhalan perfume; yo tuve que contenerme para no reír ante ellos. Les aconsejé que se llevaran el niño y le tuvieran bien caliente; y como para ellos sería difícil hacerle como yo le había hecho, les dije que se contentaran con ponerle en la frente algunas compresas de agua fría.

[7] Permítame que le presente ahora algo de ciencia. No sé si recordará, reverendísimo padre, la conversación que mantuvimos sobre la acción del famoso calomel, del que usted pensaba que era

venenoso. Yo le respondí siempre que si esa substancia era administrada sola y por manos no habituadas a ello, vendrían inconvenientes muy graves, pero no la muerte.

Ahora le puedo dar pruebas habidas aquí. Desde que llegué a estas islas, tanto en Wallis como en Samoa, he tenido que tratar a cincuenta y tantos enfermos aquejados de enfermedades cutáneas. Sólo uno de ellos se me fue; era una mujer cubierta de llagas de pies a cabeza y de cierta edad. Todos los demás han quedado radicalmente curados. Unos tenían un brazo, una pierna, el dedo, otros las dos manos, algunas mujeres las dos mamas… cubiertos de esas horribles úlceras, que exhalan un olor fétido y de podredumbre.

Supe que los señores ministros, dos de ellos doctores, habían tratado anteriormente casos como ésos, pero que en varios casos la enfermedad había vuelto. Me informé del modo de tratamiento que habían empleado y no me sorprendió que fallara; daban el calomel en dosis fuertes con lo cual, como se dice vulgarmente, metían el lobo en casa. Yo, tras reflexionar sobre la rápida acción que ejercía ese medicamento en los insulares, lo combinaba con depurativos sudoríficos y opiáceos y les hacía tomar la dosis diaria de una píldora de 5 centigramos, recomendando al enfermo que se cubriera bien y quedase dentro de una gran tela, colocada en forma de mosquitero.

Cuando estaba tratando esas llagas, se presentó un muchacho de 12 años, con una afonía tal que resultaba dificilísimo oírle a más de cinco pies de distancia. Después de hacerle varias preguntas, me dijo que cuando tenía ocho años le habían aplicado abundantemente ese remedio. No busqué otra causa; le sometí al mismo tratamiento durante dos meses y medio. Recobró la voz y, ahora, la familia del joven, en agradecimiento por la curación de su hijo, pide un misionero para su localidad. Es un jefe bastante importante.

[8] Estos son todos los detalles que puedo darle sobre los enfermos que he tenido ocasión de ver desde que llegué a estas islas.

[9] El Hº Jacques, del que me pidió le hablara, se encuentra ahora bien; ha recuperado las carnes que había perdido a raíz de una enfermedad eruptiva que tuvo que soportar, tras aplicarse para la enfermedad varios remedios de mujer buena, estando yo a doce leguas de él. Vino para trabajar en la capilla del P. Violette. Le presté los cuidados necesarios y a las tres semanas se puso a trabajar como si no hubiera tenido nada.

[10] Yo en Oceanía me encuentro un poco mejor y, hablándole con total sinceridad, a pesar de las privaciones de todo tipo que se dejan sentir a veces, no cambiaría mi situación por la de esos que se dicen dichosos en el siglo; lo que hace de contrapié en mis miserias es la esperanza de una recompensa eterna si llego a aceptarlas siempre con resignación. Reverendísimo padre, rece a Jesús, María y José para que este pobre hijo suyo los ame perfectamente y con toda su alma, imite sin cesar sus virtudes y pueda superar valientemente todas las cruces que quiera Dios enviarle desde el cielo.

[11] Termino, padre, rogándole que acepte mis saludos tan apresurados; su siempre respetuoso y obediente hermano en Jesús, María y José,
Charles, hermano marista.

586 : Los samoanos : una cara de la medalla

Enero 1847, - Gilbert Roudaire a F. de Meydat, canónigo y secretario del obispo de Clermont.

Apia, isla de Upolu, archipiélago de los Navegantes, 1847, a primeros de año. Querido compañero,
Unas palabras sobre el carácter de los samoanos, su estado social, costumbres e industria […]

El país

[167] Como ya sabe, estas islas son cinco, a saber: Savai'i, Manono, Upolu, Tutuila y Manua, una tras otra en la misma línea de este a oeste. Algo digno de señalar: en los lugares donde termina la isla, en una pendiente suave que se prolonga a lo largo de toda la costa, la tierra se ve protegida por un cinturón de arrecifes de coral, lo suficientemente elevados como para rizar las aguas, pero sin impedir que se deslicen suavemente por la playa, dejando entre la playa y los arrecifes una especie de lago de 3 ó 4 pies de profundidad y una longitud considerable con un precioso fondo de arena, donde es posible bañarse, coger peces y mariscos y circular sin miedo con las piraguas.

En cambio en los lugares donde no hay arrecifes de coral, la isla presenta unos peñascos cortados a pique, parecidos a las antiguas fortalezas almenadas que la permiten aguantar la furia de las olas y obligan al ojo del espectador a reconocer las admirables distribuciones de una providencia que ha sabido combinar la asombrosa variedad de sus obras en la tierra con la utilidad y provecho de los que la habitan.

Hay algunos lugares en los que las aguas se precipitan con tanta furia que se hacen profundas cavernas en las que penetran haciendo un ruido semejante a las descargas de artillería o al fragor de los truenos.

Cerca de Alatele hay una de esas simas, encima de la cual la naturaleza o el tiempo forman una especie de camino por el que se eleva el agua como la llama del volcán, para caer dispersada y hacer que se puedan contemplar los colores del arco iris. Los indígenas cuentan la historia de una mujer que al resbalar inadvertidamente por esa abertura, no volvió a aparecer.

[168] Por lo general, la temperatura se mantiene entre los 21 y 25 grados Reamur, es decir los 26 y 31 grados Celsius. Durante el día el aire es refrescado continuamente por los vientos alisios que vienen de alta mar; al caer de la tarde, la brisa procedente del mar desaparece del todo, y el calor absorbido durante el día por las montañas genera una pequeña brisa de tierra que permanece toda la noche circulando al rededor de las islas.

Los productos

[169] Los productos del país son semejantes a los de las demás islas de la Polinesia: bananas de doce o catorce especies, la caña de azúcar cuyas hojas sirven para cubrir las cabañas, el ñame del que hay una especie totalmente dulce y harinosa, el taro o *arunu esculentum* cuya suculenta raíz es preferida a todo el resto y cuya hoja sirve para hacer telas, una especie de espinacas con jugo de coco mezclado con un poco de agua salada.

El tubérculo de “arow-root” semejante a la patata, pero al que hay que transformar en fécula para utilizarle en los alimentos, patatas dulces en pequeña cantidad, el *vi*, un árbol grande tan alto como un viejo roble, y cuyo fruto amarillo se parece a la pera pero con gusto de ciruela claudia, el hermoso árbol del pan semejante a la higuera, con un fruto ovalado y grueso como la cabeza de un

niño de diez años, casi todo él aprovechable para la alimentación. Es cocido al fuego o bien hecho pasta para conservarlo para los tiempos de carestía.

Elogio del cocotero

[170] Y por fin el cocotero, que se eleva hacia el cielo con su tronco liso, recto, limpio, y en cuya cúspide sus hojas en forma de quitasol protegen a los pequeños cocoteros que nacen en su base y forman como una corona de ese monarca de los aires. Nada más maravilloso que la utilidad diaria y universal de ese vegetal.

Él solo puede vestir, alojar, alimentar, alumbrar al habitante de las islas, que de vez en cuando no tiene otros recursos. Su raíz, dividida en pequeños filamentos, sirve para hacer cinturones, la durísima madera del tronco proporciona vigas y cabios para las casas y lanzas para la pesca o la guerra; su hoja trenzada proporciona esteras para tapizar el suelo o cubrir el tejado y cestos para llevar los víveres u otras cargas.

Una o dos ramas puestas de pie en la piragua pueden servir de vela. Sus aristas, semejantes a las finas varillas del junco, sirven de escoba para la casa, para los barcos que las compran y para los rastrillos que se fabrican con ellas; la corteza primera del coco tiene una borra o filamento que sirve para fabricar una soga dura y sólida con la que se realizan todas las ataduras de las piraguas y de las casas, y pueden suplir aventajadamente las llaves. Se hacen también cuerdas de diferente grosor para usos diversos.

La corteza encierra en su interior la calabaza o cascarón propiamente dicho, donde se encuentra el coco adosado a toda la superficie del caparazón, dejando el centro vacío para el agua del coco. El jugo acuoso le entra a través de una pequeña abertura situada en la punta del tallo que le une al tronco.

Cuando el fruto está bien maduro se quita la borra, se suelta la pequeña abertura para que salga el jugo interior, que no es bueno para beber, y se introduce agua normal para machacar la carne del coco y hacerla pasta fácilmente extraíble; el cascarón es un hermoso cántaro, en el que el agua se conserva fresca y buena.

Esta vasija es de uso indispensable para las gentes de aquí, pues remplaza a todos los utensilios que nos proporcionan los alfareros y toneleros. Si no se necesita cántaro, se parte la cáscara en dos y se ralla el coco con una concha; entonces se extrae una especie de leche, de uso diario para preparar los alimentos o bien

para exponerlo al sol durante cierto tiempo. Exprimiéndolo, proporciona aceite para alumbrar o para vender.

Además, los dos trozos de la cáscara pueden ser transformados en tazas o servir para cantidad de cosas de ese tipo. Cuando el coco no está aún suficientemente maduro, se le coge para que sirva de bebida en la comida y en los viajes. La cáscara se abre fácilmente, y está tan llena de agua clara y pura que con la más ínfima abertura te llena las manos de agua o te moja toda la cara.

Nada puede equipararse con el frescor de este líquido, que jamás falta en estas cálidas regiones del trópico; el calor agota a veces las pocas fuentes de esta tierra, pero la naturaleza da a la gente muchas otras, colgadas perpetuamente por encima de sus cabezas.

[171] A las plantas ya nombradas hay que añadir aún las por ellos llamadas *siapo*, una especie de "mojagua", con cuya corteza batida y alargada -que se puede pegar fácilmente- hacen grandes piezas de tela, empleadas para vestirse o para hacer mosquiteros.

[172] La parte central de las islas está cortada por altas montañas llenas de gran vegetación, variada y siempre creciente. A mi parecer, eso puede perjudicar un poco la salubridad del país ya que a causa de la humedad se exhalan miasmas producidos por la descomposición de las plantas que caen a tierra por viejas. Al menos, los nativos evitan colocar sus chozas en lugares bajos y húmedos; prefieren sitios más altos en los que corra el aire.

La población

La población, unas setenta mil personas, se encuentra repartida entre los 250 pueblos que se van escalonando a lo largo de la costa, rodeando las islas cual un cinturón. Misma lengua, costumbres y maneras en todos los lugares; no hay que temer, pues, que uno se encuentre más extraño en un lugar que en otro.

[173] Alrededor de las chozas hay un espacio libre, cubierto de arena fina, de piedrecitas negras simétricamente distribuidas o bien de césped verde. Las de los jefes se distinguen por una plataforma cuadrada, formada por grandes piedras regularmente colocadas y de dos o tres pies de grosor, sobre la que se eleva la casa, que da a una plaza pública en la que se celebran las asambleas.

[174] Los pueblos están políticamente agrupados por distritos separados e independientes unos de otros, con sus jefes particulares y terreno propio, en los que idénticos miedos e intereses forman una especie de confederación. Además de esa primera división por distritos o cantones, hay otra más extensa que correspondería a la de un departamento. Por ejemplo, en la isla Upolu, toda la parte occidental, llamada *Aana*, tiene varios distritos y cada uno de ellos con varios pueblos.

La parte del centro, donde se hallan *Faleata* y *Mulinu'u*, que es donde yo resido, se llama *Tuamusage*; la del este, donde domina *Mataafa*, se llama *Atua*. Esa clase de departamentos son centro de dirección para los asuntos que afectan a todos, y se tratan en el lugar considerado como capital; los asuntos del distrito o del pueblo son examinados en la residencia del jefe del distrito o del pueblo.

[175] La independencia recíproca del distrito no impide que se reconozca que algunos gozan de una influncia más o menos general en todo el país, tales como *Mateetoa, Masaata* y *Lufu Eufi*. El poder está repartido entre los jefes superiores, llamados *alii*, señores, y los jefes inferiores, llamados *tulafale* que, según la etimología de la palabra, significa *base de la casa.*

Los *alii* reciben y transmiten su poder y título por vía hereditaria, igual que en Europa, pero deben transmitirlo conforme a las costumbres recibidas y de manera absolutamente paternal. Quieren ser obedecidos y respetados.

Si un jefe quisiera ser déspota, se encontraría enseguida con la oposición del pueblo, que no tendrá apuros en decirle que se vaya; y se verá obligado a marchar y a esperar que el pueblo vaya a buscarle para regresar. Se diría que están establecidos tan solo para recibir los honores y tener la representación.

Toda su autoridad consiste en distribuir todas las riquezas posibles a sus subordinados, sobre todo en ciertas circunstancias, como en el nacimiento, matrimonio o muerte de algún miembro de su familia. Son poderosos de acuerdo con el afecto que se les tenga. Si se los insulta, el pueblo en masa les defiende; si es el pueblo el insultado, son ellos los que tienen que salir en su defensa.

A ellos les corresponde fijar las asambleas y determinar los asuntos a tratar. Se podría decir que son los reyes del país; pero los *tulafale* representan bastante bien a los poderosos señores feudales, con la diferencia de que forman causa común con el pueblo y en presencia de los jefes se llaman pueblo.

Con todo, el poder de los *tulafale* no es menor, e incluso suele ser mayor, que el de los primeros. Son ellos los que tienen el derecho de ordenar la distribución de los alimentos que se distribuyen en común, los que envían a cada cual su porción comenzando por la del jefe. Debido a su elevado número, a su identificación con la masa del pueblo y a los derechos que les concede la costumbre, es a ellos a quienes corresponde en exclusiva el derecho de discusión en los *fonos* o asambleas legislativas.

Los jefes principales toman la palabra sólo incidentalmente, aquí no se hace nada de manera despótica o arbitraria, todos los asuntos, grandes o pequeños, son discutidos libre y públicamente en los grandes y pequeños *fonos*. Si lo que se ha de decidir afecta a varios distritos, los jefes y *tulafale* se presentan en el lugar designado, y cada cual ocupa su lugar en la plaza pública, formando un gran círculo dejando el centro vacío.

[176] Antes de la discusión, cada distrito elige su orador y se forma como una comisión para convenir los asuntos a tratar e indicar qué razones deben prevalecer. Cuando llega el turno, el orador se levanta, da un paso adelante con una lanza en la mano izquierda y comienza su discurso con la fórmula ordinaria de saludos. Empieza nombrando a los jefes influyentes, a las personas famosas de la isla sin omitir a nadie, y les da la bienvenida aunque estén ausentes. En el *fono* convocado en Alatele con ocasión de la bendición de la iglesia, oí cómo se saludaba al sumo pontífice, hablándole como si estuviera presente para darle la bienvenida.

Tras esos indispensables preliminares, el orador entra en materia, presenta las pruebas con toda la elocuencia de que es capaz y una vez ha terminado vuelve a su sitio para ceder la palabra a otro. Algunas veces asistí a esas asambleas y le aseguro que allí se mueve vivamente el interés y la curiosidad. Además de todo ello, el orden, la solemnidad, el silencio, todo el aparato que precede o acompaña esas sesiones, no deja de ser algo imponente.

[17 Esto nos recuerda las asambleas legislativas de los gobiernos constitucionales de Europa, con la diferencia de que entre los samoanos ha existido desde tiempo inmemorial en total integridad y libertad durante su mandato, mientras que entre nosotros es algo nuevo aún, con elementos susceptibles de verse marcados por tempestades, desviados, falsificados incluso por influencias contrarias a las que lo habían originado. Hay países civilizados en los

que se habla tanto más de la libertad cuanto menos se posee. Aquí apenas se menciona, pero se goza sin peligros ni agitaciones.

[178] Me preguntará si los samoanos son un pueblo civilizado. Si por civilización se entiende perfección en las artes, edificios magníficos, ferrocarriles, vestidos lujosos, teatros, ejércitos siempre a punto, gendarmería siempre en acción, prisiones llenas, incrédulos que se mofan de Dios y de los hombres, seguramente los pobres samoanos no llegan tan lejos en sus pretensiones. Pero si por civilización se entiende el reconocimiento de derechos como la obediencia a las leyes y costumbres, escritas o no, la tolerancia perfecta, la hospitalidad, el uso cortés y honesto del lenguaje, los deberes de la familia, del parentesco, de la amistad, conocidos, queridos y respetados, todo eso sí lo encontrará en ellos.

Si desea contar los crímenes, se encontrará con que en cincuenta años no ha habido más que dos o tres asesinatos propiamente dichos en una población de entre setenta y setenta y cinco mil almas, mientras que en Europa, en una población y tiempo semejantes, la proporción de crímenes es sensiblemente mayor.

En lo tocante a robos y latrocinios, la diferencia es mucho mayor; en Europa el ladrón queda a menudo impune, aquí casi siempre es descubierto y, llevado ante los jefes en pleno *fono*, es interrogado de todo modo y manera; si es convicto, se le impone una multa o un castigo. Y lo mismo para la calumnia: con interrogaciones constantes de rama en rama se llega al autor de la misma, y el castigo sigue a la falta.

Estas gentes no se hacen idea de todos los crímenes que se cometen entre nosotros; estoy convencido de que si lo supiesen quedarían horrorizados y nos mirarían como bárbaros, a no ser que pudieran conocer igualmente todas las virtudes de las que no tienen ni idea.

[179] Entre ellos, la hospitalidad es un especie de derecho nacional que se tributan recíprocamente todos los días. Todas las familias tienen parientes, amigos o aliados que residen en cualquier otra parte de la isla; pues bien, no hay año que no vayan todos a visitarlos una o dos veces, hasta con los niños de pecho. Y cuando la familia es numerosa se necesitan tres o cuatro piraguas para llevar a todos. Cuando ya está todo a punto, sale la caravana y no volverán hasta cinco o seis semanas después, pues jamás hacen más de tres o cuatro leguas marinas por día, y hasta menos.

En la tribu vecina, que conoce de antemano el día y la hora de la llegada, están ya prestos para recibirlos, mandar cocer los alimentos, preparar las esteras y los mosquiteros para la noche, recoger gran cantidad de hojas secas de cocotero para mantener vivo el fuego para la velada. Todos los pueblos tienen una o varias cabañas grandes habitadas por los jefes del lugar. En una de ellas se acoge a los viajeros, que toman posesión de ella como si les perteneciera. Los dueños de la misma se retiran a otra por la noche para dejar plena libertad y comodidad a sus huéspedes.

Cuando los alimentos están cocidos, todos los de la tribu acuden cantando, unos tras otros como en procesión, con un cesto de alimentos, que depositan a los pies del jefe de la banda para retirarse seguidamente sin decir nada. Hacia el atardecer, los jefes y *tulafale* del lugar, si no tienen alguna enemistad secreta con los recién llegados, van a la cabaña para conversar, pedir noticias, establecer conocimientos, renovar amistades. Antes de la introducción del cristianismo, se pasaba parte de la noche danzando, después suelen rechazar las danzas.

Hacia las diez se retiran todos tras despedirse de la compañía, ya que al día siguiente, al despuntar el día, la caravana reprende el camino para ir a recibir los mismos honores dos o tres leguas más lejos. Se puede decir que estos viajes son para ellos época de placer, de buenas comidas y de descanso; y no les falta alguna ocasión legítima de procurárselos. Los que quisieran hacer de ello como un oficio para vivir más cómodamente a costa del trabajo de los demás no tardarían en ser conocidos como tal y serían de tal modo ridiculizados que les sería imposible continuar.

[180] Son altamente sorprendentes las palabras y la cortesía observadas en sus conversaciones. No olvidan jamás darse mutuamente el tratamiento que reclama el puesto que ocupan en el país. Los jefes principales llevan el título de *afioga* y *susuga*, equivalentes a majestad y excelencia; los *tulafale* el de *alaala*, es decir, señor o señoría; a las mujeres se la llama generalmente *fafine*, pero por cortesía a las mujeres de calidad de las llama *tamaitai*, que quiere decir dama, señora. Las hijas de los grandes jefes son *tausala.*

Si hay que dirigir la palabra a alguien a quien no se conoce se le llama *matalii*, señor. En la conversaciones, oirá repetir constantemente todos los títulos con una familia, con lo que se considera que se la pide perdón o excusas por lo que se va a decir, sobre todo si se cuenta algo enojoso o poco conveniente.

Cuando se haya de desear que algo se aleje de aquellos a quienes se habla, como cuando se habla delante de los jefes, de los *tulafale* o de mujeres, se dice perdón: perdón jefes, *tulafale*, señoras aquí presentes, ha sucedido tal desdicha. Si se hace en domingo o cerca de la iglesia o en presencia de un misionero, se pide perdón al domingo, a la casa de Dios y al misionero.

Cuando se dirige la palabra directamente al jefe o a alguna persona notable, se comienza siempre por estas palabras: con el perdón de su majestad, de su señoría. Son unas fórmulas tan utilizadas que hasta los mismos niños las emplean.

[181] Los jefes se distinguen de los que no lo son por las expresiones utilizadas, los modales graves y serios del gesto y de todo su cuerpo. Casi nunca se les ve decir o hacer chiquilladas y las bromas chistosas están desterradas de la conversación. Utilizarlas equivaldría a hacerse despreciable, como hablar al oído, hacerlo a solas, o con un lenguaje que no entiendan los presentes.

Por decencia no te dirán que eso les molesta, pero no dejarán de pensar que somos muy poco educados faltando de esa manera a sus costumbres, y lo he notado más de una vez; igualmente, la palabra fuera de lugar, libre, que contenga mal humor, o la crítica de algún defecto ajeno produciría una impresión desfavorable, porque ellos jamás hablan de sus enemigos si no hay necesidad.

Tampoco les gusta que se pronuncie su nombre sin motivo, o que se les utilice para compararlos con cualquier otra cosa. Cuando un jefe entra en su casa o en la de otro, enseguida llevan esteras para que se siente; los otros, después de los saludos acostumbrados, van ocupando paulatinamente su sitio a la derecha y a la izquierda.

Nunca dejan de llevar alimentos si es que tienen y si no tienen piden excusas. Para pasar un objeto a una persona que esté separada por un vecino, se vuelven para hacerlo por detrás o, si no se puede, por delante, pero del todo a sus pies e incluso más inclinado si es posible. Si se necesita una cosa, también se piden excusas para hacérsela llevar; si alguien acaba de estornudar, se le desea una vida larga, más o menos como se hace en Francia.

[182] El anochecer es dulce y sereno, y se pasa preferentemente en la plaza pública. Los jefes van allí con un pequeño bastón en el brazo, en el que descansa una paloma domesticada, a la que hacen revolotear de vez en cuando. El animal emprende el vuelo, pero cuando ha recorrido toda la longitud del lazo tiene que volver a su

puesto; cuatro o cinco vueltas como ésa le abren el apetito; su dueño le prepara unas gruesas bolitas de fruta o de pan y goza haciéndoselas tragar penosamente.

Ésa es casi la única diversión de cuantas tenían antiguamente que les queda a los hombres hechos y derechos; porque después de la introducción del cristianismo, si es que no es una blasfemia llamar cristianismo a las fantasías de una miserable secta, han eliminado -aunque con pena- las danzas nocturnas y otras cosas, algunas de las cuales no me parecían tan malas como podría uno imaginar.

La caza de palomas es la diversión favorita de los jefes. Se hace en las montañas con la ayuda de una gran red en forma de bolsa, colocada en una larga vara, semejante a la que se utiliza para coger mariposas pero mucho más grande. Se escoge un árbol alto y liso donde les gusta descansar a las palomas por los granos que allí encuentran. Entre las ramas hacen con follaje una casita en la que se acurruca el cazador, con un pichón domesticado junto a él para llamar a los otros. Cuando acuden y se acercan, un rápido movimiento con la red les hace prisioneros para que sirvan de diversión o para la cocina del cazador.

[183] Los jóvenes también tienen modos de divertirse; el más interesante consiste en reunirse por grupos para proponerse acertijos, como se hace en Europa. Un día me acerqué a uno de esos grupos en el que se proponía el siguiente acertijo: cinco hermanos con su casa y otros cinco hermanos con una casa parecida. La primera la llevan durante el día y por la noche la dejan en otro sitio para ir a dormir. Adivina cual es. Nadie puede ayudar, lo has de buscar tú solo. Pues bien, son los cinco dedos del pie en el zapato. Todo el mundo explota de risa. Hay miles de cosas semejantes a ésta, tan útiles para trabajar la imaginación y el lenguaje.

[184] Si quiere tener una idea de su maestria, vea en qué se distingue: para los hombres es la construcción de las casas y piraguas, la fabricación de redes, de anzuelos, de grandes cazuelas de madera para la cocina y otros utensilios de uso diario, la pesca personal y pública y el cultivo de las plantas del país.

Las chozas de Navegantes son las más bellas de toda Oceanía. No se hacen en uno o dos días sin haber elegido los árboles, sin orden y simetría como en Wallis, Futuna y otros lugares. A veces se necesita un año entero para terminar una; el jefe o la familia que manda construirla sólo se han de ocupar de dos cosas; procu-

rar árboles de pan de buena calidad y los víveres necesarios para el carpintero, que es un nativo reconocido como carpintero en el país. Va a trabajar con otros miembros de la familia o con su hijo si es que quiere legarle como herencia el talento de su profesión.

Mientras dura el trabajo, se está obligado a alimentarle con lo mejor que se tiene, a pagarle con telas y riquezas diversas de acuerdo con la duración de la obra. De lo contrario, como tienen el monopolio de ese talento, dejarían la obra sin acabar, dejando en ridículo y en dificultad al propietario, algo que se teme aquí en gran manera.

Lo mismo sucede con las piraguas, que tienen también sus carpinteros especiales y que atraen la atención y admiración de los extranjeros no menos que las casas.

[185] Aunque la fabricación de las redes es prácticamente conocida por todos, sin embargo es la ocupación particular de los que viven en pueblecitos del interior. En ciertas épocas se los ve por la costa pasando por las viviendas para ofrecer sus productos y recibir a cambio las esteras, cuchillos, hachas y telas europeas que los costeños se han procurado en los barcos.

[186] Sólo los jefes tienen prácticamente el privilegio de fabricar anzuelos para la pesca del bonito y otros peces. El sólo hecho de estar fabricados con un material raro y costoso, hace que sean casi los únicos que lo pueden obtener: un trozo de nácar del grosor y longitud del dedo meñique, que pulen frotándolo en una piedra hasta darle la forma de un pececito, al que ponen como cola una pluma de coco y como gancho otro trozo de caparazón de tortuga tallado en punta encorvada y fuertemente sujeta al pececito de nácar. Es uno de los mejores regalos que suelen hacer los jefes a sus amigos. La pesca particular la hace la persona sola con anzuelo, en la piragua y entre los arrecifes.

[187] La pesca pública ofrece más bien las características de una ruidosa y bella partida de caza: se reúnen todos los hombres, piraguas y redes de la tribu como si fueran uno solo y la flotilla va avanzando de frente hasta llegar al lugar de la pesca; entonces los dos extremos de la línea giran alargándose hasta formar un gran círculo con la red que han ido lanzando durante la ruta.

En ese momento los hombres saltan al agua, que les llega hasta los sobacos, con otra red en forma de amplio tubo en la mano. Según se va tirando de las puntas de la gran red, el espacio se va

reduciendo y los peces, al sentirse estrechados por todos los costados sin encontrar salida libre, saltan por encima del agua con intención de escaparse pero caen en una prisión mucho más estrecha que les encierra del todo.

Nada hay tan entretenido como este tipo de pesca, cuyo espectáculo he contemplado varias veces desde mi habitación. La costumbre exige que en circunstancias de ese orden no pasen delante de ti sin ofrecerte parte de su captura, o sin excusarse si la pesca no ha tenido éxito. El pez que se coge es de la familia del mújol, parecido a un lucio de tres o cuatro libras, y otros peces del mismo grosor, todos ellos de carne muy estimada.

Los hay de preciosos, vivos y variados colores y de sabor excelente que se encuentran a montones. Abundan las rayas y los bogavantes, pero no las tortugas, que están reservadas para los jefes, los únicos con derecho para disponer de ellas. Más de una vez he podido apreciar la amistad de dos jefes mediante el regalo de una tortuga que me ha hecho cada uno. […]

[188] El trabajo de las mujeres se centra sobre todo en el cuidado de los hijos, labor a la que dedican mucha entrega y atención. Se ocupan después de entretejer esteras gruesas para tapizar el suelo de la cabaña, o una especie de telas finas -más estimadas que el oro- que se utilizan para pagar las casas y las piraguas, o como regalo, o en el nacimiento o muerte de alguien de la familia, o sobre todo como dote de matrimonio.

El tejido del país, llamado *siapo*, fabricado con la corteza de un pequeño arbusto, es una de sus principales tareas. Con ese tejido se hace la ropa diaria de todo el mundo. En Wallis se hacen piezas inmensas que luego se cortan a voluntad; en cambio aquí se hacen piezas pequeñas de una o dos brazas con las que se pueden dar una o dos vueltas al cuerpo. Las samoanas saben teñirlas de negro con el brillo de la laca china y con otros muchos y variados dibujitos como los de los mosaicos de colores diversos.

Los domingos o días de fiesta se visten con uno de esos tejidos nuevos, que les da un aire de solemnidad muy apropiado. En las grandes fiestas y ocasiones excepcionales como la visita de alguna tribu poderosa, la bendición de una iglesia, una boda, lucen todo lo que tienen: hermosas telas finas, adornadas con plumas de cotorra de un rojo vivo como la escarlata, u otra especie de telas tejidas a mano que dejan ver por fuera y del mismo lado todos los hilos, lo que les da una apariencia de lana merina de un blanco resplandeciente. Y agregue a todo eso las peinetas, el aceite aromáti-

co para el cuerpo, los cestillos para su ajuar íntimo, algo así como pequeños neceseres para objetos pequeños, los abanicos para los momentos de calor… y podrá tener una idea bastante completa de las tareas de las mujeres en estas islas. Veamos ahora las relaciones con los extranjeros. […]

[189] Quien conozca a fondo a los samoanos no podrá dejar de decir que es un pueblo dulce y hospitalario; sin embargo sus primeras relaciones con los europeos no fueron pacíficas; pero se debe a circunstancias particulares, o más bien sólo es imputable a algunos individuos: cuando La Pérouse llegó el primero a Tutuila, la tripulación de sus dos lanchas fue asesinada en tierra.

Los samoanos a quienes he preguntado sobre este tema no reprochan acción mala alguna a los franceses. Acababa de terminar una guerra en el archipiélago y los vencedores se encontraban aún en *Tutuila* donde actuaban como déspotas con los vencidos. Con la embriaguez y la audacia de la victoria les ordenaban que los llevaran lo mejor que tuvieran en telas, esteras, piraguas y demás provisiones. Se creían más fuertes que todo el mundo y para demostrarlo, al ver los hermosos vestidos que avivaron su codicia, atacaron a nuestros compatriotas.

Poco después, cuando las visitas de los europeos fueron más frecuentes, algunos individuos mal intencionados cometieron también tres o cuatro asesinatos, pero generalmente en casi todas las partes del archipiélago, los blancos, cuyo número aumentaba diariamente, eran bien recibidos.

Cada jefe quería tener con él uno para gloriarse de ello ante sus compatriotas, y para retenerlo le hacía después su yerno. Nada mejor para éste que cambiar la vida dura y peligrosa por otra capaz de satisfacer su afán de tranquilidad y descanso. En el trato con esos aventureros no es donde más ganaron los indígenas, pero aprendieron a conocerlos lo suficiente para estimar su valor. […]

[199] El carácter moral de este pueblo es más estimable aún que todas sus cualidades físicas. De espíritu alegre y abierto, aman la justicia, la rectitud y la verdad, sobre todo en materia de religión. De espíritu libre, son extremadamente celosos de su independencia, pero poco inclinados al orgullo o al amor excesivo de si mismos. Tienen gusto para admirar lo bien hecho y curioso aunque sea extranjero. Por ejemplo, les gusta ver un bello navío entrando o saliendo de su puerto, una casa europea con todas sus comodidades… y no temen reconocer nuestra superioridad sobre

la suya. En esto se diferencian mucho de los habitantes de Wallis y Tongatabu, con un orgullo nacional desmesurado que sustenta unas pretensiones absurdas y ridículas.

[200] Antes de que La Pérouse legara a Tutuila los samoanos no conocían a los europeos; sus conocimientos geográficos se reducían a las islas Tonga, cuyos intrépidos navegantes llegaban a veces hasta allí, a las islas Fidji y a algunas otras tierras salvajes y caníbales, cuyos habitantes comían carne humana, de lo que ellos hablaban con horror y temblor como nosotros.

[201] Entre los conocimientos históricos que recibieron de Europa los oceanianos, creo que el primero y más difundido es el valor y la valentía de Napoleón. Quizás no sea inútil que se conozca su nombre, pero lo curioso y original es que en la mayoría de estos lugares pasa por ser un general inglés … Los recuerdos históricos del país son muy, muy confusos. Se reducen a algunas guerras generales y muy anteriores a la presente generación. Se habla también de un país en el que la tierra estaba toda ella ardiendo, algo que habla seguramente del volcán que cubrió de lava casi toda la isla de Savai'i.

[202] Nada más vago que su teología y la manera como explican la creación del mundo. Cada tribu, incluso cada familia, tenía su dios y su demonio particular, al que honraba con su fantasía. Para unos era el humo fatuo que se levanta a veces en los lugares húmedos con alguna substancia en putrefacción; para otros era un árbol, o un pájaro.

Cuentan una historia sobre cómo se introdujo el uso del fuego en Samoa; antes, -dicen- los habitantes comían todos los alimentos crudos. El hijo de uno de sus jefes descendió un día a una profunda caverna del centro de la tierra, en la que residía el único dios que conocía y utilizaba el fuego. El joven se lo preguntó para beneficio suyo y de sus hermanos, pero sólo obtuvo una negativa, seguida de una lucha de la que el dios sacó una pierna rota y un brazo torcido; para obtener el perdón de lo demás, tuvo que dar al vencedor permiso para llevarse todo el fuego que quisiera. Desde entonces los samoanos ponen a cocer las legumbres y el *tarago*.

Otra historia bastante curiosa recordaría la creación sucesiva de los seres por la omnipotencia de Dios, o bien algunas circunstancias del diluvio, con el que estarían entremezcladas y confundidas. Cuentan que antes de todo eso, sólo había un dios y un pájaro llamado *tuli,* que volaba constantemente sobre las aguas.

Cansado de estar siempre volando, el pájaro subió hasta la morada del dios, que le dijo: ¿no tienes espacio suficiente para quedar abajo? Sí, respondió el pájaro, tengo mucho espacio para volar pero ninguno para descansar. Muy bien, ¡baja ahora! Y después ya me dirás lo que piensas. El pájaro descendió y vio la punta de una roca que apenas sobresalía del agua. Descansó allí un instante y después voló de nuevo hacia el dios, que le dijo: y bien ¿qué piensas de lo que has encontrado?. Está bien, respondió el pájaro, pero cuando poso, las olas que cubren la roca me hacen marchar. – Vuelve y después vienes otra vez a hablarme.

El pájaro reinicia el vuelo, desciende y ve una tierra grande con montañas, ríos y arroyos. Vuelve a subir. – Y bien, ¿qué piensas ahora? –Está mejor, respondió el pájaro, puedo descansar sin miedo a que me moje el mar, pero no hay árboles para protegerme. Esta vez el pájaro vio árboles cubriendo el flanco de las montañas y el fondo de los valles. Está muy bien, dice al pasar de nuevo delante del dios, pero estoy muy solo. Se necesitarían hombres para habitar un país tan bello. Y el dios creó hombres y mujeres, de los que vienen todos los demás.

Siempre y totalmente suyo, querido amigo. Con todo afecto en el Señor,

Roudaire, misionero apostólico.

Unos refuerzos, los padres Vachon y Mugniéry, que llegaron en el *Arche de l'Alliance* con monseñor Bataillon el 12 de diciembre de 1846, alivian la misión de Samoa. El hermano Jacques Peloux se encontraba ya allí desde agosto del año anterior. El hermano Sorlin (Gentes) es conservado en Apia por el padre Dubreul desde que llegó a Oceanía en 1850. El hermano Charise Gras, desde que desembarcó en Wallis se quedó con monseñor Bataillon, pero después fue enviado a la isla Upolu poco antes del mes de febrero de 1852.

711 : Naufragio

12 junio 1848. – Hº Jacques Peloux a Victor Poupinel

Apia, isla Upolu. Jesús, María y José. Reverendísimo padre,

[1] Hace tiempo que deseo escribirle, pero cuando se presentan las ocasiones, siempre hay motivos que me lo impiden; pero hoy

aprovecho la marcha de un ballenero hacia América dentro de dos días para presentarle mis respetos y testimoniarle mi agradecimiento, y para probarle además que no le olvido.

[2] Tendría que contarle varias historias, pero no sé por dónde comenzar. Lo he pensado un poco y comenzaré por la navegación. Cuando llegó el reverendo padre Roudaire adquirió un pequeño balandro, pero al comprarlo no pensó en la tripulación para gobernarlo. Es cierto que entonces pensaba que el capitán sería él y yo su ayudante, pero ninguno de los dos estábamos muy fuertes en cosas de navegación.

La embarcación estaba en Upolu. Cuando el reverendo padre Roudaire la compró, estaba con el P. Violette, y yo en Savai'i. Su fabricación no había terminado aún, y el P. Roudaire tuvo que quedar en Upolu unos cuarenta días hasta que se terminara, después de los cuales vino a recogerme a Salelavalu, donde me había dejado para cuidar nuestros enseres.

Venía acompañado por dos "hermanos de naufragio", como se llamada aquí a los marineros que han desertado a bordo de los barcos: un francés y un noruego; ésa era toda nuestra tripulación; no estaba bien equipada, no teníamos provisiones a bordo, ni siquiera agua pues no había más que dos barricas para meterla.

[3] Tras tres o cuatro días de estancia en Salelavalu, partimos hacia Léalatele, donde se encuentra el padre Violette, para llevarle ciertos efectos y algunas provisiones porque desde que llegó allí, hacía dos meses, sólo tenía dos camisas, un pantalón y una sotana. El noruego no estaba con nosotros, sólo vino el francés.

Quedamos allí diez días, después de los cuales el reverendo padre Roudaire quiso volver a Upolu. Se fue por tierra a Salelavalu, donde debía esperarnos, y a mí me envió con el francés para conducir la embarcación; éramos los dos solos con un nativo; el noruego se había marchado. Nos quedamos dos días en Salega, a dos leguas de Léalatele, esperando viento favorable pero se mantuvo siempre contrario.

Al cabo de esos dos días, el tiempo empezó a hacérsenos largo; no teníamos provisiones. Nos hicimos a la vela para ir a juntarnos con el reverendo padre Roudaire en Salelavalu, pero tras pasar un día dando rodeos, reconocimos que con el viento en contra no había modo de avanzar con nuestro famoso balandro. El "hermano de naufragio" dijo que no quería continuar navegando así.

[4] Volvimos atrás, echamos el ancla y nos marchamos a Salelavalu, donde estaba el padre Roudaire, para contarle las aventuras de nuestra navegación. Tras un día de reflexión, decidió volver a Upolu. Con la intención de salir ese mismo día hacia Upolu, nos fuimos al lugar donde estaba fondeado el balandro. Como reinaba la calma, dejamos la marcha para el día siguiente. Iniciado el día izamos la vela, ¿pero qué pasó? Cuando nos encontrábamos en medio del paso tan estrecho, no fuimos suficientemente hábiles para maniobrar, no logramos salir y corrimos un grave peligro, aunque no hubo ningún accidente.

El reverendo padre Roudaire, viendo que nosotros no podíamos salir de allí, por veinte francos se hizo con un inglés para llevarnos a Salelavalu pensando que desde allí nosotros solos iríamos fácilmente a Upolu. Nos quedamos el día con el inglés para reparar el timón, que estaba averiado. Yo me fui a dormir a Léalatele donde el P. Violette y volví al día siguiente, como había prometido aunque un poco más tarde. El reverendo padre Roudaire me reprochó que no me hubiera dado más prisa, aunque había tiempo suficiente para lo que debíamos hacer durante el día.

[5] Hacia las diez levamos el ancla. Éramos seis a bordo: el P. Roudaire, el capitán inglés, tres nativos y yo. No izamos la vela porque el viento era contrario, cogimos los remos. Nos costó salir del estrecho pasadizo, pero lo logramos.

Una vez fuera, el viento dejó de soplar y la corriente nos llevó a la bahía de Matautu, tres millas a sotavento. Una vez allí, no se veía modo de salir, no se sabía qué hacer y se echó el ancla. Tras unos minutos de deliberación hubo que retirarla porque la cadena no era suficientemente buena para resistir las olas, que eran enormes; se decidió que era mejor sacrificar la embarcación enviándola a los arrecifes y que quien pudiera hacerlo tratara de salvarse a nado. Cerca ya de los arrecifes, vimos cómo se levantaban las olas cinco o seis pies por encima del agua. Pensamos que el barco quedaría hecho añicos. El inglés y los nativos se lanzaron al agua.

El P. Roudaire me dijo: estoy viendo que estamos perdidos. Traté de tranquilizarle. Nos pusimos a rezar el memorare, pero a rezarle de todo corazón. Yo le dije: padre, ya ve cómo va la cosa, no tenemos tiempo que perder, tratemos de salvarnos; y me lancé al mar. El padre Roudaire se quedó sólo en la balandra. Puede ser que no se atreviera a lanzarse al agua porque apenas sabía nadar. De momento, sin saber cómo, me vi en los arrecifes con una pe-

queña herida en el pecho, pero en momentos como ése, esa herida no era nada.

Las olas eran tan grandes que el balandro fue lanzado contra los arrecifes como si se la llevara con la mano; quedó agujereado por seis lugares. Los nativos del lugar acudieron en bloque para ayudarnos a salvarnos del naufragio. El ministro protestante también vino. Nos invitó a comer y nos ofreció ropa para cambiarnos. El reverendo padre Roudaire se lo agradeció muy cortésmente, y nos fuimos a casa del reverendo padre Violette para dar gracias todos juntos a la santísima Virgen, nuestra buena madre, por habernos socorrido en el peligro.

[6] Nos quedamos allí algo así como un mes, durante el cual comenzamos la construcción de la iglesia. Después nos fuimos a Upolu. El reverendo padre Roudaire y yo fuimos llevados por los nativos en una embarcación del país. Yo quedé allí cinco meses, y después volví donde el reverendo padre Violette para terminar su iglesia y ayudarle a hacer una casa; después volví a Upolu, que es donde me encuentro actualmente.

[7] En este momento nos ocupamos de construir una casa; olvidé decírselo al reverendo padre superior, tenga la bondad de decírselo de mi parte. Se hará al estilo europeo, con cuatro habitaciones, en medio un salón, y puertas y ventanas en todas las habitaciones. Diga al reverendo padre superior que se reservará una para cuando venga a visitarnos a Samoa; y habrá también una para usted.

Dos jóvenes del lugar me han ayudado a serrar los árboles. Hemos tenido muchas dificultades al comienzo, ellos no sabían serrar y tampoco yo tenía mucha destreza; pero ahora esto va mejor; los dos jóvenes sierran muy bien. Algunas veces hemos hecho hasta ciento cincuenta pies de planchas diarias, aunque no muy a menudo porque, cuando han trabajado un poco, ya quieren descansar. Dicen que es *faasamoa*, la costumbre del país. El tiempo no me da bastante de si; más bien me falta.

[8] Rezo todos los días por usted; es deber de caridad y agradecimiento pues a usted y al reverendo padre Maîtrepierre debo mi vocación. A su vez, tenga la bondad de no olvidarme en sus oraciones.

[9] Con profundo respeto de su muy afecto y obediente servidor,

Hermano Jacques, misionero apostólico.

755 : Lamentaciones de un hombre demasiado solo

25 septiembre 1848. – Joseph Mugniéry a Victor Poupinel

Salelavalu, isla Savai'i, Samoa o Navegentes.

Querido y reverendo padre,

[1] Ustedes que están en Francia, rodeados de sus conocidos y amigos, muy difícilmente comprenderán el placer que experimenta un pobre perdido en medio del vasto océano -encerrado en su pequeña isla más que Tántalo en su lago -cuando, a pesar del espesor del globo y la severidad de las olas, llega a oír alguna de aquellas voces amigas, a leer algunas de sus palabras escritas para complacer, pues vienen de un corazón amigo y fraternal. Ustedes gozan de todo lo que el Espíritu Santo quiso decirnos "qué gozo y qué alegría vivir entre hermanos", y aquí nosotros, solos; solos en nuestros desiertos, soñamos, pensamos… ¡y qué se puede hacer en una madriguera si no soñar y pensar!; ¿pensar en quién? ¿en quiénes sino en los ausentes, en los que uno ha dejado?

Aquí uno hace pocos castillos en el aire, pero sueñas con el pasado y con aquellos cuya ausencia te dejan en una soledad tan grande, sin encontrar nada en torno a ti, nada, absolutamente nada. Los pocos compañeros religiosos en los que podrías encontrar algún consuelo es como si no estuvieran a causa de la distancia que nos separa y de la imposibilidad de comunicarnos.

Además, en torno tuyo ¿qué? ¿Hombres? Criaturas con figura de hombre. Eso es todo; ¿y podría usted creer que con tales seres se puede consolar uno de la ausencia de aquellos a quienes añora? No y mil veces no; habría que ser como ellos, no tener ni corazón, ni sentimientos, y casi ni voluntad de nada. Sería necesario no ser hombre.

Joseph Mugniéry.

809 : Aislamiento cada vez más terrible

2 junio 1849. – Louis Padel a Jean Claude Colin

Mulinu'u, misión Notre Dame des Victoires, isla Upolu, archipiélago de Samoa o de los Navegantes. Reverendísimo padre,

[1] Si no temiera importunar y sobre todo dar la impresión de querer criticar a los que Su Paternidad ha encomendado el comportamiento de sus hijos, aún le hablaría del aislamiento en que continuamos y que amenaza con prolongarse indefinidamente si su solicitud paternal no pone pronto remedio.

"Ay de aquél que está solo", nos dijo usted muchas veces; si cuando oíamos esas palabras que usted nos decía no comprendíamos toda su fuerza, ahora la experiencia nos las hace comprender perfectamente, Hace ya dos años que los padres Mugniéry y Vachon y yo mismo nos encontramos solos; y el padre Violette desde hace tres años y medio.

[2] Al principio acariciábamos la idea de que ese aislamiento no duraría mucho; algunas promesas que nos habían dado -un tanto vagas, es cierto- nos daban la esperanza de que cuando llegaran nuevos misioneros cambiaría nuestra situación; pero aún no se ha hecho nada; el P. Palasy ha sido colocado en Futuna, los PP Mondon y Nivelleau, llegados a finales del último mes de agosto, probablemente no nos serán enviados, pues en una carta de monseñor que recibimos en esa época, hablaba de fundar nuevas misiones.

Así que estamos solos, completamente solos; el P. Vachon y yo vivimos a unas dos leguas de distancia, pero los padres Violette y Mugniéry a unas ocho. Y el camino a recorrer es tan escabroso que raramente se puede hacer sin usar dos pares de zapatos.

Sólo tenemos un hermano, el hermano Peloux, que después de haber vivido dos años conmigo, ocupado en la construcción de una iglesia y de una casa, hace ya varios meses que se fue a vivir con el padre Mugniéry. Por lo tanto, reverendísimo padre, como estamos solos, no se equivoca pensando que estamos en la aflicción.

[3] Es cierto que para seguir los usos del país, porque los samoanos no pueden comprender cómo se puede vivir solo, tenemos algunos niños que viven con nosotros; es cierto que nos prestan

algún servicio como avivar el fuego, hacer hervir la sopa; pero en compensación nos ayudan a comer lo poco que tenemos, y si alguna vez conseguimos que hagan alguna tarea como lavar la ropa, etc., hemos de estar allí y trabajar con ellos si no queremos que nuestros bártulos se echen a perder.

Además esos niños no pueden prestarnos grandes servicios, y cuando podrían, no suelen querer. Y así, si tenemos algo de harina, nos vemos obligados a hacer nosotros el pan; y tenemos que arreglar nuestros utensilios, etc., etc. Evidentemente, tanta ocupación de ese orden, que a causa de nuestro aislamiento hemos de hacer, no nos deja mucho tiempo para estudiar la lengua, la teología y otras cosas que el sacerdote continuamente ha de estudiar.

[4] Así es como estamos en lo referente al aislamiento; en cuanto a la indigencia, nos encontramos en la misma situación. En el mes de agosto monseñor nos envió un presupuesto de las provisiones que nos autorizaba a recoger cada año de los barcos de la Sociedad de María a partir del 1 de noviembre pasado, según los acuerdos habidos con el Sr. Marceau. Después nos envía una carta en la que nos dice que no debemos contar con ese presupuesto para siempre, que hemos de plantar árboles del pan, etc., y que, hasta que den fruto, se nos enviarán galletas y que después tendremos que remitir nuestra porción a otros.

Así que, aquí nos tiene ahora, cultivando una tierra que no nos pertenece para tener con qué mantenernos. Si estuviéramos varios juntos, aún se podría hacer algo; ¿pero qué trabajo puede hacer un hombre solo en medio de bosques que se han de roturar, y además con un sol tropical?

[5] Para terminar con todo esto, no creo que se pueda suponer una situación más triste que la nuestra en lo temporal; y en lo espiritual también pues, debido a nuestro aislamiento, nos vemos privados de toda ayuda y hasta con temor a morir sin sacramentos. Los padres Violette y Mugniéry no han podio verse durante varios meses; estaban ambos con mal de pies. Reverendísimo padre, no le digo más sobre esto; comprende muy bien todo lo que hay de lamentable en una situación tal.

Y lo que aumenta nuestra pena aún más es que no tengamos aquí a nadie a quien podamos confiarla, que no haya la autoridad necesaria para poner remedio. Desde hace dos años, a su dignidad de vicario apostólico, monseñor agrega la de provincial de la Sociedad de María, pero nadie conoce aún al monitor que han debido

imponerle de acuerdo con el reglamento del provincial que usted nos dio a conocer en Lyon, artículo al que, según nos dijo usted, debíamos dar una importancia extrema.

[6] Padre, así están las cosas; a usted le corresponde ver si es conveniente que continúen así; nosotros estamos en sincera disposición de obedecer las órdenes que Su Paternidad quiera darnos porque para nosotros serán la expresión de la voluntad de Dios.

[7] La misión de Samoa ofrece ahora muchas esperanzas; los nativos se nos acercan cada vez más. El jefe más importante del archipiélago, que antes era totalmente opuesto a nosotros, ahora está completamente a nuestro favor; ayer pasó junto a mí la mitad del día; tengo confianza en que pronto acabará declarándose católico, y se puede pensar que su ejemplo atraerá a muchos otros.

Y lo que me infunde esa confianza es que los herejes, que han infestado estas islas, se dedican sobre todo a blasfemar contra la Virgen, y yo estoy seguro que ella no dejará que triunfen sus enemigos. Nuestros nativos, al menos muchos de ellos, al culto católico le llaman el culto a María. Ahora la misión no progresa rápidamente porque todos los días hay guerra.

Hace algún tiempo, los siete u ocho misioneros protestantes de la isla fueron todos juntos al jefe principal para pedirle que pusiera fin a la guerra. Y él les respondió que esa guerra sólo afectaba a los samoanos, que los ingleses se preocupasen de lo que a ellos atañe, que eran ellos los que luchaban y que sus hijos continuarían luchando. Los misioneros ingleses tuvieron que retirarse avergonzados.

[8] Al terminar la carta le vuelvo a decir, reverendísimo padre, que no me ha impulsado a escribirla ningún motivo de crítica o cosa semejante. Es mi confesor quien me ha obligado a escribirle, porque es evidente -me ha dicho- que estamos en una situación totalmente contraria a la voluntad del reverendísimo padre superior y que guardando silencio se considerará que estamos de acuerdo con lo que hay de irregular en ese estado de cosas.

A quien me dirijo es al P. Violette, al menos en el retiro; él y el P. Mugniéry me han encargado que le escriba sobre este punto, nuestro sentir era el mismo, y conforme también al del P. Vachon, que nos le ha dado a conocer suficientemente. Y si me han pedido que sea yo su intérprete es porque soy el único que puede aprovechar las ocasiones para hacerle llegar las cartas; mi centro se encuentra en la rada de Apia.

[9] A pesar de todas esas penas, bendigo al Señor y a la Virgen por haberme dado la gracia de llamarme a la vida religiosa y enviarme a Oceanía. Tengo en lo más íntimo de mi corazón la Sociedad de María, de la que soy miembro a pesar de mi indignidad; y estoy sinceramente decidido a llegar a ser auténtico y digno hijo de tan tierna madre.

[10] Reciba, reverendísimo padre, los sentimientos de respeto profundo y de confianza filial de su humilde y obediente servidor e hijo.

Padel, misionero apostólico Societatis Mariae.

843 : El fabuloso huerto del padre Vachon

> En 1848, el padre Vachon es nombrado responsable de Vaitele.
> En 1849, llegan el padre Sage y el hermano Sorlin (Fabien Gentes), que marchará después a las islas Fidji.

20 noviembre 1849. – Joseph Xavier Vachon a Jean Claude Colin

Vaitele, isla Upolu, archipiélago de los Navegantes. Reverendísimo padre.

[2] El aislamiento en que vivo me hace tener una vida monótona y muy a menudo suspirar por un nuevo orden de cosas.

[29] El 20 de septiembre de 1848 compré a nombre de la Sociedad una pequeño terreno justo al lado de la cabaña donde fui colocado por Su Excelencia. Tiene cien metros de largo por cuarenta de ancho. Lo pagué con un fusil de doble tiro y 75 francos, es decir, casi todo lo que tenía. Después escribí a Mons. Bataillon para pedirle que tuviera la bondad de devolverme lo que tuve que pagar, pero aún no he tenido respuesta.

[30] Antes mi pequeña parcela era un pobre bosque, ahora ha adquirido la forma de un bello y muy hermoso huerto. De momento tengo quinientos bananeros de diferentes especies, seiscientas plantas de ananás de clases diversas, árboles de pan en cantidad, gran número de cocoteros… y además cinco hermosos olivos que

me llegaron de Francia por el *Stella del Mare*, gran cantidad de granados, varias cepas. Además cultivo el ñame, el taro, el maíz, el tomate, la cebolla, el boniato, las judías, la papaya…

Tengo además un corral con cerdos, pavos, patos, gallinas y conejos. Ya he logrado algo: alimentarles a todos con coco, maíz, papayas, etc.… Aquí se pueden tener hasta cuatro cosechas anuales de maíz; sería realmente magnífico si los vientos no fueran tan frecuentes donde yo me encuentro. He medido algunas plantas de maíz y tenían entre doce y quince pies de altura. Aunque no han satisfecho aún todas mis esperanzas, ya han prestado un gran servicio pues han proporcionado una alimentación excelente a mis cerdos, gallinas, pavos…

[31] Los olivos son magníficos, las ananás excelentes. La hoja del boniato me sirve de espinaca y su tubérculo de patata, pero sólo se da bien en terrenos arenosos.

[32] Los plataneros están ya cargados de plátanos desde hace tiempo; han dado racimos con doscientos cuarenta y dos plátanos. Pesé un plátano y pesaba cuatrocientos gramos. Con el cultivo europeo han ganado mucho en sabor y grosor.

[33] Mi huerto es admirado por nativos y extranjeros; y en él se pueden encontrar productos para llevar una existencia digna y con los que aliviar la necesidad de mis hermanos religiosos.

[34] Antes de comprar el terreno, hice algunas pruebas pero me robaban todo porque los nativos pretenden que lo que hay en su terreno es también de ellos. Ahora ya no ocurre nada de eso, yo tengo mi tierra. La propiedad es bien conocida, ante ellos yo soy el propietario y por consiguiente gozo del derecho de todos los propietarios. Los robos ya son muy raros en mi nuevo terreno.

[35] Ha parecido bien repetir lo de los comienzos; los ministros han querido perjudicarme y presentarme como un pobre hombre, un hombre que envilece su ministerio trabajando la tierra de… Yo me he contentado con responder y probar con las Sagradas Escrituras que San Pablo no vio que fuera indigno de su apostolado trabajar con sus propias manos para tener con qué alimentarse él y los suyos.

[36] Por lo demás, el hambre hace tiempo existente me ha justificado ante todo el mundo y en este momento me da la manera de poder distribuir provechosamente el fruto de parte de mi trabajo.

[37] Mi huerto goza de una reputación que se extiende por todo el archipiélago. Vienen a verlo por curiosidad.

[38] El resultado que he obtenido me da un lustre nuevo y al título de doctor hábil se me aplica ahora el de agricultor entendido.

[39] Recibo muchas visitas de extranjeros, entre los que puedo citar a tres comandantes ingleses de barcos de guerra, el obispo inglés de Nueva Zelanda George Selwyn, el cónsul americano John Williams, unos capitanes de navío, y hasta el hijo del famoso George Pritchard, William.

[40] De momento estoy muy ocupado en la construcción de una casita en mi propiedad; la antigua está algo indecente y tan carcomida por los gusanos que me espero verla caer a tierra al primer ventarrón que se presente, y precisamente ahora nos encontramos en la época en que comienzan a dejarse notar.

[41] La obra va muy despacio porque estoy solo y los días pasan muy deprisa. Hasta la fecha, no he tenido tiempo de aburrirme. Es una gracia que Dios me ha dado. No he encontrado dificultad alguna en el estudio de lengua, y hace ya tiempo que puedo instruir a mi pequeño rebaño, que empieza ya a tomar forma. La población que me rodea está toda ella a favor mío. Los ministros ya no se atreven a levantar la voz contra el culto católico. La lengua del país, que hablo ya bastante bien, empieza a proporcionarme poderosos medios de defensa.

[42] Ahí tiene, reverendísimo padre, el estado actual en que me encuentro. De todos los misioneros de Samoa que se encuentran solos soy el que mejor está gracias a los ingresos de mi huertecito, sin el cual habría estado peor que todos.

Reverendísimo padre, con profundo respeto, soy y seré siempre su humilde servidor,
Joseph Xavier Vachon, misionero apostólico Societatis Mariae.

878 : Los samoanos: reverso de la medalla

26 febrero 1850. – Louis Padel a Jean Claude Colin

Misión Notre Dame des Victoires, Mulinu'u, isla Upolu, archipiélago de Samoa o los Navegantes. Reverendísimo padre,

[1] Aunque hace pocos meses que le escribí, no dejaré pasar la ocasión que se me presenta hoy de hacerlo de nuevo. Los problemas de Samoa continúan siendo el aislamiento total y la falta absoluta de recursos; en lo referente a mí, he de decir que me veo obligado a vivir en medio del campo ocupado por uno de los dos partidos que se están peleando. Y todos los días veo y oigo las cosas más sucias y asquerosas que puede uno imaginar.

[2] Ahora sé que se han de rebajar todas las cosas bellas que han dicho y escrito sobre los nativos de estas islas quienes les vieron tan sólo de paso y encontraron todo admirable. A primera vista, son de una afabilidad y delicadeza sorprendentes; a quien eligen como amigo suyo le llevan rápidamente todo lo que creen que le gustará, y lo hacen de tal manera que uno queda convencido de que es únicamente la amistad la que les hace actuar así; entonces piden que se las haga algún regalo, y lo que piden vale a veces diez veces más que lo que ellos han llevado. Así es como actúan con nosotros.

[3] Cuando monseñor nos colocó aquí, hizo prometer a los jefes que nos alimentarían, es decir, que nos enviarían víveres. Al comienzo fueron fieles, pero ahora, si hablara de ello, haría ya más de dos años que estaría muerto, porque con lo que me dan para la semana podría alimentarme uno o dos días. Por ventura he podido adquirir harina a bordo de los barcos balleneros americanos. Ésa es, reverendísimo padre, la situación de varios de sus hijos en Oceanía; en modo alguno es defendible esta situación, sin embargo, desde cierto punto de vista estoy contento de estar aquí, aunque siempre clamaré contra ella porque nos encontramos así contra su voluntad expresa.

[4] Lo que hace tan doloroso el aislamiento es el abandono total en que nos encontramos. Han pasado ya dieciséis meses desde que recibimos la última carta de Wallis, y diecisiete sin poder es-

cribir nosotros a Wallis por falta de ocasiones, a no ser por el paso del señor obispo de Amata. Pero la necesidad de desahogar nuestro corazón con nuevos hermanos religiosos y la de contar noticias del país nos han impedido escribir extensamente.

[5] Todo eso, más las malas disposiciones actuales de los nativos, hace que la misión se halle en una situación desoladora. Los que antes de la guerra se habían declarado católicos no lo han abandonado; se mantienen en él de palabra, pero de hecho no se ocupan de ello para nada y su comportamiento es digno de salvajes verdaderos, pues desde hace cinco años que comenzó la misión sólo hemos podido conseguir que se celebrara el contrato de un matrimonio.

Lo que más duele es que no se encuentre ni uno que busque a Dios con sencillez y de todo corazón. Todos lo hacen con intenciones más o menos interesadas, más o menos turbias. Conozco uno, no de los más fervorosos en verdad, que se hizo católico para que el señor Marceau le diera un cuchillo cuando volviera. Cuando hay muchas cosas para darles, entonces se está bien con ellos, con tal -claro está- de que no se les pida nada; pero si uno no tiene nada, te dejan de lado y te menosprecian.

[6] Lo que caracteriza sobre todo a los samoanos es el orgullo, y un orgullo en grado sumo; por eso se han dejado adiestrar tan fácilmente en la herejía. Y desde que se les enseñó que basta con leer las escrituras para saber todo lo que Dios les pide, ese vicio que siempre tuvieron está tan desarrollado que, aunque no tengan talento ni para hacerse un calzón, creen estar por encima de todo, se permiten juzgar todo, y en especial lo que no conocen, sin escuchar razones y valorando a los demás como muy inferiores a ellos.

Un segundo aspecto que les distingue es la codicia, pero una codicia ilimitada: desean tener todo lo que ven, y hacen cuanto pueden para obtenerlo; todos los medios son válidos. Lo piden; si se les niega, lo roban; de ahí que ahora no exista aquí lo que uno necesitaría comprar para comer. Su codicia les hace poner los artículos de consumo a un precio exorbitado; por quince *talos* de tamaño parecido al de la patata te piden cincuenta monedas, y con ellos tienes para comer unos dos días.

[7] Respecto al libertinaje, no hay cosa que no se permitan… Creo que son los mayores glotones y charlatanes que se puedan

encontrar en el universo; añada el que están tan habituados a la mentira que casi nunca se llega a saber si hablan sinceramente o no, y así, podrá llegar a tener el retrato casi perfecto del samoano.

Ahí están los males que debemos remediar, y sólo la santa religión podrá remediarlos. Pero, por desgracia, el pueblo samoano es totalmente indiferente ante todo lo que hace referencia a Dios; y por otra parte es mucho más fácil ser protestante que católico.

Veo como causa y fuente de todos esos vicios la absoluta desvergüenza a la que se dejan llevar desde hace dos años y medio, que comenzaron la guerra, y la completa anarquía que reina en Samoa. Hay muchos jefes, demasiados, pues más de la mitad de los hombres lo son. Pero no hay ni pizca de autoridad; en sus reuniones sólo hablan de su fuerza, de su poder, y ahí acaba todo.

[8] Hace algún tiempo, el jefe principal del archipiélago vino a verme; en la puerta había tres o cuatro niños observándonos; y aunque le dan el título de rey, no tuvo bastante autoridad para alejarlos de allí; aunque se lo dijo, no sólo quedaron sin moverse, sino que ni se inquietaron, como si no les hubiera dicho nada.

La autoridad paterna es nula; y se entiende, porque la mayoría no saben de quién son hijos; por eso a los niños se les deja hacer todo lo que quieren. Y se aprovechan bien de esa educación; hay que haberlo visto para saber hasta qué punto está corrompido el corazón de los niños más jóvenes.

Por ejemplo, un padre dirá a su hijo que vaya a la oración. El niño le responderá que le aburre y ni se mueve, y su padre no le dirá nada. He predicado muchas veces sobre eso, he hablado a varios samoanos sobre ello, les he mostrado que sería una desdicha que las cosas continuaran así… y la única respuesta que me han dado es que tenían pocos niños -lo que es cierto-, que les querían mucho y que no querían disgustarlos.

Hemos probado crear una escuela; a los pocos días tuvimos que dejarlo porque los niños no venían; nos quejamos a los padres y éstos se echaron a reír. Ahí tiene, reverendísimo padre, lo que en mi opinión le puede dar una idea bastante justa del pueblo samoano; otros lo pintarán con colores más hermosos, pero es conveniente que conozca la verdad sobre estos pueblos, presentados hasta este momento a Europa de manera distinta a como son.

[9] Lo espiritual ha sufrido también un poco en esta situación de aislamiento; a veces las privaciones un tanto forzadas en que me encuentro me llevan a la murmuración; a veces las olvido; no

obstante trato de sacar provecho de ello. Hace varios meses que hago el examen particular sobre este punto. Soy fiel en el cumplimiento de mis ejercicios de piedad, y sólo en la celebración de la Santa Misa encuentro el consuelo y la fuerza que necesito en mi aislamiento; lo que me asusta, lo que temo, es verme pronto privado de la dicha de decir la Santa Misa por no tener vino.

[10] Ayer recibí una carta del padre Violette en la que me dice: el mes pasado he tenido dolores reumáticos de gota que no han terminado del todo; lo atribuyo en parte a la humedad.

[11] Reverendísimo padre, para terminar me postro a sus pies regándole que me dé su bendición y que no me olvide, junto al pueblo samoano, ante el Señor, la Sma. Virgen y San José, para que, a pesar de los obstáculos y de la indignidad del último de sus hijos, se realice allí su obra. Padel, misionero apostólico Societatis Mariae.

891: Instrucciones de monseñor Bataillon

Mayo 1850. –François Palazy a Jean Claude Colin.

Samoa. Reverendísimo padre,

[1] Le envío una copia de los avisos que Su Excelencia el obispo de Enos da a sus misioneros y que me ordenó copiar cuando llegué a Futuna; se la envío pensando que podrá serle útil para formar el juicio de la Sociedad respecto a la "desavenencia" entre ella y Su Excelencia.

Avisos a los misioneros.

[2] 1º En nuestro comportamiento particular y entre nosotros, paciencia, caridad, ayuda mutua. Que el superior no haga notar su autoridad más que en caso de necesidad absoluta: "mantengan el misterio de la fe en una conciencia pura". No alejarse demasiado el uno del otro; si están obligados a vivir a cierta distancia, visitarse regularmente.

[3] Que los padres tengan caridad con los hermanos, no tratarlos con dureza: “ya no os llamo siervos, sino amigos”. Atenderlos, sugerirles pensamientos de fe y de buenas reglas de conducta; procurar inspirarles el espíritu de su vocación y provocar su interés por la obra de Dios en la misión.

Todos deberán escribir un diario, del que enviarán un extracto al vicario apostólico siempre que se presente la ocasión. Dicho diario podrá servir para redactar una carta con detalles edificantes, al menos una vez al año, que será enviada a Francia. Es bueno que cartas de ese tipo para los *Annales de la Propagation de la Foi* sean dirigidas al reverendo padre superior o alguno de los miembros de la Sociedad. El superior de la misión será también el superior religioso a no ser que esté declarado formalmente lo contrario.

[4] 2º Al formar los centros de misión procédase con prudencia, no buscar primero instalarse con todas las comodidades posibles, sino poco a poco y sin favorecer la susceptibilidad de los nativos. Primero hay que saber molestarse y sufrir por el bien de las almas. No obstante, se debe tender a establecerse de manera sólida y ganándose amigos. Las compras hechas a los nativos no parecen adecuadas para obtener ese objetivo pues no podrán ser continuadas siempre.

No obstante mejor comprar que carecer de lo necesario. Tender a bastarse a sí mismo en la alimentación y las necesidades diarias. Si catequistas o niños se juntan al hermano para trabajar , tratarlos bondadosamente y animarlos de vez en cuando con algún obsequio pequeño. En las misiones nuevas arreglarse para el domingo como si se hubiera llegado por el cabo de Nueva Esperanza.

[5] Para relacionarse con los nativos, procurar hacerse amigo de los jefes de buen modo y con libertad para anunciarles la palabra de Dios sin ofenderlos. Jamás usurpar sus derechos, aun cuando se hubiera ganado la confianza del pueblo, y respetar su autoridad.

Si son favorables, hacer que obren prudentemente para bien de la religión y obrar en todo de acuerdo con ellos. Si son enemigos, luchen con prudencia de modo que no tengan razones plausibles contra nosotros, y facilitarles siempre el camino para cambiar. No despachar al pueblo de manera ruda y altiva, saber hacerse temer y respetar sin herir su amor propio.

Evitar la familiaridad excesiva, que origina el desprecio, dejar entrada libre a los hombres, vedar la habitación a las mujeres; con ellas evitar cuanto pudiera dar lugar a cualquier sospecha. En la medida de lo posible ajustarse a los usos del país, no tratar de cambiarlos, ni criticarlos cuando no tienen nada de reprensible.

No intentar introducir mejoras prematuras en su manera de actuar. Tratar de conocer a fondo su lengua, sus costumbres, su política, las diferentes ramas familiares que los dividen, la influencia y los atributos de los diferentes jefes. Estudiar su carácter, interesarse por todo lo que pasa entre ellos. Guardarse bien de presentar aspecto de despreciarlos. No acostumbrar a los jefes a comer en la mesa de los misioneros en casa; liberarse hábil y decentemente de sus impertinencias.

[6] 4º Para la marcha de la misión, ganar la confianza del pueblo con el buen ejemplo y los servicios prestados. Ejercer la medicina prudente y caritativamente. Instruir según el modo del catecismo de Wallis; traducirlo lo más exactamente posible, igual que las oraciones y cantos; no apresurarse a bautizar, esperar a que los catecúmenos estén perfectamente instruidos y ejercitados en los deberes y prácticas de la religión, y también de la confesión.

Para eso se necesitan varios años. De entrada contentarse con pequeñas iglesias hasta que salga de los pueblos mejor dispuestos construir ellos unas más hermosas y que los jefes se presten gustosos a hacerlo. No hacer planos de iglesias que exijan mucho trabajo, sino sencillos, al estilo de Wallis. Evítese en el trabajo lo que pueda provocar murmullos y descontento del pueblo.

[7] Cuando se ha conquistado la confianza del pueblo, guardarse de medidas de rigor con los rebeldes o de usurpar la autoridad de los jefes. No imponer penitencias públicas sin autorización del vicario apostólico. Hacer que la juventud se case. Escoger algunos niños con buena disposición para entrar en el colegio. Instalar catecismos y escuelas. Regular el culto según lo señalado en el gran catecismo y el libro de oraciones. Informarse sobre los enfermos para bautizar a quienes estén en peligro de muerte, sobre todo niños. Para ello dar una vuelta de vez en cuando por la isla.

[8] 5º En la relación con los blancos, si hay ministros protestantes evitar con ellos toda relación que pueda dar lugar a suponer que tenemos la misma religión que ellos. No hablar contra ellos a los nativos de modo odioso o con ofensas personales. No usar la

recriminación si es que ellos obraran de ese modo con nosotros. Evitar recibir de ellos algún servicio.

Hacerse amigo de los otros blancos tratando de serles útiles en la medida de lo posible; tratarlos con amistad y darles buenos consejos. Así se los puede ganar para Dios e impedirles hacer mucho mal. No obstante, evitar seguir su línea contra los nativos y mezclarse en las querellas que puedan tener con ellos. Desconfiar de la relación y de las quejas de unos contra otros o contra los nativos y no darlas crédito fácilmente.

[9] 6º En la relación con Francia, evitar toda exageración en las cartas, sea buena o sea mala; contar sencillamente la verdad. Evitar lo que pueda afligir a nuestros superiores o darles una mala opinión de la misión. Si hay que quejarse, hacerlo primero al vicario apostólico y entenderse con él. El superior de la misión tendrá derecho a ver las cartas enviadas por los miembros de la Sociedad, excepto las dirigidas al reverendo padre superior o al provincial, o al vicario apostólico.

[10] Durante el catecumenado no hablar demasiado de la indisolubilidad del matrimonio y del misterio de la eucaristía. No gritar contra las danzas y contra otras costumbres de esa clase, sino dejar que vayan cayendo por si solas si es posible, dándoles a entender que después del bautismo ya no hay gusto por esas cosas.

Palazy, misionero.

El 11 de agosto de 1851, el archipiélago de las islas Samoa es separado del vicariato de Oceanía Central para confiárselo a Mons. Douarre, sin embargo éste prefiere volver a Nueva Caledonia. Samoa queda como vicariato distinto bajo la autoridad de Mons. Bataillon. Bataillon va a Samoa el 29 de noviembre, y el día 7 de enero de 1852 compra a William Pritchard un terreno en Apia.

1122 : Un hermano santo, el hermano Charise

15 febrero 1852, - Hermano Charise (Jean Pierre Gras) a Jean Claude Colin

Isla Upolu, archipiélago de los Navegantes. Reverendísimo padre.

[1] Me tomo la libertad de escribirle al comienzo de este nuevo año para decirle lo que también podría ser nuevo en mi conducta. Pero, hasta el presente no veo que haya cambiado nada. Mis disposiciones, resoluciones y ánimo son siempre los mismos. No creo haber retrocedido; y si he avanzado en algo puede deberse a la confianza en Dios y a su amor, y también al de nuestra buena madre.

He tomado la norma de ponerme en sus manos; desde la mañana es ella quien dispone de todas mis oraciones y de todas mis obras buenas del día. Ella sabe mejor que yo por quién debo rezar y todo lo que necesito.

[2] Las meditaciones son casi siempre sobre los mismos temas: rectitud y limpieza de intención, confianza en Dios, deberes de mi estado, por qué he dejado el mundo y he venido aquí, la abnegación de mi mismo.

[3] En cuanto a mi trabajo diario, me cuido de la cocina, cuido la casa, lavo la ropa y si es necesario la remiendo, y hago todo lo que se me manda. No tengo fortaleza para hacer trabajos duros; de pronto me falla el estómago y tengo que echarme en la cama. Desde que estoy en este país no tengo ni la mitad de fuerza de la que tenía en Francia. Estoy siempre sudando.

Pero en general me encuentro bastante bien. A la debilidad de estómago le atribuyo los sufrimientos que tuve que aguantar en África haciendo vivac con mal tiempo, y también los constantes vómitos durante la navegación; me hace sufrir mucho. Antes de venir a Oceanía ya sabía que sufriría mucho en el mar, pero pienso que Dios tendrá en cuenta mi sacrificio.

[4] En cuanto a mi carácter, me fijo un poco demasiado en lo que hacen los otros; pongo un poco de mala cara cuando se me contradice; hablo libremente y sin rodeos de lo que sea. Tengo un temperamento muy sanguíneo y a veces hablo y actúo algo bruscamente aunque normalmente sin rencor y sin maldad, pero a veces con algo de amor propio.

Tomo muchas veces la resolución de ver a Dios en todo y de vencer las impaciencias y murmuraciones que hay en mí; cuando los defectos de los otros se manifiestan y me afectan, soy muy sensible; a veces se refleja en mi rostro el mal humor, pero la buena cara de mis superiores lo elimina del todo.

[5] Al estar con monseñor, y como siempre hay algún padre con él, muy a menudo estoy solo; y eso es muy penoso en este país. Afortunadamente a mi me gustan la soledad, la oración y la lectura espiritual; todo lo demás tiene poca importancia. Estoy contento y me encuentro muy bien.

[6] La obediencia: la veo como un camino seguro que conduce directamente al cielo. Y así en la medida de mis posibilidades intento obedecer hasta en las cosas insignificantes, porque así estoy seguro de hacer la voluntad de Dios, que es lo que deseo. Reflexiono a menudo sobre mis disposiciones y me digo a mi mismo que me embarcaría gozoso en una pequeña piragua para surcar los mares si estuviese seguro que es usted quien lo manda.

Apoyándome en la confianza en Dios, nada me cuesta, pero cuento siempre con su gracia; Dios es mi fuerza y mi todo en todo. Al hacerme religioso me he entregado a Él sin reservas; pero mi naturaleza perversa se resiste a menudo a obedecer a mi espíritu; lo cual me hace carecer de juicio y de voluntad y otras miserias de ese orden. Bendito sea Dios; llegará un día en que todo eso desaparecerá.

[7] Pocos días antes de llegar a Upolu, hice la culpa ante el padre Dubreuil y dentro de unos días pienso hacer otra ante un padre o monseñor. El padre Dubreuil me dice que siga comportándome como hasta ahora. Bien entendido que mi situación es muy difícil muchas veces, porque muy a menudo monseñor me dice las cosas a medias y no sé cómo quiere que se hagan. Es cierto que ha estado enfermo mucho tiempo y eso hacía que fuera un poco difícil servirle; pero es un santo obispo.

[8] Me confieso regularmente cada ocho o quince días; y a mediodía hago el examen particular siempre que puedo.

[9] Reverendísimo padre, le he enviado siempre mis cartas con la intención de que, cuando las haya leído, las haga llegar a sus destinos si lo juzga conveniente. En el mes de junio del año pasado, al salir de Wallis, le escribí una carta algo semejante a ésta.

[10] He recibido el escapulario de la Inmaculada Concepción y el de la pasión de Nuestro Señor y no tengo paño suficiente para remplazarlos cuando se rompan los que llevo. Hace cuatro años que llevo el primero que me dieron de la Inmaculada Concepción.

[11] Al llegar aquí me alegró ver al buen hermano Jacques; ahora está en la isla Upolu y creo que estaremos pronto juntos en el mismo centro. Me ha encantado encontrar a un hermano tan bueno en una isla en la que quizás acabaré mis días.

[12] Antes de terminar mi carta me parece bueno decirle, reverendísimo padre, que tengo total indiferencia ante las cosas de la tierra; mi corazón desea otras cosas. El oro y la plata no me apetecen más que las piedras.

[13] Reverendísimo padre, en Jesús, María y José, se declara humilde y obediente servidor suyo, Hermano Charise.

1132 : Salvamento en Tokelau

23 marzo 1852. –Louis Padel a Jean Claude Colin

Mulinu'u, isla Upolu, archipiélago Samoa. Reverendísimo padre,

[1] Siento mucho no haber podido encontrar tiempo suficiente para darle detalles precisos sobre una expedición más o menos caballeresca que el señor obispo de Enos acaba de encargarme y que ha tenido éxito total. Los indígenas de las tres islas de Tokelau (Duque de York, Clarence y Bowdich) situadas más o menos a 9º de latitud sur y 180 de longitud oeste estaban medio diezmadas por una gran carestía y el pillaje de los más fuertes por todas las islas; en los últimos meses murieron más de trescientos, y como unos doscientos más se aventuraron a navegar con sus piraguas a través de las olas en búsqueda de un país mejor.

La población de esas tres islas, llamadas Tokelau por los indígenas, puede llegar al millar de personas. Compadecido de esos desventurados, monseñor fletó una barca inglesa para ir en su ayuda, y me encargó de la expedición, en la que me ayudaba un marinero francés, desertor de una ballenero, que lleva ya varios años viviendo entre esta gente.

[2] Salí de Samoa el 15 del pasado enero y el 18 estábamos en Wallis. Allí hicimos provisión de víveres, para lo cual monseñor había apelado a la generosidad de los habitantes de esta isla, que

respondieron rápidamente a su petición. El rey y los jefes habían impuesto una cantidad de ocho cocos por persona; dos días después embarcábamos dieciséis mil. El coco es, si no el único, sí el principal alimento de las gentes que vamos a buscar.

El 24 del mismo mes partíamos de Wallis; el 9 de febrero, tras una navegación malísima, nos encontrábamos cerca de la isla más oriental de las tres. Su nombre es *Fakaofo* pero en los mapas americanos se llama Bowdich; en los demás mapas no aparece. Allí encontramos reunidas a unas quinientas cincuenta personas. No ofrecían un buen espectáculo y al principio no se mostraban muy dispuestos a escucharme.

Por fin, tras emplear todos los medios de que disponía y utilizar aquellos de los que podía esperar algo, logré en menos de veinticuatro horas que embarcaran entre cuatrocientos noventa y quinientos individuos después de haber quemado sus templos y sus dioses; allí quedaron unos cincuenta de los más enfermos y con quienes habría que emplear la violencia para subirlos a bordo.

[3] Acabado ya el embarque, nos pusimos en ruta el 10 de febrero; encomendé a la Virgen que fuera ella quien condujera a Wallis rápidamente y con buena brisa el cargamento que acabábamos de coger para ella. El día 16 llegábamos a Wallis, tras breves días de una suave y feliz travesía, en la que sólo perdimos un niño pequeñito a quien, por desgracia, no pude dar el bautismo. Llegados a Wallis, mis gentes de Tokelau fueron muy bien recibidas; en seguida se les llevó con qué cubrirse; se los repartieron y varios escogieron preferentemente los más débiles y desventurados.

[4] El 15 de marzo ya estaba de vuelta en Upolu, donde encontré cambios bastante grandes. Monseñor salió de viaje, y con él el padre Mugniéry, dejando para mí una hoja de ruta para Falefa, en el este de la isla. Pedí permiso al reverendo padre Dubreuil, que, dándome plena libertad, creyó que podría concedérmelo dada la exigencia de las circunstancias. Tengo que marchar dentro de unos días.

[5] A pesar de las miserias, inseparables de nuestra situación, estoy contento; doy gracias a Dios por el regalo de mi vocación. Ruegue por mí para que sea fiel. Llevo siempre la Sociedad de María en lo hondo de mi corazón y cuando me veo tan poco digno, gimo. Reciba el afecto de su hijo

Tokelau jamás fue una misión marista.

Monseñor Bataillon mandó llevar a Samoa desde Sidney todas las piedras, ladrillos, maderas y hierro necesarios para la construcción de la catedral de Apia.

Se puso la primera piedra el día 8 de diciembre de 1852 y el obispo aseguró la dirección de la obra hasta la terminación del edificio, que fue consagrado el año 1854.

Melanesia

Los vicariatos de Micronesia y de Melanesia se crearon en 1844 y fueron confiados a un solo vicario apostólico, Jean Baptiste Epalle (1808-1845), que había estado de misionero en Nueva Zelanda desde 1839 hasta 1842.

Monseñor Epalle se concentró primero en el vicariato de Melanesia, formado por la gran isla de Nueva Guinea, y unas islas limítrofes y las islas Salomón

Los numerosos problemas que se encontraron en Melanesia impidieron la implantación en Micronesia.

Después de una estancia en Europa para rendir cuenta de la situación de la misión, Jean Baptiste Epalle es consagrado en Roma en julio de 1844.

Monseñor Epalle parte de Londres hacia Sidney el 2 de febrero de 1845 a bordo del *Bussorah Merchant*. Desde allí va en el *Marian Watson* a dejar en Balade el 17 de noviembre al hermano Bertrand (Claude Besselles). El 2 de diciembre hace escala en San Cristóbal, de las islas Salomón, acompañado por los padres Frémont, Montrouzier, Verguet, Chaurain, Thomassin y Jacquet y los hermanos Prosper (Rouesné) Hyacinthe (Châtelet), Charles (Aubert), Aristide (Brun) y Gennade (Rolland). Finalmente se traslada a la isla Isabel, donde será asesinado.

Isabel

448 : Desembarco en Isabel

31 diciembre 1845. – Montrouzier a su hermano Gabriel.

[2] El 24 de octubre salíamos de Nueva Caledonia, el 25 nos librábamos de un serio peligro de naufragio, y el 1 de diciembre llagábamos frente a San Cristóbal, primera isla del archipiélago Salomón, donde los tres echamos el ancla. El pueblo, la tierra, todo nos habría convenido, pero allí no había con qué ocupar a ocho misioneros. Con pesar tuvimos que abandonar ese país, en el que no percibimos nada de la ferocidad de que se acusa a los nativos de esas islas, y nos fuimos más lejos.

Monseñor deseaba establecerse en Isabel, centro del archipiélago. Llegamos allí el día 12 y de inmediato nos vimos rodeados de piraguas, cuyos remeros se empeñaban en que fuéramos con ellos: nos señalaban el punto hacia el que parecíamos ir y decían sin cesar *mate-mate*, que en todas las lenguas de Oceanía se emplea para indicar algo siniestro, peligroso.

Nosotros, pensando que quizás eran enemigos de la tribu que nos señalaban o que quisieran prevenirnos contra un clima malsano, no tuvimos en cuenta su advertencia. Echamos el ancla en frente a ese punto a unos dos leguas de distancia, cerca del abra del *Astrolabe*, en la bahía de las Mil Naves (*Mille Vaisseaux*).

469 : El martirio de monseñor Epalle

6 enero 1846.- Claude Jacquet al sacerdote Para, capellán del hospital de Montbrison.

Jesús, María y José, isla San Cristóbal, Port Sainte-Marie.

[1] Al decidir escribirle, no desde Sidney, sino cuando llegáramos al lugar de nuestra misión, no preveía que tendría que contarle un tristísimo acontecimiento. Es un acontecimiento que le moverá, estoy seguro, a rezar cada vez más por nuestra misión y especialmente por mí, para que rodeado continuamente de tantos peligros, tenga la alegría de alcanzar una buena muerte.

[2] Después de haber visitado San Cristóbal, nos dirigimos hacia Isabel, la isla principal y más central del archipiélago Salomón. En la punta meridional hay un magnífico puerto de unas dos leguas de anchura y seis o siete de profundidad, descubierto, o al menos descrito, por Dumont d'Urville, que mandó levantar un plano del mismo y le dio el nombre de Bahía de las Mil Naves. Al divisarnos, los nativos acudieron en masa a nuestro encuentro y nos escoltaron con sus bellas piraguas hasta el lugar donde echamos el ancla.

Los tres primeros días después de la llegada, monseñor, acompañado de tres de nosotros -los padres Chaurain y Frémont y el Hº Prosper Rouesné-, el señor Blémy, oficial del navío *Marian Watson*, y cuatro marineros, dio una vuelta por la bahía para buscar un lugar apropiado para un buen edificio, pero no encontraron nada que les satisficiera lo suficiente, porque faltarían habitaciones.

Durante todo ese tiempo, los nativos de la tribu Mangha, amigos de los protestantes y enemigos de los autóctonos, iban todos los días al barco a hacer intercambios y nosotros los atendíamos con mimo para hacerlos amigos nuestros; algunos se acostaron a bordo y parecían estar muy contentos de nuestra recepción. En las preguntas que les hicimos casi todos concordaron en señalarnos un punto al que llamaban *maté-maté*, y con los gestos manifestaban que quería decir, malo, malvado.

Y vimos que venía una barca de aquella parte. Le comunicamos a monseñor esas observaciones y nos respondió: es costumbre de los pueblos salvajes hablar así de quienes no son sus amigos. Pero como nosotros somos igual de amigos de unos que de otros, no hemos de hacer caso de esas enemistades.

[3] El cuarto día, Su Excelencia sale de mañana temprano diciéndonos: si hiciese caso al cuerpo, no saldría hoy, pero ya volveré pronto; y la barca marchó directamente hacia la tribu que habían indicado como malvada. La parte de la costa que había que visitar era ésa, la única habitada.

[4] ¡Qué extrañeza la nuestra cuando a eso de las once volvemos a verle! Pensamos o que monseñor se encontraba cansado o que había olvidado coger regalos para los jefes; pero, ¡Dios mío!, enseguida vimos cabezas vendadas y oímos decir: rápido, rápido, gasas para monseñor. Puede imaginar nuestra desolación y las prisas en hacer cuanto dependía de nosotros para volver a la vida a nuestro obispo. El médico del barco se apresura a curar heridas, pero al verlas, no puede dejar de decirnos que no había esperanza, que lo extraño es que no hubiera muerto en el instante. Tenía cinco heridas profundísimas en la parte posterior de la cabeza y otras dos menos considerables, una en el brazo derecho y otra en la cadera izquierda, más múltiples magulladuras por doquier.

[5] También venían heridos otros dos: al padre Frémont, nuestro provicario, le habían dado dos golpes en el cráneo con el rompecabezas y al oficial que mandaba el bote un hachazo en la cabeza. Pero sus heridas, aunque graves, no parecían mortales.

[6] Tras recuperarnos algo del espanto que nos produjo el suceso y cuando las heridas quedaron curadas, nos contaron lo ocurrido: al llegar el bote a la costa, los indígenas -entre cuarenta y sesenta- no mostraron prisas por acercarse. Se adelantó uno solo ofreciendo algunos frutos y mirando con aire desafiante. Se le ofreció un pedazo de hierro, que llevó de inmediato a un joven guerrero de unos 25 años, lo que nos hizo pensar que era el jefe.

A pesar de todo, monseñor y sus acompañantes bajaron a la playa. Les acompañaban el oficial y 3 marineros; el cuarto quedó cuidando la chalupa; contra lo acostumbrado, bajaron sin armas, avergonzados quizá de parecer menos valientes que el obispo y sus sacerdotes. Como Londo, el jefe de los indígenas, parecía no hacer caso alguno del pedazo de hierro que se le había dado como regalo, el oficial se acercó a él y le dio un hacha, que recibió también con indiferencia.

[7] Mientras monseñor, los padres que estaban con él y los marineros trataban de ganarse la benevolencia de ese pueblo al que veían con actitud amenazante y se acercaron prudentemente unos

pasos a la barca, se notó que todos los ojos de los salvajes estaban especialmente fijos en Su Excelencia, al que tomaron sin dudarlo como el jefe, y un joven, viendo su anillo, quiso hacerse con él por dos miserables frutos.

De repente, alguien que está detrás de monseñor levanta un hacha y le rompe la cabeza; en ese instante suenan unos aullidos horrorosos y todos los rompecabezas empiezan a golpear a la vez. Monseñor se cubre la cabeza con las manos y dando un grito de dolor cae al recibir el segundo golpe.

[8] El ataque es ya general; el padre Frémont, abatido dos veces por los rompecabezas, logra levantarse y arrastrarse hasta la barca; el oficial recibe un hachazo con la misma hacha que él había regalado y consigue llegar a la barca. El padre Chaurain, merced a su sangre fría y a su maestría para esquivar los golpes, se va solamente con algunas contusiones leves; Prosper Rouesné, nuestro carpintero, se salva a nado; los marineros son los primeros en llegar, y sin heridas, al bote, que estaba invadido por unos quince indígenas que querían hundirlo, pero el fuerte disparo de un fusil les hizo huir a todos.

[9] Llegado a la barca, el reverendo padre Chaurain mira hacia la playa y ve a monseñor arrastrado por la arena por los salvajes, que se ensañan con él golpeándolo y despojándole de sus vestidos. Decidido a morir con él antes que a dejar a su obispo en manos de esos caníbales, a pesar de los gritos de los marineros que quieren retenerle, se lanza al agua; un segundo disparo de fusil acaba por hacer huir a los que continuaban ensañándose contra su víctima; finalmente llega donde monseñor, a quien encuentra bañado en sangre, con el cuerpo totalmente magullado, los hábitos deshechos y ensangrentados; trata de levantarle, le llama, pero no recibe respuesta alguna, ningún gesto, nada.

Se siente casi desfallecer y pide ayuda, pero los marineros, llenos de espanto, sólo piensan en cargar sus armas; entonces el padre Frémont y Prosper Rouesné cogen los remos, llegan a la costa y ayudan al reverendo padre Chaurain a llevar el cuerpo de nuestro obispo. Al ver que se escapaba su víctima, los indígenas lanzaron un grito espantoso. Esa triste escena duró cinco minutos como máximo.

[10] En la barca, monseñor fue colocado sobre las rodillas de sus sacerdotes, y en ese estado deplorable le recibimos nosotros. A pesar de la declaración del doctor Guise, médico del *Marian*

Watson, esperábamos que el Señor, que conoce nuestra situación, escucharía nuestras oraciones y bendeciría nuestros cuidados devolviéndonos a nuestro padre, cuya conservación era tan necesaria para el éxito de nuestra misión, pero ¡ay!, el Señor no nos ha juzgado dignos de ser escuchados; nuestro obispo dio el último suspiro en nuestros brazos el 19 de diciembre, tras cuatro días de fiebre tremenda y constante, y sin dar señales de conocer.

Nos queda el consuelo de haber podido darle los auxilios de la religión compatibles con su estado, y también el consuelo de esperar que la sangre del primer obispo y del primer mártir de estas islas sea una fuente de gracias para obtener la conversión de las numerosas gentes que las habitan. ¡Pero qué golpe tan terrible para una misión que comienza! […]

[11] Golpeados tan sensiblemente, no nos ha parecido prudente ni separarnos ni quedar en Isabel, y hemos vuelto a San Cristóbal, donde esperamos correr menos peligros.

[12] No le doy más detalles sobre nuestro viaje porque ya se los dí al señor cura en la carta que le escribí; pero antes de terminar, le pido con todas mis fuerzas la ayuda de sus oraciones y sacrificios para obtener las bendiciones del cielo sobre nuestros primeros trabajos, y le ruego que presente mi petición de oración a sus religiosas, a los señores Baron, Paret, Tardy, Pagnon, Vinson, Surieu y Parisot, etc., al reverendo padre Alphonse y a las religiosas de Santa Clara.

Su respetuoso y agradecido, Jacquet, misionero apostólico.

San Cristóbal

518 : “Arossi” y los arosianos.

24 junio y 24 julio 1846. – Léopold Verguet a su padre.

Arossi o San Cristóbal, Querido padre,

[1] Hoy es el día de su santo. Si estuviera ahí cerca le demostraría mi afecto con algún gesto que me inspirase el cariño que le tengo. Aunque estoy muy lejos de usted, no lo he olvidado; he ofrecido el santo sacrificio de la misa por usted y estoy empleando el resto del día en escribirle amplios detalles sobre las gentes con que me encuentro. El amor que me tiene aumentará su interés.

[2] Me es imposible decirle qué idea tienen los habitantes de San Cristóbal sobre el origen de su isla. No conozco suficientemente su lengua. Todo lo que he podido saber es el nombre indígena de la isla, descubierta por el español Mendaña en 1567 y a la que dio el nombre de San Cristóbal por no conocer el de *Arossi* que le dan los indígenas.

La poca información que dejaron escrita los viajeros sobre esta isla y que el Sr. Rienzi recoge en el tercer volumen de la obra titulada “*l’Univers*” continúa pareciéndome cada vez más exacta. Lo lamentable es que sea tan reducida. Monsieur d’Urville nos dice que es una isla grande, montañosa, poblada a lo largo de sus setenta y dos millas -treinta y cuatro leguas- del nordeste al sudeste y dieciocho millas -cuatro o seis leguas- de anchura. La costa oriental es poco conocida, de 10º4’ a 10º53’ latitud sur y 159º2’ a 163º longitud este. Port Sainte Marie, donde se encuentra la residencia de los misioneros, está situada a 10º28’ latitud este y 149º longitud.

Los indígenas

[3] Son de talla mediana y de miembros bien proporcionados. Difieren de los europeos por el color -su piel es de un moreno muy pronunciado- y por algunos rasgos de su fisionomía: frente un poco estrecha y como aplastada, nariz ancha, algo achatada y estrechada a la altura de los ojos. Si es cierto que algunos tienen las mandíbulas muy desarrolladas, en general son de volumen mediano Su figura no tiene nada de repelente.

Hay quienes a primera vista inspiran una confianza y una cercanía no fáciles de explicar. Sus ojos son negros y dulces. Su lengua melosa, muy a menudo astuciosa, te sopla al oído la palabra amigo o buen amigo -*malaou kou-,* hermanito -*tarakou*-, unas palabras tan aptas para adentrarse en el corazón. Hay quienes sólo emplean ese lenguaje para engañar, pero los hay que hablan sinceramente y que te demuestran su amistad llevándote ñames, cocos, plátanos y otros frutos del país y son muy sensibles ante la amistad. Si les rechazas el obsequio, ese desdén puede hacerles llorar. Si para corresponder les ofreces tela o hierro sólo lo aceptan si les llamas hermano o amigo.

[4] Los niños saben unir su vivacidad a la típica indolencia de la gente de los trópicos. Los ves en la piragua, y doblan sus cuerpecitos, mueven tranquilamente los remos y parecen dormir arañando la superficie del agua. Los ves jugando, y se persiguen por el mar, por la playa, en los matorrales, por los árboles. Todo son saltos y gritos durante horas enteras. Con tales ejercicios corporales los niños van desarrollando sus miembros, y llegan a una juventud rebosante de fuerza y de salud.

Más de una vez me he sorprendido como en contemplación delante de los cuerpos de esos jóvenes. Podrían servir de excelentes modelos para un pintor, tanto si están corriendo, como remando, o llevando fardos a cuestas, o sentados mascando tranquilamente una especie de pimiento. Cuando se les ha mandado cortar hojas de palma, algunas veces los he visto en el aire sin más punto de apoyo que la punta de una rama. El apoyo de un solo pie les bastaba para mantener el equilibrio mientras alargaban los brazos para agarrar con fuerza e ir cortando en otras ramas más elevadas. Tienen unos pies muy anchos, con unos dedos que, lejos de estar paralizados por los zapatos como los nuestros, se menean libre y sin problemas. Los tienen de tal manera endurecidos, que pueden andar por encima de las espinas y del coral sin herirse. Cuando

trepan sobre las empinadas montañas de esta isla, cualquier piedra, por muy pequeña que sea, cualquier raíz, les sirve de apoyo. Atraviesan los precipicios andando sobre el tronco que los cruza. Sus pies se agarran a cualquier objeto que pisen.

[5] Cuando me acompañan en las salidas, se extrañan de que esté siempre mirando donde piso; ellos jamás se preocupan por eso; con la lanza en la mano van mirando más bien la maleza por si el enemigo les tiende una trampa. Y yo, a pesar de las precauciones, acabo por resbalar y caer; ellos me ayudan y se ríen, me miran los zapatos y me dicen que no sirven para caminar, que si los hago *tabu* marcharé enseguida como ellos.

Cuando miran mis pies descalzos, con los dedos como pegados unos con otros, bromean, acercan sus pies a los míos, separan lo dedos de sus pies, los mueven en todas las direcciones y me retan a que lo haga yo también, seguros de su triunfo. En Francia yo me reía de los pies de los chinos; es justo que los salvajes, y con mayor razón, lo hagan también con los míos.

[6] No hay que pensar que los nativos de estas islas abandonen a la naturaleza el cuidado de sus cuerpos. Les gusta el ornato, al elegir los adornos demuestran tener buen gusto. Se cortan el pelo de diversas maneras. Los niños llevan toda la cabeza rapada menos un mechón de pelo en la parte alta del cráneo; los jóvenes agrandan sus cabezas cortándose algunos pelos y dejando que crezcan los demás, que mantienen en alto con un peine de bambú adornado con plumas rojas. Normalmente, al arreglárselo dejan por detrás de la cabeza una parte limpia que deja ver el cráneo.

Por motivo de limpieza y además para que el sol les incomode menos, se embadurnan el pelo con cal, que se lo quema y les da un color extremadamente rojizo. Parecen muy apegados a ese embadurnamiento; lo emplean sobre todo cuando van a visitar alguna tribu lejana. Desean presentarse con toda su belleza y no olvidan empolvarse los cabellos, al igual que el hombre elegante tampoco olvida en casos semejantes arreglar su barba y perfumar su cabeza.

He podido ver cómo, para no estropear el peinado, prefieren aguantar las incomodidades que ocasionan los insectos que abundan por allí; se tocan con la mano el pelo y la retiran enseguida como si les quemara la cal. Si la picazón continúa, cogen un pequeño palito de cocotero y lo introducen con precaución en su espesa cabellera para ahuyentar al malvado huésped. Cuando no tie-

nen la cabeza engalanada con cal, van juntos de caza y se invitan mutuamente a compartir lo que han cazado. Hay quienes se cortan el cabello formando dos medialunas unidas por dentro por una línea recta; otros dejan que les crezca la cabellera y realzan en ella la negrura mediante el contraste llamativo de algunos *puri* que fijan en ella. Llaman *puri* a una concha del tamaño de un huevo y de color blanco como la porcelana.

[7] Para cortar la cabellera utilizan un trozo de piedra ardiente o un trozo de cristal. Casi todos los arosianos llevan la cara tatuada. Su tatuaje difiere del de los neocelandeses en que pintan líneas quebradas en vez de curvas y en que todos se tatúan del mismo modo. Toman como modelo la escultura de unas toscas estatuas de la casa del jefe. Ese modelo consiste en una serie de zigzags, separados por líneas rectas, que van paralelamente desde la nariz hasta las orejas cubriendo toda la cara. En medio de la frente trazan un dibujo con cierta semejanza a la cruz de Malta.

Sólo se tatúan la cara. Raramente se ve gente con tatuajes en la espina dorsal; algunos llevan un pez pintado en el pecho. Ya le enseñaré un loro que pinté yo; hubo uno que me pidió que se lo tatuara en la espalda.

[8] Los trazos de esos rostros negros y tatuados quedan resaltados con cantidad de adornos de los que voy a hablar. Es raro que luzcan todos, pero jamás dejarán de llevar unos cuantos. El más hermoso, para mi gusto, es una corona de *puri* desiguales que van bajando desde la frente a las orejas. La nariz lleva adornos de varias clases; uno que atraviesa el tabique nasal y se alarga horizontalmente por cada lado de la cara, y a veces desciende en redondo hasta los labios; otros horadan la nariz o por los lados o por arriba. El caballete que clavan en ese orificio se eleva imitando el cuerno del rinoceronte; en cambio los otros, al descender, se cruzan por delante de la boca.

Son muy pocos los que llevan la nariz horadada de ese modo. Los pendientes de la oreja se distinguen por lo grandes que son. A veces es un disco de nácar de dos pulgadas de diámetro, colgando de la oreja, que se estira con elasticidad para sostenerlo. Del centro del disco parten dos rayos representando al sol, que terminan en unos agujeritos representando las estrellas. De la parte baja del disco salen unos cordones de perlas, a cuyas extremidades van atados dientes de escualo o de pez que llegan hasta la espalda. El adorno de la oreja es el más hermoso; le sigue una especie de ci-

lindro de madera blanca, pintado de negro en la superficie curva y de color muy blanco en las dos bases; es tan ancho como el anterior: tres pulgadas de longitud. Me parece más propio de mujeres.

Hay además multitud de adornos distintos: cañas de las que parten collares de perlas mezcladas con dientes humanos o de peces; cajitas de bambú con anzuelos de nácar o de carey dentro; conchas blancas clavadas sin más en el lóbulo de la oreja; un fruto de color rojo naranja parecido a la vaina de judía replegada sobre si misma en forma de trompeta; hierbas aromáticas… en una palabra, todo lo que les guste hacer pasar por la abertura de sus orejas. Agujerean las orejas por dos lugares diferentes: por el lóbulo y por el costado; así les es más fácil embellecerlas. A veces abusan tanto de su elasticidad que terminan partiéndose por querer agrandar su abertura.

[9] En la boca no tienen adornos externos. Les gusta muy especialmente llevar los dientes negros y lo consiguen fácilmente mascando "*bétel*"[7]. Su uso diario hace que el labio inferior quede teñido de un rojo de sangre. Se nota que los dientes aumentan de volumen, añaden cal a la composición del *bétel*; así aumentados, comprimen el labio superior y aparecen por fuera en la cara para que se pueda admirar su bella negrura. Una belleza que me parece repelente.

[10] Para embellecer el cuello utilizan collares de diferentes tipos; el más hermoso y más utilizado está hecho de dientes de perro, mezclados a veces con dientes humanos, fácilmente reconocibles por su color negro. Los únicos dientes de perro utilizados son los caninos. Los agujerean por la raíz y los ponen en fila.

Es fácil imaginar el efecto que produce ese adorno: destaca su brillantez en la piel negra de los indígenas, rompe claramente la línea de unión del cuello con la espalda y a los jóvenes guerreros así adornados les da un aire audaz y marcial. Hay otro collar menos brillante, hecho con anillos de conchas blancas que rodean el cuello. Es algo más afeminado que el anterior.

Y por fin el collar más ordinario, formado por perlas de diferentes colores, el blanco, el rojo y el negro. Son los únicos colores que conocen. También se ven algunos collares de dientes humanos, y los incisivos son los únicos que aparecen en esos collares.

[7] Mezcla de sustancias, cuya base son las hojas de pimiento, usadas en las zonas tropicales para mascar

Los agujerean por la raíz y los enfilan a distancias reguladas, separadas por algunas perlas.

[11] El pecho lo adornan con cordones de perlas, lanzados descuidadamente sobre los hombros en forma cintas. Le sigue un hermoso cinturón de perlas, trenzado de tal modo que reproduzca un dibujo simétrico. La figura más común es la del rombo con hilos blancos y negros alrededor. Los rombos aparecen todo a lo largo del cinturón. El cinturón lo atan por delante a la altura de la parte fina del talle. Hace resaltar ventajosamente su forma, de ordinario muy fofa. Hay gente que, por no tener suficientes perlas para trenzar un hermoso cinturón, se contenta con distribuirlas por colores y sostenerlas mediante pequeñas tiras del caparazón de tortuga.

[12] El brazo luce tres adornos: dos brazaletes y un *ato*. El primer brazalete va al comienzo del brazo en la parte cercana al hombro; es de perlas trenzadas en forma de rombo. El segundo va colocado alrededor de la muñeca. Tiene la misma forma que el primero, con rombos de arriba abajo y separados por hilos de color, pero es mucho más ancho.

El *ato* es un valiosísimo adorno que no cambian ni por el hierro. Se trata de un gran anillo blanco como de alabastro, de tres o cuatro pulgadas de diámetro, de media pulgada de espesor y con una pequeña estría por toda la parte exterior. Lo colocan por encima del codo y van creciendo sin quitárselo; después sólo lo podrán sacar rompiéndolo. Deben necesitar mucho tiempo para trabajar una concha de ese tamaño y obtener un adorno semejante.

[13] El modo de trabajar es muy prolongado y exige mucha paciencia. Por ejemplo, para hacer un *ato* escogen una concha de tamaño conveniente y la trabajan frotándola contra una piedra durante meses enteros. Consiguen así un disco que han de perforar y pulir. Le horadan con una piedra ardiente, agrandan el agujero y después lo ensanchan raspándolo con palos de coral que les sirven de lima. Y trabajan el exterior del mismo modo. Poco a poco le dan las dimensiones deseadas y, después de meses de paciencia, pueden adornar sus brazos con ese adorno resplandeciente.

[14] El método que siguen para hacer las perlas o sus monedas no es menos minucioso. Frotan contra una piedra la concha que les sirve para sacarlas, y con el frotamiento la dividen en peque-

ños discos, en los que hacen pequeños agujeros apoyándolos en una plancha. En el centro del disco aplican una pequeña varilla rematada con un trozo puntiagudo de piedra ardiente. Con sus manos hacen girar rápidamente la varilla hasta que logran horadar la concha. Ya sólo les queda pulir la perla e introducirla en la cordezuela del collar. Esas perlas son moneda corriente entre ellos; las miden con medidas del brazo. Las medidas adoptadas para el cambio son el codo, la media braza y la braza.

[15] Al principio, cuando queríamos tratar con los indígenas para obtener permiso para establecernos en su tierra, un nativo, que hablaba algo de inglés y a quien habíamos tomado como intérprete, nos decía con total seguridad: aunque los dueños del terreno donde quieren establecerse ustedes no estuvieran aquí, eso no debe impedirles construir cuanto antes la casa; vayan donde quieran; cuando vengan los dueños, yo me encargo de pagar por ustedes, soy rico.

Le preguntamos en qué consistía su riqueza, y nos enseñó un codo de perlas bastante toscas. ¿Y eso cuánto vale ? le preguntamos riendo. En Sidney valdría una libra, es decir, veinticinco francos, nos dijo con una sangre fría imperturbable, y añadió sin desconcertarse por nuestra risa: tengo una cantidad grande, toda ella a servicio de ustedes.

[16] Esas son las perlas que entran en la composición de su brazalete. También se adornar con ellas la parte inferior de las piernas por encima del tobillo. En las rodillas se atan ordinariamente un *puri* del grosor de un huevo. Además de todos esos adornos, tienen otros muchos, que no son inferiores en belleza a los primeros, como la hoja nueva de helecho, que recogen por la mañana y con la que se adornan la cabeza fijándosela en la cabellera, o la flor más deslumbrante -de color blanco o púrpura- que se colocan elegantemente en la frente, o las hierbas aromáticas que pegan en los brazaletes.

[17] De su vestimenta no he dicho nada. Y es que no la tienen, a no ser que se quiera llamar vestido a la hoja flexible y estrecha con la que los hombres tapan parte de su desnudez, y a las tiritas de corteza que se colocan las mujeres alrededor de su cuerpo y a la altura de la cintura. En Nueva Caledonia yo quedaba escandalizado al ver a las mujeres tan poco cubiertas; sin embargo, comparadas con las de aquí iban modestísimas. No creo que pueda exis-

tir una impudicia mayor que la de este país. Las jóvenes parecen ir desnudas del todo.

Sólo las mujeres casadas llevan ese pequeño delantal del que he hablado antes. En Isabel, las mujeres se cubren con una tela azul que va de la cintura a las rodillas. Las mujeres de San Cristóbal usan un ornato que las distingue de los hombres: una serie de anillos muy blancos que cubren el brazo desde el codo hasta el hombro. Se cortan el pelo como los hombres y se horadan las orejas y la nariz, encima de la cual introducen una pluma de paloma o de papagayo. ¡La moda es un prejuicio singular!

[18] Las casas de aquí no son sino chozas pequeñas, con tejado de hojas, apoyado en algunos postes y con laterales hechos con estacas apiñadas o con ramas de palmeras superpuestas. Le daré algunos detalles. Antes de hacer su casa, el arosiano comienza por apropiarse el solar. Elige cuatro vigas de la dimensión que quiere dar a su cabaña y las pone en rectángulo sobre el terreno. Ése es su primer plano. Después clava un poste en cada uno de los ángulos y coloca sobre ellos otras dos vigas para sostener el techo.

Una viga larga, apoyada en dos postes clavados en tierra un poco dentro del rectángulo del plano, remata el techo. En ese armazón amarran bastones finos, limpios de corteza, que descienden sobre los postes de los lados, a los que son atados fuertemente. La carpintería del techo ya está presta, ahora sólo falta cubrirla. Cogen hojas de palmera para levantar la moldura, las pliegan alrededor de un carrizo, al que las cosen con un junco, de tal modo que cada hoja cubra la mitad de la anterior. Cuando tienen un número suficiente de carrizos así preparados, los fijan de abajo arriba y a través en los bastones del armazón del techo, bien juntos unos con otros. Esa especie de tejas (llamémoslo así) apenas pesa y es a la vez sólida e impermeable El tejado de nuestra casa está hecho del mismo modo. En la cubierta multiplican los carrizos para formar como una corona que le da más elegancia y solidez. Las ramas de palmera utilizadas para coger las hojas no se pierden; las emplean para formar las costados y la delantera de la casa.

Las casas tienen dos aberturas. Como el techo llega casi hasta el suelo, preparan las ventanas en los costados estrechos de la choza, una ventanas que sirven a la vez de puertas y chimenea. En una esquina de la choza hay un pequeño agujero a ras de tierra para que pueda pasar el perro. El interior de la choza es tan sencillo como el exterior: unas piedras negras indican el lar, unas esteras de hojas de cocotero echadas en tierra sirven de silla y de cama.

Un pequeño entarimado, incompleto, sirve para poner los alimentos. Las armas y lo instrumentos adornan las paredes.

[20] Las ocupaciones serias de los indígenas son el cultivo de la tierra y la pesca. No se complican la vida con grandes propiedades: unos cocoteros, un pedazo de tierra para sembrar ñames y plantar bananos y cañas de azúcar. Ésa es toda su ambición. Y no tienen dificultad en compartir lo que recogen de los árboles frutales, que el Señor plantó amorosamente con profusión por los bosques: todos los años recogen sin dificultad algunas nueces, almendras, productos del árbol del pan, el del areca, del *atoa*, semejante a la manzana, y muchos más que no conocemos. Árboles muy respetados; en las guerras que tienen entre ellos nunca los cortan movidos por el espíritu de enemistad. El nogal o *nari*, que abunda en todos los bosques, es un árbol gigantesco con un tronco de 3 o 4 pies de diámetro y unos 50 metros de altura. El tronco, muy recto y sin ramas hasta los 20 o 30 metros de altura, es ideal para hacer mástiles de navíos y excelente para fabricar muebles. Las tablas de nuestra casa son casi todas de esa madera.

[21] Y hablándole de árboles, me olvidé de las plantaciones. Permítame que vuelva a ello. Cuando los indígenas preparan el terreno para la plantación, comienzan por arrancar las hierbas, cortar la maleza y los árboles inútiles y prenderlo fuego.

Después remueven la tierra con un palo y colocan encima los ñames, las ananás, los boniatos, los taros… y sólo vuelven al campo para recogerlos. Ponen vallas para que los cerdos no destrocen el huerto; los hombres no tienen barreras, pueden entrar libremente a todos los sitios.

Sin embargo, raramente se oye hablar de robos. Si un ladrón es sorprendido sabe muy bien que recibirá una lanzada. La plantación del cocotero exige algo más de cuidado. Cuando los cocos están maduros los colocan en tierra por centenares unos junto a otros, con tiempo para que germinen y den algunas hojas. Entonces los cogen, los cascan cuidadosamente para no dañar las raíces ni el tallo, extraen el interior del coco, que es muy bueno para comer, y plantan el resto en la tierra.

[22] Cuando no quieren que se toquen los cocoteros, rodean sus troncos con una hoja, o bien clavan palos a cierta distancia unos de otros y se entretienen en colocar un ramo de hojas en cada uno de ellos. Esa precaución es necesaria para dejar que maduren los cocos y reservarlos para sacar las semillas y hacer paté. Los días

que hacen los patés de coco son días de fiesta para ellos. Toda la tribu participa del festín, y además suelen invitar a los de fuera. Cuando los cocos están bien maduros, los rallan en una concha colocada en un caballete.

La ralladura resultante se pone en una gran fuente de madera. Es una operación que pide varios días de trabajo. Cuando se tiene una abundante ralladura, la lavan, y exprimen el agua estrujándola en la especie de tejidos que encuentran entre las hojas del cocotero. Ya está preparado el coco para terminar el paté. Muelen una cantidad grande de nuez de *nari*, cosa que hacen triturándolo con ramas de palmera en dos cilindros vacíos. Cuando el *nari* está molido ofrece una pasta blanca recubierta de un aceite muy claro; echan la pasta en la ralladura del coco y se obtiene la mezcla removiéndolo continuamente; el paté queda a punto enseguida.

Suelen añadir ñames, taro y ananás. Los que tienen derecho a fabricar esos patés son los hombres; a las mujeres les queda prohibido. Sacan la pasta del cilindro, la ponen en grandes bandejas, fabricadas de una sola pieza de madera, cuidadosamente vaciadas y pintadas de negro. Las colocan en línea en una gran cabaña y las adornan con hojas y flores. Después acude la tribu a obsequiarse en común. Los comensales se llevan lo que sobra.

En la casa guardan la porción de las mujeres, que tienen prohibido bajo pena de muerte entrar en la gran cabaña. Esas fiestas públicas no impiden que cada cual pueda hacer su *taouma* por separado, tanto que en la época de la maduración de los cocos no se ven hombres por ninguna parte: están ocupados en la cocina.

[29] La relación de los arosianos con sus vecinos no siempre es pacífica. Se suele oír hablar de asesinatos y a veces de banquetes de carne humana. No suele haber guerras formales con combates generales entre tribus, sino más bien peleas entre individuos. Si alguno tiene un miembro de su familia matado por un individuo de la tribu enemiga, se va con dos o tres amigos a esconderse en la maleza de los límites de la tribu donde mora su enemigo. Cuando ven un hombre de esa tribu, sea quien sea, le disparan sus dardos.

Comienza un combate, pues los sorprendidos huyen llevándose los heridos. Quien tiene la desgracia de quedar en el campo de batalla es rematado por los vencedores, que se lo llevan a su tribu para comerlo. Cuelgan el cadáver en una viga de la cabaña, lo destripan y descuartizan sus miembros. Ponen a asar esas carnes repelentes en piedras puestas al fuego, y se las comen no sólo sin sentir repugnancia sino con deleite. Después cuentan entre risas

cómo sorprendieron a su víctima y el placer que han sentido devorando sus carnes.

Uno siente horror al oírles hablar, pero ellos encuentran tan natural el canibalismo que se ríen de nuestro asombro. Para ustedes esto no vale nada, pero para nosotros es excelente. Es más bien raro que puedan satisfacer su apetito de carne humana; lo más frecuente es que los heridos mueran en su tribu, donde se los entierra. Después recogen sus huesos y los depositan en el suelo en un cuadradito de tierra limitado por gruesas piedras. Como ya le he dicho, guardan los huesos del enemigo para adornar la cabaña.

El palacio de nuestro jefe está adornado con 14 cráneos. Seguro que usted se imaginará un hombre sanguinario y cruel como un tigre, al que uno no se puede acercar sin miedo a la muerte. Pues no, *Mahemara*, aunque no instruido, es un hombre de una sensatez exquisita. Desde el comienzo comprendió que nosotros no hemos ido para hacer mal a sus gentes. Tanto él como su familia se desvelan por nosotros. Es tal su complacencia que ha venido a hacernos plantaciones de taro y de plátanos. Siempre nos acoge afablemente cuando vamos a su casa y jamás nos deja marchar sin un obsequio. Así es como nuestros vecinos unen al canibalismo una dulce conducta que jamás habíamos esperado encontrar. […]

[36] Un fuerte abrazo, y también para mi madre, mi hermana, mi cuñado y los demás parientes, de su querido hijo Léopold Verguet, misionero apostólico.

644 : Hecatombe

19 julio 1847. –Xavier Montrouzier a su hermano Henri.

Todo por María, querido hermano Henri,

[1] Tu carta me ha alegrado muchísimo. […]

[13] Seguiré ahora con una serie de pruebas que tengo necesidad de comunicarte. Un mes después de establecerme en Pia, el padre Crey cogió una enfermedad que se lo llevó en poco tiempo. El jueves, el padre Jacquet y yo fuimos al nuevo establecimiento a llevar algunas legumbres de nuestra huerta; parecía estar cansado, pero no pensamos que hubiera ni sombra de peligro. Manifestó el deseo de volver a Makira. Para no cansarle tratamos de coger la

ruta del mar, pero a un cuarto de hora de distancia de la costa, nos vimos asaltados por una tempestad que nos obligó a regresar y que nos caló hasta los huesos. Eso le puso más enfermo.

El lunes, el padre Frémont nos escribió para pedirnos que fuéramos a las honras fúnebres de nuestro querido hermano. Salimos a toda prisa agobiados por aquel tremendo golpe tan imprevisible. Los de Pia no quisieron aceptar que se inhumara allí al padre Crey; y la razón que daban era que, al no haber matado a nadie durante su existencia, su *ataro* -su espíritu- mataría, sin duda alguna, a mucha gente después de muerto.

Llevamos su cuerpo a Makira y por la noche hicimos las exequias con las oraciones de la Iglesia. Días después plantamos en su tumba una cruz y unas flores que protegimos con una barrera.

El padre Crey sólo llevaba un mes de misión. Era aún muy joven y prometía tener por delante una larga carrera. Pero Dios no le exigió más que deseos. No quiso que nos ayudara a llevar el peso del apostolado. ¡Bendita sea siempre su bondad!

Te aseguro que para un misionero rodeado de tantas necesidades y en islas que por falta de apóstoles languidecen en la infidelidad y el vicio, es un golpe muy fuerte ver desaparecer tan rápidamente unos obreros -tan escasos ya-. Recemos, hermano, para que se multipliquen las vocaciones para las misiones extranjeras.

Con las guerras que asolan nuestras numerosas islas, me atrevo a decir que todas las horas del día cae algún alma en el infierno; y la religión haría desaparecer rápidamente las guerras. Pero se necesitan ministros que prediquen el evangelio… El P. Thomassin fue a remplazar al padre Crey en Pia.

[14] La fiebre me ha hecho pasar mi noviciado misionero. Poco aclimatado aún, la cogía cada ocho días, me apretaba tres días y el tiempo restante estaba tan débil que me resultaba imposible hacer salidas largas. Además no sabía decir casi nada en su lengua; por otra parte, la incertidumbre de si monseñor Collomb quedaría o no en San Cristóbal y la recomendación que nos hizo de dejar espacio para nuevos trabajos nos impedía emprender algo consistente.

Nos limitábamos a algunas catequesis y a arreglar las diversas cosas de la misión, los ornamentos, la ropa, los objetos a los que afecta la humedad. Había que sacarlos a orear y era una ocasión

para que los ladrones ejercieran su arte. Tuvimos que hacer guardia, y como eso no bastaba, prohibimos a "Toros"(1) y montañeses acercarse demasiado. Los Toros son los más salvajes de la isla; atrincherados en sus bosques donde sabían bien que los barcos no les podrían hacer nada, fueron siempre los más atrevidos para el robo y teníamos motivo para defendernos de ellos. Nuestra defensa les irritó y decidieron nada menos que matarnos cuando se presentara la ocasión. No tardó en presentarse.

[15] Los salvajes nos hablaban a menudo de un punto, llamado Uango, al otro lado de la isla, donde hay cuanto deseamos para un establecimiento. Pensamos que sería bueno visitarlo para que cuando llegara Mons. Collomb pudiéramos hablarle de ello. Había que pasar por la tierra de los toros, pero no nos arredraba pues desconocíamos su proyecto y en múltiples ocasiones habíamos sido amenazados para meternos miedo, pero sin ir más allá.

El 20 de abril, muy de mañana, se pusieron en camino los padres Paget y Jacquet con el hermano Hyacinthe. Horas más tarde nos llegaba la noticia de su muerte. Habían sido asesinados por los toros, que les habían rodeado sin dar señales de malas intenciones, y de repente los atacaron con hachazos y golpes de lanza.

[16] Un misionero se acostumbra a todo; aunque profundamente dolorido, no me desconcerté con ese golpe y, sin turbarme fui rápido a tapar algunas aberturas que había en la casa y cerré todo para, en caso de ataque, que yo creía sería inminente, resistir lo mejor posible. Después escribí al padre Frémont que llegó esa misma noche. Apenas había llegado la noticia del triste suceso, cuando las gentes de Ioné acudieron en masa; pero su presencia no me infundía confianza. No sabía si podía contar con ellos y en realidad, antes de que llegaran nuestros compañeros de Pia podían robar fácilmente la casa y deshacerse de nosotros. Tengo que decir que posiblemente nunca recé a la Virgen tantos "Acordaos".

[17] No tardé en saber los detalles del accidente. El padre Paget había sido golpeado en el pecho con una lanza, el padre Jacquet recibió un hachazo en el cuello, el hermano Hyacinthe primero fue herido con la lanza y después acabaron con él cortándole la cabeza

---

(1) Tribu muy belicosa y canibal. (N del T)

Después despedazaron sus cuerpos y fueron a asarlos para comérselos. Yo no podía ir a buscarlos porque habría tenido una muerte segura; lo único que podía hacer para tenerlos era pedir a los nativos que lo hicieran ellos.

Les prometí muchas cosas de hierro, pero no logré que se decidieran. Harían gustosos la expedición pero exigían que les acompañara yo con un fusil. Así que, aunque me costó, tuve que renunciar a la satisfacción de hacer las honras fúnebres a unos cuerpos santos, que podrían ser venerados un día, y contentarme con la esperanza de encontrarlos un día glorioso en el cielo.

[18] Durante algunos días no nos atrevimos a salir; pensábamos que detrás de cualquier árbol habría un enemigo escondido y, cosa curiosa, durante ese mismo tiempo también los toros creían que nos verían llegar con fusiles para matarlos a todos. Habría sido estupendo que esa desconfianza hubiera continuado en ambas partes. Pero no fue así.

Al ver que no ocurría nada, nosotros fuimos más valientes para salir y los toros se hicieron más atrevidos para atacar. Un día, a pocos pasos de la casa, lanzaron dos flechas contra nuestro querido hermano jardinero que, gracias a Dios, pudo evitarlas. Eso nos devolvió los sentimientos de miedo durante algún tiempo. Hicimos cortar todas las hierbas de alrededor de la casa desde una distancia algo superior al alcance de una flecha, y durante quince días quedamos tranquilos.

[19] Pero entonces comenzaron de nuevo las hostilidades. Una tarde, unos salvajes prendieron fuego en nuestro tejado cuando íbamos a empezar la lectura espiritual. Los perros se pusieron a ladrar y nos advirtieron del peligro. Los toros no estaban escondidos en los alrededores para golpearnos cuando saliéramos a apagar el fuego. Era de temer, pero nosotros nos arriesgamos a correr ese peligro y tuvimos la suerte de apagar el fuego sin recibir ningún golpe. Parece ser que los gallardos atrevidos habían calculado las cosas de otro modo: se habían escondido cerca del mar, creyendo que nosotros iríamos allí a buscar el agua, sin sospechar que la tuviéramos en casa y pensando que, como ellos, sólo guardábamos un poco para beber.

[20] Aún no había llegado nuestra hora, y Dios hizo fracasar sus criminales propósitos. Esta vez nos creían perdidos, y cuál fue su sorpresa al vernos dueños del fuego en poco minutos. Una nueva intervención de la providencia, que vela por sus misioneros y

que tiene que hacernos comprender que no hay nada que temer de la malicia de los hombres teniendo a Dios a nuestro lado: si un ejército acampa contra mí, mi corazón no tiembla. “Y aunque la guerra comience, yo mantengo la confianza”-

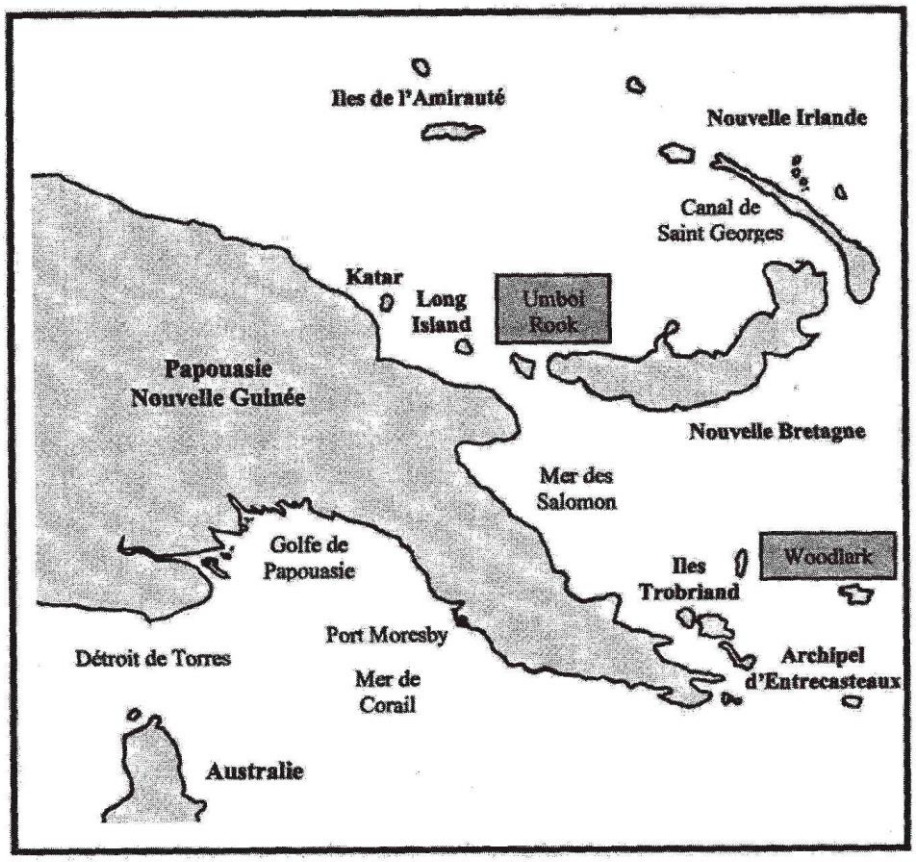
Después de ese suceso, nos quedamos en casa, llamando con fuerza al navío que ha de traer a monseñor Collomb, pero velando durante las noches y descansando durante el día. Puede ser que me preguntes por qué velamos si en caso de ataque no tenemos con qué defendernos. Pues mira, es que nuestros salvajes no atacan abiertamente. Son valientes sorprendiendo, pero si se ven descubiertos, se lanzan a una huida rápida. Así que si vinieran a hacernos una visita, bastaría con hacer un poco de ruido o disparar al aire un tiro de fusil para ponerlos en fuga. Por lo menos ésa es nuestra convicción.

[28] Un cariñoso abrazo en los santos corazones de Jesús y María de tu querido hermano,

Xavier Montrouzier, misionero apostólico.

Iles de Rook et Woodlark

(carte réalisée par les auteurs)



Repliegue hacia Woodlark

929 : Descripción de Woodlark

8 septiembre 1850.- Xavier Montrouzier a su hermano Henri

Woodlark, estación Notre Dame des Sept Douleurs, querido hermano.

[1] Te mereces una larga carta como recompensa por las numerosas e interesantes noticias que me has dado. Voy a satisfacer esa deuda, muy ligera para mi corazón, dándote amplios detalles sobre mis queridos salvajes.

[2] Woodlark, donde me ha colocado la divina providencia, es una isla descubierta en 1833 y situada a 9º7'49'' latitud sur y 151º longitud oeste. Presenta un bello aspecto, tal vez clasificada entre las tierras bajas, y que sólo tiene algunos picos altos. La vegetación me recuerda la de Nueva Caledonia: hermosas riberas, preciosos manglares y hierba espesa. Hasta ahora sólo conozco un buen puerto, en el que estamos establecidos nosotros. El puerto al que van a veces los balleneros, un poco al sudeste, apenas si merece el nombre de ancladero, pero creo que en el suroeste se puede encontrar uno más grande y seguro. Varios ríos riegan el país. Están infestados de cocodrilos.

[3] El terreno de Woodlark es en general arcilloso. Por todas partes hay coral, lo que indicaría que la isla estuvo sumergida tiempos atrás. Por aquí y por allá se ven algunos pantanos y también buenas tierras en las que los taros se dan de maravilla.

[4] Esta isla está rodeada de otras más pequeñas. En el este están las Nada o Laughland. En este grupo, compuesto por siete islotes habitados y nuestra isla, hay dos islas a las que los indígenas

llaman Viné y Nubara, ambas deshabitadas. En el noroeste se encuentran las islas Masim (para las que no encuentro sinónimo en lengua francesa) que me dan la impresión de ser pequeñas y poco fértiles pues no pueden alimentar a sus habitantes, que no cesan de importunar a la gente de Moiu en sus interesadas visitas.

Se dice que comunican con las tierras grandes, que podrían ser Trobriand o también la Louisiade. Respecto a esta isla, en realidad un grupo de islas a pesar de lo que diga el Sr. Dumont d'Urville, parece haber un canal que la separa de Nueva Guinea y que debe ser bastante grande pues allí van los balleneros a perseguir a las ballenas. He visto a un marinero inglés que me aseguraba haber pasado por allí.

[5] La población de Woodlark es reducida. Creo que llega a los dos mil. Está repartida por diversos puntos, siendo los más importantes Guasup al sudeste, Kadeo a este y Uaman al noroeste. Al oeste de Guasup se encuentran Olavat, Surok, Topo y Kobun. Esas son más o menos las grandes divisiones de la isla; todas ellas con numerosos pueblos. Así pues, la población está muy diseminada, lo que aumenta la dificultad del ministerio.

[6] Si quieres tener una idea de nuestros salvajes imagínate unos hombres de talla mediana, muy morenos o más bien amarillo-negruzcos, muchos de ellos con una piel que, debido a una enfermedad de la que te hablaré después, se deshace en pequeñas escamas blancas, y algunos otros que, en señal de duelo, se tiznan tanto que se parecen del todo a los negros de Mozambique.

La cabellera, tan pronto crespa como lisa, cortada a veces a la europea y otras desgreñada, formando en la cabeza una selva impenetrable en la que es difícil batir a los parásitos feroces, está siempre provista de un peine de madera o de carey. Rasgos regulares, dientes ennegrecidos por masticar ciertas hierbas, a pesar de ser amargas, con intención de alcanzar ese tipo de belleza; paladar, lengua y labios de un rojo vivo después de utilizar el betel; nariz y orejas agujereadas: la primera para poner en ella una especie de alfiler que divide horizontalmente la cara y que algunas veces tiene hasta ocho pulgadas de larga, las segundas para colgar en ellas adornos de conchas.

En la cara suelen trazar líneas con resina aromática, ennegrecidas con hollín. Casi siempre llevan un collar, por el que se conoce la condición de cada uno. Los *tokai* de clase baja -en Francia se diría la canalla- como único aderezo no tienen más que un sencillo

butobot o rosario de pepitas; los *guian* o jefes llevan un collar de perlas del que cuelgan un *dog* o diente de babirusa; por fin, los ricos burgueses se adornan con el *denakom*, un collar de dos dedos cayendo sobre el pecho, elaborado con perlas y que termina con una concha tallada en forma de perro.

El brazo luce tres especies de brazaletes: el *siari*, hecho de tiritas de hoja hábilmente tejidas, que rodea y aprieta el húmero hasta hacerle sangrar, lo que según dicen ellos los hace más vigorosos; el *muari*, por encima del codo, y hecho con una concha de enorme cono; y finalmente el *tuetu* en la muñeca. Es bastante común ver a los elegantes adornando sus muari con una hoja de pandáneo que dejan flotar a merced del viento.

[7] Terminemos el aseo de nuestros salvajes. Van cubiertos bastante decentemente con un taparrabos y llevan los lomos ceñidos con numerosas vueltas de una especie de cinta adornada con perlas. Llevan las rodillas y los tobillos ceñidos con hojas largas y estrechas, y para completar el aderezo no les puede faltar el indispensable *kuam* o capazo, donde llevan una calabaza llena de cal, un bastoncillo para cogerla, nueces de arec, frutas y hojas de pimienta. Todo eso para los hombres. Cosa extraña: la vanidad parece dominar menos en las mujeres. Se contentan con un cinturón bien decente y llevan muy pocos adornos.

[8] Aquí no se festeja el nacimiento de los niños como en otros países. Los padres sólo celebran el nacimiento del primogénito. Entonces hacen un *dak*, es decir, una comida a la que son invitados los parientes y los del mismo *kum.* Ya te diré más tarde qué es kum. De los otros niños no parecen ocuparse; vimos un ejemplo de lo que puede hacer un salvaje degradado por el pecado, cuando la religión no le ha liberado de la barbarie a la que le arrojan las malas pasiones.

Una mujer joven dio a luz dos hermanos gemelos. El pobre padre, enojado por ese aumento de familia, ordenó que dejaran morir de hambre a las dos pobres criaturas. La orden fue ejecutada. Nos ocultaron el nacimiento de los niños; nos hablaron de esa barbaridad cuando ya habían sido enterrados.

Recriminamos severamente su conducta a ese padre desnaturalizado y entonces pudimos constatar la verdad de que la ignorancia es la causa principal de muchos males. Cuando le hicimos ver la enormidad del crimen y le hicimos comprender que era culpable de un infanticidio como si hubiera teñido sus manos con la sangre

de esos dos niños, y sobre todo cuando le dijimos que por su pecado quedaba privado totalmente del cielo, se conmovió y nos pareció arrepentido.

[9] Poco después de nacer, el padre impone al niño el nombre que ha de llevar durante toda la vida. Pero no es arbitrariamente escogido; puede estar inspirado por un acontecimiento actual, la circunstancia del momento: hay un niño que se llama *gegi* -loro- porque en el momento de nacer una bandada de loros voló sobre su cabaña. Lo más común es que un pariente, un amigo, al morir encargue a uno de los suyos que den su nombre a su primogénito para perpetuar así su memoria. En ocasiones se cambia de nombre con un amigo en recuerdo de un hecho memorable.

[10] Las madres amamantan largo tiempo a sus hijos. He visto niños de unos tres años, que hablaban bastante bien y continuaban mamando. En cuanto a lo demás, éstos son los cuidados que les dan. Para guardarlos, se los confían al primero que viene, y no deja de admirarme cómo, estando tan mal atendidos y tan torpemente manejados, se vean en ellos tan pocas torpezas. El niño empieza a andar y se va con los demás niños algo mayores que él, y con ellos va aprendiendo a coger lagartos con lanzas pequeñitas, a nadar con la ayuda de alguna madera ligera, a juguetear por la costa.

[11] Hasta los cuatro o cinco años, los niños van del todo desnudos, lo que contribuye y no poco a la desmoralización. Respecto a la proporción entre el número de niños y niñas, observamos que el de las niñas es un 25% o un 26% superior.

[12] No es preciso decir que los adolescentes carecen de educación. Hacen lo que quieren y ven y oyen cosas que en modo alguno pueden ayudarlos a formarse en la virtud.

[13] La juventud inicia pronto el noviazgo; se establece entonces una relación de amistad entre los padres de los futuros esposos. Se visitan a menudo y se hacen regalos hasta cuando se casan.

[14] Las chozas de los nativos no tienen nada de elegantes. Tienen forma de triángulo isósceles y sus cubiertas son de vulgares hojas de palmera. No todas son de la misma altura ni están destinadas a los mismos usos. La forma y el destino de las mismas es lo que marca su nombre. *Buav* es la choza ordinaria, *kaum* la de

los jefes, normalmente más alta que las demás; la *adamuan* está elevada unos tres o cuatro pies por encima del suelo y se sube a ella por una escalera. La *buratum* es para los cerdos o para guardar las barcas. Por fin, la *buem* es el granero en el que se guardan las provisiones; está a unos doce pies por encima del suelo porque aquí abundan las ratas.

El interior de las chozas de nuestros salvajes, aunque pobre, está mejor que el exterior. Tienen allí las camas, cosa que aún no había visto ni en Nueva Caledonia ni en islas Salomón, donde los nativos duermen en el suelo sin preocuparse por las enfermedades que pudieran contraer a causa de la humedad. Las tienen amuebladas con esteras y bastantes tienen posacabezas de madera. En la entrada de la casa hay una especie de enrejado en el que se encuentra la batería de la cocina, formada por ollas de barro, una especie de espátula de madera, algunos platos, una especie de batidora para hacer ciertas golosinas y cascos de coco que hacen de botella.

[15] La alimentación de nuestros indígenas es bastante abundante y variada. Tiene como base el taro, un auténtico recurso para estas islas; su tubérculo, muy nutritivo, llega a ser del tamaño de un melón pequeño. La isla tiene también ñames, cocos, más de quince variedades de bananas, boniatos, peces de gran calidad, escaros, mújoles, angelotes, lenguados, barracudas, tortugas, cerdos, cuscús. En las marismas hay abundancia de palmas que proporciona el sagú[8]. Y en el bosque hay varias plantas comestibles.

[16] Los hombres se cuidan de la pesca, las plantaciones y las barcas, las mujeres de la cocina, de buscar almejas en mareas bajas, de ir al bosque a coger algunas plantas comestibles. Hay distinciones ya establecidas entre ellas y sus maridos. El espíritu de familia esta muy marcado entre los nativos.

[17] Los jefes de Woodlark se llaman *guian*, todos los demás *tokai.* ¿Cuáles son los privilegios de los jefes?. Hacen poca cosa. Reciben honores, visitas, pueden tener varias mujeres, y fuera de eso no ejercen derecho alguno sobre sus gentes. El pobre *guian* de nuestro pueblo, que es el de toda la isla, vino más de una vez a mí para pedir que los niños le hicieran algún servicio.

Los padres no ejercen una autoridad real sobre sus hijos. Si cometen alguna falta y el padre les regaña, se marchan de casa y no vuelven hasta varios meses más tarde. Quiero resaltar que, al

[8] Fruto del árbol del pan

igual que el interés, también las pasiones ciegan a los hombres. En la catequesis he insistido varias veces en las obligaciones de los hijos para con los padres.

Esa moral les parecía bien a los hombres, me aprobaban y me decían: esta vez has hablado bien, la religión de Jehová es buena. Pero, pasando al sexto mandamiento, se tapaban los oídos y me decían sin rodeos que deliraba. "No nos profetice cosas estrictas; díganos cosas agradables".

[18] Volvamos a lo de las costumbres. No sé quién es el necio que escribió que el hombre no está hecho para la sociedad mejor que las bestias. Si ese tipo viniese a Woodlark, nuestros salvajes le darían una lección. Vería ferias en las que unos aportan taros, otros ñames, pescado, sagú, todo igual que en Europa.

Vería *pak* -fiestas- en las que se reúnen, para las que se arreglan y en las que reina una inmensa alegría. Y en la visitas que se hacen diariamente los habitantes de diferentes pueblos, vería la necesidad que sienten de verse, de hablar, de comunicarse entre sí.

[19] Las plantaciones de Moiu son bastante grandes y en general están bien cuidadas. He aquí cómo las trabajan. Cortan los matorrales y la maleza del lugar escogido; cuando ya está todo seco, lo queman; así abonan aquí la tierra. Después dividen la plantación en hileras marcadas con palos.

Cada cual se ocupa de su hilera. Todo queda rodeado de un vallado para impedir que los cerdos salvajes lo destrocen y seguidamente se plantan los tallos de taro a una separación de unos dos o tres pies. A los diez meses el taro ya está maduro. Según se van comiendo los tubérculos arrancados, se van plantando los tallos para que siempre haya varias plantaciones de taros madurando.

El mejor terreno para el taro son los humedales. En la tierra seca, el taro es menos grueso y peor. El ñame tiene otro ritmo; se corta en septiembre y octubre para meterlo en tierra, como se hace en Francia con las patatas, y se recoge en los meses de mayo y junio.

Los plátanos se dan muy bien y podrían ser una gran recurso para la isla si los nativos los cuidaran. Su cultivo es facilísimo: se planta uno pequeñito y al cabo de algunos meses -según sea su calidad- ya tiene algún racimo. Cuando está maduro, se corta el tronco en el que se encuentra, pero a pie del mismo se ve cómo brotan retoños, que tan sólo se han de trasplantar. Pero eso no es

lo que hacen ellos; les decimos que traten de hacer grandes plantaciones de plátanos, pero no quieren salir de su rutina.

[20] Los salvajes de Woodlark pueden figurar entre los pueblos navegantes. Sus piraguas son pesadas, toscas, mal hechas, es cierto. Su modo de calafatear es defectuoso, o más bien, carecen de buenos productos para hacerlo… pero aún con todo tienen cuanto se necesita para navegar: remos, velas, flotadores o balancines.

Están a menudo navegando y no sólo a lo largo de la costa, sino yendo hasta Nada y Massim, un atrevimiento pagado caro a veces. Los nativos hablan de algunos compatriotas suyos que zozobraron en esos viajes, y hay varios indígenas que me han contado cómo se perdieron en una de esas expediciones y fueron a abordar en unas islas desconocidas por ellos. Se trata de un relato suficientemente interesante como para detenerse en él brevemente.

[21] Estaban volviendo de las islas Nada cuando, arrastrados por las corrientes y empujados por los vientos, perdieron la ruta y se vieron sin posibilidad de llegar a Moiu. Se dejaron llevar por la tempestad y al cabo de varios días llegaron a ver por fin un isla, totalmente desconocida para ellos. El miedo a caer en manos de un pueblo salvaje que los matara, quizás para disfrutar de su carne, les causaba alguna impresión, pero a pesar de todo prefirieron exponerse a ese peligro antes que morir de hambre, de cuyos ataques ya estaban resentidos. Y desembarcaron.

Los acogieron de manera distinta a como ellos temían: fueron recibidos con gran bondad. Quedaron allí diez lunas; una vez reparada su embarcación, que había sufrido mucho en el mar, manifestaron el deseo de volver a su tierra natal. Sus anfitriones no se opusieron a su marcha, pero los habían tratado generosamente y quisieron mantener esa línea hasta el final.

Se decidió acompañarlos hasta su casa. Marcharon con ellos cinco nativos. ¿Cómo encontraron Moiu? Continúo preguntándomelo, pero al fin llegaron tras una travesía de varios días. Grande fue el asombro de las gentes de Woodlark al ver la piragua. Movidos por el espíritu de desconfianza que caracteriza a los salvajes, empezaron por huir. Pero cuando la barca se acercó y vieron a sus compatriotas, volvieron a toda prisa y el miedo se transformó en alegría.

La madre de uno de ellos, convencida desde hacía tiempo de que su hijo no vivía, llevaba los distintivos de duelo. Se los quitó de inmediato para ir junto a su querido hijo llorando emocionada.

Los indígenas que me lo contaron decían que fue algo verdaderamente conmovedor.

Vieron retratado lo sucedido en la historia de Jacob al encontrar a su hijo José. Guardan un vivo recuerdo de los habitantes de Kinkina, que así se llama la isla en la que abordaron nuestros viajeros. Según los informes que me dieron me inclino a creer que se trata de Nueva Bretaña. Cuentan de ellos cosas maravillosas. Si se cree lo que dicen, su jefe Mari era un verdadero gigante, un hércules. Llevaba la cabeza a los hombres más hermosos del país y podía cargar con dos hombres sin que eso le impidiera correr. Sus armas eran la lanza y las flechas. Con las flechas abatía a los rabihorcados que siempre vuelan muy alto. Fumaba tabaco y las plantas provenientes de la semilla que suelta.

Lo más triste de toda esta historia es que los nativos de Kinkina dejaron a los de Moiu el *sipom* o lepra escamosa que cubre todo su cuerpo; les produce unos picores insoportables, sobre todo cuando se bañan en agua salada, y -lo que no les fastidia menos- los desfigura algo así como la viruela a los europeos.

[22] Una de las ocupaciones principales de Moiu es la pesca, y con razón. Les proporciona excelentes pescados. La caña sólo la utilizan para pescar un pez pequeño, que ellos llaman *moas* y los naturalistas picón, y el tiburón. Generalmente pescan con la red.

Las tienen de diversas formas y tamaños. La *uot* y la *oran* sólo se distinguen por las proporciones. Las colocan en semicírculo; una mitad le llevan medio sumergida en el agua, arrastrada por unas varitas y la otra mitad la hunden con una piedrecitas para coger el pez. La *uot* es para los peces pequeños, la *oran* para las tortugas.

También tienen la *tek* y la *dar*, semejantes a las llamadas en Francia "esparabel" o "copos", me parece recordar, para pescar peces pequeños que ellos llaman *tarim, samam*, etc. ¡Es admirable!. Con esta pesca Dios nos manifiesta a todos que cuanto hay en el mundo lo ha hecho para el hombre. ¿Cuál creerías tú que sirve mejor para obtener unos buenos redadas de peces? Pues otros peces grandes, como el atún, que persiguen a los peces pequeños y los obligan a ir junto a la costa, donde se pescan a millares. ¡Oh, Dios mío, todo para el hombre y el hombre para Vos!

Importante señalar que entre los peces que los nativos no comen jamás para no envenenarse hay varios que se comen en las islas vecinas. Prueba evidente de que la diversidad de parajes y de alimentos contribuye a hacer venenosas especies buenas por lo

demás, y que no hay que exponerse a comer un pescado por la simple razón de que sus congéneres no ofrecen peligro en Europa. Siempre es bueno tener la precaución de constatar el género de alimento con una moneda de plata puesta en el plato cuando se está preparando: si es venenoso no tarda en ennegrecerla. […]

[24] En la muerte de los nativos hay algunas ceremonias singulares. Se le llora, se le envuelve en unas telas, y después las mujeres se encargan de inhumarlo. Sigue una comida, *sagai*, en la que -en medio de la abundancia- olvidan rápidamente las lágrimas que acabaron de derramar. Si se trata de un jefe, las cosas no acaban así: al cabo de unos días hay que exhumar el cuerpo, limpiar los huesos de los restos de carne y guardarlos cuidadosamente. Las mujeres se encargan también de esta tarea. Son los padres quienes guardan luto: se tiznan con carbón. Las viudas se encierran en casa durante algún tiempo, sin salir más que en caso de necesidad; los parientes más próximos del difunto se abstienen durante un tiempo de comer los alimentos que suponen le hicieron mal. Al final del tiempo fijado para el duelo, se hace una comida y termina todo.

[25] Poco puedo decir de la lengua de nuestros salvajes; no la conozco suficientemente. Me contentaré con señalar que parece fácil, de construcción bastante sencilla, pero que lo que nos dificulta comprender bien a los nativos es el empleo de una palabra propia para cada objeto. No saben generalizar. Si hablan de un ñame, de un taro, de un pez, tienen que decir la especie, la variedad… y eso aumenta enormemente el diccionario.

Una cosa extraordinaria: tras consultar a los indígenas, he visto que aquí, como en Europa, la lengua cambia. Hay palabras que envejecen y se forman otras nuevas. También existe el lenguaje de los puristas, de los jóvenes, de los ancianos. Son las mismas palabras pero pronunciadas de modo distinto.

[26] En los nativos no se ven cicatrices de heridas, tan frecuentes en la mayoría de los oceanianos. Apenas tienen guerras, y cuando luchan lo hacen cuerpo a cuerpo; uno de los combatientes ha de perecer. Pero, con todo, son gente sometida a muchas enfermedades. Las úlceras en las piernas son frecuentes y les hacen tales destrozos que no es raro verles los huesos pelados. Hasta he llegado a ver a uno con caries en hueso, que se caía a trozos.

Las fiebres intermitentes les atacan sobre todo en épocas de grandes calores. Los accesos son regulares, pero la mayor parte no

hace nada para prevenirlo. Aunque algunos usan la cocción de un pimiento silvestre, y dicen que se encuentran bien.

Muchos se ven aquejados de un cáncer que comienza en el interior de la nariz, se adentra en el paladar y acaba por atacar a la garganta. Entonces la muerte no tarda en llegar. Creo que esta enfermedad, que se ha llevado ya a varios indígenas desde que estamos aquí, está ocasionada por el uso casi exclusivo del taro, cuya acidez sólo desaparece si está muy cocido, y ellos suelen comerlo medio cocido.

He visto también varios casos de epilepsia y de alienación mental o de delirios momentáneos, que se da con los calores fuertes. Hay además forúnculos, muy comunes aquí y que deben estar unidos al clima puesto que nos atacan a menudo a nosotros; se ven también reumatismos, catarros, pleuresías. Se suele decir entre los salvajes que las mujeres apenas se resienten de las incomodidades del embarazo. Es cierto que están poco habituadas al alivio y que no lo reclaman tanto como en Europa, pero experimentan los efectos del anatema "*mucho te haré sufrir en tu preñez, parirás hijos con dolor*", y desde que estoy aquí he oído hablar varias veces de mujeres que han fallecido al dar a luz.

[27] ¿Qué hacen los médicos del país para remediar esas enfermedades? Sangran al enfermo, le purgan con agua de mar, emplean algunos sencillos remedios, cuya eficacia no he podido verificar. El resto lo hacen los rezadores. Yo he hecho ya muchas curas, he sanado una úlcera declarada incurable por los doctores indígenas, he adelantado la supuración de algún furúnculo con *opodeldoch*[9], he dado sueño reparador con unas gotas de láudano.

Pero soy extranjero, predico la moral y eso basta para no tener la confianza. Además, mira cómo actúan nuestros salvajes: cuando les cura uno de sus doctores, le dan lanzas, esteras, alimentos; pero cuando los trato yo, todo es diferente. "Yo me he dejado curar, me dicen, ¿qué me vas a dar?" He ahí las necias palabras inspiradas por la codicia y el orgullo. No llevamos sangre de Moiu, y eso es suficiente para que se nos tenga que explotar.

[28] Unas palabras sobre algunas costumbres de Moiu y algo sobre la moral de nuestro pueblo, sin orden alguno. No tengo tiempo para redactar mis recuerdos.

[9] Medicamento inglés a base de jabón aromático

[29] El suicidio no es muy raro en estas tierras. El motivo ordinario de ese acto de desesperación es la mala conducta. El infanticidio tampoco es raro. La poligamia simultánea sólo les está permitida a los jefes; la poligamia sucesiva es común. Cuando se pasa delante de un jefe hay que inclinarse. No se debe nombrar a los muertos, lanzar fuego al mar, comer de pie sagú o pescado.

La población está dividida en familias o castas, que tienen como distintivo el nombre, un pez, una paloma. El distintivo se llama *kum*. Hay el *kum* de los Maras, el *kum* de los Tarkubor, etc., etc. Quien transmite el *kum* es la madre, los hijos de una mujer *Maras* son *Maras*, y así sucesivamente. Las gentes del mismo *kum* se tratan como parientes.

[30] Los indígenas son dulces, trabajadores, inteligentes. Ese es su lado bueno. Pero también tienen vicios. No hablamos de moral. Se enorgullecen de no hacer nada, no hay ninguna isla tan grande como la suya, lo que no es de Moiu no vale nada. ¿Tiene usted cocos en Francia? me preguntan. No ¿Y taros? No ¿Y ñames? No. ¿Entonces qué tienen? Bueyes, corderos, pan, vino, multitud de legumbres, frutas. Todo eso no les convence. Hay veces que es más ridículo:¿quién guarda Francia ahora que están ustedes aquí? me dicen con risa burlona.

[31] En cuanto a la religión, todavía no hacemos casi nada. Los sacerdotes del país, que son grandes trapaceros y tienen sumo interés en mantener a sus compatriotas en la superstición, son el mayor obstáculo para el éxito de las catequesis. Hay uno, aquél a quien curé la úlcera, que conoce muy bien nuestra santa religión. Es muy capaz e inteligente, pero no hace nada. Se gana la vida con sus malabarismos. Si alguna vez se conociera el engaño de sus hechizos, tendría que trabajar como los demás.

Pero lo más doloroso es que esos rezadores no te hacen ninguna objeción: Admiten todo lo que les decimos, se extasían ante nuestra sabiduría, nuestras cualidades, la belleza de nuestra religión… Pero en cuanto nos volvemos de espaldas, no somos más que unos ignorantes, unos necios y nuestra doctrina una sarta de mentiras. Uno de ellos, en un discurso pronunciado a favor nuestro, llegó a decir que, aún con todo, pensaba que teníamos alma. La mayor de las concesiones que nos han hecho.

[32] ¡Qué campo tan bueno -dirás- para ganar méritos! Si, pero la naturaleza no está aún muerta. Pide a Dios que la destruya del todo en nosotros y seremos ciertamente santos.

[33] Aunque la religión no penetre aún y sólo pongamos esperanza en la generación futura, hay algo que te consolará: nuestra pequeña Sociedad se establece en nuestras islas. El espíritu de María se comunica a estas casas nacientes. La regla se observa casi como en Lyon. El tiempo no dedicado al santo ministerio (y por desgracia no podemos dedicarle demasiado por miedo a disgustar a nuestros salvajes) es dedicado a los ejercicios de piedad, al estudio. Tenemos conferencias espirituales y teológicas. Sí, amigo mío, "¡qué alegría encontrarse entre hermanos!" ¡Qué feliz se es en la religión! ¡Qué regalo tan precioso nos ha hecho Dios!

¿Qué es de nuestros condiscípulos del colegio? Y los que han perseverado tienen la misma facilidad que nosotros de santificarse, sin hacer nada de extraordinario, siguiendo el ritmo de la comunidad.

[34] En tus dos cartas me pedías objetos de historia natural y curiosidades de nuestras islas. Primero te diré que hace sólo unos días que recibí esas cartas, y en segundo lugar que sabes bien que un religioso no debe dar nada sin permiso. He escrito al reverendo padre superior para pedirlo, y como no dudo de que me lo concederá, voy a preparar en las horas de recreo un paquetito con conchas e insectos; cuando llegue la respuesta sólo tendré que poner la dirección. En el tema de piel de animales y pájaros soy muy torpe, pero trataré de satisfacerte.

[35] Compadécete de mi, querido Henri. Después de la muerte de monseñor Collomb, es decir, desde hace más de dos años, estoy encargado de la misión y mis espaldas se doblan con el peso. Posiblemente no imaginas las dificultades de una misión naciente. Además de conocer a los nativos y su lengua, hay que conocer muchas cosas más para no establecer nada contrario a las normas canónicas. Nosotros no tenemos las libertades de la iglesia anglicana, ni costumbres inmemoriales, ni privilegios. Nosotros somos romanos y no otra cosa. Y me verás hojear a menudo a Benedicto XIV, los decretos de la sagrada Congregación de Ritos y a los autores del derecho canónico.

[36] Cuando te llegue esta carta, seguramente ya serás sacerdote, "tú eres sacerdote eterno según el rito de Melquisedec". Henri, beso tus manos, consagradas para tener el cuerpo del cordero sin mancha; instruido por la experiencia de siete años, sólo te digo esto: un sacerdote que sube al altar todos los días haría bien examinando si permitiría la comunión diaria a almas tan llenas de im-

perfecciones, de apegos y de pequeñas pasiones como la suya. Esta reflexión me ha hecho adentrarme en mi mismo a menudo.

Me dices, Henri, que has tomado la firme decisión de dejarte guiar por los superiores. Te deseo una cosa: que te mantengas fiel en ello. Estoy convencido de que a menudo se tiene la ilusión de no hacer la voluntad del superior porque éste sólo ordena lo que quiere. Funesta obediencia. Creer estar en el camino y estar muy apartado de él. No insisto más en ello.

[37] Aún tenía muchas cosas que decirte, pero me espera un montón de asuntos que no puedo omitir, y el barco sale pasado mañana. Tengo que trabajar oyendo el alboroto de los nativos junto a mi ventana y no tengo tiempo para releer la carta. Perdona la falta de orden, las faltas de francés y de ortografía y los garabatos.

[38] Adiós, Henri, reza por mí como yo lo hago por ti. Siempre que subo al altar te encomiendo a ti y la Sociedad a Dios. Además, en las principales fiestas de tu orden ofrezco la misa por ti. Pide a nuestra Madre la conversión de nuestros salvajes. Lo demás ni importa. Pídele que me dé su espíritu y me haga santo.

[39] Un fuerte abrazo; todos los días te encomiendo a los sagrados corazones de Jesús y María. Tu hermano,
Xavier Montrouzier.

695 : Fundación en Woodlark

25 abril y 12 agosto 1848. – Xavier Montrouzier a sus padres

Todo por María. Queridos padres,

[1] Aunque les haya escrito ya varias y largas cartas, aún no saben cómo se fundan nuestras misiones. Es algo muy interesante que voy a tratar de comunicarles, siguiendo sencillamente los datos de mi diario.

[2] Cuando, al salir de San Cristóbal, tuvimos la dicha de divisar Woodlark, nuestro primer objetivo fue buscar un puerto o al menos un fondeadero. Seguro que comprenderán la razón: habien-

do dado una reputación bastante equivocada a los pueblos salvajes, debíamos reservarnos, en caso de ataque, un asilo en el barco, y por tanto éste debía estar anclado. El Señor, que -lo digo con plena convicción- nos ha hecho experimentar miles de veces su asistencia, no nos permitió buscar mucho tiempo. El 15 de septiembre entrábamos en una ancha bahía, en la que nuestro capitán se creía totalmente seguro.

[3] Aún no habíamos anclado y varias piraguas ya se habían acercado. Llegadas de pueblos diversos, todas querían que fuéramos a estacionar junto al suyo, y -como bien pueden pensar- no para tener el placer de vernos, sino únicamente por la ventaja de comerciar y obtener algunos trozos de hierro, de los que se mostraban tan ávidos. En las piraguas distinguimos a un indígena que no cesaba de gesticular más que los demás para atraer la atención y que decía alguna palabra en inglés. Nos gustó su aspecto; su limitado conocimiento de una lengua europea -sabía unas doce palabras- nos intrigó. Por fin le hicimos subir a bordo.

[4] Para nosotros fue toda una conquista; después nos prestaría grandes servicios. Se llamaba Pako. Echamos el ancla bastante cerca de tierra y nos quedamos con él que, desde entonces, se vio rodeado de atenciones por nuestra parte y de la consideración de sus compatriotas. Él se dio cuenta y, político al fin, aprovechó su situación comiendo carne con nosotros y quejándose de que no se hubiera puesto azúcar en su agua. Eso puede extrañarles, pues tanta delicadeza parece ridícula en los salvajes. Pero cuando se ha vivido algún tiempo en estos países no se tarda en advertir que la vanidad, el deseo de distinguirse, el amor propio no son exclusivos de los ricos y los sabios de nuestras sociedades civilizadas. El corazón del hombre es igual en todo lugar.

[5] Por la noche no cesamos de preguntarle utilizando a diestro y siniestro las pocas palabras que él sabía y sobre todo con gestos. Está claro que él solo nos daba una información excelente sobre su isla, nos soltaba cantidad de mentiras, y cada vez mayores. Les aseguro que los salvajes se las arreglan muy bien para ensalzar su país, y cuando la realidad no responde a su deseo de darnos una alta idea, lo suplen con la imaginación.

Por ejemplo, en esos últimos días llegaron algunos nativos de una isla vecina, llamada *Massim* -probablemente Misima en la

Luisiada- ya que el nombre genérico de la gente de esas islas es Massim.

Deseosos como estaban de que fuéramos a su isla para tener también ellos fierro y hachas, nos pintaron un cuadro encantador de su tierra. Uno de ellos me dijo: ¿ves ese grueso árbol que está a la orilla del mar? (El árbol podía tener veinte pies de alto y seis de circunferencia) Pues bien, nuestros ñames no son menos gruesos (los ñames más hermosos no superan las doce libras; en Tonga hay algunos de cincuenta libras, pero son raros).

Y continuó: "Nuestros cocos son tan grandes que ni tú, ni tu epikopo (obispo), ni nadie de vosotros podría acabar de consumir uno solo" [los más grandes a penas contienen dos vasos de agua y algo más en Oceanía central]. "Y nuestras tortugas son tan grandes que al nadar sobresalen casi por completo del agua". Dejaré de contarles más mentiras de las que me sueltan sin inmutarse.

[6] Al día siguiente de llegar, se nos acercaron piraguas por todos los costados. Venían cargadas de frutas que querían vendernos a cambio de hierro. Generalmente no tuvimos que quejarnos de la mala fe de los nativos. Sí notamos que eran finos comerciantes; habían preparado cuidadosamente sus paquetes para que se viese sólo lo bueno dejando lo peor en el fondo.

Tenían también un recurso original para obtener el hierro. Si rechazabas comprar sus frutos, aseguraban que no los habían llevado para venderlos sino para regalarlos, y te forzaban de algún modo a aceptarlos. Poco después manifestaban tantos deseos de tener también ellos algún obsequio como signo de amistad que terminabas dándoles el trozo de hierro que te indicaban claramente con sus expresivas miradas. Al atardecer bajamos a tierra, pero sólo un instante como expresión de confianza en los indígenas.

[7] El día 17 mandamos decir a los jefes por mediación de Pako que estaríamos encantados de verlos. Vinieron a bordo, pero hay que decir que la entrevista fue poco interesante, Absortos al ver los pequeños regalos que les ofrecimos, no supieron responder más que con gritos de asombro ante todo lo que les dimos, y seguramente para desembarazarse de todas nuestras preguntas se pusieron a cantar sin cumplidos.

En realidad, hay que decir que nuestras propuestas debían extrañar. ¿Cómo podían comprender que unos extranjeros ricos, que no carecían de nada por lo que veían en el barco, quisiesen quedarse con ellos, pobres y carentes de todo? Pero el objetivo de

nuestra entrevista estaba logrado. Merced a nuestros regalos, al menos de momento podíamos suponer que los jefes no nos dirían que no. Punto capital ya que los jefes de esos países continuaban siendo muy poderosos para el mal. A partir de entonces comenzamos seriamente nuestras investigaciones.

[8] Para decidirnos a abrir una estación necesitábamos tres cosas: población, agua potable y terreno propio para cultivar. La población la encontramos en la bahía Guasupa, donde estábamos, que tenía seis pueblos. De lo otro no vimos nada que nos satisficiera. El agua era rara y de mala calidad, y el terreno a orillas del mar era arenoso. No obstante decidimos quedar, y quisimos colocarnos en el centro de los pueblos, en el del jefe principal.

Así que el día 18 nos presentamos en los lugares y tratamos de hacer comprender a los nativos que teníamos la intención de establecernos entre ellos, que necesitábamos una casa y les pedíamos un lugar para emplazarla. Nuestra propuesta les hizo estallar de alegría. Nos dijeron que todo el campo que estaba delante de nosotros nos pertenecía, y comenzaron a quitar toda la maleza. Inmediatamente monseñor les ofreció unos regalos y nosotros nos pusimos a cumplir el deber de inaugurar la misión cantando las letanías de la Sma. Virgen y el Ave maris stella. […]

[11] Una vez alojados, nos pusimos a estudiar la lengua, lo primero que hay que hacer. Imagínense a cuatro misioneros con un cuadernillo y un lápiz yendo de un lugar a otro para recoger algunas palabras y apoderándose después de un salvaje para, mediante todos los medios posibles, tratar de darle una idea de lo que quieren expresar y preguntándole qué término emplea para traducirla.

Por ejemplo, si se trata de saber el nombre de la mano o del pie, se lo enseñan, escuchan atentamente la palabra que él emplea y la escriben en el cuadernillo. Y qué decepción cuando al hablar juntos, te das cuenta de que tienen diferentes términos para la misma cosa. Uno para la palabra mano te dice *mimag*, otro *nimame*, y un tercero *nimane*. Tras mucho reflexionar caes en la cuenta que cuando se le dijo *nimag*, el nativo enseñaba su mano y decía: *nimag*, mi mano, mientras que si tenía la del misionero decía: *nimame*, tu mano; y si era un tercero el que le señalaba la mano, decía *nimane*, su mano. La misma palabra, pero con la terminación variando según la persona a que se refiere.

[12] Había otra dificultad mucho mayor. Tener las palabras para traducir unas ideas que solo puedes expresar por signos. Por ejemplo, la palabra amar, imitando a una madre que acaricia, que

cuida a su hijo. Los nativos nos decían sencillamente la palabra acariciar, cuidar, de tal modo que a veces pasábamos horas enteras para tener una palabra, y no siempre lo conseguíamos.

[13] A pesar de esas dificultades, cuando a penas había pasado un mes desde que comenzamos a estudiar la lengua, ya podíamos decir algo de la religión. Naturalmente elegimos la creación para comenzar. Nuestros salvajes parecían impresionados cuando se les decía que el sol, la luna, las estrellas no se habían hecho ellas a si mismas sino que habían sido creadas por un Gran Espíritu, llamado Jehová. Entonces fue cuando comenzaron las catequesis.

[14] Tienen que comprender, queridos padres, que los salvajes queden sorprendidos ante lo que les podemos decir de nuestra santa religión. Están absorbidos por las ideas materiales. Sólo piensan en taros, ñames, pesca y hierro. Hablarles de otras cosas es como hablarles una lengua desconocida. Ni imaginan siquiera que se les pueda hablar de otras cosas, y si se les dijera que en Francia no hay ni taros, ni ñames la verían como un país detestable. Son muy curiosas algunas de sus preguntas y las respuestas que nos dan.

Un día que les hablábamos del cielo reservado para los buenos y del infierno reservado para los malos, un nativo creyó que nos había entendido y se puso a explicar a los que le escuchaban que los jefes irían al cielo y los súbditos al infierno. Hubo que hablarles largo rato para hacerles comprender que los jefes, por muy jefes que fueran, irían al infierno si se portaban mal y los súbditos al cielo si se portaban bien.

Otra vez les hablábamos de la Sma. Trinidad y los nombramos. Uno de ellos se puso a repetir los nombres, pero en lugar de decir el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, dijo sin mala intención alguna: el padre, la madre y el hijo. Hubo que alargar la explicación para hacerles comprender que en la Sma. Trinidad no hay madre.

[15] Cuántas veces nos han dicho “pero por qué no dicen a Jehová que venga a *Moiu* -nombre indígena de la isla- y que traiga con él todas sus riquezas, el hierro, las hachas”. Esos son nuestros salvajes: hombres totalmente materiales. Pues bien, a pesar de eso o quizás precisamente por eso, pueden imaginar la felicidad que se experimenta dándoles catequesis, sentándose familiarmente en medio de ellos y enseñándoles a hacer la señal de la cruz, hablándoles de las grandezas de Dios y de la vida futura.

Muy a menudo notamos palpablemente cómo trabaja la gracia. Les citaré un solo hecho. Habíamos hablado un día de la creación

y después de haberles dicho que Dios había hecho todo, le preguntamos a un niño "¿y quién ha hecho las piraguas?". Y el niño respondió: "Dios ha hecho los árboles, y con los árboles los hombres han hecho las piraguas" Y se siente sobre todo un gozo inexplicable mandándoles hacer actos de amor al Señor. El infierno ha sido tanto tiempo dueño de nuestros salvajes que se disfruta arrebatándole la presa que ya creía ser suya para siempre.

[16] Al no poder traducir las oraciones a la lengua del país, les enseñamos a los niños -que tienen una memoria excelente- el Pater, el Ave, el Credo y el Gloria Patri en latín, y rezamos con frecuencia algunas decenas del rosario. Ellos saben que estamos rezando a Jehová y a María, la madre de Jesús. Les confieso que mi corazón vibra de alegría. ¿Cuándo darán a Dios un culto más perfecto nuestros pueblos? Cuando los fieles de Europa hayan obtenido del cielo esas gracias de conversión que el Señor desea ardientemente conceder, pero que quiere que se le pidan.

Adelanten ese día, por el que suspiro, con fervientes oraciones y jamás olviden a estos pobres salvajes, que son hermanos nuestros y a los que nos pareceríamos nosotros si unos misioneros no nos hubieran llevado el precioso don de la fe. Espero mucho de nuestra misión. Ha sufrido, ha tenido cruces; excelente señal, pero aún no basta. Hay que continuar rezando para mantener el valor de los misioneros y para ablandar el corazón de los indígenas.

[17] Hasta ahora estamos muy contentos de nuestros salvajes. Tienen sus defectos, es cierto, pero en definitiva son mejores de lo que nos atrevíamos a esperar tras conocer a los de Nueva Caledonia y de San Cristóbal. Mientras en otros lugares la guerra entre ellos es continua, aquí apenas tienen lanzas, y además las usan para arponear a los peces grandes.

La poligamia parece estar permitida sólo a los jefes y la unión entre las gentes es grande. Aunque, según parece, la isla no está muy poblada, la población está bastante aglomerada y los caminos para ir de un lugar a otro son practicables. Aún no podemos quejarnos mucho del robo y jamás hemos tenido ni una amenaza.

Me equivoco; tuvimos una que no progresó y que además no podía tener resultados enojosos. Un día que llegaron unos extranjeros a un pueblo vecino al nuestro, y pensando -no sin envidia- que podríamos establecernos con ellos, vinieron a advertirnos que no fuéramos a verlos porque, nos decían, nos matarían.

Monseñor nos prohibió ir allá hasta nueva orden. Y nosotros respetamos la orden hasta que llegaran las explicaciones. Como nos repetían que nos matarían, les preguntamos riendo cómo lo harían. Y entonces nos dijeron muy seriamente que para hacerlo no usarían ni lanzas ni hachas, pero nos lanzarían un maleficio que nos haría morir infaliblemente. Imagínense nuestro asombro. Nos fuimos a ver a los extranjeros y después volvimos todo triunfantes mostrando que no estábamos muertos.

[18] De momento sólo tenemos un solo establecimiento. Pero como la bahía en la que estamos más sus alrededores no bastan para ocuparnos a todos, vamos a fundar otro. ¿Qué son dos centros para un vicariato de mil quinientas islas? Si vinieran más colaboradores, estarían inmediatamente colocados. […]

[23] Termino esta carta, escrita como todas sin orden alguno, con un fuerte abrazo y rogándoles que me crean, queridos padres. Su hijo,

Xavier Montrouzier, misionero apostólico.

[25] Ya está terminado el establecimiento de que les hablaba. Ha sido monseñor mismo quien lo ha fundado en Rook. Yo he quedado en Woodlark con el reverendo padre Tomassin. El establecimiento está admirablemente situado; desde allí se ve Nueva Bretaña, y Louisiade y se comunica con Nueva Guinea. Nuestros padres fueron muy bien recibidos y parecen estar muy contentos. Se ocupan de una población al parecer de unos modales muy suaves. Pero nuestro gran dolor es la salud de monseñor, que nos tiene muy preocupados y nos inquieta muchísimo.

723 : La mortífera Rook

10 julio 1848. – Grégoire Villien a su primo Villien, director de las misiones de Tarantaise à Moitiers (Savoya)

Rook, puerto de San Isidro. Querido primo,

[1] El 6 de enero de 1848 salí de Rotuma a bordo del *Arche de l'Alliance*, esperando encontrar en San Cristóbal a mis compañe-

ros y compatriotas. Pero ¡ay!, cuando llegué a la isla allí no había nadie: la muerte y la cruel perfidia de los nativos había inmolado a unos: el P. Crey expiraba dulcemente con la muerte de los justos un mes después de llegar, mientras que los PP. Paget y Jacquet y el Hº Hyacinthe eran asesinados y devorados por los caníbales.

Los otros, al volver monseñor Collomb, tuvieron que abandonar esa tierra agitada e inhóspita. Tuve que ir a buscarlos; pero mientras continuaba buscándolos, siempre con el mismo barco, nos vimos atacados durante más de doce días por un viento horroroso, que estuvo a punto de hundirnos varias veces. El navío sufrió grandes desperfectos y hasta la avería del timón. Gracias a su solidez, o mas bien a la divina providencia que vela maravillosamente por el *Arche de l'Alliance*, el navío resistió.

A pesar de la pena que le causaba al Sr. Marceau, nuestro digno comandante, tuvimos que retroceder y sin más accidentes llegamos a Sidney el 5 de marzo, después de dos meses de dura navegación. Quedé un mes en la capital de Nueva Holanda y después volví a emprender el viaje en el navío *Anonyme*, otro barco de la Sociedad de Oceanía. Esta vez tuve más suerte y en menos de veinte días llegué al lugar de la misión donde residían monseñor Collomb, obispo de Antiphelles, y los misioneros que quedaban.

¡Cómo había disminuido aquel grupo y cuántos de los que aún vivían se habían debilitado con una fiebre persistente que había puesto a algunos a las puertas de la muerte! Cuando llegué a Woodlark ya estaban mucho mejor; el que más sufría era monseñor Collomb, que se resentía aún de violentos dolores de estómago.

[2] El señor Vicario apostólico aprovechó la estancia del *Anonyme* para ir a fundar una nueva misión en su inmenso vicariato, que cuenta con no menos de mil quinientas islas. Como recién llegado, fui destinado con el P. Frémont y el Hº Optat a esta segunda estación

Mons. Collomb iba con nosotros, que orientamos velas hacia el norte. Nos detuvimos en frente de la isla Rook, a setenta leguas al noroeste de Woodlark; comenzamos a dar la vuelta a la isla para examinar la posición más favorable para establecernos y para ver si de parte de los nativos habría posibilidad de fijar nuestra morada entre ellos. Elegimos la parte norte de la isla, donde hay un pequeño puerto, al que llamamos San Isidro por haber llegado allí el 15 de mayo, día en que se celebra la fiesta de ese santo.

Allí fue donde fijamos nuestro establecimiento, a orillas del mar, muy cerca de un pueblo grande de cuatrocientas a quinientas almas. Según todas las posibilidades, será ahí donde quedaré fijo, donde acabaré mi camino y donde dejaré mis huesos: " será siempre mi lugar de descanso, allí viviré, es el que yo he querido" esperando lo mejor de la misericordia divina.

[3] Para satisfacer el interés que tienes por cuanto me concierne y en la medida en que mi corta estancia por estos pagos me lo permita, te daré algunos detalles sobre mi nueva patria adoptiva, evitando aventurar datos erróneos.

[4] Rook es una isla de forma ovalada del sudeste al noroeste, de extensión mediana, con unas veinte o veinticinco leguas marinas de circunferencia. Sita en los 5º30' de latitud sur y los 14º30' de longitud este, su situación es excelente para la misión.

Se halla en el estrecho de Dampier, a cuatro leguas de Nueva Bretaña por el este y siete de Nueva Guinea por el oeste; sin contar los dieciséis islotes que la rodean, hacia el sur y a poca distancia hay tres islas bastante grandecitas y bien pobladas. Por el contacto que mantienen con ellas los nativos, nos será fácil saber cuántos misioneros podrán entrar en esos parajes.

Si, por la misericordia de Dios, Rook llega a ser católica, el paso a las grandes islas quedará abierto, o al menos nos resultará más fácil. Uno no puede dejar de sentir una tristeza indecible al ver todos los días unas tierras tan grandes y hermosas, habitadas por gentes de una antropofagia indignante y de una perfidia increíble para quien no tenga pruebas de su existencia, gentes cuyo señor y tirano es el demonio.

[5] Nosotros no sólo somos los primeros misioneros, sino los primeros blancos que han abordado en esta isla, y los nativos nos han recibido con una desconfianza y ansiedad excesivas. No sospechaban los motivos por los cuales íbamos allí; imaginaban que íbamos a quitarles las mujeres y los hijos, y matarlos para comérnoslos después.

Los ancianos, los niños y las mujeres huyeron a los bosques con todos sus animales domésticos y lo más valioso de cuanto tenían; los jóvenes y los hombres ya hechos se prepararon para combatirnos. Con sus gestos y sus gritos trataban de decirnos que no fuéramos donde ellos. ¡Pobres ciegos!, no sabían que les llevábamos la luz y la paz.

¡Ojalá puedan gustar pronto con nosotros las dulzuras de la religión cristiana y dar gracias a Dios por habernos enviado junto a ellos! Los regalos que les hicimos y nuestra actitud pacífica les dio tranquilidad, y consintieron que los marineros del *Anonyme* nos construyeran una casita de madera. Te estoy escribiendo en esta nueva mansión, en la que vivimos desde hace cuatro días.

[6] Rook ofrece toda la riqueza vegetativa de un terreno volcánico y de una región tropical. Sin embargo, estando tan cerca del ecuador, no se sienten esos fuertes calores que se podrían esperar de semejante latitud; allí el aire es siempre refrescante, tanto por los vientos alisios como por los monzones que soplan en sentido contrario.

La cantidad de piedras volcánicas de las costas y collados, la forma de las montañas bruscamente desgarradas y como cortadas no dejan la menor duda sobre el origen volcánico de la isla. Además tenemos a la vista una prueba viva de ese fenómeno: en un islote distante como una legua de Rook, hay un volcán en plena actividad que lanza por varios cráteres espesas y numerosas columnas de humo.

[7] En general toda la isla es bonita, pero las zonas sur y este son las más hermosas. Hay cantidad de ríos que la fertilizan; hacia el sur hay uno precioso, que forma en la desembocadura un excelente fondeadero. Si los alrededores hubiesen sido pantanosos, nos habríamos establecido en ese lugar. Las montañas y los collados, que llegan hasta la costa, están cubiertos de bosques espesos, con algunos claros, abiertos por los nativos para sus plantaciones.

Bastantes árboles, algunos de los cuales dan excelentes frutos, alcanzan alturas considerables. Aquí abundan el árbol del pan, el cocotero, la palmera que da la nuez de arec, otro árbol al que los nativos llaman *kangarou* y que produce una almendra muy nutritiva, la higuera silvestre, y otras especies que desconozco.

Por allí revolotean cantidad de pájaros, palomas, tórtolas, loros chillones, gallinas, pintadas salvajes o gallinas de Guinea. También se ve en esos bosques una especie de cerdos con orejas pequeñas y enormes dientes de defensa, que salen en círculo de su mandíbula inferior.

Al borde del mar y en los terrenos pantanosos aparecen durante la noche los caimanes, una especie de cocodrilos del grosor de un hombre. Caminan a cuatro patas y por su forma se parecen bastante al lagarto. Los nativos les tienen mucho miedo. Nuestros salva-

jes tienen perritos domesticados que no saben ladrar y cuyos gritos se pueden confundir con los largos gemidos de una persona que llora; en cambio en los bosques hay pájaros que imitan el ladrido del perro.

[8] Nos ha parecido que los nativos son numerosos. Son robustos y de gran altura; su pelo corto, lanudo y rizado lo llevan cortado por detrás de la cabeza. En el cuello, el tabique nasal y los lóbulos de las orejas llevan colgados unos adornos hechos con conchas. Su piel es lisa y de color moreno oscuro. Son excesivamente desconfiados; utilizan frecuentemente el betel; practican la circuncisión; la danza, al ritmo de tambor y acompañada de un canto monótono, los divierte todas las noches.

Sus armas son la lanza, el arco y la honda. Sus cabañas están construidas sobre estacas al borde del mar. He ahí todo lo que puedo decirte de estos pueblos; y. tras todo eso, veo que tenemos que trabajar en una raza poco afortunada. Aún no hemos podido descubrir si, como sus célebres vecinos de Nueva Guinea, también ellos son aficionados a la carne humana.

[9] La isla Rook, en latitud próxima al ecuador, bañada de repente por chaparrones de agua, evaporados casi de inmediato por un sol ardiente, y cubierta de espesos bosques, debe ser febril; espero que con precaución lograremos protegernos en los parajes más favorables. Mons. Collomb, que cogió la fiebre en Woodlark, está sufriendo aún mucho, y la fiebre va acompañada de fuertes dolores de estómago.

Sus continuos y agudos dolores más las preocupaciones de su nuevo estado le han agotado y tememos mucho vernos privados pronto de su luz y de su caridad. El P. Frémont ya está habituado a la fiebre; la tiene como una compañía que le ha dado el Señor; el Hº Optat está en plena forma y yo me encuentro al menos tan bien como en Europa.

[10] Cuando me veo tan cerca de Nueva Bretaña y de Nueva Guinea, donde el evangelio no ha sido aún anunciado, me parece que estaría dispuesto a hacer cualquier sacrificio para ir a implantar la religión en esos vastos lugares. Tus oraciones y las de los socios de la admirable obra de la propagación de la fe acelerarán ese momento y al menos lograremos para otros esa felicidad.

[…] Villien, misionero de la Sociedad de Maria

Algunos meses después murieron a causa de las fiebres Mons. Collomb y el padre Villien. Entonces el padre Montrouzier asume el cargo de superior de la misión de Woodlark, que desempeñará hasta el año 1851.

Los anglicanos de monseñor Selwyn se establecen en las islas Salomón con medios mucho más importantes.

775 : Evangelización en Moiu

1 enero 1849. –Xavier Montrouzier a su hermano Gabriel, sacerdote.

Moiu, nombre indígena de Woodlark llamada también Murua, estación Nuestra Señoras de los Dolores.

Querido Gabriel,

Lo de todos los días

[1] Ten un poco de paciencia. No puedo decirte que nuestros salvajes se hayan convertido. Sabes muy bien que la conversión de las almas no es algo fácil. Esperamos el momento de la gracia, rezamos y no nos desanimamos. Dios hará el resto. Mientras tanto, te detallaré cuál es nuestro estilo de vida. Puede interesarte y te informará mucho mejor sobre las misiones que unas bellas consideraciones.

[2] Nos levantamos a las cinco; después siguen la oración, la meditación y la santa misa que, excepto en caso de enfermedad, cada cual dice diariamente. Terminados esos ejercicios, suena la campana para reunir a los niños y adultos que quieran acudir. Hacemos con ellos la oración, les enseñamos algún cántico y, si se presenta la ocasión, les hacemos una catequesis.

Terminado eso, vamos a hacer visitas o nos quedamos en casa. En este caso, después de una ligera comida, rezamos las horas menores, estudiamos la sagrada escritura, la teología, la lengua y preparamos nuestros catecismos. Pero no creas que todo eso se hace tan tranquilamente como en tu habitación. Excepto en el momento del oficio divino, solemos estar acosados por una muchedumbre de gente importuna; y cuídate bien de recibirla mal.

[3] Son miles de preguntas que responder y cosas insignificantes que atender, para lo cual debes interrumpir incluso los estudios más serios. He aquí una muestra de las conversaciones. Cientos de

nativos que acuden unos tras otros y que comenzarán a decirte: ¿Qué haces? –Estoy escribiendo.–¿Estás enfadado conmigo? –No. –Pues no me hablas. –Estoy ocupado en escribir. – Está bien. Sigue un momento de silencio. Poco después ven algún objeto de mi habitación: ¿qué es eso? –Un libro. –Dámelo. –Pero si te lo doy tendría que hacer lo mismo con todos los de Moiu y me quedaría sin ninguno. –Tú eres malo… ¿Qué es eso? – La imagen de María. – ¿Es una mujer? – Sí, es la madre de Jesucristo. – ¿Está viva?. – La imagen que estás viendo no está viva, pero María está en el cielo. – ¿Es una gran reina? – Sí. Es una reina poderosa. – ¿Tiene mucho hierro? – Sí, y muchas otras cosas. – ¿Quién ha hecho esa imagen? – Los hombres de Francia. Y le indico dónde se encuentra. – ¿Y Moiu? Le enseño un pequeño puntito. –¿Te estás riendo? – En absoluto. – No. Es Francia la que es como esto (y me muestra su dedo meñique) y Moiu como esto (y extiende sus dos brazos). Después me enumera los pueblos, los productos de la isla… y me suelta con orgullo: ¿Hay todo eso en tu país?

Ahí tienes, querido Gabriel, el tipo de conversaciones de nuestros nativos. Te repiten más de veinte veces lo mismo, y has de escucharlo siempre con bondad. Nos interrumpen constantemente en nuestros estudios. Y no hay que impacientarse. Estamos aquí para ellos y en esos cara a cara solemos ganar más que en una catequesis en regla.

[4] Un poco antes del mediodía hacemos el examen particular; después comemos y nos tomamos una hora de recreo. Después, las vísperas y completas, el estudio, los maitines y laudes nos ocupan hasta las cuatro. Seguidamente se toca para la instrucción de la tarde. Reunidos nuestros salvajes, comenzamos rezando el rosario, cantamos uno o varios cánticos y hacemos una catequesis bastante larga. Terminamos ese ejercicio con el rezo de la oración dominical y el saludo del ángel, y con una oración al ángel custodio. Los cánticos que les hacemos cantar versan sobre temas dogmáticos o morales. No tenemos aún ninguno simplemente piadoso. Son muy sencillos; he aquí algunas muestras.

[5] El primero que hemos compuesto versa sobre la existencia de Dios y sus atributos. Comienza así:

Traducción literal

Asen arnad avakain, Ieova	Un único gran espíritu, Jehová

Karas ineivak, aiken,libarab	ha hecho el sol, la luna, el cielo
Lore ineivak, debuenug, buluk	ha hecho mar, tierra, animales
Gamak ineivak	ha hecho al hombre.

El cántico sigue la melodía del "Iste confesor".

[6] El segundo está centrado en la Sma. Trinidad. Estas son las primeras coplas. Melodía de un cántico gregoriano de Adviento:

Asad arnad avakain	Un solo gran espíritu
Isesu, lagan Ieova	Su nombre es Jehová
Nataun Arnad avakain	En ese Gran Espíritu
Itabs koitun persona	Son tres personas
Uanemuk persona Tamad	Primera persona el Padre
Uanen persona Nictud	Segunda persona el Hijo
Uankinen spiritu santo	Tercera el Espíritu Santo.
Asen Arnad Avakain	Un solo Gran Espíritu
Tamad Koetar persona	El Padre persona distinta
Netud persona Koetar	El Hijo persona distinta
Spiritu santo koetar	El Espíritu Santo distinta
Persona. Asen Iehova	Persona. Un solo Jehová

[7] Ya ves, hermano, que no hacemos grandes gastos en poesía. Lo importante es que las grandes verdades se graben en el espíritu y los cánticos son un medio excelente para lograrlo. Nuestras enseñanzas son también muy sencillas y salvo un pequeño número de personas fuertes que quieren distinguirse, nuestros oyentes prefieren una razón contundente, aunque en el fondo sea menos exacta, que otra más sólida, pero que exige cierta reflexión para ser comprendida.

Un día discutía yo con un bígamo sobre la necesidad que tenía de despedir a una de sus mujeres si es que quería ir al cielo. Primera institución del matrimonio, expresas palabras de Jesucristo sobre la unidad de ese contrato, inconvenientes morales y sociales de la poligamia… había desarrollado todo y mi infiel no se rendía. Y tampoco se consideraba culpable.

Entonces le hice esta pregunta: ¿cuántos soles hay? – Sólo uno; – ¿y lunas? – Sólo una. Ya le bastó, él mismo añadió: lo mismo para el hombre, sólo debe tener una mujer. Pero el éxito de mi polémica con él se redujo a eso; aún reconociendo que obraba mal, no tuvo valor para dejarlo.

[8] Cenamos a las seis y media de la tarde noche y después de nuestro recreo hacemos juntos la lectura espiritual y la oración.

De camino por los campos

[9] Los días dedicados a las visitas desayunamos después de la reunión de la mañana. Después nos vestimos con ropa de viaje, es decir, la sotanilla, tomamos un cuaderno y un lápiz, un frasco con agua bautismal, rezamos a la Virgen y nos vamos por el campo.

Al llegar al poblado preguntamos dónde hay enfermos, pero no nos fiamos de lo que nos dicen y, con algún pretexto, visitamos todas las cabañas para asegurarnos de que no han mentido. Después, desde el lugar al que llegamos, llamamos a la oración.

En este apostolado hay que obrar con mucha suavidad y firmeza. Si se trata bruscamente a los salvajes, no se logra nada. Y si no se muestra cierta autoridad, gruñen. En cierta ocasión tuve que alabarme a mi mismo y otorgarme un aire de grandeza que Dios me perdonará por la intención que me guiaba: ¡A ver, les dije, yo he venido del otro lado del mundo para enseñaros el camino del cielo, y vosotros no hacéis nada para escucharme!... Al final, cuando el pueblo está ya reunido, comenzamos la oración y seguidamente damos la catequesis.

[10] Cuando vamos a lugares más lejanos, se nos prepara la comida – pagándola, claro está– pero yo he tomado la opción de no aceptar nada para evitar cualquier sospecha de interés. Mi compañero sí acepta y por motivo loable: demostrar a los nativos que se adapta a su alimentación. Aún somos muy novatos para poder decir qué sistema es mejor. No hay duda de que lo seguiremos cuando lo hayamos comprobado.

Parte de nuestras gentes está al otro lado de una gran bahía. Se necesita una barca y un conductor para ir allá. Ahora bien, nuestras barcas están tan mal preparadas que entra el agua por todas partes, y raramente he montado en ellas sin que me llegara el agua al asiento. Y además, de vez en cuando las olas te duchan, algo que es poco bueno para los hábitos y para el cuerpo.

Lo peor es que en esas marchas estás a merced del conductor. No es fácil decir la paciencia que has de tener con él. Si yo quiero ponerme en camino y él no, es él quien gana porque prefiero ceder

a verle soltar una serie de mentiras. Si él está dispuesto a embarcar, me pregunta cuál es su salario y, aunque ya esté convenido, vuelve a la carga una y mil veces para obtener algo más.

Un día fui a un poblado muy alejado y al volver cogí una insolación que me ocasionó una especie de delirio. ¿Piensas que el conductor se olvidó de sus intereses? Ni mucho menos; cada vez que me aumentaba el dolor, insistía en sus importunidades para arrancarme la promesa de que le diera un hacha.

[11] Querido Gabriel, creo que con todo esto puedes formarte una idea de nuestro ministerio. No te cuento nada extraordinario; pero te aseguro que un alma generosa tiene ocasiones de santificarse con ello. Exige mucha paciencia y, por desgracia, yo no tengo lo que se necesitaría para conseguirlo.¡Qué envidia me dan esos hombres realmente apostólicos que, desprendidos de sí mismos e interesados sólo en Dios, no temen inmolarse diariamente por la causa de la Propagación de la fe. Yo me desprendí de Francia pero no de mi mismo. Soy igual, si no peor, a como me conociste. Reza por mí; reza para que sea santo. Veo que debería serlo. ¡Ay, Señor, cómo soy!

[12] Un abrazo muy fuerte, querido Gabriel. Unidos en la oración y en el santo sacrificio. Tu hermano, Xavier Montrouzier, provicario.

777 : Las creencias de Moiu

18 enero y 20 mayo 1849. – Xavier Montrouzier a Étienne Séon.

Woodlark, Moiu, Estación Nuestra Señora de los Dolores.

[1] Rvdo. Padre, seguramente ya conoce por mis cartas anteriores o por las de mis compañeros, la manera tan providencial de establecernos en Woodlark. Está claro que Dios nos ha otorgado una protección muy especial. No se necesita más prueba que el encuentro que nos proporcionó con un nativo inteligente, que quizás no sabía más de veinte palabras en inglés pero que con ellas pudo comprendernos y prestarnos grandes servicios.

Y, por otra parte, me apresuro a informarle que también aquí se han cumplido las promesas de Jesucristo a sus discípulos. Les había dicho que las obras de benevolencia no quedarían sin recompensa. Pues bien, ese querido Pako, que nos introdujo entre sus compatriotas, ya lo ha experimentado. El Señor lo ha iluminado y tocado con su gracia. Me pidió la gracia del bautismo, y el día de Navidad tuve el consuelo de recibirle como catecúmeno. Le hemos dado el nombre de Georgio en honor del señor Vicario Apostólico. […]

[20] Los primeros días observamos que los nativos tenían gran confianza en la oración y creímos notar entre ellos una especie de sacerdocio. Sin embargo no vimos vestigio alguno de sacrificios, de expiaciones, de reuniones religiosas, es decir, de vestigios de culto. Apenas nos pronunciaron la palabra *munukuaus*, que, como podrá ver más tarde, juega un gran papel en la religión del país.

Sólo días después de que marchara monseñor empezaron a aclararse las cosas. Vea cómo. Una buena mañana vinieron unos nativos a nuestra casa y nos dijeron: ustedes nos han hablado de Jehová; nosotros lo conocemos, aunque no le damos el mismo nombre que ustedes. Nosotros le llamamos *Leru*. Les pedimos explicaciones, pero no dieron una contestación satisfactoria, y fueron a colgar en los árboles altos unos trozos de hoja de pandano, que agitaban en honor de su dios.

Hacia las diez varias barcas salieron a pescar. No tardaron en volver cargadas de cantidad de peces. Entonces, los nativos que habían quedado en el pueblo se dirigieron a la playa. Varios iban armados de escudos y de juncos a modo de lanza. Al acercarse a las piraguas, tomaron una actitud amenazante y se practicó un combate simulado. ¿Por qué se hace esto? Preguntamos, y nos dijeron que en honor de *Leru*..

Les hicimos multitud de preguntas durante mucho tiempo, pero nos daban la respuesta habitual de un pueblo aborregado: nuestros padres siempre lo hicieron así. Pero un hombre sabio del país nos dio otra explicación: los dos bandos representaban el bien y el mal (en el plano físico, claro está), y el mal había sido vencido.

Si quiere saber ahora qué se entiende por *Leru*, le diré que después de muchas investigaciones –que me han convencido de la vaguedad de las creencias de nuestros pobres salvajes– hemos llegado a descubrir que por *Leru* entienden a sus antepasados. Se nos asegura que les hacen ofrendas de taros, ñames, peces; que cuando

olvidan darles esas provisiones se las reclaman y que, lo que resulta más curioso, se las comen.

Ya puede ver cuán lejos están de nuestro Jehová, y que no siempre hay que fiarse de lo que dicen los nativos. El día terminó con una comida solemne, el *pak*, de la que nos reservaron una porción. Por temor a participar en un culto supersticioso, la rechazamos con palabras muy amables.

Ese primer descubrimiento nos abrió el camino para muchos otros. Y supimos por fin el origen de las oraciones de Moiu. Esta es la historia que tuve que escuchar, evitando reír porque de lo contrario el salvaje habría creído que me reía de él y ya no tendría manera de arrancarle ni una palabra.

Un día llegó de Guaguag – y sepa que Guaguag está al oeste de Woodlark, igual que Judea– un hombre poderoso que podía engrandecerse y empequeñecerse a voluntad. Se llamaba *Geren* y encerraba en sí varios seres, en los que observaremos voluntades diferentes; uno de ellos se llamaba *Marita* y el otro *Tudav*.

Por supuesto, vestía al modo de Moiu y como nuestros salvajes y llevaba encima del codo un *siasir* o ancho brazalete. Al llegar aquí sólo vio un país miserable, formado enteramente de corales. Enseguida sacó de debajo del *siasir* un paquete que lanzó al aire, y al instante los corales se cubrieron de tierra buena, haciendo que brotaran el ñame, el taro, el cocotero y las demás plantas alimenticias. *Gere* quería llevar más lejos su generosidad y hacer que los frutos llegaran sin necesidad de cultivarlos. Pero *Marita* se opuso escondiendo bajo los vivos colores los peligros de la ociosidad.

Y eso no es todo. El ilustre viajero les dio leyes, les prescribió ciertas fórmulas de oración, les ordenó que se vistieran en conformidad a la decencia y les prohibió comer ciertas carnes, el *karavas*, el *viligov* o caimán, etc. De allí se fue a las islas Nada o Laughlan, donde encontró una gran tierra formada únicamente de corales, como Moiu.

Con otro paquete, repitió el prodigio operado aquí, pero no tuvo la misma docilidad ni el mismo agradecimiento. Los isleños de Nada se negaron a cultivar los ñames y los taros. Irritado, golpeó con el puño esa tierra maldita y de pronto la isla quedó fraccionada en ocho o nueve islotes, los que forman el grupo Laughlan, cuyo único recurso es el cocotero, que no necesita cultivo.

Después de contarme eso, imagínese usted a mi buen hombre diciéndome con toda seriedad ¡*igagas*!, es decir ¿no es cierto que son malos?, refiriéndose a los salvajes de Laughlan.

Así podrá formarse una idea sobre la condición de nuestros nativos, que en todos sus relatos destacan en despreciar a los otros para sobresalir ellos. Continúo la historia de la teología de Moiu.

[22] En las montañas, los bosques y a veces en la costa vive un dios que da la muerte y envía enfermedades; es el genio del mal. Se llama *Berum* o *Parakauai*. Tiene cabeza de hombre y cuerpo de serpiente. Cuando viaja, se sube en un caimán. Otros dicen que su cuerpo es todo él de hombre, pero que lleva una serpiente a modo de bastón.

[23] Cuando uno muere va a *Tum*. Es una isla pequeña y muy fértil donde las almas de los buenos encuentran bananas en abundancia. Pero allí no entra quien quiere. En la costa está el terrible *Dikinikau* y a su lado una serpiente que sirve de puente para pasar de Moiu a *Tam*. Si se alcanza gracia a sus ojos, la serpiente deja pasar; si reprobación, el monstruo se hunde y el desgraciado difunto cae en boca de un tiburón o en las valvas de un enorme molusco. Si me pregunta qué se necesita para ser admitido en la estancia de la felicidad, le responderé que basta con tener en los brazos dos pequeñas líneas de tatuaje.

[24] Las *munukuaus* son unas hadas crueles que entran en el cuerpo de los enfermos y les devoran las entrañas. Cuando se ve una estrella fugaz, se lanza un grito de terror; es una *munukuau* que entra en campaña. Los *Boagau* son hechiceros; lanzan maleficios y desventuras a quienes lo desean. Yo he visto cómo un jefe abandonaba su pueblo por pensar que se le había hechizado.

[25] Los *Aru* son genios malhechores. Se los oye en los bosques, pero jamás se los ve. Y lo más curioso es cómo fueron creados el sol y la luna. Se dan algunas pequeñas diferencias, pero el fondo es idéntico. Helo aquí: una buena viejecita poseía el monopolio del fuego. Todos, menos ella, comían los alimentos crudos. Su hijo la dijo: eres muy cruel, estás viendo que el taro nos deshace el gaznate y no nos das fuego para cocerlo. La avara anciana se hizo la sorda. El hijo la robó. Entonces ella, todo furiosa, coge el resto del fuego que había dejado, lo corta en dos y lo lanza al aire. El trozo más grande hizo el sol, el otro la luna.

[26] Ahí tiene, querido padre, los trazos principales de la mitología de nuestros salvajes. Pero quizás olvidaría el punto más importante si no le hablara de los sacerdotes del país. Son bastante

numerosos, pero no parece necesario hacer grandes estudios para entrar en ese cuerpo. Normalmente, el hijo sucede al padre en sus funciones y su ministerio se limita a rezar por las diversas necesidades del país y por los enfermos.

Vea cómo lo ejercen. Los llaman para una plantación, recitan con gran volubilidad algunas fórmulas, en las que suelen repetir lo nombres de *Geren, Marita* y *Tudav*, y se retiran. Después de eso la plantación no puede dejar de salir adelante.

Si tienen que ir donde un enfermo, comienzan por mascar un trozo de raíz de jengibre, soplan después sobre el paciente, escupen en diversas partes del cuerpo, recitan sus fórmulas y proclaman que el mal se ha ido. Es necesario que los pobres salvajes digan *amen* a la declaración del impostor, y entonces le pagan con un buen plato de taros o de ñames, a veces con esteras, lanzas…

Pero las cosas no pasan siempre tan sencillamente. El sacerdote-carnicero se arma de vez en cuando de una piedra cortante y hace unas incisiones bastante profundas en el vientre del enfermo para que salgan las *munukuaus.* Después enseña algunos trocitos de madera que, merced a la sangre con que se tiñen, parecen un objeto maravilloso, al que miran los pobres salvajes como si fuera la *Waie*, la causa del mal.

No temo decir que esos sacerdotes son auténticos impostores. Me han dicho multitud de veces que jamás han visto *munukuaus* y sin embargo continúan diciendo que las ven habitualmente y que tienen el poder de expulsarlas. Tengo que decirle también que a pesar de lo que les he prometido, jamás me han dicho qué enfermos les han llamado. ¿No le parece que el demonio teme algo?

[34] Perdón por mi larga charlatanería. Le he hablado desde el corazón. Lo necesitaba. Es usted demasiado bueno para no disculparme, siempre, claro está, que acabe esta interminable carta. Un afectuoso abrazo en los sagrados corazones de Jesús y María. Su hermano en religión, Xavier Monstrouzier, pro-vicario.

820 : Preguntas al cardenal Fransoni

22 junio 1849.- Xavier Montrouzier al cardenal Giacomo Filippo Fransoni, prefecto de la Congregación de Propaganda Fide.

A Su Eminencia el cardenal de la santa Iglesia romana, prefecto de la sagrada congregación de la Propagación de la Fe.

Monseñor,

[1] El Dios siempre bendito que había predicho a los apóstoles de su Hijo que sufrirían angustias y tribulaciones parece haber llevado a la misión naciente de Melanesia y Micronesia por el camino de la cruz. Su Eminencia ya conoce la lamentable muerte del primer Vicario Apostólico de esta misión. En este momento le notifico también con dolor la de su sucesor. El ilustrísimo y reverendísimo monseñor Collomb, obispo de Anthipelles, vicario apostólico de Melanesia y Micronesia, durmió en el Señor el 16 de julio de 1848, tras breve tiempo de obispado, es cierto, pero rico en frutos merced a los admirables ejemplos de virtud que nos daba siempre y a la disciplina que estableció en la misión naciente con una sensatez y prudencia admirables.

Tras varios meses presintiendo su muerte, nombró provicarios al reverendo padre Frémont y a este su indigno servidor. Seguidamente, entre el susodicho padre y yo, se convino que, para mayor unidad, fuera yo quien ejerciera las funciones externas de provicario, pero que no se hiciera nada sin común acuerdo.

Por eso voy a informar a Su Eminencia de todo lo que ha pasado en este vicariato desde el mes de julio de 1847, época en la que, salvo error, le escribió monseñor Collomb desde Kororareka, de Nueva Zelanda, después de su consagración.

[2] Llegado al puerto de Ballade, en Nueva Caledonia, el 29 de junio, el señor vicario apostólico –que no consiguió que el capitán inglés del barco en que llegó allí le condujera a San Cristóbal al precio que fuera– tuvo que esperar a que llegara a Port Jackson la goleta de la Sociedad de Oceanía para que le transportara a esa isla según se le había prometido.

En Nueva Caledonia los misioneros le acogieron y dieron hospitalidad amablemente; pero las disposiciones de los indígenas no eran tan acogedoras. Una o dos veces le manifestaron su hostilidad. Apenas había abandonado el puerto el día 17 el barco inglés cuando, al día siguiente, varias tribus se reunían, cogían las armas y quemaban todas las provisiones que había recogido Mons. Collomb para su vicariato.

El día 19, merced a un inmenso favor de Dios, pudo escapar casi desnudo, pero sano y salvo, con todos los misioneros de Balade, excepto un hermano coadjutor que tuvo una muerte cruel, y marchar a otra misión fundada últimamente en la tribu de Puebo.

[3] Aunque con mucho peligro e inquietud y en situación de cautividad y de asedio constantes, pudo prolongar su estancia hasta el 13 de agosto, fecha en la que el barco de guerra francés *Brillante* llegó a liberar y salvar a los misioneros.

[4] Pero el barco de la Sociedad de Oceanía, largo tiempo esperado, llega desde Port Jackson. Mons. Collomb sale de Nueva Caledonia el 22 de agosto; el 29 de ese mismo mes, fiesta del Corazón de la Bienaventurada Virgen María, se encuentra rodeado de sus colaboradores en la isla San Cristóbal.

[5] Pero ¡qué perdida tan enorme la sufrida por ese pequeño rebaño! El Señor se había llevado a cuatro de sus miembros. Un joven sacerdote, el Rvdo. P. Crey, que acababa de llegar a la misión, quedaba pacíficamente en manos del Señor el 15 de marzo.

Otros dos sacerdotes, también de la Sociedad de María, los padres Jean Marie Paget y Claude Jacquet más el hermano Hyacinthe, habían sido asesinados el 20 de abril a hachazos y golpes de lanza por los habitantes de un lugar por el que pasaban para ir a visitar una tribu en la que había esperanza de fundar una nueva estación misionera después de que llegara el vicario apostólico.

Después de aquel día tan lamentable, nuestra vida estuvo siempre en peligro, y nosotros tuvimos que vigilar por las noches para preservarnos de los pérfidos propósitos de los bárbaros, mas no pudimos impedirles que una vez lanzaran flechas contra nuestra casa y que en otra ocasión prendieran fuego encima del tejado de nuestra misma habitación. Así las cosas y no viendo ningún medio de seguridad, tras escuchar el parecer de todos, el señor Vicario Apostólico creyó oportuno trasladar la misión a otros lugares.

En la octava de la Natividad de la Sma. Virgen María de ese mismo año 1847, el Señor nos colocó en el puerto llamada Guasup de la isla Moiu, llamada por los geógrafos Woodlark, a 9º de latitud sur y 151º de longitud oeste de Paris. Allí, cerca de ese puerto, enclavamos de nuevo los fundamentos de nuestra misión, a la que dimos el nombre de Nuestra Señora de los Dolores..

[6] Durante cerca de ocho meses y en la medida en que nos lo permitía la debilidad que nos causó la fiebre, estuvimos allí ocupándonos de estudiar la lengua del país y de catequizar. Y no fue en vano, pues pudimos bautizar a un buen numero de niños y de adultos in artículo mortis.

[7] Después de que llegara el padre Villien, Mons. Collomb marchó con ese padre y con el padre Frémont y un hermano coadjutor a buscar un lugar apropiado para la fundación de una nueva estación. El P. Thomassin y yo quedamos en la isla Woodlark.

[8] Rook, situada en el estrecho de Dampier, entre Nueva Bretaña y Nueva Guinea, pareció un lugar apropiado para poner los fundamentos de una nueva misión. Pero, ¡ay, Señor!, poco tiempo más tarde la muerte se llevaba al señor Vicario Apostólico y poco después moría también el padre Villien.

[9] Quedaba solo el padre Frémont con un hermano coadjutor. Entonces, considerando el carácter de los indígenas, la insalubridad del país, la imposibilidad de que se le juntaran los compañeros requeridos por las instrucciones positivas del reverendo padre superior general de nuestra Sociedad, y dado el temor a que no pudiéramos recibir durante mucho tiempo nuevos auxiliares a causa de los acontecimientos políticos de Europa, decidimos, él y yo, volver a Woodlark, donde estamos ahora cinco padres y dos hermanos coadjutores, establecidos en dos lugares de la isla y empleando todo nuestro tiempo dedicados a la salvación de los indígenas, que nos dan esperanzas y de los cuales hemos bautizado ya noventa y uno, con catorce niños angelitos en el cielo y –así lo creemos– doce adultos gozando de la luz eterna.

[10] Después de haber expuesto a Su Eminencia la situación de las cosas con sencillez y verdad, procedo humildemente a proponer a la consideración de la Sagrada Congregación las dificultades siguientes.

[11] 1º ¿Cómo debemos obrar cuando tengamos que bajar a una nueva isla habitada por los bárbaros? ¿Deberemos aconsejar, o permitir al menos, que los marineros se muestren dispuestos para el combate y –lo que sería una dificultad mayor– que el obispo, o los misioneros, o los hermanos coadjutores, nos uniéramos a los laicos para rechazar la fuerza con la fuerza, si fuéramos atacados?

[12] 2º ¿Es suficiente el número de dos misioneros y un hermano coadjutor en la misión para poder otorgarles el permiso de conservar el santísimo sacramento de la eucaristía, observando todas las condiciones necesarias, y, en caso de que la respuesta sea negativa, cuál es el número de misioneros requerido para que dicha facultad les sea concedida?

[13] 3º En la recepción de catecúmenos ¿es conforme a la intención de la Iglesia romana: 1) emplear algunos ritos y algunas oraciones; 2) qué ceremonias y qué palabras se han de emplear?; 3) y en caso de que hubiera que emplear los ritos y las oraciones que prescribe el ritual romano para el bautismo, ¿habría que repetirlos en la verdadera administración del sacramento?

[14] 4º La vaga sospecha de que los indígenas, que de ordinario son muy inclinados a las supersticiones, atribuyan al bautismo la muerte de los niños bautizados in articulo mortis si observan que se emplea para ello un agua especial, ¿es razón suficiente para utilizar agua no consagrada hasta que se conozca mejor la índole de los indígenas?

[15] 5º ¿Es razón suficiente el peligro al que están expuestos todos los niños, por la debilidad de su edad, para administrar indistintamente el bautismo no solemne a todos los niños recién nacidos que encontramos en las visitas que hacemos semanalmente, si, debido a la distancia de los lugares, los padres se niegan a llevarlo a la iglesia y se tiene esperanza fundada de que serán educados cristianamente?

[16] 6º ¿Qué hay que pensar de los matrimonios de Woodlark? No hay ninguno o casi ningún indígena que después de algunos meses no haya abandonado a su primera mujer. ¿Hay que considerarlos verdaderos matrimonios?

[17] 7º ¿Qué se ha de hacer en caso de que la primera mujer pida el bautismo? ¿Hay que exigirla que abandone a su marido si es que éste se niega a despedir a sus concubinas?

[18] 8º Con tal variedad de rubriquistas, ¿se puede adoptar con seguridad de conciencia un solo manual, sin apartarse de él, por ejemplo el Manual de ceremonias romanas, o bien uno está obligado a hacer una elección en cada autor?

[19] Además le pido humildemente los permisos siguientes:

[20] 1º Que se nos permita utilizar ornamentos de color amarillo, palias enfundadas en seda y oro, vinajeras no de cristal, hasta que los objetos de ese tipo que ya tenemos estén usados.

[21] 2º Que los misioneros de Melanesia y Micronesia puedan ejercer la medicina o para ellos mismos o para los indígenas y emplear la cauterización tomando las precauciones requeridas. El motivo de la segunda parte de la petición es que, en estos países, la mayor parte de los indígenas padecen de úlceras que sólo se pueden curar con la cauterización.

[22] 3º Pido humildemente a Su Eminencia que el anterior privilegio me sea concedido personalmente en caso de que la orden de mis superiores me enviara a otras regiones.

[23] Eminencia, al terminar esta excesivamente larga carta, me encomiendo humildemente, igual que mis colaboradores y todos los pueblos que se nos han confiado, a su paternal caridad y a la de todos los cardenales encargados de los intereses de la Propagación de la Fe, para que el Señor, movido por sus oraciones, nos haga a todos obreros irreprochables y nos conceda la vida eterna.

Eminencia, su humilde, servicial y obediente servidor,
Montrouzier, provicario de Melanesia y Micronesia.

En agosto de 1851, a petición de Jean Claude Colin, asustado por el sacrificio de numerosos misioneros, Roma retira a los Maristas la responsabilidad de la Melanesia y de la Micronesia. El Vicariato es confiado, bajo la autoridad del padre Reina, a las Misiones Extranjeras de Milán.

Las Misiones Extranjeras de Milán pensaron en una implantación en las islas Fidji, pero fueron disuadidos por Bataillon. También ellos tuvieron que abandonar Micronesia tras la masacre de varios de sus misioneros. Será en 1897cuando renacerá la misión de las islas Salomón. confiada de nuevo a los Maristas.

En diciembre de 1851, los padres Jean Baptiste Anliard y Gilbert Roudaire, llegados de las isla de los Pinos, intentan crear una misión en la isla de Tikopia, del grupo de las Islas Santa Cruz, entre Nuevas Hébridas y Salomón. Se les unió el hermano Anliard, pero desaparecieron los cuerpos de los tres y sus bienes.

CUARTA PARTE

NUEVA CALEDONIA

Nueva Caledonia estuvo mucho tiempo al margen del resto de las islas de Oceanía.

Al estar fuera de las zonas de pesca de los balleneros que llegaron a finales del siglo XVIII, no fue frecuentada ni por los cazadores de esclavos para las nuevas plantaciones de Australia.

Tampoco fue visitada por los buscadores de sándalo ni por otros pescadores de pepinos de mar secos, al no saber que era rica en ellos.

Las alianzas con China y Japón llevó a los navegantes a frecuentas las islas de las Lealtades, próximas a Nueva Caledonia.

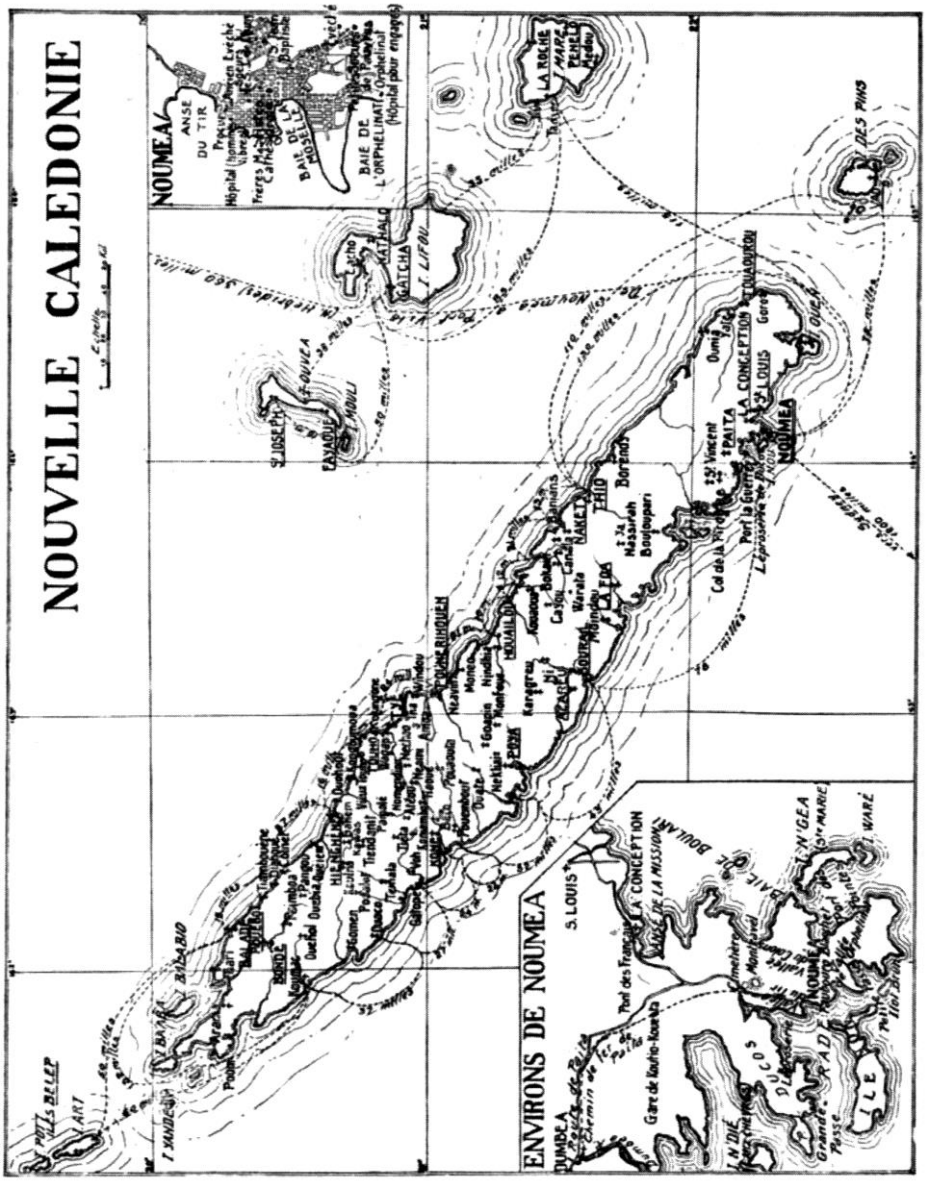
La *London Missionary Society* intenta una misión en territorio caledoniano, introducida por el *Camden* en Port Saint Vincent en abril de 1840. Los catequistas del Reverendo Murray llegan a las islas de los Pinos en 1841.

Para no dejar campo libre a los protestantes, los maristas se interesan por Nueva Caledonia, perteneciente al vicariato de la Oceanía Central y cuyo vicario apostólico es monseñor Bataillon. Su coadjutor, monseñor Douarre, será quien se encargue especialmente del territorio caledoniano.

Guillaume Douarre embarca en Toulon, visita Wallis, donde confiere la consagración episcopal a Bataillon, y desembarca en Balade el 21 diciembre 1843 con los PP. Rougeyron y Viard y los hermanos Jean Taragnat y Blaise Marmoiton

A esas rivalidades religiosas, conviene añadir el antagonismo político y colonial de Francia y el Reino Unido.

El ministro de Marina, almirante Roussin, ordena al capitán de navío Bruat, nombrado gobernador de los establecimientos franceses de Oceanía, que prepare la implantación de Francia en Nueva Caledonia. Los marinos franceses darán muestras de benevolencia a los Maristas.


NOUVELLE CALEDONIE
NOUMEA
ENVIRONS DE NOUMEA
ANSE DU TIR
BAIE DE LA MOSELLE
BAIE DE L'ORPHELINAT
LA ROCHE MARIE
PENELO
DES PINS
KATIAHA
I. LIFOU
CANADOU
MOULI
ST JOSEPH
TOUHO
HIENGHENE
HOUAILOU
PONERIHOUEN
THIO
BORENDO
NAKETY
CANALA
KOUAOUA
BOULOUPARIS
PORO
KOUMAC
POUEBO
TOUHO
POINDIMIE
PONERIHOUEN
HOUAILOU
KONE
VOH
KOUMAC
POUEBO
PAITA
LA CONCEPTION
ST LOUIS
DUMBEA
PORT DES FRANCAIS
MISSION DE LA CONCEPTION
BOULARI
BAIE DES DUCOS
GRANDE PASSE
ILE NU
ILE MARE
ILE LIFOU
ILE DES PINS

La misión de Balade

301 : Primeros franceses

31 diciembre 1843. – Pierre Rougeyron a Claude Joseph Favier

Port Balade, Nueva Caledonia. Reverendo padre,

[1] Llegado por fin al término de nuestro largo viaje y tras haber pisado tierra en Nueva Caledonia, objeto durante tanto tiempo de nuestras conversaciones y vivos deseos, una de mis primeras ocupaciones es echar una mirada a la travesía que hemos realizado para contarle algunos detalles de nuestra navegación. Me siento feliz pensando en usted y en la casa del noviciado; sus sabios consejos me guiarán y la esperanza de que rezará por mí me sostendrá en las pruebas. Esta vez no podré entrar en muchos detalles; seguramente puede imaginar fácilmente los apuros que conlleva una primera fundación, y que dentro de pocos días la corbeta *Bucéphale* debe zarpar.

[11] Por fin, el día 21 de diciembre llegábamos y nos establecíamos en Nueva Caledonia. Me sería imposible contarle en este momento todo lo sucedido desde que pusimos pie en tierra. Por otra parte, podría haber materia para una larga e interesante carta. Esta nueva patria puede tener unas ochenta por quince leguas de extensión. Aún no he visto un país que me recuerde tanto la Auvernia como esta gran isla, con sus altas montañas, ricos valles y magníficas cascadas.

Monseñor Douarre ha comprado una pequeña propiedad, donde tenemos un gran manantial de un agua buenísima. Ahora se nos está construyendo una casita en otro lugar de la isla en el que vamos a vivir. Seguramente somos los únicos europeos que viven en este país salvaje. Hasta el momento los indígenas nos han recibido bien; no sabemos si su recibimiento es sincero, porque el miedo al

navío puede servir de mucho. Pero esperamos que después sea igual, porque la providencia vela por sus misioneros y María por sus hijos.

Vamos a comenzar nuestro apostolado; esperamos que al principio será un apostolado de paciencia y de oración. Nadie tiene tanta necesidad como nosotros de la ayuda de lo alto, pues, abandonados en medio de un pueblo que quizás sea para nosotros más feroz que los tigres, sólo Dios será nuestra defensa. Lo que nos anima y nos hace felices es pensar que la querida Sociedad de María no cesa de rezar por nosotros, que nuestros hermanos religiosos nos recuerdan cada día en el santo sacrificio. Y nos sentimos fortalecidos por la conmovedora comunión de oraciones que existe entre los socios de la Propagación de la Fe.

[12] Tenemos la esperanza de que dentro de unos meses venga a visitarnos un nuevo buque de la marina real, que nos traiga ayuda y nuevos compañeros. Tenemos que estar muy agradecidos al señor almirante Du Petit-Thouars, al señor gobernador Bruat, al señor comandante Laferrière y a todos los oficiales del *Bucéphale.* Han sido admirables con nosotros y con todos los neófitos de todas las misiones que hemos visitado. Puedo afirmar sin exagerar que el señor Laferrière ha tenido siempre el celo y la entrega de un misionero.

Sírvase…. Rougeyron, misionero apostólico.

304 : Primeras observaciones

10 enero 1844. – Guillaume Douarre a Jean Claude Colin

Nueva Caledonia, Port Balade. Reverendo padre,

[19] Si no termino hoy la carta, al menos espero adelantarla mucho. La víspera de santo Tomás, el 20 de diciembre, vimos muchas y magníficas cascadas de Nueva Caledonia, al anochecer del mismo día echábamos el ancla y el día siguiente, fiesta del apóstol de las Indias, me arrodillaba en ese tierra tan deseada y ponía mi misión bajo la protección de María y de ese gran santo. Creía que encontraría allí protestantes, pero gracias a Dios sólo hay infieles. Un barco había abordado poco antes y dejó allí unos

salvajes de una isla vecina para que les preparasen el camino; si hubiera sido para otra cosa se habrían engañado, pues esos desventurados no saben en absoluto lo que es un cristiano.

[20] He quedado gratamente sorprendido: los nativos, tan feroces según dicen, han estado atentos conmigo; me adentré bastante en su tierra con un misionero, sin tomar precauciones, y no tengo quejas de ellos; me han ayudado a pasar los arroyos y se han apresurado a asignarme un terreno para mi choza, que se construye actualmente al lado de la de un jefe, y a proveerme de lo necesario.

[21] Estos pueblos están poco adelantados, tienen una chozas pobrísimas y no llevan vestidos, sobre todo los hombres. Las mujeres llevan un cinturón de dos o tres pulgadas de ancho en la cintura. El país podría tener grandes recursos, pero habría que introducir bastantes cosas. No tienen el recurso del árbol del pan, sino sólo cocoteros, de los que comen hasta la cáscara. He visto pocos bananeros; tienen taros, ñames también, algunas gallinas, cerdos no; menos mal que la tripulación del *Bucéphale* nos dará algunos para repoblar la isla. Tenemos un carnero y una oveja, algunas gallinas, patos, y tras la carestía llegarán probablemente tiempos más felices.

El jefe, al lado de cuya choza se levantará la mía, quiere cederme un terreno que le pertenece junto a un magnífico arroyo. Si podemos hacernos con animales, la situación de los misioneros será pasable, hay tantos prados que será fácil mantenerlos. Creo que la viña se dará bien; la temperatura me parece excelente. Tendremos un precioso jardín que regaremos sin dificultad, peces en el riachuelo que corre al lado de nuestra futura vivienda, de modo que, podemos esperar que la misión vaya bien cuando hayan terminado los gastos de los comienzos.

[22] Cuento con hacer esos gastos sólo durante seis meses, después de la visita del segundo navío, para saber en qué términos nos encontraremos con nuestros diocesanos; y entonces gastaré lo poco que me quede en los animales y las provisiones para los misioneros. Procuraré tener también una pequeña embarcación para visitar las varias chozas dispersas al borde del mar.

[23] Lo peor es que los nativos están totalmente diseminados, con apenas una decena de chozas cerca o en los alrededores de la del jefe en cuestión. He creído prudente establecerme primero cerca de él porque me sería más fácil aprender la lengua y tendría

además más seguridad. Cuando la conozca iré a ocupar la vivienda de la que ye le he hablado, cerca de la cual me resultará más fácil abrir una toma de agua. La que está cerca del mar no nos ofrecería mucho partido, ni siquiera por ser la más central.

[24] Probablemente el Señor tiene algún plan para esta misión. Le había dicho que el padre Viard iba a marchar para estar con monseñor Pompallier; pero como hay dos lenguas, resulta que el padre comprende en parte una sola, y para avanzar mi misión consiente en quedarse conmigo seis o siete meses hasta que yo pueda desenvolverme solo.

[25] Ya ve, padre, lo que hacen sus hijos. Y lo que más le consolará es que, cuando la isla esté bajo la protección de Francia y el gobierno establezca aquí una colonia, tendrá que establecerse en Port Balade, cuyos alrededores pueden alimentar fácilmente más de diez mil personas. Nos es fácil establecernos detrás de las montañas y garantizar a todos los nativos el contacto con los franceses. Además le diré que el P. Viard cree que será menos peligroso que el de los ingleses, del que se le ha hablado tan bien; no valen más que los nuestros y su presencia no puede servir de ayuda alguna para sus misioneros; tenemos la prueba de Nueva Zelanda.

[26] Continúo, padre y siempre con la misma franqueza. En su carta a Mons. Bataillon, creo que usted no hablaba de nuestra misión auvernesa; se contentó con decir a Su Excelencia que me establecería con Roudaire en Nueva Caledonia; usted sabe lo que nos prometió y me atrevo a contar con ello. Dejo a monseñor provisionalmente los dos hermanos y los padres Roudaire y Favier sin que por eso haga cesión de mis derechos; y digo mis derechos, porque su palabra lo es todo y tiene para mí tanta fuerza como un escrito totalmente en regla. Monseñor puede conocer bien las necesidades de su misión, pero está demasiado lejos para conocer las de la mía, y como conoce sus proyectos a través de mi persona, me considerará un vicario general y me enviará fondos y personas si le conviene.

Quiero pensar que mis miedos carecen de fundamento; sin embargo, permítame que le diga que conozco bastante a los hombres para poder contar con algo positivo. Lo rayos del sol alcanzan a toda la tierra y sin embargo no calientan igual todos los lugares. Resumiendo, mi deseo es que le haga saber usted a Mons. Bataillon cuáles son sus planes sobre la misión auvernesa y que tenga la bondad de designar los sujetos que deben estar conmigo y los

fondos y objetos que me envía para ello. Si no se hace así, podría surgir alguna nube que enturbiara las cosas.

[27] El día de Navidad tuve la alegría de celebrar en tierra, en el emplazamiento de mi choza, el santo sacrificio. Los nativos se comportaron bien; el recogimiento de los oficiales, los marineros armados y la colocación de las mujeres en un lado y de los hombres en otro, dispuesta por el padre Viard, contribuyó a hacer más imponente la ceremonia. Yo estaba muy emocionado y supliqué encarecidamente a Dios misericordioso que mirara con compasión a estos pobres pueblos. En el templo de la bóveda celestial, con un sol espléndido, me rodeaba un pueblo más ignorante que los pastores, que sin embargo oyeron, -o a quienes más bien se aplicaron- las palabras del ángel: "Gloria a Dios en los cielos y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor".

[28] El capitán Laferrière está encargado de proponer a los jefes la protección de Francia; aún no lo ha hecho. Cuando haya decidido algo, continuaré la carta para notificárselo.

> Laferrière se reúne con Païama, jefe del pueblo de Balade,con Pakili, jefe de la tribu de Pouma, Tchapéa, jefe de Bondé y Teneudi-Tombo, jefe de la tribu de los Kumae, Los jefes aceptan la protección francesa, que a causa del "asunto Pritchard" jamás será ratificada.

[29] Ese asunto ya ha terminado. Los jefes principales han dado su adhesión; pero le pido que no hable de ello hasta que no se haga público. No se inquiete por la misión, nos será muy fácil encontrar puntos suficientemente alejados para que nuestros neófitos no estén expuestos a peligro alguno.

[30] El P.Viard y yo hemos penetrado bastante adentro; idéntica recepción en todos los sitios, mismas atenciones, ninguna huella de los protestantes que estuvieron en Port Saint Vincent y del que marcharon después no sé por qué.

En Nueva Caledonia tenemos habitantes de las Hébridas, que nos serán muy útiles en esta misión. Los protestantes han abandonado también esos parajes. Me parece que sería muy importante ocupar lo más pronto posible los puntos principales; pero para eso se necesitarían muchos misioneros y con buena salud, porque las correrías serán largas y pesadas y difícil procurarse alimentación,

porque este país no ofrece más recursos que los del cultivo y los animales. No sé, reverendo padre, si ya le dije que dentro de unos meses procuraré hacerme con unos cuantos.

[31] Es cierto que en misión uno se contenta con poco, pero hay que tener ese poco. Hemos recorrido unas quince leguas por el interior sin encontrar frutos para comer a no ser algún coco que otro. La caza, o mejor dicho los patos salvajes, son muy abundantes. También la pesca ofrece alimentos. Y no es que eso nos desespere; al contrario, contamos mucho con la providencia y nos alegra ver que los corazones son ya nuestros.

[32] A pesar de todo, no quisiera darle excesiva seguridad, o, para decirlo con mayor exactitud, falsas esperanzas. Estas gentes son muy infantiles y se irritan pronto; también son ladrones y podrían hacernos algunas diabluras. Sin embargo me atrevo a esperar que todo irá bien.

[33] Resumiendo, padre, me parece que , sea cual sea la suerte de este país, la misión de Nueva Caledonia ofrece grandes posibilidades de éxito, porque los puntos a ocupar se encuentran cerca del mar y apenas a tres leguas del interior; lo que yo he visitado podría alimentar a treinta mil habitantes siempre que se atendiese la agricultura. La tierra es demasiado grande para no encontrar espacios apropiados para asentar en ellos una población mucho más numerosa que la que tiene ahora Nueva Caledonia.

Las riberas del mar del lado de Port Balade apenas cuentan con trescientos habitantes en varias leguas de extensión. A una distancia de tres leguas hay un precioso río que atraviesa una llanura de varias leguas. Yo lo he remontado al menos durante doce leguas. Las riberas del río están cultivadas, pero muy por encima, y no creo que en todo ese espacio haya tres mil habitantes, cuando fácilmente podría haber cincuenta mil si la gente fuera menos perezosa, pues la tierra les podría alimentar fácilmente.

Y si hablamos del interior, la isla tiene allí otros terrenos bastante fértiles para unos dos o tres mil individuos, que ocupan un suelo capaz de alimentar a más de cincuenta mil personas. Y lo que parece confirmar mi opinión es que estos salvajes parecen poco apegados al suelo que los ha visto nacer, pues Nueva Caledonia está habitada por un número elevado de nativos de Nuevas Hébridas.

[34] Como los lugares donde habitan están bastante alejados unos de otros, habrá que perder mucho tiempo para recorrerlos y por lo tanto se necesitará mayor número de misioneros. Como en Nuevas Hébridas no tienen, sería oportuno enviar algunos allí lo más pronto posible, y haríamos que los acompañaran los neófitos que habríamos formado aquí. Sopese todo eso y vea después lo que tendrá que hacer: el asunto merece ser reflexionado.

Nueva Caledonia y Nuevas Hébridas, bastante cercanas y pobladas, ocuparán un buen número de misioneros y a causa de su cercanía se ahorrarán gastos. La penuria no puede durar extremadamente. Voy a adquirir una pequeña propiedad para labranza y cuidado de animales. Trataré de poseer algún terreno en todos los lugares que me parezcan apropiados para fundar una misión.

Hecho esto, nuestra alimentación estará casi asegurada con nuestro propio trabajo. Me habría gustado disponer de un poco más de tiempo para cuidar mi escritura y enviarle algo más correcto. Reverendo padre, discúlpeme, mis ocupaciones se multiplican. Le mantendré al corriente de todo, exitoso o no, nada quedará en el olvido.

Usted, reverendo padre, tenga la bondad de pensar en nosotros, porque sin usted no podemos hacer nada. Le ruego que encomiende mi misión a las oraciones de la comunidad, que no olvide dar recuerdos a los padres y a los hermanos, sin olvidar a ninguno, que me disculpe si olvidé algo en lo que le he dicho, y sírvase aceptar con la nueva seguridad de mi respetuoso afecto y hondo agradecimiento cuanto se pueda encontrar en el corazón del más tierno de los hijos. En calidad de tal, me atrevo a darle un abrazo.

Guillaume Douarre, obispo de Amata.

452 : La primera y difícil instalación

Enero 1846. – Pierre Rougeyron a Claude Joseph Favier.

Nueva Caledonia. Reverendo padre,

[1] El 18 noviembre 1845 recibí sus apreciadísimas cartas por mediación de Su Eminencia monseñor Epalle, que nos ha hecho el honor de pasar unos ocho o diez días con nosotros. Nuestra alegría fue inmensa al recibir una visita tan preciosa: visita de amigos,

abrazos de hermanos. ¡Tanto tiempo solos! ¡Tanto tiempo viéndonos como abandonados por el resto del mundo!

Permítame, reverendo padre, esta humilde confesión: al ver ese colegio de apóstoles que rodeaba a Su Eminencia, cometí un pecado de envidia. ¡Ay, Señor!, me decía interiormente, no están destinados a nuestra isla, que los necesita tanto, y donde harían un bien tan grande. Pero no, no hay que pensar en ello, en que nuestra querida Caledonia está olvidada, abandonada. Esos eran los sentimientos que agitaban mi alma.

Pero me equivocaba; no es así. Nuestra querida Caledonia no está abandonada. Usted reza por ella todos los días, me lo atestigua su amable carta. […]

[3] Dada su condición de ecónomo y la mía de ayudante, pues me ocupo de la cocina a causa de la ausencia del hermano Blaise, le voy a decir unas palabras sobre los primeros meses de nuestra estancia en Nueva Caledonia.

[4] En cuanto el navío en que viajábamos echó el ancla, descendimos a tierra. No es nada fácil expresar los sentimientos que agitaban nuestras almas al ver esta nueva patria adoptiva que vinimos a buscar desde tan lejos; los ojos buscaban otra Francia, pero, ¡ay!, sólo encontraron montañas altísimas, áridas, y hombres, me atrevo a decirlo, semejantes a los animales.

Cuando vimos una choza más alta que las otras, nos figuramos que era la de los protestantes. El P. Viard, que conocía un poquito la lengua de unos walisianos que vivían en Caledonia, creyó comprender que había unos ministros ingleses residiendo no lejos de allí; pero no, éramos los únicos blancos en la isla. Bendijimos sinceramente a la providencia.

[5] Escoltados por varias centenas de salvajes armados de lanzas y rompecabezas, nos dirigimos hacia la choza del jefe. Durante el trayecto, que duró una media hora, no sé cómo, nos vimos todos aislados unos de otros; nada más fácil para matarnos. Llenos de asombro, los salvajes no podían dejar de mirarnos. Frecuentemente nos paraban para poder contemplarnos más cómodamente. Éramos ciertamente las bestias curiosas del país. Hacía más de sesenta años que no había aparecido ningún barco por esta zona de la isla.

La mayor parte de ellos no se contentaban con mirarnos; también querían tocarnos para asegurarse de que éramos hombres como ellos. Uno nos cogía la mano, otro el brazo; éste tocaba a tien-

tas lo que encontraba en los zapatos; aquél iba a escondidas por detrás y levantaba los pantalones hasta la pantorrilla. Allí se detenía y, orgulloso de su descubrimiento, iba a contar a los demás que teníamos piernas y pantorrillas como ellos. Los que acababan de oírlo, no pudiendo dominar su curiosidad, también iban a vernos. Y eran aún más importunos; nos pedían poder tocarnos.

Concedido el permiso, se hallaban tan contentos de disfrutarlo que no podíamos liberar nuestras piernas de sus manos y caminar. Seguramente debían ver gustoso ese trozo de pantorrilla, porque vimos cómo castañeaban los dientes de gozo. Apretaban los labios y se tragaban la saliva. Me pareció oírles decir: ¡Qué bueno estará este trozo bien asado! ¡Qué tierno, qué graso y qué grande! ¡Bien cebado!

[6] En el camino encontramos un árbol muy frondoso que nos invitaba a descansar a su sombra; nos sentamos allí un rato. Allí monseñor se postró de rodillas en tierra, con los ojos bañados en lágrimas. Su oración fue breve, pero debió ser muy ferviente. ¡Tenía tantas cosas que pedir al cielo ese piadoso prelado para esta tierra infiel!

[7] Llegados donde el jefe, nos mandó sentar debajo de unos cocoteros y nos presentó cocos para beber; aceptamos gustosos, pues el cansancio y el calor eran fuertes. Tras intercambiar como pudimos algunas palabras mediante el P. Viard, entregamos algunos espejos. Su sorpresa fue enorme; veían sus caras y veían a los demás; y muchas veces trataron de coger a quienes creían que estaban escondidos detrás del cristal. Le dijimos al jefe que queríamos quedarnos en su tierra y que nos asignara un terreno para construir nuestra cabaña, cosa que hizo de todo corazón pues estaba muy satisfecho de que viviéramos en su tierra.

[8] Como el barco no debía quedar allí mucho tiempo, los marineros con dos hermanos nos construyeron una choza a toda prisa. Tenía una forma algo semejante a una jaula de pájaros, con los costados de bejucos, a través de los cuales se podía pasar fácilmente la mano, y el tejado cubierto por pajizo del país. Como sólo teníamos provisiones alimenticias para algo así como un mes, el barco tuvo compasión de nosotros y nos dejó harina para tres o cuatro meses. Habría querido dejarnos más, pero en ese momento se hallaban necesitados. Nos dieron la esperanza de que dentro de cinco o seis meses llegaría otro barco estatal con nuestros bultos que quedaron en Francia al marchar.

[9] Cuando llegó el momento de partir, el *Bucéphale* desplegó velas y abandonó el puerto de Balade saludando a monseñor con siete cañonazos. Echados en riberas salvajes, en medio de un pueblo desconocido, únicos blancos en una gran isla de 80 leguas de largo y 20 de ancho, sin ayudas… ¿qué será de nosotros después de la marcha del barco protector, qué suerte nos está reservada?

Si no hubiera sido misionero, y misionero marista, habría caído en el desaliento, pero María reanimó al instante nuestra fe, y el sacrificio de nuestra vida se renovó. Pero, oh debilidad humana, gruesas lágrimas cayeron de mis ojos hasta que vi desaparecer por el horizonte los mástiles del navío de la patria. A siete mil leguas de Francia, aún se la ama y todo lo que la recuerda.

[10] No nos cabe duda, fueron detenidos por una mano invisible. A pesar nuestro, querían entrar en la casa. Escalaban las paredes, tanto de día como de noche, perforaban el tejado. Varias veces encontramos carbones apagados junto a la casa; y no nos extrañó porque multitud de veces nos amenazaron con prender fuego a nuestra choza. Sin embargo no pasó nada. Nos han perseguido por los campos y hasta nuestra casa con tiros de honda.

Más de diez cerdos, a los que no queríamos tocar para que pudieran multiplicarse en esta isla carente de recursos, fueron atravesados por sus lanzas. Y nosotros también fuimos amenazados varias veces con ese arma mortal. ¿Quién ha retenido el brazo de esos salvajes, prestos a golpearnos, quién ha hecho que se apagaran los carbones encendidos encima de nuestro tejado? En una palabra, ¿quién es el que ha impedido que esos hombres sin ley, sin jefes para castigarlos, sin religión, sin sentimientos humanos, sin previsión…nos saquearan y nos mataran? Dios, sí, Dios solo, a quien María le ha interesado por nuestra suerte.

Seríamos los hombres más ingratos si no reconociéramos ese favor del cielo. Pero no lo seremos, oh providencia divina. No, otros no te reconocerán, pero nosotros te invocaremos más que nunca. Te alabaremos, te bendeciremos, Señor, y nuestro sufrimiento es saber que hay hombres que se niegan a creer en tu solicitud maternal. Si supieran lo que nosotros sabemos, creerían; que traten antes de abandonarse en manos de la providencia y verán, y creerán y encontrarán remedio a sus males. Dios lo ve todo, lo puede todo.

[11] Padre, quizás piensa que mi primer afán fue correr tras la almas. Pues no. Lo habríamos deseado pero no pudimos hacerlo. Al ignorar la lengua, que por cierto es de las más difíciles de

comprender, solo hemos podido estar ante ellos como si fuéramos mudos. ¿Qué hemos hecho? Pues como carecíamos de toda provisión material, hemos trabajado para ganarnos el pan con el sudor de nuestra frente.

Mons. Douarre se despojó de sus insignias episcopales; el primero en darnos ejemplo de trabajo como de las demás virtudes, desde entonces hasta hoy olvidó su condición de obispo para confundirse con los hermanos, o más bien recordó que llevaba el peso del episcopado; padre en la indigencia, ha querido procurar a sus hijos hambrientos algunos trozos de pan.

Desde ese momento, nada le costaba; los trabajos más duros y más humillantes eran suyos. El episcopado tiene algo de brillante fuera, en los países civilizados; pero en las misiones, sobre todo en las que comienzan, el que acepta esa mitra pesada lo que tiene de verdad es entrega y fortaleza de ánimo. Hay que haber estado en las misiones para comprender lo que digo y lo que no digo.

[12] Y ahí tiene al señor obispo y a los padres y hermanos poniéndose una blusa, ya que las sotanas son para el domingo y las sotanillas para las salidas por la isla; había que economizar. Para defendernos de las invasiones de los salvajes, hacíamos guardia alrededor de nuestra choza y se organizó una defensa para salvarla. El que violaba la consigna era perseguido a latigazos por el hermano Jean Taragnat, que era el encargado de las expediciones.

Si amenazaban con revolverse, el hermano sacaba del bolsillo un grifo, que esos necios tomaban por una pistola; aunque esa mala pistola no tuviera gatillo, ya era más que suficiente para hacerlos huir; de miedo que tenían, les faltaban piernas para correr. Pero había algunos más atrevidos que desafiaban a nuestra terrible pistola aunque creyeran encontrar con ello la muerte.

[13] Creo haberle dicho que tenemos un poco de harina, una fortuna en un país sin recursos, pero necesita preparativos para transformarse en pan. Se necesita un horno; y ¿cómo hacer un horno sin ladrillos, sin piedras, sin cal? No se puede hacer sin esos materiales, que existían en la isla pero había que recorrer más de una legua para buscarlos, y nuestras fuerzas no nos lo permitían.

Se necesitaba una embarcación. El hermano Jean nos hizo una. En cuanto estuvo acabada, cambiamos de oficio. De leñadores pasamos a ser marineros. No remábamos del todo mal para ser aprendices. Y sobre todo era monseñor quien se llevaba la palma. Pasamos más de un mes acarreando piedra y tierra para nuestro

horno. Usted quizás esté pensando que ya habíamos acabado los preparativos. Pues sí, si hubiéramos estado en un país civilizado. Si en Caledonia hubiera habido algún vendedor de ladrillos, nos habríamos librado de hacerlos, pero no había, como tantas cosas.

Así que con la tierra arcillosa a nuestra disposición nos pusimos a hacer ladrillos. Una vez hechos, había que secarlos, y una vez secos había que cocerlos día y noche. Jamás imaginarán en un país civilizado lo que está uno obligado a hacer y pasar para obtener un pequeño resultado en un país salvaje.

[14] Preparadas ya las piedras y los ladrillos, nos faltaba la cal, pues la tierra arcillosa no cimentaba suficientemente. ¿Y de dónde sacar sal? porque en Nueva Caledonia no hay hornos de cal. Con marea baja, dirigimos nuestro débil esquife hacia los numerosos bancos de coral que bordean la isla, y allí hicimos provisión de coral, pero no sin dificultad porque había que sumergirse a menudo en el agua para sacarlo.

Varios días de trabajo de ese tipo fueron suficientes de momento para obtener cal suficiente. Cocer el coral y después dejarlo verter fue la tarea de varias semanas más. Finalmente llegó el momento de fabricar ese horno, ya célebre en nuestros archivos.

Algunos días después de acabar de llevar los materiales, nos robaron la embarcación. Apareció gracias al hermano Jean. Esa obra de romanos había acabado, es cierto; pero surgieron otras dificultades. ¿Dónde amasaríamos el pan? Sólo teníamos una pequeña marmita. ¿Y dónde encontraríamos la levadura? A los vecinos no se les podía pedir…¿Y quién hará de panadero?

El hermano Jean hizo desaparecer la primera dificultad fabricando un arca; yo me encargué de suprimir la segunda diluyendo harina con vinagre y dejando que la pasta se agriase. Monseñor hizo desaparecer la tercera al encargarse de hacer el pan. El día de nuestra primera hornada fue un auténtico día de fiesta.

Íbamos a comer pan, que ya es decir. Se coció después de la cena, pero como nuestra cena no nos llenaba mucho el estómago, cortamos un buen mendrugo; aunque estaba un poco quemado, el padre Viard y yo lo encontramos tan delicioso que creo que pecamos de gula al comerlo.

[15] Desde entonces nuestra mesa estaba mejor servida, trabajábamos con más energía. En poco tiempo, recogimos otros materiales para hacer un pozo, porque no teníamos nada de agua en nuestra vecindad. Fue toda una satisfacción encontrar agua a tan

solo doce pies de profundidad. Nosotros no fuimos como los marineros, que nos cavaron un verdadero pozo, pero como no quisieron asegurarlo, el terreno se corrió y el pozo se hundió. Nosotros lo construimos, y quedó sólido. El agua, aunque un poco salobre, no era mala; no era como la de Puylata, pero estábamos acostumbrados a contentarnos con lo bueno, sin ansiar lo excelente.

[16] Tener un huerto nos era indispensable. El hermano Blaise, con quien contábamos, acababa de sufrir una caída, que le retenía en casa. Monseñor y un servidor emprendimos otro oficio; con una pala y un pico a cuestas, íbamos diariamente a roturar nuestro huerto, que parecía una selva. Nos costó muchos sudores y fatigas y no nos resultó de gran utilidad. Las semillas que teníamos, demasiado viejas sin duda o bien dañadas por el mar, nos hicieron esperar unas seis meses, otras diez, y otras quince, para obtener otras semillas con que renovarlas. Ya ve, reverendo padre, que no se hace lo que se quiere y que los preciosos sueños que construimos con la imaginación raramente se realizan.

[17] Como puede ver, nos ocupamos primero de las cosas indispensables y después vinieron las útiles. Desde hace seis meses vivimos como en una especie de casa de animales, con nuestros cerdos, nuestras gallinas y nuestro carnero. Llegó el tiempo de separarnos de nuestros compañeros, y los establos eran necesarios.

Acabados los establos, pudimos soñar al fin con alojarnos más decentemente. Se construyeron pequeñas celdas de bambú en nuestra granja porque ya tenía esa forma. De ese modo queríamos procurarnos bienestar, pero no sabíamos lo que nos iba a costar. Para obtener bambú fuimos varias veces a altas montañas, y con peligro de nuestra vida.

[18] Era el momento de tomar un poco de descanso. Habían pasado seis meses en trabajos superiores a nuestras fuerzas. Deseábamos ese descanso. Estábamos agotados; pero “el hombre propone y Dios dispone”. Nuestra choza, con sólo seis meses de antigüedad, amenazaba ruina; se habían podrido las maderas. ¿Qué hacer?.

Iniciar una nueva construcción cuando acabábamos de terminar nuestro último trozo de pan, iniciar nuevos trabajos, aún más pesados, en un momento en el que el veneno circulaba aún por nuestras venas porque acabábamos de envenenarnos comiendo un pez, nos parecía algo imposible. El Señor nos dio fuerzas. Comenza-

mos la nueva vivienda a una legua de donde vivíamos. ¡Cuántas penas nos ha costado! Todos los días, después de desayunar algunos ñames, nos íbamos a recoger piedra. Tardaba en llegar el anochecer para tomar nuestra segunda comida y tomarnos un poco de descanso.

Durante esa labor cada uno tenía su función: Monseñor hacía de aprendiz de albañil, o más exactamente, llevaba el mortero al hermano Blaise. El padre Viard llevaba la comida a los trabajadores. Yo tenía la misión menos penosa: era cocinero, pinche, guarda, todo lo que usted quiera. La función de guarda, que usted puede considerar la más cómoda, fue la que más me fatigó. Hubo varios días en los que tuve que defenderme a mi mismo y defender la casa contra más de mil salvajes. Pero la providencia velaba conmigo, mejor dicho velaba ella sola, porque nada nefasto sucedió. Querían robar, pero no hacerme ningún otro mal.

[19] Padre, me parece que le oigo preguntarme: ¿pero habéis acabado esa casa? Pues sí, la hemos acabado y vivimos en ella. Además hemos roturado nuevos huertos y abandonado el primero. Con el cambio no hemos perdido nada.

Le ruego que no olvide presentar mis saludos al reverendo padre Maîtrepierre y al reverendo padre Cholleton, y a todos aquellos que componen su querida familia de la Favorite.

Todo suyo en Jesús, María y José,

Rougeyron, misionero apostólico marista.

[24] Nuestro provincial, el reverendo padre Calinon, y el padre Dubreul acaban de visitarnos. Tanto tiempo como hemos pasado en la miseria, nos vemos ahora en la abundancia; este excelente procurador era el que necesitábamos. Tiene muchísima experiencia y nada iguala su actividad y su solicitud paternal.

De monseñor Epalle no puedo darle ninguna noticia. No hemos sabido nada de él desde que salió de Nueva Caledonia.

454 : Un convertido: Louis Tadinan

2 enero 1846. – Pierre Rougeyron al señor Gamon, ecónomo del seminario mayor de Clermont.

Nueva Caledonia. Señor ecónomo,

[1] En mi última carta le prometí hablarle más extensamente de la nueva misión de Caledonia. Hoy voy a procurar ser fiel a mi palabra. No me detendré en las miserias pasadas; no pueden faltar en los comienzos de una misión. El hambre, la sed, la desnudez, los peligros en mar y tierra no han sido nuestra cruz más grande. El ejemplo del divino maestro y del apóstol de las naciones, de todos los que nos han precedido en la carrera apostólica, estaba siempre ante nosotros para animarnos y darnos fortaleza. Sufrir es la gloria del misionero.

Tampoco le hablaré de los trabajos corporales que hemos realizado porque uno es medio misionero si no coge en su momento y lugar la pala, el pico y el hacha. Lo que animaba nuestro ardor en las tareas era que no trabajábamos para nosotros, ni para la misión, sino para María, nuestra madre y superiora.

En nuestra Sociedad hay una regla que nos manda que cuanto poseamos lo poseamos como arrendatarios de María: todos nuestros bienes y casas, ya sea en Francia ya en otros países, pertenecen a la Sma. Virgen. Nuestro reverendísimo padre superior, para cumplir con su gran piedad a la reina de los cielos, ha querido que tengamos un acto auténtico en el que reconozcamos a María como dueña y señora de toda la Sociedad y de la misión. Si se trabaja de corazón bajo el dominio de una dueña tan buena, se tiene asegurado un buen salario.

[2] En nuestros países civilizados se suele creer que basta con que el misionero aparezca entre los salvajes para ganárselos para Jesucristo, pero no es así, al menos en nuestra misión; sólo hemos encontrado frialdad e indiferencia, por no decir nada más. Estamos convencidos de que gracias a tantas almas fervientes que rezan fervorosa y constantemente por nuestra pobre gente de Nueva Caledonia, ahora los corazones de la mayoría están cambiados. Ya no se ríen de las santas verdades de nuestra religión. Nos escuchan y les agrada escucharnos, y no huyen cuando les hablamos de salvación. Incluso nos buscan.

Pero no contamos aún con ningún cristiano, porque antes de recibir este importante sacramento tienen que ser probados. Sin embargo, tenemos algunos catequistas que serían dignos de recibirlo, pero el Señor tiene sus elegidos en todas partes.

Sin detenerme a hablar de una mujer, guiada a nosotros por la gracia para ser instruida y que ahora es el apóstol de su pueblo, quiero darle algunos rasgos edificantes de un niño de ocho a diez años de edad, Louis Tadinan. Un día que le estaba hablando del valor de las almas, me interrumpió bruscamente y me dijo: padre, siento en mi corazón el deseo de ir a enseñar la religión a los que no la conocen. Querría ir a todos los lugares, como los apóstoles, y después morir como ellos por Jesucristo.

Está bien, le dije, sé fiel a Dios, que te empuja a trabajar por la salvación de tus hermanos. Y ha sido fiel a la gracia; desde ese momento, ardiendo de celo, busca las ocasiones de dar a conocer a los demás a nuestro divino Maestro. Va solo a los pueblos del entorno, hasta una legua de distancia, a catequizar a hombres, mujeres y niños. Y me acompaña a las salidas lejanas.

Cuántos niños habrían muerto sin bautizar a no ser por él. Su celo le hizo descubrirlos a todos. Cuando estoy charlando con los infieles y voy a sentarme un rato, veo al pequeño catequista alejarse de mí. ¿Dónde va? A informarse si hay algún niño sin bautizar, o algún enfermo a quien asistir.

[3] Este niño catequista habría deseado acompañar a Mons. Epalle cuando pasó por aquí; ¡como si su celo no tuviera bastante con un campo tan amplio como Nueva Caledonia! Aquí, decía, se conoce poco a Dios, pero en las islas Salomón, donde va monseñor, no se le conoce nada. Querría ir allí pero desearía ser bautizado antes, porque podría suceder que me mataran.

A pesar de su enorme deseo de partir, se notaba en él una especie de malestar. Yo lo adiviné, habría querido un compañero de su país cuya lengua pudiera comprender; me ofrecí y me aceptó al instante. Iba a despedirse de sus padres, a los que ama mucho. Nosotros vimos su celo y su buena voluntad y eso nos bastó.

[4] Últimamente cometió una falta que nos habría hecho dudar de sus sentimientos si justo después no hubiera hecho penitencia. Le había dado yo un rosario, que unos días después él dio a uno de sus amigos. Hasta ahí el mal no había sido gran cosa, pero me negó haberlo dado y mantuvo que lo había perdido. Así habían quedado las cosas, cuando al día siguiente, estando solo, me con-

fesó su falta, pero de un modo tan conmovedor que llegué a llorar; me dijo llorando: ¡Soy culpable! He mentido. Me siento tan mal que no he podido dormir en toda la noche. Tengo mal de vientre; pida que el Señor se digne perdonarme, prometo no volver a mentir jamás. Ha sido fiel a su palabra, aunque ese vicio esté tan arraigado aquí.

[5] Nos hace de pastor mañanas y tardes. Se cuida de las pocas cabras y borregos de nuestro rebaño. Si viniera a Nueva Caledonia, lo vería sentado en medio del rebaño rezando piadosamente el rosario. Yo le enseño a leer, y ya está empezando a comunicar su saber a los otros.

[6] Ya ve, mi siempre querido señor Gamon, que el Señor no nos deja sin consuelos. Este niño es jefe, y podrá ayudarnos mucho; ya ha formado cuatrocientos catequistas en diversos puntos de la isla. Con ello, el Señor nos está demostrando que, cuando le place, los instrumentos más débiles obran prodigios si están en sus manos. Una mujer, un niño van a ser –así lo esperamos– la causa de la conversión de la isla. Y entonces podremos decir con verdad: sí, no somos nosotros quienes convertimos sino la gracia, la gracia sola; nosotros somos platillos sonoros en sus manos.

[7] No puedo terminar la carta sin hablarle de los buenos ejemplos de Su Eminencia, que yo he visto todos los días. Su celo no tiene límites; parece que tiene alas para ir a todas las tribus. No le asustan ni las diez leguas diarias ni los ardientes rayos del sol. Su actividad ordinaria parece haberse redoblado en Nueva Caledonia. Es frecuente verle soportar el peso del calor y de la fatiga desde la mañana a la tarde. Trabaja con los hermanos, y cuando están cansados, Su Eminencia no lo está.

Si se viera transportado a Nueva Caledonia algún día, lo vería manejando la pala, el pico, o llevando mortero, o con un hacha en la mano cortando leña. A veces no puedo contener las lágrimas al ver al obispo mezclado con los hermanos y los salvajes, haciendo tareas tan duras. Nos hemos visto obligados a ganarnos el pan con el sudor de nuestra frente, pero eso no nos ha entristecido porque no hemos olvidado que, como hijos de Adán pecador, todos estamos condenados al trabajo

Tenga la bondad de transmitir a todos los directores del seminario mayor mi sentimiento de respeto y agradecimiento. Con todo afecto en Jesús y María. Rougeyron.

456 : Del hambre a la abundancia

3 enero 1846. – Pierre Rougeyron a sus hermanos en religión

Nueva Caledonia, reverendos padres y hermanos.

[1] El día 25 de septiembre 1845 nos llegó vuestra encantadora carta en la corbeta el *Rhin.* Un día bendito entre tantos otros "este es el día en que actuó el Señor", nos dirá nuestro profundo desamparo. Habían transcurrido más de veinte meses y aún no habíamos recibido nada aunque estábamos esperando ayuda en el mes sexto. Monseñor, con ese generoso corazón que ya conocéis, se llenó de piedad al ver la miseria que envolvía a nuestros queridos hermanos en sus islas pensando que no nos volvería a ver. Se había desprendido de cuanto nos habría sido indispensable para aliviar a nuestros hermanos enfermos.

¿Y qué se hizo ante esa situación? Pues que al cabo de algunos meses, al no tener nada que llevar a la boca, tratamos de ganarnos el pan con el sudor de nuestra frente, pero fue mucho lo que sudamos y poco lo que recogimos para mantener nuestra pobre existencia, debido a varios incidentes que sería largo enumerar.

Durante unos quince meses fuimos malviviendo, pasando los días sin saber en la mañana lo que comeríamos por la noche, ni en la noche lo que comeríamos por la mañana. Si no hubiéramos pensado en estos pasajes del evangelio: "a cada día le basta su pena", "gente de poca fe, ¿por qué andáis agobiados pensando qué vais a comer … o qué vais a vestir? Daos cuenta de cómo crecen los lirios del campo, y no trabajan ni hilan", habríamos sucumbido al desaliento; pero ahí estaban las gracias de estado. Y el agradecimiento me urge a decirlo: el maestro bueno ha querido probarnos, pero no nos ha abandonado; en el preciso momento de las urgentes necesidades, la providencia, como buena madre, vino a socorrernos de manera milagrosa.

> La providencia se disfrazó de regalo alimenticio, llevado por el capitán Richards de Hienghène y por el jefe Bouarate: un importante abasto de ñames y cocos, sin el cual la misión no habría sobrevivido.

[2] Ahora llegan unos días de abundancia para darnos luz. Un barco de guerra nos ha traído pan. ¿Qué más podemos desear? Nuestros momentos de aflicción ya han pasado. Nos estaba reser-

vado un gran consuelo. El 12 de noviembre de 1845 apareció en el horizonte un navío: era el que traía a Su Eminencia, monseñor Epalle con su colegio apostólico.

Ingenuidades de los canacos

[3] Queridos hermanos, perdonadme esta digresión, que no os enseña nada nuevo. Me parece oíros pidiéndome algunas particularidades sobre la tierra que la providencia me ha pedido evangelizar. El caledoniano, como la mayor parte del los salvajes, es muy sencillo, ingenuo y sobre todo ignorante. Los rasgos que os voy a contar os lo harán ver mejor que mis palabras.

Un día cogieron una muñeca de mujer blanca, que habíamos encontrado en una caja. No se cansaban de mirarla. Por todas partes se oían exclamaciones de admiración. La hablaban como a una mujer viva, la acariciaban como hace una madre para hacer reír a su niño.

Más aún, uno de los jefes allí presentes, y de los más serios, se ofreció para buscar cocos para que comiera y bebiera. Cuando les dijimos que ella no tenía hambre y que estaba cansada de estar de pie, nos permitieron llevarla a su caja para dormir, sin haber comido. Al principio ninguno de los que venían dejaba de pedirnos ver a esa mujer. Después de reírnos mucho de la simplicidad de nuestros salvajes, los sacamos de su error pero con cierta pena.

[4] Más de una vez me han preguntado de qué sexo era yo, si hombre o mujer; como yo no les respondía la pregunta, les oí discutir acaloradamente sobre ello. Unos sostenían que yo debía ser hombre porque era más fuerte y más malvado que las mujeres; al contrario, otros pretendían que yo era una mujer pues mi estatura y palidez eran como las de la mujer. Sus discusiones nos divirtieron mucho, aunque no nos extrañaron porque no habían visto jamás individuos blancos de los dos sexos.

[5] Con el fin de propagar los cerdos para crear nuevos recursos, dejamos varios de esos animales en diversos puntos de la isla; un jefe, a quien no habíamos dado ninguno, vino a pedirnos alguno. Y como sólo nos quedaban cerdos macho, no se lo dimos, pero eso no supuso ninguna dificultad para nuestro salvaje, aunque quisiera que se propagaran por su territorio. Con una admira-

ble presencia de espíritu nos dijo que, a la larga podrían quizás hacer cerditos aunque no tuvieran ninguna cerda.

[6] El hermano quiere espantar a los indígenas que le molestan; se arma, no de una pistola, sino de un grifo; se enfada, los persigue y simula llevarlos a juicio, eso es suficiente, es demasiado, claman misericordia. Entonces el hermano se deja ablandar, les deja marchar sin matarlos con su grifo. Ahora estamos afligidos porque hemos perdido nuestro querido y precioso grifo que nos prestó tan eminentes servicios; ya lo habréis adivinado: miraban esa inocente arma como un arma mortífera, y hace poco que unos barcos mercantes les enseñaron que era un simple grifo.

[7] Nuestros animales, como cerdos, carneros y perros, tienen aquí reputación de grandes jefes. Últimamente oí varias voces que me gritaban: "Padre Rougeyron, vaya rápido a abrir la puerta, espera el jefe: padre Rougeyron, *ko taba moua varalite ta aiouane méra taï téama.* Fui rápido a abrir la puerta al gran jefe que me habían anunciado y cuál fue mi sorpresa al ver a *Taifa*, que es como se llama nuestro perro, en vez del gran personaje en cuestión.

[8] Una noche se oyó un trueno tremendo; hacía pocos días que habíamos desembarcado en la isla; al oír el paso del rayo sobre nuestras cabezas con tal resplandor, creímos que el demonio, que no ganaba nada con nuestra llegada, tenía que ver con ello pues, de hecho, el trueno explotó varias veces alrededor de nuestra choza. Nuestros salvajes estaban asustadísimos; hacia mucho tiempo que no había ocurrido nada semejante.

El día siguiente, al amanecer, vimos al jefe que venía con algunos que le seguían. Por su aspecto despavorido y su actitud llena de sorpresa, creímos que tenían que decirnos algo misterioso. El jefe tomó la palabra y nos dijo: "Yo sé que vuestro Dios ha venido esta noche a hablarnos. Es terrible, además debe ser muy poderoso; haced que venga a matar a nuestros enemigos". El padre Viard, que con la lengua de Wallis y un intérprete conseguía hacerse entender algo, trató de disuadirlos, pero en vano. El jefe no quiso creerle y se retiró diciendo que nosotros queríamos guardar silencio sobre esa cosa misteriosa.

Qué milagro…

[9] En otra ocasión, como de costumbre, vinieron otros nativos a nuestra choza para tratar de robarnos; en aquel momento estaba con nosotros un marinero desertor; al ver sus malas intenciones, sin más preámbulos pegó un bofetón a uno de la banda; se lo dio tan bien que el pobre salvaje cayó de espaldas y quedó sin conocimiento.

Monseñor fue enseguida a socorrerlo; pero ¿qué darle para que volviese a la vida? No necesitábamos consultarnos, porque nuestro único médico era Dios y los remedios de que disponíamos eran su bondad, y no necesitábamos más. *Quid avarius est illo quem ei Deus ipse non sufficit*. El señor obispo coge agua fría y asperja la cara del muerto. La resurrección llega al instante; el muerto se levanta, habla, ríe como todos los demás. Los que le rodean no pueden creer lo que ven; a su entender, ha habido dos milagros. El primero lo hizo nuestro marinero al matar un hombre de un puñetazo; el segundo fue obra de monseñor devolviéndole la vida.

[10] Estas cosas, tan naturales pero prodigiosas a los ojos de los caledonianos, habrían llevado de inmediato a cualquier otro pueblo a abrazar nuestra santa religión. Pero nada de nada. Observamos una frialdad absoluta para todo lo concerniente a la religión. Ni los milagros de primer grado convertirían a uno solo de nuestros salvajes si no se encontraban acompañados por la gracia. Como Dios no hace nada inútil, no hay que temer que nosotros seamos taumaturgos.

Tampoco esperamos ser inscritos en el catálogo de los mártires, porque, a semejanza de las grandes naciones, Nueva Caledonia va también con su siglo y reconoce la libertad de culto, o mejor dicho la libertad de no creer en nada. ¡Algo deplorable! Contar con consuelos en los comienzos de una misión, creer que hay que mostrarse a los salvajes para merecer su estima y su confianza, creerse que basta con enseñarles la cruz para verlos inclinar su degradada frente ante esa señal regeneradora, sería un profundo error. Yo no sé lo que pasa en la diversas misiones del globo, pero en Nueva Caledonia y las otras islas que he visitado he encontrado zarzas y espinas, y nada más que zarzas y espinas. Me parece que es más fácil convertir a un hombre civilizado que a un salvaje normalmente charlatán. Estoy hablando de Caledonia. […]

[12] Mirando hacia lo alto, les hemos mostrado el cielo, ese hermoso cielo que no puede tener sentido sin sentir a su Dios; les hemos mostrado los millones de globos que giran por encima de nuestra cabezas con perfecta harmonía y magnificencia. Pues bien, esa visión del firmamento que habla tan elocuentemente, no tiene nada de especial ante los ojos de estos pobres salvajes. Ellos se habían figurado que el cielo era el país de los blancos, y que, por lo tanto, esos extranjeros eran, por cierto, tan habilidosos y tan ricos que habían fabricado el sol, la luna, las estrellas.

¿Podéis creer que se les ha visto más de una vez quejándose de que nuestros compatriotas, los blancos, se guardaban todo el agua y que no dejaban que lloviese en su tierra? ¿No han visto a menudo barcos en el horizonte, que habían bajado del cielo entre las nubes?; esos barcos, decían, venían a pasear por su tierra. Como los habían visto bajar del cielo, era lógico que los viesen volver allá.

Con todo mi afecto en Jesús, María y José, Rougeyron, misionero apostólico marista.

528 : El naufragio del *Seine*

El 28 de septiembre de 1845, la corbeta vigía *Rhin* del comandante Bérard llegó con avituallamiento, pero a la vez con la orden de llevarse al P. Viard junto a Mons. Pompallier a Sidney, donde sería consagrado obispo el 4 de enero de 1846 por Mons. Polding. El 12 de enero, Pompallier y Viard van a la Bahía de las Islas y seguidamente a Auckland.

En mayo de 1846, el barco vigía *Seine*, por orden del comandante de las fuerzas francesas de Oceanía, es enviado para asegurar el buen estado de la misión, pero también para retirar de Nueva Caledonia la bandera francesa con el fin de apaciguar las diferencias diplomáticas con Inglaterra. Llega allí en julio.

28 julio 1846. – Pierre Rougeyron a Jean Cholleton.

Nueva Caledonia, reverendísimo padre,

[1] No he olvidado los sabios consejos que me dio en particular; ni tampoco que le debo al menos una carta, en señal de agradecimiento.

[2] Reverendo padre, si cree que relegados a una de los miles de islas de Oceanía, en la otra punta del mundo, estamos en la calma y la soledad, como nuevos San Pacomio, se engaña. Estamos como en un campamento, donde nuestra vivienda se ha convertido en fuerte. Durante el día y la noche no oímos más que ruido de armas y el sonido de la trompeta. Incluso hemos tomado el toque de trompeta como toque de reunión para nuestros ejercicios de piedad. Esto es un enigma para usted. Se lo voy a explicar.

[3] El 3 de julio de 1846 apareció un barco en el horizonte. Inútil decirle cuán grande fue nuestra alegría, sobre todo al distinguir su bandera tricolor, símbolo de nuestra patria; el recuerdo de la patria siempre hace latir el corazón del misionero francés. Al no haber práctico en estos lugares, quizás los más peligrosos de todos a causa de los numerosos bancos de coral que rodean Nueva Caledonia, Mons. Douarre tomó la decisión de ir él delante del barco para enseñarle el paso del puerto. Le acompaña el reverendo padre Junillon, que se hallaba entonces ocasionalmente en nuestra isla.

[4] Fue hacia las cuatro de la tarde cuando divisamos el barco. A pesar de su diligencia, monseñor no pudo salir de casa antes de que anocheciera y tenía que hacer al menos dos leguas para llegar al lugar donde el barco parecía estar estacionado. Se remó enérgicamente; el mismo señor obispo y el padre Junillon remaron como marineros hasta las dos de la mañana pero, a pesar de tantas fatigas y arrastrados por una corriente impetuosa, no pudieron llegar. Sin embargo lograron aproximarse lo suficiente como para ver que el barco estaba en los bancos de corales.

Monseñor, arrastrado de nuevo por la corriente, volvió para anunciarnos esa triste noticia, que nosotros habíamos sabido ya muy pronto por los indígenas ¿Qué hacer? Un barco naufragado… qué ayuda se puede dar… qué pasará con los pobres náufragos en un país tan pobre y en medio de un pueblo tan bárbaro.

Ahí tiene nuestro apuro. Sin dudarlo ni un momento fuimos volando a socorrer a esa pobre gente, cualesquierea que fuesen. Monseñor, totalmente agotado, no tenía fuerzas para volver, así que me encargó ese deber conjuntamente con el reverendo padre Montrouzier. Y ahí nos tiene en marcha con un trozo de pan en el bolsillo. Nos dimos tal prisa que llegamos bastante pronto. Me resulta imposible describirle la escena que nos encontramos. Se necesitaría otra pluma mejor que la mía para pintar ese triste cuadro.

[5] Era de noche. De la lejanía llegaban unos ruidos sordos y confusos. Llego; reina un lúgubre silencio. Dios mío, ¿qué veo? Unos trescientos hombres tirados por aquí y por allá en la orilla. Paso entre esos grupos de hombres, afligidos por agudísimos dolores, y pregunto por el comandante. Se acerca un anciano venerable, con el cabello blanco. Era el señor Le Conte, comandante del *Seine*. En sus ojos no había lágrimas pero su alma me parecía sumida en la tristeza.

Después de intercambiar algunas palabras apresuradas, ese digno comandante me pidió permiso para ir a coger un poco de comida, después de más de 24 horas sin haber comido nada. Le seguí. Aún tengo el alma dolorida; a ese respetable anciano, que encaneció sirviendo a la patria durante veintiocho años, lo vi, sí, lo vi pedir, buscar unas pocas galletas para acallar el hambre.

Durante ese tiempo mis ojos iban de un lado a otro: aquí los oficiales del estado mayor echados en el duro suelo, allá los marineros vigilando sus equipajes, en otra parte una muchedumbre de salvajes merodeando a su alrededor para robar los poco que habían salvado del naufragio, más lejos embarcaciones junto a la playa y el desafortunado navío sobre las rocas.

Como el gran número de salvajes rodeando a los pobres náufragos y sobre todo la noche me inquietaban, mandé hacer unos disparos de fusil que ahuyentaron a los indígenas. Dejé al padre Montrouzier con el comandante para hacerle compañía y velar por la seguridad de la tripulación ante una tribu, la peor de todas las que nos rodean, y yo, tras descansar una media hora, me puse en ruta, de otras tres leguas, para prevenir a monseñor del accidente.

Monseñor se levanta, camina la noche entera con unas botellas de vino para levantar el ánimo de esos señores; llega y lo primero que hace es ir al barco abandonado para salvar a dos hombres que habían quedado olvidados. Pero, hay que decirlo, esos dos miserables estaban borrachos. Uno confesó que había querido consolarse haciendo una buena comida antes de morir. Esperaba que en cualquier momento se vería sumergido por las olas; no importaba, pasó la noche adormecido por la rica comida y el vino.

Monseñor, viendo que el comandante no se ocupaba de salvar sus enseres, entra en su camarote y con su permiso va cogiendo a toda prisa cantidad de cosas, entre las cuales el retrato de Su Majestad Luis Felipe, regalado al señor Le Conte por el príncipe de Joinville, y el retrato de la esposa del comandante.

Alentados por el ejemplo de monseñor, todos fueron retirando algunas de sus cosas, pero el tiempo urgía, el agua iba penetrando

y se veía cómo el barco se hundía poco a poco. Las bombas no podían dar abasto, había vías de agua por todas partes. En esa circunstancia, el comandante, el segundo de abordo y los oficiales se olvidaron de ellos mismos para pensar sólo en el interés común, en retirar los objetos más indispensables, como fusiles, galletas y redes de pesca.

Lo que hicimos por esa desventurada tripulación lo hubiéramos hecho por cualquier otra, sin importarnos su nacionalidad. El misionero católico es el hombre de todos los países, su caridad como la de su divino maestro abarca a todos los hombres. Urgimos al comandante para que viniera con su tripulación a nuestra casa, donde contarían con la seguridad de los salvajes y donde compartiríamos con ellos el pan que tuviéramos.

[6] Al día siguiente, unos se fueron por mar en sus barcas, otros por tierra, y por la tarde el resto hizo lo mismo. Nuestra casa se convirtió en un cuartel; pero como no podía acoger a tanta gente, la iglesia que acabábamos de terminar sirvió de almacén y de dormitorio. Esos edificios continuaban siendo insuficientes; unos fueron a dormir en las chozas de los salvajes y otros al aire libre.

Se les sirvió un frugal refrigerio, sonó la trompeta y fueron a descansar un poco, vigilados por algunos funcionarios que, despertando a otros, se remplazaban cada media hora. Reconocerá, reverendo padre, que era algo nuevo para su servidor, que había estado cerca de tres años oyendo solamente el gorjeo de los pájaros o la menos armoniosa charla de los salvajes, por no decir otra cosa.

[7] ¿Cómo alimentar a cerca de trescientos hombres? Nosotros, pobres misioneros, que habíamos estado veintiún meses sin saber por la mañana lo que comeríamos por la noche y la noche lo que comeríamos por la mañana. ¡Oh providencia, providencia! Imposible decir cuán admirable sois. Habéis velado siempre, sí, siempre, por nosotros como una tierna madre. No teníamos nada cuando la necesidad nos urgía y siempre tuvimos algo. “Que se me paralice la mano derecha y la lengua se me pegue al paladar si soy tan ingrato que desconfío de vuestra mano maternal”.

Ahora alimentamos mejor a esta multitud de hombres que lo que podíamos alimentarnos nosotros cuando éramos cinco. Y no hay milagro de multiplicación de panes, pero sí algo providencial, que para mí es un milagro más impresionante que el primero. Los oficiales y los marineros lo reconocen.

Vea lo que sucedió. Monseñor de Sión fue asesinado y el barco que estaba a su servicio en la misión de San Cristóbal vino, lógicamente, a Nueva Caledonia para darnos aquellas tristes noticias. Como el barco iba a Sidney a adquirir provisiones, monseñor de Amata quiso aprovechar la ocasión para hacer una compra de animales, pues pensábamos que serían una inmensa fuente de recursos para la misión. Pero ¡cambio repentino! En vez de comprar buen número de animales, compró una gran provisión de harina. Feliz inspiración que nos permite alimentar también hoy a una tripulación tan numerosa, que ciertamente habría perecido de inanición en Nueva Caledonia, la isla más pobre en víveres de cuantas existen bajo el sol, cosa que reconocen también el comandante y los oficiales, que han visitado casi toda la superficie terrestre.

¿Quiere que le diga lo que pensaban hacer estos desventurados náufragos si no nos hubieran encontrado? No veían más solución que dar caza a nuestros pobres salvajes y apoderarse de sus recursos, que, sin duda, no habrían prolongado demasiado su miserable existencia; además, para conseguir su propósito, había que desgarrar la vida de los pobres indígenas y arrasar sus plantaciones.

Pero, de todos modos, si se hubiera llegado a ese extremo, la vida de toda la tripulación habría estado en grandísimo peligro. ¡Bendito sea Dios! pues podemos decir que hemos salvado la vida de miles de hombres, pues todos son nuestros hermanos. Estamos racionados, pero los trozos de pan de los que nos privamos en favor de esos desventurados, nos traerán ventura. Se tendrá con nosotros la misma caridad que nosotros hemos tenido, y el denario de la Propagación de la fe no se perderá.

[8] Reverendo padre, ha admirado conmigo los maravillosos cuidados de la divina providencia, pero aún no he dicho todo: el tiempo que quedará esta tripulación en nuestra isla sin ver un barco que les pueda prestar ayuda. Por su situación y su pobreza, raramente pasan barcos por Nueva Caledonia. Nosotros hemos estado más de año y medio sin ver un barco.

Pues bien, el Señor, que es un padre bueno y no quiere que sus hijos perezcan, ha permitido que un navío se encontrara actualmente en uno de los puertos de la isla. El reverendo padre Montrouzier y un oficial del estado mayor fueron a encontrarse con el capitán, que era inglés. Después de los saludos convencionales, ese capitán consintió ir a Sidney a notificar el desastre al cónsul francés; además subió a bordo cincuenta hombres que estaban a nuestro cargo o por enfermos o por otros motivos. Ahora, cuando

le escribo, todo va bien. Todos contentos. Esperamos varios barcos en la próxima quincena. Ojalá que no tengamos que estar siempre esperando. Aún tenemos víveres para más de un mes.

[9] A pesar de los aprietos en que estamos, monseñor de Amata ha aprovechado la goleta de Mons. Bataillon para ir a visitar a nuestros hermanos de San Cristóbal. Acaba de partir con el reverendo padre Junillon. Su celo es tan infatigable como su valor. Nada le impide cumplir con su deber. Son unos maristas los que están en peligro, responde constantemente, ¿no querríais vosotros que fuera en vuestra ayuda?

[10] Y aquí estoy ahora yo solo con los padres Grange y Montrouzier y nuestros queridos hermanos Jean, Blaise, Bertrand, Auguste y Prosper. Acabo de recibir noticias de Wallis y Tonga, donde todo va bien. ¿Y qué puedo decirle de los progresos de la misión? Después del suceso que acabo de contarle e incluso desde mucho antes, están *in statu quo* pues necesitaríamos personal y fondos para fundar otros centros en este vasto país y para poder darla un impulso general.

Querríamos realizar ese proyecto tanto más pronto cuanto que no hay protestantes y a cada instante tememos que vengan. Seguramente ya sabe que Francia había tomado posesión de la isla y que se había enarbolado la bandera. Ya no ondea. El barco que naufragó, el *Seine*, tenía orden de llegar a Nueva Caledonia para quitarla. Para que nuestra alegría fuera plena, se necesitaría que ninguna potencia europea se apoderara de la isla. Lo que dudamos mucho.

[11] Nuestro pequeño catequista Louis Tadinan es encantador. Edifica a todo el mundo con su piedad, sus virtudes y su saber. Su tía es también muy fervorosa y llena de celo. Últimamente ha ido a quince leguas, por cuestión de asuntos. Ha aprovechado para hablar de religión a quienes la rodeaban. Les ha impresionado tanto que están furiosos contra nosotros porque no vamos enseguida a bautizarlos para evitar ir al infierno. La pobre mujer me dijo que no pudo dormir en toda la noche por la cantidad de preguntas que le hacían. Rece, reverendo padre, y pida oraciones para que podamos distribuir ampliamente el pan de la palabra.

[12] Mis saludos y amistad para todos los queridos hermanos que están con usted. Su… etc.,

Rougeyron, provicario.

590 : Desgraciados salvajes, infeliz gente

4 enero 1847. – Pierre Rougeyron a Jean Claude Colin

Nueva Caledonia, reverendísimo padre,

[1] Seguramente estará notando la tardanza en saber cuál es la situación actual de nuestra misión. Algunos consuelos, bastantes motivos de sufrimiento, eso es lo que se nos reparte. Sólo con el paso del tiempo y los esfuerzos se llegará a pulir este pueblo, quizás el más feroz de cuantos hay bajo el cielo. Cuanto hemos dicho de su barbarie es, por desgracia muy verdadero; actos de superstición y de crueldad desgarran a menudo nuestro corazón.

[2] En Nueva Caledonia los menos conocidos o sospechosos, son despiadadamente asesinados y quien los golpea cree hacer una obra meritoria, un acto de servicio a la salud pública. En Puebo, mataron cinco nativos bajo el pretexto de que eran hechiceros; dejaron sus cadáveres sin sepultura como señal de mayor venganza.

Hace poco me llamaron a atender a un enfermo; llegué enseguida y muy oportunamente pues estaba a punto de expirar; sus buenas disposiciones me llevaron a administrarle el bautismo; poco después estaba sin vida. Pero el demonio no ganaba nada con ello, e inspiró a los padres y amigos del difunto la idea de atribuir su muerte al sortilegio. Se preguntan quién ha sido el perverso que ha echado esa suerte y se lo asignan a una mujer, viuda desde hacía tiempo, a la que, según se decía, se la ha visto rondar por la noche junto a la choza del enfermo. Es juzgada digna de muerte.

Se proyecta asesinarla durante la noche: la pobre mujer no sospechaba nada. A la noche entra tranquilamente en su choza llevando en brazos un bebé al que amamantaba. A media noche, cuando se encontraba en un sueño profundo, entran los salvajes y uno de ellos le corta la cabeza de un hachazo. El bebé es perdonado; pero muy pronto, no sabiendo qué hacer con él, encuentran un recurso que les place a todos: no separarlo de su madre. Y lo realizan: colocan al niño vivo en la fosa con el cadáver de su madre, compartiendo así su tumba.

[3] Hace unos días, murió un jefe vecino nuestro: parientes y amigos lo atribuyeron también al sortilegio. Para descubrir al culpable, elevan por el aire atados con una soga, para dejarlos caer

después con todo su peso, a varios de los que suponen pueden ser los brujos, entre ellos una mujer encinta de ocho meses. Felizmente, ninguno tuvo una caída mortal, porque habría pasado por ser autor de la muerte del jefe y lo habrían matado.

[4] Para mi es un misterio que no nos miren aún como hechiceros, pues nos atribuyen la epidemia que los aflige. Yo les he dicho que debían ver cuánto los amamos pues hemos dejado por ellos nuestra patria, nuestra familia y todo lo que más queremos; que no dejamos de pedir al cielo que tenga misericordia de ellos y que aleje de su isla el horrible azote que los aflige; que son sus abominables crímenes los que han irritado contra ellos a Dios todo poderoso, y que hay que rezar y ser buenos para apaciguarle.

[5] La superstición no es la única causa de las atrocidades que cometen en esta desgraciada isla. Hace muy pocos días, fueron sorprendidos tres nativos viajando hacia una tribu enemiga. Dos fueron asesinados en el camino y puestos a asar; el tercero fue encerrado en una especie de jaula: los antropófagos lo han reservado para darse el placer de tener aún carne fresca para el día siguiente.

[6] La muerte golpeó a un jefe de tribu que se distinguía de todos los demás por su ferocidad. Se llamaba Thindine. Cuando, siguiendo mi costumbre, iba a Puebo a dar el catecismo, empecé a temblar al ver unos miembros humanos que ese monstruo había mandado colgar en unas estacas, en señal de tabú. Uno de los nativos que me acompañaban me dijo: “esa mano es la de mi madre, matada y comida esta mañana por Thindine”. Y otro añadió: “ese cráneo es el de mi hermano, cuya carne ha devorado Thindine”.

Ese tigre quitaba a nuestros neófitos los vestidos que les habíamos dado y si se resistían los amenazaba de muerte. Lo último, que sobrepasa toda medida: el asesinato de cinco personas, que fueron después asadas y comidas. Tras una corta enfermedad, murió Thindine de muerte inesperada, y poco después, se fue llevando tras él a todos los nativos que componían su séquito. Algo asombroso; todos ven ahí la mano del todopoderoso.

[7] La peste llegó a su vez a afligir a las tribus. Ha golpeado tanto a las víctimas que hay pueblos enteros sin gente: en varios casos se han encontrado vasijas de barro llenas de taros medio cocidos con las personas que los cocínaban muertas, al lado del fuego. Ya no hay quien, siguiendo la costumbre, llore a los muertos, ni quien los vaya enterrando.

Han puesto varios en una misma fosa y los cementerios están aún llenos. Los cadáveres quedan expuestos durante varios días, sin poder ser enterrados por el cansancio de cavar fosas. Sin exagerar, en las tribus que conocemos ha muerto cerca de la mitad de la población. Los síntomas de la enfermedad son violento dolor de cabeza, que produce sordera, vivos dolores de estómago y fuertes latidos del corazón.

[8] Durante la epidemia hemos bautizado a muchos adultos, pero no tantos como hubiéramos deseado, porque no queríamos darles el bautismo hasta que los veíamos in articulo mortis; de hacerlo, nos exponíamos a tener más tarde un buen número de malos cristianos. Además, no siempre nos era fácil acercarnos a los enfermos. Esos pobres salvajes se figuraban que teníamos poder sobre la plaga y hacer que cayerra sobre ellos. ¡Cuántos he encontrado que nos pedían que los tratáramos con indulgencia, que jamás nos habían hecho mal. Después de eso, puede ver, reverendísimo padre, que habría sido indiscreto prodigarnos demasiado. Sin embargo todos los días hacíamos el recorrido y nunca nos pasó nada; Dios velaba sobre sus indignos ministros. […]

[10] A pesar de los trabajos y las fatigas, del constante contacto con los muertos y moribundos, nadie de nosotros ha sucumbido. Hemos estado medio enfermos, pero no peligrosamente. Hemos puesto medallas en los cruces para que el ángel exterminador se detenga al ver la señal de María Inmaculada, como en otro tiempo al ver la sangre del cordero. Hemos hecho más de una novena en honor de San Roque, al que se invoca en tiempos de peste.

[11] Aunque esos desgraciados salvajes hayan visto en parte la mano de Dios que los golpeaba, todavía no dejan de cometer unos crímenes que sublevan a la humanidad. Han enterrado a multitud de personas que aún no habían muerto, entre ellas a una niña que, envuelta en unas telas y echada al cementerio, lanzó tales gritos que se compadecieron de ella y la llevaron a su choza. El día siguiente la encontré muy enferma y, temiendo que esta vez la enterraran sin piedad alguna, la bauticé. Ahora se encuentra muy bien. A un anciano que vivía cerca de nosotros lo cogieron por el brazo y lo arrastraron hasta la fosa, donde fue enterrado vivo.

[12] Ya ve, reverendísimo padre, en qué situación nos encontramos aquí. Rece mucho y pida que recen por este desgraciado pueblo para que Dios lo perdone. ¡Cuánto tiene que lamentar y su-

frir el pobre misionero que ve perecer un número tan grande de almas por las que vino de tan lejos! Pero la fe viene en ayuda nuestra y confiamos que, más pronto o más tarde, Dios bendecirá nuestros trabajos. ¡Sí, reverendo padre, el hombre que vive para cualquier otra cosa que no sea Dios es muy desgraciado!

Pero el misionero sería el más desgraciado de todos si no mirara siempre a Dios. Hasta ahora hemos detenido muchos desórdenes, hemos impedido cantidad de crímenes, que se hubieran cometido sin la presencia de un misionero. Hemos poblado el cielo de ángeles y cada día sé que algunas criaturitas, sobre las que se ha derramado el agua de la regeneración, han ido a formar parte de la corona de los asociados a la propagación de la fe. Cerca de seiscientos adultos están en la clase de catecúmenos. En la administración del bautismo somos muy prudentes, para impulsar la estima por ese sacramento.

[13] Ésa es, reverendo padre, la situación de nuestra misión en Nueva Caledonia. Nos ofrece pocos consuelos y aparentemente es estéril. Sin embargo, produce frutos, que recogerán en abundancia otros misioneros cuando llegue el tiempo designado por la providencia.

Su, etc., Rougeyron, misionero marista.

598 : Hábitos y costumbres caledonianas.

27 enero 1847. – Xavier Montrouzier a Julien Eymard

Reverendo padre,

[4] Vista desde la ensenada de Balade, Nueva Caledonia presenta un aspecto muy áspero: altas montañas y sin arbolado alguno. Pero cuando te acercas, las impresiones van mejorando. Encuentras llanuras bastante grandes y valles húmedos con hierbas altas y muy verdes que parecen garantizar la fertilidad. No hay pueblos grandes, pero a corta distancia, y normalmente al lado del mar, se ven algunas chozas reunidas, gobernadas por un jefe.

Y es ahí, donde al pasar, el misionero ve hombres, mujeres y niños, todos ellos con una fisionomía parecida: tez negra, frente abombada, nariz bastante achatada, labios gruesos, aspecto nor-

malmente sufriente, cuerpos muy a menudo atacados por la lepra, elefantíasis o algunas heridas recibidas en la guerra.

[5] He aquí una precisión más detallada. – Nacimiento. Cuando viene un niño al mundo, lo primero que hacen los padres es darle un nombre. Y no se hace de cualquier modo; ha de haber una especie de padrino –súbdito para los súbditos, jefe para los jefes– que les dé el suyo. Esa regla tiene un sola excepción: el hijo del jefe principal de la tribu ha de llevar el nombre de su abuelo, y para él se hace una fiesta que no se tiene con los otros.

Vea en qué consiste: los parientes, amigos y aliados del gran jefe se presentan ante él y le hacen un regalo. El les ofrece un festín, que seguramente no vale más que una de nuestra colaciones cuaresmales, y después les despide tras dirigirles un discurso, con frases a las que tienen que dar su asentimiento con un *Ello*, un sí solemne. Si quiere ser generoso, les distribuye algunos regalos.

A propósito del nacimiento de los hijos de los grandes jefes y de las fiestas que los acompañan, le voy a contar un hecho bastante horroroso que nos sucedió al padre Rougeyron y a mi. El gran jefe de Puebo había enviado a alguien para notificar el nacimiento de su hijo a toda nuestra tribu y nuestras gentes fueron a felicitarle. El padre y yo fuimos por nuestra parte para bautizar al niño. Pero en el camino nos enteramos de que, para obsequiárselo a sus huéspedes, ese miserable jefe había matado a un jovencito y que, probablemente, cuando llegáramos allí lo encontraríamos descuartizando y asando los miembros de su desgraciada víctima.

No pudiendo decidirnos a ser testigos de tan odioso espectáculo, y temerosos a la vez de exponernos inútilmente si hacíamos nuestra presentación, renunciamos al proyecto, y muy contentos porque el niño no estaba en peligro. Sin embargo, para no hacer una correría inútil, nos pusimos a catequizar y, yendo de pueblo en pueblo, llegamos a aquel donde se había cometido el crimen.

Describirle el triste espectáculo que se nos presentó entonces a la vista es algo imposible. Me contento con decirle que los padres del pobre joven lanzaban aullidos espantosos, que las mujeres del pueblo entero no hacían más que llorar y que los hombres estaban armados. Nos contaron cómo había llevado a cabo el jefe su infame crueldad: El jefe había llamado al joven con el pretexto de ir a pescar juntos, y después sus gentes lo arrastraron a su casa, donde le cortaron la cabeza. Los pobres nativos habían estado arrasando los campos del Nerón caledoniano, pero nada hicieron contra su persona, a la que consideraban inviolable.

[6] Educación. –Los habitantes caledonianos parecen amar tiernamente a sus hijos. Mientras no pueden procurarse su alimentación, los cuidan mucho. Pero hacia los seis o siete años el niño ya puede buscar mariscos y la niña es capaz de coger un bastón puntiagudo, un *oauré*, y arrancar raíces con él; entonces empieza la emancipación. Los niños se convierten en vagabundos y si reciben una corrección, para evitarla después, se pasan a otro pueblo.

Enseñanza que reciben: conocimiento de la lengua y a menudo la de las tribus vecinas, nombre de los objetos materiales, oficio de la pesca, del cultivo, aprovechamiento de diversas plantas filamentosas, fabricar sus chozas, etc., etc., todo ello aprendido sin lecciones particulares. Se hace todo públicamente y, por desgracia, los niños son iniciados en los crímenes junto a los hombres más viciosos, que los esconden en un profundo secreto.

[7] Relación hombres-mujeres. – Si usted tiene relación con algún "Saint-Simonien" (?), adviértale caritativamente que no venga a Nueva Caledonia a buscar la "mujer libre". Nada más poner pie en tierra quedaría decepcionado. Vería a los hombres indolentemente echados sobre una estera o comentando las noticias del país, mientras las desgraciadas mujeres se procuran la alimentación para ellas y la familia, cuidan de los niños, preparan la comida, llevan los bultos, sometidas además a costumbres enojosas, como la de no poder comer en ciertos casos los alimentos preparados por los hombres. El trabajo de éstos se limita a la guerra, la pesca y el cultivo de algunos campos.

[8] Alimentación. – Los alimentos de los neo caledonianos consisten en peces, mariscos y productos del país. Los peces más comunes son las nécoras, las percas, los mújoles y las agujas de mar. Los capturan a caña o con red; si lo hacen con red operan así: forman un semicírculo con la red, después encierran allí el pez hasta que queda enganchado en la trampa. Forman también con piedrecitas una especie de diques bajos al borde del mar; cuando sube la marea, los diques quedan cubiertos, y al bajar suelen dejar peces, que cogen ellos antes de que vuelva la marea. Acabada la pesca, colocan los peces gordos entre dos losas pequeñas y los ponen a asar con los pequeños encima de un tejido de huesos.

Los mariscos que sirven más para comer son las ostras grandes, las coquinas, un bivalvo que me parece ser el "*vénus"* (en francés)

y un precioso molusco; también un pterócero, llamado vulgarmente araña de mar o centolla. Se comen asados.

A los peces y crustáceos suelen añadir el buey de mar, el cangrejo de mar, de unas cuatro o cinco pulgadas de ancho y cuyas pinzas son los suficientemente fuertes como para romper el dedo imprudente que se le acerque, el elegante *Lupe,* casi tan grande como el anterior y muchos más crustáceos que viven en el lodo del manglar, árbol que vive junto a las aguas marinas.

Los indígenas también comen el coco, el ñame, dos clases de taros conocidos aquí como el *koboné* y el *péra* y que se diferencian por su peso y tamaño; el *koboné* es del tamaño de una botella y de sabor muy delicado, el *péra* es de un grosor no inferior al de la pantorrilla y de sabor mejor que de la pera bien áspera.

Tienen también el *hyalé* (dolichos tuberosus), cuyo tubérculo es bastante agradable al paladar aunque demasiado fibroso; el *pavin* (hibiscus tiliacesis) con corteza de sabor parecido al de la melcocha pero poco substancioso; el *munde* o bananero (musa sapientium), cuyo fruto maduro me parece exquisito y que parece ser muy apreciado por los neo caledonianos, pues lo consideran como el alimento de las almas queridas por dios, y cuya raíz carnosa, llamada aquí *puegat*, es más nutritiva que sabrosa.

El *tao*, raíz pequeña semejante al salsifí, el *diane* o semilla del manglar, el fruto del *nolé,* que tiene de particular el estar compuesto por dos partes: una de un rojo atractivo con un olor y gusto excelentes cuando es llevado a la boca, pero que desuella la garganta cuando se come, algo así como el serrín de la madera, y la otra más consistente, casi coriácea y algo semejante a la de la nuez, que deja exudar un líquido que ocasiona una cierta irritación de la piel y que sólo pierde esa propiedad nociva con la cocción…. Y por fin la arañuela.

Ahí tiene, espero, una preciosa lista para los gastrónomos que van buscando por doquier algunos platos nuevos; y no le he dicho las ingeniosas ideas combinatorias de nuestra indígenas; por ejemplo cascar la nuez de coco y envolverla después en tallos de taro para cocerlo todo junto.

Aún con todo, se mueren de hambre, Sí, querido padre, si pudiera ver la pobreza de nuestros salvajes, se le conmoverían las entrañas. Al comienzo ésa era una de mis grandes penas. Si me encontraba con un canaco, él me enseñaba el vientre y me decía: *kaikai*, pan. Si venía alguien a casa, siempre venía con el mismo gesto, el mismo grito. ¿Puede creer que al preguntar a un nativo

hacia el mediodía si había comido, él me respondiera "comí ayer y espero que pueda comer esta noche?

No creo que un europeo fuera capaz de soportar los ayunos de nuestros insulares, pues estoy convencido de que uno con otro no comen más de cuatro onzas de nuestra alimentación diaria. ¡Pobre pueblo! ¡Y miles de hermanos que viven en la opulencia sin pensar en él! ¡Pobre Lázaro, que desea las migas que caen de la mesa de tantos y tantos ricos egoístas! […]

[9] Vestimenta. –En esto los neo caledonianos, a falta de otros méritos, tienen el de la sencillez. Van casi igual de desnudos que cuando salieron del seno de su madre. Aún con todo se tapan parte de lo que la honestidad no permite decir, y se sentirían culpables si no lo hicieran. Los hombres llevan unas hojas o un trozo de *tapa*, que recogen ceremonialmente cuando tienen tres o cuatro años, y las mujeres llevan un cinturón bastante decente que se les da a los dos o tres años de edad.

¡Increíble! La vanidad ha encontrado manera de colarse en ese modo de vestir. Los hombres y las mujeres tienen días señalados, como cuando van a una fiesta del pueblo, en los que se arreglan, y entonces se los ve ir a hacerlo ante lo que ellos llaman *uébadili*, que les sirve de espejo: se trata de un simple hoyo al pie de un cocotero que se llena de agua. Los hombres se engalanan con algo bastante similar a un gorro, excepto la visera que se parece al shako de los húsares adornado con plumas de pájaros, se tiznan la barba y el pecho con el fruto del calophillum inophillum, a veces, si son ricos, se ponen una corona hecha con un licopodio y se ciñen la cintura con piel de lija[10] trenzada y teñida de rojo. Las mujeres se adornan con collares de perlas o serpentinas y todas van contentas de su figura. Hay que decir que no son exigentes.

[10] Viviendas. – Las de los neo-caledonianos han sido comparadas a las colmenas o a grandes paraguas abiertos; me parece acertado. De cómodas no tienen nada. Entrada baja y estrecha, tanto que para entrar hay que encorvarse. Ya dentro te encuentras en tinieblas; cierto que no se necesita luz para ver las riquezas: alguna estera, un fogón destinado a espantar mosquitos y evitar sus eternas picaduras con un humo asfixiante, algunas tablas. Ése es normalmente el mobiliario de las chozas de nuestros canacos. El exterior de las mismas no está tan desnudo.

[10] Un pez marino

Sobre la techumbre suele haber una tosca escultura, o una cabeza humana o alguna concha marina; a los lados de la puerta no es raro ver dos pilastras esculpidas y pintarrajeadas de rojo y negro y, a veces, alrededor de las chozas se encuentran unas empalizadas, que carecen de la elegancia que los grabados del libro *Voyage autour du monde* de Dumont d'Urville pretenden imaginar. Los nativos no tienen su choza propia; cada cual va a dormir donde le place; eso sí, las mujeres van con las mujeres y los hombres con los hombres. La choza se construye en pocos días.

[11] Cultivos. – Los nativos sólo cultivan el ñame, el taro, el plátano y el hibiscus; las demás plantas con que se alimentan se dan solas. Algunos detalles sobre el cuidado de esos cuatro cultivos. El ñame es un tubérculo alargado, a veces violáceo, blanco por dentro y pardo por fuera. Es mucho más grueso que la patata, pero mucho menos sabroso. El tallo de la planta es trepador, cuadrangular y con muchas hojas lancéolas cordiformes verdes con venas rosadas. No he podido ver nunca la flor.

Para plantarlo excavan por encima un terreno con palos puntiagudos, hacen después montoncitos con la tierra removida y van colocando en ellos trozos de ñame a los que dejaron un brote. Uno o dos meses después aparecen los tallos y se les ponen estacas. Necesitarían nueve o diez meses para alcanzar la madurez, pero nuestros pobres salvajes están tan hambrientos que no aguardan al sexto mes para arrancarlos.

El taro se cultiva de distinta manera según sea el *kaboné* o el *péra.* El primero necesita un riego continuo, el segundo se da en terreno seco. En ambos casos se corta el tallo al ras del tubérculo y después se mete en tierra. Echa unos gruesos tubérculos en los que, cuando están maduros, suelen brotar tallos nuevos, que pueden ser plantados a su vez. Para obtener un buen *koboné* hay que dejarlo en tierra de siete a ocho meses, y al menos un año el *péra.*

El plátano se planta en terrenos preparados como el de los ñames. Tarda de diez a once meses en dar unos frutos deliciosos y después muere dejando a su alrededor unos retoños destinados a perpetuar la especie. El *proui* se planta por esquejes y la cáscara se puede comer siempre; sólo dejando que el árbol engorde, los frutos se hacen más grandes. Para cultivar esos cuatro vegetales, una vez que han echado raíz lo único que hay que hacer es escardar los campos en que se encuentran.

Además de esos vegetales ya conocidos antes de que llegasen los padres, en Nueva Caledonia hay otros introducidos por noso-

tros: la vid, la higuera y el melocotonero de los que ya hemos cogido buenos frutos y que nos prometen grandes recogidas en el futuro; el olivo, el cerezo, el níspero de Japón, el papayo, las berzas que han estado dando grano durante tiempo y que debemos multiplicar con esquejes, pero al final han florecido y nos han dado cantidad de semillas, el nabo que se da muy bien y nos sirve para la comida y la ensalada, las judías que sólo tardan cinco semanas en salir, los ajos, cuyo bulbo llega a alcanzar el grosor del puño, los tomates que producen mucho aunque son pequeños, las berenjenas y finalmente la cebada, la avena, el maíz y las sandía que se dan tan bien como en Francia.

No hablo de la patata, que aunque las hayamos cosechado y comido, no se puede decir que vayan a salir adelante. Eran pequeñas y amargas. Puede ser que con nuevas pruebas den mejores resultados. Tampoco le he hablado de la caña de azúcar, pero ha sido por olvido. La caña de azúcar tiene cierta semejanza con la del maíz, si bien es más jugosa y mucho más sabrosa. Necesita catorce o quince meses para estar madura. Se ha de comer después de la floración, pero los neo-caledonianos no tienen paciencia para esperar tanto tiempo y recogen la caña cuando a penas han llegado a la mitad de la maduración.

De una sola caña plantada pueden salir entre diez y quince más. Habría mucho que decir sobre el modo de cultivar de nuestros salvajes, pero aquí sólo quiero darle una idea de sus costumbres. Con todo, quiero añadir que, particularmente para el cultivo del *koboné* hacen a veces trabajos bastante considerables para poder preparar los riegos continuos, y decirle además que los frutos indígenas tardan más en llegar que en Europa, donde maduran antes.

[12] Guerra. – Si juzgásemos la frecuencia de las guerras por el carácter intrépido y el valor de los pueblos, tendríamos que concluir que aquí son muy poco comunes. En efecto, no imagino hombres más flojos que nuestros canacos. El padre Rougeyron hizo huir un día a más de mil quinientos con una simple cerilla química, y yo, a pesar de mi aire poco marcial, con una severa mirada desconcerté a varios que, según se me aseguró después, no tenían buenas intenciones.

Lo cierto es que las guerras son la plaga de Nueva Caledonia donde, a mi parecer, si se quieren obtener conversiones estables hay que hacerlas desaparecer. Hay dos tipos de guerra. Las de tribu a tribu, a las que se puede llamar guerras generales de extermi-

nio, y las de un pueblo contra otro, que suelen ser por disputas personales en las que intervienen padres, hijos y vecinos.

No he visto ninguna de las primeras. Parece que eran raras pero terribles, según me han dicho. Se golpean a muerte, y si el vencido se salva huyendo, pobres de los ancianos, mujeres y niños que no corran de prisa: alcanzados por el enemigo, son asesinados, asados y comidos. En Balade aún hay un monumento de esos horrores: una hilera de piedras pequeñas representando a los que murieron entonces y en la que los jefes muertos están representados por una piedra más grande.

Si nos atenemos a ese registro mortuorio, el número de víctimas debió ascender a varios centenares. Además chozas, cocoteros, plantaciones, eran quemadas y devastadas. De las guerras de segundo rango he sido varias veces testigo; a veces el motivo, la declaración de la guerra y la misma guerra se producían a la vez. El insulto y el robo son semejantes, el desprecio a la autoridad del jefe es suficiente para ocasionar injurias, después se corre a buscar lanzas, rompecabezas, hondas, y parientes y amigos se juntan a los suyos. Gritan, lanzan piedras y se hacen poco daño para que no creamos necesario ir a separar a los combatientes.

Vea lo ocurrido un día en que me encontré en medio de la pelea. Había ido a dar la catequesis en un pueblo a tres leguas de distancia y metí en el bolsillo unas galletas para el camino. Llegado al pueblo, reuní a los nativos y comencé la oración, después hice la catequesis. Contrariamente a lo acostumbrado, ese día los canacos sabían bien el catecismo y yo, para recompensárselo, les dí mis pocas provisiones. Pero he aquí que al levantarnos, veo que mi vecino es golpeado con el rompecabezas por un hombre que no se sabía el catecismo y que no recibió la galleta. Yo pensé que era una cuestión de envidia y también él podía quererla.

Pero me explicaron que ésa no era la razón, sino que el joven golpeado, la noche anterior se había portado mal con la mujer de su adversario y quizás quería darme a conocer lo que yo debía pensar de aquel a quien había recompensado; enseguida explotó la guerra y yo no me fui de allí hasta que terminó. Me resultó curioso ver ese combate. Alguien dijo que la cruz de honor estaba prometida al fugitivo más hábil, y salvo el que ocasionó la guerra, no hubo ningún herido.

Otras veces las guerra se hace más en regla. Con un embajador, que es inviolable, se envía el *Maran* o hierba atada en forma de lazo que es el signo de la provocación. Se acepta con gritos espantosos y después se envían emisarios para convocar a los aliados.

Sólo los enfermos están dispensados de ir al combate. Los hombres llevan sus armas, las mujeres forman la retaguardia y si su partido vence, su tarea es robar, lo que hacen a conciencia, se lo aseguro. Presentes ya en el campo, los jefes de ambos lados dan la señal y comienza el ataque. A menudo suele haber muertos que son comidos. Los jefes dan también la señal de retirada.

Las armas de los neo caledonianos son la lanza, el rompecabezas (unas simples mazas terminadas en punta o en forma de estrella), la honda que manejan con destreza, y la flecha, que raramente utilizan. Algo sumamente curioso es ver gente de la misma familia combatiendo en campos contarios o a un hijo en el partido opuesto al de su padre. Aún no conozco las razones que determinan a declararse aliado de tal o cual combatiente, aunque creo que la razón de su decisión no es más que el capricho.

[13] Navegación. –Si ha visto la obra de Dumont d'Urville, habrá estado tentado a admirar la elegancia de las piraguas de nuestros insulares. Pero hay que reconocer que no tienen el mérito que les ha dado el pintor. Son pesadas, macizas, hechas con dos árboles cruzados, unidos por un tablado al que quizás yo llamaría más bien entramado. Normalmente utilizan como velas unas esteras triangulares rasgadas, y por remo una simple paleta. No son navegantes; usan las piraguas para la pesca más que para viajar. […]

[31] Religión. – Su religión parece limitarse a la fe en una vida futura, de la que excluyen la idea de la recompensa y el castigo. Según sea el capricho del dios o genio que habita en Bualabio, una de las islas vecinas, las almas comerán bananas maduras o serán matadas y retornarán no sé a hacer qué. Los teólogos canacos se quedan ahí. Por lo demás, ni sacerdocio ni culto; pero la falta de sacerdotes y ceremonias no implica –como podrían pensar quienes atribuyen a la religión el fanatismo y la superstición– la ausencia de ideas fanáticas y supersticiosas. Quizás no haya lugar que crea más en los magos y el poder de sus magias encantadoras.

[32] Y así, si hay un enfermo carcomido por alguna úlcera maligna o minado lentamente por una monstruosa elefantíasis y se pregunta de dónde le viene ese mal, seguro que la respuesta será que le han echado un maleficio. La manera como se echan esos maleficios es un punto de mucha oscuridad en el espíritu de los nativos. Unos dicen esparciendo en las chozas diversas hierbas, y el gran jefe de nuestra tribu está tan persuadido de ello que duran-

te mucho tiempo hizo que se montara guardia junto a su choza para alejar a los malvados magos.

Otros balbucean cosas diversas con las que tratan de engañarnos, porque temerían revelar el secreto a unos profanos. Y por fin hay otros que reconocen su ignorancia al respecto. En cualquier caso, los reconocidos o supuestos magos son matados despiadadamente y quien los golpea cree que hace una obra meritoria, un acto de entrega con el que vela por la salud de sus compatriotas.

[33] ¡Cuántos hechos podría citarle, padre, que le harían temblar de espanto y que le servirían para confundir a esos imprudentes que no cesan de pregonar la felicidad y sobre todo la libertad de los salvajes! Le citaré dos: en un pueblo reinaba una epidemia. Al jefe se le mete en la cabeza que se ha lanzado un maleficio sobre su gente; va a buscar a sus aliados, vuelve con sus fuerzas y convoca a todo su pueblo, manda que aten a todos y después los desata, excepto a dos. A éstos los acusa de magia y, aunque defienden su inocencia, son levantados con una cuerda a lo alto de un árbol desde donde se los deja caer. Uno murió, el otro quedó liberado, pero con una larga enfermedad.

Otro día, un jefe se imagina que una mujer de fuera, que ha venido a su pueblo, podía ser una maga. Esa misma noche va a la choza en la que descansa con intención de inmolarla. Al entrar la ve dormida y con una niñita encima de ella, también dormida. Eso habría conmovido hasta a un tigre, pero él coge fríamente a la niña, la pone en tierra y después da varios hachazos a la madre. Yo he reprochado a menudo a los canacos sus homicidios; y siempre se justificaban diciendo que eran los brujos. Por lo demás, aquí es un crimen tal el dedicarse a la brujería, que algunos indígenas se ahorcaron, según se me asegura, por haber sido acusados de ello.

[34] Carácter. – Los neo-caledonianos presentan grandes anomalías en su carácter: orgullo y cordura, sencillez y astucia se hallan frecuentemente en ellos. Pero lo que les distingue es su grosería, su vanidad y su crueldad. No creo que se pueda encontrar un pueblo más hundido en la ignorancia y que, como suele ocurrir ordinariamente, desconfíe de si mismo. Muéstrele el sol, la luna, las estrellas y pregúntele quién es su autor.

Le dirá que los autores son los extranjeros, que habitan en el cielo y a quienes han visto descender con sus barcos. Preguntadles qué piensan de nuestros perros, y le responderán que son grandes jefes que saben morder y correr bien, y para demostrarle que al

hablar así está manifestándole sus convicciones, irá a buscar un paquete de ñames para ganarse su benevolencia y le enviará alguien para pedirle humildemente permiso para acercarse a la casa.

Pero aún con todo, no se crea que este pueblo nos crea superiores. La palabra *diugue*, que significa verdadero, sólo la aplica para ellos, y se llama *diugue endiu*, verdadero hombre, y de sus casas y sus piraguas dice *diugue muan, diugue uangue*, verdaderas casas, verdaderas piraguas, mientras que ni nosotros ni lo que nos pertenece merecen esas denominaciones.

¡Cuántas veces estos pobres ignorantes se mofan de nosotros, de nuestras costumbres, y tienen el aire de no concebir que no les tomemos a ellos por modelo! Mire, hemos construido una bella casa de madera, con planta y piso y tres ventanas en la fachada, y al lado un miserable horno. Pues bien, el preferido por ellos es el horno, porque en lo alto del mismo hay un bastón, como en sus chozas. Así que no se extrañe, padre, si de vez en cuando le digo que nos tratan de igual a igual: gran condescendencia de su parte.

Últimamente nos decía un nativo: ustedes no son justos. Quieren que escuchemos su palabra y no hacen caso alguno de la nuestra. Se molestan cuando trabajamos el domingo y ustedes no respetan nuestra costumbre de comer carne humana. Nos hablan de Jesucristo que vino hace tiempo y nos exigen que les creamos, y cuando nosotros les decimos lo que pasa hoy, que hay brujos, que aquí los muertos resucitan a menudo, ustedes se ríen de nosotros.

Ese orgullo que anima a nuestros salvajes llega a tal punto que a veces prefieren sufrir a rebajarse a pedir trabajo, y entonces prodigan las burlas a los que nosotros empleamos. Trabaja bien, dice uno, porque si eres sensato, esta noche podrás pretender lo que les sobra a los extranjeros. Tu estómago ha de estar muy vacío, dice otro, para que seas criado de los blancos. Y todos ríen las bromas.

Le dije que nuestros salvajes presentan grandes anomalías en su carácter. Pues vea la prueba: con todo su orgullo, no temen rebajarse al papel de mendigos, y hay que decir que lo hacen de maravilla. Vea cómo proceden: se insinúan con un exordio llamándole *endiu taku*, hombre generoso, para provocar así su generosidad. No se deje conmover por ese cumplimiento, porque entonces van directamente a pedirle abiertamente lo que sea.

[35 Gobierno. – Nueva Caledonia no es gobernada, como muchas otras islas de la Polinesia, por un solo monarca; está dividida en numerosas tribus, que se subdividen a su vez en pueblos. El jefe de la tribu se llama *Téama*, el del pueblo, *Aú*. La palabra *aliqui*,

con la que se designa indistintamente a todos los jefes, es palabra polinesia. El poder se hereda. Las mujeres quedan excluidas del gobierno. Los niños de baja edad están sometidos a un regente.

[36] La autoridad de los jefes viene por lo que hacen. Matan y comen a sus súbditos, son respetados; muestran indulgencia, y dejan de ser respetados. Pero todos ellos tienen prerrogativas, consideradas sagradas por el pueblo. Por ejemplo, su vida es respetada incluso en tiempo de guerra; pueden golpear a todo el mundo, pero nadie tiene derecho a levantar la mano contra ellos.

Colocan el *tchéguéne* o *tapu* en los cocoteros, ñames, taros, cañas de azúcar y nadie puede comer de ellos antes que él lo retire. No se pasa por detrás de ellos, se les reservan ciertos peces, con ellos se utilizan ciertas expresiones no aplicables a los *samboet* o súbditos, etc., etc. Y, por fin, pueden ir donde sus súbditos y robar lo que tienen, arrasar sus plantaciones, quemar sus chozas e incluso azotarlos solamente para demostrar que son los dueños.

¿Qué dice usted, padre, de ese derecho de visita y de ese buen aroma de libertad, que no parece respirarse, y que nuestros filósofos suponen que son la felicidad del salvaje?

[37] Costumbres diversas. – Nuestros canacos no tienen una palabra para expresar nuestro 'buenos días'; pero en cambio no se cruzan con alguien sin decirle *¿pè na pa*, de dónde vienes? *¿So ona*, a dónde vas? *¿Otura*, qué haces?. Y para ellos eso no es simple curiosidad; es cortesía. Y al marchar, dicen *olabuéme*, o *olauéat* según se dirijan a una, dos o varias personas, lo que corresponde perfectamente a nuestro adiós.

Miden el tiempo por *aimée* o *diau*, que es el espacio comprendido entre dos plantaciones de ñames, por lunas o *malak* y por días o *boen.* Las horas las expresan con esas palabras, el sol está alto, el sol está bajo y por las de aurora, *kéau auak*, y de mediodía, *gauate.* Nunca se pregunta a una persona su nombre. Para saberlo, se pregunta a una tercera persona.

Las mujeres no pueden comer alimentos cocidos en el utensilio que haya tenido la comida de los hombres. Cuando pierden al marido, pertenecen al hermano mayor de aquél. La poligamia es frecuente. Cuando muere un abuelo, el hermano de más edad hereda su nombre, y si no tiene hijos, sus bienes. Se hace la circuncisión.

[38] Industria. Artes. – Aquí el pueblo es perezoso y retrasado. No sabe hacer ni las bellas armas que se ven en Fidji, ni las magníficas *tapas* de Futuna. Esculpen toscamente pero sin gusto. Todo

su arte consiste en hacer trenzas de piel de lija y teñirlas de rojo. Para eso emplean un método bastante ingenioso; hacen una decoración de cúrcuma, y la hacen ir del amarillo al rojo agregándole un poco de ceniza, procedimiento que, en caso de necesidad, hábiles químicos de Francia se verían obligados a utilizar. Sus danzas son insignificantes, para las que emplean un instrumento de música con sólo dos notas, al que llaman *Gao*.

[39] Medicina. Cirugía. – Como en Francia, los médicos se diferencian de los cirujanos, aunque se incluye a ambos en el nombre genérico de *Atupalit*. Si no tuviera miedo a faltar a la caridad, diría que, como entre nosotros, la charlatanería no es el menor de sus méritos. Soplan sobre los enfermos, exprimen el jugo de cualquier hierba insignificante en la boca del enfermo, sin olvidar que les sirvan algo de comida antes de comenzar la cura.

Después, si el enfermo está en peligro, dicen que le han echado un sortilegio, con lo cual se liberan de toda responsabilidad. Si ofrece alguna esperanza, le prescriben baños y unas sangrías que suelen hacer ellos mismos en la sien con trocitos de cuarzo. En el asunto de operaciones, se muestran más hábiles; pero pobre del herido que necesite su servicio: se verá en mano de verdugos que, con unas conchas haciendo de bisturí, le cortan en vivo sin piedad.

[40] Funerales. – Nuestros salvajes no esperan a que la muerte haya dejado fríos los miembros de sus parientes para inhumarlos; podrá convencerse de ello, por estos hechos que le cuento, elegidos entre otros muchos. El padre Rougeyron fue un día a Puebo, tribu cercana a la nuestra. Le dijeron que acababa de resucitar un hombre, y se lo enseñaron. Pidió explicaciones y vea lo que le dijo el mismo salvaje: anteayer se creyó que yo iba a morir, y después de envolverme me llevaron al bosque. Como no era de noche, me dejaron allí esperando el momento de inhumarme.

Quedé allí algún tiempo sin pensar en nada, pero me encontraba mejor y me puse a escuchar a ver si pasaba alguien por allí cerca. Oí a un hombre, lo llamé, pero no prestó atención a mis gritos. Volví a insistir, vino y me dijo: ¿quién eres tú? Un muerto, le respondí, desátame. Se hizo de rogar, pero al fin dejó que lo tocara y me salvó a toda prisa.

[41] En otra ocasión, yo estaba volviendo cuando encontré a un joven que me pidió que bautizara a su madre. Le pregunté si estaba muerta. Me dijo que no, pero que era vieja y que tenía el

propósito de inhumarla pronto. Me puse a instruir a la buena mujer y después la pregunté si se sentía cercana a la muerte. Y me respondió: mi hijo me ha dicho que me enterrará dentro de cinco días.

Como aún tenía tiempo, no le administré el bautismo, pero volví al día siguiente. Al verme, la buena mujer me hizo una señal para decirme que ya solo le quedaban cuatro días. La encontré instruida, bien dispuesta y le dí el agua de socorro. No tardó en ser amortajada. En Nueva Caledonia, cuando llega la muerte, tanto si es la natural como la fingida, parientes y amigos dan grandes gritos, lloran, y mientras sacan el cuerpo cubierto con una tela para llevarlo al bosque, dan muestras de verdadero dolor.

Los vecinos, avisados rápidamente por emisarios, van llegando con regalos, que ofrecen al pariente más próximo. Después los hombres vierten algunas lágrimas, mientras que a su vez las mujeres se juntan para gritar y llorar. Sigue una comida y todo el mundo se retira. Cuando muere un jefe, el duelo no se reduce a derramar lágrimas y dar gritos. En señal de duelo, se coge un gorro blanco, se levanta un monumento destinado a perpetuar la memoria del difunto, se queman casas, se abaten cocoteros, se devastan plantaciones. Hecho relevante que, según mi parecer, prueba que la idea de los sacrificios expiatorios, tan frecuentes entre los pueblos cristianos para aplacar a la divinidad, también se encuentra entre los salvajes que, con toda certeza, no la han encontrado por si mismos.

Su pobre e indigno hermano, Xavier Montrouzier, misionero apostólico.

652 : Abandono de Balade

En 1846, el *Marian Watson* y el *Clara* se llevan una parte de la tripulación del *Seine.* Posteriormente, el comandante Leconte y el resto de la tripulación más monseñor Douarre, son repatriados en el *Arabian.* El obispo vuelve a Europa para obtener que Nueva Caledonia sea separada del vicariato de Oceanía central. Deja una misión próspera.

A causa de la presencia creciente de europeos en el territorio, las relaciones con los canacos empeoran.

La epidemia, la sequía primaveral, el hambre, acaban de deteriorar la situación. Las reservas de los misioneros fomentan la convivencia de los canacos.

Movidos por el hambre, conspiran varios jefes, entre los cuales Buéone y Burate, y proyectan la expulsión violenta de los misioneros.

20 agosto 1847. – Informe de Jean-Georges Collomb a los dos consejos centrales de la Propagación de la Fe.

Nueva Caledonia, tema Balade y Puebo.

Señores,

[2] El 23 de mayo, día de Pentecostés, recibí la unción episcopal de manos de monseñor Viard, obispo de Ortosia y coadjutor de monseñor Pompallier. La ceremonia se celebró en la iglesia de los apóstoles san Pedro y san Pablo de Kororareka, en Nueva Zelanda. Un viento contrario nos retuvo en la Bahía de las Islas hasta el 18 de junio, día en que salimos. Nos costaba separarnos del señor obispo de Ortosia y de sus celosos misioneros.

Ofrecimos al Señor esa costosa separación y sentimos alegría al pensar que nos acercábamos a los pobres salvajes, a cuya salvación acabábamos de consagrarnos.

Tuvimos buena travesía; la monotonía del viaje apenas si se vio interrumpida por unas pocas horas de mal tiempo. El 29, a las cinco de la tarde ya habíamos fondeado en Port Balade, frente al establecimiento de la misión de Nueva Caledonia. Esperábamos encontrar en el puerto el barco *Anonyme* de la Sociedad Francesa de Oceanía, que había puesto a nuestra disposición el Sr. Marceau, representante de esa sociedad.

Pero ¡cuál fue nuestra pena al no verlo en Balade! Pero ya estábamos resignados de antemano a aceptar todo cuanto nos diera el Señor. El navío que nos había conducido a Balade no podía quedar mucho tiempo a nuestro servicio. Y tuvimos que desembarcar todos nuestros enseres y esperar otro buque de la Sociedad francesa para continuar nuestra ruta. Yo había ido con el reverendo padre Verguet, que tenía en la misión de Nueva Caledonia a los pares Rougeyron y Grange, a los hermanos Blaise y Bertrand, al señor doctor Baudry y a Marie Julien de la Sociedad francesa, al escocés Georges Taylor y a los marineros del navío *Seine* que quedaron allí después del naufragio. Después de unos meses, los misioneros se habían separado para fundar otro centro en Téa-Muélebé [Puebo], una tribu bastante numerosa a sólo tres leguas de distancia de Téa-Puma [Balade], que parecía ofrecer a la misión más recursos.

[6] El día que el reverendo padre Rougeyron fue a Téa-Puma propuso la reunión de los dos centros en Téa-Muélebé. Nos reunimos en consejo, y se decidió: que era urgente que los misioneros se reunieran en un solo centro para que su número infundiera más respeto a los nativos; que se reunirían en Puebo, donde la población era más numerosa y los recursos más abundantes; que la marcha de Baiaup habría de parecer un castigo impuesto a los nativos por no haber querido escuchar a los misioneros y haber tratado de expulsarlos; que esa reunión no podría hacerse antes de que llegara el *Anonyme*, o incluso antes, cuando llegara el *Arche de l'Alliance*, si es que el *Anonyme* tardaba mucho en aparecer.

Antes de volver, el padre Rougeyron invitó al padre Verguet a pasar unos días en Puebo. Cuando el *Speck* acabó de desembarcar las cosas que llevaba para la misión, el padre Verguet fue donde el padre Rougeyron.

[7] El día 16 julio, me escribe una carta diciéndome que estemos alerta porque en Téa-Muélébé corre el rumor de que el jefe Buéone de Téa-Puma quiere atacar a los misioneros en cuanto marche el navío *Speck* y que ha invitado a los salvajes de su tribu a unirse con él para la masacre. El rumor era demasiado verídico.

El *Speck* sale el 17, los jóvenes cristianos Antoine y Marie nos advierten que quieren atacarnos; no sabemos qué hacer, mandamos trasladar de la capilla al almacén los objetos que pueden ser más codiciados por los salvajes.

El padre Grange y yo consultamos cuidadosamente en la teología de J. B. Bouvier, obispo de Mans, lo que podríamos hacer en caso de ataque. Está permitido defenderse y no incurrimos en censura ni en irregularidad al hacerlo. Si dejamos que cojan nuestros víveres expondríamos dos misiones a la muerte.

Por otra parte, hay laicos con nosotros -uno de ellos padre de familia- que ciertamente no están dispuestos a dejarse degollar. No se trata de persecución a causa de la religión, principalmente quieren nuestros objetos y para tenerlos, si es necesario, se nos mata. En tan extremo peligro nuestros ojos miraron al Señor.

[8] El día siguiente el padre Grange y yo celebramos la misa, aunque con cierta inquietud. Era domingo. Los dos hermanos y el carpintero Marie-Julien comulgan. Terminada la misa esperamos el ataque en cualquier momento; pensamos que los salvajes vendrán en masa a asaltarnos, ignoramos hasta dónde puede llegar su perfidia.

Cuál fue nuestra extrañeza al oír propuestas de paz. Hacia las ocho de la mañana, el jefe menor Gomène viene a decirnos que, para recuperar la paz con nosotros, la gente de Baiaup consiente devolvernos los objetos robados. Aceptamos gustosos su oferta. Una hora después Gomène vuelve con el jefe Buéone y dos chicos que llevan dos paquetes de cosas robadas. El P. Grange observa con recelo que Buéone lleva una lanza y Gomène un rompecabezas y le dice al Hº Blaise que no vaya sin armas a recibir la restitución que quieren hacer: el Hº Blaise tranquiliza al P. Grange, y todos los nuestros van sin armas ante los dos jefes para recibir en el terrado los objetos que traen. Yo me quedo solo en casa.

[9] Mientras se parlamenta con los dos jefes, veo otros nativos viniendo del lado de la costa. Se lo advierto a nuestra gente, el P. Grange me responde que llevan telas. Casi a la vez, nuestros perros empiezan a ladrar furiosamente; doce salvajes habían entrado con lanzas y rompecabezas en el corral de detrás y en la planta baja de la casa, que el tiempo no había permitido cerrar aún.

Sin armas y por reacción espontánea, los nuestros se lanzan sobre los salvajes gritando y recuperan la casa; lanzas y rompecabezas vuelan sobre ellos, el P. Grange elude un mazazo escondiendo la cabeza bajo la escalera, el Hº Blaise recibe una lanzada que viene de la cocina, el Hº Bertrand hace dos disparos de fusil, sin herir a ninguno, que hacen huir a nuestros pérfidos agresores.

El Hº Blaise estaba gravemente herido; la lanza había penetrado unas tres pulgadas por la parte inferior del lado izquierdo del pecho, se rompió, y allí quedó la punta de madera clavada en carne viva. Pero los salvajes huyeron. Para consolarse de su derrota, quieren prender fuego a la iglesia; un niño nos notifica su propósito y tres horas después de mediodía vemos un torbellino de llamas que sale del techo de caña que la recubre.

[10] Fue un golpe terrible para mí: todas provisiones de la misión perdidas, mis ornamentos y mis vasos sagrados presa de las llamas. Dios me pide todos esos sacrificios. Se los ofrezco como primicias de mi episcopado y de mi apostolado. En adelante podré decir con el autor de la Imitación de Cristo, *nudus nudam crucem sequar. Nudus nudum Jesum sequi.* El viento propaga el fuego al establo, que sale ardiendo.

El fuego pasa enseguida a la casa, y la habría devorado si dos hombres no hubieran corrido a apagarlo. Yo prometí decir nueve misas a Notre Dame de Fourvière para obtener que nuestra vi-

vienda quedara preservada del incendio. El P. Grange escribió entonces al P. Rougeyron para notificarle nuestro infortunio. La joven Marie, enviada a llevar esa carta, recibió orden de parte de Buéone de retroceder, so pena de darle muerte.

[11] Por la tarde, los hijos de Antoine y Marie nos comunican que los salvajes están obstinados en perdernos, y que viendo que con los de Baiaup y alrededores no son suficientes para vencernos, están decididos a compartir nuestros despojos con sus vecinos más lejanos. Quieren reunir todos los pueblos de la tribu Téa-Puma para atacarnos, para matarnos y robarnos todo.

Esa reunión general se llama allí *muaran*; el día anterior la anuncian lanzando un grito, que se repite en todos los pueblos del entorno, y poco a poco llega hasta los puntos más lejanos de la tribu. Esa misma noche, los salvajes van junto a su jefe y el día siguiente éste les da las órdenes. El gran jefe de Téa-Puma, Buéone, reúne a todos sus combatientes junto a los manglares, de los que aleja a mujeres y niños para que nadie traicione el secreto, pues es allí donde toma las medidas para que el ataque tenga éxito.

[12] La reunión fue el 19, lunes, día de San Vicente Paúl.

[13] Al amanecer, fuego en todas las embarcaciones cercanas a la costa; los salvajes han quemado todas menos nuestra ballenera y el bote del mayor del *Seine*, que han guardado para utilizarlos ellos. Por la mañana los nativos, que vienen de todas partes y se juntan, nos tiran piedras con la honda.

Gomène llama desde lejos a los jóvenes nativos que viven con los misioneros. Les dice que nos dejen; el padre Grange los retiene por motivos religiosos. Esta precaución de Gomène nos indica que va a empezar la guerra; como tememos el desenlace, nos preparamos para la muerte con una buena confesión. Yo habría dado la comunión al Hº Blaise si a causa de la herida no tuviera frecuentes ganas de vomitar. Temiendo que las santas especies puedan caer en manos de los infieles, las consumí y ofrecí mi comunión como viático por si le placía a Dios llamarme ese día. Cuando el peligro es más perentorio, invito al P. Grange a que bautice sub conditione y confiese después al escocés Georges, a quien instruía desde hacía tiempo y que estaba dispuesto a hacerse católico.

La turbación que me causan los gritos de los salvajes me ha hecho olvidar dar la extremaunción al Hº Blaise, pues sospechaba que estaba herido de muerte; me contenté con darle a besar una re-

liquia de la vera cruz y mi bendición. El buen hermano se da cuenta de mi emoción y me dice desde el lecho en el que estaba tendido con un crucifijo entre las manos: ¿por qué importunarnos, monseñor, qué tiene de bueno entristecernos si lo que hacemos es cambiar esta vida por otra mejor?

[14] A las dos, los salvajes nos rodean por todas partes, se han pintado de negro y vociferan como demonios. El carpintero Marie-Julien se coloca en el granero, el señor doctor Baudry y el P. Grange cada uno en una ventana del piso de la casa nueva; el Hº Bertrand y el marinero Georges se sitúan en el otro extremo de la casa con piedras, han hecho pequeñas aberturas para tirarlas a quienes vengan a prender fuego a la casa.

Yo, inhábil para utilizar armas de fuego, me contento con observar dónde está el peligro y dirigir la atención de nuestra gente hacia esa dirección; de vez en cuando elevaba mi corazón al Señor para pedirle que pusiera fin a esta prueba.

Antes del inicio del ataque, Bertrand carga mal su fusil; le estalla entre las manos y le deja fuera de combate, con la mano derecha deshecha, la última falange del dedo del medio desaparecida y el dedo meñique estropeado.

Los nativos, desde que se hallan al alcance del fusil, van de uno en uno, de árbol a árbol, de piedra a piedra, hasta que pueden acurrucarse detrás del muro que sostiene la terraza de la casa. Allí están ya bastante cerca para lanzar contra la casa de madera unas piedras capaces de romper las planchas, pero no se ponen a descubierto; es imposible alcanzarlos. Hundir la casa es cuestión de una hora; pero los asaltantes no se atreven a invadir la terraza, temen los disparos de fusil. y comienzan a desanimarse.

[15] Desde el otro lado de la ribera llega una voz que les pide que prendan fuego a la casa. Dos salvajes se precipitan a llevar el fuego debajo de nuestras habitaciones; George hiere al primero, el otro llega hasta la casa y enciende el fuego en la base de cada columna. Nos quedamos perplejos. Apagar el fuego echando agua por las ventanas es imposible porque el fuego está en el interior de la planta; quedar en casa es entregarnos inútilmente a una muerte segura; descender a apagar el fuego es dejar a nuestros enemigos que invadan la terraza y exponernos más a que nos golpeen.

Vemos que persistir en defendernos es inútil. Entonces nuestro pensamiento se centra en Dios y en la vida futura, que pensamos que está comenzando. Sin embargo, el P. Grange y yo hacemos la

promesa de ofrecer ciento nueve misas por nuestra liberación. Nos reunimos todos en la capilla. El Hº Blaise también se levanta, y arrastrándose como puede se une a nosotros. Está tranquilo, con la serenidad en la frente y la sonrisa en los labios: vengo, nos dice al entrar, a esperar aquí el golpe último.

[16] La suave alegría de ese buen hermano edifica de tal modo al nuevo católico Georges que, al verla, no puede dejar de exclamar: sí, creo en la religión. Sin perder tiempo, estando todos reunidos, le pedí al P. Grange -con quien me había confesado por la mañana- una última absolución y la indulgencia plenaria. Después de recibir ese beneficio, se arrodillaron todos delante de mí y les dí a mi vez la absolución general y la indulgencia plenaria in articulo mortis.

Cumplidos esos consoladores deberes, nos abrazamos y nos despedimos hasta el cielo, donde esperábamos reunirnos pronto. Nos encomendamos todos a las oraciones de los demás, especialmente para alcanzar la contrición perfecta. Dios nos daba la fuerza de ofrecerle generosamente el sacrificio de nuestra vida. Yo la había ofrecido por esta pobre gente, tan ciega como los judíos, y también por mis queridos insulares de Melanesia y Micronesia.

[17] Nos vino el pensamiento de que abandonando la casa al pillaje quizás podríamos salir con vida. El P. Grange y el Hº Blaise hacen esa propuesta a la multitud desde la ventana. Dos jefes, Ondo y Gomène, consienten en dejarnos la vida y mandan apagar el fuego. Ondo hace una señal al P. Grange para que baje, el padre le contesta desde la ventana y recibe una lanzada que felizmente sólo le roza la piel del lado izquierdo a la altura del vientre.

No podría describir lo que había de horroroso al ver aquella multitud de bárbaros armados con lanzas y rompecabezas, con la cara pintarrajeada de negro; como se veían victoriosos lanzaban gritos de feroz alegría mientras lanzaban piedras y disparaban lanzas.

Para que tuvieran seguridad de que tendrían el botín y lograr que sus ansias se fijasen en un objeto que absorbiera toda su atención, el señor Baudry les tira la llave del almacén; los salvajes van en masa al almacén. Nosotros abrimos trampa para bajar y buscar salvarnos huyendo. Teníamos que pasar por medio de esos caníbales. Creíamos que nos matarían en cuanto llegáramos al pie de la escalera en la planta baja, donde se encontraban los jefes y un gran número de nuestros agresores. ¡Dios mío, qué camino!

[18] El primero que se presenta es el P. Grange, le sigue el señor doctor, detrás llego yo con la cruz pectoral y el amillo escondidos, bendigo a la bárbara multitud y el camino por donde hemos de pasar. Buéone es el primer nativo a quien encuentro. Al ver a ese jefe, causa de nuestras desdichas y del estado de reprobación en el que parecía que caería pronto Nueva Caledonia, no pude evitar amenazarle con gestos y con la energía de la cólera de Dios. Él me devolvió la amenaza con cierto aire de alegría y de autoridad incalificables.

Yo paso por en medio de esa horda furiosa sin que nadie me haga daño. Todos nosotros estábamos abajo en la planta. El primero en tomar el camino de Puebo es el Hº Bertrand, con el brazo en cabestrillo; yo corro tras él, asombrado de no sentirme herido; me seguían el señor doctor, el carpintero y Georges.

En ese momento un natural arroja su lanza contra mí, el carpintero y George le disparan un tiro y huye hacia la casa. Por último vemos venir al P. Grange perseguido a pedradas por un nativo; antes de llegar donde nosotros cae en tierra dos veces, pero felizmente no está herido. Se había detenido a hablar con Ondo y no pudo emprender la huida más que dándole su fusil.

Contamos los que éramos; faltaba el Hº Blaise. Pregunto qué tenemos que hacer: que el hermano nos siguiera era imposible, e intentar llevárnoslo era la muerte segura para nosotros. Nos vimos en la dolorosa necesidad de marchar sin él. Esperábamos que, al no tener que temer nada de él, los nativos lo dejaran con vida. El P. Grange se lo había encomendado a los jefes Ondo y Gomène, y el Hº Bertrand al despedirse rogó a un nativo llamado Cari, que estaba presente, que lo tomara bajo su protección.

[19] El pobre Hº Blaise queda, pues, en poder de los nativos. Repito que nos era imposible llevarlo; a no ser por él habríamos salido de Baiaup el día anterior al ataque, en la noche del 18 al 19, pero aún no habíamos podido decidirnos a abandonarlo. Corremos a toda velocidad hacia Puebo; estaba a unas cuatro horas, era por la tarde.

El pillaje entretiene a nuestros enemigos; nos dejan tiempo para ganar terreno. Al llegar al pueblo Dérivé, por el catequista Michel nos enteramos de que la gente de Baiaup ha dado orden, por todos los lugares que atravesamos, de que nos maten. Michel estaba enfermo; se había enterado de la guerra que Buéone acababa de de-

clarar, e inmediatamente envió a Téa-Muélébé a su hermano Neia para que informara de ello al padre Rougeyron.

[20] Los padres Rougeyron y Verguet estaban lejos de sospechar el peligro que habíamos corrido; ellos habían ido a pasear por las montañas cercanas a su casa y estuvieron a punto de ser asesinados por los nativos. Se salvaron merced al niño que los acompañaba: éste, al oír que los salvajes maquinaban su muerte, cogió por el brazo al P. Rougeyron y le rogó que volvieran rápidamente a casa advirtiéndole del peligro.

Al llegar a casa, el P. Rougeyron encontró allí a Neia, que le dijo de una manera vaga lo que pasaba en Baiaup. Al conocer la noticia, los padres Rougeyron y Verguet enviaron al joven cristiano Louis a Téa-Puma, diciéndole que volviera cuanto antes para informarles con exactitud de todos los detalles. Si la guerra aún seguía, cuando volviera Louis tendrían que abandonar el centro de Puebo e ir a fortalecer todos juntos el de Baiaup, donde estaban las provisiones de las misiones de Nueva Caledonia y Melanesia.

[21] Encontramos a Louis en al límite de las dos tribus. Al saber que la guerra no había estallado en Puebo a la vez que en Baiaup, nos alegramos. El Señor nos había reservado un asilo en el desamparo y nos enviaba un ángel para conducirnos allí.

Louis hizo de todo por y para nosotros: supo hacernos esquivar hábilmente todos los peligros, o bien haciéndonos dar un rodeo para alejarnos de las trampas que hubieran podido tendernos, o yendo a hablar a favor nuestro a los salvajes que encontramos y nos daban motivos de miedo. La diligencia y el celo inteligente de este excelente catequista me han emocionado y hecho llorar.

Cargaba conmigo en las espaldas para pasar los ríos, bastante numerosos, que se encuentran en la ruta; en las cuestas me daba el brazo para ayudarme a caminar, no quería que llevara yo el breviario ni que me ocupara de arreglar los escarpines, bastante deshechos ya, que llevaba en el momento de la huida y que pronto me dejaron descalzo. Se nos adelantaba y corría a buscar alimentos. Aunque no hubiéramos comido casi nada desde dos días antes, la presencia de este excelente guía nos bastaba para no quedar ni un instante sin alimento.

[22] Al fin llegamos a Puebo entre las ocho y nueve de la noche. Estábamos tan agotados por la fatiga que a penas podíamos sostenernos. A unos pasos de la casa, salen a recibirnos los padres Rougeyron y Verguet. El Hº Bertrand, llegado poco antes que no-

sotros, les ha informado ya de nuestro desastre; nos abrazamos junto a la cruz, tan emocionados que casi no podemos hablar.

A pesar de todo, renovamos entre lágrimas el sacrificio de todo, conforme a la voluntad del Señor. Tomamos un poco de alimento, el doctor Baudry aplica antes un apósito a la herida del Hº Bertrand, y después de acabar este día tremendo con la oración en común, tratamos de descansar un poco.

[23] El 20 de julio hablamos y convenimos todos unánimemente que la situación en Nueva Caledonia ya no es sostenible. Tomamos los medios para salir cuanto antes, hacemos la promesa de celebrar unas misas y ofrecer un voto a Notre Dame de Fourvière. Al fin se decide que el Hº Auguste y el marinero Aumérand vayan a Hienghène a enterarse de si hay allí un barco, pues los ingleses suelen ir a buscar madera de sándalo. A la vez nos apresuramos a enviar a Baiaup a Louis, Augustin y Nangaro, unidos a la misión, para buscar al Hº Blaise y traérselo en la barca del cristiano Grégoire. Louis vuelve ese mismo día.

[24] He aquí lo que nos cuenta.. Después de marcharnos, como Blaise no quería presenciar el pillaje y la devastación del establecimiento, se fue a rastras hasta el camino y se puso bajo la protección de Cari, marido de Elizabeth, primera y excelente cristiana de Nueva Caledonia, fallecida hacía unos seis meses.

Cari había prometido protegerlo y lo hizo por unos momentos. Viendo su desvelo, Blaise le dijo que, en recompensa, le daba su baúl y que podía ir a buscarlo. Entretanto llega un salvaje llamado Dan, que le asesta varios mazazos y se va creyéndolo muerto. La mujer de Uabate acude para robarle la ropa; Blaise, que vivía aún, no puede sufrir el verse desnudado por una mujer; saca fuerzas, coge una piedra y la ahuyenta reprochándole su barbarie y diciéndole que prefiere morir antes que verse desnudado por una mujer.

Agotado por el esfuerzo, el hermano Blaise cae desvanecido; la mujer vuelve y le quita la ropa. Cuando el pobre hermano recupera el conocimiento se arrastra un poco sobre la hierba para cubrir la total desnudez en que le dejó la mujer y limpiar la sangre que fluía de sus heridas. Vio a su lado a los jóvenes cristianos Antoine y Marie que, a pesar de las burlas de los demás salvajes, lloraban al verle en un estado tan digno de piedad.

Blaise les dijo con serenidad que debían tener hambre y que podían ir a casa a buscar comida; fue Antoine solo, y la fiel Marie quedó a su lado y fue testigo de su muerte. En esto, llega el salva-

je que le había atravesado con su lanza el día anterior. Furioso al verlo vivo, se lanza sobre el hermano, le asesta varios hachazos y le corta la cabeza casi del todo. Al verlo, Marie derrama lágrimas copiosas, reza el rosario, cava una fosa con un palo y entierra el cuerpo de Blaise.

[25] Los salvajes de Baiaup no quisieron dejarle esa sepultura; el día siguiente lo desenterraron para comérselo, pero no de inmediato porque estaban demasiado ocupados en el pillaje. Los chicos de Puebo, que venían casi todos los días para conocer lo ocurrido, lo vieron encima de un montón de piedras. Quisieron enterrarlo, pero los salvajes no lo permitieron; tuvieron que contentarse con esconderlo en la hierba para que no fuera descubierto fácilmente por los caníbales.

El P. Rougeyron, que quería tener el cuerpo de Blaise en una sepultura, envió un hombre de Puebo, que se encargó de sepultarlo. No pudiendo llevarlo a cabo por la oposición de los de Baiaup, ató el cuerpo a unas piedras gruesas y lo tiró a un hoyo profundo en el río. Al día siguiente el cuerpo se desató y sobrenadaba por la superficie; Buéone mandó sacarlo y, para guardarlo mejor, lo puso cerca de su casa: quería tener sus huesos como recuerdo de su victoria.

Cabo, esposa de Buéone, ayudada por otra mujer, se lleva por la noche el cuerpo del hermano lejos de casa y lo sepulta en un lugar pantanoso; cuando su marido le pregunta dónde está el cuerpo, le responde que quizás el viento se lo haya llevado al cielo pues era hombre sagrado. Buéone se contenta con esa respuesta.

Más tarde es desenterrado y su cabeza llevada a Puebo. Los ultrajes e injurias que le hicieron, las pedradas y palos que le dieron no son nada al lado de las infamias que se permitieron pronunciar.

[26] Y no sólo con el Hº Blaise fueron impíos. Después de haber despojado la casa, cuando vasos sagrados, ornamentos sacerdotales e imágenes de santos estuvieron en su poder, hicieron a todo su país testigo de una escena no menos impía que la que tuvo lugar en Francia en 1793; y estaban inspirados por el mismo maestro que inspiró a los revolucionarios.

Utilizaron los vasos sagrados para usos profanos, después los pisotearon y tiraron a la basura, la cruz procesional -tras ser objeto de burla- es hecha pedazos, mi solideo episcopal que sólo utilicé el día de mi consagración, lo encontré hecho pedazos por toda la casa, en la basura, la carbonera, la hierba. Por todos los sitios se

veían imágenes rotas, trozos de rosario, medallas y cruces; hasta llegaron a atar medallas en el cuello de los animales.

Gomène, uno de los cabecillas más influyentes en todo esto y que desgraciadamente no sabía demasiado de nuestros santos misterios, se puso una de mis sotanas y tomó mi cinturón y mi sombrero de borlas verdes; otro se endosó una casulla, otro una capa y otros más iban con sotana y alba; Gomène paseaba en medio de ellos; éstos le daban el título de obispo y ellos el de sacerdotes. Revestidos con nuestros santos ornamentos, esos miserables remedaban algunas de nuestra ceremonias, que habían podido presenciar, y otras veces simulaban estar rezando como cuando nosotros leemos en el breviario; y terminaban esas impiedades persiguiéndose unos a otros y rompiendo sus ornamentos.

[27] Sabemos también que esos desgraciados han tratado con mayor impiedad la estatua de san Austremonio que, como todo lo demás, había caído en sus manos. Le ataron una cuerda al cuello, lo llevaron al basural, y le cortaron la nariz y un brazo; quisieron tatuarlo. Esas y otras injurias son tanto más lamentables cuanto que esos forajidos pensaban que la estatua era Jehová, nuestro Dios, del que se les había hablado a menudo.

Todos eso nos lo contó el catequista Louis, que con gran sufrimiento fue testigo ocular de esos horrores. No pudo contener su indignación y los amenazó con la cólera del Señor, que podría vengar sus ultrajes y la muerte del hermano Blaise como había hecho con los autores de la muerte del padre Chanel en Futuna. De momento, las amenazas de Louis les causaron impresión.

[28] Si me preguntan por las causas del deplorable suceso que acabo de contar, se las enumeraré brevemente.

1º La inspiración o, en otras palabras, la acción del demonio, manifestada en la índole de impiedad que explotó en el modo de actuar de los nativos respecto a las cosas religiosas.

2º La avaricia de los salvajes que, carentes de todo y siempre con hambre, no piensan más que en el robo y el pillaje.

3º La dulzura de los misioneros que siempre prefirieron perder los objetos a matar a los ladrones. Los salvajes lo atribuían a una tímida debilidad, que los indujo a ser cada vez más audaces.

4º La envidia de Buérate jefe de Hienghiène, con gran influencia en el país. Quería llevarse los misioneros para gozar de sus bienes o al menos de sus regalos. Al no poder llevárselos inmediatamente, quiso obligarles haciendo que los expulsaran de Baiaup.

5º Las calumnias contra nosotros que hicieron correr los ingleses entre los nativos. Les han hecho creer que somos brujos y que con el bautismo que les administramos les hacemos morir.

6º Los éxitos que han tenido los nativos en otras partes de la isla, donde han matado a los blancos o donde se han apoderado de un navío pequeño después de matar a la tripulación.

[29] Esas son en resumen las causas del accidente que lloramos. Al ver a los nativos con tales sentimientos, creemos que es conveniente que abandonemos cuanto antes este país; como les he dicho, hemos enviado dos hombres a Hienghène a buscar un barco. Volvieron el 22 de julio sin encontrarlo. Entonces sentimos la obligación de fortificar nuestra vivienda y de rodearla de unas vallas para alejar a los nativos. Hacemos guardia día y noche, no sea que vengan a prenderla fuego o a sorprendernos.

Los habitantes de Puebo no tenían para con nosotros mejores intenciones que los de Baiaup; estaban persuadidos de que todas nuestras riquezas habían caído en manos de nuestros enemigos, que apenas nos quedaba con qué alimentarnos hasta que llegara un navío, que ese navío no tardaría en aparecer y que nos traería muchas más riquezas que las que habíamos perdido.

Nosotros los hemos dejado con la persuasión; ellos, cuando nuestra casa estuviera llena de riquezas, se proponían atacar para matarnos y llevarse todo.

Por anticipado se repartirían nuestros bienes, el viejo jefe Pauporea se reservaba la casa a la que había prohibido prender fuego cuando se nos atacara. Todos los días venía a verla y nos animaba a trabajar con ardor porque no estaba terminada aún. Pero más de una vez nos pareció que la paciencia de los nativos se estaba acabando; a cada instante nos amenazaban con la guerra. Para calmarlos, el P. Rougeyron no ahorraba darles regalos, alimentos, vestidos, cuchillos e incluso una ballenera.

Los de Baiaup les facilitaron una parte de lo que nos quitaron. ¡Triste espectáculo para nosotros!, los vimos aparecer ante nuestra casa vestidos de sotana, y nos proponían que los compráramos algunos volúmenes sueltos de nuestra biblioteca; si nos negábamos a darles el precio que nos pedían, los romperían ante nosotros.

[30] Ésa era nuestra situación en Téa-Muélébé cuando, el 3 de agosto, les oímos hablar de un barco que había aparecido delante de Balade. El P. Rougeyron envía a Balade dos jóvenes para informarse de si era verdad y les confía una carta para que el capitán

del barco venga a Puebo. Al volver, nos dicen que al inicio de la noche el barco estaba lejos y que por la mañana no había aparecido aún. La gente de Baiaup se preparaba ya para matar a la tripulación del barco. Buéone y algunos otros se paseaban en sotana por la terraza de la casa de los misioneros para que la tripulación creyera que la misión aún existía y, así, los blancos bajaran a tierra; otros se apostarían con fusiles en los manglares a lo largo del río y dispararían contra la gente de la embarcación.

[31] Al saberlo, todos tuvimos el mismo pensamiento: quemar el establecimiento de Baiaup para que los salvajes no pudiesen utilizarlo para tender a los navegantes una trampa tan bien preparada y que podría quitarnos todo medio de salvación.

Cuatro de nuestros chicos (Luis, Augustin, Nangaro y Rafael) se encargan del golpe. Salen el 5 de agosto al declinar el día para llegar a Baiaup con la noche echada.

Al pasar por Diréué, comunican su proyecto a Michel que, al no poder acompañarlos por estar enfermo, les da su hermano Neia.

Llegan a Baiaup con la noche cerrada. Los habitantes del lugar no recelaban nada, la casa estaba desierta, y los chicos no tuvieron dificultad en prenderla fuego. Al ver las llamas, los salvajes tuvieron miedo de la sorpresa y en vez de ir a apagar el fuego se acurrucaron en sus chozas. De vuelta en Puebo, Louis nos dio cuenta del viaje.

[32] Por el cristiano Michel, con cierta autoridad en la tribu de Téa-Puma, supimos que, de acuerdo con Can Ouin, otro jefe de la mismo tribu, querían declarar la guerra al gran jefe Buéone. A Michel le indignaba el comportamiento de Buéone con los misioneros, y Can Ouin no podía soportar que le sustrajeran su parte del botín atacándolos durante su ausencia.

El combate fue el día siguiente; en los dos lados hubo hombres heridos, entre los cuales Gomène que recibió una lanzada en el bajo vientre. La ventaja fue para Michel y Can Ouin; pero días después Buéone reunió más gente y Michel fue vencido, sus plantaciones y las de Can Ouin devastadas y sus chozas quemadas.

Michel hizo la guerra sin consultarnos, pues le habríamos disuadido por completo, ya que era demasiado débil para ayudarnos eficazmente y además se exponía a la muerte. Nosotros no dejamos de ofrecer a Dios nuestra oración y nuestros santos sacrificios para quedar en paz hasta el momento de nuestra liberación.

[33] En Téa-Puma se luchaba desde el 8 de agosto; el 9 por la mañana se nos anuncia un barco, el ruido lo confirma y enseguida nosotros mismos vemos un buque de tres palos con la bandera francesa. La alegría que sentimos al ver que se dirigía al puerto fue enorme; veíamos que pronto terminaría nuestra prueba. El navío pasó de largo frente a Puebo y echó anclas en Balade.

El padre Rougeyron encargó a varios nativos que llevaran de mi parte una carta para el capitán del navío; después, para asegurarnos más de que las cartas habían sido entregadas, enviamos a bordo a tres hombres de la misión; los vimos volver el día siguiente con otras embarcaciones, con viento contrario y muy fuerte.

Al mediodía distinguimos las embarcaciones; había tres, una chalupa y dos botes, cada una con la bandera tricolor; distinguimos un personal tan numeroso que ya no dudamos que Dios nos había enviado un barco de guerra. No podía darse alegría mayor en nuestra desventura. Hacia las ocho de la tarde llega a casa un destacamento de treinta hombres bien armados, acompañados por nativos, e iluminando el camino, una antorcha en la mano.

El destacamento estaba al mando del bravo oficial señor Fournier, a quien acompañaban dos cadetes. El señor oficial me entrega una carta de parte del señor comandante de la corbeta *Brillante.* El señor comandante es el excelentísimo señor Bouzet, bien conocido por su primer viaje a las misiones del centro. Informado por dos cartas mías, que le habían llegado, de la situación en que nos encontramos quiere hacer cuanto de él dependa para ayudarnos y, digámoslo así, para hacernos olvidar nuestras desventuras.

[34] El señor comandante supone que pensamos retirarnos inmediatamente y para eso nos envía sus embarcaciones. Al no poder partir de inmediato todos a la vez, salgo de la misión yo solo con el padre Grange para ir a bordo y concertar con el señor comandante lo que se ha de hacer en interés de la misión. El reverendo padre Roudaire, que llega desde Wallis para entrar en la misión de Nueva Caledonia, queda en casa con los otros dos padres.

Con la protección del señor Fournier y su valiente escolta, nos hacemos dolorosamente a la mar. El señor Lefer de la Motte, lugarteniente a bordo de la corbeta, nos esperaba junto a las embarcaciones. Nos recibió con afecto y nos trasladó sanos y salvos a bordo del *Brillante*, al que llegamos a las cuatro de la mañana.

[35] El señor comandante nos acogió de una manera tan cordial que no podemos menos de ver en él al hombre más adecuado para sacarnos de la crítica situación en que nos encontramos. El 12 de agosto, el *Brillante* fondea delante de Puebo, y a las órdenes del señor Trogoff, baja a tierra un destacamento para llevar a bordo una parte de los objetos de la misión.

Los nativos se alarman; prevén nuestra próxima partida y quieren oponerse a ello. Proyectan un ataque nocturno y la lluvia les impide hacerlo. El día siguiente ocupan las orillas del sendero que lleva a las embarcaciones para atacar a la compañía de desembarco mientras protegía la retirada de los misioneros. El señor comandante du Bouzet previó el peligro.

El 13 envía a tierra el doble de gente que los días anteriores. Envía tres embarcaciones con sesenta y cuatro hombres al mando del lugarteniente Lamotte, el señor Trogoff y tres cadetes. Dieciséis hombres guardan las embarcaciones, los otros sin que pudiera detenerlos una lluvia muy fuerte, van a buscar a los misioneros y todo los efectos que pudieran llevar. Los chicos que quedaban en la misión advirtieron al padre Rougeyron que los nativos se preparaban para atacar.

Informado el señor Lamotte, coge otro camino distinto de aquel por el que fueron. El joven cristiano Louis dirigía la marcha de la columna. La compañía se retiró en orden; apenas si estaba a tiro de fusil del establecimiento, cuando los nativos comenzaron a atacar. Los marineros respondieron al ataque con disparos, pero sin lograr dispersarlos, Los salvajes trataban de situarse en emboscada cerca del camino por donde debía pasar la columna y arrojaban sus lanzas sin ser vistos.

Así hirieron a cinco hombres, entre los cuales al cadete señor Raymond. Esperamos que las heridas no sean graves. Ignoramos cuál es el número de heridos entre los nativos. Sólo sabemos que uno ha sido asesinado, y Dios ha permitido que fuera el que tomó en Baiaup la cabeza del hermano Blaise para llevarla a Puebo; le ha reconocido Louis.

[36] Al fin, el 13 de agosto a la una, teníamos la alegría de encontrarnos todos juntos a borde del *Brillante.* Todos los años celebramos el 13 de agosto una misa de acción de gracias en memoria del esa feliz liberación; nuestros generosos liberadores no serán olvidados en nuestra oración. Los muchachos Louis, Augustin, Nangaro y Raphael, que durante nuestros días de prueba nos mos-

traron una fidelidad constante, han pedido permiso al padre Rougeyron para seguirle; no han tenido dificultad para obtenerlo.

Quizás Dios los reserve para que sean un día apóstoles de su pobre patria. Lo que más podía consolarnos en nuestra penas era la llegada del *Anonyme*. El 16 fondeaba en Puebo. Tenía algunas provisiones para Nueva Caledonia. Como la misión estaba abandonada, cogí por mi cuenta una parte de las mismas. El *Brillante* me dio algo de las suyas, así podré continuar pronto mi ruta hacia las islas Salomón sin tener que volver inmediatamente a Sidney.

[37] Las pruebas que acabamos de pasar tendrán resultados de aflicción más duradera a no ser que vengan ustedes a socorrernos. No tenemos nada, lo hemos perdido todo. Cuando llegue a San Cristóbal encontraré allí a nuestros misioneros enfermos y sin provisiones. Tendré que trasladar la misión a un país más saludable y enviar a alguien a Sidney para que nos procure medicinas y provisiones frescas. ¡Cuántos gastos van a ocasionar esos viajes!

Después de en Dios, en ustedes se posa nuestra esperanza y contamos con su caridad. Con tantas cruces y sintiendo con mayor agudeza, si cabe, la necesidad que tenemos de sus oraciones, se las reclamamos con insistencia; por nuestra parte, nosotros elevamos todos los días nuestro corazón a Dios para ofrecerle nuestras penas y compartir el mérito con nuestros píadosos asociados.

Señores, con respetuosa consideración, tengo el honor de ser su humilde y afecto servidor. Jean-Georges, obispo de Antiphelles, vicario apostólico de Melanesia y Micronesia.

660 : Tristeza de un catequista

14 septiembre 1842. – Louis Tadinan a Guillaume Douarre, con nota inicial de Pierre Rougeyron.

Monseñor,

[1] Hace tiempo que Louis me insiste para que le permita escribirle; accedo por fin a su petición y esta es la carta que envía a Su Excelencia. No es una obra maestra, pero a pesar de todas sus faltas, tiene su mérito. Estoy muy contento de que sea el primero en tener las primeras líneas provenientes de un joven cerebro caledoniano. Monseñor, sea indulgente con la redacción porque el discí-

pulo no puede estar por encima del maestro, y ya conoce usted mi talento en este punto. Vea una muestra de ello.

[2] Temeroso de que haya olvidado algo la lengua caledoniana, me voy a permitir traducir a Su Excelencia la carta de Louis lo más literalmente posible, aunque conservando la disposición de las frases y su ingenua sencillez. No crea que yo u otro cualquiera le haya dictado a Louis el fondo de la carta. La ha escrito él solo; quería conocer lo que es capaz de hacer y los sentimientos que le animan. Tan sólo he retocado muchas cosas inútiles o al menos difusas. Su primera carta habría ocupado más de ocho páginas si no le hubiera mandado resumir. También le enseñé la forma de escribir una carta, pero todo lo demás es suyo, se lo aseguro, tanto los sentimientos en ella expresados como la redacción.

[3] Esta es la carta.

[4] Sydney, once septiembre. Monseñor,

[5] Hoy hemos abandonado Caledonia, no te diré nada del por qué la hemos abandonado porque mi vientre sufriría demasiado si te lo dijera. Además, me avergüenza hablar de lo que han hecho mis compatriotas. Han cometido muchos crímenes; comunicártelos es hacer mal también a tu vientre. Prefiero hablarte del comportamiento de Michel. Ha protegido mucho a los misioneros, y no temió ir rápidamente a advertirles del peligro que corrían cuando vio que uno de los suyos se tornó contra ellos. E hizo más, hizo la guerra a sus padres a causa de eso.

[6] Cuando estábamos a punto de marchar a Sidney, Michel vino al barco; estaba abrumado de dolor, lloró mucho; su vientre sufría al ver que los misioneros se iban. Él dijo que quería quedar en Nueva Caledonia para enseñar la palabra de Jehová; cuando vea, dijo él, que haya muchas personas que entienden la palabra de Dios, construiré una iglesia después; pero no sé cuándo iremos y encontraremos muchos cristianos.

[7] Monseñor, Michel es muy bueno, cuando vea que el padre Rougeyron ya no está, irá a llamar a todos los cristianos para hacer que vayan a la casa para rezar juntos la oración e impedir que olviden la palabra de Jehová. Y después ha envidiado nuestra suerte; vosotros sois felices, nos ha dicho, sí, tenéis la dicha de estar con los misioneros, podréis confesaros y comulgar, pero nosotros quedamos como antes, sin confesión, y cuando muramos

¿dónde iremos? al infierno; y eso se acabará, entonces será imposible volver a la tierra, será el fin, y el paraíso se habrá perdido para nosotros. Si como nos decís, es cierto que tenéis que volver, volved pronto a visitarnos.

[8] Cuando las personas de Puma vieron que nos íbamos, han llorado, sus vientres han sufrido, y se han dicho unas a otras: si no hubiéramos robado últimamente, si no les hubiéramos hecho mal, hoy no nos dejarían. En ese momento enviaron a Michel para decir al padre Rougeyron que volviera para negociar la paz, y añadieron: si no quiere porque está furioso contra nosotros, dile que venga a quemar todas nuestras casas para apaciguar su cólera, y después nosotros le devolveremos todo lo que nos apropiamos.

[9] Monseñor, me siento dolorido al ver que mis compatriotas están abandonados. Perdonémosles lo que nos han hecho, pidamos de nuevo a Jehová que los perdone y volveremos de nuevo a estar con ellos. Monseñor, cuando esos hombres de Caledonia conozcan lo que es un misionero, cuánto ama a todos los hombres, cuanto ama sobre todo sus almas para hacer que vayan al cielo, cuando sepan que los misioneros son los padres de las almas de todos los hombres, cuando -digo yo- esos hombres de Caledonia sepan todas esas cosas, serán buenos.

[10] Monseñor, saluda al reverendo padre Colin y a todos los jefes sagrados que viven en la misma casa que tú. Padre Colin, perdona lo que hemos hecho a tus hijos, jamás volveremos a hacerlo. Envíanos de nuevo otros misioneros; ya no cometeremos semejantes crímenes. Monseñor, te agradezco mucho haberme hecho cristiano, si tú no me hubieras bautizado, probablemente sería tan malo como mis compatriotas; tu manera de hacer es muy buena: Igual que la del padre Rougeyron. Nos felicitamos por lo que ha hecho por nosotros.

[11] Cuando estábamos en Puebo, la gente de esta tribu, a ejemplo de la vecina, intentó también atacar las misiones; Bonu había dicho a sus súbditos que nos mataran y nos comieran; respecto a los misioneros, tenían miedo a morir si los comían. Ese Bonu tiene dos hermanos con nosotros: el padre Rougeyron los ha elegido para hacerlos catequistas. Cuando el peligro era inminente, uno de ellos dijo: si veo que todos los misioneros van a perecer, yo me adelantaré a que me maten para no sobrevivirles.

Después, estando reunidos, todos nos dijimos lo mismo, que, en caso de que los misioneros fueran matados, había que morir como ellos; si no moríamos, nos volveríamos más salvajes aún de lo que éramos anteriormente. Es lo que ocurriría sin duda si ya no hubiera más ni confesión ni comunión: imposible ir a buscar un sacerdote; además ningún otro nos conocería y, sobre todo, no nos comprendería. Y estaríamos expuestos a ser culpables de pecado mortal.

[12] Finalmente, en ese momento llegó un barco francés, y el padre Rougeyron nos acepta para llevarnos con él. Nosotros estábamos muy contentos; pero nuestros amigos, nuestras madres, nuestros padres, nuestros hermanos, vinieron para retenernos. Lo pasamos muy mal al abandonarlos. Pero preferimos acompañar a los padres de nuestras almas, a los que queremos mucho. Ahora estamos en Sidney. Si deseas que vayamos a alguna otra isla junto a tí, también nosotros lo queremos, si quieres que volvamos a nuestros país, volveremos con mucho gusto; en una palabra, haremos de nuevo todo lo que tú quieras.

[13] Monseñor, saluda a monseñor Louis-Charles, dile que pida a Dios por mí y por la gente de mi país; yo rezaré a Dios por él y por todas las personas de Clermont.

[14] Monseñor, hoy, y todos los días, cuando hago mi oración me acuerdo de ti; acuérdate tú también de mí para que seamos buenos los dos, y para que después de nuestra muerte nos encontremos en el paraíso. Ven pronto, te esperamos mucho. Si te debes quedar mucho tiempo, envíame tu bendición. Adiós.

Monseñor, adiós, adiós. Tu hijo hoy y durante toda la vida,

Louis Tadinan, catequista.

Abandonada Nueva Caledonia, los misioneros y sus catequistas van a refugiarse en Sidney. Hacen escala en Anaton, Nuevas Hébridas, y el capitán Paddon les propone que vayan a instalarse allí.

Informado Juan Claudio Colin, considera entonces prudente abandonar el territorio neo-caledoniano.

Anatom en la isla de los Pinos

Los sucesos se precipitan y las cartas se cruzan, sometidas a la suerte de las fechas de los viajes de los diversos barcos.

El orden cronológico de las cartas ya no está adaptado y se complica la comprensión de su contenido; ya no se sigue.

773 : Repliegue hacia Sidney

Finales diciembre 1848 y fin de julio 1849.- Extracto de una carta de Gilbert Roudaire a su hermano Jules Roudaire.

[7] Por un instante estuvimos a punto de establecernos en Anatom, pero luego abandonamos la idea para continuar el viaje. Estando aún con el ancla echada, vimos llegar a puerto un barco inglés, llamado *Velocity*. Acababa de hacer una inspección de toda la isla para una empresa, que quería mantener en secreto; pero no tardamos en desvelarlo.

Ese barco, lo mismo que otro llamado *Portenia*, había sido enviado desde Sidney por un rico negociante de esa ciudad, y no para la pesca de ballenas, o búsqueda de perlas, de madera de sándalo, ni para ningún otro negocio de ese género, sino -increíble- para hacer un cargamento de hombres…¡con todo lo que se había dicho en Inglaterra contra ese odioso tráfico!

Había que llevarlos a Sidney para utilizarlos como pastores de vacas, peones, ayudantes de de cocina, profesiones que escasean en la colonia por no haber personas que las quieran hacer.

¿Pero cómo lograr que aceptasen ir? Por ciertos medios se consiguió que la justicia y el derecho de gentes no autorizasen nada que el Sr. Robert-Macart hubiera desaprobado. Los habitantes de la isla Halgan, en el archipiélago Loyalty, quedaron deslumbrados

ante la propuesta de ir a visitar Sidney, donde les darían telas, perlas y riquezas cuando volvieran a su tierra. Una noche casi había un centenar a bordo, se les hizo bajar a la bodega, la cerraron, y el barco partió por la noche

Como *Velocity* no había completado el cargamento, llegó a Rotuma para tratar de aumentarlo. Los que han visto mucho, no siempre han obtenido mucho; pero con los golpes recibidos seguramente habrán aprendido mucho. Ahora bien, nuestros viajeros de nueva clase en Rotuna aprendieron algo más claramente lo que querían hacer con ellos en Nueva Gales del Sur.

Una buena noche, con el barco anclado, se lanzaron al agua unos cincuenta y se fugaron a los bosques. ¡Qué gente más canalla! Escapar del barco sin permiso, y además con apariencias de no querer volver… El capitán, inquieto al ver que su presa escapaba, con los ojos airados y la pistola en la mano, bajó a tierra; pero había que perseguir a liebres que corrían más que el cazador.

Hubo que pensar en otros medios y dirigirse a los jefes de la isla para incitarlos a traerle los desertores. ¿Traerte los desertores?, le dijeron los rotumanos, si nosotros no sabemos mejor que tú dónde están. –Mandad a vuestras gentes que los traigan. –Si tus prisioneros se salvan, siempre se les escaparán a nuestra gente, que no tiene el mismo interés en correr; tú, que sí tienes interés en tenerlos, ve con los tuyos y atrápalos si es que puedes. Esas respuestas exasperaron al capitán Kirsopp, llamémosle al fin por su nombre.

Le vino al pensamiento un último recurso: invitar a los jefes de la isla a subir a bordo para darles unos regalos y enseñarles el barco, y retenerlos después como rehenes hasta que le fuera entregado todo el mundo. Les hizo la invitación, acompañada de hermosas promesas, pero los rotumanos no son tan estúpidos, y aquel al que se dirigieron era muy astuto; rechazó todas sus ofertas y le dijo que ninguno de ellos subiría a bordo.

El corazón del capitán hervía de ira; con un gesto de despecho echó mano a su pistola no se sabe bien para qué; pero uno de los jefes que estaba detrás de él, creyendo que sus compatriotas eran amenazados, agarró los brazos del inglés sujetándoselos fuertemente contra el cuerpo para impedirle usar el arma. Kirsopp se creyó insultado y amenazado, soltó como pudo la mano en la que llevaba la pistola, la llevó a su hombro y disparó un tiro en la frente del rotumano, que cayó muerto.

Los habitantes, al ver abatido a uno de sus jefes, corren a coger sus armas y se precipitan contra los hombres de la embarcación

inglesa; un marinero cae muerto, otro es herido; el capitán y todo el resto se salvan merced a su huida precipitada.

No era prudente quedar en ese lugar mucho tiempo; así que lo dejaron por Anatom, adonde los hemos visto llegar después de la refriega, de la que no se jactaron ante nosotros. Y en Sidney se guardaron muy bien de presentar el asunto en su auténtica realidad.

[8] Lo más asombroso es la hipocresía y desfachatez con que hablaban de esa empresa nombres famosos de la filantropía y de la dedicación a la humanidad.

> "En Sidney nos enteramos, decía un diario de Londres, de que un caballero de esa ciudad, Mr. B., movido por los sentimientos de filantropía que le distinguían, tuvo la feliz idea de enviar varios barcos a las islas del mar del sur, con el fin de que numerosos individuos salieran del hambre, de la miseria y de su mala situación para hacer que pudieran gozar de una vida más agradable acostumbrándolos al trabajo. Los primeros intentos han coronado ya su celo y no podremos elogiarlo suficientemente".

[9] Desde lejos se puede engañar, pero en el lugar mismo, quien tenga un poco de honradez clama contra la impostura; y el gobernador de la colonia prohibió a la empresa continuar y obstaculizó el celo filantrópico del Sr. B. declarando libres a todos los que había introducido en la ciudad. Eso no impidió que después de la marcha del *Arche de l'Alliance*, varios de esos individuos declarados libres, habiendo obtenido pasaje en ella para su isla, el filántropo Sr. B y los suyos echaran chispas contra el señor Marceau.

Por otra parte es cierto que no sería tan triste ver a tantos países e individuos en manos de esos aventureros de los mares y hasta uno se podría alegrar de ello si se acordasen de que en los cuerpos que esclavizan hay también un alma, y que esa alma puede ser iluminada, regenerada y mejorada por la religión; pero eso ni siquiera se les ocurre.

Uno de ellos me ponderaba un día la fortuna de un isleño que tenía a su servicio; le pregunté en qué consistía esa fortuna y me respondió que el joven tenía una camisa que ponerse, carne de toda clase salada para comer, etc. En su país, le dije al inglés, ese individuo no tenía ni hambre ni frío y trabajaba menos que en casa de usted. Yo creo que estaría contento del cambio, y todos los que están como él, si aprendieran algo de la religión y de la vida futura.

¡La religión! repitió mi interlocutor, pues no la ignora, jamás le verá un domingo sin que lleve su pantalón y su camisa blanca; no confunde ese día con otro más que nosotros. A pesar de todo me reí, recordando que leer la biblia de la que se comprende lo que se puede o se quiere, y ponerse pantalón los domingos es toda la religión para infinidad de protestantes.

Con ello ya están seguros de estar en el camino que lleva directo al cielo sin apartarse ni una pizca. Pobre pueblo, que se ocupa solamente de lo material y para el que la vida intelectual es una antorcha apagada.

[10] Vuelvo de nuevo a nuestra navegación. Desde Anatom hasta Sidney no pasó nada especial, salvo que estuvimos a punto de chocar contra una roca oculta; apenas hubo tiempo de virar mientras la sonda halló fondo a veinte brazas, probablemente un poco más allá habría ya sólo dos o tres.

Llegamos a Sidney el domingo 13 de septiembre. Nada más bello que ese puerto, en el que la mano del creador ha ahorrado el trabajo del hombre. Y sorprendente la actividad inglesa, que, en menos de cincuenta años, ha construido en el otro extremo del mundo una ciudad europea de cincuenta mil almas a día de hoy.

Y no menos sorprendentes son los progresos logrados por el gobierno inglés, en tolerancia religiosa desde unos años para acá. Los católicos gozan de plena y total libertad, lo mismo que las numerosas sectas protestantes, y, como ellas, reciben salario para sus sacerdotes y la ayuda necesaria para la construcción de sus iglesias.

Tienen arzobispo, catedral, y dos o tres iglesias parroquiales muy hermosas. Las conversiones hacen crecer diariamente el número de fieles. Mientras yo estuve allí, dos ministros de la iglesia anglicana -los más apreciados por ellos-, un cura de la catedral y otro de una parroquia vecina, se hicieron católicos, con gran tristeza de sus correligionarios y gran alegría de sus nuevos hermanos.

[11] En una palabra, que Sidney es hoy una gran ciudad, destinada a ser más tarde la capital de un gran imperio, en medio de muchísimas otras colonias que se forman en Nueva Holanda, en la tierra de Van Diemen y en Nueva Zelanda, con una rapidez que en Francia ni se imaginan.

[12] Durante los pocos meses que estuve en Sidney, pude observar algo el carácter de esos ingleses que tienen hoy un puesto

tan grande en el mundo. Seguramente es la nación más extendida por el mundo y la más poderosa de la tierra; ellos los saben y se vanaglorian con razón de poder dominar el mundo.

Nadie puede igualar el menosprecio que sienten por los otros pueblos, en particular por los irlandeses, los portugueses y algo también por los americanos; de Francia hablan con algo más de reserva. Entre ellos no existe como entre nosotros ese espíritu de burla y de impiedad contra las cosas de religión; pero en cambio hacen de la religión una especie de objeto acomodable a su fantasía, de la manera más absurda a veces, sin que, por otra parte, lo crean ni mínimamente inconsecuente; lo que algunos franceses de imaginación ardiente venden con énfasis en sus discursos sobre la preponderancia de Francia en el mundo, los ingleses lo ubican en los hechos y en la realidad.

Son los dueños de tres cuartos del género humano, mientras que los franceses apenas si son dueños en su casa. Y eso viene, sin duda, de que desde hace muchos años, los franceses han estado en lucha contra el gobierno para engañarlo y desvalijarlo, mientras que los ingleses siempre están dispuestos a apoyar los intereses del suyo.

752 : Intentos vanos en Saint Vincent y en Uvéa, Loyalty

4 septiembre 1848. – Jerôme Grange a Victor Poupinel.

Tahití, 4 septiembre 1848. Reverendo padre,

[1] En una carta del mes de enero de 1847, le prometía tenerle al corriente de mis largos viajes. Quiero cumplir la palabra. Al llegar a Tahití el pasado 23 de julio nos enteramos con asombro del derrocamiento de Louis Philippe, remplazado por la república. Mientras llegan noticias de Francia, el Sr. Marceau va a hacer un corto viaje a las islas de Samoa y como no sé cuándo tendré otra ocasión para escribirle, le transmito un análisis de todo los ocurrido desde mi última carta.

[2] No le hablaré de cómo nos vimos obligados a abandonar Nueva Caledonia y cómo pudimos escapar de la muerte; ya envié en octubre de 1847 una relación al superior, que se la habrá pasado. A bordo de la corbeta *Brillante*, que fue el medio del que se

sirvió Dios para salvarnos la vida, llegamos a Sidney el 13 septiembre 1847. Nos quedamos en la casa de la procura esperando al Sr. Marceau, con cuya bondad contábamos para que nos llevara a reinstalar nuestra pobre misión. Estuvimos esperándolo mucho tiempo; no llegó a Sidney hasta el 6 de marzo de 1848.

[3] El Sr. Marceau tuvo en el último viaje muchas dificultades. El *Arche de l'Alliance* sufrió en Wallis graves averías que le obligaron a quedar allí cerca de tres meses. Después de reparar como pudo su barco, fue a visitar las misiones de Melanesia. Pasó por Anatom, donde le habíamos dejado una carta notificándole nuestro desastre en Nueva Caledonia, así que no pasó por esa tierra maldita, y fue providencial porque su vida y la de su tripulación habrían estado en gran peligro.

Desde Anatom se dirigió directamente a San Cristóbal para visitar la misión de Mons. Collomb; pero esta misión también había sido abandonada como la nuestra, y con una pérdida mayor: tres misioneros comidos por los caníbales. Pero por una carta en poder de los salvajes, supo que Collomb, había ido a establecerse en Woodlark o Moiu.

Tras quince días luchando contra los vientos, el monzón y una violenta tempestad que le estropeó el timón, tuvo que virar y marchar hacia Sidney, adonde llegó con dificultad el 6 de marzo, como ya le había dicho. Su celo por la religión y su grandísima caridad le hicieron pasar por el disgusto de no haber podido llegar a Woodlark. Pero a nosotros su llegada a Sidney nos llenó de alegría; nos infundió la esperanza de volver a reinstalar nuestra pobre misión destruida.

Pero el señor Marceau se halla en gran apuro en Sidney: hay que reparar el barco, pagar a la tripulación y el señor Marziou no le ha enviado dinero y ni siquiera le ha escrito. Varios negociantes de Sidney me dicen que no comprenden el proceder del señor Marziou; pero el señor Marceau, que tenía que sufrir tal proceder, no manifestó ni una sola queja. Quedó seis semanas en Sidney y en todo ese tiempo edificó a los habitantes de la capital de Australia; todos los católicos le tenían en mucha consideración. El señor arzobispo lo apreciaba tanto que quiso celebrar la misa a bordo del *Arche de l'Alliance.*

[4] Mientras tanto, nosotros preparábamos nuestra marcha a las islas. El 14 abril subí a bordo y desde ese momento pude ser el confidente del buen comandante.

[5] El 19 de abril el Sr. Marceau recibe a bordo a treinta nativos de las islas Loyalty a los que había hecho esclavos un negociante de Sidney. Nuestro capitán carga con todos los gastos. Cuatro meses antes había cogido otros cuarenta y los había repatriado.

[6] Finalmente, el 20 abril salimos de Sidney camino de Nueva Caledonia. La travesía fue bastante buena. El 1 de mayo divisamos Nueva Caledonia, pero el comandante no está muy seguro de la ubicación del puerto Saint Vincent, que buscábamos. El 30 de abril tengo una plática y hago el mes de María al personal de a bordo. El 2 de mayo continúo el mes de María.

En la lectura de ese día se relata un hecho sobre la eficacia de estas palabras: María, concebida sin pecado. Al Sr. Marceau le afecta tanto que después del ejercicio quiere tomar el libro y volver a leer ese hecho milagroso. Manda colgar en la delantera del navío la medalla milagrosa en la que aparecen escritas esas palabras.

[7] Seguimos buscando el puerto Saint Vincent. El 3 encontramos una entrada que creemos es la del puerto. Pero no estamos seguros antes de acertar con el paso. El Sr. Marceau envía la ballenera con cinco hombres. El lugarteniente, de regreso, nos asegura lo contrario. Sin embargo nosotros damos unos rodeos para esperar a la barca, que tenía dificultades en reunirse con nosotros.

En una de esas vueltas bordeando corremos un serio peligro. Al virar de costado, una orden mal ejecutada estuvo a punto de llevarnos a un arrecife donde habríamos perecido sin remedio. El comandante me dijo que su orden había sido bien ejecutada, que era él quien se había equivocado. Yo, que la había oído, pienso lo contrario, pero no puedo certificarlo.

En todo caso, logramos salir, y seguro que la medalla colocada en la delantera del navío contribuyó mucho a ello. Es lo que cree el Sr. Marceau. He de decir que esta vez vi a nuestro comandante un poco emocionado. ¿Qué es lo que he hecho yo aquí? me dijo.

[8] Por fin, después de estar tres días buscando, encontramos la verdadera entrada al puerto. Seguimos adelante. Echamos el ancla, a ocho brazas de hondura, el 4 de mayo. Noche cerrada.

[9] Tras cuatro días de exploración en los diferentes islotes que hay en ese inmenso puerto, nos vemos obligados a partir, al no encontrar casi nada de lo que es indispensable para hacer una

fundacion. Hubiéramos tenido que ir tierra adentro y la experiencia nos había enseñado que no podemos fiarnos de los salvajes.

Antes de marchar, el Sr. Marceau manda colocar dos señales: nuestra aparición en el puerto y el día que salimos de este lugar hacia el que nos dirigimos. Se trata de una cruz colocada en un islote, una botella con una carta enterrada a su pie y un rótulo con letras grandes colocado en una roca para que pudiera ser visto desde todo el puerto.

Para colocar ese rótulo había que elevar a un hombre, atado a una cuerda; fue un joven piloto quien realizó la operación. Aun no había acabado cuando los que lo iban subiendo se dieron cuenta de que la cuerda estaba casi rota del todo. Se pensó que el hombre estaba perdido porque estaba suspendido y una roca debajo de él a más de cien pies. Dirige la operación el Sr. Marceau, que le había entregado al joven una medalla milagrosa seis días antes. El capitán, lleno de fe, vio la salvación del joven vinculada a la protección de María.

[10] Tras haber tomado esas medidas para que el *Anonyme*, que debía venir a seguirnos, se enterase, levamos ancla y nos dirigimos hacia Anatom, la isla más al sur de Nuevas Hébridas. Al salir del puerto tocamos arena en la rada; felizmente no quedamos parados y no tuvimos avería. El viento nos era algo favorable.

El 11 de mayo, a la salida del sol vimos tierra y a mediodía ya estábamos a cuatro o cinco leguas; pero nos agarró una calma chicha y hasta el 14 no pudimos entrar en el puerto.

[11] El 15 por la mañana, los dos padres y yo bajamos a tierra. Nos dirigimos al señor Paddon, inglés, a quien conozco desde hace tiempo y que desde que llegamos nos ha atendido muy bien. Vamos a encontrar a los dos jefes de la bahía para ver el terreno apropiado para hacer un establecimiento. Pero uno de ellos, empujado por los catequistas protestantes, se niega a venderlo después de habérnoslo prometido. El señor Paddon pone a nuestro servicio todo su poder y las cosas se arreglan bastante bien. Ese bravo inglés nos ha atendido extraordinariamente bien y sin él habríamos tenido muchas dificultades. Nos ofrece su casa para guardar nuestras cosas hasta que hayamos construido la nuestra.

[12] El 16 por la mañana empezamos a nivelar el terreno donde se emplazará la casa. El Sr. Marceau, que desde hace tiempo rezaba por el éxito de la misión, se extrañó un poco de que el superior de esta misión no comenzara la obra con la oración. Me lo dijo.

[13] El 20 la casa provisional está terminada. Ponemos en ella la mayor parte de los objetos. El Sr. Marceau aún tenía que completar una obra de caridad: repatriar a los nativos que lleva a Sidney. Son de Lifou y Uvea. Los padres han decidido no intentar hacer un establecimiento más en esas islas. El P. Roudaire va allí conmigo.

Salimos el 27 a las 4 de la tarde. El viento y la corriente son favorables. Veinticuatro horas más tarde estamos fondeando en una gran bahía de la isla Lifou. Esta isla, como todas las de Oceanía, está dividida y bajo la autoridad de dos grandes jefes, que están en guerra casi continuamente. Algunos días antes de nuestra llegada uno de esos jefes había matado a seis hombres del otro, los había asado y se los había comido.

El Sr. Marceau baja a tierra con cuatro marineros; el lugarteniente lleva cinco más en otra embarcación; el barco queda casi solo con más de sesenta nativos que habrían podido matarnos a todos y apoderarse del navío. Había ocurrido varias veces.

Yo sufría por ello y no pude evitar decirle a nuestro capitán: de verdad, si no supiera que el Señor debe recompensar su inmensa confianza en él, le diría que actúa con excesiva imprudencia.

Lo sé bien, me dijo, pero María está en la delantera del barco; es ella quien ha de defenderlo. Los nativos de esas islas van completamente desnudos. Yo le había dicho al Sr. Marceau que en caso de que fuéramos atacados por los salvajes en una isla, en vez de contar con la protección de aquellos a quienes repatriaba, éstos estarían en contra de nosotros.

La bondad, la caridad y el celo del Sr. Marceau no le permitían entrar de lleno en esas ideas, pero estaba a punto de recibir una lección que le haría ver hasta dónde llega la ingratitud de los salvajes. A pesar de todo, siempre me agradecía los avisos que le daba y me rogaba que le dijera las faltas que pudiera cometer.

[14] El 1 de junio, día de la Ascensión, dejamos Lifou para ir a Uvea, separada por veinte leguas de distancia. Ese mismo día vamos a fondear en la bahía. Es de noche; no podemos acercarnos a la playa hasta el día siguiente. Nada más echar el ancla aparecen cuarenta hombres con su jefe a la cabeza.

También esta isla está bajo dos dominios, que se hacen la guerra constantemente. El jefe del sur es Nékélo y Uanegei del norte; en general, éste es más fuerte. Al descender a tierra encontré restos humanos que acababan de ser devorados. Nékélo con toda su tribu nos expresan su deseo de tener misioneros con ellos.

Entre los salvajes, las prisas y las manifestaciones de amistad no suelen traer nada bueno. Siempre ocultan sus segundas intenciones. Adular para hacer daño es connatural al salvaje. El Sr. Marceau comenzaba a entenderlo. Bajamos a tierra, con el segundo y unos sesenta hombres de abordo Notamos que ninguno de los que había traído el Sr. Marceau salio a nuestro encuentro; y que ninguno nos acompañó en nuestra excursión.

[15] El 5 levamos anclas para ir a fondear a la otra parte de la isla, la tribu de Uanegei. Este nos hace todavía más demostraciones de amistad que Nékélo, porque es más astuto y maligno. Supo hacerlo tan bien que casi todos habríamos caído en la trampa si su ardid no hubiera sido descubierto por un niño al que yo solo pude comprender. Ese niño de 10 años, que habíamos traído de la otra tribu, se dirigía llorando a todos los hombres de la orilla. Me lo traen y me explica que la tribu de Uanegei quiere matarnos, comernos y adueñarse del navío. Se lo digo al Sr. Marceau que enseguida toma medidas para defenderse. Mientras el padre, que estaba a bordo, quería atacarnos, en tierra su hijo quería matar a los cinco hombres que estaban en tierra, y el hijo era uno de los hombres que el Sr. Marceau había traído de Rotuma cinco meses antes.

Pero mientras un niño nos descubre a bordo la trampa del padre, Solomone logra que se evite en tierra la muerte de cinco hombres que el hijo quería devorar. Los cañones están cargados de metralla; toda la tripulación está en armas; los nativos se dispersan poco a poco. La embarcación que fue a tierra vuelve, levamos el ancla y vamos a fondear de nuevo en la tribu de Nékélo.

Es noche cerrada cuando dejamos caer el ancla en la travesía de una bahía a la otra. Yo le había dicho al comandante que esas dos tribus enemigas podrían unirse para atacarnos, así son los salvajes.

[16] Al amanecer nos llegan cuatro grandes embarcaciones y en ellas entre setenta y ochenta hombres. Ninguna mujer, ningún gran jefe. Van embadurnados de negro. Desde lo alto de la popa examino las piraguas. Llevan gran cantidad de armas de todo tipo, unas más a la vista, otras más ocultas.

Dos hombres nos enseñan una especie de bandera en signo de paz. Esos signos, le digo al Sr. Marceau, significan traición. Desconfíe, ha llegado el momento, el tiempo urge. El comandante manda a su gente que coja las armas; lo hacen de inmediato. Los

nativos están tan decididos a atacarnos que, a pesar de la reiterada orden de que se alejan del barco, persisten en subir.

El comandante amenaza con hacer fuego; ellos huyen. Levamos anclas y nos alejamos; vamos a pasar por delante de la otra tribu para dejar allí un espía que había ido por tierra a informar de todo a nuestros enemigos. Tenía a la mujer con él.

El Sr. Marceau estaba tan inclinado a pagar el mal con el bien que los dejó lo más cerca posible del arenal, y para facilitarles la cercanía de tierra, llevó el barco hasta donde sólo había ya un pie de agua bajo la quilla, lo que nos exponía a encallar.

[17] Después de pasar todas esas miserias, el Sr. Marceau me dijo que sólo una cosa le agobiaba: el miedo a verse obligado a disparar contra los salvajes y matarlos, que tenía que agradecer a Dios y a la protección de María por haberse librado de derramar sangre.

[18] El día 7, dos horas después de haber salido de la rada con lluvia fuerte y tiempo brumoso, marchamos hacia Anatom. Divisamos una goleta con la bandera francesa y la de la Sociedad: la *Leocadia* con un refuerzo de misioneros recién llegados. El Sr. Marceau le da orden de virar y orientar las velas hacia Anatom.

Con todo, nuestro capitán sube a bordo de *Leocadia*; en ese instante nos asalta un fuerte vendaval que nos obliga a aflojar las velas aflojando los juanetes. Un jovencísimo piloto cae al mar. El Sr. Marceau se expone, salta al agua y logra salvarlo.

[19] A las 9 de la mañana del día 15 fondeamos en Anatom, donde había llegado ya unas horas antes *Leocadia*. Tras doce días de estancia en Anatom ayudando a los padres a fundar su establecimiento, partimos para Tahití pasando por Tanna, al nornoroeste de Anatom, donde esperamos encontrar víveres frescos. Los salvajes de esta isla quieren tender emboscadas al Sr. Marceau, en las que habría podido caer a no ser por las lecciones recibidas.

Él me confesó muchas veces que para aprender a conocer a los pueblos salvajes necesitó este último viaje por Melanesia y que daba gracias a la providencia, que le había cuidado. Mientras estuvimos en Tanna, pudimos contemplar con sumo gusto las erupciones del magnífico volcán, que yo había visto ya dos veces.

Al partir de Anatom, el Sr. Marceau tuvo un pequeño litigio que le dolió un poco. Cando salimos de Sidney, hacía ya cerca de tres años que el *Arche de l'Alliance* estaba en la mar. El Sr. Marceau sólo pudo conseguir que la tripulación aceptara hacer este úl-

timo viaje, difícil y peligroso, prometiéndola una indemnización de dos mil francos. El padre encargado de la administración financiera de la misión prometió dárselos. Los marineros ayudaron a la construcción del establecimiento.

Como el centro de Nueva Caledonia no pudo ser llevado a cabo, la ayuda de la tripulación fue menos necesaria. El padre no quiso darles más que la mitad y el Sr. Marceau se vio obligado a dar seiscientos francos de su bolsillo. Fui consultado en particular sobre el caso y dije que el padre debía entregar la suma total, puesto que era por el viaje y no por el trabajo concreto por lo que los marineros tenían derecho a la indemnización. Prefiero, dijo el Sr. Marceau, cargar con los sacrificios a llevarme la razón con cualquiera de la misión. Además, podré entenderme con el superior general. […]

[21] Después de buscar inútilmente víveres frescos en Tanna, emprendimos rumbo a Tahití el día 29, San Pedro y San Pablo. El Sr. Paddon, a quien conoció durante la estancia en Anatom, le regaló al marchar diez corderos. La travesía desde las Hébridas hasta Tahití fue buena y no demasiado larga. A pesar de todo tuvimos algunos golpes de viento que nos averiaron el velamen.

Por fin llegamos el 22 de julio, que es el 23 en Tahití; así que en Tahití estuvimos el sábado y el domingo a la vez. Al atracar en el puerto el timonel nos grita: Francia está en república. *Liberté, égalité, fraternité.*

[22] No le voy a hablar de Tahití. Es una colonia pobre, de la que hay pocas cosas que contar. Por lo demás, si hubiera algo interesante que contarle, lo haré cuando regrese a Samoa unos meses más tarde. Mientras tanto, el saludo de su humilde y obediente servidor,

Grange, misionero apostólico.

757 : Anatom, ubicación estratégica

29 septiembre 1848. – Mathieu Gagnière a un padre marista

Nuevas Hébridas, isla Anatom, Nahúa Saint Joseph. Rvdo. Padre,

[1] Sale un barco hacia China y aprovecho la ocasión para darle noticias. Hace ya cuatro meses que estoy en el deseado lugar de mi misión, pero aún no he recogido nada interesante que contarle: mi carta será, pues, corta.

[2] Por las informaciones que les hemos enviado desde que estamos aquí, usted debió pensar que al menos la estación de Anatom nos ofrecía una perspectiva bastante halagüeña.

Nuestro proyecto es fundar ahí una procura para los otros centros del vicariato, y una pequeña comunidad de niños que se ganen su comida con el trabajo de sus manos y dediquen el resto del tiempo al estudio. Pero la providencia permite que en nuestro proyecto se interpongan infinidad de obstáculos y debiliten muestras esperanzas, aunque sin hacerlas desaparecer.

[3] Los ministros protestantes, que no han podido o no se han atrevido a establecerse en ninguna de las islas de Nuevas Hébridas, han venido a Anatom a buscar un lugar seguro. Desde hacía siete años tenían allí catequistas, pero no habían alcanzado influencia alguna; sin embargo sabían la lengua y, desde su llegada y con su mediación los ministros pudieron hacer lo que querían. Ahora tienen en nuestro entorno tres fundaciones. Pero no es ése el mayor inconveniente porque, si nuestro proyecto se logra, podemos luchar fácil y ventajosamente contra nuestros adversarios, al menos por nuestra paciencia.

[4] Pero he ahí que los 5 jóvenes que habían dejado su patria para unirse a los padres cuando lo del desastre de Nueva Caledonia, han cogido la fiebre, también uno de nosotros, y todos hemos estado tocados por alguna enfermedad casi constantemente.

¿Será porque el clima es insalubre? Tendríamos varias razones para creerlo, pero no perdemos la confianza, nuestros enfermos van mejor, y la estación que aquí comienza, cuando ustedes están en invierno, que se añade a nuestra constante mejoría y a la habituación al clima, ayudará sin duda a superar la enfermedad.

[5] Yo no me había formado una falsa idea de las misiones; sin embargo, el bien que se ha de hacer encuentra quizás más obstáculos de lo que yo pensaba, y también es cierto que soportar las penas y las pruebas es más fácil de lo que yo creía. Mi vida presente está repartida entre el trabajo manual, la oración y el estudio.

Ayudo al reverendo padre Rougeyron a cultivar el huerto, al que llamamos "campo de los hijos" porque lo trabajamos para nuestra pequeña familia. Nuestra ubicación es buena; solemos decir que seríamos felices si fuéramos trapenses, empleando el tiempo en el estudio, la oración y el huerto. Plantamos bastantes patatas, que se dan muy bien en nuestras islas y suponen un gran recurso, que el Señor nos ha regalado.

[6] Nos visitan bastante a menudo algunos canacos, y tratamos de farfullar con ellos algunas palabras en su lengua. La conversación versa siempre sobre cosas alegres; si no encuentran con qué reír como los niños, los nativos no prolongan mucho su estancia. En esas conversaciones aprendemos poco a poco las costumbres y hábitos de nuestros isleños y nos ponemos al corriente de las noticias del país.

[7] A la espera de otros mejores, aquí van algunos hechos que le darán una idea del estado de embrutecimiento de este pueblo, cuya conversión Dios nos ha confiado. En Keamú o Anatom, es costumbre que cuando un jefe muere los vecinos le rindan el honor de ir solemnemente a estrangular a su mujer; ella no debe sobrevivirle, aún no sé bien por qué razón.

Pero si te diriges a la mujer de un jefe que esté en agonía y la dices: ¿Si tu marido muriera, te harían morir a ti después? – Sí, te respondería ella, pero con una fuerte explosión de risa y con una tranquilidad tal que tú pensarías que está hablando de su triunfo futuro. – Pero hay que hacerlo. Es una costumbre en Keamú.

[8] Nuestros sabios de Europa sudan y sudan tratando de conocer el porqué de los temblores de tierra, de los vientos, de la formación de la lluvia… y aún no se han puesto de acuerdo. En Keamú las explicaciones son muy sencillas y mucho menos discutidas. Aquí se sienten los terremotos con bastante frecuencia, debido seguramente a la proximidad de la isla de Tanna, donde hay un volcán en activo.

Preguntamos a un nativo de Keamú: -¿quién hace temblar la tierra? – Un hombre de la montaña, que coge la tierra con la mano y la sacude con esa fuerza que nos aterra. Ahí está, pienso, una explicación clara y sin réplica. Y así para todo lo demás: es un hombre el que da la lluvia, otro el que agita los vientos… es decir, lo hacen los hombres de Keamú.

Visto eso, ¿tienen necesidad de un misionero que viene a anunciarles el dogma de la creación del mundo? Lo escucharán, pero

como a aquel que se dice capaz de traer el viento o la lluvia. Si les preguntas si han visto a alguien haciendo la lluvia o el viento, te responden: no, yo sé plantar el *taro*, yo no me inquieto por eso

[9] Aún no hemos podido saber si tenían algún conocimiento de la divinidad antes de que llegaran los europeos; aquí sólo el demonio aparece en escena; reina como soberano en estos infelices países. Es malo, fuerte, viejo, cojo, deforme. Sale del centro de la tierra, donde habita, para darse el placer de hacer mal a los hombres; merodea por las cabañas para insultar a los que salen por la noche. Hace morir a los ladrones de *tapus*, y se le acusa también de ser el autor de las enfermedades.

[10] El remedio más eficaz que se puede dar a un enfermo es expulsar al maligno Neukuragüe; si le espantan con gritos y sobre todo con fuertes golpes redoblados en la capa, han hecho algo maravilloso.

[11] Ahí tiene una pequeña idea de nuestros pueblos. No he recargado las tintas; sin embargo los quiero, y estoy tan apegado a ellos que me place estar con ellos; no me veo fuera del lugar que nuestra buena madre me ha asignado para atender los campos confiados a su pequeña Sociedad. La compasión y la caridad harán que también usted quiera a nuestros nativos; no los olvide en el altar ni en sus oraciones.

Sírvase… Gagnière, padre marista

760 : Isla de los Pinos de paso hacia Nueva Caledonia

Anatom presenta un inconveniente superior: allí la malaria es endémica. Sin embargo los protestantes se instalan en ella en 1840,

Las relaciones cada vez más difíciles con el futuro jefe Vandegú, designado sucesor de Watchumé y la falta de apoyo de la *London Missionary Society* preparan el abandono de la isla por los protestantes.

28 octubre 1848. – Prosper Goujon a Bênoit Lagniet

Isla de los Pinos, Notre Dame de l'Assomption, 28 octubre 1848, reverendo padre,

[7] El 15 de agosto tomamos posesión de la isla e hicimos también la consagración a María, reina del cielo. Puede tener diez leguas de circunferencia, pero la población es poca; situada en los 22º de latitud sur y 165º de longitud oeste, se encuentra al sur de Nueva Caledonia.

Ahí estamos, a la puerta de esa ingrata tierra, dispuestos a llevarle la luz del evangelio si Dios, por mediación de nuestro obispo, nos envía allá. El nombre le viene, sin duda, de los bosques de pinos que cubren sus riberas. Muy cerca de nosotros, al otro lado de la montaña, hay una gran cantidad; parecen haber crecido providencialmente para nuestras necesidades actuales: es allí donde, haciendo largos ratos de leñadores y serradores, preparamos la madera que necesitamos para nuestra casa.

Su construcción será tarea principal durante unos seis meses. Reconocerá, padre, que dirigirse allí tanto tiempo se aleja bastante del fin que nos ha traído aquí. Pero hay que comenzar por ahí; las chozas que nos ofrecen los nativos son, digámoslo así, inhabitables. El país es sano y gozamos de buena salud. Y hemos sido recibidos y adoptados, lo cual parece una gran ventaja; añada a eso que en la primera entrevista, el gran jefe nos ha concedido un terreno para la casa y el cultivo de un huerto, y la libertad de cortar los árboles que sean necesarios, y tendrá la medida de los favores de los que gozamos aquí.

[8] Ese gran jefe acumula toda la autoridad y se le rinden unos honores casi extraordinarios. En la primera visita que le hicimos al llegar a la isla, quedamos admirados de las muestras de respeto que se le rendían. Multitud de nativos, ancianos, hombres, mujeres y niños se reunieron en su explanada para vernos; la ropa que vestíamos, el color blanco de la piel, la facilidad en hacernos a sus costumbres, excitaba su admiración.

Pero cuando se presentaban delante del jefe, andaban inclinados, con la cabeza baja y las dos manos entrelazadas por la espalda. Cuando el jefe nos devolvió la visita, estábamos intercambiando unas palabras delante de la casa; una madre pasó por allí con toda su familia, uno de los niños –más atento a satisfacer su curiosidad que a rendir homenaje al *Akiri*, el jefe– caminaba distraído con la cabeza en alto.

Su madre se dio cuenta, dio unos pasos atrás y le dio a su hijo un sopapo que le espabiló la distracción; inmediatamente se puso a caminar inclinado como los otros. Pero el jefe no tiene nada en su persona que inspire terror. Es alto y tiene cierta dignidad, pero

por lo demás es sencillo como su gente y de fácil acceso. Como está bien dispuesto para con nosotros, el dominio que ejerce sobre su pueblo puede ser ventajoso para nuestra misión.

[9] Mientras esperamos poder conocer mejor a nuestra gente, puedo darle los detalles siguientes, de los que puedo pensar que son exactos. Los habitantes de la isla de los Pinos parecen pertenecer a la raza polinesia, la más inteligente y menos feroz de las razas oceanianas. Entre ellos hay paz y unión.

Eso es motivo de consuelo para el misionero, que así espera convertirlos más fácilmente a Jesucristo; y es una gran ventaja para ellos que, alejados de la guerra, pueden dedicar más tiempo al cultivo de sus campos y conservar las cosechas. Sus plantaciones son los ñames y las cañas de azúcar, que se dan muy bien con este clima. Viven también del pescado y los mariscos.

Desde hace algún tiempo, son muy negligentes con sus plantaciones y comienzan a faltarles los víveres. ¿Causa?: su isla produce mucha madera de sándalo, una especie de árbol blanco que exhala un olor aromático y del que se sirven los chinos para fabricar pequeños objetos de curiosidad o producir su aceite aromático.

Nuestros isleños explotan esa madera con mucho trabajo y se la venden a los comerciantes de sándalo ingleses por unos pocos metros de tela, una pipa, un trozo de tabaco…Unas bagatelas que no les aportan nada. Olvidan cultivar sus campos para realizar ese comercio. El gran jefe lo ha reconocido y acaba de reunir a su pueblo para una fiesta pública, como excusa para darles la orden de que en adelante se dediquen más a cultivar sus plantaciones.

[10] Aquí los vestidos son muy poco utilizados; hombres y mujeres sólo llevan un cinturón bastante estrecho. Esa desnudez, tan digna de piedad como repelente por naturaleza, parece avergonzarlos a ellos mismos. Admiran nuestros hábitos y vienen a menudo a pedirnos tela para vestirse con ella. Pero nuestros recursos no son grandes y no podemos darles más que algunos trozos de tela de algodón o de indiana, que lucen con vanidad.

[11] Son de color casi negro. Los hombres son de talla alta y buena presencia; llevan el cabello rizado, a veces descuidado, a veces recogido por detrás de la cabeza con un aro. Su mirada no tiene nada de salvaje y no nos han demostrado que sean tan ladrones como sus vecinos. Curiosos por naturaleza y bastante inteligentes para comprender e imitar lo que ven hacer a los extranje-

ros, asedian nuestra vivienda desde la mañana hasta la noche para mirarnos y observar todo lo que hacemos.

El padre Roudaire, que conoce a los salvajes, nos da la esperanza de que aquí haremos el bien. No sé si el pueblo de la isla de los Pinos es antropófago, pero se defiende de esa reputación y tiene el aire de menospreciar a sus vecinos, que comen hombres.

A pesar de esas demostraciones externas, se ve que miran con una especie de admiración, por no añadir otra cosa, la carne de los blancos. Sobre todo echan miradas de concupiscencia al grosor de las piernas y más de una vez, cuando menos lo podías pensar, sientes que una mano te toca ligeramente la pantorrilla.

Si le dices al cogido en falta "lo que haces está mal", te responde chupándose los labios: *lelei*, qué bueno. Pero hay que decir que hasta la fecha no tenemos que reprocharles ningún insulto.

[12] Diferentes en esto de los diversos pueblos de la Polinesia, que llevan el orgullo hasta la ridícula pretensión de creerse todos ellos el primer pueblo del mundo, nuestros nativos casi saben quedarse en su puesto. Admiran cuanto tenemos, incluso un alfiler.

Hemos observado que entierran sus muertos con cuidado, que respetan sus tumbas y van a colocar comida encima de las mismas; eso sería un índice de su fe en la inmortalidad del alma. Les extraña mucho que no tengamos mujeres; no cesan de preguntarnos por qué vivimos alejados de ellas. Al responderles que es para imitar a Jesucristo y a los apóstoles y poder ejercer libremente nuestro ministerio estando con ellos, se retiran satisfechos y admirándonos.

[13] Debemos estar en guardia contra el prejuicio, que los lleva a recelar de nosotros. Dos catequistas protestantes ocupaban hace unos años el puesto en que estamos establecidos nosotros ahora. Esos fanáticos, seguramente para imponerse más a los insulares, hacían diversas muecas más o menos ridículas ante ellos; incluso lanzaron invectivas y maldiciones contra ellos. Ahora bien, en esto una epidemia llevó mucha gente a la muerte y se juzgó que esos dos imprudentes habían sido la causa de ello y los mataron.

Los indígenas temían que también nosotros viniéramos a traer la muerte a su país y trataban de descubrir si teníamos algunas ceremonias singulares. Así que al comienzo tuvimos que ser muy reservados y prudentes. Poco a poco fueron desapareciendo sus miedos y ya han disminuido mucho; esa ilusa sospecha desapare-

cerá y nosotros -así lo espero- dentro de unos meses podremos predicarles libremente las santas verdades que hemos venido a anunciarles.

Nuestra esperanza está fundada en la gracia poderosa del divino maestro que nos ha enviado, en la protección de María, nuestra augusta patrona y en la ayuda de las oraciones que se hacen constantemente en la Sociedad por el éxito de nuestro trabajos.

[14] Reverendo padre, siempre pienso con alegría en el afecto particular que me ha manifestado usted desde el momento en que María me puso en sus manos, como un niño en manos de su padre. Tenga la bondad de terminar la obra de caridad que comenzó a tener conmigo, alcanzándome la gracia de la perseverancia en el amor a Dios, o más bien, la gracia de comenzar a amarle de todo corazón, porque hasta ahora el amor propio me ha hecho infiel demasiadas veces a ese dulce deber.

[15] Me atrevo a pedirle…Goujon, misionero Societatis Mariae.

[16] Post scriptum. No puedo evitar transcribirle algunas líneas muy sencillas, que uno de nuestros jóvenes catequistas ha querido dirigir personalmente a mis padres. Su cándido lenguaje le dará una idea de la bondad de su corazón y de su tierna devoción.

[17] A los padres del padre Goujon, Buenos días:

[18] Aunque no sepa ni hablar ni escribir en francés, trato de decirles que soy feliz. Soy natural de Caledonia; antes me llamaba *Téuané*; en el bautismo tomé el nombre de Agustín. Después de a Dios, a quien debo ese honor es al celo de los buenos misioneros que me llevaron con ellos de mi desgraciado país. Ahora tengo el gozo de servirles en la isla de los Pinos; son muy bondadosos conmigo y yo digo mi oración por ellos.

[19] Mi gran felicidad es experimentar, como ustedes, cuán buenos son Dios y la santa Virgen María, su santa madre, y su ternura con nosotros, y particularmente conmigo, que soy muy malo e indigno de pertenecer al número de los suyos. ¡Ah!, yo quería ser misionero para hacer que la amaran. Pero como no merezco ni puedo alcanzar ese favor, todos los días rezo mi rosario por la misión. Me han dicho que en Francia, ustedes le rezan mucho a ella; consiéntanme que yo una mis oraciones a las de ustedes. Un saludo para todos.

En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Así sea. Agustín.

783 : La isla de los Pinos una misión prometedora

25 febrero 1849. – Gilbert Roudaire a Jean Claude Colin

Sidney, reverendísimo padre,

[1] … Ahora debo ponerle al corriente de las noticias generales de la misión.

[2] En una breve carta que le escribí hace unos seis meses para anunciarle nuestro nueva fundación en la isla de los Pinos, le decía que en el puerto Saint Vincent había encontrado las condiciones necesarias para quedarnos allí. Si hubiéramos estado al corriente de la geografía de la isla tan bien como los ingleses, habríamos podido encontrar, más arriba o más abajo del puerto Saint Vincent, algunos lugares tal cual nosotros deseábamos; Dios no lo ha querido, seguramente para hacernos llegar mucho más favorablemente al desarrollo de la misión.

Si recibió nuestras cartas anteriores, habrá podido conocer esa pequeña isla de Anatom, donde encontramos un refugio seguro y una recepción amistosa por parte del capitán James Paddon, establecido en ese lugar desde hacía varios años para el comercio de la madera de sándalo. Primero tuvimos una pequeña dificultad por parte de los jefes para lograr un terreno, porque unos catequistas protestantes de Samoa les aconsejaban que no nos lo cedieran. Pero el capitán Paddon comenzó a regañar al jefe y yo a sermonear algo severamente a los catequistas en su lengua, que yo conocía; y ya no hubo más objeciones, los jefes subieron a bordo del *Arche de l'Alliance* para recibir el pago del terreno que nos cedían.

Inmediatamente después, bajamos a tierra para preparar el emplazamiento de la casa; hubo que cortar árboles, sacar raíces, desbrozar, y aquí debo decirle, reverendo padre, que he quedado hondamente impresionado y edificado por las pruebas de entrega a las misiones que nos ha dado el Sr. Marceau; allí estaba él el primero, con el hacha en la mano, cortando, arrancando raíces, limpiando ramas y malezas, como un trabajador más que no se preocupa de

los rasguños ni del sudor que corre por su frente. Puedo asegurarle que en cuantos lugares lo he visto siempre he encontrado un amigo sincero para todos nosotros, un hermano entregado y un misionero entre los mismos misioneros, pues es imposible no percibir el espíritu de fe que reina en todas sus acciones y palabras.

Mientras veníamos de Sidney a Caledonia, un día se habló en la mesa de todos los peligros que había corrido el *Arche de l'Alliance* y se habló de hasta once que habían infundido el temor de que el navío se salvara. Y yo le dije: "hay que reconocer, Sr. Marceau, que su viaje por Oceanía es un verdadero vía crucis, y usted está en la undécima estación, y no sería extraño que llegase a la décimocuarta". "Es probable, me respondió, pero al final si-rempre se torna al altar…".

Si la Sociedad de Oceanía estuviera dirigida por hombres parecidos todos al Sr. Marceau, habría mucho por lo que alegrarse, pues por donde ha pasado no ha tenido más que contrariedades o pruebas, pero por encima de todo él es el mismo en todo.

[3] El *Arche de l'Alliance* partió y nosotros continuamos los trabajos de construcción y desmonte. Algunos días después llegó al puerto de Anatom el barco de los protestantes para visitar a sus catequistas. No se alegraron mucho al vernos instalados de un modo que les daba envidia. Partieron para ver las islas de Tanna, Sandwich, Loyalty, donde hubieran podido dejar los tres misioneros que iban a bordo, pero como no se atrevieron a fiarse, volvieron a Anatom a quedar en la casa de sus catequistas, a falta de algo mejor, con sus mujeres e hijos.

Unos meses antes, esos mismos misioneros tampoco pudieron establecerse en las islas de los Navegantes a causa de la guerra que está desolando ahora el país, pero donde el resultado será muy favorable a los misioneros católicos en un futuro algo lejano. La gozosa llegada de nuestros padres del *Stella Maris* había aumentado considerablemente nuestra alegría y nuestro número. Éramos seis padres, ocho hermanos y cinco caledonianos; nos parecía un número excesivo para un solo lugar, y nos llevó a pensar en un nuevo establecimiento incluso antes de que llegara monseñor.

Yo había tenido buenos informes sobre la isla de los Pinos de parte de los capitanes Paddon, su socio irlandés Sommerville (católico) y Louis; cada mes enviaban una goleta para cargar madera de sándalo. Como nos ofrecían el pasaje gratis, decidí aprovecharlo y me fui allá a primeros de agosto 1848 con los PP. Chatelut y Goujon, los Hnos. Jean y Joseph y el caledoniano Agustín.

Fuimos muy bien recibidos por el jefe, que nos dio una choza al borde del mar, donde pudimos decir la primera misa el 15 agosto, Asunción de Ntra. Sra., a quien tomamos por patrona de la misión. Desde ese momento estuvimos ocupados en serrar planchas y preparar madera para una nueva casa, pues no era posible quedar mucho tiempo en la que nos había dado.

Serramos cuatro mil pies de madera. En este momento, ya debe estar clavado en tierra el cuadro de la casa; sólo esperan los clavos para colocar las planchas. Estará junto a un arroyo que nunca se seca.

[4] Allí no tenemos nada que temer de los nativos, el gran jefe es nuestro mejor amigo; la isla es muy sana y ciertamente será la llave de entrada en Nueva Caledonia. El capitán Lewis, que me lo aseguraba, lo decía sin duda por los lazos de acercamiento entre las dos islas; posteriormente he podido convencerme yo mismo de ello de manera más directa.

Un capitán que iba a Caledonia me dio un pasaje para viajar con él. Al saberlo el jefe de las isla de los Pinos, quiso acompañarme. Quedamos allí unas tres semanas, durante las cuales recorrimos toda la costa sur de esa gran isla.

Lo que vi me autoriza a decir que hasta ahora los franceses, misioneros y otros, sólo habíamos conocido lo que había realmente de miserable en el puerto y en el país de Nueva Caledonia.

Los mismos habitantes, sin ser muy diferentes de los primeros, ofrecen más garantía por estar más habituados desde hace tiempo al trato con los europeos. La punta sur está casi desierta; fue despoblada en parte por los habitantes de la isla de los Pinos, que hace algunos años iban a guerrear y comer a los prisioneros.

Nuestro jefe era conocido y respetado en todos los sitios por donde pasábamos. Los habitantes del gran y magnífico puerto de Kanala tienen relación de amistad y de parentesco con la isla de los Pinos. Su jefe y el nuestro son amigos y han convenido que los misioneros serán bien recibidos, que se les dará un terreno y que nos respetarán aunque no fuera más que porque vamos en nombre de Warchourné, el rey de la isla de los Pinos, de quien temerían que se encolerizara si nos molestan. Vea por qué me parece que nuestro establecimiento en la isla de los Pinos es ventajoso y por qué me alegro de ese viaje a Caledonia. Ahora unas palabras sobre nuestros isleños.

[5] Los habitantes de la isla de los Pinos han sido antropófagos por placer. Esa horrible costumbre cesó desde que tuvieron trato con los europeos. Hace unos siete años apresaron un barco inglés y mataron a toda la tripulación. También mataron a tres o cuatro catequistas protestantes de Samoa, que habían sido dejados en su isla algo antes.

Esos catequistas los amenazaban con la cólera de Jehová si no se convertían; llegó una epidemia y los insulares creyeron que era la cólera de Jehová y que los catequistas eran los causantes; y los mataron. Desde entonces, el nombre de Jehová pasó a ser horrible, y cualquier acto de religión sospechoso.

Vea por qué decimos la misa en secreto y evitamos su presencia en nuestras oraciones. Nos han observado varias veces para ver si hacíamos como los catequistas samoanos, y al principio nos preguntaron varias veces si nuestra presencia allí no les haría morir.

Ahora ya están tranquilos, pero creemos que aún debemos abstenernos de hablarles de religión, o porque aún les dura la prevención, o porque no conocemos suficientemente la lengua para hablar de manera correcta, conveniente, sin decir cosas que les chocarían y excitarían su desprecio, o finalmente porque los comerciantes de sándalo paralizarían la palabra del misionero con su comportamiento e influencia.

Así que esperaremos un momento más favorable, cuando la madera de sándalo se haya acabado. Hasta entonces los misioneros emplearán su tiempo en aprender la lengua, en crear algo para el cultivo de un buen huerto, y en instalar su establecimiento. Será un tiempo suficiente para ser conocidos y estimados por los nativos, y entonces ya podremos hablar de religión de manera más segura y provechosa.

[10] Termino deseando lo mejor para Francia, para la Sociedad y para la Propagación de la Fe.

[11] Sírvase, reverendo padre, aceptar la seguridad del profundo respeto con el que soy su afectísimo en nuestro Señor,

Roudaire, misionero apostólico.

El 7 de septiembre de 1849, monseñor Douarre, de vuelta de Francia, llega a Anatom, donde deja a los padres Chapuy y Vigouroux y al hermano Aimé Mallet; más tarde envía el hermano Joseph Reboul. Confortado por el

aliento del padre Colin y por el apoyo del P. Roudaire, decide volver a lanzar la misión en Nueva Caledonia.

866 : Nuevo fracaso: Hienghène y Yaté

18 enero 1850. – Claude Bernin a Jean Claude Colin

A bordo del *Mary Ann* a 160º longitud oeste y 29º 14 minutos latitud sur.

Reverendo padre,

[1] Monseñor de Amata le dice escuetamente que ha abandonado definitivamente el vicariato de Nueva Caledonia, y después de haberle expuesto sus decisiones, creo que no le dice nada más en la carta que recibirá en este sobre. Sabiéndolo, he creído que, a la espera de poder detallárselo de viva voz, debía escribirle algunas líneas sobre los motivos de una decisión tan grave.

[2] Llegados a Anatom el 7 septiembre, el día 18 salimos para la isla de los Pinos, donde tuvimos todos un retiro de cinco días para hacernos dignos de la gran obra que íbamos a recomenzar. El 5 de octubre estábamos en Hienghène.

Bouarate, el gran jefe de la tribu, nos recibió con una extraña afabilidad; nos habían escrito que se había formado en Sidney y para quien hubiera llegado a esos lugares sin conocer a los caledonianos, lo fácil era dejarse llevar por la atención con que nos ofreció su choza y prometió protección y respeto a lo que llevábamos; pero lo habíamos dejado todo en depósito en Anatom.

Monseñor debía dejar allí los PP. Roudaire, Chatelut, y Anliard, y los Hnos. Alphonse y Bertrand. Los padres Rougeyron, Forestier y yo y los Hnos. Jean y Michel Anliard debíamos ir con Su Excelencia a Balade y Puebo. Pero en Hienghène supimos que los de Balade habían cogido un cuchillo inglés y habían matado y degollado a todos los hombres. ¡¡No habían cambiado nada!!... Sin embargo bajamos, decididos a no fijarnos en ello de momento.

[3] Llegado a Balade, monseñor bajó a tierra con el P. Rougeyron y los Hnos. Jean y Michel. Todos, excepto el jefe, los recibieron con cara de arrepentimiento pero con un aire que parecía de-

cir: ¡y vuelves otra vez!. Establecerse allí era, pues, imprudente con unas disposiciones como ésas.

Fue entonces cuando el catequista Michel, perseguido desde que nos marchamos por su apego a los misioneros, vino a bordo con varios de los suyos, diciéndonos que nos seguirían a donde fuera y que nada les haría dejar nuestro barco.

Desde ese momento, obligación de soñar enseguida en la reducción proyectada desde hacía tiempo. Volvimos a Hienghène, pero los planes habían cambiado.

El P. Roudaire dejaba ese lugar para ir con los padres Rougeyron y Chatelut y los Hnos. Alphonse y Bertrand a establecerse en Yaté, en la punta sudeste de Caledonia, con 22 católicos. Yaté era una gran zona desierta y fértil, aislada por todas partes, totalmente adecuada para los propósitos de monseñor.

[4] Mientras el barco que nos llevó a Hienghène quedó en puerto, idéntica amabilidad e idénticas maneras, pero cuando salió de la rada, todo cambió, y al día siguiente comenzaron las exigencias de los jefes, y las amenazas fueron constantes. También monseñor fue amenazado con un hacha y, a no ser por el Hº Jean que cogió de inmediato la suya, no sé qué habría pasado.

Sin embargo, Bouarate asistía regularmente a nuestras dos comidas; también sus dos hermanos comían después de él, y monseñor, aunque guardando el decoro que exigía su puesto, los trataba con miramiento. Bouarate iba a la mesa a veces con la sotana del P. Grange, o veces con otra, en ocasiones con un manípulo en el cuello; infundía a su mundo una acritud inaudita contra nosotros, y como temía que se le descubriera por sus decires, les prohibió hablar su lengua. Pero el joven catequista indígena Augustin, que estaba allí, lo entendía todo y nos lo advertía.

Estábamos allí cuando la providencia nos envió 18 fidjianos y sus jefes. El país estaba hambriento, y monseñor tuvo que alimentarlos. Venían de Arama, tribu vecina de Balade, donde estaban mirando el mar El domingo que estuvimos allí, fueron atacados por más de doce mil salvajes que buscaban provisiones. Bien armados, mataron a muchos; pero después de hacerlo no podían quedar en paz. Enterados de nuestra llegada a Hienghène, fueron allí, seguros de la hospitalidad que necesitaban.

Sam Miller, su jefe, habituado a los caledonianos, percibió enseguida nuestra situación. Sin decir nada, ordenó a los suyos vigilar nuestra choza por la noche, y como estaban bien armados y hasta con fusiles, estábamos seguros de que el ataque se retrasaría hasta después de su marcha y hasta que tuviéramos más riquezas.

[5] Durante ese tiempo, yo había marchado a Yaté; la redución establecida ya y habitada, yo debía desplegar velas inmediatamente hacia Sidney. Sólo teníamos víveres para tres meses. Yo los había pedido a Anatom pero ¿cuándo llegarían? Entonces la providencia nos manifestó que se ocupaba de nosotros. Estábamos a 5 millas de la isla de los Pinos cuando el capitán Lewis vino a decirnos que los víveres ya habían llegado. ¡Feliz noticia! Nada de viaje, abundancia para todos.

Así que pocos días después vuelvo a Yaté: las plantaciones ya eran abundantes, eso que hacía solo diez días que había marchado. Desde allí me dirigí a Hienghène; al llegar, nadie en la costa; lo primero en lo que estuve tentado de pensar fue en una masacre, pero deseché ese pensamiento como juicio temerario. Tenía tanta confianza en el pasado…Vi en la playa a los dos hermanos del jefe con una cara más que indiferente; no sabía qué pensar. Mi asombro fue grande cuando, llegado a tierra, tras siete semanas de ausencia, encuentro tan cambiados a monseñor y a todos los nuestros.

Pronto supe su situación frente a los nativos: penuria, sin nada, marcha detenida. Dos de ellos deberían marchar en la primera ocasión que se presentase para dejar menos víctimas en caso de ataque. Monseñor, el P. Forestier y el Hº Michel Anliard se quedarían para esa ocasión. Me fue fácil obtener una nueva deliberación, y aún más demostrar a todos que la vida del obispo era demasiado valiosa para la misión como para sacrificarla sin más. Se determinó, pues, que le remplazaría yo.

Entonces vi que se iba a cumplir su última bendición: “te bendigo para el martirio”. Corta esperanza: monseñor nos anunciaba esa misma noche que partiríamos todos, sin más tardar, el día siguiente. Se acuerda con el capitán; ¿pero cómo hacer para huir y para llevar, sin que nos vean y sin pegar un tiro, las tres o cuatro cajas, objeto todas ellas de su codicia?

[6] La providencia lo había arreglado todo: monseñor, molesto en la choza del jefe, mandó hacer una casita de paja al borde del arroyo, desde donde se podía embarcar todo lo necesario sin peligro alguno; se había terminado al día siguiente de mi llegada. El domingo por la mañana, Jean dijo al jefe que monseñor y tres más iban a ir Anatom y que por la noche se había decidido lo contrario, que embarcarían sus cosas. All right, dijo, muy bien.

El lunes por la mañana salen tres embarcaciones hacia el barco; las dos últimas, con todo el resto, se dirigen hacia la casita. Pero,

en un recodo del río, Bouarate, se da cuenta de la dirección que tomábamos astutamente. A pesar de todo, va a bordo, donde monseñor le reprocha su conducta: los tres hombres que había matado y comido delante de nuestra puerta. Él lloraba, pero en su rostro se leía el furor de un salvaje al que le ha fallado la presa con que contaba.

[7] Marchamos, pues, hacia Anatom; los veintiún fidjianos iban con nosotros; travesía bastante penosa: tempestad, sin agua durante tres días, nada faltó en nuestra prueba; y al llegar encontramos a los PP. Chapuy y Vigouroux y al Hº Mallet, los tres con fiebre sosteniéndose merced a la quinina y a su alegría. Todos, excepto monseñor, la hemos pagado tributo, pero en los PP. Anliard y Forestier se vio acompañada por un delirio espantoso. Forestier tuvo ayer su último acceso, Anliard la dejó en la isla de los Pinos.

[8] Finalmente, de Anatom salimos para Yaté. La intención de monseñor era tomar Caledonia por la punta sudeste. La reducción habría sido el centro de nuestras estaciones; la primera habría estado al este de la bahía, la segunda al oeste de la reducción. Estando tan cerca los unos de los otros, se habrían podido ver a menudo, refugiarse donde los otros si fuera necesario, y en caso de éxito se avanzaría siempre hacia el oeste, no dejando por detrás más que tribus amigas. Pero cuál fue nuestra decepción al llegar a Yaté y saber lo que se quería hacer.

Nuestra gente de Balade ya había sido amenazada a menudo. El jefe de Tuauru había propuesto al otro que nos hiciera la guerra; sólo el miedo lo había retenido. Pero era evidente que cuando llegara la madurez de las plantaciones tendríamos que pelear para defenderlas. Se presentaban dos cuestiones: o aumentar la reducción con cuarenta hombres, sin contar su familia, y decidirse a combatir, o alimentar siempre a costa de la misión a nuestra pequeña cristiandad, que trabajaría siempre para los otros.

La penuria de nuestros recursos habría bastado para resolver la cuestión, si es que no llegaba además el derramamiento de sangre. Tras dos días de reflexión, monseñor decidió el abandono de su vicariato, y marchamos a la isla de los Pinos, con el corazón apenado por la maldad de ese desventurado pueblo. Monseñor está allí con los PP. Goujon, Rougeyron y Gagnière; allí espera también a los de Anatom y, con el barco que enviaré yo de Sidney, nuestros veintidós prosélitos partirán para Futuna, donde quedarán los PP. Rougeyron y Gagnière hasta que nuestros caledonianos sepan el idioma de Wallis y ya no tengan necesidad de ellos.

Ahí tiene, reverendo padre, un pequeñísimo boceto de nuestra triste historia; guárdelo hasta que yo le dé de viva voz todos los detalles.

[9] Yo, que no quería volver a ver Francia, voy a partir; la obediencia lo quiere. Monseñor sometió la decisión a la mayoría de votos, y obtuve todos, pero con la condición de que volvería. Para mí, éste es un sacrificio mayor que el de mi primera partida, pero cómo no aceptarlo si me servirá de tanto mérito. Llegaré hasta Ud.después de veintidós meses de prisión en el mar, sin contar las siete horas y media en el barrio de la Croix Rousse.

[10] Debo decirle, reverendo padre, que monseñor es admirable en la prueba; y que todos sus hijos, primeramente agobiados, han tenido la dicha de encontrar en la fe de ese venerado y querido pontífice la fuerza que necesitaban para superarla.

[11] Reciba, reverendísimo padre, la seguridad de mi profundo respeto y de la filial y afectuosa veneración del menor de sus hijos,

Claude Bernin, padre marista misionero apostólico.

La misión de Yaté quedó suspendida a causa de la guerra que estalló en el sur de Nueva Caledonia entre los Tuauru de Yaté y los Gamba de Numea.

La confusión en la Gran Tierra fue total y la práctica del canibalismo se intensificó.

Monseñor Douarre, con una pena grandísima, decide la evacuación de Nueva Caledonia.

A bordo del *Elisabeth* se retira a la isla de los Pinos, ordena evacuar Anatom, envía a Roma al padre Bernin para pedir otro vicariato y pide a monseñor Bataillon que acoja a sus neófitos en Futuna.

El padre Rougeyron, enviado a Sidney, intenta alentar a monseñor Douarre y le anima a recuperar la esperanza.

870 : Culpables: los europeos

29 enero 1850. – Claude Bernin al consejo de la Asociación de la Propagación de la Fe.

Nueva Caledonia. Señores,

[53] Los culpables son, pues, los que han impedido la obra de Dios que nosotros acabábamos de hacer. Fue la codicia de los mercaderes europeos la que echó a perder hace dos siglos la floreciente cristiandad de Japón; la misma codicia es la que ha paralizado nuestros esfuerzos y levantado contra nosotros a ese ciego y pobre pueblo. Mientras nosotros estábamos solos en aquellas desgraciadas costas, nuestra dulzura, caridad y paciencia los preparaba para la gracia; pero cuando, merced a nosotros, los barcos europeos pudieron abordar sin miedo en esas playas inhóspitas, nos convertimos en solidarios de todas las monstruosidades que ellos cometieron.

Nosotros hemos pagado con nuestra sangre los robos y las impudicias que ellos cometían; hemos pagado el infame tráfico de carne humana que hacían sin rubor para llevarse los nativos de una isla a otra y venderlos por madera de sándalo en otra isla en la que eran rápidamente devorados. Y hay quien se extraña de que se lancen sobre nosotros.

Nosotros somos inofensivos, la única arma que podemos emplear es la cruz de Cristo, mientras que los otros, si intentan vengarse los ametrallan sin piedad. Porque somos blancos, nos confunden con sus enemigos -también nuestros- y cuando llegamos preparan sus baterías para perdernos con más seguridad. Si, aún con todo, se nos dejara tranquilos para arreglarnos con ellos… pero lanzan contra nosotros las calumnias más horrendas.

¿No es por habernos atribuido a nosotros la causa de la epidemia que los diezmó hace tres años que las estaciones de Balade y Puebo fueron derribadas? ¿No se les decía que nosotros somos los avanzados del gobierno francés, que vendrá a esclavizarlos y degollarlos para apoderarse de su isla cuando nosotros fijemos el momento? He ahí la causa verdadera, la única causa de la persecución de la que hemos sido objeto constantemente.

Acepten … Bernin, provicario apostólico.

707 : El comandante Marceau, un laico misionero

1 junio 1848. – Prosper Goujon a Gabriel-Claude Mayet

Bahia Saint Joseph, Anatom

[1] Reverendo y querido padre. Al comenzar a escribirle, esos dos nombres benditos hacen que mi corazón lata con fuerza. La noticia de lo acaecido en Caledonia nos había llenado de inquietud. Hace un instante estábamos como perdidos en el mar, sin saber cuál querría Dios que fuera el término de nuestra navegación ni qué playa desierta querría recibirnos; y gracias a Jesús, gracias a la protección de María, aquí nos tiene, echada el ancla en puerto seguro. Hemos tenido el gozo de abrazar a nuestros queridos hermanos, a los que la providencia ha querido probar, pero a los que ha conservado para otros trabajos y felicidad nuestra.

[2] Fue el 28 de mayo cuando llegamos a Anatom.

Los reverendos PP. Rougeyron y Roudaire con los cuatro Hnos. Jean Taragnat, Bertrand Besselles, Auguste Leblanc y Prosper Rouesné, fueron dejados en esta isla por el Sr. Marceau el 14 de ese mismo mes, el mismo día en que celebramos el patrocinio de San José. Por eso se ha dado a la bahía el nombre de San José.

[6] Las breves líneas que ha tenido la bondad de escribir usted de propia mano han sido todo un placer. En la carta se ha visto toda la ternura de corazón del reverendo padre provincial. Todos han prometido someterse en la medida de lo posible a sus sugerencias.

[7] Estoy contento, reverendo padre, de poder ofrecerle en mi primera carta mi tributo. Usted nos había invitado recoger todas las cosas sobre el Sr. Marceau que pudieran interesar. Imposible ver y conocer a ese hombre de Dios sin sentir respeto y amor a su persona. Eso es lo que dicen incesantemente de él en todos los lugares en los que hemos fondeado durante nuestra jira.

Pero quienes hablan así son sobre todo nuestros padres, que han tenido la ventaja de vivir con él mucho tiempo y que han sido objeto de sus atenciones durante los tres años que ha pasado en las islas de Oceanía. Por ellos sé algunos detalles que le voy a contar.

[8] Desde que salió de Francia, el Sr. Marceau ha tenido casi siempre padres a bordo. Cuando el tiempo les permitía decir la santa misa, él se tomaba el honor de hacer de ayudante y él mismo preparaba el altar y los ornamentos. Si se decían varias, un hermano se presentaba de inmediato para servirlas; entonces, a menos que ocupaciones serias lo impidiesen, él pedía como una gracia que le cediera el puesto.

Los domingos quería que toda su tripulación asistiera a misa y recibía la comunión ante ellos. Además, todos los días se proporcionaba ese gozo si es que todos los días se podían celebrar los santos misterios. Normalmente era acompañado por el doctor de abordo, señor Montargis, un hombre amable y virtuoso que parecía disfrutar tomando a su comandante por modelo.

[9] Como un buen padre de familia, mañanas y noches reunía a toda su gente para hacer la oración en común. Él la hacía muy piadosamente, y al llegar la invocación de las letanías de la Virgen *foederis arca*, que él repetía tres veces, su voz se animaba y dejaba percibir su particular confianza en María.

[10] A bordo del navío reinaba una cierta libertad, pero era tan temido como apreciado. Uno de sus marineros me decía: "imposible quejarse de nuestro comandante. Nos dejaríamos matar por él". Cuando partió del Havre, se le confiaron algunos jóvenes de buena familia como cadetes de marina. Siempre hubo que felicitarse de su buena conducta: primero les advertía caritativamente; si no tenían en cuenta su monición, les imponía una penitencia que solía consistir en vivir el régimen de los marineros. Sólo después de un arrepentimiento sincero los recibía en su mesa, como padre.

[11] En circunstancias especiales ejerció una justa severidad con su segundo, cuando por falta suya los intereses del barco quedaban comprometidos. A veces hablaba en tono muy alto, y se le veía elevar enseguida los ojos al cielo lanzando profundos suspiros mientras se paseaba. En las numerosas contrariedades que sufrió y sobre todo cuando las circunstancias le obligaban a dar una advertencia severa o a usar toda su autoridad, en su rostro y en su contención se veían los extraordinarios esfuerzos que hacía interiormente para no dejarse llevar del ardor de su carácter y para evitar que en sus palabras apareciera señal alguna de amargura.

Sus avisos eran muy apreciados. Hiciera el tiempo que hiciera y en todas las circunstancias difíciles en que se encontró, siempre se le vio dueño de sí mismo y lleno de confianza en Dios. Cuando está sólo, casi siempre se le sorprende con el rosario en la mano. Cuando se presenta a los nativos de nuestras misiones, ésa es la única arma que lleva y jamás se le ha hecho mal alguno.

[12] No podrías creer, me dice el P. Rougeyron, qué tierna es la solicitud que le anima en el trato con sus gentes. Él goza cuando, con sus exhortaciones y con su ejemplo, lleva a alguien a acercar-

se a los sacramentos. Cuando un barco echa el ancla en cualquiera de los puertos de esas islas salvajes, inmediatamente se ve rodeado de infinidad de nativos que van a intercambiar objetos o simplemente a satisfacer su curiosidad.

[13] El Sr. Marceau sufre si suben un momento al puente; les testimonia su afecto, pero cuida con atención que ninguna mujer se permita tal libertad. Un día en que su atención estaba ocupada en otras, de pronto apareció una mujer entre las jarcias. El Señor quiso que la viera. Con un gesto le dijo que bajara. La desgraciada, en vez de obedecer se puso a correr por debajo de la parte anterior del puente, donde viven los marineros. El comandante supone sus intenciones; se precipita sobre ella, bastón en mano; ante sus amenazas tuvo que retroceder. Detalle que deja ver la virtud de ese hombre de Dios.

[14] Con todo eso, uno no puede extrañarse de la protección que la Sma. Virgen otorga a ese barco. Por la tierna devoción que le anima, confía y atribuye todo a María. Ni el mar ni el timón, dice, dirigen el *Arche*, es ella, y señala con la mano la estatua de la Sma. Virgen que mandó colocar en la proa del navío. Lo cierto, y que admira a quienes han estado aterrorizados, es que el *Arche de l'Alliance* ha surcado este océano en todos los sentidos, que ha pasado por lugares desconocidos y dificilísimos, que varias veces ha sido tocado, que ha soportado tempestades y que ha corrido peligros numerosos… y los marineros no se han hundido ni una sola vez, y no ha habido ningún accidente grave. Se lo he oído decir varias veces a los señores de abordo, a los oficiales y a toda la tripulación. Un terrible golpe de viento que los sacudió últimamente yendo a Woodlark se llevó el timón. Después de la avería, el barco hizo unas trescientas leguas con viento contrario; durante ese tiempo el Sr. Marceau inventó y fabricó un timón nuevo que le sirvió para entrar en el puerto de Sidney. Los marinos más hábiles fueron a admirar esa obra y felicitaban al Sr. Marceau por haber escapado felizmente de una tempestad tan violenta.

[15] Su entrega a la misiones es verdaderamente apostólica. Cuando llegó a Sidney, tenía la intención de partir directamente para Francia, a donde parecían llamarlo numerosas razones; sin embargo, a petición de nuestros padres, accedió a retrasar la salida para ir a instalarlos en Anatom. Se le deben muchos otros servicios semejantes. Se le venera y ama como a un padre.

[16] Y no le digo nada de su reputación como marino: es conocida por todo el mundo. Los señores oficiales del *Brillante* y el *Ariane* nos han hecho de él un elogio absoluto, y sin embargo es imposible reprocharle que se vanaglorie de su mérito. Al capitán de la goleta que nos trajo aquí le oí cómo le anunciaba y felicitaba por su nombramiento de comandante de una corbeta francesa. Lo contaba sin cambiar de cara,

Si lo han hecho, bien está, respondió, pero no espero gobernar jamás otra corbeta más que ésta, y señalaba al *Arche de l'Alliance*. Parece que desea mucho volver cuanto antes a estas islas para socorrer a las misiones. ¡Dios lo quiera!. Estaríamos contentísimos de verlo en medio de nosotros. Me parece que su sola presencia atraía la bendición celestial para nosotros y nuestros infieles. A pesar de sus defectos y de sus repelentes vicios, los ama y desea ardientemente su conversión.

[17] Cuando estaba en Wallis, cada vez que visitaba a monseñor Bataillon se ponía de rodillas, recibía su bendición y besaba respetuosamente su mano. Y le he oído decir a él mismo que hacía ese acto de humildad sobre todo cuando estaba presente el jefe de las isla, un hombre orgulloso, para provocar en él algún sentimiento religioso.

Un día le dijo al padre Rougeyron: ¡qué feliz sería si pudiera servirle aquí, en su cocina, como un simple hermano! Un día nos honró con su presencia en la comida. Comió el *taro* como nosotros, bebió su vaso de agua, y escuchó la lectura con toda atención. El padre Rougeyron, que lo conoce bien, dice que ama esta vida; el padre cree que su espíritu de mortificación le empuja hasta llevar cilicio.

[18] Ahí tiene, reverendo padre, lo que he sabido hasta ahora del Sr. Marceau. No sé si le servirá para llevar a cabo lo que usted se ha propuesto, pero de lo que sí estoy seguro es de que estos detalles le edificarán; al menos tendré la ventaja de haberle demostrado mi buena voluntad.

[23] Perdone mi libertad, pero estas cuestiones nos interesan mucho. Le ruego que piense en nuestra misión de un modo especial ante Notre Dame de Fourvière. ¡Personalmente no olvido nuestros compromisos del mes de octubre de 1847! Adiós, reverendo padre.

Su respetuoso y querido hijo en Jesús y María,

Goujon.

769 : La vuelta del hijo pródigo

Documento reproducido literalmente.[11]

15 noviembre 1848. – Hº Prosper Rouesné a Jean Claude Colin.

Anatom. Reverendísimo padre,

[1] Seguramente que no ignora la historia de mis aventuras y de mis travesías desde que salí de Francia. Creo que sería inútil recordárselas. Pero permítame que le diga cuál era mi punto de vista al volver al mundo y cómo quedé desengañado de lo que yo esperaba.

[2] Reverendo padre, el contento que creía encontraría en la obediencia religiosa me dejaba tanto vacío en el corazón como satisfacción pensaba encontrar en ella, y, aunque a pesar de todo, mi mayor deseo fue siempre comportarme según las reglas de la religión, el contento del corazón no estaba en mí.

A menudo los pesares me desgarraban. Entonces me daba cuenta de que mi sacrificio al dejar el mundo no había sido lo suficientemente generoso. El sacrificio de todos mis pequeños apegos y de mi voluntad, las penas a las que se está expuesto, me resultaban demasiado dolorosas, mi sumisión no era suficientemente humilde, todo me costaba, todo era enojoso, hasta los hermanos con los que tenía que vivir, si bien ellos eran mucho más amables que yo.

[3] Estando en Sidney y repasando todas esas miserias de mi persona, vi claramente que la causa de mi deserción del estado religioso eran mi orgullo y mi desprendimiento no completo de las criaturas. Cuando volvimos de Caledonia a Sidney, como ya no se necesitaba obrero, tuve que procurarme trabajo, lo que me fue muy fácil gracias a la mediación del procurador de misiones ante un muy buen católico y mi salario era bastante lucrativo; a pesar

[11] *Nota del traductor*.- El texto francés, correspondiente a la escritura de un hermano con la simple escolaridad primaria, está lleno de faltas de ortografía y de sintaxis: expresión magnífica de la apertura de corazón y verdad de relación.
Quien desee leerlo en el francés original, vaya a las pp 640-641 de la edición francesa.

de esas ventajas, muchas vueltas acudían a fatigarme, y no sentía paz ni reposo de ánimo.

Poco después supe la muerte de mi pobre padre, que le encomiendo a sus oraciones, y la muerte de tres misioneros con los que yo había salido de Francia. Eso me hizo reflexionar seriamente: saber si debía volver al estado religioso en el que me había colocado la providencia la primera vez.

Tuve que luchar mucho pero con la ayuda de María volví por fin al rebaño, aunque después me volvieron algunos pensamientos de volver atrás. Pero el P. Rougeyron y el Sr. Marceau me los despejaron y hace cuatro años tuve la felicidad de renovar mis votos el día de la Asunción, y estoy muy contento. A veces hay algunas pequeñas miserias, pero no de vuelta al mundo, y espero que con la protección de la Sma. Virgen todo irá bien y moriré como hijo de María.

[4] Le ruego, reverendísimo padre, que si habían borrado mi nombre de la lista de los nombres de los misioneros que se encuentra en el corazón de plata de Notre Dame de Fourvière, lo vuelvan a poner. Corte el trocito de papel en el que aparece mi firma y lo pegan a la lista.

[5] Recibí la carta que me envió el P. Lagniet y en la que usted tuvo la bondad de adjuntar algunos avisos para mí; se lo agradezco de corazón. Agradezca en mi nombre al P. Lagniet la bondad que ha tenido.

[6] Cierro con un abrazo cordial de su hijo en Jesús y María, Prosper Rouesné.

922 : La falta del padre Chatelut

20 agosto 1850. – Jean Louis Rocher a Jean Claude Colin

Sidney, reverendísimo padre,

[1] Me resulta doloroso estar obligado a entristecer su corazón con el relato de un hecho que nos ha causado a todos gran consternación. Uno de nuestros hermanos religiosos acaba de desmandarse gravemente, lo cual ha exigido su rápido retorno a Francia. Vea lo que ha pasado:

[2] El 16 de este mes, el padre Chatelu… (isla de los Pinos) sale de la procura sin permiso para ir él solo a dos leguas de allí a visitar a un médico francés. Quería consultarle, no sé sobre qué, pues no se quejaba de ninguna enfermedad. Sin embargo para la comida ya estaba de vuelta. Inmediatamente después se retiró a su habitación, yo creía que para descansar de las fatigas de la marcha, pero no: poco después salió para ir, siempre sin permiso y solo, a casa del señor Joubert, nuestro agente en Sidney, que vive a veinte minutos de nuestra procura.

Sin haberse anunciado, entró en la casa; al no encontrar a nadie en el salón ni en el comedor, pasó a otra habitación donde encontró a madame Joubert sola con uno de sus hijos. Aunque sabía que el señor Joubert estaba en Sidney, preguntó si estaba en casa y los mismo de una joven que vive allí habitualmente. No estaban ni el uno ni la otra.

Entonces preguntó a madame Joubert si quería prestarle un pequeño servicio, son sus propias palabras. Quería que le pusiera las sanguijuelas, le hiciera unos masajes en una parte del cuerpo que no me atrevo a nombrar. Madame Joubert, horrorizada y trémula, le pidió con insistencia que se fuera, cosa que él hizo suplicándole que no dijera nada al señor Joubert ni sobretodo a mí.

[3] Después de merodear un momento alrededor de la casa, el padre volvió a la procura, asistió a la oración y después a la cena, pero parecía estar muy agitado, cuando vinieron a decirle que preguntaban por él. Sale inmediatamente del comedor y se encuentra con el Sr. Joubert, que al verlo le asesta en la cara dos o tres bastonazos que le tiran por tierra.

Se oye un grito y padres y hermanos salimos precipitadamente, y cuál fue mi sorpresa al ver la cara del padre ensangrentada y al Sr. Joubert enfurecido, gritando que se había cometido un crimen en su casa durante su ausencia. Nuestros hermanos iban a lanzarse sobre él cuando yo me lo llevé aparte; un rato después, un poco recuperada la calma, me contó las repelentes propuestas que había hecho el padre a su mujer. No sé, me dijo, lo que me ha retenido, tenía ganas de saltarle la tapa de los sesos. De hecho, llevaba una pistola en su bolsillo.

[4] Dejé al Sr. Jaubert con el P. Chaurin y fui donde el padre, a quien estaban curando, pero que iba mucho mejor; las heridas no eran graves. A solas con él, le pregunté si era cierto que había hecho semejantes propuestas a madame Joubert. Me dijo que sí. Y

me aseguró que la consulta al doctor por la mañana no le había incitado en modo alguno a dar ese paso tan desdichado. Como ese pobre padre se encontraba muy nervioso, le hablé con la mayor dulzura posible, porque temía que la locura se apoderase de él.

[5] Volví donde el Sr. Joubert y le pedí que guardara silencio sobre ese desgraciado asunto, diciéndole que yo conocía los antecedentes del padre y su edificante comportamiento desde que estaba en Oceanía, que estaba seguro de que no estaba en sus cabales cuando fue donde madame Joubert, a la que apenas conocía, pues sólo la había visto ocasionalmente dos veces.

Y de hecho, reverendísimo padre, cuando se considera cómo se comportó el padre en este asunto, uno no puede dejar de pensar que le había entrado la locura. Él mismo le dirá que, suponiendo que le prestara ese pequeño servicio que le había pedido a ella, no quería en modo alguno que madame Joubert estuviera sola. Que su intención al preguntar si la joven estaba en casa, era para que estuviera presente y ayudara a madame Joubert.

[6] Hacer lo que le pedía el padre le parecía tan natural que se extrañó de que no quisiera y dijo a madame Joubert que eso se hacía sin dificultad en Francia.

[7] La complexión del padre puede haber tenido mucha influencia en este asunto, pues parece ser muy nervioso. Desde que está con nosotros en la procura, he observado en él varias veces unos modales que manifestaban un estado de sufrimiento moral. Por eso me guardé de hacerle pensar en la gravedad de la falta que había cometido, porque tenía mucho miedo de su pobre cabeza.

[8] Al día siguiente fui con el P. Roudaire a casa de los señores Jaubert para pedirles una vez más que olvidaran por completo ese desventurado asunto, cosa que nos prometieron sinceramente. ¿Pero tendrá la misma prudencia esa joven, que es protestante y que lo sabe todo? Tengo mis dudas. Por eso todos nosotros estamos rezando a nuestra buena Madre, porque si, por desgracia, los protestantes llegaran a saberlo sería más que probable que los diarios hablarían de ello.

[9] Cuando el padre estuvo más calmado y comprendió la gravedad de su falta, me dijo que desearía volver a Francia; que el señor obispo había dado permiso para volver a Francia a todos lo

que no quisieran seguirle. Yo le respondí que lo consultaría a mis hermanos, y todos accedieron a su petición:

[10] 1º Porque su situación de cara a nosotros y a los hermanos debía resultarle muy dolorosa.

[11] 2º Porque pareciendo algo propenso a padecer ciertas debilidades de espíritu, el clima natal le podría ser más favorable que el de las islas del sur.

[15] Dígnese aceptar la seguridad de mi profundo respeto.

Tengo el honor de ser su humilde y obediente servidor,

Rocher, sacerdote marista.

La Caledonia marista y francesa

Monseñor Douarre volvió a Sidney en el *Marian Watson* dejando la misión de la isla de los Pinos bajo al mando del padre Goujon que la dio un gran impulo.

En mayo de 1851, monseñor Douarre vuelve a las isla de los Pinos. Entonces intenta volver de nuevo a Balade, donde llega el 23 con los padres Vigouroux y Forestier y los hermanos Joseph Reboul, Véran Michel, Bertrand Besselles, Jean Taragnat, Prosper Rouesné y Michel Anliard.

La goleta puede ir entonces a Futuna a buscar a los padres Rougeyron y Gagnière más los neófitos de Tierra Grande que estaban allí desde hacía casi dos años.

1168 : La verdadera vuelta a Tierra Grande (N. Caledonia)

8 agosto 1852. – Pierre Rougeyron a Victor Poupinel

Nueva Caledonia. Reverendo padre,

[4] Tras este preámbulo, un poco largo, pasamos a los misiones. Sobre todo a la misión de Nueva Caledonia. Ya sabe que con la llegada del obispo de Amata la misión de Nueva Caledonia fue reiniciada, y dos meses después de nuevo abandonada.

Confinado en la isla de los Pinos y con el consentimiento de los misioneros, monseñor tomó la determinación de abandonar un vicariato tan ingrato para ir a probar en otro pueblo. Como teníamos con nosotros en la isla una veintena de caledonianos cristianos, les propusimos llevarlos a su país pero para dejarlos allí para siempre. Nos respondieron con unos sollozos desgarradores. Volvimos

donde ellos y urgidos a responder, gritaron: no, antes morir que volver solos a nuestro país, donde volveríamos a ser malos. Ya que ustedes no quieren volver, llévennos a una tierra donde haya jefes sagrados y podamos confesarnos.

Se propuso Futuna, y fue aceptado. Su servidor fue elegido para esa expedición, feliz expedición en la que se trataba de conducir mis hijos espirituales a una isla extranjera. El viaje me sonreía, pero mis entrañas se conmovían al pensar en nuestros últimos adioses en la isla, pues debía dejarlos para siempre e ir a estar con mis hermanos de Sidney. ¿Pero tendría que ser asi, y por qué preocuparse tanto de cosas que podría ser no ocurrieran?

[5] Poco antes de nuestra marcha, todo el mundo se apiadaba de esos pobres cristianos tan bien dispuestos. Ellos mismos rezaron juntos por sus compatriotas, esperando contra toda esperanza como Abraham. Por fin monseñor, emocionado también, me propone que, si quiero, vuelva a buscar otros caledonianos para llevarlos también a Futuna para que se conviertan allí; Su Eminencia se haría cargo de pagar los gastos, pero no de volver a Caledonia.

Salgo pues hacia Futuna con el P. Gagnière conduciendo nuestra pequeña reducción, pero indeciso de si realizaría el proyecto de volver a buscar nuevos caledonianos. Me lanzo a viajar para llegar pronto a Futuna. La excelente recepción que nos hicieron me anima a intentar la aventura de volver a Caledonia para coger otros. Logré más de los que esperaba: más de cuarenta aceptaron seguirme. Después de los muchos sufrimientos de este segundo viaje, llegamos felizmente a la isla. Gran alegría de nuestros cristianos al ver a sus compatriotas, que llevaba para vivir con ellos.

[6] Para que no hubiera desorden, cada uno de nuestros caledonianos fue colocado en una familia futuniana para que ésta le vigilara. Piense que yo tampoco los perdí de vista; y para ello hice que les dieran una casa común donde pudiesen reunirse todas las tardes para la instrucción. Al fin, después de ocho meses de catecismo e instrucción, ya estaban bien dispuestos para el bautismo.

La vigilia de Pascua fue el hermoso día de la regeneración y de su primera comunión. Los futunianos quisieron ser sus padrinos y rivalizaron para arreglar y vestir cada cual al suyo. El reverendo padre Mathieu, provicario de monseñor de Enos, consintió conferirles el sacramento. Fue uno de los días más hermosos de mi vida. Estaba viendo a mi familia espiritual, numerosa y ferviente, … y la conversión de Caledonia.

[7] El contraste entre lo que eran ahora esos nuevos cristianos y lo que habían sido antes me hacía bendecir al Dios piadoso, que toma los corazones en sus manos y cambia los lobos en corderos.

[8] Como varios de ellos habían traído a sus mujeres, bendijimos sus matrimonios, y algunos recibieron cuatro sacramentos ese día: bautismo, penitencia, eucaristía y matrimonio. Les faltaba uno, que necesitaban de verdad, el de la confirmación, para que fueran soldados valientes de Jesucristo, gracia que no tardó en serles otorgada.

Había llegado a Futuna Mons. Bataillon, que estaba haciendo la visita de su vicariato, y aceptó concederles ese nuevo beneficio. Provistos de tantas gracias, ya no tenían nada más que desear, a no ser comunicar su alegría a sus desventurados compatriotas. Apareció un barco; era el *Étoile du Matin*, la goleta de la misión que venía a buscarnos […] Embarcamos en nuestro navío que estaba de vuelta. Pero no de incógnito.

En cuanto se supo la noticia, todo el mundo se apresura, rivalizando para regalarnos víveres, telas del país, esteras. La noche anterior a la partida, a medianoche se oye un canto que viene de lejos. A medida que afinamos el oído, nos parece distinguir una multitud de voces que vienen hacia nosotros. En efecto, el gentío que cantaba llega a paso lento y ajustado a nuestra vivienda y se despliega por la explanada como en procesión; el canto suena fuerte mientras cada uno deposita un paquete de víveres.

Terminada la ceremonia, van marchando de uno en uno sin ruidos ni trompetas, silenciosamente, hacia su casa. Como no sabíamos lo que significaba, nosotros quedamos acostados durante ese momento de la noche, imaginando que era un simple canto emocionado por nuestra marcha; pero ¡qué sorpresa! cuando el día siguiente por la mañana vemos un montón enorme de taros y ñames. Había sido un pueblo de la parroquia el que había tenido esa gentileza con nosotros. Los presentes no eran sólo para nosotros, sino para todos nuestros caledonianos.

Cada familia quiso abastecer de todo al caledoniano que había quedado en su casa, de modo que casi llenamos el barco con los dones de los futunianos. Llegado el momento de la partida, nos pusimos en ruta para llegar al puerto, a unas dos millas de distancia, pero nuevos honores: la parroquia entera, hombres, mujeres, niños, todos querían escoltarnos. Comenzaron cantos en honor nuestro compuestos por ellos y duraron todo el trayecto. En cada pueblo al que llegábamos, se disparaban salvas de tiros de fusil y

la gente se agrupaba; sólo se oía el canto, y durante el descanso reinaba un tétrico silencio, se diría que era una procesión, me equivoco, un entierro.

¡Ay!, gritaban en sus trsites cantos: "Nuestros pueblos quedarán tristes y desiertos cuando ya no estéis. Nos dejáis, ya no os veremos, ya no estaremos juntos en la casa… en los campos… en la iglesia, etc. Por qué no os quedáis… pero no … es necesaio que vayáis a vuestra tierra para llevar allí la religión. Muy bien, Dejadnos, marchad, os queremos. Adiós, caledonianos, adiós, padres de los caledonianos. Acordaos de nosotros" […]

[19] Desde la isla de los Pinos a Caledonia sólo hay unas leguas de distancia, así que llegamos a Balade a los dos días. Al ver su país natal, el corazón de nuestros cristianos latía de alegría. Era normal, hacía mucho tiempo que habían dejado el país. Iban a ver de nuevo a sus padres y amigos, y tenían tantas cosas que contarles sobre esos países lejanos de los que venían. Por fin llegó el momento feliz, echamos el ancla, lanzamos al agua una embarcación, y adentro.

Conociendo el salvajismo de los caledonianos, no estábamos muy tranquilos respecto a la suerte de la misión, cuando vimos en un montículo una bandera ondeando. Era la señal convenida entre Mons. Douarre y el capitán del *Étoile du Matin*. Entonces empezamos a remar fuerte, impacientes por recibir la bendición del vicario apostólico y abrazar a nuestros hermanos, cuando apareció una embarcación, era la lancha de monseñor que salía a nuestro encuentro.

Atracamos y saltamos hacia monseñor, que nos abrazó afectuosamente. Llegamos enseguida a tierra, donde nos esperaban nuestros hermanos: los PP. Vigouroux y Forestier y los Hnos. Bertrand y Joseph, a quienes abrazamos, dejándonos llevar por una agradable conversación. ¡Eran tantas las cosas que teníamos que comunicarnos unos y otros!

[20] Con gran admiración, vimos que justo en el sitio donde había estado nuestra antigua casa se levantaba ahora una iglesia de piedra y algo más abajo una paqueña casa de madera y otra casa que servía de almacén y de taller. Al lado había otra casa bastante grande, reservada para nuestros cristianos. En el llano, un huerto con numerosas plantas europeas como berzas, lechugas, judías, maíz… Las cuidaba el P. Forestier. Después yo fui jardinero acompañante del P. Forestier, y a menudo su competidor.

Tengo que decirle que uno de los momentos más agradables de mi recreo me lo da la contemplación de mis hermosas y enormes lechugas, la plantación de guisantes llena de frutos y flores, las judías de Auvernia, de Belley…los melones y sandías de Provenza… Se hacen pruebas, y con éxito, con el maíz, el trigo de Argelia, la cebada; posteriormente llenarán los graneros de Caledonia.

En cuanto a la bodega se teme que los barriles queden siempre vacíos. Árboles frutales como el melocotonero, el ciruelo, el albaricoque podrán lograrse. No nos olvidamos de las flores; yo me encargo de ellas. Dos enjambres de abejas traídas de Sidney me dan la satisfacción de visitarlos a menudo.

[21] Nuestros cristianos habían quedado a bordo para pasar la noche. En la mañana del día siguiente bajan a tierra; su primera visita fue para monseñor, que no los había visto aún. Para recibir la bendición episcopal avanzaban en fila cantando las letanías de la Virgen.

Llegados donde monseñor, se arrodillaron para pedir la bendición, que el señor obispo les dio emocionado y con lágrimas en los ojos. Puestos de pie, le cantaron algunas coplas compuestas por ellos en honor de monseñor para esa circunstancia; seguidamente, monseñor les dirigió unas sentidas palabras, y todos se retiraron felices.

[22] Pero ¡ay!, su dicha no debía durar mucho. Los días que llegaron fueron días de aflicción y prueba; y empezaron a cargar con la cruz del cristiano: algo asombroso, aquellos padres y amigos que creíamos que estarían deseando volver a ver a los suyos, que de malos habían pasado a ser hombres nuevos, se mostraron fríos e indiferentes al verlos y no dieron muestra alguna de alegría y afectividad.

Su cambio hacia el bien parecía prevenirlos en contra. Ciertamente eran irreconocibles: varios de esos nuevos cristianos habían sido antes enemigos mortales de nosotros, como *Gomène* y *Uobat* a quienes usted ha visto figurar tristemente entre nuestras desdichas; habían saqueado nuestra casa, incendiado la iglesia, profanado las cosas santas y cooperado en la masacre de nuestro mártir. Y ahora, esos mismo hombres se habían convertido en corderos, piadosos, fervorosos, virtuosos y apegados a todo lo nuestro.

Durante bastante tiempo estuvieron observándolos muy atentamente para asegurarse de que no estaban jugando un papel fingido para engañarlos, y cuando se vio que el cambio era sincero,

el asombro fue enorme. A algunos les hizo bien, pero a la gran mayoría les sirvió para hecerlos enemigos.

El más encarnizado de todos es un jefe joven, que había tenido antes altercados y guerras con nuestros jefes cristianos y en ese momento aprovechó ese odio antiguo para perseguirlos. Sólo estaba esperando la ocasión, que no se presentaba, pero él la provocó. Una tribu vecina estaba en guerra con otra tribu desde hacía tiempo

Este joven, llamado Thiangoune, invita a los cristianos a implicarse en la guerra, pero ellos, tras consultarnos a nosotros, lo rechazan. Se va pues con los de su partido. Durante ese tiempo, que dura quince días, los nuestros no quedaron ociosos, como deberían haber estado según las supersticiones del país para que la guerra tuviera éxito, sino que trabajaron sus campos como de ordinario.

Al volver de la campaña sin resultado positivo, Thiangoune manifestó su descontento y quiso hacerlo explotar un día de danza. Durante varios meses, cada ocho días se celebraba una danza cerca de nuestra vivienda para ir preparando una gran fiesta del país, a la que tenían que asistir varias tribus. Normalmente se dejaba la danza cuando nosotros tocábamos a la oración.

Pero ese día, Thiangoune dijo a los suyos que no se fueran, sino que animaran más la danza para provocar a los cristianos. Como los cristianos no se inmutaron, echaron mano de los insultos, y los cristianos no dijeron ni palabra. Ellos, bien decididos a pelear, no pudieron hacerlo ese día y se retiraron con algunas bravatas para ocultar su vergüenza.

[23] Desde ese momento comprendimos que no podíamos esperar más que penas. No nos equivocamos. Estuvimos acosados y con sufrimientos de todo género. El partido malo crecía de día en día. Thiangoune amenazaba públicamente con su venganza a los portadores de cinturón, a los cristianos vestidos, diciendo que quería acabar con ellos y con sus nuevas costumbres, que apoyaría contra viento y marea las costumbres de sus padres y la gloria del país, y que quería ver cuál de las dos partes sería la más fuerte; si era él, aniquilaría la religión; si eran los cristianos, abandonaría el país. No eran palabras como para animarnos o consolarnos.

Algunos de nuestros cristianos habían abandonado la casa común que les habíamos dado para vivir cerca de sus padres salvajes. No tenían nada que ganar y sí mucho que perder no viviendo cerca de nosotros y de los demás cristianos. Lo que sigue nos hará ver que teníamos razón.

[24] Ciertamente el demonio se había lanzado contra nosotros para tratar de echarnos del país. Ahora no con la violencia, como antes, sino a través del desánimo. El mayor sufrimiento me vino de aquellos con los que más contábamos y que eran con los que más debíamos contar.

Usted ya sabe, padre, que tenía conmigo cinco jovencitos que me habían seguido valientemente a todos los sitios donde estuve. Incluso nos habían salvado la vida en su país. Hice cuanto pude para educar bien a esos jóvenes, a quienes quería como a mí mismo, y ellos habían correspondido a mis esperanzas.

Pero he aquí que llegados a Caledonia, cuando su ayuda nos era casi indispensable, fueron de tal modo trabajados por sus padres paganos, y la vía libre del salvaje con todas sus fiestas y diversiones los sedujo tanto que a los pocos días estaban totalmente cambiados y parecían haber olvidado todo. Y tuvieron la debilidad de pedirme separarse de nosotros para ir a vivir con los suyos.

No es que no desearan continuar siendo buenos cristianos, no; estoy seguro de que su intención no era mala sino más bien infantil, pero no es menos cierto que iban a estar muy expuestos, a la vez que se mostraron poco agradecidos con nosotros. Así que, al oír su petición, los cogí aparte y les hice ver la imprudencia y la ingratitud de su partida.

No hubo necesidad de una larga charla moral sobre la palabra ingratitud; el que había puesto más ardor en abandonarnos, Augustin, se puso a llorar y, avergonzado, no se atrevía a dirigirme la palabra. Se marchó, y poco después volvió suplicándome que lo perdonara, que había sido un insensato pero que, de verdad, no había creído que nos hiciera sufrir tanto abandonándonos. Se perdonó todo y se quedaron. Continuamos estando muy contentos de ellos porque son buenos catequistas.

[25] Las pruebas acaban un día y vuelven a empezar al siguiente. Después de tantas amenazas e insultos, Thiangoune, que quería la guerra al precio que fuera, esta vez no se contentó con vomitar injurias y blasfemias; quería pelea. Amparándose en un pretexto insignificante, una noche fue a atacar a sus enemigos lanzando piedras y lanzas. Al grito de “armas, traición”, corren todos rápidamente a rechazar a los agresores, que se dan a la fuga. Sólo uno de los nuestros fue herido; era un pagano.

Pero la venganza de los enemigos no quedó saciada, la guerra vuelve a empezar al día siguiente, se lucha con ardor. Victoria indecisa pues hubo heridos de un lado y de otro, aunque parece fa-

vorecer al partido infiel pues hubo mayor número de cristianos heridos, y de heridos gravemente.

Pero gracias a los cuidados y la pericia quirúrgica de nuestro excelente hermano Mallet, las heridas no fueron mortales. Casi todas las piedras y lanzas que habían herido quedaron en el cuerpo, en algunos casos aplastadas contra los huesos y esparcidas en varios trozos, en otros, las lanzas pasaron de parte a parte. Se trataba de extraer esos proyectiles homicidas.

Se necesitaba una mano hábil y segura. Al principio, el Hº Mallet comenzó a tantear con mano temblorosa, pero poco a poco se fue animando e hizo operaciones maravillosas. Hizo andar a cojos que no podían utilizar las piernas desde hacía más de cinco años. Y no le cuento más milagros pues temo que quiera canonizarlo en vida. Ha adquirido gran renombre en el país y a fuerza de prácticas. Pero debo decirle que no tiene contrincantes.

[26] Tras esta sacudida, creo que habríamos necesitado un descanso, por lo menos para nuestra pequeña cristiandad, ya debilitada; pero el Señor no lo creyó así. Cada día había algún enfermo nuevo, y su casa parecía un hospital. Unos se curaban, otros caían enfermos, estos se levantaban, aquellos recaían. Casi se podría decir, como los salvajes, que había una maldición en la casa de Futuna; la llamábamos así para mantener el recuerdo de Futuna.

[…] Un domingo, unos cristianos se dan cuenta de que unas mujeres están trabajando, van donde ellas y para castigarlas les quitan los collares de perlas en forma de abalorio. Una de ellas, pariente de Thiangoune, se lo cuenta. No se necesitaba más para irritarle. Los cristianos, que se han enterado de que Thiangoune desaprobaba esa acción, se apresuran a devolver los collares, pero es inútil.

Monseñor va personalmente ante ese jefe salvaje, pero éste no se digna escucharlo. Furioso como un tigre, quiere una presa; esta vez necesita sangre. Con todos sus guerreros, avanza a paso ligero hacia nuestros cristianos para sorprenderlos. Se oye el grito de guerra y todos se aprestan para el combate, se lucha.

Uno de nuestros jefes cristianos, hermano del primer jefe de la tribu, cae herido. Herir a un jefe es un caso grave, porque los jefes pueden golpear pero no ser golpeados. Como era tarde-noche, se suspende la lucha. La noche pasó con sobresaltos continuos. Y todos temblaban creyendo ver un enemigo con la mano en alto para asesinarlos.

Así transcurre la noche y llega el día. La guerra se reanima y uno de nuestros mejores cristianos, a quien una pedrada le da en el pulmón, cae y muere. Nos lo traen pero ya era cadáver, totalmente muerto. Nuestro corazón se rompe de dolor al ver a ese buen joven que acaba de tener un final tan triste. Le lloramos ¿pero qué valen nuestras lágrimas para su alma? ¿En qué estado estaba cuando escapó de su cuerpo? Queremos esperar, y por muchos motivos, que era agradable para Dios, pues el joven había tenido siempre gran temor al pecado y una piedad sólida.

El mismo día de su muerte, antes de la batalla, había ido con otros dos a decirme que deseaba recibir la bendición. Como monseñor no estaba en casa en ese momento y el tiempo urgía, les dije que se contentaran con decir su oración en el camino. Marcharon contentos y él el primero me apretó la mano como despedida.

Cuando pregunté después a uno de los compañeros del difunto, que le había acompañado a pedir la bendición de monseñor, si era la bendición lo que pedían o era la confesión lo que deseaban, me respondió con estas consoladoras palabras: no teníamos pecados, pues si los hubiésemos tenido no nos habría dado vergüenza decirlo y confesarnos antes del combate, que tanto temíamos.

[31] Otro joven cristiano llega a su fin, voy a administrarle el sacramento de la extrema unción y darle la indulgencia plenaria in articulo mortis. A pesar de la gracia del sacramento, su muerte no tiene nada de consolador; está en delirio continuo. Gracias a Dios le confesé cuando empezaba el delirio y tenía aún algo de lucidez.

Durante el delirio se hace el gracioso, como lo hacía cuando estaba sano, está agonizando y no deja de reir y cantar canciones del país. De vez en cuando grita que no irá al cielo, sin decir por qué. Rezamos para que María haga que su predicción sea falsa. Nuestra Buena Madre ha atendido nuestra oración, ha recuperado el conocimiento unos instantes, Se ha confesado, ha recibido el viático y ha entregado su alma a Dios el día de la Asunción.

[33] En cuanto a Undo, no está muerto. El Señor ha querido dejarle tiempo para volver a El si quiere; pero durante los dos meses que ha estado echado sobre su camastro ha sufrido horriblemente. Su cuerpo estaba totalmente desollado y no podía aguantar ninguna postura sin lastimarse aún más y sin que, consecuentemente, se le reabrieran las llagas.

Nada más le ocurrió el accidente, vino a buscarnos para que lo socorriéramos al menos corporalmente. Como nuestro ministerio

es un ministerio de caridad y de perdón, corrimos junto a él y lo vimos en la situación que acabo de decirle.

Yo le dirigí algunas palabras que le pudieran hacer reflexionar y después el hermano Mallet pasó algunas horas curando sus quemaduras. Cuando creyó estar mejor, despidió al Hº Mallet para que le cuidaran los suyos, que le harían sufrir menos -decía- que el hermano y que prefería los remedios de su país a los nuestros.

Dejamos, pues, a ese ingrato, pero no tardó en ver su locura pues al cabo de unos días los gusanos comenzaron a hormiguear en sus llagas mal curadas. Fue empeorando y más de una vez se creyó que sucumbiría. Sin embargo llegó a curarse y está casi restablecido.

Lo más original del caso y que muestra que el dedo de Dios estaba allí, es que su esposa, católica, se encontraba en la misma choza que los dos culpables en el momento del siniestro y, sin embargo, las llamas no la alcanzaron y salió intacta de la vivienda con gran admiración de la gente. Ese hecho, para nosotros milagroso, detuvo el mal que nos amenazaba y mostró a ese incrédulo pueblo la omnipotencia de Dios cuando él quiso que brillara.

[34] Parece que un golpe de ese calibre habría debido despertar a ese alma dormida en el pecado, pero no, allí quedó entumecida. Estando convaleciente vino a pedirme entrar en la iglesia, creyendo que la penitencia del fuego bastaba; se lo permitimos. Vino uno o dos domingos a misa, pero sin querer confesarse. Pero pasó el tiempo pascual y él debía tener necesidad de una buena absolución. Así que no viendo en él más que un impenitente, le echamos de nuevo de la iglesia. No sé si hay esperanza de que vuelva alguna vez, la misericordia de Dios se detiene cuando los pecadores fijan límite a la medida.

[35] Todas esas aventuras envenenan los breves días de nuestra miserable existencia y sirven no poco para apartarnos de este bajo mundo. Al salir de las risueñas islas de la Polinesia y volver a caer en Caledonia con un pueblo tan diferente, he tenido quizás más dificultad que la primera vez para acostumbrarme a las groseras costumbres salvajes de estos caledonianos.

Todo eso ha servido, y no poco, para que despertara en mí la fiebre que había agarrado en Anatom. Desde que llegué fueron pocos los días en que me encontré en plena salud. Parece que ahora estoy mejor. Pero que se cumpla la voluntad del Señor; ¿no es cierto que, con salud o enfermedad, somos siempre del Señor?

[36] Padre, le he entretenido demasiado con mis dificultades y sufrimientos; pasemos a un tema más consolador. Ya sabe que había llevado a Futuna al gran jefe de Pueblo, un joven de unos 24 años que se convirtió pronto y sinceramente en esa isla. De espíritu recto por naturaleza, desde que conoció la religión ha sido un cristiano perfecto, y ningún obstáculo lo ha detenido.

Al llegar a su país, encontró un harén de mujeres que lo esperaban pensando que continuaría siendo el mismo. Pero el bautismo había transformado su corazón, "*Ipolité*" ya no era "*Bonú*". A pesar de las artimañas e insistencias de sus parientes y amigos, que le animaban a que tuviera varias mujeres, varios hijos, para pasar por ser un gran jefe como sus ancestros, él no dudó ni un instante en despedir a todas, excepto a su primera mujer, con la que había tenido un hijo.

Y no se contentaban con inducirlo a la poligamia, sino que le empujaban también a la antropofagia, y eran los ancianos quienes le daban esos consejos. Su respuesta fue expulsar de su tierra a esos infames ancianos, que ya no han vuelto. La mujer de uno de sus parientes cometió un crimen, que San Pablo no quería ni nombrar. Ordenó detenerla y atarla a un poste. Parecía tan avergonzada que su propio marido, el más irritado contra ella, fue a apedir a *Ipolité* que la perdonara, y la desataron.

[37] Hace poco, una piragua encalló en un pueblo de Puebo, y los habitantes, tan salvajes como todos los caledonianos sin casi excepción, agarraron la piragua -según la costumbre del país- se apoderaron de lo que encontraron en ella y después mataron a los pobres náufragos; uno de ellos tuvo la suerte de poder llevar la noticia al pueblo donde vive *Ipolité*.

Ipolité marcha con sus guerreros a castigar a los culpables que habían asado a esos desventurados y se los habían comido. Se les declara la guerra, se devastan sus plantaciones porque al acercarse el jefe se dan a la fuga y no se los puede alcanzar. Pero sí cogieron a uno y lo mataron contra la orden de *Ipolité*, que había dicho claramente que no se los matara. Quien lo hizo fue a excusarse y fue perdonado.

Pero *Ipolité* sentía gran remordimiento de esa muerte y fue a buscarme afligido, asegurándome que lo habían hecho contra su voluntad. Lo consolé, y lo animé, no a matar, sino a castigar de alguna manera a los sujetos que pisotean los derechos sagrados de la humanidad. El pueblo acudió más tarde a pedir excusas y pedir

la paz, que se les concedió a condición de que en el futuro se enmenderan.

[38] Este jefe tiene sus tres hermanos cristianos como él: Amable y Manuel, que me siguieron a Sidney cuando dejé Caledonia, son sus dos hermanos que contribuyeron no poco a su conversión. Ninguno de los cuatro faltó a misa los domingos durante cuatro meses, aunque tuvieran que hacer tres leguas para venir. Ahora ya no van a Balade para oir la misa, el padre Gagnière se la dice los domingos pues tienen una gran iglesia que *Ipolité* mandó a su pueblo construir.

Tiene la forma de las iglesias de Futuna. Él trabajó más que nadie durante varios meses con una paciencia admirable y dio todas sus cosechas a los trabajadores para que comieran. Dios se lo premiará.

Por desgracia, aunque *Ipolité* es el gran jefe, hay otro que nació antes que él. Tiene como consejeros una panda de malas personas. Últimamente, instigado por ellos, dio orden de quemar a escondidas la iglesia que mandó construir *Ipolité*. El encargado de hacerlo reculó ante esa propuesta pero, en su lugar, fue de noche a nuestra casa a robar ropa y otros objetos. La envidia y la ambición es lo que mueve a esos jefes. Y mientras no sea cristiano, no podemos contar mucho con nuestra seguridad.

[39] Actualmente, los PP. Gagnière y Vigouroux y los Hnos. Bertrand y Joseph están en Puebo para construir una casa, que deberé habitar yo cuando esté acabada. El P. Vigouroux volverá a Balade y yo iré a esa nueva tribu para quedar allí con el P. Gagnière. Esta misión es muy importante, tanto por su gran población como por su influencia en las tribus próximas.

Rece, pues, para que el cielo la bendiga, y pida la perseverancia de ese buen jefe, porque estos isleños son muy volubles y débiles. No alcanzan la claridad y la voluntad de los europeos. Hoy son perfectos y mañana malos. He ahí la naturaleza salvaje, que durará aún mucho tiempo en los pueblos de Oceanía que he podido conocer. Rece también un poco por mí, porque tengo una tarea penosa y difícil: una nueva lengua que aprender e infinidad de escollos contra los que chocaré infaliblemente sin unas gracias extraordinarias. Cuento mucho con las gracias de estado, que nunca me faltaron hasta ahora, merced a sus fervientes oraciones.

[40] Cuando esté en Pueblo me encontraré de nuevo frente al asesino que antaño falló el golpe. Puede occurrir que él sea más

astuto otra vez y yo menos afortunado. Rece para que ocurra lo que Dios quiera, si bien lo que yo deseo es su conversión. Está totalmente en manos de Dios, pues sus disposiciones de antaño no parecen ser mejores ahora.

Añado un post scriptum para decir que acaba de declararse una epidemia en el país; ha alcanzado a casi todos pero mueren pocos. Acaba de morir uno de los nuestros; estos pobres cristianos, que ya son pocos, están casi diezmados, mientras que los salvajes apenas mueren. El Señor nos esá probando bien; los paganos dicen que nuestra religión hace morir a los que la abrazan. El Señor tiene sus designios, y lo acepto. Un jefe menor ha reunido a su gente para mandar que la abandonen. Ignoro cuál será el resultado.

[41] Parece que las tribus vecinas nos desean; en cuanto monseñor reciba misioneros, los enviará allí y harán el bien, pero a la larga no enseguida, porque, lo reitero, este pueblo está demasiado degradado, es malo y muy vicioso, para abrazar enseguida la religión.

Se necesitaría un milagro especial, que el Señor no suele hacer. Nuestras misiones avanzarán con mucho tiempo, paciencia y pruebas de todo género. Que los misioneros que deseen venir se penetren de lo que les digo, para que no se engañen y no vengan a lamentarse como algunos cuantos.

[42] Seguramente nos desean en todas las tribus, pero no nos engañemos, no para llegar a ser piadosos y cambiar de conducta porque lo que desean de verdad, dicen con ingenuidad, es lo que hace bien al cuerpo en este mundo y las cosas que ven; las otras cosas de las que siempre nos hablan, guárdenselas, etc.

[43] Así que, como puede ver, no es el deseo del cielo el que los atormenta, sino el deseo de tener unos objetos materiales, que desean tanto y que les faltan. ¿Hay que rechazarlos por eso? No, pues entonces tendríamos que rechazar a todos; no conozco a nadie, tampoco en Polinesia, que no haya tenido al principio esos objetivos temporales, pero hay que vivir con ellos e insinuar poco a poco en sus rudas mentes las cosas espirituales y apartarlos de sus vicios.

[44] De todos modos, yo creo que en adelante las misiones nuevas que fundemos irán algo menos lentas porque las otras tribus imitarán sin mucha dificultad el movimiento emprendido por la otra. Lo que se necesita de verdad es que haya una tribu bien

convertida. La semilla divina se expandería rápidamente, porque estos pueblos se relacionan, y se comunican tanto el bien como el mal.

[45] Uno de los grandes obstáculos que encontramos nos viene del libertinaje, de la poligamia y de la observancia dominical. Esta última es violada a menudo. Parece que el diablo los empuja ese día a trabajar, pues los días ordinarios están sin hacer nada y los domingos no pueden dejar de trabajar, les entran las ganas de trabajar. Desde hace poco, se va progresando algo, bastantes salvajes observan la prohibición y vienen a misa.

[46] La misión no se encuentra *in statu quo*, siempre avanza algo; evidentemente se está haciendo labor en el pueblo, apenas se oye hablar de robos y eso que me perece que en todo el mundo no había tantos ladrones como en Caledonia. Aunque no todos estén dispuestos a abrazar la doctrina que les predicamos, no dejan de escucharla.

Se hacen regularmente catequesis varios días a la semana para hombres y mujeres; las dan nuestros catequistas. Ellos nos preparan el camino porque se insinúan mejor que nosotros en el espíritu de sus compatriotas y, además, les enseñan la letra de un pequeño catecismo que hemos compuesto nosotros.

De vez en cuando les preguntamos para ver si los catequistas han cumplido bien su deber, y para saber si sus alumnos han aprovechado bien sus lecciones. Es la ventaja de tener catequistas, pero hay que alimentarlos en casa, porque dónde cogerian su alimentación cuando vuelven de las salidas si no tienen nada en su casa.

Normalmente, un caledoniano para alimentarse está obligado a pasar todo el día en el mar o en las montañas buscando con qué preparar por la tarde su comida, que se hace solo una vez. ¡Y dichosos los que tienen con qué hacer una todos los días! Piense, pues, lo que estamos obligados a hacer en estos comienzos de la misión.

[47] Si no hiciéramos más que detener el homicidio y la antropofagia, no estarían del todo perdidas las cantidades que gastamos. Pues bien, en las dos tribus donde estamos, esos dos crímenes han quedado desterrados. Pero no es lo mismo con nuestros vecinos; hace menos de tres meses que, procedente de Hienghène llegó a Balade, donde vivimos, una barca con varios cadáveres.

Como las gentes de nuestra tribu manifestaron horror ante un plato que no hace mucho les gustaba, la carne humana quedó en la

barca y cada día, para que no se corrompiera, la ahumaban. Los jefes de esta tribu subían a bordo todas las mañanas para hacer su comida, y a veces honraban a algunos de sus hombres haciéndoles partícipes de sus banquetes.

[48] Para terminar esta extensa carta, apartemos nuestra mirada de esos cuadros tan horrorosos y dirijámosla hacia nuestra pequeña cristiandad, que nos consuela con su fervor y su celo. Nuestros cristianos, excepto unos pocos, viven todos juntos en una casa a la que dieron el nombre de Futuna. Allí viven como en comunidad, rezan en común, comen juntos y no van de allí casi nunca porque tienen miedo a pervertirse en el ambiente de sus parientes paganos.

Tienen un solo corazón y una sola alma. También nosotros, como ustedes, hemos hecho el mes de María aunque no tan pomposamente. El altar de María estaba ornamentado con la estatua de nuestra Madre, dos candelabros y un ramo de flores

Al caer la tarde, la campana llamaba a la familia cristiana, que acudía presurosa a colocarse en torno al altar. Las letanías eran cantadas por unas voces finas, que llegaban al corazón tanto como la harmonía más hermosa. Nuestra piadosa ceremonia terminaba con unas oraciones especiales. “Desde ahora todas las generaciones me llamarán bienaventurada…” Sí, de oriente y occidente han llegado a María las alabanzas.

[49] Reverendo padre, le he escrito una carta bien larga, pensando que le gustaría por la cantidad de pequeños detalles; pero la he escrito sin pretender limar mi estilo. Sea indulgente, porque no tendría ni tiempo ni paciencia para escribirla de nuevo. Le ruego que se la dé a leer a los padres que le han ayudado en la tarea de sus circulares, que tanto nos gustan. Salude, por favor, al reverendo padre superior y a todos los otros padres, y sobre todo ruégueles que recen por mí.

Todo suyo en Jesús y María, Rougeyron.

1039 : Ingleses y franceses

1 de agosto 1851. –Gilbert Roudaire al Sr. Vidal, capellán de la marina en Toulon

Sidney

[7] Hace poco le hablaba del hallazgo de oro en Australia; ocurrió en mayo y desde entonces ha ido creciendo y extendiéndose. Al igual que en Caledonia, se encuentra oro en una extensión de más de cien leguas. Actualmente hay unas quince mil personas en las minas. Y se dice que llegarán muchísimos europeos a ese país, cosa que no desagrada a los habitantes de Sidney. En Francia no se hacen idea de la rapidez con que se levantan ciudades aquí.

Sidney tiene hoy cincuenta mil habitantes, de los cuales unos veinte mil son católicos, otros tantos anglicanos y el resto de diversas sectas. Los católicos tienen un arzobispo y un número de clérigos insuficiente para las necesidades del país; es una pena que la administración eclesiástica se obstine aquí en seguir un sistema que no favorece el progreso de la religión ni la necesidad de los fieles, dado que el gobierno es muy liberal y da cinco mil francos anuales tanto a los sacerdotes católicos como a los protestantes.

Los habitantes no pueden ser más adictos a sus sacerdotes y a su iglesia. En todos los puntos de esta inmensa Australia, en la tierra de Van Diemen y en Nueva Zelanda, se levantan infinidad de ciudades que se pueblan como por encantamiento. Con la protección y el apoyo de esa potencia inglesa, el respeto a la autoridad preserva las conmociones que destruyen a las otras potencias del continente. Están en todas partes, y se hacen los dueños.

Por eso se mofan de los franceses, con sus interminables revoluciones; dicen que somos ridículos al buscar la causa de nuestros males en los defectos de nuestra constitución, mientras nos hemos hecho incapaces de respetar ninguna constitución y autoridad aunque fuera la mejor de todas. Calculan el momento en el que toda la tiera será, por decirlo así, europea, dominada y gobernada por la raza anglosajona establecida por todas las partes, y que llegará un día en el que los franceses, al querer meter la nariz fuera

de su país, se encontrarán por doquier en país inglés… y creo que las cosas están yendo por ese camino, su profecía se realizará.

[8] Cuántas veces los he visto sonreir hablando de esa Argelia, en la que aún no hemos hecho nada nosotros. Si hubiera estado en su poder, hoy sería un gran imperio. Tampoco se olvidan de Tahití, donde estamos gastando grandes sumas sin atrevernos a tomar el título de posesores, frente a esas inmensas posesiones tan grandes como Europa, de las que se dicen los dueños sin que pueda desagradar a nadie.

La misma Nueva Caledonia había sido ocupada por orden de Luis Felipe; Inglaterra ordenó decirle: ha puesto su bandera en esa isla; no me agrada; quiero que la quite; y el gobierno francés respondió: puesto que os disgusta, voy a quitar mi bandera… Usted sabe que la corbeta la *Seine* fue allá con ese propósito, y allí ha quedado en el fondo del agua. Hoy Nueva Caledonia va a ser ocupada por los ingleses para enviar allá a sus condenados. Dentro de unos días parten dos barcos de guerra para tomar posesión de ella, y a ellos los inquieta muy poco si les gusta o no a los franceses.

[9] Ustedes los franceses, me decía un día uno, no saben hacer las colonias; en otro tiempo las habían hecho muy hermosas, y aún duran, como Canadá, Bourbon…, pero de sesenta años para acá ustedes han perdido el sentido de los elementos que hacen durar las cosas. Nosotros, cuando establecemos una colonia o fundamos una ciudad, comenzamos por destinar una buena parte para las escuelas, las iglesias, etc. Eso capta la confianza de las familias honradas que llegan para poblar nuestras ciudades y colonias; pero los franceses actúan de otra manera. Envían primero comediantes, periodistas, cabareteros y soldados; así se puede ser dueños de un terreno, pero jamás se logrará una colonia, etc., etc.

Por desgracia, las reflexiones de ese inglés son demasiado acertadas: me recuerdan la petición que hicieron al gobernador, Sr. Lavaud, las religiosas de Tahití para tener algo más de espacio que el de su vivienda, en la que se encontraban totalmente incómodas; el gobernador les dijo que convirtieran la capilla en dormitorio. “Sr. Gobernador, respondió la superiora, si quiere tener religiosas, precisan un lugar para rezar, si no devuévalas a Francia”.

[10] Para acabar este caudro, le diré que de todos los franceses que vemos aquí, no hay ni uno que pueda hacer honor al país de origen, ni uno que tenga un ápice de religión; por una cosa u otra,

todos dan pena, también para la gente de Sidney, católicos a protestantes; en todos estos lejanos países los franceses se dejan notar como turbulentos o despreciadores de lo que respetan los otros.

En infinidad de lugares, los franceses o son desconocidos o se tiene una triste idea de ellos, a no ser que en alguno de esos lugares hubiera algún misionero que facilite el que se hable bien. Dos circuntancias recientes han hecho que los habitantes de esos lugares dijeran que la marina francesa tenía mucho dinero y reputación que perder; me refiero en primer lugar al naufragio del *Seine*, en un lugar por el que cualquier navío del mundo podría pasar sin recibir ni un rasguño, y su tripulación, que debería esconderse avergonzada y que ha hecho alarde en Sidney de su embriaguez y mala conducta; y en segundo lugar las recientes desgracias de la corbeta *Alcmène.*

En el puerto de Sidney desertan doce hombres; después de haber recorrido toda la costa de Caledonia y atracar en todos los puertos que encontraron, envía un bote a una isla del noroeste casi sin armas; al salir de allí doce marineros son asesinados y devorados; la corbeta, después de haber ocultado en Sidney que iba a Caledonia, se va a Hobart Town, donde un exceso de amabilidad la lleva a exponer a unos hombres por ir a salvar un barco ballenero inglés o americano que iba a la deriva; al volver los tres hombres que estaban en el ballenero zozobran y se ahogan; después de muchos gastos, la desgraciada corbeta sale y va a destrozarse en la costa de Nueva Zelanda; se ahogan otros doce marineros y el resto se ve obligado a volver a su país en un navío extranjero.

[11] Nadie, querido amigo, siente tanto como nosotros las desgracias de nuestros compatriotas; pero nuestro amor propio sufre al ver que con un número mucho más elevado de navíos ingleses, en ellos esas cosas son menos frecuentes. Desearíamos que Francia fuese más afortunada y estuviese mejor servida por muchos de los que envía lejos. Una desgracia le puede llegar a cualquiera, es cierto, y para salvar el honor del *Alcmène* hay que decir que hace unos años un barco de guerra inglés, casi igual, se perdió en el mismo lugar. Compadezco de verdad al señor comandante d'Harcourt porque estoy persuadido de que si no salvó su barco fue porque no era posible.

[12] Al volver la página, me doy cuenta, amigo, de que me distraigo y me resarzo del largo silencio habido con usted; estoy tan contento de satisfacer por fin mi deuda que me dejo ir y le cuento

cualquier cosa, sin orden ni reflexión, por no tener cosas más interesantes que contarle; cuento con su indulgencia y espero que cuando esté en mi isla, tendré cosas mejores que comunicarle.

[13] He oído hablar de todas las cosas hermosas que ha enviado a monseñor de Amata en Nueva Caledonia; hasta puede ser que haya algo para mí, pero no me ha llegado nada. Estoy seguro que su caridad, y la de las buenas personas de Toulon, no se ha agotado, y como espero que los futuros neófitos de Tikopia necesitarán blusas o telas, las encomiendo por adelantado a su generosidad.

Decirle tan sólo que si les destina alguna cosa y quiere que me llegue, sírvase dirigirla directamente a mi nombre y separada, porque en las misiones suele ocurrir que los envíos se abran y distribuyan inmediatamente en los lugares donde han llegado, y cuando se llega a leer en las cartas la intención de los donantes, ya no hay nada que enviar porque se ha distribuido todo.

Si los objetos o las cartas deben pasar por Sidney, utilice esta dirección: Reverend Mister Rocher, Catholic clergyman, Sidney, New South Wales – para entregar a n….

De esa manera llegará todo a su puesto en la primera ocasión; pero si envía una carta a alguien introduciéndola por ejemplo en el sobre de monseñor de Amata, puede ocurrir que el obispo sea visitado el último y que la carta tenga que esperar un año o más hasta la próxima ocasión, mientras que el P. Rocher puede enviarlas sin tardar.

[14] De nuevo y antes de terminar, querido y digno amigo, le ruego que disculpe el desorden de esta carta escrita para usted solo. Sólo tengo un objetivo, probarle que no le olvido, como tampoco a las buenas hermanas de la Sabiduría, a las que debo su amable hospitalidad. Me tomo la libertad de encomendar a sus oraciones mi nueva misión. Salude respetuosamente al señor Cordouan y al señor cura de Saint Louis. Tenga la bondad de no hablar a nadie de todo lo que se me ha ocurrido contarle a usted.

Su querido amigo y compañero,

Roudaire, misionero apostólico

1232 : Lo cotidiano del hermano Aimé Mallet

10 marzo 1853. – Hº Aimé Mallet a Jean Claude Colin

Nueva Caledonia. Reverendísimo padre,

[1] Querido padre, le voy a contar sencillamente mi vida ordinaria.Puede ser que le guste más de esta manera. Estoy encargado de la cocina, y comparto la labor con el buen catequista Louis Tinan, a quien conoce de oídas; con un poco de ayuda, cada uno lo hace una semana. Aquí los días varían poco; nos levantamos al amanecer, hacia las cinco de la mañana.

Cuando me toca a mí la semana, hay que apresurarse a poner en marcha la cocina, sacar después una hora para la meditación y la misa, ordeñar las vacas y desayunar a las ocho; después de comer, visitar o asistir a algunos enfermos del vecindario, consultar mis libros para saber lo que hay que hacer en los casos más graves que se presentan, y llega enseguida la hora de la segunda comida; después el recreo, es decir el rezo de los rosarios, una visita al santísimo sacramento y un poco de lectura; después otra vez la cocina o un pequeño trabajo manual, al que llamamos “las chapuzas”; en realidad hago tan poca cosa por falta de habilidad que mi trabajo apenas se nota.

Hace dos años comencé un alambique, pero buscaba tanta perfección que acabé por no hacer nada, pues se tuvo compasión de mí y me pararon; felizmente, porque ese instrumento me habría metido en otros apuros; además ahora hacemos tan poco aguardiente que no valía la pena. He fabricado una bomba pequeña para nuestros pozos pero, con lo que costó hacerla, no durará mucho pues no disponía de los materiales adecuados para darla solidez.

Sólo me relaciono con los nativos para atender a los enfermos. Y entonces siempre necesito intérprete porque tengo tan poca memoria que casi no conozco ninguna palabra de su lengua. Mi ineptitud para hablar me ocasiona varios inconvenientes, pero qué hacer, no podré llegar nunca a comprender esa lengua más que dedicándome únicamente a ello, y como mi trabajo no me exige eso, me contento con lo que quiera entrarme naturalmente.

[4] Por lo que le digo ya ve que no soy de grandes recursos, pues aunque raramente estoy enfermo, mi salud no es lo sufucientemente fuerte como para soportar trabajos duros.

[5] Tengo que darle una noticia lamentable: desde hace unos seis meses, la salud de monseñor nos preocupa mucho; puede ser que algún otro se lo diga, pero tengo la responsabilidad de decirle algunas palabras sobre ello pues yo soy su médico. Después de haber tenido una gripe epidémica, Su Eminencia conservó una tos que, por su persistencia, nos da un miedo justificado. Monseñor mismo no está demasiado tranquilo, pues en su familia tiene varios casos de tisis; es cierto que hace algunos meses va mejor, pero al menor cansancio corporal o espiritual, la tos se recrudece. Le he puesto un cauterio y le he prescrito beber una botella de agua de hulla al día.

[6] Sin embargo espero que Dios nos conserve nuestro digno obispo, o que al menos esa enfermedad nos le mantenga largo tiempo, porque ya no parece avanzar rápidamente como al principio. Acepte, padre, el respetuoso saludo de su humilde hijo y obediente servidor, Aimé Mallet, hermano marista.

1284 : Montrouzier, un hombre de ciencia

17 septiembre 1853. – Xavier Montrouzier a Victor Poupinel

Balade, reverendo padre.

[1] Gracias por sus cartas de septiembre 1852 y abril 1853. Estoy encantado de haberle procurado algunas muestras de historia natural que han gustado al reverendísimo padre Colin. Ya que desea tener pájaros, me tomo algún rato libre para disecar algunos. Pero creo que no es la ornitología la que ofrece más posibilidades de hallazgos nuevos en nuestra islas. Me parece que la ictiología sería un campo más fértil. Mas para trabajar útilmente en este ramo necesitaría utensilios especiales e infinidad de cosas para conservar las piezas. También lo necesito para el estudio de los insectos.

[2] Le envío la segunda y última parte de mi trabajo sobre la entomología de Woodlark. Le adjunto algunos dibujos de peces y la descripción de algunos crustáceos y moluscos. Creo que sería conveniente confiárselos al señor Mulsant, que al parecer se ocupó ya de recibir la primera. Si tengo el honor de que mis notas sean impresas y que le envíen a usted cien ejemplares de la obra, le pediría una docena para mí, y le rogaría que ofreciese uno de mi parte al señor Duval, profesor de botánica en la facultad de ciencias de Montpellier, otro al señor Marcel de Serres, profesor de mineralogía, *ibid*, al señor Jourdan, profesor en Lyon, y finalmente al señor J.G.H. Kinberg, autor de una monografía zoonética sobre el Tragulus Javandeus, y al señor Mulsant.

[3] Aún no he recibido ni mi diploma de miembro de la Sociedad de Lineo, ni el prodomus de De Candolle, ni la obra del señor Mulsant sobre las mariquitas. Pienso que en este momento ya está todo en Sidney.

[4] Con esta carta le envío un "schizoea", que no me es conocido y del que no me atrevo a decir que es nuevo. Si aún no está descrito, se le podría designar específicamente con el nombre "Umbellata". En estado vivo se parece a una umbela cóncava por la parte superior y presenta un aspecto muy gracioso. En los bosques de Nueva Caledonia y de la Isla de los Pinos vive un Trichomonas, que parasita en el tronco del helecho-árbol y al que, por esa razón, se le podría llamar "parásito" si aún no tuviera nombre. Ese helecho se encuentra en Nueva Caledonia. Le ruego que ofrezca de mi parte las muestras que le envío a la Sociedad de Linneo, pidiéndole que las describa algún botánico.

[5] Quizás se queje, reverendo padre, de que le encargue todas esas cosas. Es cierto que yo no esperaba en modo alguno trabajar la botánica o la entomología. Pero espero que esta especie de estudios no me aparten jamás de mis obigaciones de misionero. Pida por mi para que las conozca y practique; me parece que es el deseo más ardiente de mi corazón.

[6] Unidos en la oración y el sacrificio, un afectuoso abrazo de su humilde servidor y querido hermano,
Xavier Montrouzier, misionero apostólico.

1236 : La miseria canaca

12 marzo 1853. – Benôit Forestier a Jean Claude Colin

Reverendísimo padre,

[1] Después de tantos años de demora, al fin comenzamos la misión y el trabajo que se nos ofrece podría satisfacer la actividad de los más exigentes. Está todo por hacer entre los nativos; no se trata sólo de convertirlos, pues para convertirlos es indispensable sacarlos de la miseria; si uno no estuviese viéndola cada día, no se podría ni imaginar. Año normal: la abundancia apenas dura tres o cuatro meses; y esa abundancia consiste en comer una vez al día ñames en cantidad suficiente para no sentir hambre; los más ricos conservan alguna cosa para su almuerzo.

Durante el resto del año solamente unos pocos comen todos los días taro pero una sola vez; los demás viven principalmente de las raíces silvestres y de conchas de mar. Al carecer de lo necesario, no separan nada para guardar; da lástima verlos marchar a la montaña al salir el sol durante la estación de las lluvias para arrancar raíces y volver más tarde calados de agua y ateridos de frío.

[2] Las enfermedades son frecuentes entre ellos. Unos pocos parecen tener más de cincuenta años, y cuando están enfermos es descorazonador para el médico verlos tumbados sobre un poco de paja, a menudo sin vestidos, y sin el alimento necesario. Piense, reverendo padre, en lo que siente el misionero que ve a sus pobres cristianos en semejante abandono.

Varios de los nuestros han muerto de enfermedades intestinales o de agotamiento, y cuando le urgimos al hermano Mallet para que haga algo, siempre nos responde lo mismo: procúrenles un buen régimen, un buen alojamiento… y las medios vendrán de inmediato. Y nuestros pobres enfermos muriendo a pesar de los ligeros alivios que tratamos de aportar a su miseria. Eso nos está paralizando.

[3] Si censuramos a un cristiano por faltar a menudo al catecismo, es que estaba pescando porque tenía hambre, El hambre les obliga a veces a ir a buscar alimento los domingos, impide que los niños sean asiduos en la clase de lectura y al hambre culpan todos su pereza.

Y si de la alimentación pasamos al vestido, aún es peor, imposible describirlo, y sin embargo no hay medio de cambiarlo sin comprometerse a vestirlos a todos. Y estaríamos obligados a emplear nuestra influencia para sacarlos poco a poco de su envilecimiento y a darles a la vez consejos, ejemplos y medios.

Creo que el reverendo padre Vigouroux le habla de lo que hace para salir de la miseria: sus vacas, sus arados, sus molinos. Los más inteligentes quedan entusiasmados cuando les explicamos lo que pueden obtener con ello, pero su entusiasmo desaparece pronto, los resultados son muy lentos.

Tenemos que retenerlos con la pequeña recompensa de cada día y a veces aún se nos escapan. Entonces uno se siente un poco de desánimo, pero se recupera. Poco a poco algunos jóvenes se familiarizarán con el arado y cuando hayan visto que el maíz se convierte en harina y la harina en galletas, los más mayores estarán tentados de imitarlos. Eso puede cambiar mucho el futuro de la misión.

Nuestros cristianos son claramente inferiores en fuerza física a los paganos; la mayoría son jóvenes o enfemos y tenemos que compensar esa inferioridad con nuevos medios. Las mujeres, por su parte, contribuirán a la riqueza común hilando y tejiendo la lana de nuestras ovejas en primer lugar y después el algodón, que nos será fácil cultivar en cantidad bastante considerable.

[10] Reverendísimo padre, un saludo cordial y rspetuoso de su indigno hijo en nuestro Señor, Benôit Forestier, sacerdote Societatis Mariae.

1174 : Dénos sacerdotes

28 agosto 1852. – Xavier Montrouzier a monseñor Charles Thomas Thibault, obispo de Montpellier.

Sidney. Monseñor,

[1] Su Eminencia tiene derecho a quejarse de mi prolongado silencio. No trataré de justificarme. Prefiero recurrir a su indulgencia y confesarle francamente mi culpa.

[2] Sus anteriores atenciones a mi persona sean garantía de mi perdón. Espero también que el objeto de esta carta me otorgue toda su benevolencia. Se trata de una obra de celo.

[3] Monseñor, usted tiene demasiado interés por las misiones extranjeras como para no estar al corriente de lo que han publicado sobre Oceanía los *Anales de la Propagación de la Fe*. Y sabe que allí las islas son innumerables, a menudo bien pobladas, y que el número de misioneros es muy restringido. Podría entrar en detalles que le asustarían, decirle que hay tierras más grandes que Francia, como Nueva Guinea, que no han oído la Buena Nueva, que Micronesia cuenta con miles de islas aún no evangelizadas.

Me contentaré con señalarle el gran peligro que nos amenaza aquí ahora: la propaganda protestante. Hace tiempo que la herejía ha tratado de pervertir Oceanía y ha logrado el fin que se propuso: hacer odioso el "papismo" y a los "papistas". Sin embargo, hasta el momento se había abstenido de entrar en lugares peligrosos. Es cierto que perdió uno de sus misioneros, pero fue mientras estuvo en la búsqueda de madera de sándalo. En general se habían limitado a las islas de Polinesia.

Ahora han dado un nuevo impulso a sus emisarios. Han formado en Sidney una comisión de misiones; todos los obispos protestantes de la colonia forman parte de ella, y los de Nueva Zelanda y Newcastle están encargados de visitar las islas. El último año ya hicieron una jira; estuvieron en Nuevas Hébridas, Salomón e Isla de los Pinos y volvieron a Sidney con trece indígenas jóvenes de un lado y otro, para enviarlos más tarde a su tierra como catequistas. Esta año acaban de repetirlo.

[4] Ese es, monseñor, el peligro de nuestras misiones. ¿No podría hacer algo para apoyarlas? Yo pienso que sí, y éste es el plan que me tomo la libertad de presentar a Su Eminencia.

[5] Creo que su diócesis tiene ahora más sacerdotes de los que necesita. Es muy probable que varios de ellos se sientan llamados a las misiones. Puede ser que la idea de hacer los votos les asuste creyendo que para venir a Oceanía hay que ser religioso. Pues bien, que se tranquilicen. Antes sí era necesario, ahora ya no. La sagrada Congregación de la Propaganda acaba de confiar una parte de nuestras islas a sacerdotes seculares de la diócesis de Milán. ¿Por qué no hacer lo mismo para los sacerdotes seculares de Montpellier, de Nîmes, de Rodez?

¡Qué hermoso sería que cada diócesis de Francia adoptara un archipiélago o una isla y enviara a ese distrito a sus sacerdotes que, formados en el mismo seminario, tendrían en muchos puntos ideas iguales y se entenderían de maravilla! ¡Cuán idóneo sería ese sistema de división de trabajo para mantener la emulación! ¡Y cómo se interesarían los fieles de una diócesis por las labores de una misión, que sería la suya y a la que podrían trasladar, por decirlo así, sus patronos, sus fiestas, sus prácticas particulares!

[6] Indudablemente habría dificultades para realizarlo, pero no creo que fuesen insuperables. El camino a seguir sería muy sencillo: cinco o seis se sienten llamados a las misiones, usted examina o hace examinar su vocación. Si la encuentra sólida, se dirige a Propaganda para que le confíe una o varias islas con el título de prefecto apostólico para uno de los misioneros.

Propaganda Fide le da fondos, los sacerdotes en dos meses llegan a Sidney por barco a vapor, depositan su dinero en la procuraduría de cualquier sociedad de misioneros ya establecidos, a la espera de que ellos mismos tengan su procura, van a su isla y allí esperan la llegada de nuevos hermanos. Cuando ya han recibido cierto número de sujetos, se elige uno para vicario apostólico. Para las disposiciones de carácter material, siguen las del seminario de misiones extranjeras de Paris; son de una sabiduría consumada.

[7] Monseñor, le pido perdón por atribuir tanta importancia a mis ideas, pero me excusa una cosa: es la contemplación de los peligros de nuestras misiones, el estado lamentable de nuestras islas lo que me hace hablar. ¡Si pudiera presentar un bosquejo fiel de las miserias de Oceanía, si se me diera el don de hacer comprender la degradación de ese sexo que en Europa llamamos y con razón devoto, la corrupción de la infancia, la ferocidad de los indígenas… cuántos corazones sacerdotales tomarían generosas resoluciones!

En Francia tienen una idea terrible de las misiones. Cierto que hay penas, fatigas, peligros; el misionero es hombre y tiene que pelear. Pero Dios nos ayuda y uno queda a menudo admirado al verse casi insensible ante sucesos cuyo solo pensamiento nos habría helado de terror en Europa […]

[9] Monseñor, me postro a sus pies para pedirle la bendición para mí y mis salvajes y rogarle que acepte la seguridad del profundo respeto y total afecto con los que tengo el honor de ser su humilde y obediente servidor,

Xavier Montrouzier, misionero apostólico.

1251 : Muerte de monseñor Douarre

1 mayo 1853. – Xavier Montrouzier a Jean Claude Colin

Reverendísimo padre,

[1] El Señor nos mantiene a todos en el camino del Calvario. Nos ha enviado otra cruz: Mons. Douarre murió el pasado miércoles 27 abril 1853, tras una corta pero cruel enfermedad. Seguramente querrá saber algunos detalles sobre la muerte de un obispo cuya vida fue realmente apostólica. Me siento tanto más obligado a satisfacer esa piadosa curiosidad cuanto que el P. Rougeyron está demasiado fatigado para escribirle extensamente. Con todo, he de decir que, a pesar de mi buena voluntad, seré breve pues el navío que llevará la carta ha llegado hoy y parte mañana.

[2] Hace como un mes que hubo en Pueblo una epidemia que se llevó a mucha gente. Monseñor tuvo mucho que hacer en esta estación. El miedo no lo detuvo. Ni pensó en el peligro. Volvió trayendo los gérmenes de la enfermedad. Al principio fueron unos cólicos, a los que apenas prestó atención. Enseguida llegaron los escalofríos; y los combatía yendo al huerto a cavar. Hasta el sábado por la tarde no nos dijo que estaba enfermo y que sentía las mandíbulas como paralizadas, lo que le impedía abrir la boca.

El domingo dijo la santa misa, lo que le cansó mucho. Se retiró enseguida a su habitación, de la que no saldría. Nosotros no sospechábamos aún que su estado fuera grave; sin embargo le hacíamos compañía y nos turnábamos para no dejarlo solo. Durante el día fue empeorando; ya no eran solamente las mandíbulas las paralizadas, sino también el lado izquierdo del cuello, un brazo, una parte del pecho. La cabeza quedó libre, pero los dolores de las partes afectadas eran muy vivos.

Nosotros pensamos que monseñor estaba bajo los efectos de la enfermedad del lugar, pero que había complicaciones de mielitis. Le hubiéramos dado un vomitivo, que había dado buen resultado en varios nativos afectados por la epidemia, pero sabíamos que él soportaría difícilmente ese medicamento; le dimos otro remedio. Al principio se sintió algo mejor y no quiso que nadie quedara con él durante la cena. Al final de la cena, oímos que nos llamaba; corrimos a verle, tenía una crisis fortísima y sus dolores habían aumentado. Entró un momento en reposo y nos dirigió unas palabras

que nos hicieron comprender que se daba cuenta más que nosotros de la gravedad de su enfermedad.

Yo he sido, nos dijo, no un sacerdote escandaloso, pero sí un sacerdote flojo y un pobre obispo. Quizás hubiera sido un buen hermano. Después nos pidió perdón por los malos ejemplos que pudiera habernos dado, por los sufrimientos que nos pudo causar, nos pidió que llamáramos a los padres y hermanos de Puebo pues quería ver a todos antes de morir, y nos recomendó sobre todo que no tardáramos en administrarle los últimos sacramentos. Nos dijo varias veces con tono de convencimiento: no tengo miedo a la muerte; hace diez meses que la tengo en cuenta diariamente en la meditación y veinticinco años que digo cada día una oración a San José para que me obtenga la gracia de la buena muerte.

Velamos a monseñor; sufrió mucho, pero al fin parecía descansar. Creímos que se encontraba mejor; yo fui a visitar a mis enfermos. De pronto veo un niño que llega corriendo y que me dice: vaya rápido. Monseñor se sentía peor y quería ser administrado.

[3] Jamás olvidaré lo que ví entonces. Nuestro digno obispo, con una paz de espíritu admirable, pidió que dispusieran su habitación. Cuando entré en la cámara con el Santísimo en la mano y seguido de multitud de cristianos, él saludó afectuosamente a su Salvador, y al decirle yo que la santa iglesia exige que en ese momento solemne se haga la profesión de fe, él quiso leerla personalmente; después de haber recibido la extrema unión y el santo viático, le rogamos que dirigiera algunas palabras a sus hijos. Lo hizo con sencillez, y todos los ojos se llenaron de lágrimas.

[4] Cuando nuestro querido enfermo terminó su acción de gracias, yo volví a su lado. Y con un tono que me hizo ver que sabía muy bien lo que acababa de recibir, me dijo: gracias, padre, gracias. Entonces nos importunaban por todas partes para alcanzar el permiso de poder entrar en su cuarto y recibir su bendición. Creímos que no podíamos negar ese consuelo a nuestros cristianos y a varios paganos que lo reclamaban también. Monseñor recibió a casi todos, con su bondad acostumbrada, y dijo a cada uno unas palabras de exhortación. Pero como vimos que eso le cansaba mucho, ya no dejamos entrar a nadie más.

[5] El P. Rougeyron llegó hacia las diez. Cuando vio a su obispo y compañero de tantas pruebas tan cerca de la muerte, no pudo contener su dolor; el torrente de lágrimas que cayó de sus ojos conmovió tanto a monseñor que entró en una nueva y fuerte crisis.

[6] Por la tarde, un cristiano encontró el medio de entrar en la habitación del enfermo. Allí, acurrucado en un rincon, dejó correr sus lágrimas silenciosamente. Monseñor lo vio y le dijo con tono convencido: querido hijo, voy a morir, sufro mucho; pero no temo ni la muerte ni los sufrimientos; encuentro fuerzas en la cruz. Veo ante mí la imagen de mi Salvador, que derramó su sangre por mí; quiero ofrecerle mis dolores y mi vida. Y sé que ahora compro el cielo. Ánimo, hijo mío, nos volveremos a ver en el paraíso.

[7] Hasta ese momento monseñor había podido estar acostado. Los dolores le obligaron a quedar sentado en una sillón. Si se le tocaba no podía contener los gritos de dolor. Los riñones eran de una sensibilidad extrema. La noche fue tremenda. El martes por la mañana, nuestro querido enfermo no hablaba casi nada; pero tenía un conocimiento perfecto. Se le dio opio. Durmió un poco pero cada diez minutos se levantaba sobresaltado, tenía una crisis, gritaba y se movía como un hombre convulso.

A partir de entonces perdimos ya la esperanza. Siempre quedamos dos junto a él y no siempre teníamos fuerza para dominarlo. Por la noche, cuando le velábamos el P. Forestier y yo, tuvo otra fuerte crisis; yo creí que ya se acababa. Llamamos a nuestros hermanos. Monseñor se recuperó un poco. Le preguntamos si quería recibir la indulgencia in articulo mortis, y dijo claramente: sí. Se la dimos y comenzaron de nuevo los dolores. Dificultad para respirar, crisis casi continuas hasta que le dio una convulsión tan fuerte que se quedó.

Fue hacia las tres y media de la mañana, miércoles 27 de abril.

El P. Rougeyron le dio la última absolución. Le vestimos con sus hábitos pontificales, le pusimos en la iglesia, rezamos el oficio de difuntos junto a su cuerpo, ofrecimos el santo sacrificio por el descanso de su alma y le hicimos las exequias más solemnes que pudimos.

[8] El padre Rougeyron, como provicario que es, está encargado del vicariato. Por un acta que habíamos redactado y que había firmado monseñor antes de recibir los últimos sacramentos, todos los demás títulos de provicarios quedaban suprimidos.

[9] Los cristianos y los infieles se han comportado muy bien en esta circunstancia. Varios paganos han hablado ya de convertirse. ¡Dios lo quiera!

[10] Perdóneme, reverendo padre, por ser tan lacónico, me falta tiempo. Estamos agobiados de trabajo. La epidemia está haciendo estragos. Estamos administrando y enterrando sin parar. Varios de nosotros se sienten cansados, Evidentemente, estamos expuestos. Pero ¿hay mejor manera de prepararse a la muerte que cumpliendo nuestro deber? ¡Dichosos aquellos a los que el Señor llame a la gloria del martirio de la caridad!

[11] Reverendísimo padre, reciba el respeto y entrega de su hijo en Jesús y María, y humilde y obediente servidor,

Xavier Montrouzier, misionero apostólico.

1289 : La necesidad de paciencia y perseverancia

20 septiembre 1853. – Benoît Forestier a Jean Claude Colin

Balade, reverendísimo padre,

[1] El Señor continúa probando nuestra misión. ¡Nuestro obispo, dos compañeros y el buen hermano Michel Anlard llamados en menos de un año! Pero hágase su voluntad, estamos preparados para otras pérdidas.

[4] Los cambios operados en Puebo y Balade se comentan por todas partes y se exageran, y así nos abren todas las tribus. Incluso aquellas en las que estamos establecidos consideran esencial unos establecimientos nuevos para que la religión tenga éxito en ellas.

Nuestros adversarios más decididos no se atreven a decir: no queremos ser cristianos; en todas las reuniones repiten: tengamos paciencia durante un tiempo, veamos lo que dicen nuestros vecinos. Si quedamos mucho tiempo limitados a nuestro pequeño número, languideceremos, el empuje infundido especialmente por el comportamiento de Puebo se detendrá y retrasaremos indefinidamente una obra cuyo éxito está hoy casi asegurado.

[5] Cuando hablo de éxito no lo entiendo como si dentro de unos años podremos descansar y disfrutar del fruto de nuestras penas; nuestros trabajos y preocupaciones aumentarán con el crecimiento del número de cristianos y tendremos que cuidarlos siempre, instruirles, corregirlos, animarlos porque de lo contrario

el fervor del bautismo se olvidaría pronto, y todo ello con más precaución que en un país cristiano y civilizado porque nuestros nativos son excesivamente débiles y susceptibles.

Conservarán durante tiempo cierta fe en sus supersticiones aunque se abstengan de ellas; tenderán a costumbres que los exponen a caer. El misionero necesitará una atención y paciencia continuas y nada fáciles. En eso destaca el padre Rougeyron y es, me parece, lo que cansa a varios misioneros que esperan encontrar en los neófitos cristianos perfectos y se escandalizan de encontrarlos llenos de debilidades y defectos a pesar de su buena voluntad.

Ésa es al menos la explicación que yo encuentro para los rumores que se difunden con gusto y que nos llegan en diversas cartas: que las misiones consumen inútilmente a la Sociedad, que la fuente de recursos está agotada, que tendremos que separarnos pronto de nuestras misiones o de la Sociedad, y otras más que no querría repetir aquí.

Reverendísimo padre, no sé lo que pasa en otras partes ni a quiénes puede haber amargado la misión, pero creo poder responder que nadie de los que estamos aquí está desalentado, que cada día estamos más encariñados con la misión, que está avanzando y que avanzará más rápidamente aún cuando nos lleguen refuerzos, y a pesar del tono semi oficial de quienes dicen que usted ya no enviará ninguno más, tengo la seguridad de que se nos engaña y de que usted no cerrará la misión, ahora que está comenzando.

[6] Reciba el afecto filial de su obediente y respetuoso hijo, Benoît Forestier, sacerdote Societatis Mariae.

1296 : “Las dificultades principales”

24 septiembre y 14 octubre 1853. – Xavier Montrouzier a su hermano Henri Montrouzier.

Tiari. Querido hermano,

[19] Una palabra sobre las principales dificultades que encontramos para llevar a nuestros salvajes a la conversión.

[20] 1º Las antiguas supersticiones. – Parece cierto que en sus costumbres no se debe hacer nada sin consultar al adivino y que en las ceremonias que él practica hay, no solamente algo diabóli-

co, sino también efectos sorprendentes. El objetivo de la mayor parte de esas prácticas es conocer el futuro, y bastantes salvajes nos han declarado que ellos no podrían aceptar una religión que antes de una batalla les prohiba ir a saber si serán o no vencedores.

Pero no es ése el punto más difícil de atacar, y todos nuestros cristianos han renunciado sinceramente a ese rito que aquí se llama *tarik*…Otro problema más difícil de abordar es el de los hechiceros y los maleficios. Un hombre no debe morir sin un por qué, y la causa es siempre la malquerencia de un enemigo que, sin decir nada, ha venido a recoger los restos de su comida, ha atado a su cuerpo un lagarto muerto y mediante esos dos medios ha decidido infaliblemente su pérdida.

Ha habido días en que han matado a una mujer, acusada de ejercer el horrible oficio de hechicera. Algunos decían que era inocente y que había que imputar a su marido; pero aquí la justicia es siempre vindicativa pero no siempre distributiva. Se suele decir: si no eres tú, es tu hermano.

[21] 2º La poligamia y ciertas costumbres sobre el matrimonio, como casarse con la mujer de su hermano cuando éste muere, o impedirle al menos que tome otro marido.

[22] 3º El miedo a morir si uno se hace cristiano, basado en que la mayor parte de los que bautizamos o administramos mueren después del bautismo o de la administración de los úntimos sacramentos. ¡Cuántas personas hay también en Europa que, como nuestros salvajes, consideran que la extremaunción es fatal para los fieles!

1297 : Nueva Caledonia, tierra francesa

26 septiembre 1853. – Pierre Rougeyron a Jean Claude Colin

Balade. Reverendísimo padre,

[1] Acaba de haber en Nueva Caledonia un gran acontecimiento. Con gran asombro nuestro, la isla ha pasado a ser posesión francesa. Desde hace dos días vemos la bandera nacional ondeando en nuestra tribu. Tenemos un gran barco a vapor, el *Phoque*, en el que se encuentra el contralmirante Auguste Febvrier-

Despointes, comandante en jefe de las divisiones navales de las costas occidentales de América y Oceanía. Dentro de unos días han de llegar otros dos grandes barcos. El almirante sale ahora para la Isla de los Pinos para enarbolar la bandera.

[2] Y henos aquí convertidos en colonia francesa; parecía que nuestra desgraciada isla caería en manos inglesas si los franceses no se hubieran dado prisa en tomarla en posesión. Nueva Caledonia, según nos asegura el almirante, ha sido elegida por el emperador para pasar a ser una colonia importante. Los gastos deben estar en relación. El almirante recibió órdenes inmediatas de Napoleón.

Su Majestad Napoleón III habló con gran benevolencia de la misión y le recomendó que se entendiera en todo y para todo con monseñor de Amata. ¿Qué hemos de hacer nosotros, puesto que monseñor ya no vive? Tenga la bondad, padre, de trazarnos la norma de conducta que hemos de seguir en nuestra nueva situación.

No hemos hecho nada ni a favor ni en contra, nos hemos mantenido fuera de la política, que no es competencia nuestra; además, el almirante no nos ha consultado sobre ese punto. Lo que nos dijo al llegar es que había orden de Napoleón III de tomar posesión de Nueva Caledonia. Y nosotros le hemos dejado hacer. Eso es todo. Nosotros nos hemos contentado con acoger bien a esos señores y darles las informaciones solicitadas para su fin.

[3] El almirante nos dice que se necesita una gran cantidad de misioneros tanto para la colonia como para los indígenas, a los que sólo nosotros podemos apaciguar. Vea, padre, lo que se puede hacer; tenga la bondad de entenderse con Su Majestad el emperador.

[4] Aparte de la colonia, nosotros necesitaremos lo antes posible diez misioneros. Hay cinco tribus que nos desean sinceramente y desde hace tiempo. Lo que acaba de pasar en Caledonia reclama la pronta presencia de misioneros en esas tribus.

[5] Reverendísimo padre, le escribí últimamente una larguísima carta sobre la misión; no me extenderé más en esta carta que le escribo a toda prisa. Estamos todos muy unidos.

[6] Entenderá, reverendísimo padre, que el estado actual de nuestra isla exige ahora una persona distinguida desde todos los puntos de vista. Delante de las grandes autoridades de nuestra nación, un sujeto mediocre se vería desplazado y perjudicaría a la misión y a la Iglesia.

[7] Yo, personalmente, no encuentro nada en mí que convenga al rango que ocupo en este momento, y, por el bien del vicariato, le ruego encarecidamente, reverendísimo padre, que me libere lo antes posible de un cargo que acabaría por aplastarme. Ahora más que nunca soy incapaz de estar al frente de la misión. No dejaré de trabajar con todas mis fuerzas en la misión como simple misionero, y de prestar todos los servicios que pueda al vicario apostólico; espero que, estando en el puesto que me conviene, trabajaré más eficazmente por la salvación del prójimo y mía.

Con esos sentimientos, tengo el honor de ser su respetuoso y servicial hijo,

Rougeyron, sacerdote marista.

1358 : La bandera francesa

22 julio 1854. – Louis Rocher a Jean Claude Colin

Sidney. Reverendísimo padre,

[10] El vapor *Prony* con estación en Nueva Caledonia acaba de llegar a Sidney. Me ha traído una carta del padre Rougeyron fechada el 29 junio. En aquella época todos nuestros hermanos estaban bien. Las misiones de Balade y de Puebo continúan dando consuelos; el centro de Tuo, donde se encuentran los padres Forestier y Vigouroux, hace rápidos progresos. Últimamente han admitido al catecumenado a más de cien personas y más de otros cien se habían presentado para escuchar la catequesis. La tribu vecina deseaba ardientemente tener misioneros. Gozosa noticia para el P. Rougeyron cuando sepa que le van a llegar nuevos hermanos.

[11] La ciudad principal de la nueva colonia, se colocará definitivamente al lado opuesto de nuestra misión, es decir, al sur, en

Numea. El puerto es magnífico, espacioso y seguro. Al examinar el terreno, cerca de la costa se ha encontrado carbón de piedra; se dice que también oro. Pero lo que alegra a nuestros hermanos es ver que el centro principal de la colonia estará a gran distancia de sus misiones. De esa manera, esperan disfrutar de las ventajas de la colonia sin resentirse de sus inconvenientes. […]

[15] Dígnese aceptar, reverendísimo padre, mis respetos. Tengo el honor de ser su humilde y obediente servidor,

Rocher, sacerdote marista.

1359 : Numea, capital de Nueva Caledonia.

22 julio 1854. – Jean Louis Rocher a François Yardin

Sidney. Reverendo padre,

[1] El catorce de este mes, por el vapor *The Queen of the South* y después de haber acusado recibo de la carta que me escribió usted el 19 noviembre 1853 y que me llegó a primeros de junio, le comunicaba que la salud de Mons. Bataillon estaba algo restablecida; que en Apia ya se habían acabado los muros de la iglesia y que se trabajaba en el tejado. La carta de Su Eminencia era del 23 abril; me la trajo el obrero que construyó la iglesia y me dijo que monseñor pensaba aprovechar la primera ocasión que se presentase para trasladarse a Wallis. […]

[4] Respecto a la ropa pedida por nuestros hermanos de Caledonia, no he recibido instrucción alguna. Le diré, eso sí, que en Sidney, la del sastre y la confeccionada, tienen un precio exorbitante, sobre todo la de sastre.

[5] Hace algunos meses pedí unos breviarios: Oí dcir que había una edición en dos volúmenes. Tenga la bondad de enviarme cuatro ejemplares. Los padres Trapenard, Favier y Bréhéret los necesitan. El cuarto ejemplar sería para su servidor, que ya se hace viejo y necesita lentes para leer el totum. Si hubiese algunas obras nuevas interesantes, que hayan aparecido, las recibiría con sumo gusto, y algunas flores artificiales bonitas para nuestra capilla.

[6] El año pasado pedí al reverendo padre Poupinel un juego de bochas; la venida de nuestros hermanos de Francia sería una buena ocasión para enviarlo.

[7] El domingo pasado recibí una carta del P. Frémont datada el 11 junio. Ese padre está actualmente en la Isla de los Pinos. El 4 de mayo dejó Balade a bordo de la fragata *Constantine*, acompañada por el vapor *Prony*, que la remolcaría en caso de necesidad. El 5 estaba en Hienghène, donde echó el ancla. El día siguiente, el edecán del comadante, con la ayuda de un intérprete va a invitar a al jefe -el famoso Bouareta- a subir a bordo.

Pero como le habían dicho que los franceses tenían cadenas, llega todo tembloroso; pero poco a poco, con todas las muestras de bienvenida que le da el comandante, se va tranquilizando. Se le explica la finalidad de la visita y se le hace saber que por las buenas o por las malas ha de ceder. El día siguiente todas las tropas bajan a la playa, se iza la bandera y se proclama la toma de posesión con disparos de los mosqueteros, veintiuna salvas del vapor y veintiún cañonazos de la corbeta.

Bouarate pide tener una bandera ondeando en su casa, se le concede pero a condición de que la defienda, que termine con los asesinatos, la antropofagia, etc., etc. Promete todo, hasta recibir a los misioneros. Y como prueba manda retirar las cabezas de los muertos que tiene delante de su casa como trofeos de su crueldad.

El 10 se levan anclas para ir hacia Kanala. El vapor *Prony* es enviado a Tuo para visitar la misión; allí todo iba bien; los padres Vigouroux y Forestier estaban bien de salud. El 16 el *Prony* se une a la fragata en Kanala, donde se repiten los mismos saludos que en Hienghène. El puerto de Kanala es un puerto magnífico. Se hizo la hidrografía y a una de las bahías se la dio el nombre de Amata. El 23 de mayo el padre Frémont sube a bordo del *Prony* que ha de llevarle a la isla de los Pinos, mientras que la *Constantine* se dirige a Puerto San Vincete.

[8] El vapor *Prony* acaba de llegar a Sidney para buscar allí provisiones. No crreo tener cartas de nuestros hermanos porque viene, dicen, de Puerto San Vincente.

[9] Adiós, reverendo padre, salude por favor al P. Poupinel. Tengo el honor de ser su humilde y obediente servidor,

Rocher, sacerdote marista.

[10] El hermano del P. Montrouzier no está a bordo del *Prony*.

El 12 de enero de 1854 el padre Colin anuncia su dimisión y pide la reunión del Capítulo General para elegir a su sucesor.

En mayo de 1854, el Capítulo General elige como Superior General al P. Julien Favre, que a partir de 1855 envía nuevos misioneros a Oceanía.

El 22 de abril de 1855, cuatro misioneros salen de Burdeos para Nueva Caledonia.

El 23 de junio de 1854, el P. Colin había escrito a sus misioneros de Oceanía para manifestarles su afecto y aprecio.

Conclusión

642 : Reflexiones del P. Mathieu

Este documento expresa claramente el pensamiento marista: el autor evoca primero unas consideraciones generales, válidas para toda Oceanía, y después ilustra su propósito con el ejemplo particular de Wallis.

16 julio 1847. – Charles Eugène Mathieu a Denis Maîtrepierre

Ouvea. Reverendo padre,

[1] Me ha dado una gran alegría al enviarme noticias de nuestra Sociedad y del progreso que hace en Francia. Estamos separados y a gran distancia, pero sus trabajos nos interesan, como a ustedes les interesan los nuestros, y sentimos gran alegría cuando nos enteramos de las gracias que derrama la Virgen en todos los lugares y la fecundidad que quiere dar a su pequeña familia, de la que somos miembros.

[2] Usted ha tenido la bondad de rezar un rosario por mí. Se lo agradezco en el alma; después de recibir su carta, yo rezo de vez en cuando el mío a su intención. Aquí experimento, y más de lo que podría decir, el efecto de las oraciones que se hacen en Francia por nosotros y por nuestras misiones. ¿Qué sería yo con todas mis miserias y las imponentes funciones que he de cumplir si no se rezara por mí?. ¿Qué serían igualmente nuestra misiones, que sólo Dios puede mantener y hacer que crezcan?. Las almas que rezan hacen más por la salvación de estos pobres pueblos que lo que jamás podríamos hacer nosotros mismos.

[3] Al comenzar esta carta, tengo la intención de explicarme lo más detalladamente posible hablando de nuesros pobres oceanianos. ¿Tendré tiempo para ello? No lo sé, pero a fuerza de volver al tema después de haberlo interrumpido, puede ser que consiga escribir algo en el papel. Querría pintarle las costumbres y el carácter de los oceanianos y transmitirle una idea exacta. Algo bien difícil.

Después del tiempo que llevo estudiándolos no puedo jactarme de conocerlos bien. No sé si monseñor, que lleva aquí con ellos largo tiempo, podría analizar con claridad su carácter y si no se equivocaría también alguna vez. Lo cierto es que hay que desconfiar de los relatos escritos por quienes llegan o pasan por aquí sin haber tenido una larga estancia en estas islas.

[4] El navegante que ve llegar en sus piraguas a esos nativos casi desnudos, piensa que son salvajes, pobres, necesitados de todo. Si tiene con ellos buena relación, los cree buenos; si los trata con arrogancia y desprecio y experimenta algún disgusto, los cree malos y pérfidos; si les da alguna cosa y no se lo agradecen, los juzga ingratos. Todo eso no significa nada.

Los polinesios, al menos los de nuestro lado, no son salvajes. Las relaciones entre ellos están reglamentadas de manera muy correcta. Hay autoridad y dependencia, espíritu de familia, atenciones mutuas. Todos tienen su rango y relaciones bien determinadas, sea con sus superiores, sea con sus subordinados. Se tratan con más respeto que lo que se suele hacer en Francia. Tienen sus costumbres, su ceremonial es perfectamente observado. Y quien no lo siga, a menos que sea un extranjero, es considerado mal educado.

[5] Para tener una idea de cómo se gobiernan, hay que representarse esos pueblos como una única familia, cuyo padre sería el rey, los tíos los ministros, los jefes principales los hijos primogénitos, ¿Está enfadado el padre? Castiga a sus hijos como mejor le parece o los trata con indulgencia según sea su carácter. Los tíos, para representarle y arreglar con él los asuntos. Los primogénitos obran un poco a su antojo, de acuerdo con la mayor o menor severidad del padre, pero contando siempre con su afecto paterno.

En una familia, si hay enfados se perdonan fácilmente. Aunque se tengan bienes aparte, se prestan, hasta se cogen cosas de poco valor de uno o de otro. Y se hace abiertamente, sin desavenencias. Unos comen en la mesa de otros sin ser invitados, En una familia todo se hace *ex oequo et bono.*

Como casi todo es común, no se siguen las reglas estrictas de la justicia. No hay tribunal en regla,ni código penal, sino que cada cual ha de comportarse amigablemente lo mejor que pueda. Si se enfrentasen dos partes, se condenaría a las dos y se les diría que se reconcilien sin juzgar quién tiene razón y quién está equivocada. Si un miembro de la familia es completamente malvado, los otros tendrán que soportarlo. El padre le hará sus reprimendas, pero si no las escuchase, llorará en secreto. ¿Puede un padre matar a sus hijos o meterlos en prisión?

Ése es, reverendo padre, el gobierno de Wallis. En el fondo, sería mucho mejor si el rey fuera lo que debe ser: inteligente, recto, decidido, haciendo pasar el bien público por encima de los afectos personales y siendo riguroso, en caso de necesidad, con sus propios hijos. Pero no es así. El rey de Wallis, Vaimua Lavelua, es un buen hombre y eso es todo; de corazón sensible, afectuoso; paciente pero de ideas cortas; de cortos alcances, temeroso. A sus hijos les deja hacer, sin atreverse a emplear ninguna medida de rigor o por cariño o por temor; se contenta con lamentarse con un lenguaje patético, ante ellos o ante otros, tragándose su pena en silencio y sumergiéndola en algunos tragos de *kava*.

Quizás fuera deseable tener un rey algo menos bueno. Pero el Señor nos lo ha dado; no hay medio para cambiarlo a no ser que lo cambie él mismo. Como sus predecesores, este rey era muy temido en el tiempo del paganismo porque entonces era considerado como un ser sobrehumano. Ahora que la religión ha hecho desaparecer el prestigio que rodeaba a la realeza, no sabe qué hacer, y mucho más porque, de todos los habitantes de la isla, él es quizás el menos abierto a las ideas nuevas. La debilidad de su carácter fue una circunstancia favorable para que se estableciese la religión. Cuando era perseguidor, llevaba la peor parte. En los comienzos, su afecto y el temor que infundía su condición, salvaron varias veces la vida de monseñor. Ahora que es cristiano, lo que le favorecía ha pasado a perjudicarle.

[6] Estos pequeños detalles podrán servirle, padre, para comprender la situación actual de la misión de Wallis, la dificultad que tendrá para mantenerse, dificultades muy grandes, a mi parecer, si el Señor no echa una mano con una providencia muy especial. Desde hace más de dos años, hay dos jefes en guerra. Los dos son de la familia del rey. El rey los desaprueba; condena al culpable pero sin disculpar del todo al otro que, efectivamente, no queda exento de reproches, pero carece de voluntad y de poder para

poner los medios necesarios para reprimirlos. Deja que las aguas vayan corriendo sin mirar más allá. ¿Podrán esos dos jefes terminar su querella sin una acción decisiva? Resulta difícil creerlo; no es posible que esa gente se pelee seriamente, en una guerra entre parientes, habiendo suprimido la religión las costumbres bárbaras que tenían antes en la guerra.

Ahora bien, esa es una situación muy peligrosa para la misión.Ese fuerte protestante es el refugio de los descontentos y de los que tienen ganas de abandonarse al libertinaje, de los que habiendo cometido alguna falta van allí a ocultar su vergüenza. Considerando el carácter de ese pueblo, tan ligero, tan inconstante, tan imprevisible, tan loco cuando se halla dominado por una pasión, ésa es un auténtica presa de Satanás en la isla, y hay razones para temer por el futuro. Si al menos supieran dejar la religión al margen de la política; pero no es así. La diferencia de religión es el único signo de hostilidad para ellos; saben que no es posible estar mucho tiempo enfadados entre hermanos.

[8] Como ve, en este momento el gobierno de Wallis está como adormecido y cada cual hace casi lo que quiere. Si un hombre comete una injusticia con su prójimo, éste tiene que tomarse la justicia por su cuenta o armarse de paciencia y aguante, y normalmente es esto último lo que hace.

Felizmente, las injusticias propiamente dichas son raras; lo cual demuestra la bondad de este pueblo, a quien ahora sólo contiene el temor divino y que, por lo tanto, aún mantiene el orden mucho más que los que están sometidos a leyes humanas muy rígidas, pero que no tienen religión. Si el Señor se apiada de este pueblo, creo que introducirá después un gobierno cristiano a su estilo, en el que él gobernará, porque pienso que esa labor no es de nuestra competencia, o que al menos habrá que esperar que las circunstancias permitan intentar un proyecto de ese orden, quizás cuando llegue una nueva generación.

[9] Las leyes rígidas a las que están sometidas las sociedades europeas, no son del agrado de estas gentes, ni adecuadas a su situación. Lo que no pueden concebir es sobre todo que se establezcan leyes penales; para ellos ser atado, encerrado, golpeado por un hombre de condición inferior significa una deshonra a la que no creen que puedan someterse. Supone un vuelco total de todas sus ideas. Si es necesario, se dejará golpear por un superior, pero ja-

más se atreverá un hombre a levantar la mano a quien es más noble que él, aunque se lo haya ordenado el rey.

Si lo hiciera impunemente, adquiriría ipso facto una nobleza mayor que el otro, y éste quedaría completamente degradado, él y toda su familia. Además los lazos familiares son tan grandes que cuando um miembro es atacado, todos los otros deben levantarse para defenderlo. No se escucha a la razón sino al afecto. Así que si diera orden de arrestar a alguien y uno de los emisarios le echase mano, eso sería la inmediata declaración de guerra.

Además el rey tendría tantos enemigos personales que haría castigar a los culpables, y como va sin defensa, eso no sería muy tranquilizador para él. Imposible, pues, establecer aquí leyes sancionadoras; toda la población tendría que comprender su necesidad y, una vez comprendida, la tendría que ejecutar a la fuerza.

Aquí es inútil pensar en ello. En algunas islas protestantes, mediante jefes extremadamente temidos y en total acuerdo con todas sus ideas, quisieron establecer alguna cosa de ese género, pero sólo consiguieron poner al pueblo en un violento estado de coacción que habría acabado muy mal y sin lograr disminuir el número de delitos.

Creo que en el mundo no hay pueblos más libres que estos, aunque tengan respeto, veneración y verdadera sumisión a sus jefes. Necesitan tener alguien que les mande y a quien teman, pero lo difícil para ellos es estar sometidos a una regla de conducta que les sea impuesta y de la que no se puedan apartar.

Si el amo está ausente, por lo menos tiene que haber algo para recordárselo. No pondrían resistencia a una orden particular, pero si hubiera que hacerles salir de sus costumbres ordinarias en lo que no sea incumbencia de la religión, ya sea para el trabajo, o para el alimento, o el empleo normal de sus tiempo, no sé si se acataría o aceptaría durante algún tiempo, pero la rutina volvería pronto a retomar sus derechos. Por otra parte, eso es lo común en la mayoría de los pueblos.

[10] ¿No se tienen también dificultades en Francia para hacer que cambien las costumbres de la gente del campo, ya sea en el trabajo, ya en el modo de vida? De ahí, reverendo padre, la dificultad para introducir lo que algunos llaman civilización, es decir, los modos de estar en casa, de vestir, de alimentarse… más confortables, o, si lo prefiere así, más higiénicos.

De ahí la dificultad de introducir los oficios o la industria. Si se les pregunta por qué, después de tanto tiempo viendo barcos euro-

peos, no se construyen ellos embarcaciones semejantes, dicen que no saben y no manifiestan grandes deseos de aprender.

Si alguno tuviera ese deseo, si tuviera el afán y los medios para aprender un arte, ¿qué ventajas le aportaría? Como entre ellos no se comercia, estaría obligado a trabajar únicamente para la gloria, y la gloria no llena el vientre ni alimenta a la familia.

Se vería constantemente importunado por las peticiones de los jefes, a los que no podría negar sus servicios, y de los que no recibiría recompensa puesto que no pueden corresponder. Si, a pesar de todo, las artes son un bien para este pueblo, hay que esperar que el tiempo se lo haga ver como necesario o que Dios suscite un rey con talento para esas cosas y que se preocupe de alimentarlo.

[11] Mientras tanto, las artes y los oficios no podrán ser introducidos aquí más que a través de las comunidades religiosas, para las que sería fácil establecerse si hubiera gente, y creo que aquí se reclutarían bien. Divididos en compañías de agricultores y artesanos, que se ayudarían mutuamente, ofrecerían el modelo de una pequeña sociedad cristiana bien organizada y enseñarían al pueblo con el ejemplo lo que es difícil que aprendan con explicaciones.

En mis pensamientos, a veces me imagino que estos pueblos necesitarían ser instruidos y conducidos a la religión del mismo modo que antaño los bárbaros del norte de Europa por medio de las diversas colonias y monasterios de Inglaterra y Francia.

Me parece incluso que así sería como habría que comenzar una nueva misión, antes de pensar en convertir a las masas. Pero para ello se requeriría que la Sociedad hiciera de golpe un gran envío de individuos para formar una verdadera comunidad, y que los escogiera con capacidad para crear el espíritu religioso en los nativos que fueran a juntarse a su pequeño grupo. Pero a mí no me corresponde juzgar estas cosas.

[12] Yo decía hace un nomento “si las artes son aquí un bien para este pueblo”. Eso es en realidad lo que se figuran en Francia, donde se imaginan a estos pueblos de por acá como pobres, desprovistos de todo y en extrema necesidad por no tener ni oficios ni industria que se lo procure.

Mas si se consideran las cosas desde un punto de vista más real, ¿qué necesidades tienen estos pueblos sino la de la fe y el saver?. Aquí no se conoce la pobreza pues todos están casi igual en lo temporal. Cada uno puede cultivar su tierra donde quiera y como quiera; es mucho más espaciosa de lo que se necesita para sa-

tisfacer las necesidades de todos. Aunque las tierras estén repartidas por familias, se puede plantar en las tierras del prójimo; basta con prevenirle antes o después, porque jamás se le dirá que no.

Si alguien es perezoso o está enfermo, ¿tendrá algo que comer? ¡Pues va a comer con su vecino o pariente!. Para el alojamiento la cosa es sencilla, a nadie le falta; todas las casas están abiertas y cualquiera puede ir a alojarse donde le parezca y sin pagar posada.

Las mujeres se cuidan de lo concerniente al vestido; todos los días trabajan en ello cultivando el *tutu*, batiéndolo y uniéndolo en forma de tela, tejiendo esteras para tapizar la casa o para que la familia se arrope. Esa clase de vestidos es absolutamente suficiente en estos climas cálidos; y el modo de llevarlo no es indecente.

[13] Cuando después de algunos días, uno está acostumbrado a ver a la gente, los encuentra mucho mejor vestidos al estilo del país que con la ropa europea que se les da. ¿Así pues, qué necesitan? Se dice que hay que acostumbrarles a trabajar. Pero ¿por qué imaginar que son holgazanes? Trabajan según lo necesitan. No se esfuerzan mucho, es cierto, pero todos los días hacen algo, o construyendo casas, o haciendo piraguas, o cultivando los campos, o confeccionando vestidos.

Si a veces se tumban en vez de trabajar, también hay que tener muy en cuenta el fuerte calor del clima, el alimento poco sustancial que toman como manutención y las frecuentes indisposiciones que les afectan. Creo que la mayor parte de los europeos no harían mucho más que ellos si no tuvieran más alimentación que ellos para mantenerse y si vivieran bajo un sol tan ardiente. Además, tienen suficiente con lo que se procuran ellos mismos y no envidian el fruto del trabajo de los otros.

¿No vale más, reverendo padre, que estas gentes sean tal cual son y no como los pobres obreros de Europa que trabajan de la mañana a la noche y no tienen ni un momento para pensar en su salvación? El trabajo es bueno, pero ha de ser moderado. En Wallis, el trabajo acaba después de la comida y el baño. Es decir, hacia las cuatro de la tarde. El resto del día se puede emplear para visitar el Smo. Sacramento, leer el catecismo, charlar con los amigos, distraerse. Así el alma puede ejercitarse y aprovechar el día tanto como el cuerpo.

[14] La pobreza es, pues, desconocida; la única pobreza que aquí se lamenta es la falta de hijos, de familia, de amigos. El hombre que ha perdido un amigo, un bienhechor, un hijo, alguien

cuya compañía le era querida, dice: ahora soy pobre. Es la única pobreza de la que se queja. A menudo la gente viene a traernos su ofrenda de *kava* y a pedirnos que tengamos piedad de su pobreza.

No les preguntamos de qué pobreza se trata. Sabemos que desean tener hijos y vienen a pedirnos que recemos para que Dios se los conceda. Esa es la riqueza que desean. La palabra *necesidad* no existe en su lengua, prueba de que la providencia ha provisto a estos pueblos de todo lo que necesitan en su pequeña tierra.

[15] Entre los objetos de comercio, sólo encuentro una cosa que les es de gran utilidad: las herramientas de hierro, como el hacha y los cuchillos. Ahora, acostumbrados ya a utilizarlos desde hace algunos años, creo que los echarían muy en falta si no los tuvieran. Pero si les faltaran, creo que continuarían saliendo adelante, porque lo hacían antes y son muy ingeniosos para sacar partido de lo que la providencia ha puesto en sus manos.

[16] Dios nos guarde, pues, de introducir el comercio en estas islas. Si somos verdaderamente misioneros, preferiremos mucho más vivir al estilo del país que comprar a un precio parecido una existencia más cómoda y más conforme a las anteriores costumbres. ¿Por qué despojar a estos pueblos de esa preciosa sencillez, tan favorable al desarrollo de la fe? ¿ Por qué darles miserias creándoles nececesidades?

¿Por qué hundirlos en el lodo de la codicia y de los deseos terrenales en que se encuentra hundida Europa? Yo le decía al comandante Marceau que veía la fundación de la "Sociedad francesa de Oceanía" como un mal, pero como un mal que impide otro mayor, descartando a otros negociantes malintencionados o más codiciosos. Sería de desear que esa sociedad comprendiera eso y no tuviera otro objetivo en estas islas, aún no infectadas.

[17] Se ha acusado a estas gentes de ingratitud. No pretendo excusarlas del todo, pero hay algo bastante singular en su conducta y cuya explicación podrá interesarle. La palabra ingratitud no existe en su lengua, sino la palabra generosidad y no-generosidad.

La generosidad consiste en dar parte de lo que se tiene al prójimo y utilizarlo en común con ellos; es un deber y un deber en uso, que no parece necesitar la obligación de pago alguno o agradecimiento por parte de quien lo recibe.

Si usted encuentra a alguien en el camino que lleva víveres cocidos, pescados o cocos, él debe depositar en tierra su cesta y

ofrecerle de lo que tiene, y usted no tiene más que servirse lo que quiera y desearle buen viaje.

Si entra en una casa en la que se bebe el *kava* o se come, usted participa de la distribución como los demás; y si no acepta, ofendería a la familia. Y no tiene que expresar ningún agradecimiento. Y lo mismo tendrá que hacer usted con los otros.

Aceptar lo que se le ofrece es un modo de honrarle, es comportarse como amigo. Sólo hay un momento en el que siempre hay que dar gracias: cuando se ofrece el *kava*. Ni el rey puede dejar de hacerlo; él siempre expresa su agradecimiento al que le presenta el *kava*, aunque sea una pequeñísima raíz.

[18] Comprenderá, reverendo padre, cuán extrañas han debido ser las costumbres europeas para estas gentes, que aún no conocían el principio del *do ut des*. Y cuánto han tenido que razonar y reflexionar para comprender que comamos solos y no les demos parte de todo lo que tenemos.

Sin embargo para ellos nosotros no carecíamos de generosidad. No sé si los ancianos comprenden algo de nuestras maneras de actuar. El respeto que nos tienen lo suple; nos contemplan como una tribu aparte, a la que se debe respeto y obediencia, y por eso soportan que actuemos de manera diferente a los demás. Los regalos que la Propagación de la Fe nos ha enviado para dárselos en algunas ocasiones, han servido también para persuadirles de que no éramos personas sin generosidad con ellos.

A veces en Francia piensan que deberían estarnos muy agradecidos por los sacrificios que hemos hecho al venir a instruirles, pero ¿y ellos qué saben? ¿cómo pueden valorarlos?. Cuando se convierten al cristianismo y comprenden algo de la religión, también para ellos es una dicha y un honor ir a anunciar el evangelio a otras islas.

[19] El velero *Arche de l'Alliance* vino a ofrecerles considerables ventajas comerciales; ellos las aceptaron, pero ¿estarán muy agradecidos? No lo sé; es posible que se digan a sí mismos que ese navío les engaña menos que los otros. Eso es todo. Porque no comprenden abolutamente nada del comercio y no saben apreciar el valor relativo de las mercancías. Un buen número de gente hasta se imagina que los navíos vienen a buscar aceite para alimentar su lámpara durante el viaje. Se extrañan de que necesiten tanto.

[20] No le sorprendan pues, reverendo padre, los diferentes juicios que pueda oír sobre estos pueblos, sobre todo si son de recién llegados. Cada cual los juzga según la impresión que recibe al llegar. Es al cabo del tiempo y a fuerza de identificarse con ellos como se llega a conocerlos un poco.

Un misionero se granjeará su afecto con su comportamiento amistoso, serio, condescendiente, respetando y amando lo que hay de inocente en sus costumbres e dentificándose incluso con ellas en la medida que se lo permita su condición, no condenando precipitadamente lo que hacen sin haber juzgado y examinado con madurez hasta qué punto son condenables.

En una palabra, al llegar aquí hay que despojarse de las ideas propias y salir de ese ambiente de civilización europea en el que creció y se educó, para tratar de identificarse con estos pueblos. Es el único medio de sacar fruto entre ellos y de hacerles olvidar que somos extranjeros, algo que ven como un defecto capital. A la larga se acabará por convencerles de que se los quiere, y así se hace uno amar.

Estoy charlando mucho con usted, reverendo padre. Y escribo todo lo que me viene al pensamiento sin tomarme la pena de analizarlo debidamente; perdóneme. Aproveche lo que pueda servirle para preparar a los futuros misioneros que le sean confiados. No es necesario que hagan por anticipado demasiados planes o proyectos por miedo a verse obligados a rebajarlos, si no que se provean de una gran dosis de caridad y de paciencia.

Me parece que los que vengan para consolidar y mantener en la fe a los pueblos ya cristianos tendrán una tarea mucho más difícil, importante y meritoria que los que les hacen pasar del paganismo o la herejía a la religión Si para comenzar bastan unos hombres normales, para consolidar se necesitan santos.

[21] Quiera Dios enviarnos aquí unos hombres suficientemente operativos en obras para hacer germinar un clero indígena y para inspirar el verdadero espíritu sacerdotal de nuestro Señor; sólo entonces se podrá decir que Oceanía está convertida a la fe.

[23] Padre, tenga la bondad de no dar a esta carta más importancia de la que tiene, porque la he escrito muy precipitadamente. He querido hablar con usted y he sido demasiado prolijo. Hay que esperar a que haya más misioneros que hayan envejecido en estas islas y que hayan tenido tiempo de poner en orden sus observaciones para disponer de informes precisos y exactos.

Anime, le suplico, a los novicios que se preparan para unirse a nosotros. Que no teman los peligros ni los trabajos, porque los más débiles y expuestos, son los más abundantemente socorridos. Que se armen de paciencia y de obediencia y que se persuadan fuertemente de que al llegar aquí será necesario reformar mucho de sus primera ideas y situarse en los antípodas de Europa.

[24] Presente mis respetos y amistad a todos esos buenos padres que han de venir aquí; que no tardemos en verlos y abrazarlos. Quiera Dios que ninguno de ellos se desanime en las pruebas de una travesía tan larga, una especie de segundo noviciado muy distinto del primero, pero no menos útil. Quiera Dios que lleguen todos a buen puerto para reanimarnos con su fervor. Cuanto más estemos en el mundo, más almas santificadas y salvadas habrá. Rece por mí, reverendo padre.

[25] El saludo más cordial y respetuoso en el Señor de
Mathieu misionero.

ANEXO

Una congregación nueva, la Sociedad de María[12]

La idea de una sociedad religiosa bajo el patronazgo de la Virgen María, dedicada a la predicación en el campo, es de Jean Claude Courveille (en 1814-1816) cuando estudiaba en el seminario mayor de Lyon. Las congregaciones marianas salen al aire en los inicios del siglo XIX; después de una revolución vivida por la Iglesia como catástrofe, apocalipsis, final de un mundo si no fin del mundo, aparecen una mística y escatología marianas. Van a nacer unas "sociedades para los tiempos finales" Tendrán el empeño de recuperar el terreno perdido por la Iglesia, llevar de nuevo a la fe con la perspectiva de la salvación a aquellos que se habían apartado de ella. Con Pierre de Clorivière, un antiguo jesuita, apareció una mística mariana; en 1790 fundó en Saint Malo una sociedad apostólica, dividida en dos ramas, la del Corazón de Jesús para los sacerdotes y la del Inmaculado Corazón de María para las mujeres. Las dos hacen voto de religión pero mantienen sus actividades anteriores. Igualmente, Bernard Dariès (✞ 1800), un clérigo refugiado en España, quiere fundar una Sociedad de María que reagruparía contemplativos, enseñantes y predicadores; si bien no consigue sus objetivos, su perspectiva escatológica mariana encuentra en diversos lugares de Francia un amplio eco; inspirará al Padre Chaminade, fundador de una Sociedad de María (llamada también Sociedad de María de Burdeos o de los Marianistas), y a los Hijos de María Inmaculada de Baudoin en la Vendée.

El proyecto de Courveille, presentado en 1814-1816 a sus condiscípulos Champagnat, Déclas, Terraillon, Jean Claude Colin, forma parte de ese movimiento espiritual antes mencionado. El 23 de julio 1816 doce aspirantes maristas van a Fourvière y se ponen bajo la protección de María para realizar su proyecto, primer acto oficial, aunque privado, de la Sociedad de María.

---

[12] Roos Jouran Lionel, em *Mémoires d'avenir*, Externat Saint Joseph, Ollioules 2006

La situación de la Iglesia de Lyon supone un gran obstáculo para los futuros maristas. La archidiócesis de Lyon carece de arzobispo desde la marcha del cardenal Fesch a Roma, y son los vicarios generales quienes la administran, siendo en realidad la más importante de Francia pues corresponde a los departamentos del Rhône, la Loire y el Ain. El vicario general encargado de las congregaciones, Sr. Bochard, no es favorable a nuevas fundaciones de sociedades religiosas, y quiere fundar una congregación diocesana para las misiones (*apud fideles*) y la enseñanza. El Consejo Arzobispal, con idéntico espíritu, privilegia la política de espera o preconiza la asimilación de los aspirantes maristas por una congregación ya existente. En ese desfavorable contexto, cada marista trata de realizar una parte del proyecto. Marcelino Champagnat, vicario en la Valla (Loire) quiere agrupar a hermanos dedicados a catequizar y enseñar a los niños de los campos. El 2 de enero de 1817, dos jóvenes campesinos acuden para asociarse a su proyecto. Él mismo les enseña para que ellos puedan a su vez enseñar el catecismo a los niños en los caseríos vecinos. En 1818 nace la primera escuela. La expansión es rápida. Champagnat, liberado de su cargo de vicario, se dedica por completo a sus hermanos, crea un noviciado, los postulantes afluyen. En 1830 Los Hermanitos de María, fundados por el vicario de la Valla (Loira) son ya cien, dirigen 17 escuelas que escolarizan 2000 alumnos.

Juan Claudio Courveille, vicario en Rive De Gier (Loire) en 1817, invita a las maestras reunidas por su párroco a hacerse religiosas maristas. Algunas aceptan. Se forma un grupo bajo su autoridad y otro en Saint Clair (Isère). Las dos comunidades se fusionan y después, 1827, se instalan en la antigua abadía de Saint Antoine (Isère). Courveille trata de fundar sin éxito una comunidad de hermanos, mantiene contacto con el P. Colin y con el P. Champagnat a quien se une en 1824, cuando éste organiza un noviciado en el Hermitage ayuntamiento de Saint Martin-en-Coailleux (Loire). Courveille intenta ser elegido superior de los hermanos, trata de aparecer como su fundador; sus fracasos y sobretodo un problema moral acaban por desacreditarlo. En 1826 sale del Hermitage. Las religiosas de Saint Antoine, fundadas por él, no conseguirán en 1844 unirse a las hermanas maristas fundadas por Jeanne Marie Chavoin y el P. Colin.

Juan Claudio Colin, vicario de su hermano en Cerdon (Ain) desde 1816 hasta 1823, hace que su hermano se interese por el proyecto y comienza la redacción de unas constituciones, basadas en el modelo de las grandes órdenes antiguas, que tenían varias

ramas. En 1817 Pierre Colin hace ir a Cerdon (Ain) a Jeanne Marie Chavoin para comenzar la rama femenina de la Sociedad de María. Se aloja en la casa rectoral y comparte las preocupaciones de los hermanos Colin referentes al proyecto marista. En 1824, Jeanne Marie Chavoin y sus compañeras emiten sus votos y la fundadora es elegida superiora general.

Las primeras gestiones realizadas en Lyon dejan pocas esperanzas; los aspirantes maristas miran hacia Roma; uno de los últimos aspirantes, Guilibert, que durante un año fue secretario en Roma del cardenal Fesch, escribe al Santo Padre una carta, que queda sin respuesta. Una segunda misiva de los hermanos Colin y de Courveille tiene la misma suerte. Por fin, el tercer correo de 1822 es recibido en Roma y llega una respuesta en la que se invita a los solicitantes a consultar al Nuncio de Francia en Paris, cosa que hace Juan Claudio Colin en dos ocasiones sin gran resultado (otoño 1822, primavera 1823)

En 1822, la reorganización de las circunscripciones eclesiásticas, separando el departamento del Ain de la archidiócesis de Lyon, origina la creación de la diócesis de Belley (Ain) y en 1823 se instala en su nuevo obispado monseñor Devie. En 1824, se asigna un administrador apostólico, Mons. de Pins, a la diócesis de Lyon, que carece de titular desde la marcha del cardenal Fesch. Los nuevos responsables de las diócesis de Lyon (Rhône) y Belley (Ain) alientan las actividades de los hermanos y las hermanas, pero a los padres no les permiten reunirse y les prohiben dejar sus diócesis respectivas. En 1825, llamados por Mons. Devie a Belley, los futuros maristas, que se alojan en el seminario menor, se dedicarán a las misiones en los montes del Bugey. Pierre Colin es nombrado director espiritual del seminario en 1827 y después Juan Claudio Colin superior, en sucesión del P. Pichat (1829). Un hombre que ha ejercido el ministero parroquial está habituado a las misiones en los campos, pero no a las tareas de enseñanza:

> "Cuando Mons. Devie, antes de la aprobación de la Sociedad, me nombró superior del seminario menor de Belley, pasé un martirio; fui once veces a suplicarle que no me pidiera ese sacrificio, pero el día de Pascua de 1829 Mons. Devie me dijo: "Le prohibo que vuelva y le ordeno que tome posesión esta tarde".

El nuevo superior se toma en serio su misión: el mismo año de su nombramiento escribe "Avisos a los señores profesores, prefectos, directores y superiores del seminario menor de Belley", donde presenta los puntos de regencia de la educación.

En la introducción del documento escribe: "¡Educar a un hombre, formarle, qué tarea tan sublime!. Educarlo cristianamente, qué obra tan celestial. Dejemos que nos penetre hondo, señores, la importancia de las funciones que hemos de cumplir y de la excelencia de esta preciosa obra".

El P. Colin hará de la tarea educativa una de sus prioridades apostólicas. En 1836, el Breve aprobatorio de la Sociedad hace mención de ello:

> "No poco nos alegramos cuando supimos que nuestro querido hijo Claudio Colin y algunos sacerdotes de la diócesis de Belley, en Francia, ya hace muchos años, pusieron los fundamentos de una nueva Sociedad de María. Dicha Sociedad tiene como fin principal la gloria de Dios y el honor de su Sma. Madre y que se propague la Iglesia Romana, tanto por la formación cristiana de los niños, como por la misiones hasta los confines de la tierra"

Excepto durante dos años, de 1829 a 1845 el seminario menor de Belley estuvo bajo la dirección de los maristas y permitió al fundador reagrupar allí a los aspirantes maristas. Fue en Belley y por Belley, en ese colegio seminario, donde los primeros padres maristas adquirieron una experiencia pedagógica.

Tras la marcha de Juan Claudio Courveille, es Juan Claudio Colin quien aparece como único organizador de la Sociedad, el lazo de unión entre los dos grupos de sacerdotes de las diócesis de Belley y Lyon. Los sacerdotes viven en comunidad en Belley (Ain) y en el Hermitage (Loire), pero los señores obispos continúan negándose a reconocer el carácter supradiocesano de la Sociedad. En 1830, J. C. Colin es elegido por sus hermanos superior central de la congregación; los sacerdotes, y también los hermanos (puesto que su fundador es el P. Champagnat) y las hermanas están sometidos a su autoridad, aunque en realidad los hermanos y las hermanas tienen un superior y una superiora que ejercen diariamente la dirección de sus comunidades. Cuando las actividades y las casas aumentan, la autorización pontificia se hace esperar; en 1833 J. C. Colin obtiene permiso de su obispo para ir a Roma. El proyecto que presenta a la curia, el de una orden religiosa con cuatro ramas -sacerdotes, hermanos, hermanas y tercera orden- parece demasiado ambicioso y al final tiene que decidir pedir sólo la aprobación de los sacerdotes. Sin embargo el asunto queda en suspenso y en 1835 todavía está sin resolver.

En esos momentos, la Sagrada Congrregación de la Propaganda se interesa en Roma por las misiones de Oceanía y contempla la

creación de un vicariato en la Oceanía occidental. Llama a un antiguo prefecto apostólico, monseñor Pastre, que se halla en Lyon retirado, el cual no acepta aunque propone buscar un remplazante. Finalmente es el P. Pompallier, capellán de un internado, quien es elegido. Como forma parte de los aspirantes maristas, lo remite al P. Colin, que acepta. Desde entonces, las misiones extranjeras serán el tercer eje del apostolado marista, tras las misiones ad intra y la enseñanza. A la Sociedad, que aún no existe, se le confía Oceanía occidental el día 10 de enero de 1836. Entonces, el expediente de la Sociedad es reconsiderado por la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares, algunos de cuyos miembros ocupan también escaño en la Sagrada Congregación de la Propaganda. El 29 de abril de 1836, Gregorio XVI graba su firma en el Breve de aprobación *Omnium Gentium.*

La aprobación pontificia es sólo para los sacerdotes de la Sociedad de María, cuyo superior general es el P. Colin. Pero éste no abandona el proyecto de una congregación con varias ramas. En 1842, las constituciones que presenta a Roma hacen mención de ello, pero son rechazadas. De vuelta, el fundador piensa en una autonomía de las diferentes ramas. El año 1845, reunidos en capítulo, los padres de la congregación se niegan a aceptar el superiorato de las hermanas maristas y deciden que el superior general de los padres ya no sea el superior de los hermanos. Y de hecho cuando el P. Colin dimite del puesto de superior general de la Sociedad de María de varias ramas, deja asentadas tres congregaciones: la de los Padres Maristas, la de los Hermanitos de María y la de las Hermanas Maristas. Sin embargo la congregación de los Padres Maristas conserva en su seno hermanos coadjutores.

Index biográfico

Este Index contiene unas breves notas biográficas sobre los misioneros maristas y algunos otros personajes. Los padres van en orden alfabético de apellidos; los hermanos figuran con Hº delante del nombre que adoptaron al hacer la profesión religiosa. Téngase en cuenta que algunos hermanos aparecen con su nombre patronímico.

Hº Aimé MALLET: 1811 en Lyon, Rhône – 1987 en Uvea islas Loyalty

Marista en 1847 con 36 años, llega a Anatom, pasa a la isla de los Pinos y se ocupa de la procura de la misión de Numea; después trabajó en diferentes estaciones de Nueva Caledonia.

Hº Amon (Claude) DUPERRON: 1811 en Chauffailles Saône-et-Loire – 1840 en Bahía de las Islas, Nueva Zelanda,

Sale en la 4ª expedición. Castigado en el viaje por faltar al reglamento, rompe con los maristas a pesar de la intervención de Mons Pompallier para guardarle. Trabaja de cocinero en un hotel de Kororareka; un día se va de caza y se hiere accidentalmente con su fusil. Muere de sus heridas en diciembre 1840.

ANLIARD Jean Baptiste: 1814 en Allagnat, Puy-de-Dôme – 1852 en el mar.

Misionero en Nueva Caledonia y después en Anatom (1848-1849); enviado a Tikopia, desaparece en el mar durante el viaje en el naufragio del *Étoile du Matin*.

Hº Annet PÈROL: 1814 en Saint Jacques d'Ambur, Puy-de-Dôme – 1848 en Fidji

Marista en 1843, acompaña a los padres Bréhéret y Roulleaux, construye la primera casa de la misión en Lakeba, Fidji. Destruida por un ciclón vuelve a edificarla, pero cae enfermo y muere a los 34 años. Primer marista fallecido en Fidji.

Hº Attale GRIMAUD: 1809 en Grenoble, Isère– 1847 en Tonga

Marista el año 1839, pasa seis meses en Futuna y después de una breve estancia en Wallis, en 1842 sale con el P. Chevron para Tonga, donde morirá.

Hº Auguste LEBLANC: 1820 en Dôle, Jura – ?

Llega en abril 1845 con la décima expedición, trabaja en la procura de Sidney, después en Nueva Caledonia, y sale de la Sociedad en 1851.

Mons Bataillon Pierre: 1810 en Saint Cyr-les-Vignes, Loire – 1877 en Wallis.

Párroco durante 2 años, se agrega al primer grupo de Maristas del P. Colin y hace ante él la profesión religiosa el 24 septiembre 1836.

Ese mismo año va a Oceanía con Mons. Pompallier, que le nombra a Wallis. "Lo acepto -dice- sabiendo que nuestro obispo me honra nombrándome el primero en el campo de batalla". En 1842, aunque con penas y diplomacia, Wallis está convertida.

En 1843, Pierre Bataillon es nombrado primer vicario apostólico de Oceanía central e inicia con una energía inagotable la fundación de misiones -para obstaculizar la expansión protestante- en Tonga, Fidji, Samoa. "Cuando da la comunión, sus ojos brillan de alegría. Se diría que está en conversación mental con el Dios escondido bajo las especies de la sagrada hostia", escribe el capitán Morvan del navío *Adolphe*. Su independencia frente al superior general hace que el P. Colin interrumpa el envío de misioneros.

Mons. Bataillon, firmemente decidido a que hubiera clero indígena, inicia los primeros seminarios en Wallis y en Australia. Estando aún en vida, se ordena en Roma el primer sacerdote polinesio. Es uno de los mayores pilares del catolicismo en Oceanía conjuntamente con los monseñores Pompallier y Douarre, y los padres Chanel, Bréhéret, Chevron, Rougeyron, Calinon, Goujon, Roudaire, Séon, Servant y algunos otros.

Hº Basile (Michel) MONCHANIN: 1814 en Pertuis, Haute-Loire – 1898 en Meanée, Nueva Zelanda.

Enviado a Nueva Zelanda, trabaja en Kororareka como panadero, carnicero, cocinero y zapatero.

BATTY Claude 1811 en Saint Jean-sur-Reyssouze, Ain – 1851 en la isla de los Pinos, Nueva Caledonia.

Profeso en 1836, en 1838 va encargado del segundo envío de misioneros a Nueva Zelanda, ruta Cabo de Hornos; queda allí 10 años para ir después a Villa María de Sidney como superior. Coge la tuberculosis, intenta curarse en la isla de los Pinos y muere a los cuarenta años de edad.

BERNARD Jean Simon: 1809 en Nantes-Atlántico – 1875 en el mar

Marista en 1842, designado a Nueva Zelanda, primero en Tauranga de 1844 a 1849 y después en Wellington. En 1853 va a Falefa, Samoa, y en 1857 a Nueva Caledonia con el P. Palazy, donde queda 16 años entre Bélep, Ouen y Bondé. Desaparece en el mar a los 69 años.

BERNIN Claude: 1810 en Neuville-sur-Saône, Rhône – 1872 en Hammersmith, Inglaterra

Ordenado en 1835, marista en 1848, pasa 2 años en Nueva Caledonia, vuelve a Europa y es el primer superior de la comunidad marista en Londres. En 1854 pasa a ser el capellán de las "Hermanitas de Nazaret".

Hº Blaise MARMOITON: 1812 en Isaac-la-Tourrette, Puy de Dôme – 1847 en Balade.

Nacido en la parroquia del P. Douarre, se hace marista en 1843 y le acompaña a Wallis para consagrar a Mons. Bataillon, después le sigue a Nueva Caledonia. Herido mortalmente el 18 septiembre 1847, el despojo de sus vestidos fue muy disputado. Unas afortunadas intervenciones evitaron que fuera devorado.

Hº Bertrand (Claude) BESSELLES: 1814 en Valbenoîte (Saint Étienne) Loire – 1891 en Lifou, Nueva Caledonia

Entra en la Sociedad en 1845 y pasó cuarenta y cinco años en Nueva Caledonia: en Hienghène, Balade e Isla de los Pinos.

BOAG Thomas

Marinero inglés protestante, casado con una futuniana; cuando muere su mujer se instala en Vava'u. En 1837 encuentra allí a los maristas, pide ser repatriado a Futuna donde hace de intérprete para el P. Chanel. En 1840 se bautiza y abandona Futuna después de la muerte del P. Chanel.

BONOU Ypolite: 1833 ?- 1866

Hijo de Goa de la tribu de Puebo, Nueva Caledonia (igual que Manuel y Amabili), se siente atraído por los misioneros y les protege en su territorio. Llega a regente de la tribu, pues el jefe Uerabat tiene 13 años. En 1847 acepta que los maristas se instalen en Puebo, lo que evita la masacre general de todos los misioneros cuando el ataque de Balade.

Les sigue a Futuna, donde es bautizado. En 1852, de vuelta, manda construir una iglesia en Puebo, aunque Uerabat se niega a bautizarse. Después participa en la lucha contra Buarate; el gobernador Guillain, anticlerical, parece favorecer a los jefes paganos y acaba por quitarle la autoridad; en 1866 le exilia a la isla de los Pinos.

BORJON Michel: 1811 en Arbigny, Ain – 1842 en el mar

Ordenado en 1837, marista en 1839, enseña en Belley. En 1840 va a Nueva Zelanda y se ocupa de la estación de Maketu. Embarca en Auckland con el Hº Déodat para ir a Port Nicholson (Wellington) y desaparecen los dos en en el mar en 1842.

BUARATE Basset: 1815 ? – 1873

Jefe de la tribu de Hienghène, le gusta poco la instalación de los maristas en Balade, pero en 1848 les promete prohibir el canibalismo. Un capitán inglés le lleva a conocer Sidney, de donde vuelve anglófilo y con el título de "rey de Nueva Caledonia".

En 1854 acepta la toma de posesión francesa, pero quiere continuar las antiguas guerras tribales y es exiliado a Tahití por cinco años. De vuelta en 1863, y apoyado por Guillain, expulsa a los misioneros de su tribu, pero la marcha del gobernador en 1870 pone fin a las hostilidades tribales y religiosas.

BOUZET (du) Eugène Joseph (Marqués): 1805 en Paris – 1867 en Bret, Finistère.

Participa en las expediciones al polo sur de Dumont d'Urville. Capitán de corbeta en 1840, dirige el *Allier* y el *Brillante*. Lleva a Nueva Zelanda el cuerpo del P. Chanel y en 1848 es nombrado capitán de barco, después gobernador de los puestos franceses en Oceanía. Protegió discreta y eficazmente a los misioneros maristas.

BRÉHÉRET Jean Baptiste: 1815 en Chapelle-Aubry, Maine-et Loire – 1898 en Fidji

El benjamín de una familia de cinco huérfanos, es educado por su hermano mayor. Sale con Mons. Douarre en 1843, pasa unos

meses en Wallis y después va a Fidji, donde quedará 54 años; en 1863 pasa a ser prefecto apostólico

De origen campesino, se construirá él mismo su propia goleta y será conocido como el "Capitán Bréhéret". A los 83 años continuaba levantándose a ls 3,30 para decir la misa.

BRET Claude: 1808 en Lyon, Rhône – 1837 en el mar.

En febrero de 1836, accede a la petición de Mons. Pompallier, que busca voluntarios para Oceanía, en septiembre hace la profesión marista, embarca con el primer grupo y muere en el mar el 20 de marzo de 1837 a la altura del Ecuador.

BRUAT Armand Joseph (almirante): 1796 en Colmar, Haut-Rhin – 1855 en Paris.

Capitán de navío, es nombrado gobernador de las islas Marquesas y comisario del rey ante la reina Pomaré de Tahití. Finalmente logra reintegrarse tras muchas peripecias.

Nombrado contraalmirante, en 1847 le sucede el comandante Lavaud. Finalmente es nombrado prefecto marítimo de Toulon, después gobernador de las Antillas y finalmente comandante supremo de los ejércitos en Crimea. Muere de cólera en noviembre de 1855 y es enterrado en el cementerio del Padre Lachaise.

CALINON Philippe: 1806 en La Vieille Loge, Jura – 1877 en Tonga.

Marista en 1843, vive los difíciles años de Pea (Tonga). Va hasta Chile y consigue la intervención francesa, que autoriza la libertad de culto en Tonga en 1855. Él funda la comunidad de Ha'apai.

En 1867 tiene que ir a Sidney para curarse y le nombran superior del seminario oceaniano. Cuando el seminario es trasladado a Wallis, Calinon vuelve definitivamente a Tonga.

CHANEL Pierre: 1803 en Montrevel, Ain – 28 abril en Futuna.

Sacerdote en 1827, marista en 1831, cinco años de profesor en Belley, se presenta voluntario para Oceanía. "Desde que no siento el peso del colegio sobre mis espaldas, he vuelto a ser lo que debió ser el zapatero de la fábula cuando devolvió al señor los cien escudos para tener de nuevo sus canciones"

Queda en Futuna con el Hº Marie Nizier, tiene que hacer frente a las guerras tribales y a pesar de llamarle "el hombre de buen corazón" es asesinado por Musumusu y los partidarios del rey Niuliki, opuestos a la evangelización. Beatificado en 1889, es canonizado el 12 junio 1954. Protomártir y patrón de Oceanía.

CHAPUY André: 1813 en Vedennes, Vaucluse – 1882 en isla de los Pinos, Nueva Caledonia

Marista en 1847, llega a Nueva Caledonia al año siguiente. Buen marista, hace una sierra hidráulica, un barco a vapor y bastantes innovaciones valiosas para su misión especialmente en isla de los Pinos.

Hº Charise (Jean Pierre) GRAS: 1819 en Saint Ferreol, Ardèche – 1884 en Saint Paul-Trois-Châteaux, Drôme

Llega a Wallis con la décimo quinta expedición en mayo de 1850 para pasar después a Apia, en Samoa. Vuelve a Francia en 1860.

Hº Charles-Edouard AUBERT: 1811 en Saintes, Charente-Maritime – ?

Marista en 1844, enfermero, en 1845 ayuda a las misiones de Wallis, después en Samoa. En 1847 va a Sidney y vuelve a Francia el año siguiente. Deja la Sociedad en 1848

CHATELUT Jean: 1812 en Saint Marcel d'Hurfé, Rhône – 1880 en Toulon, Var.

Marista en 1846, va de misionero a Nueva Caledonia pero termina su vida en Francia.

CHAURAIN Stéphane: 1819 en Marlhes, Rhône -1887 en Londres, Inglaterra

Designado para las Salomón con Mons. Epalle, sostiene a su obispo herido de muete en Isabela. De vuelta a Europa, es enviado a Inglaterra, donde pasará veintisiete años.

CHEVRON Joseph: 1808 en Nantua, Ain – 1885 en Tonga

De salud débil, cuando desea partir para la misión, su obispo le pide que quede diez años a su servicio en la diócesis, cosa que él acata. En 1839, el padre Colin, que le acepta, le envía a Nueva Zelanda siendo aún novicio, después Mons. Pompallier le envía a Wallis y Futuna.

Tras la muerte del padre Chanel pasa un año en Wallis, y en 1842 Bataillon lo coloca en Tonga. Está cinco años en Pea, después va a Mua, donde consigue la conversión de Tui Tonga en 1851, pero sin poder impedir que el rey Georges le suplante. "El apóstol de Tonga" quedó allí cuarenta y dos años, dejando una fuerte comunidad de 17.000 miembros.

CHOUVET Auguste: 1814 en Pernes, Vaucluse - ?

Misionero en Nª Zelanda en 1843, abandona la Sociedad en 1847.

COLIN Jean Claude: 1790 en Saint Bonnet-le-Troncy, Rhône – 1875 en La Neylière, Pomeys, Rhône

Ordenado en 1816, se adhiere al proyecto marista de Jean Claude Courveille, lo toma entre sus manos y escribe la regla. Nombrado superior del seminario menor de Belley en 1829, emprende la fundación de la Sociedad de María, que es aprobada por Roma en 1836. Elegido superior general, está al frente de la misma durante dieciocho años; el 9 de mayo de 1854 presenta su dimisión y se retira a La Neylière, donde muere.

Mons. COLLOMB Jean Georges: 1816 en Granier, Savoie – 1848 en Rook.

Hijo único de una pobre viuda, ordenado a los 23 años, marista en 1845, Collomb parte para Oceanía al mes siguiente. El 14 de julio de 1846, al hacer escala en Tahití, se entera de la muerte de Mons. Epalle. El 20 de enero de 1847, se detiene en Nueva Caledonia, donde recibe la carta del 24 marzo 1846 en la que el Padre Colin le comunica que ha sido nombrado coadjutor de Mons. Epalle; como tenía derecho a sucesión, pasa a ser *ipso facto* vicario apostólico de Micronesia y Melanesia. Tras pasar algunos días en San Cristóbal de las islas Salomón, va a Sidney donde recibe la documentación oficial de su nombramiento a la dignidad episcopal. De Sidney va a Kororareka en Nueva Zelanda, donde es ordenado obispo por Mons.Viard el 23 mayo 1847. De vuelta ya en su vicariato, escapa de la muerte cuando el ataque en Baiao, Nueva Caledonia. Llegado a San Cristóbal, se entera de la masacre de tres misioneros y de la muerte de otro a causa de la fiebre. En septiembre de 1847 lleva a los supervivientes a la isla de Woodlark. En mayo de 1848 intenta fundar una misión en Rook con los padres Frémont y Villien y el Hº Optat, pero muere el 16 de julio a causa de las fiebres.

Hº Colomb (Pierre) PONCET: 1816 en Saint Didier-sur-Chalaronne, Ain – en ?

Trabaja en diversas misiones de Nueva Zelanda: Bahía de las Islas, Hokionga, Auckland, junto a Mons. Pompallier. Abandona la Sociedad en 1847

COMTE Jean Baptiste: 1812 en Silenzin, Haute-Loire – ?

Marista en 1839, pasa varios años en Akaroa, Nª Zelanda, con el P. Trip, pero no se entiende con Mons. Pompallier. Al no poder conseguir que se le enviara a Oceanía central, en 1855 vuelve a Francia y abandona la Sociedad en 1857

CREY Cyprien: 1823 en Moûtiers, Savoie – 1847 en Woodlark

Natural de Tarantaise, es ordenado con dispensa a los veintidós años para poder embarcar hacia Oceanía. Llegado a San Cristóbal con Mons. Collomb, fundará la estación de Pia, donde muere de disentería a los veinticuatro años de edad.

Mons. DEVIE Alexandre-Raymond, obispo de Belley: 1767-1852

La diócesis, suprimida cuando la Revolución, es reconstituida en 1823, y el obispo funda el seminario menor de Belley y el seminario mayor de Brou, que serán los viveros de los que saldrán muchos maristas.

Hº Déodat (Jean) VILLEMAGNE: 1814 en Saint Étienne, Loire – 1842 en el mar.

Llegado a Nueva Zelanda con Mons. Pompallier, permanece en Bahía de las Islas; en julio 1842 va a fundar una misión en Auckland con el padre Forest. En agosto sale con el P. Borjon hacia Port Nicholson, pero desaparecen los dos en el mar en el naufragio del *Speculator*.

DEZEST Laurent: 1812 Hagetmau, Landes – 1872 en Rotuma

En 1849, con veintisete años parte para Futuna, donde queda dieciocho años, después es enviado a abrir de nuevo la misión de Rotuma, cerrada desde hacía doce años. "El Padre de Rotuma" muere allí a los cincuenta años tras muchas rivalidades, a veces incluso conflictos armados, con los protestantes.

Mons. DOUARRE Guillaume: 1810 en La Forie (Ambert), Puy-de-Dôme – 1853 en Balade, Nueva Caledonia.

Sacerdote diocesano en Clermont durante ocho años, se une a la Sociedad de María y el mismo día de su profesión es consagrado obispo de Amata y nombrado obispo coadjutor de Oceanía Central, encargado de consagrar a su superior Pierre Bataillon. Tiene 32 años.

En Navidad 1843 llega a Balade y establece la primera comunidad cristiana de Nª Caledonia. Cuando vuelve a Francia en 1846 para conseguir nuevos medios, Balade es atacada y el Hº Blaise Marmoiton herido. Los misioneros tienen que retirarse a Anatom y después a Sidney y llevar sus catecúmenos a Futuna.

Al volver, y ya como vicario apostólico de Nª Caledonia, G. Douarre intenta nuevas implantaciones, en especial en Isla de los Pinos y logra volver a Balade y Puebo. Muere de fiebres en 1853, algunas semanas antes de que Francia decida la anexión de Nueva Caledonia.

DUBREUL Antoine: 1810 en Saint Étienne, Loire – 1867 en Apia, Samoa

Ordenado en 1837, marista en 1840, trabaja en la Propagación de la Fe. En 1846 el P. Colin le envía a abrir la procura de Sidney, donde compra dos terrenos, mal elegidos por cierto. Enviado a pasar por todas las misiones e inspeccionarlas, vuelve a Francia a presentar su informe. De vuelta a Oceanía, en 1850 va a Samoa, donde funda la estación de Leulumeoga; después ejerce su ministerio en Apia.

DUCRETTET Eugène: 1819 en Taninges, Haute Savoie – 1902 en Saint Marcel, Drôme

En 1848 misionero en las islas Samoa, después en las Salomón. Después de su abandono, residirá en Sidney antes de volver a las islas Samoa.

Hº Elie-Régis (Étienne) MARIN: 1809 en Les Hayes, Rhône – 1872 en Kora, Nueva Zelanda

Llegado en la segunda expedición, es un excelente armador y carpintero que acompaña al P. Petit-Jean en Whangaroa.

Hº Emery (Pierre) ROUDET: 1819 en Ravenais, Isère – 1882 en La Seyne, Var

Trabajó en Nueva Zelanda.

Mons. EPALLE Jean Baptiste: 1808 en Marlhes, Loire – 19 diciembre 1846, en Isabel, Salomón

Marista en 1838, durante tres años es ayudante de Mons. Pompallier en Nueva Zelanda. Elegido para participar en el capítulo general, vuelve a Europa en 1842. En 1844, a los treinta años, es consagrado vicario apostólico de Melanesia con el título de obispo de Sion.

En 1845 va a San Cristóbal y de allí a Isabel, en las Islas Salomón, donde es herido de muerte por una tribu hostil; muere en el *Marian Watson.* Sus restos mortales, encontrados gracias a las indicaciones del padre Verguet, fueron trasladados a Tenaru, en la isla de Guadalcanal, pero un bombardeo americano a las posiciones japonesas deshizo la nueva tumba.

FAVIER Jean Victor: 1816 en Charmes, Allier – 1887 en Rewa, Fidji

Enviado a Futuna en 1843 después del martirio del P. Chanel, se incorpora a la misión de Rotuma en 1845. En 1851 es enviado a Viti Levu (Fidji), donde pasó prácticamente treinta años en las estaciones de Vanua Levu, Nailili y Rewa sucesivamente.

Está enterrado en la iglesia que él mismo construyó.

Hº Florentin (Jean Baptiste) FRANCON: 1816 en La Versanne, Loire – 1903 en Sidney, Australia

Marista en 1836, llega a Nueva Zelanda el 14 junio 1839 ; queda allí cuarenta años y en 1876 se incorpora a la comunidad de Villa Maria en Sidney, donde queda hasta su muerte.

FONBONNE Claude Louis: 1811 en Couzon, Allier - ?

Sacerdote diocesano, no marista, es enviado en 1850 al archipiélago Samoa y vuelve a Francia en 1855

FOREST Jean: 1804 Chuyer, Loire – 1884 Napier, Nª Zelanda

Orrenado en 1830, se une a los aspirantes maristas del Hermitage, coadjutor de Valbenoite (Saint-Étienne, Loire), después capellán de pensionado en Lyon. Profeso marista en 1836, atiende las misiones regionales y al fin consigue salir para Oceanía en 1841, primero como visitador y después como misionero. Está en Auckland hasta 1850, después en Wellington hasta 1860. Dos años de descanso y vuelve a Napier, donde queda 22 años

FORESTIER Benoît: 1812 en Billom, Puy-de-Dôme – 1906 en Roma

Marista en 1848, sale con Mons. Douarre en su segundo viaje y va a Anatom, pasa a la isla de los Pinos y después a Sidney. En 1851 vuelve a Nueva Caledonia, queda dos años en Balade, funda la estación de Tuhu y después atiende La Concepción y Numea durante diez años.

En 1864 vuelve a Francia como representante de la misión, y en 1889 es nombrado provincial de los maristas de América, después procurador de las misiones y finalmente representante de los Maristas en Roma.

FRANSONI Giacomo: 1775 en Gênes – 1856 en Roma

Cardenal Prefecto de la Sagrada Congregación de Propaganda en 1834, hace las primeras gestiones en Lyon para la fundación de una misión en Oceanía occidental. Contacta con Mons. de Pins, que le propone el padre Pompallier. Éste es consagrado en Roma por el cardenal en junio de 1836. Apoya también la petición del P. Colin para la cooperación de la Sociedad de María a condición de que se acepte la dimensión misionera de la Sociedad en Oceanía, en las misiones apud fideles y en la educación. Mons. Fransoni siguió de cerca durante toda su vida la obra marista.

FREMONT Jean Pierre: 1810 Montigné, Maine-et-Loire – 2 marzo 1864 en Numea, Nª Caledonia.

En 1845, parte con Mons. Epalle hacia Melanesia con el título de provicario. Es golpeado en Isabel, logra escapar de la muerte,

se repliega a Makira en San Cristóbal y va con Mons Collomb a Woodlark y después a Rook, donde muere el obispo.

Al quedar solo con el Hº Gennade; el 17 mayo 1848 es llevado por los padres Montrouzier y Ducrettet a Woodlark, de la que es vicaria apostólico. Intenta recuperar los cuerpos de los mártires de Rook, pero debe renunciar, porque abrir una tumba es hacer que salgan de ella sortilegios nefastos, un gesto que es castigado por los indígenas con la muerte. Abandonada Melanesia, es enviado a Nª Caledonia, encargado de la misión central.

GAGNIÈRE Mathieu: 1822 en Saint Clément, Puy-de-Dôme – 1867 en Puebo, Nueva Caledonia.

Ordenado a los 25 años. Llega a Anatom con Mons. Douarre. Enfermo, se traslada a la isla de los Pinos y después, en 1848, va a restablecerse a Futuna. En 1852 vuelve a Puebo del que se encarga después de la muerte de Douarre y funda las estaciones de Arama en 1860, Bondé en 1864 y La Concepción en 1865. Es el autor del primer libro de oración en lengua canaca.

GARIN Antoine: 1810 en Saint Rambert en Bugey, Ain – 1889 en Nelson, Nueva Zelanda

Ordenado en 1834, marista en 1840. Pasa su vida en Nueva Zelanda con los maoríes como educador.

GARNETT Henry

Este armador irlandés hace el noviciado en Francia en 1843 y abandona la Sociedad de María en 1847. Ordenado sacerdote, vuelve a Oceanía con Mons. Pompallier pero, a causa del descontento con monseñor, se instala en Sidney en febrero de 1850.

Hº Gennade (Jean Pierre) ROLLAND: 1817 en Saint Genis-Terrenoire, Rhône – 1898 en Sidney, Australia

Marista en 1844, llega a Melanesia con Mons. Epalle y en 1845 presencia la masacre de monseñor en Isabel. Replegado a Makira en San Cristóbal, donde cuatro maristas encuentran la muerte, sale con Mons. Collomb para Woodlark. El señor obispo y el padre Villien mueren a causa de las fiebres en la isla de Rook en 1848.

Sin embargo permanece allí de 1852 a 1854 para ayudar a los sacerdotes de Milán que tratan de recuperar la misión y en 1854 va a Sidney. Queda allí 44 años al servicio de Villa Maria, encargado especialmente de los asuntos de construcción.

Hº Gérard FOUGEROUSE: 1819 en Eglisolle, Puy-de-Dôme – 1847 en Samoa

Con veintinueve años, llega a Apia en 1846 y construye la primera iglesia de Mulinu'u. Aunque de salud delicada, trabaja bajo la lluvia y agarra una pulmonía que se lo lleva en tres semanas. Es el primer marista fallecido en Samoa.

GOUJON Prosper: 1822 en Seyssel, Ain – 1881 en la isla de los Pinos, Nueva Caledonia

Llega a Anatom en 1848 y pasa a la isla de los Pinos, donde comienza la misión. En 1866 va a Maré para empezar también la misión, diez años después vuelve a la isla de los Pinos. Conjuntamente con Mons. Douarre y el padre Rougeyron, es uno de los fundadores de la Iglesia de Nueva Caledonia.

GRANGE Jêrome: 1807 en Saint Clair, Isère – 1852 en Saint-Paul-Trois Chateaux, Drôme.

Huérfano, nacido en un ambiente rural, no aprende a leer hasta los dieciocho años de edad y gracias al cura de su parroquia; muy pronto manifiesta el deseo de ir a misiones. Marista a los treinta y cuatro años en 1841, llega a Nueva Zelanda. Mons. Pompallier le envía en 1842 a Tonga-Tapu para acompañar al padre Chevron. En mal estado de salud, en 1845 es conducido a Sidney para recuperarse. En 1846 es enviado a Nueva Caledonia y está encargado de Balade cuando la estación es atacada. Escapa por poco de la muerte mientras el hermano Blaise Marmoiton es asesinado.

Vuelto a Sidney, al año siguiente marcha a Francia, un tanto amargado por la aventura que tuvo que malvivir. Será capellán de los hermanos maristas hasta que murió a los cuarenta y cinco años.

GRÉZEL Isidore: 1816 en Chavanne, Haute-Saône – 1884 en Valenciennes, Nord

Marcha con Mons. Douarre sin ser aún sacerdote. Ordenado en Wallis, pone en marcha la primera imprenta marista de Oceanía En 1847 va a Futuna. Hace la profesión marista en 1859; ejerce diversas funciones en Apia y en Balade. Enferma y vuelve a Francia en 1872.

Hº Hyacinthe (Joseph) CHÂTELET: 1817 en Brandon, Saône-et-Loire – 20 abril 1847 en San Cristóbal, Salomón

Es asesinado y devorado por la tribu de los Toros en San Cristóbal, Salomón, en 1847, con los padres Jacquet y Paget.

Hº Jacques PELOUX: 1818 en Saint-Bommet-le-Troncy, Rhône – 1863 en Futuna

Carpintero y albañil, se hace marista en 1844 y va con los padres Roudaire y Violette a Samoa. Cae enfermo, va a descansar a Sidney y muere en Futuna donde hace escala para visitar la tumba del padre Chanel.

JACQUET Claude: 1812 en Belleville, Rhône – 1847 en San Cristóbal, Salomón

Después de ocho años de párroco en Montbrison, se hace marista en 1844 y al año siguiente parte para Melanesia con Mons. Epalle. Es testigo de su muerte, y él mismo es matado y comido en San Cristóbal con el padre Paget y el hermano Hyacinthe.

JARICOT Paulina: 1799 – 1862 en Lyon

A primeros de 1820, esta seglar tiene la idea de cómo colectar ayuda para las misiones mediante grupos de socios de una decena de personas. En 1822 la obra lanzada por ella es organizada oficialmente por Benoît Coste y sus compañeros congregacionistas lioneses con el nombre de Propagación de la Fe.

Hº Jean RAYNAUD: 1820 en Yssac-la-Tourette, Puy-de-Dôme – 1903 en Ma'ufonga, Tonga

Marista a los veintitrés años. Llega a Tonga el 1844; quedará allí sesenta años.

Hº Joseph MURAOUR: 1820 en Grasse, Alpes-Maritimes – 1898 en La Neylière, Pomeys, Rhône

Herrero diplomado, marista en 1845, trabaja en la misión de Wallis y después vuelve a Francia.

Hº Joseph REBOUL: 1821 en Pignans, Var – 1910 en Maré, Nueva Caledonia

Enviado a Anatom, pasa a Nueva Caledonia al servicio de Mons. Douarre.

Hº Joseph-Xavier LUZY: 1809 en Belley, Ain – 1873 en Sidney, Australia

Marista en 1836, sale para Oceanía en el primer grupo de maristas. Dsembarca con el padre Bataillon en Wallis el 1 de noviembre de 1837; ahí queda trece años pero, por motivos de salud, tiene que retirarse a Sidney. Pasa veintidós años en Villa Maria encargado de los misioneros enfermos y de la Procura.

JUNILLON Ferdinand: 1799 en Valence, Drôme – 1871 en Futuna

Sacerdote diocesano, hace profesión marista en 1844; enviado a Wallis, es responsable del seminario de Lano, creado por Mons. Bataillon. En 1855 es enviado a Sidney para organizar allí un seminario, pero por el mal entendimiento con la Procura, vuelve a Wallis.

Sin embargo, en 1859 vuelve a Sideney y es nombrado primer superior del seminario de Clydesdale. En 1861 se encarga de las parroquias de Futuna, donde muere a los setenta y dos años de edad.

LAMPILA Jean: 1808 en Mazamet, Tarn – 1897 en Saint-Marcel, Drôme

Siendo escolástico llega a Nueva Zelanda el 6 abril 1842; es ordenado sacerdote en Hokianga el 25 de diciembre.

LAVAUD Charles François (Comandante): 1798 en Lorient, Morbihan – 1878 en Brest

Encargado de administrar la colonia francesa de Akaroa en Nueva Zelanda. Las relaciones que mantiene con Mons. Pompallier apuntan menos a favorecer la obra misionera que a asegurar el prestigio de Francia en Nueva Zelanda. En 1847 pasa a ser gobernador de Tahití en lugar del contralmirante Bruat.

Hº Louis-Pierre PICHELIN: 1823 en Reims, Marne - ?

Llega con la décima cuarta expedición, trabaja en Wallis. Abandona la Sociedad en 1871.

Hº Luc MACÉ: 1813 en Marlhes, Loire - ?

A partir del año 1842 se encuentra en Nueva Zelanda al servicio de los misioneros. Abandona la Sociedad en 1854.

Hº Lucien (Jean-François Régis) MANHAUDIER: 1815 en Viviers, Ardèche – 1873 en Apia, Samoa

Marista en 1844, llega a Oceanía en 1845, en 1847 está en Rotuma. En 1853 tiene que abandonar Rotuma y va a Samoa, donde quedará hasta que muere en Apia.

MAÎTREPIERRE Denis Joseph: 1880 en Cormoz, Ain – 1872 en Montbel, La Crau, Var

Ordenado el año 1828, hace la profesión religiosa en 1836 con los primeros Maristas. Fue asistente del padre Colin durante toda su vida, lo que le hace estar en relación con las misiones de Oceanía.

Afectado de sordera, acabará sus días en Montbel, cerca de Hyères, donde fue enterrado.

MARCEAU Auguste François: 1806 en Châteaudun, Eure-et-Loire – 1851 en Tours, Indre-et-Loire

Capitán de fragata, funda con el armador Marziou la Sociedad de Oceanía para servicio de las misiones; fue comandante del *Arche de l'Alliance.* Pero unas campañas poco rentables arruinaron la Sociedad. La aceptación de trasladar a Oceanía a Françoise Perroton le permitió hacer realidad su deseo de atender a las mujeres oceanianas.

Hº Marie-Augustin (Joseph) DREVET: 1809 en Doisin, Ain - ?

Tejedor de oficio, ayuda a las misiones de Nueva Zelanda en Whangaroa y después en Wallis. Sale de la Sociedad en 1855.

Hº Marie-Nizier (Jean-Marie) DELORME: 1817 en Saint Laurent-d'Agny, Rhône – 1874 en Londres, Inglaterra.

Hace la profesón marista en 1836 a los veinte años de edad. Asiste al padre Chanel en Futuna. Después del asesinato del padre, él es recogido por un ballenero y se refugia en Wallis. Lleva a Nueva Zelanda con el P. Viard el cuerpo del P. Chanel y después vuelve a Futuna, donde queda veintiséis años. En 1863 marcha a Samoa, donde queda dos años, y después a Sidney, donde trabaja otros ocho años. En el camino de vuelta a Francia, muere en Londres.

MATHIEU Charles: 1809 en Amiens, Somme – 24 mayo 1856 en Sideney, Australia

Secretario del obispo de Amiens, éste le deja partir en 1843 con Mons. Douarre. Pasa cuatro años en Wallis, y en 1848 es enviado a Fidji. Llegado a Lakeba, tiene que abandonarla por Levuka y en 1852 funda la estación de Rewa.

En 1856 sale hacia Europa con Mons. Bataillon, que quiere hacerle su coadjutor, pero muere de tifus en Sidney.

MÉRIAIS Joseph: 1817 en Saint-Pére-en-Retz, Loire-Atlantique – 1874 en Wallis

Después de pasar un año en Savai'i de las islas de Samoa, Mons. Bataillon le hace superior fundador del seminario de Lano en Wallis, donde queda siete años. Después pasa a ser párroco y su experiencia en la dirección de una escolanía en Francia le permite establecer la tradición del canto en la iglesia de Wallis

Hº Michel ANLIARD: 1819 en Allagnat, Puy-de-Dôme – 1852 en el mar

Desapareció en el mar, como su hermano Jean Baptiste, marista también, yendo a Tikopia, naufragio del *Étoile du Matin.*

Hº Michel (Antoine) COLOMBON: 1812 en Le Motier, Isère – 1880 en Reefton, Nueva Zelanda

Llagado a Nueva Zelanda el año 1837, en 1840 es acusado de haber robado y de querer conquistar a una mujer casada. Entonces Mons. Pompallier le despide, pero queda en Nueva Zelanda como sastre.

MICHEL Pierre: 1819 en Lavaux, Loire-Atlantique – 1887 en Meanee, Nueva Zelanda

Misionero en Fidji en 1850, después en Nueva Zelanda

Hº Michel (Véran) MICHEL: 1811 en Cavaillon, Vaucluse – 1891 en La Concepción, Nueva Caledonia

Marista a los treinta y seis años. Pasa cuarenta y cuatro en Nueva Caledonia sirviendo en diversas parroquias.

MORENHOUT Jacques Antoine: 1796 en Ekeren, Bélgica – 1879 en Los Ángeles

Soldado de Napoleón en Génie en 1812, estudiante de pintura en Paris en 1814, empleado de comercio en Amberes, en 1826 se convierte en secretario general del cónsul de los Países Bajos en Chile. En 1828 embarca en el *Volador*, que comercia nácar, y en 1830 pasa a ser negociante en Tahití. En 1836, siendo cónsul de los Estados unidos, se opone a los objetivos antifranceses de George Pritchard.

Relevado de sus funciones en 1837, en 1838 es presentado por el almirante du Petit-Thouars a la reina Pomaré como cónsul de Francia y participa en la creación del protectorado francés en Tahití.

En 1845 va Monterey, en California, como cónsul de Francia, en 1848 pierde el puesto, que recupera en 1852, y acaba como cónsul de Francia en Los Ángeles.

MONDON Hippolyte: 1818 en Tulette, Drôme – 1874 en Wallis

Aquejado de fiebres tifoideas durante el viaje a Oceanía, a pesar de todo llega a Wallis, donde construye iglesias y escuelas. Enviado a Sidney, participa en la fundación del seminario marista para oceanianos de Clydesdale. Trabaja también algún tiempo en Fidji antes de regresar a Wallis.

MONTROUZIER Xavier: 1820 en Montpellier, Hérault – 1897 en Saint-Louis, Nueva Caledonia

Especialista en historia natural, se hace marista, viaja a Oceanía y es pro-vicario de Mons. Epalle en las islas Salomón. Es testigo de la muerte de monseñor en la isla Isabel, y también él es gravemente herido por una lanza en San Cristóbal. Llevado a Nue-

va Caledonia para que le curaran, vuelve con Monseñor Collomb al archipiélago de las islas Salomón, donde es el superior de Woodlark

Escribe un estudio científico sobre las especies vivas de la isla.

Después de la muerte de monseñor Douarre, es nombrado superior de la misión en Nueva Caledonia. Es el primer sacerdote que vive en Numea, donde descubre unas riquezas mineras de la Gran Tierra. Fue también capellán del presidio y misionero en Belep de las islas Loyalty.

MOREAU Delphin-Victor: 1813 en Brain-Allones, Maine-et-Loire – 1883 en Wanganui, Nueva Zelanda

Marista en 1842, pasa toda su vida en Nueva Zelanda trabajando en Bahía de las Islas y con las tribus maoríes.

MUGNIÉRY Joseph: 1808 en Virieu-le-Grand, Ain - ?

Profesa como marista en 1845, pasa cuatro años en Samoa, primero en Upolu y después en Savai con el padre Violette. Regresa a Francia y abandona la Sociedad de María en 1853.

NIVELLEAU Charles: 1823 en La Pommeraye-sur-Sévre, Vendée – 1852 en el mar

Marcha a Oceanía con veinticuatro años, acompaña al padre Mondon, aquejado de las fiebres tifoideas y desembarca con él en Sidney. Necesitará dos años, y viajando en tres barcos, para llegar por fin a Wallis en 1849. Muy pronto es destinado a Tonga. Pero graves problemas de salud le obligan a marchar hacia Sidney el año 1852; muere durante el viaje.

PADDON James: 1812 en Portsmouth, Inglaterra – 1861 isla de Nou, Nueva Caledonia

Este antiguo marinero británico, contrabandista de opio en 1839-1840, descubre el interés de la madera de sándalo y va a instalarse a las islas Loyalty. Entonces los indígenas intentan apoderarse de su barco: hay diecisiete muertos, y en la negociación posterior el jefe Naïsseline le devuelve varios marineros prisioneros.

En Sidney se asocia con un irlandés -Somerville- y en 1845 instala una base permanente en Anatom, Port Patrick. Dando testimonio de una honradez desacostumbrada en los negocios, es apreciado por los jefes y se casa con la hija de uno de ellos. Establece también la paz en la isla, donde construye unas goletas para su uso. El sándalo no es su única actividad: el trépang, el nácar, la copra salen también para Sidney y a menudo hacia China.

A partir de 1846, instala a uno de sus dependientes en Hienghène en el feudo del sandalino Richards, ocasión para trabar conocimiento con los Maristas y establecer relaciones de amistad con el jefe Kuindo de Paita

En 1848 propone a los maristas expulsados de Balade establecerse en Anatom y obtiene la concesión necesaria. Pero Anatom es un nido de paludismo y Paddon, aquejado él mismo, deja Anatom y va a Numea después de haber creado unas sucursales en la isla de los Pinos y especialmente en la isla Un, que se convierte en 1853 en un verdadero centro de actividades industriales, cercado de ganados, mataderos, carnicerías, almacenes…

Posteriormente tendrá buenas relaciones con el gobernador du Bouzet a pesar de haber sido acusado de armar a los indígenas contra los franceses -de lo que será amnistiado más tarde- y facilitará la instalación de los colonos franceses.

Sin duda alguna, sin su apoyo la misión de Nueva Caledonia no habría podido ser reconstituida jamás.

PADEL Louis: 1815 en Nantes, Loire-Atlantique – 1879 en Lano, Wallis

Marista en 1845, llega a Apia en 1846 donde, en condiciones difíciles, construye la primera casa marista en Mulinu'u. Tras siete años en Samoa y una breve estancia en Tonga, es transferido a Wallis. Edifica la soberbia iglesia de Mua. Escribe una crónica sobre la Iglesia en Samoa y Wallis y unos estudios sobre la educación en el seminario. Es enterrado en Lano.

PAGET Jean Marie: 1816 en Sonnaz, Savoie – 1847 en San Cristóbal, Salomón

Llegado a Makira en diciembre de 1845, es enviado con el padre Jacquet y el hermano Hyacinthe a San Cristóbal, donde son asesinados y devorados los tres por la tribu de los Toros..

PALAZY François: 1816 en Lescure, Tarn – 1882 en Amettes, Pas-de-Calais

Llegado a Oceanía en 1847, pasa cinco años en Futuna, dos en Samoa, y por motivos de salud es transferido a Nueva Caledonia, pasando sucesivamente por isla de los Pinos, Puebo y Uvea. En Lifu funda las estaciones de Eacheo en 1858, de Gaicha en 1860, vuelve después a la isla de los Pinos, va a la misión de La Concepción. Será capellán de prisión en la isla Nou. Enferma y vuelve a Francia, donde pasa sus últimos doce años de vida.

Hº Paschase (Jean) SAINT MARTIN: 1819 en Frotignan, Haute Garonne – 1853 en Ovalau, Fidji

Marista en 1843, asiste durante cuatro años a los misioneros de Wallis, Tonga en Pea y Fidji, donde muere con 34 años.

PERRET Louis: 1802 en Lyon, Rhône – 1882 en Lyon

Laico de la Tercera Orden de María en 1832, tiene trato con Mons. Pompallier en Roma, donde es arquitecto. En 1840 decide marchar a Nueva Zelanda para estar con él. Constatando allí su inutilidad, vuelve a Francia, donde participa en la creación de una residencia marista en La Seyne-sur-mer. Después se instala en Roma, donde estudia las catacumbas. Como el padre Colin le niega volver a Oceanía, termina por volver a Francia, consagrado siempre al servicio de los Maristas.

PERROTON Françoise: 1796 en Lyon, Rhône – 1873 en Kolopelu, Futuna

En 1820 se inscribe en la obra de Paulina Jaricot que financia las misiones. Entonces conoce a los Maristas, que intentan disuadirla de ir a Oceanía. En 1845 se dirige al comandante Marceau, insiste y obtiene ser embarcada para Wallis. Pasará allí varios años antes de instalarse definitivamente en Futuna, donde fundará el primer centro dedicado a la educación de las mujeres, antes de hacerse ella religiosa marista.

PETIT Louis Maxime: 1797 en Wimile, Pas-de-Calais – 1858 en Toulon, Var

Misionero en Nueva Zelanda en 1839, es destinado en 1851 a la diócesis de Wellington. Vuelve a Europa en 1852, queda dos años en Londres, después es destinado a La Neylière y en 1857 a Toulon.

PETTIT-JEAN Jean Baptiste: 1811 en Mornant, Rhône – 1876 en Auckland, Nueva Zelanda

Ordenado en Lyon en 1836, marista en 1839 marcha pronto a Nueva Zelanda y es destinado a Wangaroa. De 1843 a 1850 está en Wellington y después en Auckland hasta su muerte.

PEZANT Jean : 1811 en Chanonat, Puy-de-Dôme – 1880 en Picton, Nueva Zelanda

Marista en 1840, pasa varios años en Waikato, después en Wanganui, y en Picton donde muere el 22 diciembre 1880

PIÉPLU Louis Alfred: 1818 en Colleville-sur-Orne, Calvados – 1857 en Pea, Tonga

Es enviado a Tonga. A causa de las persecuciones y debilitado por la fiebre tifoidea, muere en 1857.

Hº Pierre-Marie PERENON: 1805 en Viriville, Isère – 1873 en l'Hermitage, Saint-Martin-en-Coailleux, Loire

Llega a Nueva Zelanda con el quinto grupo en junio 1841, y pasa algunos años en Bahía de las Islas. A causa de su mala salud tiene que volver a Francia, donde queda al servicio de los hermanos maristas hasta 1868.

Mons. POMPALLIER Jean Baptiste: 1801 en Lyon, Rhône – 1871 en Puteaux, Haut-de-Seine

Ordenado en 1829, se agrega a los aspirantes maristas gracias al padre Séon. Sin embargo, no hizo la profesión marista.

En 1832 pasa a ser capellán de los hermanos terciarios de María. En 1835, con el consentimiento del padre Colin, el padre Cholleton le propone para vicario apostólico de la misión de Oceanía Occidental.

Consagrado en Roma obispo titular de Maronea, emprende la primera expedición marista a Oceanía e instala las misiones de Wallis y Futuna y de Nueva Zelanda.

Muy pronto surgen las fricciones con Juan Claudio Colin porque Pompallier quería la sumisión de los maristas a su autoridad y llevaba una política de evangelización bastante personal. Tuvo que ir a justificarse a Roma. Después de la división en 1846 de su vicariato excesivamente extenso, Pompallier sólo conserva Nueva Zelanda bajo su jurisdicción. En 1848, el vicariato de Nueva Zelanda es a su vez dividido en dos diócesis; Mons. Pompallier queda como administrador apostólico de Auckland, y en 1860 como obispo.

En 1868 se resigna a volver a Francia. Nombrado arzobispo titular de Amasia, muere el 21 de diciembre de 1871.

POUPINEL Victor: 1815 en Vassy, Calvados – 1884 en Lyon, Rhône

Secretario y colaborador cercano de Juan Caudio Colin, es nombrado muy pronto Procurador de las misiones de Oceanía en Francia. A partir de entonces se encarga de los asuntos materiales y logísticos, y por ese motivo intercambia mucha correspondencia con los misioneros. Posteriormente fue Visitador de esas misiones. El apodado "padre y protector de las misiones" terminará su carrera eclesiástica como asistente del padre general, encargado especialmente de las misiones.

Hº Prosper ROUESNÉ: 1816 en Moisdon, Loire Atlantique - ?

Enviado en 1845 a San Cristóbal, en Makira, irá después a Nueva Caledonia.

REIGNIER Euloge: 1811 en Chateaubriand, Loire Atlantique – 1888 en Meanee, Nueva Zelanda

Ordenado en Nantes, marcha siendo aún novicio, pronuncia sus votos el año 1841 en Bahía de las Islas y comienza su misión en Opotiki. En 1858 es transferido a Meanee, donde permanece hasta su muerte.

RICHARDS (Comandante de la *Marian Watson*)

Comercinate inglés de sándalo, se instala el año 1843 en Hienghène justo antes de que llegaran los maristas. Su tripulación salvó a los maristas del hambre en 1844.

Éstos, agradecidos, vigilarán los almacenes de Richards.También utilizaron frecuentemente su goleta, la *Marian Watson*.

ROCHER Jean Louis: 1809 en Lyon, Rhône – 1894 en Sainte Foy, Lyon, Rhône

Siendo seminarista decide abandonar los estudios eclesiásticos y ejercer una actividad profana. Más tarde desea volver a la vida religiosa y pide al padre Colin que lo reciba en su congregción.

Ordenado, después de un año de profesor, marcha a organizar la Procura de Sidney, nudo estratégico de las misiones.

Es un gerente sin igual. Compra la propiedad de Villa Maria, que se convierte en la sede de la congregación en Sidney

A los cincuenta y seis años de edad, a consecuencia de problemas de salud, debe volver a Europa. Trabaja en la parroquia francesa de Santa Ana en Londres y va a acabar sus días en Francia.

Mons. ROUCHOUZE Étienne: 1798 en Chazeau, Loire – 1842 en el mar

Padre del Picpus. Nombrado Vicario apostólico de Oceanía Oriental, se instala primero en Mangareva, islas Gambier, y después en Tahití como obispo desde 1833 hasta 1836. Desaparece en el mar con un grupo de religiosos y religiosas.

ROUDAIRE Gilbert: 1813 en Pontaumur, Puy-de-Dôme – 1852 en el mar cerca de Tikopia

Partió con Mons. Douarre para instalar una imprenta en Nueva Caledonia, pero es retenido en Wallis por Mons. Bataillon para eso mismo durante dos años.

En 1845 es enviado con el padre Violette a las islas de Samoa, en 1847 es reclamado por Nueva Caledonia. Llega a tiempo para participar en el salvamento de los supervivientes de Balade y de Puebo, y llevarlos a Anatom y Sidney. Vuelto a Nueva Caledonia es nombrado provincial. Deseando abrir la misión de Tikopia, desaparece en el mar con sus compañeros, cerca de la costa de la isla.

ROUGEYRON Pierre: 1817 en Cébazat, Puy-de-Dôme – 1902 en Balade, Nueva Caledonia.

Marista en marzo y ordenado en abril de 1843, marcha con Mons. Douarre, asiste a la consagración de Mons. Bataillon en Wallis y llega a Nueva Caledonia a finales de diciembre de 1843. Tiene 26 años. Encagado de la misión de Balade durante la ausencia de Mons. Douarre, funda la estación de Baïao. El ataque de esta última por los indígenas se salda con la muerte del hermano Marmoiton y obliga a los maristas a replegarse en Anatom y después en Sidney, donde no se queda.

Vuelve a Anatom, y cuando retorna su Vicario apostólico va a Futuna, después a la isla de los Pinos, y en 1850 regresa a Balade.

Desde 1853, tras la muerte de Mons. Douarre, él dirige durante veinte años la misión de Nueva Caledonia, después La Concepción, sin querer el título de Vicario.

En 1874, Mons. Vidal, recién nombrado Vicario apostólico, se encarga de Puebo.

En 1894 marcha a ocuparse durante dos años de los leprosos de Belep, después vuelve a Balade, donde termina sus días.

ROULLEAUX François Joseph: 1805 en Beauchêne, Orne – 1876 en Chartres, Eure-et-Loire

Misionero en Nueva Zelanda en 1841, se ordena de sacerdote algo menos de un mes más tarde y se hace marista en 1842. Al año siguiente es enviado a Futuna y en 1844 a Lakeba, en Fidji.

Tras diez difíciles años, deja la misión en 1855 y vuelve a Francia

ROZET Joseph: 1813 en Neuville-sur-Saône – 1884 en Monbel, La Crau, Var

Sacerdote diocesano, llega a Kororareka en 1841, y queda en Nª Zelanda hasta febrero de 1853. Vuelve a Francia y hace la profesión religiosa.

SAGE Joseph: 1821 en Chirens, Isère – 1876 en Apia, Samoa

Enviado a Rotuma, destrozada por las guerras tribales, aprende la lengua local. En 1853 va a Apia. En 1858 funda la estación de Lotofaga. Nombrado procurador del vicariato de Oceanía Central, funda una escuela de catequistas.

Hº Sauveur (Andrè) CONIL: 1816 en Barret-de-Lioure, Drôme – 1878 en Saint Marcel, Drôme

Marista en 1847, impresor profesional, se encarga en Wallis de la imprenta y publica diccionarios, catecismos. gramáticas latinas y libros de canto. Volverá a Francia.

SÉON Antoine: 1807 en Lyon, Rhône – 1878 en Meanee Flat, Nueva Zelanda

Primeramente profesor en el seminario de Belley, después director y ecónomo hasta el año 1836, forma parte de la primera expedición de maristas. Llega a Nueva Zelanda en 1840 y pasa allí toda su vida.

SERVANT Catherin: 1807 en Grézieu-le-Marché, Rhône – 1860 en Futuna

Ordenado en 1832, pasa a ser capellán de los Hermanos Maristas del P. Champagnat. Profesa en 1836 y forma parte de la primera expedición. Pasa cuatro años en Nueva Zelanda.

Toma el relevo de Pierre Chanel en Futuna, donde funda dos parroquias y escribe su historia de 1842 a 1856. Al cabo de trece años, consumido por la fiebre y la elefantíasis, marcha a Sidney, donde queda dos años. Los dos años siguientes los pasa en Upolu y Tutuila de Samoa. Su estado de salud le obliga a ir de nuevo a Sidney y hace escala en Futuna para preparar allí la beatificación del P. Chanel.

Muere con cincuentra y tres años.

SIMONET Charles

Marinero del *Astrolabe* en 1827, deserta, lo encuentran, es encarcelado y después liberado, merced a su excelente pilotaje, por Dumont d'Urville. Entonces se casa en Vava'u con Louise Finao. Cuando pasa el padre Bataillon en octubre de 1837 hace que se bendiga su matrimonio; eso le vale ser expulsado. Y en 1842 marcha a instalarse en Wallis. Está al servicio de los maristas como piloto; después, en 1848 se instala en Tahití.

Hº Sorlin (Fabien) GENTES: 1818 en Issarlès, Ardèche – 1903 en Levuka, Fidji

Marista en 1849, es enviado a asisitir al padre Bréhéret en Fidji, donde se revela como excelente fabricante y reparador de barcos.

TADINAN Louis Charles

Laico, miembro de una fratria de cuatro chicos, es adoptado según la costumbre caledoniana por los misioneros. Al volver de un viaje a Sidney, es bautizado y será el primer caledoniano admitido a comulgar. Inteligente, asturo, los maristas le deben en parte, conjuntamente con el joven jefe Michel, la supervivencia en Balade y Puebo. Hecho catequista, ejercerá su ministerio durante más de cuarenta años, y con gran consideración debido a su rango, pues se había casado con la hija de un jefe.

TARAGNAT Jean: 1816 en Issac-la-Tourette, Puy-de-Dôme – 1878 en Numea, Nueva Caledonia.

Huérfano, Guillaume Douarre toma gran afecto a este jovencísimo albañil. En 1842 es novicio marista; va a Oceanía con el nuevo obispo de Amata, como hermano coadjutor.

En 1850 está en la Isla de los Pinos y hace de intérprete del comandante d'Harcourt, que dirige la expedición científica del *Alcmène.* Entonces ayuda a descubrir a los asesinos del bote de esa corbeta y a liberar a tres marineros retenidos como prisioneros.

En 1852, ante la dificultad de vivir la vida comunitaria, pide dispensa de votos y se hace empresario en Australia. Hace fortuna y se casa con Jeanne Marie Gouge, emigrante francesa. En 1860 vuelve a Nª Caledonia, donde adquiere cierta notabilidad.

De 1873 a 1875 habita en Vichy, Francia, después vuelve a Nueva Caledonia. Al morir lega al obispado una de sus propiedades, en la que se encuentra ahora la iglesia Saint Jean.

THOMASSIN Joseph: 1818 en Battigny, Meurthe-et-Moselle – 1891 en La Concepción, Nueva Caledonia

Sacerdote y marista en 1844, en 1845 asiste a la muerte de Mons. Epalle en isla Isabel y a la de los misioneros de San Cristóbal. Replegado a Woodlark, queda allí hasta 1854; es enviado a Touho en Nueva Caledonia. En 1852 puede escapar por poco de un incendio; ejerce su ministerio en Belép y después en La Concepción hasta el final de sus días.

TRAPENARD Pierre: 1813 en Chartreix, Puy-de-Dôme – 1892 en Saint Marcel, Drôme

Marista en 1847, deja Sidney para ir a Woodlark donde conoce la muerte de Mons. Collomb. Queda allí hasta 1852 y, tras el abandono de la misión, pasa cinco años en Villa Maria, Sidney. Vuelve a Francia, donde muere a los setenta y nueve años.

TRIPPE Jean André: 1797 en La Garde, Var - ?

Misionero en Nueva Zelanda, se encarga de la colonia francesa de Akaroa. En desacuerdo con Mons. Pompallier, pide ser cambiado a Oceanía central. Al no concedérsele, solicita volver a Francia. Abandona la Socicedad en 1847

VACHON Xavier: 1818 en Givors, Rhône – 1880 en Rochefort, Landes

Sacerdote y marista en 1844, marcha en el segundo grupo de misioneros para Samoa. Habita en Mulinu'u, después en Vailele y en Lealatele. Excelente jinete y marinero, cazador de palomas torcaces, posee un notable conocimiento de los samoanos.

Debido a problemas de salud, en 1848 es enviado a Nueva Caledonia y después repatriado a Francia, donde muere a los sesenta y dos años.de edad.

VERGUET Léopold: 1817 en Carcassonne, Aude – 1914 en Carcassonne.

Sacerdote en 1843, llega a Oceanía el 1845 a bordo del *Bussorah Merchant* y queda cuatro meses en Sidney. Embarca en el *Marian Watson*, se detiene en Nueva Caledonia y después parte para las islas Salomón, donde es testigo de la muerte de Mons. Epalle. Se instala en San Cristóbal. Después de una estancia en Sidney para curarse, acompaña al padre Viard, que ha sido consagrado obispo en Nueva Zelanda, y parte para Nueva Caledonia. Está en Pueblo con el padre Rougeyron cuando los escapados del ataque de Baïao van allí a refugiarse, después vuelve a Sidney a bordo del *Brillante* y de allí a Francia. En su diócesis, el canónigo Verguet es un apasionado de la fotografía y restauración de la ciudad de Carcassonne, realizada por Viollet-Le-Duc.

Etnógrafo y artista, ha dejado preciosos documentos iconográficos: tatuajes de neocelandeses y salomonianos, estudios de piraguas, de la flora y de la fauna, paisajes de lugares importantes e incluso planos hidrográficos, validados por las autoridades marítimas.

VERNE Pierre: 1807 en Sathonay, Ain – 1881 en Apua, Samoa

Ordenado a los 25 años, marista en 1845, marcha a Rotuma. En 1853 se establece en Aleipata, de islas Samoa. Pro-vicario de Samoa, acaba sus días en Apia a los setenta y seis años.

Mons. VIARD Jean Marie: 1809 en Lyon, Rhône – 1872 en Wellington, Nueva Zelanda

Sacerdote diocesano de Lyon en 1834, marista en 1839, instalado en Nueva Zelanda, acompaña a Mons. Pompallier a Futuna para recuperar los restos mortales de Pierre Chanel. Nombrado provicario en 1842 cuando la división del vicariato, vuelve a Nueva Zelanda. Después acompaña a Mons. Douarre a Nueva Caledonia. A petición del obispo, se queda allí dos años porque habla bien el walisiano.

En octubre de 1845 es reclamado por Mons. Pompallier y va a juntarse con él en Sidney, donde es consagrado obispo coadjutor de éste el 4 de enero de 1846.

En 1848 es nombrado administrador apostólico de Wellington, diócesis de la que será obispo en 1860. En 1868 es llamado al concilio Vaticano I.

Después de haber visitado en Wallis a Mons. Bataillon, que no quiere ceder Tonga, Wallis y Futuna a Mons. Popallier, Mons. Viard regresa a Nueva Zelanda.

VIGOUROUX Jean Baptiste: 1816 en Aurillac, Cantal – 1898 en Saint Louis, Nueva Caledonia

Después de oir una conferencia de Guillaume Douarre en 1848, este joven sacerdote decide hacerse marista; en 1849 se encuentra en Anatom. Cierra la misión, en la que hace estragos el paludismo, y se instala en la isla de los Pinos. Va a Balade y asiste a la muerte de Mons. Douarre y a la toma de posesión de Nueva Caledonia por el almirante Febvrier-Despointes en 1853.

Permanece dos años en Touho, cuatro en Wagap, tres en Numea y treinta y nueve en San Luis. Tras su paso, deja numerosas iglesias.

VILLIEN Grégoire: 1812 en Aime, Savoie – 1848 en Rook

Enviado a Rotuma en 1845, encuentra en Woodlark a Mons. Collomb y marchan juntos a Rook. Muere de fiebres a los treinta y seis años.

VIOLETTE Louis Théodore: 1811 en Sauvillars-Mongival, Somme – 1887 en Apia, Samoa

Marista en 1844, es el primer padre nombrado a Samoa con el padre Roudaire y los hermanos Charles Aubert y Jacques Peloux. Pasa varios años en Jeatele, Sava'i, vive en Safotulafai y finalmente en Apia como provicario del archipiélago de las silas Samoa.

Glosario

Administrador apostólico: sacerdote u obispo, nombrado por la Santa Sede, al frente de una jurisdicción eclesiástica.

Coadjutor: del latin "*adjuvare*" ayudar; el obispo o el vicario aspostólico pueden tener un coadjutor, es decir, un prelado encargado de ayudarle. En Oceanía, las distancias tan grandes de un territorio a otro hacen más necesaria aún la presencia de coadjutores. Con el progreso de la Misión, muchas veces, el territorio destinado al coadjutor es erigido como vicariato autónomo. Así, Mons. Douarre, coadjutor al comienzo de Mons. Bataillon y encargado de Nueva Caledonia, pasa a ser el primer vicario apostólico de este territorio.

Diócesis: La sustitución de un vicario por un obispo muestra que la Iglesia está ya bien implantada; el territorio considerado como tierra de misión, dependiente de la Sagrada Congregación de la Propaganda, se constituye después en diócesis.

Organización de la congregación: La Sociedad de María es una congregación religiosa, cuyos miembros son Padres (sacerdotes religiosos) y hermanos (religiosos laicos). Para distinguir un religioso sacerdote de un sacerdote diocesano se suele poner "padre" o "reverendo padre" delante de su nombre; la expresión "reverendísimo padre" está reservada normalmente para el superior general, que está al frente de la Sociedad de María y es ayudado en su tarea por unos asistentes. El religioso responsable de una región o de un territorio es llamado "padre provincial" y el encargado de una comunidad, "padre superior". El "visitador" es un religioso enviado por la administración general de la congregación a visitar a los padres y hermanos para dar cuenta de su situación.

Prefecto apostólico: el prelado que se encarga de un territorio (Prefectura apostólica), pero que no es obispo y depende directamente

de la Sagrada Congregación de la Propaganda. Esta organización no tiene lugar más que al comienzo de la misión.

Vicario apostólico: prelado ordenado obispo y encargado de un territorio (vicariato apostólico) que no posee el status de diócesis. La transformación de una prefectura en vicariato apostólico indica el progreso de la misión.

En las Misiones, los vicarios apostólicos son ordenados obispos, pero el territorio de su jurisdicción no es considerado como obispado y no pueden llevar el nombre de obispo. Se les suele dar el título de un obispado desaparecido; suelen ser obispados que desaparecieron tras las conquistas musulmanas, de donde procede el nombre de obispo "*in partibus infidelium*", es decir, en zonas infieles.

En numerosas cartas, los vicarios apostólicos aparecen designados por su título de obispo y no por su estado civil. Damos su nomenclatura para facilitar la comprensión de los documentos:

Mons. de Maronea (Jean Baptiste Pompallier; Mons. de Enos (Pierre Marie Bataillon); Mons. de Amata (Guillaume Douarre); Mons. de Sion (Jean Baptiste Epalle); Mons. d'Antiphelles (Jean George Collomb); Mons. de Ortosia (Philippe Viard).

Bibliografía

1. **Bibliografía y obras de referencia**
2. **Historia general del Pacífico y de Oceanía**
3. **Historia general del cristianismo**
4. **Historia de la Sociedad de María**
5. **Historia de las misiones, generalidades**
6. **Historia de las misiones e iglesias en Oceanía**
7. **Historia de los archipiélagos**
   - **. Australia – Nueva Zelanda**
   - **. Polinesia –Samoa . Fidji**
   - **. Wallis – Futuna**
   - **. Nueva Caledonia**

1. Bibliografía y obras de referencia

BOSCH David Jacobus, *Dynamique de la mission chrétienne: histoire et avenir des modéles missionaires*, Paris Karthala, 1995

BRIA Ion, *Dictionnaire œcuménique de missiologie: cent mots pour la mission*, Peris, Cerf, 2001

HENKEL Wili, *Bibliographia Missionaria* LIX – 1995; LX – 1996, Pontifical Urban University, Vatican, 1996-1997.

LAL Brige V., FORTUNE Kate, *The Pacific Islands: an encyclopedia,* University of Hawai'i Press, 2000

O'REILLY Patrick, *Bibliographie métodique, analytique et critique des Iles Wallis et Futuna*, Musée de l'Homme (Societé des Océanistes); Paris 1964.

PRUDHOMME Claude, COMBY Jean, GADILLE Jacques, *Bibliographie d'histoire religieuse contemporaine*, Lyon, 1981

2. Historia general del Pacífico y de Oceanía

ALDRICH Robert, *The French Presence in the South Pacific, 1842.1940*, Basingstoke, Macmillan, 1990.
BARE Jean François, *Le malentendu Pacifique,* Paris, Hachette, 1985.
BLAIS Hélène, *Voyage au Grand Océan*, Paris C.T.H.S. Géographie 2005.
CAMPBELL Ian Christopher, *Worlds Apart: a History of the Pacific Islands*, 2003
CAMPBELL I. C. y LATOUCHE Jean Pierre, *Les insulaires du Pacifique. Histoire et situation politique*, Paris, Presses Universitaires de France, 2001.
DENNON Donald *et al.* (dir.), *History of the Pacific islanders*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997.
DUNMORE John, *Visions and Realities: France in the Pacific, 1695-1995,* Heritage Waikanae Press, NZ, 1997.
FISCHER Steven et Roger, *A History of the Pacific Islands*, New York, Palgrave Macmillan, 2002.
HAMY Ernest-Théodore, *Mémoires pour servir à l'histoire des découvertes géographiques et ethnographiques en Océanie*, Paris Delagrave, 1878.
HENRICY Casimir, *Histoire de l'Océanie depuis son origine jusqu'en 1845*, Paris Pagnerre, 1845.
JULIEN Charles André, *Histoire de l'Océanie,* coll. «Que sais-je?», Paris Presses Universitaires de France, 1971.
LAMBEL (de) Alexandre, *L'Océanie,géographie, histoire, colonisation, depuis les premiers explorateurs jusqu'á nos jours*, Tours, Mame et fils, 1884.
MORRELL William Parker, *Britain in the Pacific Islands*, Oxford, Claredon Press, 1960.

3. Historia general del cristianismo

LE GOFF Jacques, REMOND René (dir.), *Histoire de la France religieuse*, tomo 3, Paris, Seuil, 1991.
MAYEUR Jean Marie (dir.), *Histoire du christianisme des origines à nos jours*, tomo XI, Libéralisation, industrialisation, expasion européenne 1830-1914, Paris, Desclée de Brouwer, 1996.

4. Historia de la Sociedad de María

COSTE Jean, LESSARD Gaston, *Origines Maristes 1786-1836,* Tomo 1, documents contemporains, Roma, Padri Maristi 1960.
- Tomo 2, données narratives recueillies avant la démission du père Colin, Roma 1961.
- Tomo 3, de la controverse à l'histoire après la démission du père Colin, Roma, 1965
- Tomo 4, compléments à l'histoire et index, Roma 1967.

COSTE Jean, *Cours d'histoire de la Société de Marie, Pères maristes 1786-1854,* Roma, Padri Maristi, 1965.

FORISSIER Antoine, *Présences de Marie: fondatrices et fondateurs de la famille mariste*, Paris, Nouvelle Cité, 1990.

LESSARD Gaston, *Colin «sup»: Documents pourl'étude du généralat de Jean Claude Colin (1836-1854)*, Tomo 1, De l'élection au voyage à Rome (1836-1842), Roma 2007.

5. Historia de las misiones, generalidades

ANONIMO, *Les missions catholiques françaises au XIX siècle*, tomo 4, Océanie, Madagascar, Paris 1901.

COMBY Jean, *Deux mille ans d'évangélisation*. Paris, Desclée, 1992.

COMBY Jean (dir.), *Diffusion et acculturation du christianisme (XIX-XXs). Vingt-cinq ans de recherches missionologiques par le CREDIC*, Paris, Karthala, 2005.

ETEVENAUX Jean, *Histoire des missions chrétiennes*, Saint Augustin, Saint Maurice, 2004.

MONT-ROND (du) Maxime, *Missions d'Amérique, d'Océanie et d'Afrique. Lettres, récits et fragments divers,* Extraits des *Annales de la Propagation de la Foi*, Lille, L. Lefort, 1846.
- *Les missions en Océanie au XIX siècle*, Rouen, Mégard, 1869.

PIOLET Jean Baptiste, *Les missions catholiques françaises au XIX siècle*, Paris, A. Colin 1901-1903, tomo 4 Océanie

PRUDHOMME Claude, *Stratégie missionaire du Saint-Siège sous Leon XIII (1878-1903)*, Collection de l'École Française de Rome, 1994.
- *Missions chrétiennes et colonisation*, Paris, Cerf, 2004.

ZORZ Jean François, *Le grand siècle d'une mission protestante: la Mission de Paris de 1822 à 1914*, Paris, Karthala, Les bergers et les mages, 1993.

6. Historia de las misiones y de las Iglesias de Oceanía

ANGLEVIEL Frédéric (dir.), *Religion et sacré en Océanie*, Actes dudouzième colloque CORAIL, L'Harmattan, 2000

ANONIMO*, Missions de l'Océanie*, Paris 1853

- *Centenaire des missions maristes en Océanie 1836-1936*, Lyon, Vitte, 1936.

ALAZARD Ildefonse, *Essai de bibliographie picpucienne. Missions de l'Océanie Orientale, Iles Marquises, Tahiti, Tuamotu, Iles Gambier, Iles de Pâques, Iles Cook, Iles Sandwich*, Braine-le-Comte, Maisomère, 1912 (Extrait des Annales de Sacrés.Coeurs).

DUBOIS L., *Les missions maristes d'Océanie*, Paris, Maison de la Bomme Presse, 1926.

GARRET Niel, *To live among the stars: Christian origins in Océania*, Suva, University of the South Pacific Press, 1982

GUSSON Niel, *Messengers of grace: evangelical missionaries in the South Seas 1797-1860*, Oxford, Oxford University Press 1878

HODEE Paul, *Tahiti 1834-1894:150 ans de vie chrétienne en église*, Paris, Éd, Saint Paul, 1893.

LAUX Claire, *Les théocraties missionaires en Polynésie durant le premier XIX siècle*, thèse d'histoire, université de Bordeaux III, 1998, 2 tomos.

MANGERET Antoine, *Monseigneur Bataillon et les missions d'Océanie Centrale*, Lyon, Vitte, Paris, Lecoffre, 1884, 2 vol.

MARCEAU Auguste, *Des missions catholiques dans l'Océanie*, Lyon Impr. De Dumoulin, Ronet et Sibuet, 1845.

MIJOLLA (de) Marie Cécile, *Les pionnières maristes en Océanie aux origines des sœurs missionaires de la Societé de Marie, 1845-1931*, Rome S.M.S.M., 1980

ROZIER Claude, *Un bâtisseur de la chrétienté: Monseigneur Bataillon*, Paris, Missions des îles, nº 60, 1955.

SOCIETÉ DE MARIE*, Annales des missions d'Océanie, Corespondance des premiers missionaires*, Lyon, Vitte, 1895, tomo 1, Nouvelle Zelande, Océanie centrale: I. Ile de Futuna; II Ile de Wallis.

TOULLELAN Pierre-Yves, *Misssionaires ai quotidien à Tahiti. Les picpuciens en Polynésie au XIX siècle*, Leiden, E.J. Brill, 1995.

WILTGEN Ralph M., *The Founding of the Roman Catholic Church in Océania, 1825 to 1850*, Canberra, Australian National University Press, 1979.

7. Historia de los archipiélagos

. **Australia y Nueva Zelanda**

HOSIE John, *Chalenge, the Marists in colonial Australia*, Sidney, Allen & Unwin, 1987.
MONFAT Antoine, *Les origines de la foi catholique dans la Nouvelle Zelande, les Maori*, Lyon Vitte, 1896
SIMMONS Ernest, *Pompallier, prince of bishops*, Auckland, CPC, 1984

. **Samoa y Fidji**

BLANC Joseph, *Histoire religieuse de l'archipel fidjien*. Toulon, Imp. Jeanne d'Arc, 1926, 2 tomos
KNOX Margaret, *Voyage of Faith: the Story of the First 100 years of Catholic Missionary, Endeavour in Fidji and Rotuma*, Catholic Archidiocese of Suva. 1997.
MAC DONALD Monica, *The Samoans and L.M.S. christianity 1830-1860*, Australian National University, 1974
MONFAT Antoine, *Les Samoa ou archipel des navigateurs*, Lyon, Vitte, 1890.
- *Les premiers missionaires des Samoa*, Paris, Vitte, 1923.

. **Wallis y Futuna**

ANGLEVIEL Frédéric, *Walis et Futuna 1801-1888. Contacts, évangélisations, inculturations*, thèse de doctorat en histoire, Université de Montpellier III. 1989.
BOUGE Louis-Joseph, *Notes sur la population des îles Wallis, placées sous la protection de la France en 1842*, Paris, Revue d'ethnographie et de sociologie, Tomo 4, 1913, p. 428-439.
DELBOS Georges, *L'église catholique à Wallis et Futuna*, CEPAC, Suva.
MALLET Stanislas, *Iles Wallis. Extrait d'un rapport fait à M. de Contre-almiral Dupettit-Thouars… sous la date du 10 fevrier 1843*, Paris, Revue coloniale, t. 1, 1843, p. 111-128
OFFICIER du *Bucéphale, Relation d'un officier de marine présent au sacre de Monseigneur Bataillon,* s.l.n.d., décembre 1843.
OFFICIER de la *Zebra*, *Massacre of the crew of the ship Oldham by the natives of Walles Islands*, London, *National Magazine*, 1833, vol. 17, nº 17, p. 376-383.
O'REILLY Patrick, *Chronologie de Wallis et Futuna*, Paris, Journal de la Société des Océanistes nº 19, 1963, p. 12-45.
ROZIER Claude, *Écrits de S. Pierre Chanel*, Édition des Pères maristes, Rome 1960.
SERVANT Louis Catherin, *Écrits,* présentés par Claire Moyse-Faurie, avec la collaboration technique d'André Dufour, Paris, Téqui, 1996.

. **Tonga**

LUTUFEKU Sione, *Church and state in Tonga. The Wesleyan Mathodist Missionaries and political development 1822-1875*, Canberra, Australia National University Press, 1974.
MONFAT Antoine, *Les Tonga et le R. P. Chevron*, Lyon, Vitte, 1893
TOUTAIN Caroline, *Présence et perceptions maristes à Tonga 1840-1900,* Talence, Centre de recherche sur les espaces tropicaux, 1996.

. Nueva Caledonia

DELBOS Georges, *L'église catholique en Nouvelle Calédonie*, Paris, Desclée, 1993.
DECKKER (de) Paul, *Le peuplement du Pacifique et de la Nouvelle Calédonie au XIX siècle*, Colloque UFP-PAC 93, Paris, L'Harmattan, 1994.
PERSON Yves, *La Nouvelle Calédonie et l'Europe (1774-1854),* Nouvelles éditions latines, 1954
ROZIER Claude, *La Nouvelle Calédonie ancienne*, Paris, Fayard, 1990.
-*L'église catholique sur le caillou*, Nouméa, Ile de Lumière, 1997.

Indice onomástico

Adelaida (hermana del rey Luis Felipe) 91
Ahipara (tribu de Nª Zelanda) 119
Aimé Mallet (hermano marista) 629,633,652,654,664,665.667
Akaroa(puerto y bahía de Mª Zelanda) 112, 126, 148, 156, 157, 184, 186,191, 201.
Alcmène (corveta) 662, 724
Allier (corveta) 157, 240, 242, 247, 704
Alo (distrito de Futuna) 237, 238, 309
Alofi (isla) 267, 268, 305, 314
Ami (islas Tonga) 46, 99, 100, 105, 219, 243
Amon (Claude) Deperron (hermano marista) 126,130
Anatom (Nuevas Hébridas) 605, 607, 609, 610, 612,614, 617-621, 626, 627, 629-636, 638, 640, 654
Anliard J. B (padre marista) 537, 630, 633
Anet Pérol (hermano marista) 377, 385, 413
Anonyme (brick) 520, 521, 587, 588, 601, 614
Apu (pueblo de Nueva Caledonia) 584
Apia (Samoa) 53, 277, 374, 414, 421, 423, 425, 428, 430-432, 439, 453, 460, 470, 475, 679
Arche d'Alliance (barco) 282, 287, 313, 415, 434, 453, 519, 520, 588, 609, 612, 617, 626, 627, 638, 639, 691, 715
Ariane (corbeta) 638
Arossi (distrito isla San Cristóbal) 485, 492
Astrolabe (fragata) 92, 103, 431, 479
Atlas (brick-goleta) 154
Attale Grimaud (H. Marista), 114, 124, 146, 239, 255, 335, 339, 352, 353
Auckland (Nª Z.) 55, 145, 146, 155, 160, 178, 183, 190, 194, 205-207, 209, 210, 564
Auguste Leblanc (Hº marista) 636
Aukena (Gambier) 94-97
Bahia de las islas (Nª Z.) 114, 242, 252, 344, 587
Balade (puerto de Nª Caledonia). 12, 352, 364, 477, 533, 541, 543, 544, 546-548, 552, 573,

580, 587, 598, 600, 630, 635, 645, 648, 656, 658, 665, 674, 678, 680
Banks (península de Nª Z.), 112, 184, 186
Basile (Michel) Monchanin (hermano marista) 702
Bataillon P. (padre marista) 31, 36, 66, 78, 102, 104-106, 124, 145, 214, 215, 219, 237-239, 250, 152-257, 262, 265, 277, 278, 282, 290, 292, 301, 304, 306, 314, 323, 329-331, 352, 353, 358, 372, 374, 377, 379, 388, 395, 397, 414, 419, 421, 423. 428, 430, 434, 453, 461, 470, 475, 537, 541, 546, 569, 634, 639, 647, 679
Baty C. (padre marista) 114, 146, 160, 173, 178, 186
Baudry (doctor) 587, 592, 595
Belley (Ain) 73, 74, 117, 131, 141, 143, 419, 649, 697, 698
Benedicto XIV (papa) 75, 512
Bernard J.S. (padre marista) 703
Bernin C (padre marista) 630, 634
Bertrand (Claude) Besselles (hermano marista) 477, 587, 589, 591, 593, 594, 636, 645
Blaise Marmoiton (hermano marista) 541, 708
Boag T. (marinero) 103, 104, 238
Buena Esperanza 101,106, 468
Bonou Y (jefe de la isla de los Pinos) 604 655
Bordeaux (Gironde) 81, 85, 114, 355, 681, 695
Borjon M (padre marista) 141, 145, 146, 187
Bouarate Basset (jefe de Hienghène) 560, 587, 630-632, 680
Bouéone (jefe de la región de Balade) 587-590, 593, 596, 599
Bréhéret J.-B. (padre marista) 269, 377, 379, 384-386, 388, 397, 404, 413, 670, 701
Bret C. (padre marista) 36,78, 83
Brillante (corbeta) 533, 600, 611, 638, 704
Bruat A. L. (almirante) 253, 259, 261, 265, 541, 544
Bucéphale (corbeta) 255, 258, 262, 356, 543-545, 552

Calinon P. (padre marista) 358, 360, 361, 367-371, 374, 375, 384, 437, 556
Calliope (corbeta inglesa) 372
Caret F. T (padre del Picpus) 92
Chanel P (padre marista) 36, 78, 93, 94, 102, 104-106, 117, 124, 137, 141, 156, 237-249, 257, 264, 267, 268, 270-272, 276, 277, 292, 293, 301, 304, 318, 413, 597
Chapuy A (padre marista) 629, 633
Charise (Jean Pierre) Gras (hermano marista) 418, 453, 470, 473
Charles Edouard Aubert (hermano marista) 421, 435
Chatelut J. (padre marista) 627, 630, 631, 641
Chaurain S (padre marista) 477, 480, 482, 642
Chevron J (padre marista) 38, 114, 124, 146, 159, 237, 239, 243, 246, 252, 256, 293, 335, 337, 346, 352-355, 358, 360, 364, 366, 367, 375, 391
Chouvet A. (padre marista) 160
Colin J. C. (superior general de la Sociedad de María) 11, 19, 32-34, 36, 53, 67, 75, 77, 82, 93, 103, 118, 120, 127-129, 133, 136, 145, 160, 173, 204, 219, 237, 250, 255, 262, 269, 282,

289, 292, 296, 306, 313, 315, 322, 324, 326, 327, 329, 352, 358, 367, 370, 374, 384, 409, 411, 418, 423, 434, 435, 458, 461, 464, 467, 470, 473, 537, 544, 570, 604, 605, 626, 629, 630, 640, 641, 664, 665, 667, 671, 674, 676, 678, 681, 695-698

Collomb J. G (padre marista) 178, 182, 283, 414, 416, 496-498, 512, 520, 523, 533, 534, 587, 612
Colomban (hermano del Picpus) 92, 93, 101
Comte J. B. (padre marista) 114, 130, 146, 160, 186, 191
Constantine (fragata) 680
Cook (estrecho) 183, 209
Crey C (padre marista) 495, 496, 520, 534
Croker W (capitán) 351

Dampier (estrecho) 521, 535
Delphine (navío francés) 87
Déodat (Jean) Villemagne (hermano marista) 146
Devie A. R (obispo de Belley) 131, 697
Dezestt L. (padre marista) 329, 331, 396, 418, 419
Douarre G (padre marista) 43, 254, 255, 259, 260, 282, 313, 329, 352, 355, 470, 541, 543, 544, 549, 553, 586, 602, 629, 634, 645, 671
de Bouzet E. (marqués) 240
Du Petit-Thouars A.A. (almirante) 92, 98, 262, 544
Dubreul A ó Dubreuil (padre marista) 306, 364, 453, 474, 556
Ducrettet E (padre marista) 397
Dumont d'Urville (comandante) 56, 92, 213, 363, 379, 407, 431, 480, 502, 578, 581

Elie-Régis (Étienne) Marin (hermano marista) 114
Embuscade (corbeta) 250-253
Emery (Pierre) Roudet (hermano marista) 709
Epalle J.-B (padre marista) 114, 128, 313, 477, 480, 549, 556
Étoile du Matin (navío) 266, 267, 318, 364, 414, 421, 425, 647, 648
Europa (brick americano) 88
Eymard P. J. (padre marista) 145, 573

Faairy Queen (navío) 191
Falealupo (puerto en Savai'i) 52, 423, 424
Favier J.-V (padre marista) 268, 272, 274, 292, 402, 411, 413, 414, 419
Febvrier-Despointes A (almirante) 676
Fidji (islas) 50, 61, 99, 100, 105, 148, 159, 213, 214, 219, 231, 232, 234, 269, 303, 307, 324, 325, 331, 344, 358, 362, 364, 371, 373, 373, 377, 379, 381-384, 386, 387, 395, 396, 402, 404, 405, 413, 418, 419, 451, 461, 537, 584
Florentin (Jean Baptiste) Françon (hermano marista) 114
Fonbonne C. L. (sacerdote diocesano) 418
Forest J (padre marista) 145, 160, 161, 193, 196, 413
Forestier B (padre marista) 630, 632, 633, 645, 648, 667, 668, 673-675, 678, 680
Fransoni G F (cardenal prefecto de *Propaganda Fide*) 31, 151, 159, 532
Frémont J. P (padre marista) 477, 480-482, 496, 497, 520, 523, 533-535, 680

Futuna (isla) 8, 13, 61, 64, 102-106, 145, 148, 157, 214, 215, 237-250., 257, 262, 263, 265, 267-272, 275, 276, 282, 289, 292, 293, 295, 296, 298, 299, 301, 302, 304, 305, 307, 311, 314-319, 323, 326, 327, 329, 331, 340, 362, 364, 377, 382, 395, 396, 402, 413, 414, 418, 419, 448, 458, 467, 585, 597, 633, 634, 645-647, 652, 655, 656, 659, 702-706, 708, 709, 711-715, 718-720, 722, 723, 729, 732, 733, 749, 753
Gagnière M (padre marista) 618, 621, 633
Gambier (islas) 50, 64, 65, 85, 88, 92-95, 97, 214, 721, 732
Garin A (padre marista) 53, 55, 137, 145, 146, 160, 196, 200, 202, 205, 209, 210
Garnett H (armador inglés) 711
Gennade (Jean Pierre) Rolland (hermano marista) 477, 711
Georges (rey de Tonga) 215, 371, 372-374, 377
Gérard Fougerouse (hermano marista) 712
Gomène (jefe de Balade) 589, 590, 592, 593, 597, 599, 649
Gorée (isla de Senegal) 259
Goujon P (padre marista) 621, 625, 627, 633, 635, 639, 645, 702
Grange J (padre marista) 146, 159, 202, 252, 256, 341, 347, 351-353, 356, 358, 384, 569, 587-593, 600, 611, 618, 631
Gregorio XVI (papa) 31, 95, 698
Grenoble (Isère) 74, 702
Grézel I (padre marista) 293, 301, 304, 315, 318, 330
Guasup (lugar al sur de la isla de Woodlark) 502, 534
Ha'apai (Tonga) 335, 344, 346, 363, 365, 370, 371, 705
Hahake (pueblo de Tonga) 368, 369
Harcourt B.G.M. (comandante) 662, 724
Haut-Cilly (comandante de barco) 87, 88
Hemptonstall T. P. (monje benedictino) 120
Héroïne (corbeta) 266, 267
Hienghène (Nueva Caledonia) 595, 630-632
Hobart Town (Tasmania) 662
Hokianga (pueblo de Nueva Zelanda) 113, 119, 136, 137, 146, 153, 160, 707, 714
Home E. (comandante) 372, 373
Hornos (cabo) 23, 83, 87, 106, 120, 234, 703
Houlé (fuerte de Tonga) 343
Hutt (río de Nueva Zelanda) 184, 194
Hyacinthe (Joseph) Châtelet (hermano marista) 477, 497, 520, 534, 712, 713, 718

Isla de los Pinos (Nueva Caledonia) 537, 541, 607, 621, 623, 625-626, 630, 632-634, 701, 703, 704, 706, 708, 710-712, 722, 726

Jacques Peloux (hermano marista) 421, 434, 435, 453, 458, 726
Jacquet C (padre marista) 144, 477, 480, 483, 495. 497, 520, 534, 712, 718
Jaricot P. (obra de la Propagación de la Fe en Lyon) 30, 147, 719
Jean Raynaud (hermano marista) 361, 368, 375
Joseph Muraour (hermano marista) 322, 323

Joseph Reboul (hermano marista) 629, 645
Joseph Xavier (Jean Marie) Luzy (hermano marista) 36, 78, 102, 215, 304, 307, 461, 713
Joubert (familia de negociantes en Sidney) 121, 642, 643
Junillon F (padre marista) 67, 322, 324, 327, 328, 364, 565, 569

Kadeo (lugar de la isla de Woodlark) 502
Kaipara (pueblo de Nueva Zelanda) 119, 124, 160, 201
Kanak (indígenas de N Z) 44, 48, 347
Kanala (puerto de Nueva Caledonia) 628, 680
Kolopelu (lugar del distrito de Alo) 292, 301-304, 307-309, 314, 326, 327, 719

Le Pérouse J. F. (explorador) 27, 43, 63, 213, 451
Laferrière (comandante) 352, 355, 356, 544, 547
Lakeba (Fidji) 148, 371, 377, 380-384, 386, 388, 389, 391, 393-397, 408, 409, 701, 715, 722
Lampila J, (padre maristas) 146
Laval L.J. (padre Picpus) 50, 64-66, 92
Lavaud C.F. (comandante) 126, 148, 156, 174, 239, 661, 705
Le Calennec P.A. (doctor) 251
Le Conte (comandante) 566
Le Havre (puerto) 78, 81, 82, 86, 87, 120, 121, 282, 313, 371, 637
Leava (bahía isla Futuna) 267, 304
Lefer de la Motte (lugarteniente) 600
Léocadia (navío) 617
Levuka (Fidji) 397, 408, 715, 723
Lewis (capitán 627, 628, 632
Lifou (isla archipiélago Loyalty) 615, 703, 718
London Missionary Society, 10, 29, 33, 34, 43, 47, 50, 57, 59, 98, 213, 232, 335, 377, 421, 427, 541, 621
Luis Felipe (rey) 87, 98, 112, 262, 566, 661
Louis Pierre Pichelin (harmano marista) 714
Loyalty (islas) 607, 613, 627
Luc Macé (herm, manrista) 714
Lucien (Jean François Régis) Manhaudier (herm. marista) 413
Lyon (Rhône) 5-8, 14, 18, 74, 82, 117, 148, 155, 158, 246, 252, 253, 270, 282, 388, 460, 512, 666, 695-698, 701, 705, 710, 713, 719-721, 723, 725, 729, 732-734

Maîtrepierre D.J. (padre marista) 20, 56, 68, 196, 283, 456, 556, 683
Maketu (Nª. Z.) 141, 153, 156, 704
Makira (S. Cristóbal) 141, 153, 156, 704
Mallet (Comandant) 250, 253, 664, 733
Malvinas (Falklands) 83, 87
Mangareva (Gambier) 65, 66, 92, 93, 95, 97,721
Mangha (tribu isla Santa Isabel)) 480
Manono (isla archip Samoa) 423, 439
Manua (isla archip Samoa) 439
Maoríes (indígenenas Nª. Z.) 12, 13, 55, 130, 139, 140, 164, 165, 171-173, 176, 197
Maputeoa (rey islas Gambier) 95
Marceau A. (capitán) 282, 285, 291, 306, 313, 414-417, 459,

465, 520, 587, 609, 611, 918, 626, 627, 635, 636, 638, 641, 690, 719, 732
Marian Watson (navío) 477, 480, 48, 586, 645, 709, 721, 725
Marie-Augustin (Joseph) Drevet (hermano marista) 114, 159, 252, 715
Marie-Nizier (Jean Marie) Delorme (hermano marista) 36, 78, 102, 104, 124, 146, 215, 237, 238, 240-242, 245, 248, 269, 276, 294, 304, 705, 715
Marquesas (islas) 46, 47, 85, 189, 213, 214, 250, 160, 261, 705, 732
Marziou V. (presidente de la Soiété française d'Océanie) 313, 415, 612, 715

Matamata (Nueva Zelanda) 155, 162, 166, 188
Matautu (fondeadero en Upolu) 265, 282, 423, 426-428, 432, 455
Mathieu C. (padre marista) 20, 56, 68, 255, 258, 265, 283, 288, 301, 314, 318, 353, 361, 364, 379, 383, 397, 405, 407, 409-411, 430, 436, 618, 646, 683, 693, 711
Meitala (hijo de Niuliki) 237, 238, 268, 309
Melanesia 21, 25, 38, 39, 41, 43, 56, 63, 419, 477, 532, 536, 592, 594, 602, 612, 617, 707-711, 713
Mériais J. (padre marista) 289, 290, 324, 325
Michel (Antoine) Colombon (hermano marista), 36, 78, 102, 716
Michel (catequista caledoniano), 593, 630
Michel (Véran) Michel (hermano marista) 645, 716
Michel Anliard (hermano marista) 539, 630, 632, 645, 674, 715
Michel P. (padre marista) 716
Micronesia, 21, 26, 56, 85, 99, 419, 477, 532, 536, 537, 592, 602, 669, 707
Mille Vaisseaux (bahía de isla Isabel) 479, 480
Moerenhout J.A, (cónsul Estados Unidos) 92, 99-101
Moiu (nombre indígena de Woodlark), 502, 506-508, 510 , 511, 517, 524, 525, 528, 530, 531, 534, 612
Mondon H. (padre marista) 324, 325, 327, 329, 458, 717
Mongonui (Nueva Zelanda) 124, 138
Montrouzier X (padre marista) 57, 477, 479, 495, 499, 501, 513, 519, 523, 524, 528, 532, 537, 565, 566, 568, 569, 573, 586, 665, 666, 668, 670, 671, 674, 675, 680, 711
Moreau D. (padre marista) 160, 199, 201
Moselle (corbeta) 375
Mu'a (Tonga) 358, 367, 369, 375
Mugniéry J, (padre marista) 434, 453, 457-459, 474
Mulinu'u (poblado cerca de Apia) 421, 431, 458, 464, 473, 712, 718, 724
Musumusu (futuniano) 267, 705

Napoleón III (emperador) 407, 677
Navegantes (islas Samoa) 60, 100, 105, 219, 231, 232, 266, 277, 303, 310, 338, 345, 362-364, 367, 379, 395, 418, 436, 438, 439, 448, 457, 458, 460, 461, 464, 470, 627
Nékélo (jefe en isla Ouvéa) 615, 616

Nelson (barco a vapor) 205, 206, 208, 209
Nelson (ciudad de Nueva Zelanda) 184, 196, 199-201, 205-207, 209, 210
Niuliki (rey de Futuna) 105, 237, 238, 240, 242, 271, 705
Nievallau C (padre marista) 367, 368, 372, 375, 458
Nueva Holanda, 100. 101, 105, 106, 520, 610
Nueva Caledonia, 6, 7, 12, 39, 43, 48, 178, 214, 265, 329, 352, 387, 416, 470, 491, 501, 505, 518, 533, 534, 539, 541, 543, 544, 546-550, 554, 557-560, 564, 565, 568-570, 573, 575, 578, 579, 583, 586, 587, 593-595, 600, 601, 603, 605, 611-613, 618., 619, 621, 622, 628, 630, 634, 645, 661, 663, 664, 666, 676-679, 681, 701-704, 706-708, 710-713, 716-718, 720-722, 724, 725-727, 729, 734. 749
Nuevas Hébridas (archipiélago) 23, 474
Nueva Zelanda, 8, 9, 13, 14, 21, 23, 25, 32, 40, 50, 53, 55, 69, 85, 99, 100, 103, 105-107, 109-113, 116, 118-120, 122, 124-127, 133, 138, 141, 146, 148-152, 156, 157, 159, 163, 170, 174, 175,178, 183, 185-188, 190, 191, 204, 205, 209, 210, 214, 239, 242, 251, 252, 257, 340, 413, 463, 477, 533, 546, 587, 660, 662, 669, 701-704, 706-712, 714-717, 719-725, 729, 732, 733, 749

Opotiki (Nueva Zelanda) 13, 124, 146, 153, 156, 160, 721
Ovalau (Fidji) 383, 307, 408, 409, 718

Paddon J. (comerciante inglés) 605, 614, 618, 66, 627, 718
Padel L. (padre marista) 458, 461, 464, 467, 473, 474
Paget J-B (padre marista) 497, 520, 534, 712, 713
Pako (indígena de Woodlark) 377, 514, 515, 528
Palazy F (padre marista) 292, 296, 302, 318, 467, 470, 703
Paschase (Jean) Saint-Martin (hermano marista) 371, 397, 718
Pea (poblado de Tonga) 13, 329, 335, 350-352, 354, 355, 358, 363, 367-.373, 705, 718, 719
Perret L. (laico marista) 128, 131
Perroton F, (misionera laica, tercera orden de María) 254, 282, 325, 715
Petit L-M (padre marista) 114, 115, 118, 146
Petit-Jean J-N (padre marista) 114, 115, 121, 133, 136, 140, 145, 160, 173, 183, 185, 709
Pezant J. (padre marista) 126, 130, 146, 160, 185, 193, 202, 204, 752
Phoque (barco a vapor) 676
Picpus (congregación religosa) 32, 36, 84, 85, 92, 213, 260, 261
Piéplu L.A (padre marista) 367, 368, 370, 372
Pierre Marie Perenon (hermano marista) 720
Plenty (bahía de Nª Zelanda) 153
Polding J-B (obispo de Sidney) 100, 101, 105, 106, 120, 564
Polinesia, 21, 34, 36, 38, 39, 41, 42, 44, 47-49, 56, 61, 65, 66, 77, 78, 85, 93, 280, 353, 440, 583, 624, 654, 657, 669, 729, 732
Pomaré (reina de Tahití) 92, 98, 213, 705, 716
Pompallier J-B (vicario apostólico Oceanía occidental) 23, 32, 36,

55, 77, 78, 81, 84, 87, 91, 93, 101-104, 111, 114, 120, 121, 126, 128, 129, 145, 148, 174-176, 183, 186, 188, 189, 191, 195, 204, 214, 215, 237, 239, 241, 243, 244, 256, 335, 377, 390, 413, 546, 564, 587, 698, 701, 702, 705-712, 714, 716, 719, 720, 724, 725, 728, 733
Ponapé (islas) 88, 100, 101, 103-105, 159
Pooï (Futuna) 237, 265
Port Jackson (Sidney) 533, 534
Port Nicholson (Wellington) 127, 183, 190, 704, 708
Portemia (brick inglés) 607
Puebo (nueva Caledonia) 570, 571, 574, 585, 587, 588, 593, 594, 596, 598-601, 604, 630, 635, 655, 674, 678, 718, 721
Pouma (Nueva Caledonia) 547, 587, 588, 594, 599, 604
Poupinel Victor (padre marista) 50, 64, 115, 131, 193, 290, 323, 395, 410, 453, 457, 611, 645, 665, 680
Pouplin (doctor) 251

Pritchard G (pastor protestante) 53, 92, 98, 430, 463, 470, 547, 716
Prony (barco a vapor) 678, 680
Prosper Touesné (hermano marista) 477, 480, 482, 569, 621, 635, 636, 640, 641, 645, 715, 720
Pukega (mujer Wallis) 253, 254

Raiatea (goleta) 99, 100, 106
Rault (doctor) 241
Reignier E. (padre marista) 146, 160
Rewa (jefe de Kororareka) 134
Rewa (lugar y río de Fidji) 383, 397, 404-406, 408, 409

Salomon (islas) 8, 41, 179, 186, 366, 387, 477, 479, 480, 505, 523, 537, 558, 602, 669, 706, 707, 709, 712, 713, 716-718, 725
San Cristóbal (islas Salomón) 416, 477, 479, 480, 483, 485, 496, 513, 518, 519, 533, 534, 568, 569, 602, 612, 707-709, 711-713, 716,
718, 720, 724, 725
Sandwich (Hawai) 32, 40, 45, 46, 61, 85, 86, 88, 90, 97, 99, 102, 231, 627, 732
Santa Isabel (islas Salomón) 483, 492, 706
Santa Cruz (Tenerife) 81-84, 91, 537
Sauveur (André) Conil (hermano marista) 289, 290, 722
Sava'i (Samoa) 421, 423, 424, 426, 428-432, 434, 439, 457, 715, 717, 726
Seine (corbeta) 564, 566, 569, 586, 587, 590, 661, 662
Séon A (padre marista) 129, 132, 146, 162, 173, 189, 196, 201, 528, 702, 720
Servant C (padre marista) 36, 78, 102, 105, 111, 113, 114, 118, 119, 123, 136, 137, 146, 235, 245, 246, 250, 268, 276, 293, 301-305, 315, 321, 414, 702, 734
Sigave (distrito de Futuna) 237, 240, 241, 244, 267, 269, 304
Simonet C (marinero) 103, 377
Somosomo (Fidji) 382, 383, 397, 404
Sorlin (Fabien) Gentes (hermano marista) 397, 418, 453, 461, 723
Speck (navío) 588
Speculator (navío) 146, 704, 708
Stella Maris (navíio) 253, 627

Sidney, 7, 50, 100-103, 105-107, 111, 120-122, 128, 145, 158, 160, 173, 200, 234, 265, 282, 314, 323, 364, 367, 395, 407, 413, 415-417, 475, 477, 480, 491, 520, 564, 568, 602, 603, 605, 607-613, 615, 617, 626, 627, 630, 631, 633, 634, 638, 640-642, 645, 646, 649, 655, 660-663, 666, 668-670, 678-680, 702-717, 721-725, 733
Tadinan L-C (laico) 557, 558, 569, 602, 605, 664
Tahití, 17, 29-31, 37, 40, 42, 43, 4, 48, 65, 68, 85, 86, 88, 90, 92, 93, 97-103, 213, 214, 283, 327, 359, 364, 371, 374, 375, 377, 410, 413, 415, 416, 433, 434, 611, 617, 618, 661, 704, 705, 707, 714, 716, 721, 723, 732
Tanna (islas Nuevas Hébridas) 617, 618, 620, 627
Taragnat Jean (hermano marista) 254, 541, 553, 636, 645
Taufa'ahau (rey de Tonga) 335, 363
Taveuni (Fidji) 382, 383, 389, 397
Téa-Pouma (tribu de Nueva Caledonia) 590, 599
Tenerife 78, 81, 87, 91, 258
The Queen of the South barco a vapor) 679
Thomassin J (padre marista) 477, 496, 519, 534
Tokelau (isla archipiélago Tonga) 61, 473-475
Tongatapu (isla archipiélago Tonga) 146, 148, 159, 231, 239, 262, 335, 347, 352, 356, 370
Trapenard P (padre marista) 679
Tripe J-A (padre marista(126, 131, 146, 186, 707
Tui (mujer de Wallis) 253, 254
Tutuila (isla Archipiélago Samoa) 63, 423, 439, 451, 723
Tuugahala (jefe de Wallis) 104, 234, 236, 237, 253, 255, 257, 265, 325

Uaman (lugar en la isla de Ouvéa) 502
Uanegei (jefe en la isla Ouvea) 615, 616
Upolu (isla archipiélago Samoa) 70, 277, 415, 421, 423, 424, 428, 431-434, 439, 443, 453-456, 458, 461, 464, 470, 472-474, 717, 723
Uranio (fragata) 254, 258, 261, 262
Uvea ò Ouvéa (Wallis) 225, 233, 243, 250, 254, 265, 278, 283, 340, 346, 361, 379, 393, 615, 701
Vachon X (padre marista) 283, 434, 453, 458, 460, 461, 463
Vaimua Lavelua (rey de Wallis) 104, 215, 222, 234, 235, 237, 251, 253, 262, 265, 685
Valparaíso (Chile) 78, 82, 84-87, 91-94, 97, 100, 102, 103, 120, 149, 158, 234, 252, 260, 261
Vanua Levu (islas Fidji) 382, 408, 709
Vava'u (Tonga) 102, 103, 148, 215, 232, 233, 237, 255, 265, 335, 344, 346, 363-365, 270, 371, 703, 723
Velocity (brick inglés) 607, 608
Venus (navío) 92
Verguet L., (padre marista) 178, 181, 477, 485, 495, 587, 588, 594, 709, 725
Verne P. (padre marista) 414, 415, 418
Vigouroux J-B (padre marista) 629, 633, 645, 648, 656, 668, 678, 680
Villeneuve (comandante) 87, 88

Villien G. (padre marista) 292, 414, 418, 519, 523, 534, 535, 707, 711
Violette L.-T. (padre marista) 52, 53, 60, 62, 266, 421, 423, 433-435, 437, 438, 454-456, 455-460, 467, 713. 717, 721
Viti Levi (Fidji) 382, 383, 397, 407, 409, 414, 709
Waikare (tribu de Bahía de las Islas) 173
Wakato (Nueva Zelanda) 119, 155, 189-191, 719
Waitangi (Nueva Zelanda, tratado de) 12, 53, 112, 118,
Wallis (isla) 8, 19, 29, 42, 45, 52, 69, 102-106, 145, 148. 156, 157, 159,214, 215, 219, 231, 233, 234, 237-240, 243. 247, 250, 252, 253, 255, 257, 258, 262, 266-268, 279. 281, 282, 285, 289, 290, 307, 322-324, 327-329, 331, 335, 338-340, 344-346, 349, 352-354, 362-364, 373, 381-383, 391, 392, 395, 398, 402, 414-416, 418, 421, 424-425, 428-431, 434, 436-438, 448, 450, 451, 453, 464, 465, 569, 472-474, 541, 550, 562, 569, 600, 612, 633, 639, 679, 683, 685, 686, 689, 702-706, 712-723, 729, 732. 733, 749
Wangaroa (Nueva Zelanda) 138, 146, 160, 719
Watchoumé (jefe isla de los Pinos) 621, 628
Woodlark (isla de Moiu) 414, 416, 500-502, 505-507, 513, 519, 520, 523, 524, 528, 530, 534-536, 612, 638, 665, 707, 708, 711, 717, 724, 726,
Wright (banco de Londres) 154
Yaté (nueva Caledonia) 631-634
Zélée (navío, 92

Lista de mapas

Mapa	1:	... Localización de los principales archipiélagos	22
Mapa	2	.... Mayores dificultades geográficas para los Europeos; inmensidades oceánicas, disgregación de tierras, aislamiento insular	24
Mapa	3	Instalación de las misiones cristianas en el Pacífico: cronología de las rivalidades	35
Mapa	4	Conflictos católico-protestantes en el Pacífico "los puntos calientes"	51
Mapa	5	Reparto colonial del Pacífico en vísperas de la guerra de 1914: ingleses, franceses, los otros.	54
Mapa	6	El viaje de los primeros misioneros maristas: 24 diciembre 1836-10 enero 1838	79
Mapa	7	Nueva Zelanda	110
Mapa	8	Oceanía central y occidental: las misiones maristas	212
Mapa	9	Archipiélago Wallis	216
Mapa	10	Islas de Horne: Futuna y Alofi	217
Mapa	11	Tonga Tabu	336
Mapa	12	Archipiélago Fidji	378
Mapa	13	Vicariato apostólico de Samoa o Navegantes	422
Mapa	14	Islas de Rook y Woodlark	500
Mapa	15	Nueva Caledonia	542

Indice de materias

Presentación de fondos de archivos 2

Comité patrocinador 7

Siglas 10

Introducción *por Charles Girard* 11

Prefacio *por Claude Prudhomme* 15

Introducción histórica *por Claire Laux* 19

PRIMERA PARTE
La gran partida : 1836 – 1838

El envío 73

OM doc. 384: Breve *Omnium Gentium* 73
CS. doc 4 : Colin a los misioneros que parten a Oceanía 75

A la aventura 81

16 : Escala en Tenerife 81
20 : Valparaíso 87

Primeras semillas 93

21 : Primeros contactos con la Polinesia 93
22 : De Tahití a Sidney 102

SEGUNDA PARTE

NUEVA ZELANDA

Misionero 1837 – 1841 113

25 : Primeras impresiones 113
49 : Enormes necesidades materiales 115
52 : El tratado de Waitangi 118
60 : Balance al cabo de tres años 120
85 . Litigio por una goleta 127
102: Comienzo de la misión 129

Vida en comunidad 1841 – 1848 133

118: Los misioneros 136
160 : Métodos de evangelización..... 138
175 : Misionero en Nueva Zelanda 141
205 : Perdidos en el mar 145
217 : Informe de Mons. Pompallier 148
287 : El bautismo y el jabón 160
303 : Celo y comportamiento 162
311 : Controversia 173
636 : El tatuaje 178

De norte a sur: dos obispados 1843-1853 183

917 : Primeros pasos en Wellington 183
954 : Los años del P. Pezant 185
985 : Necesidades del Sur 193
1040: “Los pasos de la civilización” 196
1202 : No dudes en hacerte misionero 202
1340 : El primer barco a vapor 205

TERCERA PARTE

LA OCEANÍA CENTRAL

Wallis y Futuna 215

Martirio y conversiones 1838-1843 219

28 : Primeras impresiones sobre los walisianos 219
94 : Muerte del padre Chanel 237
135 : Recuperación del cuerpo del P. Chanel 240
153 : Keletaona, rey de Futuna 243
189 : Los frutos del martirio 246
214 : Protección francesa 246
224 : Testimonios walisianos 253
291 : Ordenación episcopal del padre Bataillon 255
292 : Nuevos misioneros 258

Ambiciones teocráticas y realidades 1843-1849 263

397 : Arrepentimiento de los cristianos de Futuna 263
458 : La contraofensiva pagana 265
512 : Una “Futuna Nueva” 269
586 : Necesidad de una imprenta 277
611 : Señorita Perroton 282
642 : Para una sociedad ideal 283

Consolidaciones 1849 – 1854 289

800 : Hermano Sauveur, impresor 289
802 : Antes padres que hermanos 290
806 : Cuidado de los enfermos 292
811 : Comportamientos futunianos 296
887 : Kolopelu 301
893 : Tradiciones que se mantienen 315
967 : Un poco de tabaco, por favor 322
990 : La barba del señor obispo 323
1030 : Músicas celestiales 324
1042 : Carta de Motesito y Tavino..... 326
1317 : Soledad y tentación 327
1365 : Sentimiento de abandono 329

Los archipiélagos polinesios 333

Tonga : libertad de culto para los católicos 1843-1855 335

261 : El archipiélago de Tonga 337
264 : Semblanza e índole de los tonganos 347
304 : La dureza de vida en la misión de Pea 352
292 : La iglesia de Pea 355
370 : Las delicias del padre Grange 356
414 : Confesión de un hermano 358
458 : La llegada del rey George 361
497 : "Nada nuevo bajo el sol" 364
946 : Triste situación de la misión 367
1081 : El hermano ideal según el padre Calinon 370
1185 : El ataque a Pea 371
1281 : Divergencia de pareceres 374

Fidji y Rotuma: dos misiones sin futuro 377

458 : Una navegación arriesgada 379
729 : Dura misión 384
730 : "No. Imposible ¿Cree usted eso?" 386
961 : Ofensivas protestantes 388
988 : Tonganos y Fidjianos 395
1180 : Viti Levu 397
1210 : En Viti mueren pocos de muerte natural 405
1258 : Interés de Fidji por los occidentales 407
1260 : Queja al cónsul de Estados Unidos 409
1270 : Una cierta relajación 411
687 : Improvisación en el mar 415
1036 : Rotuma 418

Samoa: difícil pero lograda implantación 1845-1852 421

449 : Fundación en la hostilidad 423
544 : Primera capilla 434
583 : Hermano Charles, enfermero 435
586 : Los samoanos: una cara de la medalla 439
711 : Naufragio 453
755 : Lamentaciones de un hombre demasiado solo 457
809 : Aislamiento cada vez más terrible 458

843 : El fabuloso huerto del padre Vachon 461
878 : los samoanos: reverso de la medalla 464
891 : Instrucciones de monseñor Bataillon 467
1122 : Un hermano santo: el hermano Charise 470
1132 : Salvamento en Tokelau 473

Melanesia 477

Isabel 479

448 : Desembarco en Isabel 479
469 : El martirio de monseñor Epalle 480

San Cristóbal 485

518 : "Arosi" y los arosianos 485
644 : Hecatombe 495

Repliegue hacia Woodlark 501

929 : Descripción de Woodlark 501
695 : Fundación de Woodlark 513
723 : La mortífera Rook 519
775 : Evangelización en Moiu 524
777 : Las creencias de Moiu 528

CUARTA PARTE

NUEVA CALEDONIA

La misión de Balade 543

301 : Primeros franceses 543
304 : Primeras observaciones 544
452 : La primera y difícil instalación 549
454 : Un convertido, Louis Tadinan 557
456 : Del hambre a la abundancia 560
528 : El naufragio del *Seine* 564
590 : Desgraciados salvajes, infeliz gente 570
598 : Hábitos y costumbres caledonianas 573
652 : Abandono de Balade 586
660 : Tristeza de un catequista 602

De Anatom a la isla de los Pinos 607

773 : Repliegue hacia Sidney 607
752 : Vanos intentos en St Vincent y Uvéa, Lealtad 611
757 : Anatom, ubicación estratégica 618
760: Isla de los Pinos de paso hacia Nª Caledonia 621
783 : La isla de los Pinos, una misión prometedora 626
866 : Nuevo fracaso: Hienghène y Yaté 630
870 : Culpables: los europeos 634
707 : El comandante Marceau, un laico misionero 635
769 : La vuelta del hijo pródigo 640
922 : La falta del padre Chatelut 641

La Caledonia marista y francesa 645

1168 : La verdadera vuelta a Tierra Grande 645
1039 : Ingleses y franceses 660
1232 : Lo cotidiano del Hº Aimé Mallet 664
1284 : Montrouzier, un hombre de ciencia 665
1236 : La miseria canaca 667
1174 : Dénos sacerdotes 668
1251 : La muerte de Mons. Douarre 671
1289 : Necesidad de paciencia y perseverancia 674
1298 : “Las dificultades principales” 675
1297 : Nueva Caledonia, tierra francesa 676
1358 : La bandera francesa 678
1359 : Numea, capital de Nueva Caledonia 679

Conclusión 683
642 : Reflexiones del P. Mathieu 683

Anexo : Una congregación nueva, la Sociedad de María 695

Index biográfico 701

Glosario 727

Bibliografía 729

Index onomástico 735

Lista de mapas 745

Se acabó de traducir
el 24 de septiembre de 2012
en
Malgrat de Mar

Traductor
P. Luis de la Cámara, s.m.